(VERSION DE TEXTO DIGITALIZADO)

HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES. VOLUMEN I: ORIENTE Y GRECIA ANTIGUA.

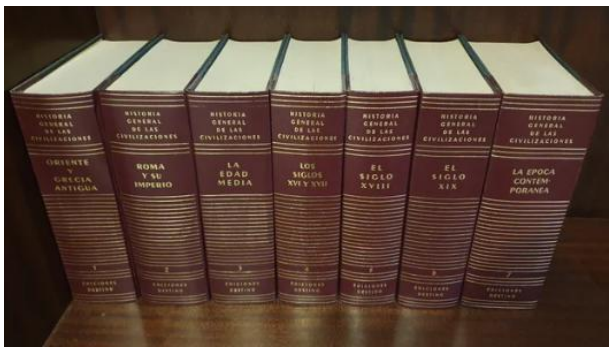
Bajo la dirección de Maurice Crouzet.

HAN CONTRIBUIDO A ESTE VOLUMEN

EDUARDO RIPOLL PERELLÓ…… Introducción

ANDRÉ AYMARD……. Primera y segunda parte. Conclusión

JEANNINE AUBOYER…….. Tercera parte



HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES

Publicada bajo la dirección de

MAURICE CROUZET

Inspector general de Instrucción Pública de Francia

VOLUMEN I

ORIENTE Y GRECIA ANTIGUA

POR

ANDRÉ AYMARD Y JEAMNINE AUBOYER

Profesor en la Sorbona Conservadora del Musée Guímet de París

Introducción por

EDUARDO RIPOLL PERELLÓ

Profesor de la Universidad de Barcelona

Prefacio general a la edición española por

JAIME VICENS VIVES

EDICIONES DESTINO

BARCELONA

Volumen I .- ORIENTE Y GRECIA ANTIGUA

Versión española de

EDUARDO RIPOLL PERELLÓ

Profesor de la Universidad de Barcelona

Título de la versión original:

L´Orient et la Grèce Antique

Publicado en Francia por

Presses Universitaires de France. París

Primera edición española, diciembre 1958

Segunda edición, enero 1963

Tercera edición, marzo 1967

Printed in Spain

Impreso en España

Depósito legal B.7. 785-1967

Nº Rº 5820-55

© EDICIONES DESTINO. Barcelona, 1963

ÍNDICE DE MATERIAS * (pags. 767- 776)

Págs

HACIA UNA NUEVA HISTORIA DE LA HUMANIDAD…… 7

PREFACIO GENERAL A LA HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES……19

INTRODUCCIÓN. RAZA, CULTURA Y CIVILIZACIÓN……..25

Generalidades.- El etnocentrismo. - Culturas arcaicas y culturas primitivas.
-Unidad y diversidad de las civilizaciones. - Historia estática e historia dinámica.
-La idea del progreso.- Un ejemplo de historia dinámica o cumulativa.
- Calificación de una cultura humana. - La civilización occidental y su creciente expansión.

DE LA UNIDAD PALEOLÍTICA A LA DIVERSIDAD HISTÓRICA ……35

La Prehistoria.- La aparición del hombre y el Paleolítico antiguo.- El género de la vida
en el paleolítico antiguo.- El triunfo del "homo sapiens". - El arte prehistórico.
-La transición al mundo moderno. - La revolución neolítica. - Introducción de nuevos materiales.
-Los imperios antiguos y la unidad de civilización.

PRIMERA PARTE

LAS CIVILIZACIONES IMPERIALES DEL PRÓXIMO ORIENTE

Los factores del éxito en Egipto y Mesopotamia. - El misterio de estos éxitos.
- La vocación imperial del Próximo Oriente……..……..51

LIBRO PRIMERO

LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA

Caps.

Duración y permanencia ideal de la civilización egipcia. - Unidad y anarquía.
- Aislamiento y originalidad..……55

I. LAS FORMAS POLÍTICAS……61

1. El Rey……61
El rey creador de unidad. - La elección y el papel de Memfis. - El rey dios.
- La designación y la consagración del rey. - La vida del rey. - Las funciones del rey: la religión.
- Las funciones del rey: la guerra. - Las funciones del rey: el orden y la justicia.

*__Nota del editor digital__: se ha preferido colocar el índice de materias al principio de la obra que al final, para propiciar su consulta.

II.-

INDICE DE MATERIAS

Caps. Págs.

2. El gobierno y la administración……70
Caracteres generales.- El gobierno central.- La administración regional y local.
- La administración y la vida material de Egipto.- El control sobre la vida material y la riqueza de la monarquía. -Los funcionarios y la monarquía.- La decadencia y el fin del Imperio Antiguo.- La restauración insuficiente. - Los grandes sacerdotes de Amón.

II. LAS FORMAS ECONÓMICAS Y SOCIALES……81
El ideal de disciplina.
1. La vida económica……82
Los recursos naturales y su valoración. - La transformación y el comercio. -El comercio exterior.
-El aislamiento económico del Antiguo Egipto y sus consecuencias.

2. La sociedad……88
Instituciones sociales: la esclavitud. La familia: la mujer. - Los niños y el problema demográfico.
- La inevitable tendencia a las castas hereditarias. - Los tipos sociales: el fellah. - El obrero.
- El soldado. - El oficial. - El clero.- El escriba.

III. LOS ASPECTOS RELIGIOSOS……101

1. Los dioses……101
La multiplicidad fundamental. -Realidad e imaginación en el pensamiento religioso. Los límites del antropomorfismo. - Los dioses locales: su abundancia y su agrupamiento.
- Los dioses cósmicos. - Los dioses populares. - Osiris. Los sistemas teológicos. -Las doctrinas de Heliópolis y de Memfis: Ra y Ptah. - Amón y Amón Ra. - La revolución atoniana y su fracaso.

2. El más allá……117
-La creencia en la inmortalidad. -La democratización de las doctrinas sobre la otra vida.
- La doctrina solar del Imperio Antiguo. - La generalización de la doctrina solar.-El triunfo de la doctrina Osiríaca. - La psicostasis y su significación.

3. El culto……124
El culto divino.- Ritos funerarios y culto a los muertos. –Religión y civilización.

IV. LOS ASPECTOS ARTÍSTICOS E INTELECTUALES……129

I. EL ARTE……129
Las creaciones del Imperio Antiguo. -La evolución ulterior.
-El Antiguo Egipto en su arte.

1. La arquitectura……131
La vivienda de los vivos. - El templo. - La tumba.

2. La escultura y la pintura……142
La estatuaria.- El relieve y la pintura. - El arte egipcio sin supervivencia.

INDICE DE MATERIAS

Caps.

II. LA VIDA INTELECTUAL……147
La escritura.- El escriba; escuelas y 'casas de vida".- Las ciencias exactas -Ciencias naturales y magia.- La literatura.

CONCLUSIÓN.
La civilización egipcia el mundo antiguo……153.

LIBRO II

LA CIVILIZACIÓN MESOPOTAMICA

Egipto y Mesopotamia: analogía de los destinos de sus dos civilizaciones. -Egipto y Mesopotamia: civilizaciones desigualmente unificadas y cerradas al exterior. -Unidad de la civilización mesopotámica.

I. LAS FORMAS POLÍTICAS……159

La fragmentación. - Persistencia de la noción de ciudad. - La noción de imperio. - Inestabilidad de los imperios. - Monarquía y Comunidades de ciudadanos. - El rey, "vicario" de la divinidad. - La designación y la ascensión del rey. - Los deberes religiosos del rey. -El rey, intermediario entre la comunidad y los dioses. - Poderes e instituciones monárquicas. - El mando militar. - El ejército asirio. - El reclutamiento. - Administración y funcionarios. - La centralización en tiempo de Hammurabi. - La fastuosidad regia.

II. LAS FORMAS SOCIALES Y ECONÓMICAS……171

El palacio.- El templo. - La sociedad laica.- El subalterno. - El esclavo. - La legislación de la familia. - La vida económica: la acción oficial. -La agricultura.- El trabajo artesano. - Las primeras materias. - Los transportes. - Mercaderes y colonias de mercaderes. - El mecanismo de los negocios. - Patrones y valores.

III. LA VIDA ESPIRITUAL……..184

1. Ideas y hechos religiosos……..184
La religión: sumerios y semitas. - El culto a los muertos: la anomalía de las tumbas de Ur. - Las ideas corrientes sobre la muerte. - Temor y piedad. Las grandes divinidades. - La unión personal entre el individuo y el dios. - El antropomorfismo. - Los dioses y los Estados. - El templo. - El culto y el clero. - La magia.- La adivinación.- La astrología.- Las aportaciones duraderas de la religión mesopotámica.

2. Las creaciones intelectuales……195
Los documentos. - La escritura cuneiforme. - Las lenguas: sumerio y akadio. - El arameo. - Las obras literarias. - Los grandes poemas mitolólógicos. - Las bibliotecas. - Las ciencias: medicina y astronomía. - Matemáticas y metrología. - Las ciencias de la naturaleza. - Ciencia y magia en las técnicas. - El derecho: los contratos. -Los códigos: el código de Hammurabi. - Los límites del esfuerzo intelectual.

INDICE DE MATERIAS

Caps. págs

IV. LAS CREACIONES ARTÍSTICAS ……..207

Ciudades y fortificaciones. - El empleo de la arcilla. - Sus consecuencias.
-El techo y sus soportes. - El templo. La torre escalonada. - Reyes y monumentos religiosos.
-El palacio. - Los jardines. - Caracteres generales de la escultura. - Sus convenciones.
-Sus condiciones técnicas. - El bajo relieve. - La decoración pintada y esmaltada. - La glíptica.

CONCLUSIÓN…….....224

LIBRO III

EL ASIA MENOR Y EL IRAN

I. LA CIVILIZACIÓN HITITA…… 229

El arte y la religión. - Civilizaciones hitita y hurrita: sus grandes componentes. - El Estado.
-Los textos jurídicos y sus enseñanzas. - Supervivencias y transferencias.

II. LA CIVILIZACIÓN LIDIA……..235

Los frigios. - El reino lidio. - La vida económica. - Civilización lidia y civilización griega.

III. LA CIVILIZACIÓN DE LA PERSIA AQUEMÉNIDA……240

El imperialismo persa. - El iranismo. - La herencia del "Oriente clásico". - La realeza. - Gobierno y administración. -Los fines de la administración. - La religión. - La vida intelectual.
-El arte. - Iranismo y helenismo.

SEGUNDA PARTE

LAS CIVILIZACIONES DEL HOMBRE EN EL PRÓXIMO ORIENTE

LIBRO PRIMERO

LOS PRELUDIOS

I. LA CIVILIZACIÓN EGEA…….265

I. La unidad y dualidad de la civilización egea……..265
Período cretense. - Período micénico. - Unidad o dualidad. - Límites de la documentación.

II. La civilización cretense……..269
La monarquía minoica. La vida económica. - El camino transversal del Egeo. - La sociedad.
-La religión. - El arte.

INDICE DE MATERIAS

Caps. Pags.

III. La civilización micénica……278
Los príncipes belicosos. - La aristocracia y las clases trabajadoras.
- El comercio y la riqueza.- El arte micénico. - La herencia de los micénicos.

II. CANA'AN Y SIRIA……285

I. Los fenicios……285
- La vida política. - La vida económica. - La colonización. - La religión y el arte. - El alfabeto.
- Papel histórico de la civilización fenicia.

II. Los arameos
La vida política.- El comercio. - El arameo, lengua de Oriente. - La religión.

III. Israel……295

1. Las vicisitudes temporales……296
Los jueces. - La monarquía unitaria. - La crisis y la teocracia.
- Primacía de la religión.

2. La religión y la evolución de las ideas morales……300
El antiguo Yahvé.- Las amenazas de influencia extranjera. - Jerusalén. - Los profetas.
- El ideal y la acción eficaz. - Yahvé y el culto. - La ley. - El individualismo religioso y moral.
- La gran aportación de Israel.

III. LA CIVILIZACIÓN GRIEGA ARCAICA……310

I. La evolución económica, social y política……311
La antigua sociedad: los grandes propietarios territoriales. - Los lazos de sangre.
- El Estado aristócrata. - Las causas de los cambios: la técnica de la guerra.
- Las causas de los cambios: La revolución económica. -La crisis política y social.
- Los legisladores. - Tiranía y helenismo. - Métodos y acción de la tiranía.
- La situación al final del período arcaico. - La ventaja tomada por Atenas.

II. La evolución moral……325
Los factores de la evolución moral. - La diversidad religiosa. -Los ritos creadores de unidad: los concursos. -El misticismo. - Los oráculos. - La poesía épica. - Nacimiento y esplendor de la poesía lírica. - Nacimiento de la ciencia y de la filosofía. - Primacía del espíritu griego.
-La arquitectura. - La escultura.- La cerámica. - Los centros de irradiación.

LIBRO II

LA CIUDAD GRIEGA Y EL HOMBRE
LA CIVILIZACIÓN DE LA GRECIA CLÁSICA (SIGLOS V-IV)

I. LOS MALES INTERNOS DEL HELENISMO TRIUNFANTE……347
La libertad de acción del helenismo. - Libertad e imperialismo. - El estado de guerra, estado normal.- La guerra: los métodos y las pérdidas humanas.

INDICE DE MATERIAS

Caps. Pags.

La guerra: su derecho y sus estragos. - El reclutamiento del ejército: teoría y realidad.
- Las revoluciones incesantes. - Pobreza, exilio y ejército mercenario.

II. IDEAL Y REALIDADES POLÍTICAS……359

I. La soberanía de la ciudad……359
La ciudad. - La soberanía exterior de la ciudad. - Ciudad e individuo.

II. Rasgos generales de la organización política……365
Ciudad y poder personal. - La asamblea.- El consejo. - Las magistraturas.
- Oligarquías y democracias: ciudadanos activos y ciudadanos pasivos.

III. La democracia griega……373
Los progresos de la democracia. - Límites del ideal democrático griego.
- Democracia e Imperialismo. - La democracia griega hija de su tiempo.

III. LA VIDA MATERIAL Y SOCIAL ……378

I. Las sociedades rurales…… 378
Los grandes propietarios. - La servidumbre. - Los pequeños propietarios.

II. El comercio……382
La economía compleja: compras y ventas. - Los grandes centros económicos: Atenas.

III. Las sociedades urbanas……384
La vida en Esparta. - Minas y esclavos del Laurión. - Los esclavos urbanos en Atenas.
-Los metecos. - Los ciudadanos separados de la actividad económica. - Por la mistoforia.
- Por la supervivencia de prejuicios arcaicos. - La falta de grandes fortunas.

IV. Las ciudades y la vida privada……392
El Pireo y Atenas. - Las viviendas. - El ama de la casa. - La vida masculina.

IV. EL CLASICISMO ESPIRITUAL Y ESTÉTICO ……398
La desigualdad en el desarrollo cultural. - La primacía de Atenas.

I. La religión ……400
La devoción popular. - Los cultos panhelénicos. - Los grandes juegos. - Los misterios de Eleusis.
-Los cultos cívicos. - Intolerancia y liberalismo. -La minoría selecta, la religión cívica y las fiestas.
-Las Panateneas. - Las fiestas de Dionisios y las representaciones teatrales. – La evolución de las fiestas.

II. El arte ……...410
La competencia en el esfuerzo arquitectónico. - Tradición y perfección arquitectónicas.
-Diversidad de la escultura. - El apogeo del clasicismo. - La escultura en el siglo IV.
-Las otras artes: pintura, cerámica, terracotas.

INDICE DE MATERIAS

Caps . Pags.

III. La vida intelectual……....422
La filosofía: tradiciones y novedades en el siglo V.- La filosofía del siglo IV. - La ciencia.
-La historia.- La poesía: la lírica. -El teatro. - Los grandes trágicos del siglo V
- La "comedia antigua".- El teatro en el siglo IV. - Origen y nacimiento de la retórica.
- Profesores y logógrafos en Atenas. - La retórica-filosofía: Isócrates.
- La retórica-acción: Demóstenes. - El fin del clasicismo griego.

LIBRO III

LA MONARQUÍA HELENÍSTICA Y EL HOMBRE

LA CIVILIZACIÓN HELENÍSTICA (SIGLOS III-I)

I. ALEJANDRO, INICIADOR DE UNA CIVILIZACIÓN……..447

Precariedad del imperio político. - Ecumenismo de la civilización helenística. - Los resultados.

II. LA IDEOLOGÍA Y EL GOBIERNO MONÁRQUICOS……450

I. Las supervivencias y las adaptaciones republicanas……450
Decadencia de la "polis".- Las ciudades y la guerra.- Las Confederaciones.
- Las instituciones federales. - La democracia: apariencias y realidades.

II. La ideología de la monarquía helenística……456
Los orígenes de la monarquía helenística.- Extensión y fuerza del hecho monárquico.
-La ideología monárquica.- El derecho y las costumbres monárquicas.

III. Las instituciones monárquicas……463
El poder real.- La corte del rey y la política. El gobierno central. – La administración local.
-Intermediarios y privilegios locales. - La riqueza. - La fuerza militar.

IV. El culto dinástico……475
El culto dinástico: los orígenes.- El culto dinástico: las formas. - El culto dinástico: su significado
y su alcance. - Conclusión.

III. ECONOMÍAS Y SOCIEDADES…… .482

I. LOS DOS MUNDOS……482
La vieja Grecia.- El Oriente.- ¿Asociación o explotación?

II. ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN LA ANTIGUA GRECIA……....485.

La evolución económica……485
- La euforia inicial. - Competencia en la agricultura y la industria. -La evolución del comercio.

INDICE DE MATERIAS

Caps. Pags

2. Las clases sociales……490
La burguesía de las ciudades griegas. - El ideal burgués: la ciudad y la casa.
- El ideal burgués: educación y cultura. -Las clases sociales bajas. - Los esclavos.

3. Males y desórdenes sociales……..497
La despoblación. - Los conflictos sociales. - La revolución social en Esparta.
- Problema social y problemas políticos.

III. LA VIDA ECONÓMICA EN EL ORIENTE HELENÍSTICO……....503

La aportación de los griegos al desarrollo económico de Oriente.
- La actividad económica: la agricultura y la industria. - La actividad económica: el comercio.
- La preponderancia de lo político sobre lo económico: intervención de los soberanos en la vida económica.

IV. EL CONTACTO DE LAS DOS SOCIEDADES……....514

La ciudad griega y los indígenas.

1. La solución de los Ptolomeos en Egipto……..…….516
Griegos e indígenas en Egipto: las ciudades. - El campo.
-La monarquía lágida y la sociedad indígena.

2. La solución de los seléucidas en Asia……...…….521

La política social de los seléucidas. - Los seléucidas y la multiplicación de las ciudades.
- Las ciudades y la burguesía griega en Asia. - La acción de las ciudades griegas.
- Los indígenas fuera de las ciudades. - Los resultados.

IV. LAS CREENCIAS, LOS GUSTOS Y LAS IDEAS ……...534

Helenismo y monarquía. - Descentralización y unidad.

I. LA RELIGIÓN …….538
Los cultos indígenas. - Helenismo y judaísmo. - Esplendor exterior de la religión griega.
-Su verdadera decadencia. - Las novedades religiosas: el culto al rey y a la dinastía.
- Las novedades religiosas: el culto a la Fortuna. - Las novedades religiosas: la inquietud y la salvación.
- Las novedades religiosas: los cultos orientales y Serapis.

II. EL ARTE …….550

Arte griego y artes indígenas. - La renovación del arte griego.

1. La arquitectura ……. .551
Los grandes edificios.- La casa. -La ciudad.
2. Las artes plásticas…… ….557
Las condiciones generales. - La escultura. - Pintura, cerámica y orfebrería.

INDICE DE MATERIAS

III. LA VIDA INTELECTUAL……564

1. Los intelectuales y la nueva sociedad……564
Las condiciones generales. - Griegos y orientales.

2. Al servicio de la actividad intelectual……..568
- La unidad intelectual: la "koiné". - La difusión de la cultura.
- La educación helenística. - Mecenazgo e instituciones de investigación.

3. La curiosidad intelectual y el espíritu científico……576
-La filología y la erudición.- La historia. - Progreso científico y progreso técnico.
-El florecimiento de las ciencias.

4. Escuelas filosóficas y géneros literarios……588
-La filosofía. - La literatura. - La prosa. - La poesía. - El teatro y el mimo.

CONCLUSIÓN……599

TERCERA PARTE

EL ASIA ORIENTAL

LIBRO PRIMERO

EL ASIA ORIENTAL DE 1200 A 300 ANTES DE J. C

I. LA INDIA……605
Particularidades esenciales de la civilización india. - La cronología y las fuentes.
-Las lenguas y las escrituras. - Resumen histórico.

II. LA CIVILIZACIÓN INDIA BAJO LOS ARIOS……615

1. Caracteres de la civilización védica……615
-Los recursos.

2. La vida social……618
-La sociedad.- El Estado. - La familia.

3. El marco urbano y rural……625
-La religión. - Las ciencias.

III. PARTICULARIDADES DE LA CIVILIZACIÓN CHINA ANTIGUA……634
Las fuentes. - La lengua y la escritura. - Visión histórica.

IV. LA CIVILIZACIÓN CHINA EN LA ÉPOCA DE LOS CHANG Y DE LOS TCHEU……643

1. Época de los Chang……..643

2. La civilización china bajo los Tcheu……645
Los recursos. - La sociedad.- El armazón administrativo.-El clero.- La familia campesina.
- La vida de los patricios. - El marco rural y urbano. - La religión. - La filosofía. - El arte.

INDICE DE MATERIAS

LIBRO II

DEL SIGLO IV AL FINAL DEL SIGLO I ANTES DE J. C.

I. EL ASIA ORIENTAL DEL SIGLO IV AL I ANTES DE J. C……669

II. LA INDIA BAJO LOS MAURYA Y SUS SUCESORES……673

1. El marco urbano y rural ……676

2. La vida social……680
Los recursos. -La sociedad. - Los vestidos y los adornos.

3. Las religiones……689
El arte.

III. LA CHINA DE LOS TS'IN Y DE LOS HAN……697

La Evolución histórica de China. - El poder imperial. - Los recursos. - La sociedad. -El cuadro urbano. - Las letras. - Las artes y las técnicas.

CONCLUSIÓN GENERAL……709

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA ……711

TABLAS SINCRÓNICAS ……715

ÍNDICE ALFABÉTICO……745

ÍNDICE DE MAPAS Y PLANOS……761

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES EN COLOR……762

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES EN NEGRO……763

ÍNDICE DE MATERIAS……767

HACIA UNA NUEVA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

No pienso que muchos expresen su disconformidad con las siguientes tesis: ninguna de las ciencias del hombre ha realizado conquistas en los últimos decenios como la historia y ninguna ciencia del espíritu atrae, como ella misma, el interés de las multitudes. Los hechos prueban cada día el valor de ambas afirmaciones, no sólo en el campo de la cultura, sino en el más amplio de los valores sociales. La sociedad del siglo XX halla en la lectura y comprensión de lo histórico lo que sus precursores de las pasadas centurias buscaban en la literatura, la filosofía o la exégesis bíblica: un modo de estar en el mundo, o mejor dicho, un modo de saber cómo se está en el mundo.

Esta situación merece ser considerada con algún detalle, pues en el desarrollo e influjo social de la ciencia histórica se engarza, precisamente, una de las características específicas de la sociedad del siglo XX, tal como va surgiendo de la crisis que se inauguró en su segundo decenio. Nos referimos, concretamente, a la gran reacción antibarroca, al viraje hacia los valores primarios, los encuadres ingenuos y las tintas auténticas de lo humano. Desde todos los ángulos, el artístico y el científico, el social y el político, la vivencia decimonónica ha sido bombardeada sin tregua, porque el hombre ha deseado descubrirse a sí mismo, comprender el mecanismo de sus resortes elementales. Ciertamente la empresa ha sido dura; tan ardua que aún estamos en ello. Los hombres que hemos vivido con el siglo sabemos lo que nos cuesta esta crucial búsqueda introspectiva: para todo el planeta, dos guerras mundiales; para cada país, unas incómodas y a veces sangrientas contiendas civiles; para cada individuo, una dramática división interna entre autenticidad, disidencia y conformismo. Sin embargo, y aun a riesgo de convertir en mito la lucha contra el mito - como se ha demostrado en la tendencia colosalista de gran parte del pasado reciente, se ha progresado en el empeño. Algunas veces la penetración ha sido tan profunda que el investigador se ha quedado pasmado ante el haz de fuerzas ingentes que podía liberar su curiosidad. Sólo la aventura de la física atómica ofrece un paralelo del choque sobrevenido en el campo de la historia vital.

¡La historia, la buena historia de 1900! Nos sabemos de memoria su gran petulancia, su seguridad pompier; y aunque parezca mentira, es posible que aún mueran por ella muchedumbres,

porque no es fácil frenar los impulsos ideológicos una vez han herido el centro de resonancia social. Era una historia montada sobre un armazón de innumerables fichas, cada una de las cuales representaba el esfuerzo de varios eruditos. Fichas intrascendentes al parecer, que amarilleaban en los estantes de centros y seminarios de trabajo; pero que enristradas en las páginas de los manuales se convirtieron en catapultas de odios. De la ficha erudita al obús de la gran Bertha o al fusil de la barricada petersburguesa no hubo otro paso que el impacto creado por aquélla en la conciencia de los lectores. Con lo que no hacemos simple referencia a la reiterada condenación de la historia nacionalista. Los efectos de ésta fueron de índole epidérmica, no radical. La dolencia tenía una gravedad mucho más honda: el vicio barroco de que tras la imponente fachada de una ciencia positivista -incluso materialista - arremolinada por ímpetus románticos, no existiera más que el vacío: un absoluto y glacial desierto de humanidad. El desplome del edificio era, a la larga, inevitable.

Los historiadores del siglo XIX no habían intentado deletrear el pasado del hombre; habían querido doblegarlo a un método sistemático. Pero es muy difícil reducir sangre y alma a cuatro líneas de molde. La historia verdadera se resistía a dejarse ceñir por una erudición desenfocada, Ciertamente, se habían hecho concesiones, y aun grandes concesiones. Se renunció a la sola historia política y se puso sordina a la historia diplomática; se dijo que existía una segunda historia: la interna, en la que se estudiaban instituciones, clases sociales, obras de arte; retazos de un cajón de sastre universal. Nadie llegó a comprender nunca en qué consistía esa historia a doble fachada. Parece que sólo fue admitida, como recurso didáctico, en los programas escolares y universitarios de corte académico; sin embargo, era la sacrosanta historia oficial.

Cerca de ella había surgido la historia de la cultura. Fue una evasión impuesta por el deseo de saber de las multitudes cultas, a las que cada día interesaba menos el anecdotario funambulesco de la historia militar y las inexplicables carambolas de la vida política y diplomática. La historia de la cultura surgió como una panacea. Preclaras inteligencias proclamaron que debía desandarse el camino recorrido, que se había olvidado lo esencial, esto es, que el hombre vive en estado de civilización y que había de explicarse la marcha de ésta si se quería entender algo de la evolución (esto es, marcha progresiva y en perfección) de las sociedades. No erraban, en verdad. Fue el primer acierto en la determinación del rumbo histórico. Ahora bien, a la tarea se lanzaron, con excesiva alegría, estetas y sociólogos, geógrafos y poetas, arqueólogos y filósofos. Las historias culturales adolecieron del gravísimo defecto de constituirse en ensayo, no en historia de sí misma. Su articulación era necesariamente ideológica, porque sus autores manejaban valores universales, términos espirituales. Por esta causa resultaron inmediatamente mucho más dañinas que los ya intrascendentes relatos

de gestas políticas y diplomáticas. Las historias de la cultura se convirtieron en los años treinta en vehículo del nacionalismo exacerbado, del desviacionismo racista, del materialismo socializante, del tradicionalismo periclitado. De cualquier ismo, mientras viniese rubricado por un estilo brillante y una mente aguda y despierta.

Con todo ello, la historia de la cultura tenía un atractivo incomparablemente superior al de las enojosas páginas de la vieja historiografía. De aquí su uso y su abuso, en el sentido de que muchas historias de la cultura no fueron más que retazos yuxtapuestos de otras tantas historias del pensamiento, de la literatura, del arte, de la ciencia, de las costumbres, etc. Pero es indudable que esta especialidad logró abrirse camino entre el público desde los días en que Jacob Burckhardt escribiera sus maravillosas páginas de "Die Kultur der Renaissance in Italien".

* * *

¿Historia de la cultura? Bien. Pero se quedaba muy lejos aún de la verdadera historia. Para reconocerla fue necesario el camino de espinas que la humanidad debía recorrer en los decenios cruciales de 1930 a 1950. El dolor y el sacrificio abrieron los ojos hacia una historia definitivamente real, constituida por la acción de todos sus protagonistas, de los mismos que hacemos y vivimos la vida -y por tanto, la historia. - desde cualquiera de nuestros más menudos planos. Ciertamente, el momento era oportuno. A lo largo de una centuria habían crecido y se habían desarrollado una gran variedad de ciencias paralelas, cuya aportación resultaba imprescindible para intentar la empresa de captar el hombre en su dimensión social — que es una dimensión cósmica, si se considera la soledad del hombre en sociedad -. Nos referimos, en primer lugar, a la geografía humana, que había logrado sistematizar la situación del hombre en y ante la Tierra, poniendo de relieve los infinitos y sólidos vínculos entre la sociedad y el paisaje creado por ellas. Luego a la economía y la sociología, cada una de las cuales aclararon zonas olvidadas de los intereses inmediatos de la gente, en su vocación simplemente biológica o bien, en otros peldaños superiores, técnica, material y moral. En fin, a la demografía, que enseñó el papel decisivo que juega en el devenir humano el proceso de nacer y morir, factores elementales hasta entonces arrinconados por los eruditos.

Con estos nuevos recursos, y el empleo bien intencionado del método estadístico para descubrir los inevitables resultados de masa, pudo aspirarse, como decíamos, a elaborar una historia verdadera del hombre, no una historia del simple evento. Algunos historiadores habían presentido el camino y habían anunciado la buena nueva desde 1929. Pero su clarinazo no habría ganado la batalla sin el formidable traspiés mundial dado entre 1936 y 1945. Tambaleante, la sociedad se reconoció a sí

misma y quiso indagar la causa de que fuera así y no de otra manera. Instante epifánico que será siempre punto de referencia, aunque se vuelva a las andadas y la tendencia mitológica recubra con sus velos y desdibuje los mejores propósitos de aquella época.

Por esta amplísima brecha la nueva historiografía ha ganado la batalla. Hoy no puede ni tan siquiera medirse la profundidad de su avance. En pocos años han quedado envejecidos los cuadros históricos reputados más modernos. En realidad, existen dos historias: la que se hacía antes y la que se hizo después de 1950 (fecha del IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en París). En su vertiginoso ímpetu es imposible preguntarle por su método y sus objetivos. Señal inequívoca de los tiempos, de la juventud del proceso en que los historiadores nos hallamos empeñados. ¡Adiós a los tranquilos días en que podía aprenderse el arte de historiador leyendo las sosegadas páginas del Burkheim, del Langlois o del Bauer! Hoy el historiador debe reconocerse historiando, como el pintor pintando y el sabio atómico ante los ciclotrones. No hay academias, ni trajes hechos. Uno debe agarrarse a la vida, del presente o del pasado. Más adelante, con las aguas ya en remanso, vendrá el momento de las definiciones dogmáticas, si es que puede haberlas cuando se establece que el principio de la historia vital es el mismo microcosmos de las sociedades en marcha.

La vida del pasado iluminando el presente, no enseñándole nada, pero habilitando a todos para comprender y, sobre todo, para no desfallecer. El pasado íntegro, en todas sus dimensiones, de arriba abajo, de derecha a izquierda, desde el rey al zagal, del literato al comerciante, en un propósito deliberado de querer abarcar todos sus problemas, de interrogar sus ya ciegas pupilas y mudas bocas. No de distribuir justicia y de condenar a blancos o negros. El historiador debe renunciar definitivamente a ejercer el papel de magistrado, porque ¿quién tuvo razón? Y la respuesta es siempre: nadie o todos. La tuvieron quien triunfó y quien fue derrotado, el pobre y el rico, el tradicionalista y el revolucionario, el planificador y el liberal, el blanco y el rojo. Y nosotros, los presentes, somos solidarios de este lastre de los siglos, que sentimos sagrado, sin discriminación de virtudes ni errores. Porque tal es el pulso que la Providencia ha dado al acontecer social que exime a las colectividades de pecar en lo histórico.

El siglo XVII encontró una fórmula absolutoria para los errores de los príncipes hablando del sentido providencialista de la historia; el XVIII, en pleno dominio del volterianismo, concibió la historia en función del progreso de la luz contra las tinieblas, de la razón ilustrada contra el obscurantismo conservador; el XIX, centuria naturalista por excelencia, creyó que la historia debía entenderse como evolución. En nuestros días, al mismo tiempo que sobreviven estas tres principales tesis, la historia vital reconoce que ella misma no es más que fluctuación, generalmente imprevisible, pero

fluctuación en fin, con sus períodos de auge y contracción, plenitud y decadencia; pero entrelazados de tal manera que no podemos reconocer en ellos las grandes pulsaciones rítmicas cuyo estudio ha ilustrado los nombres de Vico, Hegel, Spengler y Toynbee. No. La historia es mucho más asequible. Como nuestra propia vida, se explica por lo que vamos haciendo, no por el impulso final justificativo de unas memorias. ¿Y quién, aun el más frío, osará proclamar que se justifica de hora en hora?

Así se nos presenta la nueva historiografía. Una tentativa generosa para comprender la humanidad en su experiencia total, sin prevenciones de ningún género, sabiendo que para la mayoría de la gente el hambre ha sido el móvil más poderoso de su actitud en la vida, pero sin negar el efecto trascendente en la articulación social de una postura ética o de un pathos religioso. Una tentativa que admite todas las inquietudes y todos los interrogantes, sin reducirse a las macizas y antihistóricas estructuras del materialismo ni a los quiméricos penachos de la escuela histórico culturalista. En una palabra, la historia del hombre en sociedad.

* * *

La escuela francesa ha ganado la batalla de la nueva historiografía. Precedida por algún estudioso norteamericano y británico, a ella han cabido el mérito y la responsabilidad de fraguarla. La victoria ha sido tanto más celebrada cuanto parecía imposible superar el jalón establecido por tres generaciones de investigadores alemanes, gloria de su ciencia universitaria, de Ranke a Meinecke pasando por Mommsen. Y si ello ha sido así, nadie debe deplorarlo, en beneficio de este quehacer común que es la cultura occidental.

Sin embargo, no debe pasar inadvertida la gravísima lección que nos depara lo acaecido en el desarrollo de la ciencia histórica de allende y aquende el Rin. De un lado, la arrogante historia germánica cabalgaba al servicio de un despliegue imperial y sacrificaba cuanto en ella quedaba de humano en holocausto a la grandeza de la Patria; más adelante, este sacrificio llevó a la delirante decadencia de los años entre-dos-guerras, cuando la historia y sus ciencias afines trataron de justificar la muerte de la libertad -no ya sólo la invulnerable libertad de dirigirse a Dios, sino la mínima opción de encauzar unos afectos o unas apetencias - en nombre del mito de la sangre. Aquí se atascó el carro de la ciencia germánica, porque aunque hubiera triunfado el aparato estatal al que obedecía, había abjurado de la superior misión a que tiende toda conquista científica: alcanzar un valor universal, valedero bajo cualquier régimen y sobre cualquier paralelo.

Mientras tanto, la historiografía francesa, que a fines de siglo había perdido el ímpetu creador de un Michelet o un Foustel de Coulanges y divagaba por los meandros de un árido positivismo,

empezaba a animarse con los estímulos que procedían de distintas direcciones. Uno de ellos, de una cátedra de Geografía, donde Vidal de La Blaches sentaba los principios fundamentales del género de vida y la libertad de la respuesta del hombre ante el desafío de la naturaleza. Otro, de la escuela de "L'Année Sociologique", en cuya revista colaboraban Durkheim, Lévy-Bruhl y Simiand, en un decisivo empeño de analizar las interconexiones entre sociedad, economía y política, más allá, o más acá, de los dogmas fijados por Marx y el revisionismo socialista. El tercero, y no el de menor importancia, de un grupo de historiadores de arte acaudillados por Francastel y Mâle. Pero ninguno de estos acicates sobresalía entre los jóvenes investigadores salidos de las aulas con un instrumental completo en humanidades y técnica erudita. Muchas voces podían escuchar y muchas eran las sirenas que se disputaban al navegante. De lo que estaban seguros era de su fidelidad al credo de la profesión intelectual que habían abrazado: la verdad, sobre todo y hasta la muerte. Para muchos, esto no fue una sobada imagen retórica...

A este grupo de jóvenes investigadores que acudieron a las aulas hacia 1900, el clarín del armisticio del 11 de noviembre de 1918 les halló ya profesores o en camino de ocupar una cátedra universitaria. Los más brillantes fueron enviados a repoblar las aulas y seminarios de la Universidad de Estrasburgo. Allí confluyeron dos cerebros excepcionalmente dotados para el saber histórico en profundidad: el medievalista Marc Bloch y el polifacético, dinámico y terebrante Lucien Febvre. Ambos habían de fundar la revista "Annales", que desde 1929 ha constituido el banderín de enganche y, a la vez, el portavoz de la nueva escuela histórica francesa. Los combates de los "Annales" son ya legendarios y han dejado profundo surco en la historiografía contemporánea. Librados en nombre de una historia profundamente humana, interesada por el estudio de las economías, las sociedades y las civilizaciones, apasionaron a los estudiantes universitarios y merecieron la atención de los académicos. En realidad, nadie podía mantenerse ajeno a tal movimiento, que implicaba un seísmo en el reposado horizonte de los historiadores al uso. Se tenía que estar con o contra los "Annales".

Desde 1945 la nueva escuela francesa dirigida hasta su muerte por Febvre († 1956) - Bloch le había precedido en manos genocidas-, ha irradiado fuera de las fronteras y ha hallado simpatías en todo el mundo. Sin vacilación alguna, puede aseverarse que hoy figura a la cabeza del movimiento histórico universal, con una jerarquía espiritual reconocida por sus compañeros de armas y que ejerce gracias a una pródiga y remuneradora subvención del Estado. Quien ose afirmar que la cultura es improductiva-un Ministerio de gastos, que no paga-, hallará en esta ejemplar conquista de un reducto internacional motivo de meditación provechosa, en particular si pertenece a la grey mayoritaria de Estados de segundo o tercer orden que, no teniendo ya imperios materiales que defender, sólo

pueden aspirar a procurar a sus ciudadanos un pasable bienestar material y una consideración científica y técnica universal de primer orden.

* * *

La presente Historia General de las Civilizaciones no es una historia realizada por el grupo de los "Annales" en sentido estricto. Al contrario, es una historia de la Sorbona, como tantas otras ha dado ya el claustro de la Facultad de Letras parisina. Pero en el momento actual es la que más se aproxima al estilo inquieto y penetrante de aquel equipo. Constituye, en consecuencia, un testimonio de primer orden en el progreso de la ciencia histórica al mismo tiempo, un receptáculo de las profundas innovaciones que han ido realizando los universitarios en estos últimos años, a compás de la batalla de métodos desencadenada alrededor del estudio del hombre, de la sociedad y de la historia.

Hitos blancos de los tiempos nuevos, los redactores de esta Historia son, desde sus respectivos campos de especialidad, maestros consumados y sagaces exploradores del pasado. El profesor Ernest Labrousse, uno de los autores del tomo dedicado al estudio del siglo XVIII, ganó la cátedra y la admiración de sus colegas nacionales y extranjeros con una famosísima tesis sobre el influjo de las condiciones económicas en el desencadenamiento de la Revolución francesa. Esta obra figura, por derecho propio, entre los diez o quince títulos históricos fundamentales publicados en los últimos veinticinco años. Hoy es el especialista mundial más calificado en el estudio de la burguesía, como fenómeno social, humano y económico de los siglos XVIII y XIX.

De semejante autoridad disfrutaron en los estudios antiguos y medievales los profesores André Aymard y Edouard Perroy, distinguido aquél en el análisis de los caracteres básicos de la civilización mediterránea clásica y éste en los ciclos sociales y económicos de la Baja Edad Media. El profesor Roland Mousnier se ha ocupado con singular provecho de temas tan esenciales como la venalidad de los oficios bajo las monarquías del Antiguo Régimen y los tipos específicos del absolutismo regio en los siglos XVI y XVII. Desde la dirección de la "Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine", ocupa un lugar privilegiado para detectar la menor novedad en el radio de acción de su saber.

Robert Schnerb y Maurice Crouzet forman un excelente equipo para encargarse de desmenuzar, a la luz de los nuevos métodos de la historia vital, la dura presa que representan los dos siglos más recientes en la dinámica historia. Eminente colaborador de los "Annales", el primero ha elaborado una historia apasionante, en la que juegan no ya los individuos, sino los continentes. En cuanto al profesor Crouzet, sus directrices han sido las que han llevado a buen puerto la presente

Historia. Su contribución sobre el siglo XX -una afortunada síntesis de factores de todo orden- será juzgada en lo que realmente vale: el primer intento sincero de reducir nuestra época a unidades intelectivas.

* * *

Puesta en manos del lector de habla castellana, la presente Historia sorprenderá, seguramente. Una Historia de las Civilizaciones que es, a la vez, historia política y geografía humana, análisis de la demografía y del movimiento económico, escudriñamiento de la mentalidad social y de la intimidad religiosa. Pero no vacile en su lectura, pues muy pronto se dará cuenta de que se halla en posesión de un instrumento eficaz de cultura, el cual, respecto a las viejas historias, presenta las ventajas del cohete atómico sobre la bala de mosquetón.

Era imprescindible que este agradable choque se produjera. Durante mucho tiempo se ha acusado a la cultura del mundo hispánico de no querer empuñar útiles adecuados a su tiempo, de vivir en puro estadio acomodaticio, sin apetitos imaginativos. Esta acusación va dejando de ser realidad. En todos los campos del saber hay una proyección hacia el futuro, de la que, por circunstancias varias, sólo se dan cuenta de momento las minorías selectas.

Para los historiadores españoles y americanos no es una novedad el estilo de esta Historia. Incluso para muchos lectores dejará de serlo cuando recuerden las memorables páginas de "El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempo de Felipe II", de Fernand Braudel, el primer encuadre sistemático de la política y la figura del Prudente, abordada desde el ángulo de su propia coyuntura histórica. Tampoco lo será para cuantos han seguido el ininterrumpido y estimulante combate que, en tono mucho menor, pero con no inferior alacridad, ha librado el equipo reunido alrededor del Centro de Estudios Históricos de la Universidad de Barcelona en defensa de las nuevas fórmulas históricas desde las páginas de los "Estudios de Historia Moderna", aparecidas en 1951, y desde las reseñas del "Índice Histórico Español", surgido dos años más tarde. Éstos son los hitos maestros que permiten entroncar la realidad hispánica con la occidental en un evidente acuerdo sinfónico.

No es maravilla, tampoco, que aparezcan conjuntamente en el mercado la presente obra y la "Historia social y económica de España y América", que ha dirigido el prologuista. En realidad, la Historia General de las Civilizaciones debería titularse y con ello no queremos enmendar la página a sus editores Historia Social Universal. Porque el hecho que la define, la clave que sujeta su nervadura, no es más que la comprensión del pasado desde un punto de vista estrictamente social, desde el mismo en que se situaron aquellos que lo vivieron.

Quizá el adjetivo social cause impresión a quienes leyeran estas líneas por juzgarlo algo

así como la traducción en la historia de la dialéctica marxista. Nada de ello. Historia social quiere decir que se ha renunciado definitivamente al catalejo de la personalidad o de un grupo reducido de personalidades para otear el horizonte histórico, y que en adelante es preciso hacer un esfuerzo de imaginación para situarse en el terreno de sus múltiples creadores sociales:
todos los oficios, clases, castas y jerarquías al unísono, en una tensión o en un éxtasis mancomunado.

La presente Historia contribuirá como ningún otro instrumento a facilitar el paso de la visión parcial a la total de la dinámica humana que nos ha llevado a la actual coyuntura. En este sentido supera infinitamente los moldes de las anticuadas Historias culturales, en donde todavía no se ha producido la sabia mezcla metodológica entre lo individual y lo social. Ya las modernas historias sociales hacen gala no sólo de plantear la problemática de las sociedades en toda su complejidad, sino de hacer posible un estudio definitivo de las grandes personalidades de la Historia, mayores en su autenticidad ambiental que en su irresponsable virtuosismo de lo heroico. Como en el caso, ya citado, de Felipe II, sólo puede sernos ya asequible el personaje Napoleón después de haber leído las páginas maestras de Labrousse.

Cuantos habíamos experimentado la necesidad de este orto, saludamos con alegría el advenimiento de nuevos tiempos para la historia. Formados en la rígida disciplina de la erudición germánica, pero insatisfechos ante la obtusa reducción de sus objetivos, cuando no ante el peligroso desvío hacia carriles anticristianos, no podíamos menos de aceptar un bagaje provechoso, del cual no miramos las etiquetas de procedencia nacional. Por esta causa, cuando se ha querido determinar nuestra filiación buscándola allende los Pirineos, hemos recordado a todos que la escuela histórica barcelonesa tenía una tradición y unos rasgos seculares, invariables fuera cual fuera el tono y el número de sus representantes. Tales eran, y en primer lugar, la busca de la verdad por la libertad de investigación, la huida de lo mitológico v lo retórico, la necesidad de una justificación global de lo histórico.

Por otra parte, desde 1951, en unas líneas programáticas destinadas a proyectar el pensamiento historiográfico catalán más allá de sus propios límites naturales, afirmábamos sus puntos esenciales. Seis años más tarde creo oportuno reiterarlos, como testimonio de una imparcial inclinación hacia lo nuevo y piedra de toque de posible parangón con lo transpirenaico.

"Creemos fundamentalmente que la historia es la vida, en toda su completa diversidad. No nos sentimos, por lo tanto, atados por ninguna prevención apriorística, ni de método, ni de especulación, ni de finalidad. Despreciamos el materialismo por unilateral, el positivismo por esquemático, el ideologismo por frívolo. Intentamos captar la realidad viva del pasado, y, en primer lugar, los intereses y las pasiones del hombre común.

"Creemos que la Historia se ha desarrollado en un marco geográfico y que uno de los principales esfuerzos realizados por la Humanidad ha sido la conquista del suelo y de sus riquezas. El estudio de las relaciones entre el hombre y el medio ambiente debe ser esencial en todo intento de comprender vitalmente el pasado.

"Creemos que el hombre "está" en la Historia, y que tal actitud lo hace copartícipe de su ambiente social, hasta el punto de desdoblarse en un "sujeto" activo y un "co-sujeto" pasivo.

"Creemos en el principio de la articulación social, y en el juego libre de personalidades creadoras, minorías selectas y mayorías fieles en los grandes momentos de plenitud de la cultura; y personalidades exhaustas, minorías anquilosadas y mayorías rebeldes en las etapas de su disgregación.

"Creemos que en la historia es un factor importante la lucha por la distribución de las riquezas morales y materiales. Partiendo de su pobreza prehistórica, el hombre y la sociedad han ido creándose bienes, los cuales se traducen en el individuo por una "escala de valores" ante la vida. Establecer la realidad histórica de riquezas y valores es un elemento preliminar a todo estudio económico, social, político e ideológico del hombre, incluso en la esfera familiar.

"Creemos que la Historia debe definir las sucesivas mentalidades del pasado. Por mentalidad no entendemos la "Weltanschaung" de los filósofos, ni ninguna clase de representación del mundo", sino la reacción del individuo, en su varia gradación intelectual y social, así como la de los grupos que lo interpretan, ante los sucesos históricos que perturban sus anteriores imágenes sobre los valores y las riquezas morales y espirituales. Esa mentalidad se discrimina mejor en los actos humildes de la vida corriente, que en las elevadas especulaciones de los intelectuales, aunque entre unos y otras existan, a veces, ciertas correlaciones.

"Creemos que cada generación histórica tiene su propia mentalidad, que se contrasta en el modo de recibir la herencia moral y material de la generación paterna y se revela en una serie de afirmaciones políticas e intelectuales. Pero no creemos en la "generación local", sino en las grandes generaciones en el seno de una misma cultura; la Occidental en nuestro caso. Aquélla indica un timbre; ésta el tono del conjunto.

"Creemos que debemos aceptar las consecuencias de los hechos históricos y rehusar toda actitud batallona ante el pasado. La beligerancia frente a la Historia debe reservarse al político o al santo. Como tal científico, el historiador no pretende enmendar los sucesos históricos, sino comprenderlos en su totalidad.

"Creemos en la eficacia del método estadístico para establecer la certidumbre histórica. Un dato puede contener la verdad; doscientos nos libran del error, lo que es más importante. El método estadístico es esencial para determinar valores, riquezas y mentalidades. Sin recurrir a él a través

de minuciosos análisis de precios, salarios, inclinaciones políticas y tendencias culturales, es imposible comprender nada del siglo XIX.

"Nos sentimos a gusto en nuestra Civilización Occidental, cuyos altos fines consideramos servir estableciendo la verdad histórica por la libertad en la investigación y la exposición."

* * *

Para traducir la Historia General de las Civilizaciones se requería gente imbuida por su mismo espíritu, es decir, convencida del peso de los factores mínimos en la comprensión de lo históricamente auténtico. Y, además, gente competente, capaz de suplir con unas líneas cualquier omisión en las referencias a España y al mundo iberoamericano, siempre posibles dada la desgraciada fortuna que hace de los Pirineos y Río Grande vallas impermeabilizantes para las culturas exteriores. Esta gente forma el elenco de "Índice Histórico Español" y del Centro de Estudios Históricos Internacionales. Juzgamos improcedente hacer una presentación de esos jóvenes valores, cuyo nombre llenará muy pronto los ámbitos de la ciencia histórica española.

Y para terminar, unas palabras de aliento a los Editores de esta traducción, merecedores de un éxito rotundo que destierre para siempre de los anaqueles las grandilocuentes, ridículas y desenfocadas historias de nuestros padres. La presente generación hispana e iberoamericana requiere un instrumento potentísimo para formar su conciencia histórica, y estoy convencido — lo reitero de que ello se logrará a través de la punta diamantina de esta Historia General de las Civilizaciones.

JAIME VICENS VIVES

(18: página en blanco)

PREFACIO GENERAL A LA HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES

Salvo error ésta es la primera vez que semejante título - Historia General de las Civilizaciones – figura al frente de una colección de obras destinadas al gran público. ¿Tenemos que asombrarnos de ello? Como ha señalado Lucien Febvre, la propia palabra civilización se ha hecho usual en un momento tardío de la historia (último cuarto del siglo XVIII). Y aun ha sido en época más reciente cuando sus acepciones se han precisado y la palabra ha adquirido toda su riqueza y su amplio significado.

En oposición a barbarie, la nueva palabra significó para los filósofos racionalistas y cosmopolitas del siglo XVIII y su larga serie de herederos un conjunto de instituciones susceptibles de hacer reinar el orden, la paz, la felicidad y, más aún, capaz de favorecer el progreso intelectual y moral de la humanidad - o sea de asegurar el triunfo de la inteligencia - La civilización era "un estado de cosas ideal y real al mismo tiempo, racional y natural..., causal y final en el mismo momento".

El siglo XIX pareció confirmar esta concepción europeo-centrista. Sorprendentes adelantos en las ciencias y en las técnicas proporcionaron entonces a los europeos un tal poderío material que pudieron convencerse de la excelencia y superioridad de su civilización. "El siglo XIX tomó su civilización por la civilización"; de ello a afirmar sus derechos a imponerla en el mundo entero, incluso por la fuerza, no había más que un paso que pronto fue dado. De todas formas, esta tranquilidad de conciencia no rebasó mucho dicho siglo; en la actualidad ya no existe. Es lo que expresa el lenguaje corriente cuando multiplica las expresiones pesimistas: la "crisis de la civilización", la "civilización en peligro", la "civilización puesta a prueba".

Por este motivo, incluso entendida en el sentido menos estrechamente "nacionalista", una historia de la civilización que estudiase sólo "el balance general de las sociedades y de las civilizaciones", que presentase a estas últimas como otras tantas etapas escalonadas en el camino del progreso y llevase a cabo el inventario de sus contribuciones a un fondo común de la humanidad, escaparía difícilmente a un finalismo para el que la civilización se definiría exclusivamente en relación

a nosotros, europeos del siglo XX.

Es indudable que en el curso de los últimos siglos asistimos —bajo la determinante influencia de Europa-al oscurecimiento y aún a la desaparición de formas de civilización numerosas y originales, aunque sólo fuese a causa de la uniformización irresistible de las condiciones generales de la vida; por esta causa tenemos la impresión de que una civilización unificada, inspirada principalmente por el ejemplo de Occidente en el sentido más amplio, se afirma cada vez con más claridad. Es innegable; pero esta evolución hacia la unidad no ha empezado hasta hace muy poco y los milenios que constituyen la historia de la humanidad han quedado marcados por tantos períodos de estancamiento o de marcha atrás, por tantos aislamientos y rupturas, que la prudencia hace aconsejable prescindir de tal concepción (cf. capítulo de Introducción).

* * *

Lo que parece indiscutible es que han existido, no una civilización, sino unas civilizaciones, sin una jerarquía real: etnólogos, historiadores y sociólogos han constatado que todo grupo humano organizado posee su civilización, que incluso "un pueblo salvaje" tiene su civilización propia.

Igualmente parece admitido de manera definitiva que ya no existe una concepción única y estrecha de la historia de las civilizaciones.

En efecto, en el curso de los últimos veinte años en Francia, después de un artículo resonante de Marcel Mauss, se ha señalado una evolución que ha desviado nuestra curiosidad del único plano superior de las civilizaciones, del plano de las cualidades eminente - las artes, las letras, el gusto, hasta la ciencia - para llevarla al plano subyacente de las realidades y manifestaciones de menor brillo, con frecuencia materiales. Se ha procurado reemplazar, ya por el sesgo de los bienes culturales (una idea, un utensilio, una técnica, una práctica alimenticia, incluso un simple detalle de indumentaria), ya por el sesgo de las áreas culturales (las bases geográficas de las civilizaciones), los estudios tradicionales por consideraciones objetivas, frente a las especulaciones de antaño, con tanta frecuencia llenas de juicios de valor. Así se han intentado fijar, más allá de los hombres y de las obras (grandes hombres y obras maestras), más allá de las principales corrientes de influencias, las condiciones materiales y sociales, todo un contexto que la historia tradicional abordaba mal o, al menos, con demasiada rapidez.

El pasado de la humanidad nos ofrece, pues, el espectáculo de numerosas civilizaciones: cada una se define por un conjunto de ideas y de instituciones políticas, de condiciones de la vida material y de la técnica, de fuerzas de producción y de relaciones sociales, por todas las manifestaciones de la actividad religiosa, intelectual y artística. Evidentemente no se trata de adoptar en los volúmenes de

esta colección, y basándose en las palabras que lo encabezan, tal o cual vía estrecha, sentido que no sería tomado más que perjudicando o excluyendo muchos otros. La historia no es elección sino reconstitución de todos los aspectos de la vida. Por tanto, nuestra Historia general se aplica a describir estos múltiples aspectos que forman casi siempre un bloque coherente, reconstituyendo su unidad y, al mismo tiempo, a estudiar los contactos establecidos entre las diversas civilizaciones.

* * *

Trabajo de análisis y de descripción al principio, esfuerzo para resaltar, a continuación, los rasgos característicos de cada civilización y para hacer balance de lo que han podido aportar de nuevo al capital de la humanidad. ¿Es posible llegar más lejos? ¿Se puede trazar para cada una la curva que represente sus "progresos" y su "decadencia"? ¿Se puede ir más lejos y obtener de estas diferentes observaciones unas leyes de "dinámica social" aplicables a todas las civilizaciones? El ejemplo de grandes y brillantes síntesis recientes, construidas sobre una interpretación discutible de la época presente y del porvenir inmediato, el consenso unánime de historiadores y sociólogos, han demostrado hasta qué punto la prudencia es indispensable en esos terrenos todavía nuevos de la investigación. Una clasificación de las civilizaciones, las nociones de "progreso" y de "decadencia" implican por otra parte una concepción metafísica de la evolución humana que debe ser, por definición, extraña al historiador.

Esta colección evitará, por tanto, toda posible inclinación hacia una "filosofía de la historia" que no puede ser más que subjetiva y, por ello, aventurada y discutible; para nosotros se trata de describir y de explicar, no juzgar por comparación con un tipo de civilización ideal.

* * *

Durante mucho tiempo el mundo ignoró su unidad: existían no una sino unas humanidades y unas civilizaciones. Los últimos años del siglo XV, con las innovaciones decisivas de los grandes descubrimientos marítimos, sentaron las bases y ofrecieron las posibilidades de una unidad planetaria que era necesario construir. Hasta el siglo XVIII no se llegó a las regiones aún desconocidas de Oceanía y Australia; hasta el siglo XIX no se emprendió el reconocimiento de las regiones ignoradas de África y de los Polos. Pues bien, la unidad del mundo era imperfecta sin un conocimiento científico y completo; imperfecta, asimismo, sin la puesta en marcha de una economía mundial coherente. ¿Fue así antes de los grandes veleros del siglo XVIII, o mejor, antes de la revolución del vapor que, para ser una realidad, necesitó la mayor parte del siglo XIX? Seguramente no.

Así vemos, en las perspectivas de la historia universal, en los lejanos principios, la aurora de las civilizaciones diferenciadas partiendo de una unidad inicial, el lento paso de la Prehistoria a la Historia, a continuación el advenimiento progresivo de las historias cada vez más vinculadas unas a otras y, por último, el nacimiento de un mundo unificado.

La distribución de esta gran cantidad de material en los siete volúmenes de la Colección no ha dejado de plantear delicados problemas. "La aceleración de la historia" y la creciente riqueza de nuestros conocimientos nos han impuesto una repartición tal que cada volumen abarca un período más corto a medida que nos acercamos a la historia contemporánea.

En nuestro primer volumen, después de la introducción destinada a resumir los tiempos prehistóricos, en los orígenes de la historia, no podíamos seguir sincrónicamente el desarrollo de las civilizaciones autónomas, verdaderos bloques que era necesario examinar por sí mismos y en ellos mismos. ¿Cómo encontrar fechas válidas para todas las civilizaciones, incluidas las del Indo y del Extremo Oriente? ¿Cómo evitar las repeticiones? Al menos dos de las grandes civilizaciones de la Antigüedad, la egipcia y la mesopotámica, con matices pero sin contraste esencial debido a la evolución, forman bloques coherentes durante cerca de tres milenios: recortarlas horizontalmente en divisiones cronológicas era imposible. Esas mismas grandes civilizaciones, y también algunas otras, sufren pocas influencias externas o no las reciben más que en la periferia. Con frecuencia el nacimiento y desarrollo de civilizaciones de confluencia, a las que parecerían destinadas las regiones intermedias, fueron impedidas o al menos retrasadas, porque esas regiones sirvieron de campos de batalla a los grandes imperios rivales. Por tanto, se hubiese llegado a un cuadro desmenuzado, con demasiada desigualdad a causa de nuestros conocimientos o del nivel y del interés diversos de las civilizaciones aparecidas aquí y allá.

Mucho más tarde, después de los comienzos de nuestra era, al menos en el marco del Mundo Antiguo -Asia, Europa, Africa-, se han podido confrontar un poco, unas con otras, esas historias particulares. Pero todavía se relacionan mal, y aún se mezclan peor, durante numerosos siglos.

A medida que las relaciones se multiplican entre los pueblos, Estados y civilizaciones aislados, y que los documentos se hacen más abundantes y se comprueban entre sí, el recurrir a los cuadros cronológicos se hace posible y fácil; al propio tiempo puede aumentar la parte reservada a los acontecimientos y a los personajes, a los aspectos más vivos del pasado. Pero, progresivamente también, hemos tenido que defendernos contra la tentación de contarlo todo. Lo esencial ha sido dar amplios sumarios, lo más claros posible y de conformidad con las últimas investigaciones eruditas.

El lector notará que muchos de los acontecimientos históricos que constituyen la trama

tradicional de las obras de historia han sido silenciados o son objeto de simples alusiones. No es que menospreciemos la importancia "de los hechos establecidos y cronológicamente ordenados" ni que tengamos olvidado que la Historia es "ciencia de lo concreto". Sabemos hasta qué punto sería peligroso presentar una Historia "separada de la realidad" y que, por una reacción excesiva contra la Historia de antaño que sólo daba importancia a los hechos políticos, militares y diplomáticos, pasásemos en silencio estas formas esenciales de las civilizaciones. Sin embargo, hemos insistido particularmente en las formas económicas y sociales; hemos subrayado el desarrollo de las técnicas y, cuando la documentación lo ha permitido, nos hemos ocupado de los problemas de población. Únicamente la obligación de no dar a nuestros volúmenes un tamaño excesivo, y también la facilidad que encontrará el lector en informarse sobre los hechos políticos-puesto que son los mejor conocidos, nos han llevado a veces a no hacerlos figurar más que en las tablas cronológicas o sinópticas que formarán el marco de los sucesos de la historia de las civilizaciones.

La presente colección se dirige no a los eruditos, sino al público culto; no lleva, por tanto, notas, referencias, ni discusiones críticas destinadas a defender o a justificar los puntos de vista expuestos; no da más que una bibliografía sumaria, simple orientación para facilitar a los lectores una mayor información.

La ilustración, más que presentar un carácter estrictamente documental, procura aclarar el texto por medio de láminas que evocan la atmósfera en la que las civilizaciones se desarrollaron.

* * *

No creemos necesario presentar a los autores que han querido aceptar la colaboración en nuestra Historia general: sus trabajos y su labor docente les aseguran desde hace mucho tiempo un lugar relevante entre los historiadores franceses. ¿Será necesario añadir que esta Colección no se hubiera podido concebir si, desde hace un cuarto de siglo, una poderosa corriente que simboliza el nombre del llorado Marc Bloch no hubiese eficazmente ayudado a renovar los estudios históricos en Francia, orientando investigaciones y curiosidades en el sentido de una Historia más amplia, ligada de manera estrecha a las otras ciencias humanas? Es un simple deber de agradecimiento expresar aquí, en el umbral de nuestra labor, todo lo que debemos a los que de esta forma abrieron el camino.

MAURICE CROUZET

(24: página en blanco)

INTRODUCCIÓN

RAZA, CULTURA Y CIVILIZACIÓN

Generalidades

Llevar a cabo una historia de las civilizaciones equilibrada en el sentido de dar cabida, en relación con su importancia, a todas las civilizaciones que se han desarrollado en el tiempo y en el espacio de la tierra, constituye un intento que escapa a las posibilidades actuales de la investigación. Este problema casi no se plantea para las razas y culturas que han contribuido a formar, o que forman todavía, el acervo común que llamamos "civilización occidental". Pero, para los miles de culturas o civilizaciones que aparte de ella han existido, hay que salvar insondables abismos de comprensión y de información, tanto por lo que se refiere a las sociedades "primitivas" del pasado como a las contemporáneas que calificamos de la misma manera.

El primer problema que se plantea es el de llegar a definir exactamente el contenido y significado de los conceptos "raza", "cultura" y "civilización".

Dejando de lado el concepto de raza-hoy en manos de los biólogos que nada tiene que ver con la idea de compartimento estanco que la mentalidad decimonónica le atribuyó, intentaremos en primer lugar diferenciar la noción de "culturas". Al pensar en las culturas humanas nos encontramos en presencia de sociedades yuxtapuestas en el espacio, unas próximas y otras lejanas, pero todas aproximadamente contemporáneas. En seguida pasamos a pensar en las formas de la vida social que se han sucedido en el tiempo y que no podemos conocer por experiencia directa. En efecto, cualquier hombre actual puede convertirse en etnólogo y compartir la existencia de una sociedad que le interese; por el contrario, incluso haciéndose historiador o arqueólogo, no conseguirá nunca entrar directamente en contacto con una civilización desaparecida más que a través de los documentos escritos o los monumentos que esta sociedad -u otras-habrá dejado. Por último, al pensar así, no hay que olvidar que las sociedades contemporáneas que desconocen la escritura, estuvieron también precedidas por otras cuyo conocimiento es prácticamente imposible, ni de manera indirecta, si no

han dejado algún resto material. Un inventario riguroso deberá reservarles casillas blancas, en número infinitamente más elevado que el de las casillas donde nos sentimos capaces de escribir algo. Una primera constatación se impone: la diversidad de las culturas humanas es, de hecho en el presente, de hecho y también de derecho en el pasado, mucho más grande y rica que todo lo que nunca llegaremos a conocer. Por ello, el etnólogo, el prehistoriador, el historiador, se enfrentan con estos problemas con humildad y convencidos de estas limitaciones.

Es evidente que la noción de diversidad de las culturas humanas no debe ser concebida de una manera estática. Esta diversidad no constituye ni un muestrario inerte y simple, ni un seco catálogo. Sin duda, los hombres han elaborado culturas diferentes en razón del alejamiento geográfico, de los caracteres particulares del medio y de la ignorancia en que se encontraban con respecto al resto de la humanidad; pero esto no sería rigurosamente cierto más que si cada cultura o cada sociedad hubiera nacido y se hubiera desarrollado aislada de todas las demás. Sólo conocemos a este respecto algunos casos excepcionales como el de los tasmanios y el de los esquimales (y aún en un período limitado en ambos casos). Las sociedades humanas no están nunca solas y aun cuando están más separadas forman grupos. Así, no es exagerado suponer que las culturas norte y sudamericanas estuvieron casi aisladas de todo contacto con el resto del mundo durante un período cuya duración se estima de diez a veinticinco mil años. Pero esta gran parte de la humanidad, estaba formada por una multitud de sociedades grandes y pequeñas que tenían entre sí contactos muy estrechos. Y junto a diferencias debidas al aislamiento hay las, también importantes, debidas a la proximidad: deseo de oponerse, de distinguirse, de resaltar las diferencias. Por consiguiente, la diversidad de culturas humanas no debe inducirnos a una observación parcial. Lo esencial está tanto en relación con el aislamiento de las fuerzas como en las relaciones que las unen.

El etnocentrismo

Sin embargo, raramente la diversidad de culturas ha aparecido a los ojos de los hombres como lo que en realidad es: un fenómeno natural, resultado de las relaciones directas o indirectas entre las sociedades. La posición psicológica más normal en este aspecto consiste en rechazar las formas culturales que nos son extrañas y así se comportaban ya los antiguos griegos-y después de ellos los romanos- al calificar de "bárbara" toda cultura que no fuese la suya. Pues bien, detrás de los epítetos se disimula siempre una opinión: probablemente la palabra "bárbaro" se refiere etimológicamente a la confusión e inarticulación del canto de los pájaros, opuesto al valor simbólico del lenguaje humano. En ambos casos hay una negativa a admitir el hecho de la diversidad cultural prefiriendo arrojar fuera de los límites de lo humano lo que no corresponde a la cultura bajo la cual se vive. Esta posición psicológica

encierra una paradoja bastante significativa: esta actitud en nombre de la cual se arroja a los considerados "salvajes" fuera de la humanidad, es precisamente la actitud más característica y más distintiva de estos mismos salvajes. La noción de humanidad englobando a toda la especie humana es de reciente aparición, mientras que para la mayor parte de esta especie y durante decenas de milenios, esta noción parece faltar por completo: la humanidad termina en las fronteras de la tribu, del grupo lingüístico y a veces incluso de la aldea, expresándose esta concepción por los nombres que estas gentes se dan a sí mismos.

Sin duda los grandes sistemas filosóficos y religiosos de la humanidad — ya se trate del budismo, del cristianismo o del Islam, ya de las doctrinas estoica, kantiana o marxista - se han levantado constantemente contra esta aberración. Pero la simple proclamación de la igualdad natural entre los hombres no basta para hacer desaparecer la diversidad de hecho que se impone a la observación más superficial. Además, este problema filosófico e histórico está lejos de estar resuelto y precisamente en el segundo aspecto es el fin que en gran parte se propondría una ideal "Historia de las civilizaciones".

Culturas arcaicas y culturas primitivas

Más arriba ya hemos adelantado que cada sociedad, desde su propio punto de vista, puede repartir las culturas en tres categorías: las que le son contemporáneas, pero que se encuentran en otro lugar del globo; las que se han manifestado aproximadamente en el mismo espacio, pero que la han precedido en el tiempo y, por último, las que han existido a la vez en una época anterior y en un lugar distinto al suyo.

Estos grupos son susceptibles de un conocimiento muy desigual. En el tercero de los casos expuestos, casi nada podemos saber y mucho de lo que de sus míseros restos se pretende deducir no pasa del terreno de las hipótesis gratuitas. Ésta es la causa que explica las dificultades con que tropieza la Prehistoria exótica. Por el contrario, siempre es tentador establecer entre las culturas del primer grupo, unas relaciones equivalentes a un orden de sucesión en el tiempo ("edad de la piedra" en Australia; "edad media" en el Japón de hace un par de siglos; "siglo Luis XIV" en el Pekín anterior a la primera guerra mundial; etc.). Estas comparaciones sugestivas, pero falsas, han dado lugar a un evolucionismo trucado ya en su planteamiento. En la mayor parte de los casos sólo se puede decir que entre ciertas sociedades existen similitudes de orden muy general y que cuando se pueden precisar algunas de carácter tecnológico se deben con frecuencia a fenómenos de convergencia, sin poder llegar a establecer unos paralelismos absolutos entre ellas. Las semejanzas, muchas veces citadas, entre ciertos instrumentos y objetos paleolíticos y otros fabricados en tiempos recientes por tasmanios, patagones, australianos y algunas tribus americanas, han sido evidentemente exageradas

y constituyen casos concretos de dicha clase de fenómenos. Existe una identidad: la del uso de la piedra como materia básica, pero incluso en el terreno de las comparaciones etnológicas no es posible ir mucho más allá. Una de estas interpretaciones que más éxito ha tenido por su sugestión estética y sociológica, se refiere a las pinturas rupestres paleolíticas de Europa y de la época actual en otras partes del mundo, representaciones mágicas relacionadas con los ritos de caza, pero en su mayor parte las teorías sobre ellas elaboradas no pasan del terreno de las meras hipótesis y suposiciones.

Por el estado de sus culturas, la América precolombina en la época inmediata a la conquista se encontraba en un estadio paralelo al del período neolítico europeo. Pero esta asimilación no resiste un examen minucioso: en Europa, la agricultura y la domesticación de los animales son hechos paralelos, mientras que en América un desarrollo excepcional de la primera va acompañada de una ignorancia casi completa - en todo caso de una extrema limitación de la segunda. En América, el utillaje lítico se perpetúa en una economía agrícola que, en Europa, está asociada a los principios de la metalurgia.

Unidad y diversidad de las civilizaciones

Al pasar de las civilizaciones prehistóricas a las civilizaciones históricas, se constata que el área recubierta por una civilización dada ha tenido siempre tendencia a restringirse. Nunca se ha llegado a reconstituir la unidad total de ciertos momentos del Paleolítico inferior, o la casi total del Musteriense: éstas fueron, junto con la actual civilización occidental, las civilizaciones más ecuménicas que el mundo ha conocido (Cfs. más adelante). Esta unidad en tan remotos tiempos se explica quizá por el nomadismo de los hombres, siempre moviéndose en los vastos terrenos de caza, persiguiendo a los grandes rebaños de animales que buscaban nuevos pastos al compás de los cambios estacionales. Quizás el uso de abrigos y cuevas en el Paleolítico superior, determinó ya una cierta estabilidad en cada grupo. Después del último período glaciar y del Epipaleolítico, la llegada de la agricultura hizo sedentarios casi definitivamente a los hombres.

Sin embargo, todavía pudieron existir períodos de amplia unidad. Los lingüistas - y en particular los toponimistas - constatan la extensión geográfica singular de ciertos radicales. Uno de los más curiosos es car - cala o calé-, cuyo significado de "piedra" y por extensión "fortaleza" y "refugio" parece sólidamente establecido. Esta raíz ha dado *garriga*, Grau, Carso, Karawan-ken, Cárpatos, Arbu-cale, Calahorra, Calaceite, Callaecia, etc., pero también el árabe quala, el turco kale, el lituano gala o el español cala o calé en los casos ya señalados, significando en todas estas lenguas "fortaleza" o "refugio". Se encuentra en demasiados países para no ser una reliquia de una lengua anterior a los indoeuropeos, que era al menos hablada del Cáucaso a Gibraltar y del Mediterráneo

al Báltico. ¿Pero, por qué pueblo, neolítico o incluso -pues los topónimos resisten muy bien a las invasiones-más antiguo, era hablada esta lengua? Asimismo, en la segunda mitad del IV milenio a. de J. C., se observan innegables similitudes entre las civilizaciones predinásticas de Egipto y Mesopotamia y, más tarde, entre ellas y las de Harappa y Mohenjo-Daro en la cuenca del Indo: no hay otro remedio que creerlas surgidas de un tronco común, que por desgracia todavía desconocemos.

Fue, pues, muy poco a poco y, si se piensa en la antigüedad del hombre sobre la tierra, desde una fecha muy próxima a nosotros, que empezaron a diferenciarse las civilizaciones. Pero intervino un hecho que durante mucho tiempo dominó la vida del mundo antiguo, y que era inevitable. Al hacerse sedentario, cada grupo humano sometía su evolución al juego de factores tanto físicos como morales que le eran propios. En realidad la fragmentación de una civilización única en civilizaciones múltiples constituye sólo el precio de los progresos realizados por el hombre. Al aumentar la complejidad de su vida material y de su vida mental, estos progresos multiplicaban las ocasiones de divergencia: un brote al principio insignificante podía dar lugar a una abundante y frondosa vegetación.

No existe ninguna civilización que, sin hablar de la herencia necesariamente recibida de sus predecesores, haya podido vivir cerrada sobre sí misma. Pudieron estar informadas por este ideal, pero la civilización egipcia que es la que estuvo más cerca de alcanzarlo, no llegó a su realización completa.

Aunque a veces en pequeñas cantidades, todas utilizaron los productos llegados del extranjero. En muchas ocasiones sorprenden las extremas distancias recorridas por ciertas materias primas incluso en los tiempos más primitivos. No se puede negar que de ordinario se trata de productos poco pesados o bien destinados al adorno a causa de su rareza: las conchas de Turena en el Paleolítico superior, el ámbar del Báltico más tarde y el hierro utilizado al principio como material de orfebrería en Egipto y en Mesopotamia. La fabricación del bronce, sin embargo, exigió grandes cantidades de estaño que fue necesario importar a los países del Próximo Oriente desde muy lejos. Así, pues, los intercambios comerciales siempre han provocado contactos. Lo importante es que estos contactos hayan podido establecerse y mantenerse sin perjudicar de manera seria la originalidad de todas las civilizaciones constituidas con un poco de fuerza. Parece que el traficante y el marino, aunque transmiten los objetos materiales, transmiten con mucha menos amplitud las técnicas y los bienes morales: por el contrario, más de una experiencia posterior a la Antigüedad tendería a probar que la repugnan, sin duda porque en dicha transmisión perderían su razón de ser, ya que todo cambio implica una diferencia.

Historia estática e historia dinámica. Habida cuenta de lo dicho en el apartado anterior y admitido que todas las sociedades humanas tienen un pasado temporal del mismo orden, ante la visión actual de las diferentes "etapas" de desarrollo en que se encuentran, hay que concluir que ciertas sociedades humanas han realizado su historia de una manera progresiva y adquisitiva y han acumulado los hallazgos e invenciones para dar lugar a las grandes civilizaciones -la llamada "historia dinámica"-, mientras que otras, no por ello inferiores racialmente, parecen estar faltas del don de sintetizar que constituye el secreto de las primeras y se han mantenido dentro de una misma trayectoria - la "historia estática"-, sin separarse mucho de la dirección primitiva. A estas dos formas de presentarse el acontecer humano también las podríamos llamar respectivamente "historia cumulativa" e "historia estacionaria".

La idea del progreso El hombre, el más moderno de los seres vivientes, está sometido en sus orígenes, como todos, a las servidumbres propias del medio natural. Sin embargo, es el único ser que prolonga sus miembros con un útil extraño a su cuerpo. Simple canto rodado al principio, roto por percusión después, tallado por último, este útil es el símbolo de la humanidad primitiva, el seguro medio de su lento progreso. Durante centenares de milenios, seiscientos quizá, el utillaje y el género de vida parecerán no evolucionar, pero también aquí juega un importante papel la pobreza de nuestra documentación. Aparte de la talla de la piedra nada sabemos del papel que en su vida material desempeñaban las fibras vegetales, la madera, el cuero, etc. La disminución en el tamaño y el perfeccionamiento en la talla de los objetos de piedra nos anuncian un adelanto en el llamado Paleolítico medio, período en que encontramos los primeros atisbos de cultura espiritual. Con el Paleolítico superior nos enfrentamos ya con la humanidad actual, aunque todavía sometida a la servidumbre del medio, pero con una rica cultura espiritual que tenemos atestiguada por múltiples indicios y principalmente por su arte. Un gran paso adelante se da con la revolución neolítica. Aparecen la cerámica, el tejido, la agricultura y la ganadería pronto asociadas a una metalurgia incipiente. El hombre se hace sedentario, cultiva la tierra y empieza la domesticación de animales y plantas. A partir de este momento, posiblemente a causa del cambio del régimen de alimentación, la velocidad del progreso es vertiginosa. El cobre aparece a finales del tercer milenio antes de nuestra era; luego llega el bronce y, por último, el hierro. Mientras que el primero de dichos metales había necesitado dos milenios para popularizarse, el uso del hierro se extiende en menos de 500 años. Dos mil quinientos años después, con la aplicación del vapor al maquinismo, empieza un nuevo período aún más acelerado, en el cual estamos viviendo. Vemos, pues, que todas estas formas se ordenan en un sentido evolutivo y progresivo: se suceden en el orden de inferioridad a superioridad.

Esos progresos realizados por la humanidad desde sus orígenes son manifiestos y nos llenan de orgullo. Pero es singularmente difícil ordenarlos en una serie regular y continua como se hacía hace una cincuentena de años. La visión del mundo prehistórico y primitivo es mucho más complicada de lo que se creía. Para no considerar más que el período de la piedra tallada, llamado Paleolítico, se pensaba, hace algunos años aún, que las diferentes formas de esta técnica-industrias "de núcleos", industrias "de lascas" e industrias "de hojas"-, correspondían a una evolución histórica en tres etapas denominadas Paleolítico inferior, Paleolítico medio y Paleolítico superior. Hoy día, después de tanteos diversos, está ya sólidamente establecido que estas tres formas coexistieron, constituyendo, no etapas de un progreso en sentido único, sino aspectos - llamados "facies" - de una realidad sin duda no estática sino sometida a variaciones y transformaciones muy complejas. Muchos de sus aspectos, que representan adelantos considerables, a veces desaparecen sin que podamos dar de ello una explicación satisfactoria. Así, por ejemplo, la industria solutrense, cuyo florecimiento se sitúa entre los años 30.000 y 25.000, antes de la era cristiana, alcanza una perfección en la técnica de la talla y en particular en la del retoque como no volverán a encontrarse, después de su súbita desaparición, hasta finales del Neolítico, unos 20.000 años más tarde.

Lo mismo que de las culturas se puede decir de las razas. Un estricto evolucionismo, ya superado, creía que el hombre de Neandertal precedió en Europa a las más antiguas formas del Homo Sapiens; actualmente, gracias entre otros al hallazgo de Fontéchevade, sabemos que éstos no sólo le fueron contemporáneos, sino que en muchos casos le precedieron. Muchas evidencias de esta clase irán surgiendo cuando en un futuro no muy lejano se vayan perfeccionando los conocimientos acerca de los tipos humanos que precedieron al actual: homínidos de África del Sur, de China, de Indonesia, etc.

Un ejemplo de historia dinámica o acumulativa

Lo dicho podría hacer creer que referimos la historia dinámica o cumulativa sólo a las civilizaciones occidentales con sus lejanas raíces prehistóricas. Pero no es así; el ejemplo de América demuestra de manera convincente que este tipo de historia no es el privilegio de una civilización o de un determinado pueblo. Ese inmenso continente, sin duda vio llegar al hombre formando pequeños grupos de cazadores que pasaron el estrecho de Behring a favor de las últimas glaciaciones en una fecha que no debe ser muy anterior a los 20.000 años. En veinte o veinticinco mil años, estos hombres realizaron una de las más sorprendentes demostraciones de historia cumulativa que se haya realizado sobre la superficie de la tierra: explotando hasta el máximo los recursos de un medio natural nuevo, domesticando- junto a ciertas especies animales - las más variadas especies vegetales con destino a su alimentación, sus

remedios y sus venenos y-hecho inigualado en otras partes - promoviendo sustancias nocivas como la manioca al papel de alimento de base, y otras al de estimulante y anestésico; coleccionando ciertos venenos o estupefacientes en función de las especies animales sobre las que cada uno de ellos ejerce una acción más certera; y, por último, llevando ciertas industrias como el tejido, la cerámica y el trabajo de los metales preciosos hasta la más alta perfección. Para apreciar esta obra inmensa es suficiente medir la contribución de América a las civilizaciones actuales del Antiguo Mundo: la patata, el caucho, el tabaco y la coca (base de la anestesia moderna); el maíz y el alfonsigo que tenían que revolucionar la economía africana para después generalizarse en Europa; el cacao, la vainilla, el tomate, el ananá, el pimiento y muchas especies de judías, de algodones y de cucurbitáceas. Por último, el cero, base de la aritmética e, indirectamente, de las matemáticas modernas, era conocido y utilizado por los mayas al menos medio milenio antes de su descubrimiento por los sabios indios de los cuales lo tomaron los árabes para transmitirlo a Europa. Por esta razón, quizá, su calendario era, en la misma época, más exacto que el del Antiguo Mundo. La cuestión de saber si el régimen político de los incas era socialista o totalitario ya ha hecho correr mucha tinta. Es innegable que correspondía a las fórmulas más modernas y estaba adelantado en varios siglos a los fenómenos europeos del mismo tipo. Y así en muchos otros detalles, de los que muchos aún están por señalar o por ser aprovechados, principalmente en el campo del conocimiento científico de ciertas sustancias vegetales que tienen algunos indígenas que, en apariencia, se encuentran en un estadio cultural regresivo.

En efecto, culturas que a nuestros ojos parecen "estacionarias" pueden no serlo y al contrario. En ello hay que tener en cuenta la posición del observador. Acabamos de ver que atribuimos a América el privilegio de la historia cumulativa porque le reconocemos la paternidad de un cierto número de contribuciones que nuestra civilización ha tomado de ella o que se parecen a las nuestras. ¿Cuál sería, sin embargo, nuestra posición en presencia de una civilización que se hubiera dedicado a desarrollar valores propios, ninguno de los cuales fuese susceptible de interesar a la civilización del observador? ¿No se sentiría éste inclinado a calificarla de estacionaria? En otras palabras: ¿depende la distinción entre las dos formas de historia de la naturaleza intrínseca de las culturas a que se aplica, o resulta, quizás, de la perspectiva etnocentrista en la que siempre nos colocamos para estimar una cultura diferente de la nuestra? Al hacerlo así consideramos como cumulativa toda cultura que se desarrolle en un sentido análogo a la occidental, es decir, cuyo desarrollo tenga para nosotros un significado. El sistema de referencias que usamos puede falsearnos la realidad al presentarnos a ciertas culturas como estacionarias, no porque lo sean necesariamente, sino porque su línea de

desarrollo nada significa para nosotros. La historicidad de una cultura o de un proceso cultural son así función, no de sus propiedades intrínsecas, sino de la relación en que nos encontramos y del número y la diversidad de nuestros intereses con respecto a ellas.

Calificación de una cultura humana

Cada vez que nos enfrentamos con la calificación de una cultura humana como "estacionaria" o "estática", debemos preguntarnos si este inmobilismo aparente no resulta de nuestra ignorancia acerca de sus verdaderos intereses, conscientes o inconscientes, y si, por tener criterios diferentes a los nuestros, esta cultura no es, con respecto a nosotros, víctima de la misma ilusión. Dicho de otra forma: apareceríamos unos respecto a otros como desprovistos de interés por el simple hecho de no parecernos.

Desde hace dos o tres siglos, la civilización occidental ha procurado poner a disposición del hombre medios económicos cada vez más poderosos. Si se adopta este criterio discriminador, se hará de la cantidad de energía disponible por habitante la expresión del mayor o menor grado de desarrollo de las sociedades humanas. La civilización occidental bajo su forma americana ocupará el primer lugar, seguida por las occidentales europeas y a continuación por una masa de sociedades africanas y asiáticas indistintas bajo este enfoque. Pues bien, estos centenares de sociedades a las que se acostumbra a denominar "insuficientemente desarrolladas" y "primitivas", que se confundirán examinadas desde el mencionado punto de vista -muy alejado a la manera de ser de algunas de ellas-, con frecuencia no sólo no son idénticas sino que se encuentran en los antípodas unas de otras.

Según el punto de vista escogido se llegaría a clasificaciones muy diferentes; si por ejemplo fuera la aptitud para triunfar de los medios geográficos más hostiles, no hay duda de que los esquimales por una parte y los beduinos por otra estarían colocados en primera fila. La India ha sabido (págs. 605 y sgs.), más que ninguna otra civilización, elaborar un sistema filosófico-religioso, y China (págs. 634 y sgs.) un género de vida, capaz de reducir las consecuencias psicológicas de un desequilibrio demográfico. Hace ya trece siglos que el Islam formuló una teoría de la solidaridad de todas las formas de vida humana - técnica, económica, social y espiritual - , que Occidente no tenía que encontrar hasta tiempos muy recientes con ciertas doctrinas sociales y el nacimiento de los modernos conceptos de Etnología y Prehistoria. Y así podríamos enumerar una larguísima serie de hechos: conocimiento de las relaciones entre psique y moral de los pueblos orientales (yoga de la India, pensamiento chino, gimnasia visceral de los antiguos maorís); la agricultura sin tierra de los pueblos polinesios; sus técnicas de navegación; la organización familiar de los australianos; el arte abstracto de tantos pueblos llamados "primitivos"; etc.

Más que en los elementos de una cultura hay que fijarse en la originalidad y forma propia en que cada sociedad agrupa estos elementos, los retiene o los excluye. O sea, en su particular manera de poner en perspectiva unos valores que son aproximadamente los mismos para todos los hombres: un lenguaje, unas técnicas, un arte, conocimientos de tipo científico, creencias religiosas y una organización social, económica y política (Levi-Straus).

La civilización occidental y su creciente expansión.

Todo lo dicho no puede desmentir que, gracias principalmente a sus aspectos materiales, la civilización occidental, desde hace más de un centenar de años, se encuentra en un plano netamente superior a todas las demás. No se puede predecir cuál será el fin de la progresiva adopción de los medios de vida occidentales por las poblaciones de color. No sabemos si, al fin, resurgirán, dotadas de nuevos caracteres, las formas ancestrales. O si por el contrario se llegará a una estandardización total de las formas culturales de la humanidad. La existencia de una civilización mundial que de momento sólo entra en la esfera de las posibilidades, sería un hecho extraordinario en la vida histórica del hombre y cuyos precedentes habría que buscar en una prehistoria muy remota, sobre la cual no sabemos casi nada.

La adopción del sistema de vida occidental ha influido tanto en el aumento de la cifra total de la población del mundo como en la de duración media de la vida humana. Cualquier estimación que se haga de la población mundial en el Paleolítico tendrá que reducirse a unos pocos millones de individuos. Para el Neolítico, con la multiplicación de los bienes de consumo, parece verosímil una cifra que gire alrededor de los 200 millones de habitantes. En la época romana no debía rebasar los 300 millones, que fueron aumentando paulatinamente hasta alcanzar los 1.200 millones en 1850. Si para dar un salto de mil millones fueron necesarios cuatro mil años, sorprendentemente a causa de la revolución maquinista, en los cien años que van de 1850 a 1950 la Humanidad da un salto de 800 millones. Calculando al mismo ritmo los demógrafos tienen calculada para el globo una población de 3.500 millones en el año 1980.

Naturalmente dichas cantidades son en gran parte reflejo del aumento de la duración media de la vida. En el Neolítico ésta era de unos 28 ó 30 años a causa, sobre todo, de la mortalidad infantil. En 1840 se había progresado poco: la duración media de la vida era de unos 38 años. En 1951 esta cifra había saltado a los 65 años. ¿Se seguirá progresando por este camino en el futuro? Los antropólogos estiman que llegará un momento en que este progresivo aumento dejará de producirse. Teóricamente se ha de llegar a dicha situación cuando toda la población viva todo lo que potencialmente es capaz gracias a las mejoras en los sistemas de vida material y en las dietas y a la desaparición de la mortalidad por enfermedades en edades inferiores a la extrema posible.

DE LA UNIDAD PALEOLÍTICA A LA DIVERSIDAD HISTÓRICA

El concepto de su antigüedad remotísima es una adquisición reciente de la humanidad, debido a los esfuerzos de naturalistas e historiadores que han creado la ciencia prehistórica.

La Prehistoria

Esta recientísima actividad científica cuenta sólo con un centenar de años, pues sus puntos principales fueron planteados, entre otros, por el francés Boucher de Perthes en su obra *Antiquités celtiques et antédiluviennes*. Se propone como objeto inmediato el estudio de los utensilios y restos dejados por el hombre en tiempos remotos. Pero no sólo recoge, describe y clasifica estos utensilios y estos restos, sino que los sitúa en el medio que los autentifica, es decir, busca en las capas o en los terrenos que los contienen las circunstancias que señalan el clima, la fauna la flora y dan fechas y evidencias acerca del ambiente en que el hombre se desenvolvía- y también la llamada paleantropología - busca el tipo de hombre y sus circunstancias materiales y espirituales en cada período de tiempo. Por caminos indirectos la Prehistoria pretende establecer una cronología más o menos segura. Sin embargo, por lo general, se le escapa la parte mejor del hombre: su vida social y espiritual. Únicamente mediante paralelos etnológicos - siempre inseguros - puede llegar a establecer algunas hipótesis en estos casos, en particular cuando se parte de las huellas de la vida artística de aquellos remotos antepasados.

El método prehistórico en su estado actual se basa de manera casi exclusiva en el estudio del "utillaje" o "industria" que ha resistido el paso del tiempo. Ambas palabras son muy generales y muy generosas. Sirven para designar todas las formas de piedra, de hueso o de asta que llevan la señal de una acción humana intencional, es decir, con frecuencia, muy poca cosa. Por desgracia, como hemos dicho, no conocemos las culturas más antiguas más que por la periferia e ignoramos lo más esencial de ellas: las creencias y los hábitos sociales. El utillaje que mejor ha resistido el paso del tiempo es la piedra. A la talla de este material corresponden técnicas diversas que quizás obedezcan a imposiciones climáticas y de ambiente, a tendencias raciales o a otras causas que nos escapan. En todo caso vemos cómo han dado lugar a una complicada nomenclatura que sirve a los prehistoriadores para entenderse y dar nombre a esas pobres huellas de la presencia humana en la superficie de la tierra hace más de medio millón de años.

Dicha cifra no es nada en comparación con la duración infinita de las edades geológicas. La transposición cronológica del ciclo vital en el globo terráqueo al transcurso de un año es un excelente

I. — *El toro negro de Lascaux*

ejemplo para dar idea de que dicha cifra de 500.000 años es muy breve en comparación con la larguísima duración de aquel ciclo. Supongamos que la aparición de la vida sobre la tierra tenga

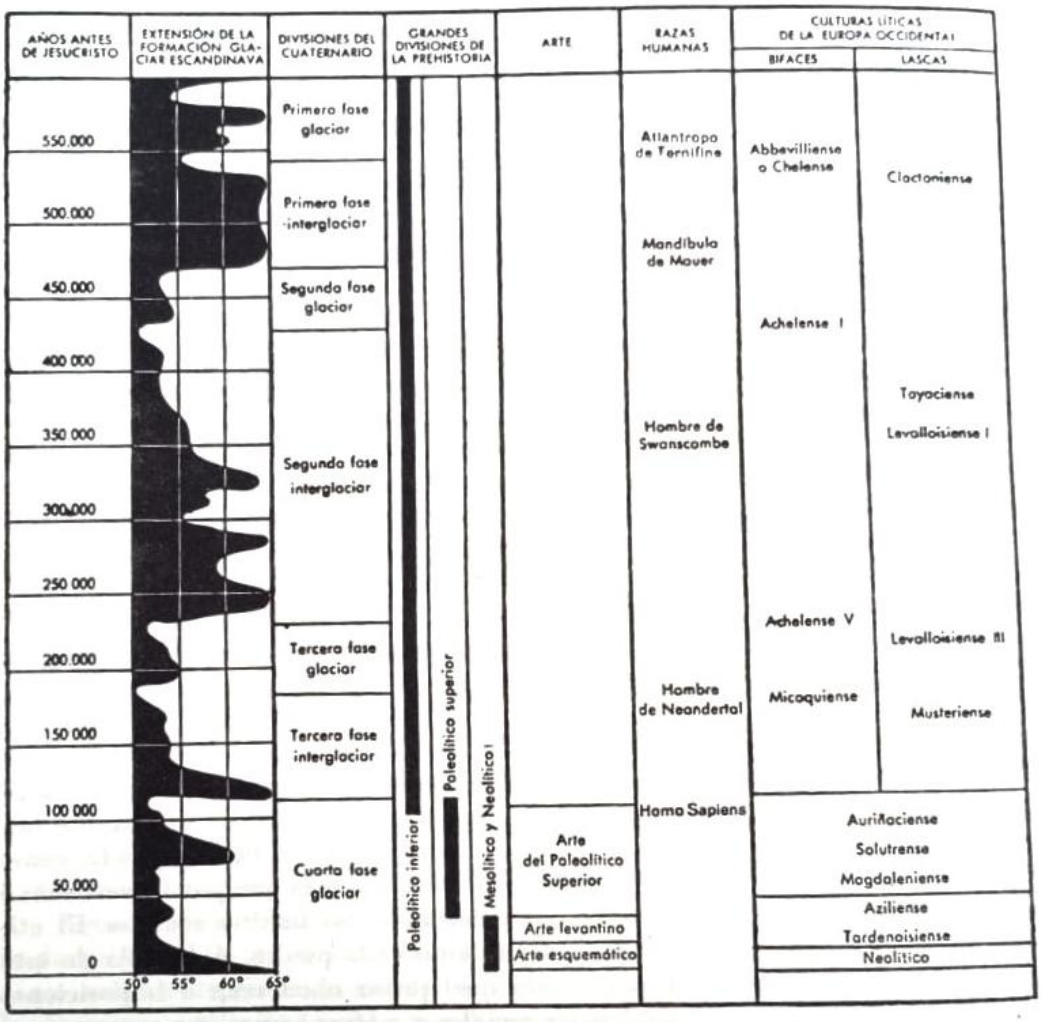


Fig. 1.—Sinopsis cronológica del desarrollo de los tiempos prehistóricos (los números de la parte inferior, a la izquierda, corresponden a los grados de latitud norte alcanzados por el glaciar).

lugar el 1.º de enero. Hay que esperar hasta finales de julio para encontrar los primeros vertebrados marinos. Los grandes reptiles y los primeros mamíferos ocupan la segunda mitad de octubre. El 13 de diciembre empieza la era terciaria con las primeras formas antropoides. Hasta el 31 de diciembre

31 de diciembre hacia las 14 horas no entramos en la era cuaternaria, el más corto de los períodos geológicos, pero el más importante para nosotros, pues en él vivimos. Las primeras formas humanas, los Prehomínidos (Pitecántropo y Sinántropo), aparecen hacia las 17 horas 30' de dicho día y, tres horas después, nos encontramos con los primeros indicios del Homo sapiens (Fontéchevade, Swanscombe). El buen número de restos del hombre de Neandertal que conocemos se coloca entre 23 horas 40' y 23 horas 50', momento en que el Homo sapiens ocupa definitivamente la escena para crear en seguida el gran arte de la edad del reno (Altamira, Lascaux, etc.). A partir de este momento ya sólo se cuenta por segundos: la revolución económica y demográfica del Neolítico llega a Occidente hacia las 23 horas 54' 15". La edad del bronce y el comienzo de la historia llegan a las 23 horas 59'. Cuarenta y cinco segundos más tarde los griegos de Focea se instalan en la tierra firme de Ampurias. A medianoche se acaba este año simbólico. Dentro de cuarenta y tres años, en lo que llamaremos el año 2000, habremos vivido un solo minuto del año nuevo a escala reducida (Nougier).

La aparición del hombre y el Paleolítico antiguo.

Aunque extendiéndose sobre muchos milenios, la historia humana es muy corta, pues el hombre es el más reciente de los seres vivientes. Su presencia es posible desde mediados del terciario, entre una fauna distinta a la actual y caracterizada por los mastodontes. Es probable a fines de dicha edad, junto a los más antiguos representantes del tipo del *Elephas meridionalis* y ya segura en el primero -hubo cuatro- de los períodos interglaciares del cuaternario. Al intentar dar, en lugar de esto, una evaluación cronológica -aunque sea en números redondos-nos sentimos presos de vértigo. Inténtese, por ejemplo, poner en cifras al anteriormente indicado "año geológico". Algunos astrónomos que se han ocupado de explicar el origen de las glaciaciones, colocan el principio del cuaternario hacia el año 140.000; otros hacen que estos años se eleven a quinientos o seiscientos mil, evaluación hoy generalmente admitida por la generalidad de los tratadistas. El terciario habría durado más de treinta millones de años. Pero la historia de ningún pueblo, o si se quiere la protohistoria, no puede remontarse más allá del IV milenio antes de nuestra era. Así, por ejemplo, nos llena de emoción la fecha 4.245-4.242 a. de J. C. en que el calendario egipcio fue fijado (Cf. el cuadro de la fig. 1, algo exagerado en su parte más moderna).

Por lo demás, para una gran parte de este tiempo, no se puede hablar de una Humanidad propiamente dicha. El hombre tal como lo concebimos, y más aún el Homo sapiens dotado de inteligencia en la forma en que nosotros la entendemos, no aparece hasta mucho más tarde. El Homo faber, fabricando utensilios y retocándolos, precedió a aquél y él mismo estuvo precedido

por los Homínidos. Lo más frecuente es encontrar sus industrias sin sus restos óseos y, por otra parte, hasta hace poco se conocían algunos de éstos sin industria. Por ello definir la humanidad por criterios paleontológicos es muy delicado. En cambio no podemos negar la denominación de "hombres" a los creadores de un utillaje lítico por tosco que sea. ¿Podríamos reconocer como utensilios humanos las piedras talladas de la "pebble-culture" (pebble = canto rodado) que se encuentra en niveles muy antiguos del África meridional? Pero estos hallazgos, que nos colocan en los límites entre el terciario y el cuaternario (hacia 600.000 u 800.000), no se acompañan de restos de sus autores. La convergencia de hechos paleontológicos y arqueológicos da mayor valor a los hallazgos recentísimos de C. Arambourg en el yacimiento de Ternifine-Paliko (Orán, Argelia). Se trata de un antiguo lago al que, en los inicios del cuaternario, acudían animales con muchas características terciarias. También el hombre fue atraído por sus aguas y, por primera vez en la historia de la investigación prehistórica respecto a tiempos tan remotos, se han encontrado juntos restos del hombre y testimonios de su industria. Ahora sabemos que los autores de los bifaciales del Achelense antiguo pertenecían a la misma familia que el Sinántropo, el Pitecántropo y el homínido de Mauer.

Lo interesante del Sinántropo de Chu-Ku-Tien, a un centenar de kilómetros al sur de Pekín, y del Pitecántropo de Trinil, en la isla de Java, es que en ambos lugares parece existir un desarrollo de la misma especie hacia tipos más perfectos. Sin embargo, todavía está por establecer si esta línea genética conduce al Homo sapiens. En cambio es indudable que en África del sur, con el Australopiteco, y en Europa, con el hombre de Mauer, hay fosos que no fueron salvados.

Teniendo en cuenta lo dicho, podemos preguntarnos ¿dónde estuvo la cuna de la humanidad? Es indudable que hay que buscarla en el Viejo Mundo. ¿Tenemos que situarla en África oriental, donde a finales del mioceno vivía un gran antropoide, el Procónsul Major, de cerebro relativamente desarrollado? ¿Hay que buscarla, por el contrario, en los Siwalick Hills, donde abundaban los primates durante el terciario, o más al norte en la meseta central asiática? Hay que recordar que en el actual Tíbet, antes de la emersión del Himalaya, existía una gran llanura en la que muchas especies, entre ellas quizá los primates, pasaron por los trascendentales cambios evolutivos que los llevaron a la hominización.

Tantas dudas y tantas incógnitas desaparecen al llegar al último período interglaciar y comienzos de la glaciación de Würm, época en que el Viejo Mundo está poblado por los hombres de Neandertal. Los primeros restos de este tipo humano fueron descubiertos hace cien años (1856) cerca de la ciudad alemana de Dusseldorf, pero anteriormente se habían encontrado los cráneos de

Gibraltar que no fueron bien clasificados. Luego los descubrimientos se multiplicaron: La Chapelle-aux-Saints, La Quina, Bañolas, Monte Circeo, Krapina, Le Moustier, La Naulette, Piñar, etc., conociéndose hoy perfectamente las particularidades del esqueleto de este tipo humano y sus variantes. El hombre de Neandertal tenía un cuerpo vigoroso y pesado, cabeza de huesos muy

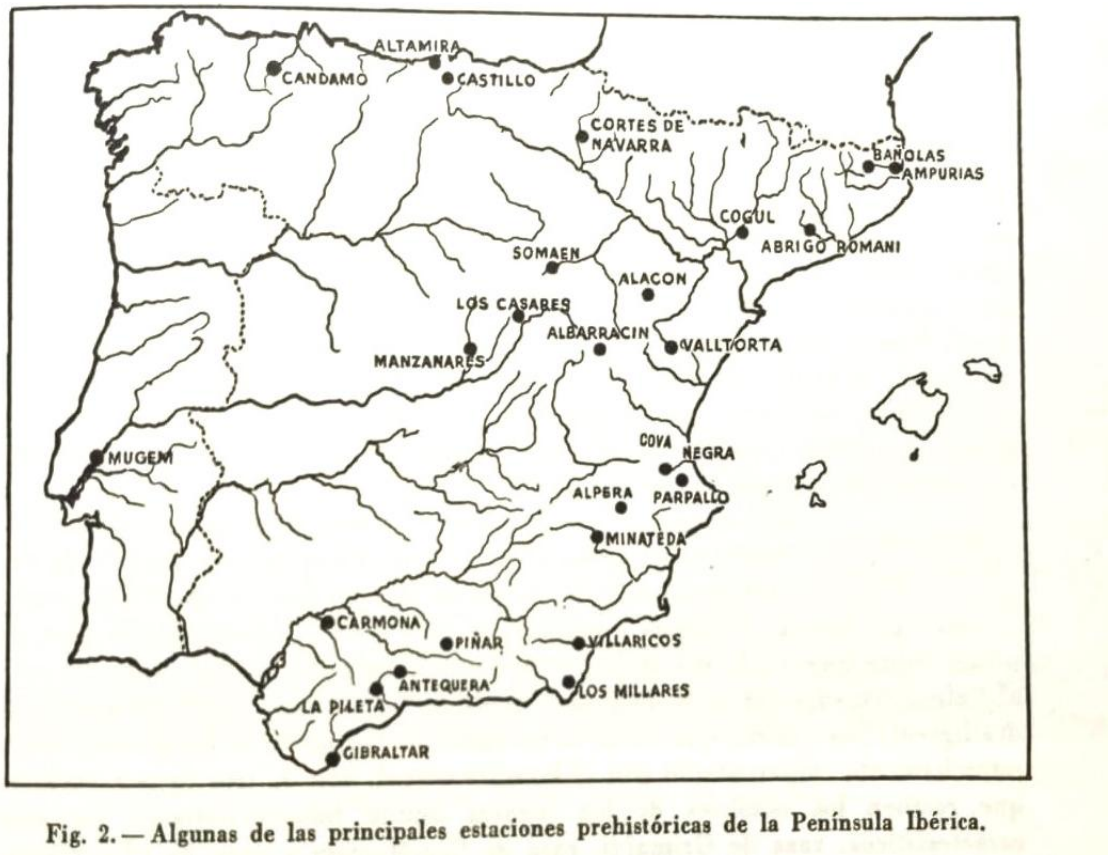


Fig. 2. — Algunas de las principales estaciones prehistóricas de la Península Ibérica.

gruesos, maxilar falto de mentón, hueso frontal aplanado formando una especie de visera encima de las órbitas y hueso occipital muy saliente. Estas dos últimas características afirman el predominio de las funciones vegetativas sobre las intelectuales. Sin embargo, la capacidad craneana - alrededor de los 1.540 cm^3 - es comparable a la de los hombres actuales. Su industria, llamada "musteriense", se encuentra desde el Irán hasta el Atlántico y en cuanto a su cultura espiritual sabemos que practicaba las sepulturas voluntarias. Pero, por lo que sabemos, el hombre de Neandertal no tiene ninguna relación con el hombre moderno. Este constituye una "humanidad nueva" que, llegada probablemente de Asia, hizo desaparecer la "humanidad antigua".

1.—Friso de los ciervos negros de Lascaux.

El género de vida en el paleolítico antiguo.

En el larguísimo período que precede a la glaciación Würm el hombre lleva un género de vida nómada, cambiando continuamente de hábitat en busca de los alimentos que recoge. Los lugares de habitación algo estables son excepcionales (Abbeville, Manzanares, Grotte de l'Observatoire en Mónaco, etc.), pues mientras no conoció el fuego el hombre debía alimentarse casi exclusivamente de frutos y de plantas que al agotarse le obligaban a incesantes migraciones. La escasez de esta clase de alimentación debió llevarle a la caza de animales débiles primero y de los más fuertes después.

La enorme difusión de las industrias del Paleolítico inferior - desde el África oriental al Támesis y desde el Atlántico a la India - no puede engañarnos en cuanto al valor del poblamiento, pues hay que tener en cuenta que la gran cantidad de yacimientos representan las idas y venidas de pequeños grupos humanos durante 300.000 ó 400.000 años. En la Europa occidental los primeros fríos de la glaciación Würm introducen cambios en la fauna e imponen un cambio en el tipo de habitación: se abandonan los paraderos en las terrazas de los ríos y se buscan los abrigos rocosos e incluso las cavernas. Éste es el hábitat del hombre de Neandertal, gran cazador que se enfrentaba con frecuencia con el enorme oso de las cavernas.

El triunfo del "Homo sapiens".

Los neandertalenses habían marcado sobre la humanidad anterior un progreso en el utillaje al disminuir el tamaño de sus instrumentos y al hacerlos más variados. La aparición de una "humanidad nueva" se señala también por otro cambio industrial: el sílex se utiliza sobre todo en forma de hojas de pequeño tamaño, lo que ha hecho que al Paleolítico superior se le denomine también "leptolítico" (período de la piedra ligera). Sus autores, que viven en un ambiente climático de estepa fría, están estrechamente emparentados con el hombre actual. Son de tres tipos esenciales que reciben los nombres de los lugares donde fueron hallados los más característicos: raza de Grimaldi, raza de Cro-Magnon y raza de Chancelade. La primera parece ser una variante de la actual raza mediterránea con algunos rasgos "negroides". La segunda es la más representativa y la que ocupa una mayor extensión geográfica. Se trata de una raza robusta, de alta estatura (1,85 m.) con cráneo dolicocéfalo de gran capacidad (1.590 cm^3). Con algunas variantes se mantuvo en muchos sitios durante el período Neolítico y aún en la actualidad se encuentra en varios lugares de Europa, en África del Norte y en las islas Canarias. En cuanto a la raza de Chancelade, que caracteriza al último período del Paleolítico superior llamado magdaleniense, parece ser sólo una variante del tipo de Cro-Magnon en la que se han querido ver rasgos de los actuales esquimales, lo que coincidiría con algunos detalles de su cultura material.

El hombre del Paleolítico superior es troglodita, cazador y pescador. La habitación en cuevas

le obliga a una vida relativamente sedentaria, si bien durante la estación de las grandes cacerías, persiguiendo rebaños de renos, caballos o bisontes, debía utilizar tiendas de piel. En las vastas llanuras aluviales de la Europa oriental, a falta de cuevas y abrigos, construía pequeñas cabañas alargadas hundidas en la tierra y cubiertas con pieles. Su utillaje le permite no sólo la caza de los animales de mayor tamaño - mamut, reno, caballo, bisonte, ciervo, etc. sino también las aves más rápidas y los peces de los ríos. Los magdalenienses llegan en este aspecto a grandes perfeccionamientos: propulsores, azagayas, arpones, trampas de muchas clases, anzuelos, etc., muchos de los cuales están representados junto a las representaciones animalísticas del gran arte de esta época del que nos ocuparemos a continuación.

Es probable que el perigordiense, auriñaciense, solutrense y magdaleniense, que son las culturas del Paleolítico superior, tuvieran su principal foco, sino su origen, en la Europa occidental, concretamente en la Francia central, Pirineos y región cantábrica. Culturas que les estaban emparentadas fueron extendiéndose por territorios muy alejados: así vemos cómo después de la última glaciación cazadores probablemente relacionados con los magdalenienses pasan al istmo que unía el continente a Inglaterra, llegan a Dinamarca y pueblan las llanuras siberianas más allá de los Urales. La "inversión" del estrecho de Behring, es decir, su transformación momentánea en un vasto istmo, les abre el camino hacia un nuevo continente. Los yacimientos arqueológicos de Sandia y Folsom en América del Norte son de este momento que cronológicamente se puede situar hacia 12.000 o 10.000 años antes de nuestra era.

En cuanto a África, tradicional tierra de refugio de las civilizaciones retrasadas, vio primero la supervivencia de las culturas del Paleolítico medio y luego la llegada de la cultura "capsiense", seguramente unos diez milenios más moderna que la civilización europea auriñaciense con que está emparentada.

El arte prehistórico.

Pero, sin duda, lo más sugestivo de las culturas del Paleolítico superior es su mensaje artístico: escultura, modelado, grabado y pintura. A través de sus manifestaciones comprendemos cuán alejada está de la realidad aquella imagen decimonónica del hombre prehistórico que nos lo presentaba como un ser hirsuto y selvático, embrutecido e incapaz de sentir espiritualmente.

Sobre la arcilla blanda que tapiza el interior de tantas cuevas un hombre por azar, ese azar "milagroso" que tantas veces ha ayudado a la humanidad, debió pasar sus dedos que formaron largos surcos. Al constatar que alguno de estos trazos le recordaban la silueta bien conocida de las piezas de caza, el arte había nacido. Luego la evolución es larga y complicada. Sobre una gran variedad de objetos mobiliares, en las paredes rocosas o cubiertas de arcilla del fondo de las cavernas, se encuentra este arte, siempre notable por el virtuosismo técnico con que representa sus temas

2.—Uno de los bisontes de Altamira.

animalísticos y sus signos abstractos. En su explicación las preocupaciones estéticas no pueden ser dejadas de lado; sin embargo, es imposible que en estado puro basten para proporcionarle una explicación. En medio de un mundo para él incomprensible y poblado de enemigos, el hombre busca al propio tiempo protegerse y crearse medios de acción. Los colgantes, conchas, brazaletes, etc., podían servir de adorno, pero también de amuletos profilácticos. Las estatuillas humanas, sobre todo femeninas, estaban indiscutiblemente relacionadas con una preocupación por la fecundidad. Las representaciones animales tenían un fin mágico: el hombre quería dominar las fieras peligrosas, asegurar la reproducción de las especies útiles y el éxito de sus cacerías mediante ritos colectivos dirigidos por brujos o sacerdotes. En el fondo misterioso de las cavernas, en el curso de complicadas ceremonias, la religión nacía de la magia y una y otra se asociaban al arte.

Estatuillas, bajorrelieves, grabados, pinturas, cantos grabados, todos los géneros, todas las técnicas, todas las formas se encuentran en un área geográfica que se extiende desde la Dordoña hasta los límites occidentales de Cantabria, con una curiosa extensión hasta Andalucía y Levante (La Pileta y el Parpalló). Importantes cuevas pintadas y grabadas son las de Les Combarelles, Font de Gaume, El Castillo, La Pasiega, Niaux, Portel, Cap Blanc, Cabrerets, Candamo, Rouffignac, etc., pero sin duda las dos pinacotecas más importantes del mundo paleolítico son Altamira y Lascaux.

Asimismo, un cierto número de descubrimientos prueban que, desde el Paleolítico medio y de manera progresiva, el hombre se preocupaba de sus muertos, de su inhumación, del agrupamiento y de la disposición de los cadáveres y también de sus necesidades, puesto que los espolvoreaba con ocre rojo y depositaba junto a ellos adornos y objetos de uso diario, ofrendas y piezas de caza. Precisadas y extendidas poco a poco, estas prácticas expresaban en su origen, sin duda, el temor de una venganza póstuma, pero en ellas acabó mezclándose la afección. Implican la creencia en una vida prolongada en el más allá y, en este aspecto también, la magia abrió otro camino: el culto a los muertos.

La transición al mundo moderno

Hacia el IX milenio antes de nuestra era, a causa de los cambios climáticos, los sistemas de vida cambian para dar lugar a las culturas llamadas "mesolíticas". Su utillaje lítico es de muy pequeñas dimensiones y con frecuencia debía ir montado sobre armaduras de madera o hueso. En el doble aspecto técnico de la utilización racional del sílex y de la eficacia de la industria, el progreso es innegable.

El hombre del mesolítico deja la oscuridad de las cuevas para instalarse en los abrigos rocosos a pleno aire. Más tarde se libera definitivamente con la construcción de chozas que construye por sí mismo, permitidas por el endulzamiento del clima. Pero también ocurre que la mentalidad del hombre ha cambiado: emigraba la gran caza, el arte y la magia han desaparecido por completo.

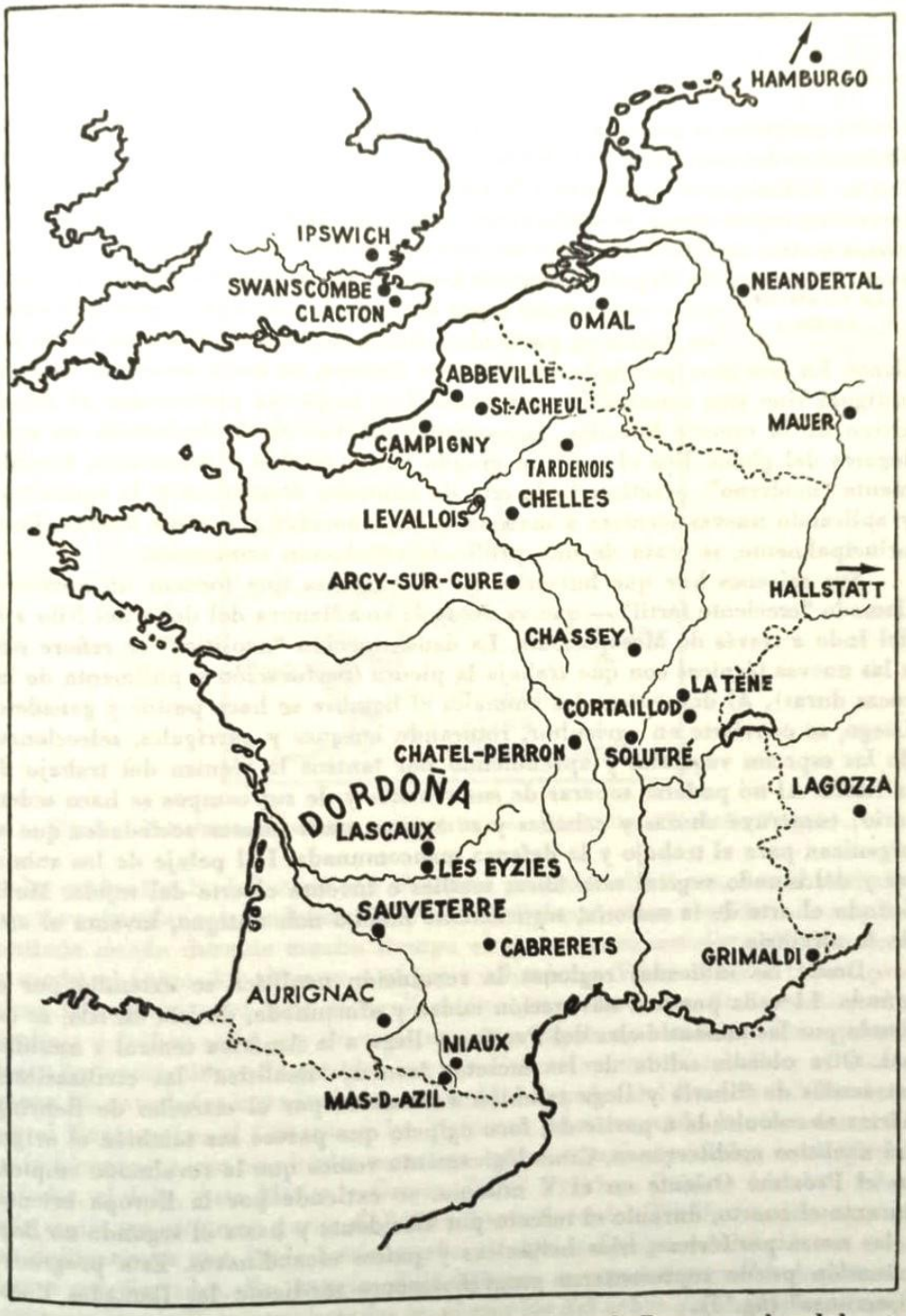


Fig. 3. — Principales yacimientos arqueológicos del occidente de Europa que han dado nombre a culturas prehistóricas.

El hombre del mesolítico, cazador ocasional de roedores y otros animales pequeños, se dedica particularmente a la recolección de conchas marinas y caracoles terrestres cuyos restos se encuentran formando grandes amontonamientos de varios metros de altura y a veces muchos centenares de metros de longitud.

La revolución neolítica.

La llegada de nuevos hombres acabó por destruir a los cazadores y recolectores o por arrinconarlos en lugares poco accesibles, en África en particular, donde dejaron de tener un papel brillante. En este caso, por lo que se refiere a Europa, no hubo evolución de tipos antiguos sino una innovación muy clara. Los invasores pertenecían al mismo grupo de la especie humana, únicamente que habían evolucionado en otros lugares del globo. Era el suyo un mundo rural, estable y sedentario, notablemente "moderno", practicando la cría de animales domésticos y la agricultura y aplicando nuevas técnicas a materiales ya conocidos o a otros nuevos. Pero, principalmente, se trata de una profunda revolución económica.

Sus orígenes hay que buscarlos en las regiones que forman un arco – el llamado "creciente fértil"- que va desde la rica llanura del delta del Nilo a la del Indo a través de Mesopotamia. La denominación "neolítica" se refiere sólo a las nuevas técnicas con que trabaja la piedra (perforación y pulimento de las rocas duras). Al domesticar los animales el hombre se hace pastor y ganadero. Luego, se convierte en agricultor, roturando bosques y garrigales, seleccionando las especies vegetales y aprendiendo por tanteos la técnica del trabajo de la tierra. Al no poderse separar de sus rebaños y de sus campos se hace sedentario; construye chozas y cabañas y se agrupa para formar sociedades que se organizan para el trabajo y la defensa mancomunada. Del pelaje de los animales y del mundo vegetal saca fibras textiles e inventa el arte del tejido. Modificando el arte de la cestería, seguramente mucho más antiguo, inventa el arte de la alfarería.

Desde las indicadas regiones la revolución neolítica se extendió por el mundo. Llevada por una navegación audaz y afortunada, de isla en isla, se extiende por las inmensidades del Pacífico y llega a la América central y meridional. Otra oleada, salida de las mesetas iranias, "neolitiza" las civilizaciones retrasadas de Siberia y llega también a América por el estrecho de Behring. África es colonizada a partir del foco egipcio que parece ser también el origen del neolítico mediterráneo. Cronológicamente vemos que la revolución empieza en el Próximo Oriente en el V milenio, se extiende por la Europa oriental durante el cuarto, durante el tercero por Occidente y hasta el segundo no llega a las zonas periféricas, islas británicas y países escandinavos. Esta progresiva extensión puede representarse geográficamente mediante las llamadas líneas "isocronas" (fig. 5).

3.—La dama blanca de Damaraland.

Introducción de nuevos materiales.

Ese mundo neolítico aprende a utilizar los metales que existen en estado nativo, el cobre y el oro, y más adelante a encontrarlos en ciertos minerales y a aislarlos. En el Próximo Oriente, para pasar de la fase neolítica a la metalífera, es necesario que transcurra un milenio, mientras que en ciertas regiones de Occidente son casi sincrónicas. A continuación siguió el descubrimiento de las aleaciones, la primera

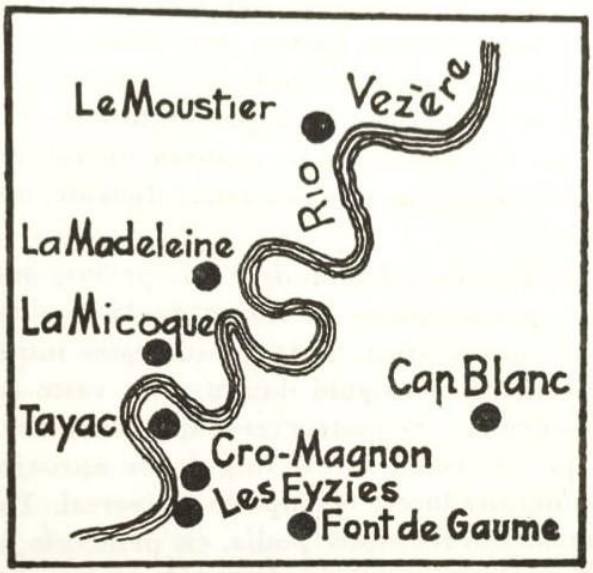


Fig. 4. — Principales estaciones prehistóricas de Les Eyzies (Dordoña, Francia).

de las cuales fue la del cobre con el estaño para dar el bronce, descubrimiento que tuvo singular trascendencia. El Próximo Oriente, en su sentido más amplio, continúa siendo durante mucho tiempo el gran centro creador: allí aparecen la rueda, el torno del alfarero y el gran urbanismo. Forman otros tantos progresos milagrosos, cuya falta de explicación a veces nos irrita. Se desearía poder localizar y fechar cada una de estas etapas y seguir su extensión. Pero pronto llegan las aportaciones de pueblos nuevos. Concretamente el caballo y el hierro fueron las novedades introducidas por pueblos llegados del Norte y del Nordeste por el Turquestán, el Cáucaso y los Balcanes, constituyendo las invasiones de los indoeuropeos que en oleadas sucesivas, más o menos espaciadas, sumergieron la India, el Irán, Asia Menor y Grecia. En el Próximo Oriente hicieron sobretodo sentir sus efectos a partir de 1400 y hasta fines del II milenio, destruyendo las civilizaciones que desde hacía mucho tiempo se habían constituido en estas tierras privilegiadas. En cuanto al Occidente europeo desarrolló de manera autónoma las civilizaciones basadas en el empleo del cobre y el bronce: a excepción de algunas técnicas, las grandes civilizaciones orientales ya históricas casi nunca llegaron hasta él.

4.—Galería cubierta de Romanyà.

Pero fue del Este, a través del centro de Europa de donde llegaron las invasiones y civilizaciones que, a partir de principios del primer milenio, la transformaron: la de Hallstatt, y más tarde la de La Tène.

El Neolítico había aportado la gran revolución económica y demográfica; el metal aportará la revolución social, el paso de los clanes a los Imperios.

Los imperios antiguos y la unidad de civilización.

¿Sintieron los hombres de esos tiempos remotos la unidad de la especie humana y la necesidad de realizarla? Seguramente fueron muy raras las voces que expresaron este ideal y tenemos que esperar a Alejandro, en la segunda mitad del siglo IV a. de J. C., para personificarlo. Y la tentativa efímera del gran macedonio no fue renovada de manera oficial antes del siglo II después de J. C., aunque el Imperio romano actuó durante mucho tiempo en este sentido sin proclamarlo.

La historia de la Antigüedad abunda en imperios; sus vicisitudes, formación, apogeo y caída, proporcionan la trama de la evolución más inmediatamente visible, la evolución política. Cada uno de estos imperios, egipcio, asirio, persa, macedonio y romano, consiguió dominar un vasto territorio mayor que el de su inmediato predecesor. Se podría creer que, cada vez, salida de un centro nuevo y más fuerte que el precedente, el impulso se aproximaba más a un ideal común a todos los conquistadores: el imperio universal. Tanto más por cuanto este esfuerzo continuamente renovado podía, en principio, representar una tendencia permanente a realizar una unidad no sólo territorial, sino humana.

En realidad no es así. Sean cuales sean las causas, seguramente variables y, en todo caso, muy complejas, de cada uno de estos imperialismos sucesivos, no se descubre jamás en ellos la preocupación por extender al vencido la civilización del vencedor. Esta preocupación se traduciría en hechos: pero nunca un acto presenta este significado o, en todo caso, no data de los principios de la conquista. Al realizar ésta el vencedor considera siempre su civilización como la mejor y viendo en ella uno de los secretos de su superioridad, quiere al propio tiempo guardarla pura y reservarse sus beneficios. Procura, pues, no asimilar al vencido haciendo proselitismo, ni incluso indirecto. Conquistando los bienes y los cuerpos, los imperios antiguos no se preocuparon de conquistar las almas.

Como es muy natural el hecho de la cohabitación nunca dejó de tener sus consecuencias más o menos extendidas y profundas, tanto sobre la civilización del vencido como sobre la del vencedor. A pesar de su encarnizamiento en conservar intactas sus antiguas tradiciones, incluso los egipcios, cuando estuvieron colocados en una u otra situación, sufrieron sus efectos. Pero para producir un resultado apreciable, esta compenetración espontánea hubiese necesitado un tiempo que no dejó el

hundimiento rápido de la mayor parte de estos imperios. A falta del irreemplazable factor de evolución que es el tiempo, hubiese sido necesario, al menos, que el poder central se interesase en el acercamiento entre los hombres, y vemos que, por el contrario, en todos los casos se apresuró a dificultarlo.

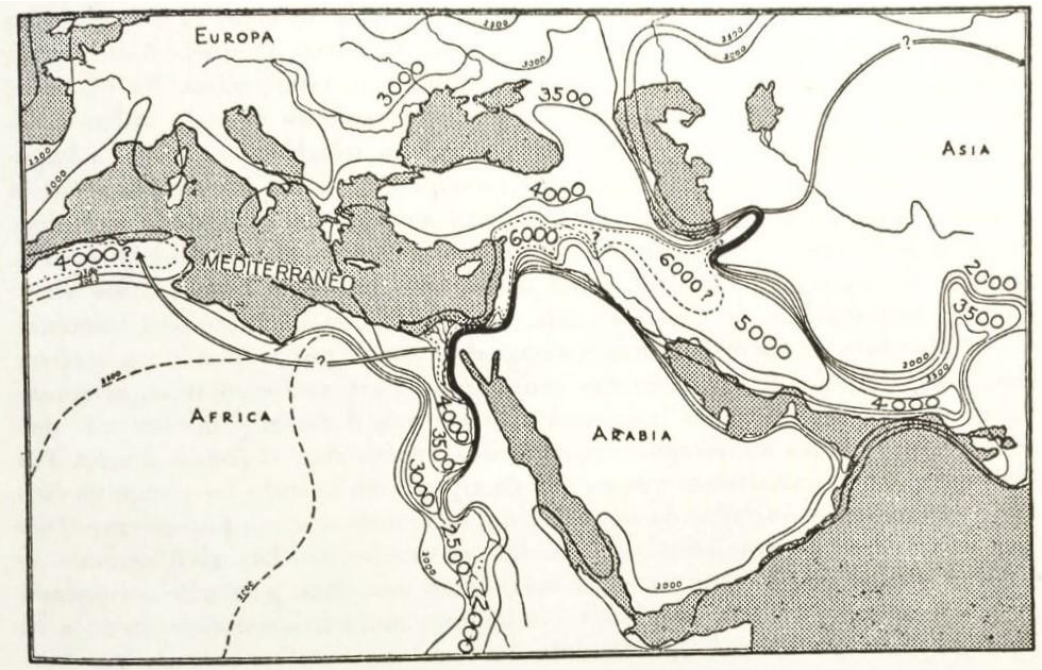


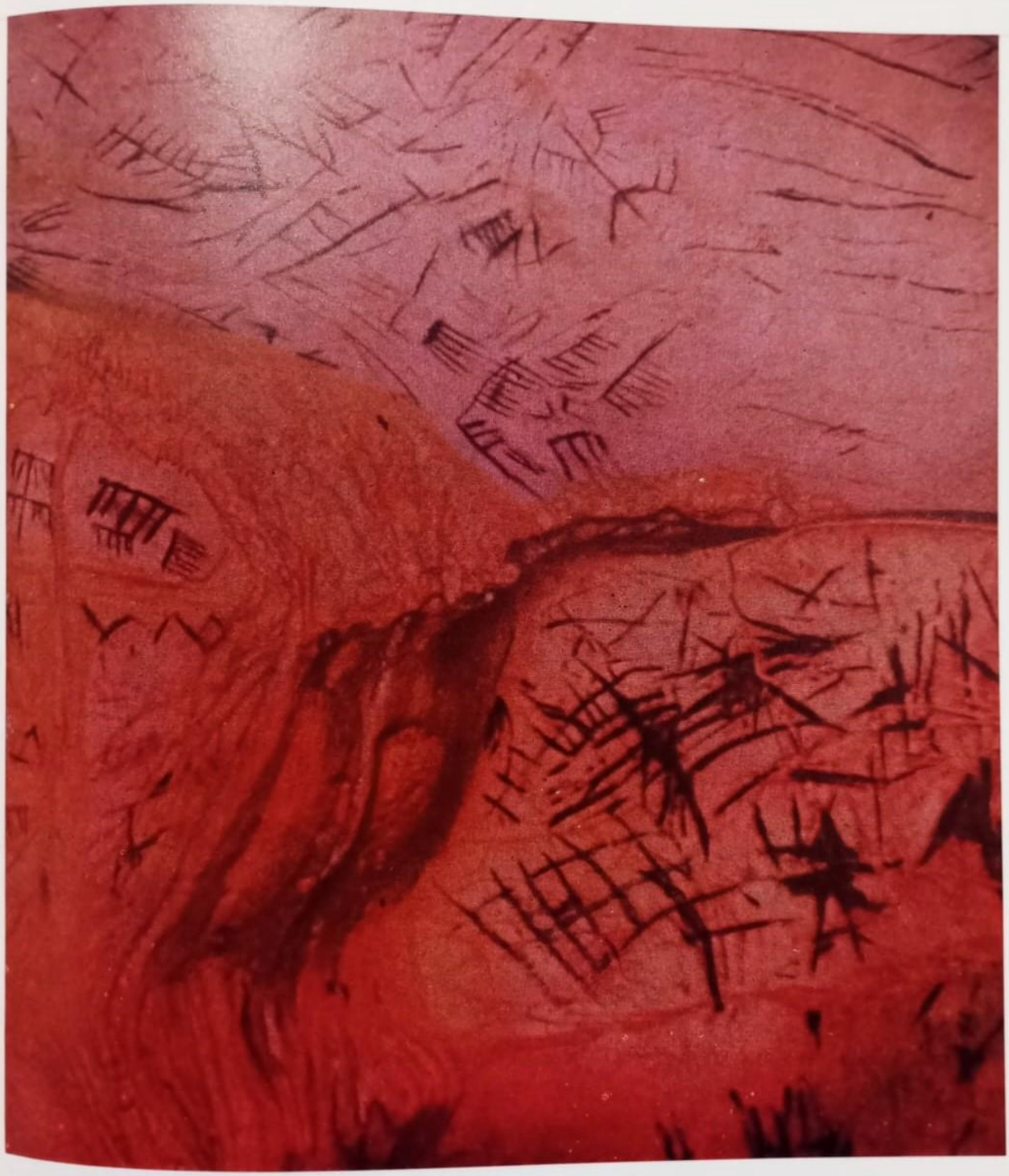
Fig. 5. — Con las líneas isócronas se indica el área de expansión de la economía alimenticia del Oriente Medio, a partir aproximadamente de los 6000 años antes de Jesucristo.

Nadie antes de Alejandro tuvo tal idea. Y el hecho de que fuera el primero en concebirla, en expresarla y en conformar a ella sus actos da un original y acusado relieve al macedonio en la larga fila de conquistadores que nos da la historia. También hay que señalar que esta idea no la tenía al principio sino que apareció en él en el curso de su expedición. Sin poner su sinceridad en duda, podemos pensar que la comprendió como una idea política al menos tanto como una idea moral: debió ver en ella un medio de superar con más facilidad las resistencias terribles con que chocaba. Lo que, en el plano ideológico, limita el interés de sus innovaciones. Por lo demás, la indignación de sus compañeros, y su brusca desaparición, impidieron que la experiencia se desplegara con la amplitud que le era necesaria.

Algunos de los sucesores la reemprendieron, a veces un poco en contra de su propia voluntad, empujados por la fuerza de las cosas, por consiguiente con timidez. Unos pocos la realizaron más conscientemente en una escala más vasta y de manera enérgica. Pero no es dudoso que incluso éstos la consideraban como un expediente inspirado en su deseo de dar, con la unidad moral, una base más sólida a la unidad política y militar de sus Estados.

Roma, gracias a su extensión en Occidente, consiguió crear el mayor de los imperios de la Antigüedad. También fue el más duradero, y aquel en el interior del cual estuvo más cerca de realizarse la unidad de civilización. No obstante, Roma no la deseaba. Fueron los hechos y consideraciones de todo orden-administrativo, político, militar, económico e incluso religioso-que se la impusieron. Sus dirigentes no favorecieron esta tendencia hasta muy tarde, cuando apareció muy evidente el fallo del concepto de imperio demasiado simplista. ¿Cuáles hubiesen sido los resultados de este esfuerzo si, sumándose a otros factores de disociación, las invasiones bárbaras no hubiesen bruscamente arruinado la terminación, ya casi realizada, de esta inmensa comunidad humana?

La historia de las civilizaciones antiguas presenta por todo ello un carácter emocional. Salidas de civilizaciones ecuménicas, pero rudimentarias, se constituyen y se perfeccionan civilizaciones diversas que florecen y decaen una después de otra. Antes de desaparecer, cada una aporta algo al fondo común. Por otra parte los imperialismos que surgen de cuando en cuando las ponen en contacto en momentos variados de su evolución. El mundo antiguo parece empujado por una fuerza oscura hacia una unidad reconstituida. Las civilizaciones se relevan y cada una levanta un poco más, hacia una cima a la que renunciaría si la viera con claridad, la piedra eterna que momentáneamente tiene a su cuidado. Y la piedra cae aplastándola...



II. — *Pinturas esquemáticas de La Pileta*

PRIMERA PARTE

LAS CIVILIZACIONES IMPERIALES DEL PRÓXIMO ORIENTE

(Pag 50 en blanco)

En el extenso territorio que actualmente se designa con la cómoda expresión de Próximo Oriente, se desarrollaron las dos más grandes y antiguas civilizaciones que vivieron en la periferia del Mediterráneo. En Egipto y Mesopotamia aparecen las primeras creaciones impresionantes por el esfuerzo humano que atestiguan.

Los factores del éxito de Egipto y Mesopotamia

La ventaja que en estos lugares consigue el hombre sobre sus semejantes de otras regiones, con los cuales había compartido hasta entonces el primitivo modo de existencia, se justifica en gran parte por la bondad de la naturaleza. Son dos países de valles y llanuras, en los cuales un clima cálido está ampliamente asegurado, mientras que grandes ríos, llegados de regiones lejanas donde la pluviosidad es abundante, aportan el agua y con ella el limo necesario a la vegetación. De esta manera, en medio de una zona de desiertos, entre los cuales algunos pueden contarse como los más inhumanos del mundo, se hallan reunidas las condiciones favorables al nacimiento de dos oasis, de una extensión y de una fertilidad sin parangón en las cercanías del Mediterráneo.

Para el hombre fue suficiente aprender a valorar estas benditas tierras en una serie de tanteos que aún desconocemos. Tarea simple en apariencia, pero en la que hay que reconocer una dificultad real. Al mismo tiempo que descubría y mejoraba su técnica agrícola, el hombre tuvo que dominar el agua, luchar contra su exceso, a veces tan nocivo como su escasez, hacer retroceder el pantano y el desierto, abriendo y cuidando una red de canales de drenaje o de irrigación. En suma: conquistar la tierra para obligarla a una disciplinada fertilidad.

Para una labor de esa amplitud, la acción individual estaba condenada a la impotencia. El hombre no habría llegado a nada eficaz si no se hubiera organizado con sus vecinos en amplias comunidades y no hubiera dado a éstas una estructura política y social apta para coordinar el estudio, la realización y el disfrute de las obras de interés colectivo. Si no propiamente jefes en sentido militar, en la práctica le eran necesarios guías y conductores lo suficientemente respetados para que su autoridad no fuese sin cesar puesta a discusión.

La necesidad y el provecho de tal obra pacífica no constituyen verdades evidentemente tan inmediatas como las de la unidad de acción contra un enemigo. Pero, por otra parte, la guerra no es nunca permanente, mientras que la humilde faena del laboreo se repite cada año, siempre renovada,

consolidada y mejorada. Para dar órdenes y hacerse obedecer en este terreno, los guías tuvieron necesidad de una autoridad especialmente fuerte. Ésta sólo pudo surgir de un haz de creencias religiosas que impusiese al hombre una sumisión total, una reducción considerable, e incluso el aniquilamiento, de su actividad individual y su fusión en una masa de trabajo disciplinado.

El misterio de estos éxitos

Tres fueron, pues, los factores que en Egipto y en Mesopotamia dejaron sentir conjuntamente su influencia: sin duda, en primer lugar, las condiciones naturales, pero utilizadas por una organización colectiva estrechamente ligada con la religión. ¿Cómo estos dos últimos factores, humanos ambos, aparecieron y cómo se generalizaron hasta el punto de adquirir una fuerza tan grande? He aquí el gran misterio, probablemente insondable para siempre, pues el nacimiento de una religión es irreductible con la convicción de una utilidad material, que no es suficiente para justificar la aceptación duradera por las multitudes de una obligación, a veces muy pesada.

Lo que hace este misterio más impenetrable y aún más emocionante es que se trata no de una sola, sino de dos apariciones aproximadamente contemporáneas. La civilización egipcia y la civilización mesopotámica aparecen constituidas, en sus rasgos fundamentales, algunos siglos antes del final del IV milenio, hacia el 3.200 a. de J. C. Actualmente es imposible decir cuál de las dos precedió a la otra. Por otra parte, aunque se descubriera la anterioridad de una de ellas no podríamos llegar a la conclusión de que existiese una imitación de la antigua por la moderna. Ambas presentan más de un carácter común, pero tanto en sus sistemas religiosos como en sus respectivas organizaciones político-sociales, de la misma manera que en la relación entre la religión y la autoridad establecida, se manifiesta más de una oposición fundamental. Los efectos prácticos de sus métodos para la valorización agrícola del país son análogos por no decir idénticos. Pero la vida económica en sí misma, considerada en su conjunto, reviste formas muy diferentes en Egipto y en Mesopotamia. Se trata claramente de dos civilizaciones originales, nacidas separadamente, sin transferencias ni copias entre una y otra, sino con simples adaptaciones de detalle. Cada una de ellas, en su área propia, postula para algunos centenares de miles de hombres, la aceptación íntima de un conjunto de doctrinas, cuya eficacia, notable pero incierta antes de su aplicación, no podía ser demostrada previamente y sobre la cual, sin embargo, se edificaron estas culturas.

La vocación imperial del Próximo Oriente

Así, misteriosa y precozmente elaboradas, las civilizaciones egipcia y mesopotámica, por el mero hecho de su existencia, por los recursos materiales que permitían arrancar del suelo y acumular, por la cohesión interna que postulaban y que su éxito reforzaba entre los pueblos que las practicaban, aseguraban a éstos una superioridad

aplastante sobre sus vecinos. Estos dos países, pues, poseyeron muy pronto medios de conquista y de dominación exteriores.

Sin embargo, en la práctica los usaron en forma desigual. La necesidad de asegurar su orden interno, sometiendo progresivamente nuevos pueblos fue, por ejemplo, menos permanente para Egipto que para Mesopotamia. Se puede así explicar, dejando aparte la psicología, que lo que es tentador llamar "imperialismo", no domina de una manera continua en la historia de Egipto. Y sin embargo, el país estaba obligado por la geografía, primero a realizar su unidad, e inmediatamente a vigilar los desiertos limítrofes a fin de disfrutar en calma de la prosperidad de su valle. Fuese como fuese le era necesario convertirse y continuar siendo, territorial y demográficamente, un gran Estado, pues lo era ya por definición y por poco que quisiese serlo.

El Próximo Oriente ofrece la particularidad, sin analogía en el resto del mundo mediterráneo, de que el principio de las grandes civilizaciones va seguido en breve plazo por la aparición de los "imperios". Tomados en sí mismos o considerados en el conjunto de la historia, los dos hechos no están necesariamente relacionados: en otros lugares o en otros momentos se conocen civilizaciones muy importantes que se desvanecen en la fragmentación política, y, viceversa, grandes imperios en los que la civilización queda muy atrasada. Pero la coincidencia cronológica existe en el Próximo Oriente. Lejos de representar en él un encuentro fortuito, responde seguramente a una relación muy lógica.

En estos primitivos períodos, el esfuerzo colectivo de la población, tanto en el aspecto cultural como en el de la aglomeración territorial, fue, a la vez, una causa y un efecto. De estas civilizaciones y de estos imperios, puestos en la vía de su decadencia, siempre quedó alguna cosa de lo que habían sido en sus orígenes, puesto que, en el desarrollo ulterior de los tiempos antiguos, el Próximo Oriente conservó siempre su original fisonomía. Por una parte el libre desarrollo de la personalidad individual ha sido en él difícil. Materialmente, en razón del número total o de la densidad de la población, una unidad humana contaba muy poco.

Moralmente también el hombre se confundía con las masas. Todo ocurrió como si la presión exterior de éstas hubiera sido suficiente para dificultar el florecimiento de la personalidad: es difícil evitar que el reclutamiento físico para el trabajo o para el combate comunes, no lleve parejo como consecuencia el reclutamiento intelectual y moral. Por otra parte esta región fue siempre la tierra de elección de los grandes estados territoriales. Los jefes políticos parecen no haber podido resistir aquí la tentación muda de los amplios horizontes, tan anchos que impusieron un sueño ilimitado de conquista universal a todos los que recorrían sus llanuras y traspasaban los istmos o los pasos; hasta

el extremo que, el imperio persa, después de recoger la doble herencia territorial de Mesopotamia y de Egipto, pretendía aún extenderla.

Así, por ciertas tendencias profundas, las tres grandes culturas imperiales del Próximo Oriente, egipcia, mesopotámica y persa, se oponen a las civilizaciones cuya base territorial y política es mucho más restringida. Fueron tres conjuntos de vastos agregados humanos, con una civilización que no dejaba lugar a la iniciativa individual. Como todas las visiones un poco amplias, ésta podría motivar más de una reserva y de un matiz, pero en su conjunto y a pesar de su esquematismo, corresponde a la realidad.

LIBRO I

LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA

Por todo lo dicho, sin pararnos en el problema de la prioridad, empezaremos por Egipto.

***Duración y permanencia ideal de la civilización* egipcia**

La cultura que se formó en Egipto durante la segunda mitad del IV milenio a. de J. C. persistió en él durante cerca de tres mil quinientos años. Bajo el Imperio Romano se rendía todavía, según los ritos tradicionales, el culto a los antiguos dioses egipcios; se les elevaban templos del tipo tradicional y en sus muros se continuaban grabando, en caracteres jeroglíficos, los textos litúrgicos. La antigua religión egipcia murió sólo con el triunfo del cristianismo, habiendo atravesado intacta las dominaciones extranjeras más variadas. Vanamente, unos después de otros, libios, etíopes, asirios, persas, macedonios y romanos habían sido los dueños del país; si los primeros se convirtieron, los demás importaron sus dioses nacionales a Egipto únicamente para su uso personal, manteniendo para la población local y a veces rodeándoles de insignes favores, los cultos ancestrales y sus instituciones. Ninguna otra civilización antigua manifestó una tal longevidad, testimonio de un tan sólido enraizamiento.

Queda naturalmente entendido que persistencia no quiere decir inmutabilidad. En el curso de tan larga duración, se constatan necesariamente no una, sino muchas evoluciones, en sentido diverso y en todos los terrenos. Aún la religión que por definición es conservadora, ofrece ejemplos de ello y se adivina qué cambios más numerosos y más graves han podido afectar la vida social y económica, especialmente en los momentos de dominación extranjera.

También se comprende que durante esos treinta y cinco siglos la civilización egipcia no poseyó siempre la misma vitalidad, sino que junto a períodos de esplendor y de expansión, conoció otros, de decadencia y de marasmo. Tres "imperios" egipcios se sucedieron desde el comienzo del III milenario, desde la III y la IV dinastías - la de las grandes pirámides, hasta el fin del siglo XIII a. de J. C. cuando desapareció la XIX dinastía - la de Ramsés II -. Más tarde, en los siglos VII y VI, desde el

hundimiento de la dominación asiria hasta la conquista persa, el país volvió a encontrar parte de su vitalidad propia con la dinastía saíta. Si como ensayo se quisiera establecer un diagrama de la civilización egipcia, no se llegaría a una curva simple, ampliamente tendida en el tiempo, sino a una línea muchas veces quebrada por trágicos hundimientos después de altas cimas.

En estas condiciones hablar de "una" civilización egipcia y pretender esbozar de ella una breve visión de conjunto puede parecer una fantasía. Pero la empresa se justifica por la convicción de la perennidad de su cultura, que animaba a los egipcios y que ellos no dudaban en expresar.

Si la creencia en una edad de oro, en un estado de cosas ideal que no encuentra su realización más que en un pasado mítico, se encuentra en bastantes pueblos, es al menos raro que sirva como norma para regular su conducta. Según parece, aquellos para los que una religión especialmente fuerte informa toda la existencia y dirige todos los actos y todos los pensamientos, vuelven así voluntariamente la espalda a la evolución, que deploran porque ven en ella una perversión. Sorprendidos por la discordancia entre la esperanza que han puesto en los favores divinos y las miserias de la realidad, buscan explicarla por faltas contra las reglas religiosas, por la impiedad o la ignorancia de sus contemporáneos que son castigados con la privación de las gracias hasta entonces dispensadas a los antepasados. Los egipcios parecen haber sido uno de estos pueblos y su voluntad arcaizante no quedó en letra muerta. No estaban ni tristes ni desesperados, pero su fervor natural les llevó siempre, recordando el pasado, a intentar hacerlo revivir. Su propio ser, al menos el colectivo, no estuvo sostenido por la idea de un progreso que pudiese aportarle el porvenir. Para concebirlo les faltaba sin duda la imaginación confiada: aquello que ellos se aferraban en soñar era lo que había sido en otros tiempos, que ya no era, pero que podía y debía renacer. Siguiéndoles, pues, es posible el intentar reconstruir, esforzándonos para comprenderla, esta civilización ideal.

Unidad y anarquía

Egipto, "don del Nilo": la fórmula ha sido frecuentemente atribuida a Heródoto, aunque él mismo declara que proviene de sus antecesores griegos, sin duda de Hecateo de Mileto. Pero los griegos la aplicaban solamente al Delta y el mérito de Heródoto es el haber percibido que la expresión era válida para todo el Egipto. Y en efecto, la importancia del Nilo para su existencia representa una verdad demasiado cegadora, demasiado clásica también, para que haya necesidad de demostrarla; toda la vida humana, animal y vegetal depende a la vez del agua y del limo que aporta la crecida fluvial, cuya coincidencia con los más fuertes calores-de junio a octubre -no constituye el más pequeño de los milagros. Egipto es ante

todo el Nilo mismo, con su arteria líquida que proporcionaba en la Antigüedad el único medio de comunicación entre las tierras ribereñas que recubre cada año y que son las únicas habitables: una treintena de millares de kilómetros cuadrados útiles al hombre- aproximadamente como Bélgica -alargados sobre unos mil kilómetros a vuelo de pájaro, más o menos la distancia de Dunkerke a Perpiñán -algo escasos si se tienen en cuenta las curvas, pues el valle no es rectilíneo.

La unidad es necesaria a fin de vigilar la crecida, organizar y extender la inundación bienhechora. Pero esta unidad es siempre frágil, debido a que la concentración administrativa lucha con la dificultad de la distancia. El cantón, la pequeña provincia, el "nomo", según el término griego, constituido alrededor de cada una de las aglomeraciones esparcidas por el valle, da a la vida humana un cuadro mucho más natural. Añadámosle la oposición evidente entre el Alto Egipto, donde la separación entre los acantilados que cierran el valle no excede nunca de una decena de kilómetros, y el Delta o Bajo Egipto, triángulo de unos 200 kilómetros de lado, donde el agua viva o muerta se ramifica en múltiples brazos, en lagunas y pantanos, donde las espesuras de plantas acuáticas han ofrecido siempre un refugio inmejorable a los sublevados. En contacto con el mar, disponiendo de facilidades comerciales de las que el Alto Egipto estaba desprovisto, el Delta siempre ha tenido ciudades más numerosas y más importantes. Estas ciudades mantuvieron sus inquietudes propias que se armonizaban mal con las preocupaciones esencialmente rurales del valle.

No se debe, pues, desconocer la presencia de tendencias centrífugas tan antiguas y permanentes como los factores unificadores. Estas fuerzas rompieron la unidad más de una vez, sea por su propia potencia, sea beneficiándose del desorden causado por la presión extranjera. Pero esta ruptura se revelaba al instante como catastrófica. Impidiendo la explotación racional del país, perjudicaba la vida material de la población y reducía los recursos que exigía la práctica de la religión tradicional. Se explican entonces los dolorosos lamentos inspirados, en cada uno de los períodos de turbaciones, por el recuerdo del tiempo pasado cuando un orden regulador aseguraba el bienestar de todos; el apego al pasado, realizador y mantenedor de la unidad, estaba dictado por el interés común.

Aislamiento y originalidad

Por último el misoneísmo de los egipcios se justifica también por su aislamiento: ninguna civilización se ha encontrado en condiciones más favorables para constituirse como un compartimiento cerrado y quedar así al abrigo de las influencias extranjeras.

Su situación geográfica ha valido al antiguo Egipto el mínimo concebible de inseguridad para un Estado cualquiera: privilegio tanto más notable puesto que por su prosperidad famosa debía

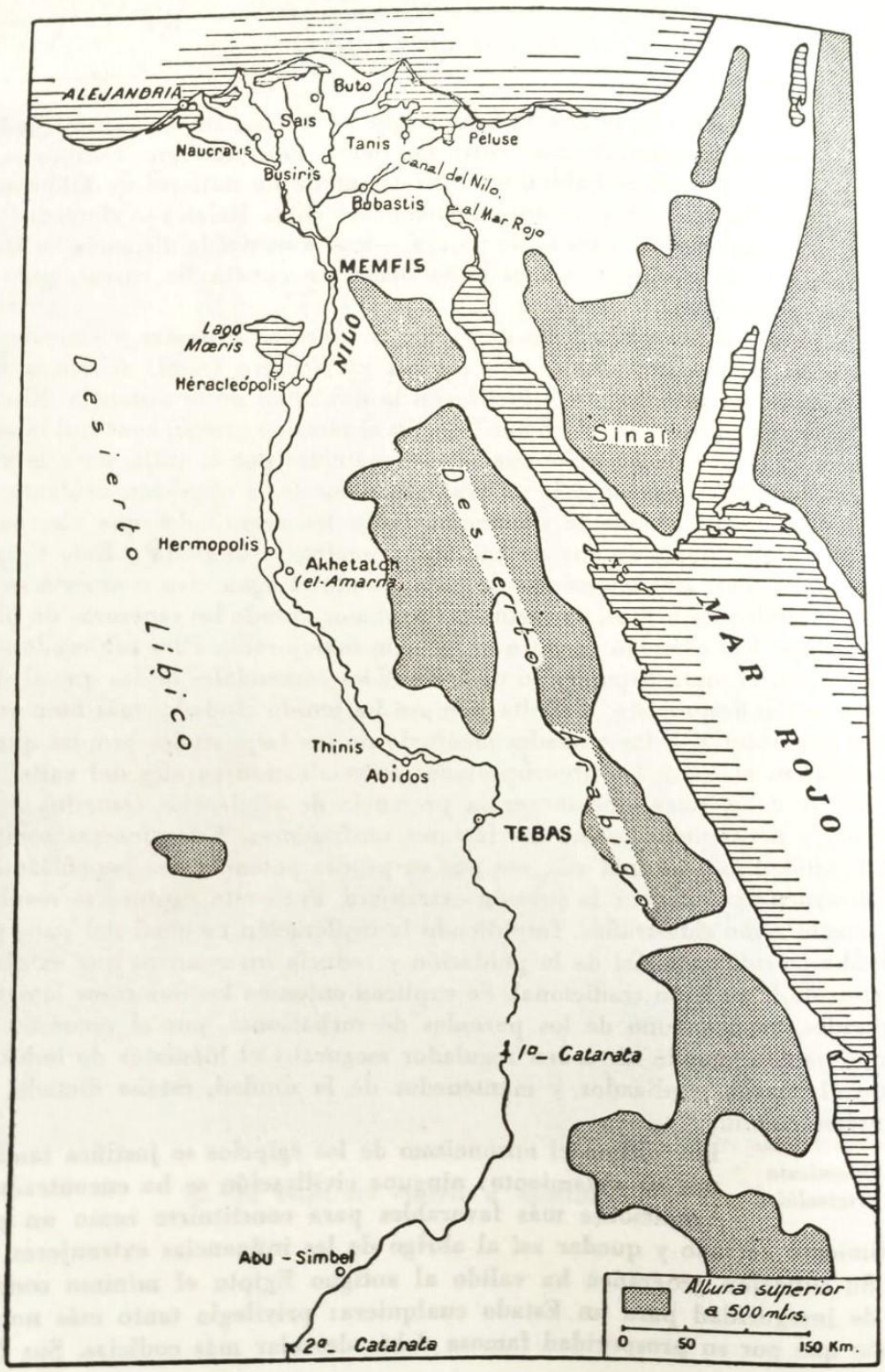

ALEJANDRIA
Buto
Sais
Tanis
Peluse
Naucratis
Busiris
Canal del Nilo al Mar Rojo
Bubastis
MEMFIS
NILO
Lago Mœris
Héracleópolis
Desierto Libico
Sinaí
Desierto Arabigo
MAR ROJO
Hermopolis
Akhetaton (el-Amarna)
Thinis
Abidos
TEBAS
1º Catarata
Abu - Simbel
2º Catarata
Altura superior a 500 mtrs.
0
50
150 Km.

Fig. 6. — Egipto.

desvelar más codicias. Sus fronteras eran las más "naturales" que se pueden imaginar: la serie de cataratas del Nilo que forman una serie de cerrojos ante una invasión venida del Sur; los desiertos que se desploman en altos acantilados sobre el estrecho corredor del valle; y por último, un frente de mar limitado. Además, no existía ningún vecino que amenazara constante- mente en la proximidad inmediata de sus fronteras. No hay que creer por ello que Egipto haya estado despreocupado de una manera continua. Únicamente en los desiertos "arábigo" y "líbico" que bordean el valle, singularmente áridos y despoblados hasta lo posible, se pudo contentar con una vigilancia de tipo policíaco. Tanto en el Sur, como en el Norte alrededor del Delta, especialmente en el Nordeste, donde el istmo de Suez le une a Asia, le fue necesario, en más de una ocasión, guerrear para defenderse y liberarse. Estos peligros exteriores, no obstante, se manifestaron bastante tardíamente y no provocaron antes del principio del I milenio más que algunas crisis pasajeras. Ciertamente nada comparable a los esfuerzos extenuantes que tantos otros pueblos estuvieron obligados a desplegar sin descanso.

Sin embargo los contactos belicosos tienen por inevitable corolario los contactos entre las civilizaciones diferentes; pero habiendo sido aquéllos ampliamente evitados, éstos fueron a su vez reducidos al mínimo. La civilización egipcia logró más fácilmente que ninguna otra preservar su originalidad. La conciencia que de ello tuvieron los egipcios se tradujo naturalmente en un sentí- miento de orgullo, que si no les es exclusivo, tomó entre ellos formas más acusadas que en ninguna otra parte: "Vosotros los Griegos no sois más que unos niños", dirán sus sacerdotes a los viajeros. Este orgullo da una fuerza singular a su amor a las tradiciones nacionales y avivó su sentimiento de la edad de oro, del tiempo lejano en el que su país no conocía la amenaza de los "miserables" extranjeros. Incluso cuando Thutmés III, al principio del siglo XIV antes de Jesucristo, llegó al Eufrates, debían existir en Egipto laudatores temporis acti y los ataques que sufrió la pureza autónoma de la civilización egipcia por el hecho de esta expansión, les dieron rápidamente la razón.

Si a pesar de su duración, existe una civilización que reclame una exposición de conjunto en la que será suficiente marcar los principales aspectos de la evolución, ésta es la civilización egipcia.

(Pag 60: en blanco)

CAPÍTULO I

LAS FORMAS POLÍTICAS

En el terreno político, civilización egipcia se identifica con realeza. Egipto deja de ser él mismo, cuando no está gobernado por un faraón todopoderoso. La debilidad del poder real evoca en seguida en sus habitantes la idea del caos y los más hábiles conquistadores extranjeros se apresuraron a presentarse a sus nuevos súbditos como faraones del tipo tradicional, con objeto de atraérselos.

1. EL REY

El rey creador de unidad

Los egipcios atribuían a Menes, primer soberano de la primera dinastía, la realización de la monarquía unitaria, que señalaba el principio de la historia humana en su país. Convertían este hecho en un acontecimiento deseado y provocado por los dioses, de los cuales Menes, por intermedio de "espíritus semidivinos", habría sido el sucesor casi directo. Su aparición era contemporánea a la de otros elementos culturales fundamentales: la revelación de la escritura, del arte y de las técnicas agrícolas y artesanas.

La arqueología impide aceptar estas afirmaciones y ofrece la prueba de sucesivos tanteos, cuyas etapas, definitivamente ultrapasadas o seguidas de saltos atrás, jalonan un largo período de incubación. Pero todo esto no conduce a otra cosa que a realzar la importancia de la implantación de la monarquía. Realización difícil y lenta, porque la realeza para imponerse debió triunfar tanto sobre el particularismo de las comunidades locales - la cuarentena de "nomos"- -como de la separación del país en dos regiones naturales tan diferentes, las "dos tierras", Delta y Valle, Bajo y Alto Egipto, cuyos recursos materiales y humanos casi se equilibraban.

La necesaria etapa de los dos reinos dejó trazos en la monarquía ya unificada. Hubo durante mucho tiempo dos administraciones, dos series de títulos paralelos y, al menos oficialmente, dos tesoros. Pero estas precauciones, al principio necesarias, después desaparecieron, aunque quedaron

una serie de símbolos y de atributos integrados en el origen y después estabilizados en el ritual regio. El más conocido es el pschent, la corona de ceremonia que combina dos coronas como el reino integra dos reinos: la alta mitra blanca del Sur de prominencia ovoide se encaja en el gorro rojo del Norte, prolongado por atrás por un apéndice vertical y adornado por delante con un penacho en espiral. Uno de los títulos esenciales del rey es "señor de las dos coronas", y como tal recibe un nombre particular, el de "señor de las dos señoras" - pues las coronas estaban divinizadas-, que ocupa el segundo lugar en su protocolo. Atestiguando también la fusión, el mismo dualismo se deduce de la presencia y la fuerte ligadura alrededor de un pilar único, debajo del trono real, del papiro, planta de pantano, símbolo del Norte, y del loto, símbolo del Sur. Además son símbolos del Norte y del Sur, respectivamente, la abeja y la serpiente erguida,la caña y el buitre, que se asocian alrededor del soberano.

La elección y el papel de Menfis

Menes procedía seguramente del Sur, y la historia oficial egipcia llamaba "tinitas" a las dos primeras dinastías, porque sus reyes habrían continuado residiendo en Thinis, en el Alto Egipto. Todo viene, sin embargo, a confirmar la indicación de que Menes habría dado a la monarquía otra capitalidad. El lugar escogido se encontraba en la punta meridional del Delta, no lejos del emplazamiento actual de El Cairo. En este sitio, desde la I dinastía, antes incluso de la fundación de la ciudad de Memfis, que, en las proximidades inmediatas, no tuvo intervención histórica hasta más tarde, fue edificado el "muro blanco", al principio seguramente fortaleza para guardar el camino del valle, pero también palacio de la coronación.

Impuesto por la geografía y por la necesidad de equilibrio, el paraje servía mejor que ningún otro a la función unificadora de la monarquía; con una metáfora muy exacta fue llamado "balanza de los dos países". Lo más tarde durante la III dinastía fue adoptado para instalar la residencia real y la sede de la administración; continuando en ella la capitalidad durante las dinastías siguientes hasta la VIII, por lo cual son calificadas de "memfitas". Los imperios Medio y Nuevo son, por el contrario, llamados "tebanos", porque sus primeros soberanos procedían de Tebas, en el Alto Egipto, y sus dinastías hicieron de Amón, dios de esta ciudad, el dios real por excelencia: Tebas toma entonces categoría de capital. Más tarde pasó a Sais, en el Delta, y después a Alejandría, ya fuera del Delta propiamente dicho, "cerca de Egipto", según la expresión oficial.

Pero aún en la época griega, en los siglos III y II antes de nuestra era, los ritos de coronación únicamente se podían llevar a cabo en Memfis, y esta persistencia continuaba simbolizando la unión de los dos países en la persona de su soberano único.

El rey dios

Desde el principio el rey es dios; no como imagen para recordar su omnipotencia y su superioridad sobre el hombre común, sino por el contrario, como expresión literal de una creencia que constituye una de las peculiaridades esenciales de Egipto. Aunque esta creencia evolucionó, jamás perdió nada de su potencia.

Al comienzo, el rey es Horus, dios-sol de Heliópolis, cerca de Memfis, centro de Egipto en el Imperio Antiguo; Horus se somete a Ra en la persona del faraón, que se convierte en Horus-Ra, o más bien en Ra-Horus. También se convierte en "hijo de Ra", y pronto esta filiación tiende a ser interpretada de forma muy concreta. Esta tendencia triunfa plenamente bajo el Imperio Nuevo cuando Amón, dios de Tebas, habiendo sido asociado a Ra por evidentes motivos dinásticos con el nombre de Amon-Ra, ya no sólo se explica sino que se representa en los muros de los templos la unión carnal de Amón y la reina, así como la ayuda aportada por el dios y las divinidades subalternas al nacimiento y a la educación del niño. Esta tradición durará casi tanto como la propia civilización egipcia.

Dios durante toda su vida, el rey continúa siéndolo después de su muerte. El primero de todos los egipcios se beneficiaba de los ritos que hacían del difunto un Osiris, porque reemplazado en la tierra por un nuevo Horus, su hijo, era normal que se convirtiese en su padre divino. La teología de Heliópolis no modificó en nada esta creencia, incompatible, según nuestra lógica, con la que hacía del rey un hijo de Ra. Pero la religión egipcia se acomodaba a estas contradicciones, ya que como rey de los muertos, Osiris se imponía para esta última identificación divina del soberano. Así Ramsés II podía decir a su padre: "Tú descansas en el mundo inferior como Osiris, mientras que yo brillo como Ra para el pueblo, en pie en el gran trono... como Horus."

Esta divinización en la tierra y en el más allá no es una fantasía de autócrata aceptada por serviles aduladores, sino que proviene de la certidumbre de que sólo un dios, un gran dios, en relaciones lo más estrechas posibles y en comunión íntima con los dioses más importantes, podía influenciar en la naturaleza para estimular las gracias bienhechoras. Según un visir del Imperio Nuevo, el rey "es un dios cuyas acciones hacen vivir". De hecho, es gracias a su potencia divina que las cosechas son abundantes, porque el dios Nilo, fuente de toda prosperidad, le respeta. "Yo era uno que producía la cebada", dice un rey muerto, y cuando tenía lugar algún acontecimiento había que congratularse: "Un señor corresponde a todas las comarcas... El agua se para y no desciende más; el Nilo baja a aguas llenas... La vida se pasa riendo y disfrutando." En las incripciones el nombre del rey está seguido de los signos "vida, salud y fuerza", cuya presencia expresa sin duda un voto hacia él, pero también, por su mediación a la intención de todo el reino y de sus habitantes. Y aun muerto, su

benevolencia hacia Egipto es todavía eficaz, por lo que conviene asegurarle más que a ningún otro una supervivencia eterna.

La designación y consagración del rey

Esta ideología monárquica se refleja inevitablemente sobre todo lo que, de lejos o de cerca, se refiere al soberano.

No se puede afirmar que existiera un derecho dinástico formalmente establecido y, según parece, el hijo mayor sucedía normalmente al padre, el cual, por otra parte, juzgó a veces necesario asegurar la sucesión designando a su heredero y asociándoselo en vida como corregente. Pero estas precauciones podían también servir para preferir a un segundo hijo o el de una esposa de rango inferior, y los documentos oficiales, los únicos llegados hasta nosotros, no invocan jamás el nacimiento como único derecho.

En momentos de usurpación -que fueron frecuentes, justificados y más o menos paliados por matrimonio con una princesa de la precedente dinastía- no se invoca nunca, por otra parte, el derecho de la fuerza o del éxito, sino que se hace referencia siempre a la voluntad y a la elección de los dioses, lo cual era postulado por la teoría de la filiación divina. También se produjeron, especialmente bajo el Imperio Nuevo, coincidiendo con el apogeo del poder del dios tebano Amón y de sus sacerdotes, intervenciones de oráculos, cuya imparcialidad parece bastante sospechosa.

De todas maneras, el rey no lo es verdaderamente hasta después del cumplimiento de la ceremonia de la coronación. Ésta tiene lugar en Memfis y va acompañada de una serie de ritos simbólicos destinados a la vez a unir los dos reinos en la persona del monarca y a introducirle en el rango de los grandes dioses, con idéntica categoría. Recibe el cetro y el látigo, insignias llenas de fuerza divina y "se yergue", tocado primero por la corona blanca del Sur, después por la roja del Norte, y en último lugar por el pschent que las combina. Se sienta en el trono formado de papiros y de lotos y efectúa la vuelta al "muro blanco", símbolo de la toma de posesión y de la defensa de Egipto, de la misma manera que el sol da la vuelta a la tierra.

Desde este momento lleva los cinco nombres oficiales cuyo ordenamiento definitivo se fecha en el Imperio Medio: Horus-Ra, "señor de las dos coronas", "Horus de oro" (el oro recordando el sol y por tanto a Ra), "rey de la caña y de la abeja" (símbolos del Alto y del Bajo Egipto) y por último "hijo de Ra". Así vemos que Ramsés II se llama:. primero, "toro potente armado de la justicia"; segundo, "defensor de Egipto que une a los países extranjeros"; tercero, "rico en años, grande por las victorias"; cuarto, "rico en la justicia de Ra y elegido de Ra"; quinto, "amado por Amón y Ramsés". La historia ha conservado únicamente el último nombre, que es el que había recibido al nacer; los otros no se le dan hasta después de la ascensión al trono, y el cuarto constituye propiamente el “nombre

de coronación". De esta manera se afirmaba de forma prestigiosa la esencia sobrenatural del soberano.

La vida del rey

Durante el reinado se van renovando ceremonias del mismo orden; son jubileos, pero con un sentido mucho más complejo que el de simples fiestas. Se trata de renovar en el rey, con el frescor vigoroso de otros tiempos, sus fuerzas poderosas y mágicas, de las que depende la prosperidad del país. Sin duda estas ceremonias representan la adaptación de ceremonias brutales que, en los orígenes, llegaban hasta el sacrificio del soberano y a su sustitución por un sucesor más joven.

También en la sucesión de los días, su vida es la de un dios, hijo de dioses, objeto de culto y de adoración general. Todos "huelen" la tierra ante él y a los más favorecidos les está permitido "oler" sus pies. Todos los actos y los gestos de su existencia oficial están determinados por una estricta etiqueta. Sólo aparece en público vestido con un traje especial, con una barba ritual postiza, recargado de pesadas joyas de oro y teniendo en las manos las insignias sagradas. Está sometido a continuos ritos de purificación, y la comida que se le presenta está concebida como un sacrificio o una ofrenda a la divinidad.

Sin embargo, también, como los dioses, el rey ama lo que "alegra su corazón"; tiene sus momentos de ociosidad, y no hay temor, a veces, en hablar de ellos o en representarlos. Cazando y pescando cumple su papel convencional de soberano, puesto que en estas actividades se muestra siempre hábil, fuerte y cuidadoso; al menos en la caza, para despojar al país de animales salvajes, pues incluso el cocodrilo y el hipopótamo existen en los pantanos. Pero tiene igualmente otros placeres, desprovistos de este telón de fondo de la naturaleza: una mesa abundante y selecta, perfumes, música, danzas, bufones, amigos y una familia. Ésta comprende muchas esposas, entre las cuales escoge a su gusto la esposa oficial, que tiene el rango de reina, sin atarse definitivamente a esta elección. Tiene también un harem importante, para el que se escogen las mujeres con mucho cuidado. Se adivina, sin dificultad, cuántas intrigas prosperan en esta corte, intrigas de las que, en ciertas crisis - la más grave es, bajo la XVIII dinastía y al final del reinado de Tutmés II, el episodio que ilustra el nombre de la reina Hatschepsut-, la literatura oficial no llega a disimular la compleja aspereza.

Las funciones del rey: la religión

Por lo menos en los relatos ad majorem regis gloriam, el rey es reputado como buen cumplidor de sus deberes de soberano. Entre ellos ocupan el primer lugar las obligaciones religiosas. Hijo de Ra o de Amón, el rey sabe expresar mejor que nadie el reconocimiento de Egipto a sus dioses y la petición de la continuidad de sus dones. La religión nacional es para él un deber familiar, como el que se impone al hijo hacia el padre y al heredero de una larga y rica descendencia hacia su parentela próxima o lejana. Es, pues, el sacerdote

por excelencia, el que nombra a los otros sacerdotes, que en realidad son sus asistentes o suplentes en un culto que debe rendirse todos los días y en todos los lugares.

Los momentos en que el régimen se orientó hacia una teocracia, es decir, hacia el ejercicio efectivo del poder por la casta sacerdotal, fueron muy escasos. Se constata a veces que los oráculos dictan las decisiones reales; pero el rey finge frecuentemente obedecer a las inspiraciones que dice haber recibido de su padre divino y, generalmente, se limita a obtener, por un simulacro más o menos consciente, una confirmación de lo que desea. Sin embargo, la teocracia pura se instaura al finalizar el Imperio Nuevo, después de la XIX dinastíala de Ramsés II-, con una dinastía de grandes sacerdotes de Amón, que es la XX. En general, el monarca sabe defenderse contra las usurpaciones de este género: jefe supremo de la vida religiosa del país, muestra y ejerce su autoridad en forma realista.

Cada día en todos los templos se ofrecen sacrificios en su nombre, y es él quien ordena y paga con cargo a su tesoro la restauración y construcción de edificios religiosos, ya sean templos de grandes dioses o templos funerarios de sus predecesores. A cada dios concede tierras y privilegios y controla a los colegios sacerdotales encargados de la ulterior administración de estas generosidades.

Igualmente, mejor informado que nadie, no duda en atribuirse los poderes dogmáticos de un teólogo. Si, bajo el Imperio Antiguo, se limita a aprobar la teología solar salida del templo de Ra en Heliópolis, no duda en utilizarla en su beneficio. Bajo los Imperios Medio y Nuevo, los progresos del culto de Amón no se pueden separar de las preocupaciones políticas de las dinastías de origen tebano. Yendo todavía más lejos, vemos a un faraón, el célebre Amenofis IV-Akhenaton-, en el segundo cuarto del siglo XIV a. de J. C., usar su autoridad y aún su fuerza material para promover el culto del dios Atón. Fue una crisis corta, aunque singularmente violenta, que quizá habría llegado a resultados más duraderos si Akhenaton hubiera vivido más.

Las funciones del rey: la guerra

Otro deber del faraón es, naturalmente, la defensa de Egipto.

Al considerar en su conjunto la historia de ese país nos damos cuenta que este aspecto de la misión monárquica es menos evidente que en la mayor parte de las civilizaciones antiguas. Éstas se formaron en territorios mucho más amenazados por vecinos inquietantes que Egipto, y esta amenaza fue suficiente para hacer nacer o para reforzar la tentación expansionista. Respaldado por la privilegiada situación geográfica del país, la psicología colectiva del antiguo Egipto no refleja el menor temor por su seguridad. Muchos soberanos egipcios vivieron pacíficamente, y el elogio frecuente de la paz, con acentos casi modernos constituye una

5.—La pirámide escalonada de Sakkara.

notable originalidad de la literatura oficial egipcia. En otros aspectos volveremos a encontrar características cuyo origen es idéntico, especialmente en lo referente a la organización social.

Sin embargo hay un mínimo por debajo del cual la monarquía no puede descender. El faraón debía organizar la vigilancia de los desiertos y la policía de sus pistas, especialmente de las que, a través del desierto arábigo, conducen hacia los puertos del mar Rojo, por donde llegan los productos del país de Punt. Inevitablemente el soberano está abocado a intentar la sumisión de las regiones periféricas de la Nubia y el Sinaí, ricas en minerales y en otras sustancias raras. Cada uno de los "imperios", que distingue la división tradicional de la historia egipcia durante los milenarios III y II a. de J. C., se acompaña de una ocupación total del Sinaí y al menos parcial de la Nubia, como regiones transformadas en anejos naturales del país. El faraón debe luchar, de una manera creciente, contra las invasiones venidas de Asia por Suez y el país sufre por esta parte el vaivén de los movimientos de pueblos que llegan al Asia anterior y los progresos territoriales que en esta zona realizan otros Estados.

En este aspecto la invasión de los hicksos, al final del Imperio Medio, provoca el inicio de una nueva fase en la historia de Egipto y un cambio sensible en el valor respectivo de los matices que marcan la ideología de la monarquía faraónica. Primero rechazando más allá del istmo a los extranjeros, después persiguiéndoles y empeñándose en crear en estos lugares una marca defensiva. Por este camino los soberanos de la XVIII dinastía llegaron hasta el Eufrates. A partir de este momento el Imperio Nuevo intenta mantener su dominación directa o su protectorado sobre Palestina y Siria e incluso en un cierto momento los reyes mesopotámicos parecen estar reducidos a vasallaje. Se ha vuelto una página de la historia: Egipto, antes casi aislado, juega desde ahora un papel activo o pasivo, como mínimo diplomático y frecuentemente militar, en todos los conflictos del Próximo Oriente. Como consecuencia natural, los faraones, de grado o por fuerza, con repugnancias a veces - como las que se descubren en un personaje como Amenofis IV-, tienen que transformarse en soldados y jefes batalladores. Las grandes figuras de un Tutmés III y Ramsés II eclipsan a las demás, gracias a los relatos de sus campañas, de sus asedios y de sus batallas palestinenses, como, por ejemplo, la de Megiddo, contada por los Anales de Tutmés III, o la de Kadesh, por el poema de Pentaur. Estos célebres textos no pueden hacer que se olviden otros, en los que se expresan los mismos conceptos referentes a soberanos de las XVIII y XIX dinastías. Se da por supuesto que estas victorias están atribuidas al favor y al apoyo eficaz de los dioses, pero el acento se carga, con una complacencia orgullosa, sobre las cualidades guerreras del soberano, y este aspecto de la ideología real, antes secundario, en ese momento se ensalza con gran relieve.

6.—Las pirámides de Gizeh.

Por esta misma tendencia, el rey practica los deportes violentos para tener la robustez física necesaria para los esfuerzos de la guerra. Mucho más que antes se le muestra ahora cazando el elefante en las orillas del Eufrates, el cocodrilo, el hipopótamo y el rinoceronte en los pantanos del Nilo, y el león en el desierto. Incluso se alaba su habilidad y su fuerza excepcional, su vigor en tender el arco que se había resistido a todos, su resistencia en gobernar el timón y su soltura y destreza al montar a caballo; hazañas y juegos de príncipe, cuyo recuerdo se perpetúa con gran satisfacción por medio de inscripciones explícitas.

Sin embargo, algo falta a estos soberanos: el amor a las tareas modestas y minuciosas del oficio militar propiamente dicho. En tiempo de paz no había maniobras, revistas ni inspecciones. Fuera de los períodos de campaña incluso la administración del ejército parece descuidada. La profesión de soldado no gozaba entre los egipcios de buena reputación, y aunque los reyes guerreros no olvidaban el recompensar la bravura en el combate, no con ello conseguían modificar de manera durable la psicología de sus súbditos. Así les vemos, con una persistencia reveladora, suplir a las dificultades y a los defectos del reclutamiento nacional, enrolando mercenarios extranjeros, libios, nubios, asiáticos de diferentes procedencias, aventureros de todas clases y, en último término, griegos. Frecuentemente con malas consecuencias, pues el uso de los mercenarios puede conducir a usurpaciones, al menos por parte de los jefes asimilados; ejemplo de ello son las dinastías libia y nubia que dominaron el país. La misma presencia de los griegos, a los que estas ambiciones estaban vedadas porque su propia cultura les hacía rebeldes a una asimilación suficiente, no dejó de provocar en la época saita diversos disturbios internos. Aunque es difícil insuflar a un pueblo el espíritu militar, quizá unos esfuerzos más pacientes y más metódicos habrían permitido a estos reyes suscitar en sus súbditos algo más que vivos, pero pasajeros, entusiasmos.

Las funciones del rey: el orden y la justicia

Por último, el faraón tiene el deber de asegurar al país una buena administración y una estricta justicia. En principio, su poder no está sometido a ninguna restricción, pues sus palabras son "revelaciones" emitidas por una boca divina. Como dios crea lo que anuncia: "todo lo que sale de la boca de Su Majestad se realiza inmediatamente". Afirmación que expresa a la vez la creencia en la virtud mágica del verbo y el hecho de la inmediata obediencia. Los deseos del rey son erigidos en dogma: "Lo que él desea, lo hace; lo que él detesta, deja de hacerlo." Estos textos se remontan a la época de las grandes pirámides y al Imperio Antiguo, y el absolutismo en ellas implícito no perdió nunca su valor teórico. Esta sumisión va tan lejos que incluso se inclina ante las órdenes cuyo efecto se prevé detestable. Deplorando la anarquía que maltrató el país entre los Imperios Antiguo y Medio, el sabio Ipur no duda en declarar

al rey: "Lo que tú has esparcido por todo el país es la confusión, con el ruido del tumulto. He aquí que se impone la violencia del uno contra el otro", aunque se apresura a añadir que, sin embargo, "el pueblo se conforma con lo que tú has mandado". La sublevación contra una autoridad no fue nunca doctrina y, si bien a veces nefasta por sus consecuencias prácticas, la autoridad monárquica conserva su carácter divino. En última instancia existía siempre una equivalencia entre voluntad real y felicidad del país, de conformidad con la voluntad bienhechora de los grandes dioses. Una serie de abstracciones de carácter divino garantizan la certeza de que las sentencias del rey no pueden ser arbitrarias: siendo él Hou, "fuerza creadora"; Sia, "comprensión", y Maat, "justicia" o "verdad".

Descansando sobre esta base, el absolutismo monárquico se altera con matices correctores, que aparecen desde el fin del III milenario y se afirman definitivamente durante la XII dinastía, bajo el Imperio Medio, y desde entonces permanecen preponderantes hasta la destrucción de la independencia egipcia. Pero incluso entonces no desaparecen, sino que más bien se funden con la ideología real que aportan y pretenden imponer los conquistadores persas y que está inspirada en tendencias análogas. Por intermedio de los persas, aquellos matices se transmiten a las monarquías helenísticas, aun cuando los Ptolomeos, macedonios trasplantados a las riberas del Nilo, se limitaron a volver a emplear en su fraseología oficial los temas acerca de los cuales tantos faraones, desde hacía cerca de dos milenarios, habían ya acentuado fuertemente el carácter. No es uno de los menores méritos de la civilización egipcia el haber llegado – sin ser la única, ni quizá la primera, pero con independencia de toda influencia extranjera, puesto que era la única en divinizar al soberano - a temperar el poder sin límites que reconocía en la monarquía.

De hecho, los conceptos divinizados, especialmente el de Maat, acaban por imponerse al propio rey, con una fuerza superior a su capricho. Numerosos textos, explícitos y reveladores, nos transmiten las "enseñanzas" de un rey a su hijo, o las "instrucciones" de un rey a su visir, y todas concuerdan en fórmulas, una sola de las cuales es suficiente para definir el sentido general: "Lo que ama el dios es que se haga justicia. Lo que el dios detesta es la parcialidad. He aquí la doctrina." Un cuento popular pone en boca de un campesino parlanchín afirmaciones cuya audacia no impide que al final sea indemnizado del daño de que se queja: "Oh, mi señor...! Reprime el robo, protege de las miserias; no seas una corriente destructora para el que se queja ante ti... Haz la justicia del señor de la justicia, lo que es la justicia de la justicia... Obra conforme a esta palabra excelente que salió de la propia boca de Ra: "di la justicia, haz la justicia porque la justicia es poderosa, porque es grande, porque es duradera... " Yo me he quejado ante ti y tú no has escuchado mi queja; iré, pues, a

quejarme al rey de los muertos." Esta verbosidad, esta osadía estaban destinados por el autor del cuento a provocar la sonrisa. ¿Han sido, sin embargo, muy numerosas las monarquías en las que la ironía haya recibido licencia para meterse en estos terrenos?

Esta doctrina y las necesidades de la administración de un país tan vasto, imponían al rey un papel de legislador. Faltaban normas generales, además de las decisiones reales sobre los casos particulares, y estas normas, necesariamente escritas, no podían ser más que la transcripción, bajo alguna forma, de la jurisprudencia sentada por el rey. El antiguo Egipto tuvo, ciertamente, además de eventuales costumbres locales, colecciones de leyes o de precedentes emanados de la autoridad central. Pero no se ha encontrado en el valle del Nilo ningún documento comparable a los”códigos" de Mesopotamia. En este aspecto estamos limitados a las tradiciones que nos han transmitido los escritores griegos. Diodoro Sículo, que utiliza para Egipto un autor de principios del siglo II a. de J. C., es en este punto el que nos da más precisiones, nombrando cinco reyes "legisladores", anteriores a la conquista persa. El único acerca del cual nos da detalles es Bocchoris, que reinó hacia finales del siglo XVIII antes de Jesucristo, al que atribuye especialmente una legislación relativa al comercio. Las lagunas de nuestro conocimiento sobre este aspecto de la actividad de los faraones son muy sensibles, pues aportarían mucho material al conocimiento de la cultura egipcia.

El rey es el jefe supremo y el derecho de petición directa está incluso reconocido a los más humildes, encontrándose por ello en condiciones de vigilar a sus funcionarios y de reprimir sus abusos.

2.- EL GOBIERNO Y LA ADMINISTRACIÓN

Si bien no nos faltan datos acerca de la historia administrativa del Egipto faraónico, es conveniente recordar su naturaleza para estimar sus límites. Faltan, a la vez, los textos de leyes o de edictos y los "documentos positivos", es decir, los propios archivos administrativos que ofrecerían los testimonios directos y originales acerca del funcionamiento de la máquina gubernamental. En Mesopotamia poseemos frecuentemente los unos y los otros, lo que permite un control recíproco. Para el Egipto de las tardías épocas griega y romana, poseemos grandes masas de papiros y de ostraca, que ofrecen muestras de algunos ordenamientos generales, y también cartas, informes, memoriales, cuentas y recibos de todo orden. Pero para los períodos antiguos, dejando aparte algunos casos excepcionales ilustrados por rarísimos papiros, hay que recurrir a fuentes de calidad más inferior; se trata casi siempre de relatos oficiales de la gloria del soberano, de inscripciones

7.—La Esfinge de Gizeh.

funerarias que relatan, elogiándola, como es natural, la vida del difunto, o de textos de carácter imaginario, exhortaciones edificantes, cuentos, etc. En todas estas fuentes, la elaboración, y por tanto la deformación sufrida por la realidad, es manifiesta. A cada instante, el esfuerzo crítico, privado de todo control, choca con obstáculos invencibles y se nos ocultan los detalles que podrían ayudar a una impresión de conjunto.

Caracteres generales

La prosperidad de Egipto y la valorización de sus recursos, imponían la existencia de una administración coordinada, capaz de asegurar la transmisión y la ejecución de las órdenes dadas por un jefe único. La centralización constituía, pues, un antecedente fundamental de la civilización egipcia: su relajamiento, su debilidad, acarrean al punto la miseria como corolario de la anarquía, o, a veces tan grave como aquélla, el temor de la miseria, la confusión general. Confirmada por repetidas experiencias, esta verdad domina toda la historia antigua del país. Sólo ella explica el deseo de orden, de disciplina, de autoridad, tan frecuentemente sentido y expresado, así como la extraordinaria docilidad de los súbditos; la fuerza de las ideas religiosas no habría sido suficiente para dar, durante varios milenios, tanta vivacidad a tales sentimientos. En ellos encontraron los faraones poderosos auxiliares contra las instintivas tendencias contrarias: la aspiración de los grandes a la autoridad individual y la de las comunidades locales a la autonomía. Los egipcios llegaron varias veces a montar y mantener un sistema administrativo casi perfecto, cuyo único paralelo, durante toda la antigüedad sólo lo podemos buscar en los herederos del propio Egipto, o sea en sus propios soberanos griegos. Estos momentos de éxito incomparable marcan, y no por simple coincidencia, las mayores cimas del pasado de Egipto.

Ante tales constataciones, sería deseable precisar con certeza el principio que servía de base a esta administración. ¿Era Egipto propiedad personal del soberano, que lo explotaba como si fuera un bien privado? ¿O bien constituía un Estado, o mejor, dos Estados, Alto y Bajo Egipto, que el faraón había recibido la misión de administrar? Parece que ambas concepciones coexistieron y nada demuestra que existiese conciencia de su oposición. Hijo de dios y dios él mismo, el rey era el dueño de la tierra de Egipto como de todo lo que vivía sobre ella. Nunca se percibe la menor huella de una distinción teórica entre una propiedad privada o incluso una propiedad de la corona y un Estado-institución formado por el país y la comunidad de sus habitantes. Nos sirve de ejemplo este hecho tan simple: el jefe de la administración financiera general proveía también a las necesidades de la corte. Por otra parte, como ya se ha visto, la idea del deber moral del soberano existía también, y tuvo una fuerza cada vez más creciente. Esta idea conducía de manera inevitable a la noción de un Estado independiente de la persona de un hombre, aunque ese hombre fuese considerado como un

dios. Cuando un faraón - y el caso se produjo más de una vez - hablaba de su "gran función", no hacía más que traducir una idea aún confusa e insuficientemente analizada, de la que no se comprendían las implicaciones teóricas puesto que no se confrontaba con la idea de propiedad, y de la cual, por lo tanto, no se sacaban consecuencias prácticas.

El gobierno central

Las dos concepciones más arriba indicadas, se identifican en que todo depende del rey y sólo del rey. El palacio del monarca, la "casa grande", *per âa*- fue de esta expresión egipcia que se llegó por intermedio del griego a nuestro término "faraón" - es la sede de la administración central, a la cual debe llegar todo. La dirige el propio rey, dedicándose a ello por la mañana, después de las ceremonias religiosas rituales, informándose de todo, haciéndose leer cartas e informes, concediendo audiencias, escuchando a los querellantes, solicitando pareceres, tomando y dictando él mismo las decisiones que han llegado hasta nosotros bajo la forma más directa, redactadas en primera persona.

Los ministros aparecen al lado del rey con un carácter de empleados, simples agentes de transmisión y ejecutantes de sus órdenes. Se les llama frecuentemente su "boca", su "lengua", sus "ojos" y sus "orejas". Es evidente que son todos nombrados y destituidos según la voluntad del soberano. Uno de ellos, sin embargo, tiene un papel más importante: es el visir, *tati*, el hombre de confianza que soluciona personalmente muchos asuntos y al cual el rey se limita a dar -tema literario en boga bajo los Imperios Medio y Nuevo- las instrucciones generales sobre la manera de ejercer el poder. En la práctica la amplitud de atribuciones de este personal gubernamental depende del interés que pone el rey en el cumplimiento de su "gran función". Interés que varía según el hombre y que es difícil conocer a través de las afirmaciones estereotipadas de los textos, puesto que existe un retrato moral y político del faraón tan convencional como su retrato físico.

Bajo la XIX dinastía, se ve a veces al visir presidiendo un "gran consejo" que parece ejercía una alta jurisdicción, al menos administrativa, aunque la justicia, en el antiguo Egipto, no se distingue nunca netamente de la administración. ¿Era único este consejo? ¿Cuál era su papel exacto? ¿Cuál su composición? Multitud de preguntas vienen a la mente que quedan sin respuesta. Algunos historiadores ven en este consejo una asamblea nacional de notables, de la que no se sabría, por otra parte, determinar el sistema de designación; pero esta interpretación parece demasiado audaz. Quizá es mejor pensar que se trata de una especie de comité de altos funcionarios o dignatarios. Ni unos ni otros faltan en palacio, recibiendo títulos de toda clase, ya sea honoríficos, domésticos o administrativos. Se podrían recopilar listas interminables, pero sin el menor provecho, puesto que

quedaría por saber, de una parte, en qué forma el protocolo se adaptaba a casos distintos, y de otra, si el sentido literal correspondía siempre a funciones reales. Como ejemplo, será suficiente señalar, que bajo el Imperio Antiguo, se conocen once "Jefes de los secretos" cuyo título común se acompaña de un determinativo cada vez diferente. Así, un verdadero mundo, jerarquizado según matices que muchas veces nos escapan, vive y se mueve en la "gran casa". Además de las innumerables oficinas, comprendía talleres, almacenes y tesoros cuyo servicio requería una multitud de empleados, de contables, de guardianes y de esclavos; estos últimos en general prisioneros de guerra o de las expediciones de castigo.

La administración regional y local

La centralización, en teoría perfecta, estaba fatalmente frenada por las distancias, tanto más difíciles de salvar por cuanto faltaban las carreteras y los medios de comunicación: la inundación anual impedía la construcción de buenas calzadas, y el caballo, introducido tardíamente, fue siempre un animal de lujo. Había que limitarse a los mensajeros a pie y a la navegación por el Nilo y los canales. Por ello muchos de los asuntos tenían que ser solucionados sobre el terreno, a pesar del riesgo de amonestaciones posteriores o incluso de contraórdenes.

Durante algunos reinados se desdobló el cargo de visir, residiendo uno de ellos en Memfis y el otro en Tebas, lo que en la práctica era la reconstitución de la dualidad de los antiguos reinos bajo la apariencia de la unión personal. También hubo, especialmente bajo el Imperio Nuevo, un gobernador o "virrey" de Nubia. Estos jefes regionales disponían seguramente de una amplia libertad de acción.

La unidad administrativa local fue siempre el "nomo". El número de estas circunscripciones - una cuarentena - y sus delimitaciones no variaron sensiblemente durante la Antigüedad. Alrededor de una pequeña ciudad, que más tarde los griegos llamaron "metrópoli", el nomo comprendía el territorio que económica y humanamente depende de ella. En ciertos momentos, especialmente en el Imperio Medio, cuando el poder real lanzó sobre el país una red de divisiones más pequeñas, más de un nomo, y quizá todos, fueron divididos en "distritos", uno septentrional y otro meridional. En último término la aldea ofrecía la unidad básica, porque en Egipto no existía el hábitat disperso a causa de la crecida del Nilo que obligaba a agrupar las casas sobre terreros.

En cada escalón de esta división el faraón estaba representado por funcionarios cuyos títulos, poderes concretos y reclutamiento variaron bastante durante el curso de la Antigüedad. Aún en los momentos de centralización más rigurosa, la aldea tuvo el equivalente de un alcalde que no podía ser escogido sino entre sus habitantes. El distrito tenía también sus "consejos" de campesinos, de artesanos, de sacerdotes, etc., que tenían una misión polivalente, a la vez judicial, fiscal y notarial.

Desgraciadamente es imposible estimar la real independencia de estos notables, ya sea como individuos aislados u organizados, con respecto a los funcionarios que, sin duda, hacían su designación. Se puede asegurar que hubo una extraordinaria pululación de funcionarios por todo el país, los unos permanentes, agrupados incluso por "oficinas", los otros de paso, mensajeros, informadores e inspectores que aseguraban la relación con la corte. Su número y su actividad eran suficientes para convertir en un hecho ilusorio la autonomía, que a veces, era concedida en teoría a las agrupaciones humanas regionales y locales.

En el antiguo Egipto el funcionario tuvo una autoridad y un prestigio considerables. Los excesos de poder eran frecuentes y la corrección por el faraón de los daños de que aquél se reconocía culpable, que conocemos por los textos, revelan más un estado de cosas ideal que la realidad cotidiana de los hechos. El funcionario típico era el "escriba", hombre instruido, encargado de perfilar y leer una escritura complicada y que, poco a poco, por su inteligencia o por su cortesanía, podría ir subiendo los escalones de la carrera administrativa. Volveremos a encontrar, más adelante, al escriba como tipo social. Su importancia en tal aspecto se debía en gran parte a que era la unidad básica de trabajo de una administración omnipresente y omnipotente, así como el informador y eco del gobierno central.

La administración y la vida material de Egipto

El fin teórico de esta administración era asegurar, de manera lo más magnífica posible, el culto a los dioses, señores de Egipto; satisfechos ellos a su vez, aseguraban en compensación la prosperidad y el bienestar colectivos. De ello fácilmente se deduce que la organización religiosa no se puede separar de la administración laica. El rey-dios es el dueño de ambas, y no vigila a la segunda más que para asegurar un buen funcionamiento de la primera. Existe una resistencia en convertirlas en dos cosas separadas con personal diferente, y al menos en los más altos cargos, los funcionarios pasan fácilmente de una a otra administración y frecuentemente pertenecen a las dos a la vez.

Se deduce también que en el terreno ideal, el rey-dios, por intermedio de su administración, está facultado para dirigir toda la vida de Egipto, y que todos sus habitantes se limitan a realizar, aun en sus actividades privadas, las órdenes que han recibido. Este ideal postula que el rey es considerado no sólo como soberano o como propietario eminente, sino como señor directo de todas las tierras, de todos los oficios, de todos los bienes materiales, de todos los seres vivientes, humanos o animales, que existen en el país.

Naturalmente, este ideal no fue nunca realizado. Aun dejando aparte los momentos de anarquía- inevitables, como veremos en seguida-, el poder real tuvo que contar con los hechos, o sea, concretamente, menos que con el instinto de libertad individual, con el de libertad económica, o si se

le quiere llamar de otra manera, con el instinto de propiedad y de ganancia personal. Éstos existieron en Egipto como en todas partes, si bien en este país estaban combatidos con mucho más rigor por otros sentimientos.

La autoridad monárquica culminó de hecho, bajo el Imperio Antiguo, durante las IV y V dinastías: en ese momento parece que el rey obedecía sólo a su capricho e imponía su voluntad a verdaderos siervos, más que a súbditos. Durante el Imperio Medio la XII dinastía restauró un poder comparable con un sistema administrativo más perfeccionado, esta vez en nombre de un ideal de justicia al cual la propia realeza simulaba someterse. Los más grandes faraones del Imperio Nuevo, con las XVIII y XIX dinastías, parece que no llegaron a reconstituir un espectáculo parecido. Sin embargo, el ideal subsistió, condicionado por una lógica inherente al propio Egipto. Los soberanos macedonios, en el siglo III a. de J. C., serán los herederos de este ideal, más afortunados que sus predecesores, después de un milenio y medio, en sus esfuerzos para ponerlo en práctica.

El control sobre la vida material y la riqueza de la monarquía

Algunos documentos del Imperio Medio dejan entrever la minucia del control que la administración podía llegar a ejercer sobre la vida material de Egipto. Nos dan noticia, por ejemplo, de censos en intervalos muy próximos, con declaración por los jefes de familia de las personas que habitaban en su casa, de los animales que le pertenecían y de las tierras que cultivaba, con las correspondientes comprobaciones efectuadas por funcionarios especiales. Incluso las ventas, las donaciones y las herencias tenían que inventariarse para ser registradas en las oficinas montadas para tal efecto.

Esta organización permitía a la administración monárquica, al menos en principio, asegurar a cada uno los medios para poder vivir, asignándole un trabajo para el cual sólo ella poseía los elementos, puesto que las tierras eran cultivadas y los oficios ejercidos en nombre del dios-rey que personificaba al Estado. Pero también le permitía sacar enormes rentas del país. Esta superintendencia podía imponer prestaciones de toda clase para el cuidado de los canales, de los diques, de los caminos, para los transportes o las construcciones útiles a los dioses o al Estado y recaudaba los impuestos, que seguramente eran múltiples. No conocemos los detalles de ninguna época y aún menos las tasas y los asientos de cada uno de ellos, aunque sabemos que existía una capitación sobre los seres humanos y sobre las cabezas de ganado, un porcentaje convenido o proporcional sobre la cosecha de cada campo y la producción de cada árbol frutal, una tasa sobre el ejercicio de cada profesión, etc.

Muchos de estos impuestos podían exigirse en especie, y de la misma forma el rey pagaba a sus funcionarios buena parte de sus sueldos. Las generosidades con que gratificaba a sus favoritos

consistían frecuentemente en asignaciones sobre el producto de tal dominio o de tal regalía. La administración poseía tesoros donde se amontonaban los metales preciosos en bruto o trabajados; tenía, también, graneros y grandes almacenes en los que acumulaba los granos, los frutos, los líquidos, las pieles, etc. Las correspondientes entradas y salidas daban lugar a una contabilidad precisa, de la que algunos papiros del Imperio Medio nos ofrecen ejemplos.

Aun cuando el aparato administrativo funcionara de manera mediocre, el resultado de este cuadro perfecto era la extraordinaria riqueza de la monarquía egipcia. No podemos conocer exactamente la cuenta de sus entradas y salidas, pero sabemos que impresionaron la imaginación de sus contemporáneos y despertaron las codicias de los extranjeros, grupos de aventureros o Estados de todas clases, ante un país en el que dormían fabulosos tesoros y del que era fácil hacer presa. El antiguo Egipto sufrió bastantes invasiones y conquistas, aunque su número habría sido mayor todavía y su comienzo aún más precoz, si su aislamiento geográfico no hubiera sido suficiente para protegerlo durante mucho tiempo.

Por poco que consiguiese hacer reconocer su autoridad, la mera posesión del país aseguraba a su conquistador enormes ingresos regulares. Riquezas que aumentaban hasta el infinito cuando una fuerza militar suficiente permitía conquistar la Nubia, rica en oro, en marfil y en maderas preciosas; el Sinaí, con sus minas, especialmente de cobre, y aún la parte de Asia más cercana al istmo de Suez, precisamente la mejor situada para el tráfico comercial, rica por su trabajo artesano y favorecida para la producción agrícola. Quizá porque los faraones del Imperio Nuevo recibían cada año los tributos de estas posesiones exteriores y hacían explotar en su provecho los dominios estatales de Nubia y del Sinaí -especialmente las minas-, fue por lo que pudieron suavizar algo el rigor del sistema administrativo y así aligerar el peso bajo el cual la masa del pueblo egipcio estuvo aplastada con frecuencia.

A estas exigencias legales, hay que añadir evidentemente la de los que estaban delegados por la autoridad real y actuaban en su nombre bajo un control que debía tener más de un punto débil. De uno a otro extremo de la historia egipcia, estos abusos provocaron las correspondientes quejas; sin que podamos, por otra parte, juzgar su importancia real. Para doblegarse durante tanto tiempo y con tan pocas sublevaciones a esta explotación, fue necesaria en el fellah una rara docilidad, y los extranjeros que aspiraban a la conquista de Egipto no dejaron de especular con esta resignación. Pero, por otra parte, encontraron muchos desengaños cuando hicieron poco caso a las tradiciones culturales, y particularmente las religiosas del país.

De hecho, la riqueza de los faraones les permitía sostener la máquina estatal, una administra-

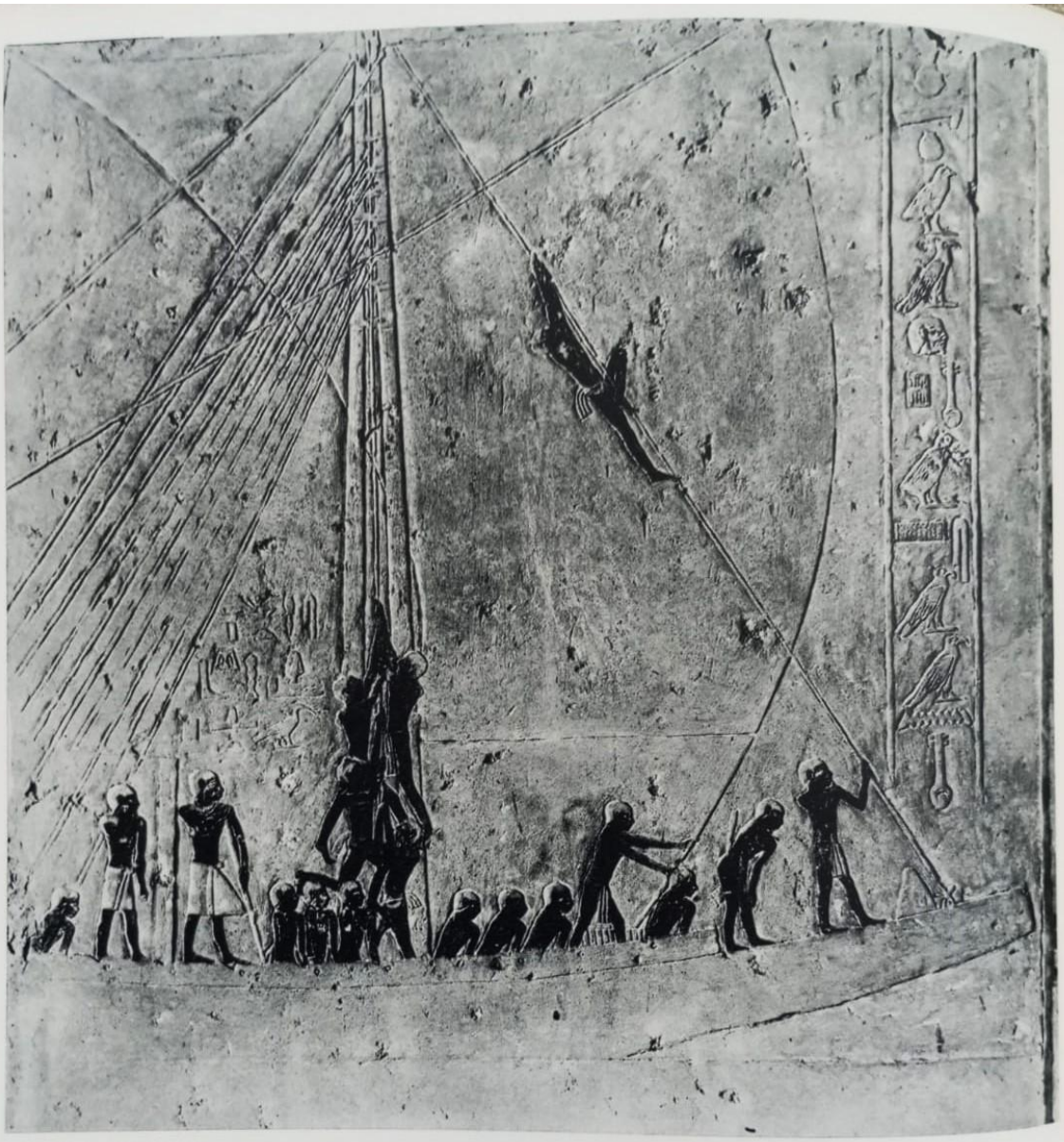
ción considerable, un ejército, que sin ser nunca potente, costaba más caro que en otras partes porque se formaba con mercenarios extranjeros, y, por último, la suntuosidad sin igual de su palacio y de su corte. Aunque hay que observar que los principales gastos estaban destinados al culto de los dioses, ya fuese a las grandes divinidades o a los reyes difuntos, y estos servicios sagrados dieron lugar a las realizaciones más impresionantes del arte nacional. La explotación del país y sus hombres por el gobierno, proporcionó a la civilización egipcia los medios materiales de su magnífica y a veces aplastante grandeza. El constatarlo es suficiente para el historiador, que no posee ninguna balanza para juzgar si lo uno compensa lo otro.

El control sobre la vida material y la riqueza de la monarquía

Por lo dicho, queda patente que el Egipto faraónico nos ofrece uno de los más sorprendentes y a la vez más clásicos ejemplos de monarquía absoluta. El derecho divino, fundamento y corolario de todas las monarquías de este género, encontró en esta tierra su expresión más enérgica y sus consecuencias más extremas. Pero el sistema tenía su contrapartida, su vicio interno: la inevitable tendencia de los funcionarios de todo orden, a librarse de todo control y a ensanchar el poder que la realeza, al principio, se limitaba a delegarles para ejecutar sus órdenes. Que usasen de estos medios para enriquecerse personalmente no era lo más grave desde el punto de vista del soberano, sino el que tendiesen a convertirse en reyezuelos de una parte del territorio, y a veces hasta de Egipto entero. La monarquía tenía que hacer frente a un peligro permanente de desintegración tanto de su poder como de la unidad del país y aún al peligro, siempre latente, de las usurpaciones. La monarquía constituida no pudo conjurar estas amenazas más que durante dos o tres siglos como máximo.

Su reaparición tan frecuente, casi siempre con manifestaciones parecidas, causa sorpresa. Parece que los faraones, instruidos por tantas experiencias dolorosas, debieran haberse mostrado más prudentes y evitar todo lo que facilitaba su repetición.

Su aparente torpeza obliga a preguntarse si el antiguo Egipto no sufrió, sobre todo, una gran penuria de hombres capaces de asumir altas funciones, con conciencia exacta de sus límites. De la masa de su población, demasiado pasiva y aplastada por labores materiales, quizá no se destacaba - y sin duda no se esforzaba en destacarse- una minoría intelectual y moralmente cultivada, lo suficientemente numerosa para que en ella se pudiese realizar una verdadera selección. Ésta habría podido ofrecer los hombres que unieran la competencia, carácter y lealtad necesarios para realizar el ideal de la civilización egipcia, el edificio a la vez religioso y laico, civil y militar, del Estado, Pero esto no ha sido dado a todos los pueblos, ni a todos los momentos de su evolución.



8.—El viaje del muerto a Abydos.

Quizá también hay que tener en cuenta una, al menos, de las concepciones de la monarquía: la que hacía de Egipto una propiedad personal de los faraones. Éstos estaban inclinados a favorecer a su parentela, multiplicada por la poligamia, y a los miembros de un círculo inmediato, o sea los que se llamaban sus "amigos", e incluso, honorariamente, sus "parientes". Al principio, la fidelidad de los favoritos les inspiraba confianza; pero el proceso, del que la historia de otros países ofrece tantos ejemplos, de la emancipación de los príncipes dotados y de los dignatarios eclesiásticos o laicos, no dejó de desarrollarse y llegar a resultados fatales.

La decadencia y el fin del Imperio Antiguo

Un caso claro de descomposición según el proceso indicado fue el del Imperio Antiguo, acerca del cual se poseen suficientes documentos para que no exista ninguna duda acerca de las causas de su decadencia. Sin entrar aquí en detalles, será suficiente mencionar algunas de estas causas características. Los templos recibieron grandes dominios y los reyes los exoneraron, entre otras cargas, de las obligaciones fiscales, traspasándoles las que los habitantes de dichas tierras tenían con la monarquía. Todo ello fue en beneficio de los jefes de los sacerdocios locales, la mayor parte de cuyos miembros obtuvieron también el derecho de dejar en herencia su condición sacerdotal.

Frecuentemente estos jefes desempeñaban las funciones religiosas y las laicas. La más importante entre estas últimas colocaba a su titular-"nomarca" le llamarán los griegos- al frente del nomo. Esto supuesto, también los funcionarios, especialmente los más elevados, obtuvieron donaciones de tierras y la posibilidad de transmitir a sus hijos sus cargos y sus bienes.

Mientras que al principio todos se vanagloriaban de ser parientes y amigos del rey, “hombres de la corte", rápidamente estos lazos se fueron aflojando. Por su debilidad complaciente hacia los que le representaban, el poder central había engrandecido y armado contra sí mismo a sus peores enemigos. Se constituyeron o se reforzaron las noblezas locales, usurpando los derechos del soberano sobre tierras de una extensión variable, jerarquizándose al azar según la autoridad que una familia consiguiera adquirir, haciéndose la guerra entre ellos y esclavizando en todas partes a los campesinos. Esto llevó al desmembramiento y a la anarquía: si el feudalismo de nuestra Edad Media tuvo precedentes, uno de los más netos hay que buscarlo en el Egipto de la primera mitad del II milenio antes de Jesucristo.

La restauración insuficiente

Los primeros reyes tebanos del Imperio Medio, al final de la XI y principio de la XII dinastías, acabaron por restablecer la desaparecida unidad y naturalmente, como los del Imperio Nuevo, sacaron sus enseñanzas de la dolorosa experiencia que el país había vivido. El cargo de nomarca perdió parte de su importancia práctica: generalmente

representó sólo un título honorífico. Para los altos empleos el reclutamiento fue más amplio, haciendo llegar a ellos gentes que habían adquirido experiencia en los escalones inferiores.

Sin embargo, el peligro no fue nunca eliminado. Jamás los reyes se decidieron a abandonar por completo los viejos métodos, que les daban facilidades demasiado preciosas para asegurar la suerte material de su parentela y de su círculo de amigos. Habría hecho falta para ello trastornar la estructura y las costumbres de la sociedad egipcia.

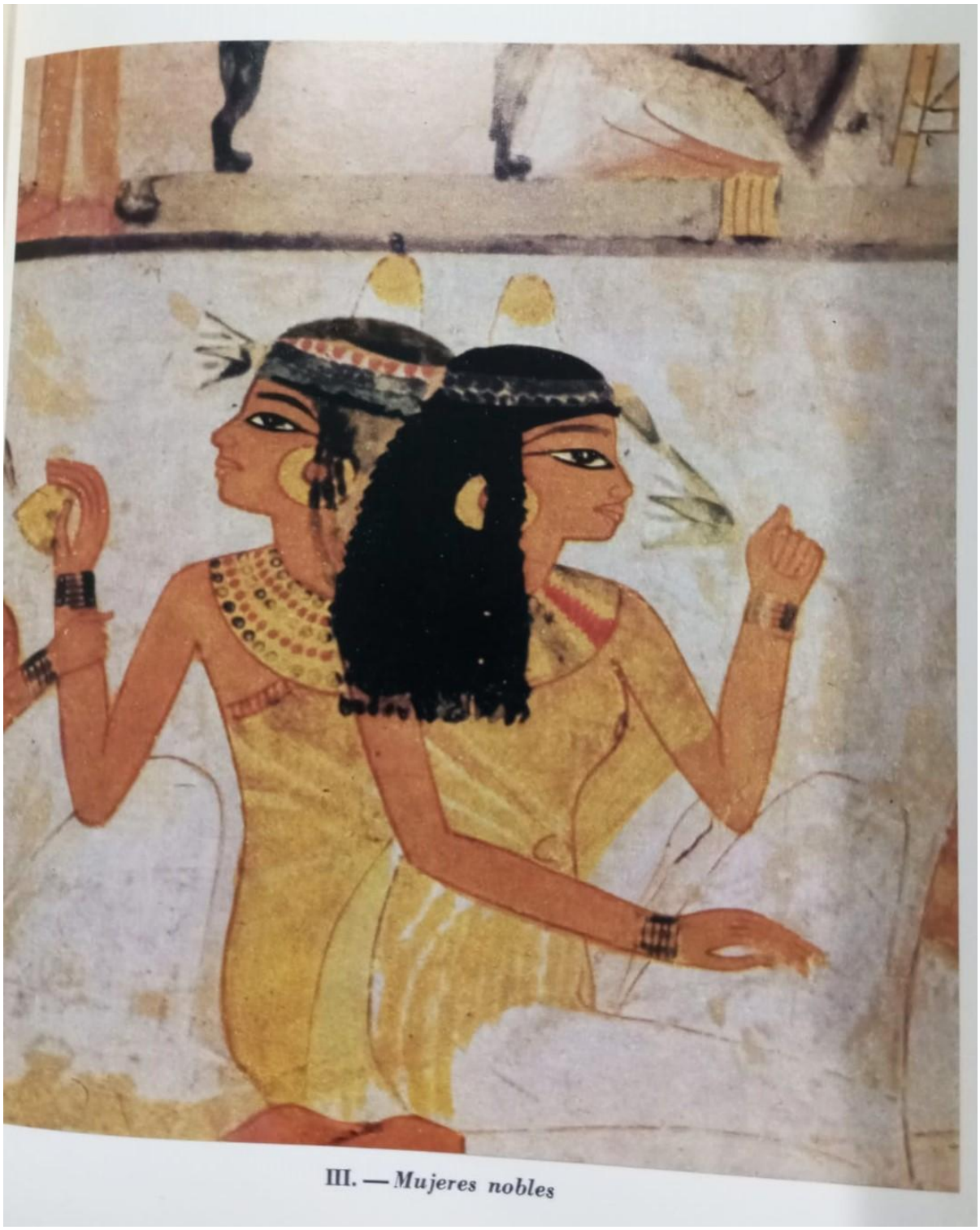
Incluso cuando durante el Imperio Medio el sistema administrativo casi llegaba a la perfección, es seguro que al menos en ciertas regiones los empleos eran enajenables. Aun las "enseñanzas" del rey Merikare, que tienen frecuentemente un tono muy humano, aconsejan el desconfiar de los pobres porque tienen envidia, y en cambio "engrandecer a los grandes", porque siendo ya ricos y no deseando nada, actúan con imparcialidad. De manera casi normal, el sistema de herencia reaparece, constatándose que durante el Imperio Nuevo existe para numerosos funcionarios y sacerdotes. Existe la sospecha de que también se da en el visiriato, pues muchos visires pertenecen a determinadas familias. Volvieron a empezar las donaciones de tierras a los soldados y a los funcionarios en concepto de paga o de recompensa. Se reproduce igualmente la acumulación de funciones de toda clase.

El peligro se manifestó de nuevo, ahora bajo la forma de usurpaciones de generales, explicadas por la importancia que tenían en ese momento las campañas exteriores y el papel del ejército sobre el país. El más brillante de estos soldados afortunados fue, sin duda alguna, Horemheb. Salido de una familia de nomarcas se hizo célebre por sus éxitos guerreros y llegó a rey después de haber llevado títulos como "general de los ejércitos" y "director de los trabajos", cuya posesión hacía que acumulara en su persona todos los poderes militares y civiles. Debiendo la corona a un oráculo de Amón y habiéndose casado con una princesa, se apresuró a fechar con retraso el comienzo de su reinado y lo hizo empezar a la muerte de Amenofis III, prescindiendo de sus cuatro predecesores inmediatos, convictos-como Amenofis IV-Akenaton- o sospechosos de hostilidad contra Amón, dios de Tebas.

Los grandes sacerdotes de Amón

Este detalle es suficiente para hacer presentir la importancia política que entonces había tomado el sacerdocio del dios dinástico. Su gran sacerdote llegaba de hecho a ser, poco a poco, el primer personaje del Estado, inmediatamente después del rey, y a la espera de suplantar a éste.

El rey instituía al gran sacerdote, pero invocando la voluntad del dios, expresada por oráculos que podían disimular intrigas y engaños. Otros oráculos, también sospechosos, servían a continuación



III. — *Mujeres nobles*

para guiar, en nombre del dios, la política del rey. La piedad real multiplicaba las donaciones al dios, es decir, al templo, acrecentando así sin límites la potencia temporal del sacerdocio de Amón y, de hecho, de su jefe. Este era un gran personaje, con una "casa" numerosa; regía a todo el personal religioso del templo y a todos los hombres que trabajaban en sus extensos dominios. Frecuentemente recibió la suprema autoridad sobre las clerecías de todos los templos egipcios y también ejercía otras funciones, laicas, y asimismo, militares, tanto más fácilmente, que nada obligaba a escogerle en el cuerpo sacerdotal. Como es natural, aspiraba a convertir su cargo en hereditario.

La ofensiva de Amenofis IV-Akenaton no estuvo únicamente dirigida contra el dios Amón, sino contra su clero y su gran sacerdote, que ya empezaban a tener a la realeza bajo su tutela. Pero la ofensiva fracasó y el peligro fue cada vez más grave. Bajo los últimos Ramsés (dinastía XX, hacia el fin del segundo milenio), la herencia en el gran sacerdocio es ya una práctica normal.

Con todo, parece que no fue éste el camino que sirvió decisivamente al beneficiario final de esta evolución, Herihor, aunque la verdad es que ignoramos sus lazos familiares. Poco después de su accesión al gran sacerdocio, se le ve virrey de Nubia y visir, al mismo tiempo que "general en jefe para el Sur y para el Norte". Algunos relieves e inscripciones sobre los muros de Karnak permiten seguir las etapas de su camino hacia la corona real, que acabó llevando en sus sienes. Pero en este momento el Delta está en manos de un antiguo visir casado con una mujer de la auténtica familia real, y Herihor, aunque se afirma independiente, permite que se les califique de reyes del Alto Egipto. Poco después y durante algunas generaciones (dinastía XXI), el título de rey no es más que un atributo de los grandes sacerdotes de Amón. Así, incapaz de defender sus prerrogativas contra las usurpaciones de los grandes dignatarios, la realeza cae una vez más en la anarquía.

Ciertamente, existía una evidente diferencia entre el ideal y la realidad. El ejemplo del antiguo Egipto ilustra con una particular nitidez una permanencia inigualada, el peligro que sus propios delegados constituyen para una monarquía, tan absoluta y divina como se quiera imaginar.

CAPÍTULO II

LAS FORMAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

Hay que hacer una salvedad que se reflejará a lo largo de este capítulo: es muy difícil hacerse una idea completa y precisa de la vida económica y social del antiguo Egipto. No faltan las evocaciones pintorescas, ofrecidas por innumerables documentos gráficos y por inscripciones o relatos, pero sí, encontramos a faltar casi siempre las precisiones numéricas. Tenemos que contentarnos con una visión de conjunto muy desigual. Se conoce infinitamente mejor la técnica material de la producción y del comercio que sus resultados y distribución, es decir, su relación con los hechos sociales que, a la vez, las condicionan y sufren su influencia.

El ideal de disciplina

No es necesario insistir demasiado en las consecuencias económicas y sociales que comportaba la concepción ideal de la monarquía egipcia. Lógicamente, el faraón-dios debió ejercer en todos los casos el papel de representante de los grandes dioses, o sea el de propietario directo, amo y señor; dotado de una autoridad absoluta, debió señalar a cada uno su trabajo y su salario.

Hemos visto, sin embargo, que considerando el conjunto de la Antigüedad, estas consecuencias teóricas fueron raramente puestas en práctica. Excepto en los períodos de apogeo de los Imperios Antiguo y Medio, en total unos cuatro o cinco siglos, siempre parece haber existido en Egipto lo que para entendernos calificaríamos de "sector libre". ¿En qué medida se formaba éste: por fraudes y usurpaciones o por una concepción liberal de la vida? ¿Cuál era su extensión? ¿A quién aprovechaba, aparte de a los templos y a los señores locales? Otras tantas preguntas que deben quedar sin respuesta, y además, sin duda, estas respuestas deberían variar con el tiempo.

La ausencia de iniciativa individual, de verdadera libertad económica y social es consubstancial con la lógica de la antigua cultura egipcia, y esta impresión dominante no se puede deshacer ni aún con la oscuridad de la información. Todo el sistema ideal de esta civilización postulaba minuciosas obligaciones; no obedecerlas equivalía a impedir el logro de su plenitud en sus aspectos más brillantes. Solamente el Imperio Nuevo parece haber llegado a ello sin perjudicar la grandeza de la

9.—Los colosos de Memnón.

10.—El templo de Hatshepsut, en Deir el-Bahari.

civilización nacional, al menos en los mejores momentos de las dinastías XVIII y XIX. Pero éstas, al mismo tiempo que Egipto, explotaban extensas posesiones exteriores, cuyas rentas modificaban los antecedentes del problema.

1. LA VIDA ECONÓMICA

Los recursos naturales y su valorización

La agricultura era el grande, inagotable y milagroso recurso del país; cada año, en mitad del verano y saludada por escenas de alegría y gratitud, la crecida del Nilo aportaba a la tierra resquebrajada por el calor el agua vivificante y el limo regenerador. En otoño el nivel del río empezaba a bajar, sin llegar a secarse jamás. En seguida se preparaba la tierra y se sembraba, sin dejarse nunca en barbecho que habría reducido la superficie cultivable. La tierra favorecida por la inundación podía prescindir de una labor profunda; a veces era suficiente enterrar la simiente con un arado rudimentario o incluso haciendo pisotear la tierra por los animales.

Los viajeros griegos se quedaron admirados ante la facilidad del trabajo y la abundancia de los frutos: la tierra de su patria, comparada con ésta, les parecía una avara madrastra. Es conveniente no tomar al pie de la letra, ni sus afirmaciones ni sus cifras. El campesino, allí como en todas partes, trabajaba duramente, excepto las pocas semanas en que el agua, recubriendo el país, transformaba cada aldea en un islote. Cuando el río bajaba de nivel, la irrigación bienhechora debía ser constantemente vigilada, ayudada, conducida e incluso realizada por la propia mano del hombre. Para disciplinarla, así como para drenar los pantanos, hacía falta construir diques, excavar canales y reparar sin cesar unos y otros. Durante el período de vegetación era necesario proporcionar agua a los regueros, al menos en los huertos, recogiéndola en brazos muertos de la corriente, en pozos o en el propio río: los brazos humanos cumplían esta dura necesidad manejando la percha del balancín, o directamente con un pesado recipiente. Después se efectuaba la recolección, que exigía una mano de obra numerosa, repartida en equipos de trabajadores que, con frecuencia, descendiendo por el valle hacia el Norte, seguían el ritmo de la maduración.

La verdad es que esos esfuerzos quedaban bien compensados. Por poco que la crecida hubiese alcanzado un nivel medio - 13 metros en el Valle, 7 en el Delta -, el beneficio era de una prodigiosa generosidad. ¿Cómo no ver en ello un efecto del favor de los dioses? Quedaría por saber quién se aprovechaba prácticamente de este maná milagroso.

La parte esencial de la producción agrícola eran los cereales, principalmente el trigo y la

cebada. Pero a los campos propiamente dichos se juntaban los huertos, con sus legumbres y sus árboles frutales, en especial la viña en forma de parras. A ello hay que añadir la cría del ganado. No la del caballo, que los invasores hicksos hicieron conocer tardíamente durante la segunda mitad del II milenio y que fue siempre un animal de lujo reservado a los ricos. En cambio sí la del buey, la del asno y, sobre todo, la del cerdo, del cordero y de la cabra, así como los volátiles, ocas y patos, a falta de gallinas, entonces desconocidas.

Acerca de todos los momentos, episodios y gestos de esta actividad agrícola, los relieves funerarios informan con una minucia y una fuerza de imaginación que permitirían prolongar casi indefinidamente estas enumeraciones y llevar este esquema hasta los más extremos detalles. Lo mismo se puede decir de la caza y de la pesca, que practicadas con los métodos, los utensilios y los objetos más variados - incluido el bumerang, no eran ocasiones únicamente de recreo y de deporte. A pesar de los interdictos lanzados aquí y allá acerca del sacrificio de tal o cual animal, la caza y la pesca contribuían a aumentar los recursos alimenticios.

Si la tierra de Egipto podía de esta manera alimentar y, con su clima particularmente favorable, vestir a millones de hombres, también les ofrecía la mayor parte de los productos materiales indispensables a una gran civilización. Faltaban dos, cuya importancia no se puede negar. Primero el hierro, durante mucho tiempo proporcionado únicamente por los aerolitos y por lo tanto muy raro, hasta el punto de ser utilizado como metal de lujo en orfebrería. Su uso sólo empezó a extenderse un poco antes del comienzo del I milenio, gracias a la importación. Otra materia escasa era la madera de calidad, para carpintería. Egipto no estaba despoblado de árboles, pero eran de calidad inferior: palmeras, tamarindos y otras maderas nudosas, siendo los bosques inexistentes. Se importaban de Nubia las maderas tropicales, y de Siria, por Fenicia, los pinos y los cedros; de estos envíos dependían en especial las construcciones de navíos.

Todos los otros materiales eran sumamente abundantes. El barro mezclado con paja o con cañas y secado al sol no era el único material usado por los arquitectos, sino que los acantilados de los desiertos próximos eran inagotables canteras de piedras variadas y magníficas. El oro se explotaba en el desierto arábigo y Nubia, y casi competía con la plata. El cobre llegaba del Sinaí.
También en el desierto y en los anexos de Nubia y el Sinaí se encontraban las pedrerías más variadas: esmeraldas, turquesas, lapislázulis, topacios, etc.

Como las cosechas, estas primeras materias no se arrancaban del suelo más que al precio de rudos esfuerzos. Los textos nos dan el relato de expediciones al desierto, de trabajos de excavación

de pozos o de extracción de enormes bloques y de descubrimientos milagrosos en lugares inhóspitos. En general, son menos idílicos que las escenas que representan la actividad del campesino, del cazador o del vendimiador. Pero incluso aquellas rudas hazañas están idealizadas. Es evidente que la suerte del cantero y del minero -ordinariamente prisioneros de guerra, reducidos a esclavitud- sometidos a los horrores de la sed bajo un sol ardiente, rodeados de soldados que protegían las riquezas extraídas y los víveres del pillaje de los nómadas, era mucho peor que la de los fellah. En realidad, para que Egipto pudiera vivir y su civilización desarrollarse, todas las clases trabajadoras del país tenían que someterse a una disciplina indiferente al dolor y aún a las vidas individuales.

La transformación y el comercio.

No faltaban obreros especialmente hábiles para trabajar la transformación estas materias primas, maestros en su técnica y su arte, pues queda bien entendido que no se distinguía el artista del artesano. Existían gran número de talleres por todo el país. Para nosotros es importante el conocimiento de los que sostenían los templos y el palacio, con el fin de rodear de objetos de lujo a los dioses, al rey-dios y a su corte. La gran masa de la población se contentaba con cerámicas rústicas; el clima suave reducía al mínimo sus necesidades textiles, cubiertas con la fabricación casera; los funerales eran su única ocasión de recurrir al trabajo retribuido de especialistas. En cambio, tejedores, ebanistas, orfebres, lapidarios y escultores producían admirables obras de arte para las clases altas de la sociedad. La mayor parte de esta producción, iba a amontonarse en los tesoros de los templos o a enterrarse en el secreto de las tumbas, en espera de las fechorías de los ladrones, incorregibles por poco que la autoridad se relajara, o de la curiosidad de los arqueólogos proveedores de nuestros museos.

El comercio interior hubiera podido ser muy activo. Los recursos del Delta y del Valle se complementaban y los ríos y canales permitían una satisfactoria solución del problema de los transportes. Pero el ideal del país no estaba hecho para estimular los cambios, al menos los privados. La obligada aplicación de este principio dio lugar al monopolio integral en beneficio del Estado: absorbida por la inmensa máquina estatal, la población debió recibir de los almacenes oficiales, a título de salario -de renta vitalicia, más bien-, todo lo que le era necesario. Al menos esto era lo que ocurría en ciertas clases sociales, de las que desgraciadamente nos es imposible evaluar la proporción efectiva sobre el conjunto de la población: los obreros y campesinos agregados a los talleres y a las posesiones de los templos y del Estado; los soldados, los funcionarios y los sacerdotes, para los cuales estas atribuciones completaban el producto del lote de tierra que les había sido asignado. De esta manera se constata sin sorpresa que únicamente el pequeño comercio, y aún sólo el más ínfimo comercio al por menor aparece en las fuentes, bajo un aspecto a veces muy pintoresco.

Asimismo hay que tener en cuenta que nuestra documentación concierne casi exclusivamente al Alto Egipto, mejor vigilado y controlado por su peculiar geografía. Según parece, el Delta siempre tuvo una vida urbana más intensa que el Valle, pues escapaba más fácilmente a la centralización que se pretendía aplicar en vano en esa red tupida de brazos fluviales y pantanos: las comunidades humanas, más aisladas, tomaban pronta conciencia de sus intereses y de su fuerza real. En todo caso el Delta se abría ventajosamente a las relaciones exteriores y, por éstas, a la imitación de los métodos aplicados en otras civilizaciones del Próximo Oriente, pues no es mero azar que el rey Bocchoris, del que Diodoro Sículo nos señala la legislación sobre los contratos, fuese un rey de Sais en el Delta. Pero este indicio, que otros confirman -presencia de comerciantes extranjeros, circulación de moneda extranjera, etc. - , no es como todos ellos, anterior al final del siglo VIII a. de J. C.

La moneda, indispensable para la actividad comercial, fue desconocida en Egipto hasta una época muy tardía; de hecho, fueron Alejandro y sus sucesores, los Ptolomeos, los que generalizaron su empleo. Incluso la circulación del oro, de la plata y del cobre en forma de lingotes, no apareció hasta muy tarde, hacia el fin del I milenio, cuando se multiplicaron los robos de los tesoros y de las tumbas. Anteriormente, bajo el Imperio Antiguo y más tarde aún, se practicaban evaluaciones con la ayuda de una unidad de valor ideal, que a partir de la dinastía XIX, es un peso de metal. Después, se procedía al cambio de bienes o mercancías de igual valor, viéndose obligados a veces a transacciones muy heterogéneas. Es evidente que tales métodos paralizaban las transacciones: aquéllos se habrían mejorado si verdaderamente se hubiese querido multiplicarlas.

El comercio exterior.

El comercio exterior era en extremo escaso, al menos en comparación con la abundancia y la calidad de la producción egipcia. En este aspecto la penuria de información no crea una impresión engañadora. Ateniéndonos a ella, vemos que casi todo el comercio de este tipo correspondía al rey. Únicamente él disponía de los excesos exportables de la producción agrícola y artesana y, sólo él, podía apreciar la urgencia de las necesidades en productos de importación, porque los templos y el palacio, sus únicos consumidores, dependían de él. En último término era el rey, quien poseía los medios materiales para este comercio: embarcaciones construidas con madera extranjera para navegar sobre el "Gran Verde", así como las escoltas militares que protegían sus caravanas en las pistas del desierto. Con frecuencia, las relaciones económicas con el exterior, al menos durante el período faraónico, tomaron el aspecto de expediciones o de empresas estatales.

En general, el comercio exterior estaba orientado a procurarse madera en los puertos fenicios. El principal era Byblos, cuyas relaciones con Egipto, que remontaban a los principios de la historia,

con frecuencia ofrecieron el aspecto de las que se mantienen con un principado vasallo, aun cuando su independencia era efectiva. En los relatos egipcios, el cambio de mercancías se presentaba como pago de un tributo, seguido de regalos a los presuntos sometidos. En aquel puerto, se compraban vigas para la construcción e incluso se hacían construir embarcaciones, lo cual simplificaba el transporte. A cambio, el faraón entregaba objetos de arte, metales preciosos y productos muy variados. Un cuento de principios del siglo XI antes de Jesucristo, nos relata imaginariamente un contrato, arreglado por un enviado de Herihor, gran sacerdote de Amón y pronto rey, para el intercambio de piezas de madera destinadas al santuario de Karnak, por objetos de orfebrería, piezas de tejido de lino, 500 rollos de papiro, 500 pieles de buey, 525 sacos de lentejas, 30 medidas de pescado seco, etcétera.

Arabia era otra región de intercambio. Las embarcaciones llegaban al mar Rojo, por el brazo oriental del Delta y por un canal que permitía llegar al lago Amer y por ellos al golfo de Suez. Cada vez que la monarquía era fuerte, emprendía la restauración de este canal, siempre amenazado de quedar cegado por las arenas. Alguna vez, una expedición salida de Tebas atravesaba el desierto y alcanzaba la flota en la costa. Venía a continuación la búsqueda, en Arabia - legendario país del Punt -, llegando quizá hasta el golfo Pérsico y las bocas del Indus, de los maravillosos productos del Lejano Oriente, las piedras preciosas, las esencias y los perfumes. A veces incluso, se intentaban llevar los árboles de incienso vivos, con sus raíces y su tierra. Esto se consiguió, hacia la mitad del II milenio, por iniciativa de la reina Hatschepsut; las plantas fueron aclimatadas y se plantaron en las terrazas del templo de Deir-el-Bahari, celebrándose el éxito con las oportunas inscripciones y bajorrelieves en los muros del santuario. Se hicieron muchas otras expediciones, menos célebres o menos afortunadas, hacia los mismos lugares o hacia el Sur, más allá de la Nubia.

Pero el mismo énfasis con que se celebraba la partida y el regreso, la gloria que el soberano consideraba que ganaba su reinado, son suficientes para decirnos que todo ello no correspondía al servicio de un comercio regular y organizado.

En realidad, el verdadero comercio no apareció hasta más tarde, y fue más obra de extranjeros, que de los propios egipcios. Extranjeros llegaron siempre al país, al menos hasta el Delta, pues el "Gran Verde" era surcado por muchas otras embarcaciones que no eran las del faraón. Se han encontrado objetos cretenses en Egipto y otros de origen egipcio en Creta. Los relieves, las pinturas y los textos representan a los extranjeros, egeos y asiáticos, llevando a Egipto los productos de sus países. Pero la fraseología oficial hacía de ellos gente sometida rindiendo homenaje a su amo o señor

feudal. Por otro lado, la *Odisea* nos evoca las piraterías de los aventureros griegos, que sin duda se combinaban con un tráfico pacífico, compartido con un grupo de comerciantes fenicios instalados en el país de manera permanente.

Estas relaciones fueron episódicas hasta el siglo VIII, en que los reyes saítas, teniendo necesidad de mercenarios griegos, permitieron a los compatriotas de éstos el comercio con esta tierra famosa que inspiraba tantas codicias. Después de tanteos iniciales, que provocaron una reacción, no se les dejó circular libremente por el país, ni en la totalidad del Delta; únicamente se les concedió una factoría, Náucratis, donde se establecieron y por donde introdujeron en el país su vino, su aceite, su cerámica y sus productos metalúrgicos, a cambio, principalmente, de trigo, cuya falta se hacía sentir de forma tan cruel en sus ciudades de origen. Comparada con esta actitud, la de los reyes persas fue mucho más tolerante. Así pues, Egipto empezaba a entreabrirse al comercio general, cuando Alejandro dio fin definitivo a su aislamiento fundando en sus "cercanías" el puerto de Alejandría.

El aislamiento económico del Antiguo Egipto y sus consecuencias

De todo lo dicho se deduce en forma patente que el país estuvo lejos de realizar todas sus posibilidades económicas. Egipto sufrió en sus hombres laboriosos y pasivos los excesos de las exacciones que se operaban sobre su producción en beneficio de los dioses, rey-dios y muertos divinizados.

Su desarrollo económico normal estuvo frenado por la esterilización de sus metales preciosos depositados en los tesoros de sus templos y en las tumbas. Sufrió, también, las consecuencias de su replegamiento sobre sí mismo, en parte voluntario y en parte accidental.

El valle del Nilo podía producir y producía mucho, y aún lo habría hecho más mejorando algunas de sus técnicas por el contacto con las invenciones y los métodos de otros pueblos. En líneas generales y en el terreno de lo hipotético, creemos que hubiese podido compensar el déficit de cereales del Egeo y éste hubiese podido proporcionarle primeras materias útiles para su instrumental, casi siempre deficiente por el uso sistemático de materias deleznables. Dichos cambios habrían favorecido a una y otra parte, pero no se produjeron con una amplitud suficiente y ello fue perjudicial para todos.

Otra interpretación podría darse: quizá Egipto llegó demasiado pronto a edificar una gran civilización, en momentos en que sus eventuales colaboradores en la corriente de los recíprocos cambios, estaban todavía muy atrasados. La naturaleza había sido generosa en exceso con la tierra de Egipto, aunque además hay que tener en cuenta que las condiciones geográficas no se prestaban al establecimiento de relaciones fáciles y por consiguiente regulares.

El país tuvo tendencia a vivir sobre sí mismo y para sí mismo, obediente a un ideal de

autarquía instintivo en los pueblos y en los individuos, pero del que los pueblos saben deshacerse cuando no peligra su seguridad. Por eso, fue por completo indiferente al extranjero, al que sólo de manera excepcional pidió un complemento a sus propios recursos. Limitose a buscar fuera de sus fronteras lo superfluo, y el esfuerzo realizado para procurárselo le rodeó de un carácter sensacional, raro y lujoso. En la medida que de sus reyes dependió, el país hizo una vida como un compartimiento cerrado, no buscando el asegurarse de una manera continua la posesión de los bosques libaneses, limitando con la Nubia y el Sinaí el horizonte de sus miradas imperialistas.

¿Permite, todo ello, penetrar en la recóndita psicología del pueblo? Al menos podemos preguntarnos si este estado de cosas no explica en gran parte los sentimientos que los griegos atribuyeron a los egipcios y que muchos hechos reveladores confirman durante toda la Antigüedad: su feroz apego a las tradiciones nacionales, el orgullo innato que les inspiraban la antigüedad y la excelencia de su civilización, el sentimiento de su superioridad moral y religiosa sobre los otros pueblos, su resistencia a la asimilación, su desprecio para lo extranjero e incluso su xenofobia. En estos aspectos, sin fantasía excesiva, se puede fácilmente reconocer que hubo acción y reacción recíprocas de hechos y de sentimientos.

2. LA SOCIEDAD

Instituciones sociales: la esclavitud

La carencia de documentación jurídica explica nuestra pavorosa ignorancia, que no conviene disimular, acerca de las instituciones sociales del antiguo Egipto.

Se practicaba la esclavitud y los que a ella estaban sometidos, según parece, fueron esencialmente extranjeros: prisioneros de guerra, seres humanos capturados en actos de piratería o de pillaje, entregados por las autoridades de sus países en concepto de tributo e incluso comprados en el exterior. A estos nubios, libios y asiáticos, se les daba, por lo general, un nuevo nombre egipcio, lo cual hace a veces dudosa su nacionalidad de origen, aunque no existe ningún caso seguro de esclavo egipcio. Por otra parte, ignoramos lo que ocurría con los niños nacidos en Egipto de mujeres extranjeras reducidas a esclavitud.

Según estas condiciones, el número de esclavos ha debido variar en relación con la intensidad y la naturaleza de las relaciones de Egipto con el exterior. De todas formas, en relación con la población total, no debió ser nunca muy elevado. Poseer esclavos era signo de lujo que no se observaba nunca, en la práctica, en las clases sociales bajas; entre éstas el poseerlos era, además, sospechoso, como revelan las encuestas efectuadas acerca del pillaje de tumbas.

Por razón de su origen la mayor parte de los esclavos habían tenido al propio faraón como primer amo. Una gran parte los guardaba para sí, utilizándolos como criados en su palacio y en especial como trabajadores en las propiedades estatales. La parte esencial de la mano de obra sometida al duro trabajo de las minas y de las canteras, estaba formada por esclavos. Entre los mejores se reclutaban soldados mercenarios y, algunos, empleados primero como intérpretes, podían hacer su carrera en la administración: sin duda el caso del José bíblico no tiene nada de irreal.

El rey los regalaba a sus favoritos, y sobre todo a sus guerreros, en concepto de botín de guerra, dispersándose por este camino en diferentes estratos de la sociedad egipcia. En el seno de ésta se convertían en objetos de comercio, con las correspondientes ventas, arrendamientos y préstamos. Se conocen casos de fuga y de persecución por los soldados, en los que seguramente se trata de esclavos reales, pues los propietarios particulares, ante su pérdida o su robo, tenían que recurrir a los tribunales, como si se tratara de otros bienes. Aunque raros, se conocen también casos de manumisión, pero desconocemos si su móvil era la benevolencia. Imposible decir más, sino tan sólo expresar la certeza de que incluso forzado al trabajo, perseguido y maltratado, la suerte del esclavo, en la práctica, no difería mucho de la del fellah. En general los esclavos no formaban un grupo distinto y caracterizado por su lengua, su religión y sus costumbres, ni por su tipo físico, y se fundían con bastante rapidez en la masa de la población.

La familia: la mujer

La familia constituye otra zona llena de oscuridad en la vida egipcia. En la poesía el hombre llama "mi hermana" a su amada, que a su vez le llama "mi hermano", y en uso corriente el mismo trato se daba entre marido y mujer. ¿Hay que pensar por ello que el matrimonio consanguíneo era la norma? Mientras unos lo niegan, otros lo aceptan. Estos últimos hacen valer el ejemplo prestigioso que ofrece la mitología egipcia con Isis y Osiris, y que, al menos bajo ciertas dinastías, los reyes se casaban, efectivamente, con sus hermanas. Los otros responden que el interés en mantener la pureza de la sangre en una familia divina, acaso justificaba una costumbre muy especial y que todos los vocabularios recurren a metáforas. La polémica acerca de este tema todavía no está terminada.

Por otra parte, la familia egipcia lleva la señal de los antiguos usos, que daban a la mujer un papel preponderante. Por ejemplo, se invocaba por igual la filiación materna que la paterna. En caso de muerte del marido, cuando no existía un hijo adulto, la mujer se convertía en jefe de la familia, aún para sus relaciones con el Estado. De manera oficial, transcurrido algún tiempo de matrimonio y en especial después de tener un hijo, se le llamaba “dueña de la casa" y, según parece, la expresión tenía pleno sentido jurídico, aunque la casa perteneciese al marido. Pero todos estos datos no se

precisan ni se interpretan con certeza, pues no faltan indicaciones en sentido contrario.

Se sabe que existía a veces un contrato matrimonial que precisaba las aportaciones respectivas de los esposos, de las que cada uno continuaba propietario. La poligamia estaba autorizada para el marido y en general practicada por las clases ricas, que podían sostener sus gastos: Ramsés II tenía más de 160 hijos. En estos casos se atribuía un rango honorífico a una de las esposas, pero no se sabe exactamente a cuál. Además de estas esposas legítimas, el hombre podía tener en su hogar las concubinas que su fortuna le permitiese sostener. Por el contrario, a la mujer se le imponía una monoandria estricta, y el adulterio, y a veces tan sólo su sospecha, era castigado con la muerte, sin que sepamos si los tribunales regulares intervenían en estos asuntos.

Por otra parte, en la literatura imaginativa abundan los relatos en que la mujer tiene un papel poco edificante, pero no sabemos si se trata de cuentos picarescos convencionales o si, como en ciertas sociedades musulmanas modernas, son una revancha de la realidad sobre una legislación demasiado dura y desigual. También en estos aspectos debemos confesar una vez más nuestra ignorancia. Frente al cuadro que nos presentan las historietas citadas, se pueden colocar las numerosas estatuas de parejas, sentadas o de pie, con las manos enlazadas o con la de la mujer puesta en la espalda del marido, inseparables hasta en la muerte. Pero debemos preguntarnos si el arte, sobre todo el funerario, no tiene también sus convenciones como la literatura.

Sin llegar a una generalización, es conveniente señalar el papel político que en ciertas ocasiones tuvieron algunas mujeres de la familia real, entre las que la reina Hatschepsut, hacia la mitad del II milenio, es la más célebre. Incluso en el siglo VII a. de J. C., algunas "adoratrices de Amón" sucedieron, tanto por el poder espiritual como por el temporal, a los grandes sacerdotes de Amón, a cuyo lado las grandes sacerdotisas habían tenido un lugar muy oscuro durante mucho tiempo. En general, la civilización egipcia no consideró, por principio, a la mujer como un ser inferior, y quizá la mediocridad relativa de sus inquietudes militares nos da la explicación de esta originalidad.

Los niños y el problema demográfico

Nada sabemos de las normas legales relacionadas con la infancia, pero conocemos algo las costumbres. Para el egipcio era necesario un hijo que le asegurase, después de su muerte, la inhumación según los ritos y el culto funerario, y de esta manera la familia debía perpetuarse de generación en generación. Era, pues, inevitable que, llegado a la mayoría de edad, este hijo ocupase el lugar de jefe de la familia con respecto a la madre viuda y a los hermanos. No debe creerse que satisfecha esta necesidad de tener un hijo varón, el egipcio no quisiese tener más hijos, sino todo lo contrario. Los griegos casi vieron

con estupefacción, que en Egipto se acostumbraba a "criar" a todos los niños, a diferencia de Grecia, donde se practicaba la "exposición", es decir, el abandono de muchos recién nacidos entre los desechos de la vida material.

De hecho el amor a los niños como tales constituye uno de los rasgos más encantadores de la cultura egipcia, rasgo que es muy raro en las otras civilizaciones de la antigüedad. ¿Muñeco o pequeño animal doméstico desbordante de fresca vida instintiva? ¿O bien, promesa del individuo que tenía que ser y que había que ayudar a desarrollar? Seguramente lo primero más bien que lo segundo, pues la individualidad no tenía ningún valor. Sin embargo, no hay que pararse en estos matices; para nosotros es suficiente que el niño, con su animación, sus juegos y el afecto que recibe y que ofrece, haya sido un tema frecuente en el arte egipcio. Los textos tampoco dejan de evocar las alegrías de la niñez y, a veces, con acentos emocionados, por ver en ellas una compensación de las penas de los padres.

La fecundidad del país permitía ignorar las prácticas inhumanas, que imponía en otras partes una naturaleza menos generosa, aunque también hay que tener en cuenta que, a pesar de la abundancia y de la afición al agua, que facilitaba la higiene, la mortalidad debía llegar a cifras elevadas. A pesar de ello la demografía planteaba, a veces con gravedad, algunos problemas económicos: por muy productora que fuera la tierra del Nilo, no podía acomodarse a una multiplicación humana indefinida. Para solucionarlo, cuando el poder real era fuerte y consciente de su deber, después de acabar con la anarquía, empezaba en seguida los trabajos de drenar e irrigar, con el fin de conquistar tierras cultivables a los pantanos o a las arenas. De uno a otro extremo de la Antigüedad, cada período de grandeza de Egipto se tradujo por la extensión de los campos cultivados en el Fayum, a expensas del lago Moeris, vasta depresión natural que al sudoeste del Delta sirve de desagüe durante las crecidas del río. Los períodos de decadencia se señalan en dicha región por la invasión de las arenas o de las plantas acuáticas. La curva de nivel del lago y los mapas de sus orillas, si se pudieran establecer, nos atestiguarían gráficamente la evolución-paralela porque se trata de aspectos simultáneos de un conjunto coherente-del orden, de la prosperidad y de la población del reino.

La inevitable tendencia a las castas hereditarias

Ya que el interés general tenía por corolario el ideal todopoderoso de la administración, era inevitable que ésta, con el fin de simplificar su trabajo, tendiera a constituir una sociedad jerarquizada en castas hereditarias y formadas por grupos cuyo cuadro natural lo proporcionaba la familia.

Si se llegaba a ello, el problema, prácticamente insoluble porque estaba incesantemente renovado, de la utilización de las aptitudes individuales recibía en la mayor parte de los casos una

solución casi automática. A cada generación el relevo de las profesiones y de los oficios se operaba por sí mismo, siendo sólo necesario encontrar profesiones para los hijos segundones.

Sin llegar jamás a una esclerosis integral, la tendencia así definida respondía demasiado a la lógica interna del sistema para permanecer sin consecuencias prácticas. De hecho, a través de toda la historia del antiguo Egipto, se perciben algunos tipos sociales casi inmutables y dominados por la herencia. Instintivamente el padre modelaba al hijo según su imagen, lo iniciaba en sus técnicas, asociándolo a su trabajo e inscribiéndole en las oficinas reales con la profesión determinada que él fácilmente le transmitía como si se tratara de un bien familiar. Por poco que esta profesión presentara alguna ventaja, le estaba permitido, con el consentimiento de la administración, alquilarla o venderla, aunque no es necesario decir que esto sólo se hacía a falta de hijo o pariente próximo apto para suceder. Queda así justificada la estabilidad de la sociedad egipcia en todas las épocas. En medio de una documentación casi siempre silenciosa, puesto que sobreentendía la heredabilidad, las inscripciones funerarias que señalan con orgullo la ascensión social del difunto, no pueden ilusionarnos demasiado.

De algunos de estos tipos sociales no hacemos otra cosa que sospechar la existencia. En este aspecto, la más absoluta oscuridad rodea a los comerciantes y de manera más general a los habitantes de las ciudades. Entre estas últimas, las numerosas ciudades del Delta, animadas por el comercio marítimo, escapan materialmente a la investigación enterradas en el barro de los aluviones milenarios. Fuera de nuestro alcance están también sus necrópolis, que quizá nos ofrecerían esculturas, pinturas e inscripciones reveladoras. Es sorprendente y constante el hecho de que la literatura egipcia no se interesó por los habitantes de las ciudades, lo que sin duda se debe a que estaba destinada a los poderosos que, en general, vivían en sus dominios rústicos y que sólo ignorancia y desprecio debían sentir hacia los miembros de las comunidades urbanas, a las puertas de las cuales desaparecía su influencia social.

Los tipos sociales: el fellah.

Existían, pues, algunos tipos clásicos, quizá algo convencionales, pero que ya fueron bien captados por los artistas y escritores egipcios.

El que merece la primera atención, por su permanencia y por su generalidad, es el fellah, el tipo egipcio por excelencia, porque representa para cada generación a la inmensa mayoría de los habitantes del país. Empleado, según las ocasiones, como mano de obra para todo género de trabajos hay que considerarlo fundamentalmente como campesino. Toda la vida de Egipto y el esplendor de su civilización descansan en el trabajo que el fellah va llevando a cabo con el ritmo de las estaciones, siguiendo la crecida o el estiaje del río, arrancando a la tierra negra sus espléndidas cosechas.

Para evocar la condición del fellah, es fácil trazar dos cuadros que contrastan fuertemente, pero que están ampliamente documentados por datos contemporáneos.

El campesino fue siervo en el Imperio Antiguo y en la práctica continuó siéndolo, pues aunque aparece en seguida como jurídicamente libre, era la mano de obra indispensable y sin él la tierra perdía todo su valor. Por ello, estaba atado a los "campos del faraón" o a los de los templos -que en ciertos momentos eran Egipto entero-, o se daba y vendía su trabajo con la propiedad que no podía abandonar. En esa tierra posee, desde que ha tomado mujer, su casa edificada con sus propias manos, con algunas vigas y tierra amasada; posee también su huerto y algunas aves de corral. Pero el retazo de tierra que representan esa casa, ese pequeño patio y ese huertecito constituían una hábil concesión encaminada a retenerle mejor en el latifundio, donde trabajaba bajo las órdenes del intendente. En ciertos momentos, el rey estimó más ventajoso transformarles en pequeños propietarios, para que pudieran trabajar a su guisa un campo igual al de su vecino; pero con este sistema se hacía necesario concederles algún capital inicial en herramientas y simientes. Su suerte material varió poco, tanto si el trabajo era dirigido o libre. En este último caso continuaba pesando sobre el fellah la prestación personal para el cuidado de los diques y canales, y siempre quedó subsistente el derecho de requisición a favor de la administración militar o civil. Las imposiciones de tipo contributivo fueron siempre una grave carga. Los textos insisten con predilección en presentar los excesos de poder de los funcionarios. El más célebre de ellos es la Sátira de los oficios, que sitúa su narración en el Imperio Medio. Detalla con explicaciones pintorescas, después de los daños causados a la cosecha por las plagas de insectos, las ratas, los pájaros, los animales salvajes y los ladrones, los bastonazos y las violencias de los acólitos del cobrador de impuesto: "Entonces le arrastran por el suelo y le pegan, le atan fuertemente y le echan a una zanja, donde se hunde en el agua y chapotea con la cabeza hacia abajo; atan a su mujer en su presencia; sus hijos son encadenados; sus vecinos le abandonan..."

Frente a este cuadro lastimoso, se pueden citar las amonestaciones frecuentes del rey a sus agentes, las severas encuestas que ordena, las penas con que castiga los abusos y la justicia reparadora que él mismo administra. A partir del final del III milenio, estas intervenciones se citan de una manera convencional, lo cual es suficiente para hacer sospechosa su eficacia. Buscando una visión de líneas más optimistas, tenemos que recurrir a las escenas representadas en las paredes de las tumbas. Éstas describen con gracia las alegrías y trabajos de la vida rural, haciéndonos sensible el frescor de la sombra y del agua pura, y expresando el ardor de los grupos, que al son de las flautas

siegan los cereales o recogen las uvas. Al lado de los personajes, las inscripciones repiten sus palabras, con frecuencia alegres, nunca amargas. Los segadores cantan: "lo que nosotros amamos es nuestro trabajo", saltando las bromas de labios de un trabajador a otro. Después, cumplida la tarea, llega el reposo, amenizado por buenos vasos de cerveza y los juegos de los niños. Cada uno parece satisfecho de su suerte, feliz de distinguirse por su habilidad y su fidelidad al dueño que dirige una actividad necesaria para el bienestar de todos.

Entre estas dos evocaciones, la primera nos parecería más verosímil. Las tumbas adornadas con las escenas idílicas que se han indicado son las de los poderosos, ciegos voluntarios a las penas de sus servidores, y éstas bucólicas representaciones tienen por cuadro ideal los campos del más allá. Se llega incluso a poner en boca de los que transportan a sus amos, cantos que afirman: "La litera nos gusta más llena que vacía." Por su parte la Sátira de los Oficios exagera en el sentido opuesto; tantas miserias habrían provocado sublevaciones y éstas fueron siempre esporádicas y las fugas muy raras. El fellah no hubiera podido sentirse en verdad desgraciado, más que comparando su suerte con la de otros campesinos, cuya existencia, en realidad, desconocía. El orden del que soportaba todo el peso material, había sido establecido por los dioses y por ello debía parecerle intangible. Alguna vez se atrevía a pedir justicia, sin confiar mucho en obtenerla, pero convencido en su fuero interno de que el que se la rehusaba encontraría su castigo en la vida de ultratumba. Todo lo dicho le inclinaba a la pasividad, quedándole sólo el recoger las sencillas alegrías de que nadie podía despojarle: las que procuraba una naturaleza pródiga, la afección de la familia y la camaradería de los iguales. Hecho este recuento, los dos cuadros de que antes hemos hablado, uno oscuro y el otro claro, vemos que más bien no están en oposición sino que se complementan. Esta yuxtaposición define y contribuye a hacer comprender uno de los rasgos más originales y más emocionantes del Antiguo Egipto: nunca en otras partes los poderosos de este mundo dispondrán de un material humano tan trabajador, dócil y acomodaticio por la humildad de su resignación cotidiana, como el que tuvieron a su disposición los faraones en las feraces riberas del Nilo. Nada es más extraño al mundo egipcio que el ideal del hombre libre, del individuo esforzándose y recibiendo la ayuda de la colectividad para no ser uno más entre la muchedumbre.

El obrero

Otros tipos sociales se definen con menos nitidez pero todavía con claridad suficiente. La Sátira de los Oficios y otros textos reúnen a obreros y campesinos en la misma miseria. Sus enumeraciones lastimeras, no descuidan ningún pequeño oficio ni profesión manual: el barbero en busca de clientes por las callejuelas; el herrero siempre "con el rostro achicharrado" que apesta "más que los restos de pescado"; el ebanista que tiene “la made-

11.—El templo de Amenofis III, en Luxor.

ra por tierra" y "el escoplo por azadilla"; el cantero, el barquero, el tejedor, el zapatero, etc., todos agotados por el trabajo de sus brazos, famélicos y casi reducidos a la mendicidad.

En realidad, entre los artesanos se pueden establecer categorías, cosa que no es posible con los fellahs. Los que ejercían los oficios en la plaza pública se confundían con el bajo pueblo y su condición se acercaba a la de los trabajadores forzados, cuyo esfuerzo físico era duramente explotado. Sin duda la condición de la masa de obreros afectos a los almacenes y a los talleres de los templos o del rey, debió ser un poco mejor: su trabajo se desarrollaba cerca de los depósitos bien provistos, de donde podía retirar, a intervalos regulares, su retribución en forma de víveres y vestidos. Incluso, por formar grupos más coherentes, quizá poseían algunos medios de presión sobre sus amos: se conocen algunos casos tardíos, en los que la amenaza de huelga apoyó con éxito determinadas reivindicaciones. Estos incidentes nos hacen ser escépticos en cuanto a la alegría que las escenas figuradas atribuyen a los obreros, por otra parte menos cacareada que la de los trabajadores agrícolas.

Sería deseable conocer mejor la suerte reservada a los artesanos de un nivel más elevado, poseedores de admirables y pacientes técnicas, cuyas producciones alcanzaron con frecuencia la categoría de verdaderas obras de arte. ¿Fueron estos artesanos apreciados en su justo mérito? ¿Estuvieron socialmente honrados y materialmente recompensados por el placer estético que proporcionaban y por la supervivencia que aseguraban a sus poderosos clientes? Negarlo de manera absoluta sería excesivo, pues algunos alcanzaron riquezas y consideración debidas a su eminente maestría. De algunas obras, incluso se nos ha transmitido el nombre del autor, aunque esto es cosa rarísima. El período que parece haber sido más favorable a elevar la categoría social del artesano, o como mínimo del escultor, fue el de Amenofis IV-Akhenaton. ¡Corto espacio de tiempo en la larga duración de la historia egipcia! Con frecuencia, un talento excepcional y una serie de éxitos, por muy brillantes que sean, no hacen que el artista deje de ser un artesano manual, confundido en la masa anónima. La realidad nos dice que muchas de las civilizaciones antiguas, y durante muchos siglos, denuncian con su silencio este mismo prejuicio de la civilización egipcia.

El soldado

Parece que el soldado debería llegar más fácilmente a la notoriedad, pues el valor personal encuentra en el campo de batalla ocasiones para imponerse. No se puede asegurar, sin embargo, que en Egipto el combatiente de rango más humilde pudiera alcanzar los grados que dan prestigio y el derecho de mandar. Algunas inscripciones relatan brillantes carreras, pero ninguna de ellas consta que haya empezado en la categoría inferior. El adolescente salido de una familia que poseyera una cierta categoría, pasaba con rapidez por escuelas de mandos

que le evitaban las promiscuidades más desagradables. En cambio enrolarse como simple número en las filas era signo de baja extracción y condenaba de manera fatal a no poder sobresalir.

Como ya se ha visto, el espíritu militar estaba poco extendido en las capas inferiores de la población: su temperamento más bien pasivo-conservado con cuidado por el armazón religioso y administrativo que le rodeaba-era poco propicio al nacimiento de la vocación hacia las armas. Sólo algunos raros y breves períodos ofrecen, en este aspecto, excepciones, cuya amplitud no conviene exagerar extendiéndolas al conjunto de la sociedad. La calidad del fellah transformado en soldado debió ser mediocre. Tanto es así que el soldado típico de los ejércitos faraónicos, el que en general evocan los documentos, no era egipcio, sino extranjero y mercenario.

La opinión general no sentía hacia estos militares ninguna admiración, sino más bien temor y algo de desprecio. No había relación entre ellos y el pueblo y, según nuestros conocimientos, el ejército no estaba unificado racionalmente, sino que cada unidad correspondía a un tipo étnico. Algunas veces esta amalgama llegaba a producirse, en general, fuera del ejército y como consecuencia indirecta del método aplicado por la administración, para asegurarse de manera más estable los servicios de estos extranjeros y neutralizar las ambiciones que les inspiraba la riqueza del país.

En efecto, el rey sostenía a los mercenarios concediendo a cada uno un lote de tierra, que cultivaban por sí mismos o hacían cultivar por jornaleros, subveniendo con ello a sus necesidades y a las de su familia. La evolución de la institución llevará a las "clerucas" de los Ptolomeos. En el período Saita, según Heródoto, se habrían contado 310.000 soldados, dotados cada uno de 3 1/4 Ha. de tierras en el Delta, y los que, además, prestaban sus servicios en la guardia real, recibían abundantes raciones periódicas. Sería ilógico creer que todos eran extranjeros, pero en cambio lo es menos suponer que se trataba de descendientes de mercenarios veteranos establecidos en el país desde una o varias generaciones; pues, aunque el soberano conservaba un derecho de propiedad sobre estas tierras y la administración sólo podía mantener en ellas a la familia del soldado durante el tiempo del servicio, la práctica de la sucesión en el puesto ofrecía demasiadas ventajas a ambas partes para dejar de implantarse. Sucediendo el hijo al padre, al propio tiempo como soldado y como pequeño propietario, la familia conservaba su lote y el ejército veía sustituido sin dificultades un hombre desaparecido, enfermo o viejo. De esta manera los extranjeros se establecían en Egipto y sus descendientes se asimilaban más o menos rápidamente, siendo pronto imposible distinguirlos de los soldados egipcios de raza, que también, aunque en menor número, se debieron beneficiar del mismo régimen. Poco a poco fue constituyendo una casta hereditaria de guerreros, cuya existencia

confirman los escritores griegos. Sabemos que los repartos de tierra a los soldados se hicieron desde la XIII dinastía y que los mercenarios extranjeros eran ya muy numerosos al final de la XVIII dinastía.

Es innecesario presentar ejemplos seguros, para imaginar la culminación fatal de este sistema. La transmisión por herencia del predio y del puesto militar no podía constituir más que una etapa transitoria de evolución. Al aflojarse los controles administrativos, el usufructo del lote tendía a transformarse en propiedad íntegra, transmisible a voluntad por donación o venta, y paralelamente se descuidaba en forma progresiva la obligación militar, que representaba al principio la contrapartida de la tierra. Por este camino el proceso tenía que empezar de nuevo si el rey quería asegurarse la prestación del servicio militar. Necesitaríamos una documentación más completa y más precisa que la que es posible conseguir, para poder asegurar que el Egipto faraónico recorrió por entero este ciclo. Pero lo hace suponer la propia lógica del sistema.

El oficial

Ordinariamente la clase acomodada proporcionaba a los soberanos una gran parte de los cuadros de mando del ejército y de la flota. No en su totalidad, pues los mercenarios conservaron sus jefes extranjeros con los consiguientes riesgos de turbulencias y usurpaciones. Pero lo corriente eran los oficiales indígenas, procedentes de familias que ya servían al rey en la milicia o en la administración. Numerosas inscripciones funerarias, siempre elogiosas como es natural, señalan los hechos de armas y los actos de bravura y de abnegación. Su repartición en el tiempo es bastante desigual, pues las preocupaciones militares de la monarquía no fueron constantes. Fue bajo el Imperio Nuevo, primero libertador del país y después conquistador de Asia, cuando el tipo de militar obtuvo un lugar en la sociedad egipcia. Ya nunca más desapareció, pues a partir de este momento fue necesario defender Egipto contra las invasiones.

La Sátira de los Oficios insiste en la dureza de la profesión. En la escuela militar, incluso en los grados subalternos, enérgicos superiores empleaban el bastón para inculcar en los jóvenes la disciplina, la agilidad y la atención Una vez en campaña, llegaban las fatigas de las marchas forzadas y las heridas, y para los oficiales de carros los caprichos de las caballerías y los accidentes del camino, si no algo peor aún. Sin embargo, como para otros oficios, el célebre texto exagera la realidad. Concretamente deja de lado los aspectos atractivos, por ejemplo las recompensas honoríficas o de otra clase, los regalos del faraón, el reparto del botín material y humano, las condecoraciones bajo la forma de collares y de brazaletes, el ascenso más o menos rápido y, sobre todo, cuando la edad o las enfermedades obligaban al licenciamiento, el ingreso en las carreras civiles, la asignación de bellas

12.—El almuerzo de la princesa.

fincas o, en el peor de los casos, alguna prebenda siempre envidiable. Las inscripciones permitirían citar multitud de ejemplos en apoyo de todo lo dicho. El rey, por otra parte, no podía estar bien servido más que atestiguando su reconocimiento a sus buenos servidores; el caso del general Horemheb demuestra que un soldado bien emparentado, valiente y con suerte podía tener aspiraciones muy altas.

El clero

Nos falta hablar de los hombres que habían recibido una formación intelectual más elevada. Los estudios empezaban desde la infancia en las escuelas anejas al palacio o a los templos. Estas enseñanzas tenían como tronco común la ciencia de la escritura, pero en seguida divergían para inculcar conocimientos especiales según cual fuere la carrera que el padre había escogido para su hijo. De hecho, ésta era casi siempre la misma a la que él pertenecía: la sacerdotal o la administrativa.

Muchos hombres y mujeres se consagraban al servicio de los dioses, empleados en las actividades, a la vez religiosas y temporales, de los templos, y teniendo, por tanto, una participación más o menos amplia en sus rentas. Se contaban en esta muchedumbre funcionarios no sacerdotes e incluso gente del bajo pueblo, campesinos que trabajaban la "tierra sagrada", artesanos de los talleres, auxiliares de toda clase y hasta bailarinas, cantantes y tañedoras de instrumentos. El clero propiamente dicho era muy numeroso, subdividiéndose en múltiples categorías cuyos títulos, organización y funciones variaban según los templos. Constituían cargos cuya atribución, en principio, dependía del dios, es decir, del rey, pero que tendían progresivamente a convertirse en propiedad de sus titulares; en los últimos tiempos, algunos de ellos, subdivididos en partes pequeñísimas - a veces fracciones de día- fueron objeto de comercio.

Se puede, asimismo, hablar de un clero femenino, compuesto de "concubinas del dios" y de "reclusas". La formación que como tales recibían y su papel exacto en la vida religiosa son muy poco conocidos, pero sabemos que el alistamiento para sus altos puestos se hacía en las categorías más elevadas de la sociedad, a veces en la misma corte. En el gran santuario de Amón, en Karnak, a partir del Imperio Nuevo, estaba a la cabeza de la jerarquía femenina la propia reina con los títulos "divina mano", "esposa" o "adoratriz de Amón". En la práctica tenía una suplente, a la que propiamente se puede llamar gran sacerdotisa.

La jerarquía masculina culminaba asimismo en la persona del gran sacerdote, que era llamado "primer profeta", "el más grande de los videntes" y otros títulos parecidos. Cada templo tenía el suyo, designado por el rey, al que sustituía, y algunos tenían una importancia considerable merced al prestigio y a las riquezas del dios cuyo santuario dirigían. Entre ellos ninguno con más poder que

los grandes sacerdotes de Amón en Karnak, a los que la debilidad de algunos reyes elevó en ciertas ocasiones a la categoría de "director de los profetas del Alto y del Bajo Egipto" y, por tanto, a la jefatura de todo el clero del país. Como hemos visto, la monarquía sufrió la amenaza de la usurpación teocrática y no siempre fue lo suficiente fuerte para conjurarla.

Escogido por lo general fuera de la jerarquía regular, el gran sacerdote tenía bajo su dependencia todo un escalafón de "lectores", "puros", "padres divinos" y "profetas". Estos sacerdotes, organizados en tribus, podían pasar de uno a otro grado, pero su ascenso debía depender de múltiples factores, entre los que debían ser importantes la cortesanía y los parentescos importantes. He aquí, por ejemplo, una carrera brillante que acaba bajo Ramsés II: a los 5 años el hijo de un "segundo profeta de Amón" ingresa en la escuela del templo; a los 17 años es "puro"; a los 21, "padre divino"; a los 33, "tercer profeta"; a los 48, "segundo profeta", y "primer profeta" desde los 60 hasta su muerte a los 86 años. Podemos ofrecer otro ejemplo un poco más tardío: un gran sacerdote de Amón anuncia con satisfacción orgullosa que, en su templo, su hijo mayor es "segundo profeta" y su nieto "padre divino" o quizá "cuarto profeta", mientras que su hijo menor está agregado a otro templo.

Se trata sin duda en ambos casos, de ascensiones y familias excepcionales, pero cuyo éxito aumentaba el prestigio y la fuerza moral de un sacerdocio organizado administrativamente, que formaba una casta análoga a la de los funcionarios civiles. Procedente de los mismos medios sociales, habiendo recibido una misma enseñanza escolar, debiendo su poder al mismo ideal, el de la organización necesaria para asegurar a la colectividad popular la felicidad dispensada por los dioses satisfechos, la clase sacerdotal estaba animada de la misma tendencia que la de los escribas: a considerar la función ejercida como una propiedad personal.

El escriba

Llegamos con éste al verdadero dueño y señor del Egipto faraónico. La ya otras veces citada Sátira de los Oficios insiste con tanta dureza en las penas y riesgos de las otras profesiones, para hacer aparecer como más atractiva la de funcionario. El personaje en boca del cual pone estas descripciones pesimistas, es un modesto empleado que encarece la aplicación en los estudios a su hijo, al llevarle a la escuela del palacio, plantel de futuros administradores. En muchos otros textos se expresa la misma ingenua admiración, sin traza de envidia o de sublevación, sino como un estado de hecho al que todo el mundo tiene que adaptarse. "El escriba es el que manda", es la fórmula que utilizan muchos de estos textos.

Libre de contribuciones e imponiéndolas a los otros, desconocedor de la fatiga física, seguro de "comer las provisiones de la casa del rey", su prosperidad depende sólo de su inteligencia y de su celo

en el cumplimiento de sus deberes. Este pensamiento debe desviar al estudiante y al principiante de los placeres frívolos de la danza, de la bebida y del libertinaje. El ideal es instruirse en los secretos de la escritura, del cálculo y de la administración y una vez bien preparado rivalizar con los demás en aplicación. Tenemos una imagen de este ideal en la estatua del "escriba sentado", que desde la V dinastía, hacia la mitad del III milenio, nos transmite, haciéndola magistralmente sensible, la tensión de espíritu del magistrado modelo.

Si a su mérito puede sumar la suerte, el modesto empleado irá subiendo los peldaños de la jerarquía, hasta los puestos más envidiados por la consideración que aseguran, y los más remunerados, por las gratificaciones y las asignaciones que constituyen sus ingresos. Aún en los grados inferiores, sentirá siempre el sentimiento embriagador de su participación en el poder omnímodo y de su superioridad sobre la turba que él encuadra y vigila. En principio, está coaccionado para que coaccione a los demás, pero, de hecho, el rey-dios se encuentra demasiado alejado para controlar su fidelidad y, a veces, demasiado débil para castigar sus excesos de poder. Como agente del estatismo divino, el escriba es con frecuencia el mejor situado para llegar a ser -por la herencia de los cargos y la ineficacia de una máquina estatal demasiado compleja- el beneficiario inmediato del poder, desde que en las altas esferas se relaja la severidad, sin la cual los principios morales son letra muerta.

De esta manera, apoyándose materialmente en el incansable esfuerzo de las clases inferiores, que aplasta con sus elevadas contribuciones, consumidora de demasiadas riquezas a pesar de la generosidad siempre renovada de la naturaleza, la civilización egipcia estuvo edificada para la mayor gloria de los dioses y del faraón, que es su hijo, su criatura y su sucesor. Pero el egoísmo instintivo del ser humano hizo jugar sus resortes terrestres en provecho de los que actuaban bajo la protección y en nombre de los poderes divinos, los verdaderos "grandes" de Egipto: el clero y la administración, el sacerdote y el funcionario.

CAPÍTULO III

LOS ASPECTOS RELIGIOSOS

La civilización egipcia debe sólo una parte de su grandeza a la cohesión rigurosa y a la lógica - al menos en el ideal - de sus estructuras política, económica y social. Su poder creador se manifestó de manera asimismo impresionante en los otros aspectos de la vida y de la actividad humanas.

Más de una vez hemos señalado en las páginas que preceden la fuerza de la idea religiosa en el antiguo Egipto. Heródoto consideraba a los egipcios como "los más escrupulosamente religiosos de todos los hombres", dando a entender con ello que se mostraban sumamente atentos, hasta en los actos más humildes, al código de los usos y de los interdictos, fijado por una estricta piedad. Incluso elevándola a un plano superior, la afirmación conserva su verdad, pues, como se ha visto, sólo la religión ofrecía una justificación teórica a la organización general del país. Propiedad de los dioses, éste vivía para ellos, según sus principios y las órdenes que periódicamente de ellos emanaban.

1. LOS DIOSES

La multiplicidad fundamental

El número de dioses era considerable y su naturaleza muy varia. Los teólogos, en sus especulaciones, tuvieron tendencia, más de una vez, a introducir algún orden en esa muchedumbre de dioses casi ilimitada. Algunos de estos intentos, por razones políticas, se acercaron al monoteísmo e incluso llegaron a él. Se alcanzó esta etapa, por el artificio de subordinar las otras divinidades a un determinado dios que se afirmaba superior a los demás. Pero aún cuando la monarquía los apoyó, estos sistemas no fueron nunca populares. Su éxito, siempre limitado en el espacio geográfico y en el social, lo fue también en el tiempo. La inmensa mayoría de los fieles no quería renunciar a la multiplicidad de dioses que era, evidentemente, un dogma fundamental.

¿Existía por lo menos una idea común detrás de esa multiplicidad? ¿Participaban todos los dioses de un principio superior? Desde hace una cuarentena de años muchos egiptólogos creen

poder afirmarlo y se esfuerzan en interpretar como tal al Ka, del que ya nos hablan documentos tan antiguos como los de las pirámides: "Tú eres el Ka de todos los dioses; tú los conduces y gobiernas; tú los haces vivir." Pero estos textos esporádicos y oscuros no llegan a coordinarse para conducirnos a una noción, en la que sería tentador encontrar la idea de lo divino por excelencia. El Ka era sustancia primordial; fluido inmaterial cuyos elementos se introducen en las envolturas más diversas; suma de fuerzas sobrenaturales; principio de la vida contenido en los alimentos y principio de la generación; conjunto a la vez uno y múltiple (a veces se le personificaba con el número catorce) de las cualidades físicas, morales e intelectuales, que constituyen el ser perfecto. Éstas son unas pocas de las muchas definiciones propuestas; cada una se apoya ampliamente en teorías generales o recurre a cómodas metáforas, lo que es suficiente para suscitar la duda respecto a ellas.

Realidad e imaginación en el pensamiento religioso.

Por lo demás, las abstracciones a que este concepto habría dado lugar, no hubieran sido accesibles más que a una minoría muy restringida. Ésta, según parece, no se impuso nunca la obligación de estructurar sus ideas en un sistema coherente. Lo habría hecho si hubiese trabajado sobre una realidad religiosa surgida antes que ella, independientemente de ella y, por lo tanto, rebelde a sus esfuerzos de organización. Por otra parte, el llegar a realizar tal proyecto no habría excitado el interés del egipcio medio, que se encontraba muy a gusto con sus innumerables dioses. La religión egipcia, con una nitidez que en igual grado sólo encontramos en el arte - porque éste se encuentra en íntima asociación con ella -, refleja ciertos rasgos fundamentales de la psicología colectiva. Algunos se encuentran más o menos acusados en otros pueblos, pero los hay especiales de Egipto.

Allí, como en otras partes, la religión nació de los problemas planteados a los hombres por sus relaciones con el mundo que les rodea, y cuya existencia condiciona despóticamente la suya. Así, el pensamiento religioso partió de lo concreto y de lo sensible y tuvo una marcada predilección por lo visible. No volvió nunca hacia atrás en esta concepción, sino que la ultrapasó llevado con frecuencia por una imaginación ardiente, que incluso le permitió animar a los objetos, dándoles un valor superior al de meros símbolos y también, procediendo por síntesis o adición, a crear, con elementos tomados de la vida real, nuevos seres cuya existencia nadie ponía en duda. Todo ello, con muy pocas abstracciones; simplemente un esfuerzo de interpretación aplicado a lo real y visible, sin cesar de utilizar sus datos, llevando a la experiencia familiar los fenómenos más extraños al hombre y a su realidad inmediata.

Con este fin de creación, el egipcio combinó imágenes complejas, pues, para él, la imagen era

algo viviente. Copiada de una realidad presente o pasada, la imagen multiplicaba o restituía la existencia tantas veces como se la reproducía y tanto tiempo como ella misma subsistía. Salida de la fantasía, la imagen tomaba vida, que se perdía al ser destruida o mutilada. Otra receta creadora consistía en nombrar de palabra o por escritura; por ejemplo, yuxtaponer los nombres de dos divinidades equivalía a fusionarlas y podía de esta manera tener las mismas virtudes que la imagen híbrida. El procedimiento se relacionaba con la idea del verbo creador, utilizada por los teólogos para explicar la creación del mundo por llamamiento del demiurgo. También se relacionaba con la idea de la fuerza que daba, sobre las cosas y los seres, la posesión de su verdadero nombre, y a la que extensamente recurrían los magos. Sin embargo, en su conjunto rindió menos servicios que el de la imagen, que fue la fuente principal, si no única, del arte egipcio.

Con la realidad de una parte y la imaginación de otra, se ofrecían al pensamiento religioso posibilidades de elección casi ilimitadas. Pero una tendencia optimista parece haberla guiado, y es tanto más digna de señalarse por ser tan original. Es cierto que alrededor del egipcio no faltaban las fuerzas que podían parecerle hostiles o, al menos, amenazadoras; se apercibió de ellas e intentó apaciguarlas, aunque nunca se resignó a verlas bajo su aspecto más terrible, limitando el horror y el miedo que le inspiraban mucho más que otras civilizaciones de la antigüedad. Concibió a sus dioses como bienhechores y sus demonios no llegaban nunca a hacer triunfar el mal. Por otra parte, en ningún lugar la muerte ha sido comprendida de manera tan clara, tan total, tan confortante, como acceso a otra vida eterna. Así, la religión egipcia, más que muchas otras, imponía a sus fieles el agradecimiento y les aportaba la esperanza. Al mismo tiempo efecto y causa, se integraba armoniosamente en el conjunto de una civilización que sería incomprensible si se perdiera de vista un instante la paciente dulzura y la gracia innatas del pueblo, del que era expresión colectiva.

Los límites del antropomorfismo

La religión egipcia, enraizada en un pasado muy lejano, conservó siempre rasgos muy primitivos, el más sorprendente de los cuales fue, sin duda, la zoolatría.

Mucho antes del comienzo de los tiempos históricos y de la unificación del país, se ven encima de embarcaciones o construcciones dibujadas en cerámica, las "insignias" de los nomos o regiones de Egipto. Se trata de representaciones de animales, de vegetales o de objetos, colocados en lo alto de pértigas. Es fácil concebir la divinización de un animal benefactor o temido y la de un vegetal, como el lentisco o la palmera, pero no se puede explicar simplemente la deificación de un cerrojo, de un arpón o de unas flechas. Interprétense como símbolos, como fetiches, o en la forma que se quiera, no será posible negar que estas insignias tenían ante todo un significado religioso.

Por otra parte, el antropomorfismo apareció ya en época predinástica, aunque nunca llegó a imponerse de manera total. La representación figurada de una divinidad, aun en época de apogeo de la civilización egipcia, siempre que fuese de origen antiguo y se relacionara con las divinidades locales, debía comportar normalmente al menos un detalle o un atributo que recordara las representaciones primitivas no humanas y las excepciones a estas supervivencias fueron muy escasas. Las formas más corrientes van desprovistas de todo elemento humano o son híbridas.

Mejor que todas las definiciones, un ejemplo nos mostrará la variedad de soluciones adoptadas, al mismo tiempo que la agilidad con que se pasa de las unas a las otras. El bucraneo era un emblema primitivo, primero solo y después asociado al sistro al que servía de armadura; la vaca se convirtió en la divinidad del nomo del bucraneo; entre los dioses identificados con dicho animal, Hator fue la que tuvo más éxito, incluso fuera de ese nomo. Como consecuencia, Hator podía ser, y generalmente fue, representada bajo la forma de una mujer, pero con orejas de vaca, o bien coronada con un par de cuernos o incluso con la cabeza adornada por el bucraneo y el sistro.

Como es natural, el culto a los vegetales y a los objetos inanimados tuvo menos fortuna, porque les faltaba el movimiento, signo por excelencia de vida. La zoolatría, por el contrario, persistió con manifestaciones más o menos firmes y en lugar de decaer, tomó gran vigor en las épocas tardías; de otra manera no se explicaría la importancia que le atribuye Heródoto, después de su viaje a Egipto hacia la mitad del siglo v a. de J. C. y que confirma toda la literatura antigua posterior. Con sorpresa, entremezclada de disgusto, por información personal o de oídas, los escritores griegos y latinos señalaron la veneración que rodeaba a tal o cual animal, la pena de muerte o la multa impuesta al que transgredía la interdicción de matarlo, los honores tributados a un representante de la especie guardado en un santuario y a todos, después de su muerte. Algunas veces precisan que un animal, sagrado en un lugar, en otro era considerado como enemigo; por ejemplo, el cocodrilo, venerado en la región de Tebas y en la del lago Moeris, era cazado y servía de alimento en la región de Elefantina. Estas aparentes contradicciones, sólo son explicables por el carácter local de estos cultos a animales divinizados.

Los datos transmitidos por los contemporáneos han sido confirmados por la arqueología. Las excavaciones, aquí y allá, han dado a conocer necrópolis en las que habían sido inhumadas según los ritos, innumerables momias de determinados animales: gatos, perros, ibis, halcones, peces de tal o cual especie, etc. Estas prácticas parece que sólo se incrementaron en época tardía, aunque el culto al toro Apis existía en Memfis al menos desde la primera dinastía y en el Serapeum descubierto por Mari han sido encontradas las tumbas de los toros Apis que van desde el siglo XIV al 1 a.de J.C., en

número de veinticuatro, o sea desde Ramsés II hasta la época griega. Este toro, negro, que tenía determinadas manchas blancas en el testuz, en el cuello y en el flanco, era objeto de una entronización ceremoniosa, vivía en su santuario junto al gran dios Ptah, del que era el "heraldo" y la "imagen viviente", recibía ofrendas, tomaba parte en las procesiones y, a su muerte, momificado, encerrado en un sarcófago y sometido a ritos funerarios que duraban setenta días, era colocado en un hipogeo junto a sus predecesores. El culto a Apis, aunque el más célebre, no era único en su género: el del macho cabrío en Mendes, en el Delta, debía ser también muy antiguo, y los textos, confirmados por la arqueología, hablan igualmente de los toros Mnevis y Bukhis.

El antropomorfismo se encontró, pues, con resistencias que nunca pudo vencer. Sin embargo, los fieles siempre atribuyeron a todas las divinidades los apetitos y los sentimientos, la inteligencia y las ideas del hombre; si no materialmente, al menos espiritualmente, los modelaban a su imagen. Desde un principio, casi todas estas divinidades fueron organizadas en familias de tipo humano, siendo la más simple la tríada compuesta del padre, la madre y del hijo.

Los dioses locales: su abundancia y su agrupamiento

En el período primitivo estas tríadas no existían. La realidad religiosa más antigua en Egipto fueron las innumerables divinidades locales, es decir, consideradas como señoras de un lugar determina- do. Pero no sólo del emplazamiento de su santuario, que era regla general para todas las divinidades, sino también, desde tiempo inmemorial, de la tierra situada en sus alrededores y de todo lo que contenía, seres humanos, animales y cosas. Aunque muy borrada, esta fragmentación primitiva siempre dejó huellas en la organización religiosa del país. A veces podían existir varios santuarios de un mismo dios, en un territorio poco extenso. En realidad cada santuario llevaba un nombre especial, y la individualidad del dios se evidenciaba, además, bajo la homonimia superficial, por un epíteto, un detalle o un atributo que sólo a él se aplicaban. Los fieles podían así especializar su piedad y no se privaban de ello siguiendo sus preferencias personales o la moda del momento.

La reducción, más o menos eficaz, del número de divinidades locales se operó por medios variados. Algunas de las asimilaciones se hicieron aprovechando coincidencias fortuitas. Tal es el caso de Hator, de la que la vaca no fue siempre el animal representativo; pero en todas partes donde una divinidad tenía por representación la vaca, Hator tenía todas las posibilidades de suplantarla. También se llegó a la reducción, sintetizando por adición de caracteres, atributos o símbolos parecidos cuando no idénticos; este procedimiento fue el más constante y se empleó para

divinidades de todos los orígenes. Por último hay que mencionar la asociación en tríadas, cuya composición y divinidad considerada principal, podía variar de un lugar a otro. De esta manera es probable que Hator fuese admitida - su nombre, que significa "morada de Horus", lleva a esta hipótesis- en algunos lugares como la madre de Horus, aunque ordinariamente figurara como su esposa. En Edfú, al sur de Tebas, en el segundo nomo del Alto Egipto, la figura de Hator palidecía ante la de su marido, en tanto que en el sexto nomo, en Denderah, al norte de Tebas, era ella la que tenía importancia.

Estas múltiples combinaciones, reflejaban evidentemente luchas de influencia, o a veces rivalidades políticas apoyadas en las armas, entre grupos humanos sosteniendo cada uno su dios particular. Algunos egiptólogos se han esforzado en reconstituir las fases más antiguas del pasado de Egipto, estudiando paralelamente los adelantos o los retrocesos de ciertos cultos locales y los éxitos o los reveses de sus fieles. En principio el método es perfecto, pero para que pudiese dar resultados seguros, sería necesario que la historia de los cultos locales estuviese primero bien establecida. Los vencedores, aportando con ellos su divinidad principal, la introducían en la región sometida, y llegaban incluso a otorgarle el primer lugar. Hasta el fin del Egipto antiguo, el culto favorecido por la autoridad política del momento extendió sus zonas de influencia.

Los dioses cósmicos

A estos dioses particulares, nacidos misteriosamente de las condiciones locales, cuyo culto declinó hasta desaparecer o progresó al azar de circunstancias humanas, se vinieron a juntar en fechas desconocidas, otros muchos dioses que tuvieron fortunas diversas por circunstancias oscuras que no se han podido desentrañar.

Algunos de estos dioses resultaban de la divinización de elementos o de fuerzas cósmicas, en especial el sol, el cielo y la tierra. Este proceso no tiene nada de sorprendente: el hombre ha sentido en todas partes su dependencia y su debilidad ante esas fuerzas, que una tendencia natural le lleva a divinizar. La originalidad de Egipto fue, quizá, el haber sólo promovido a esta categoría un número reducido: los astros, aparte del sol, fueron casi olvidados, y la misma luna no debió su prestigio más que a su asociación con un dios local, Thot, el dios ibis, llamado a tener un papel como dios de la escritura, del cálculo y de las actividades intelectuales. Pero su originalidad fue también el llegar a varios dioses por cada uno de los elementos cuya divinización tuvo un gran éxito. Esta multiplicidad, reafirmada por nombres diversos, llegó a crear verdaderos dioses rivales a pesar de la identidad profunda de su naturaleza y provenía de hecho de haber resaltado apariencias o manifestaciones diferentes. También podía provenir de que diferentes grupos humanos habían obrado por su cuenta. De todas maneras, la universalidad de su principio no llegaba nunca a desaparecer de una manera absoluta y ofrecía muchos recursos a los que se esforzaban en unificar el país por el culto. El sol fue

especialmente utilizado para este fin, bajo un nombre u otro: en una tierra sobre la que irradiaba su fuerza de manera tan soberana, era normal que se pensara en él con preferencia a todas las otras fuerzas cósmicas, para colocarlo en lo más alto de la jerarquía divina o incluso para hacerle beneficiar de una tentativa de monoteísmo.

Es evidente que esta distinción entre dioses locales y dioses universales es, con frecuencia, teórica; se funda en su origen, pero el criterio no tiene siempre una nitidez suficiente. De ordinario los dioses universales no tuvieron santuario y, por consiguiente, tampoco culto cotidiano que les fuese propio, aunque la regla tenía sus excepciones. Por otra parte la asimilación y la síntesis actuaron entre muchos de ellos y los dioses locales, utilizando ocasionales analogías exteriores que podían enmascarar la heterogeneidad de concepciones de que habían surgido.

En todos ellos entraron en acción resortes que se adivinan muy humanos, lo que no podía ser de otra manera, pues estas dos categorías de dioses presentaron un carácter común: unos y otros recibieron un culto oficial, es decir, organizado por el Estado, bajo la dirección del faraón, dios él mismo, y en esta calidad más cuidadoso que nadie de los honores debidos a sus semejantes. Todos los dioses se encontraban de esta manera favorecidos, pero también por ello condenados a sufrir los vaivenes de las fluctuaciones políticas.

Los dioses populares.

Sería interesante saber la popularidad respectiva que cada uno de estos dioses encontró en la masa de fieles, lo que en general es imposible, pues los testimonios de piedad llegados hasta nosotros provienen casi todos de los reyes, de los miembros del sacerdocio y de los funcionarios. Únicamente los poderosos y los ricos podían manifestar su devoción con ofrendas, estelas, estatuas y edificios llevando inscripciones capaces de resistir el desgaste de los siglos. Incluso los textos poéticos y literarios conservados sobre papiros, menos costosos, expresaban las ideas de los teólogos y gente letrada. Pertenecientes a medios sociales algo o bastante elevados, sus autores no pretendían llegar hasta un público más humilde y, en todo caso, no se hacían intérpretes del mismo. Esto no quiere decir que la devoción de las clases altas no fuera sincera. ¿Cómo, no obstante, juzgar por ellas las del bajo pueblo?

En realidad si confiamos en los documentos más modestos, con frecuencia anónimos, por ejemplo pequeños objetos y amuletos en materiales ordinarios, vemos que la piedad popular iba con preferencia, o al menos con vigor igual, hacia otros dioses. A éstos se les califica de dioses "secundarios" por oposición a los "principales", pero quizá estos últimos aparecen así a nuestros ojos por el simple hecho de ser los oficiales. En las buenas épocas, las clases dirigentes no se preocuparon

de asegurar materialmente el culto de los dioses populares, y, cuando más, concedieron a estas divinidades una alusión en un himno u otro texto religioso, un rincón para una estatua en un templo o a veces una parte de un santuario.

La lista completa de estas divinidades con clientela popular sería larga, por lo que será suficiente dar una idea de su múltiple variedad.

Dejaremos aparte las divinidades extranjeras, algunas de las cuales, especialmente de origen asiático, se introdujeron en el país. Sin embargo la repugnancia que los egipcios mostraron siempre por las costumbres forasteras induce a pensar que, como para los dioses griegos en la época macedónica, sus fieles debían ser en su mayor parte extranjeros instalados en Egipto: invasores hicksos, soldados mercenarios o simplemente esclavos. Entre los indígenas se podría pensar en los soldados y en los funcionarios que habían residido en Fenicia y Siria; pues, para hablar de comerciantes, nos convendría antes saber si en el comercio exterior participaban las iniciativas particulares. En todo caso no hay duda en señalar que Egipto, en materia de religión, dio al extranjero mucho más de lo que él mismo recibió.

Existieron divinidades asociadas a la vida agrícola, tales como el dios-Nilo y el dios-simiente. Hubo también numerosos espíritus protectores, especialmente para el embarazo y el parto. El más famoso, que protegía la casa, fue Bes, enano grotescamente deforme, disfrazado con una máscara gesticulante, domador del león, rodeado familiarmente de simios y, al final, enriquecido con los atributos de muchos otros dioses. Han quedado ya citadas varias divinidades animales de toda especie: añádase el escarabajo, que fue reproducido en innumerables amuletos. Por último, hubo hombres divinizados, aunque bastante escasos para una historia tan larga. Es cierto que todos los reyes y todos los hombres que habían sido objeto de los funerales rituales, se convertían en dioses, pero sólo para sus descendientes. Únicamente una deificación especial, cuyo éxito dependía de los azares misteriosos que hacen que las multitudes recuerden y transfiguren a un personaje, podía ensanchar los límites de la mencionada deificación general. Algunos reyes se beneficiaron de ella, pero en especial Imhotep, visir, arquitecto y médico del rey Djoser (III dinastía) y Amenhotep, hijo de Hapu, arquitecto de Amenofis III (XVIII dinastía), que acabaron por transformarse en dioses dispensadores de salud. Numerosos y muchas veces humildes graffiti atestiguaron las esperanzas y el agradecimiento de los peregrinos que, aún en la baja época romana, llegaban para consultarles en el santuario común que se les había destinado en el interior del templo funerario de la reina Hatschepsut, en Deir-el-Bahari, cerca de Tebas. Además tenían muchos otros santuarios esparcidos por todo Egipto.

Osiris. El desarrollo de estos cultos populares fue, por lo general, tardío. Existió, sin embargo, un dios, Osiris, que desde el primer momento gozó del favor de las multitudes que con su fervor contribuyeron a su exaltación y la de su culto. Todo obliga a que lo examinemos de una manera particular: su naturaleza original entre las divinidades egipcias; el apoyo que encontró en la devoción popular y que inclinó hacia él, de grado o por fuerza, a los personajes oficiales; y en último término sus incesantes progresos, que le valieron el tener un papel esencial en la religión y en la civilización del Egipto faraónico.

La leyenda de Osiris, muerto y despedazado por su hermano Seth, llorado, buscado y hallado por su hermana-esposa Isis, vengado por su hijo Horus, vencedor del fratricida, es la única de las leyendas egipcias que ha llegado a tener gran celebridad. Ésta fue, en parte, debida a la propagación fuera de Egipto, en la época grecorromana, del culto de Osiris transmutado en Serapis y aún más del culto de Isis, que se esparció por todos los rincones del Imperio Romano.

Los escritores griegos y latinos se interesaron por esta leyenda y entre ellos hay que nombrar a Plutarco, que cerca de un siglo después del comienzo de la Era cristiana, le consagró un opúsculo en el que la tradición clásica siempre se inspiró. Un buen número de textos egipcios han dado a conocer variantes de la leyenda, que difieren en puntos importantes de la versión dada por Plutarco; aunque hay que tener en cuenta que la concepción que se tuvo de Osiris en Egipto, varió según la época y según los lugares. Asimismo no debemos olvidar que resultó de la combinación más o menos íntima de elementos muy diversos.

Alrededor de la figura del dios, existen todavía bastantes problemas controvertidos. Entre ellos, uno de los más espinosos es el que refiere a su origen. En el tratado de Plutarco se menciona la llegada del cadáver de Osiris a Byblos (Fenicia), donde Isis, no sin dificultades, le habría encontrado de nuevo y llevado consigo; basándose en esto, algunos autores sostienen el origen asiático del culto a Osiris. Otros, por el contrario, estiman que la falta del episodio fenicio en las versiones egipcias, es suficiente para demostrar que el origen hay que buscarlo en el propio Egipto. Aún dando como posible la primera hipótesis, hay que señalar que Egipto dio unas características propias a "su" Osiris, lo que se deduce sin duda del examen rápido de sus principales características, como veremos a continuación.

Hijo del dios-Tierra y de la diosa-Cielo, Osiris, muriendo y renaciendo, era un dios agrario, en general de la vegetación y en particular del trigo, que un ciclo eternamente recorrido y simbolizado por los grandes episodios de la leyenda, muestra verdeante, creciente y maduro, sucumbiendo

seguidamente bajo la hoz, despedazado por la trilla y, por último, depositado en la tierra, esperando la resurrección.

Por este camino fue con facilidad asociado o asimilado a la gran fuerza vivificante de Egipto: el "agua pura", el "agua renovadora", es decir la inundación, que también sin fin, como el ciclo vegetal, va tomando fuerzas hasta un punto culminante, declina y desaparece, para reaparecer con vigor siempre nuevo. Se le decía al dios: "El Nilo viene del sudor de tus manos." En su inmersión en las aguas del río les había transmitido sus cualidades bienhechoras. "Tú eres el Nilo, y los dioses y los hombres viven de tu corriente." En épocas tardías los ahogados se beneficiaban de especiales honores divinos, recibiendo los títulos de "el Maestro", "el Alabado".

Estos dos aspectos de Osiris habrían sido suficientes para convertirlo en dios de todo Egipto, pero, además, la leyenda hacía de él un rey unificador del país. ¿Se conservaba en ello un recuerdo histórico? Es probable, pues el asesinato de Osiris por Seth coincide bastante bien con las luchas para la dominación de las dos tierras, contiendas de las que tenemos otros indicios. La ciudad de Busiris, en el Delta, habría sido su capital, aunque quizá Osiris era tan sólo el más antiguo de los hombres divinizados por la religión popular; sea como fuere, se estableció una estrecha relación entre él y la institución monárquica. Si el faraón personificaba a su hijo Horus, no al propio dios, un símbolo de éste, el pilar Djed, tenía un papel en las ceremonias reales y Osiris era siempre representado con los atributos reales: la corona y el cetro.

Precisamente lo que impedía asimilarlo de hecho al rey viviente, aumentaba hasta el infinito su prestigio y le atraía innumerables fieles: era el soberano por excelencia del reino de los muertos. En su cadáver habían sido practicados por vez primera los ritos que aseguraban la resurrección y la vida eterna; cumplirlos sobre otros muertos era asegurarles estos mismos privilegios supremos. Todos los humanos deseaban ardientemente ser tratados como Osiris, para convertirse ellos mismos en Osiris, sin disputarle por ello el primer puesto: súbditos del rey de los muertos, sometido a su juicio, después de haberlo sido a su ejemplo, recorrían con él las aguas y los campos del más allá. El culto a este dios hacía llegar a todos la promesa de resurrección. Dios agrario, dios de la inundación y dios de una nueva vida, era todo una misma cosa, como el despertar de la vegetación y la subida de las aguas demostraban cada año.

Además de todo esto, Osiris era, accesoriamente, bastantes otras cosas. Sin ponerse de acuerdo acerca de la importancia relativa de estos caracteres, los comentaristas han señalado que aparecía también como un dios de la tierra fértil, un dios del cielo estrellado y un dios de la luna. La multiplicidad de estas interpretaciones, de las que cada una puede invocar serios argumentos,

muestra el éxito de esta divinidad y su extraordinario poder de atracción, teniendo ambos fácil explicación. Su leyenda dramática provocaba la emoción y ponía en acción, tanto en su mujer como en su hijo, tiernas virtudes familiares, las mismas de que todo egipcio deseaba estar rodeado; su culto le libraba del temor inspirado por la muerte, y con todos estos títulos, ¿cómo no gozar la preeminencia del favor popular? Gracias a éste, Osiris absorbió o se unió a numerosas divinidades independientes en sus orígenes, que se convirtieron en sus parientes o en sus auxiliares, llegándose a constituir un "grupo osiríaco", en el que Isis y Horus eran tan sólo los principales miembros. Su clero no tuvo que hacer ningún esfuerzo para asegurarse el primer puesto; sin embargo, bajo el Imperio Antiguo se intentó combatirlo, a veces directamente, a veces a las divinidades de su grupo, introduciéndolo de mala gana y esporádicamente en sus sistemas teológicos. La realeza se sirvió de su prestigio, sin procurar acrecentarlo, aunque Osiris no tenía necesidad de estos apoyos oficiales.

Los sistemas teológicos

Ya se ha insinuado que el complicado panteón egipcio fue objeto de tentativas de organización coherente, que fueron muchas y en sentidos muy divergentes. A los ojos de los fieles, cada dios era bastante rico en poder virtual para que fuese posible su promoción al primer puesto de la jerarquía divina. No existía ningún dogma previo y nada se oponía a las especulaciones más atrevidas. Algunas están reflejadas en textos llegados hasta nosotros más o menos completos y de interpretación siempre delicada.

Sin embargo, estas tentativas no estaban al alcance de todos; exigían mucha ciencia teológica, un gran poder de abstracción y una gran agilidad en el manejo de las metáforas y de los símbolos, además de unos sólidos apoyos humanos para asegurarse un amplio éxito. Todas ellas siendo a la vez cosmogónicas y cosmológicas debían presentar una teoría de la creación y de la organización del mundo y también aportar una respuesta al angustioso problema de la muerte. Debido a esto último, muchos textos que nos informan de estas tentativas de organización provienen de tumbas, por ejemplo los "textos de las pirámides" y los "textos de los sarcófagos". Estos sistemas culminaban en la afirmación de la preeminencia de un dios determinado, que, como se ha dicho, era el fin consciente de los esfuerzos de sus autores. Hay que imaginar a éstos como sacerdotes de alto rango - el propio Amenofis IV, aunque tenía sus auxiliares, era algo más que un simple aficionado -, que partían del deseo de explicar la primacía de su dios, de la que estaban completamente convencidos. Lo difícil era hacer aceptar el nuevo sistema y, en ciertos casos, incluso el poder político debió reconocerse incapaz de ello, a pesar de la fuerza de sus medios de coacción.

Las doctrinas Heliópolis y de Memfis: Ra y Ptah

No podemos pasar en silencio algunas de estas teologías en razón de la importancia que ciertos dioses les debieron, pero es difícil trazar de ellas una visión incluso sintética. Por otra parte, mucho más que los dogmas, fueron los cultos los que contaron en la vida religiosa del país, por lo cual nos referiremos en particular a las consecuencias prácticas de estas doctrinas.

El desacuerdo de los especialistas no permite afirmar que la doctrina que se formó en Heliópolis, un poco al norte de Memfis, fuese la más antigua, pero sí la que ejerció más influencia porque adoptó al sol como dios principal. Éste recibía el nombre de Atum y se le consideraba como creador de todas las cosas, incluso de sí mismo, pues por su propia voluntad se había elevado fuera del agua primigenia. Pero la doctrina le desdoblaba en dos: Atum y Ra, siendo éste el sol propiamente dicho y el nombre con que la divinidad se impuso a todo Egipto. Sus progresos parece que fueron definitivos bajo las dinastías IV y V; en estos momentos la monarquía, hasta entonces unida sólo a Horus, lo estuvo también a Ra y el nombre dado al faraón de "hijo de Ra" se introdujo entre los títulos oficiales. De esta manera la teología solar penetró en la idea que se tenía de la pluralidad de dioses, y raros fueron los que escaparon a la asociación del nombre de Ra, con su nombre tradicional. Hay que creer que más de un grupo de sacerdotes tomó la iniciativa de esta asociación para que su dios participase del prestigio universal del dios-Sol.

Aparte de Osiris, el único de los grandes dioses que pudo preservar su independencia fue Ptah, el dios de Memfis. Ya hemos visto anteriormente que los reyes de la III dinastía habían hecho de esta ciudad, bien situada, en contacto con los dos Egiptos, el centro político del país. Esta elección favoreció a Path, al que un sistema elaborado por los teólogos memfitas confirió la primacía, siendo presentado como el "más grande" de los demiurgos, del que los otros dioses, comprendido Atum-Ra, salidos espiritualmente de él, se limitaban a ser "los dientes y los labios": intermediarios del verbo creador, expresaban y realizaban su voluntad inteligente. Aun cuando el favor real se orientase hacia otros dioses, Ptah y su santuario de Memfis conservaron un importante papel.

Amón y Amón-Ra

A pesar de su antigüedad, quizá tan remota como la de la doctrina heliopolitana, y a pesar de su interés para la historia de las teorías cosmogónicas, podríamos prescindir de tratar del sistema constituido en el Egipto Medio, en la principal de las ciudades a las que los griegos dieron el nombre de Hermopolis. Se trataba de favorecer los intereses del dios Thot que posee, a pesar de ser local, un innegable interés. En él se fusionaron numerosos dioses: dioses-serpientes, dioses-ranas, un dios-simio, un dios-ibis, un dios-luna, etc. Se le atribuía, además, la invención de casi todas las disciplinas intelectuales y su revelación a los hombres: la

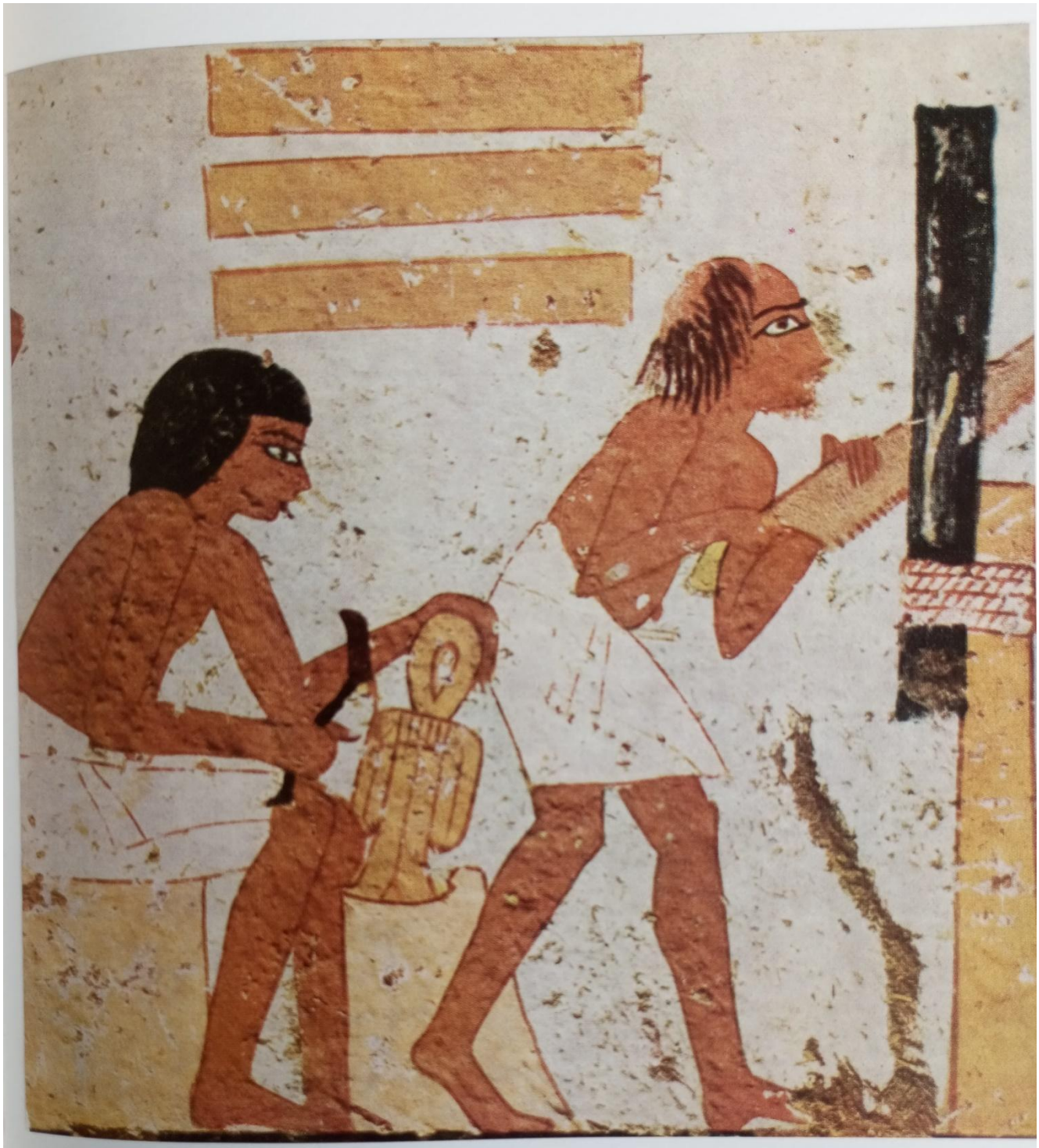
escritura, la aritmética, las ciencias en general y la magia. Como dios-escriba y dios-letrado por excelencia pronto se convirtió en el principal auxiliar de Osiris, en calidad de jefe de las oficinas judiciales y administrativas del reino de los muertos. Esto era subordinado, en tal forma que su primacía no se impuso fuera del límite de sus propios santuarios.

Pero del grupo sistematizado por los teólogos de Hermopolis, se destacó un dios que tenía que conocer una fortuna singular: Amón, etimológicamente el "misterioso", el "desconocido". Ignoramos cómo salió de Hermopolis y cuáles fueron las etapas de su culto antes de llegar a Tebas, en el Alto Egipto. Hacia el año 2.000 a. de J. C. se desarrollaba todavía en forma bastante oscura en esta nueva sede de su culto, cuando uno de sus fieles del lugar, de nombre Amenemhet ("Amón siempre adelante") tomó posesión de la realeza. Este faraón fue el fundador de la XII dinastía y desde este momento aumentó rápidamente la categoría de Amón. Su desarrollo solamente se puede calificar de prodigioso y es imposible explicarlo si no se tiene en cuenta el poder omnímodo que, incluso en lo espiritual, poseía la monarquía egipcia. Sería interesante llegar a conocer, en especial en lo que a este dios se refiere, si las manifestaciones de la piedad oficial testimoniaban la realidad de una fe íntima en todos los que a ellas se asociaban.

Sin embargo, por falta de medios para llegar a este conocimiento, debemos limitarnos a constatar que, durante generaciones, las clases dirigentes imitaron a la realeza sin vacilaciones de ninguna clase.

En efecto, Amón fue el dios familiar de los soberanos que se sucedieron bajo los Imperios Medio y Nuevo y aún más tarde, aproximadamente durante todo el II milenio. Poco a poco y cada vez más materialmente, se le presentó como padre del faraón viviente. La doctrina de la “teogamia", es decir, de la unión carnal del dios con la madre del futuro rey, llegó a su perfección en el reinado de Hatschepsut, hacia 1.500 a. de J. C., en las inscripciones y relieves esculpidos en los muros del santuario de Deir-el-Bahari y siendo a continuación aplicada sin cesar hasta bajo los Ptolomeos. Se atribuía también al dios el velar personalmente por la infancia y la educación del rey, el haberle escogido y designado como sucesor de su padre putativo, el inspirarle en las preocupaciones de su gobierno y el acudir en su ayuda en el combate.

En estas condiciones, no nos sorprenden los progresos de Amón: a principios del Imperio Medio era ya dios del nomo de Tebas; fue en seguida asociado a Ra para formar Amón-Ra, apropiándose las prerrogativas del dios-Sol; se le dio el título de "rey de los dioses" y se le organizó, además, un cortejo de dioses subalternos en número variable (algunas veces dieciséis) que formaban



IV. — *Carpinteros trabajando*

una familia escogida entre las otras divinidades tebanas. Nada en esta evolución puede interpretarse como indicio de tendencias monoteístas; las múltiples divinidades egipcias subsistían, aunque subordinadas al dios dinástico, de la misma manera que todo lo que vivía en el país se sometía con docilidad al faraón.

La revolución atoniana y su fracaso

Durante mucho tiempo estos progresos sirvieron a la monarquía, pero no sin riesgos, pues su inagotable generosidad colmaba de riquezas y de privilegios al clero del santuario tebano. Éste fue interviniendo cada vez más en la política, hasta que llegó la hora en que estas veleidades fueron cortadas con un golpe radical que de manera muy curiosa tomó la forma de una revolución teológica a la que para siempre quedó unido el nombre del rey Amenofis IV.

Esta tentativa no presentó sólo un aspecto teológico, sino que también hubo interferencia de preocupaciones seculares. En primer lugar el deseo de aligerar a la monarquía de la pesada tutela que sobre ella ejercía el clero de Amón. A continuación, el intento, quizá vago, pero innegable a pesar de los esfuerzos en contra de algunos modernos historiadores, de facilitar el camino a una síntesis religiosa de Egipto y de los países conquistados en el exterior desde la XVIII dinastía (Nubia y Siria). En último término, la tirantez creciente de las relaciones del rey con el clero tebano, que se declaró en franca rebelión, provocaron un endurecimiento del rey: el nuevo sistema evolucionó en el sentido de un exclusivismo nuevo en la historia religiosa de Egipto, que es lo que dio a la tentativa gran parte de su originalidad.

Atón, el dios que se benefició de los esfuerzos de Amenofis IV, no era una creación ex-nihilo de éste, como tampoco lo era su culto. Se trataba de una divinidad solar, o más exactamente, de un aspecto del dios-Sol, lo que desde luego tuvo su importancia, pues pudo beneficiarse de las anteriores conquistas teológicas de Heliópolis. Éstas habían sido transmitidas a Amón, bajo la denominación de Amón-Ra, pero el traspaso podía hacerse pasar como una usurpación y, bajo algunos predecesores de Amenofis IV, se manifestó una tendencia a aflojar, o a romper, la asociación de Amón y el Sol. El reinado de su padre, Amenofis III, señaló una etapa todavía más precisa: atón, el nombre común que designaba al disco solar, se convirtió en el nombre de un dios cuyo culto se organizó con sacerdotes y templos, antes incluso de que el futuro Akhenaton fuese asociado al poder por su padre, hacia el año 1370 a. de J. C.

Podríamos aún invocar algunos otros antecedentes. Pero definir y buscar los orígenes de estas innovaciones, en nada disminuye la audacia de Amenofis IV. Antes de él se trataba sólo de veleidades o cuanto más de actos sin un fin concreto. En cambio él, desde el momento de su ascensión al trono, fue un innovador. Por una parte acentuando y sistematizando lo que en la herencia recibida no pasaban de ser tímidos ensayos, en los que fue el primero en reconocer

las posibilidades de utilización. Por otra parte, condenando con vigor todo o casi todo lo que su sistema no retenía.

Otra novedad fue el carácter personal dado a la revelación de la doctrina y su comunicación a los súbditos. Mientras que hasta entonces la individualidad de los teólogos egipcios quedaba en el anónimo, a partir de este momento, toda la documentación se atribuye al rey-teólogo y únicamente a él, lo que sin duda es exagerado. Es difícil creer que no tuviese consejeros o que redactase solo la gran obra literaria que es el gran himno de Atón. No hay duda que era conveniente que el rey en persona se comprometiera por el éxito del dios. Pero aún hay otra cosa, que aparece por primera vez, aunque por poco tiempo, en la civilización egipcia, y que se armoniza con la tendencia realista también perceptible en el arte: un rebrote de individualismo, una voluntad de no sacrificar al hombre a su función, un esfuerzo para deshacerse de la envoltura ideal y dejar manifestarse al verdadero ser, íntimo, único, hecho de carne y de sentimiento.

Los vislumbres que los documentos religiosos contemporáneos arrojan sobre el propio Amenofis IV, son singularmente conmovedores. El rey se llama a sí mismo hijo de Atón, pero con un sentido muy distinto al de sus predecesores que se hacían hijos de Amón: en lugar de la teogamia, una creación renovada cada día, como "imagen" del dios. El rey es también su profeta y recibe revelaciones sin intermediarios: "Tú estás en mi corazón; no hay nadie más que te comprenda, nadie, excepto yo, que soy tu hijo." Así iluminado, el hombre no grita únicamente su amor y su confianza en una efusión de agradecimiento, sino que se apasiona, se exalta, sometido por completo y deseando someterlo todo a las impresiones que siente. Quiere actuar y actúa con una energía sorprendente en un ser que sus estatuas muestran físicamente débil. Para unos el caso es una muestra de la psicología de los grandes inspirados, para otros casi raya en la psiquiatría, aunque el análisis del hecho sobrepasa seguramente los medios de que dispone el historiador.

Comparada con las anteriores, la teología atoniana llama la atención por su carácter directo y simple. Nunca se representa a Atón como un hombre, un animal o un híbrido, sino tal como todos vemos cada día al sol, en forma de disco, al que se añadían algunos escasos símbolos: la serpiente erguida y, en la extremidad de los rayos solares dirigidos hacia la tierra, pequeñas manos que cogen las ofrendas depositadas en los altares o que presentan ante el rostro del rey la tradicional cruz en forma de asa, signo benéfico de "vida". De esta manera el dios actúa solo, sin divinidades interpuestas; no tiene familia ni grupo subalterno; es el único demiurgo y el único dispensador cotidiano de la fuerza vital a todo lo que existe y que, por su gracia, renace cada aurora. Por ello la naturaleza entera le expresa su gratitud por el libre uso que puede hacer del calor reencontrado: los

los humanos ocupándose en sus trabajos, los animales pastando, las aves brincando y cantando en sus nidos, las naves subiendo y bajando por el río, los peces saltando, todo en comunión con la universal armonía por él deseada y de la que es el supremo ordenador.

Lógicamente esta concepción implicaba el monoteísmo, y el rey no dejó de darse cuenta de ello, aunque el atestiguarlo con actos concretos, era ya otra cosa. Por ejemplo, Maat, la Justicia-Verdad, fue siempre conservada como expresión de una inquietud moral ya inseparable del poder monárquico. También, al menos al principio, parece que fue buscado un compromiso con Ra. ¿Compromiso teológico, porque siendo un culto solar no podía separarse fácilmente de la doctrina heliopolitana? ¿Compromiso táctico para obtener la ayuda del sacerdocio de Heliópolis en contra del tebano? No es posible dilucidarlo y de todas maneras estas precauciones no perduraron. Exceptuando los dos casos citados, el politeísmo tradicional fue renegado.

El profeta de Atón, usando sus prerrogativas reales, al mismo tiempo que generalizaba el culto rendido a su dios, suspendió en todas partes los cultos que organizaba y costeaba el Estado y que él ya no quería reconocer. No podía impedir la devoción privada y de hecho en la medida en que ha podido dejar su rastro, es decir, sobre todo en lo relacionado con el culto a los muertos, se mantuvo inalterable. Pero los templos privados de recursos se arruinaron, los sacrificios y las fiestas casi dejaron de celebrarse; cesó de reclutarse el personal sacerdotal, que fue dispersado. La relación con el Estado que había hecho la fuerza de las antiguas divinidades, se fue debilitando, y por ello la base temporal sobre la que el culto estaba montado, se desmoronó.

Esta indiferencia para con Amón se convirtió en franca persecución. Sin embargo, el dios y su clero ocupaban posiciones demasiado sólidas y provechosas para dejarse expulsar fácilmente: abierta o secreta, pero siempre peligrosa, su resistencia dio lugar a la intolerancia. Desde el cuarto año de su reinado el faraón había cambiado su nombre de Amenofis, "Amón está satisfecho", por el de Akhenatón, "servidor de Atón", y los miembros de su corte abandonaron también sus nombres amonianos, para tomar otros, relacionados con el nuevo dios. Tebas perdió su rango de capital en provecho de una nueva ciudad, Akhetatón, "horizonte de Atón", surgida de la nada en el Egipto Medio. Después, al abandono sucedió la persecución: por todas partes los santuarios de Amón fueron clausurados y sus sacerdotes dispersados y perseguidos. Para quitarle toda posibilidad de resurgir, se emprendió la destrucción de sus imágenes y su nombre fue borrado de todos los monumentos del país, llegando este vandalismo hasta las tumbas y los obeliscos; algunas de las imágenes y signos proscritos han llegado hasta nosotros sólo por la negligencia de los cumplidores de tales órdenes.

El fracaso llegó pronto para la fantástica empresa, sin que conozcamos sus profundas razones. Una vez más la interpretación histórica, disponiendo únicamente de documentos oficiales, no puede apreciar su sinceridad, ni la medida en que reflejan los verdaderos sentimientos de los fieles. Se adivina la hostilidad de los intereses lesionados, en especial de las numerosas gentes que vivían de los templos. Asimismo se sabe que el rey, absorbido por los asuntos religiosos,descuidaba las posesiones de Asia, precisamente en el momento en que estaban más y más amenazadas. El propio Akhenatón, al final de su reinado, empezó, sin duda, a ceder, y cuando murió, después de una veintena de años de gobierno, su obra fue rápidamente deshecha. Sus inmediatos sucesores, entre los que se cuenta Tut-ankh-atón, "imagen viva de Atón", que cambió su nombre por el de Tut-ankh-amón, se contentaron con medidas ambiguas. El definitivo triunfo de la ortodoxia sobre la herejía se señaló por la accesión al trono de Horemheb, apoyado por el sacerdocio tebano. En ese momento, Akhenatón y su dios sufrieron persecución en sus imágenes y en las inscripciones que les nombraban. El lugar que ocupaba su capital fue maldito, y modernamente, con el nombre de El-Amarna, se ha hecho famoso por sus hallazgos arqueológicos.

Restaurado en su puesto de dios dinástico, Amón recobró, y extendió aún, su dominación sobre Egipto y su dominio absoluto del gobierno. Su culto llegó a tener un esplendor y su clero una riqueza y un poder, infinitamente más fuertes que antes de la revolución que en forma efímera les había desposeído. Sólo la anarquía, el traslado de la monarquía a la región del Delta y la conquista extranjera pudieron poner término a esta hegemonía tan absoluta.

2. EL MÁS ALLÁ

La creencia en la inmortalidad.

Es evidente que preocupándose muy poco de las teologías eruditas, el egipcio del pueblo, aunque sin adherirse a una determinada doctrina, sintió mucho interés por lo concerniente al futuro destino de los hombres.

Desde la Prehistoria hasta el fin de la Antigüedad, los cadáveres siempre recibieron cuidados especiales. Se inhumaba al muerto según los ritos, se le rodeaba en su tumba de objetos familiares, de imágenes y de textos evocadores, y los descendientes cuidaban de llevarles ricas ofrendas. Tales prácticas prueban la continuidad y la generalidad de la creencia en la vida sobrenatural; ésta domina, de uno a otro extremo de su historia, algunas de las más poderosas manifestaciones de la civilización egipcia. En el terreno artístico aparece este hecho con una fuerza que no hay necesidad de ponderar. Sin duda no hay sutilidad excesiva en ver en esta creencia, una de

las explicaciones del optimismo que ya hemos señalado como un rasgo importante de la psicología egipcia.

Es cierto, que algunos textos literarios nos dan una visión distinta, por ejemplo, la *Disputa con su espíritu de un hombre cansado de la vida*, conocido por un papiro único, y, sobre todo, los *Cantos del arpista*, grabados en algunas tumbas de los Imperios Medio y Nuevo junto a la imagen de un tocador de arpa. Se encuentra en ellos, después de la constatación de que las tumbas son destructibles y destruidas, pasajes en los que las negaciones, o al menos el escepticismo, conducen al *carpe diem*: "Nadie vuelve de allá abajo que pueda decirnos cómo es aquello, que nos diga las cosas de que los que están allí tienen necesidad, para tranquilizar nuestros corazones hasta el momento en que nos vayamos también adonde ellos se han marchado. Por ello, pues, alégrate, sigue tus deseos mientras vivas... Las quejas en las tumbas no salvan a nadie. ¡Vive un día feliz! ¡No te inquietes! Convéncete, nadie puede llevarse sus bienes consigo; de los que han marchado, nadie vuelve..."

Pero estas negaciones -que son asimismo un llamamiento al buen humor y no al pesimismo- son bastante excepcionales. La transcripción de tales poemas en las tumbas es suficiente para probar que no se interpretaban como cosa cierta las dudas que expresaban. Casi unánimemente el Antiguo Egipto rehusó el desesperar al hombre haciendo de la muerte un fin sin mañana. De manera ardiente, creyó que se trataba sólo de un pasaje hacia otra vida, y en esta promesa el fellah podía encontrar una amplia consolación a su miseria en este mundo. No es que este tránsito estuviese exento de amenazas, ni que la vida eterna fuese muy divertida; pero al menos el futuro no era ni la nada ni el infierno.

No quedaba bien precisada la idea del más allá, aunque es lógico pensar que la masa del pueblo no debía sentir mucho esta inquietud. Le eran suficientes algunas recetas prácticas más o menos relacionadas con una determinada doctrina; en lo que queda evidente el atractivo constante que en ella ejerció la magia. En cuanto a la doctrina en sí misma, se contentaba en buscar en ella algunas vagas seguridades, sobre las cuales su imaginación fantaseaba libremente, sin preocuparse mucho por eventuales contradicciones.

La democratización de las doctrinas sobre la otra vida.

El campo de la vida ultraterrena se abría a las especulaciones de los doctrinarios, que lo aprovecharon ampliamente. Siendo la inmortalidad propia de la divinidad, intentaron poner de acuerdo sus ideas sobre la muerte con sus sistemas teológicos. No obstante, su libertad de movimiento en este terreno conoció unos límites más estrechos que en el terreno propiamente teológico, pues tuvieron que contar con el sentimiento popular, en esto menos complaciente que en otras cosas. Las concesiones que tuvieron que hacer a este sentir del pueblo, constituyen un caso único en la historia de la civilización

egipcia.

Siendo como ésta era de esencia estrictamente jerárquica y para lo que se refiere a la existencia terrestre tan provechosa para las clases dirigentes, como dura para las humildes, tuvo que acabar aceptando para la existencia del más allá, principios completamente diferentes.

En este aspecto existe una marcada e innegable evolución. A cada una de las tres grandes épocas faraónicas corresponde una extensa serie de textos funerarios que acompañan al difunto en su tumba y permiten hacernos una idea de la vida futura que le espera. Para el Imperio Antiguo, los "textos de las pirámides", grabados sobre los muros de estas tumbas a partir del fin de la V dinastía (hacia 2500 a. de J. C.) y durante la VI; para el Imperio Medio, a partir de la XI dinastía (un poco antes de 2100), los "textos de los sarcófagos", pintados en las paredes de éstos; para el Imperio Nuevo (desde cerca de 1500) y para los tiempos posteriores, los "libros de los muertos", rollos de papiro cubiertos de escritura y de ilustraciones que se depositaban junto a las momias. Las diferencias entre estos tres grupos de textos son muy grandes. Ninguno de ellos es completamente nuevo, de una a otra serie se transmiten pasajes a veces bastante largos, completos o fragmentados. Los "textos de las pirámides" contienen seguramente fragmentos mucho más antiguos que la época en que fueron transcritos. Por otra parte ninguno de ellos llega a una perfecta coherencia interna; el trabajo de mosaico ha yuxtapuesto más que armonizado. A pesar de estas supervivencias y coincidencias, se desprenden tres concepciones irreductibles entre sí. Para definir el sentido general de esta evolución algunos autores han hablado de "democratización" y aunque esta palabra tiene el inconveniente de proceder del vocabulario político moderno, expresa bien la idea exacta: como que los doctrinarios debían satisfacer las aspiraciones sentimentales de la masa, tuvieron que transformar su concepción del más allá y ampliar en forma singular su campo de aplicación.

La doctrina solar del Imperio Antiguo.

Para el período del Imperio Antiguo, ignoramos en absoluto la suerte reservada a los pobres después de su muerte. Debía ser muy modesta. Su humildad estaba agravada por la ostentación que rodeaba la existencia del faraón. La categoría de dios sobre la tierra que éste tenía, no podía decaer ni morir. Cuanto más su poder siguiese siendo grande, más Egipto, al que continuaría otorgando su protección, disfrutaría de ventajas. El esfuerzo monstruoso que representa la construcción de las grandes pirámides, no puede comprenderse sin esta convicción. Los "textos de las pirámides", transcritos más de dos siglos más tarde, no se ocupan más que del destino del rey, que es seguramente el único que interesa a los sabios que los redactan.

Insisten sobre el carácter divino del soberano muerto y sobre la grandeza de su actuación.

Pero acerca de la definición dada de esta divinidad y sobre los aspectos que reviste, las versiones difieren entre sí y los egiptólogos están en completo desacuerdo en cuanto a su interpretación. Dejando a un lado al "gran dios" que podría no ser ni Osiris, ni Ra; apartando también las huellas confusas de una doctrina estelar, quedan dos ideas, frecuentemente colocadas una al lado de la otra y a veces fusionadas, y en realidad de origen distinto.

Unas veces estos textos asimilan el rey muerto a Osiris, aunque contengan insinuaciones contra este dios e incluso ataques directos contra las divinidades de su grupo. Pero Osiris queda también glorificado y, como antiguo rey de Egipto, prototipo de dios muerto y de rey muerto, con la inmortalidad asegurada por la piedad filial de Horus, todo está preparado para que el faraón- el mismo Horus mientras vivía y sustituido en la tierra por el nuevo Horus que es su hijo y sucesor- se convierta a su vez en Osiris. Con esta calidad, gobierna sobre “el Occidente”, el reino de los muertos.

Otras veces esta doctrina osiríaca está suplantada por otra más antigua y mucho más extendida, directamente relacionada con la teología de Heliópolis. En ella Osiris ya ha podido introducirse en las concepciones funerarias, pero no ha podido imponerse plenamente. Aquí el faraón sube al cielo para identificarse con el dios Sol-Ra, del que a veces se le presenta como superior. Como tal, gobierna un reino celeste dividido en dos regiones, como la tierra de Egipto. Este último detalle, con ser tan pequeño, aclara el razonamiento que permitió extender el beneficio de la doctrina solar a otros hombres. En efecto, el paralelismo establecido entre el reino terrestre y el celeste invitaba a imaginar idéntica su organización. Hacía falta, pues, al soberano muerto, una familia, una corte y una administración tal como tenía en vida y lo más simple era reconstituir en el más allá lo mismo que le había rodeado en la tierra. Se tomó la costumbre de otorgar a aquellos que se quería atestiguar su aprecio, el terreno y la autorización necesarias para hacerse inhumar junto al faraón, según sus mismos ritos, en monumentos más pequeños pero del mismo tipo que el suyo. De esta manera estos privilegiados continuaban compartiendo con él su vida gloriosa. Una vez abierta esta brecha para introducir algunos amigos y compañeros escogidos, era fatal que se fuera ensanchando.

Pero antes de explicar el proceso de esta ampliación, merece señalarse otro corolario de la doctrina. Para convertirse en Ra, el rey debía tener la "boca justa" y ser "justo de voz", y durante el viaje hacia su reino celeste tenía que sufrir el examen de un barquero. Es posible que estas precisiones implicaran la idea de un juicio moral sobre los actos de su vida terrena. Pero esta interpretación no se impone de una manera absoluta, pues por lo que conocemos el procedimiento de justificación hacía un uso muy amplio de fórmulas de las que era suficiente asegurarse el

conocimiento. El faraón tenía asegurado automáticamente el paso de su reino terrenal al del más allá. En cuanto a los cortesanos, llamados a seguirle y que tenían necesidad de afirmar que habían siempre obedecido a la justicia, podían fácilmente con ello entender la justicia real, lo que para ellos equivalía a llamarse buenos servidores. En realidad, la noción de un deber moral imponiéndose, por la sanción de la divinidad, a los grandes de este mundo, empezaba quizá a introducirse, aunque no parece que ya hubiese triunfado. El germen estaba lanzado y tendrá un ulterior desarrollo, aunque sufriendo la competencia de la magia, siempre presente y destinada a gozar de gran predicamento.

La generalización de la doctrina solar.

Al principio la posición de los que compartían la vida solar del rey, quedaba claramente subordinada, pero el debilitamiento de la monarquía al final del Imperio Antiguo provocó la anarquía incluso en este aspecto. Algunos altos personajes no retrocedieron ante la usurpación completa. Las inscripciones de sus tumbas, sin preocuparse por una jerarquía de la que se estaban sacudiendo el yugo, proclamaban su asimilación personal al Sol; la anarquía celeste era la consecuencia y el reflejo de la anarquía terrestre. Al propio tiempo, al relajarse en todas partes la disciplina administrativa y social, el restringido número de privilegiados de un principio, se acrecentó considerablemente. Ya fuese por la complacencia de sus superiores o por su propia autoridad, los pequeños funcionarios se aseguraron el beneficio de la eternidad gloriosa. Al propio tiempo su ejemplo fue seguido por simples particulares y en último término los ritos funerarios concebidos al principio para el rey solo, fueron divulgados y practicados por todos. Esta evolución fue consagrada por el Imperio Medio que, como se ha visto, organizó el país como una inmensa administración, donde cada hombre en su rango cumplía la tarea que el Estado le asignaba. Habiéndose generalizado la función pública en una sociedad nuevamente organizada, cada uno era admitido a tener su lugar en la sociedad del más allá, siempre bajo la dirección del faraón.

Los "textos de los sarcófagos", que datan de ese período, nos revelan que la doctrina solar continuaba dominando las creencias sobre la vida de ultratumba. En efecto, en ellos se hace continua mención de Ra, nombrándose raramente a Osiris y concediéndole sólo un papel insignificante. Sin duda estos textos emanaban de ciertos medios sacerdotales que continuaban aferrados a la primacía de su dios. Su transcripción en las paredes de los sarcófagos tenía un valor de talismán. Otros documentos contemporáneos -en especial los que provienen de tumbas más modestas- hablan de Osiris como del dios al que se asimilaba el muerto y del que se convertía en súbdito. Así las dos doctrinas continuaban coexistiendo, aunque la doctrina osiríaca realizaba indiscutibles progresos.

La idea del juicio moral lejos de desaparecer, se había acentuado. Hay que remontar al Imperio Medio los textos en que ya se trasluce claramente el deber del propio soberano de obedecer a Maat, la diosa Verdad-Justicia. Algunos se refieren concretamente al examen sufrido después de la muerte; he aquí, por ejemplo, las “enseñanzas” de un rey a su hijo: “El alma va hacia el lugar de los que la conocen... Los divinos magistrados que juzgan al oprimido, bien sabes que no son blandos... a la hora de aplicar la ley." Este juicio continuaba atribuyéndose a Ra, pero ya empezaba a entremezclarse con él la idea osiríaca, pues, aludiendo a un episodio de la vida del dios - un proceso en el que su derecho a la realeza había sido reconocido contra las pretensiones de Seth-, una denominación corriente del difunto es "Osiris el de la voz justa".

Parece que estas perspectivas parecían demasiado severas a la generalidad de los egipcios. Sólo las encontramos verdaderamente afirmadas a propósito del rey e incluso entonces la mención de ritos o de invocaciones reduce con frecuencia su alcance. Más se reduce aún para los otros humanos, en los que el miedo, cuando se expresa, concierne exclusivamente al conocimiento de fórmulas preestablecidas y al cumplimiento puntual del culto ofrecido por los descendientes. Un sentimiento análogo se manifiesta en el procedimiento empleado para escapar al trabajo en la vida futura, problema que evidentemente sólo se había planteado a partir del momento en que aquélla habíase hecho accesible a todos. Bajo el Imperio Medio se empezaron a colocar en las tumbas pequeñas figuras, los "fiadores" o "respondientes" que, imágenes del propio muerto o de los servidores que se había procurado, tenían que ejecutar en su lugar las corveas a las que sería requerido en el reino de los muertos. Así la magia, o su equivalencia bajo diversas formas, tomaba un lugar cada vez más importante en las creencias relativas a la inmortalidad.

El triunfo de la doctrina osiríaca.

En el Imperio Nuevo el triunfo de Osiris es completo y la competencia con la que durante mucho tiempo había luchado no dejó otro rastro que la presencia junto al dios, de algunas divinidades que pertenecían anteriormente al grupo de Ra, la hija de éste, Maat y Toht, por ejemplo. Heliópolis perdió su prestigio en provecho de los dos centros principales del culto de Osiris: Busiris, en el Delta, antigua capital del dios durante su vida de rey, y Abydos, un poco al Norte de Tebas, donde había sido recogida la cabeza de su cadáver despedazado. La afectividad popular triunfó sobre el sistema cósmico de los teólogos.

En este sistema, los muertos vivían en el "Ocaso", el reino subterráneo de Osiris, señalándose, sólo de manera ocasional, la presencia de algunos en la barca, encima de la cual el Sol recorre las regiones del cielo. Por la noche, Ra navega en sentido inverso, aportando luz y calor a las regiones tenebrosas. Estaría fuera de lugar pedir ninguna precisión o coherencia a esta geografía

ultraterrestre, para la que se empleaban, definiéndolos mal o de manera contradictoria, términos vagos tales como "campo de cañas" o "campo de Ialú", del que los griegos hicieron sus Campos Elíseos. También son muy vagas las descripciones dadas del empleo del tiempo por los muertos. Unas veces, servidos por sus numerosos "fiadores", disfrutan de sus ocios tomándose las cosas con calma; otras, cultivan el predio que Osiris les ha concedido; a veces residen durante algún tiempo en su tumba y aún otras vuelven, pacíficos e invisibles, a distraerse con el espectáculo de los vivos sobre la tierra. Quizá, yuxtaponiendo ocupaciones tan variadas se creía dejarles la libre elección de los medios de su felicidad, o quizá una fuerza superior escogía por ellos. Pero estas ideas, en las que evidentemente confluían corrientes muy diversas por la época y el origen, hubiesen perdido mucho de su seducción si se las hubiera organizado de forma demasiado rígida.

La psicostasis y su significación.

Es bastante probable que no se quisiese ser demasiado claro en el verdadero sentido que la "psicostasis", es decir, en la "pesada de las almas", que se hacía antes de la entrada del muerto en el reino de Osiris. Nuestra lógica -en realidad debemos reconocer que es un mal instrumento en este caso- estima como inconciliables las dos concepciones principales que en ella se reflejan. Por una parte se pensaba que todo difunto estaba sometido a un juicio severo; por otra, se proporcionaba a cada uno, incluso al culpable, las fórmulas para asegurarse un veredicto favorable. Por este camino, principios morales y creencias mágicas se encontraban cara a cara.

Los primeros no dejaban de ser importantes. Osiris, sentado en su trono, presidía la escena, y un monstruo pavoroso, "la devoradora", acechaba su sentencia, que le entregaría al condenado. En los platos de una gran balanza, el corazón del difunto y la pluma de Maat debían equilibrarse para conseguir la gracia tan deseada. Conjunto de símbolos, a veces ingenuos, pero siempre emocionantes. El corazón del difunto llamado a "atestiguar" contra sí mismo si era conveniente; la idea no es banal ni mediocre. Sin embargo, lo importante hubiese sido que su testimonio fuese libre, cosa que no ocurría.

Sin esperar el juicio, el difunto tomaba la delantera, procediendo a dos "confesiones negativas". En la segunda, la más completa, dirigiéndose a cuarenta y dos jueces negaba haber cometido cuarenta y dos pecados que procedía a enumerar. La lista era larga y entremezclada, sin orden lógico, las ofensas a los dioses se juntaban con los crímenes contra las autoridades laicas, las ofensas contra los bienes y las personas con las faltas morales propiamente dichas. El ideal así minuciosamente descrito por contraste, no está falto de un elevado sentido de la conciencia a la vez social e individual. Pero en su propia perfección no dejaba de ser bastante utópico. El desfile de

pecados se proseguía de manera imperturbable y el muerto no olvidaba interpelar a sus jueces por sus verdaderos nombres, que afirmaba conocer y cuyo conocimiento era suficiente para otorgarle una cierta confianza en ellos. En este punto, a pesar de su aspecto feroz, el Tribunal sufría con esta interpelación una especie de coacción.

Quedaba la balanza, episodio final quizá añadido. El corazón cuyo peso no debía sobrepasar al de la pluma era objeto de conjuros tan rápidos que se convertían en deprecaciones: "Oh, corazón mío, corazón de mi madre...! No te levantes contra mí como testigo; no te opongas a mí; no peses contra mí; no digas... "

El Libro de los Muertos, del que existen numerosas versiones, y que, junto a otras muchas cosas, ofrece los detalles que acabamos de resumir, tiene por título auténtico: *Fórmulas para salir de las dificultades*. Título que define maravillosamente el espíritu de esa compilación desordenada, que aportaba a los difuntos todas las indicaciones necesarias para triunfar en las innumerables asechanzas, materiales o espirituales, que le esperaban a lo largo del camino hacia el "Ocaso". La psicostasis no contrarresta este conjunto, a pesar de las glosas de que ciertos exégetas modernos la han querido rodear. Su idea podía y debía inquietar al hombre en las cercanías de la muerte, pero siempre quedaba el recurso de que una memoria atenta, ayudada por el gran número de papiros que se ponía junto al cadáver, permitiera sobrepasar las dificultades, mediante la recitación de las palabras adecuadas. ¿Cómo descartar la palabra "magia" y dejar de constatar que el empleo de estas fórmulas era nefasto para el comportamiento en la vida terrena? No hay que decir que el creyente era incitado a no cometer faltas, con lo que su salvación futura sería aún más segura, pero no existía ninguna clase de reserva respecto a la eficacia de las fórmulas, de las que incluso los culpables y relapsos cuidaban de proveerse.

La civilización del Egipto faraónico definió una moral, relacionándola desde sus orígenes con la noción de vida futura y utilizando las posibilidades de sanción que ésta le ofrecía. Sin embargo, ella misma se ingenió para descubrir y divulgar los medios de escapar a esa posible sanción. ¿Dónde va a parar en la práctica, la moral?

3. EL CULTO

Inevitablemente, el proceso indicado aumentaba aún la importancia del culto, es decir, de los ritos. El culto tenía que ser fastuoso, puesto que, próspero por la gracia de los dioses, Egipto debía testimoniarles su agradecimiento. Pero al de las divinidades se juntaba el culto a los muertos, que era indispensable a su vida de ultratumba, y aunque no se admitía que la mayoría de los difuntos

pudiesen desplegar ninguna maldad para con los vivos, la solidaridad de las sucesivas generaciones no dejaba que los oficios se interrumpiesen.

Culto divino y culto funerario presentaban más de un rasgo común, lo cual no puede sorprender. Los ritos funerarios habían sido fijados para el uso del rey muerto, con el fin de eternizar su poder bienhechor para Egipto, mucho antes de que pudiesen ser aplicados a otros y, por último, a todos. Dicha similitud tuvo por origen la influencia sobre los dos rituales de las más importantes doctrinas, la de Ra y, en especial, la de Osiris. Incluso para el culto de los otros grandes dioses el ritual estaba lleno de ideas osiríacas y, *a fortiori*, el culto de los muertos. El rápido esquema que vamos a exponer, podrá sólo sugerir algunas comparaciones.

El culto divino

A pesar de la variedad que podía afectarle según los dioses y los santuarios, el culto divino obedecía a reglas generales tanto en sus principios como en sus manifestaciones. Respondía a la certeza de que el dios tenía las mismas aspiraciones que un ser humano. El templo era su casa, animada por una multitud de servidores, de los que únicamente los de más categoría tenían acceso a la cámara privada, en la que el dios habitaba bajo la forma de su estatua. Como un hombre, tenía necesidad de atenciones solícitas, de comodidades y de lujos, alimentos y bebidas, calma y sueño, también de distracciones y fiestas. Todo le estaba asegurado en nombre del rey, que le ofrendaba dádivas generosas y que, si estaba presente y era su gusto, oficiaba como sacerdote que era, en todas partes, por derecho propio.

Cada mañana, con gestos consagrados, postraciones, plegarias, himnos y purificaciones de incienso, se cumplían actos idénticos en todos los santuarios. El sacerdote procedía a la apertura de la cámara divina, "despertaba" al dios y le presentaba, primero, el "ojo de Horus", perdido por éste en su combate contra Seth, encontrado y ofrecido por él a su padre Osiris, y después, una estatuilla de Maat, hija de Ra. A continuación le lavaba y vestía, le adornaba y le ungía de perfumes. En último lugar se hacían las ofrendas del alimento y la bebida, apetitosas y variadas, presentadas en una mesa o en una estera ante la estatua. En horas determinadas, a lo largo del día, la cámara se abría de nuevo para servir otra comida, más o menos abundante. Llegada la noche, se le arreglaba, se cerraba herméticamente el santo lugar y la divinidad se entregaba al sueño.

Los actos materiales de matanza y descuartizamiento de animales parece que no interesaban a los dioses, por lo que no existían los sacrificios sangrientos. Sin embargo, en el momento de la oferta de los manjares el oficiante manejaba simbólicamente una maza; su gesto conservaba, sin duda, el recuerdo de un tiempo pasado en que las ceremonias seguramente no excluían el prosaísmo de los preparativos.

Las fiestas alegraban la existencia del dios recluso. La mayor parte, muy mal conocidas, parecen haber tenido por episodio principal una procesión al aire libre o, al menos, en el patio del templo, donde los fieles tenían acceso. Visible normalmente sólo para algunos privilegiados, la estatua participaba en estas fiestas, instalada - como Ra en el cielo - en una barca llevada a hombros de servidores del templo. En estos momentos, aunque también en otras circunstancias y modalidades, el dios respondía a las preguntas de los laicos, dando sus oráculos por las oscilaciones de su cuerpo, que los sacerdotes sabían interpretar.

Los documentos aún mencionan otras fiestas especialmente importantes o populares. Mencionamos aparte las fiestas reales, religiosas también, pues el faraón era un dios sobre la tierra, con sus sacerdotes, su culto cotidiano y sus himnos propios; entre sus fiestas destacaban las de la entronización de Memfis, los aniversarios y, en especial, las fiestas sed, que periódicamente renovaban su energía divina. En cuanto a las grandes fiestas de los santuarios locales, con la variedad y las particularidades de su ceremonial, en la medida en que podemos reconstruirlos, desafían toda descripción y, a veces, son de imposible interpretación. Algunas duraban muchos días, con desplazamientos en pomposos cortejos de dioses navegando por el Nilo, rindiendo o recibiendo visitas. La mayor parte se acompañaban con escenas mímicas, quizá recitadas, que evocaban la leyenda del dios, escenificada por un grupo más o menos numeroso de figurantes. En este aspecto, la leyenda más explotada, por ser la más emocionante y la más popular, era la de Osiris. En ella se inspiraban numerosas fiestas, siendo notables las de Abydos, calificadas de "misterios" por Heródoto. Pero tanto los viejos griegos como los textos egipcios son muy poco explícitos acerca de las revelaciones que los asistentes a estas fiestas recogen y que quizá les aseguraban por avanzado su futura resurrección.

Ritos funerarios y culto a los muertos.

Esta resurrección exigía el cumplimiento de ritos que satisfacían las condiciones materiales de la vida sobrenatural y que, a diferencia de las condiciones morales, no podían olvidarse bajo ningún pretexto.

En principio lo importante era conservar el cuerpo, con el fin de que el alma, que de él se había separado por la muerte, pudiese volver a él de manera durable. Para más seguridad se colocaban también en la tumba estatuas que servían para reemplazar el cuerpo, aunque para el alma siempre era preferible el propio cuerpo humano. Por su putridez tenía que ser transformado en momia según una técnica descubierta y aplicada por primera vez en el cadáver de Osiris. Comprendía una serie sucesiva de operaciones: extracción de las vísceras, que se recogían en los vasos "canópicos"; desmembramiento del cadáver a ejemplo del de Osiris; baño prolongado

en una solución de sales minerales; unción del cuerpo con productos resinosos y aromáticos; reconstitución de su forma con tampones de tela y de paja; fajamiento con múltiples bandas de lino; fases ejecutadas por otros tantos profesionales considerados como sacerdotes, aunque de rango muy inferior. Desecadas y protegidas por el clima de Egipto, millones de momias han triunfado así del tiempo; las hay que remontan al Imperio Antiguo, aunque los procedimientos de embalsamamiento tardaron todavía un milenio y medio en perfeccionarse.

Después venían los funerales con un cortejo de parientes, figurantes divinos y lloronas; la navegación por el Nilo -como Osiris-, la lenta subida hacia las necrópolis en los acantilados occidentales y el depósito del sarcófago en la tumba concebida como la casa del muerto. Por último, un sacerdote, que representaba a Horus, procedía a algunas operaciones mágicas, la principal de las cuales era la "apertura de la boca y de los ojos", destinados a devolver al difunto el ejercicio de sus funciones vitales; luego, la tumba era cerrada y se lanzaban terribles imprecaciones contra cualquiera que violara su paz.

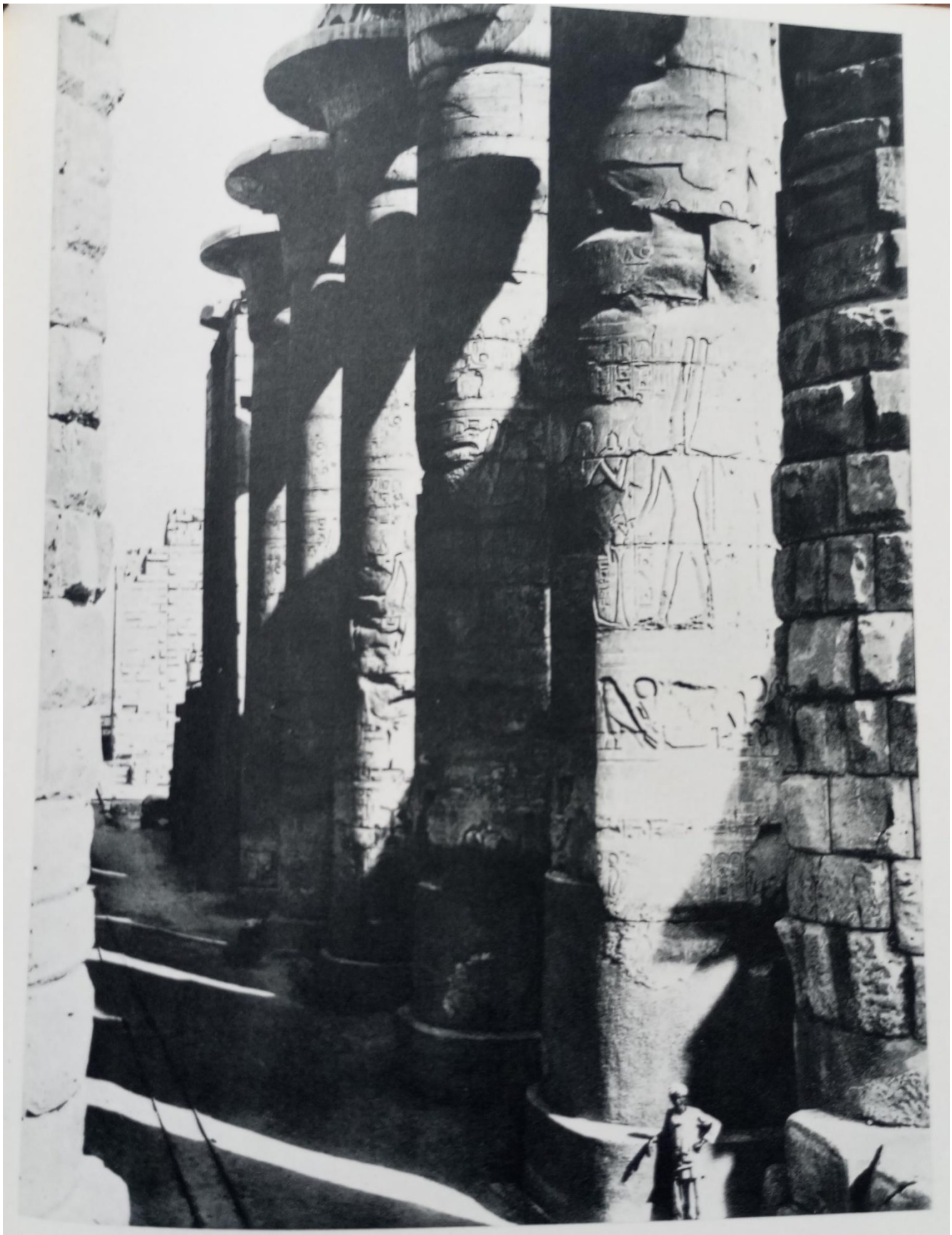
Las exigencias de los muertos no se reducían a la ejecución de estos ritos fúnebres. Tenían necesidad de alimentarse, y numerosos textos hablan del hambre y la sed de los muertos abandonados, reducidos a la más miserable mendicidad. Es evidente la necesidad de ofrendas alimenticias que se tenían que acompañar de gestos rituales y de plegarias; constituían una obligación para el hijo, después para el hijo de éste, en una sucesión sin fin. Estas ofrendas eran llamadas "el ojo de Horus", como el símbolo presentado todas las mañanas a la estatua divina en el templo, y eran asimismo el paralelo de los presentes a las divinidades. En la práctica, los descendientes podían ser sustituidos; con este fin los templos funerarios reales tenían sacerdotes y rentas especiales. Sin embargo, en la vida, no hay recuerdo que no se borre ni fundación piadosa que no acabe siendo confiscada. Los muertos eran frecuentemente expoliados de sus tumbas y tan sólo una mínima parte ha sido violada por los modernos arqueólogos. La caza de los ladrones de sepulturas fue el principal objetivo de la policía de todos los faraones que quisieron hacer reinar el orden. ¿Qué pensaremos de los momentos en que el debilitamiento de la administración dejaba campo libre a los desvalijadores de objetos preciosos depositados junto a los sarcófagos?

Todo lo dicho concierne a los poderosos y ricos, el cuidado de cuyos cadáveres no ofrecía a los herederos ninguna clase de problemas financieros. Los documentos no hablan de otros, y es lógico suponer que en las capas inferiores de la sociedad el derecho a la inmortalidad ofrecía tales dificultades prácticas que quizá sólo fue teórico. Se encuentran sus momias, mucho más modestas, usurpando los lugares libres en las tumbas viejas, a veces únicamente sus huellas, pues el embalsa-

mamiento menos costoso era de menor calidad. No era suficiente disponer de un hijo que pudiese transformarse en Horus de un nuevo Osiris; era necesario que este hijo tuviese un mínimo de recursos. Como tantas otras, la sociedad egipcia hasta en el más allá tuvo sus sacrificados, siempre los mismos, los más humildes.

Religión y civilización.

Oficialmente en todos estos cultos, tanto de los dioses como de los muertos, los actos materiales no tenían valor si no estaban sublimados por la piedad sincera y la aptitud moral del oficiante. La experiencia de los fallos humanos dicta, en este aspecto, un prudente escepticismo, aunque hay que observar que este ideal siempre existió y fue ensalzado. La civilización egipcia tuvo por estructura el sistema de sus creencias, y de ellas formaban parte sus templos, las ofrendas a sus dioses, las tumbas, las ofrendas a los muertos, etc., fuese cual fuese la concepción particular que de los mismos tuviese el egipcio corriente. Éste contribuyó a construir aquellos sistemas y se esforzó en cumplir escrupulosamente los ritos. Doble tarea, demasiado pesada, incluso para un país tan rico: las exacciones sobre el producto de su trabajo aplastaron a los fellahs. Éstos pagaban con su dócil miseria el lujo de los dioses y de los poderosos y ricos, tanto vivos como muertos. El arte egipcio es una ofrenda anónima y magnífica a los beneficiarios de esta aplastante jerarquía.



13.—La sala hipóstila de Karnak.

14.—Entrada al templo de Amón, en Karnak.

CAPÍTULO IV

LOS ASPECTOS ARTÍSTICOS E INTELECTUALES

I. EL ARTE

Entre los dos armazones de la civilización egipcia, Estado y religión, la relación es tan estrecha que no se sabría decir si el arte egipcio es más religioso que regio. Lejos de oponerse, estas dos características, se complementan. El rey-dios domina toda la vida religiosa, e incluso las tumbas particulares dan testimonio de la institución monárquica. Bajo el Imperio Antiguo es el rey, propietario universal, el que concede a quien le place, el terreno y los materiales necesarios para la edificación de la tumba. Aún más adelante, los únicos particulares bastante ricos para que su monumento funerario no fuese insignificante, deben su opulencia a una carrera militar, administrativa o sacerdotal. En forma más o menos directa todos son "hombres del rey".

Ésta es, sin duda, la explicación de que las épocas culminantes del arte egipcio correspondan a los períodos de máximo esplendor de la monarquía faraónica. Disponiendo ésta de recursos muy abundantes gracias al buen funcionamiento de la máquina estatal y a la explotación de las provincias exteriores, pudo construir y dirigir obras magníficas, orientando también el sentido estético, de manera más o menos consciente, en el sentido de sus propias preocupaciones. En los llamados períodos intermedios - anarquía entre los Imperios Antiguo y Medio, invasión de los Hicksos y, más tarde, las invasiones asiria y persa -, la producción no sólo disminuía sino que declinaba en valor artístico, señalándose una decadencia paralela al desorden político y social, fruto de la ruptura de las tradiciones nacionales.

Las creaciones del Imperio Antiguo.

Así pues, el arte egipcio tuvo su evolución, que refleja bastante bien el desarrollo de la propia monarquía.

El Imperio Antiguo, creador de lo que se podría llamar el modelo y los ritos del Estado, crea ya las tradiciones y los prototipos del arte. Hay que señalar, sin embargo, una excepción: la arquitectura, pues el plano del templo tarda mucho en precisarse y las grandes pirámides reales construidas bajo la IV dinastía quedan sin réplicas. Pero ya están creados los principales modelos de columnas: las que desde Champollion se llaman "protodóricas", que, por su forma sin basamento,

con su fuste tallado en anacalados, con su capitel muy simple, evocan un tipo que los griegos popularizarán, aunque inventándolo más que imitándolo; y las columnas que figuran un haz de tallos terminados, a guisa de capitel, por una flor de loto o de papiro. La escultura alcanza una técnica notable, crea estatuas y, en las estelas y sobre los muros de los templos, hallamos los relieves que tratan los temas destinados a ser repetidos durante siglos: el rey, los dioses, la esfinge, el difunto y su familia, las ofrendas a la divinidad y a los muertos, las escenas de la vida cotidiana, etc. Para todo esto, las principales convenciones en cuanto a la representación del cuerpo humano, las actitudes, el vestido y los atributos, están fijadas desde este momento.

Como iniciador, el arte arcaico se encontró frente a dos grandes tendencias, realismo e idealismo, entre las que todo arte debe escoger. Reflexionando sobre ellas, tomó de ambas una parte variable según la destinación de su trabajo. Aunque observando la ley del tema, el arte privado conservó mucha más libertad: se conformó más con la realidad, que sin duda interpretaba, pero sin preocuparse de embellecerla en exceso; desdeñado lo que era demasiado pobre, por degradado y miserable, recogía la vida hasta en sus aspectos pintorescos y a veces humorísticos. En el arte oficial la relación fue inversa porque un exceso de fantasía no era decorosa tratándose de dioses o de reyes. Así, se partió también de la realidad observada, el retrato; pero intervino un hieratismo respetuoso, guiado por la preocupación de transportarnos a una majestad serena.

La revolución ulterior.

Cada una de las épocas posteriores se señala por un matiz propio. El Imperio Medio cumplió una gran obra de reorganización interna; sus faraones se proclamaron fieles cumplidores del sentido del deber, en nombre del cual el Estado asignaba a cada uno su puesto y su tarea en la labor colectiva. Se descubre en la cara de ciertas estatuas regias, una humanidad más sensible, también más atormentada y emocionante hasta en su rudeza; en este terreno, el realismo progresa rápidamente.

Bajo el Imperio Nuevo se efectúa un retorno hacia el idealismo; pero ahora la gracia elegante atempera la búsqueda de la noble expresión; nunca las clases dirigentes de Egipto fueron tan ricas, tan materialmente felices y estuvieron dotadas de tan amplios medios para satisfacer sus gustos refinados.

Breve, aunque total, al menos en la corte que se traslada a la nueva capital de El-Amarna, la revolución de Amenofis IV-Akhenatón se tradujo en el arte como en la doctrina religiosa, por una ardiente corriente de naturalismo. Éste no retrocedía ni ante las taras físicas, que no excusa ni en la persona del rey. Pero su sinceridad le facilita la expresión de la intensa vida espiritual que animaba al "inspirado" de Atón.

Por último, en el tiempo de las dinastías saítas, el esfuerzo para la restauración de la unidad interna y de la potencia exterior, se acompañan en el arte de una acentuada voluntad de arcaísmo. Se vuelve deliberadamente a los prototipos del Imperio Antiguo, que se imitan, haciendo sufrir al retrato realista la misma rigurosa esquematización.

El Antiguo Egipto en su arte.

Aunque efectiva, esta diversidad no destruye la profunda unidad del arte egipcio, y de todo lo que produjo se desprenden, con una fuerza impresionante, algunas enseñanzas que forman unidad con otros rasgos esenciales de la civilización faraónica.

Los principales clientes de este arte dispusieron siempre de un poder que les aseguraba el libre uso de medios cuya enormidad confunde la imaginación. Para la arquitectura sobre todo, pero también para muchas realizaciones de la estatuaria, tuvo siempre tendencia hacia lo colosal, por encima de la escala humana. También considerado en este aspecto Egipto fue la tierra de los dioses ante los cuales los hombres no medían ni su sumisión ni su docilidad. Las obras de arte más características, cuyo recuerdo se impuso ya a los viajeros griegos, obligan menos a evocar al artista que las concibió y que aseguró su ejecución, que a las multitudes que extrajeron y transportaron los bloques, pagando con su sudor doloroso los materiales enormes y preciosos.

Las obras de arte también nos atestiguan la fe que animaba a todo este pueblo: la fe en sus dioses, la fe en la vida sobrenatural de los muertos, la fe en sus soberanos; que todas reunidas justificaron sus extraordinarios sacrificios. Una fe siempre entremezclada de esperanza y, por tanto, creadora de optimismo, de alegría e incluso de fantasía. Naturalmente, el arte egipcio no se dejó llevar en todos sus aspectos por estas tendencias, pero les dio vuelo siempre que pudo, con una fresca malicia que, en el tratamiento de ciertos temas, se convirtió en una especie de rito.

1. LA ARQUITECTURA

La vivienda de los vivos

La impresión de poder está sobre todo producida por las realizaciones arquitectónicas, al menos por aquellas de las que nos quedan aún restos suficientes, pues nuestros conocimientos tienen algunos límites. Primero cronológicos: el Imperio Medio está mal representado; la mayor parte de las tumbas de este período, construidas en ladrillo, son sólo un montón informe de ruinas; los templos, aunque edificados en gran número y de manera más sólida, sufrieron posteriormente múltiples remociones.

Pero también límites lógicos. En efecto, para todo lo que estaba destinado a la vida terrestre

de los hombres, una preocupación de eficaz rapidez inducía utilizar con preferencia los materiales que se tenían más a mano. Los muros de adobe han llegado a nosotros completamente deshechos. Incluso los palacios escapan casi siempre a las tentativas de reconstrucción, pues no han dejado

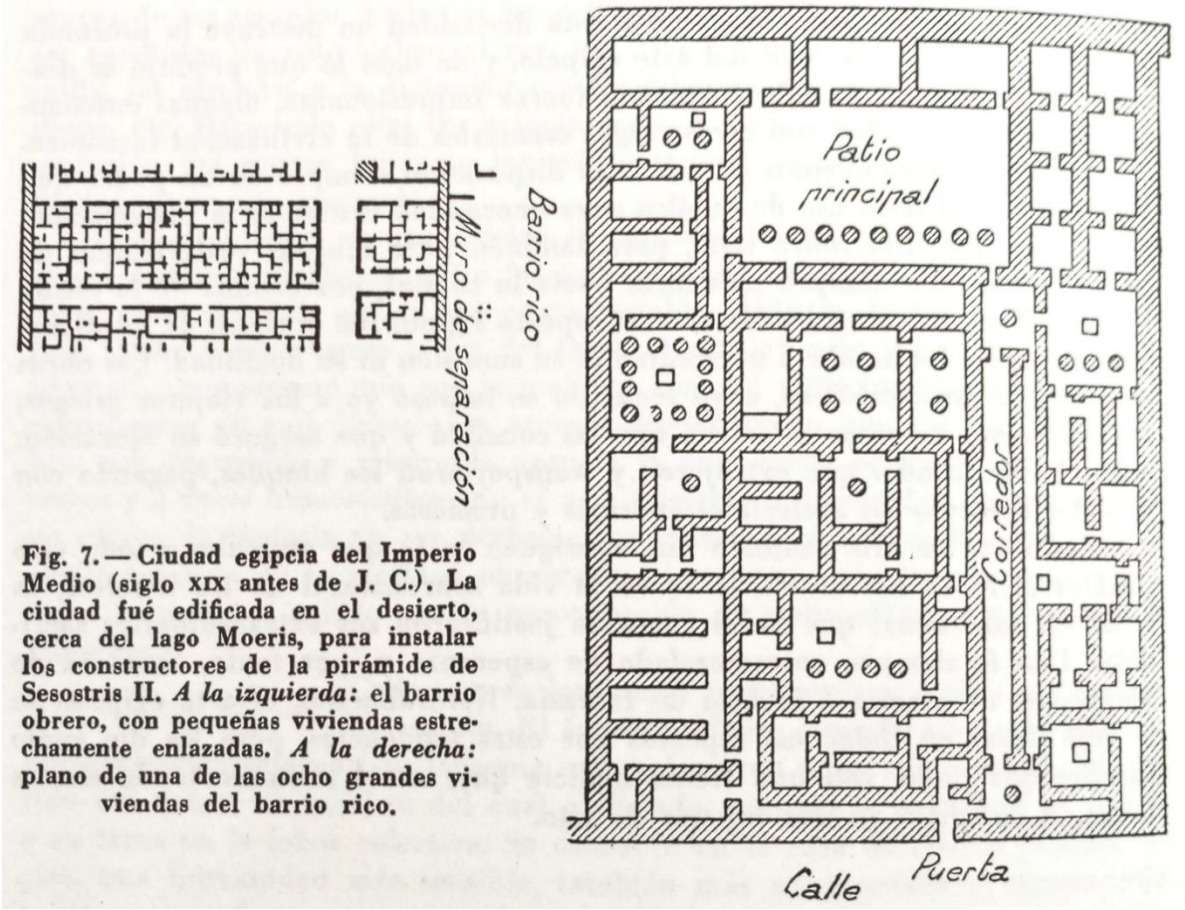
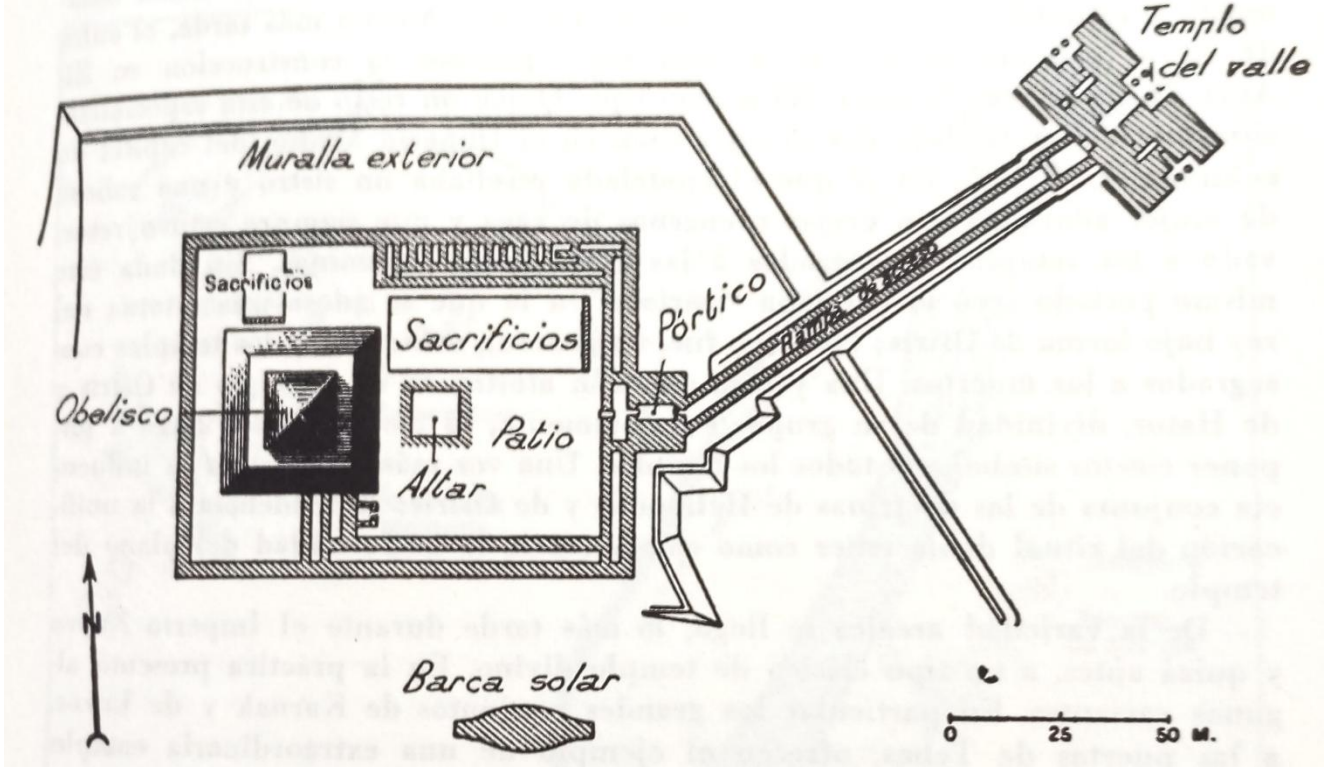


Fig. 7. — Ciudad egipcia del Imperio Medio (siglo XIX antes de J. C.). La ciudad fué edificada en el desierto, cerca del lago Moeris, para instalar los constructores de la pirámide de Sesostris II. *A la izquierda:* el barrio obrero, con pequeñas viviendas estrechamente enlazadas. *A la derecha:* plano de una de las ocho grandes viviendas del barrio rico.

más que algunos revestimientos de paredes o de suelos, algunos grandes hoyos en los que se adivina el emplazamiento de los estanques de recreo señalados por los textos; restos insignificantes ante tantas ruinas monumentales. Si así ocurre en los palacios ¿qué decir de las viviendas privadas y más aún de las ciudades?

Las excavaciones han ofrecido, sin embargo, algunas indicaciones. Por ejemplo, el lugar de una población provisional, construida bajo el Imperio Medio junto a un gran taller de construcción, ha podido ser prospeccionado cómodamente porque el fin de aquellos trabajos había provocado su abandono. Se ha podido levantar la planta de los tipos de casas construidas para el personal directivo y para los obreros; todo ello con datos insuficientes para permitir precisar en las viviendas para per-

mitir precisar en las viviendas grandes el destino de la mayor parte de las habitaciones. Limitémonos a señalar la estricta clausura de la casa hacia el exterior, el largo corredor acodalado que conduce al patio principal en el que un pórtico bordea uno de los lados largos, los pequeños



patios interiores, con columnas y estanques, las terrazas que encima de las habitaciones permitían buscar el frescor nocturno; en suma, una distribución del interior correspondiente a un doble deseo de intimidad doméstica y de comodidad. En cuanto a las viviendas populares, edificadas en un barrio especial, separado por una muralla del barrio rico, se limitaban a tres o cuatro habitaciones exiguas, formando un elemento embutido en un conjunto monótono, de planta geométrica en forma de damero.

Esta búsqueda de la intimidad doméstica o la humildad de la vivienda obrera, según la clase social de que se trate, han sido encontradas también en otras partes. No hay en ello nada que sorprenda y sea verdaderamente original. No ocurre lo mismo con los templos y las tumbas, monumentos hechos de materiales sólidos -la piedra no faltaba-, y, por definición, construidos para una eternidad, que no les ha sido negada.

El templo

El tipo del templo se fue fijando lentamente. Durante el Impe rio Antiguo parece que no era uniforme, teniendo casi cada divinidad el suyo; de este período el mejor conocido es el templo del dios-Sol, construido a cielo abierto, como por su esencia le convenía. En éste la estatua divina estaba reemplazada por un símbolo solar puesto sobre un ancho basamento piramidal, que es el precedente del obelisco. Mucho más tarde, el culto de Atón preconizado por su profeta regio provocó la construcción en El-Amarna de un templo solar del mismo tipo. Quizá un resto de esta especialización original se tradujo por la aparición, en el Imperio Medio, del capitel de columna "hatórica", en el que el modelado resaltaba un sistro y una cabeza de mujer adornada con orejas o cuernos de vaca y que siempre estuvo reservado a los templos consagrados a las divinidades femeninas. Sin duda este mismo período creó la columna "osiríaca", a la que se adosa una estatua del rey bajo forma de Osiris; este tipo fue, en general, utilizado en los templos consagrados a los muertos. Una y otra creación atestiguan el prestigio de Osiris y de Hator, divinidad de su grupo. Paralelamente, la teología solar llegó a imponer ciertos símbolos a todos los templos. Una vez más se constata la influencia conjunta de las doctrinas de Heliópolis y de Osiris: la tendencia a la unificación del ritual debía tener como consecuencia la uniformidad del plano del templo.

De la variedad arcaica se llegó, lo más tarde durante el Imperio Nuevo y quizá antes, a un tipo clásico de templo divino. En la práctica presentó algunas variantes. En particular los grandes conjuntos de Karnak y de Luxor, a las puertas de Tebas, ofrecen el ejemplo de una extraordinaria complejidad, porque numerosos faraones quisieron señalar en ellos su reinado con construcciones personales, a base de agrandar o desdoblar algunas partes de las obras de sus predecesores. Con todo es fácil obtener un esquema general, tanto más válido porque se encuentra realizado en estado casi puro en más de un caso, aún en fechas muy tardías como, por ejemplo, bajo las dominaciones macedonia y romana.

Saliendo de la ciudad o del río, conducía al templo un camino empedrado, bordeado de dos líneas de estatuas de esfinges, a veces con cabeza de carnero, animal consagrado a Amón y, por consiguiente, apropiado para introducir en el santuario de este dios. Al extremo de esta avenida se levantaban, procedentes del culto solar, dos elevados obeliscos monolíticos - su extracción, transporte y erección constituían acontecimientos dignos de recordarse -, cortados en su punta en forma de pirámide. Se llegaba así al recinto que, rodeado de gruesas murallas, cercaba la casa del dios, que era su templo. Esta vivienda había conservado, a causa del poder de su propietario, el aire exterior de la fortaleza. Se entraba en ella por una puerta flanqueada a ambos lados por la alta y

ancha masa de un pilono al que se adosaban estatuas colosales del faraón constructor.

Dicha puerta daba acceso a un gran patio bordeado de pórticos con columnas. Únicamente en este lugar se podía admitir a la muchedumbre, en ocasión de las grandes fiestas en las que, durante

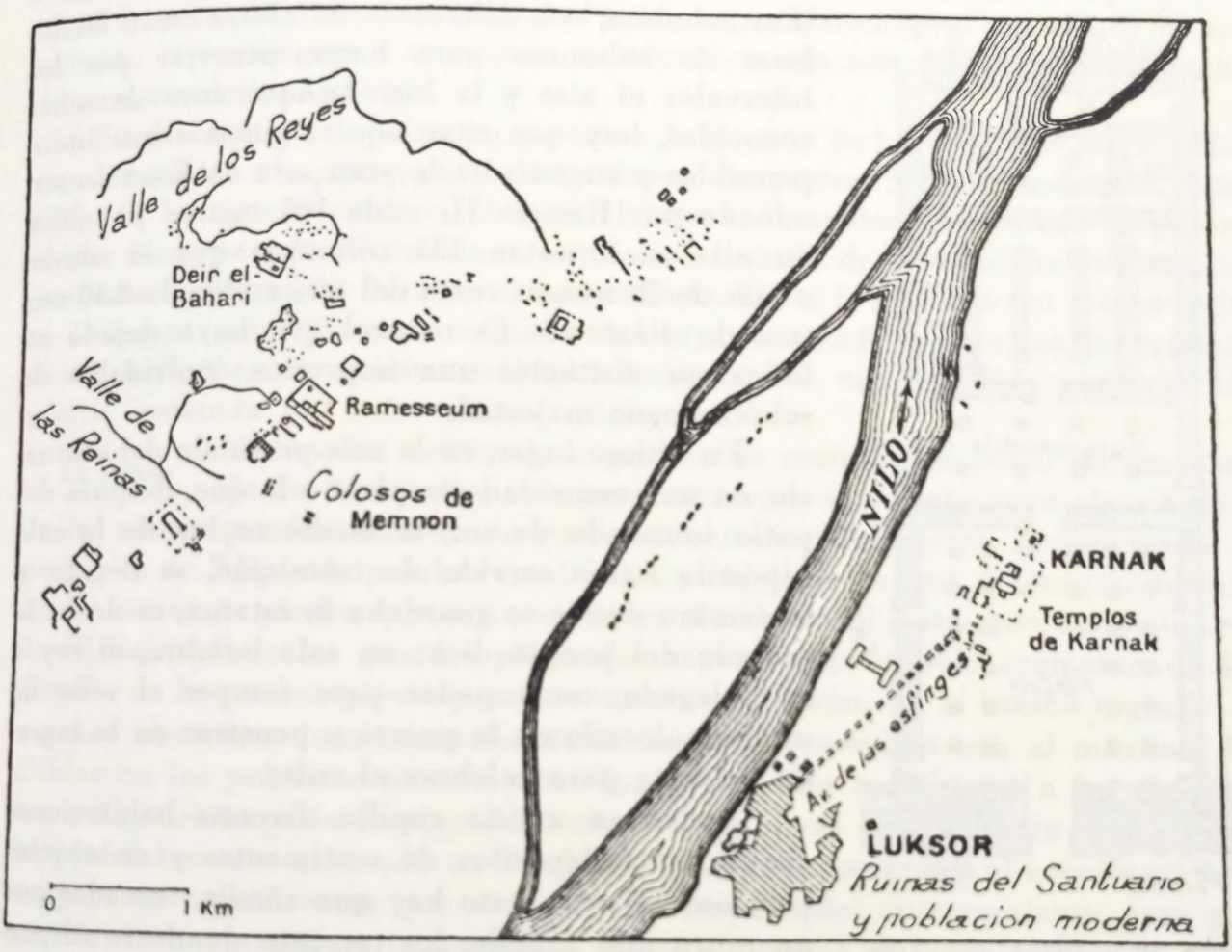


Fig. 9. — La región de Tebas. La ciudad de Tebas estuvo edificada sobre la ribera izquierda, frente a Karnak y Luxor.

las procesiones, la estatua divina oscilaba en su barca. Más hacia el interior, sólo tenían permiso para penetrar algunos pocos privilegiados, que iban reduciéndose del mismo modo que se reducían las dimensiones de la construcción. Además, por un simbolismo que recordaba la cotidiana ascensión y ocaso del sol, de una sala a otra el suelo se levantaba algunos escalones mientras que el techo se bajaba no sólo en el sentido longitudinal sino también de una y otra parte del eje. A veces incluso los capiteles participaban de este simbolismo: las flores en que se inspiraban estaban abiertas jun-

to al eje, pero cerradas en los lados exteriores, del mismo modo que las flores verdaderas separan sus pétalos a la luz diurna y los cierran al acercarse la noche.

Más allá del patio se encontraba también la sala "hipóstila", es decir, sostenida por columnas. El techo estaba formado por bloques tendidos de una a otra columna, con diferencia de altura entre las hileras de columnas para hacer penetrar por los intervalos el aire y la luz. Aunque sean de sobra conocidas, hay que citar aquí algunas cifras indispensables y sugestivas: la gran sala de Karnak, terminada por Ramsés II, mide 103 metros por 50 y en ella se levantan 134 columnas que se elevan a más de 20 metros cerca del eje, midiendo 3,40 metros de diámetro. Es natural que haya dejado en todos sus visitantes una impresión inolvidable de sobrehumana majestad.

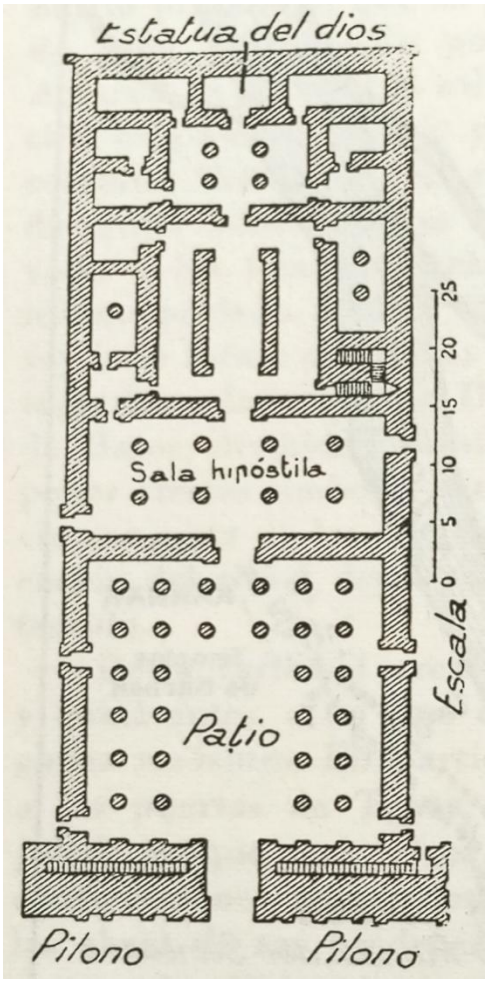


Fig. 10.- Plano del Templo de Khonsu construido en Karnak en el siglo XII antes de J. C.

En último lugar, en lo más profundo del santuario, en una oscuridad completa a la que, después del patio inundado de sol, la mediocre luz de la sala hipóstila había servido de transición, se llegaba a la cámara donde se guardaba la estatua, es decir, la morada del propio dios: un solo hombre, el rey o su delegado, tenía poder para romper el sello de arcilla colocado en la puerta y penetrar en la sagrada estancia para celebrar el culto.

Rodeaban a esta capilla diversas habitaciones usadas para depósitos de vestimentas y de objetos preciosos. A todo esto hay que añadir, cercados por un muro más grande, los terrenos donde se dispersaban las casas del personal, las oficinas administrativas, los almacenes, los talleres y aun los jardines y el lago sagrado: todo lo que era necesario a la divinidad y a la vida material de la comunidad consagrada a su servicio y a la administración de sus bienes.

Un deseo de originalidad en el esfuerzo había hecho escoger a veces un lugar especialmente difícil para la construcción de un templo. Éste era el caso de ciertos templos "funerarios" - importantes cuando se trataba de soberanos que los habían hecho construir durante su reinado, en los que se celebraba el culto de un muerto divinizado. En general correspondían al tipo que se ha descrito. Hasta épocas bastante tardías no

se decidió edificarlos lejos de la tumba, y encontrándose ésta fuera de la llanura inundada y cultivable, los templos eran colocados en lugares inhóspitos. Los más notables son los que se edificaron al pie de los acantilados de Deir-el-Bahari, con terrazas unidas por rampas sustentando patios porticados.

En este sitio se levantan los templos de los dos Mentuhotep correspondientes al Imperio Medio y en especial el de la reina Hatschepsut, en el que el arquitecto supo integrar y armonizar su obra humana con una 'naturaleza grandiosamente deshumanizada.

Estos templos se abrían en parte en la roca, e incluso en este estilo existieron templos completamente subterráneos, "rupestres". En Abu-Simbel, más abajo de la segunda catarata, Ramsés II hizo excavar dos, precedidos de patios al aire libre, pero hundiéndose el resto en el corazón de la montaña, con muros y columnas reservados durante el vaciamiento. Sobre la fachada del más grande se destacan cuatro estatuas colosales del rey, sentado; después, en la profundidad de la roca, se suceden múltiples habitaciones, comprendida una sala hipóstila sostenida por ocho pilares osiríacos.

La tumba

El túmulo, destinado a guardar la momia, así como las estatuas de los "dobles" y a asegurar una casa al muerto cuya alma había vuelto al cuerpo, fue ocasión de realizaciones extraordinarias. Pronunciada a propósito de Egipto la palabra tumba, hace surgir la imagen de las tres formidables masas de piedra que se levantan en Gizeh, en el horizonte del sudoeste de El Cairo. Pero las grandes pirámides representan un solo momento de la historia de la tumba egipcia y, más concretamente aún, de la tumba regia.

Los elementos fundamentales de la tumba se perciben con el máximo de nitidez en los primeros monumentos funerarios que sucedieron a las simples fosas, bajo el Imperio Antiguo. La cámara sepulcral propiamente dicha estaba profundamente excavada en el suelo y a ella se descendía el sarcófago, por un pozo en ángulo recto que se rellenaba después del enterramiento para garantizar la integridad de la sepultura. En la superficie se levantaba un túmulo, construido con ladrillos o piedras talladas, que por su forma se ha designado con el nombre árabe de mastaba ("banco"). En su parte oriental, se abría una primera habitación que era la capilla del culto tributado al difunto y que se encontraba encima del sarcófago. Su mobiliario comprendía ante todo la mesa de las ofrendas, colocada al pie de una estela; detrás de ésta, otra cámara se hundía en la mastaba, era el "corredor" (serdab, en árabe) donde se colocaban las estatuas del difunto. La indicada estela limitaba dos mundos, el de los vivos y el de los muertos, que sólo se comunicaban entre sí por una estrecha hendidura a la altura de un hombre. La estela se esculpía figurando una puerta - de donde su nombre de "estela falsa puerta" - y en su encuadramiento a veces se destacaba una estatua: la del muerto volviendo entre los vivos, o bien un ventanuco abierto sobre la puerta donde asomaba un

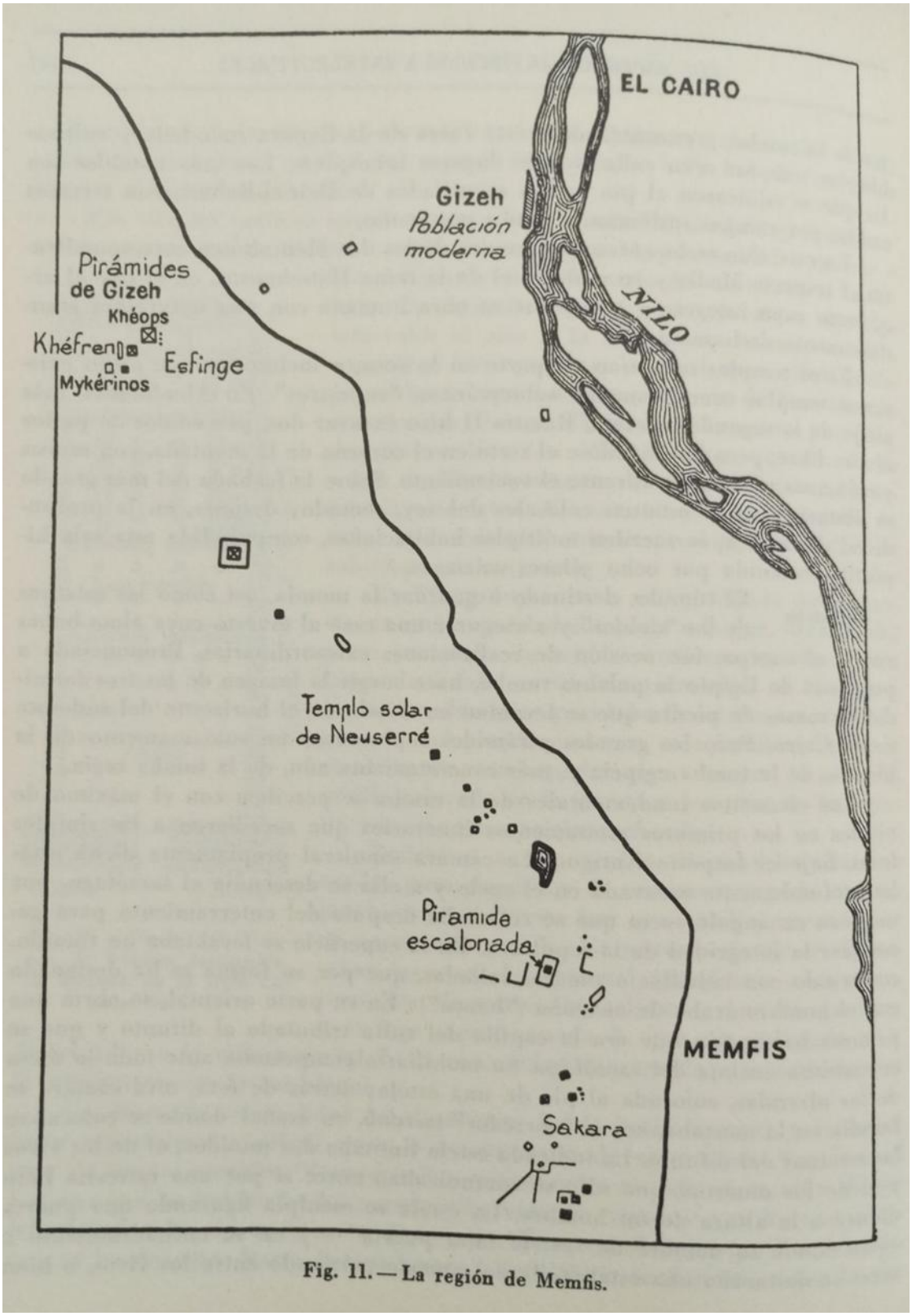


Fig. 11.—La región de Memfis.

busto: el muerto acechando al visitante.

Cámara sepulcral, depósito de estatuas y capilla, tales eran las tres partes esenciales de la tumba. En las mastabas de los ricos se complicaban en cámaras anejas, más o menos numerosas; complejidad mayor aún para las tumbas reales.

A partir de la III dinastía, se pueden seguir los tanteos que produjeron el tipo de pirámide regular. El audaz innovador fue Imhotep, el arquitecto del rey Djoser, con la pirámide escalonada de Sakkara, construida con seis mastabas superpuestas. El primer rey de la IV dinastía edificó la primera pirámide de planta cuadrada y de pendiente uniforme. Sus tres sucesores inmediatos, fueron los constructores de las tres grandes pirámides, respectivamente llamadas "horizonte de Keops", "grande es Kefrén" y "divino es Mikerinos". Conviene aquí también citar algunas cifras. La base de la primera cubre más de 5 hectáreas, con un lado que sobrepasa los 230 metros; su altura era de 146,59 metros, y su volumen alcanzaba 2.521.000 m.3. La segunda (215 metros de lado y 143,50 de altura) es ligeramente más pequeña y sólo la tercera realiza una concepción menos gigantesca, con 103,04 de lado y 66,40 de altura. La imaginación es impotente para apreciar la enorme masa de trabajo realizado por las muchedumbres forzadas. Heródoto nos dice que, para la construcción de la de Keops fueron necesarios veinte años, después de diez empleados en trabajos preparatorios. De todas maneras la monstruosidad del esfuerzo hace pensar en otra cosa que en el látigo al servicio del orgullo: más bien en la adhesión de un pueblo a las creencias que empujaban a su amo a exigir tanto de él.

La pirámide es la protección de la cámara sepulcral; ésta, en lugar de estar excavada en el suelo, se encuentra situada en el interior de la masa pétrea, surcada por galerías complicadas, cerradas por rastrillos y con corredores sin salida. Pero ninguna de estas precauciones descorazonaba a los ladrones que ya en la antigüedad llegaron hasta los sarcófagos. En el exterior, al pie de la fachada oriental, un templo funerario abrigaba a la vez el equivalente del *serdab* y la capilla. Como este conjunto estaba edificado en la meseta desértica, en el valle existía otro templo, unido al primero por una rampa cubierta que escalaba la pendiente.

Cada una de las grandes pirámides formaba, pues, una parte de un todo, en el que se reconocían, a pesar de su desasociación, los elementos de la tumba tipo, desarrollados hasta la enormidad o multiplicados muchas veces. Añadamos al conjunto, en las proximidades, el espolón rocoso cuya forma natural se utilizó para acabar de esculpirlo en forma de esfinge con cabeza de Kefrén, y también una gran pululación de otras tumbas, mastabas o pirámides, levantadas por los

miembros de Memfis -al noroeste, más exactamente-, capital de la monarquía viviendas por los miembros de la familia real y los altos dignatarios. Al "occidente", la necrópolis perpetuaba la majestad divina de los soberanos difuntos y las jerarquías de su corte.

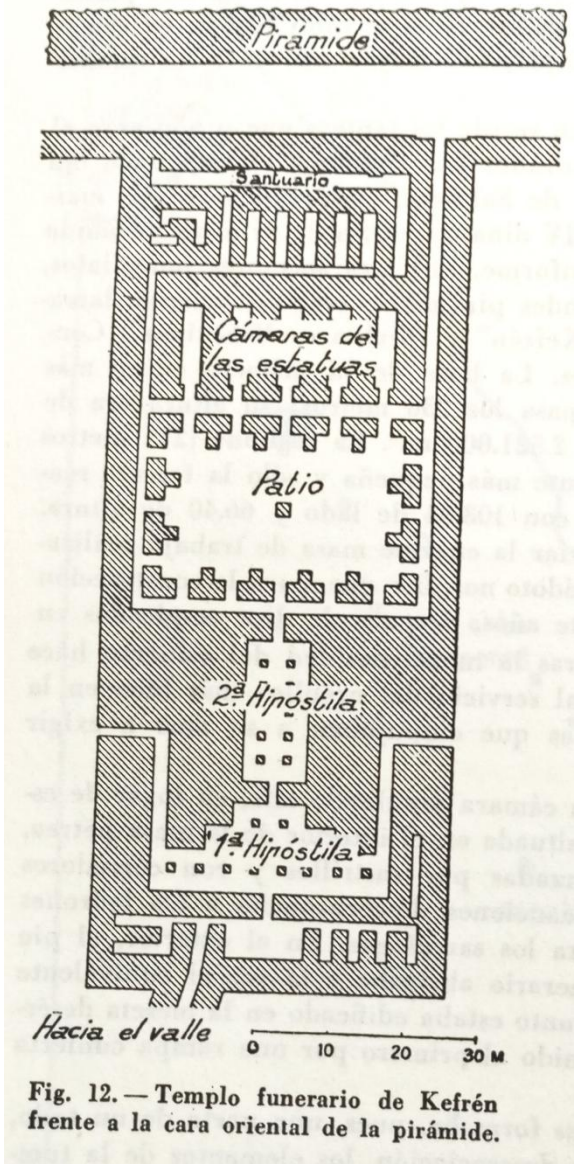


Fig. 12. — Templo funerario de Kefrén frente a la cara oriental de la pirámide.

Mikerinos redujo las dimensiones de su pirámide y nunca más las hubo tan grandes, pues el esfuerzo realizado para levantarlas era demasiado aplastante. Sin embargo, adoptando para las tumbas privadas, el tipo de pirámide realizado con materiales de inferior calidad, por ejemplo ladrillos, subsistió hasta el Imperio Nuevo. Éste no tenía ya su sede en Memfis, sino en Tebas, en el Alto Egipto, donde la meseta, mucho más irregular que en el Norte, ofrecía menos facilidades para asentar grandes monumentos. En esta región, desde siempre, las tumbas se excavaban en el acantilado rocoso, en especial las de los príncipes locales emancipados por la anarquía. Por otra parte, los faraones de la XVIII dinastía, esperando que sus momias escaparían más fácilmente a la profanación de los expoliadores de tumbas, adoptaron también el "hipogeo" o tumba subterránea. Su templo funerario quedó en la llanura, cerca del Nilo, sin ninguna clase de comunicación con la sepultura, abierta en el flanco de uno de los salvajes valles secos, que descienden de la meseta, uno de los cuales, por la abundancia de sus tumbas regias, ha merecido el nombre de “Valle de los Reyes", mientras que a otro se le llama "Valle de las Reinas". Después de las exequias, la entrada era obstruida cuidadosamente con piedras y escombros. A la tumba se llegaba por un corredor tortuoso, "siringe" en griego, que es también otro nombre dado a este tipo de fosas; penetraba en la roca, for-

mando recodos, pendientes y escaleras, ensanchándose en cámaras más o menos vastas, a veces sostenidas por columnas, hasta llegar a la habitación sepulcral. Después del fin del Imperio Nuevo es difícil seguir la evolución de la tumba real, circunstancia en parte debida a que en el Delta, donde se habían trasladado la capitalidad y la realeza, las condiciones naturales eran desfavorables a la conser-

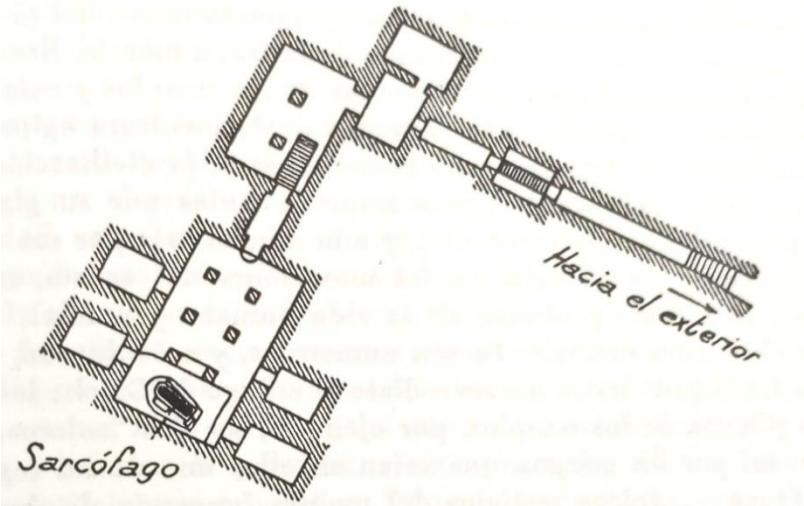


Fig. 13. — Plano del hipogeo de Amenofis II (XVIII dinastía; siglo XV antes de J. C.).

vación de los monumentos. De los faraones de Sais han quedado bien pocos rastros. Hacia el Este, en Tanis, se han encontrado las tumbas de las XXI y XXII dinastías, modestas, excavadas en el recinto de los templos, sin trazas de superestructura: convertida en una cosa frágil, la monarquía consentía en reducir el esfuerzo exigido para sus muertos.

Contemporáneamente, en el Alto Egipto se continuaban abriendo siringas para particulares. Éstos habían imitado siempre, con algún retraso y según su fortuna, las costumbres reales, adoptando la pirámide o adaptándola a la mastaba y horadando los acantilados occidentales de las regiones de Abydos y de Tebas. En cuanto a los pobres, no es sorprendente que se contentaran siempre con simples fosas, o que aprovecharan la anarquía, la negligencia o la extinción de familias importantes para embutir con sus momias las tumbas excavadas para otros muertos.

2. LA ESCULTURA Y LA PINTURA

La estatuaria

Después de la arquitectura la mayor de las artes en Egipto es la escultura y no le faltaron las ocasiones de manifestarse. Crear una imagen era crear una vida. Eran necesarias estatuas tanto para presentar a los dioses como a los hombres, teniendo necesidad el alma de estos últimos de encontrar sustitutos eventuales de la frágil momia. Era tentador, además, ilustrar los muros lisos y las columnas de los templos y tumbas. Dos campos de aplicación se ofrecían a los intentos de la escultura egipcia: estatuaria exenta y bajorrelieve. Tanto en uno como en otro, la civilización egipcia realizó grandes obras maestras, algunas impresionantes por su gigantismo y la mayor parte por su perfección técnica, y aún mucho más por sus calidades propiamente estéticas, por el valor de las intenciones del artista, su penetración psicológica y su sentido profundo de la vida humana y animal.

Las producciones colosales fueron numerosas, y más de una, bastante bien conservada, ha llegado hasta nuestros días: la esfinge de Gizeh; las estatuas adosadas a los pilonos de los templos, por ejemplo, los dos "colosos de Memnón" -llamados así por los griegos, que veían en ellos uno de los legendarios guerreros de Troya -, únicos vestigios del templo funerario de Amenofis III en la llanura tebana; los formidables capiteles; las estatuas de los reyes bajo forma de Osiris, adosadas a las columnas; etc. Todo ello adaptado a las mismas proporciones gigantescas de las obras arquitectónicas, y expresando como ellas la fuerza desmesurada, el ímpetu para sobrepasar la escala humana, la aspiración hacia lo ilimitado; tendencias casi naturales en un país tan rico y sometido a la ley de fuerzas que desafían a la acción del hombre: el Nilo y el Sol.

Pasemos rápidamente sobre las técnicas, cuya maestría se afirma total desde los primeros siglos del III milenio. Entonces ya, el escultor, utilizando la experiencia que le habían transmitido los talladores de vasos en piedras duras, sabía trabajar los materiales más recios y de grano más fino, dioritas, granitos, pórfidos, dándoles un pulimento incomparable y utilizando con acierto la coloración, los reflejos y las vetas de la piedra. Se ensayaba el empleo del metal para la gran estatuaria: desde la VI dinastía, la estatua del rey Pepis I, hecha con hojas de cobre martilladas sobre un ánima de madera, enriquecida con ojos incrustados con piedras raras y con un paño de oro, revela que esta técnica estaba ya completamente desarrollada, aunque desconocemos todas las tentativas anteriores. En seguida se perfeccionó, y los diversos sistemas de fundición, incluso la soldadura, fueron practicados, aunque no en estatuas, sino en estatuillas y objetos de los que Egipto fue y continuó siendo gran productor y que exportará primero al mundo helenístico y después al romano.

Íntimamente ligadas la una con la otra, religión y majestad regia imponían sus convenciones, su hieratismo. El artista egipcio no perseguía la belleza por ella misma, sino por un fin determinado, superior a la satisfacción de su capricho. Las actitudes no podían variar mucho y ya Platón señalaba que estaba prohibido imaginar cualquier cosa fuera de la tradición. Ciertamente la estatuaria destinada a la clientela privada tuvo siempre más libertad, y aún la estatuaria oficial se permitía algunas audacias. Pero aparte del breve episodio de El-Amarna, bajo Akhenatón, estas osadías fueron esporádicas a la vez que limitadas. Sentado o de pie, provisto de atributos que el tipo de cada estatua prohibía olvidar o cambiar, piernas, brazos y manos dispuestos de una manera convencional preestablecida, el dios o el rey aparecen en la gran mayoría de los casos como un elemento más de una serie indefinida.

En realidad, con frecuencia, el artista consagró lo mejor de su esfuerzo a la cara, otorgando una atención bastante restringida a las piernas y a los pies y construyendo el cuerpo de acuerdo con las proporciones fijadas por un canon. En el retrato fue donde se consiguieron obras más perfectas. No se olvidaba el parecido, indispensable para la identificación de aquel a quien convenía asegurar la vida eterna, ni el carácter, del cual su concepción sistemática de la sociedad divina o humana le permitía resaltar los rasgos intelectuales y morales, así como los sentimientos depurados. De una a otra época, y también según el carácter oficial o privado del personaje representado, la parte respectiva concedida a estas dos tendencias ha podido variar, pero más o menos dominantes se perciben siempre.

Imposible citarlo todo, pero no podemos dejar de evocar las realizaciones más prestigiosas de esta actividad artística, que son ahora la gloria de los museos que las guardan. Procedente del Imperio Antiguo, la cabeza de Kefrén sentado, protegida por las alas que despliega detrás de ella el halcón de Horus, grandiosamente serena en su majestad sin límites; la estatua en madera representando un funcionario de la IV dinastía, tan expresiva y tan llena de naturalidad que los obreros de Mariette la bautizaron con el nombre de Cheik-el-Beled, "el alcalde del pueblo"; el "escriba sentado" del Louvre, también en madera, con los ojos brillantes de atención y de viva inteligencia y a la vez con la cara endurecida por su función. Del Imperio Medio, una cabeza de Sesostris II envejecido, desilusionado y con huellas de senilidad; y-quizá tan sólo del segundo período intermedio - las caras vigorosamente graves y pensativas de las esfinges llamadas "hicksos". Del Imperio Nuevo, las estatuas, cuya exquisita elegancia hace perdonar algunos rasgos de languidez, de Hatschepsut y de Amenofis III y asimismo la que, en el Museo de Turín, lleva el emblema regio de Ramsés II. Por último, del período saita, muchas cabezas de viejos, con la huella de las preocupaciones más que de la edad.

De esta galería, tan extendida en el tiempo y tan uniforme a pesar de algunos matices momentáneos, es conveniente separar las obras del período de El-Amarna. Tanto para la estatuaria como para el relieve, trajo una corriente de despiadado realismo; el grosor de las caderas, la hinchazón del vientre, el alargamiento y la fragilidad de los miembros y del cuello, la deformación del cráneo, el prognatismo de la cara, nada de todo esto fue disimulado en Akhenatón, desde el principio de su reinado, aún antes de la ruptura con Amón.

A la negación de las convenciones del canon físico se juntó el abandono de las posturas rígidas, que se hicieron más desfallecidas, más amaneradas en su esteticismo. Incluso en esas representaciones que rozan la caricatura, uno se siente atraído por la intimidad y el encanto de las escenas familiares-la reina o las pequeñas princesas sentadas en las rodillas del faraón-; por el encanto de la cabeza de Nefertiti (en el Museo de Berlín), de la que la excesiva vulgarización comercial no ha llegado a destruir la exquisita pureza; por el estudio voluptuoso de los jóvenes cuerpos femeninos; por la intensa espiritualidad de la mirada que ilumina la cara del rey, embriagado al recibir la caricia de su dios. El-Amarna significa sólo un instante en la historia de la escultura egipcia, pero inolvidable por su misma brevedad, que no le dejó tiempo para caer en nuevas convenciones, ni de precipitarse con ellas en un manierismo decadente.

El relieve y la pintura

Junto a las inscripciones, muy decorativas en sí mismas, el relieve disponía en los muros de los templos de inmensas superficies para decorar. No se empleó sistemáticamente y en los lugares donde lo fue quedó lo bastante discreto para no alterar la sensación de grandeza producida por la visión huidiza de los muros de elementos perfectamente ajustados. El altorrelieve se empleó escasamente, y el bajorrelieve es tan poco acentuado que la sombra señala sólo las líneas de contorno. A veces el modelado falta en absoluto, especialmente en los relieves profundos que parecen hechos con punzón; en el exterior de los monumentos como para disminuir las probabilidades de degradación y en el interior, por un deseo de rapidez en la ejecución, sensible en especial bajo los faraones constructores del Imperio Nuevo, como Ramsés II.

La conveniencia de acentuar el dibujo en salas oscuras o mal iluminadas, condujo, desde los orígenes, al empleo de los colores encima de los relieves. Su menor precio de coste, la rapidez y la facilidad de su ejecución hicieron que pronto la pintura fuera empleada sola. Aparece como sustituto del relieve en algunas tumbas privadas del Imperio Antiguo. Después su uso se fue extendiendo y llegó a ser casi exclusivo en los hipogeos, incluso de reyes, en razón de la mala calidad de la roca, encima de la cual, para pintar, se ponía una capa de yeso superficial.

15.—Seti I y la diosa Hathor.

16.—El templo de Seti I, en Abydos.

Es natural, por lo dicho, que estos dos artes asociados o de destinación idéntica, la pintura -siempre de tintas planas- y el relieve, obedezcan a las mismas reglas que las del dibujo. Dibujo siempre convencional, tanto por la negación obstinada de toda perspectiva como por la arbitraria representación del cuerpo humano. Éste, por ejemplo, muestra siempre la cabeza de perfil, pero el ojo de frente; salvo en rarísimas excepciones, también de cara los hombros la parte superior del torso, pero con un único pecho figurado. El perfil reaparece para los miembros, aunque si bien los cinco dedos de la mano se ven fácilmente, los de los pies están todos disimulados por los gruesos.

La lista de estas convenciones podría ser alargada con facilidad; no es necesario decir que ninguna se explica por la torpeza del artista, sino que todas se deben al respeto de tradiciones inmutables. La temática oficial era muy extensa y por ello nos limitaremos a indicar algunos de sus asuntos, que eran a la vez los principales actos del culto: la "teogamia", es decir, la unión de Amón con la madre del futuro rey; los cuidados prodigados a éste por las divinidades; las grandes fiestas reales; la construcción y decoración de los templos; el pago de los tributos por los extranjeros; la victoria sobre el enemigo y muchos otros. Pero estos temas aún son escasos si comparamos su número con la extensión de las superficies disponibles, los pilonos de los templos, sus pórticos y las murallas de sus salas. Asuntos tratados sin cansancio, de manera tan poco individualizada, que en más de una ocasión un faraón pudo apropiarse los relieves ejecutados en tiempo de alguno de sus predecesores y cuya repetición, con frecuencia fastidiosa, prueba la persistencia de la religión y de la ideología monárquica durante milenios.

Estas limitaciones no regían en los palacios, las casas y, sobre todo, en las tumbas privadas, que conocemos mucho mejor que las reales. Su división en varias salas multiplicaba las paredes cuya superficie constituía una invitación a ser decoradas, cosa que el culto de los muertos, lejos de refrenar, propulsaba. Se representaban escenas funerarias y de psicostasis; pero éstas conducían a otra vida que para los poderosos sólo podían imaginarse como una reproducción de su feliz vida mortal. Además era conveniente prever la posibilidad de interrupciones en el servicio de las ofrendas por los descendientes y por los sacerdotes encargados. El medio más simple para remediarlo era usar la virtud creadora de la imagen, representando todo lo que podía hacer falta al difunto y todo lo que le pudiera alegrar. Con la misma fuerza con que las estatuas del *serdab* podían reemplazar la momia, las representaciones esculpidas o pintadas sustituían a la realidad desaparecida.

Éste fue el punto de partida de representaciones extraordinariamente variadas: escenas de ofrendas con figuraciones de todos los productos imaginables, alimentos, bebidas, flores, vestidos,

etc., eran representados en abundancia, apetitosos y lujosos hasta el máximo. Se reprodujeron asimismo todas las escenas de la vida rural y artesana, con el fin de explicar o asegurar la producción y para colocar de nuevo al muerto en sus tierras y entre sus trabajadores. Siempre con el mismo poder evocador se añadieron escenas de caza y de pesca, de navegación y de paseo, de intimidad familiar, de banquetes amenizados por la música, las danzas, las acrobacias y las juglerías. Este repertorio era casi ilimitado y si se fueran compaginando sus imágenes, un libro de innumerables páginas resucitaría todos los actos y los instantes de la vida material, con sus trabajos y sus alegrías cotidianas, de un Egipto empeñado en proyectar en el más allá la dicha de vivir, que en este mundo no se le regateaba.

Este repertorio tenía sus fórmulas no solamente sociales, sino también artísticas. Es raro que un mismo tema no sea tratado varias veces, pero siempre con variantes que lo hacen interesante. En efecto, sintiéndose más libres que con los encargos oficiales, escultores y pintores, dotados de una viva imaginación, sabían, sin apartarse de las convenciones, modificar las actitudes y variar los detalles. En medio de escenas clásicas se introduce lo imprevisto, a menudo sabroso, siempre pintoresco y espiritual, jamás desagradable; incluso los glotones y aún más las glotonas, devolviendo su comida han sabido conservar su elegancia. Este arte-la pintura para el uso privado había suplantado al relieve - llegó a su apogeo hacia la mitad del Imperio Nuevo. La calidad en la representación de animales era notable desde hacía mucho tiempo, alcanzando en este momento su punto culminante por la agudeza de la observación y la vida palpitante que anima a los gatos salvajes, a los pájaros e incluso a los rumiantes.

El arte egipcio sin supervivencia

Si se pudiese realizar una revisión completa, más de una de las artes menores merecería mencionarse, en especial la orfebrería, con frecuencia deslumbrante de preciosa delicadeza, y la ebanistería, de la que el mobiliario de la tumba de Tut-ankh-Amón ofreció las piezas más suntuosas y sorprendentes. Atestiguan todas una habilidad técnica sin par y también una ingeniosidad que sabe conservarse graciosa en sus más atrevidos hallazgos; todas, en fin, de una riqueza excepcional correspondiente a la refinada clientela a la que se destinaban, a la cual ninguno de los aspectos de la elegancia era extraño. Cuando esta clientela escaseó, a causa de la crisis del tiempo, Egipto se hizo exportador en gran escala de estos objetos, después de haberlo sido sólo de manera accidental en los momentos de su esplendor.

En efecto, durante mucho tiempo, la rareza de estas exportaciones había acrecentado su precio y su fama en un mundo mediterráneo sobre el cual el país del Nilo había tomado tanta ventaja. De todas partes se despertaban codicias hacia la tierra de donde llegaban esas maravillas, mientras

que viajeros y mercenarios admiraban los edificios colosales que había podido y sabido construir. Hacia el fin de la Antigüedad, abierto Egipto a los extranjeros por la conquista, atrajo a los viajeros y ofreció cosas bellas y preciosas a los coleccionistas. Con todo, fue muy poco lo que las otras culturas tomaron del arte egipcio; cuanto más algunas de sus técnicas, pero nunca la inspiración profunda. El arte egipcio no fue en un plano estético, ni el educador ni el guía de ninguno de los grandes artes de la Antigüedad.

Sin duda la explicación hay que buscarla en su desconocimiento del hombre, al que no dio un lugar en el arte, como no se lo daba en muchos aspectos de su civilización gigantesca. Lo estudió poco en tanto que individuo y lo sirvió menos a excepción de las clases dirigentes, que primero rodeó de grandiosa nobleza y después de gracia delicada. Demasiado atado a éstas por la misión religiosa y política que tenía que cumplir, no pudo nunca desprenderse de la argolla que le encadenaba a las tradiciones oficiales, ni de la imitación de un pasado arcaico. En un mundo en el que, desde antes de la mitad del I milenio, las fuerzas nuevas proclamaban un ideal muy distinto, el arte egipcio estaba condenado a ejercer poca influencia y, replegado sobre sí mismo, a repetir indefinidamente las mismas fórmulas o a amanerar su delicadeza.

II. LA VIDA INTELECTUAL

La vida intelectual no dejó sobre la civilización egipcia una huella comparable a las de la religión o del arte. Como este último, fue un anejo de la religión, derivado de ella y sirviéndola. Pero sus realizaciones fueron siempre mucho más modestas que las del arte. Por muchos de sus rasgos se parecía a la vida intelectual que, paralelamente, se desarrollaba en Mesopotamia. Salidas del mismo punto de partida, del mismo tronco espiritual del que siempre rehusaron separarse, se encaminaron en direcciones análogas, con preocupaciones y maneras de actuar casi idénticas; sólo la literatura propiamente dicha tuvo en Egipto aciertos originales de verdad. Puesto que los mesopotamios, con seguridad, llegaron en casi todos los aspectos mucho más lejos que los egipcios, será mejor reservar, para el capítulo a ellos destinado, una explicación más extensa de los métodos aplicados y de los resultados obtenidos. Parece que entre los griegos la reputación que se tenía de los pensadores y sabios egipcios, era superior a la de los mesopotamios; lo que quizá sea debido a que siendo Egipto accesible por el mar y, antes de la conquista de Alejandro, en lucha contra el rey persa, que era también su enemigo, les atraía y les deslumbraba. O quizá, de manera más simple, era que los egipcios, más parlanchines, sabían hacer mejor su propaganda. Sea como sea, no se pueden despreciar las adquisiciones del espíritu egipcio, que son muy valiosas.

La escritura

Desde el final del IV milenio a. de J. C. los egipcios practicaban la escritura. Habían llegado a ella por sí mismos, sin imitación de ningún sistema extranjero, puesto que los signos adoptados estaban tomados del espectáculo que su propio país les ofrecía, en particular su fauna y su flora especiales. Pero como los mesopotamios, creadores de una escritura quizá más antigua, no supieron —o no quisieron— simplificar su sistema con el fin de facilitar su uso.

El punto de partida es el elemental jeroglífico figurativo, el dibujo de una pierna significando “pierna”, y el de un brazo, “brazo". Pero este mismo dibujo fue tomando varios otros sentidos: uno, simbólico, para designar las abstracciones, la acción cumplida por el objeto figurado o la idea que su vista evoca; otro sentido fonético, con el fin de transcribir los nombres de idéntico sonido; otro sentido silábico, válido, como en nuestros modernos jeroglíficos para escribir una palabra polisilábica con varios signos correspondiendo cada uno a una expresión monosilábica; por último, un valor alfabético para veinticuatro signos, equivalentes a una letra consonante fuerte o próxima de una de nuestras vocales aspiradas. So pena de constantes confusiones, era, pues, necesario precisar el sentido dado a un signo que presentaba tan numerosas variantes; con este fin se empleaban signos determinativos colocados al lado de la palabra que se quería escribir de determinada manera. Conseguido de esta manera el alfabeto por el minucioso análisis de los sonidos que emite la voz, los egipcios, adoptándolo, no abandonaron los sistemas anteriores, convirtiéndolo sólo en un sistema más que se empleaba junto a los otros. Los resultados eran de una gran complicación.

Lo único que se llegó a simplificar fueron los propios signos. El primitivo dibujo exigía una gran habilidad y sus detalles complicaban el trazado, por lo que no fue conservado más que para las inscripciones sobre madera, piedra o metal. Es decir, en la práctica, sólo para los textos oficiales, con lo que sirvió de elemento decorativo de los monumentos, casi todos de carácter religioso; por ello los griegos llamaron "jeroglifos" a estos signos, o sea, "grabados sagrados". En cuanto a la escritura corriente, reducida a los contornos y deformada para ser escrita más rápidamente, fue en principio la escritura "hierática" (literalmente "sagrada", lo que es falso) que es la de los documentos sobre papiro de todo el período faraónico y después en la época tardía, la escritura "demótica", es decir, popular.

El escriba; escuelas y “casas de vida”

Aprender a leer y a escribir era una empresa difícil que exigía largos años de entrenamiento. Existía una verdadera "ciencia" de la escritura. Su lento aprendizaje se hacía en las escuelas del palacio o de los templos cuya frecuentación asidua empezaba desde una edad temprana. Los primeros ejercicios se hacían en

placas de piedra blanda o en tiestos cerámicos -y el uso de estos *ostraca* no fue nunca despreciado, incluso en la administración, para los documentos de menos importancia- antes de proseguirse en papiro. La planta acuática que proporcionaba la primera materia de este producto era bastante común en Egipto. Pero sus fibras debían sufrir una larga elaboración antes de convertirse en bandas ligeras y enrollables que en parte se mantenían aplanadas para trazar los signos con la ayuda de un pincel de caña mojado en la tinta.

Este aprendizaje no estaba limitado a su aspecto material, sino que progresivamente se acompañaba de una educación intelectual, conseguida por los ejercicios de desciframiento o de transcripción de los textos, explicados y aprendidos de memoria. Así, multitud de conocimientos penetraban en el espíritu del alumno, poco a poco iniciado en disciplinas más o menos especializadas; la inteligencia sumada a la docilidad podían llevarle muy lejos. Se creía que todas las ciencias, formando bloque con la de la escritura, que era la clave de las demás, habían sido reveladas a los hombres por Thot, el dios-escriba.

Estas condiciones materiales explican en gran parte el prestigio que rodeaba a los hombres de letras, independientemente del poder que poseían como miembros de los personales administrativo o sacerdotal. Durante toda su infancia el escriba había bebido en las fuentes a las que el vulgo no podía nunca llegar, fuese cual fuese su deseo, pues unos estudios tan prolongados
representaban un lujo. La complejidad del sistema de escritura constituía una infranqueable barrera social.

Además de las escuelas de escribas, algunos templos tenían una especie de institutos llamados "casas de vida", sin duda porque una de las principales disciplinas a que se dedicaban, y cuya enseñanza se daba a los alumnos selectos, era la medicina. Su base se encontraba en una biblioteca lo más completa posible. En estas escuelas se hacían observaciones de toda clase; se procedía a cálculos; se fijaban por escrito los anales sagrados del dios o del rey y se profundizaban las doctrinas religiosas.

Muchos reyes se envanecían de su ciencia, pues ya por definición conocían mejor que nadie todos los secretos divinos. También fueron numerosos los que se enorgullecían de sus relaciones con las casas de vida y de las generosidades que con ellas habían tenido como tales y no como simples anejos de los templos. Todavía bajo la dominación persa se restauró, en nombre de Darío I,
la casa de la vida del santuario de Sais: "Yo la fundé con todos sus alumnos, hijos de buenas familias y no de humilde condición; yo puse a su frente a sabios de toda clase, para dirigir sus trabajos. Su Majestad hizo donación de toda clase de cosas convenientes para sus investigaciones..." Sin embargo, no se constata nunca un esfuerzo, una sed de saber, comparables a los que atestigua la formación

de la Biblioteca de Aššurbanipal, en el propio palacio real. Amenofis IV-Akhenatón es posible que fuese un teólogo pero, en la medida en que los conocemos, sus predecesores y sus sucesores se consagraron a su misión monárquica, utilizando los resultados de la actividad intelectual, más que participando de la misma.

Las ciencias exactas

La ciencia, en su acepción más limitada, estaba dirigida por el deseo de eficacia práctica, no por el del conocimiento real por medio de la deducción. Busca recetas eficaces, sin relacionar en abstracto sus observaciones concretas.

El cálculo, indispensable a las cuentas de la administración, ocupaba lugar importante en la educación del futuro funcionario; pero, aunque los egipcios practicaban el sistema decimal, no poseían el signo 0. Conocían la adición y la sustracción, pero ignoraban las otras operaciones y no llegaban a efectuarlas más que con la ayuda de las dos primeras. En cuanto a la geometría no llegaron nunca a la teoría. En resumen, es indudable que los griegos embellecieron una realidad bastante mediocre, cuando atribuían una instrucción egipcia a la mayor parte de sus antiguos sabios. Hay que señalar, sin embargo, los innegables éxitos técnicos de los egipcios en la apertura de los canales y en la construcción de los grandes monumentos, pero, ¿hablan de algo más que de una habilidad basada en el empirismo?

La observación del cielo no podía dejar de llamar la atención de un pueblo que en él hacía vivir los grandes dioses y en especial la de los sacerdotes de Heliópolis consagrados al culto del Sol-Ra, cuyo gran sacerdote llevaba el título oficial de "el más grande de los videntes". Se hicieron, pues, observaciones astronómicas, aunque de manera mucho menos sistemática y eficaz que en Mesopotamia. Por ejemplo, se daba muy poco interés a los eclipses y nadie se preocupó de preverlos. La adopción del calendario solar fue una notable conquista, pero no se supo o no se osó mejorarla a pesar de sus imperfecciones.

Se llegó a observar una singular coincidencia, exacta únicamente para la latitud de Memfis-Heliópolis, lo que sitúa, con el lugar de la observación, el hogar intelectual donde se sacaron sus consecuencias. Cada año, el 19 de julio, día en que aparecía la "primera agua regenerada", es decir, al comienzo de la crecida del Nilo, de la que dependía toda la vida del país, la estrella Sothis (Sirio), que se identificaba con Isis, se levantaba por encima del horizonte al mismo tiempo que el sol. De un 19 de julio a otro transcurrían trescientos sesenta y cinco días, que se dividieron, bajo la influencia del antiguo calendario lunar, en doce meses de treinta días, a los que se añadían cinco días complementarios. En realidad, a este año le faltaba un poco menos de un cuarto de día, y la diferencia, al principio insensible, acabó por romper la concordancia entre el calendario oficial y el ritmo estacional, la crecida del Nilo o la salida "helíaca" de Sothis. Sólo se volvía a restablecer el

ritmo, al cabo de mil cuatrocientos sesenta años y únicamente para un período cuadrienal. En estas condiciones los astrónomos modernos han podido calcular que la coincidencia necesaria para la instauración de este calendario solar se había producido de 2785 a 2782 ó de 4245 a 4242 a. de J. C. En principio se puede dudar entre las dos fechas, pero ciertos indicios hacen preferible la más antigua. De todas maneras, y tanto más por cuanto la decisión no fue tomada sin largos años de observaciones anteriores, hay que señalar que este importante progreso es de una considerable antigüedad.

Progreso importante y sin embargo incompleto. Según nuestros conocimientos, no fue antes de 238 a. de J. C., bajo el reinado de Ptolomeo, cuando se decidió añadir un sexto día complementario a los otros cinco. Para la época anterior, numerosos textos expresan la desolación producida por el "año desigual". En la práctica era necesario corregir estos defectos, y existen pruebas de que con este fin se hacían los cálculos necesarios, a pesar de lo cual el calendario de trescientos sesenta y cinco días continuó siendo siempre el oficial.

Ciencias naturales y magia.

La medicina tenía un campo de observación especialmente favorable en razón del tratamiento a que se sometían los cadáveres. Fruto de esta preocupación fueron los éxitos y la reputación de la medicina egipcia, tan considerable en los pueblos vecinos. El rey persa Ciro pidió un oculista al faraón. Los griegos admiraban el número y la especialización de los médicos egipcios. Según Heródoto los había para los ojos, la cabeza, los dientes, el vientre y las enfermedades internas. También admiraron la estricta higiene alimenticia, acompañada de frecuentes purgas y vomitivos, a la que se sometían los egipcios, lo que, sumado al clima, hacía de ellos "los más sanos entre todos los hombres". Aunque existían "libros sagrados medicinales" - es decir, conservados y aprendidos de memoria en los templos -, los papiros que nos permiten hacernos una idea de ellos, muestran que su ciencia, incluida la anatomía, no era mucha y que desconocían los rudimentos de todo método científico. Diodoro Sículo explica que el médico se arriesgaba a ser procesado y condenado a muerte si desdeñaba los preceptos codificados, pues "el legislador pensaba que nadie encontraría un método curativo mejor que el que desde tantos siglos habían observado y establecido los hombres sabios del ramo". Estas ideas no estimulaban las tentativas de las que podía surgir un progreso.

Lo mismo hay que decir de la química, reducida a un empirismo técnico, por otra parte ingenioso y eficaz, que servía para la fabricación de las pastas de color, de la cerámica y del vidrio, así como para la extracción y aleación de los metales.

Aún sin insistir más en las "casas de vida" sacerdotales, la religión intervenía directamente en estos dominios. En su propio terreno había concedido un lugar importante a la magia. En materia

científica o que hubiese podido convertirse en tal, como que el fin era actuar sobre la naturaleza, la magia tuvo en sus orígenes un papel importante. Desde tiempos remotos el espíritu no obedecía sólo a las leyes de la lógica -de la que no tuvo una conciencia clara-, ya que la magia siempre estuvo presente. Sería fácil presentar multitud de ejemplos. El calendario contenía días fastos y nefastos, en razón de los episodios de la vida de tal o cual dios en la fecha cuyo aniversario señalaban. Algunos remedios curaban durante ciertos meses y en otros no poseían ninguna virtud. La administración de medicinas se acompañaba de encantamientos y de fórmulas. Nadie descuidaba el ir bien provisto de amuletos y talismanes de toda clase. Todo lo cual no fue sólo característico del bajo pueblo, pues al menos en épocas tardías, el empuje de la magia fue en todas partes irresistible.

Su influjo se hizo sensible, en particular en la medicina, pues ni la astrología ni la alquimia tomaron en Egipto forma tan concreta como en Mesopotamia. Pero los griegos y los romanos, sobre los cuales fue inmensa la seducción ejercida por lo egipcio, no llegaron a matizar tanto; para ellos el Oriente, en general, fue la cuna de los conocimientos misteriosos, que llegaron a poseer muchas veces a través de personajes equívocos.

La literatura

Una tradición, de la que conviene no fiarse, atribuía a Platón una estancia prolongada en Egipto con frecuentes coloquios con los sacerdotes de Heliópolis. Si a través de ellos no pudo conocer una astronomía que fuese nueva para él, debió impresionarle vivamente la vigorosa metafísica de su doctrina. En efecto, en este aspecto, los "textos de las pirámides" no son una producción despreciable. Sin embargo, no es por ellos por lo que la literatura egipcia es aún en la actualidad una cosa viviente, que a veces llega a emocionarnos.

En su tiempo fue muy importante, pero ha llegado hasta nosotros sólo en una parte ínfima. Ya hemos tenido ocasión de citar algunas de estas obras, sobre todo de carácter a la vez político y moral: las "enseñanzas" o las "pláticas" donde se expresaban, por la boca de un rey o de un poderoso, ideas de una elevada y severa nobleza. La edad de oro de este género fue, sin duda, el Imperio Medio, sucesor inmediato de un período de anarquía que había turbado profundamente el alma egipcia y restaurador de un orden fundado en una ideología que se manifestaba con nuevos matices. Estos textos los conocemos por copias tardías que dan fe de su éxito duradero.

Otras obras pertenecen a géneros muy diferentes. De la época de El-Amarna tenemos el himno a Atón, que, atribuido al propio rey, vibra con una emoción poética surgida espontáneamente del espectáculo de la naturaleza. Esta simplicidad, este frescor ingenuo, que se encuentran en él traspuestos al plano teológico, se pueden reconocer por igual en los cuentos, obras destinadas

17.—Los colosos del templo de Abu-Simbel.

18.—Templo funerario en Medinet-Habu.

19.—El Rameseum, en Tebas.

20.—Entrada al templo de Khonsu, en Karnak.

a un público más popular. Aparecen desde el Imperio Medio y se multiplican a partir de la XVIII dinastía. Se encuentra en ellos realismo, fantasía e incluso ironía; en cierta forma constituyen el complemento de los relieves y de las pinturas que tratan temas de la vida cotidiana. De manera amplia, hacen sitio a la magia, seguros de complacer a sus auditores transportándolos al terreno de lo maravilloso. Queda por mencionar el lirismo ardorosamente sensual, al que se da curso libre en los "cantos de amor". Es posible que esta literatura de imaginación haya surgido de un fondo común al Próximo Oriente; también lo es que haya contribuido a formarlo. Por lo menos es indiscutible que el "cuento del náufrago" sugiere relaciones con ciertos episodios de las aventuras de Ulises y de Simbad el Marino, y que los "cantos de amor" recuerdan a veces el *Cantar de los cantares.*

CONCLUSIÓN

LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA Y EL MUNDO ANTIGUO

Aunque muy cerrada sobre sí misma, la civilización egipcia no pudo dejar de tener algunos contactos con el exterior. Pero la importancia práctica de estos contactos fue muy poca durante casi toda su historia.

Debía su autonomía a la cohesión que unía todas sus manifestaciones con la omnipotencia del Estado y de los dioses. En otros lugares se puede encontrar el principio de una cohesión análoga, pero sólo Egipto la aplicó con tanto rigor, durante un tiempo tan largo, en un país tan grande y tan rico y sobre un pueblo tan numeroso y tan dócil. Esta conjunción de circunstancias favorables, que se refieren tanto a los hombres como a la naturaleza, le confiere una originalidad impresionante.

El antiguo Egipto le debió, y le debe todavía, su prestigio e incluso su fuerza. Aunque esta estructura no impidió su muerte más o menos lenta, y desde cerca de un milenio antes de su desaparición ya no se sobrevivía más que por artificio, incapaz no sólo de renovarse, sino de llegar a comprender el verdadero sentido de las fórmulas que no quería abandonar. Egipto no llegó a asimilar, por haberlas ignorado siempre, dos ideas en otras partes asociadas y triunfantes: hombre y progreso.

Mucho tiempo antes de morir había influenciado algo a otras civilizaciones. Ofreció un ideal a muchos soberanos, tanto por la doctrina monárquica, que justificaba su absolutismo, como por la perfecta organización de la administración que canalizaba tantas riquezas hacia el gobierno central. En especial las monarquías helenísticas - una de ellas se instaló en Egipto -, y el Imperio Romano le

copiaron al menos algunas tendencias y a veces instituciones precisas. A la cultura alejandrina, nacida y desarrollada "junto" a Egipto, transmitió el gusto por lo pintoresco y por la ironía ligera y el sentido de la gracia refinada que marcaba ciertos aspectos de su arte y de su literatura. Su culto a Isis se esparció por todo el mundo romano y su magia se contaba entre las más acreditadas. Pero ninguna de estas asimilaciones tocaba el verdadero fondo de las cosas. Ello se debe a que este fondo estaba adaptado sólo a Egipto, y más concretamente al Egipto de los milenios III y II.

LIBRO II

LA CIVILIZACIÓN MESOPOTÁMICA

No es mucho más arbitrario intentar dar una visión de conjunto de la civilización mesopotámica, que de la civilización egipcia.

Egipto y Mesopotamia: analogía de los destinos de sus dos civilizaciones

Tanto la una como la otra, sucediendo a una civilización primitiva común a los dos países, común también a otras tierras, nacen y se forman en fechas que, sin poder ser fijadas con precisión, son más o menos contemporáneas. Ambas pierden su autonomía con una quincena de años de intervalo, bajo los golpes de un mismo adversario: la realeza persa. Las dos, una vez desaparecida la independencia política de los estados con los cuales se identifican, sobreviven bajo la dominación extranjera: la civilización mesopotámica declina entonces mucho más aprisa que la egipcia, que a su vez no deja de estar condenada. Cronológicamente, pues, la artificiosidad de un resumen que por su propia concepción destacará las permanencias con más fuerza que las evoluciones según las épocas, no se escapa a graves objeciones; aquí también una estrecha trama une los milenios.

Egipto y Mesopotamia: civilizaciones desigualmente unificadas y cerradas al exterior

Otras objeciones a un relato concebido de esta manera surgen de las condiciones geográficas tan distintas entre Mesopotamia y Egipto. A excepción del sur, a Egipto, la naturaleza le fija las fronteras, que son una constante invitación a la unidad. Para Mesopotamia es completamente diferente; incluso cuando la bordean los desiertos, éstos, a excepción del de Arabia, son menos hostiles al hombre que los que constituyen los límites de Egipto. En particular por el lado de Siria, y cada vez más hacia el Norte, presentan el aspecto de estepas más que de verdaderos desiertos; además la costa fenicia y siria está lo bastante próxima y tiene el suficiente atractivo para compensar el esfuerzo exigido para atravesar dichas regiones. En el resto de sus fronteras, Mesopotamia se relaciona sin dificultad con otras tierras propicias a la vida humana.

Así, estas fronteras no constituyen unos límites naturales que, directamente sensibles en el interior y en el exterior, se impongan a todos. A diferencia de la población egipcia, la mesopotámica no estaba inclinada a la unidad. Tampoco sus jefes pusieron un límite a sus afanes expansionistas, que no encontraron hasta muy lejos unos verdaderos obstáculos naturales. Fácilmente el país se frac-

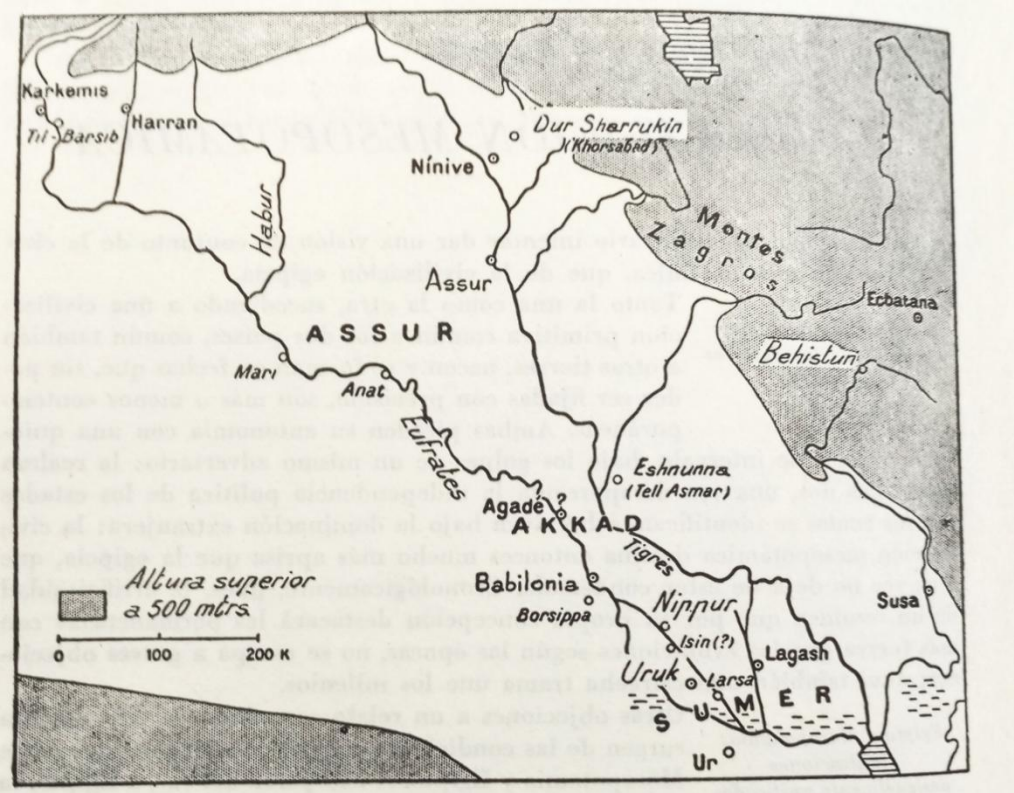


Fig. 14. — Mesopotamia.

cionaba en varios estados; con más facilidad aún se abría a las influencias exteriores, a las infiltraciones y hasta a las invasiones, estando, en contrapartida, más inclinado a proyectar en el exterior su poderío y sus hombres, y con ello su civilización.

Ésta se ofrece, pues, al historiador, menos constante en su permanencia cronológica, menos unificada y con aspectos regionales muy acusados. Quizá en ellos se encuentra la explicación, al

menos parcial, de su desaparición más rápida que la civilización egipcia. Más apta a la expansión y a la dilución, era natural que ofreciese una resistencia menos eficaz a las civilizaciones en competencia.

Unidad de la civilización mesopotámica

Los matices que la diversificaron en el tiempo como en el espacio, no impidieron la existencia de una civilización mesopotámica lo bastante original y coherente para que se trate de ella en su conjunto, oponiéndola a las civilizaciones contemporáneas y vecinas. Esta cultura nació en la Baja Mesopotamia, en el país llamado Sumer. La influencia sumeria, en especial en la religión y en la escritura, quedó profundamente marcada para varios milenios, mucho tiempo después del aniquilamiento de los sumerios propiamente dichos por otros elementos étnicos. Son éstos los dos aspectos donde vemos mejor su permanencia; pero un análisis cuidadoso llega, con más o menos dificultad, a descubrirla en otros terrenos.

En realidad, en Mesopotamia como en Egipto, con una nostalgia quizá menos continua en los países del Éufrates y del Tigris que en el valle del Nilo, se echaba de menos la edad de oro y se identificaba el ideal con una restauración del pasado más arcaico.

(pag. 158 en blanco)

CAPÍTULO I

LAS FORMAS POLÍTICAS

La fragmentación

La unidad política de todo el territorio no fue una premisa fundamental de la civilización mesopotámica. Algunas veces llegó a alcanzarse, pero nunca de una manera duradera. Ya, desde un principio, no la encontramos en esa Baja Mesopotamia donde se precisan los rasgos de una civilización llamada a tener un largo porvenir.

El estado tipo es la ciudad, es decir, la población centro de un territorio, del que la imprecisión de nuestros conocimientos de geografía histórica nos permiten raramente precisar la superficie. En esa llanura baja, sin otros accidentes naturales que los brazos de los ríos y los canales en los que el relleno aluvial ha provocado continuos desplazamientos, nada constituye un límite natural del país. Existen ciudades cuya ubicación es hoy todavía desconocida: por ejemplo, Acadia ('Akkad), que tuvo suficiente prestigio para dar su nombre a una región entera. ¿Qué decir de las fronteras de las ciudades que se tenían que disputar al pantano y a la arena por esfuerzos incesantes, si se querían eficaces? Aunque no nos sea posible evaluar su superficie media, está fuera de duda la existencia de numerosas ciudades.

En comparación con Egipto poseemos en Mesopotamia muchos más restos de esta época. En el Delta no debían las condiciones ser muy diferentes de la baja llanura mesopotámica. Pero en ésta no se sentía, como en Egipto, la aspiración hacia una organización unitaria considerada como indispensable a la vida feliz de los habitantes. En las tierras del Tigris y del Eufrates la unidad hubiese podido tener también efectos bienhechores, asegurando una mejor organización a los trabajos de drenaje y de irrigación. Sin embargo en este país las cosechas dependen menos de las crecidas fluviales y por otra parte quizá la población era menos densa. Con todo, la fragmentación política, deplorada como anárquica por los egipcios, aquí no fue jamás sentida como un mal.

Persistencia de la noción de ciudad.

Sin embargo era fatal que el país superara este estadio de fragmentación. Entre ciudades vecinas es evidente que tienen que nacer querellas, y a favor de guerras o de alianzas en las que uno de los coaligados impone su hegemonía, se crean estados más importantes, a veces hasta verdaderos imperios.

Por los títulos llevados por los soberanos, sabemos que la concepción del Estado variaba entre el término de una ciudad más o menos dilatada y una región. Junto al nombre de la ciudad: 'Ur, Uruk, Lagaš y muchas otras, aparece desde el primer momento el título de "rey del país" que se refiere a Sumer, que no es una ciudad. Éste es un caso claro, pero decir "rey de 'Akkad" es ambiguo, pues este nombre de ciudad acabó designando toda la parte septentrional de la Baja Mesopotamia, comprendida Babilonia. Lo mismo se puede decir de Aššur, primero citada entre otras ciudades de Asiria y después sirviendo de nombre para designar el país cuya capitalidad ostentaba. Así, incluso considerablemente ensanchado, el Estado conservó el recuerdo y la huella de la célula primera de la que había surgido.

La noción de imperio.

Se usan también expresiones cuyo sentido es muy distinto. "Rey de las cuatro regiones", podía primero significar, al lado de Sumer y 'Akkad, a otros dos países del Noroeste y del Oeste, Amurru y Subartu, cuyas fronteras eran indecisas. Se trataba, según una paráfrasis entonces bastante frecuente, de regiones comprendidas “desde el mar Inferior (Golfo Pérsico) hasta el mar Superior (Mediterráneo)". Derivado de este título es el de "rey de las cuatro regiones del mundo", que postula una idea mucho más amplia, porque evoca los cuatro puntos cardinales. Interpretación que encontramos confirmada en otros títulos, "rey de todo", "rey del Universo", que no dudan en tomar ciertos reyes asirios y babilonios. Tomando como punto de partida la noción de ciudad, el Estado llegó a transformarla en la de Imperio Universal.

Naturalmente, noción teórica nada más, pues ninguno de los soberanos que hace seguir su nombre de estas apelaciones, no llega a realizar todo lo que ellas implican. Sin embargo proclaman unas pretensiones que, en el siglo VII, en el apogeo de la dinastía de los Sargónidas, cuyo poder se extendía del lago de Van al Alto Egipto y de la Cilicia a la Media, no debían parecer tan desmesuradas a los contemporáneos.

Inestabilidad de los imperios

De hecho estos imperios, grandes o pequeños, son siempre efímeros. Todos los que aquí o allá adquieren algún poder, sufren la tentación de constituirlos. De una ciudad de Sumer, la hegemonía pasa a los semitas de Kiš, cuyo rey Sargón (el Viejo), se instala en 'Akkad y funda el primer gran Imperio mesopotámico. Después se forman de nuevo una serie de reinos sumerios, seguidos por el primer Imperio babilónico, que ilustra, en el siglo XVIII o XVII a. de J. C., la gran figura del rey Hammurabi. A cada nuevo intento la Baja Mesopotamia constituye el punto de partida, desde el cual los soberanos buscan someter, al Este el Elam (Susiana) y la cordillera del Zagros, al Norte el valle del Tigris Medio, es decir, Asiria, al Noroeste el valle del Eufrates con Mari y al Oeste las costas de Siria y quizá incluso –al menos Sargón el Viejo se alababa de haberlo consegui-

do – la isla de Chipre. En medio de esta larga historia, el imperialismo asirio aparece únicamente como el heredero de tendencias llevadas más lejos que sus antecesores, aunque con un éxito no más duradero.

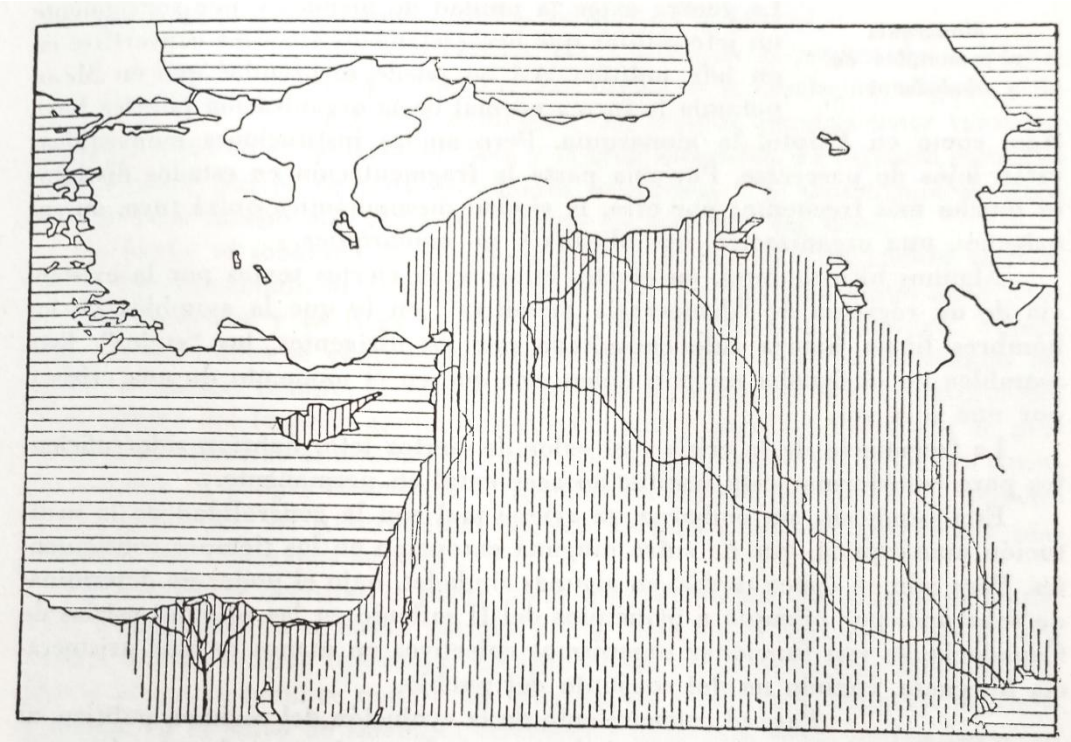


Fig. 15. — Extensión del imperio asirio en tiempos de Aššurbanipal.

El edificio penosamente construido llega un momento que cruje y después se desmorona bajo el empuje de revoluciones interiores y de las invasiones de pueblos llegados de las montañas o de las estepas vecinas. El terror ejercido para la conquista o para la represión toma cada vez unas formas más violentas, culminando en la atroz crueldad de las guerras llevadas a cabo por los reyes asirios. Pero este perfeccionamiento de los métodos de represalia no impide que se alargue la lista de tentativas abortadas.

Nacido con las concepciones iniciales, el particularismo queda siempre como una fuerza irreprimible. Cada conquistador mesopotámico en su nueva experiencia intenta, en vano, agrupar bajo su dominación las ciudades en estrecho parentesco cultural con la que les sirve de punto de partida. Añádase el problema de las ciudades o tribus extranjeras.

Debido a las muchas guerras y a las revueltas incesantes, las energías de los pueblos mesopotámicos se fueron agotando; agotamiento que facilitará el camino a los conquistadores del porvenir, el iranio Ciro o el macedonio Alejandro.

Monarquía y comunidad de ciudadanos.

La guerra exige la unidad de mando, y por consiguiente un jefe militar que necesariamente tiende a convertirse en un jefe político. Así no puede sorprender que en Mesopotamia la forma normal de la organización política haya sido, como en Egipto, la monarquía. Pero ambas instituciones monárquicas están lejos de parecerse. Por una parte la fragmentación en estados distintos es mucho más frecuente; por otra, la ciudad mesopotámica quizá tuvo, en sus orígenes, una organización republicana y no monárquica.

Algunos historiadores, en efecto, interpretan ciertos textos por la existencia de un régimen de "democracia primitiva", en la que la asamblea de los hombres libres habría sido consultada por los dirigentes, los "viejos". Esta asamblea no designaba un jefe único más que en el momento de una crisis y por una sola vez.

La frecuencia de la crisis y el valor de ciertos jefes habrían sido suficientes para transformar esta institución accidental en permanente.

Esta hipótesis, sin embargo, se aviene mal con la generalidad de la institución monárquica, que no sufre ninguna excepción en los tiempos consiguientes. Pero aún en época tardía, en algunas ciudades, bajo el poder de determinado soberano, por ejemplo a principios del II milenio en las colonias asirias de Capadocia, se ven funcionar organismos colectivos en manos de una aristocracia burguesa, cuando no del conjunto del pueblo.

El rey "vicario" de la divinidad.

Para el conocimiento de la evolución del régimen político, al lado de los ciudadanos y de los aspirantes al poder hay que tener en cuenta a los dioses.

Cada ciudad pertenecía a una divinidad determinada. Aunque otros dioses fuesen en ella adorados, esta divinidad ejercía una primacía sobre los demás, del mismo modo que su templo era superior a los otros en poder y riqueza; ella era, también, la inspiradora de las decisiones tomadas tanto por la asamblea, como por los ancianos o por el soberano.

El poder monárquico es siempre de origen divino. "La realeza descendió del cielo", se complacen en afirmar los textos y, es más, el título llevado por el soberano no es siempre, al menos al principio, el de "rey". Se encuentra con frecuencia un nombre como el de "gobernador" de la ciudad, en especial cuando el titular tiene el cargo de gran sacerdote, y también los de "vicario", "lugarteniente" y "prepósito" de la divinidad.

Los primeros reyes asirios, aunque llamándose "reyes" e incluso "reyes del universo", conti-

núan titulándose "vicarios del dios de Aššur", mientras que el título de "gobernador", perdida su dignidad primitiva, sirve sólo para designar a los príncipes vasallos o a los altos funcionarios. En sentido inverso se puede constatar que durante mucho tiempo, tal o cual dios o diosa son llamados "rey" o "reina" de la ciudad.

La designación y la ascensión del rey.

Con lo dicho ya queda señalada la importancia del papel político que, del hecho de la ideología religiosa y de la fuerza económica del templo, pueden tener tanto en la ciudad como en el Imperio, el clero y el gran sacerdote. El régimen conservó desde muchos puntos de vista un aspecto teocrático, y la monarquía procuró siempre estar mucho más cerca del mundo clerical que del laico.

De hecho el soberano es designado por la divinidad, "mirándolo con favor", o "pronunciando su nombre". Esta elección se efectuaba según unos ritos que desconocemos y se llegó a conciliarla con la herencia dinástica. Vemos cómo los soberanos se enorgullecen de su ascendencia real, no olvidando recordar, al mismo tiempo, la elección con que la divinidad les ha favorecido. En el apogeo del Imperio asirio, el rey, para más seguridad, hacía que se procediese aún mientras él estaba con vida a la elección entre sus hijos; es decir, que sometía su propia elección a la aprobación divina. No existía el derecho de primogenitura, así Aššurbanipal declara de forma expresa que él era más joven que sus "hermanos adultos".

Confirmada la decisión, el padre hacía que se prestase juramento de respetarlo. A continuación el electo entraba en la "casa de la sucesión", donde era iniciado en sus futuras funciones. Llegado el día de la ascensión al trono, recibía, a la vez, su nombre regio y las insignias de poder real, cargadas de fuerza divina, en el curso de solemnes ceremonias religiosas. Éstas tenían lugar en Aššur, ciudad santa del Imperio asirio, y no en la residencia real, que era Nínive, o en otra ciudad.

Es fácil comprender que la leyenda haga de Sargón el Viejo el hijo de una sacerdotisa, abandonado y criado por un jardinero; o que Aššurbanipal II, rey asirio del siglo IX que presenta como de humilde origen, aunque sea hijo de rey, declare: "Tú, Isthar, terrible señora de los dioses; tú me has distinguido con la mirada de tus ojos; tú has querido verme reinar; tú me sacaste de en medio de las montañas...; tú me has confiado el cetro de la justicia."

Los deberes religiosos del rey

La piedad es, pues, un atributo inevitable del soberano. Los primeros y los más importantes de sus deberes son los religiosos. Unos, son deberes rituales. Aun cuando los textos no le dan expresamente estos títulos, es sacerdote, o más bien, gran sacerdote del dios nacional, celebrando en persona algunas ceremonias del culto. Es él quien construye, restaura e inaugura los santuarios. Más que nadie, él es apto para cum-

plir los ritos de purificación, para hacer los sacrificios y para consultar los oráculos.

Otros deberes de carácter religioso son de tipo administrativo. Vigila la gestión por el clero de los bienes de los templos e interviene cuando lo juzga necesario. Hace los nombramientos para las funciones sacerdotales, al menos para las más importantes, y no duda en confiarlas a miembros de su familia, como es natural siempre por orden de los dioses, ante lo cual le place manifestar una ingenua sorpresa.

Por último, los deberes morales. Se pronuncian con frecuencia las palabras "justicia", "equidad", "verdad". Al publicar su Código, Hammurabi pretende satisfacer a Šamaš, dios de la justicia, "hacer resplandecer el derecho en el país, perseguir a los perversos y a los malhechores, impedir que el fuerte maltrate al débil". Pero en el fondo la justicia se identifica con la voluntad de los dioses, cuyas razones escapan a la comprensión de los hombres y que éstos no deben juzgar.

Prácticamente el principal deber moral del rey hacia los dioses se encarna en el rito de la obediencia ciega. Busca conocer su voluntad, para lo cual observa y hace observar todos los signos posibles: sus propios sueños, los presagios astronómicos, los oráculos, el hígado de la víctimas, etc. Ruega a los dioses que le inspiren, y, por tanto, debe doblegarse a sus inspiraciones, entran en batalla cuando ellos se lo indican y sólo entonces. Numerosos textos nos muestran a los exégetas confortándole acerca de los efectos de un presagio amenazador, pero también le recuerdan que no debe olvidar los encantamientos y lustraciones, recomendándole hasta nuevo aviso la observancia de un ayuno riguroso, no cambiarse de vestidos, no sacrificar, no montar en carro, etc. Obligado a mostrarse profundamente piadoso, el rey se convertía de hecho en esclavo y juguete de los sabios intérpretes.

El rey intermediario entre la comunidad y los dioses

En estas relaciones del rey con los dioses sería fácil encontrar algunos parecidos entre la monarquía mesopotámica y la egipcia. Pero no son menos sensibles las diferencias, siendo sin duda la principal, que los reyes mesopotámicos, personalmente y por esencia, no son presentados como dioses. En algunas ciudades de la Baja Mesopotamia, antiguos reyes tienen su lugar en el panteón local; pero incluso después de la muerte los honores divinos a un soberano son una cosa excepcional y mucho más aún durante la vida del rey. La célebre estela triunfal del Louvre consagrada por el tercer sucesor de Sargón el Viejo, el rey de 'Akkad Naram-Sin, le representa coronado con cuernos, que es un atributo reservado a las divinidades, y el caso es hasta ahora único. En la Baja Mesopotamia, durante los milenios III y II, el nombre de ciertos soberanos va precedido del determinativo que indica al lector que el nombre que va a seguir es el un “dios”. Pero este uso nunca se generalizó y desapare-

ció lo más tarde con Hammurabi. Incluso para éste no está atestiguado de una manera indiscutible y subsiste el desacuerdo entre los historiadores para interpretar el título "dios de los reyes" que el soberano babilónico se atribuye en su código.

Solamente en una época muy antigua, y en casos esporádicos, conocemos otros hechos relacionados con lo dicho. Por ejemplo, el empleo del nombre de un rey en lugar del nombre de una divinidad, para formar nombres personales del tipo "Hammurabi es mi dios"; pero este uso indica sólo una devoción individual y no una divinización oficial. O, también, el relato de la unión carnal del rey con una diosa que le ha escogido en lugar de su dios-esposo habitual; pero se trata sólo de un rito de fertilidad. Otros usos son más duraderos y se observan aún en época asiria: así, la invocación del soberano junto a la de divinidades en las fórmulas de juramento, o la afirmación por el rey de un parentesco divino al lado de su parentesco humano. Pero la trascendencia de todo ello no llega a ser muy grande.

Mientras que el rey egipcio, concebido por un padre divino, educado durante su juventud por las divinidades, en el momento de su ascensión es elevado al rango de los dioses, continuando en él después de su muerte, el rey mesopotámico es sólo el representante de la divinidad cerca de los hombres y el representante de éstos ante aquélla, el intermediario entre el mundo divino y el humano. Para sus súbditos constituía una especie de talismán que los protegía. Él era el encargado de asegurar la buena voluntad de los dioses con respecto al país, es decir, de crear y mantener las condiciones favorables a su vida y a su prosperidad, gracias a su acuerdo con los poderes sobrenaturales.

Poderes e instituciones monárquicas

Ya han sido indicados los límites que esta concepción asigna a la omnipotencia real. No son, sin embargo, suficientes para hacer del soberano un hombre parecido a los demás, pues su obediencia a los mandatos divinos tiene su contrapartida en la obediencia igualmente ciega que le deben sus súbditos en el cumplimiento de las tareas que les incumben. De esta manera su autoridad se extiende a todos los terrenos de la vida colectiva. No sabemos en qué medida esta autoridad es real, y simplemente disimulada bajo los pretextos religiosos, o bien aparente y destinada a cubrir las inspiraciones de origen sacerdotal. A través de la fraseología de los documentos oficiales, únicos llegados hasta nosotros, no podemos decidirnos ante esta duda. Por otro lado, a cada rey corresponde un carácter individual y, por consiguiente, existen todas las posibilidades.

Además de sus atribuciones religiosas, la monarquía ejercía las funciones militares y administrativas.

El mando militar

El soberano era por naturaleza jefe supremo del ejército; al principio incluso quizá fue ésta la razón de su origen. De una manera continua, después, se le atribuye siempre un carácter guerrero y se le señala su puesto de combate en primera línea. El arte y la literatura se complacen en señalar sus victorias personales. Sólo a él los dioses prometen dan la victoria y, en contrapartida, los relatos de las campañas toman la forma de informes que el rey dirige a la divinidad considerándola su protectora. Estos textos nos ofrecen mucha información de los reyes asirios de la gran época. Entonces son raros los años en que el rey no participa en alguna campaña y son excepción las expediciones en que, por ausencia, confía la dirección al *turtanu* o *tartan* de la Biblia, es decir, literalmente, "el segundo". Es probable que en la práctica este especialista actuara de verdadero jefe, al lado del rey, aunque el prestigio de la monarquía exigía que su función se borrase ante el jefe teórico.

Esta actividad militar, que sin ser siempre tan preponderante no fue nunca nula, exige un ejército. Gracias a los documentos gráficos y literarios lo conocemos bastante bien, aunque de manera desigual.

El ejército asirio

La evolución del armamento y de los medios de combate se puede seguir con una cierta precisión. En este aspecto se podrían hacer curiosas evocaciones. Nos limitaremos a examinar los resultados de esta evolución en su punto culminante, dando una ojeada al ejército asirio de los siglos VIII y VII. Constituía éste el instrumento militar más terrible que nunca tuvo en sus manos un estado mesopotámico; su calidad explica el número y la continuidad de sus éxitos.

La diferenciación de las unidades y de su equipo según las tareas que debían ejecutar se extremó mucho.

El caballo, aparecido tardíamente (los poco numerosos carros sumerios, estaban uncidos por onagros), se utilizaba con dos fines. Como animal de tiro, arrastraba el carro de guerra en el que iban subidos varios hombres: en la parte delantera el conductor, que guiaba los dos caballos colocados a uno y otro lado del timón, y el guerrero, junto al cual una gran aljaba contenía las flechas y la lanza; detrás de ellos, el "tercero", que manejaba un escudo con el que protegía a sus compañeros. Como animal de silla, el caballo permitió, a principios del siglo IX, la creación de una verdadera caballería. Sin estribos ni otro arreo que un trozo de tela, su uso exigía un conocimiento de la equitación cuyos progresos fueron incesantes, lo mismo que los del armamento defensivo. Al principio, un auxiliar también a caballo acompañaba al jinete combatiente para conducirle la montura y proteger a ambos. Pero después este escudero desaparece, pues se coloca al animal un arnés protector y el guerrero añade a su casco unas tobilleras y una coraza hecha con escamas metálicas. Carros de guerra y

caballería pesada constituían los elementos ofensivos por excelencia del ejército asirio.

La infantería, más numerosa, se dividía en cuerpos de lanceros y de arqueros. Algunos llevan también casco, coraza y un gran escudo, pero la infantería ligera, que comprendía un cuerpo de honderos, llevaba un armamento defensivo menos completo y de menor peso. Pertenecen a ésta, sin duda, los hombres, representados en los relieves, que cruzan un curso de agua a nado ayudándose de odres llenos de aire o que manejan los remos de embarcaciones con las bordas cubiertas de escudos.

El ejército tenía sus zapadores, provistos de hachas y de picos para abrir los caminos en las montañas, tender los puentes y encargarse de los trabajos de sitio. Tenía asimismo su parque móvil con camellos y asnos para proveerse de comida y de material, pues los recursos de los países difíciles a los que sus jefes no dudaban en lanzarlos, no podían satisfacer sus necesidades.

Así pues, el ejército era una máquina complicada cuyo funcionamiento planteaba a su estado mayor complicados problemas técnicos. Nada revela mejor la maestría entonces conseguida, en todos los aspectos, que los progresos realizados en el arte de los asedios. En efecto, ante la superioridad de los asirios en campo libre, el enemigo no tenía otro recurso que buscar refugio detrás de los muros de sus ciudades. El sitio era llevado de una manera enérgica, con parapetos móviles para lanzar nubes de flechas sobre los defensores, con murallones de tierra para mantener el cerco y máquinas móviles llevando pesados arietes para demoler los muros. En seguida, con la ayuda de escaleras o por la brecha abierta se efectuaba el asalto irresistible, seguido del pillaje y del asesinato, del suplicio del rey rebelde y de la deportación de los prisioneros y de sus dioses, sobre todos los cuales caía de forma despiadada la crueldad calculada del vencedor.

Con toda su perfección, llegó un día en que este ejército conoció la derrota. No por decadencia interna, que según nuestros conocimientos no llegó a conocer. Fue sorprendido por los métodos, o más bien, por la falta de métodos que no supo contrarrestar: los enjambres de jinetes incapturables y más experimentados que los suyos, llegados de las estepas del Norte y del Nordeste. Al principio ni los cimerios ni los escitas, nómadas turbulentos, llegan a dar los golpes decisivos. Sin embargo, sus acciones sirven para agotar un ejército largo tiempo invencible que acabó sucumbiendo bajo el esfuerzo de los medos -también mejores jinetes- y de los babilonios rebeldes. Entonces, de los pueblos sometidos se levantan gritos de entusiasmo, de libertad, de odio al fin satisfecho, saludando el incendio, el hundimiento y la destrucción total de las ciudades de Aššur y de Nínive.

El reclutamiento

No puede existir ejército sin instituciones que organicen el reclutamiento; pero en este aspecto nuestra falta de conocimientos es grande, excepto para algunos períodos determinados.

El servicio militar obligatorio debió aparecer pronto, sin duda desde el origen, pues de otra manera no se puede concebir que una pequeña ciudad haga la guerra. Pero este tipo de reclutamiento sólo raramente proporciona soldados de calidad, y el Código de Hammurabi, para la época en que Babilonia es dueña de un imperio, nos revela la existencia de soldados profesionales. Una parte servían de manera permanente en la guardia real y otros, los más numerosos, no eran movilizados más que en casos de necesidad y entonces recibían una soldada. En tiempo de paz vivían con sus familias, trabajando unas tierras que tenían del rey, con casa y ganado, obligados sólo a obedecer en persona, y con rapidez, al llamamiento de movilización. Sin ser aún un derecho, la herencia de este predio era ya un uso, y es verosímil pensar que, según una evolución a la que no ha escapado ningún régimen análogo, la simple tenencia acabó por convertirse en propiedad personal e inalienable del poseedor.

Según nuestros conocimientos, nada de todo esto reza para el Imperio asirio. En éste los soldados, en relación al total de la población, representan un tanto por ciento demasiado elevado para no exigir prácticamente la obligación del servicio militar. Ignoramos si, en cierta medida, la diferenciación entre las diversas unidades corresponde a diferencias sociales. Es probable que el jinete o el combatiente de carro pretenecieses a una minoría distinguida. A pesar de todo, el esfuerzo militar era excesivo para los asirios solos, por lo que los soberanos reclutaban contingentes entre los pueblos vasallos. A veces se imponían levas a los países sometidos, pero en todo caso los mandos eran siempre asirios.

Se formaron así un conjunto de usos y de instituciones militares que más tarde tenían que ser heredados por el Imperio persa. Incluso el último por la fecha de los estados mesopotámicos, el reino neobabilónico, contribuye a enriquecer esta tradición. En el curso de su breve existencia entre la decadencia de Asiria y la conquista persa, procede a enrolar mercenarios griegos, entre los cuales conocemos al hermano del poeta Alceo, que sirve a Nabucodonosor. En el mismo momento, los faraones saitas aprecian también las cualidades militares de los mercenarios griegos. Cuando los reyes persas, desde el final del siglo V, se deciden a enrolar estos soldados aventureros, continúan incluso con esto una tradición de las monarquías que habían destruido.

Administración y funcionarios

Además de jefe militar, el rey mesopotámico es administrador. Aun cuando no se incline a ella por su carácter, las necesidades de todo orden le orientan hacia la centralización. Para su ejército le son necesarios recursos materiales y humanos y al propio tiempo tiene que procurar cimentar la cohesión de los territorios y los pueblos

que de él dependen. Estos resultados no se podían conseguir si el rey no era obedecido y no podía esperar serlo más que organizando una buena administración.

Hay que creer que la administración primitiva se ocupaba sólo del patrimonio regio. Teniendo por centro el palacio, se organizaba como la "casa" del soberano, con intendentes y titulares de los oficios domésticos. La misma organización se repetía, más reducida en sus proporciones, en las "casas" de la reina y del príncipe heredero. Después, poco a poco, su competencia se fue extendiendo a la administración del Estado, tanto más fácilmente por cuanto parece que nunca llegó a establecerse una distinción formal entre la propiedad particular del soberano y el Estado propiamente dicho.

En este campo la dificultad más grave estaba en llegar a articular la autoridad real y la autonomía de la ciudad, antiguo Estado englobado en un nuevo Estado más amplio. El éxito de la centralización jamás fue más grande que durante el reinado babilónico de Hammurabi, e incluso los grandes reyes asirios no consiguieron montar un dispositivo tan perfecto. A su favor hay que decir que, en general, tuvieron que tratar con grupos humanos, montañeses y seminómadas, menos civilizados y más difíciles de vigilar, y por lo tanto tuvieron que contentarse con colocarlos en situación de vasallaje, a veces bastante flojo.

La centralización en tiempo de Hammurabi

Por el contrario, la primera dinastía babilónica controla toda la vida de las comunidades sometidas. A veces se mantenía en su sitio a príncipes locales, dejándoles el título de "gobernador", que antes habían llevado algunos reyes; aunque la mayor parte de los "gobernadores" son sólo funcionarios designados por el soberano, que los desplazaba de una ciudad a otra según sus conveniencias. Relacionada con la administración central se mantenía una correspondencia muy activa. El rey recibía informes, decidía y corregía, interesándose a veces por asuntos nimios y por la acción de los funcionarios subalternos.

En ningún aspecto de la vida colectiva se revela la influencia monárquica de una manera más fuerte que en el de la justicia. Como rey legislador, Hammurabi utiliza su actividad legisladora para unificar y centralizar sus dominios. Al lado de la justicia de las ciudades y de la de los templos, existía una justicia real para la cual el rey nombraba sus representantes. Hammurabi llegaba más allá aún, ofreciendo a todos la posibilidad de apelar ante él o ante su "supremo" ministro.

Los innumerables funcionarios constituían una parte importante de la sociedad babilónica, recibiendo como los soldados profesionales una remuneración consistente en un lote de tierra que les entregaba el soberano.

La fastuosidad regia Aún en los momentos en que esta centralización parecía menos grande y el aparato administrativo menos tentacular, se rodeaba la vida del soberano de un boato que le separaba del resto de la humanidad. El palacio era "la gran casa" y, a excepción de los templos, dominaba por encima de todos los demás edificios de la ciudad. En él se apretujaba un mundo de soldados, esclavos, servidores y escribas, aplicándose una estricta etiqueta que hacía difícil llegar hasta el rey.

Los documentos gráficos particularmente abundantes para los reyes asirios, nos los muestran en la guerra, en la caza -que es su sustituto -o en las ceremonias oficiales. El soberano aparece en ellos más como un símbolo que como un ser individual; incluso en las escenas violentas, su gesto, siempre triunfante, no contradice su majestad. Ésta es más patente aún en las escenas de gala: barba y cabellos rizados, coronado con la alta tiara en medio de hombres con la cabeza desnuda, adornado con joyas y con largos vestidos recamados de bordados, protegido por un parasol y seguido de servidores agitando mosqueros. Sentado o de pie, sosteniendo una gran caña a la altura del rostro, o más aún, erguido sobre un carro del que tiran caballos empenachados, siempre representa, impasible y suntuoso, la omnipotencia del que ha sido escogido por la divinidad, entre los humanos, para ser su "prepósito" en la tierra.

CAPÍTULO II

LAS FORMAS SOCIALES Y ECONÓMICAS

El palacio

El palacio real constituía un mundo aparte en la vida de la ciudad mesopotámica. Todo un grupo social habita o depende de él, atado al soberano por lazos que no son solamente de pariente con el jefe de su familia ni de servidor con su amo. En efecto, los arqueólogos han encontrado en 'Ur-la 'Ur de Caldea, citada por la Biblia como patria de Abraham - tumbas que no pueden ser más modernas que el principio del III milenio, demasiado ricas en objetos preciosos para no ser tumbas reales en algunos casos. Pues bien, ninguna contiene menos de dos esqueletos y algunas veces varias decenas, todos dispuestos con gran cuidado. No cabe pensar en alborotos ni violencias, sino en el sacrificio voluntario - o lo que es lo mismo, impuesto por la tradición- de sus vidas por parte de miembros del servicio del rey, con el fin de acompañarle en otro mundo no terrestre. De época más tardía no ha sido encontrada intacta ninguna tumba ni en Babilonia ni en Asiria; pero ciertas tabletas asirias evocan el ritual funerario aplicado a la muerte del soberano, revelándonos que comportaba al menos el simulacro del enterramiento de la "señora de palacio", es decir, de la esposa favorita. Se trataba, probablemente, de un simple simulacro, pues conocemos, a finales del siglo IX, una reina madre regente al principio del reinado de su hijo: Sammón-Ramat, convertida en una figura legendaria con el nombre de Semíramis. Pero creemos que es suficiente señalar que bajo una forma amortiguada la antigua costumbre dejó vestigios durante mucho tiempo.

Este grupo social que vivía en palacio era muy numeroso y de composición muy variada, con trabajadores de todas las profesiones, criados, escribas, artesanos, hombres de negocios, agricultores, pastores, guardianes de almacén, etc., colocados bajo las órdenes de un intendente. La existencia de un patrimonio real, con bienes múltiples y dispersos, convertía el palacio en una especie de gran empresa económica, cuyos beneficios contribuían a asentar sólidamente la fuerza material del soberano.

El rey separaba de su patrimonio los heredamientos que constituía para la reina y para la

familia real. En tiempo de Hammurabi disponía también de los lotes para distribuir a manera de remuneración a los soldados profesionales y a los funcionarios. El resto era explotado directamente a las órdenes del rey, que actuaba como un gran propietario cuidadoso de sus intereses. No existía ninguna distinción entre la propiedad privada y el patrimonio de la corona. Si la distinción puede ser clara, tratándose de tasas e impuestos, no podríamos decir lo mismo en el caso de las prestaciones obligadas de los súbditos en la apertura y cuidado de los canales y conducciones de riego, la construcción de carreteras, los transportes, las requisiciones de animales de tiro o de abasto, de barcas o de carros, etc. Los almacenes donde se amontonaban los ingresos tanto del patrimonio real como del Estado eran comunes ambos. Tantas riquezas permitían al rey actuar como banquero, prestar a interés y tener participaciones en negocios privados. Gran propietario de tierras y de ganado, proveedor de los talleres de transformación, necesariamente tenía que ser un gran capitalista. Desde todos los puntos de vista jugaba un papel importante en la vida económica del país.

El templo

A causa de su número, aún era más importante el papel de los templos. Cada ciudad tenía varios; por ejemplo, Lagaš, a principios del III milenio, parece que contaba con una cincuentena de santuarios. Entre ellos existía una jerarquía, correspondiendo el primer lugar al templo de la divinidad señora de la ciudad. Este templo era el mayor y el más suntuoso, excepto en el caso bastante raro del favor atestiguado a otro santuario por un soberano forastero residente en la ciudad. En el templo principal se celebraban las ceremonias más numerosas y fastuosas; era el más rico en bienes de toda clase y por tanto el mejor servido, tanto en personal sacerdotal como en personal auxiliar y administrativo.

Como el palacio, cada santuario constituye así un mundo aparte. Al menos para ciertas categorías, las que corresponden a una actividad más o menos ritual, la sociedad centrada en el templo parece que formaba una casta prácticamente cerrada. Existía un cierto número de técnicas que no se podían aprender más que en el templo y desde la infancia. Incluso profesiones de apariencia absolutamente laica pueden, destinadas al santuario o a su clero, exigir el conocimiento y la práctica de ciertos ritos: escultores, tejedores, panaderos, porteros, etc., debían ser iniciados en los secretos de su función. Es verosímil pensar que sólo los oficios agrícolas escapaban a esta obligación.

Se aprecia en todo caso una extraordinaria pululación de profesiones cuyos titulares están agregados al templo, estando representadas todas las clases sociales, desde el esclavo hasta el hijo o la hija del rey. Bajo la dirección del gran sacerdote o de la gran sacerdotisa, forman todos ellos una vasta comunidad que, viviendo al servicio de un dios, vive también de las rentas de éste, es decir, del

producto de sus bienes y de las partes sobrantes de las ofrendas y los sacrificios.

Sin embargo los miembros de estos escalafones no dejan por ello de mezclarse en la vida laica. No aportan sus fortunas particulares a los santuarios aunque dependan de ellos. Poseen bienes privados que administran a su capricho. Incluso los artesanos que están empleados en el templo, cuando les llega la ocasión, trabajan para el público a cambio de una retribución.

Desde época muy temprana se encuentran quejas contra el desorden que este estado de cosas producía. En el III milenio un rey de Lagaš se enorgullece de haber puesto fin al empleo fraudulento de los "bueyes del dios", en el cultivo de tierras propiedad personal de un sacerdote. Más tarde se advierte una verdadera apropiación particular de las funciones religiosas consideradas como "beneficios": se pignoran o se venden o se legan meses e incluso días de cualquier cargo. Por la sucesiva repartición de las herencias y las ventas parciales, se llega a veces a las fracciones de día. Estos usos se perpetúan hasta la época griega (al menos en Babilonia), mucho tiempo después de la pérdida de la independencia política. Tales operaciones suponen la existencia de unas rentas correspondientes a los cargos, aunque quizá su percepción exigía el cumplimiento efectivo de diversas obligaciones. En todo caso hay que imaginar un período transitorio en el que el conjunto del cargo, derechos y deberes formando un mismo bloque, se convirtió en venal, con una evolución de la que se adivinan las etapas.

¿Sufrió la tierra del dios una apropiación análoga? Es probable, pues en una época muy antigua se separaban de ella lotes que se entregaban a miembros de la comunidad y que éstos explotaban para asegurarse su subsistencia y la de sus familias. A pesar de las precauciones tomadas estos lotes no debían escapar a las mismas usurpaciones que las tierras entregadas por el rey a sus funcionarios o a sus soldados.

El templo siempre poseyó propiedades que arrendaba y otras que explotaba directamente con su utillaje, su ganado y su mano de obra reforzada por las prestaciones obligadas, todo bajo la dirección de sus intendentes. Al propio tiempo poseía sus talleres, en los que los obreros, con frecuencia esclavos, fabricaban los productos necesarios al culto y al personal sacerdotal. Tenía también sus almacenes, sus depósitos, su tesoro y sus negociantes.

Necesariamente, pues, los templos debían controlar una gran parte de la vida económica del país. Su poder temporal estaba estrechamente asociado a su poder espiritual. Del primero se usaba a veces para ejercer la caridad. Los textos contemporáneos de Hammurabi nos dan a conocer que los templos concedían préstamos con un interés menor que el máximo legal e incluso que el corriente. En tiempo de hambre, prestaban grano sin interés. Adelantaban dinero a los esclavos deseosos de

comprar su libertad. El rey tenía ordenado que debían prestar dinero al soldado caído en manos del enemigo y demasiado pobre para pagar su rescate. La mayor parte de estas generosidades parecen espontáneas, y al convertirlas en obligatorias, Hammurabi, sin duda, se limitaba a ratificar unas prácticas ya consagradas por el uso. El templo se esforzaba en llevar a cabo una buena gestión de los intereses del dios y en cumplir el papel caritativo que se le atribuía. Más arriba se ha leído la manera cómo Hammurabi definía la voluntad de Šamaš.

La sociedad laica

Dejando aparte los dos mundos del palacio y del templo, la sociedad mesopotámica únicamente nos es bien conocida en la época de Hammurabi y gracias a su Código. Éste constituye el texto fundamental que permite interpretar innumerables documentos, contratos en su mayor parte, dispersos en el tiempo y en el espacio. En su conjunto, la concepción y la práctica parece que no variaron mucho, aunque en fragmentos de otros códigos emanados de los reyes de 'Ur, de Ešnunna, de Isin o de los reyes asirios del II milenio, se presenten variantes o en contratos posteriores se hallen algunos puntos de divergencia.

Por lo menos en las ciudades el Código de Hammurabi atestigua la existencia de tres categorías de seres humanos: el "hombre" simple, es decir, el hombre libre por excelencia; "el que se prosterna", o subalterno inferior, hombre de poca categoría; y, por último, el esclavo, propiedad de otro hombre libre o subalterno.

El subalterno

La originalidad de esta repartición está en la existencia de esta clase intermedia. Se desconoce su origen y también si se encontraba confinada en unas determinadas profesiones; tenemos que resignarnos a constatar que existía y que la ley la colocaba a medio camino de las otras dos. Por ejemplo, el que con violencia hacía abortar a la hija de un hombre libre debía pagar una indemnización de 10 siclos de plata (el siclo de plata pesa 8,41 gramos); por la hija de un subalterno, 5 siclos, y por la de un esclavo, solamente 2. Este mismo escalonamiento se encuentra en la retribución debida por un servicio: el cirujano que llevaba a cabo una intervención recibía 10, 5 ó 2 siclos, según la categoría social de su paciente.

El esclavo

El esclavo, de uno u otro sexo, estaba jurídicamente asimilado a un bien mueble. Con frecuencia se le marcaba, y al cirujano que hacía desaparecer tal señal se le cortaba la mano. Cualquiera que ayudara o recogiera a un esclavo fugitivo era fuertemente apaleado, y si se trataba de un esclavo del palacio se le podía condenar a muerte. En la jerarquía de los bienes muebles, el esclavo tenía un lugar entre los metales preciosos y los animales domésticos y, como ellos, podía ser vendido, cambiado, entregado en prenda o en depósito, etc. El valor normal de

un esclavo adulto en tiempo de Hammurabi era de 20 siclos de oro, que era el precio de un asno, lógicamente inferior al de un buey. Todas estas operaciones se efectuaban con redacción de contratos de tipo corriente: el vendedor garantizaba al comprador, durante un plazo variable (fijado en un mes por el Código), contra los defectos posibles del esclavo.

La concepción primitiva del esclavo, que dejó su huella en el vocabulario, le atribuía un origen extranjero, es decir que provenía del botín de guerra o de compras normales hechas fuera del territorio. En realidad desde muy antiguo existen esclavos nacidos en el país, sea de padres esclavos o incluso libres. En efecto, si los hijos nacidos del matrimonio de una mujer libre con un esclavo son libres como su madre, los que nacen de las relaciones del amo con una concubina esclava, no son libres de pleno derecho, así como su madre, hasta la muerte del padre. Es más, algunos padres vendían a sus hijos y un acreedor podía apoderarse de la persona del deudor, de la mujer de éste y de sus hijos. Sin embargo, en este último caso, el Código ordena que la servidumbre no podrá durar más de tres años, aunque parece que más tarde su duración máxima fue prolongada, tanto de hecho como de derecho.

Un caso oscuro es el del esclavo nacido en Babilonia, capturado por los enemigos y después rescatado, para el cual la ley ordena la manumisión automática. La libertad podía ser siempre obtenida previo consentimiento del amo que la otorgaba por un acto gratuito u oneroso. Esta última posibilidad, utilizada con frecuencia, muestra que el esclavo se encontraba en condiciones de reunir un peculio, aunque no sabemos cómo. Este capital podía ser reemplazado en todo o en parte por un préstamo del templo. El acto de manumisión podía imponer al liberto ciertas obligaciones hacia su dueño, mientras éste estuviese en vida. Los efectos eran también inmediatos en cuanto al estatuto personal; en la época de Hammurabi se acompaña de una ceremonia religiosa, en el curso de la cual la frente del esclavo era "purificada". Por ello la palabra "purificación" tomó el sentido de "manumisión".

Todas estas indicaciones, cuyo interés jurídico es considerable, y que durante la antigüedad sólo encuentran equivalente en la sociedad romana, es lástima que no lleguen a aclarar cómo vivían de hecho los miembros de las dos clases inferiores. Salvedad que también podremos hacer respecto a la familia.

La legislación de la familia

Es digno de señalarse que el régimen familiar asegura a la mujer la independencia de su personalidad jurídica, en particular para la gestión de sus bienes. Lo que el futuro marido entrega al suegro en el momento de la promesa de matrimonio, no pertenece a la mujer, pero ella es la única propietaria de la dote que aporta al matrimonio, y en cuanto a las donaciones que recibe de su marido no puede enajenarlas, pero posee su pleno usufructo. Dispone

con entera libertad de todo lo que le pertenece en propiedad tanto si son bienes muebles como inmuebles. El contrato, sin el cual no es válido el matrimonio, puede excluir el embargo de su persona por los acreedores de su marido. Esta cláusula, en general, se pone para las deudas contraídas por el marido antes del matrimonio, y para las de después se mantiene la solidaridad. Pero entonces el marido no administra solo los intereses comunes y vemos a la mujer intervenir al menos como testigo en las ventas. Si el marido es movilizado, y no existe hijo mayor de edad, es la mujer la administradora de los bienes y puede quedarse con el tercio de las rentas.

No hay duda de que la mujer podía ser repudiada por el marido, pero siempre estaba garantizada contra una decisión arbitraria de éste: el marido debe presentarse a los tribunales e invocar ante ellos los agravios reconocidos como valederos para autorizar la separación. Más aún, la mala conducta del marido autoriza a la mujer a intentar una acción análoga para marcharse con su familia. En los dos casos la mujer se lleva todo lo que le pertenece, y en el segundo, además, una indemnización fijada por la ley. Queda por ver el caso de flagrante delito de adulterio: el del marido, según sabemos, no está tratado en el Código, mientras que la esposa culpable puede ser arrojada al agua con su cómplice. Ésta parece ser la única desigualdad práctica.

La norma es la monogamia, atemperada por la voluntad de asegurar al hombre una descendencia. La esterilidad y la enfermedad de la mujer, eran motivos de repudiación tan legales como el descuido o la negligencia de los deberes de esposa y de ama de casa. La propia esposa que no puede darle hijos, puede ofrecer a su marido una esclava por concubina. De hecho se trata quizá, solamente, de impedirle intervenir si el marido toma una, porque en estos terrenos tan escabrosos la ley se limita a contemporanizar con los hechos inevitables: conocemos algún caso en que un esposo tiene a la vez hijos de su mujer y de una concubina. La esclava escogida no podía ya ser vendida, pues debía ser manumitida cuanto más tarde a la muerte de su amo y en compañía de sus hijos. También son requisitos necesarios que se abstenga de rivalizar con su señora y que procree hijos. Si falta a una de estas dos condiciones, la esposa puede reducirla de nuevo a la servidumbre.

Por último, el Código autoriza al marido que no tiene hijos ni de su mujer ni de su concubina, a introducir en la casa a una esposa de segundo rango. La recién llegada debe, también ella, respetar la presencia de la esposa principal: en un contrato de segundo matrimonio, se precisa, por ejemplo, que la segunda esposa "lavará los pies de la primera".

Agotados todos estos recursos, queda aún el de la adopción, que da lugar a un contrato. Si éste se concluye según las fórmulas y sin violencia, la ley protege al adoptante contra los abusos

eventuales del adoptado o de sus padres naturales. El adoptado que pretendía salir de su nueva familia era vendido como esclavo. En cuanto al adoptante, si le nacen hijos más tarde, puede romper el vínculo, pero permitiendo que el adoptado retire una tercera parte de su derecho hereditario, con exclusión de los bienes inmuebles.

El Código fija con una extrema minuciosidad las reglas de la sucesión. Todos los bienes de la mujer, aun cuando haya vuelto con ellos al seno de su familia paterna, pasan a los hijos; pero a efectos de la partición se distinguen los que han nacido de matrimonios sucesivos. Las mismas normas rigen respecto a los bienes del padre. Pero éste puede hacer donaciones a su mujer, a sus hijos, a uno determinado de ellos y aún a un extraño de la familia; aunque no está autorizado para desheredar a ninguno de sus hijos sin el consentimiento de los tribunales y en caso de falta muy grave. El reparto se hace con una absoluta igualdad, al menos entre los hijos nacidos de la esposa, y la ley no descuida hacer reservar lo necesario para la donación nupcial que tendrán que hacer más tarde los hijos todavía solteros. Los hijos nacidos de una concubina están privados de herencia si su padre no los ha manumitido en vida y si lo ha hecho deben dejar a sus hermanos la prioridad de escoger entre las partes. En cuanto a las hijas, la dote recibida les aparta ya de la herencia, y, si no la han recibido, se benefician con el usufructo de una parte. Estos pocos detalles, que sería fácil multiplicar, son suficientes para mostrar el espíritu de una legislación familiar que concede la más grande importancia a todo lo que es objeto de propiedad inmueble o mueble, comprendidos los esclavos.

Según los fragmentos encontrados del Código del II milenio, la familia entre los asirios presenta quizá una menor solidez interna, aunque está previsto que la mujer puede seguir habitando la casa paterna, donde el marido la visita y contribuye a su manutención. Pero la principal diferencia es que la mujer dispone de una capacidad civil más reducida. Solamente bajo los sargónidas, en los siglos VIII y VII, se empieza a vérsele participar en ventas u operaciones análogas y aún de una manera mucho menos frecuente que en Babilonia. El Código castiga al extraño a la familia e incluso al que ignora que está casada que le concede un préstamo. La mujer podía ser repudiada sin indemnización y sin intervención de los tribunales y la muerte del marido le imponía la obligación de casarse con un hermano o un hijo del primer matrimonio del difunto. El marido podía tener una o varias concubinas y elevarlas, por su sola voluntad, al rango de esposas.

La legislación de Hammurabi precede en muchos siglos a la legislación asiria y, sin embargo, nos representa un estado social que parece lógico considerar como más evolucionado. Pero en la práctica hay que tener en cuenta el carácter étnico, y no es nada sorprendente que en un pueblo guerrero como el pueblo asirio, la mujer fuese mantenida en una situación jurídica inferior.

Se adivinan aquí y allá algunas lagunas para nuestra información. Por naturaleza una compilación de leyes, incluso si corresponde lo que ciertos contratos desmienten — a la realidad práctica, coloca en un mismo plano situaciones que se encuentran con frecuencia en la vida de una sociedad y otras que son excepcionales, por no decir hipótesis gratuitas. Las costumbres que resultan de un término medio se reflejan mal en las leyes y éstas son bien poca cosa sin ellas. Para vivificar todo esto sería necesario, mejor que todos estos innumerables contratos y documentos judiciales cuya repartición lógica puede ser un efecto del azar, poseer correspondencias privadas, anécdotas e historietas. La extraordinaria documentación mesopotámica ofrece más materiales al jurista que al historiador.

La vida económica: la acción oficial

Todo lo dicho es suficiente para hacer presentir la importancia, la intensidad y la variedad de la vida económica. Velar y dictar órdenes para mantenerla floreciente y asegurarle una equitativa regularidad, era considerado como un deber esencial de los organismos colectivos. El culto tenía como una de sus principales motivaciones atraer el favor de los dioses sobre las actividades que ofrecían a los hombres su alimento y su bienestar. Propietarios de fincas rurales y de tesoros mobiliarios, productos de toda clase y metales preciosos, los templos y el palacio eran los primeros en dar el ejemplo. Estaban, por otra parte, interesados en la prosperidad general, por los recursos materiales que la devoción, el reconocimiento o la obediencia les procuraban. Por el mismo motivo actuaban como organizadores de la economía; menos que en Egipto, desde luego, si consideramos el conjunto, pues en Mesopotamia no se encuentran señales de economía dirigida y ni el rey ni los dioses figuran como dueños exclusivos del país, cuyos agricultores habían sido meros colonos. Pero en ciertos aspectos la intervención estatal es más intensa que en el valle del Nilo, al menos según nuestros conocimientos: al fijar un cierto número de salarios y de precios, la legislación de Hammurabi aparece como la más amplia experiencia, para una época antigua, de un sistema de tasas, que desearíamos conocer mejor por documentos más numerosos y más vivos para saber cuáles fueron, en la vida cotidiana, su eficacia y su historia.

La agricultura

La agricultura tenía un lugar importante, seguramente el primero, en las preocupaciones de los dirigentes de la colectividad. La tierra, desde un principio, estuvo registrada en un catastro y toda modificación fragmentaria, en su pertenencia o en su utilización, daba lugar a una inscripción obligatoria. Los canales de drenaje y de irrigación eran abiertos y cuidados, bajo la vigilancia de las autoridades, por un sistema de prestaciones obligatorias, de las que no se podía nadie librar sino con un privilegio real. Oficinas de estudios, dirigidas por

hábiles ingenieros, levantaban los planos a ejecutar tanto para el arreglo de canales colectores como los de distribución. Costumbres codificadas reglamentaban la repartición del agua bienhechora y castigaban las negligencias o los fraudes perjudiciales a los vecinos. La ley fijaba las condiciones de arriendo, las obligaciones del arrendatario, los repartos de los daños causados por las tempestades entre el propietario y su colono o arrendatario; señalaba también el estipendio justo del trabajador del campo, del boyero y del pastor, el precio de alquiler de un buey o de un asno, la responsabilidad de los accidentes o pérdidas causadas por el ganado, el salario de un obrero rural alquilado por días, etc.

Esta minuciosidad, a menudo extraordinaria, revela una vida agrícola ya muy evolucionada, con una extrema parcelación de la propiedad rústica y con innumerables combinaciones en el régimen agrario. De manera inevitable, en esa cuna de la civilización mesopotámica que fue Babilonia, la tierra, forma primigenia de riqueza por excelencia, tenía que despertar las codicias y pasando de mano en mano suscitaba cuestiones que sólo los templos y el Estado estaban en condiciones de arbitrar. Sobre esta tierra, pues, se realizaron las más antiguas experiencias de una vida económica creadora de relaciones entre los hombres y estímulo de su imaginación.

En efecto, con razón la tierra aluvial e irrigada de Babilonia gozó durante toda la Antigüedad de una reputación de fertilidad legendaria, mayor aún que la de Egipto. Heródoto y Estrabón nos hablan de que los cereales daban rendimientos de 200 y 300 por 1; los documentos contables permiten creer en unos rendimientos normales de 50 por 1 para la cebada, el cereal más corriente, cuya medida servía de base para la mayor parte de las indemnizaciones y precios fijados por la ley. También, según Heródoto, el sésamo, del que se sacaba aceite, y el mijo, se convertían en arbustos y seguro de no ser creído, descuida de indicar su tamaño. Este mismo autor nos señala la falta de la viña, del olivo y de la higuera. Pero, con Estrabón, insiste en indicar el gran número de palmeras y los grandes servicios que este árbol rinde: frutos que podían constituir el principal alimento, vino, miel, vinagre, fibras textiles y los huesos de los dátiles que alimentan el fuego de los herreros y macerados eran una excelente alimentación para los animales. Estrabón escribe: "Se dice que una canción persa enumera 360 usos de la palmera."

Preparadas por múltiples generaciones laboriosas, ingeniosas técnicas dirigían y ayudaban el trabajo humano. Sabían provocar la fecundación de la palmera, habían domesticado el buey salvaje de largos cuernos retorcidos, el asno, el cerdo, el carnero y las aves de corral. Se luchaba con destreza, fuerza y astucia contra los animales perjudiciales, que no faltaban en los bordes del desierto, en las montañas o en las regiones pantanosas. Disponían no sólo de arados tirados por animales sino también de sembraderas.

Es cierto que estas descripciones maravillosas son sólo valederas para Babilonia, es decir, para la llanura baja particularmente favorecida por la naturaleza. Como efecto y causa a la vez de la prosperidad agrícola que es innegable, la densidad demográfica, aunque escapa a toda estadística, alcanzaba un nivel muy elevado: el número de ciudades citadas por los textos, mayor que el de ciudades encontradas en nuestros días, es suficiente para atestiguarlo. La situación era distinta en las regiones montañosas y esteparias, mucho menos propicias a la vida. Por todos los lugares por donde pasaba un río o un canal, la pesca ofrecía un importante elemento a la alimentación. Heródoto señala que tres "tribus", sin duda de la costa del Golfo Pérsico, una de las más pobres del mundo, se alimentaban sólo de pescado secado al sol y molido para convertirlo en una especie de harina. Había nómadas que se desplazaban en busca de pastos para sus rebaños de cabras, de corderos y de camellos. Había también montañeses, cuyas cosechas escasas estaban suplidas en parte por la caza, en otras partes monopolio real y noble, que sirve para desfogar su ardor belicoso. Con intervalos variables, estas poblaciones periféricas, codiciosas de las mieses de la llanura, constituían un grave peligro para los sedentarios agricultores; implicaban una preocupación constante para los Estados organizados que no podían conformarse con la indocilidad o con la irregularidad en la administración y que contra ellos emprendían periódicas expediciones.

El trabajo artesano

La habilidad del artesano no es menor que la habilidad y la pasión de los agricultores. Basta con observar los hallazgos de las tumbas reales de 'Ur, para constatar el refinamiento de las técnicas manuales en la ebanistería y en especial la metalurgia desde fines del IV milenio. Se conocían y se aislaban en estado puro cinco metales: oro, plata, cobre, estaño y plomo. Se practicaba la aleación, la soldadura, la fundición a la cera pérdida, el bruñido, la filigrana, la incrustación y el esmaltado. Para los vasos de lujo el metal desplazó a la cerámica. Sin interrupción la clientela de los templos y de los palacios que mantienen talleres especializados para el tejido, los bordados, la orfebrería, la escultura, el grabado, etc., permitirá un perfeccionamiento incesante y rápido. La transmisión de estas técnicas está asegurada por un aprendizaje que el Código de Hammurabi reglamenta con cuidado.

Las primeras materias.

Para que su producción artesana tomara la extensión que justificaría su calidad, faltan en Mesopotamia las primeras materias, en especial los recursos minerales. Los autores griegos insisten sobre el "asfalto", es decir, en estado sólido o semisólido en Babilonia, el betún que sirve para calafatear las embarcaciones y para juntar entre sí las hiladas de ladrillos de los muros, y en estado líquido la nafta que surge del suelo en Susiana y suplía al aceite de las lámparas. Ésta es casi la única riqueza del subsuelo; faltan los minerales o sus filones fueron

pronto agotados. La región más fértil y poblada, la llanura de las tierras bajas fluviales, está incluso desprovista de buena madera y de piedra.

A partir del momento en que se consigue un cierto grado de civilización técnica el mesopotamio debe procurarse materias primas en el exterior. Desde tiempos remotos algunas llegan de muy lejos: el marfil y las piedras preciosas, de la India; el cobre, de Chipre, de Armenia o de Asia Menor; el estaño, quizá del Cáucaso. El peligro de que estos aprovisionamientos de materiales queden cortados es constante ya como consecuencia del agotamiento de los yacimientos o por el corte de las rutas utilizadas. Los especialistas están en desacuerdo acerca de la cronología relativa de las tumbas reales de 'Ur, en las que se encuentra el bronce, y del nivel de Lagaš, en el que el utillaje es de cobre puro; pero no puede desdeñarse la posibilidad de que 'Ur se procurase el estaño y que más tarde Lagaš no pudiera hacerlo.

Existen indicios de exportaciones de asnos, de tejidos y de objetos fabricados, pero nunca de productos alimenticios. Es cierto que hubiese sido fácil para Babilonia suministrarlos en abundancia, pero los países extranjeros procuraban bastarse a sus propias necesidades y seguramente no consentían en pagarlos a un precio suficiente. El comercio sólo se podía efectuar con mercancías susceptibles de incorporar a su valor los gastos considerables debidos al transporte, a los riesgos y a la especulación.

Los transportes

La necesidad de lejanos aprovisionamientos suscitaba el problema de los transportes. En Babilonia la existencia de canales lo resolvía fácilmente. Desde comienzos del III milenio, la barca tenía ya una notable capacidad (más de 200 hectolitros), avanzando a remo o a vela; su construcción, su alquiler y el del batelero, sus posibles averías son otros tantos artículos precisos regulados por el Código de Hammurabi. Los ríos, sobre todo el Eufrates, permitían transportes aún más lejanos. En las ciudades fundadas o restauradas por los reyes asirios, el "muelle" tiene un papel importante, pues el nombre que lo designa entra en la composición del nombre de la ciudad. Desde Siria y Asia Menor llegan las grandes piezas de madera, cargadas en embarcaciones o reunidas en almadías y de la misma forma se bajan por el río los pesados bloques de piedra extraídos en las montañas del NO. y del NE.

Pero eran necesarios también los transportes terrestres, a pesar de las dificultades inherentes al mal estado de los caminos y de las condiciones rudimentarias de circulación. El carro y el caballo parece que servían casi únicamente para la guerra mientras que para las necesidades de la vida civil se utilizaban animales de carga: asnos, mulos y camellos. Como que la seguridad de los caminos dejaba mucho que desear, en las regiones secas o montañosas los comerciantes se agrupaban en caravanas, según un uso que el Oriente practicará durante milenios.

Mercaderes y colonias de mercaderes

Mesopotamia llegó a sacar provecho de su situación geográfica, mucho menos aislada que la de Egipto. Sus relaciones con países tan alejados como el valle del Indo, el Cáucaso o el oeste de Asia Menor, remontan a una gran antigüedad y a las más lejanas épocas de la prehistoria. De manera casi regular -con interrupciones debidas a los grandes movimientos de pueblos más que a las expediciones militares-, se mantienen casi constantemente estas comunicaciones, facilitando a la vez los cambios de productos, los contactos culturales y la lenta infiltración recíproca de los elementos étnicos extranjeros.

Se fechan a finales del III milenio los documentos llamados "tabletas capadocias", que señalan la existencia en el centro del Asia Menor, en la región del Monte Argeo, de colonias de comerciantes asirios que servían de agentes de importación y exportación. Se organizaban en pequeñas repúblicas con la denominación de "muelles", quedando en relación con Mesopotamia. Aunque algunos de estos establecimientos desaparecieron pronto sin dejar rastro, otros tuvieron una mayor perduración. Se puede constatar que a principios del siglo VI, en el reino babilónico de Nabucodonosor, los griegos no sólo estaban presentes como mercenarios, sino que los propios documentos comerciales señalan la presencia de mercaderes "jonios" en Babilonia. Sin pensar en el papel de los intermediarios en una vida económica que concede tanta importancia a los intercambios interregionales y aún internacionales, no se podría comprender la expansión de los arameos, salidos de las estepas entre el Eufrates y el Tigris y que más adelante tendremos ocasión de mencionar.

El mecanismo de los negocios.

La intensidad de las relaciones económicas de todo orden hizo nacer muy pronto unas formas de organización comercial e incluso bancaria muy evolucionadas.

Se practicaba de manera corriente el préstamo con interés, tanto para los cereales como para el dinero. El porcentaje máximo estaba fijado desde el III milenio. Si se trataba de productos agrícolas-los textos hablan de "cebada" pero la palabra está tomada en un sentido genérico, era el 33,33 por ciento anual y si se trataba de dinero el 20 por 100 sólo. Se conocen algunos casos, bastante raros, en que el interés real es superior, pero son más numerosos los casos en que es inferior. Se puede incluso señalar una tendencia a la baja, al menos en la productora Babilonia; en la época neobabilónica el interés normal para el grano no sobrepasaba al que Hammurabi había señalado para el dinero. Además, en todas las épocas, el palacio y los templos tuvieron la obligación, moral al menos, de mostrarse más generosos que los particulares. Un templo llegó a prestar dinero a 1/16, es decir, casi el 6 por 100, y pobres y enfermos conseguían avances de cereales sin pagar interés.

Eran también usuales muchos otros tipos de operaciones: el arriendo, el depósito, la prenda,

la fianza y para los asuntos comerciales en particular la asociación a breve o largo plazo, y en este caso, con periódicos balances, la participación en comandita, la comisión, el corretaje, la orden de pago, etc. La ley reglamentaba cada uno de estos casos y preveía muchos casos prácticos.

Cada operación debía ser objeto de un contrato concluido y redactado según las fórmulas, con precisiones explícitas, ante testigos que colocaban sus sellos en los documentos y en particular para los préstamos ante un funcionario cuya intervención garantizaba al deudor contra el rigor del usurero dispuesto a aprovechar las circunstancias. El hombre de negocios era un personaje importante en la sociedad y la vida mesopotámicas; de él dependían varios o muchos empleados; con frecuencia trabajaba como agente del tesoro real o divino y también por cuenta de otros hombres libres o en nombre propio. Desde la I dinastía babilónica es el lejano antecesor del moderno banquero.

Patrones y valores

Para facilitar y simplificar los intercambios sólo faltó a la sociedad mesopotámica el conocimiento de la moneda, que suplió en la medida de lo posible por la utilización de la cebada y los metales como patrones de valor, al principio sólo el cobre, entre los asirios, con frecuencia, el plomo, pero casi siempre, y en especial en la época de Hammurabi, la plata, a la que para las relaciones con el exterior se juntaba el oro en pequeñas cantidades. El palacio y los templos poseían pesos y medidas contrastados y la ley castigaba el fraude. El metal circulaba bajo la forma de lingotes, de placas y de anillos, a todos los cuales se acabó poniendo una estampilla que garantizaba su pureza. Pero nunca se llegó a la acuñación de monedas, invención reservada a las civilizaciones más occidentales.

Algunos textos hacen ver que la relación de valor, incluso para las mercancías que servían de patrón, era susceptible de variación. A veces la cosecha hacía bajar a la mitad y aún un poco más, el volumen de cebada que se permitía comprar con un mismo peso de plata (normalmente 1 hectolitro por 3,3 gramos de plata pura). El oro, siempre más raro que la plata, era acaparado para la orfebrería y tenía un valor muy superior, aunque no se observa un aumento progresivo: al principio valía por término medio 9 veces su peso en plata, bajó a 6 en tiempo de Hammurabi y subió a 12 en el siglo vi; después, durante el Imperio persa, la relación normal era de 10 a 1. Como es natural, su valor dependía también de las fluctuaciones del aprovisionamiento, que resultaba de la posesión de minas, o sea, de la extensión geográfica del territorio perteneciente al Estado. La falta de moneda, o de un patrón único y de valor fijo, constituyó, según parece, el único retraso de la vida económica de Mesopotamia. Pero si se la considera en su conjunto se tiene una impresión de extraordinaria modernidad explícita en el despliegue, de la actividad intensa y flexible, que revelan las tabletas conteniendo contratos y cuentas.

CAPÍTULO III

LA VIDA ESPIRITUAL

Estas novedades financieras y comerciales no constituyen las únicas aportaciones de la civilización mesopotámica a la suma de experiencia de la humanidad antigua. Su originalidad en materia religiosa, intelectual y artística no es menos grande. En ciertos aspectos, sobre todo en el de la astrología, para referirnos a un caso concreto, no ha conocido rival y ha ejercido, a veces muy lejos del Tigris y del Eufrates, una influencia duradera.

1. IDEAS Y HECHOS RELIGIOSOS

La religión: sumerios y semitas

Los orígenes de la religión mesopotámica escapan por completo a la investigación. Desde que es posible conocerla, aparece fuertemente constituida en sus aspectos fundamentales y en sus tendencias dominantes y aún en más de un detalle. La religión existe, según nuestros conocimientos, desde el período sumerio, antes del principio del III milenio. Esto no significa que sea necesariamente una creación propia de los sumerios, que pudieron limitarse a adoptar o a transformar creencias y prácticas anteriores a ellos. En los tiempos posteriores la tradición pretende ser fiel al sistema por ellos establecido y el conocimiento de su lengua persistió largo tiempo en los medios sacerdotales. Se puede afirmar que los cambios étnicos, debidos a las invasiones ulteriores, no alteraron sensiblemente una religión que estaba fijada desde la época sumeria; siendo, por el contrario, los recién llegados los que la adoptaron, evidentemente porque se impuso a ellos por su prestigio y por sus cualidades.

Nada más claro en este aspecto que una comparación con las religiones semíticas, con las que se perciben de manera indiscutible algunos puntos de contacto. Los mesopotámicos tenían un dios de la vegetación, Dumuzi, que no es otro que el Tammuz de la Biblia, o sea, el Adonis de los fenicios y de los sirios. Tenían asimismo un dios de la borrasca y de la tempestad, Adad, que se encuentra en los

mismos pueblos citados con el nombre de Hadad; pero en Mesopotamia el culto a estos dioses parece anterior a las más antiguas infiltraciones semíticas, aunque la hipótesis de préstamos a los semitas llamados "occidentales" tiene tantas posibilidades como la hipótesis inversa.

De todas maneras en la religión mesopotámica estos dioses quedaron siempre algo al margen de los principales sistemas divinos mucho más elaborados. Fue a estos sistemas que todos los semitas llamados "orientales", los del país de 'Akkad como los de Asiria, se sometieron complacidos, a pesar de su preponderancia militar y política. En la Babilonia 'akkadia, Hammurabi adoraba a los mismos dioses, en los mismos templos y con los mismos ritos que Gudea, en la sumeria Lagaš, y quince siglos después de la destrucción del reino de 'Ur, en vísperas de la conquista persa, Nabonid se muestra especialmente devoto de Sin, la diosa-luna de la antiquísima 'Ur de Caldea.

El culto a los muertos: la anomalía de las tumbas de Ur.

Nada de lo que es humano es completamente inmutable, una evolución más o menos sensible se encuentra en todas partes. En ningún aspecto es más evidente que en las ideas sobre la muerte; a decir verdad, aparece tan flagrante y tan única que deja a los historiadores perplejos. Hace menos de treinta años que el descubrimiento de las tumbas de 'Ur, que datan aproximadamente del año 3000, ha revelado la fuerza considerable que ya entonces tenía la creencia en la otra vida. Todos los cadáveres se enterraban con un mobiliario terrestre, desde la cerámica rústica para los más pobres, enterrados en la misma tierra sin ataúd, hasta los objetos preciosos de las gentes poderosas, para los cuales se construían tumbas de ladrillo. Se justifica la presencia de ciertos vasos por haber contenido provisiones alimenticias. Se encuentran allí los carros, así como las armas de parada, puñales y cascos de oro macizo, cinturones de plata y también la vajilla de orfebrería, los objetos de adorno, los de aseo, las joyas y hasta los instrumentos de música. Aún más, los cadáveres de los animales, de los guardianes, de los servidores y de las criadas continúan formando, como lo habían hecho en vida, el cortejo necesario para el esplendor del dueño desaparecido, destinado a proseguir en el más allá, sobre el cual no tenemos noticias, una existencia ilimitada.

Para épocas más tardías en ninguna parte de los dominios de la civilización mesopotámica han sido halladas jamás, ni por consiguiente edificadas, tumbas tan elocuentes como las de 'Ur, a pesar de las pocas inscripciones encontradas en ellas. En toda la literatura sumeria, babilónica o asiria no encontramos nada que ayude a comprender tales prácticas. Sólo ha podido establecerse una única aproximación: los ritos que señala Heródoto para los funerales de los reyes escitas. Pero en razón de su alejamiento muchas dudas nos salen al paso al imaginar una posible influencia étnica.

El culto a los muertos: la anomalía de las tumbas de Ur.

Con el tiempo la preocupación de los vivos por los muertos perdió, ciertamente, mucho de su intensidad. La tumba no es un monumento típico del arte mesopotámico, al contrario de lo que es normal en la mayor parte de las civilizaciones antiguas. Quedamos, pues, reducidos a los textos, y éstos, que son bastante discretos, nada dicen de creencias que se puedan relacionar con los deslumbrantes hallazgos de 'Ur.

Esto no quiere decir que la muerte corresponda a un total aniquilamiento; pero el difunto no se convierte en un dios, como en Egipto, y se pueden contar con los dedos los mortales que la tradición mitológica divinizó. Al propio tiempo que la vida, una sombra, un espíritu, se separa del cuerpo. A falta de sepultura y accesoriamente de ofrendas alimenticias, este espíritu, malo por naturaleza y errante sin reposo, se dedica a molestar a los vivos. El interés de éstos y el del difunto marchan de acuerdo, lo cual explica el deseo de tener un hijo, aunque sea adoptado. Este hijo organizará los funerales convenientes y más tarde será el "libador del agua" y el ordenador de los banquetes funerarios. Pues si estos últimos deberes se rinden al cadáver, el espíritu desciende hacia "la tierra", la "gran tierra", la "tierra de abajo", la "tierra sin retorno".

De este reino infernal y de las condiciones de estancia en el mismo, a la que no se escapan ni los más poderosos, nos ofrece una descripción poco seductora el poema del "Descenso de Isthar a los infiernos", que se encuentra, concordante, en la epopeya de Gilgames. Desprovistos de todo lo que les cubre durante el paso de siete puertas que permiten el paso de siete murallas sucesivas, los muertos quedan sólo con un "vestido de alas". Rodeados de absolutas tinieblas, vigilados por demonios, no pueden volver a la tierra para mayor tranquilidad de los vivos. Los soldados muertos en la guerra reposan con su mujer a la cabecera y la cabeza levantada por sus padres. Algunos, que una laguna del texto no permite identificar, disfrutan también de una cama y beben "el agua pura". La mayoría, aunque de ellos se ocupen los vivos, se alimenta de polvo y de tierra desleída.

Gilgameš se inquieta por la suerte de todos estos muertos miserables, pero se le contesta: "La vida que tú buscas no la encontrarás. Cuando los dioses crearon la humanidad crearon también la muerte para ella. La vida la retuvieron entre sus manos." Llega a encontrar la planta de la juventud, cuyo nombre -"el anciano se convierte en hombre joven" - es todo un programa. Sin embargo, una serpiente se la roba dejando así sin recurso el lastimoso destino de los hombres.

Un abismo separa estos desoladores relatos de los que eran corrientes entre los egipcios. Aquí no existe para el hombre ninguna perspectiva esperanzadora sobre el más allá; por ello no puede

sorprender que el único deseo sea la prolongación de la vida terrena, pues ninguna otra reserva alegrías al ser efímero. Ésta es la suprema recompensa a una vida buena en Uruk y en Larsa como para los babilonios y los asirios; y por vida buena se entiende una existencia llena de obras piadosas y obediente a los mandatos de los dioses. El poderoso Aššurbanipal no duda en implorar: "A mí, que temo tu divinidad, concédeme una vida de largos días y la alegría del corazón y que de tanto ir a tu templo mis pies envejezcan."

Temor y piedad

Este texto nos ilustra sobre el temor hacia la divinidad. Se podrían citar innumerables textos que expresan, siempre en el mismo sentido, idéntico sentimiento. Al devoto no se le ocurre quejarse, apenas si alguna vez expresa su sorpresa por contratiempos que le prueban y que cree no merecer. En su alma el terror pesa más que el reconocimiento por todo lo que le podría ocurrir y que le es ahorrado. Temor es, pues, en parte, sinónimo de piedad; ausencia de temor es sinónimo de pecado. El que teme se cree autorizado a solicitar sin acrimonia una recompensa, puesto que el temor le inspira actos de los que la divinidad no puede hacer otra cosa que regocijarse. Estima digno de castigo a aquel que no teme.

Existían, ciertamente, demonios malos, portadores de enfermedades y catástrofes, pero en la conjuración de sus fechorías tiene un importante papel la magia. Los más grandes dioses, a pesar de su benevolencia innata hacia el hombre, tienen cóleras imprevisibles e incomprensibles cuyo apaciguamiento puede escapar a la acción del fiel, reducido a aceptar sus efectos sin sublevarse. Existen pecados bien definidos y clasificados y existen también faltas que el hombre comete inconscientemente, sin pensar que después constituirán agravios contra sí mismo. Si bien existen dioses para los que la justicia y su defensa representan los principales atributos, hay otros cuyo poder es indiferente a los principios morales. En fin, si bien existen dioses cuya identidad nadie pone en duda, hay otros, misteriosos, que escapan a toda definición y que cualquiera, por consiguiente, puede ofender sin querer. Hacia todos la única posibilidad es acusarse para implorar piedad: "Mis pecados son muchos y mis faltas son graves. ¡Que la cólera se apacigüe en el corazón del señor! ¡El dios que yo conozco o que desconozco, que se apacigüe! ¡La diosa que yo conozco o que desconozco, que se apacigüe!"

Las grades divinidades

Esta actitud de íntegra sumisión debe tener por origen, en la aurora, hoy día indiscernible, de la religión mesopotámica, la divinización de las grandes fuerzas naturales cuyos caprichos se imponen al hombre inerme. De hecho figuran siempre en un panteón infinitamente variado, los dioses del rayo, del huracán, del fuego, de los ríos y de las montañas. Figuran también los dioses de la vegetación que, a imagen de ésta, pasan por la muerte

para conocer una espectacular resurrección. Para ellos y para los otros dioses, se cumplen ritos en los que la magia imitativa, la práctica destinada a asegurar la fecundidad de la tierra y la abundancia de cosechas, ofrece la evidente interpretación.

Sin embargo una elaboración larga, pero demasiado antigua y eficaz desde el principio para que las etapas se puedan reconstruir, ha dado el rango principal a otras divinidades cuya inmediata y cotidiana experiencia no permite conocer su poder. Las hay que reinan sobre los diferentes mundos, el cielo, la tierra, el agua, el mundo subterráneo y las hay también que se identifican con los grandes astros. Estas últimas, con las divinidades del cielo, el dios Anu y la diosa Antum, que no se pueden separar, son ciertamente las más prestigiosas: Sin, el dios-Luna; Šamaš, el dios solar; Isthar, el planeta Venus. Así, el signo que antes de la transcripción de un nombre propio anuncia que va a ser el de un dios, está derivado de la representación de la estrella y su significado primitivo no es otro que el de "cielo".

La unión personal entre el individuo y el dios

De esta manera, innumerables dioses se reparten la devoción de los mesopotámicos. Cada ser humano, cualquiera que fuese su categoría, reconocía un dios y a veces una diosa de los que esperaba una protección particular. Esta relación personal aparece a menudo con el nombre del fiel, donde se halla, ya sea con el nombre genérico de "mi dios", "su dios", ya con tal o cual nombre de la divinidad acompañado de una afirmación, tales como "... es mi muralla...", "...lo ha creado..." o de una imploración como "sé misericordioso", "mírame", etc. El nombre, la imagen, un episodio del culto a un dios ángel guardián, se encuentran con frecuencia en el sello propio de cada individuo. Éste no se olvida de invocar esta protección en su rezo: "¡Que mi dios se encuentre a mi derecha! ¡Que mi diosa se halle a mi izquierda! ¡Que mi ángel guardián se encuentre a mi lado!"

Pero desde la más alta antigüedad, esta turba de dioses, en la que el hombre escoge en tanto que individuo, fue organizada por éste en función de sus hábitos, de sus concepciones y de sus necesidades de ser social.

El antropomorfismo

En todos los restos, artísticos o literarios, el antropomorfismo aparece como una regla absoluta sin que exista el menor trazo de fetichismo. De su animismo primitivo no quedó ningún rastro que no fuese depurado y profundamente transformado. De totemismo sólo se encuentran algunas huellas poco claras y de interpretación muy discutible. No se encuentra la zoolatría, bajo una u otra de las formas conocidas en Egipto, del animal divinizado o del ser medio humano medio bestia, pues el toro alado con cara humana era nada más que un genio protector de poder limitado. A veces una divinidad podía ir acompañada de un animal sagrado, por ejemplo Isthar, que a veces tiene un león cogido con un lazo, otras cabalga sobre él, o lo

unce a su carro y al que a veces se la compara. Pero el animal al lado del dios o en su lugar no tiene más valor que el simbólico o metafórico, análogo al de los cuernos de toro, signo de fuerza y poder, representados alrededor de la tiara que cubre la cabeza de las estatuas divinas. Queda bien claro que si la religión tuvo unas etapas de primitivismo, desde la época sumeria las sobrepasó ampliamente.

En las representaciones plásticas se da siempre a los dioses una apariencia antropomorfa y la mitología los asimila a la condición humana excepto en su inmortalidad, atribuyéndoles aventuras y viajes, sentimientos y pasiones. Se les organiza en familias; cada dios tiene su esposa o "señora" y, gracias a ella, uno o varios hijos o hijas. Estas relaciones de parentesco varían según los lugares y en especial según los períodos, a tenor de entusiasmos y manías a veces inexplicables. Isthar era presentada como hija de Sin, a su vez hijo de Anu, pero luego se le presentó como hija de Anu y más tarde se identificó como esposa de este dios. Éste es un caso en el que se simplifican hasta el máximo las variaciones múltiples de una genealogía particularmente fluctuante. Los dioses, por último, tienen también sus querellas y hasta sus combates. Deliberan en sus asambleas y algunos, después de haberse inclinado bajo la presión de los otros, se arrepienten de ello, pero demasiado tarde: su único recurso es llorar amargamente.

Los dioses y los estados.

Las vicisitudes de un Estado no hacen más que reflejar las fluctuaciones de la potencia relativa de la divinidad que le protege y cuya benevolencia le es concedida, sin que su poder sea siempre eficaz por igual.

Cada ciudad tiene su dios o su diosa, a la que pertenece y que con ella se identifica. El principal templo de la población es su vivienda. La ciudad le reserva sus más suntuosas ofrendas, testimonio de su devoción, le confía la designación de su soberano y éste, a su vez, presenta sus decisiones y sus empresas como dictadas, o al menos aprobadas, por la inspiración divina. De esta forma Anu es el dios por excelencia de Uruk; Enlil, el de Nippur; Nergal, de Kutha; Sin, de 'Ur; Samas, de la sumeria Lagas y de la acadia Sippur, etc.

El último de los ejemplos citados muestra que, a veces, dos ciudades honran a la misma divinidad. Sólo muy raramente se añade al nombre de esta divinidad un determinativo toponímico, como cuando se precisa, por ejemplo, "Isthar de Arbelas" para distinguirla de otras Isthar también asirias, como la de Nínive o la de Aššur. Estas homonimias con frecuencia no nos pueden engañar; en general, señalan una colonización, o si se prefiere, un contagio religioso, cuando no una colonización efectiva o una conquista. Conocido en los tiempos más antiguos como el dios de 'Ur de Caldea, Sin, lo fué en seguida como dios de Ḥarrän, en el Noroeste de Mesopotamia, a la altura del codo del Eufra-

tes. ¿Cómo no recordar que el padre de Abraham, según la Biblia, había emigrado de 'Ur hacia Harrän? Sin embargo, estas transferencias o estas creaciones de sucursales, no siempre se realizan sin una modificación de matices. Isthar, diosa del amor en Babilonia, se convierte en Asiria en diosa de la guerra; pero, con más o menos intensidad, en uno y otro lugar, siempre tuvo conjuntamente estos dos caracteres.

Se comprende así que ciertas divinidades, dejando de ser la divinidad exclusiva de una ciudad, se elevaran a la categoría de dios de un pueblo entero e incluso de un imperio. Esta promoción era paralela con la de la ciudad convertida en el centro político más importante y en capital. Aššur, dios de la ciudad de Aššur, se convirtió en el principal dios de todos los asirios, aún fuera de la ciudad homónima y, después, triunfante sobre los dioses de los pueblos extranjeros, en principal dios del imperio asirio. Pero, ¿cómo saber si la realidad de las creencias espontáneas corresponde exactamente a la piedad oficial manifestada por el soberano? Lo único que se puede asegurar es que los Sargónidas pregonaron su devoción al dios Assur, auxilio y pretexto de su imperialismo, animador del impulso de su pueblo. La misma duda podría ser planteada, y en los mismos términos, para Marduk de Babilonia, convertido en dios del imperio en tiempos de Hammurabi como, un milenio más tarde, en los de Nabucodonosor.

Estas fluctuaciones políticas iban quizá unidas a fluctuaciones sentimentales, irreductibles a la lógica, que reflejaban ciertos cambios en la mitología. A causa de un nuevo episodio, tal o cual dios, antes secundario, se instala al lado de otro, a veces le suplanta y se eleva así a la categoría suprema. Planeta Venus y "señora del cielo", diosa del placer físico y "señora del amor", diosa guerrera y "señora de la batalla", Isthar realizó progresos incesantes, tanto, que en Uruk el propio Anu fue obligado a escogerla como esposa, antes de ser superado por ella misma: su éxito fue tan grande en toda Mesopotamia que su nombre acabó siendo el sinónimo de "diosa". De la misma forma, los textos de la época de Hammurabi explican cómo los más grandes dioses fueron desposeídos en favor de Marduk-el dios de la capital, Babilonia-y le concedieron "una realeza eterna", "la monarquía sobre la totalidad del universo". Se convirtió en Bel, el "señor", nombre hasta entonces reservado a Enlil, y, en el Poema de la Creación, usurpó, al propio tiempo que cincuenta nombres divinos, el papel de creador de los hombres, que hasta entonces pertenecía a su padre Éa, dios de Eridu. Pero más tarde, en la versión asiria del mismo poema, este lugar fue ocupado a su vez por Aššur. De esta manera, las modificaciones de la leyenda reflejaban fácilmente, por los cambios de los dioses, el inestable destino de las sociedades humanas.

21.—Ur-Nanshe, rey de Lagasch.

22.—Los sumerios en formación de combate.

El templo

Si estas sociedades conocían la decadencia porque los dioses que honraban se desinteresaban de ellas o se inclinaban ante otros, no es porque se regatearan los esfuerzos para atraerse sus favores, adivinando y previniendo sus deseos. Su culto minucioso constituía un imperioso deber al cual nadie intentaba sustraerse.

A la manera del hombre, el dios, para él y para su familia, tiene necesidad de una casa, que es el templo. Todos los templos, sin excepción, llevan un nombre propio, que empieza en sumerio por E y en akkadio por bit, significando en ambos casos, "la casa". Así, en Babilonia, Marduk poseía el E-sag-il, "la casa de la cabeza alta", cerca de la cual la torre escalonada se llamaba E-temen-an-ki, "casa del fundamento del cielo y de la tierra". En Aššur se levantaba la "casa del toro de la región", templo de Enlil, y, en la "casa de la omnipotencia", recinto consagrado a Aššur, la "casa montaña de las regiones". Además, fuera de la ciudad, algunos dioses poseían una vivienda campestre, a las que se les llevaba en procesión con motivo de sus fiestas.

Los templos eran edificados, restaurados y engrandecidos con gran esfuerzo y muchos gastos, y con la intervención no sólo financiera y administrativa, sino hasta activa, de los reyes: éstos no desdeñaban el hacerse representar, como en Lagaš, llevando sobre la cabeza una canasta llena de materiales. El edificio estaba provisto de numerosos anexos, almacenes y caballerizas, para la vida material y jardines para el recreo. También poseía una escuela de escribas, archivos y una biblioteca, con el fin de asegurar y sostener la instrucción indispensable del personal sacerdotal.

El culto y el clero

Con el fin de alegrar al dios, el culto tenía por fin principal el alimentarlo, presentándole a unas horas fijas, muchas veces por día, los manjares y las bebidas señaladas por el ritual, encima de una mesa consagrada ante la estatua divina, en medio de flores, de nubes de incienso purificador y de los efluvios de los perfumes. Cada día, el sacrificio de animales escogidos, permitía reservar al dios las mejores partes. Se procuraba variar las ofrendas y se le ofrecían carnes de animales domésticos y salvajes; aves de corral, huevos y pescados; dátiles, higos, uvas y miel; agua, cerveza, vino y leche. Las fiestas eran frecuentes y se celebraban con gran brillantez, efectuándose procesiones en las que toda la comunidad formaba en el cortejo de las estatuas divinas paseadas sobre carros.

Toda la actividad religiosa estaba minuciosamente regulada en sus gestos, cantos y formulario de oraciones. "Cada día debes rendir homenaje a tu dios: sacrificio, oración, incienso... La suplicación, la plegaria y la prosternación se los rendirás cada mañana y él te concederá tesoros y, en la abundancia, tú triunfarás gracias a tu dios… El sacrificio aumenta la vida y la oración libera del pecado.”

Cada templo tenía necesidad de un clero subdividido en múltiples categorías. A su frente, el gran sacerdote que reemplazaba al rey y, a continuación, una multitud jerarquizada de hechiceros, conjuradores, lamentadores, cantores, adivinos, astrólogos, etc., y así podríamos enumerar hasta una cuarentena de funciones sacerdotales diversas. Paralelamente, incluso al servicio de las divinidades masculinas, existía una gran sacerdotisa y una serie de sacerdotisas, y en Uruk, en especial, en el templo de Isthar, "reina del placer", prostitutas sagradas dedicadas al cumplimiento del rito de homenaje a la diosa.

Parece que este clero fue siempre el intermediario indispensable entre el creyente y la divinidad. No se llega a vislumbrar un acto de devoción estrictamente personal, realizado por un laico en su casa particular. A éste no se le podía impedir la oración, pero, ¿qué fe se tenía en su eficacia? ¿Y, para esta oración, no era necesario conocer la fórmula exacta? Ciertamente, nuestra documentación, casi de origen exclusivamente sacerdotal, puede engañarnos, pero según ella nada se podía hacer sin la ayuda de un experto. La gran masa de los fieles participaba sólo en las ceremonias desde el exterior de los templos, y éstos no se le abrían jamás. La palabra "entrante"- en el templo - designaba con excelencia al sacerdote, y éste asistía siempre al creyente que en condiciones especiales y para un acto preciso, sacrificio, ofrenda o consulta, era autorizado para penetrar en la "vivienda" de la divinidad.

La magia

No faltaban ocasiones para dirigirse al personal sacerdotal mediante una determinada retribución. En particular todos los templos ponían sus magos y sus adivinos tanto al servicio del público como del rey.

La magia era inseparable de la religión más oficial. A cada instante de su vida cotidiana múltiples asechanzas, malos agüeros y contactos impuros amenazaban al hombre. Los demonios maléficos, los "Siete", los "grupos de siete", servidos por brujos y brujas, están vigilantes en todos los lugares y lanzan mil ataques, de los cuales la enfermedad es sólo una de sus formas. Contra estas fuerzas del mal, dioses y reyes invocan a los genios protectores, toros alados, de majestuosa y benévola cabeza humana, que se levantan en las puertas de los tempos y de los palacios. Pero su presencia no es suficiente para combatir la malignidad de los demonios, contra la cual nunca son bastantes los ritos de toda clase, las aspersiones de agua lustral y los hechizos con los exorcismos más complicados.

Era necesario actuar sobre el propio ser humano, purificarlo de los pecados que hubiese podido cometer, de sus faltas, aún inconscientes, contra la moral humana o religiosa y de los sortilegios que se hubiesen podido lanzar contra él. Conviene actuar sobre todo lo que le rodea, en todos los detalles de sus muebles usuales, silla, cama o mesa, los rincones de su casa, las encrucijadas de los caminos y los agujeros del suelo. Con el fin de combatir aquellas fuerzas había que recitar

letanías y salmos, con interminables enumeraciones. También se practica el contrahechizo sobre figuritas y objetos variados, que se arrojan en seguida a las llamas o a los perros. También se emplean sustancias bienhechoras, con tal de que su origen o su consagración les hayan santificado. El aceite "puro, santo, purificador de los dioses", sirve en especial para ungir a los enfermos. De este modo, la magia, íntimamente unida a la religión, conduce a la medicina.

La adivinación

La adivinación no tiene menos importancia. Con ella se intenta conocer tanto un porvenir irrevocablemente señalado, como descubrir las intenciones de la divinidad para someterse a las mismas. Se intenta, asimismo, reconocer si las circunstancias son o no favorables a lo que se proyecta. Por último, el hombre, viviendo en el terror de las influencias perniciosas que le rodean, busca prevenir la amenaza con el fin de ponerse en estado de resistencia por una mayor pureza aún o por la invocación de una protección más poderosa.

Para estos fines, tan diversos, todos los medios son buenos a condición de ser administrados por expertos calificados, provistos de formularios prácticos en los que se encuentran consignadas las lecciones de una tradición inmemorial. La sucesión de los fenómenos más variados, anotada y observada con escrupulosidad, permitió descubrir leyes de correspondencias secretas entre ámbitos aparentemente extraños uno de otro. Todo tiene una significación, quizá oscura todavía, pero susceptible de llegar a no serlo, pues nada en este mundo está completamente aislado: es suficiente identificar la secuencia, inmediata o simbólica, en la cual el menor hecho se inserta.

Por estos caminos, la adivinación recurre a múltiples procedimientos. Claros o necesitados de interpretación, los sueños, enviados por los dioses, sugieren advertencias, órdenes y consejos. Se observan las actitudes y los gestos de los interesados, de terceros o de animales. El vuelo de los pájaros, los movimientos del agua y de las llamas proporcionan indicaciones utilizables. Asimismo se provoca el fenómeno interpretable mezclando el aceite con el agua, y sobre todo examinando con atención las vísceras y el hígado del animal sacrificado. Esta última forma de la aruspicina - la hepatoscopia - fue la que gozó de más favor. El estudio minucioso de dicho órgano permitió llegar muy lejos en su conocimiento anatómico, conociéndose muchos hígados en arcilla y bastantes en bronce que servían de tablas de comparación con el fin de interpretar la menor anomalía.

La astrología

Al propio tiempo, la identificación de algunas de las principales divinidades con determinados astros y la supremacía teórica reconocida, desde épocas remotas, a los dioses del cielo, fomentaron el examen atento de los hechos astronómicos. Éstos anun-

cian, porque los rigen, los futuros hechos terrestres: por tanto hay que intentar descubrir la correspondencia adecuada entre lo que pasa en el cielo y lo que se producirá en la tierra.

El eclipse comporta una amenaza; por tanto, es útil preverlo, con el fin de esforzarse en conjurar sus efectos o de sufrirlos lo menos posible. La nube que impide observar la luna nueva al principio del mes, no se presenta por azar. El destino de un ser humano está influenciado por la posición respectiva de los astros en el momento de su nacimiento. Altura de la inundación, éxitos o fracasos militares, epizootias y epidemias o enfermedades individuales, se limitan a materializar las buenas disposiciones o las cóleras de los dioses y los conflictos que los oponen entre ellos o con las fuerzas que les son hostiles.

Por ello un observador de la bóveda celeste, omnipresente y omnisciente, llegaría a poseer el secreto de toda ciencia. Si a su plena sabiduría de intérprete añadiese las del moralista, del mago y del sacerdote, podría, de manera segura, indicar el camino, si no de la salud y de la prosperidad, al menos del dejar de sufrir y del no padecer miserias. Pero nadie puede vanagloriarse de poseer una ciencia tan completa; aunque los astrólogos acumulan sin cansarse, en los archivos de los templos, las notas tomadas en el transcurso de sus observaciones. La práctica de los horóscopos y de los presagios celestes proporcionó, de manera directa, innumerables materiales entre los que, conscientemente o no, se abrió paso una balbuciente astronomía.

Las aportaciones duraderas de la religión mesopotámica.

La religión mesopotámica desapareció más pronto que la egipcia. Fue en Uruk, una de las más antiguas ciudades de Mesopotamia, donde los templos conservaron durante más tiempo su actividad tradicional. Como con frecuencia ocurre en la agonía de las civilizaciones agotadas, se aprecia en los círculos sometidos a la dominación de los soberanos griegos, en los siglos III y II antes de Jesucristo, una voluntad deliberada de retorno al pasado caduco, un esfuerzo para hacer renacer las formas más arcaicas de la vida religiosa, reaccionando contra las adulteraciones consagradas por el uso. Pero la decadencia era irresistible. El último documento de carácter religioso conocido-se trata todavía de una observación astronómica- está fechado en el año 7 antes de Jesucristo. El ulterior silencio nos muestra la extinción, de muerte natural, de esta anacrónica "academia" sacerdotal. La religión mesopotámica, por tanto, vivió cerca de tres milenios.

Según parece, no aportó mucha alegría a sus fieles; éstos vivieron en el temor que les provocaba y que brotaba inevitablemente de la concepción del mundo que ella les enseñaba. Privada de toda idea de sanción en el más allá, igualmente triste para todos y agravada por la creencia en el pecado involuntario, la moral que predicaba era mezquina. Esta moral, al menos en lo que se refiere

a las relaciones entre los hombres, era negativa por completo. Del cuestionario de un mago interrogando a un creyente sobre las causas de una enfermedad de la que quiere librarlo, se deduce que el único deber positivo era liberar al prisionero y al que estaba encadenado; todas las demás faltas consideradas conciernen a ofensas, robos o violencias. Mucho antes que esta religión cesase de manifestarse, muchas otras civilizaciones habían llevado las enseñanzas morales por caminos diferentes, infinitamente más amplios.

Sin embargo, cuando se extinguió, poco antes del comienzo de nuestra era, no desapareció de una manera completa. Surgidas de ella, la magia, la adivinación y la astrología debían llegar a conocer en todo el mundo antiguo una singular fortuna: los "caldeos", que sin duda no tenían de caldeo más que su nombre genérico y el uso de ciertos procedimientos envilecidos y rebajados a la categoría de fórmulas de charlatán, debían encontrar en Roma una clientela muy adinerada, a pesar de su mala fama. Por otra parte, en el terreno intelectual, o más exactamente, científico, desde hacía mucho tiempo la medicina y la astronomía habían sacado amplio provecho de las exactas observaciones recogidas sin cansancio en los templos de Mesopotamia.

De esta forma ciertos aspectos anexos a la religión de los sumerios y de los semitas orientales, tuvieron una duradera eficacia.

2. LAS CREACIONES INTELECTUALES

Los documentos

Como acabamos de ver, el lugar donde se conservó durante más tiempo el uso de la escritura mesopotámica fue en los templos. Mientras la religión se mantuvo viva, el palacio y los templos se reparten a la vez la formación y la utilización de los escribas, que, incluso cuando trabajan para simples particulares, ya fuese como notarios o como escribanos públicos, no perdían, sin duda, por completo su calidad de funcionarios o servidores de los dioses. En la actualidad se poseen innumerables documentos escritos mesopotámicos, muchos de los cuales no han sido todavía publicados y no es raro que un repaso de colecciones formadas de hace tiempo lleve al descubrimiento de textos muy importantes, que hasta el presente hayan pasado desapercibidos. Pero, por variados que puedan ser el contenido y el objeto de estos documentos, en su inmensa mayoría tienen un carácter regio o religioso, cuando no una suma de ambos.

La escritura cuneiforme

Esta situación actual se explica por la complejidad de la escritura mesopotámica, mayor aún que la de la escritura egipcia. No se podrían establecer con certeza la prioridad cronológica de una de estas escrituras con respecto a la otra: los más recientes descubrimientos hacen que también en Mesopotamia se puedan remontar sus orígenes al principio,

o al menos a la mitad, del IV milenio. Ambas partían de un mismo punto: un dibujo, una representación gráfica que evocaba la cosa, el ser o la idea. Sin embargo, en Mesopotamia, el empleo de la arcilla como soporte de la escritura provocó la descomposición de las imágenes figurativas en agrupaciones de signos dispuestos de forma cada vez más arbitraria. Aún hay grupos en los que se llega a identificar el primitivo dibujo que los ha originado, pero predominan los que se resisten a cualquier esfuerzo de interpretación: en el lugar donde ciertos eruditos ven una mano sosteniendo un cetro, otros interpretan una embarcación provista de vela o un observatorio construido sobre una plataforma.

Cada signo era trazado con una caña, cortada en bisel o en triángulo, que el escriba hundía primero con fuerza en la arcilla y luego desplazaba hacia sí mismo reduciendo poco a poco la presión y apoyándose sobre una sola arista, lo que da al signo grabado un aspecto de clavo largo, como un clavo de herrador. Estos clavos o "cuñas" (cunei) son llamados signos "cuneiformes". Verticales, horizontales u oblicuos, a veces muy pequeños y sobreponiéndose unos a otros cuando pertenecen al mismo grupo, estos signos nacieron en la arcilla y se explican por el uso de ésta. Fue mucho tiempo después de haber llegado a fijar este sistema de escritura cuando se empezó a grabarla sobre metal o sobre piedra para darle una mayor perennidad. Sin embargo la arcilla fue siempre muy usada, pues era un producto cómodo e inagotable, debiendo el escriba cuidar sólo de mantenerla húmeda y maleable. A continuación, su secado al sol o al horno garantizaba contra cualquier alteración fraudulenta del documento. Su forma era al principio la de una tableta redondeada, pero después se generalizó la rectangular.

La complicación de la escritura cuneiforme provenía del gran número de signos posibles, pues la descomposición de las palabras no fue nunca llevada más allá de las sílabas y el número de éstas es necesariamente mucho mayor que el de letras. Otro inconveniente estaba en la variedad de las significaciones posibles de un mismo grupo. Como en los jeroglíficos egipcios, un grupo tenía a veces el valor de idea y a veces el de sonido; también podía tener valor determinativo, pues, colocado delante o detrás de un grupo podía indicar el sentido que convenía darle.

Las lenguas: sumerio y akadio.

A estas dificultades se juntaban las que nacían de la variedad de lenguas. Aún simplificando mucho y limitándose al corazón de Mesopotamia, es decir, dejando aparte los territorios y pueblos anejos, por ejemplo los documentos elamitas del Irán occidental o los textos de Boghaz-Keui, en Asia Menor, se comprende que éste era un grave problema.

La escritura cuneiforme había sido inventada por los sumerios, y su lengua, a pesar de haber sido aniquilados por los semitas, desapareció sólo de una manera muy lenta. Continuó siendo em-

pleada durante mucho tiempo, en particular para los textos religiosos, más fieles a las antiguas tradiciones. Un buen escriba debía comprender, leer y escribir esa lengua muerta, fuesen cuales fuesen sus inevitables imperfecciones, su falta de flexibilidad y su imprecisión.

Para el uso corriente y el político se impuso una lengua semítica muy superior al sumerio por las flexiones de su gramática, su claridad y su aptitud para expresar los más sutiles matices del pensamiento: el akadio, del cual el asirio no era más que una forma dialectal. Desde los orígenes los escribas akadios habían adoptado los grupos de signos de la escritura sumeria, y aunque habían conservado el sentido para expresar una idea, tuvieron que modificar el valor como sonido, para darle el valor fonético de la sílaba que expresaba la misma idea en su propia lengua. Por consiguiente, un mismo grupo de signos que ya podía tener tres significados en sumerio, se pronunciaba de manera muy diferente en akadio y podía tener en esta lengua un significado real muy distinto.

La necesidad de un aprendizaje largo y minucioso era, pues, un imperativo para los futuros escribas. El oficio era tan complicado que tenían aún necesidad de consultar unos silabarios que les daban, para un mismo grupo de signos, los valores diversos que tenían en sumerio y en akadio.

Hay que señalar, además, que estas dificultades tuvieron consecuencias casi análogas a las que la difusión de la imprenta y de la instrucción primaria tienen en la época actual. Si no de una manera absoluta, al menos con mucha fuerza, frenaron la evolución del lenguaje, y en especial el de su forma escrita. Imbuidos de tradiciones, los escribas se esforzaron, con éxito, en preservarlo de alteraciones. Una cierta decadencia se observa únicamente en una época muy tardía. Por ejemplo, bajo la dominación griega en el siglo III antes de nuestra era, había desaparecido la corrección en las formas gramaticales. Sin embargo, durante cerca de tres mil años, el akadio escrito había sufrido cambios insignificantes; en cuanto a los del lenguaje hablado evidentemente no podemos juzgarlos.

El arameo

Estas dificultades, esta fijeza y este arcaísmo deliberado son suficientes para explicar los progresos considerables realizados por otra lengua, el arameo, durante el curso del último milenio antes de Cristo.

Hay otras causas que contribuyen a explicarlos. Las tribus, también semíticas, que hablaban esta lengua, se habían esparcido por casi toda el Asia anterior. Los arameos desarrollaban un papel comercial muy importante, lo que aumentaba aún la difusión de su idioma. Convirtióse así en una especie de lengua "común", que sustituyó progresivamente a las múltiples lenguas habladas en esos territorios, ninguna de las cuales se había impuesto aparte del pueblo que servían de idioma nacional. A la difusión del lenguaje arameo se acompañó el de su sistema de escritura, que habían

tomado de los fenicios y que consistía en un sistema alfabético, infinitamente más simple que el sistema silábico de los cuneiformes. Se escribía con tinta sobre soportes como el pergamino o el papiro, mucho más ligeros y más manejables que la arcilla. Desde el siglo VIII se encuentra en las tablas un resumen en arameo del texto íntegro escrito en cuneiforme. Los reyes asirios sostenían en sus palacios "escribas sobre pergamino", es decir, para el arameo, y "escribas sobre tabletas", para el akadio. Por último, bajo la dominación persa, el arameo se convirtió en la lengua corriente de la administración y en el instrumento de la unidad política del imperio.

La desgracia para los historiadores modernos es que el papiro y el pergamino son mucho menos resistentes al paso del tiempo y se destruyen mucho más fácilmente que la tableta de arcilla cocida o simplemente secada.

Las obras literarias.

Las tabletas y las inscripciones en piedra y bronce nos han ofrecido textos de temas muy variados. Los hay jurídicos: códigos, documentos judiciales y contratos de toda clase; administrativos: correspondencia oficial y fragmentos de contabilidad; históricos: anales de un reinado, relatos dirigidos a un dios acerca de una expedición llevada a cabo por un soberano, crónicas de una ciudad o de un templo; religiosos: letanías, comentarios, institución de fundaciones piadosas, anotación de observaciones de los astros o de las entrañas de las víctimas, encantamientos mágicos, etc. Pero dentro de esta masa y de esta variedad considerables, algunos alcanzan un carácter poético o literario. Se puede, por ello, hablar de una literatura mesopotámica, con sus correspondientes obras maestras.

Dentro de su brutalidad, algunos relatos de sus crueles hazañas hechos por los reyes asirios, no dejan de tener una despiadada grandeza. He aquí, por ejemplo, a Teglat-Falasar I definiéndose a sí mismo: "Día brillante, cuyo esplendor oprime a las cuatro regiones, llama poderosa que, como un ramalazo de borrasca, se abate sobre el país enemigo." He aquí a Aššurbanipal contando la metódica devastación de Susa y de la Susiana: "En los días de un mes dominé el 'Elam en toda su extensión; hice cesar en sus campos la voz de los hombres, el paso del ganado pequeño y grande y los gritos de alegría, y en su lugar permití que se estableciesen los onagros, las gacelas y toda clase de animales salvajes." En ninguna de las dos falta nada, ni el movimiento épico, ni las evocaciones pintorescas, ni las metáforas.

Pero estas imágenes llegan a ser ininteligibles en los textos religiosos con frecuencia de carácter esotérico. Probablemente desde la época sumeria y con seguridad desde la de Hammurabi, fueron concebidos y transcritos grandes relatos mitológicos que estaban destinados a ser copiados, no sin variantes, por sucesivas generaciones de escribas y durante siglos. En su conjunto forman el fondo clásico de la literatura mesopotámica.

Los grandes poemas mitológicos.

Examinaremos aquí dos de estos poemas particularmente célebres. En primer lugar el *Enuma Eliš* ("Cuando en lo alto..."), designado así por las dos primeras palabras del que se llama también *Poema de la creación*, porque en él se cuenta cómo se organizó el mundo después del caos primitivo. En un principio se diferenciaron el agua dulce y el agua salada, que formaron un matrimonio, a los que servía de ministro la voz o la inteligencia. De estos primeros principios nacieron los dioses, también por parejas, los cuales se sublevaron contra las aguas, y después de una lucha monstruosa, uno de ellos - variable: por ejemplo, Marduk, en la versión babilónica y Aššur en la de Asiria - triunfa y se convierte en organizador del mundo, creador de los seres terrestres, animales y hombres.

Hay que citar a continuación la *Epopeya de Gilgames*, que cuenta en muchos episodios las aventuras del fundador y rey de la ciudad de Uruk, que es un personaje verdadero, magnificado por el mito. Se encuentran en ella narraciones de caza y de combates, de expediciones contra monstruos, la relación del diluvio, la conquista y sucesiva pérdida de la planta espinosa que asegura la eterna juventud, la evocación del espíritu de un hermano de armas muerto, etcétera. Este breve sumario es suficiente para sugerir las múltiples resonancias que esta epopeya tuvo fuera de Mesopotamia, pues no en vano se pueden hacer las aproximaciones que se imponen con episodios del *Génesis* bíblico, con la *Odisea* o con la leyenda de Hércules.

Las bibliotecas.

Desde la época de Hammurabi, algunos templos constituyeron sus bibliotecas, en las que las tabletas, cuidadosamente clasificadas por géneros y por obras, se amontonaban en cestos provistos de una etiqueta de arcilla, procedimiento que se utilizaba asimismo para la clasificación y conservación de los archivos.

Algunos soberanos hicieron lo propio para sus palacios, pero ninguno con tanta energía como Aššurbanipal, que afirmaba poseer de los dioses "toda la ciencia de la escritura". Sus funcionarios tenían órdenes de enviar al palacio los originales, o al menos las copias, de todos los textos rituales, religiosos, mágicos, astronómicos, históricos, etc. Sus circulares terminaban la enumeración con consejos como éste, que dirigía a su representante de Borsippa en Caldea: "…y si existe alguna tableta y texto ritual, acerca de los cuales no te haya dado instrucciones y que tú creas bueno para mi palacio, escógelo, tómalo y me lo envías." Los arqueólogos pudieron así descubrir, en las ruinas de Nínive, los miles de tabletas que constituyen en la actualidad una de las principales riquezas del British Museum.

Su acumulación en el palacio de Aššurbanipal, atestigua un respeto notable hacia todo lo que había dejado una huella escrita como testimonio de las obras del espíritu humano en las generacio-

nes del pasado. De la misma manera que los bienes materiales en los saqueos, se recogían los textos con el fin de enriquecerse religiosa e intelectualmente. Desde que existen hombres y fundan imperios, no han sido muy frecuentes las preocupaciones de esta clase. Naturalmente, en este esfuerzo hay mucho de piadosa superstición; pero propia amplitud que alcanza muestra que ya empezaba cierto laicismo: estos intentos traducen una aspiración a una especie de saber enciclopédico, que hay que apreciar en su valor.

Las ciencias: medicina y astronomía

Ya se ha visto que la religión desembocaba en ciencias que a su vez se encadenaban con otras ciencias, unas y otras aún balbucientes y, sin embargo, impresionantes. La medicina trataba al enfermo como un pecador o, al menos, como un poseso, y no olvidaba nunca el exorcismo que podía librarlo. Poco a poco se empezó a mezclar con ella una farmacopea mineral, vegetal o animal; empleando plantas, cobre, cenizas, sangre, orina, grasa, aceite y muchos otros ingredientes.

Para su empleo combinaba las enseñanzas de la experiencia con las preocupaciones de carácter mágico, pues a la vez que fijaba las dosis a administrar, ponía cuidado en no olvidar las circunstancias rituales de la búsqueda y utilización de estos productos.

Acechar en el cielo los presagios y los signos de la voluntad favorable o desfavorable de los dioses conducía a la astronomía. Se estudiaban las estrellas, su marcha aparente, y sus coincidencias con las salidas y las puestas del sol. Así se llegó a determinar la eclíptica y el zodíaco, consiguiéndose resultados importantes en la fijación del calendario.

El calendario había sido y continuó siendo lunar, esto es, que hacía coincidir el principio del mes con la aparición de la luna nueva. Pero de tiempo en tiempo se hacía necesario añadir un mes con el fin de restablecer la concordancia con las estaciones. La decisión de esta intercalación la tomaba el rey de acuerdo con los adivinos. Por último, hacia 747 a. de J. C., se reconoció que doscientos treinta y cinco meses lunares comprendían exactamente el mismo número de días que diecinueve años solares, por lo que se decidió añadir siete meses intercalados durante cada período de diecinueve años. El monarca continuó disponiendo acerca de su colocación. El régimen de intercalaciones no fue regulado con estabilidad hasta el año 367, bajo la dominación persa. El mes suplementario debía ser introducido seis veces en primavera y una en otoño en ciertos años fijados dentro del ciclo de diecinueve. Es éste un resultado importante que permite a los modernos historiadores, con la ayuda de los astrónomos, convertir toda fecha dada según el calendario babilónico en otra exacta, según nuestro sistema, con un margen de error de uno o dos días debido

a que se tiene en cuenta los días en que el estado del cielo había podido impedir ver el nuevo creciente de la luna.

Matemáticas y metrología.

Estos usos astronómicos presuponen unos conocimientos matemáticos. De hecho, los sumerios habían inventado y practicado un sistema sexagesimal completo con el que más tarde se combinó un sistema decimal. Los observadores de los astros, antes que los griegos de los siglos IV y III, se servían de ellos con una agilidad y una precisión sin iguales en toda la Antigüedad.

No menos notable fue la creación, muy precoz - a la vez efecto y causa de la intensidad de la vida económica- de un sistema de pesos y de medidas que ha podido ser comparado, en razón de su coherencia interna, con nuestro sistema métrico decimal. Las unidades básicas estaban tomadas de la escala de longitudes. Partiendo de una de ellas formando un cuadrado se habían constituido la serie de medidas de superficie, y de otra llevada al cubo, las series de medidas de capacidad, diferentes para líquidos y para sólidos. En cuanto a la serie ponderal, derivaba del peso de un cierto volumen de agua.

Para facilitar los cálculos se habían confeccionado tablas y también existían modelos de problemas de geometría o de aritmética, para la solución de los cuales se indicaban determinadas fórmulas, llegándose así a resolver, por la aplicación de estas reglas prácticas, problemas de segundo y tercer grado.

Las ciencias de la naturaleza

Se anotaban con cuidado las distancias y los itinerarios; se levantaban planos de los monumentos, de los canales e incluso de las ciudades, de los cuales, para Nippur, por ejemplo, las excavaciones han atestiguado la minuciosa exactitud. Ha llegado hasta nosotros, por una copia bastante tardía, un mapa del mundo, seguramente bastante antiguo. Como es lógico, sitúa Mesopotamia en el centro de la tierra, la cual está bañada por el océano o "rio amargo" y más allá existen otras tierras, entre las cuales la situada al Norte es denominada "país donde no se ve el sol", aunque es quizá imprudente pensar que los babilónicos tuviesen conocimiento de la noche boreal.

¿Podemos hablar de la existencia de unas ciencias naturales? Seguramente la expresión es muy ambiciosa, pero poseemos antiguas y numerosas listas de minerales, de vegetales y de animales cuidadosamente redactadas. En ellas no siempre existe un principio de clasificación y, a veces, se fijan demasiado en las apariencias como cuando colocan los huesos de dátil o el pedrisco entre las piedras. Pero comprobamos un manifiesto esfuerzo de recopilación y de organización práctica: una lista coloca juntas todas las plantas que contienen sosa, todas las que pueden servir de condimentos, etc.

Ciencia y magia en las técnicas.

La metalurgia y la química tuvieron como punto de partida los materiales proporcionados por la naturaleza.

En principio el hierro era raro y únicamente se utilizaba el encontrado por casualidad, de origen meteórico, destinándosele a la fabricación de joyas e incluso se le incrustaba en el oro. Hacia el final del II milenio su empleo se generalizó, porque se aprendió a obtenerlo partiendo del mineral. Esta técnica provenía de Europa y es, como en todo Oriente, una aportación de los pueblos

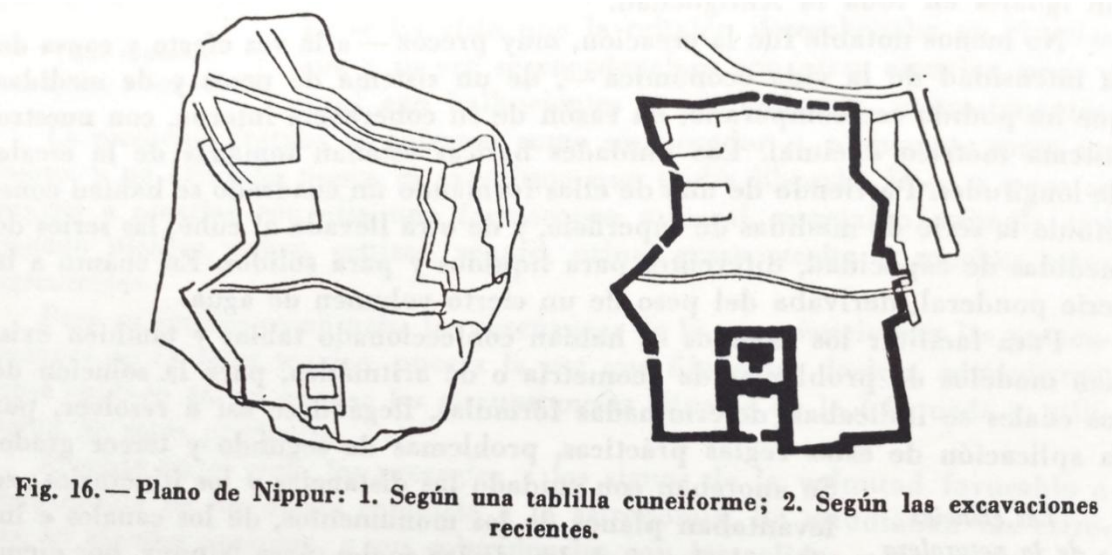


Fig. 16. — Plano de Nippur: 1. Según una tablilla cuneiforme; 2. Según las excavaciones recientes.

nuevos llegados a partir de los siglos XV y XIV. Ya fuese por contacto y difusión o a consecuencia de las invasiones que sufrió, Mesopotamia no ignoró este progreso y, durante el I milenio, el hierro se hizo de uso corriente.

La técnica de los esmaltes vidriados era mucho más antigua, y poseemos un téxto escrito de su fórmula con indicación de los productos empleados y sus dosis. Este texto remonta a principios del II milenio y las excavaciones han descubierto esmaltes mucho más antiguos, por lo que hay que suponer que este texto era copia de otros anteriores. Por otra parte es voluntariamente oscuro, pues si bien el redactor juzgó conveniente escribirlo, tomó sus precauciones para no divulgar en demasía los secretos que contiene. Ocurre que, como en la metalurgia, para la que debían existir escrúpulos análogos, la operación conservaba una relación con la magia y la adivinación. Era conveniente trabajar sólo ciertos días y a ciertas horas, después de la observación de ciertos signos y pronunciando determinadas palabras. Sin duda no se trataba de alquimia todavía, pues hasta más tarde el camino único no se bifurcará para dar lugar a la que tenía que ser la "gran obra".

El derecho: los contratos

No sabemos si las creencias jurídicas de los mesopotamios se pueden colocar entre las ciencias, las técnicas o la literatura. Bajo cada una de dichas rúbricas podrían tener su lugar y también bajo otras, pues ya ha habido más de una ocasión de hablar de ellas. En todos sus aspectos son impresionantes.

Los contratos redactados sobre tabletas, por lejos que nos remontemos en el curso del tiempo, nos dan a conocer un derecho privado notablemente evolucionado, en particular por lo que se refiere a los préstamos y a los traspasos de bienes. La necesidad de una fijación escrita de las cláusulas de toda operación de este género, bajo pena de nulidad, bastaba para reclamar una organización lógica de los deseos individuales, a los cuales confería, por otra parte, una seguridad y una estabilidad eficaces. Estos contratos no se embarazaban con un formulismo excesivo; pero con la definición precisa de las partes, del objeto y de los testigos de su voluntad concordante, contienen ciertas afirmaciones que corresponden a un análisis agudo del acto considerado en tanto que acto jurídico, de los intereses en litigio y de las disputas a prever.

Los códigos: el código de Hammurabi..

Más impresionantes aún son los códigos, entre los cuales algunos remontan al final del III milenio. Recientes descubrimientos han aumentado su número: los fragmentos de un código promulgado por un rey de Esnunna, llamado Bilalama, han sido publicados en 1948, y en 1952 ha sido señalado el de 'Ur-Nammu, rey de 'Ur, más antiguo todavía. Entre ellos ninguno supera en importancia y en legítima celebridad al código de Hammurabi.

Ciertamente su renombre le viene en parte del extraordinario monumento que lo ha popularizado. Su historia es ya algo extraordinario: incluído con muchas otras piezas en el botín obtenido en Babilonia por el rey de Susa Shutruk-Nakhunté (hacia 1175 a. de J. C.), fue encontrado en 1902 en las ruinas de su capital, excavadas por la misión arqueológica francesa de Persia, lo que hizo que la magnífica pieza fuese a parar al Museo del Louvre. Extraordinario también el monumento en sí mismo: un cilindro cónico de dura piedra negra, de 2,25 metros de altura y cerca de 2 metros de circunferencia en la base. En la cara anterior de la parte superior, un relieve muestra al rey de pie, en postura de adorante ante Šamaš, dios del sol y, también, dios de la justicia, al que identifican las llamas brotando de sus espaldas. Toda la superficie del bloque está cubierta de cuneiformes dispuestos en columnas, de las que sólo algunas pocas fueron picadas por los vencedores, como lo fue el disco solar que coronaba la cabeza del dios. Comprende en total unas 3.600 líneas de texto.

Independientemente del monumento, que no era único, pues se han encontrado en Susa fragmentos de una réplica, la reputación propiamente jurídica del código fue inmensa en todo el

Próximo Oriente. Transcrito sobre tabletas, se extendió muy lejos e influenció incluso a pueblos extranjeros al imperio de Hammurabi.

Más de una vez se le ha comparado al código de Napoleón y la comparación es válida en cuanto a su difusión y a la influencia ejercida, pero podría inducir a error al considerar la concepción y el carácter del texto. Después de un prólogo que es un gran fragmento de literatura religiosa, política y moral, anunciando las "sentencias de equidad", destinadas a "establecer el derecho en el país", y fijadas por Hammurabi, "rey del derecho, al que Šamas ha concedido el don de la justicia", vienen a continuación 282 proposiciones. La mayor parte empieza por la palabra "supuesto que", definiendo en seguida un caso concreto y como corolario la decisión a tomar para resolverlo. Si tenemos en cuenta el concepto vulgar, tenemos en estas reglamentaciones los artículos de un código, redactados en un lenguaje muy preciso, que excluye hasta el máximo las ambigüedades. Pero, aunque se reconoce un orden relativo en su clasificación, no se podría hablar de leyes concebidas con una coherencia que permitiese reconocer en ellas las aplicaciones de un sistema jurídico.

Hay, es verdad, algunas tendencias generales: asegurar la continuidad de la familia por un hijo, garantizar la propiedad cualquiera que fuera la forma que revistiese, etc. Pero se percibe también la competencia de métodos diferentes e incluso opuestos, por ejemplo: ¿Castigo o reparación? ¿Talión o compensación? De manera curiosa, una u otra intervienen según la categoría social de la víctima: el hombre libre que rompiese los dientes a un hombre libre perderá los suyos, pero se limitará a pagar un tercio de mina de plata (la mina representaba 505 gramos de plata) al subalterno que hubiese sido víctima de esta sevicia; aquel cuya agresión hubiese provocado el aborto y la muerte de la hija de un hombre libre, verá morir a su propia hija, pero pagará la mitad o un tercio de una mina de plata si su víctima es hija de un subalterno o de un esclavo. En el método de información se nota también una duplicidad: se admite la prueba testifical y se amenaza con severas penas a los falsos testimonios; pero igualmente se puede jurar "ante el dios", es decir, por el dios y también por el rey. Aún más, en algunos casos se recurre a las ordalías haciendo arrojar en el "dios-río", o sea al Éufrates, al que se acusa de haber lanzado sortilegios o a la mujer acusada de adulterio. Fácilmente se reconoce en todo ello la huella de una evolución todavía en curso -en ciertos casos retrasada y en otros bastante avanzada - del derecho penal e incluso de la moral.

En realidad, se trata, pues, más que de un código, de una compilación de decisiones regias, solucionando casos con frecuencia complicados y embarazosos, algunos quizá irreales e imaginarios. Estas decisiones son presentadas como debiendo desde ese momento sentar jurisprudencia, con el

fin de unificar las sentencias de los tribunales. Todo lo más se podría hablar de la redacción de un derecho consuetudinario, hasta entonces aplicado a la parte central del imperio y que la voluntad del rey deseaba extender a todos los territorios que de él dependían.

Desde este punto de vista se plantea el problema de saber si las órdenes de Hammurabi fueron aplicadas, aún durante su vida, pues más de una tableta, en especial las referentes a contratos, parece no obedecer a las prescripciones del código, lo que obliga a preguntarse si unas costumbres distintas o el acuerdo de las partes no conservaron a veces una fuerza superior a las decisiones del rey.

Los otros códigos mesopotámicos, de los cuales muchos son anteriores a éste, presentan caracteres análogos. Todos atestiguan un esfuerzo notable, pero de carácter más social y económico que propiamente intelectual. Sus autores quisieron normalizar las relaciones de toda clase entre los hombres y darles más seguridad y regularidad. Pero no supieron crear ni intuyeron esa disciplina, fundada en el razonamiento, que es el derecho.

Los límites del esfuerzo intelectual

Una advertencia análoga se impone para la mayor parte de las formas tomadas por la actividad intelectual en la civilización mesopotámica. Según parece, jamás se llegó a superar el estadio de empirismo. Estos hombres fueron observadores minuciosos; anotaron sus observaciones con una precisión escrupulosa, las clasificaron y las confrontaron. Pero solamente supieron llegar a una serie de precedentes concretos y fórmulas prácticas. En ningún aspecto se elevaron a la abstracción, ni intentaron buscar el porqué de lo que percibían.

Las mismas matemáticas, ciencias abstractas por excelencia, fueron otra cosa en sus manos. Se plantearon los problemas, indicaron el camino a seguir y las operaciones a efectuar para resolverlos, encontrando así la solución exacta. Pero nunca demostraron ni razonaron, conformándose con haber descubierto, sin duda por tanteos y experiencias sucesivas, el secreto de las soluciones. En todos los aspectos ocurre igual: lo que en razón de los resultados obtenidos hay que llamar ciencia mesopotámica, no fue siempre una cosa empírica - e incluso ni experimental, aunque el empirismo en ciertas cosas ocupe el lugar de la experiencia - y no se elevó nunca al nivel de la organización lógica.

Debido a los estrechos vínculos que la unían con la religión esto no podía ser de otra manera. La ciencia estaba concebida como una revelación, como el don transmitido a los hombres por tal o cual dios. Por lo cual los hombres debían limitarse a admitir y aplicar determinados principios sin tener derecho a comprenderlos.

De esta actitud mental, por otra parte, derivaba inevitablemente una tendencia hacia el estancamiento. Puesto que el conocimiento provenía de los dioses, era lógico que lo hubieran conce-

dido a las antiguas generaciones que, sin duda, eran las más intruidas en materia de piedad y de ritos. A partir de este hecho, recoger y transmitir la tradición de la manera más exacta posible, constituía el principal deber de cada generación; sería en vano que ambicionase acrecentar este bagaje. Como para las creencias y prácticas religiosas, de las que el saber constituye un simple corolario, el ideal se encuentra en el pasado y no en el porvenir.

Lo cual explica las innumerables copias, las repeticiones incesantes y la docilidad en reproducir lo que los predecesores han dejado escrito. En todo este capítulo hemos hecho pocas veces mención de los asirios y raramente como creadores, y con razón, puesto que se limitaron a recoger una herencia espiritual e intelectual y a preservarla hasta el máximo. Tienen todo un simbolismo los esfuerzos realizados por Aššurbanipal para concentrar en la biblioteca de su palacio de Nínive todo lo que hasta entonces se había escrito: el saber enciclopédico que quiere facilitar no es un punto de partida hacia nuevos progresos, sino una suma cuya posesión se cree suficiente por sí misma. Babilonia, en tiempos de Hammurabi, ha sido considerada como un ejemplo y como un modelo debido a que se realizó allí una magnífica concentración de riquezas intelectuales. ¿En qué medida estas riquezas, aún en esa primera mitad del segundo milenio, eran conquistas nuevas, debidas al propio esfuerzo de los babilonios contemporáneos? De una forma muy insignificante quizá, pues más de un nuevo descubrimiento ha tenido por consecuencia que se colocase en un pasado más antiguo, no sólo los orígenes, sino los modelos directos de lo que los escribas de Hammurabi recogieron y copiaron de nuevo.

CAPÍTULO IV

LAS CREACIONES ARTÍSTICAS

No debe sorprender el hallar el arte mesopotámico, desde el principio al fin de su existencia, dominado a la vez por el hecho religioso y el monárquico. El primero mucho más importante que el segundo, al cual informa y sostiene siempre; hasta el punto que la religión, que puede ser a veces la inspiradora única del arte, es siempre al menos su inspiradora parcial, pues la inquietud estética en sí apenas parece tener importancia. La tiene mucha más el invocar los favores y la protección de los dioses mostrándoles su fervor. Es una cosa que los reyes nunca olvidan, tanto edificando sus templos y depositando sus ofrendas, más generosas y más suntuosas que las de los simples fieles, como concibiendo y adornando sus moradas personales. Así como la necesidad de asegurar la vida en el más allá no dio lugar al nacimiento de ningún arte autónomo -incluso las tumbas "reales" de 'Ur, interesantes para la historia de la arquitectura, porque atestiguan el temprano uso de la bóveda y de la cúpula, deben su principal valor artístico a su mobiliario, que es el mobiliario usual-, templo y palacio constituyen los únicos monumentos notables, la finalidad misma del arte, que tiene la misión de construirlos para el abrigo, gloria y placer de sus ocupantes.

Ciudades y fortificaciones

Si bien en este caso la palabra "arte" puede parecer muy ambiciosa, desearíamos representarnos el aspecto material de las aglomeraciones urbanas de esta civilización, ya que desde la más remota antigüedad la ciudad tuvo un papel muy importante. Pero la fragilidad de los materiales de construcción y la superposición de habitaciones sucesivas en los mismos lugares y durante milenios no permiten conocer bien las casas, ni la disposición interna de las ciudades. Lo que se encuentra y que todavía se puede estudiar en la actualidad son casi únicamente las ruinas de los grandes edificios, por otra parte difíciles de interpretar a consecuencia de las reconstrucciones que han sufrido. Aparte de éstos, la muralla es el elemento más reconocible de la arquitectura urbana.

Es natural que en este aspecto los asirios aportasen, si no unas nuevas técnicas, sí al menos, unos sensibles perfeccionamientos, puesto que, para ellos, más que para ningún otro grupo humano

de Mesopotamia, la guerra fue la mayor preocupación. Buscando la manera de defender sus dominios de los desórdenes internos y de las invasiones, multiplicaron sus fortalezas y rodearon de murallas incluso las residencias de sus soberanos. Sus procedimientos pasaron después a los reyes neobabilónicos, cuyos trabajos de protección alrededor de su capital, en la época persa, dejaron admirados a los viajeros griegos.

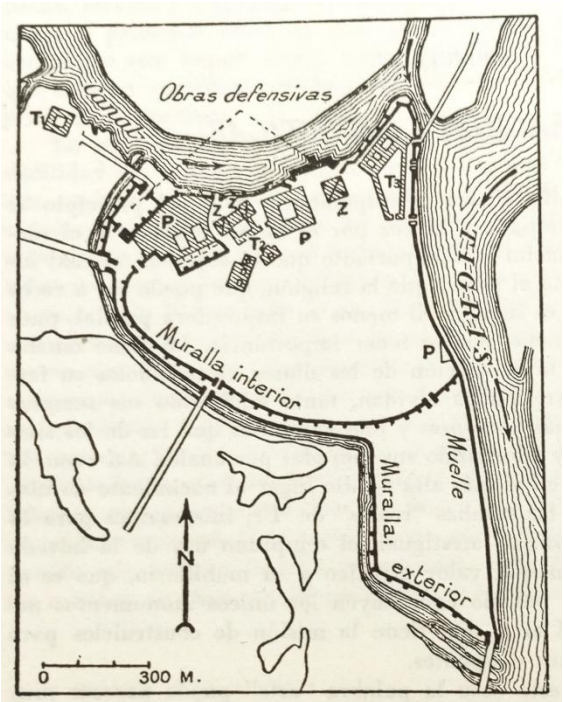


Fig. 17.— La ciudad de Aššur poco antes de su destrucción a fines del siglo VII antes de J. C. P, palacio; T_1, *Bit-Akitu*, "casa del año nuevo", casa de campo del dios Aššur; T_2, conjunto de cuatro Templos, uno de los cuales con dos zigurats; T_3, *E-hour-sag-kour-koun-da*, "Casa montaña de los países", gran templo del dios Aššur; Z, gran zigurat consagrado primero a Enlil, después a Aššur.

Las más antiguas ciudades tuvieron, seguramente, murallas más o menos regularmente circulares que correspondían a unos entrelazados caprichosos de callejuelas. A menudo los reyes asirios conservaron lo que ya existía, no sólo en las ciudades conquistadas donde instalaban guarniciones, como en Til-Barsib (hoy Tell Ah-mar), en el codo del Eufrates, sino también en las viejas ciudades nacionales como Aššur. Pero aun en estos viejos lugares su obra técnica fue notable. La multiplicidad y la calidad de las defensas de Aššur, por ejemplo, son impresionantes: muelles de piedra y de ladrillos cocidos a lo largo del Tigris y de un canal; hacia la estepa un foso inundable de 20 metros de ancho por 15 de profundidad; muros interiores y exteriores, altos de unos 12 metros, con torres salientes, más altas aún, cada 30 metros; poderosos bastiones en los sitios más expuestos, etcétera.

Los progresos son más evidentes todavía en las ciudades nuevas. El ejemplo más claro es el que han

dado las excavaciones de Khorsabad, en el lugar de una fundación de Sargón II, hacia el final del siglo VIII: Dur-Sarrukin, el "muro de Sargón". Aquí del plano circular se pasa al plano rectilíneo. Aunque la perpendicularidad no es nunca perfecta, contrariamente a lo que habían pensado los arqueólogos de hace cien años, el conjunto dibuja un vasto cuadrilátero casi rectángulo de 1.800 por 1.700 metros aproximadamente, cerrando superficie de unas 300 hectáreas. Un basamento de piedra soporta la muralla de ladrillos cuya altura y espesor sobrepasan los 20 metros. Múltiples entrantes y salientes rompen el muro en su parte exterior y siete puertas fortificadas, con un complejo de patios, salas y corredores, guardan las entradas de la ciudad (fig. 18, pág. 214).

Por muy formidable que sea Khorsabad, nada supera la enorme grandeza de las defensas exteriores de la Babilonia de Nabucodonosor, también rectilíneas, de una longitud de unos 18 kilómetros, con dobles muros yuxtapuestos y reforzados por torres. Además, otra muralla delimitaba la ciudad interior, más pequeña, donde se penetraba por unas puertas monumentales, a la vez adornadas y fortificadas, siendo la más célebre en la actualidad, por ser la mejor conservada, la puerta de Isthar (fig. 19, pág. 221).

En todas partes, por último, los grandes monumentos, muchos templos y los palacios reales estaban construidos con vistas a ofrecer reductos útiles para la defensa. Rodeados de murallas y torres almenadas, con puertas reforzadas, eran otras tantas ciudadelas aptas para aguantar un largo sitio.

Tanto trabajo humano y tanta ingeniosidad fueron empleados en vano. Dur-Šarrukin fue abandonada, lo cual explica su maravilloso estado de conservación actual. Aššur y Nínive fueron tomadas, saqueadas y entregadas a las llamas por los vencedores medos y babilonios. A su vez, Babilonia fue víctima del invasor persa, y la historia del *Mane, Tecel, Fares* de Baltasar se enlaza con la de la hoguera de Sardanápalo. Pero la propia existencia de estas historias muestra hasta qué punto el poder de los soberanos mesopotámicos había impresionado las imaginaciones. La técnica de las fortificaciones entre los griegos deberá mucho a la que se desarrolló en los valles del Tigris y del Éufrates.

Igualmente el urbanismo, pues en estas ciudades nuevas o renovadas por el capricho de un amo, se había podido imponer un plano más regular. La disposición geométrica en cuadro es una invención del Oriente mesopotámico. Cuando Hipodamo de Mileto urbanizó el Pireo, innovaba sólo en el sentido de introducirlo por primera vez en Europa. También en los grandes trabajos necesarios a las aglomeraciones importantes los asirios dieron el ejemplo. Senaquerib había llevado a Nínive el agua de las montañas por un canal al cual un "puente de piedras blancas", de 280 metros de largo, 22 de ancho y 9 de alto, permitía atravesar un valle.

Todo esto, sin embargo, es relativamente poco importante comparado con los hallazgos, con frecuencia espectaculares, que han ofrecido las excavaciones realizadas en el emplazamiento de templos y palacios. Sus constructores habían realizado en ellos muchos esfuerzos y sacrificios materiales y las observaciones de los modernos arqueólogos han podido ser más precisas sobre superficies más reducidas. La gran arquitectura religiosa y monárquica sobrepasaba seguramente y todavía sobrepasa a todas las otras realizaciones.

El empleo de la arcilla.

En todas las construcciones un factor material hace sentir pesadamente su acción, con orígenes muy lejanos y cuyo uso se prolonga por diversas consideraciones, incluso cuando ya no tiene verdadera razón de ser.

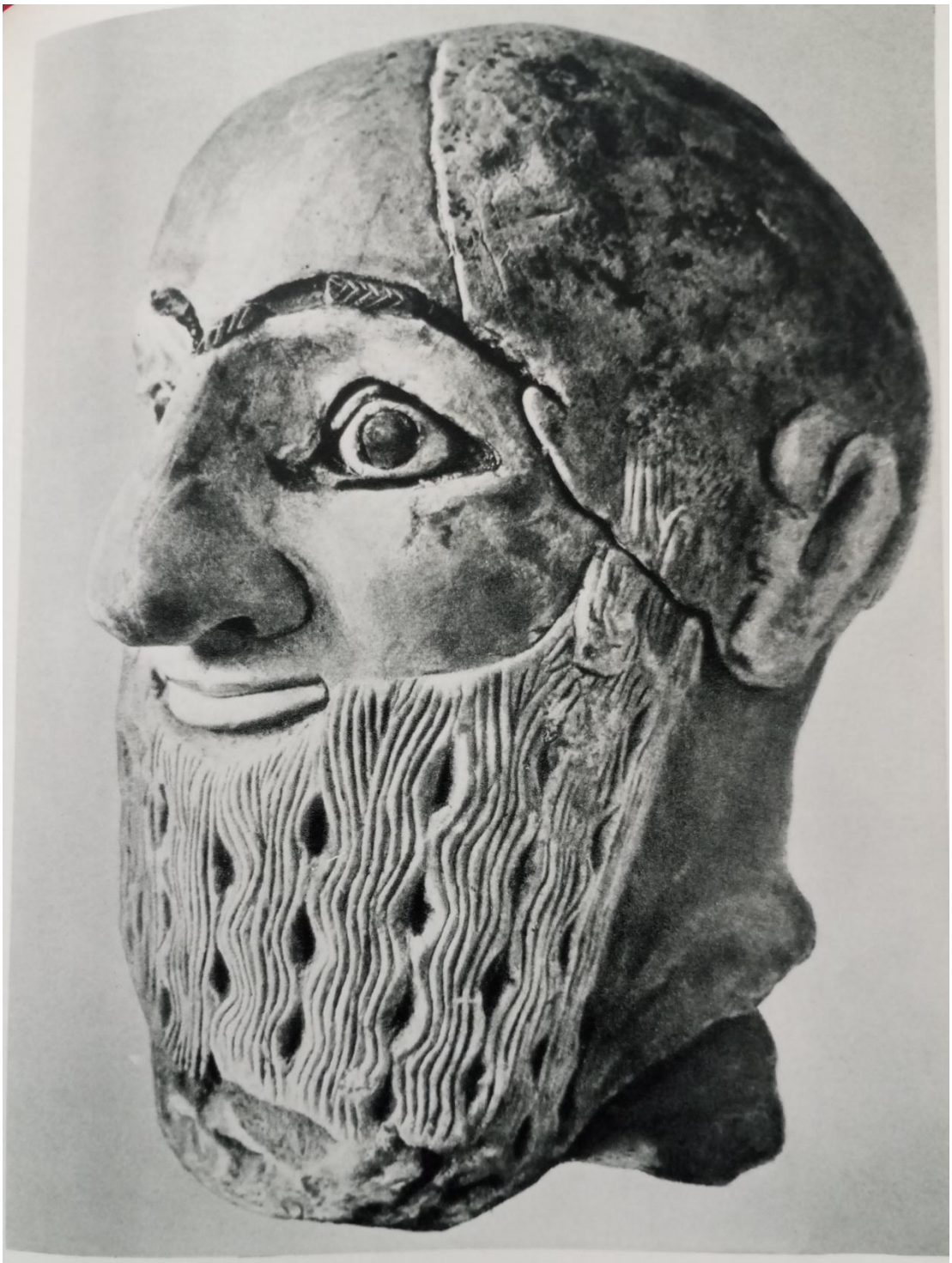
La Baja Mesopotamia está desprovista de piedra y no posee bosques. Aun para las construcciones que deseaba imponentes, el hombre tuvo, pues, que recurrir a la tierra amasada, en especial bajo la forma de ladrillos secados al sol, colocados en capas horizontales cuya cohesión se aseguraba con la ayuda de cañas, pajas o betún. El ladrillo cocido, que exigía combustible para su fabricación, se empleaba sólo de manera excepcional en los lugares particularmente expuestos a la acción del agua pluvial y fluvial. Asiria se encontraba menos desprovista de materiales sólidos que las llanuras aluviales del Sur, pero su civilización no fue, por el intermedio de Babilonia, más que la heredera de la civilización sumeria. Conservó tradiciones nacidas en otros lugares y regidas por otras condiciones naturales. La idea religiosa actuaba en favor de esta continuidad, con la creencia de que toda la sabiduría, dictada por una revelación, provenía de los sumerios.

Otra consideración intervenía también: la de la rapidez y la comodidad de los trabajos. Cada rey podía señalar su reinado con obras personales y así intentar perpetuar su nombre, reedificar o construir monumentos destinados a atestiguar su piedad y su poder. El arte asirio tuvo una escultura más original, porque disponía de abundantes piedras que los sumerios y akadios debían traer de lejos con grandes gastos, puesto que no podían contentarse con las grandes piedras acarreadas por los ríos. Pero en la arquitectura no fue un pueblo innovador, contentándose con lo efímero con tal de que fuese grandioso. Los técnicos emplearon la piedra, pero sólo en los basamentos. Cada rey edificaba al menos su palacio y varios templos, cuando no su propia ciudad como Sargón II hizo con Dur-Šarrukin.

Sus consecuencias.

Este empleo del ladrillo poco sólido tuvo necesariamente consecuencias técnicas, que se convirtieron también en convenciones respetadas aun cuando hubo desaparecido la obligación inicial.

La más inmediata fue, con el fin de colocar la base de los grandes edificios al abrigo de las crecidas, la creación de grandes terraplenes artificiales. Su superficie, en declive y recubierta con



23.—Cabeza de yeso, procedente de Mari.

24.—Pequeña estatuilla de Gudea.

betún o con ladrillos cocidos, dirigía el agua hacia alcantarillas previamente preparadas. Para dar una idea del carácter gigantesco de los trabajos de esta clase, será suficiente mencionar que la terraza del palacio de Sargón en Khorsabad, que cubre cerca de 10 hectáreas, se levanta a más de 15 metros de altura y representa un terraplén cuyo volumen se acerca al millón y medio de metros cúbicos.

Con el fin de hacer los muros más sólidos, era útil construirlos muy espesos, estrechándose de la base a la cima. Las ventanas prácticamente no existían, a excepción, quizá, de las partes cercanas a los techos porque se procuraba reducir al mínimo los puntos débiles en estas enormes masas. Las puertas, que sin muchas dificultades se podían hacer más altas, debían ser suficientes a las necesidades de aire y de iluminación. Éstas debían abrirse al aire libre, lo que obligaba a multiplicar los patios, grandes y pequeños, en el interior del monumento.

He aquí el porqué de la sensación de aplastante pesadez que producen estos grandes edificios. Ampliamente extendidos en superficie - pues se evitaba el problema de la superposición de pisos, que en realidad no se solucionaba ni en los *zigurats*-, cada uno de estos edificios debía aparecer, a vista de pájaro, como un enorme y basto paralelepípedo del cual se hubieran excavado violentamente varios volúmenes más o menos cúbicos.

De ahí asimismo la monotonía de las paredes, que muy pronto se esforzaron en remediar empleando el sistema de masas entrantes y salientes rectangulares o semicirculares tomando el aspecto de pilastras o columnas adosadas, revistiendo las grandes superficies verticales y planas con mosaicos o con ladrillos cocidos y esmaltados, con o sin relieve modelado, estucándolos y pintando frescos encima, y más tarde, por último, en Asiria, adosándoles bajorrelieves de piedra esculpida. Estos artificios conseguían juegos de color sobre el inevitable color marrón. Sin embargo, la penumbra debía reinar en el interior de las salas en las que la luz penetraba mal, aunque es verdad que conjugada con el espesor de los muros esta penumbra protegía del calor, con frecuencia demasiado fuerte bajo este clima.

El techo y sus soportes.

La techumbre planteaba otros problemas que parece que se resolvieron mal. La menor dificultad no era que fuese horizontal, pues una capa de betún le daba suficiente impermeabilidad para un país de lluvias mediocres. Pero faltaba la madera. Para pequeñas construcciones, por ejemplo, casas, se empleaba el procedimiento de la cúpula. Se conocía asimismo la bóveda y se la empleaba para los acueductos y los puentes. Pero en las excavaciones de los monumentos importantes se han encontrado raramente elementos abovedados. Se debieron, pues, usar con predilección vigas talladas en troncos de árboles, y se

hacían traer, llegado el caso, de bosques muy lejanos, en especial de Siria, gracias a la utilización del Eufrates; numerosas inscripciones no dejan ninguna duda acerca de la reputación de los cedros del Líbano. Pero hubiese sido necesario disponer de gran número y se contentaban en general con vigas cortas, lo que al menos obligaba a restringir la anchura de las habitaciones.

Además el empleo del ladrillo ofrecía dificultades muy serias para la construcción de columnas sustentadoras. Por defecto de su técnica de cocción no podían ser sólidas más que aumentando su diámetro, lo que entorpecía la visibilidad de las salas.

El aspecto macizo del exterior no podía tener su correspondencia, en el interior, en las dimensiones de las salas y sí, en cambio, en los patios; las salas, salvo en altura y en longitud, no podían ser grandiosas más que al precio de grandes esfuerzos, naturalmente excepcionales. Pero quedaba la impresión de conjunto, que convenía a la idea de potencia infinitamente superior al común de los hombres, que debían hacer nacer, dominando las ciudades, las residencias de los dioses y de los soberanos.

El templo

El templo es la casa de la divinidad, es decir, una vez pasados los modestos principios, un palacio y una fortaleza a la vez. Sobre las rodillas de una de las estatuas del rey "Gudea arquitecto", una tableta ostenta el plano del templo a edificar: es el de un castillo fuerte. En efecto, el santuario clásico estaba rodeado de una muralla con torres y estrellas, que ponía al abrigo de enemigo a la divinidad, sus servidores, sus sacerdotes y sus riquezas.

La función económica del templo de la que anteriormente se ha visto su importancia, postula la existencia de viviendas y de oficinas para sus habitantes, establos y graneros, almacenes y tesoros. En cuanto a los edificios religiosos propiamente dichos, en cada templo se encuentran multiplicados por capillas consagradas a otras divinidades, hospedadas por la única o por las dos divinidades principales. Todo esto diversifica el plan hasta lo infinito. Sin embargo, para cada dios principal, se encuentra casi siempre un patio destinado a las procesiones y dando acceso a una sala en el fondo de la cual se abre la cámara divina y secreta por excelencia, aquella en la que sólo podían entrar los sacerdotes y los reyes, en la cual se levantaba la estatua de la divinidad.

La torre escalonada

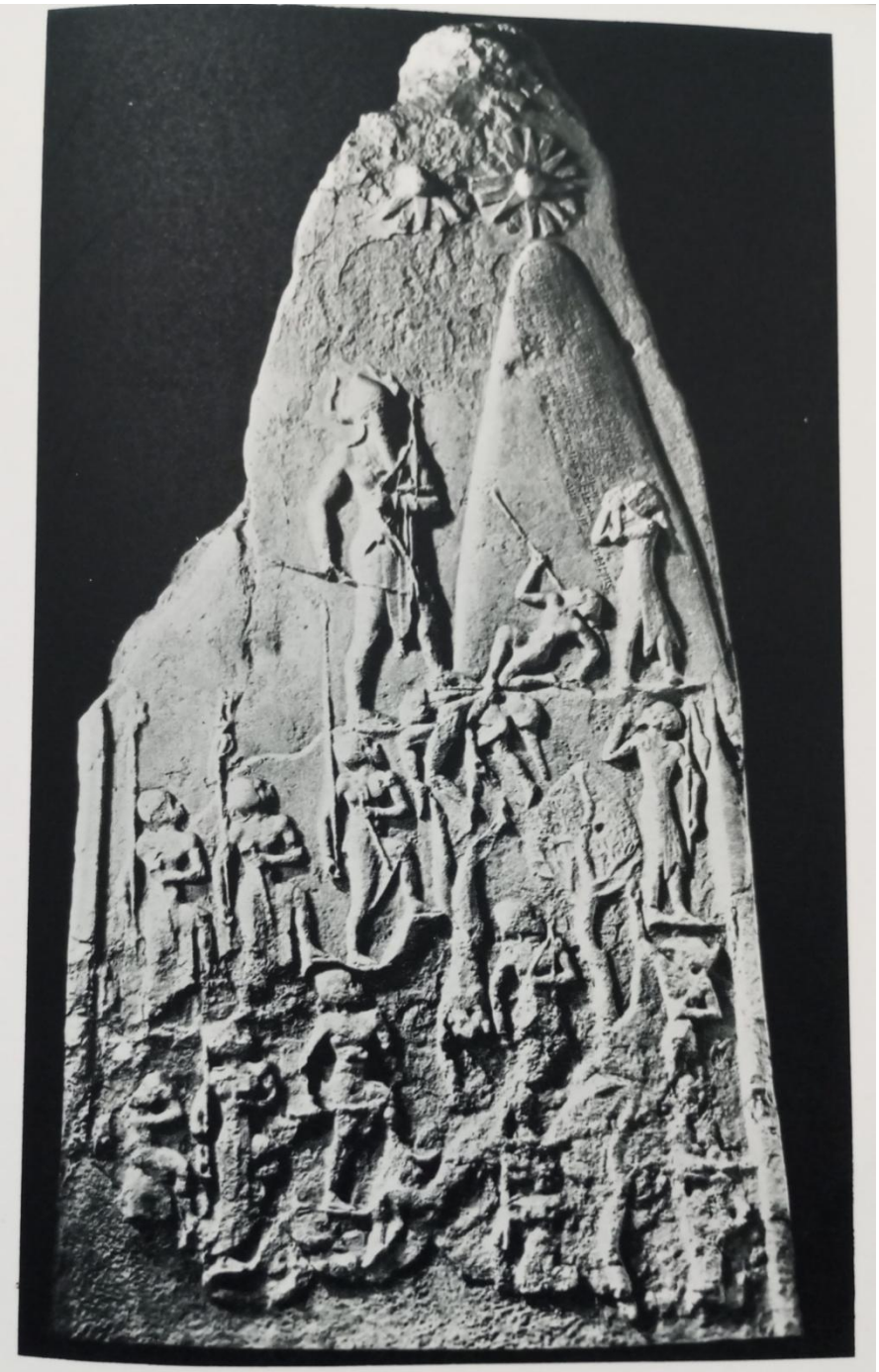
Todos los santuarios comprenden, además, en un ángulo de su recinto o en su proximidad, un edificio especial muy característico de la civilización mesopotámica, el zigurat, tradicionalmente llamado por los modernos "torre escalonada". De hecho, a pesar de las variantes locales, que son numerosas, se trata siempre de un edificio "elevado"-éste es el significado de la palabra *zigurat*-cuyas dimensiones decrecen de la base a la cima.

Es conocido el procedimiento para su construcción: unas terrazas paulatinamente más reducidas se superponían, unidas entre sí por escaleras o rampas. Si en ellas existía alguna habitación sólo podía instalarse en el circuito exterior, con puertas abiertas a los rellanos periféricos intermedios: la masa del monumento debía ser maciza para asegurar la solidez del conjunto.

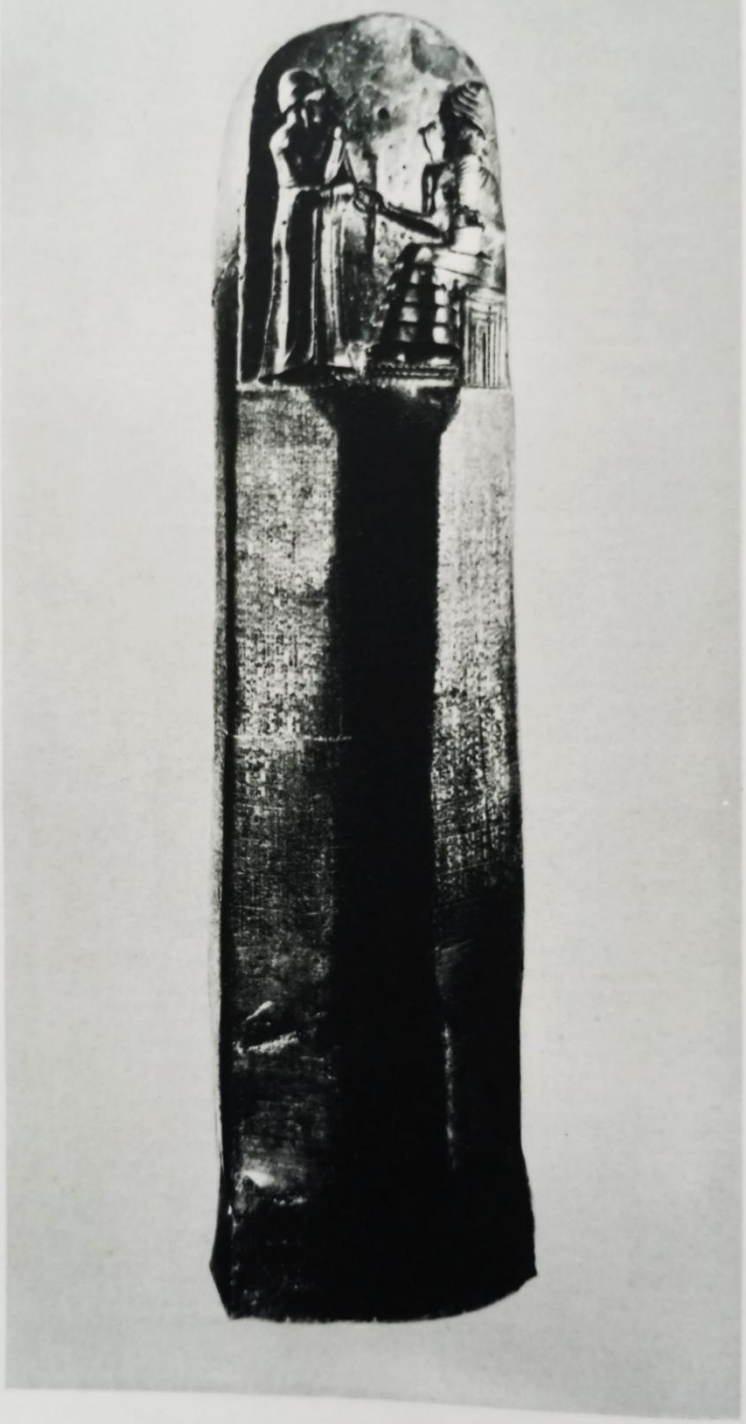
El número de pisos no fue siempre el mismo; según un texto eran siete en el *E-temen-an-ki,* la "casa del fundamento del cielo y de la tierra", que se encontraba cerca del *E-sag-il*, la "casa de la cabeza alta" o templo de Marduk, en Babilonia, mientras que Heródoto, sin duda por añadir el terraplén del basamento, le atribuía ocho. En otras partes también siete, pero en ciertas representaciones gráficas solamente cinco. Las dimensiones variaban también: un poco más de 90 metros de largo, ancho y alto para el *E-temen-an-ki*; un poco más de 40 metros en cuadro para la de Khorsabad, cuyos tres pisos inferiores se han conservado; en la de 'Ur, fechada en el III milenio, el primer piso, que es el único que se puede medir, tiene 64 por 43 metros.

La interpretación de este tipo de monumento no ha sido establecida todavía. La variación del número de pisos impide que se puedan relacionar en todas partes con los siete planetas conocidos por los babilonios, a cada uno de los cuales habría estado consagrado un piso pintado de un color diferente. Heródoto dice que en la cima existe "una capilla en la que está colocado un gran lecho, adornado con ricos cobertores, junto al cual se encuentra una mesa de oro"; en este lugar solamente podía pasar la noche una mujer de la ciudad "escogida por el dios entre todas las otras". Según Estrabón, la gente de Babilonia veía en el *E-temen-an-ki* la tumba de Marduk, pero las excavaciones no han encontrado nada que se pueda relacionar con un enterramiento. Para Diodoro de Sicilia, el zigurat servía de observatorio y modernamente se le ha considerado como un lugar sagrado artificial. Variedad de soluciones entre las que se puede escoger y que es posible combinar.

A falta de una interpretación segura, nos queda el testimonio del esfuerzo material realizado y de la impresión enorme producida por estos monumentos en el transcurso de la antigüedad. Caída en manos de los partos un siglo antes de Cristo, Babilonia no conoció la afluencia de viajeros griegos y romanos que por la misma época llegaban a Egipto; por ello no corrieron por el mundo antiguo fábulas sobre sus ruinas como las que en el país del Nilo nacieron ante la visión de las grandes pirámides o de los colosos de Memnón. Sin embargo, leemos la admiración tanto en las frases de Heródoto, que estuvo en estos lugares, como en las de Estrabón y Diodoro, que nos hablan de oídas. La Biblia refiere la historia de la Torre de Babel, edificada por la audacia orgullosa de los hombres, deseosos de glorificarse y de evitar la dispersión. Esta torre, desde el siglo XII de nuestra era, se ha



25.—Estela de Naram-Sin, rey de Akkad.



26.—Código de Hammurabi, rey de Babilonia.

querido reconocer en las ruinas de la "vivienda de los siete conductores del cielo y de la tierra", consagrada al dios Nabu en Borsippa: su masa de tierra desplomada de una altura de 47 metros, es aún en la actualidad la más imponente de las ruinas mesopotámicas.

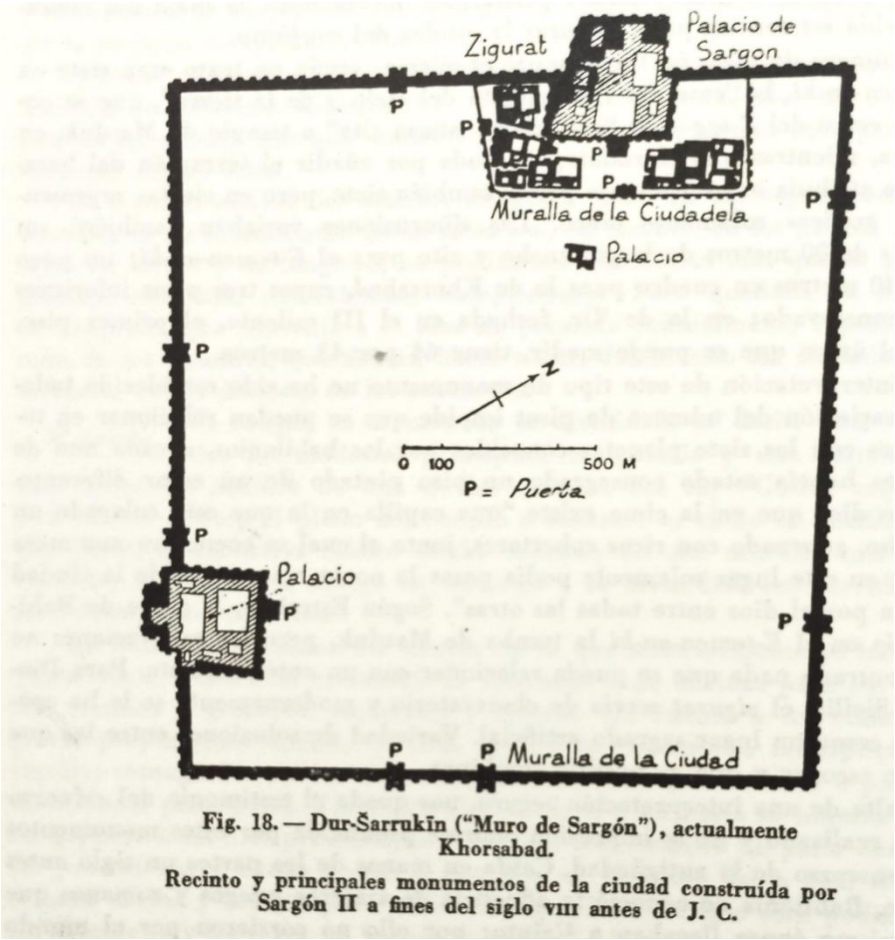


Fig. 18. — Dur-Šarrukīn ("Muro de Sargón"), actualmente Khorsabad.

Recinto y principales monumentos de la ciudad construída por Sargón II a fines del siglo VIII antes de J. C.

Reyes y monumentos religiosos.

Los reyes participaban con sus propias manos en la construcción de templos y de torres escalonadas. Todavía en el siglo III a. de J. C. un texto cuneiforme hace decir a un rey griego: "Con mi mano pura yo he lavado los ladrillos con aceite escogido", para la restauración de los santuarios de Babilonia. Los más antiguos soberanos mesopotámicos mostraban una piedad análoga, manejando el compás y la regla, el cordel y el azadón, y se hacían

representar llevando sobre la cabeza la canasta llena de ladrillos. En los fundamentos del santuario, los soberanos enterraban depósitos preciosos, acompañados de un documento atestiguando la consagración del emplazamiento y recordando, a las generaciones venideras, su decisión generosa. Cuando se trataba de una restauración, el deber del rey que la presidía era ungir con aceite los documentos de sus predecesores, antes de añadirles el suyo propio, que invitaba también a sus sucesores a las mismas atenciones piadosas, con terribles imprecaciones llenas de amenazas.

Era importante atraer sobre el monarca la benevolencia de los dioses, de los cuales era el intermediario con su pueblo. Es por tanto natural que el recinto del palacio real comprendiese algunas capillas, e incluso verdaderos templos, además de los relieves y pinturas con textos de invocaciones o con figuraciones de genios protectores o representando escenas de sacrificio o de adoración. Restos de esta clase se han encontrado en los palacios más antiguos que las excavaciones han dado a conocer, como los de Ešnunna, en la región de 'Akkad, que remontan al final del III milenio, o el de Mari, en el Eufrates medio, que fue destruido por Hammurabi. En la plataforma en la que se elevaba el palacio de Sargón II, edificado al final del siglo VIII, se pueden reconocer seis templos, más o menos grandes, al lado del zigurat, en lo que los arqueólogos de hace un siglo habían creído identificar el harem; además, en las cercanías, pero fuera de la plataforma, un nuevo templo estaba asociado a otro palacio. De esta manera el rey vivía en un constante e inmediato contacto con la divinidad.

El palacio

La más reciente de las residencias reales mesopotámicas descubierta, la de Mari, no es la menos importante, con una superficie de 2,5 hectáreas, en la que se han contado 260 departamentos, salas de ceremonia adornadas con frescos, habitaciones de residencia, con instalaciones confortables, archivos y oficinas, escuela de escribas, lechería, quesería, almacenes y talleres. Sin embargo, el palacio de Sargón II en Khorsabad no ha perdido la reputación que le rodea desde hace casi un siglo. Fue abandonado y no ha sufrido más destrucción que la de los elementos y la tarea de los arqueólogos fue en él mucho más fácil que en otras partes. En el orden de lo grandioso, en el que en su tiempo no ocupaba el primer lugar, nos aporta hoy día la más elocuente evocación.

Se levantaba sobre una alta plataforma, a uno y otro lado de la muralla construida al Noroeste de la ciudad, en forma de saliente hacia el exterior y constituyendo un poderoso bastión defensivo. Por el lado de la ciudad, la plataforma se integraba en un conjunto de diferentes construcciones rodeado de un muro fortificado más amplio, que constituía una ciudadela independiente.

Viniendo de la ciudad, después de haber atravesado esta ciudadela, se llegaba a la plataforma

por una ancha rampa que terminaba en la puerta del palacio, flanqueada de torres. Detrás de la puerta, un patio, casi cuadrado, de un centenar de metros de lado, era el centro de las dependencias de palacio y de su vida material; era el patio, si no del público, al menos de los guardias y de los servidores, y alrededor suyo se abrían los depósitos de provisiones de toda clase, caballerizas y las cocinas. Más allá, en la parte más alejada de la ciudad, alrededor de un gran patio rectangular, se agrupaban las construcciones destinadas a residencia, a la administración o al ceremonial. La sala del trono, en la que se ha encontrado en su lugar el basamento de éste, presentaba tres puertas separadas por dos enormes pilares, sobre uno de los lados largos del patio; esta sala medía casi 50 metros de longitud, por sólo unos 12 de anchura. En total el inmenso edificio comprendía más de 200 departamentos que tomaba el aire y la luz por más de veinte patios más o menos grandes.

Los jardines.

Junto a la preocupación de la decoración, sobre la que insistiremos, es necesario señalar la búsqueda de la comodidad. En el viejo palacio de Mari, como en el palacio asirio provincial de Til-Barsib (siglos IX-VIII), existían las salas de baño perfectamente instaladas, con bañeras de cerámica y hornos para calentar el agua. Ésta era conducida por canales o bien por grandes acueductos como en Nínive.

El agua era lo suficientemente abundante para permitir la creación de jardines llenos de árboles, que fueron en todas las épocas el sueño de los habitantes de estas regiones de calor sofocante y cercanas a la estepa, cuando no al desierto. Convenía plantar jardines junto a los templos, con el fin de instalar a los dioses "en una vivienda que alegre el corazón". A, veces se ha planteado la hipótesis de que las escaleras de los zigurats estuvieran plantadas de árboles; en todo caso numerosos santuarios urbanos se doblaban con una casa en el campo, a la que se transportaba al dios en ocasión de ciertas fiestas. También eran necesarios los jardines junto a los palacios con el fin de rodear de verde frescor a la persona del soberano. Los arqueólogos han creído encontrar en Babilonia, en una serie de salas estrechas y abovedadas, los basamentos de los "jardines colgantes", que más tarde la tradición griega convirtió en una de las siete maravillas del mundo. Se decía que los había hecho construir el rey Nabucodonosor con el fin de dar satisfacción a su mujer, acostumbrada a los parques reales, los llamados "paraísos", de la Media, en los que había pasado su infancia.

Caracteres generales de la escultura.

Asociada con frecuencia a la arquitectura, la escultura llegó a ser algo más que la auxiliar que enriquece los elementos decorativos. En este aspecto, su papel tuvo una principal importancia, en especial en los palacios asirios. Incluso en el primer momento se le debe atribuir otro carácter que el puramente decorativo. En tiempos antiguos el uso

de la escultura respondía a preocupaciones diferentes, puesto que las placas esculpidas, enterradas en el suelo, quedaban invisibles. Los primeros impulsos tenían, pues, una causa que no era la estética y que hay que buscar en las ideas religiosas o pararreligiosas.

La representación de un personaje tenía por fin asegurar, con la máxima duración posible, su presencia en el lugar donde había sido colocada, en un sitio evidentemente consagrado para que fuese protegido por la divinidad. Del mismo modo la representación de una escena de sacrificio, de adoración, de ofrenda, de batalla victoriosa o de caza favorable tenían por fin, a la vez, evocar un recuerdo y asegurar la repetición permanente de unos actos piadosos o gloriosos, o más aún de la favorable coyuntura que había sido la consecuencia de los primeros y la causa de los segundos. Mezclada así de invocación y de plegaria, o invocación y plegaria ella misma, la creación artística en la realidad llegaba a las fronteras de la magia y con frecuencia las sobrepasaba.

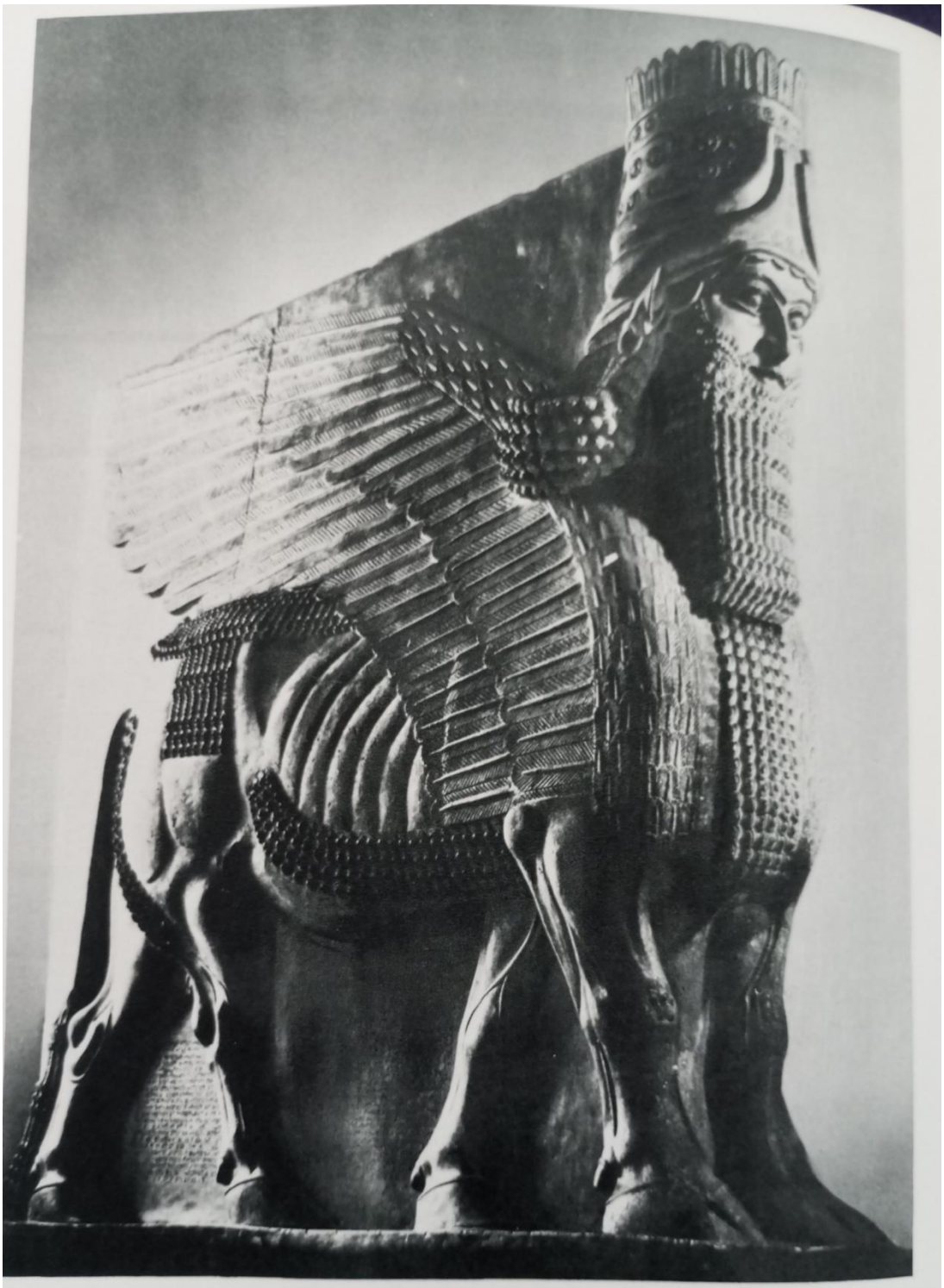
En su esencia, esta concepción no difería de la egipcia, pero la intensidad, infinitamente menor, de las creencias de la vida del más allá, reducía el campo de su aplicación. La tumba no necesitaba estatuas que tuviesen que servir de sustitutos de la momia. Tampoco ofrecía sus paredes como soporte de los relieves evocando, a la intención del muerto divinizado, los placeres de la vida terrestre y las producciones necesarias de la labor de los humanos. Pero quedaban las estatuas y las estelas consagradas a los dioses en los templos en forma de exvoto; quedaban también las representaciones plásticas, cuya presencia en los palacios rodeaba de influencias benéficas a sus ocupantes.

Sus convenciones

No puede sorprendernos que esta escultura, sobre todo en el período arcaico, haya obedecido a ciertas convenciones. Representar el cuerpo humano en su armonía natural no preocupaba mucho al artista: la representación de la mujer es rara y la del desnudo rarísima. Por el contrario, se tenía tendencia a exagerar el detalle del vestido: al principio, falda con mechones de lana, sin duda derivada de la piel de carnero provista de su pelo; más adelante, largos ropajes rígidos, cada vez más adornados de bordados y de franjas. Estas ropas se hacían llegar hasta el suelo, dejando, todo lo más, un agujero abierto para los pies. De ordinario replegados, los brazos no tenían movimiento y estaban unidos al cuerpo, por lo cual, integrados los miembros en el cuerpo de la estatua, ofrecían menos posibilidades de mutilación.

La cabeza tenía más vida, que aún se acentuaba por el empleo de cejas postizas de betún y con ojos de piedra coloreada, de concha blanca y esmaltados. Pero la cara sonreía raramente y su impasibilidad se acompañaba, con frecuencia, de una sombra de melancolía, cuando no de tristeza: la religión mesopotámica no predisponía a la alegría. ¿Era cada una de ellas un retrato individual?

27.—*Estela de Melishipak, rey de Babilonia.*



28.—Toro alado de Khorsabad.

Afirmarlo choca con las observaciones de los antropólogos, que descubren grandes diferencias entre los esqueletos y los tipos humanos representados: éstos son claramente braquicéfalos y aquéllos, en su mayoría, dolicocéfalos. Convenciones que hay que admitir, siendo quizá esta última-la más sorprendente de todas - impuesta por un grupo étnico minoritario, pero políticamente dominante.

En cuanto al relieve, se debía tener en cuenta la perspectiva, es decir, con la forma admitida de representarla. Se superponía en registros separados por líneas, lo que debía aparecer en planos escalonados en profundidad. Para la representación humana se obedecía a convenciones cercanas a las del relieve egipcio. Las caras raramente se ponían de frente, y sólo para personajes divinos; pero a pesar del estricto perfil utilizado para la cara, el ojo y la barba se representaban de frente. De frente también las espaldas y la parte superior del busto, que raras veces se torcía, siempre de manera insuficiente para justificar el perfil de los brazos. Por último, sin ninguna excepción, pues rige también para el héroe Gilgameš, representado de cara, se recurría al perfil para los miembros inferiores a partir de las rodillas.

Sus condiciones técnicas

A diferencia de Egipto, la escultura mesopotámica no trabaja enormes masas, y tiene una escala distinta a la arquitectónica. Algunas excepciones son raras y tardías; ninguna anterior a la gran época asiria, en la que son un tipo clásico los monstruosos toros alados de cara humana de Khorsabad, que destacan sus poderosas musculaturas en la superficie de un bloque cuya altura sobrepasa los 4 metros y su peso las 30 toneladas. Anteriormente las dimensiones son siempre reducidas; en la abundante serie de estatuas de Gudea, ha sido suficiente que una de ellas, sentada, midiera 1,58 metros para ser calificada de "estatua colosal". Esta modestia se puede explicar, al menos en parte, por la falta de materiales duros en la Baja Mesopotamia, donde se fijaron los tipos que otros, incluso mejor provistos, respetaron. A esta explicación material se puede añadir la humildad de los hombres y aún de los reyes, que no son dioses, ante el aplastante poder de las fuerzas divinas. Pero para éstas no regía tal pensamiento y, de hecho, los toros alados, genios protectores, llevaban la tiara con cuernos, símbolo de la fuerza divina. Por todo esto, la rareza de las realizaciones colosales postula la existencia y el respeto de una convención.

Tenemos que aceptar que estas convenciones escapan casi siempre a nuestra lógica moderna. Al menos la habilidad técnica del artista no puede ser puesta en duda, aunque a veces no sea perfecta. Ya desde una época muy antigua, al menos en ciertos lugares, el escultor triunfa de los materiales más duros. Realiza pacientemente lo que desea o lo que se espera de él; ve lo que hace falta ver y lo representa tal como pretende hacerlo ver. Interpretando los antecedentes de sus senti-

dos y de su imaginación, su razón dirige siempre su mano.

La estatuaria. La estatuaria más importante corresponde a las épocas antiguas. Más de una obra de arte arcaica ha alcanzado la celebridad: más que a su calidad estética, en general, la deben al interesante testimonio que nos aportan acerca de las concepciones religiosas de las gentes de Sumer y de 'Akkad. Se conocen, relativamente, pocas estatuas de dioses y de diosas. Una de las más curiosas proviene del palacio de Mari y representa una diosa vestida con un ropaje de volantes, cubierta con una tiara de forma curva y rodeada por un par de cuernos; sus manos aguantan sobre el vientre una vasija con un orificio que dejaba pasar el agua-la estatua está perforada - cuyo chorro ha quedado indicado en la ropa: es la "diosa de la vasija brotante", atributo de bienestar y de fertilidad que se encuentra a veces entre las manos de estatuas de hombres.

Existen algunas estatuas de genios protectores como, por ejemplo, el toro de cabeza humana, coronado por la tiara con cuernos, acurrucado pacíficamente, cuya mirada expresa gravedad y casi tristeza. Con los genios, muchas representaciones de animales, carneros, bisontes, toros, incluso leones, que simbolizan divinidades, o invocan su protección sobre el ganado. Su cuerpo está a veces cubierto de alvéolos en los que se debían incrustar fragmentos de conchas con el fin de simular, estilizándolas, las manchas del pelaje.

Por último y en especial, las estatuas o estatuillas de hombres, muy numerosas, o de mujeres, mucho más raras. Sus brazos están replegados de tal suerte que a veces las manos se juntan sobre el pecho; en otros casos una de ellas se coloca delante de la boca: son los gestos de la plegaria y de la adoración respectivamente. Se trata de grandes personajes que han querido perennizar su presencia en el templo y su piadoso comportamiento ante las órdenes de la divinidad. Además, con frecuencia, seguramente con el fin de evitar que su nombre cayese en el olvido, hay una inscripción grabada sobre una parte lisa de la estatua, que permite su identificación.

El intendente de Mari; Gudea. Limitémonos a las más célebres. Primero, el "intendente" del palacio de Mari, Ebil-il; el alabastro, piedra blanca en la que fue esculpido, ha superado milagrosamente los saqueos y únicamente le faltan los pies. El personaje sentado sobre un escabel de cestería, viste sólo un faldón de lana. Sus manos se cruzan ante el dorso desnudo. Completamente afeitada en el cráneo y en los bigotes, la cabeza está intacta, con todos los elementos incrustados en las cejas, las pestañas y los ojos, y prolongada por una barba sedosa. Son estos ojos, junto con los labios en los que parece flotar como un inicio de sonrisa, los que comunican al semblante una vida intensa.

Pero hay que detenerse en especial ante la serie de estatuas extraordinarias del rey Gudea, encontradas en Tello, en el lugar de la antigua Lagas. Se conocen más de treinta, enteras o en fragmentos, de las cuales una decena, encontradas por los excavadores franceses, se encuentran en el Louvre; pero este museo posee solamente tres cabezas. Todas estas estatuas están esculpidas en una magnífica piedra verde negrosa, muy dura y, sin embargo, tratada con una irreprochable maestría. Son de diverso tamaño, desde una treintena de centímetros hasta la estatua "colosal", sentada, de 1,58 metros. El rey parece que fue presentado en edades diferentes, unas veces con cara juvenil y otras en la plenitud de su vida. Pero será suficiente señalar que una de las estatuas es llamada “de las espaldas estrechas" y otra "de las espaldas anchas", para sentir un cierto escepticismo sobre el realismo de estas efigies. Sólo los ojos, ampliamente abiertos, los labios doblados con finura, el mentón bien marcado, se encuentran casi por todas partes y permiten el esbozo de una psicología: la voluntad no debía faltar a ese hombre. Sin embargo sorprende el hieratismo tantas veces repetido, de la pose y del vestido. Sentado o de pie, con la cabeza rapada o tocado con una especie de turbante de pequeños bucles, Gudea junta siempre las manos. La espalda y el brazo derecho están siempre desnudos y el resto del cuerpo cubierto por un gran ropaje que se recoge bajo el sobaco y del que una parte recubre la espalda y el brazo izquierdo hasta el puño. En todas partes y en los mismos lugares, los mismos pliegues, poco numerosos y poco acusados. Pero en todas partes también, bajo la ropa rígida y casi plana, vive el cuerpo, al menos en su parte superior, y el modelo no está nunca desprovisto de armonía y de elegancia. La más desnuda simplicidad llega, más allá de todas las convenciones, a traducir de manera impresionante la majestad del que solicita y espera la inspiración de los dioses para actuar en medio de los hombres.

El bajo relieve

Posteriormente la estatuaria mesopotámica nunca llegó a alcanzar una calidad parecida. No desapareció pero dejó el primer lugar en el arte figurativo al bajo relieve. Éste, practicado desde tiempo antiguo sobre placas pequeñas, en guijarros (los llamados *kudurru*), en vasos o en estelas, se benefició de una predilección casi exclusiva en tiempos de los reyes asirios. En su país no faltaba la piedra y la emplearon en abundancia para revestir las paredes de ladrillos, en especial de sus palacios. En el de Sargón II de Khorsabad, la superficie esculpida en bajo relieve sobrepasa los 6.000 metros cuadrados.

Junto a las puertas se representaban generalmente genios benéficos cuya presencia tenía por fin el impedir la entrada a los demonios maléficos. Héroes, animales reales o imaginarios tenían en los relieves una significación simbólica y un papel apotrópeo. Dos figuras eran las más frecuentemen-

te representadas: la del héroe Gilgameš, que triunfaba del león y lo arrastraba cogido con su brazo izquierdo, mientras que su mano derecha sostenía un arma curva, precedente de la cimitarra, y la del toro alado con cabeza humana, erguido en los montantes y ocupando el grueso de las puertas, que volvía hacia el visitante su cabeza majestuosa, pacífica y benévola.

También había bajorrelieves en el interior, en las paredes de las galerías de las salas; relieves en este caso mucho menos acusados debido a la débil luminosidad, que de otra manera los habría hecho ilegibles. Solos o acompañando al rey, unos genios alados más o menos fantásticos, con una piña de pino ritual rociaban con agua lustral unas plantas estilizadas, provocando sobre el país las bendiciones de la fertilidad. Los servidores preparaban las ceremonias en las que el rey debía aparecer con toda su majestad. Representaciones de cacerías muestran al soberano atravesando con sus flechas o su lanza, desde lo alto de su carro, al león salvaje o poniéndolo de pie por la melena y hundiéndole una daga en el vientre. Todavía sobre su carro, siempre vestido impecablemente, con la cabellera y la barba rizadas con cuidado, combate en la primera fila de su ejército. Las escenas de guerra, batalla, sitio, asalto, eran numerosas en todas partes, con los desastres, las muertes, los desfiles de prisioneros, de poblaciones deportadas o de tributarios que eran su

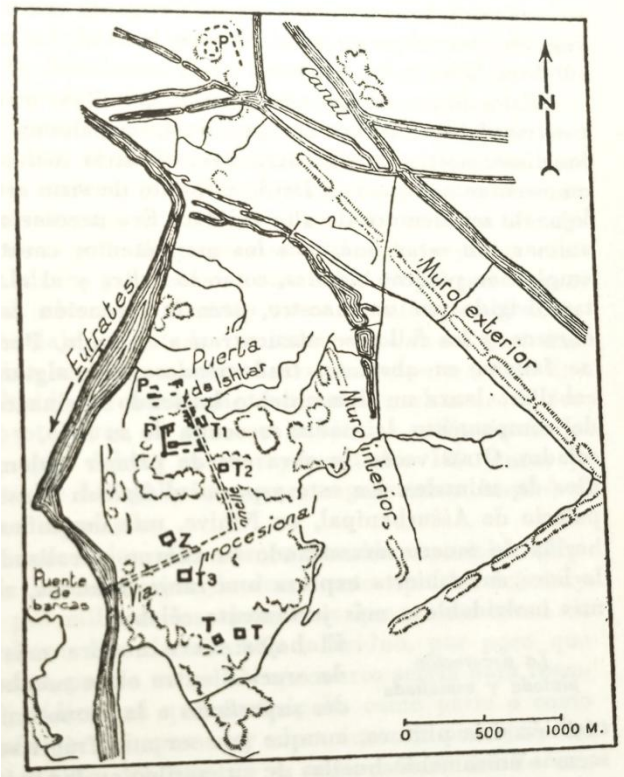


Fig. 19. — Babilonia en vísperas de la conquista persa (539 años antes de J. C.).

P, palacio; el palacio más al norte, englobado aún por el muro exterior, es el palacio de verano de Nabucodonosor; T1, templo; T2, templo de Ishtar; T3, *E-sag-il*, templo de Marduk; Z, *E-temen-an-ki*, zigurat de Marduk.

29.—Transporte marítimo. Bajorrelieve asirio.

30.—El rey Assurbanipal montado en su carro.

tadas o de tributarios que eran su consecuencia. Una cierta libertad de inspiración, a veces incluso un realismo brutal y en todo caso un riguroso naturalismo, atemperaban las convenciones hieráticas. Éstas eran más rígidas para la representación del soberano y de su séquito inmediato, su carro, sus caballos, su cochero y sus servidores, pues la etiqueta era inseparable de la persona del rey. Se atenuaban en cambio para los simples soldados y los enemigos, los súbditos fieles y los vencidos.

Estos bajorrelieves nos ilustran, pues, de manera sorprendente, los relatos triunfales, transmitidos por las inscripciones, que los soberanos hacían a los dioses acerca de sus campañas; el asirio incluso no sentía ninguna reserva en ostentar su crueldad. Desde el punto de vista artístico estos trabajos estaban lejos de ser siempre de alta calidad. Era necesario trabajar rápidamente para animar con estas imágenes los monumentos construidos en poco tiempo. Se empleaban piedras blandas, como la caliza y el alabastro. El trabajo debía estar dirigido por un maestro, pero la ejecución estaba confiada a equipos de obreros, y los fallos se encuentran a menudo. Pero la fuerza de imaginación no faltaba en absoluto, traduciéndose por algunos detalles pintorescos: un caballero lanza un llamamiento haciendo bocina con su mano o, en el reposo del campamento, la madre se ocupa de su hijo, y un muchachito saluda a los soldados. Otras veces, la obra era de primer orden, en particular en los estudios de animales. En este aspecto el British Museum posee, procedentes del palacio de Aššurbanipal, en Nínive, una magnífica serie, en la cual la leona herida de muerte arrastrando su cuerpo paralizado por las flechas, mientras la boca entreabierta expresa una rabia dolorosa, constituye sólo el fragmento más inolvidable y más justamente célebre.

La decoración pintada y esmaltada

El bajorrelieve no era más que un procedimiento de decoración entre otros muchos. Convenía arrancar grandes superficies a la monotonía y con este fin se recurría también a la pintura, aunque por ser más frágil se ha conservado menos. Poseemos únicamente huellas de su empleo en los más grandes palacios, por otra parte explorados en una época en que la técnica de excavación era todavía imperfecta. Ha sido necesario llegar a las excavaciones de Mari, poco antes de la guerra, para que fragmentos bastante importantes pudiesen ser, si no estudiados al menos recogidos. Los frescos de Mari, de interpretación delicada en el detalle, representan escenas religiosas, de sacrificio y de adoración. En el palacio asirio provincial de Til-Barsib, se ha podido reconocer la existencia de pinturas reproduciendo escenas análogas a las de los relieves de las grandes residencias reales: cacerías, batallas y desfiles.

Por lo demás, parece que los relieves estuvieron con frecuencia cubiertos de color con el fin de resaltar mejor el dibujo. Se hacía también uso del color para aclarar los tonos oscuros de los

ladrillos, pintándose vastas superficies en amarillo, azul pálido, rojo, blanco, etc., con decoraciones de rosáceas, de florecillas y de animales con frecuencia de colores irreales.

En el exterior, con el fin de hacer los colores más resistentes, se empleó el procedimiento de los esmaltes sobre los ladrillos, combinado con el relieve modelado. La más curiosa realización de este género fue, en tiempos de Nabucodonosor, la puerta de Isthar, en Babilonia. Todavía, en la actualidad, las ruinas de esta puerta tienen 12 metros de altura. Todo el conjunto estaba pintado sin excesiva mescolanza de colores, en tonalidades dulces. El fondo debía ser generalmente azul y la parte alta de los muros almenados se adornaba con bandas más vivas, con líneas de rosáceas y de flores. Sobre las paredes verticales de los muros y de los contrafuertes se destacaban en relieve trece hileras superpuestas y alternadas de toros y de dragones con cabeza de serpiente cornuda, alternándose un animal blanco y un animal bistre. La propia puerta era el final de una vía procesional, encerrada también entre murallas fortificadas, adornadas de leones cuyo modelaje esmaltado resaltaba sobre la vertical. En total, en este conjunto defensivo, en el que, con extravagancia, pero no sin delicadeza, la búsqueda del colorido, el irrealismo fantástico y el tema de los símbolos de las divinidades protectoras, se alía con la técnica utilitaria de la fortificación, se ha estimado que debían estar representados 120 leones y 575 dragones y toros. El arte de los palacios persas seguramente inspiró a Babilonia su idea de los frisos esmaltados.

La glíptica. Entre las artes secundarias, sólo merece mención especial la glíptica en razón de la abundancia de documentos que ha dejado y de los cuales se cuentan hoy por millares los ejemplares que se conservan en museos y colecciones particulares. En efecto, cada individuo, por poco que consiguiese un cierto rango social, poseía un sello cuya marca servía para reemplazar su firma en los actos jurídicos en que participaba como parte o como testigo. Además, el objeto tenía para su poseedor el carácter de amuleto: del mismo modo que el nombre propio del hombre se acompañaba del de una divinidad, era natural que el sello representase un genio protector, un animal simbólico, un episodio mitológico, una escena piadosa o el cumplimiento de un acto propio para contrarrestar la influencia de los malos espíritus, todo ello acompañado de signos de escritura más o menos explícitos.

La imagen estaba grabada en vaciado con el fin de imprimirse en relieve sobre la arcilla blanda. Como soporte, se utilizaba una piedra escogida, ya fuese lapislázuli, cornalina, serpentina, hematites, etc., en forma de sellos planos, cónicos o semiesféricos, o sobre todo de cilindros perforados por un agujero axial para llevarlos suspendidos. El estudio de estas representaciones suele presentar un gran interés religioso. Desde el punto de vista artístico parece que el apogeo fue alcanzado hacia el final

del III milenio, momento en el los grabadores dan prueba de una fecunda inventiva, de un sentido de la composición muy agudo y de una maestría técnica superior. Más tarde, la demanda creció demasiado para poder escapar a la fabricación en serie, que muchas veces no llegó a ser más que un rápido esbozo.

Una visión completa del arte mesopotámico debería comprender muchas otras rúbricas, como las de la cerámica, del metal, del vestido, del mobiliario, etcétera. Pero no nos aportarían nada nuevo, pues las realizaciones en estos distintos aspectos no presentaron nunca la grandeza y la calidad de las obras que acabamos de evocar rápidamente, al menos si nos fiamos de los resultados actuales de la exploración arqueológica sometidos a su vez a las posibilidades de conservación y al azar de los hallazgos.

CONCLUSIÓN

En resumen: una gran civilización, grande por sus obras y por su duración, por su contribución al patrimonio general de la humanidad y por la orientación que dio a las creencias y a las prácticas de ciertas civilizaciones antiguas.

Ciertamente, de ordinario le faltan la seducción, el encanto y la gracia. La ironía y la alegría tienen en ella poco lugar. La severidad, incluso la tristeza, que se afirman desde muy temprano, no tienen otra variante que la fría crueldad de que hacen ostentación los asirios. Su grandeza, a veces, hace más que rozar lo inhumano, y éste es uno de sus atributos casi permanentes.

Pero por lo menos no se le puede discutir ni el sentido de la organización colectiva ni alguna originalidad en la propia estructura de esta organización. En ella el individuo está oprimido y fundido en la masa; sobre este punto no es posible cerrar los ojos a la evidencia. Pero quizá lo es un poco menos y de manera distinta que en Egipto, porque el culto a los muertos tiene menos importancia en la religión y porque el soberano no es colocado en el rango de los dioses. Por ello la integración del ser humano en el grupo social, menos atado por un cuerpo de creencias, reviste aquí un matiz de constreñimiento menos riguroso. Por consiguiente, sería tentador explicar a través de esta circunstancia, el hecho de que el espíritu llegue a salvaguardar un mínimo de libertad de acción, a pesar de su sumisión a las necesidades de la colectividad y a las órdenes divinas, y a pesar también del terror que padece por las amenazas misteriosas que rodean la vida y la felicidad del hombre mesopotámico.

El hombre supo hacer uso de esta ventaja, y queda menos reducido a la nada que en Egipto.

No ya para razonar ni darse cuenta de fenómenos de los que estaba convencido a priori que no tenían explicación lógica, pero al menos para observar. También estaba inclinado a ello por su clara conciencia de la humildad del hombre y de la aplastante superioridad de las fuerzas que gobiernan su destino. Los mesopotámicos acecharon, observaron y anotaron con pasión y con una severidad, una precisión y una continuidad que les llevaron a entrever algunas ciencias en su concepto actual. Algunos recogerán el fruto de su esfuerzo; pero a su osadía deberán un método menos inconscientemente prudente y menos pacientemente modesto que les hará cometer más de un error.

(Pag. 226 en blanco.)

LIBRO III

EL ASIA MENOR Y EL IRÁN

Aparte de Egipto y de Mesopotamia, el Próximo Oriente no presenta ninguna otra extensión de tierras fértiles y los grandes ríos de crecidas aportadoras de limo faltan por completo si exceptuamos los de estos dos lugares. El hombre se sentía más indefenso en las tierras abruptas o áridas, y, al atravesarlas, menos atraído a establecerse en ellas en comunidades duraderas. La aparición de civilizaciones evolucionadas fue en ellas más tardía. Como resultado de la menor generosidad de la naturaleza, ninguna de estas civilizaciones alcanzó una gran potencia, una majestuosa amplitud: a todas les faltaba una ancha base territorial, productora de riquezas equivalentes a las de las civilizaciones nacidas y desarrolladas a orillas de los grandes ríos. También nacieron de una manera menos espontánea y expresaron de una manera menos pura el genio y las tendencias de un pueblo determinado. Surgidas de contactos provocados por el repetido movimiento de las migraciones o por los intercambios comerciales, fueron de naturaleza mucho más compleja que aquéllas. Más frágiles, menos duraderas, cada una de ellas presenta grandes vacíos, que no tuvo ni las posibilidades materiales o morales, ni tiempo para colmar. Debido a este hecho, en todos sus aspectos, fueron menos brillantes y legaron una herencia mucho menor a los que les sucedieron en el espacio y en el tiempo. Sus huellas son muy pocas; actualmente, a pesar de las conquistas casi milagrosas de la arqueología y de la lingüística, podemos decir que las entrevemos mejor que las conocemos.

Como las civilizaciones de Egipto y de Mesopotamia, algunas-y es lo que obliga a agruparlas aquí, a pesar de su heterogeneidad - estuvieron unidas a Estados animados de una fuerza de expansión interna u obligados a expansionarse para defenderse. Con más o menos éxito, fueron, pues, civilizaciones que podemos calificar de "imperiales". Pero su imperfección reduce singularmente su interés tanto intrínseco como relativo. En realidad, entre ellas sólo una se destaca, aunque participa de los caracteres de las demás. Llegada la última, fue la que llevó más lejos su dominación política, llegando a comprender dentro de sus fronteras a Mesopotamia y a Egipto. Ésta fue la civilización irania, también llamada persa.

(Pag 228 en blanco.)

CAPÍTULO I

LA CIVILIZACIÓN HITITA

Se ha impuesto la costumbre de llamar "asiánicos" a los pueblos antiguos del Asia Menor, pero este nombre no hace más que traducir nuestra ignorancia respecto a lo que en verdad eran, y se limita a constatar la imposibilidad de asimilarlos ni a los semitas ni a los indoeuropeos. Poco importaría esto si, como los sumerios, también étnicamente misteriosos, hubiesen creado una civilización original y notable; pero su desarrollo no empezó hasta que la influencia de los mesopotámicos y de los indoeuropeos se hizo sentir sobre ellos. Sólo entonces, aproximadamente en el principio del II milenio, aparecieron los estados organizados, esto es, el imperio hitita y la monarquía hurrita de Mitanni.

Civilizaciones hitita y hurrita: sus grandes componentes.

Ni para uno ni para el otro imperio es posible fijar fronteras, porque éstas variaron mucho. El primero tuvo siempre por centro la parte no egea de las mesetas anatólicas: su capital fue Hatti (actual Boghaz-Keui), en el interior de la gran curva que describe el Kisil-Irmak, llamado Halys por los griegos; pero en ciertos momentos se extendió muchísimo hacia el Sudeste, incluso hasta la propia Babilonia. En cuanto a los hurritas se les encuentra en fechas diferentes un poco por todas partes en el norte de Mesopotamia, desde los montes Zagros a las orillas sirias del Mediterráneo. La denominación Mittani se aplica en particular a la región del codo del Eufrates, donde los egipcios del Imperio Nuevo se enfrentaron encarnizadamente con los hurritas, que sólo en esta ocasión formaron un estado algo importante y estable. Pero, desde la dinastía XIX, se sometieron al señorío de los hititas, desapareciendo por completo poco después. Se comprende, pues, que distingamos mal su civilización de la de los hititas y es de ésta de la que poseemos unos conocimientos más precisos.

En ambos pueblos el fondo era asiánico y tanto en uno como en otro, desde el final del III milenio, los contactos con Mesopotamia empezaron a introducir- bastante lejos, como permite comprenderlo la presencia de comerciantes asirios en Capadocia - algunos elementos culturales, en especial el empleo de caracteres cuneiformes para la escritura. Aproximadamente estos momentos

en estos momentos llegan también otros grupos indoeuropeos: desde la Tracia se unen a los grupos hititas de Anatolia y sin duda desde el Este y del Nordeste a los hurritas. Reforzados poco a poco, estos grupos acabaron constituyendo una aristocracia dirigente, puesto que fueron los introductores del caballo, cuya utilización en la guerra les valía una indiscutible superioridad militar. La potencia así creada permitió atrevidas expediciones y hasta la constitución de un imperio hitita que, en los siglos XIV y XIII, controlaba Babilonia y Asiria y llegó a neutralizar la fuerza egipcia. En este período, las relaciones diplomáticas y los contactos guerreros produjeron nuevos préstamos culturales de la civilización mesopotámica y dieron a conocer la egipcia, hasta entonces demasiado lejana.

En seguida llegó el reflujo, la decadencia y la desaparición rápida o progresiva. Sin embargo, de esta brevísima grandeza nos han llegado textos y representaciones gráficas. Los primeros no han sido todavía descifrados por completo; hace una treintena de años se empezaron a interpretar los escritos en caracteres cuneiformes, pero la lectura de los caracteres jeroglíficos se encuentra todavía en una fase de tanteos. A pesar de lo cual, es fácil evocar una civilización de la que el breve resumen que precede es suficiente para explicar su carácter complejo.

El Estado

El Estado era mucho menos fuerte que en Egipto y en Mesopotamia. Pero existía una íntima relación entre la monarquía y los dioses; se pedían sus oráculos para los asuntos de gobierno y se les representa abrazando al rey y a la reina. Con el deseo de imitar al faraón egipcio, el soberano tiende hacia su propia divinización; hacia la mitad del siglo XIV toma el título de "mi Sol", después de su muerte es objeto de culto y recibe las ofrendas alimenticias que se hacen a los dioses. Pero el prestigio religioso no pudo nunca convertirse de hecho en absolutismo monárquico.

En efecto, junto al rey existía un organismo al que hay que atribuir un origen indoeuropeo, formado por una asamblea de miembros de la clase dirigente. Tenía la misión de ratificar la elección de nuevo soberano, al que después prestaba homenaje de fidelidad, al mismo tiempo que recibía de él un juramento. Como es natural, el rey procuraba arreglar en vida la cuestión de su sucesión. Con este fin, presentaba su hijo a la asamblea para obtener por adelantado el juramento de fidelidad. A pesar de estas precauciones el sistema tenía el inconveniente de provocar querellas dinásticas, como repetidas veces ocurrió, produciendo un debilitamiento de la fuerza del estado hitita.

La superioridad teórica de la asamblea está también probada por su privilegio judicial, pues entendía en los procesos intentados contra sus propios miembros o contra los parientes del rey.

Una buena parte del territorio escapaba a la administración directa de la monarquía. Esta ex-

plotaba directamente sus tierras, percibiendo sus censos e imponiendo las prestaciones personales. Pero debía contar con el personal de los templos que gozaba de inmunidad y, además, en los grandes centros religiosos, con la influencia del gran sacerdote que tenía poderes civiles. Existían también príncipes vasallos con los cuales los reyes establecían tratados que garantizaban su existencia a cambio de la obediencia. Por último, estaban los nobles que, en tiempo de guerra, formaban con la gente de sus dominios los contingentes que a sus órdenes debían formar en el ejército del soberano; estos nobles tenían derecho a una parte del botín. Aparte de ellos, el rey tenía sus propias tropas formadas por mercenarios extranjeros y por nacionales que recibían lotes de tierra. Este complejo ejército se movilizaba lentamente, por lo cual era necesario mantener guarniciones permanentes en las fortalezas fronterizas, con gobernadores que representaban al rey.

Los textos jurídicos y sus enseñanzas.

Conocemos dos compilaciones de leyes hititas concebidas bajo el modelo de los códigos mesopotámicos y regulando cuestiones parecidas. También se conocen contratos hurritas. Vemos, pues, que el espíritu jurídico fue una especie de mancha de aceite que se extendió bajo la influencia de la civilización de los valles del Tigris y del Eufrates.

Todos los detalles nos muestran una sociedad que, en cuanto a la organización de la familia, con la dote, el divorcio, la adopción, etc., no difiere en esencia de la sociedad mesopotámica. Pero deben ser señalados algunos matices. En primer lugar, la presencia de una casta dirigente y guerrera, casi feudal, introduce una diferenciación social que parece corresponder a una distinción étnica. Entre los hurritas, los hombres de la guardia real se llamaban los *marianni*, palabra que proviene del indoeuropeo *maria*, héroe. Estos guerreros son los amos de los trabajadores de sus propiedades, muchos de los cuales son "deportados", con un estatuto inferior. Asimismo, el derecho penal es menos duro que en Mesopotamia, pues recurre más ampliamente a la multa o a la compensación, aunque con unas tarifas muy elevadas. Por ejemplo, entre los hurritas, el robo no estaba nunca castigado con la muerte, pero la indemnización entregada a la víctima podía elevarse a veinticuatro veces el valor de lo robado; las penas corporales eran menos numerosas y menos cruentas. Estas diferencias, sensibles desde el origen, parece que aún se acentuaron con el tiempo.

La vida económica aprovechó los precedentes mesopotámicos. Se practicaba el cambio, el préstamo, según variados sistemas; con fianza, con prenda, etcétera. Parece que el comercio bajo diversas formas fue muy activo, lo que no podía ser de otra manera en regiones cuya situación geográfica las obliga al papel de intermediarios entre las orillas mediterráneas de una parte y Meso-

potamia y el Irán de otra. En especial el hierro, producido en Asia Menor del que los indoeuropeos fomentaron mucho el uso, era objeto de exportaciones bastante abundantes hacia el Este y el Sur. Como en las leyes babilónicas y asirias, las leyes hititas fijaban los precios de venta de los productos agrícolas y de los animales, el alquiler de sus servicios y el de instrumentos, así como el interés de los préstamos. Pero el valor del metal precioso aumentó y el interés, al menos en la práctica, era muy elevado.

El arte y la religión.

Los hititas fueron constructores, y el antiguo solar de su capital muestra las ruinas de las murallas y de muchos edificios, materialmente importantes, pero que muchas veces son de difícil identificación. En las ciudades-santuarios se han encontrado también los vestigios de los templos. En ellos se empleaba mucho la escultura; además de los genios protectores, guardando las puertas según la moda asiria, se conocen, en particular, relieves rupestres, enérgicos aunque imperfectos, representando divinidades aisladas o cortejos. El más importante muestra una fila de cuarenta personajes masculinos dirigiéndose a una fila de veinte personajes femeninos; los dos grupos están colocados jerárquicamente, con las grandes divinidades al frente, seguidas de las divinidades secundarias y en último término por los miembros de la clerecía. El principal interés de estas esculturas es el de añadir, a los que ofrecen los textos, algunos datos de la religión.

El panteón hitita era numeroso en extremo. En los tratados diplomáticos, después de haber enumerado por su nombre a algunos dioses, se invoca aún a "los mil dioses" de los hititas, número redondo, con el fin de procurar que ninguno quedara olvidado, e indudablemente, número impresionante. De hecho los hititas acogieron dioses de todos los orígenes; pero, aunque los indoeuropeos aportaron algunas de sus divinidades tales como Mitra, y aunque se tomaron algunas del panteón mesopotámico, Isthar por ejemplo, el grupo más numeroso y con más prestigio estaba formado por los dioses de origen asiánico, de los que, con frecuencia, ignoramos los nombres hititas o hurritas.

Figuraba en cabeza una pareja, en la que era más importante la mujer. Ésta era la diosa-Sol, o precisando más, el "Sol de Arima", nombre de la ciudad donde se encontraba su principal santuario. Sus animales eran el león y la paloma y su compañero el dios de la tempestad, que era también muchas veces el dios de la guerra. Se le representa acompañado por dos toros y tiene por atributos el rayo, el hacha, la lanza y la maza. Sin embargo, la evolución provoca su oscurecimiento ante otra divinidad que en su origen era el hijo de esta pareja. Se trata del dios-Sol joven, representado imberbe, que no se dudó en elevar a la categoría de amante de su madre, cuando ésta fue considerada como diosa de la fecundidad.

Por otra parte el culto y el ritual sufren fuertes influencias mesopotámicas. Presididos muchas

veces por el rey en persona, se efectúan sacrificios y también procesiones, como la que evoca el gran relieve que antes se ha mencionado, y que representa al dios-tempestad avanzando hacia la diosa-Sol. La desgracia y la enfermedad son castigos enviados por las divinidades y con el fin de apaciguarlas es conveniente purificarse físicamente, sacrificar y pronunciar plegarias y fórmulas. La magia tenía mucho predicamento, así como la observación de los astros, del vuelo de los pájaros y del hígado de los animales sacrificados, con el fin de obtener presagios.

Supervivencias y transferencias

La religión hitita, interesante por su carácter sincrético, lo es asimismo por las luces que ofrece sobre el origen de ciertos cultos y ritos de épocas más tardías.

El dios de la tempestad, el Tešub de los hurritas, con nombre desconocido entre los hititas, se volverá a encontrar con el nombre de Hadad en Siria, y el de Ba'al en Fenicia. El Hadad-Ba'al de la ciudad de Doliché, en Commagena, conservando el toro y el hacha, será primero Zeus Dolichenos para los griegos del período helenístico y después Júpiter Dolichenos para los romanos, y bajo este nombre su culto se extenderá por todas las provincias.

Según todas las probabilidades la gran diosa cuyo carácter solar se atenuó progresivamente, no es otra que la Gran-Madre, divinidad primigenia en casi toda el Asia Menor, "domadora de fieras", en particular del león. Se le conocen muchos nombres y muchas vicisitudes. Antiguos textos fenicios la nombran Kubaba; seguramente es la misma Kibebe de los lidios, la Cibeles de los griegos, la que Roma, desde el final del siglo III a. de J. C., hará proceder de Pelsinunte, en Frigia, entonces principal centro de su culto. También esta diosa tendrá una amplia irradiación en el mundo romano. Pero mucho antes de que los griegos se sintiesen atraídos por su culto asiático, ya había influido en su Demeter. Los persas, a su vez, en cuanto llegaron al Asia Menor, se apresuraron a asimilarla a su diosa Anahita.

El joven dios-hijo se puede encontrar en las religiones semíticas, y es el mismo que los griegos conocerán en Fenicia con el nombre de Adonis. Como tal, desde el siglo v a. de J. C., llegará a todos los puntos del Mediterráneo. Pero su penetración en el Imperio romano será aún más importante bajo el nombre de Atis, asociado a su madre-amante Cibeles.

Por último, no se sabe si atribuir a una simple coincidencia o a préstamos tomados de un fondo común, cuya extensión presentaría singulares lagunas, el hecho de que ciertas prácticas religiosas hititas se encuentren en la Roma primitiva. En ésta también se intentaba leer el porvenir en el hígado de las víctimas y en el vuelo de los pájaros, y los augures poseían como atributo el bastón curvo, el Lituus, que los hititas colocaban entre las manos del dios de la tempestad o del rey celebran-

do una ceremonia. No hay duda que Roma recibió todo esto de los etruscos, y como éstos probablemente llegaron a Italia desde el Asia Menor, no es difícil establecer la conexión que de otra manera parece tan inverosímil.

De todas formas, aun poniendo reservas a esta hipótesis, se ve que los hititas y accesoriamente los hurritas del Mittani llevaron a cabo un importante papel de difusión religiosa. Conservadores del fondo asiánico y adaptadores de elementos mesopotámicos, contribuyeron a su transmisión a otros puntos de las orillas orientales del Mediterráneo.

CAPÍTULO II

LA CIVILIZACIÓN LIDIA

EL imperio hitita empezó su decadencia a finales del siglo XIII, especialmente bajo la presión de nuevos grupos indoeuropeos llegados del Oeste por los Estrechos. Tendrán que pasar varios siglos para volver a encontrar en Asia Menor un estado que tenga una cierta solidez y acerca del cual tengamos algunos conocimientos que no sean mínimos.

Los frigios. No es éste el caso de las monarquías frigias. Desde el siglo XII hasta el final del siglo VIII, los Anales de los reyes asirios mencionan en el Asia Menor la presencia de los *mushku*, con los cuales guerrean muchas veces. Es lógico pensar que estos sucesores de los hititas son idénticos a los que la *Ilíada* llama frigios. Según la tradición griega fueron aliados de los troyanos, y la reina Hécuba, mujer de Príamo, era una frigia. Se les atribuían por reyes una sucesión de Gordias - de dónde el nombre de su capital, Gordión, donde Alejandro cortará el "nudo gordiano" - y de Midas. Uno de estos últimos habría tomado por mujer una griega de la costa egea y ofrecido al Apolo Délfico el trono desde el cual administraba justicia. Todo esto no puede explicarse más que si el dominio de los frigios, menos extendido hacia el Este que el imperio hitita, se había, por el Oeste, aproximado al Mediterráneo.

Lo que se puede corregir o añadir a esta tradición es bien poca cosa. Al menos una parte de los frigios procedía de la Tracia, como lo prueban los contactos religiosos, pero habían recogido la herencia étnica de los asiánicos y de los hititas. Políticamente no formaban un estado centralizado, pues han sido encontradas grandes tumbas tumularios, seguramente reales, no sólo en Gordión, sino también más hacia el Este, en Ankara. Esta fragmentación puede explicar la mediocridad de su potencia militar. Mantuvieron relaciones comerciales con sus vecinos, pero su intensidad fue siempre muy reducida. En realidad, su agricultura y su ganadería, que la *Ilíada* elogia sin darnos detalles característicos, eran sus principales recursos. La arqueología muestra que en la cerámica y en el arte, sufrieron variadas influencias: la de los hititas, pues siguiendo sus pasos continuaron practicando la escultura rupestre; la de Chipre que les vendía fíbulas y vasijas; por último la de los griegos, de los cuales asimilaron el alfabeto y, en el siglo VII, diversos elementos decorativos.

Como se ve, se trata de una civilización muy compleja, pero sin brillo. La Antigüedad, más tarde, hablará en especial de los frigios a propósito de su santuario de Pesinunte, desde donde se extendió, con sus ruidosas especialidades musicales por ejemplo, los címbalos, el "bronce frigio", el culto de Cibeles y de Atis.

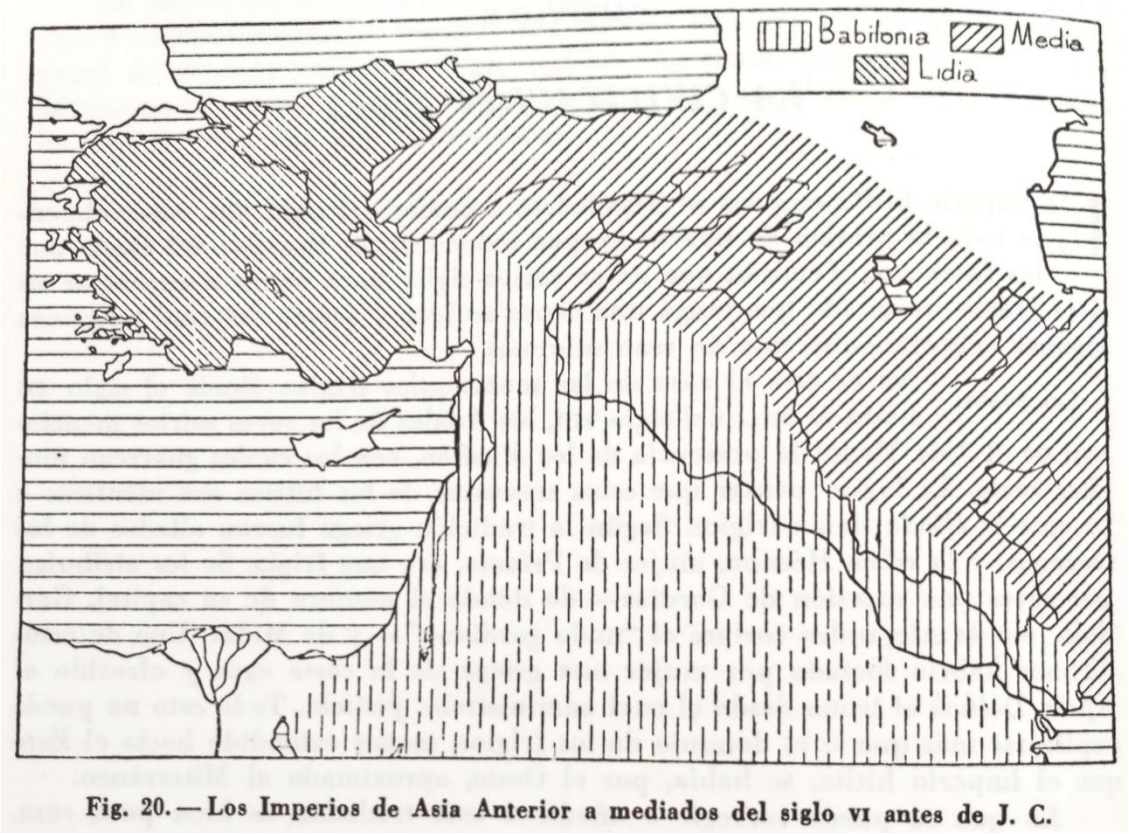


Fig. 20. — Los Imperios de Asia Anterior a mediados del siglo VI antes de J. C.

El reino lidio. La civilización lidia presenta otro interés. Al oeste de Asia Menor, lo que fue el reino lidio se desprendió de los territorios frigios. Sin embargo, aparecen bastante tarde con este nombre; la *Iliada* sitúa en la región a los *maionienos*, también aliados de Troya. La tradición griega coloca el cambio de nombre en relación con la usurpación de la monarquía por Giges, a principios del siglo VII. En el mismo momento los textos asirios mencionan los *ludu* y su rey *Gugu*. La nueva dinastía llamada de los Mermnadas, duró alrededor de siglo y medio, hasta la conquista persa. Hacia su final gobernaba un territorio bastante extenso, pues dominaba toda el Asia Menor occidental hasta el Halys, y el conjunto de la costa egea, incluyendo las ciudades griegas, sufría al

menos su protectorado. Una reputación de riqueza excepcional rodeaba -y rodea todavía- el nombre de su último soberano, Creso, y su capital, Sardes, fue el hogar de una brillante civilización.

Desde la llegada de los indoeuropeos existía en el país una nobleza cuya fuerza residía en sus grandes propiedades territoriales. Esta nobleza proporcionaba el visir y "los compañeros" al monarca. Precisamente Ciges había ocupado la función de visir y su célebre anillo debía ser el sello real. Los Mermnadas respetaron esta aristocracia y aún después de ellos se la encuentra viviendo en sus grandes propiedades, en casas rurales que los griegos llamaban "torres", semejantes a castillos, muchas veces llenos de riquezas, hasta el punto de dejar deslumbrado al rey persa Jerjes; pero parece que, bajo los sucesores de Giges, el poder monárquico realizó avances muy importantes y la tradición presenta a los soberanos como reyes absolutos, o aún más, como verdaderos tiranos. Descendientes de un usurpador, expuestos a continuas conspiraciones y, en los momentos de sucesión, a luchas sin fin, no tenían consideraciones con nadie: el padre de Creso rompía los vestidos y escupía en la cara a los nobles, con el fin de humillarlos, y Creso hizo morir a su hermanastro entre las puntas de una carda por haber tenido pretensiones al trono.

La vida económica.

La riqueza de la monarquía, confirmada por las liberalidades que llenaban de admiración a los griegos, no es una leyenda. Provenía de la explotación de los dominios del Estado y de los tributos impuestos a las colectividades locales. Además abundaba el oro, que se recogía en pequeñas pepitas en las arenas del Pactolo, el río de Sardes, y que se extraía de las minas de algunos macizos montañosos. En último término hay que mencionar las tasas que pesaban sobre el comercio. ¿Eran muy fuertes las relaciones con el Lejano Oriente? Las excavaciones de Sardes han proporcionado muy pocos objetos que pudiesen tener esta procedencia y quizá se exagera la importancia del tráfico de caravanas que circulaba por la gran ruta que atravesaba el Asia Menor, antecesora de la "ruta real" de los persas. Heródoto afirma, sin embargo, que los lidios fueron los primeros *kapeloi*, es decir, a la vez revendedores al detall y venteros. En todo caso no se puede poner en duda la intensidad de los cambios comerciales con las ciudades griegas de la costa, a las que conducían los valles fluviales y que servían de intermediarias marítimas hacia el Oeste.

Seguramente fueron estos cambios los que provocaron la invención de la moneda, que puso fin a los trámites de marcas y lingotes, generalizados por el ejemplo de los mesopotámicos. La tradición duda en señalar el lugar y la fecha de este invento. Es probable que tuviera lugar en las ciudades griegas de la costa y que fuera obra de particulares. Pero si el reino lidio no fue en ello más que un imitador, tuvo el mérito de serlo en seguida. Primero se acuñaron piezas de electrón, aleación

natural de oro y plata, en proporción variable y por tanto de valor impreciso. A continuación, apareció en Grecia la acuñación de la plata pura, mientras que Creso fue el primero en el mundo mediterráneo en acuñar el oro.

Civilización lidia y civilización griega.

Las relaciones con el mundo griego explican las coincidencias entre las dos civilizaciones.

La civilización lidia conservaba aspectos muy orientales. Las grandes tumbas eran parecidas a los *tumuli* frigios. Las principales divinidades eran Cibeles y Atis. La música tenía una gran importancia en sus ceremonias e incluso se llegó a hacer marchar el ejército contra la ciudad de Mileto "al son de las siringas, de las arpas y de las flautas". La prostitución, que era normal para las jóvenes lidias, debía tener un carácter sagrado; sabemos que las cortesanas de Sardes habían contribuido, junto con los artesanos y los comerciantes, y con una importante suma, a edificar la tumba del padre de Creso. Además, los griegos no perdonaron nunca a los lidios los detalles de su vida elegante y afeminada, y los describieron llevando largas túnicas de suntuosas telas, anillos en las orejas, derramando aceites perfumados en sus cabellos, usando esencias, bálsamos y ungüentos, aficionados a la buena cocina, a la pastelería y a la confitería, inventando el juego de la taba, el de los dados, el de la pelota y otros muchos. Estas puerilidades moralizadoras no significan nada más que el deslumbramiento provocado en los griegos por el contacto con una clase social que usaba los refinamientos inventados por las viejas civilizaciones de Oriente.

A pesar de este desprecio, los griegos no desdeñaban los contactos con los lidios, ofreciéndoles sus servicios como mercenarios o dedicándose a comerciar con ellos. En Sardes formaban una colonia y el poeta Alcmán nació en esta ciudad. Se les encontraba incluso en palacio: el desgraciado competidor de Creso, su hermanastro, era hijo de una griega. Poco a poco la civilización lidia se fue dejando penetrar por el helenismo. Los reyes se presentaban como "filohelenos", lo que no era una simple propaganda, pues consultaban los oráculos griegos y mostraban una especial veneración al Apolo de Delfos, multiplicando sus donaciones a los santuarios y a las ciudades. Utilizaron a Tales como ingeniero y la tradición nos lo muestra haciendo encargos a orfebres, pensionando al fabulista Esopo y dialogando con cualquiera de los Siete Sabios recibidos en su corte. Pero no sólo llegaban hasta palacio. Las tumbas de Sardes, de finales del siglo VII y de la primera mitad del VI, han ofrecido una abundante cantidad de cerámica griega. Todavía después de un siglo de la conquista persa, el lidio Xantho escribe en griego la historia de su país. De esta manera, desde el final del período arcaico, empezó la evolución que, precipitándose con la conquista de Alejandro, iba a hacer del Asia Menor occidental, por toda la Edad Antigua y hasta muy adelantada la Edad Media,

una tierra de civilización helénica.

Por otra parte, los griegos tomaban detalles de la civilización lidia. Les atraía en especial el oro. Para explicar su brusca abundancia en el reino Mermnada, se podría pensar en el descubrimiento de nuevos yacimientos. En todo caso se podría hablar de una debilidad de los griegos, que perdían fácilmente su dignidad ante tantas riquezas. Heródoto nos cuenta la historia de un noble ateniense recompensado por Creso con todo el oro que pudiera llevar consigo, llenándose las botas, los pliegos de la túnica y hasta la boca y recibiendo del rey todavía nuevos regalos por haberle hecho reír con su aspecto grotesco. Hicieron algo más que participar en sus tesoros: la Lidia, tan próxima a sus ciudades asiáticas, fue, con seguridad, una de las vías, sin duda la principal, por las cuales entraron en contacto con el Oriente. Técnicas artesanas y artísticas, ideas y prácticas religiosas, temas míticos, observaciones científicas; la suma de sus adquisiciones orientales fue muy amplia. El azar no sería suficiente para explicar el adelanto que Jonia, asociada y prácticamente sometida a Sardes, tomó sobre las otras provincias del mundo griego: ninguna como ella encontraba tantas facilidades para aprovechar las experiencias de los países orientales.

CAPÍTULO III

LA CIVILIZACIÓN DE LA PERSIA AQUEMÉNIDA

En 546 ó 545 el rey persa Ciro se apodera de Sardes. Poco después les llega el turno a los griegos de la costa. Se trata de la brusca revelación de una nueva fuerza, cuya expansión durante medio siglo derriba todos los obstáculos de manera fulminante.

El imperialismo persa.

Esta fuerza era la de un pueblo al que hasta entonces nadie había prestado atención. Era de origen indoeuropeo y se había instalado durante el curso del II milenio antes de Cristo en la parte occidental de la meseta del Irán. Sus vecinos meridionales eran los habitantes de la Susiana, desde largo tiempo asociados a la vida de Mesopotamia cuyo acceso se hacía difícil porque les separaba la agreste barrera de los montes Zagros. Sin embargo, los textos asirios los mencionan algunas veces; según ellos se trata de unos nómadas ladrones y turbulentos. Poco a poco algunos se sedentarizaron y después se organizaron según un proceso que no conocemos.

Dirigidos por los medos, contribuyeron, aliándose con los babilonios, a la toma y destrucción de Nínive, quedándose con la Alta Mesopotamia en el reparto del Imperio asirio. Éstos eran sólo los comienzos y les fueron necesarios más de sesenta años para afirmar su verdadera fuerza, sin ninguna clase de aliados. Habiendo adquirido el pleno poder los persas realizaron fulminantes conquistas hacia el Oeste: bajo el primer rey aqueménida, Ciro, la Lidia y después Babilonia; bajo su hijo Cambises, Egipto y la Cirenaica; bajo el tercer rey, Darío I, algunas islas del Egeo y la Tracia en Europa. Por otras campañas, poco conocidas y seguramente más difíciles, fue conquistada toda la meseta del Irán hasta el Turquestán y el Indo.

A continuación, la frontera varió a veces en algún punto. Por ejemplo, las derrotas sufridas en Grecia cuando las Guerras Médicas produjeron el abandono definitivo de Europa. En el interior hubo revueltas, repetidas en muchas ocasiones, que no se llegaron a dominar sin dificultades, como por ejemplo en Egipto. Pero a pesar de todo, jamás el mundo antiguo había conocido un imperio tan extenso. Heredero de todos los imperios que le habían precedido, reunía todos los territorios que

habían formado parte de aquéllos, añadiéndoles otros nuevos; los más poderosos reyes asirios no habían llegado nunca a los Estrechos ni al Indo.

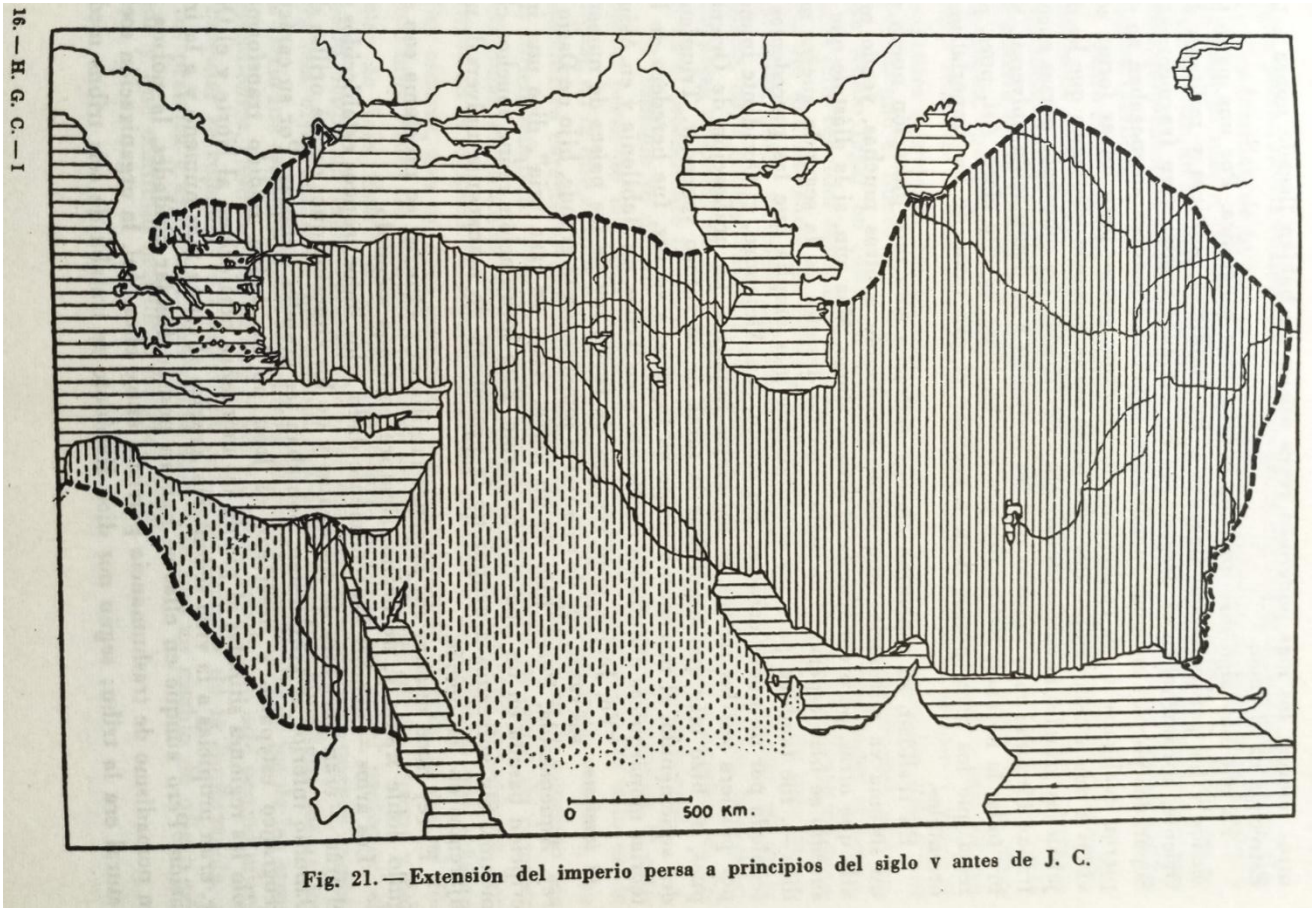


Fig. 21. — Extensión del imperio persa a principios del siglo v antes de J. C.

En ello hay algo más que una constatación geográfica. Por una parte los medos y los persas, recién llegados a los conflictos políticos y militares del Oriente, aprovechaban el desgaste de los antiguos rivales y su fragmentación.

Separados por sus antiguas enemistades, aquellos a quienes amenazaban no supieron coaligarse o sus coaliciones no tuvieron tiempo para tomar forma con vistas a una acción común. Por otra parte, en la herencia ideológica que les dejaban las grandes monarquías por ellos derribadas, los soberanos persas encontraban fórmulas muy amplias que les invitaban a la dominación universal. Sobre todo, la herencia babilónica era rica en ideas de esta clase. Así, pues, parecía que los reyes persas iban a realizar el programa de los imperialismos orientales.

En realidad, su repentino empuje reflejaba sólo una pulsación nueva en un sistema ya milenario: una sístole sucediendo a otras muchas, yendo más allá que otras, pero condenada al mismo ahogo. Más aún, si la diástole que le sucedió se hizo esperar-un siglo y medio después de la segunda guerra médica -, fue también para ser infinitamente más amplia que las precedentes y señalada por un nuevo carácter. En efecto, con Alejandro, el Occidente inundó por primera vez las tierras de los viejos imperios. La unificación de Oriente, pues, no hizo más que simplificar la tarea de su futuro vencedor. Triunfante del aqueménida, el macedonio ocupó su lugar y, a su vez, fue heredero de las teorías monárquicas elaboradas en Memfis y en Tebas, en Babilonia y en Aššur.

El iranismo

"Yo, Jerjes, gran rey, rey de reyes, rey de los países de numerosas razas, rey de esta tierra inmensamente grande, hijo de Darío el rey, Aqueménida, Persa, hijo de un persa, Ario, de raza aria", dice una inscripción basada en un tipo casi uniforme. Esta intitulación reúne muchos elementos. Sin volvernos a ocupar de la pretensión de monarquía universal, nos fijaremos en los demás.

El rey hace resaltar sus orígenes familiares y étnicos; se proclama con orgullo noble iranio y, de hecho, siempre continúa siéndolo.

Los arios - nombre especialmente dado a los indoeuropeos establecidos en el Irán — eran parientes de los escitas y de los cimerios que, de las orillas del Danubio inferior al Turquestán, poblaban las grandes llanuras. Por su carácter geográfico estepario y desértico, el Irán no los había podido transformar. Sólo las regiones situadas al pie de las montañas periféricas, al Norte y el Oeste, eran propicias a la vida sedentaria, gracias al clima más húmedo y a la irrigación. Pero aunque en ellas se habían podido fundar ciudades, la norma de un nomadismo de trashumancia persistía entre ellos. Así, la organización social natural era la tribu; según nos dice Heródoto se trataba de seis tribus

medas y diez persas, de las cuales cuatro nómadas. Estas tribus se subdividían en clanes y en familias, de lo que se derivaba una pululación de jefes hereditarios y una nobleza más o menos jerarquizada. En conjunto, medos y persas no se diferenciaban de los otros iranios más que por la existencia entre ellos de una monarquía absoluta teóricamente, pero que en la práctica debía contar con las grandes familias.

Entre éstas, algunas se consideraban tan nobles como la familia aqueménida. Ciro había conquistado con sus victorias una inmensa autoridad moral, pero su descendencia directa se extinguió con su hijo. Darío I pertenecía a una rama secundaria de la que ni tan sólo era el jefe y fue escogido entre varios grandes nobles que habían actuado en común contra un usurpador, uno de los cuales renunció a toda candidatura a condición de que él mismo y sus descendientes estuviesen dispensados de prestar acatamiento a ningún señor. Los servicios que el nuevo rey llevó a cabo, dominando las sublevaciones que habían tenido lugar en Susa, en Babilonia y en Media - diecinueve victorias, nueve jefes rebeldes castigados- y organizando el Imperio, le valieron un prestigio del que sus sucesores todavía pudieron vivir, aunque no sin más de un sobresalto, salido ya fuese del hogar de intrigas que era el palacio, ya de la nobleza, cuya lealtad vacilaba fácilmente. Por sus orígenes iranios, la monarquía persa reposaba en gran parte en la fidelidad de hombre a hombre, es decir, en el ascendiente personal que el jefe ejercía sobre sus compañeros.

El iranismo se notaba también en otros aspectos que distinguían la civilización persa de las otras civilizaciones orientales anteriores. No sólo en la religión, en la que el dios supremo Ahuramazda se presenta, como veremos, con indiscutibles caracteres específicos; sino también- aunque en lo concreto sea más difícil señalarlo- en la repartición de la sociedad en castas de carácter profesional, según un criterio análogo al que aplica la sociedad indostánica. Por último, en el empleo de representaciones gráficas y de símbolos que señalan mitos oscuros, con un área geográfica que sobrepasando el Irán, le une al dominio muy vasto, sin fronteras precisas, de las estepas del sur de Europa y del centro de Asia. Entre los genios que tienen asignado un papel protector, el caballo ocupa un lugar característico, ya sea solo o monstruosamente combinado con otros animales, por ejemplo el gallo. Cuando Heródoto nos relata que Darío fue escogido como rey porque su caballo, en medio de los de los otros pretendientes, relinchó el primero al sol naciente, vemos que esté procedimiento oracular se relaciona sin dificultad con otros indicios de la importancia, a la vez práctica y espiritual, concedida al caballo por un pueblo de origen nómada y que continuó criándolo en gran escala.

La herencia del "Oriente clásico".

No se puede separar la monarquía persa de sus orígenes iranios. Prescindiendo de los detalles externos nos damos cuenta de que Persia siempre fue extraña al "Oriente clásico". En esto Alejandro no se equivocó, pues su política muestra que se sintió en el Irán más cerca de Macedonia que en Egipto o en Babilonia.

Pero al propio tiempo la civilización persa sufrió muchas influencias que la orientalizaron e hicieron de ella, más que ninguna de las que le habían precedido, una civilización de confluencia. Sus contactos con Susa y con Asiria habían permitido a los medos y a los persas empezar a superar su vida puramente nómada. Después, la conquista había instituido a los aqueménidas herederos de los más antiguos imperios y señores de las tierras donde se habían desarrollado las más viejas civilizaciones. Aunque ya en decadencia, habían ido dejando sus tradiciones y aún se mantenían en pie muchas de sus grandiosas realizaciones. ¿Cómo sustraerse a su influencia? El esplendor de Oriente se afirmó preponderante, en especial el de Mesopotamia, tan próxima al centro del imperio y mucho mejor dominada que el lejano Egipto.

En el plano político este estado de cosas planteaba un problema inmediato, cuya urgente gravedad mostró la crisis del advenimiento de Darío I. Era necesario organizar, al menos administrativamente, un imperio tan heterogéneo, mosaico de "países de numerosas razas", diferentes por la religión, por la lengua, por la estructura social y por la actividad económica. La ambición no fue unificar estas civilizaciones, ni fundir todos estos pueblos. Ningún precedente invitaba a ello y la idea, si fue concebida, no fue jamás seguida del menor inicio de realización. Se desplazaron poblaciones sólo con el objeto de castigarlas: por ejemplo, griegos instalados en Susiana; los asirios y babilonios habían obrado con frecuencia de la misma manera. Algunos grupos de iranios fueron establecidos en Egipto y en el oeste de Asia Menor. Se trataba de colonias militares encargadas de la vigilancia de fronteras amenazadas o de provincias indóciles. Sin planes de amplia envergadura, los aqueménidas se conformaban con ver obedecidas sus órdenes, pagados regularmente los tributos y efectuar periódicamente las levas de sus contingentes militares...

Con estos fines utilizaron los métodos seguidos por sus predecesores, sobre todo por los mesopotámicos. Los perfeccionaron y con frecuencia los aplicaron con un sentido real de humanidad y de justicia, pero nada más. Si de todas maneras se produjo una evolución, ni fue por voluntad suya ni escogieron tampoco sus beneficiarios.

La realeza.

El rey era absoluto. Ningún individuo, ningún organismo colectivo, estaban habilitados para compartir su autoridad ni para controlar el uso que aquél hacía de la misma. El rey recibía su autoridad de Ahuramazda, del que era el elegido. Todas

las inscripciones reales, bajo la apariencia de una invocación al dios, empiezan recordando esta designación: "Gran dios es Ahuramazda, que ha creado el cielo allá arriba, que ha creado la tierra aquí abajo, que ha creado al hombre, que ha creado la felicidad para el hombre, que ha hecho a Darío rey, que ha conferido al rey Darío este gran reino, rico en caballos y rico en hombres." Este ejemplo proviene de un texto grabado sobre veinticuatro estelas en Egipto; en el reverso de cada una, la versión jeroglífica atribuye los éxitos del rey al favor de la diosa de Sais, su madre. En Babilonia, al contrario, es el escogido de Bel-Marduk. Podemos ver cómo se adapta a las religiones de cada país la traducción del texto oficial, pero éste, en su versión original, habla sólo del dios iranio.

El absolutismo, justificado por la voluntad divina, no es ninguna innovación en Oriente. Tampoco lo es la idea de que el soberano debe amar la verdad, aplicar la justicia y proteger al débil, con el fin de obedecer los deseos de la divinidad. La hemos encontrado formando parte de la doctrina monárquica egipcia, y Hammurabi, en el preámbulo de su código, había insistido sobre ella. Sin embargo, en la boca de los reyes persas la encontramos expresada con nitidez y frecuencia singulares. "He amado la justicia y he odiado la mentira", afirma Darío, "mi voluntad ha sido que no se haya cometido ninguna injusticia con las viudas y los huérfanos; he castigado severamente al mentiroso, pero al buen trabajador le he recompensado". Todo lo cual concuerda perfectamente con la moral que la religión persa predicaba a todos los hombres. Aunque numerosos escritores griegos vieron en el aqueménida, enemigo nacional, el prototipo del tirano brutal, por encima de toda ley, otros escritores, y a veces ellos mismos, hicieron con complacencia el elogio de esta ideología. Por lo demás no se trataba de simples frases; la *Ciropedia* de Jenofonte es la más antigua de las novelas históricas, pero Darío I ha dejado la merecida reputación de un legislador excelente y activo.

Hay otro aspecto clásico de la monarquía ideal de Oriente que, por su origen iranio, los aqueménidas acentuaron mucho: el rey debía ser el modelo de todos los guerreros y el mejor en los ejercicios físicos. Cuando Alejandro llegó ante la tumba de Darío, le tradujeron la inscripción funeraria con estas palabras: "Yo fui un amigo para mis amigos; yo fui el mejor caballero y el mejor arquero; yo superé a todos los cazadores; yo fui capaz de hacerlo todo." Aunque el texto verdadero fuese más largo, el resumen no traiciona su espíritu.

En los comienzos de la monarquía todos los nobles importantes tenían fácil acceso a la presencia del rey. Pero después de Darío, una estricta etiqueta reglamentó todos los actos de la vida del soberano; desde entonces fue completamente inaccesible en las habitaciones privadas de su palacio y la historia de Ester nos muestra que incluso sus mujeres debían esperar a que él les llamara para verle. Sus súbditos sólo le veían los días de grandes ceremonias, saludado por la prosternación

de todos cuando aparecía sobre el trono de majestad o el carro de parada, protegido por una guardia escogida de la que los frisos de Susa perpetúan hasta nuestros ojos el armamento y las vestimentas. De hecho esta segregación tuvo inevitables consecuencias para él: furiosas intrigas del harén, asesinatos, obscuras combinaciones de los ministros y de los eunucos. Existe un abismo entre la enérgica monarquía de Ciro el Grande y de Darío I y la que ataca Alejandro en el momento en que dos reyes acaban de morir envenenados y el tercero ha tomado ventaja envenenando a su vez al asesino de los dos primeros.

Gobierno y administración.

El rey poseía varias capitales; unas en la misma Persia, como Pasárgadas, fundada por Ciro y prácticamente abandonada, y Persépolis, que concebida por Darío, primer soberano de la rama segunda, como ciudad imperial por excelencia, no llegó nunca a ser acabada. Las otras son las capitales de las antiguas monarquías absorbidas por la nueva: Ecbatana en Media, Babilonia y Susa. Por ser excéntricos Egipto y Lidia, fueron negligidos. En todas partes el rey tenía sus palacios y para satisfacer su pasión por la vegetación y por la caza, junto a los mismos se construían "paraísos", nombre dado por los persas a los grandes parques plantados de árboles de toda clase y poblados de caza variada. Aunque sin sujetarse a ninguna periodicidad, sus desplazamientos eran frecuentes; pero la residencia predilecta era siempre Susa y para todos los contemporáneos, el nombre de la ciudad simbolizaba el poder y el gobierno del Imperio.

Todo se hacía, lógicamente, en nombre del rey y los edictos más generales revisten la forma de declaraciones orales transcritas por los escribas. Al lado del soberano existía un visir, escogido por él, el "Chiliarca" de los griegos, título de origen militar que comportaba el mando de una parte de la guardia real.

Gracias a la centralización, se podían llevar a cabo grandes obras a base de los poderosos medios materiales que se reunían. Fueron construidas algunas grandes calzadas, con un rosario de albergues y caballerizas de posta que permitían la circulación rápida de los correos. La principal de estas carreteras, o en todo caso la mejor conocida, porque fue utilizada y admirada por los griegos, era la que unía Sardes a Susa. Los intercambios de correspondencia no se consideraban suficientes; para controlar la administración el gobierno central enviaba inspectores que, por una metáfora ya corriente en las monarquías anteriores, eran llamados "los ojos y los oídos del rey".

La lengua y la escritura constituían otro instrumento de centralización. El persa, lengua nacional de los conquistadores, no se escribía antes de Darío I y cuando se llegó a hacerlo se adoptaron los signos cuneiformes. Fue empleada en las inscripciones oficiales, casi siempre junto con las lenguas de los antiguos reinos, el susiano y el akadio. A base de estos textos trilingües han podido

los sabios modernos, con la ayuda de algunos conocimientos del persa obtenidos en los libros sagrados de los parsis de la India, llegar a comprender estas lenguas desaparecidas. Pero la escritura cuneiforme era incómoda para los usos corrientes, en particular porque imponía el empleo de la arcilla. La monarquía asiria había empezado a usar el arameo, que a su vez la monarquía persa adoptó como lengua administrativa única. Las oficinas de Susa traducían el texto persa al arameo y mandaban copias a las oficinas locales, que las traducían a la lengua del país respectivo. Así se explica-consecuencia involuntaria de una necesidad política - la continuidad de los progresos del arameo en todo el Próximo Oriente. Se adivina en todo ello el resultado del empleo, por una monarquía sin tradiciones e incapaz de crearse de otra manera una administración central, de un personal de escribas en principio heredado de las monarquías anteriores y después reclutado entre los súbditos de inteligencia más despierta.

En más de un punto, pues, los aqueménidas se limitaron a recoger, perfeccionándolos, los métodos de sus predecesores. En la organización de la administración regional, si no en la local, hicieron bastantes innovaciones, aunque en general respetaron los grupos humanos y territoriales tradicionales, tribus, grandes propiedades rústicas pertenecientes a templos o laicos, ciudades y provincias. Pero los agruparon en circunscripciones extensas - veinte o treinta en todo el Imperio - llamadas satrapías. Cada una tenía a su frente un noble iranio, sin duda representante del rey, pero también del pueblo conquistador, o más bien de esa aristocracia guerrera unida al soberano por un lazo de fidelidad personal, asociada a él en la defensa y administración de los bienes conquistados por el esfuerzo común. El iranismo original se encuentra en muchos aspectos de la institución: el sátrapa, en una escala algo menor, llevaba la vida de un rey, con un palacio, una guardia, una corte y amigos personales. Esto no dejaba de tener sus peligros. Darío I había tomado sus precauciones, creando un cuerpo de inspectores y organizando el correo regio, colocando al lado del "sátrapa" a un "secretario", equivalente del visir y reservando a un jefe especial el mando de las tropas acantonadas en la satrapía. Sin embargo, la debilidad de ciertos reyes y las luchas de influencias en el palacio relajaron estas leyes, al principio muy sólidas. Algunos sátrapas reclutaron mercenarios directamente, solicitaron y obtuvieron la continuidad de sus cargos para sus hijos, lo que, en el siglo IV, en el oeste del Imperio, provocó levantamientos, primero localizados y después agrupados en "la gran sublevación de los sátrapas", reprimida con dificultades por Artajerjes III.

Los fines de la administración. El principal trabajo de esta administración era procurar al rey los medios materiales de su poder.

En primer lugar los recursos financieros. Excepto los persas y los medos, pueblos imperiales, todos los súbditos estaban sujetos al pago de impuestos. Darío había fijado las cantidades, satrapía por satrapía, y estas sumas sirvieron de base para establecer los impuestos en el futuro. Para la distribución entre las comunidades básicas, que quedaban encargadas de la percepción, se debieron aplicar las antiguas costumbres, en unos sitios fundadas en catastros siempre mantenidos al día y en otros por una evaluación aproximada. El esfuerzo fue, pues, más de coordinación que de creación. Según parece, los sucesores de Darío no modificaron de manera sensible este sistema. Las algaradas, bastante frecuentes en Babilonia, se explican sin recurrir a la hipótesis de posibles aumentos de los impuestos. Al principio esta satrapía era una de las más pesadamente gravadas y la más humillada, pues cada año debía entregar, además de 1.000 talentos de plata, 500 eunucos jóvenes. Algunas veces, en efecto, una parte del impuesto era satisfecha en especie y el resto en lingotes de metal precioso. Una parte servía siempre para el sostenimiento de las tropas y de los funcionarios de servicio en la satrapía. Por ejemplo, la Cilicia entregaba 360 caballos blancos y 500 talentos de plata, de los cuales sólo 360 eran para el gobierno central. Heródoto, al que debemos noticias detalladas de la época de Darío I, multiplica por 13, con el fin de convertirlas al valor de la plata, los 360 talentos de polvo de oro exigidos a la satrapía de la India, la más poblada y la más rica, según él; lo recaudado ascendía a un total de 14.560 talentos de plata, o sea 87.360.000 francos de 1914. El rey persa dispuso siempre de una riqueza que los griegos consideraban fabulosa y que para ellos siempre fue un motivo de admiración.

A las cargas fiscales se añadían las prestaciones militares. Las fuerzas que el aqueménida movilizaba en caso de necesidad se componían de contingentes reclutados en cada satrapía y de ordinario mandados por el propio sátrapa. Se podía así reunir un ejército y una flota numerosos; pero formados por elementos heterogéneos en cuanto al armamento, a la manera de combatir y a la lengua, no estaban animados por ninguna clase de espíritu nacional. Sus adversarios, los griegos, pudieron fácilmente exagerar hasta el absurdo sus efectivos y hablar de esclavos conducidos a la batalla a fuerza de látigo. La verdad es que entre estas multitudes hubo siempre buenos elementos, en especial los iranios, caballeros y arqueros, y los 10.000 infantes seleccionados de la guardia, llamados "inmortales". Pero la superioridad técnica del soldado griego, atestiguada con estrépito en multitud de ocasiones, de la que fue el ejemplo principal la odisea de los "diez mil", desde Babilonia hasta el Mar Negro, condujo a los reyes persas, a partir de finales del siglo V, a enrolar un número

creciente de mercenarios griegos. En el momento de la expedición de Alejandro, éstos constituían una parte importante del ejército persa, al menos la que no tenía necesidad de largas dilaciones para movilizarse. Asimismo, junto con los marinos fenicios, los griegos y los elementos helenizados del litoral de Asia Menor suministraban los elementos de una flota no despreciable.

¿Se fijó otros fines el gobierno persa? En todo caso nunca tuvo deliberadamente una política económica, dejando vivir a su manera tradicional a las naciones que le estaban sometidas. Un esfuerzo considerable fue hecho en cuanto a la legislación, sobre todo en Babilonia, pero por regiones, sin ninguna intención unificadora. La unidad política facilitó los intercambios, disminuyendo los obstáculos y garantizando una mayor seguridad a los viajes de los mercaderes. Dejaron de aprovecharse, no obstante, las relaciones marítimas. Al servicio de Darío, un asiático occidental, el cario Scylax de Caria, en una navegación de treinta meses, bajó por el Indus, bordeó la costa meridional del Irán, rodeó la península arábiga y llegó a Suez. Pero este "periplo", emprendido con fines políticos y accesoriamente científicos, quedó como una hazaña aislada, de la que nadie supo sacar una ventaja comercial. Más adelante se considerará muy osado a Nearco, el almirante de Alejandro, por haber recorrido una parte del trayecto de Scylax. La única ruta hacia el Extremo Oriente fue la terrestre, que, atravesando el Irán, se bifurcaba hacia el Afganistán y la India por una parte y hacia el Turquestán y la China por otra. Aunque se sabe que fue conocida y utilizada no se podría asegurar cuál fue entonces su actividad.

Lo que más falta hizo al Imperio persa para realizar sus virtualidades económicas, fue el desarrollo sistemático de la economía monetaria. Sólo de manera muy lenta los aqueménidas siguieron el ejemplo dado por los reyes lidios. Desde Darío I, se acuñaron monedas de oro, los "dáricos", muy bellos, pero en número muy escaso. En cuanto a la plata no se dedicaron a acuñarla hasta muy tarde, permitiendo también a los sátrapas acuñarla con sus nombres. Con ello unos y otros cedían ante la necesidad de sus inevitables relaciones con los griegos, mercenarios, comerciantes y técnicos. Hasta el último momento, la difusión de las monedas atenienses en el Imperio, a veces en lugares muy alejados del Mediterráneo, demuestra que las necesidades de numerario estaban satisfechas de manera incompleta. Los reyes prefirieron siempre atesorar, conservando el metal proveniente de los tributos en lingotes. Durante mucho tiempo estas considerables riquezas fueron completamente estériles. Al apoderarse de las capitales persas, Alejandro se apoderará de tesoros inconcebibles en aquel tiempo: 120.000 talentos sólo en Persépolis, y en total mucho más de mil millones de francos de 1914. Él y sus sucesores se apresuraron a acuñarlos, provocando una verdade-

ra revolución económica en territorios en los que el cambio se había practicado hasta entonces según formas muy rudimentarias.

Cuando ciertos reyes consiguieron vigilar de cerca a sus administradores locales, el gobierno se preocupó del bienestar de los súbditos y de su protección contra los excesos de poder. En este aspecto ningún texto más significativo que la misiva enviada por Darío I- siempre él- a un funcionario de categoría desconocida, en comisión cerca de la costa del Egeo y conocida por una inscripción griega, desgraciadamente incompleta: "Me entero de que no cumples mis órdenes por completo. Porque tú mejoras mis tierras trasplantando árboles frutales de Siria hacia el litoral de Asia, yo alabo tu plan y te beneficiarás del agradecimiento del palacio real. Pero como haces caso omiso de mis disposiciones para con los dioses, si tú no cambias de proceder daré la prueba de mi descontento. Pues sé que has hecho objeto de extorsión a los agricultores sagrados de Apolo y les has encargado cultivar una tierra profana, olvidando la gratitud de mis antepasados hacia el dios que dijo a los Persas una perfecta verdad..." Así, bien controlada, la administración tenía asignados como fines el progreso de la agricultura, la justicia y la tolerancia con los dioses extranjeros por poco que propugnasen la verdad: o sea, otras tantas obligaciones morales a las cuales la religión persa abría un amplio campo.

La religión

Hasta entonces el Oriente había conocido vencedores que no siempre eran tolerantes. Los asirios habían transformado muchas guerras entre los hombres en guerras entre dioses, y el babilonio Nabucodonosor, al deportar numerosos judíos a la capital de su imperio, se había enconado contra el Templo. Al compararlo a estas prácticas de sus antecesores, el comportamiento de los aqueménidas para con las religiones que les eran extrañas, cobra todo su significado. Desde su llegada a Babilonia, Ciro había "estrechado la mano de Bel-Marduk", al propio tiempo que liberaba y restauraba Israel. Sus descendientes no fueron jamás perseguidores, en ningún lugar impusieron sus dioses a la fuerza y cumplieron con respecto a todos los cultos del imperio los deberes tradicionales de los reyes nacionales: en Jerusalén se celebraba un sacrificio cotidiano en nombre del rey y a sus costas; y en Egipto y Babilonia el clero no fue castigado más que en la medida en que había animado las sublevaciones. Si el mundo antiguo, durante mucho tiempo, no conoció más que de manera excepcional la intolerancia religiosa, lo debió al ejemplo dado por los monarcas persas.

Esta actitud no era en ellos ni indiferencia ni habilidad política, sino resultado de su adhesión a una religión con concepciones muy distintas a las conocidas hasta entonces.

No es fácil desenredar la confusa madeja que constituye la antigua religión persa, pues, sin

haber tomado nada esencial de las religiones orientales, presenta, reunidas en el libro sagrado del *Avesta*, elementos diversos, acerca de los cuales nos faltan informaciones concretas. Se pueden reconocer elementos indoeuropeos, que se encuentran asimismo en el *Rigveda* indio; en total son poco numerosos. Hay también elementos puramente arios, es decir, propios de los iranios occidentales, que bajo la influencia de éstos se extendieron tardíamente a las otras tribus iranias. Un reformador, Zoroastro, aportó unas enseñanzas muy depuradas. En último término las costumbres de la masa de fieles contaminaron al zoroastrismo. Todo lo cual plantea innumerables problemas todavía pendientes de solución. Los más graves se refieren a Zoroastro. Seguramente fue en el Irán occidental donde sus predicaciones tuvieron más éxito, pero no se sabe en qué lugar con exactitud. Aún más incierta es la fecha. El lidio Xanthos es el primer escritor que, en el siglo V, lo menciona. Algunos historiadores modernos quieren hacerlo mucho más antiguo, aunque las fechas más aceptables lo colocan en el siglo VII o en el VI. Sea como sea, nos sorprende ver que la religión oficial de los aqueménidas parecía ignorar a Zoroastro y al zoroastrismo.

La doctrina del reformador era un monoteísmo puro. Reconoce un solo dios, Ahuramazda, inmaterial, grande y omnipotente sin término de comparación. Le acompañan unas concepciones abstractas que son sus aspectos o emanaciones. Pero, a un nivel inferior, desde la creación del mundo, hay dos espíritus, uno del bien y otro del mal, que libran una lucha incesante, universal y cósmica. En sí mismo y fuera de sí, el hombre debe combatir la fuerza maléfica y a este precio conseguirá la felicidad después del juicio final. Liberado de todo aspecto material el culto se relaciona con este esfuerzo cotidiano: "El hombre devoto es santo; por la inteligencia, por las palabras, por la acción, por la conciencia, acrecienta siempre la justicia." En estas palabras puede verse a qué alturas elevó su pensamiento este reformador misterioso.

Tal como se expresa en las inscripciones reales, la religión de los aqueménidas es ya distinta. Según ella, Ahuramazda es el "más grande de los dioses" y Darío habla de "los otros dioses que existen", fórmula vaga que incluye a los dioses extranjeros - explicándose así la tolerancia para con ellos — y sin duda también a los otros dioses iranios. Hay que llegar, hacia la mitad del siglo V, al reinado del nieto de Darío, para que dos de ellos, Mitra y Anahita, sean nombrados de manera expresa. Ahuramazda fue siempre el dios supremo, el dios regio por excelencia. El símbolo gráfico con el que se le representa, disco solar alado del que sale un busto de cabeza barbuda y coronado, se deriva de los símbolos divinos asirios. Como creador del mundo, de la tierra y del cielo, es mucho más que el Sol: la luz celeste, el "Señor de la Sabiduría", organizador de la felicidad y de la justicia, que tiene ordenado amar a la verdad y odiar el engaño. A pesar de esta tendencia hacia la pura moral, los

reyes celebraban sacrificios, cuidando personalmente del fuego de los altares.

En cuanto a la religión popular, mantuvo en un lugar supremo a Ahuramazda, pero rodeándole de una multitud de divinidades personificando las fuerzas naturales y los elementos. Aún más, frente al mundo del gran dios, mundo de luz, de prosperidad y de fecundidad, el pueblo imaginaba un mundo de tinieblas, de maleficios y de demonios, dirigido por Ahrimán. Creía asimismo en la necesidad del esfuerzo moral del hombre así como en el juicio del alma, que puede llevar a un paraíso con alegrías, por otra parte, bastante materiales. Sin embargo, se concedía mucha importancia a las prácticas rituales llevadas a cabo, o al menos dirigidas, por un clero, los magos, y no sólo al culto al fuego y a los himnos, sino también a las ofrendas y a los sacrificios cruentos que Zoroastro, al contrario, condena con violencia. En relación y como consecuencia de estas creencias, los cadáveres no debían ni ser incinerados ni inhumados, con el fin de no mancillar ni el fuego ni la tierra, por lo que eran expuestos en lugares desiertos; no es posible precisar en qué momento esta idea acabó por imponerse con toda su fuerza.

La vida intelectual

Además de vigorizar más que ninguna otra los preceptos morales, la religión persa aportó al pensamiento antiguo dos ideas nuevas: el juicio final y el dualismo. En los otros aspectos intelectuales, por el contrario, la aportación fue mediocre cuando no nula. Para juzgarlo poseemos sólo el *Avesta*, recopilación religiosa cuyas partes antiguas se transmitían primero oralmente, pues la escritura no fue practicada hasta fines del siglo VI.

El indicado libro no contiene datos científicos. Los persas tenían médicos que curaban unos por plantas y otros, los de más fama, por fórmulas rituales; pero los soberanos usaban los servicios de médicos egipcios y griegos. Sólo mucho más tarde, después del comienzo de la Era cristiana, se consideró al Irán como el hogar de las ciencias o pseudociencias que conquistaron el Occidente cubiertas por el nombre de Zoroastro: la palabra "magia", derivada del nombre de los sacerdotes iranios, tomó entonces su sentido actual.

La verdadera vida intelectual del Imperio no fue persa e incluso hay que sospechar que no interesó mucho a los persas. Por ejemplo, el calendario babilónico se mejoró todavía en 367 a. de J. C., por la fijación de los años y de las estaciones en que debían ser intercalados los meses suplementarios dentro del ciclo de diecinueve años. En este caso el mérito de los persas está en haber dejado continuar su trabajo a los sacerdotes-astrónomos. Algunos iranios sentían curiosidad por la filosofía y la ciencia, incluso por las griegas, y así vemos que algunos se encontraban en el grupo que acompañaba a Platón hacia el fin de su vida. Estos casos, sin embargo, eran excepcionales y ninguno de los soberanos compartió jamás tales aficiones.

El arte.

No se puede decir lo mismo del arte. Sin duda, tuvo un papel muy determinado en la civilización persa. No había estatuas divinas, ni templos, pues a la divinidad le bastaban los altares, y aun a veces se llegaba a prescindir de ellos. Tampoco existían tumbas, al menos para los particulares. Para éstos tampoco existían grandes viviendas, originales por el plano y por la decoración. Sin embargo existió un arte persa, porque existieron unos reyes persas, que no podían romper con la tradición de los soberanos orientales. Superándolos por su poder y por su riqueza, proclamándose "grandes reyes" y "reyes de reyes", quisieron como mínimo igualarles por sus monumentos. En ello iba su prestigio, incluso entre sus súbditos iranios a los que el elegido de Ahuramazda debía parecer de una esencia superior.

Era, pues, un arte regio, concebido por entero y ejecutado para exaltar a la vez al rey, a la dinastía y a la monarquía. La formación de esta idea no fue rápida; Ciro no tenía mucha necesidad de ella y Pasárgadas, su capital, fue en su época una ciudad modesta. El gran iniciador fue Darío I, organizador del Imperio. Adoptó los tres tipos de monumentos que en todas partes son inseparables de la idea de la monarquía: la inscripción monumental, con relieves, conmemorando los éxitos del soberano; el palacio, marco impresionante de las ceremonias áulicas; y la tumba, destinada a proteger, después de la muerte, la persona del rey. Esta última preocupación está llena de un sentido simbólico, pues la conservación del despojo físico era poco practicada entre los persas. Un monumento bastante simple había guardado ya los restos de Ciro, y con Darío empieza una tradición grandiosa: el rey escapaba así a la regla común.

Arte regio, el arte persa sólo pudo ser una fusión de otros artes. Mientras que el Irán no ofrecía ninguna tradición, el Oriente conquistado las tenía especialmente ricas. Las provincias ofrecieron sus materiales, sus obreros y sus artistas. Escuchemos a Darío I en Susa: "Para este palacio que he construido en Susa, los materiales han sido traídos de muy lejos. La excavación y lo que se ha edificado, lo ha hecho el pueblo babilónico. El cedro ha sido traído del monte Líbano. Los babilonios lo llevaron hasta Babilonia y, desde Babilonia, los carios y los jonios" - deportados-"lo han traído hasta Susa. La madera de teca ha sido traída de la India; el oro, de Sardes y de Bactriana: los lapislázuli y el cinabrio, de Sogdiana; las turquesas, de Chorasmia; la plata y el plomo de Egipto; los materiales que decoran los muros, de Jonia; el marfil, de Etiopía, de la India y de Aracosia; las columnas de piedra, de Caria. Los picapedreros han sido jonios y lidios; los orfebres, lidios y egipcios; los ladrilleros, babilonios; los hombres que han adornado los muros, medos y egipcios. En Susa se ha llevado a cabo un trabajo espléndido. Quiera Ahuramazda protegerme..." Estos hombres, estas razas tan diversas, habían traído cada uno sus soluciones y aplicado sus técnicas. ¿Quién era el coordi-

nador de la obra? Lo ignoramos, pero de todas maneras el palacio aparece como una antología del imperio y su arte toma así el valor de un símbolo.

La inscripción monumental con fin conmemorativo no fue empleada más que por Darío. Se trata de la inscripción rupestre de Behistún, grabada a cien metros de altura en el acantilado rocoso que bordea un desfiladero del monte Zagros, camino histórico entre Asiria y la Media. Fue grabada para celebrar la victoria de Darío sobre los rebeldes que pusieron en peligro el imperio en el momento de su elevación al trono. En lo alto, hay un relieve encima del cual campea el símbolo de Ahuramazda: dos oficiales, el rey, los enemigos, uno de ellos caído en el suelo y otros nueve con la cuerda al cuello. Debajo, la larga inscripción trilingüe da cuenta de los acontecimientos. Desde el camino nadie podría leerla: detalle que sirve para exaltar más la majestad real con la gratitud del esfuerzo.

También eran rupestres las tumbas reales de Persépolis y de Naks-i-Rustem, cuya primera idea había sido sugerida por los hipogeos egipcios, pero con el desarrollo interior muy simple, reducido a un vestíbulo y a una sala sin pinturas ni esculturas. Todo el esfuerzo se reserva al exterior. La pared rocosa, tallada en inmensa cruz griega, presenta dos compartimientos esculpidos con relieves. El de en medio, que es el más ancho, representa una columnata soportando una cornisa, figurando una fachada de palacio, en el centro de la cual se abre la puerta de la tumba. En el compartimiento superior, el rey, sobre un estrado llevado por hombres que personifican las satrapías, está delante del altar del fuego que está dominado por Ahuramazda.

Los palacios son más impresionantes todavía. En las capitales nacionales cada rey quería construir el suyo o al menos añadir algún elemento a lo edificado por sus antecesores. Esto explica la multiplicidad y la complejidad de estos conjuntos. También la prisa que, en regiones como la Persia propia, donde no faltaban los materiales sólidos, hacía adoptar el ladrillo para los muros según la costumbre asiria y guardar la piedra para los marcos de las puertas. Asimismo, el hecho de que muchas obras quedaran inacabadas: en Persépolis incluso elementos de columnas debidamente preparados no llegaron a ser colocados en su lugar.

Las excavaciones modernas han permitido conocer en particular el gran palacio de Susa y el conjunto imponente de la ciudad regia de Persépolis. Esta última, creada por Darío como capital dinástica, fue, poco a poco, abandonada en provecho de Susa, de forma que el rey iba a ella sólo para algunas pocas ceremonias oficiales. Más que ninguna otra ciudad, Persépolis simbolizaba la monarquía aqueménida y fue, con este motivo, que los compañeros de Alejandro la incendiaron, como represalia por las destrucciones llevadas a cabo en Grecia durante las Guerras Médicas. Domi-

nando una vasta llanura y adosada a la montaña, esta ciudad ocupaba una terraza, mitad natural, mitad artificial, de 530 X 330 metros, habiéndose recortado la roca y regularizado por una muralla de piedra tallada. No había peligro de inundaciones, pero, imitando las costumbres mesopotámicas, se situaban las residencias reales por encima de la ciudad común.

En Susa, como en Persépolis, la parte esencial del palacio era la gran sala de audiencias, el

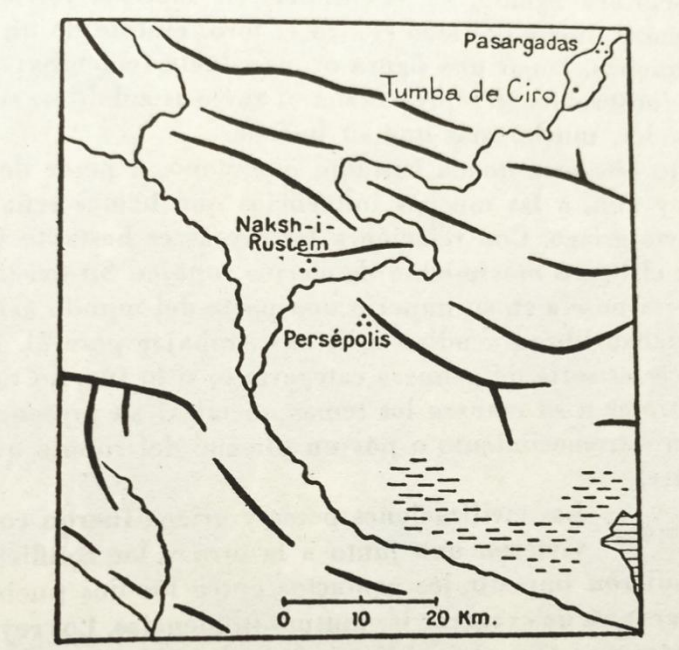


Fig. 22. — La región de Persépolis.

apadana, donde el rey se sentaba en su trono en el máximo esplendor de su dignidad. Algunas columnas, poco numerosas por las dimensiones de la sala-sólo 36 en un cuadrado de 43,50 metros de lado-, muy delgadas en relación con su altura - 1,60 metros de diámetro por una veintena de metros-, soportaban el techo hecho con vigas de cedro. Esta "sala de las cien columnas" estaba inspirada en las salas hipóstilas de los templos egipcios, aunque la ligereza de la techumbre permitía conservar una esbelta elegancia en los pilares. Otra originalidad consistía en el capitel, que representaba por encima de las volutas dos mitades anteriores de toro arrodillado, la viga reposando entre las nucas unidas por el lomo.

La decoración servía para realzar esta majestuosa arquitectura. Se hacía amplio uso del color y a veces de las piedras preciosas y del oro. En Susa, sobre los plintos de las escaleras y de los corredo-

res, una decoración de ladrillos con relieve esmaltado, según el procedimiento babilónico, mostraba desfiles de soldados, de leones o de animales fantásticos. En Persépolis, los relieves en piedra, muy planos, repetían el tema de los soldados, añadiéndosele el de las hileras de tributarios llevando a su señor, vestidos con sus trajes regionales, los censos de sus provincias. Otros medios, tratados a veces -raramente- en escultura exenta, se inspiraban en motivos asirios: toro alado con cabeza humana, lucha del león contra el toro, muerte de un monstruo por el rey. En la práctica, jamás una figura o una silueta femenina; por todas partes, de manera incansable, se representaba al rey, sus súbditos, sus soldados, su riqueza y su poder, mucho más que su justicia.

En conjunto este arte queda bastante monótono, a pesar de las tentativas de darle vida; y aún, a las muchas influencias que hemos señalado, hay que añadir la del arte griego. Con relación a las demás es bastante limitada, reflejándose sólo en el ligero movimiento de ciertos ropajes. Su existencia está probada: el rey persa poseía en su imperio una parte del mundo griego, e incluso, de las que quedaban libres, acudían artistas a trabajar para él. Hay que creer que ninguno de éstos sería de primera categoría o, si lo fue, no tuvo la libertad suficiente para tratar a su manera los temas oficiales; su presencia únicamente se señala por un estremecimiento o por un pliegue del ropaje que traiciona el cuerpo que cubre.

Iranismo y helenismo.

Las civilizaciones persa y griega fueron contemporáneas, vivieron una junto a la otra y los conflictos que las enfrentaron no pudieron impedir los contactos entre los dos pueblos.

Hay que guardarse de exagerar las mutuas influencias. Los reyes permitieron a los griegos viajar por Oriente e informarse sobre el país; la obra de Heródoto nos aporta el testimonio de esta liberalidad. Pero el arte de los griegos, que había sobrepasado la fase de los tanteos, seguía su propio camino. A través de Persia conocieron la India, aunque de forma incompleta, y en la práctica, la influencia india, si existe, se limita a algunas ideas medicinales o más bien a algunos remedios. Platón conoció el dualismo zoroástrico y quizá sufrió su tentación. No se llegó más allá y habrá que esperar varios siglos para asistir a la gran fama del culto a Mithra y del ocultismo atribuido a los "magos" que, por otra parte, ya no representaban al iranismo de los siglos V y IV.

En sentido inverso, el helenismo únicamente llegó a influir de una manera superficial en algunos miembros de las clases dirigentes, que vieron en él un lujo inédito del que no quisieron privarse. En la expedición que terminó con el desastre de Salamina, Jerjes se apoderó y llevó a Susa algunas obras de arte. En el harem real entraron griegas de Asia o fueron tomadas en matrimonio por sátrapas gobernantes de las provincias occidentales. En la corte sirvieron médicos griegos como

Democedes de Crotona, en el siglo VI, Apolonio de Cos, en el V, y Ctesias a continuación, aunque también se dice que Hipócrates rehusó las tentadoras ofertas de Artajerjes. En el siglo IV se reclutaron gran número de mercenarios griegos y algunos de sus jefes ocuparon funciones importantes, aunque sin llegar nunca a obtener la entera confianza del rey. El comercio ateniense gozó de una relativa libertad. Sería fácil prolongar esta enumeración, a pesar de la cual no variaría el sentido de la conclusión. Si bien los progresos de la helenización son evidentes en el oeste de Asia Menor, donde ya desde hacía mucho tiempo se había comenzado a ganar a los indígenas, la influencia en los iranios fue secundaria en absoluto.

En el momento de la expedición de Alejandro Magno los dos pueblos estaban frente a frente. Representaban dos mundos, dos civilizaciones. Entre ambas, ni la nobleza, ni la habilidad del héroe, pudieron establecer un puente duradero.

(Pag. 258 en blanco)

SEGUNDA PARTE

LAS CIVILIZACIONES DEL HOMBRE EN EL PRÓXIMO ORIENTE

(Pag. 260 en blanco)

LIBRO I

LOS PRELUDIOS

A pesar de las coincidencias, que no hay que negar - toda clasificación peca por esquematismo y debe sacrificar muchos matices -, hay, en estas mismas épocas, a partir del comienzo del III milenio antes de J. C., otras civilizaciones que se diferencian bien de las civilizaciones imperiales examinadas en los capítulos precedentes.

Éstas se daban siempre junto con Estados de extenso territorio y numerosa población, a los que su persistencia bastaba para imponer deberes preponderantes de organización política y administrativa. Les convenía asegurar la vida de una gran colectividad y con este fin, en Egipto por ejemplo, dirigir y coordinar la actividad económica de sus súbditos. Grandes potencias por sus masas geográficas y humanas, estados continentales expuestos a las codicias y a las amenazas de sus vecinos, inquietando a éstos e inquietados por ellos, arrastrados a conflictos en los que su abstención habría significado su decadencia, estos Estados tenían graves preocupaciones militares y sólo Egipto pudo librarse durante bastante tiempo de esta obsesión. Diversas causas llevaban a engrandecer la acción y el poder de un rey sobrehumano, incluso a veces divinizado. En todas partes provocaban, además, el oscurecimiento del individuo en la masa de los súbditos. Estas civilizaciones no tenían como fin el hombre, sino el estado personificado por el rey.

Por la fuerza que alcanzaban estos imperios y el prestigio que ella les valía, no se puede esperar ver a otras civilizaciones contemporáneas adoptar o, simplemente, concebir un ideal opuesto. En realidad, el "humanismo" que liberando al individuo, asigna como tarea del Estado el ayudarlo en el desenvolvimiento de su ser físico y espiritual, no se abrió camino, de manera casi inconsciente, hasta más tarde. Su triunfo todavía fue más tardío, sin llegar durante la Antigüedad a sentar este éxito sobre una base sólida y duradera. Pero lo importante no es este estado incompleto ni esta inestabilidad; lo importante es percibir un germen destinado unas veces a abortar y otras a crecer; lo notable es oír un sonido diferente por débil que sea, aunque tenga que amplificarse en otro lugar, o aunque tenga que extinguirse con rapidez. Con frecuencia, reconocer estos preludios es dificultoso.

Su índole puede variar y ser política o económica en un lugar, moral, intelectual o artística en otros. Casi siempre tenemos más indicios que certidumbres, y a veces sólo una lejana consecuencia que deforma seguramente el patrimonio inicial; pero no importa, retengamos el matiz tanto más precioso por ser tan frágil.

Para estas civilizaciones clasificadas así, quisiéramos encontrar otros rasgos comunes. Sólo llegamos a descubrir uno de estos rasgos al que, por lo tanto, hay que conceder alguna importancia. Todas se desarrollan en pueblos que formaban agrupaciones más restringidas que los pueblos imperiales; ocupaban un territorio menor y algunos, incluso, vivieron dispersos y sin unidad política. En general, pues, los problemas de organización no se presentaban para ellos de una manera tan exigente y siempre recibían soluciones más simples.

Obligado por la fuerza de las circunstancias a renunciar a las grandes ambiciones, el Estado podía revestir una forma muy discreta, limitar sus exigencias y dejar al hombre un campo más libre. Es cierto que a veces la amenaza extranjera les obligó a poner en juego hasta el máximo todas las fuerzas de su población, más allá todavía de los que la más poderosa monarquía se hubiera atrevido a hacer. Para ello se le ofreció un recurso que usó ampliamente: llamar directamente al individuo y esperar de su consentimiento, en parte al menos, lo que por la violencia jamás se hubiese obtenido. De esta manera, precisamente de estas crisis, el Estado y el hombre salían más íntimamente asociados y solidarios.

Este ensayo de análisis es válido en especial para Grecia. Pretender aplicarlo igualmente a las civilizaciones de los pequeños Estados a los que vamos a dedicar unas breves páginas, provocaría con justicia sonrisas o protestas, pues todavía los rodea demasiada oscuridad. Pero es lógico pensar que la conexión establecida entre el hecho del pequeño Estado y ciertos matices de civilización puede corresponder a una realidad, puesto que en un caso particular, precisamente el que mejor conocemos, tiene su justificación evidente. ¿No pudo, por lo tanto, haber empezado a establecerse en otros lugares de una manera más o menos firme?

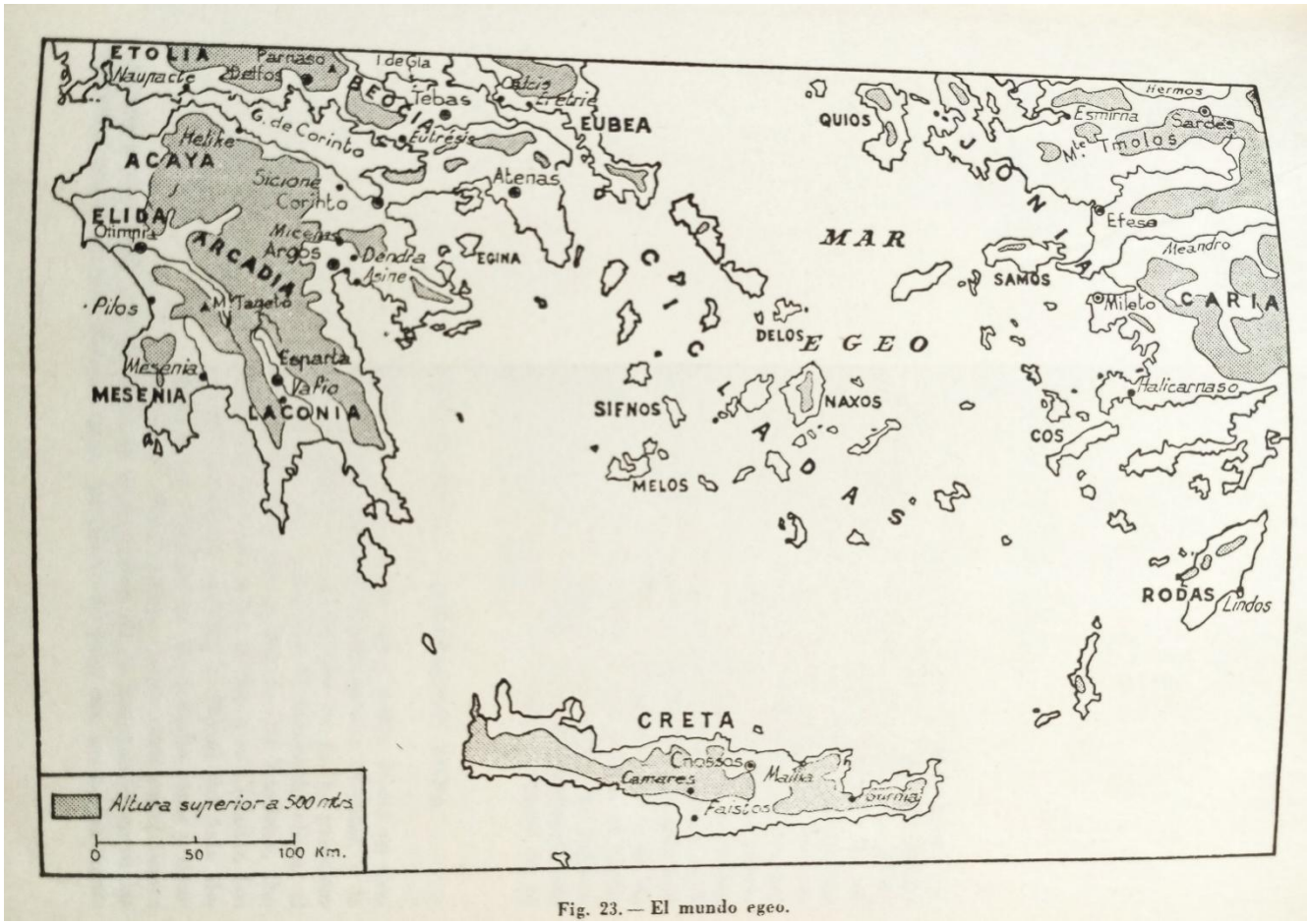


Fig. 23. — El mundo egeo.

(pag.264 en blanco)

CAPÍTULO I

LA CIVILIZACIÓN EGEA

Puede parecer arbitrario el colocar en una serie de capítulos del carácter que hemos definido el que concierne a la civilización egea. Pero esta inclusión creemos que se puede justificar. Aunque es tradicional-y legítimo-hablar de "imperios" a propósito de los egeos, se trató siempre de pequeños Estados cuya extensión, si nos fijamos en la superficie propiamente territorial, queda insignificante comparada con la de los grandes imperios continentales. El dominio que ejercieron sobre el mar no compensa su relativa modestia. Se trata asimismo de unas civilizaciones en las que la actividad económica está en estrecha conexión con el comercio, precisamente con el marítimo, aunque deja al hombre o a pequeños grupos, una autonomía mayor que la agricultura, en especial donde ésta necesita una irrigación organizada. Además esta civilización se expresó con un arte mucho más libre y espontáneo que el de los demás países del antiguo Oriente, aunque impusiera a sus artistas el tratar ciertos temas, ya fuesen regios o religiosos. Por último, transmitió a la civilización griega, cuyo desarrollo ulterior marcó el triunfo del individualismo, una herencia más importante y más inmediata que la del Oriente, en razón de su proximidad y aun de su superposición geográfica.

I. UNIDAD Y DUALIDAD DE LA CIVILIZACIÓN EGEA

Periodo cretense.

La civilización egea es a la vez una y doble. Nació en Creta, la mayor de las islas del Mediterráneo oriental, y la única que ofrecía algunas llanuras donde la agricultura se podía practicar ampliamente. A pesar de la atracción que constituía el favorable clima, el hombre no apareció en Creta hasta un momento avanzado del Neolítico. Durante mucho tiempo sus progresos son paralelos a los de las islas Cícladas. Las poblaba la misma raza que sin duda ocupaba también el litoral del Asia Menor. Este tipo étnico no se relaciona con ninguna de las grandes razas y siempre se ha calificado de "mediterráneo". Para explicar todos estos paralelismos hay que pensar más que en nada en la facilidad de la navegación entre las diferentes partes de este mundo egeo, sembrado de islas con las costas recortadas por calas y golfos innumera-

bles y con vientos regulares durante el buen tiempo. Melos, en las Cícladas, es la única que posee yacimientos de obsidiana, roca fácil de tallar en hojas delgadas de finas aristas, por lo cual su civilización quizá fue más próspera y más temprana que la de Creta. Lo mismo se puede decir de Chipre, bien provista de cobre, metal al que dio nombre, y tan próxima a Asia, cuyas civilizaciones avanzadas le servían de guía.

Creta no empezó a destacarse hasta la primera mitad del III milenio, con notorio retraso con respecto a Egipto y a Mesopotamia, mucho más favorecidas por la naturaleza. Bruscamente, hacia el año 2000, llega el esplendor con la construcción de los palacios de Cnossos, Faistos y Malia. Una catástrofe general, temblor de tierra o incursión enemiga, los destruyó hacia el año 1700. Se reedificaron, y el período que empieza entonces es el de mayor apogeo, en particular en Cnossos, cuyo palacio, ya entonces el más importante, subsistió sólo en la isla a partir del año 1500.

La influencia cretense-la de Minos, probablemente nombre dinástico individualizado por los griegos como un rey legendario- resplandeció entonces por todo el Mediterráneo oriental, haciéndose sentir particularmente en el Peloponeso, al sur de Grecia.

La península griega había conocido hasta entonces una civilización pobre y atrasada. Nada la diferenciaba del resto de los Balcanes, y desde el principio del II milenio aproximadamente se producían de vez en cuando algunas invasiones de grupos de indoeuropeos que conseguían instalarse en el país. A partir del siglo XVI, un grupo de estos invasores se había adueñado de la región de Argos, al nordeste del Peloponeso: eran los aqueos, uno de los elementos que en el futuro debía formar el pueblo griego. Estas gentes sufrieron la influencia de la cultura cretense, aunque conservando muchas características propias. Se produjo entonces un momento de plena preponderancia cretense, quizá de dominación política, muy lógica si se piensa que Creta y Cnossos estaban en su plena prosperidad.

Periodo micénico.

Sin embargo, los aqueos, excelentes guerreros que utilizaban carros enganchados con caballos, llenos de fuerza joven y expansiva, atraídos por la riqueza de sus educadores, acabaron atacando a los cretenses. Hacia 1400 el palacio de Cnossos fue completamente destruido y ya no se reconstruyó. En esta época se puede situar la instalación de una población nueva, que la Biblia llama cretense, en la costa meridional del país de Cana'an. Estos filistenos o filisteos, cuyo nombre dio origen al de Palestina, debían ser emigrantes huídos de un país arruinado. Por el mismo tiempo, al contrario, la Argólida conoció un momento de preponderancia. Decadencia de la isla, progreso de la península. ¿Cómo no relacionar las dos constataciones admitiendo una expedición victoriosa y un pillaje en regla?

Esta creencia se basa también en el hecho de que la civilización que se desarrolló entonces, sobre todo en Micenas de donde le viene su nombre tradicional y en Tirinto, está influida de manera muy patente por lo cretense. Al saquear la isla, que a partir de entonces llevó una existencia precaria, los aqueos arrebataron tesoros, artistas y obreros con el fin de embellecer su propia existencia material; pero la presencia de estos objetos y de estos hombres no podía dejar de tener sus consecuencias en el aspecto moral, en particular en materia religiosa.

Los aqueos supieron sacar también provecho de la herencia en el terreno económico; dominaron el mar y practicaron el comercio, dándole incluso nuevos rumbos, por ejemplo en Grecia y hacia el Mediterráneo occidental. Su comercio se acompañaba de piraterías y al mismo tiempo enviaban aquí y allá, a Chipre y quizá a las costas de Asia Menor, grupos de colonos que fundaban pequeños Estados. Poco después, una empresa común condujo a todos los reyes aqueos contra la ciudad de Troya en la entrada de los Estrechos: fue éste el largo asedio del que los poemas homéricos nos han guardado el recuerdo. Su fecha continúa siendo discutida, oscilando entre el principio del siglo XIV y la mitad o el fin del siglo XIII. También están sujetas a polémica las causas de la expedición; pero el que tuviese lugar y terminase con la victoria de los aqueos está en absoluto fuera de duda.

Estas victorias no impidieron que la civilización micénica se debilitase a partir de 1200. No se trata de una destrucción brusca, sino de una decadencia progresiva provocada por la llegada de nuevos grupos de griegos, los dorios, llegados del Norte. Éstos conocían bien las técnicas del hierro, con el que forjaban todas sus armas y vencieron fácilmente a los aqueos armados de bronce que durante dos siglos habían dominado el mundo egeo.

Unidad o dualidad.

Se trata, pues, de dos civilizaciones emparentadas pero distintas. Cercanas en el espacio, aunque 300 kilómetros separan sus respectivos centros; próximas en el tiempo, pero no simultáneas, y la cronología, si bien aproximada, indica muy bien sus relaciones: una dura del 2000 al 1400, la otra del 1600 al 1100 a. de J. C. La primera, constituida lentamente en una isla del Mediterráneo, tiene influencia en el nacimiento de la segunda y una vez desaparecida se sobrevive en su heredera. La más moderna combina lo que ha recibido, o absorbido con violencia, con lo que los hombres que la practican han aportado de sus llanuras nórdicas. Una es puramente indígena y autónoma; la otra, obra de inmigrados que la constituyen con elementos heterogéneos. La más antigua, especialmente dedicada al comercio; la otra, guerrera por excelencia, mitad marítima y mitad continental. Por una parte elegancia y finura, por la otra más brutalidad y más avidez de oro que de gracia.

Dos civilizaciones que coinciden parcialmente, pero que también se oponen y que, desde luego, es imposible examinar en bloque.

Límites de la documentación.

Antes de dar comienzo a la doble exposición que sigue, es conveniente recordar un hecho que justifica sus lagunas y las reservas que con frecuencia tendremos que hacer: la escritura, o mejor, las escrituras -pues por lo menos hay tres- de que se sirvieron los egeos han resistido todas las tentativas de desciframiento. Así, no se ha podido salvar el desconocimiento absoluto que se tiene de las lenguas que hablaron. Los aqueos debían hablar griego, o más bien, uno de sus dialectos. ¿Y los cretenses? Los documentos no nos faltan; por ejemplo, sólo en las ruinas del palacio de Cnossos han sido encontradas más de 1.500 tabletas de arcilla endurecida al fuego. Otras, menos numerosas, provienen de distintos lugares, algunos en la Grecia continental. Como en otros países, los palacios tenían sus archivos, sus oficinas y quizá sus bibliotecas. Además, en Creta se han encontrado innumerables objetos, en especial sellos y cerámica, llevando signos de la escritura. Ésta no era, pues, un monopolio de la administración; si nos fiamos del papel utilitario de los objetos, los particulares, aún los de las bajas clases sociales, podían comprender estos signos. Pero los filólogos han usado en vano todos los métodos: el de las comparaciones, el del razonamiento y el de la intuición. Con razón se ha escrito: "Creta espera su Champollion." Pero Champollion disponía de un "bilingüe", la piedra de Roseta, que le daba el mismo texto en una lengua conocida y en otra desconocida que quería descifrar. Hasta ahora ninguno de los signos empleados por los egeos ha sido encontrado al lado de un signo de lenguaje conocido.

Sólo las tradiciones recogidas y con frecuencia deformadas en mitos por los griegos, pueden ayudar a interpretar una documentación arqueológica bastante abundante, descubierta desde 1885 en el Peloponeso y desde 1900 en Creta. Existen muchos puntos oscuros y muchas dudas que son lamentables, pues sería suficiente para disiparlas el poder leer los textos ya descubiertos pero que continúan indescifrables (1).

(1) Los numerosos vacíos señalados, y los que lo serán a lo largo de los apartados referentes a las civilizaciones cretense y micénica, quizá sean cubiertos en poco tiempo. En efecto, fechada la edición francesa de este libro en 1953, el autor no pudo tener conocimiento de una importante novedad referente a la escritura minoica. De los tres tipos de escritura establecidos por Sir A. Evans, el más moderno, llamado minoico lineal B, ha sido descifrado por Michael de Ventris y John Chadwick. Caso que se ha dado con cierta frecuencia en Arqueología, los autores de este sensacional descubrimiento no son arqueólogos profesionales. Después de los más estrafalarios intentos de interpretación, los epígrafes de dicho tipo procedentes de Cnossos (tablillas de arcilla con inventarios, cuentas, recibos, etc.) y de la Grecia peninsular (Pilos de Mesenia, Micenas, Tebas), que hay que fechar entre 1400 y 1200, resultan estar escritos en un dialecto griego arcaico afín al arcadio-chipriota conocido por inscripciones casi nunca anteriores al siglo v a. de J. C. Por tanto hay que llevar a una

II. LA CIVILIZACIÓN CRETENSE

La monarquía minoica.

Los datos auténticos sobre la monarquía minoica son muy escasos.

La existencia de varios palacios en la primera mitad del II milenio hace pensar en una pluralidad de reinos, y, sin embargo, ninguna ciudad tuvo recinto amurallado y los palacios tienen muy poco de fortaleza. Así pues, la isla no sirvió de campo de batalla para ambiciones rivales. Pero, poco a poco, Cnossos fue superando a las demás ciudades, como lo atestigua su esplendor final, lo que hace suponer su dominación sobre toda la isla. Para justificar la vida que subsistió en las ricas residencias provinciales, no es necesario pensar en reyezuelos locales sino más bien en simples gobernadores. La riqueza material de la civilización de Cnossos prueba el esplendor de esta monarquía. El palacio tenía talleres y almacenes, servidos por un pueblo de obreros y oficiales. A juzgar por la importancia de las oficinas y de los archivos, la monarquía hizo un esfuerzo de centralización, pero nada sabemos de los medios administrativos empleados.

Al decir imperio minoico y monarquía poderosa, no hay que confundirse: la potencia está en el mar. Sin ella hubiera sido necesario fortificar puertos, ciudades y palacios. Minos quedó en la tradición griega como fundador de la primera talasocracia egea. La intensidad de intercambios entre todos los países del Mediterráneo oriental prueba que este mar, como ya afirmó Tucídides, había sido limpiado de piratas. El mismo historiador añade que Minos colocó a "sus hijos" a la cabeza de colonias establecidas en la mayor parte de las Cícladas. Según esto tendríamos que creer en una dominación política sobre las islas, lo que se contradice con los restos que han sido hallados por los arqueólogos y que revelan escasa influencia. En la Grecia continental tampoco existen huellas materiales, aunque se encuentra la leyenda del Minotauro, el monstruo de Minos, al que los atenienses debían entregar cada año su tributo de juventud. Esto indica un vínculo de vasallaje, que no se puede señalar ni en la Argólida, ni en Chipre, ni en la costa asiática. Algunos lugares muy dispersos y que conservaron el nombre de "Minoa", no son suficientes para apoyar la hipótesis de un verdadero y gran imperio.

La fuerza militar era pequeña. El "vaso del jefe" muestra un oficial envarado por el porte de

época muy anterior a los aqueos la llegada de los primeros dialectos griegos al mundo egeo. Se abre ahora una larga tarea de investigación con perspectivas hasta ahora insospechadas. Este paso adelante ayudará al desciframiento de los otros tipos de escritura minoica e, indirectamente, permitirá conocer algo de la lengua minoica, seguramente no griega, y de las escrituras de Mediterráneo protohistórico (chipriota, hitita, jeroglífico, tartesio, etc.). ***(Nota del Traductor.***)

sus armas. Las ruinas de Cnossos contenían almacenes de armamento; pero la importancia de estos indicios es limitada. La monarquía cretense contaba con su marina, pero ésta no pudo impedir las incursiones de los piratas ni la catástrofe final.

La realeza tenía un carácter religioso. Las pinturas que adornan la sala del trono de Cnossos y las habitaciones contiguas no son una simple decoración estética. El rey lleva una especie de cetro y está rodeado de símbolos: la flor de lis, y en particular, representada en los pilares y en los muros, la doble hacha o bipenna. Entre ciertos pueblos de Asia, éste era un emblema religioso, atributo de dioses como el Tešub hurrita y el Hadad de Doliché. Los griegos nos han transmitido el nombre asiánico, *labrys*, y lo que ellos llamaron "laberinto" debió ser simplemente el palacio de Cnossos, el de la monarquía de la doble hacha. La existencia de una relación entre la monarquía y la religión es una cosa cierta, pero nada, ni incluso un relato de Platón, nos permite conocer su naturaleza.

No sería necesario poseer la tradición griega para atribuir al rey las funciones judiciales que en todas partes van asociadas tanto en el hecho como en la esencia con el poder monárquico. La razón de que los griegos hubiesen convertido a Minos en el inflexible juez de los infiernos, no es suficiente para suponer que su dinastía hubiese dejado una reputación de acentuada severidad.

Por lo fragmentario de estos datos y por el gran número de lagunas existentes, vemos que la monarquía minoica, aunque caracteriza fuertemente a la civilización cretense, en el estado actual de nuestros conocimientos no puede por sí misma ser suficiente para el estudio de esta civilización.

La vida económica.

La vida económica nos ofrece el espectáculo de otros aspectos de la cultura cretense.

Dentro de lo que es posible en un país del Egeo, en una isla donde los macizos montañosos ocupan una gran parte de la superficie, en el que los veranos son precoces y secos, donde ningún gran río aporta la ayuda del riego, la agricultura era próspera. La religión se había fijado bajo la influencia casi exclusiva de la vida agraria y no llegó a modificarse cuando las preocupaciones de los hombres se hicieron más variadas. La ingeniosidad de los cretenses para sacar partido de todos los recursos era notable; aunque en otra escala, nos inspira tanta admiración como la organización del trabajo agrícola de los grandes valles fluviales de Oriente. En el momento del apogeo, la producción de cereales debía ser insuficiente, mientras que la de los árboles frutales, el olivo y la viña, debía procurar un excedente exportable. A la agricultura se añadía la ganadería, incluso la bovina, y una parte de la población rural adaptaba su vida al cambio de habitación, al ritmo estacional de la trashumancia entre llanuras y montañas. El asno era conocido

desde hacía mucho tiempo y a mediados del II milenio se le juntó el caballo, cuyo empleo no llegó a generalizarse. En ciertos puntos del litoral, la pesca era muy activa y en ella se buscaba no sólo un complemento de alimentación, sino la preciosa concha, el *murex*, de la que se extraía la púrpura. Sería fácil multiplicar estos breves ejemplos hablando de las colmenas, las flores y los bosques, pero nada de ello es suficiente para explicarnos la prosperidad de la isla. Esta seguramente encontraba sus principales bases en el exterior.

La actividad industrial está atestiguada por el descubrimiento de los talleres anejos a los palacios y por la ciudad de artesanos que era Gurnia, en el fondo del amplio golfo de la costa nordeste. Excelentes técnicas habían sido descubiertas o asimiladas en todas las ramas de la producción. La finura de la cerámica implica el empleo de un torno de rotación muy rápido. Desde una época muy temprana la metalurgia supo emplear la incrustación y la soldadura. La orfebrería y la fabricación de armas de lujo en bronce y metales preciosos competían con facilidad con las más notables producciones de Egipto y de Mesopotamia.

A esta industria acompañaba un comercio muy intenso que contaba con elementos suficientes. No se arreglaron los puertos por mano del hombre, lo que es debido a que el tipo de navegación exigía sólo simples playas naturales. No sabemos cómo eran los navíos mercantes, aunque es suficiente conocer los de guerra para tener una idea de los mismos. En el interior de la isla existían caminos pavimentados que conducían a las ciudades-mercado y a los palacios. Como en Oriente, se poseía un sistema de pesos y medidas, mientras que lingotes o discos de metales preciosos, a veces con marcas, facilitaban los cambios. Desgraciadamente nada sabemos del derecho comercial, si bien es lógico pensar que por influencia del mundo mesopotámico y por el desarrollo del comercio se debía practicar el préstamo bajo varias formas, el cambio, etcétera. El desarrollo alcanzado por estas actividades comerciales es inconcebible sin la posesión de un mecanismo jurídico que era necesario adaptar a las especiales condiciones del negocio marítimo.

Tanto el abastecer a la industria con materias primas como el vender los productos en el exterior sólo podía hacerse por mar. El tráfico marítimo cumplió ampliamente esta misión; ni las piedras ni los metales más variados faltaron a los artesanos cretenses. Objetos salidos de sus manos han sido encontrados en Egipto, en Chipre y en la costa fenicia (Byblos y Ugarit, Ras-Samra), en las costas de Asia Menor y en Grecia, y todavía en mayor abundancia en las islas Cícladas, entre las que Melos parece que llegó a ser una verdadera sucursal económica de Creta.

31.—*El «rey-sacerdote» de Cnossos.*

El camino transversal del Egeo.

Estas múltiples relaciones explican la riqueza de la civilización cretense. Lejos de perderse, el recuerdo que dejó fue creciendo en la tradición griega, y Homero hablará de la isla “hermosa, rica, bien regada, poblada por un número infinito de hombres y con noventa ciudades".

Con lo cretense aparece por primera vez en la antigüedad una vida económica regida por el comercio marítimo. Este carácter le confiere una originalidad propia frente a las civilizaciones orientales con las que tiene todavía tantos puntos de contacto. Fenómeno inevitable en una isla en la que la naturaleza imponía al hombre condiciones de vida muy diferentes a las de los valles del Nilo y del Éufrates.

Pero su posición la consagraba a una misión que llevó a cabo con éxito: la de abrir a los contactos y a los cambios el camino, hasta entonces inédito, que atraviesa el Mediterráneo oriental en el sentido Este-Oeste y que, hacia Chipre, cruza el camino Norte-Sur a lo largo de las costas asiáticas, conocido y frecuentado desde hacía mucho tiempo como lo demuestran las relaciones de Egipto con Byblos. Hasta este momento las relaciones entre Europa y Asia se realizaban principalmente por los Estrechos. A este camino, al propio tiempo que a sus relaciones con el Mar Negro había debido su prosperidad, hacia 2300 a. de J. C., una de las nueve ciudades-la que llamamos "Troya II"- superpuestas en la colina de Hissarlik. En el momento en que los cretenses dominaban el mar, este camino era utilizado especialmente por las bandas de indoeuropeos que iban a establecerse a Asia Menor. Los marinos cretenses habían encontrado, pues, un camino mucho más corto que éste, porque sus puntos de desembarco orientales se encontraban mucho más cerca de los grandes centros de civilización del Próximo Oriente.

La sociedad

La vida social, muy poco conocida, tiene que dar lugar a un relato lleno de vacíos. Sería importante conocer el paso desde unas colectividades bastante amplias a las unidades familiares. Algunos creen que existe la prueba arqueológica de este paso, pues se han hallado viviendas antiguas divididas en numerosas habitaciones, a veces hasta una veintena, mientras que más tarde las casas corrientes son todas de tipo uni-familiar. Pero la interpretación de estas casas colectivas no es definitiva y no es posible, sin atrevimiento, hablar de clanes en Creta.

De la documentación que hace referencia a la familia resalta un hecho: en la sociedad cretense, la mujer ocupaba un lugar y gozaba de una libertad que no conocía en ninguna otra parte y que debía aún pasar mucho tiempo hasta volver a encontrar. La gran divinidad y numerosas divinidades menores eran femeninas y las sacerdotisas tenían un importante papel en las ceremonias.

Las representaciones gráficas muestran con frecuencia a las mujeres fuera del hogar, en la plaza pública, en el teatro o en la arena del circo. Sin embargo hay que limitarse a constatar, sin pretender explicarla, la originalidad de estas costumbres.

Ignoramos todo lo referente al régimen agrario y a la organización de las clases sociales humildes cuyo trabajo aseguraba tanto la producción agrícola e industrial como los transportes comerciales. La acumulación de pequeñas viviendas-talleres desparramados por la pendiente de la colina de Gurnia, no hace más que confirmar lo que ya se sobreentiende: en Creta, como en todas partes, existían pobres.

Lo que mejor ha llegado hasta nosotros son las grandes viviendas y los palacios, que estaban animados de una vida muy brillante, lujosa y refinada, una vida de corte. El oro, la plata, el bronce, las perlas, y las piedras raras ofrecían un material para armas de lujo, para piezas de orfebrería, joyas y piedras duras grabadas que unían a la perfección técnica un gusto delicado. Existía una moda femenina con faldas acampanadas, volantes, corpiños muy escotados y con las mangas muy anchas. La vestimenta de los hombres no tenía tanta complicación, aunque ellos también lucían sus joyas y amaban los tejidos y los cueros de vistosos colores. Unas canalizaciones muy bien concebidas aseguraban la distribución de agua en las habitaciones que incluso no ignoraban las letrinas. Tendrá que pasar mucho tiempo para que el hombre vuelva a sentir un cuidado por la higiene como el que se tenía en la Creta minoica, más de mil quinientos años antes de nuestra Era.

A pesar de lo pintoresco de estos indicios, no llegan a completar la visión material de una vida social de la que sería interesante conocer el mecanismo.

La religión

Lo mismo podemos decir de la religión, que sólo se puede llegar a presentir a través del arte.

La participación de Creta en las ideas religiosas propagadas por las grandes civilizaciones orientales está lejos de ser total. Se puede, sin embargo, intentar explicar por ella la abundancia de seres quiméricos, con frecuencia gesticulantes, demoníacos: hombres y mujeres con cabezas de animales, esfinges, grifos, genios alados, etc. El Minotauro de la mitología griega representa sin duda el recuerdo dejado por estos seres monstruosos. El antropomorfismo se impuso para las divinidades y las armas (escudo y lipenna), las aves, la serpiente y el toro no deben ser más que atributos o símbolos. Pero el árbol está con tanta frecuencia representado en el centro de ceremonias de culto, a veces colocado sobre un altar, que su adoración directa, vestigio de un fetichismo primitivo, es verosímil. A diferencia de Oriente no se puede señalar con seguridad ninguna divinidad celeste; tampoco existía divinidad del viento ni del mar, lo que sorprende teniendo en cuenta su importante papel en la vida cretense. Parece que el fin esencial de

la religión era exaltar la fertilidad de la tierra bienhechora. La abundancia de representaciones femeninas, la insistencia puesta en destacar las caderas, en desnudar los pechos, cruzando, en ocasiones, las manos sobre ellos, la asociación con el árbol y la serpiente, animal subterráneo por excelencia, todo induce a creer en el culto predominante de una especie de Gran Madre, diosa de la tierra y de la fecundidad. Junto a ella un dios varón ocupaba un lugar seguramente muy secundario. Pero nada podemos decir de este dualismo desigual para justificar el cual será necesario poder leer los nombres divinos, en los futuros estudios de las tablillas cretenses.

Falta de una manera absoluta un elemento en otras partes indispensable al culto: el templo. Se encuentran algunas capillas, de dimensiones muy reducidas, ya sea en las grandes viviendas o esparcidas por el país, y a veces incluso altares aislados. Así, el contacto con Oriente no introdujo el uso de construcciones destinadas a albergar a la divinidad. En cambio las fiestas se parecen mucho a las orientales: en Creta también marcaban los grandes ciclos de la vida agrícola, en especial la siega y la recolección de los frutos, organizando procesiones y danzas sagradas, a veces frenéticas, con acompañamiento de música. No se puede asegurar que se trate de influencias y al menos un episodio muy frecuente en sus ceremonias religiosas es original. No las representaciones teatrales que existían también en los misterios egipcios, sino los juegos públicos, con combates de boxeo y luchas, en especial corridas de toros, según nuestros conocimientos sin muerte de los animales y como simples ocasiones de efectuar un ejercicio acrobático. En ellas las mujeres tenían una importante participación al lado de los varones.

¿Estos juegos, cuyo éxito fue muy grande, llegaron a tener, al menos de hecho, un significado profano? En todo caso el ideal físico de los cretenses parece identificarse con la figura del gimnasta. Si tuviéramos que creer las representaciones que han llegado hasta nosotros, en el país no existía la obesidad. Sin duda, por otra parte, aunque en relación con la religión, este gusto por el deporte representa el principio de una concepción nueva del hombre, llamado a cuidar sus cualidades físicas con otra finalidad que la guerra y con vistas a un esfuerzo necesariamente individual.

Sólo de una manera parcial conocemos sus ideas sobre la muerte. No se limitaban a inhumar el cadáver en una tumba más o menos rica, sino que se depositaban junto a él sus objetos familiares, más o menos lujosos, y todo aquello de que pudiese tener necesidad en la prosecución de una vida a la que la muerte no ponía fin. A continuación se le hacían ofrendas alimenticias y de otras clases, que en general eran las mismas que se hacían a la divinidad. Por tanto la vida ultraterrena se relacionaba con el mundo divino. El famoso sarcófago de Hagia Tríada, cubierto de escenas pintadas, muestra al

muerto en pie delante de la tumba, mirando los portadores de ofrendas que avanzan hacia él. Muestra también un carro tirado una vez por caballos y otra por grifos. Ante la falta de otros datos lo prudente es dejar sin comentario estas representaciones.

El arte

Con el comercio marítimo, el arte es el campo en el que la civilización cretense obtuvo sus más perfectos aciertos, los que, por cierto, no es necesario aclarar por la lectura de textos, porque su calidad estética encanta a cualquiera que los ve. El arte contemporáneo de otras regiones se impone por la amplitud de sus concepciones y por la grandiosidad de los medios usados. En cambio el cretense no tiende nunca hacia la grandiosidad que incluso parece rehuir. Más bien se complace en el pequeño conjunto. Sin embargo estaba servido por un sentido agudo de la vida y de la observación de la naturaleza, por una especial aptitud en captar el aspecto decorativo que se puede sacar de todas las cosas, por un gusto perfecto en el color y en la forma, por una extraordinaria capacidad inventiva y, en último término, por una abrumadora virtuosidad técnica. Los artistas producidos por este pueblo, que apenas debían distinguirse de los otros artesanos, no llegaron a tener nunca una visión en grande, pero en cambio tuvieron el sentido de la belleza.

No existían templos, grandes tumbas, ni viviendas grandiosas. Los palacios más importantes, por ejemplo el de Cnossos, no fueron contruidos según un plan meditado; su construcción progresiva fue yuxtaponiendo unos a otros los múltiples elementos. Éstos toman la luz de patios interiores o por galerías descubiertas, comunicándose entre sí, con más o menos dificultad, por una complicada red de corredores y de propíleos con columnas, que hicieron nacer el famoso "laberinto" de la fábula. Ciertamente no falta habilidad en unir a base de terrazas las diferencias de nivel. Pero no se preocuparon jamás de dar al conjunto, imponente por sus dimensiones - alrededor de 150 metros de lado para el último palacio de Cnossos y dos pisos o quizá tres de altura -, alguna simetría evocadora de nobleza. Ya que no la unidad interna, al menos una fachada principal o una puerta monumental se hubieran podido ofrecer al que llegaba; ambas faltan en absoluto y están sustituidas por multitud de puertas que se abren sobre los muros exteriores desigualmente alineados.

En la distribución interior de las habitaciones existía un cierto orden. En el centro hay un gran patio (60 X 29 metros en Cnossos), en el que estaban los altares y las fosas de sacrificio. A su alrededor están diversas dependencias: las salas de ceremonias, las habitaciones privadas, las oficinas, etc. Su agrupación es coherente, pero la confusión aparece en el interior de cada zona, llena de patios secundarios, a veces tan pequeños que hacen pensar en pozos.

A pesar de que este amontonamiento parece desafiar la lógica, de que este mundo confuso está falto de majestad, de que la mayor de las salas no mida más que 12 x 8 metros, los hallazgos de

detalle tienen una gracia armoniosa que seduce: la disposición de ciertas escaleras, la colocación de las columnas que reemplazan uno de los muros laterales, los buscados y bellos efectos de luz y de sombra, etc.

La decoración interviene de manera especial en los muros y es muy abundante en el último palacio de Cnossos, que en ello muestra, como en sus dimensiones, su supremacía sobre los otros. No existía la estatuaria de tres dimensiones ni el bajorrelieve y en cambio abundaba el estuco pintado, algunas veces modelado con ligero relieve. El empleo de simples temas decorativos es lo más antiguo. Pero poco a poco se fue abriendo paso la representación de escenas animadas.

Al representar al ser humano el artista se fijaba en particular en el rostro y éste es, con frecuencia, vivaz y expresivo, lo bastante particularizado para que sea posible ver en él un retrato. Aparte de esto no existía ningún interés por los detalles que se trataban rápidamente: "la Parisién" de Cnossos no tiene orejas y tanto la anatomía del busto como la de los miembros está bastante descuidada. Para ellos lo importante era el movimiento, captado en su instantánea palpitación; incluso en las escenas procesionales se deslizan la asimetría y el desorden. La voluntad de libertad es lo que triunfa. El hombre escapa a todo hieratismo, a toda actitud convencional, a todo gesto obligado, siguiendo sólo la ley de su propia vida personal. Si esta ley rige para los seres que pinta, ¿cómo no la aplicará para su propia vida?

Acostumbrado a representar al individuo en el instante fugitivo y único, el artista tenía asimismo una gran facilidad en representar a los animales. Se producen entonces inolvidables obras maestras de la pintura animalística: el toro saltando, el felino al acecho, el mono avanzando entre flores, el ave en el momento de posarse, el pez volador replegando sus alas para lanzarse en medio de la espuma y de las burbujas, el pulpo de tentáculos ondulantes, etc. No existe nunca una actitud estática o estereotipada, sino el movimiento preciso y escogido para sugerir los que le han precedido y los que van a seguirle; siempre una acción, a veces descompuesta gracias a la yuxtaposición de dos o tres animales representados en momentos diversos del mismo movimiento; siempre la evocación intensa de la vida en su inestabilidad, su energía y su agilidad.

Esa búsqueda de lo instantáneo no disminuye el sentido decorativo que el artista satisface dejando de lado toda simetría. A veces con el fin de proseguir la curva atrevida de un cuerno rompe el borde del recuadro. No contento con observar el pretendido "galope volante" de los grandes cuadrúpedos - el error empezó, precisamente, en Creta y duró hasta Marey, hacia 1870-recorta el lomo y levanta la grupa, con el fin de acentuar la elegancia de la línea dorsal. Se ha calculado que los artistas cretenses tomaron la mitad de sus modelos del mundo marino (peces, conchas, estrellas de

mar, etc.), que por habitar en una isla conocían perfectamente y que casi la mitad del resto son aves; la razón está en que en aquellos ámbitos y seres encontraban formas más ligeras y más onduladas, ofreciendo excelentes recursos para su gusto de armonía decorativa. El mundo del mar les ofrecía asimismo la mayoría de los paisajes, donde hacer evolucionar a los seres animados, entre las amplias curvas o los remolinos rotos de las olas y entre las algas suaves y las líneas desdibujadas de las rocas. Al representar la vegetación terrestre, los tallos y las flores, los interpreta también en sentido ornamental, pues nunca se abandona ni al pintoresquismo descriptivo ni al detallismo abigarrado. Un seguro instinto del equilibrio y una distinción innata le guarda de estos excesos tanto como de los insulsos y complicados adornos: con la línea y el movimiento, la naturaleza nutre con su savia una inspiración que sabe dominar incluso en los momentos de mayor embriaguez.

Hay más atrevimiento en el juego cromático, un juego tanto más abigarrado porque ignora los medios tonos y recurre por sistema a las tintas más vivas, sin preocuparse de los valores complementarios ni de los colores reales. Por ejemplo, en la "casa de los frescos" de Cnossos, el pájaro y el mono están pintados en azul. Un trazo de color bermellón rodea con frecuencia las manchas de color uniforme. Casi se podría hablar de falta de armonía si estos tonos puros no hubiesen sido escogidos adrede para crear una decoración de magia.

Los primeros ejemplos de esta policromía sabia y agradable a los ojos, se encuentran en la cerámica de los siglos XVIII y XVII con los vasos llamados "de Camares". Después la cerámica la abandonó, quedando sólo para el fresco. Por el contrario el dibujo tuvo la misma evolución en la pintura mural y en la cerámica, en el labrado de la piedra y en el cincelado de los vasos de metal. Lo que queda dicho de los temas adoptados y de su tratamiento es especialmente válido para el período de apogeo del arte cretense en el siglo XVI y principios del XV. A continuación derivó hacia formas más rígidas y disciplinadas que es tentador explicar por los progresos de la monarquía de Cnossos: la denominación tradicional de "estilo de palacio" señala la oposición con el libre naturalismo que le había precedido. Esta disciplina condujo a una estilización cada vez más arbitraria: un signo sustituyó a la planta, y el tentáculo, separado del cuerpo del pulpo, se convirtió en un simple trazo ondulado. Este manierismo decadente, influyó especialmente, después de la ruina de Cnossos, en la cerámica micénica, que conservó e incluso amplió los mercados conquistados por la alfarería cretense en las orillas orientales del Mediterráneo.

III. LA CIVILIZACIÓN MICÉNICA

La importancia de la herencia cretense recogida por los micénicos es tal que, para evitar repeticiones inútiles, nos fijaremos sólo en las diferencias evidentes entre las dos civilizaciones, es decir, en las novedades que constituyen la aportación de los aqueos. Éstos, en efecto, no las deben al país en que vivieron. Entre la Grecia meridional y Creta, la naturaleza introduce sólo leves matices, siendo el principal la existencia de un invierno más riguroso en la parte continental; pero nada que pudiese modificar seriamente las condiciones de existencia. Además, las civilizaciones que se habían desarrollado en Grecia hasta el momento de su llegada, les transmitieron muy pocas cosas, seguramente porque tenían muy poco que transmitirles o al menos nada que pudiese rivalizar con la civilización cretense. Así pues, si rehusaron copiar por completo la organización y el sistema de vida de los cretenses fue porque aportaban con ellos las ideas, las costumbres y los hábitos propios al mismo tiempo de los indoeuropeos y de hombres que habían vivido durante mucho tiempo en otros lugares, concretamente en los países septentrionales.

Los príncipes belicosos

La novedad ya empieza a verse en la organización política y social, pues las huellas materiales dejadas por los poderosos de esta civilización nada tienen de parecido con los de Creta. Los palacios y las grandes tumbas nos ponen en presencia de una pluralidad de príncipes. Los había en Micenas y en Tirinto, dos lugares de la Argólida, poco alejados uno de otro. Su celebridad no puede hacer olvidar que existían más principados en otros lugares: en la misma Argólida, en el oeste y al sur del Peloponeso, en la acrópolis de Atenas, en Beocia. A estos establecimientos dispersos les faltaba un Cnossos que fuese superior a todos. La excepcional riqueza en oro de Micenas quizá no se debe más que al azar de los hallazgos; atestiguada sólo por los objetos, no se acompaña por ninguna nota característica ni en la arquitectura ni en la decoración; incluso en los poemas homéricos, en los que la imaginación engrandece el recuerdo verdadero, Agamenón, rey de Argos, es decir de Micenas, tan sólo es "rey de reyes" de una manera temporal, con vistas a una determinada expedición.

El contraste es aún más evidente cuando se miran los palacios. Antes que nada son fortalezas, edificadas en un lugar en el que la naturaleza facilite la defensa, lo más frecuentemente en una eminencia levantada por encima de la llanura que la rodea. Se llega a ella por rampas cortadas por portillos y puertas, por escaleras talladas en la roca y por poternas secretas. La piedra no fue trabajada en ningún lugar y los gigantescos muros hicieron tanta impresión a los griegos que los

llamaron "ciclópeos": en Beocia, en una isla (Gla) del lago Copais, la muralla del recinto tiene 3 kilómetros de longitud; en Tirinto, los muros, de un grosor de 6 metros, están provistos de casamatas.

Por todo ello es imposible pensar en una monarquía única, incluso concediendo a poderosos vasallos - "feudales" se les llama con frecuencia, pues sus fortalezas evocan los castillos medievales - partes de su territorio. Tanto en principio como de hecho, se trata de príncipes independientes, entre los cuales hay que imaginar rivalidades y, por tanto, guerras. La hipótesis de una primacía honorífica reconocida en uno de ellos, que justificaría el caudillaje en las empresas colectivas, no se apoya más que en la Ilíada. Es posible que la Argólida acabase teniendo la hegemonía, pero Micenas y Tirinto subsistieron siempre uno al lado del otro, y su duradera coexistencia en tal proximidad plantea un problema insoluble.

Es evidente que estos príncipes amaban y practicaban, en todas las ocasiones posibles, la guerra. Se hacían enterrar con sus armas, cascos, pesadas espadas, dagas y picas. Por las representaciones gráficas conocemos también sus corazas y sus escudos, al principio muy grandes, rodeando al hombre como una torre y después transformados en más manejables, redondeados y más pequeños. Entre los combates ejercitaban asiduamente sus fuerzas en la caza, de la que su arte representa las escenas de violenta energía con mucha más frecuencia que el arte cretense, que ya las conocía. Su oro, al menos en gran parte, provenía de las rapiñas. Todo muestra que estos indoeuropeos llegados al sur de Grecia después de mil aventuras desconocidas, abriéndose camino entre pueblos sedentarios desde hacía mucho tiempo, conservaron sus aficiones belicosas, combinándolas tan sólo con la de la lujosa belleza, adquirida por su contacto con los cretenses. Entre ellos, el poder hacía ostentación y uso de la fuerza más brutal y la sociedad se resintió de ello.

La aristocracia y las clases trabajadoras

A pesar de la manifiesta voluntad de imitación, al menos en las representaciones gráficas que pueden tratar temas anacrónicos, la vida de la corte tenía un esplendor menor que la de Creta. Para sus vestidos, sus peinados y sus adornos las mujeres adoptaron las modas de Cnossos, y un fresco de Micenas nos muestra a algunas luciendo sus galas en el palco de un teatro. Pero no parecen moverse con tanta soltura, y se puede pensar que su libertad exterior había disminuido. En realidad, la vida en el interior de los pequeños reductos fortificados que constituían los palacios - menos de 150 X 50 metros en Tirinto-, no debía estar amenizada por excesivas fiestas. Por otra parte, el hombre, o sea el guerrero, a causa de su dedicación militar, debía imponerse sin dificultad en la vida social. Por analogía con otras sociedades indoeuropeas, reflejadas también en algunos rasgos de las sociedades homéricas, se pueden imaginar

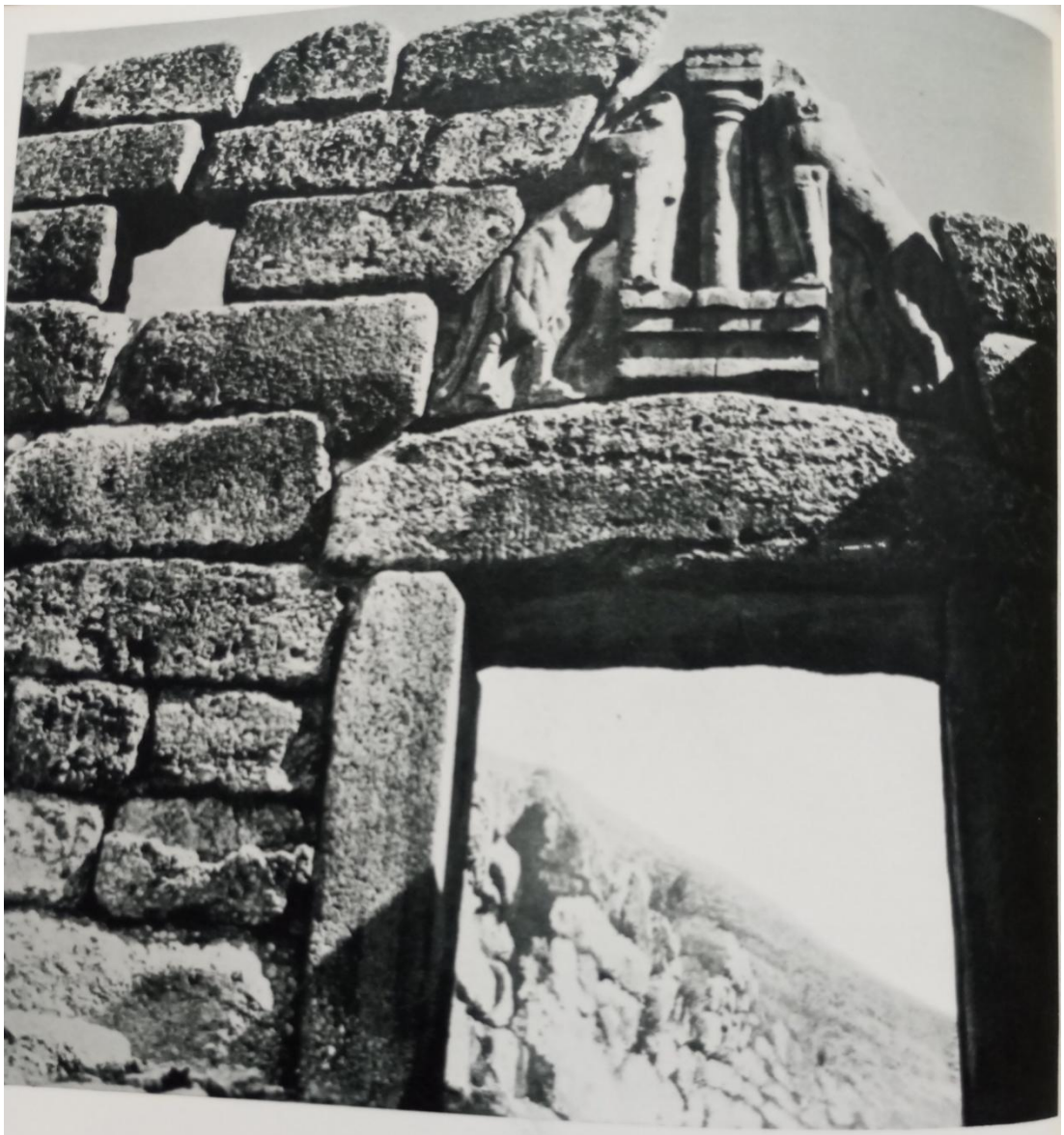
grupos de guerreros, "compañeros" unidos al príncipe por una amistad personal, cuando no por juramentos; pero esto está más allá de nuestra documentación directa.

Lo mismo se puede decir de las relaciones entre las clases dirigentes y las trabajadoras. Encaramados en lugares altos y agrestes, los palacios hacen pensar en guaridas desde donde los amos vigilan y explotan el trabajo de sus siervos que viven en la llanura. Esto plantea, por otro lado, el problema de las relaciones con las poblaciones anteriores que seguramente no desaparecieron con la conquista: se puede suponer que los sobrevivientes y su descendencia estuvieron sometidos a un estatuto de estrecha dependencia. Lo único cierto es que una muralla exterior rodeaba a la vez al palacio y a la ciudad, con una extensión más bien restringida (750 metros en Tirinto; un poco más de 1.200 en Micenas), lo que reduce mucho la superficie de la parte propiamente urbana. El resto de la población se dispersaba por la campiña o quizá se instalaba al pie de la colina, apresurándose a resguardarse tras los muros de la ciudadela en caso de peligro. Todo lo demás no son más que meras hipótesis.

El comercio y la riqueza.

Lo paradójico es que estos Estados y esta sociedad se dedicasen no sólo a la agricultura, sino también a la industria y al comercio. Estas dos últimas actividades fueron incorporadas de una manera muy lenta, siguiendo las huellas de Creta, a la que acabaron de suplantar después de dos siglos de aprendizaje. Su actividad económica tomó un amplio desarrollo después de la destrucción de Cnossos.

No se construyeron puertos, pero sí importantes caminos. Los habitantes de las fortalezas, situadas todas a alguna distancia del litoral, se encontraban lo suficientemente cerca de él para vigilar y tomar parte en la vida marítima. Primero se dedicaron a la piratería y después dominaron el mar, sucediendo los viajes de comercio a las expediciones de pillaje. A veces se hacían expediciones muy lejanas: sumado al del Cáucaso y llegado en mayores cantidades, el estaño occidental permitía fabricar el bronce; se continuó recibiendo - ¿por qué intermediarios? - el ámbar del Báltico, que los cretenses no habían conocido, pero del cual los indoeuropeos, en sus correrías nórdicas, habían aprendido a apreciar sus pálidos y misteriosos reflejos. Los mares próximos fueron todavía más frecuentados por los navíos micénicos: los hallazgos de objetos característicos que nos ofrecen testimonios seguros, hablan de la importancia y amplia dispersión de la reproducción metalúrgica y cerámica. Llegados de países nórdicos, de climas más rudos, habían llevado a Grecia la fíbula metálica que permitía abrochar los vestidos de más abrigo y que fue adoptada por todos los países ribereños del Mediterráneo. Se encuentran en muchos lugares sus bronces, sus joyas, sus piedras grabadas y, en especial, su cerámica de decoración cada vez más estilizada, con tendencia a lo geométrico: en



32.—*La puerta de las Leonas, en Micenas.*

Sicilia y en Italia del Sur, en las Cícladas en la costa de Asia Menor, en Chipre y, por último, en Fenicia, donde Minet-el-Beida, el puerto de Ugarit (Ras-Samra), fue para ellos una factoría tan activa que hay

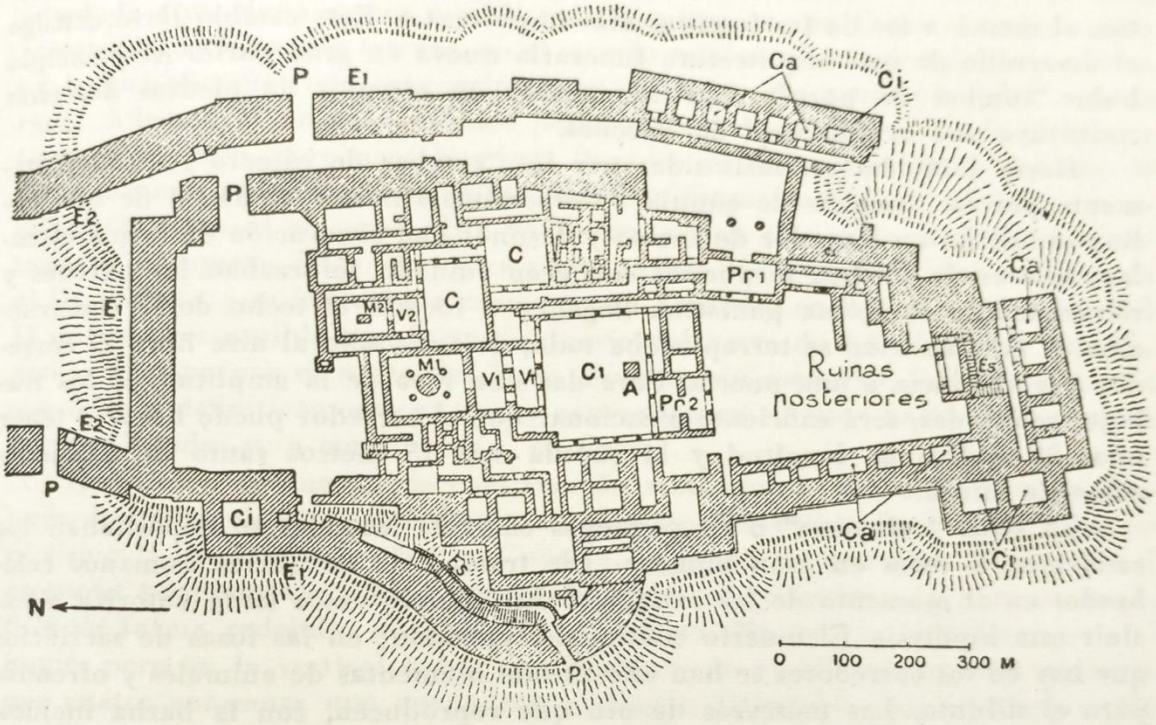


Fig. 24. — El palacio de Tirinto

A, altar C, patio; C_1, patio principal; Ca, casamatas; Ci, cisternas; E_1, muralla superior; E_2, muralla inferior; Es, escalera; M_1, megaron principal; M_2, megaron llamado de "las mujeres"; P, puertas; p, poterna; Pr_1, gran propileo; Pr_2, pequeño propileo; V_1, V_T, V_2, vestibulos de acceso al megaron.

que interpretarla como una especie de colonia, desde la cual la exportación alcanzó ciertos puntos del valle del Eufrates.

El resultado, primero del botín de guerra y de la piratería, después de los tributos, de la industria y del comercio, fue una sorprendente riqueza. En el mundo griego, ningún sitio como Micenas ha ofrecido a los arqueólogos tantos hallazgos de oro (14 kilogramos antes de los descubrimientos de 1952). Los griegos conservaron el recuerdo de esta opulencia y en los poemas homéricos "rica en oro" es el epíteto de Micenas, posteriormente muy decaída y convertida en una simple aldea del territorio de Argos. De hecho, habrá que esperar al período helenístico y a la puesta

33.—El «tesoro de Atreo», en Micenas.

en circulación de los tesoros persas para que se vea, en un país que no lo produce en absoluto, un aflujo análogo del más precioso de los metales.

El arte micénico.

Parece que la religión difería poco de la cretense, pero concediendo una mayor importancia al culto de los muertos, al menos a los de las familias más importantes. Este cambio llevó consigo el desarrollo de una arquitectura funeraria nueva en gran parte. Al principio hubo "tumbas de pozo", cuya agrupación en círculos de piedras derechas constituye una originalidad de Micenas.

Hacia 1500, fueron sustituidas por las "tumbas de cámara" e inmediatamente por las "tumbas de cúpula". Perpendicularmente al flanco de una colina se tallaba un corredor de acceso y después una excavación de forma circular; hileras de piedras dispuestas con gran cuidado reforzaban las paredes y estrechándose en forma paulatina llegaban a formar el techo de la construcción. A continuación se terraplenaba todo, dejando sólo al aire libre el corredor que conducía a una puerta. Para dar una idea de la amplitud de los trabajos realizados, será suficiente mencionar que el corredor puede llegar a tener unos 25 metros de longitud y la cúpula casi 15 metros tanto de diámetro como de altura.

En estas "colmenas" o en pequeñas cámaras laterales se depositaban los cadáveres, a veces en gran número. ¿Se trataba de sacrificios humanos celebrados en el momento de las exequias? En algunos casos nada autoriza a excluir esta hipótesis. El muerto continuaba viviendo; en las fosas de sacrificios que hay en los corredores se han encontrado osamentas de animales y ofrendas para el difunto. Las máscaras de oro que reproducen, con la barba incluso, los rasgos del difunto, fueron encontradas en las tumbas de pozo. En las mismas se encuentran armas, joyas, piezas de orfebrería, cuchillos, navajas y los objetos más variados. Hacia el fin del siglo XIX los descubrimientos de Schliemann provocaron la admiración universal. Posteriormente se produjeron otros, menos célebres, como el de los vasos de oro de Vafio, en el sur del Peloponeso, y otros que merecerían serlo, como los de Dendra, en la Argólida, hechos hace unos veinticinco años, y aún otros más recientes que lo serán.

Esta orfebrería, ni en las primeras materias, ni en la técnica, ni en el sentido ornamental, no revela cambios en relación con el arte cretense. Lo mismo se puede decir de otras actividades artísticas, particularmente de la pintura, que decoraba los muros de los palacios con la misma técnica al fresco. La guerra -al menos al principio- y la caza eran los temas preferidos para estas pinturas. Las tendencias estéticas cretenses continuaron predominando. Se advierte sin sorpresa que siguieron inspirando a los artistas cretenses cuya producción se consumía en Grecia o que, de grado o por

fuerza, iban al Continente a trabajar, formando discípulos que siguieron fieles a la tradición artística aprendida.

Por el contrario, en la arquitectura civil se introdujeron algunas innovaciones, tan importantes en sí mismas y de eficacia más duradera que las que se perciben en la arquitectura funeraria. Se refieren, en especial, a la casa, adaptada a un clima menos meridional. Mientras que en Creta el techo estaba construido en forma de terraza, en el mundo micénico lo fue en doble pendiente, lo que permitía una evacuación más rápida de las aguas pluviales, no tan raras. Además, el hogar doméstico podía ser móvil en Creta, donde el frío se hace sentir poco, pero para hombres llegados de otras latitudes y dotados de otras costumbres, su lugar debía ser fijo. Esta fijeza dio lugar al elemento esencial de la casa: el *megaron*. Éste ya se conocía en el mundo mediterráneo anterior a los aqueos. Se le encuentra en las ruinas de "Troya II", que se fecha en el III milenio, y se le vuelve a encontrar en Tesalia y en Beocia a principio del II milenio: es posible que fuese originario del norte de Asia Menor y que llegase a Europa por el norte del Egeo. Fueron, sin embargo, los micénicos los que fijaron definitivamente el tipo y generalizaron su uso; hacia 1500 aparece en los Cícladas y, a continuación, en Creta.

Constituye un cuerpo de construcción rectangular. Hacia el exterior, después de unas columnas que sostienen el alero del techo, un vestíbulo recibe el aire y la luz. Un muro, con una puerta, lo separa de una gran sala que es el *megaron* propiamente dicho; esta habitación estaba calentada por un hogar fijo, de forma redonda, instalado en su centro. No existía chimenea para el humo, pero en la vertical había una abertura en el techo que está sostenido por cuatro columnas que encuadran el hogar. Calentada así, esta habitación era la principal de la casa, la más decorada y la que servía para recibir a los huéspedes. Los poemas homéricos nos dicen que en ellas se celebraban los banquetes y fue en el *megaron* del palacio de Itaca donde Ulises tendió su arco contra los pretendientes. Del *megaron* se derivará, más tarde, el templo griego. Las otras dependencias de la casa se organizaron como anexos de este salón central y lo mismo ocurría en los palacios, que según su importancia contenían dos o tres habitaciones con hogar. Estos edificios importantes no presentaban el desorden que en Creta los caracterizaba. El patio central se regularizó con pórticos y vestíbulos enmarcando las puertas. Incluso sin las fortificaciones, las ruinas de Tirinto son las de una noble mansión.

Por lo demás el espíritu general era bien distinto. Menos fantasía, a la que sólo se daba libre curso en la decoración. Con su afán para alardear de una majestad exterior que los cretenses habían descuidado, los reyes micénicos, una vez más, revelaban que les gustaba exhibir sus fuerzas.

Dentro del mismo espíritu se complacían en realizar trabajos grandiosos que parecen sobrepa-

sar las fuerzas humanas. Para construir sus fortalezas y sus sepulcros, los arquitectos manejaban enormes bloques de piedra. Aunque poco conseguidos, los ensayos de escultura -arte desconocido de los cretenses-, por ejemplo, las dos fieras de la Puerta de los Leones de Micenas, constituyen una novedad que se relaciona con el gusto de los aqueos por una grandiosidad voluntariamente ostentatoria. Por vez primera, fuera del continente asiático y de Egipto, se llegó a concebir con grandiosidad y con una intención a la vez religiosa y ornamental. Estéticamente el esfuerzo abortó, pero técnicamente triunfó, pues no debió ser cosa fácil colocar encima de la puerta aquel formidable bloque y el dintel que lo sostiene.

La herencia de los micénicos.

Aunque la civilización micénica fue muy fuerte y muy guerrera, se encontró un día con un pueblo todavía más fuerte y más guerrero: los dorios, que provocaron su decadencia y su desaparición. Sin embargo, es difícil que una civilización desaparezca sin dejar a los que la siguen nada más que los vestigios materiales.

La micénica había recogido y conservado gran parte de la herencia cretense y no todo se desvaneció en la tormenta de las nuevas invasiones. La lengua griega adoptó algunos nombres que no son ni indoeuropeos ni semíticos y que provienen de una lengua quizá más antigua que el propio cretense; en todo caso, cretenses y micénicos los habían utilizado. La religión griega no perdió ni la divinización del principio de fecundidad ni la práctica de los juegos deportivos. La transmisión de todo este bagaje fue obra de los aqueos.

Sería injusto limitarlos al simple papel de intermediarios. No se les puede atribuir todo lo que, más tarde, fue helénico, pues hay que tener en cuenta a los demás elementos del futuro pueblo griego. Pero el recuerdo de su guerra contra Troya, de sus expediciones por el Mediterráneo, de sus riquezas, de sus armas y de sus joyas, nutrió los poemas homéricos. Algunos han llegado a pensar que estos poemas sufrieron, en su métrica y en su estilística, la influencia directa de precedentes micénicos, aunque ésta es con probabilidad una hipótesis demasiado atrevida. En una escala más amplia, limitémonos a una observación. Los cretenses habían abierto la vía transversal del Mediterráneo oriental, pero en provecho del Egeo y de sus islas. Los micénicos conservaron este camino, aunque en provecho de la Grecia continental. Los griegos serán lo bastante numerosos, hábiles y activos para adueñarse de él étnica y económicamente: durante mucho tiempo no existirá más que para ellos y en su exclusivo beneficio, como en los tiempos de Micenas y de Tirinto.

CAPÍTULO II

CANA`AN Y SIRIA

La proximidad del Mediterráneo y la presencia de los montes del Líbano dan un carácter particular a la región, que Cana'an al sur y Siria al norte, prolonga hacia el Oeste los desiertos de Arabia. Estos países están asociados al desierto, sometidos a los bruscos asaltos del viento ardiente y atrayendo a los nómadas que, en oleadas sucesivas, los fueron recubriendo. Para éstos era la tierra feliz, gracias a sus lluvias, sus ríos y sus manantiales, un lugar privilegiado donde la agricultura era posible y las montañas estaban recubiertas de bosque. Además, era un punto de convergencia de caminos y paso necesario entre Egipto y el resto del Próximo Oriente. Aunque el mar podía atraer a los piratas y a los aventureros, también podía ser el camino para conducir a los países más diversos. Varias pistas de caravanas conducen al Bajo Eufrates y a Mesopotamia. Así pues, pequeño país, sin fronteras naturales, sin unidad, privado de un núcleo central, encrucijada estirada y fragmentada por el relieve en fajas longitudinales, abierto a todas las dominaciones y a todas las influencias, era codiciado tanto por los grandes imperios como por los pequeños grupos humanos desheredados de las cercanías que esperaban hacerse en él un poco de sitio.

Más tenaces en su debilidad que los ejércitos de los sucesivos conquistadores, cuyo paso está conmemorado con inscripciones orgullosas, fueron los pequeños pueblos a que hemos aludido los que marcaron la historia del país. Aparte de los filisteos, eran todos semitas pertenecientes a grupos variados y llegados en épocas diferentes. A pesar de esta variedad, al menos al principio, todos practicaron la religión cananea, de carácter naturalista y agrario muy acentuado. Su evolución se efectuó en diferentes sentidos y, en el mosaico complejo que constituyeron, sólo algunos merecen ser aquí citados, a causa de la importancia que tuvieron en el desarrollo ulterior de la civilización antigua.

I. LOS FENICIOS

Los fenicios eran los semitas establecidos en la costa. Se les encuentra muy pronto en el Sur y se advierten en seguida sus progresos hacia el Norte. Desde el final del III milenio, lo más tarde, se encuentran en Ugarit (actualmente Ras Samra, con el puerto de Minet-el-Beida), frente a la punta

oriental de Chipre; pero su marcha hacia el Norte no pasó de este punto. Por el contrario, el litoral Sur, que había sido suyo, acabaron perdiéndolo en provecho de los hebreos y de los filisteos, quedándoles muy poco territorio al sur del Carmelo. Hacia el interior, según parece, su extensión fue siempre muy limitada, llegando sólo a algunos puntos del Anti-Líbano, aunque conservando muy buenas relaciones con los sirios.

La vida política.

Durante todo el III milenio y la mayor parte del II conocemos en especial sus relaciones con Egipto, de las que Byblos -nombre griego; Gubla es el nombre fenicio y Yebail el moderno- fue el centro. Pero por su parte los soberanos de Mesopotamia ejercían su influencia sobre Ugarit. Sólo el hundimiento de los grandes imperios egipcio e hitita, hacia fines del siglo XIII, permitió a las ciudades fenicias tener una existencia independiente que fue muy breve. A continuación tuvieron que sufrir las dominaciones asiria, neobabilónica y persa, antes de caer en manos de los griegos y más tarde de los romanos. Esta estrecha faja costera no ofrecía bastantes condiciones para la constitución de un gran Estado, pues al ser fácilmente vulnerable por el Continente, se encontraba en manos de los imperialismos poderosos de la vecindad.

Alargada sobre más de trescientos kilómetros, con comunicaciones terrestres difíciles a causa de los valles y las sierras que forma, perpendicularmente a la costa, la erosión de los torrentes bajados del Líbano, se hacía imposible la unificación. La vida humana se organizó en numerosas ciudades, cada una de las cuales ocupaba un emplazamiento favorable a la actividad marítima, ya fuese un islote junto a la orilla o un promontorio. Entre ellas no existía ninguna clase de federación, sino, al contrario, rivalidades y envidias que en ocasiones llevaron a la guerra; en particular, largos conflictos enfrentaron a Sidón y Tiro. Ninguna ciudad, ni aprovechando los golpes recibidos por sus rivales de los extranjeros, llegó nunca a establecer una hegemonía verdaderamente amplia y mucho menos duradera. Lo más notable es que las ciudades fenicias, a diferencia de las griegas, no gastaron mucho sus fuerzas en estos conflictos; los dominadores extranjeros que ejercían su protectorado sobre ellas les debían obligar a una calma relativa. También, quizá, ponían menos ardor en sus querellas locales, distraídos por otros intereses y atraídos por sus empresas en lejanos países. No fue de ellos mismos, sino del exterior, de donde Tiro y Sidón recibieron lo más graves golpes que provocaron su decadencia.

Conocemos muy mal su organización y vida interior, que seguramente variaron según las diferentes ciudades y en el curso de su historia. No es posible intentar una comparación, que sería muy instructiva, entre la noción de ciudad en los griegos o en los fenicios: creemos percibir ciertos matices que no impidieron a las ciudades fenicias transformarse en ciudades helénicas después de la

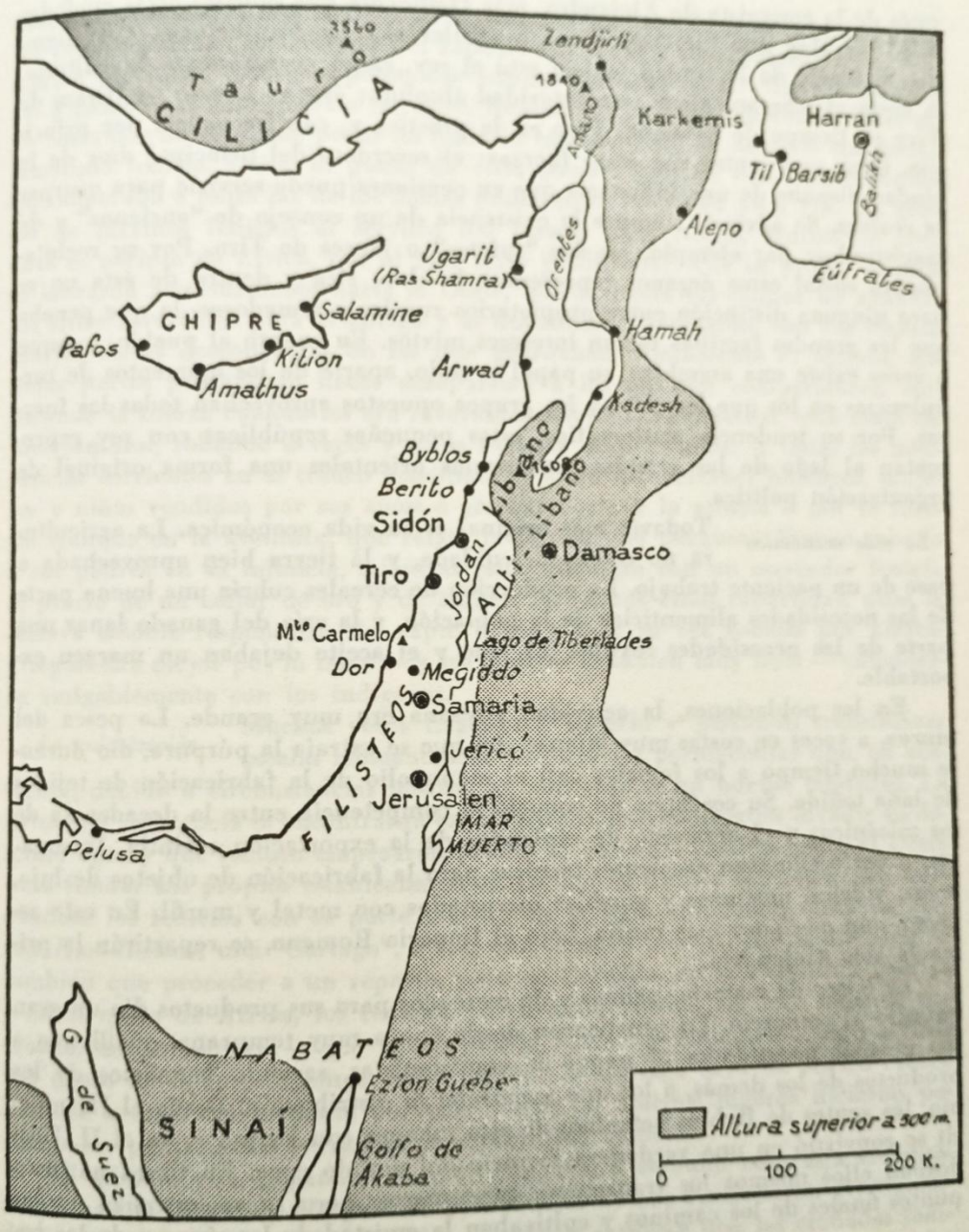


Fig. 25. — Cana'an y Siria.

conquista de Alejandro, más fácilmente que muchas otras ciudades asiáticas. Hay que limitarse, pues, a señalar algunas instituciones. Casi siempre al frente de la ciudad fenicia está el rey, cargo normalmente hereditario. A veces el soberano tiene una autoridad absoluta; éste es el caso de Hiram de Tiro en tiempo de Salomón. Pero en la práctica y, con frecuencia por principio, tiene que contar con otras fuerzas: el sacerdote del principal dios de la ciudad dispone de una influencia que en ocasiones puede servirle para usurpar la realeza. Se advierte siempre la existencia de un consejo de "ancianos" y de magistrados; por ejemplo, los dos "sufetes" o jueces de Tiro. Por su reclutamiento social estos órganos representan la clase rica y dentro de ésta no se hace ninguna distinción entre propietarios rurales y armadores, lo que prueba que las grandes familias tenían intereses mixtos. En cuanto al pueblo, aunque a veces existe una asamblea, su papel es nulo, aparte de los momentos de turbulencias en los que los jefes y los grupos opuestos aprovechan todas las fuerzas. Por su tendencia aristocrática, estas pequeñas repúblicas con rey representan al lado de las grandes monarquías orientales una forma original de organización política.

La vida económica.

Todavía más original es su vida económica. La agricultura no estaba descuidada, y la tierra bien aprovechada a base de un paciente trabajo. La producción de cereales cubría una buena parte de las necesidades alimenticias de la población, y la cría del ganado lanar una parte de las necesidades textiles. El vino y el aceite dejaban un margen exportable.

En las poblaciones, la actividad artesana era muy grande. La pesca del *murex*, a veces en costas muy lejanas, del que se extraía la púrpura, dio durante mucho tiempo a los fenicios casi el monopolio de la fabricación de tejidos de laña teñida. Su cerámica no conoció la competencia entre la decadencia de los micénicos y el momento de esplendor de la exportación corintia. Inventaron o perfeccionaron excelentes técnicas para la fabricación de objetos de lujo, joyas, vidrios, perfumes y muebles incrustados con metal y marfil. En este aspecto, aún en época más tardía, bajo el Imperio Romano, se repartirán la primacía con Alejandría.

La busca de materias primas y de mercados para sus productos dio un gran impulso al comercio. Lo practicaron desde época muy temprana, añadiendo a sus propias necesidades el papel de comisionistas, sacando beneficios de los productos de los demás, a los que aseguraba la distribución. Desde el III milenio, las gentes de Byblos actuaban de esta manera con Egipto y, en el II, Ugarit se convirtió en una verdadera factoría del mundo egeo. En tierra no practicaban ellos mismos los transportes caravaneros, pero se encontraban en los de los hebreos. Aprovechando sus puertos

y los recursos que para la construcción naval les proporcionaban los bosques del Líbano, los fenicios sobresalieron en el comercio marítimo. Los mesopotámicos habían descubierto las técnicas jurídicas y financieras del comercio terrestre. Aunque no poseemos textos de leyes ni de contratos no se puede poner en duda la existencia de un derecho comercial marítimo fenicio. Desde el punto de vista técnico poseían una ciencia naval que superaba a todas las de los demás países entre los siglos XII y VIII. Un grupo de marinos fenicios al servicio del faraón saita Necao, realizó en tres años el periplo de África, por el Mar Rojo y Gibraltar. Por su propia cuenta se lanzaron atrevidamente hacia el Oeste, descubriendo los puntos de aguada, los sitios favorables para el abrigo y el desembarco, jalonando con sus escalas diarias costas desconocidas de las que guardaban celosamente el secreto. En todas partes procuraban hacer desaparecer a los posibles competidores, empleando la fuerza cuando les era favorable, dispuestos a efectuar toda clase de intercambios, robando a veces y otras robados ellos mismos. A todas las mercancías corrientes en el tráfico marítimo, añadían los esclavos: hombres, mujeres y niños vendidos por sus amos o arrebatados por la astucia o por la fuerza. Aunque en la aventura, que relata la *Odisea*, del porquero Eumeo robado a sus padres en su infancia, mientras éstos discutían con un mercader fenicio el precio de un collar de oro y de ámbar, las culpas están repartidas, pues la esclava sidonia responsable del rapto había sido a su vez robada por piratas griegos. Era mejor por lo tanto - y los fenicios lo sabían muy bien- entenderse amigablemente con los indígenas.

La colonización. Muchas veces llegaron a hacerlo y pudieron transformar escalas momentáneas en factorías permanentes que, en ocasiones, debido a circunstancias locales, se convirtieron en nuevas ciudades. La principal resistencia la encontraron en los griegos, que no dejaron invadir su dominio egeo y que incluso empezaron pronto su personal camino hacia el Oeste para fundar sus propios establecimientos. La isla de Chipre fue repartida, quedándose los fenicios con la parte mayor; en el siglo VIII, Sidón tenía en ella una *Kart-Hadašt*, una "Cartago", o sea, una "ciudad nueva". En Sicilia se tuvo también que proceder a un reparto, pero en Cerdeña, en la Península Ibérica y en el norte de África, los fenicios no tuvieron rivales. De esta manera fue creado, no un imperio - que nunca existió entre los fenicios-, pero sí una red densa de establecimientos, entre los que la Cartago tiria de África estaba llamada a tener un brillante porvenir y que en muchos lugares hicieron penetrar en poblaciones retrasadas la civilización fenicia.

El número y la dispersión de estas factorías o colonias contrasta violentamente con la estrechez del país de procedencia de sus fundadores, atestiguando un fuerte crecimiento demográfico. También explican que las ciudades fenicias se abstuvieran de ensanchar sus territorios

en Asia y que no conocieran, en su historia interna, ninguna grave crisis política o social. Pero esta actividad rindió grandes servicios al mundo oriental antiguo, pues el comercio fenicio contribuyó, gracias a su presencia en el occidente mediterráneo, a su establecimiento en el Levante ibérico y, más allá del estrecho de Gibraltar, al emporio de Gades (Cádiz), a suministrar al Oriente los metales raros, en particular el estaño llegado de las islas Casitéridas. Estas minúsculas ciudades pegadas a la costa rocosa de Palestina, proporcionaron de esta manera a los grandes imperios algunos de los materiales que enriquecieron sus civilizaciones.

Hemos mencionado los establecimientos fenicios de la Península Ibérica y aunque dejando para el capítulo destinado al imperio cartaginés la descripción de la colonización púnica en España, queremos aquí hacer una referencia a las primeras fundaciones semíticas en el "Lejano Occidente". Aunque la arqueología no lo ratifica la tradición atribuye la fundación de *Gadir* a una fecha indeterminada entre 1100 y 1000 a. de J. C., lo que la convierte en la ciudad de historia más remota del occidente de Europa. Su nombre semita, que se ha conservado en el actual bereber, significa "fortaleza" o "recinto murado". Su prioridad de fundación sobre la Cartago africana (814) la convierte en el más antiguo establecimiento fijo de los fenicios en el Mediterráneo occidental, dedicado al comercio con el imperio de Tarteso, que fue el primer intento de fundar en la Península un estado organizado. Conocemos también la fecha de fundación de otra colonia fenicia, *Ebussus*, la actual Ibiza, la única de las Baleares que estuvo siempre en poder de los púnicos, desde el año 654, fecha fijada por los textos. De ésta y de las otras colonias cartaginesas en Iberia nos ocuparemos más adelante.

La religión y el arte.

Sorprende comprobar que los fenicios practicaron en lo esencial una religión que presenta, en sus dioses, sus mitos y sus ritos un carácter agrario muy acentuado; lo que señala su carácter agricultor antes de que se convirtieran en marinos y comerciantes.

La divinidad principal era El, nombre propio que es el mismo nombre común que significa "dios": era el creador de todas las cosas y el señor de todos los dioses. Por debajo de él, estaba Ba'al (el "señor"), que representaba a Hadad, dios tomado de los sirios en el momento de instalación en el país: era el dios del trueno, del huracán y de la lluvia. Su hijo, Aliyan Ba'al, por el contrario, personificaba los pozos y los manantiales de agua subterránea. Dagón era el dios trigo, y Mot el de la cosecha y de la maduración de los frutos. Astarté, cuyo nombre ya la identifica con la Isthar mesopotámica, se convirtió en la diosa de la fecundidad. Muchas otras divinidades constituían un panteón, sobre la ordenación y la composición del cual las ideas no dejaron de evolucionar. Así, Melkart (el "rey de la ciudad") se localizó en Tiro, y Adonis ("mi señor") combinó en sí mismo a Mot

y Aliyan. Estos dioses no aparecen en los textos de Ugarit (Ras-Šamra), pero en los mitos que a través de ellos conocemos se vuelven a encontrar sus rasgos. Desde el siglo XV a. de J. C., Mot y Aliyan morían uno después de otro (alternativamente) para resucitar, como lo hacía Adonis en las fiestas de Byblos, descritas por Luciano en el siglo I de nuestra era. Los ritos tuvieron una continuidad notable y las excavaciones han confirmado lo dicho por los historiadores griegos: en época muy tardía los cartagineses aún sacrificaban niños a El, convertido entre ellos en Ba'al Hammón, y fue quizá el nombre de este sacrificio (*molk*) que hizo que los hebreos atribuyeran a los fenicios un dios Moloch.

El arte fenicio lo conocemos especialmente por las tumbas, cuya antigüedad y riqueza prueban la importancia del culto a los muertos. Pero no se trata de un arte original y las influencias extranjeras son numerosas y dominantes: cuando el artista fenicio las asocia, el resultado es siempre un producto híbrido. En Ugarit, las tumbas están precedidas de un corredor y cubiertas con una bóveda a la manera micénica. En Byblos, el sarcófago del rey Ahiram representa, debajo de un friso de lotos, al muerto con vestidos egipcios, sentado en un trono flanqueado de esfinges, ante la mesa de ofrendas igualmente egipcia. En el siglo IV, en Sidón, algunos sarcófagos en forma de pequeños templos griegos, son con seguridad obra de escultores helénicos; por ejemplo, el sarcófago de "las lloronas", cuyo tema, quizá fenicio genuino, estaba ya tratado en el sarcófago de Ahiram, pero con mucha torpeza. En cuanto a los objetos depositados en las tumbas, los más ricos son de importación extranjera: Egipto y el mundo egeo llenaron las tumbas de Byblos y de Ugarit. Incluso en este terreno los fenicios se procuraban sus riquezas con el comercio exterior.

El alfabeto

Tienen, sin embargo, en su haber una invención de importancia incalculable: el alfabeto. Como ya hemos visto, los egipcios y seguramente también los mesopotámicos dieron a algunos de sus signos el valor de una simple consonante. Para llegar a ellos se tenían que haber basado en los sonidos elementales; pero estos signos conservaban otros valores y numerosos otros signos se usaban junto con ellos con valores diferentes, en general silábicos. En la actualidad es evidente que el paso decisivo fue dado por los fenicios. Los textos religiosos de Ugarit-Ras-Šamra, que se fechan en el siglo XIV antes de Jesucristo, están únicamente escritos con treinta signos cuneiformes que representan cada uno una consonante. Estos signos eran todavía un poco complicados y estaban adaptados a su empleo sobre la arcilla. El último paso fue realizado un poco más tarde: ya lo estaba cuando el cuerpo de Ahiram fue depositado en su sarcófago de Byblos en cuya inscripción funeraria se emplean veintidós signos convencionales correspondientes a otras tantas consonantes. ¿En qué época vivió Ahiram? Algunos vasos de alabas-

tro colocados cerca del sarcófago llevan el nombre de Ramsés II y son probablemente contemporáneos de la tumba, que por ello no sería posterior al final del siglo XIII. ¿Tenían estos signos un origen extranjero? Sólo se puede constatar que no provienen de la simplificación ni de jeroglíficos ni de cuneiformes. Todo induce a pensar que fueron una idea original de los fenicios. La tradición griega que atribuía a los fenicios la invención del alfabeto ha sido sólidamente corroborada por el hallazgo de Byblos.

La comparación de los signos enseña que el alfabeto del sarcófago de Ahiram es el origen de los alfabetos utilizados en seguida para transcribir las lenguas de los pueblos semíticos vecinos, el arameo y el hebreo. Más tarde, los griegos, a su vez, se inspiraron en el alfabeto fenicio, cambiando el uso de ciertos signos e inventando otros nuevos para la notación de letras que les eran propias y para las vocales; incluso los nombres que dieron a las letras son nombres semíticos: alpha, viene de aleph, etc. El alfabeto pasó de los fenicios y los griegos a todo el resto del mundo mediterráneo.

Papel histórico de la civilización fenicia.

Por todo lo dicho se puede colegir el importante papel de la civilización fenicia entre las demás de la Antigüedad. Sus aportaciones fueron notables: los perfeccionamientos náuticos, que adivinamos; la exploración de las costas del Mediterráneo occidental; la organización de intercambios entre regiones y civilizaciones alejadas. Aunque la moneda no apareció en sus ciudades hasta la época persa, hay que tener en cuenta que los marinos mercaderes, en su tráfico con pueblos atrasados, se contentaban en general con el trueque. Su papel económico continuó siendo importante cuando quedaron englobados en el Imperio macedónico y después en el de Roma, en una época en que los países occidentales ya se habían incorporado a la civilización general. Su industria de lujo fue siempre muy activa, y sus comerciantes, confundidos con los que se llamaban "sirios", penetraron por todos los rincones del mundo romano, contribuyendo a propagar en él algunos cultos orientales. Pero esta difusión había empezado muy pronto, favorecida por la presencia de marinos fenicios en todos los puertos: ya en el año 415 a. de J. C. se celebraba en el Pireo la fiesta de Adonis, en medio de una gran concurrencia de gente, y las mujeres gemían por la muerte del dios, destinado a renacer pronto, cuando la gran flota, llevándose las esperanzas de Atenas y de Alcibíades, tomó rumbo a Sicilia.

II. LOS ARAMEOS

Detrás de la faja costera del territorio fenicio, Siria, encrucijada de caminos, es también un lugar de confluencia de pueblos. Gentes diversas se fueron instalando en el país, dejando elementos

étnicos poco a poco fundidos en un todo compuesto, dejando también vestigios arqueológicos que los modernos se esfuerzan en clasificar. Entre estos pueblos, nos limitaremos a estudiar a los arameos, el único que por su civilización presenta un interés real.

La vida política. Eran también semitas salidos de no se sabe exactamente qué región del desierto sirio-arábigo. Nómadas organizados en tribus, habían andado errantes hasta la Alta Mesopotamia, donde se les encuentra primero, bastante densos y estables, en Ḥarran; según el *Génesis*, no lejos de esta ciudad, Jacob vivió veinte años junto a 'Aram "el arameo". Más tarde, a partir del siglo XIV a. de J. C., emigraron hacia Siria, donde formaron establecimientos sedentarios, sin expulsar ni absorber por completo a las antiguas poblaciones. Tampoco llegaron a crear un estado único, sino una pluralidad de reinos en ocasiones en guerra unos contra otros. El más importante parece que fue el del gran oasis emplazado al pie del Anti-Líbano, Damasco, el reino de los Benhadads, equivalente hebraico del arameo Barhadad, es decir, "hijo de Hadad", y de Hazael, o sea "el que observa". Además del ya indicado de Harran, se podrían citar muchos otros: Alepo, Hamat en el río Orontes, Zenŷirli al pie del Amanus, etc.; la *Biblia* menciona treinta y tres reyes aliados en la segunda mitad del siglo IX. El apogeo de los arameos se coloca en los siglos XI y X, momento en que cierran a los asirios los caminos del Oeste y del Noroeste. Pero a partir del final del siglo X, los reyes asirios se encarnizaron contra ellos, que en este momento estaban en relaciones de estrecha amistad con los hebreos. Al final del siglo VIII ninguno de los reinos conservaba su independencia y se convirtieron, para siempre, en súbditos de Estados extranjeros.

Cada uno de estos reinos había tenido su capital, su rey, su dinastía y también sus usurpadores. En ciertas ocasiones los asirios les habían impuesto un tributo, un homenaje, intentando transformar en vasallo funcionario al mismo tiempo a un reyezuelo que aprovechaba la primera oportunidad para declararse independiente. Todo ello resulta muy normal. Sin embargo, vale la pena de citar la inscripción por la cual, hacia el fin del siglo IX un rey de Zenŷirli, después de sus éxitos en el exterior, magnifica su política interna: "Los Mushkas vagabundeaban como perros, pero yo para éste fui un padre y para aquél una madre y para éste un hermano. Al que no había visto una cabeza de carnero, le hice propietario de un rebaño de ganado menor y al que no había visto una cabeza de buey, le hice propietario de un rebaño de cabezas de ganado mayor, propietario de plata y propietario de oro. Al que no había tenido túnica desde su juventud, durante mi gobierno le he revestido de finas telas. Y yo he tenido sujetos a los Mushkas y ellos han dispuesto su alma como el alma del huérfano con respecto a la madre; y si uno de mis hijos que reine después de mí se atreve a romper esta inscripción, que los Mushkas no respeten más a los Baarir y que los Baarir no respeten más a los Mushkas." Lo

interesante de este texto es la mención de los Mushkas, seguramente trabajadores agrícolas, quizá siervos cuya situación fue mejorada por el rey con el fin de asegurar una concordia con los Baarir, los "bravos", es decir, los nobles. La idea no es nueva en relación con otras civilizaciones orientales, pero la energía de la expresión que se le da aparece como cosa nueva. Lástima grande es que hasta el momento ningún otro texto nos aporta conocimientos acerca de la vida interior de estos pequeños Estados.

El comercio.

Se conoce bastante mal el papel comercial de los arameos. La posición geográfica de la Alta Mesopotamia y de Siria facilitaba el tráfico entre la costa fenicia y el Asia Menor por una parte y las regiones del Eufrates Inferior y del Tigris por otra y permitió a los arameos desplegar una intensa actividad como intermediarios. Fueron en tierra, para una parte del Próximo Oriente, lo que los fenicios eran por mar en el Mediterráneo. De manera lenta, pero progresiva, la agricultura y la industria sirias, mejorando sus técnicas, iban a adquirir gran renombre y contribuir al esplendor de Damasco. Ya desde antes de la conquista macedónica esta ciudad era un importante centro caravanero. Además, el desplazamiento de los arameos antes de su fijación como sedentarios, las deportaciones de los reyes asirios, la emigración voluntaria de sus comerciantes a los vastos imperios que los habían hecho súbditos suyos, todas estas causas llegaron a diseminar en numerosas ciudades, a veces alejadas, grupos dedicados a los grandes o pequeños negocios. Creciendo sin cesar, esta ubicuidad les sirvió tanto durante la dominación griega como la romana para ser los comerciantes por excelencia del mundo antiguo.

El arameo, lengua de Oriente.

El resultado más inmediato fue la expansión de su lengua, cuyos múltiples dialectos se fundieron en el arameo común. En lugar de escribirlo con caracteres cuneiformes, le adaptaron un alfabeto derivado del fenicio. Su comodidad y su dispersión hicieron que los reyes asirios contrataran para sus oficinas a escribas arameos que trabajaban sobre papiro. Yendo más lejos todavía, los aqueménidas adoptaron el arameo como lengua administrativa de su Imperio. La actividad comercial de los arameos hizo el resto y su lengua fue ganando terreno a costa de muchas otras. Sus progresos explican la muerte de los viejos idiomas mesopotámicos. El uso del hebreo se perdió incluso en Palestina y la Biblia conserva muchos pasajes en arameo. El libro de Daniel, redactado por completo en esta lengua, no fue traducido al hebreo hasta mucho después y sólo en su mitad primera. Jesús y sus discípulos no predicaron en hebreo, sino en arameo. El siríaco, que fue durante mucho tiempo la lengua de los cristianos de Siria y Mesopotamia, era un derivado del arameo. Sólo la conquista arábe, en el siglo VII después de J. C.,

paró su difusión y después provocó su desaparición. Su papel en todo el Próximo Oriente, a excepción de Egipto y de Asia Menor, fue muy importante: comercial, intelectual y todavía más -en tanto que instrumento de unificación-moral y político.

La religión. El arte arameo no tiene ninguna importancia y tampoco la religión ofrecería mucho interés si no fuera por el éxito que algunos de sus cultos alcanzarán en el mundo romano. En efecto, se trata de una religión sin originalidad, muy compleja, con un fondo sobre todo cananeo mezclado con influencias mitanis, hititas y fenicias; muchas de estas aportaciones extranjeras en su origen ya fueron cananeas. Con frecuencia se nombra a El; sobre todo el dios de la tempestad, Hadad -en Damasco, Rammón, es decir, "el tonante" -, se reconoce casi siempre bajo el nombre de Ba'al; la mayor parte de divinidades femeninas tiene su prototipo en Astarté. Los dioses mesopotámicos que habían penetrado en número bastante crecido se confunden con frecuencia con los dioses cananeos, aunque el Ba'al de Ḥarran, continuaba siendo el dios-luna Sin, que procedente de 'Ur de Caldea se había instalado en esta ciudad desde la más remota antigüedad.

Así pues, también en materia religiosa, Siria fue una tierra de confluencia. Más tarde, alrededor del principio de la Era cristiana, fusionó las muchas aportaciones recibidas, sobre todo por sincretismo con la teología solar. Por mediación de sus comerciantes, presentes en todas partes, de los soldados que proporcionaba a Roma y de los que, aunque nacidos en tierras lejanas, vivían algún tiempo en el país, propagó mucho sus cultos peculiares. La *dea syria* Atargatis, los Ba'ales de Doliché, de Heliópolis y de Emesa, se expatriaron para conquistar Europa; Atargatis ya se había instalado sólidamente en Delos a principios del siglo I a. de J. C.

En los tiempos en que Roma dominaba el mundo, cuando nadie se acordaba desde hacía mucho tiempo de los reyes ni de la civilización de Asiria, la influencia de los arameos alcanzaba su punto culminante. Sin duda esta influencia tenía su origen en la pérdida de la independencia política, cuando Sargón II había reprimido severamente las últimas rebeliones de Hamat y de Damasco. La historia nos ofrece más de una réplica de esta aparente paradoja.

III. ISRAEL

Este pueblo semítico, nómada durante mucho tiempo, en ocasiones incluso vagabundo, definitivamente y no sin dificultades sedentarizado en Palestina después de su salida de Egipto hacia la mitad del II milenio antes de Jesucristo, conoció un destino excepcional. No por sus vicisitudes, porque muchos otros pequeños pueblos orientales tienen una historia semejante, aunque con la

desventaja de que la conocemos peor que la de Israel. No es su historia como tal la que retiene nuestro interés, sino la originalidad de su evolución religiosa y moral y la amplitud y la inmensidad de su misión en la historia espiritual de la humanidad.

1. LAS VICISITUDES TEMPORALES

Los jueces.. Trazaremos rápidamente la curva de su evolución política y de su actividad material, pues las formas que tomaron no dejaron de ejercer sus efectos sobre las almas.

El nomadismo imponía a Israel la vida colectiva en tribus. La lucha contra los cananeos para la conquista del país y, en especial, la lucha contra los filisteos le impusieron otra organización. Ésta marchó paralelamente con la aparición y los progresos del espíritu nacional: para luchar era necesario tener jefes capaces de agrupar el máximo de energías en el esfuerzo común.

Éstos fueron, al principio, los "jueces", nombre que servía para designar los magistrados de las ciudades fenicias. Acerca de ellos, tradición y leyenda se entremezclan. Sin embargo, de manera fácil, se reconoce en ellos a hombres impuestos por un peligro, debiendo a sus cualidades personales un prestigio eminente, a la vez militar, político y religioso. Se les consideraba más próximos a la divinidad que el resto de los hombres, lo que confería una base a su autoridad que no ejercían con una administración regular, sino con procedimientos muy rudimentarios. "Samuel fue juez de Israel durante toda su vida. Cada año iba a Bet'el, a Guilgal y a Mitspa y juzgaba a Israel en todos estos lugares. Después volvía a Rama, donde estaba su casa, y allí juzgaba a Israel." En cuanto a Saúl, administraba justicia "sentado bajo el tamarindo, en Guib'a, en la altura", lanza en mano y con todos sus servidores de pie junto a él.

La monarquía unitaria. A pesar de su resistencia, el título de rey fue conferido a Saúl hacia el final del siglo XI, aunque la monarquía no se hizo de verdad unitaria más que bajo su rival y sucesor David, que fijó la capitalidad en Jerusalén. Le sucedió su hijo Salomón, bajo el cual, hacia la mitad del siglo X, la monarquía alcanzó su máximo esplendor.

Su organización política y administrativa no tuvo nada de original: era inevitable que se inspirara en los modelos de las grandes monarquías orientales. David todavía basaba su poder en las tribus y las ciudades que les servían de pequeñas capitales. Aunque había constituido un cuerpo de funcionarios con un jefe de escribas, un jefe de los tributos, varios generales, una guardia y un pequeño ejército de mercenarios, aún convocaba con frecuencia a los delegados de las tribus y se dirigía a éstas para movilizar la totalidad del ejército. La centralización hizo grandes progresos con

Salomón. El personal áulico, que trabajaba junto al soberano en la administración del reino, creció en número. El país fue dividido en doce provincias y cada una de ellas, confiada a un "prepósito", debía proporcionar todo lo necesario a la intendencia de palacio durante un mes de cada año. El sistema de impuestos fue regularizado y aumentado, lo que provocó las vivas protestas del pueblo. De hecho, la única diferencia fundamental con las monarquías vecinas, en especial con las de Egipto y Mesopotamia, que seguramente eran el ideal de Salomón, era de orden religioso: jamás el soberano fue el hijo o el vicario de la divinidad, limitándose a ser "el ungido". Revestido por ello de un carácter sagrado, no por ello tenía una comunicación normal con la divinidad y nunca, ni en teoría, ejerció las funciones de sumo sacerdote. La centralización política, sin embargo, se acompañó de un serio progreso hacia la centralización religiosa. David había instalado el Arca en Jerusalén y cuando Salomón llegó a construir el templo se esforzó en hacer desaparecer la multitud de santuarios creados en tiempos del nomadismo.

Con el fin de aumentar sus recursos, la monarquía ponía un vivo interés en la vida económica. Israel trabajaba su tierra con éxito, produciendo una buena cosecha de cereales; podía proporcionar a los fenicios trigo, aceite, miel, cera y sándalo. Aliado, hacia el Mediterráneo, del rey Hiram de Tiro, Salomón se esforzaba en atraer también el tráfico de las caravanas de Transjordania. Al Sur fundó 'Eṣion-Gueber, base marítima al fondo del golfo de Agaba, en el Mar Rojo, con el fin de hacer derivar en su provecho una parte del comercio con Arabia, hasta entonces monopolizado por Egipto. En este puerto hizo construir embarcaciones, proporcionándole Hiram los marinos para conducirlas. La historia de la reina de Saba presenta sin duda el recuerdo de relaciones con ese país de donde procedían tantos productos codiciados. Salomón, dice la *Biblia*, "hizo que, en Jerusalén, la plata fuese tan común como las piedras".

Se sirvió de sus riquezas no sólo para reforzar su ejército, sino también para embellecer su capital. Sobre la colina de Sión levantó el Templo y "la casa del rey", completada por un palacio para la reina que, según se cree, era una princesa egipcia. Ninguno de estos monumentos es conocido arqueológicamente y toda tentativa de restauración ideal sería arbitraria. Las indicaciones proporcionadas por la Biblia (I *Reyes*, VI y VII) permiten reconocer con facilidad las influencias egipcias y mesopotámicas. Pero el relato insiste en señalar, con complacencia, la colaboración fenicia y el lujo desplegado. Madera de cedro y de sándalo, piedras labradas, oro, plata y bronce habían sido utilizados con una profusión deslumbrante. El trono real era de marfil recubierto de oro: "Jamás se había hecho nada igual para ningún reino." En la vajilla regia "nada era de plata, pues no se le hacía ningún caso en tiempo de Salomón". Muchos de estos materiales, y con seguridad los obreros, habían

sido proporcionados por el rey Hiram de Tiro. El arte nunca tuvo ningún esplendor entre los hebreos, a excepción de este breve período. Sin embargo, es imposible dar una idea precisa de las obras entonces producidas: las únicas certidumbres son la riqueza de los materiales, la busca deliberada de la riqueza más pródiga y la ausencia de verdadera originalidad.

La crisis y la teocracia

Este período de grandeza no duró debido a que la preponderancia de Jerusalén suscitaba protestas contra los excesos fiscales y la centralización. La crisis política estalló ya a la muerte de Salomón, en 935, y produjo la escisión en dos reinos, cuyas capitales fueron Jerusalén para Judá, al que sólo quedaron fieles dos tribus, y Samaria para Israel, al que se unieron las otras diez.

La crisis social era aún más profunda y más grave. Durante mucho tiempo el nomadismo había hecho prevalecer un modo de vida, si no democrático, al menos igualitario, gracias a la comunidad de bienes. Poco a poco la sedentarización lo había hecho desaparecer y la economía comercial, cuyo desarrollo había sido fomentado por la monarquía, había creado la desigualdad entre ricos y pobres. Se fue creando una nostalgia por la vida simple que fue exaltada. Primero se había criticado a Salomón y a Jerusalén, la monarquía unitaria y sus creaciones que, por su exigencia de productos extranjeros, concretaban la nueva economía y sus desastrosas consecuencias sociales. Después se criticó a los reyes de Israel, que no se mostraban más equitativos ni morales que los de Judá.

Más tarde el peligro exterior reapareció, no como otras veces representado por gentes de la costa o por reyes arameos, sino por las grandes monarquías de pretensión ecuménica. Palestina fue presa de las intrigas internacionales y campo de batalla donde chocaron los ejércitos extranjeros. Aliados de unos o de otros, buscando en vano cuál sería el protector menos peligroso, los dos reinos acabaron por desaparecer. Sargón II destruyó Israel al tomar Samaria el año 721 y deportar a 27.290 de sus habitantes. Nabucodonosor actuó aún más violentamente el año 587 en Jerusalén, que fue sistemáticamente destruída y sus habitantes deportados en masa a Babilonia.

Una cincuentena de años más tarde, el aqueménida Ciro puso fin a la cautividad y permitió a los hebreos reconstruir la ciudad de Jerusalén. Pero ya no vivía ningún miembro de las antiguas familias reales, y los persas, como más adelante los macedonios, no habrían permitido la reconstitución de una monarquía nacional. Palestina estuvo sometida a la autoridad de la clase sacerdotal bajo la vigilancia de los sátrapas. El clero tenía a su frente un sumo sacerdote que administraba el país asistido por un consejo de notables laicos y eclesiásticos, que por influencia de la palabra griega *synedrion* ("consejo") acabó llamándose *sanedrín*. Este régimen teocrático impuesto al antiguo estado convertido en circunscripción de una provincia, duró hasta el siglo II antes de Jesucris-

to, en el que la rebelión de los Macabeos contra los Seleucidas produjo la restauración de la monarquía en la independencia finalmente recuperada.

Primacía de la religión.

El resumen que precede, tan breve a pesar de su extensión, para la historia llena de episodios que tendría que presentar, autoriza a sacar algunas conclusiones.

Políticamente Israel aporta poca cosa nueva a la historia de la civilización. La misma teocracia no era una forma inédita en la vida de Oriente, como tampoco lo habían sido la organización en tribus, la formación de una unidad nacional bajo la dirección de individualidades poderosas, ni, por último, el breve esplendor de la monarquía centralizada.

Artísticamente su aportación, tal como la podemos imaginar a falta de restos, es nula y en todo caso no ejerció ninguna influencia en el exterior.

Completamente distinto es el caso de la literatura. Conocemos la historia de Israel gracias a la *Biblia*. Además de que esta recopilación posee un gran valor documental, que a veces desearíamos mayor-¿qué pueblo, pero, tenía entonces la preocupación de la historia? -, más de una de sus páginas alcanza un excelso valor literario. El vigor de las imágenes, la energía directa del estilo, la viva expresión, convierten en particular a ciertas poesías en obras maestras de una literatura cuyo frescor se nutre todavía de la savia popular. Es curioso que un cierto número de sus más bellas poesías antiguas estén presentadas como obra del propio David, en particular, en *Samuel II*, el *"cantar del arco"*, compuesto después de la muerte de Jonatán y de Saúl y 73 salmos de los 150. Curiosa también la atribución a Salomón de numerosas obras poéticas-más de un millar-e incluso los *Proverbios*, el *Cantar de los Cantares* y el *Libro de la Sabiduría*, que con certeza son más recientes. La relación establecida de esta manera entre la literatura y la realeza atestigua la alta dignidad que se concedía a la primera. Algunas veces los egiptólogos han podido comprobar que la literatura bíblica está emparentada con la literatura egipcia: el salmo CIV, por ejemplo, puede compararse al himno a Atón atribuido a Amenofis IV, sobre todo los versículos 20-26 y 29-30, compuestos en el siglo XIV. Por otra parte, la poesía de Israel ejerció una influencia en el exterior -todavía viva en la actualidad - por su íntima relación con el movimiento religioso que revistió con admirable ropaje. Aparte de la religión, su influencia en el exterior fue nula. La literatura de Israel poseía una grandeza por ser inseparable de su religión.

Para la evolución social se impone la misma conclusión. Por sí misma nos ofrece el interés de explicarnos el paso de una economía comunal y pastoril a otra individualista y comercial. En ningún otro lugar se puede comprender tan claramente ni con tan elocuente concentración en el tiempo.

Pero en el caso de Israel, la importancia de un cambio tan considerable está acrecida por sus consecuencias religiosas.

Así, la religión está omnipresente en la vida de Israel en forma superior a la de las otras civilizaciones de la antigüedad. En ninguna parte se observa de una manera tan constante y tan eficaz; su supervivencia directa o indirecta no tiene paralelo; pero es que en ningún otro lugar evolucionó de una manera tan original. Todavía es necesario señalar que, en Israel, existían las fuerzas capaces de hacerla evolucionar y en este sentido.

2. LA RELIGIÓN Y LA EVOLUCIÓN DE LAS IDEAS MORALES

Desde su origen la religión de Israel presenta un carácter peculiar en un mundo donde es frecuente que un pueblo reconozca la primacía de una divinidad especial, pero en el que ninguno rehúsa adorar al propio tiempo otras divinidades. Es más, a pesar de sus contactos, con frecuencia deplorables, con los pueblos extranjeros, Israel acentúa su originalidad religiosa. Lo más visible es que pasa de la monolatría, adoración de un solo Dios, al monoteísmo, creencia en la existencia de un solo Dios. La idea de este Dios también se transforma.

El antiguo Yahvé

Durante el "éxodo" que les llevó de Egipto a Cana'an, el jefe de los hebreos, Moisés, les hizo establecer una "alianza" con un dios que se le había revelado en el Sinaí, o quizá simplemente el que se adoraba en el oasis de Quadaš, al sur de Palestina. Este dios se había llamado a sí mismo Yahvé, es decir "Yo soy". Se le llamó Elohim, plural de la palabra semítica *El*, que significa "dios", porque en él se reunía el conjunto de todas las fuerzas divinas.

En muchos aspectos este dios se parecía a otros. Dios de la vida, de la vegetación y de la fecundidad era también el dios de las tormentas y de las nubes. Protector del orden humano, castigaba el crimen e inspiraba la justicia; había revelado la Ley y podía continuar dictándola: Šamas se había comportado de manera semejante con Hammurabi. Este dios exigía la circuncisión; los otros pueblos de Asia, salvo quizá algunas tribus árabes, no la practicaban, pero era usada en Egipto, donde los hebreos habían vivido. Su culto, como los de otros dioses, comportaba diversos santuarios, fiestas, ritos y sacrificios sangrientos. Revelaba el porvenir ya fuese manifestándose a los hombres en sus sueños, ya por medio de "suertes" de manera que consultaban los sacerdotes. El reclutamiento de éstos, al principio amplio, acabó por restringirse al menos en teoría, a la tribu de Leví. Como en otros pueblos, vemos que existía una tendencia a establecer una casta sacerdotal.

Yahvé exigía de Israel que no tuviese otro dios más que él. Esto no era negar la existencia de

los otros dioses, pero éstos no podían ser más que los dioses de otros pueblos. Entre Israel y él existía una "alianza" exclusiva para ambas partes; su símbolo era el "Arca", es decir, un cofre donde se guardaban las "tablas de la Ley", que siguió todas las vicisitudes de los hebreos hasta el día de la instalación de David en Jerusalén. Las fiestas que, en los orígenes, sin duda, se relacionaban con la vida pastoral y agrícola, se convirtieron en conmemoraciones de la historia de Israel, sirviendo por tanto para sellar la alianza con Yahvé. La Pascua, por ejemplo, era una fiesta compleja, relacionada a la vez con un culto lunar, con la cría de corderos y el principio de la cosecha de la cebada y que recordaba, según se decía, la salida de Egipto. Las tiendas de la fiesta de los "tabernáculos", celebrada en otoño para señalar el fin de la vida vegetal y provocar la lluvia, promesa de futuras cosechas, recordaba las condiciones de existencia durante la travesía del desierto. Unas interpretaciones muy específicas transformaban, pues, el sentido de un ritual que no tenía en sí nada de original, y contribuían a separar a Israel de los otros pueblos y a Yahvé de los otros dioses.

Por su parte, Yahvé no se presentaba como un dios universal, interesándose por los otros pueblos, sino que reservaba su amor, su justicia y su poder protector sólo para Israel, detestando a todos sus enemigos. Contra ellos, su parcialidad, su violencia, su sed de sangre se afirmaban sin límites; aprobaba todas las astucias, todas las exterminaciones y reprobaba toda misericordia. Para establecer su pueblo en Canaán y para darle la victoria sobre los filisteos, era el "Yahvé de los ejércitos".

Las amenzas de influencia extranjera.

Éste era el dios en el comienzo conocido de su evolución. Ésta se habría podido hacer en el sentido de un acercamiento hacia los otros dioses, y no faltó más de una ocasión para ello. La instalación de Israel en Cana'an, su dispersión y su situación en medio de unos pueblos que tenían ya sus dioses y sus cultos, el carácter agrario de éstos y la adaptación a los nuevos parajes, fuentes, árboles, piedras, montañas, inducían a una contaminación más o menos inevitable. De hecho, los hebreos sufrieron la tentación de los Ba'ales y de las Astartés cananeos, de sus santuarios, de sus ritos y de sus ídolos. También tuvieron influencia de dioses más lejanos, a los cuales la misma realeza no se negó a concedérsela, aun en los momentos más álgidos, como, por ejemplo, en tiempos de Salomón. No se sostenían impunemente relaciones con los árabes, ni sobre todo con los fenicios, a los cuales el interés comercial les obligaba a ser tolerantes y a permitirles la práctica de sus cultos. Más tarde, la presencia de flotas extranjeras: egipcias, asirias y babilónicas, la instalación en el país de colonias de los vencedores y la estancia de los deportados en Mesopotamia no podían tampoco quedar sin consecuencias. Al faltar la protección

de Yahvé sobre su pueblo, dejando caer sobre él tantos contratiempos, al comparar su influjo con el de otras divinidades, la antigua alianza quedó en un estado muy comprometido.

Jerusalén

Otras fuerzas más pujantes, actuaron en sentido inverso. En primer lugar la preeminencia de Jerusalén, debida a la iniciativa de la monarquía unitaria, de la que era el corolario de su razón de ser y de su programa de centralización política. Instalada en Jerusalén, la monarquía luchó contra los santuarios locales con el doble fin de monopolizar en provecho de su capital, o sea en provecho propio, el prestigio del culto y para vigilar mejor a los sacerdotes. La construcción del futuro templo tenía por fin evidente el facilitar la concentración del culto, que además aumentaba el número y el producto de las ofrendas.

La división en dos reinos no produjo las consecuencias que se hubieran podido temer. En efecto, en el reino de Israel, más vasto, los fieles de Yahvé se encontraron más diluídos y tuvieron tendencia a mostrarse más accesibles a las influencias exteriores, sobre todo cananeas; su fe y sus prácticas fueron menos puras. En el terreno religioso, Samaria nunca pudo rivalizar con Jerusalén, capital de la ortodoxia. Además, Samaria cayó de manera definitiva en manos del extranjero ciento treinta y cinco años antes que Jerusalén y sufrió una dominación pervertidora mucho más larga.

Jerusalén conquistó y conservó el monopolio del culto verdadero. Fuera de la ciudad sólo fue permitida la existencia de lugares de oración en común, principio que en el curso de la historia no conoció más que raras transgresiones, todas en la antigüedad. A pesar de la dispersión, las grandes fiestas y en particular la de la Pascua, según los ritos no podían ser celebradas más que en la colina de Sión, lo que suponía la obligación de un peregrinaje periódico, generalmente anual, al templo. Así, el nombre de Judá, el de la tribu a que pertenecía David y el del reino cuya capital era Jerusalén, se perpetuó en la denominación "judeo" de donde se derivó nuestra palabra "judío".

Se comprende que Jerusalén tenía necesariamente que esforzarse en preservar, e incluso acentuar, la originalidad de la religión de la que era centro y con la cual, en la práctica, se identificaba. Todo acercamiento con una creencia extraña, toda adopción de una práctica ritual, por poco que su origen fuese extranjero, debían serle y le fueron sospechosos. Fuera de Jerusalén acechaba la polilatría, corolario casi inevitable del politeísmo. El monopolio de Sión no encontraba su justificación más que en el mantenimiento y estrechamiento de la alianza.

Los profetas.

No se puede, pues, prescindir de los factores temporales, pero las fuerzas contrarias, ya enumeradas, hubiesen acabado venciendo. Hay que buscar también otras fuerzas decisivas. Éstas fueron fuerzas espirituales, cuya existencia y acción en su seno dan

a Israel su verdadera importancia histórica, porque se encuentran en la esencia de su originalidad y por consiguiente de su esplendor duradero. Estas fuerzas se encarnan en los Profetas. La Biblia les atribuye prácticamente todo el mérito de la guerra victoriosa contra la heterodoxia. Comprobamos también que en la conciencia religiosa del pueblo hubo una constante evolución y que los profetas fueron sus principales promotores.

Estos hombres fueron el elemento esencial y el más característico de la civilización de Israel. Según nuestros conocimientos ninguna otra tuvo nada igual. Ellos le aportaron la levadura cuya fermentación, al destacarla de todas las civilizaciones contemporáneas, hizo su grandeza y su unidad. Incluso en la literatura dejaron una aportación característica que se encuentra entre las de más mérito.

Fueron tantos, desde el siglo XI hasta la víspera de la Era cristiana, que su número y su continuidad acabaron por hacer de ello una verdadera institución propia de Israel, sin la cual no se le podría concebir. Como todas las cosas humanas esta institución evolucionó. Por definición todos los profetas eran unos "inspirados" - éste es el sentido de su nombre colectivo, *nebi'im*, —"videntes" y poseídos de Dios. Se sentían poseídos por Dios, pues consideraban que lo tenían albergado en su propia persona. Él les cogía y les dictaba sus palabras que ellos terminaban con la afirmación "oráculo de Yahvé" o "así ha hablado Yahvé".

Algunas veces, hablaron en medio de la indiferencia general, pero no dejaban de ejercer influencia: llamaban de una u otra manera la atención y no pasaban desapercibidos ante el pueblo.

Aún antes de David, desde los comienzos de su aparición, se muestran constantemente, claros y decididos, aún con peligro de provocar el escándalo, pues no respetaban a nadie, ni al rey, ni a los sacerdotes, ni al pueblo; hablando por su boca Yahvé se sentían audaces para comunicar abiertamente un mensaje. No tenían ninguna precaución en escribir sus discursos. De los antiguos profetas no nos queda nada, en ocasiones ni sus nombres y los más célebres como Elías o Elíseo, ya del siglo IX, son figuras de una violencia extraordinaria.

Sin embargo ya en ese tiempo existían en ciertos lugares una especie de escuelas de profetas. Éstas subsistieron en el siglo VIII y sin duda fue por su iniciativa que empezaron a compilarse las palabras que les parecía debían escapar al olvido. De tiempo en tiempo el entusiasmo divino hacía surgir de estas escuelas o de la masa anónima, hombres sometidos a Yahvé, indiferentes a todo lo que no fuera él, incapaces de resistir a la fuerza que les empujaba y les aplastaba. Se expresan con la misma violencia contra los mismos culpables; Amós, Oseas, Isaías, en el siglo VIII, Jeremías en el siguiente y Ezequiel durante el exilio – para citar sólo algunos nombres - lanzan las mismas condena-

ciones, las mismas advertencias, las mismas admoniciones que podemos leer ahora en poesías largas o breves, siempre ardientes.

Después del exilio, la institución perdió la llama que la había animado hasta entonces; por su mayor relación con el clero, los profetas aparecen más bien como teólogos.

El ideal y la acción eficaz.

En estas condiciones, la individualidad de cada profeta presentaría interés, si fuera posible hacer alto para examinarla. Con pequeñas características personales, les animaron unas tendencias comunes; a ellas y a los principales resultados obtenidos vamos a referirnos más detalladamente.

Algunos de sus objetivos quedaron fuera de su alcance. Las persecuciones sufridas, sólo de una manera efímera podían romper su ímpetu o amortiguar sus efectos. Pero no hay que menospreciar las realidades humanas. Muchos sentían la nostalgia del vivir antiguo y de la igualdad que lo caracterizaba. Los más antiguos se mostraban hostiles al Templo y a Jerusalén, demasiado ricos, a los que no se unieron hasta más tarde en razón de las ventajas que presentaban para la unidad de Israel, condición de su alianza con Yahvé. Detestaban el comercio y la riqueza, causas de perversión y de desigualdad. Llevado demasiado lejos, su ideal era irrealizable, pero a pesar de los fracasos, que no les desanimaban, consiguieron éxitos indiscutibles.

El fin principal, el único completo se podría decir, hacia el que tendía lo esencial de su incansable esfuerzo, fue mantener a Israel alejado de la tentación de los cultos extranjeros y el volverlo, cuando se apartaba, al culto de su único Dios. Para ello era necesario explicar las desgracias sufridas, que podían hacer dudosa la omnipotencia de Yahvé o su voluntad de salvaguardar la alianza. Lo consiguieron acusando a Israel, o a ciertos elementos dirigentes, de romper esta alianza por su desobediencia a la Ley: denunciar las faltas cometidas en materia religiosa o moral, fue su tema predilecto, junto al del castigo sufrido o próximo, signo de la cólera divina. Se abría de esta manera el camino a una evolución profunda que transformó a la vez a Yahvé y a su culto, la moral, la legislación y todas las ideas sobre las que se levantaba la civilización de Israel.

Según la Biblia esta evolución se tradujo en las medidas atribuidas al rey de Judá, Josías, el año 621: expulsó a todos los dioses extranjeros, cerró todos los santuarios y concentró el culto en Jerusalén de forma definitiva. La Biblia le atribuye, además, la publicación del *Deuteronomio*, es decir, no la "segunda" Ley, sino la "doble" de la antigua, muy concisa. Este texto fue presentado como "el libro de la Ley vuelto a encontrar en la casa de Yahvé por el sumo sacerdote", y da forma explícita a los interdictos lanzados al pueblo por Moisés en nombre de Yahvé. En realidad, incluso por su

espíritu, difiere de la antigua Ley. Representa, sin duda, una codificación -que ciertos historiadores colocaban en 621, y otros de la mitad del siglo V- de decisiones tomadas en fechas diversas y justificadas retrospectivamente. De todas maneras la evolución cuyos resultados estabiliza, lleva la señal de la acción de los profetas.

Yahvé y el culto.

Yahvé se convirtió así en un Dios universal. Ezequiel aún afirma que "está con Israel", que "los israelitas son sus ovejas", que "él es su Dios", pero se limita a querer a Israel más que a los otros pueblos y cesa de identificarse con la nación judía. Ya no es parcial en su favor, ni duda en castigarle en la cólera que le inspiran sus perversidades. En lugar de asegurarle su felicidad temporal inmediata, le ha confiado una misión. Después del exilio ésta se define así: "él es mi servidor, mi elegido sobre el que he derramado mi espíritu, con el fin de que él revele a las naciones lo que es justo", y añade: "Israel será la luz de las naciones, el instrumento de salvación para todos, hasta los confines de la tierra."

Ningún tema mejor que éste del pueblo elegido puede consolar más a un pueblo abatido y reducido a servidumbre. Pero al propio tiempo postula la idea de otro Yahvé cuya omnipotencia es exaltada en un horizonte que se va ensanchando. Para los profetas del siglo VIII, aún es sólo el más poderoso de los dioses; es el creador del universo y puede dirigirse a todo el mundo: "Escuchad, pueblos, escuchad todos. ¡Presta tu atención, oh tierra, tú y lo que tú encierras!" En estas frases no se negaba la existencia de otros dioses, sino que se afirmaba la superioridad sobre ellos. Jeremías afirma ya, al contrario, que no hay "ningún soplo de vida en todos esos dioses"; el Deuteronomio dice que "Yahvé es dios, en lo alto del cielo y abajo en la tierra y no existe ningún otro" y después del exilio se le hace decir: "Yo soy Dios y ninguno es semejante a mí." El monoteísmo había triunfado.

De manera inevitable esto lleva consigo la moralización y espiritualización de Yahvé. Continúa siendo "dios de los ejércitos", pero de los ejércitos celestes, de las legiones de ángeles. Más que nunca es el dios de la justicia: "Yahvé de los ejércitos será elevado por el juicio, y el dios santo será santificado por la justicia." A veces aparece la idea de que la prosperidad material no es la prueba de su favor: se distingue el espíritu de la materia.

Se insiste mucho en un punto considerado secundario u olvidado de la vida religiosa. La verdadera piedad está en el corazón del fiel, no en los ritos que lleva a cabo. "Yo amo la piedad y no los sacrificios, y el conocimiento de Dios más que los holocaustos", dice Osías; y Amón: "Odio y desprecio vuestras fiestas. No puedo oír vuestras asambleas... Los terneros engrasados que sacrificáis en acción de gracias ni los miro. Aleja de mí el ruido de tus cánticos, yo no escucho el son de tus laúdes. Pero que la rectitud sea como una corriente de agua y la justicia como un torrente que jamás

se seca". Isaías dice: "Quitad de mi vista la maldad de vuestras acciones; acabad de hacer el mal; aprended a hacer el bien; buscad la justicia; proteged al huérfano, criadle; defended a la viuda."
En materia de ritos, la evolución continuó. Con posterioridad la reacción contra el fasto del templo se fue atenuando y el culto se regularizó y las posibles profanaciones fueron vigiladas. Después del exilio, el régimen sacerdotal realizó una inevitable ofensiva en favor de los ritos cada vez más precisos, minuciosos o escrupulosamente observados. Las prescripciones acerca de la alimentación y del reposo del sabbat, en especial, tomaron formas muy rigurosas, que a veces llegaban a sutilidades pueriles. Los fariseos, sin embargo, no fueron siempre todo el judaísmo, y sobre él debía dejar una huella imborrable el fervor moral dejado por los profetas.

La Ley. Algo parecido ocurrió con la Ley. Desde los comienzos la originalidad de Israel fue el integrar, más que ningún otro pueblo, la moral en su ley y ésta en su religión. En su civilización, teólogo, legista y moralista son una misma cosa. También en esto se reconoce la alianza. La evolución de la Ley lleva consigo también, por necesidad, el reflejo de la organización social y el de las reacciones suscitadas por sus cambios. Existió una evolución y el conjunto de prescripciones divinas que constituye la ley (*Torah*) está hecho de aportaciones diversas, sin que exista acuerdo para separarlas y fecharlas. Hay que limitarse, pues, a examinarlas en sus grandes líneas.

Las influencias extranjeras, en particular babilónicas, no pueden ser puestas en duda: en comparación con los otros derechos orientales, incluso el Decálogo de Moisés es reciente. La Ley antigua sufrió asimismo la influencia del sistema de tribus y su paso ulterior a la organización nacional. Continuó siendo siempre la ley de un pueblo cuyas desgracias le llevaron hasta los límites
de la xenofobia. Aunque el horizonte de Yahvé se ensanchó, los matrimonios con extranjeros quedaron prohibidos, el préstamo con interés entre compatriotas estaba condenado, y la esclavitud de un extranjero era ilimitada, mientras que la de un israelita tenía que acabar lo más tarde al principio de su séptimo año de duración. Aparte de la *Torah* existe otra tendencia que no llegó a imponerse: "cuando tu enemigo cae, no te alegres", dicen los *Proverbios*, que añaden: "tu enemigo tiene hambre, dale de comer; tiene sed, dale agua para beber".

De todas maneras es notable que ya la antigua Ley no dejó corromper sus mandatos por las prácticas rituales. Aquéllos se referían a las disposiciones íntimas del hombre y a su comportamiento social, añadiéndoles en proporciones mínimas la obligación de las ceremonias y de los gestos. Frente a la noción de pureza física, concedía gran importancia a la de pureza moral. Los profetas podían acentuar fácilmente esta distinción; varios textos citados precedentemente han mostrado en qué sentido. Se les debe añadir la condenación del rico y del poderoso que engañan al pobre y abusan de

su poder. Amós anatematiza a los que "han vendido al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias": "reposan muellemente sobre lechos de marfil; comen los corderos del rebaño y los terneros cebados; beben vino en grandes copas y se ungen con el mejor aceite". Por la boca de otro, Yahvé se dirige a los jefes y a los príncipes: "¿Quién sino vosotros debe conocer la justicia? Odiáis al bien y amáis el mal; arrancáis la piel y la carne de encima de los huesos de mi cuerpo, devoráis su carne..." El esfuerzo moral llegó casi a la revolución social que habría anulado los efectos de la evolución económica.

Este esfuerzo consiguió una legislación caritativa para con los humildes y los débiles, de la que el *Deuteronomio* ofrece más de un ejemplo: "No oprimirás al jornalero pobre e indigente, ya sea uno de tus hermanos o uno de los extranjeros que viven en tu país, a tus puertas. Le darás un jornal antes de la puesta del sol, pues es pobre y le es necesario... No tomarás en prenda el vestido de la viuda... Cuando recojas tus cosechas y olvides una gavilla en tu campo, no debes volver a recogerla, será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda... Cuando sacudas tus olivos no recojas en seguida los frutos que hayan quedado en las ramas... Cuando vendimies tu viña, no recojas los pequeños racimos que hayan quedado olvidados..." Moral humana cuyo beneficio puede llegar incluso al extranjero; aunque no dejaba de tener algún precedente en Oriente, en ningún lugar todavía se había expresado de una manera tan firme y minuciosa.

Sin embargo, al ser ratificados sus resultados por la redacción definitiva de la *Torah*, la evolución no se prosiguió y todo contribuía a detenerla: la organización teocrática adoptada al volver del exilio, que dio prestigio y fuerza un sacerdocio constituido en guardián de la Ley, y por tanto necesariamente conservador; la noción de pueblo elegido, que le ató a su particularismo desafiante frente a todo lo extranjero; y la renovación solemne de su alianza con Yahvé, que transformó en virtud su inmovilidad. El anquilosamiento empezó: la fidelidad a la letra causó la infidelidad al espíritu. Se había llevado a cabo una conquista de importancia capital: el individualismo.

El individualismo religioso y moral.

Los profetas habían dado el ejemplo: entre Yahvé y ellos nadie se interponía. El soplo divino se encontraba en ellos mismos. Eran sus mensajeros; si algunos intentaban resistirlo era en vano. Su sumisión a Yahvé era directa, sin ninguna clase de intermediarios. Frente a los demás hombres, cada uno actuaba con libertad autónoma por completo.

Es natural que cada hombre no podía pretender una independencia idéntica, que no habría podido justificar con la misma esclavitud. Las enseñanzas de los profetas, sin embargo, le inclinaban a ello en la medida de sus fuerzas. El servicio de Yahvé y de su culto lo convertían en un deber. En

relación con un dios moral y espiritual, la religión debía ser ante todo y principalmente interior, es decir, individual y subjetiva. La Ley, dice acertada y bellamente el *Deuteronomio*, "está muy cerca de ti: la tienes en la boca y en el corazón". De este principio se podían derivar incalculables consecuencias.

La primera que sacó Israel es la de que cada uno debe dar sólo cuenta de sus actos, condenando la responsabilidad colectiva que castigaba al culpable al mismo tiempo que en su persona, en la de sus descendientes y de su familia. Ésta había sido un elemento de la armadura que sostenía la antigua organización social; la nueva moral y la nueva idea religiosa la hicieron insoportable. También las nuevas condiciones de vida, pues en este punto, las necesidades del individualismo económico concordaban con las del individualismo religioso y moral. ¿Cómo dedicarse al comercio si la responsabilidad de cada uno no estaba delimitada? En el estado de dispersión a que las desgracias habían reducido a Israel, habría sido difícil aplicar el antiguo principio. Así se ve sin sorpresa, primero a Jeremías y después a Ezequiel, rechazar el refrán según el cual la dentera en la boca de los niños se justificaría por el agraz que habrían comido sus padres: "Son los dientes del que comerá las uvas verdes los que serán excitados", de lo que el *Deuteronomio* saca la conclusión: "No se hará morir a los padres por los hijos, ni a éstos por aquéllos; se hará morir a cada uno por su pecado."

La doctrina individualista no consiguió un éxito total. Hubiese sido necesario probar que la virtud estaba siempre recompensada y el vicio siempre castigado en la sola persona del interesado: evidentemente se estaba lejos de ello. El problema de la existencia del mal se planteaba de manera angustiosa. Después del exilio, es decir cuando el dualismo iranio dejó sentir su influencia, algunos colocaron a Satán o Belial junto a Yahvé, aunque siempre por debajo de él; como la existencia de los demonios -Asmodeo es un nombre derivado del persa-, todo esto había sido ignorado hasta entonces. Otros insistieron en la idea del juicio final, de la última catástrofe en la que se haría una estricta justicia a cada uno; en esto también se hacía sentir la influencia irania. Estas soluciones, que no fueron las únicas, quedaron como simples ideologías que no encontraron ni la aprobación unánime ni la oficial. La época de la evolución creadora había pasado.

La gran aportación de Israel.

Estas búsquedas atestiguan la amplitud del camino recorrido. Israel había sido original desde el punto de partida, pero lo que la humanidad le debió no se lo pudo transmitir por sí mismo. La inmensa importancia de su misión futura proviene de haber comenzado a separar al ser humano del resto de la masa colectiva, en el mismo dominio precisamente, el religioso, en el que el hombre le estaba más integrado. Se llegó a este resul-

tado manteniendo al individuo en su religión: verdadera paradoja, al menos en apariencia, cuya explicación debe buscarse en la depuración y profundidad de los sentimientos religiosos que había llegado a realizar.

En su propio seno, la tendencia chocaba con resistencias. Lo más tarde a fines del siglo V a. de J. C., aparecía dominada y vencida por las tendencias contrarias, formalistas y legalistas. Pero quedaban en tierra gérmenes imperecederos que, revigorizados por otras influencias, darían un día nacimiento a frutos espirituales de los que, todavía hoy, se nutren millones de seres humanos.

CAPÍTULO III

LA CIVILIZACIÓN GRIEGA ARCAICA

Fijémonos en los griegos una vez este pueblo está constituido y estabilizado en lo que será su territorio nacional: el sur de la península balcánica, las islas del Egeo y -destinada a ser tierra griega casi hasta nuestros días- la costa occidental de Asia Menor. En su historia se acaba entonces un período muy oscuro, con civilización rudimentaria que contrasta con su antecesora, la brillante civilización egea: la "Edad Media" griega no es una denominación histórica arbitraria. Y hacia principios del siglo VIII a. de J. C. empieza un nuevo período.

Puesto que hay que darle algún nombre, se le califica de "arcaico" con el fin de oponerlo a los períodos siguientes. Es un término que parece querer insistir sobre todo en la fuerza de los vínculos que entonces unen a los griegos al pasado y perjudican la libertad de sus movimientos. La conquista total de esta libertad no será completa hasta principios del siglo V y los griegos harán de ella un uso admirable. Pero ya desde antes demuestran sus juveniles energías y se cumplen cambios importantes. En el aspecto geográfico aún se producen amplias modificaciones: el mundo griego se va ensanchando y la expansión colonial siembra de fundaciones nuevas casi todas las orillas del Mediterráneo y de sus mares anejos. Hay que señalar que el Imperio persa impone su dominación a los establecimientos de Asia y que las rivalidades que levantan unos contra otros a ciertos estados griegos son continuas. El relatar estos hechos se sale de los límites de este libro y conviene más insistir acerca de otros que revelan cambios más íntimos que nos hablan del despertar de un pueblo. Son las primeras victorias de una civilización que tendrá un gran porvenir y unas lejanas supervivencias. El hombre encuentra en ella las promesas y los apoyos que le invitan a desprender su propia personalidad del resto de la masa, o al menos a no dejarse aplastar por ella. Su existencia en el seno del "arcaísmo" anuncia que los días de éste están contados.

El verdadero interés de esos principios de la civilización griega reside en su evolución. La evolución es inevitable y común a todos los pueblos, pero no en todos se realiza de una manera tan rápida ni a la vez en aspectos tan variados. Sobre todo, no siempre se toma conciencia de sus efectos

imbricados unos con otros, ni una tendencia natural a deplorarlos. También hubo en las ciudades griegas descontentos que se dedicaron a maldecir de los cambios: pero menos escuchados que en otras partes, no pudieron hacer nada para impedirlos. El mito universal de la edad de oro encontró en Grecia su antídoto en una aspiración, nueva, hacia el futuro. Los griegos habían introducido novedades espirituales: una imaginación que no se asustaba de ninguna audacia y que se encarnizaba en encontrar los medios de realizar sus sueños. Hicieron más que controlar el progreso o lo que ellos creían tal: llegará un día en que, audazmente, imaginarán las primeras utopías; pero no lo esperaron para empezar a realizar lo inédito.

Hay que guardarse de exagerar para esta época la trascendencia de esta afirmación. Desde principios del siglo VIII a finales del VI no se trata más que de preludios que una parte del mundo griego ignora o mira con indiferencia. Es suficiente, sin embargo, que algunas regiones cedan ya a su encanto para que su amplitud futura haga legítima una especial atención.

La historia no puede, pues, considerar esta civilización, incluso en el período arcaico, como algo estático. De manera deliberada nos referimos en particular a lo que evoluciona y anuncia el porvenir. Por esta causa dejaremos de lado muchas cosas que habrá ocasión de precisar cuando el esplendor del helenismo nos permitirá dar una visión de conjunto menos inestable.

I. LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA, SOCIAL Y POLÍTICA

Los factores de evolución política son múltiples. En las minúsculas células que constituyen las ciudades griegas, organizadas pronto en organismos severamente celosos de su independencia, pobladas sólo por unos miles -diez como máximo de ciudadanos-, unas causas poco importantes en sí mismas o pasajeras pueden hacer sentir su acción: tales, por ejemplo, la psicología personal de un hombre, una guerra en la que se pone todo en juego a pesar de la mediocridad del objetivo, la amenaza de un vecino poderoso, etc. Al considerar el conjunto del mundo griego se reconoce el juego complejo de factores a la vez económicos, técnicos y sociales; pero la evolución política que determinan puede, a su vez, reaccionar sobre ellos.

La antigua sociedad: los grandes propietarios territoriales

Salida de las aventuras de la invasión, de los combates de la conquista y de los compromisos de la instalación, la antigua sociedad era ante todo rural. El ideal del hombre, cuya fuerza se refleja en muchos síntomas, destinados a perdurar durante el tiempo, era la independencia económica, condición de la independencia moral: no depender del capricho de un cliente o de un empresario, con el fin de poder trabajar o gandulear a su antojo. Este ideal sólo era realizable a los grandes

propietarios y éstos no podían ser otros que los más fuertes en la guerra, o los descendientes de los más fuertes al mismo tiempo que los más ricos.

La posesión de la tierra era, en efecto, la forma casi única de riqueza. Existían artesanos poco considerados, lo mismo que los comerciantes, de los que se encuentran pocas huellas. El comercio marítimo, muy practicado por los micénicos, pasó seguramente por una terrible crisis, a pesar de la precoz instalación de los griegos en las riberas egeas de Asia. Los fenicios controlaban en este momento el Mediterráneo occidental y aparecían a veces hasta en el Egeo. Hesíodo, en el siglo VIII, recomienda únicamente la navegación a los campesinos desgraciados y oprimidos por las deudas. Existían pequeños campesinos, propietarios libres, pero llevaban una existencia penosa sobre una tierra mediocremente fértil, en la que la precocidad de los calores secos disminuía el rendimiento de los cereales. Una parte de la población rural dependía de los grandes propietarios como trabajadores asalariados.

Los grandes terratenientes eran los únicos que podían, no sólo alimentarse bien - hasta tiempos muy modernos se les llama los "gordos"-, sino incluso consagrar a la satisfacción de sus pasiones una parte de sus recursos. El gusto por el lujo matizó en ellos las necesidades elementales. Agradaba a esta aristocracia sobresalir en el manejo de las armas y cuidar sus cualidades físicas con ejercicios venatorios. Amaba los largos banquetes, regados con abundancia. En sus viviendas tenían a numerosos esclavos sometidos a su capricho. Se complacían en ostentar su fuerza y su riqueza y también apreciaban los tejidos y la orfebrería raros y los recitales de los trovadores. La ulterior evolución social no hizo desaparecer nunca y no renegó de su ideal - armoniosa prestancia física, buenas maneras y discreta cultura-, sino que intentó extender sus beneficios a las otras clases sociales. Éste llegó a ser por excelencia el propio ideal griego: el hombre libre y usando de su libertad para desarrollar y satisfacer tales tendencias. Pero la independencia de los nobles estaba basada en la dependencia de otros respecto a ellos.

Estos privilegios se justificaban asimismo por el valor personal demostrado en la guerra. Sólo los grandes propietarios tenían facilidades para entrenarse bien, los recursos necesarios para la posesión de un armamento muy pesado y costoso y, en último lugar, la posibilidad de criar caballos. Durante mucho tiempo el hipismo constituyó una garantía de aristocracia, porque en los orígenes sólo los ricos podían permitirse el lujo de tener un caballo. Sin embargo, el verdadero combatiente no era el jinete, sino el infante que, demasiado pesadamente equipado, debía ser llevado al combate sobre un carro, guiado por un conductor que aguardaba mientras su amo peleaba a pie contra el

34.—El Parnaso.

enemigo. Los otros ciudadanos servían como infantería auxiliar, armados según sus recursos, en ocasiones con simples hondas. En la práctica contaban por muy poco: el desenlace de la batalla dependía principalmente de las proezas de los nobles.

Éstos, al combatir, servían al Estado, lo que les confería el derecho, del que hacían amplio uso, de dirigirlo. Además la guerra les proporcionaba el beneficio personal del botín y de los rescates. Siempre que se presentaba la oportunidad practicaban con gusto la piratería. En los grandes vasos funerarios del Dipylon de Atenas, están pintadas escenas muy sugestivas: navíos de guerra, pillajes, desfiles de guerreros y carros. Estas imágenes evocan una clase belicosa, orgullosa de sus actividades guerreras y haciendo ostentación de su fuerza y de su riqueza.

Los lazos de sangre.

De hecho, partiendo de la fuerza y de la riqueza, se operaba una clasificación social. Pero ésta se combinaba con otra, fundada en el nacimiento, mucho más oscura porque era más artificial; al menos, sus consecuencias no son dudosas.

En la ciudad, los ciudadanos se repartían en grupos cada vez más restringidos: la tribu, después la "fratria" (fraternidad) y por último, inmediatamente encima de la familia individual, el *genos*, o sea el clan o la familia amplia. Los dos primeros grupos parece que existieron un poco en todas partes y el tercero está únicamente atestiguado en un corto número de ciudades. En principio cada uno juntaba, en escalones genealógicos distintos, a todos los que reconocían un antepasado común y que debían, a este título, participar en un culto colectivo. Esta interpretación es seguramente demasiado esquemática. En particular, no nos explica por qué todos los ciudadanos, sin excepción, estaban inscritos en una tribu, mientras que muchos no pertenecían a ningún genos o no figuraban más que indirectamente como clientes de un noble.

Nos limitaremos a establecer que el nacimiento influía en la clasificación social y, por tanto, sobre la existencia del ciudadano. Éste no contaba por sí mismo, sino como miembro, de un grupo en el que su filiación le integraba y que servía de intermediario entre él y la ciudad. Su personalidad quedaba embarazada por los lazos de sangre, de los que no se libraba más que privándose de las ventajas de la solidaridad del grupo mientras otros continuaban aprovechándolas. Estas ventajas debían variar según los estados y, a este respecto, sólo poseemos algunos datos correspondientes a Atenas. En esta ciudad estaba prohibido, al que moría sin hijos, legar sus bienes a un extraño al genos, lo que permite imaginar que la venta tampoco era libre. Por otra parte, no existiendo la justicia penal del Estado, el genos por entero debía considerarse alcanzado por una ofensa hecha a uno de sus miembros, lo que conducía a un régimen de continuas venganzas. Por consiguiente el dilema era: fuera del genos pero impotente, o dentro del genos pero sometido.

Sometidos fatalmente, porque en estos grupos los grandes propietarios ejercían una preeminencia indiscutible. La posesión de grandes fincas se confundía con la nobleza; los ricos se vanagloriaban de tener antepasados heroicos y hasta divinos, con el fin de relacionarse con el mundo de la fábula. Todos probaban la generosidad de su sangre a base de largas genealogías, figurando los primogénitos antes que los segundones. De esta manera, apoyados en los miembros de su parentela, y sobre todos los que su influencia social y su potencia económica hacían depender de ellos, los jefes de las grandes familias disponían de un prestigio sin igual y eran los amos de sus genos.

El Estado aristócrata.

En estas pequeñas ciudades donde no era difícil a cada ciudadano el conocer a los demás, el Estado no tenía necesidad de una organización complicada. No existían funcionarios ni administración y el tesoro y la hacienda estaban reducidos al mínimo, pues casi los únicos gastos eran los del culto. Tampoco existía un ejército costoso, pues cada uno se equipaba a sus costas, y muy poca actividad judicial, pues el Estado eludía el ejercerla. Esta debilidad estatal servía para engrandecer más aún el poder efectivo de los jefes de la nobleza, cuyas arbitrariedades nada ni nadie podía intentar controlar.

El propio Estado se encontraba entre sus manos. La monarquía había existido casi en todas partes, pero ellos habían conseguido reducirla a un mero título, cuando no la habían suprimido de hecho. Prácticamente, cuando existía aún un *basileus*, un "rey", ya no era más que un magistrado anual sin otras funciones que las religiosas. La nobleza gobernaba, reuniendo por pura fórmula la asamblea de los ciudadanos, cuando no olvidaba por completo este principio de la soberanía colectiva. El poder efectivo correspondía al "consejo" compuesto de miembros hereditarios o elegidos según un procedimiento falsificado. Simple ficción también la que servía para designar a los magistrados anuales cuya gestión era estrechamente vigilada por el consejo. Consejeros y magistrados eran, de hecho, únicamente elegidos entre la alta nobleza. En la medida en que existía una justicia de estado, también a ellos correspondía ejercerla, con tanta más facilidad porque en ella no se aplicaban leyes escritas, sino principios tradicionales considerados como de origen divino y transmitidas de padres a hijos por enseñanza oral en las familias que su nacimiento y su reputación de sabiduría aproximaban a los dioses. La nobleza se aseguraba así, sin competencia posible, el monopolio de la justicia, al que se sumaba el de los principales cargos sacerdotales. Dominando en los campos de batalla, en la sociedad y en la vida económica, era normal que dominasen también el Estado.

Aunque con variantes locales, ésta era el régimen existente en todas partes: la "aristocracia", o sea el gobierno de los "mejores" (por el nacimiento y por las cualidades), o incluso, con un matiz

peyorativo que no aparecerá hasta más tarde, la "oligarquía", es decir, el gobierno de "algunos". Este régimen no aseguraba una tranquilidad ilimitada. A veces los privilegiados estaban divididos por ambiciones, rivalidades y rencores, y en su repugnancia a extender los poderes del Estado entraba una buena parte de desconfianza recíproca. La parcialidad de la justicia provocaba quejas y acusaciones de corrupción: Hesíodo califica a los poderes de "comedores de regalos". Los pobres y descontentos se expatriaban buscando tierras libres o arriesgando su vida como mercenarios al servicio de soberanos orientales. Pero las causas verdaderas de los cambios fueron externas al régimen mismo.

Las causas de los cambios: la técnica de guerra.

Estas causas fueron múltiples y entre ellas la que menos se puede relegar es la transformación de las técnicas de la guerra.

El armamento se hizo más ligero: las dimensiones del escudo disminuyeron y la coraza torácica empleó mucho más el cuero. La infantería se convirtió en un cuerpo muy unido, la falange, difícil de romper gracias a la protección de las lanzas de sus componentes dirigidas hacia el exterior. Contra ella fueron inútiles los carros de los ricos ganaderos que ya no figuraron más que en ceremonias religiosas de tipo tradicional o en los ejércitos en contacto con Oriente. En la minoría distinguida se continuaban reclutando jinetes, pero aún tardaron mucho tiempo en organizarse en un cuerpo apto para las cargas impetuosas. En principio sólo se les encomendaba el papel de batidores o se limitaban a figurar en las paradas y cortejos. El combatiente tipo, fue desde entonces el "hoplita", es decir, etimológicamente, "el hombre armado", en realidad el ciudadano de la clase media capaz de soportar los gastos de un armamento menos costoso y de un criado para ayudarle en las marchas y en la vida material.

Asimismo se perfeccionaron las embarcaciones de guerra, haciéndose más esbeltas y más manejables y pudiendo embarcar un mayor número de remeros que, sin duda, se colocaban en hileras superpuestas. Las principales mejoras de esta clase fueron realizadas en Corinto: Tucídides las fecha hacia 700, apareciendo más tarde el tipo clásico de la trirreme, con 170 remeros dispuestos en tres equipos y con la infantería embarcada.

Por consiguiente, la nobleza perdió el monopolio de defensa de la ciudad, teniéndolo que abandonar a la clase media de los hoplitas, y una parte menor, destinada a ampliarse en las ciudades marítimas, a la clase pobre en la que se reclutaban los remeros, vigorosos y casi desnudos. Por este motivo se le hizo imposible justificar la usurpación que ejercía sobre el poder político.

Las causas de los cambios: la revolución económica

La evolución del navío de guerra señala que la importancia concedida a las cosas del mar había crecido. Hasta entonces el principal interés se había puesto en la piratería; el comercio lejano, en la medida en que en él tomaban parte los griegos, era un asunto de gentes aventureras, mal vistas, cuyos conflictos ninguna ciudad quería apoyar. A principios del siglo VII se produjo una transformación o, mejor dicho, una revolución económica.

Las empresas coloniales griegas habían empezado hacia la mitad del siglo VIII y habían tenido en sus comienzos un carácter agrario. Los que emigraban huían de un régimen económico y social que les reducía a la miseria o a la oscuridad. Las fundaciones más antiguas, en Italia del Sur y en el Bósforo -Calcedonia, en la orilla asiática, fue fundada diecisiete años antes que Bizancio, a pesar de la superioridad del emplazamiento de ésta, tan evidente, que un persa, al saber esta diferencia cronológica, tildó a los griegos de ciegos- fueron creadas en los lugares donde mejores tierras se ofrecían: la preocupación por la posición -clave en una gran ruta marítima- era una cosa secundaria.
Pero por la misma colonización las cosas cambiaron. Se hicieron más abundantes los productos alimenticios y las primeras materias. La industria, mejor abastecida, amplió sus mercados llegando a su esplendor y con ella el comercio. La competencia influyó de una manera más intensa. Ciertas ciudades adaptaron su política a preocupaciones nuevas: se apresuraron a instalarse en los lugares de paso obligatorio, con el fin de molestar a sus rivales y apareció un "imperialismo" aún primitivo, pero ya lleno de las preocupaciones económicas.

Al propio tiempo, los fenicios perdían su papel de intermediarios casi exclusivos con Oriente. Instalados en la costa occidental del Asia Menor en contacto con el reino lidio donde eran bien acogidos, teniendo en su poder las islas egeas, en particular Rodas, señores de una buena parte de Chipre, acabando por instalarse en el delta del Nilo, los griegos entraban en contacto más o menos directo con las civilizaciones orientales. Tomaron de éstas productos, técnicas y conocimientos de toda clase y les sirvieron como mercados para la venta de sus propios productos.

En una fecha muy temprana fijaron, a imitación de Oriente, su sistema de pesos y medidas. En esta materia no se llegó nunca a una unificación, pero ciertos sistemas tuvieron mucha aceptación y se encontraron equivalencias en escalas diferentes, múltiplos y submúltiplos, en especial en materia monetaria. La moneda hizo su aparición hacia principios del siglo VII. Si fue inventada por los griegos no se sabe por cuáles con exactitud - de Asia o de Argos- aunque es más verosímil hacer esta atribución a los lidios. Acerca de esta cuestión existen varias tradiciones contradictorias e incontrolables, pero lo cierto es que el uso de la moneda se hizo común rápidamente: las ciudades

griegas de Asia acuñaron el electrón, aleación natural de proporción variable; en Europa, debido a la penuria de oro, se acuñó la plata. El intercambio comercial se benefició mucho con esta innovación.

Caracterizada por estos cambios múltiples, la revolución económica no alcanzó, por el momento, a todas las ciudades griegas. Muchas incluso se abstuvieron de acuñar moneda o lo hicieron tardíamente: en Atenas, por ejemplo, las verdaderas monedas del Estado, con los símbolos de la ciudad y sin los "blasones" de las grandes familias, no aparecieron hasta los últimos años del siglo VI. La mayor parte de la Grecia continental conservó hasta tiempos mucho más modernos una economía puramente rural. Pero fue superada con amplitud en algunos puntos por la economía industrial -metalurgia, textiles y cerámica- y comercial, sin que la agricultura fuese nunca abandonada por completo.

Estas nuevas actividades se observan en Asia Menor, sobre todo en la región central de la costa del Egeo, o sea la Jonia. La ciudad más activa en ella fue sin duda Mileto, en la salida del valle del río Meandro. Fue la única ciudad que tuvo bastante fuerza para imponer a los Mermnadas de Sardes, hasta el fin, acuerdos negociados. Se puso al frente de la expansión hacia los Estrechos y el Mar Negro, llegando, según se dice, a fundar o a agregarse, noventa ciudades o factorías. Participó en el movimiento colectivo que creó en el Delta del Nilo la ciudad de Náucratis, fundada por doce ciudades griegas (once orientales y una sola europea). Esparció sus productos por Italia, por intermedio de Sibaris, que debió, en parte, su riqueza legendaria a este tráfico. Las ventajas que todo ello le reportaba hacían que sus vecinas la imitaran: para evitar una larga enumeración será suficiente recordar que, el año 600, Marsella fue fundada por los jonios de Focea y continuó en relaciones muy estrechas con la Jonia hasta la conquista de ésta por los persas.

En Europa la amplitud de este movimiento fue menor, manifestándose en el centro de la costa oriental de Grecia, la mejor situada para las relaciones con Asia. Se reconocen sus efectos en la prosperidad de las ciudades de Eubea, a la orilla del largo estrecho que separa esta isla del Continente. También fue muy intensa en la región del itsmo de Corinto, cuya notable posición geográfica la destinaba a los intercambios entre Este y Oeste, a mitad de camino entre Asia Menor y los establecimientos de Italia y Sicilia. Se encontraba más ventaja en transbordar las mercancías a través del itsmo que contorneando el Peloponeso; se acabó incluso transportando por él a los navíos sobre un camino de madera. Corinto, con un puerto en cada golfo, sacó los principales provechos de este tráfico; durante mucho tiempo su cerámica fue la más apreciada hasta en los territorios más lejanos, como lo demuestran los hallazgos de Italia. A su alrededor, la actividad económica se fue extendiendo como mancha de aceite, hacia el Oeste a Sicyone y hacia el Este a Mégara y Egina. Ate-

nas también se encontraba en la proximidad, aunque no se desveló hasta más tarde, durante el siglo VI, siendo entonces muy rápidos sus progresos. Hacia fines del período arcaico ya había suplantado a las ciudades de Eubea y su cerámica hacía la competencia, con ventaja, a la corintia. Entre las dos guerras médicas, el descubrimiento de nuevos filones en sus minas de plata le permitió construirse la más potente marina de guerra de su tiempo que, en 480, tuvo un importante papel en Salamina contra la gran armada persa.

En cuanto al "nuevo mundo" griego, que había nacido por la colonización, sólo los establecimientos de Sicilia y de Italia del Sur tuvieron un papel económico autónomo que merece ser mencionado, aunque sin exagerarlo. Su prosperidad media fue, desde luego, mayor que la de las ciudades de la Grecia propia. Ésta provenía de una agricultura que obtenía, en llanuras más extensas que las de Grecia, una producción más abundante para una población de menor densidad; estos excesos se destinaban a la exportación. Algunas de las ciudades coloniales actuaban de intermediarias en la distribución de los productos griegos entre los pueblos indígenas. De hecho, únicamente dos se elevaron a la categoría de centros activos de verdad, con industrias locales, aún incipientes, pero llamadas a tener un ulterior desarrollo: Tarento en Italia y, en particular, Siracusa en Sicilia.

Se equivocaría de lleno quien pensara que la nueva economía del mundo griego tomó, en valor absoluto o relativo, una importancia considerable. Su desarrollo no se acompañó de ninguno de los corolarios en que puede hacer pensar la comparación con las civilizaciones modernas: no existió en absoluto el "capitalismo", ni la "concentración"; la producción quedó dispersada en pequeños talleres y el comercio no llegó a ser monopolizado por grandes firmas. Además, hay que repetirlo, la mayor parte del mundo griego, en especial la Grecia balcánica, continuó aferrada a una vida replegada por completo sobre sí misma. Pero los viejos tiempos habían cambiado.

La crisis política y social.

En lo sucesivo, en efecto, la riqueza rústica no fue ya la única forma de riqueza posible. Continuó siendo siempre la más honorable, porque era la más estable y porque permitía llegar al ideal del hombre libre del que la opinión pública griega no pudo nunca desprenderse. No obstante ya no se podía menospreciar la riqueza mobiliaria; con frecuencia ésta no fue a parar a las manos de los nobles que por viejos prejuicios se mantenían alejados de la industria y del comercio mientras no sentían la necesidad de rehacer su fortuna. La mayor parte de los enriquecidos eran extraños a la aristocracia de nacimiento, y los matrimonios mixtos, para enlazarse con ésta, no pudieron ser más que un recurso esporádico. La clase dirigente tuvo que contar con las reivindicaciones de hombres alentados por sus éxitos materiales y que deseaban tomar parte en el gobierno de la ciudad.

35.—Al pie de la Acrópolis de Argos.

Esta oposición no podía limitar sus ataques al terreno político en el que estaba apoyada por los miembros de la clase media sirviendo como hoplitas. En razón de las mismas actividades a que se dedicaban, la organización de la justicia y, fundada en la solidaridad del genos, la de la sociedad, les parecían inadecuadas, porque no concordaban con la nueva economía. Para ésta eran necesarias unas reglas jurídicas precisas que escaparan al capricho del juez. Convenía asimismo que la responsabilidad financiera de las empresas individuales fuera estrictamente individual. Como puede verse, todo el antiguo sistema estaba sometido a discusión.

Aún hay más: en algunas regiones, al menos aquellas en las que la tierra daba las más pobres cosechas de cereales, los pequeños propietarios se endeudaron, pues sin duda no podían competir con los productos agrícolas venidos de fuera. Derivada de las antiguas instituciones, todavía existía la esclavitud por deudas y, de todas maneras, el deudor insolvente perdía la propiedad de sus tierras. La crisis social se fue agravando en el campo y como que la mano de obra urbana era en gran parte servil, no quedaba a los desgraciados campesinos más que la alternativa de someterse al colonato, con un trato durísimo o el exilio, trasladándose a las nuevas ciudades fundadas en regiones lejanas, o alistándose como soldados mercenarios. Pronto aparecieron revolucionarios sociales con un programa cuyos dos artículos se harían tradicionales: reparto de las tierras y abolición de las deudas. Este programa iba en contra de los intereses tanto de la antigua como de la nueva riqueza y quizá más contra ésta que aquélla.

La crisis varió de intensidad según las regiones y las ciudades, llegando en ocasiones a convertirse en atroz guerra civil, en la que por los dos bandos se recurrió al asesinato y, de manera corriente, al exilio de los adversarios y a la confiscación de sus bienes. No ha llegado hasta nosotros ningún escrito revolucionario, pero poseemos poemas compuestos por oligarcas, como Alceo y Teognis. Para juzgar el ardor de los odios desencadenados será suficiente citar algunos versos de este último: "Nuestra ciudad es todavía una ciudad; pero los habitantes han cambiado: los que en otros tiempos no conocían ni derechos ni leyes, que sólo sabían colocar sobre sus espaldas las pieles de cabra y pacer fuera de las murallas como ciervos, son ahora los buenos; las honradas gentes de antes se han convertido en nada... No veo llegar el momento del castigo de los que me han desposeído por la violencia...; que pueda yo algún día beber su negra sangre."

Los legisladores

De este modo, en más de una ciudad, el antiguo orden de cosas sufrió modificaciones por caminos muy diversos. Aún dejando a un lado la guerra civil, incluso teniendo en cuenta nuestra información, que es muy deficiente, no

36.—La avenida de las Leonas, en Delos.

existieron una serie de etapas salvadas por el mismo orden y todavía menos en las mismas fechas. Los medios fueron muy diferentes: unos legales y otros violentos y en muchas ocasiones su uso alternó.

En algunos lugares, ciertos hombres respetados, a veces escogidos fuera de la ciudad con la esperanza de que fueran imparciales, recibieron el encargo de promulgar unas leyes escritas. Al realizarlo ninguno de los "legisladores" se limitó a recoger las costumbres existentes, sino que introdujeron disposiciones nuevas que no podían dejar de tener en cuenta la evolución general. A pesar de las precauciones que tomaron contra las ulteriores modificaciones –pues cada uno imaginaba haber hecho un trabajo definitivo-sus leyes ya no aparecieron o aparecieron menos como expresión de la voluntad divina: era imposible que se las considerase como intangibles. Además, en lo inmediato, la arbitrariedad de los jueces conoció unos límites más estrechos.

Tiranía y helenismo.

En otras partes, o en otros momentos, el poder fue usurpado de forma violenta por los "tiranos". La palabra no es griega y proviene del vocabulario oriental. El lidio Giges era considerado por los griegos como el primer tirano, porque fue el primer soberano no legítimo por ellos conocido. Es probable que fueran algunas ciudades de Asia Menor las primeras en ofrecer al resto del mundo griego el recurso de la tiranía. Hubo tiranos sostenidos o impuestos por el extranjero, los reyes lidios o el aqueménida Darío; otros, en Sicilia, obtuvieron el poder o se mantuvieron en él explotando la amenaza que el enemigo exterior hacía pesar sobre la ciudad. En conjunto, pues, parece que la tiranía tiene un carácter extraño al espíritu griego. De hecho, era contraria a la misma idea de ciudad, fundada en la igualdad entre los ciudadanos de pleno derecho, que variaba sólo por el criterio cualitativo, y por consiguiente en el número: esta tendencia, muy sensible incluso en el seno de la aristocracia, era la que había conducido a la desaparición de la monarquía. Pero por reales que sean estas características, la extensión y el éxito de la tiranía no caracterizaron menos la segunda parte de período arcaico, desde la mitad del siglo VII, aproximadamente, hasta el final del siglo VI. En estas condiciones, es necesario que correspondiesen a alguna cosa de la que los griegos no podían renegar.

Toda sociedad ha tenido siempre en su seno a hombres con la ambición y la pasión instintiva de poder y que han poseído la atracción y el encanto personal necesarios para formar un grupo de entusiastas seguidores. Incluso los pueblos de Oriente habían conocido usurpadores, cuyo número sería mayor aún si conociéramos mejor la historia de aquellas sociedades. Pero, en ellas, los hombres estaban encuadrados en el Estado de una manera más sólida y por tanto mejor guardados contra las ambiciones y los entusiasmos; entre la divinidad y el poder existía una relación que protegía a éste contra las usurpaciones atrevidas. Por el contrario, sus éxitos fueron más numerosos en Grecia: su

número atestigua tendencias individualistas más profundas que las de los otros pueblos que hasta entonces habían tenido un papel en la historia.

La civilización griega fue la primera en aceptar en sí misma, como uno de sus componentes congeniales, la idea del "hombre superior", más hábil y más sagaz que la masa de sus contemporáneos. La afirmación puede sorprender porque hay la costumbre de identificar a todo el helenismo con la civilización del período clásico, que llegó a enmascarar esta idea, aunque no la destruyó. La idea continuaba latente y reapareció, con una fuerza singular, en la civilización helenística. Como que ya se había manifestado en el período arcaico, no se puede eludir la conclusión de que en ella se manifestaba un individualismo enraizado en la psicología griega.

Métodos y acción de la tiranía.

Por lo demás, las circunstancias no podían entonces ser más favorables. Los desórdenes políticos y sociales permitían a hombres enérgicos sobresalir en la lucha de facciones. Aprovechaban a la vez el cansancio de los moderados, sus temores y la inexperiencia política de las bajas clases sociales. En general procedían de la aristocracia, aunque ésta, avisada y recelosa, evitaba el apoyarles por completo y durante mucho tiempo. Aparte de breves acercamientos, dictados por el oportunismo, se hacían por lo común enemigos de la aristocracia. Tenían necesidad de las simpatías populares, para instalarse en el poder, lo que en la práctica representaba el tomar posesión de la ciudadela y vivir rodeados de una guardia de mercenarios. No era raro que antes hubiesen sido dirigentes de la facción más radical aunque, instalados en el poder, se convertían más bien en árbitros pacificadores, con el fin de asegurarse el apoyo de los moderados. Desarmaban a los violentos, tocaban lo menos posible la constitución, limitándose a ejercer, usando su influencia personal y de hombres fieles, una vigilancia eficaz sobre el funcionamiento de todos los órganos políticos. Socialmente se esforzaban en curar los males más aparentes gracias a la confiscación de bienes de sus adversarios irreconciliables, es decir, de algunas familias nobles. Sin embargo, por lo general, se limitaban a medidas de detalle de las que sus partidarios resultaban siempre los favorecidos. Del programa revolucionario ya no se hablaba más. La única abolición de deudas de que tenemos noticia- que quizá no fue más que un descuento por una especie de devaluación monetaria- fue obra de un legislador ateniense, Solón, y no de un tirano. A una redistribución generalizada de las tierras nadie se atrevió, ni legisladores ni tiranos. Vemos, pues, que la acción de los tiranos estaba dominada por el oportunismo y el interés personal, dependiendo en gran parte de su carácter individual y de las condiciones locales, aunque la analogía de las fuerzas con las que se tenían que enfrentar les dictaba actitudes comunes.

Algunos de ellos tuvieron una importancia decisiva en la evolución de la civilización griega. Aliviaron la situación de los pequeños campesinos, haciéndola más independiente respecto a los grandes propietarios y menos precaria su existencia material. A juzgar por Atenas, este último resultado fue obtenido por el fomento de los cultivos arbustivos, la viña y el olivo, cuyos rendimientos en el clima de Grecia eran mejores que los de los cereales. Antes de Pisístrato, ya Solón había orientado la agricultura ática en este sentido. Pisístrato prosiguió su esfuerzo, llegando incluso a hacer préstamos a los campesinos. En las ciudades, los tiranos llegaron a combinar su deseo de prestigio personal y la conveniencia de apaciguar las irritaciones estimulando el trabajo. Por eso montaron una corte lujosa, practicaron el mecenazgo literario y artístico, fomentaron las fiestas religiosas, realizaron grandes construcciones y obras públicas y sostuvieron la expansión económica.

Ninguno de ellos consiguió crear una dinastía duradera, lo que evidentemente constituía su ambición. Las dinastías de tiranos no llegaron a sobrepasar la tercera generación en los casos más favorables. Su caída tuvo causas variadas, con frecuencia accidentales o exteriores. Pero obedecían a un movimiento general: en 510 desaparecían los últimos tiranos de la Grecia balcánica y una cincuentena de años más tarde también los de Sicilia. Su memoria fue condenada por los dirigentes y los teóricos de la política. Los filósofos moralistas utilizaron la palabra "tirano" en un sentido peyorativo, mientras que al principio el único matiz -cuando existía- que la separaba de la palabra *basileus*, "rey", era la idea de usurpación. Terminó designando al monarca que practica la violencia y desprecia la ley, por oposición al que está animado por la única preocupación del bienestar general y de la justicia.

Fuese o no justificada esta condenación, la tiranía, en todas partes donde había existido, precipitó la evolución de la ciudad hacia formas políticas y sociales que un porvenir más o menos próximo iba a generalizar.

La situación al final del período arcaico.

Hacia finales del siglo VI a. de J. C. las formas políticas y sociales existentes eran todavía muy variadas.

Hay que hacer una excepción con el caso de Esparta. Aunque para ella el punto de partida hubiese sido idéntico - lo que es poco verosímil-, su evolución fue muy original y en ello encontraba un motivo de orgullo. Se pueden encontrar, sin duda, en Creta algunas de sus instituciones sociales, en particular las que permitían al Estado ejercer una vigilancia estrecha sobre la vida y la educación de los ciudadanos-soldados. Este principio no es incompatible con las ideas de las ciudades griegas en general, pero su aplicación revistió en Esparta un vigor que dio a esta ciudad un aspecto excepcional.

En todas partes, el Estado, como tal, va dejando más libertad a los ciudadanos; pero éstos no

dejaban de sufrir la acción de otras fuerzas y la presión de grupos a los que pertenecían por títulos diferentes a los de ciudadano. Las posibilidades morfológicas del Estado y el aclarar cuál debe ser su clase dominante se prestan a una gran variedad de soluciones. Sin embargo, el sentido de la evolución futura se adivina.

Muchas ciudades conservaban todavía una vida puramente rural, algunas a la manera antigua, con una nobleza todopoderosa, y otras con una clase campesina más o menos independiente. En los lugares donde la economía evolucionó, desarrollándose la industria y el comercio, la aristocracia de nacimiento no pudo mantener sus antiguos monopolios. Se hizo necesario ampliar el círculo de los privilegiados, de manera más o menos amplia, según la presión que se ejerció sobre la aristocracia. Esta ampliación aprovechó primero sólo a los que poseían una gran riqueza mobiliar, que formaron pronto junto a la nobleza en contra de las reivindicaciones de las clases populares. Por ejemplo, en Mileto, durante sesenta años al principio del siglo VI, la facción de "los que combaten con sus manos"-o sea los pobres, incapaces de armarse- se enfrentó con la fracción de la "riqueza" o de "los que siempre navegan", es decir, los armadores. En diversas ocasiones los miembros de la clase media fueron admitidos a los derechos políticos. En otras, por último, los mismos pobres ejercitaban algunos de estos derechos y existían ya instituciones características de un régimen democrático, por ejemplo en Chios desde el año 600 antes de Jesucristo y, un poco más tarde, en Atenas.

La ventaja tomada por Atenas.

Durante el transcurso del siglo VI, Atenas tomó clara ventaja sobre las otras ciudades griegas. Afirmarlo no es ceder a la tentación de prever el porvenir que ya se entrevé, ni a una ilusión creada por la relativa abundancia de información. Su evolución empezó más tarde que la de otras ciudades, ignorándose todo lo anterior a los últimos años del siglo VII; pero, en un solo siglo, estos movimientos, más profundos y acelerados, produjeron unos resultados más amplios que en ninguna parte.

La economía se transformó, constituyéndose una clase muy estable y económicamente independiente de campesinos medios que producían su propio sustento y vendían el excedente de vino, aceite, frutas y legumbres. La industria cerámica ateniense tomó el primer lugar en el mercado mediterráneo. Existían, por tanto, una marina y un comercio. La moneda, acuñada en bastante abundancia, poseía una buena reputación justificada por la regularidad de su peso y su alto contenido de plata. La decadencia de las ciudades griegas de Asia Menor que, consecutiva a la conquista persa, llegó a su punto culminante después de la represión de su rebelión por Darío I, dejó libre, en el tráfico del Mar Egeo y para las relaciones con los países del Mar Negro, con Egipto y con el Occidente, un

lugar que Atenas no tardó en apropiarse. Aún no se puede hablar de su supremacía económica, pero está ya manifiesto su porvenir.

La evolución social y política marchó paralelamente. Desde 621 a 506, las leyes de Dracón y de Solón, la tiranía de Pisístrato y de sus hijos y las leyes de Clístenes jalonan un largo camino recorrido con rapidez y a cuyo final se perciben perspectivas completamente nuevas. Más todavía que la creación de ciertos órganos políticos, lo importante es que el terreno jurídico y social estaba preparado para la democracia tal como los griegos la comprenderán. La nobleza no estaba excluida del poder y durante sesenta años aun debía proporcionar a Atenas sus principales dirigentes: Milcíades, Temistocles, Arístides, Cimón y el propio Pericles. Su preeminencia, sin embargo, en la medida en que podemos apreciar las cosas, se debía a sus cualidades. A lo máximo, podemos pensar que las leyes estaban más avanzadas que las costumbres. Pues las leyes, directa o indirectamente, no consagraban ya la autoridad de la nobleza y si subsistían privilegios eran de hecho y no de derecho. La ruta quedaba así abierta para el acceso de nuevas clases sociales a la dirección del Estado; después de la muerte de Pericles estará simbolizada por el nombre de Cleón, el pequeño maestro curtidor.

Desde Dracón existía una justicia penal del Estado que Solón perfeccionó. Éste concedió libertad para testar al que moría sin hijos legítimos, estimuló la fragmentación de la propiedad rústica y prohibió las manifestaciones tumultuosas de los entierros. Clístenes realizó la reforma decisiva al crear, paralelamente con la antigua repartición de los ciudadanos basada en su nacimiento, una nueva serie de grupos humanos, diez tribus y, al final de la escala, un centenar de demarcaciones cuyo principio es territorial. Desde entonces para la composición de todos los órganos de la vida política, el Estado ateniense no conoció más que las divisiones "clistenianas".

Todas estas medidas se inspiraban en la misma voluntad: arrancar la administración del Estado de las manos de las grandes familias, debilitando de manera sistemática sus atribuciones y su cohesión interna. El Estado aumentó sus propios poderes a costa de ellos, en particular por la creación de una justicia y de un ejército, y pronto de una flota, que dejaron de ser una cosa exclusiva de la nobleza. El método seguido para llegar a esta liberación fue – no podía ser de otra manera - el libertar al individuo de la solidaridad demasiado estrecha del grupo en que su nacimiento le integraba: el Estado quiso y consiguió relacionarse con el hombre como ciudadano y no como miembro de una familia. Quedaba por saber si habiéndole ayudado a obtener esta libertad, le dejaría usarla a su guisa, si se contentaría con guiarle o si haría sentir sobre él el peso de su autoridad; pero estas incógnitas no se plantean todavía. Por el momento se trataba sólo de una doble liberación, cuyos dos aspectos

Inseparables, aparecen como la consecuencia de un mismo proceso: la decadencia de los antiguos cuadros sociales.

La parte principal de esta evolución estaba ya superada en Atenas a la que será suficiente proseguir su camino y aceptar los corolarios que de ella se derivaban. En este aspecto la capital del Atica dio y continuó dando un ejemplo que tenían que seguir todas las ciudades griegas. Éste será aún más irresistible cuando Atenas, en el siglo siguiente, desarrollará su fuerza militar y política al propio tiempo que asumirá el puesto director en el campo intelectual y estético, en el que, por el momento, se limitaba a no ser inferior a ninguna.

II. LA EVOLUCIÓN MORAL

No menos trascendencia y efectos profundos tuvo para el porvenir la evolución moral del mundo griego, aunque aparece más compleja que la evolución temporal tanto en sus causas como en sus líneas generales y en las formas que tomó.

Los factores de la evolución moral.

Además de la riqueza que creó, el desarrollo económico dio lugar a establecer o a estrechar los contactos con otras civilizaciones, en particular las orientales. Era inevitable que el helenismo, recién llegado a las orillas del Mediterráneo oriental, aprovechase las experiencias y adquisiciones acumuladas por civilizaciones mucho más antiguas, más ricas y técnicamente más avanzadas. Fue mucho lo que de ellas se tomó; al ocuparnos de cada una ya hemos señalado estas influencias y no es necesario reunirlas ahora en una larga lista para demostrar que su totalidad es impresionante. Desde hace tiempo no hay nadie que no sienta la necesidad de matizar e incluso de no emplear la célebre expresión de "milagro griego", reduciendo sus alcances a la interpretación dada por los griegos a lo que habían recibido de otros.

En correspondencia tampoco hay que ceder al espejismo de Oriente, pues en sí mismo el pueblo griego poseía muchos recursos originales, cuyo aporte y utilización se reconoce sin dificultad. La vieja aristocracia era gente inquieta que alimentaba y buscaba la realización de un ideal de vida intelectual y artística al que, de manera progresiva, se fueron elevando amplios sectores de todas las clases sociales. Hasta los tiranos, al preocuparse del prestigio de sus cortes y ciudades, mostraban que compartían este ideal. Imitaban a los soberanos orientales, en especial a los reyes lidios, geográficamente los más próximos y los únicos que el mundo griego llegó a conocer bien. Pero pretendían con el esplendor de su vida superar a los más ricos y generosos aristócratas adoptando como ellos el ideal homérico del "hijo de Zeus", poseedor de un palacio adornado con cosas bellas y

acogiendo a los poetas y cantores. Además, si se considera al pueblo griego en su conjunto, hay que reconocerle un atrevimiento espiritual, una curiosidad siempre despierta y una aptitud para buscar y crear cosas nuevas, rehusando a la tradición todo respeto supersticioso. Se puede percibir esta libertad de espíritu en los cambios que afectan su organización social y política; en otros terrenos también se le encuentra e incluso sabe innovar en materia religiosa, siempre más conservadora.

Se plantea la incógnita de la unidad o variedad del espíritu griego. Es tentador reconocer en él dos tendencias concurrentes: una de lógica desnuda, de mentalidad tranquila y armoniosa; la otra, de belleza más sensualmente emotiva. No es posible negar que estas dos tendencias existen en el helenismo. Con frecuencia se ha hecho de su choque la característica del período arcaico, época de formación y de tanteos: se ha enfrentado la masculina severidad de lo "dórico" con el fácil encanto y la gracia femenina de lo "jónico", hasta que Atenas, en la víspera del período clásico, realizó la síntesis de ambos. En realidad la influencia de Oriente, que siempre tentó a los griegos, explica con facilidad los rasgos de lo que llamamos jónico. También hay que decir que esta diferenciación es valedera en especial para el arte y que está afectada quizá por un exceso de esquematismo. La ciudad doria por excelencia, Esparta, sufrió de manera grande la atracción de Oriente, al menos durante bastante tiempo. Respecto a la Jonia asiática, aun cuando su arte nos dice mucho de la búsqueda de una seducción elegante, también tuvo sus filósofos y sus sabios. Las expresiones "dórico" y "jonio" deben ser manejadas con prudencia; ni una ni otra, en todo caso, recubren exactamente las dos tendencias que se disciernen, en seguida, en la evolución del helenismo.

La diversidad religiosa.

En el mundo griego, dividido en múltiples ciudades, la religión aparece como un elemento de unidad, aunque las divinidades que se adoraban eran de orígenes diversos. Unas habían sido importadas por los indoeuropeos: principalmente las divinidades del cielo, Zeus en primer lugar, dios de la luz y de la tempestad. Otras habían sido recogidas con la herencia egea, tales como Atenea y Deméter, divinidades de la tierra. Algunas, por último, eran de procedencia extranjera: de Asia, como Afrodita, o de Tracia, como Ares o Dionisio. Con frecuencia es difícil precisar este origen, pues se llegó a fundir muchos de estos elementos variados. En ocasiones se conservó el recuerdo de una desposesión; así, por ejemplo, Apolo, llegado de Asia Menor, se apropió el santuario de Delfos, que estaba consagrado a la gran diosa cretense. Otras veces se procedió a una fusión a base de similitudes de competencia o, simplemente, reuniendo en un solo dios los atributos correspondientes a varios: por ejemplo, el caballo señala el dios nórdico en Poseidón, mientras que el tridente y la soberanía del mar indican el dios meridional.

Finalmente, se organizó a las divinidades en familias de composición heterogénea. Este trabajo, realizado al propio tiempo que se formaba el pueblo griego, es conocido sólo por sus resultados, que ya estaban conseguidos a principios del siglo VIII. Esta fecha señala asimismo el triunfo del antropomorfismo; los fetiches y animales no subsisten al lado de las divinidades más que como símbolos o atributos.

La realidad de un esfuerzo antiguo y sostenido que prosiguió, es, pues, evidente. Heródoto dice que los viejos poetas, Homero y Hesíodo, "fijaron para los griegos una teogonía, atribuyendo a los dioses sus calificativos, repartiendo entre ellos los honores y las competencias y trazando sus figuras". Los poetas, de hecho, influyeron sobre la civilización helénica; de la pululación inicial separaron las grandes divinidades que llevaban nombres de aplicación universal, dotados de personalidad individualizada, con una familia y una historia, y agrupadas en una sociedad semejante a la humana. Hesíodo dio un paso más allá todavía, al hacer cesar la intervención de los dioses entre los hombres, insistiendo en su papel de guardianes de la moralidad, incluso divinizando abstracciones morales tales como la Justicia (*Diké*) o la Emulación (*Eris*).

Estas preocupaciones no se encuentran en los poemas homéricos. Este esfuerzo no llegó nunca a su fin. En realidad cada santuario tuvo su divinidad completamente propia, distinta por un detalle, un epíteto o una leyenda típica: los fieles se acomodaban muy bien a estas diferenciaciones porque buscaban en la divinidad una ayuda precisa, muy material. Por lo mismo, la parte ritual continuó siendo siempre considerable: la espiritualización de la religión fue cosa de una escasa minoría.

Los ritos creadores de unidad: los concursos.

No se sabe cómo explicar por qué algunos de estos ritos tuvieron más éxito y mayor concurrencia que otros. La solidaridad de todo el pueblo griego acabó afirmándose en la participación en las ceremonias comunes. En el origen no existía y se puede seguir su progreso en el desarrollo mismo de estas ceremonias. Sin embargo, como la solidaridad política no hizo paralelamente ningún progreso, hay que pensar que la naturaleza de estas ceremonias coincidía con una tendencia profunda del pueblo.

En su aspecto material se trataba de juegos cuyo precedente hay que buscar en los cretenses. Su éxito respondía al ideal del hombre que los gustos aristócratas habían hecho común: invitaba a cada uno a desarrollar en sí mismo lo que podía distinguirle de la masa de los demás; el juego responde bien a esta idea, pues en él se afirman las cualidades del individuo y su superioridad sobre sus semejantes. Lo notable es el complejo de ideas y de sentimientos en que se inserta este individualismo y que limita sus efectos. En primer lugar la idea religiosa: los competidores hacían

ofrenda de sus esfuerzos a la divinidad que, al concederles la victoria, designaba a aquellos cuya ofrenda había sido recibida con más agrado. Relacionada con la religión estaba la idea moral: el falso, el sacrílego, el homicida estaban excluidos; por otra parte, la recompensa, simple corona de follaje, no tenía ningún valor material. Por último, la idea de ciudad, que hacía proclamar con el del vencedor el nombre de su patria y explica los honores tributados por ésta al ciudadano que le procuraba la gloria.

No sabemos cómo fueron sumándose estos factores y sólo se llega a ver la progresiva extensión de los concursos. Los más antiguos y más célebres fueron los de Olimpia, celebrados cada cuatro años en honor de Zeus Olímpico, en un pequeño valle al nordeste del Peloponeso. Es probable que fueran instituidos en 776 y la lista de los vencedores atestigua su progresiva extensión: primero sólo la comarca, después todo el Peloponeso, la Grecia balcánica y Asia, y, por último, los establecimientos de Occidente, o sea, el mundo colonial. También atestigua el aumento del número y la variedad de las pruebas: carrera a pie, después otras pruebas atléticas y, finalmente, las carreras de carros. Siguiendo el ejemplo de Olimpia, se organizaron nuevos concursos en otros santuarios, en fechas y a intervalos variados. Los más acreditados tenían lugar en honor a Poseidón en el istmo de Corinto; de Zeus en Nemea, entre Corinto y Argos, y de Apolo en Delfos. En este último se añadieron concursos musicales a las competiciones atléticas. Otro programa variado se celebraba en honor de Apolo en la pequeña isla de Delos, en el corazón de las Cícladas, que había sido la patria del dios; pero en la práctica a estos juegos sólo concurrían los jonios.

Los concursos se organizaban en ocasión de las fiestas del dios local. Cada dios tenía su fiesta, su "panegyria", etimológicamente la "reunión general" de sus fieles, más o menos numerosos y llegados en ocasiones desde muy lejos. También otras fiestas tuvieron concursos, por ejemplo las Panateneas, fiestas de Atenea, diosa de la ciudad ateniense, donde aparecieron un poco antes de la mitad del siglo VI, con la procesión del *peplos*. El número de fiestas rivales no era entonces aún muy extenso, pero estaba destinado a aumentar, aunque ninguna de las nuevas consiguió la categoría panhelénica que conservaron las antiguas. Su prestigio, en especial el de Olimpia, alcanzó su apogeo, no material, sino moral, hacia el final del período arcaico. Mientras duraban los viajes de los concursantes y de los peregrinos, se proclamaba en todas partes, y se observaba escrupulosamente, una "tregua sagrada". Para participar en ellos era suficiente ser griego y no esclavo. Eran, pues, manifestaciones imponentes de un helenismo consciente, con más de un matiz de orgullo en su unidad superior a las divisiones políticas y en su oposición a los "bárbaros", es decir, a los extranjeros. Sirvieron para propagar el cultivo de la música, de los ejercicios corporales e incluso de la desnudez,

que sirvió para inspirar a los artistas. Su influencia en la evolución de la civilización griega fue grande, aunque en general se limitaron a acentuar tendencias ya existentes, más que crearlas. No pudieron triunfar de otras tendencias: su carácter panhelénico, por ejemplo, no consiguió nunca destruir la fragmentación del país en ciudades.

El misticismo

Todo esto, así como los sacrificios, concernía sólo a los ritos. Por el contrario, la religión sufrió, durante la segunda mitad del siglo VII y en el VI, la acción de fuerzas profundas y oscuras. Tuvo hacer sitio a un misticismo que la poesía homérica había ignorado por completo y que, en Hesíodo, se había concretado en forma de aspiraciones morales muy sublimadas. Hasta entonces nada había en la religión griega que pudiese satisfacer en el ser humano las aspiraciones sentimentales. Hasta el culto de los muertos, practicado en banquetes fúnebres y con libaciones sobre la tumba, no hacía más que aportar unas perspectivas bastante oscuras: en la *Odisea* se evocaba el alma de los más gloriosos difuntos, sin dar seguridades demasiado fuertes sobre una inmortalidad triste y pobre, vivida en un mundo subterráneo. Aunque al precio de otras exigencias, la piedad humana pedía otras certidumbres. He aquí la explicación del éxito de ciertas ideas y prácticas nuevas o al menos renovadas que llegaron de Asia o de Tracia y, por consiguiente, relacionadas con la ampliación de sus horizontes que los griegos debían a sus viajes y a su actividad económica.

Dionisio ocupaba un lugar importante en estas manifestaciones de un espíritu nuevo y se hizo el principal beneficiario de este amplio movimiento. En ocasiones, él mismo suscitó la extensión de su culto: así, la tiranía ateniense lo hizo oficial y organizó la celebración de las fiestas dionisíacas, de las que después debían salir las fiestas teatrales. También se le encuentra asociado a cultos que entonces se propagaron. Así se le encuentra en el santuario de las divinidades de Eleusis, que tuvo que ampliarse por el aumento del número de fieles que iban a buscar, en la "iniciación a los misterios", seguridades acerca de la vida de ultratumba. Dionisio ocupó el principal lugar asimismo en los mitos órficos.

Estos mitos eran propagados por cofradías que proclamaban su relación con Orfeo, el cantor tracio. Explicaban cómo Dionisio, despedazado por los Titanes, encarnación del mal, había sido resucitado por su padre Zeus. Sus propagandistas, impulsados por un proselitismo que ignoraba las fronteras políticas y sociales, sacaban del mito un ejemplo y una enseñanza. Prometían la felicidad en la vida futura a todos aquellos que siguiesen la ascesis moral y física que recomendaban a todos los hombres, en los que la muerte separaría el alma del impuro elemento carnal. Ciertamente entre los órficos hubo muchos charlatanes y adivinos sospechosos, y la magia ocupaba un lugar importante

en sus libros y en sus fórmulas sagradas. Pero como sea, aportaron muchas ideas nuevas cuyo éxito se fue atenuando durante la época clásica, aunque siempre estuvo latente antes de su reaparición en el período helenístico. Lo trascendental, y que no podía dejar de tener su importancia para el porvenir, es que la nueva predicación religiosa no quisiese hacer ninguna distinción entre griego y "bárbaro", hombre libre y esclavo, y que llamase la atención acerca de la coexistencia en el ser humano de un elemento perecedero y de un alma correspondiente a un principio distinto. Y por último, que hablase de un juicio divino en el que el alma, como responsable de la existencia terrestre, recibiría recompensa o castigo. Una vez desaparecidas las turbias cofradías órficas, estas ideas subsistieron, ensanchando y enriqueciendo el concepto de personalidad humana que los griegos habían adoptado.

Los oráculos. Parece que esta corriente mística, llevada hasta el éxtasis, favoreció el éxito de los oráculos. Siempre los había habido y muchos procedían de las civilizaciones anteriores. Pero los poemas homéricos apenas nos hablan de ellos, mencionando más bien a los sueños y a los presagios interpretados por los adivinos. Por el contrario, más tarde es un hecho bien probado la existencia de innumerables oráculos, consultados por los particulares y por los Estados sobre cuestiones de todo orden y proporcionando sus respuestas por toda clase de medios. La adivinación inspirada no era más que uno de estos medios, que se fue imponiendo durante el siglo VI. En la parte asiática del mundo griego los profetas eran con frecuencia hombres, mientras que en la parte europea esta forma de la mántica era sólo ejercida por mujeres: en Claros (Jonia), un sacerdote actuaba de manera semejante a la Pitonisa en Delfos. Algunas prácticas oraculares pueden, pues, interpretarse como la manifestación de una corriente religiosa antigua, reforzada en el siglo VI, y finalmente aceptada por los griegos, aunque con ciertas atenuaciones.

El dios que con más frecuencia estaba asociado a la mántica era Apolo, con incontables oráculos en todo el mundo griego. Hacia el fin del siglo VI la fama de algunos de ellos alcanzaba incluso a los pueblos bárbaros: el monarca lidio Creso los consultaba con frecuencia y Darío I reconocía que Apolo "ha dicho a los persas una verdad perfecta". Entre estos oráculos apolíneos, Delfos es tan sólo el más célebre. El dios había desposeído por la fuerza de su santuario a la diosa cretense de la Tierra, si bien tuvo que conceder a Dionisio un lugar importante en su santuario. Esta asociación sirvió a su prestigio, que llegó a su punto culminante la víspera de las Guerras Médicas. En el terreno político no se hizo uso de este prestigio o se usó mal; fue más eficaz en el religioso, como regulador de cultos y de ritos, o bien predicando-lo que estaba de acuerdo con el orfismo- la purificación física. También intentó influir en el terreno moral: las máximas colocadas en su templo

expresaban ciertos principios de sabiduría, y el oráculo, en algunas ocasiones, predicó el respeto a los juramentos y los deberes de hospitalidad.

Todo esto, sin embargo, no fue llevado muy lejos, y pronto la acción de los oráculos se limitará a las cosas temporales y será necesaria otra evolución espiritual para que la religión griega se deje penetrar por la moral.

La poesía épica.

Durante mucho tiempo la vida intelectual no conoció otro medio duradero de expresión que la poesía. El ritmo facilita el trabajo retentivo y si se conoció escritura antes de la adopción del alfabeto derivado del fenicio, su empleo no dejó ninguna huella. El uso del indicado tipo de escritura no se generalizó hasta más tarde. Intervinieron asimismo determinadas convenciones, en parte religiosas, que se adivinan en la especialización de ciertos ritmos, en el empleo de un lenguaje especial y de fórmulas, en particular para la epopeya, la poesía más antigua.

Esta poesía épica tuvo su momento de esplendor en los principios del período arcaico. En primer término con Homero, o más bien con los poemas homéricos, pues la tradición es demasiado rica en contradicciones sobre el poeta a que se atribuían para que sea posible escoger una de sus variantes con preferencia a las demás. La encarnizada exégesis a que, desde hace siglo y medio, los eruditos han sometido estos poemas, no ha llegado todavía a conclusiones unánimes: la "cuestión homérica" no es un asunto concluido. Queda admitido, sin embargo, que la *Ilíada* y la *Odisea* reúnen fragmentos de episodios primitivamente distintos y compuestos separadamente: una "cólera de Aquiles" independiente se reconoce con facilidad en la *Ilíada*, así como un "retorno de Ulises" en la *Odisea*. Es cierto también que estos fragmentos tenían ya una larga existencia y habían sido modificados antes de ser reunidos: hasta el momento de la edición definitiva, realizada en Atenas por orden de los tiranos en la segunda mitad del siglo VI, se produjeron varias interpolaciones. Por lo demás, el desacuerdo es total entre los especialistas, aunque un grupo numeroso estima que en lo esencial los poemas tomaron forma en el siglo VIII, con una cincuentena de años de intervalo entre la *Ilíada*, más antigua, y la *Odisea*. Por molestas que sean estas incertidumbres, no ponen en discusión la calidad de la obra que, aparte admirables fragmentos, proviene también del genio del recopilador o de los dos recopiladores. En los dos poemas el caos de episodios dispersos al principio fue organizado alrededor de un personaje y de una acción: Ulises relata él mismo sus viajes y aventuras, que no hacen más que preparar el drama culminante de su venganza. Si a ello se añade que, apoyados en su prestigio poético, los poemas homéricos contenían una religión y una mitología y que definían, si no una moral, al menos un ideal humano heroico y un código de cortesía, se concibe que proporcionasen la base de la educación de la juventud griega hasta el fin de la Antigüedad.

Hacia finales del siglo VIII, por el contrario, Hesíodo es una figura bien dibujada, aunque no precisa, pues ningún otro poeta griego llevó, lejos de los palacios, una existencia más modesta y más difícil. Utilizó los procedimientos y los metros de la poesía homérica, pero con un espíritu muy diferente y aplicando su imaginación sobre los aspectos del realismo de la vida cotidiana y de la más firme piedad: la educación refinada de las ciudades de Asia y de los palacios de los grandes y la ironía sonriente, no encontraban eco en la vivienda de este humilde campesino que frecuentaba con asiduidad los santuarios de las cercanías. Lo emocionante en él es precisamente su rudeza, su preocupación por la moralidad y la justicia, su confianza en los dioses para asegurar el castigo de los malos, su explicación de la presencia del mal sobre la tierra por medio de los mitos, su viril predicación en favor del trabajo, deber y dignidad del hombre. Su *Teogonia*, donde intenta organizar las genealogías divinas, presenta algunas de estas ideas que están más desarrolladas en *Los trabajos y los días*, obra en la que el campesino supo, haciéndose poeta y moralista, conservarse rural y evocar las labores, las fórmulas técnicas, las creencias y las supersticiones del pequeño propietario obligado a someter su existencia a las fuerzas de la naturaleza.

Nacimiento y esplendor de la poesía lírica.

La épica se marchitó rápidamente, pero nació una nueva poesía, caracterizada por la influencia de la música oriental y por el individualismo de los griegos: la lírica.

Respecto a la música, instrumentos y melodía, fue determinante el contacto con Lidia, que a su vez era heredera de Frigia. La atribución de los griegos de tal o cual invención técnica a compatriotas suyos, no podía disimular unas influencias que sin duda habían superado los legados recibidos de la civilización cretense. La música pasó al patrimonio griego entrando a formar parte del ritual de las ceremonias religiosas. El lirismo coral, acompañado por las danzas y evoluciones rítmicas de hombres, muchachas y niños, en ninguna parte tuvo más esplendor que en Esparta. La música fue parte integrante de la educación de los jóvenes griegos, a veces hasta la edad de treinta años.

Aparte de que los griegos inventaron para su poesía una variedad infinita de metros, la utilizaron para expresar sus sentimientos personales, para defenderse de sus acusadores y para acusar ellos mismos, ponerse en escena en ocasiones sin ningún pudor, cantar sus odios y sus amores, sus dolores y sus alegrías. A partir del siglo VII fueron inventados la elegía, el yambo y la oda, perfeccionados sin cesar y mejorados con una riqueza inagotable de ágiles combinaciones. Fueron usadas por numerosos poetas, de los que no ha llegado a nosotros ninguna obra completa. El legislador Solón utilizó la poesía en apoyo de su acción política y social, Teognis de Megara cantó con ella su cólera, y Esparta encontró sus mejores poetas cívicos en extranjeros. Pero la mayor parte de

mayor parte de los líricos, nacidos o habiendo vivido en las ciudades de Asia Menor o de las islas, cantaron los ardores y las alegrías de la vida sensual que en ellas hacía nacer la riqueza y la proximidad del Oriente. Los dos nombres más célebres son los de los dos mitilenios del siglo VI, Alceo y la poetisa Safo, cuyos fragmentos permiten hacerse una idea bastante completo de esta poesía. Nada les retiene y su frenesí es indiferente a las conveniencias usuales: Safo manifiesta una pasión que ya en la Antigüedad se tenía por escandalosa, y Alceo celebra con una invitación a la embriaguez la muerte de un tirano execrado.

Nacimiento de la ciencia y de la filosofía.

El Oriente griego, cuna de la poesía lírica, lo fue también de la ciencia y de la filosofía.

Las civilizaciones orientales anteriores habían reunido los materiales elementales para la ciencia y de ellas los tomaron los griegos. En efecto, la Jonia, donde estas disciplinas intelectuales aparecieron, estaba en relaciones con todo el Oriente y su situación era mejor que la de ninguna otra región para recibir estas aportaciones. Más aún que por el viaje a Egipto, que la tradición le atribuye, fue en Lidia, al servicio de cuyo soberano estuvo, donde Tales de Mileto debió llegar al conocimiento de la astronomía y de los cálculos de los sacerdotes mesopotámicos; y teniendo éstos en cuenta, no sorprende tanto que hubiese podido predecir el eclipse de sol del 28 de mayo de 585. Lo mismo respecto a la técnica: Tales había dirigido la excavación de un canal para secar el lecho de un río; los ingenieros al servicio de Samos construyeron un muelle de 36 metros de altura y 360 de longitud para acondicionar el puerto y abrieron un túnel-acueducto de 1.000 metros de longitud. Pero estas manifestaciones, que parecían increíbles o milagrosas a los griegos, tenían precedentes muy antiguos en Oriente y los procedimientos técnicos usados no podían ser, al menos en sus principios, invenciones propiamente dichas. La verdadera innovación fue empezar a organizar por un esfuerzo lógico estos conocimientos en ciencia abstracta. En donde el Oriente sólo había conocido el empirismo, nació la geometría; se dice que con Tales de Mileto, y Pitágoras de Samos la hizo progresar de manera notable, si no fue incluso su iniciador al propio tiempo que creaba la ciencia de los números.

En cuanto a la filosofía, el papel de los jonios no fue menos considerable. En ello también el Oriente podía suministrarles algo: sus cosmogonías, que partían siempre de un elemento primordial para explicar la creación del mundo. Pero para ellos este elemento se identificaba con una divinidad y la creación con la aparición de otras divinidades. El mérito de los jonios fue colocarse frente al mismo problema, dejando a un lado la idea religiosa y sirviéndose sólo de la razón. Razón joven todavía de la que se puede decir que se embriagaba con su propio juego. Tales y sus discípulos, Anaximandro y Anaximenes, en efecto, intentaron descubrir el principio único cuyas transformaciones han podido

hacer nacer las cosas y los seres. Un poco más tarde, Heráclito de Efeso -siempre un jonio-propuso un elemento original, el fuego, pero añadiendo a esta hipótesis las poderosas ideas del conflicto permanente y de la evolución incesante. Otros jonios fueron a enseñar su doctrina a Italia meridional: Jenófanes de Colofón, huyendo de la dominación persa, fundó la cuela de Elea y Pitágoras de Samos, rehusando someterse a la tiranía, creó cenáculos de discípulos en las ciudades del golfo de Tarento, donde sus enseñanzas se perpetuaron hasta el siglo IV.

La larga posterioridad de Pitágoras se explica por la riqueza de su sistema, en el que una doctrina del alma y de sus encarnaciones sucesivas-la metempsicosis — acompañaba a una moral y a una norma de vida, mientras que su filosofía, buscando el secreto del universo y encontrándolo en la armonía de los números, dejaba el camino abierto a la investigación científica. Pero incluso cuando las escuelas por ellos fundadas no tuvieron una duración parecida, los filósofos jonios, que nunca habían separado sus especulaciones de la ciencia a la que también se dedicaban, fueron los iniciadores del pensamiento griego y de sus audacias futuras.

Primacía del espíritu griego.

Desde el fin del período arcaico, la vida intelectual de los griegos fue la más brillante del mundo mediterráneo: ninguna civilización oriental ofrecía nada que pudiese rivalizar con ella. El aqueménida Ciro había pedido al rey de Egipto un médico oculista; su segundo sucesor, Darío, retuvo en su corte al médico Demócedes de Crotona, que se habían disputado muchas ciudades griegas y que, habiéndole curado de un esguince, había intervenido en favor de los médicos egipcios que iban a expiar su ignorancia en la tortura. La confrontación de estas anécdotas simboliza una transferencia de primacía ya irrevocable.

Destronando a los orientales, los griegos aprovecharon sus experiencias y sus hallazgos, continuando estas apropiaciones durante mucho tiempo a medida que los fueron conociendo mejor. Pero aplicando en ellos otro método, impeliendo así al espíritu humano, guiado por una lógica usada aún instintivamente, a las vías nuevas que percibía su curiosidad insaciable. Y no es una simple coincidencia que al mismo tiempo, y siempre en Jonia, nacieran la geografía y la historia, todavía muy vacilantes y embarazadas de leyendas en los iniciadores oscuros que son los "logógrafos", es decir, simplemente, los "prosistas", porque fueron los primeros que osaron abandonar el ritmo poético. Al menos uno de ellos, Hecateo de Mileto, formula el principio: "Escribo lo que sigue como lo creo verdadero, pues los relatos de los griegos son, a mi parecer múltiples y ridículos." Su gloria no puede rivalizar con la de sus compatriotas sabios y filósofos, pero al fundar sus investigaciones en el espíritu crítico como los otros en la razón, abre un amplio camino a sus sucesores.

La arquitectura. El arte también conquista en este período sus métodos y asegura su futuro desarrollo.

Aparte de algunas obras ínfimas -fuentes, acueductos, ornamentación de plazas y calles- en las ciudades construidas al azar y de manera mediocre, la arquitectura arcaica es esencialmente el templo. Éste, concebido como la vivienda del dios, deriva directamente del *megaron* micénico: techo a doble vertiente, columnas en la fachada, vestíbulo y cámara central donde se colocaba la estatua.

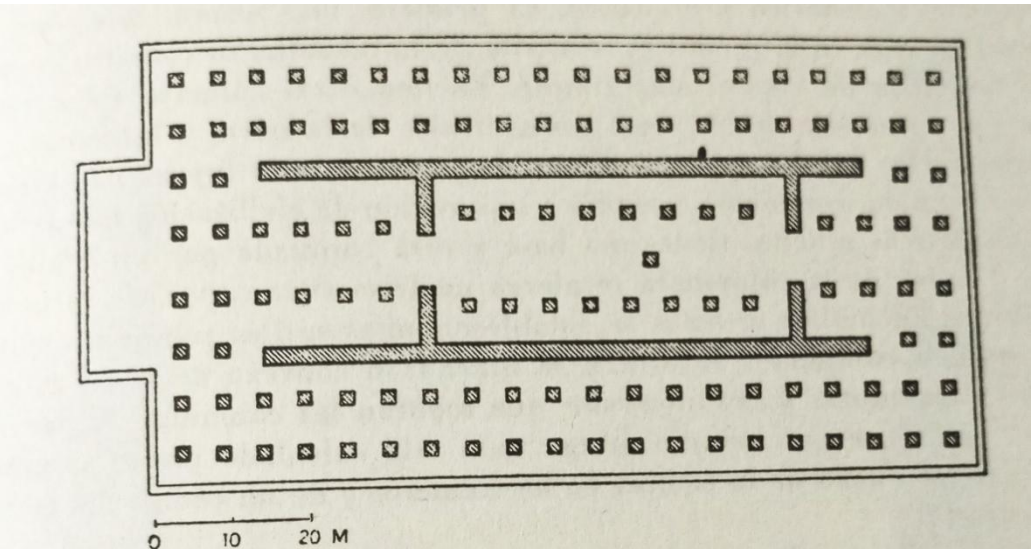


Fig. 26.-Templo de Artemisa en Éfeso

La construcción de este gran Artemisión empezó en el siglo VI; el rey lidio Creso contribuyó a los gastos; 36 de las 127 columnas estaban ornamentadas con relieves.

A partir del siglo VII, después de haber adoptado la piedra como material de construcción, se dan al templo unas dimensiones mayores. Se le rodea de una columnata, alargándose la nave, sosteniendo el techo con hileras de columnas y formando al fondo una habitación que por lo general se destinó a tesoro.

En este esfuerzo de crecimiento que no llega nunca a lo colosal, no sabemos si ver una influencia de Oriente. Hay que pensar más bien en la prosperidad ostentosa y en la competencia orgullosa de las ciudades, pues los griegos de Occidente no se dejaron superar por los de la costa asiática y de las islas. En estas dos regiones opuestas del mundo helénico, los mayores templos entonces construidos o empezados-pues los recursos calculados fallaron a veces y el final de la obra, cuando pudo ser realizado, se hizo esperar mucho tiempo- tienen unas dimensiones parecidas: 112 metros por 56 en Samos, y en Selinunte (Sicilia). La Grecia europea no podía permitirse estos grandes

edificios, y la tiranía ateniense, fuese cual fuese su deseo de ostentar su poder, se conformó con 108 metros por 44 para el templo de Zeus Olímpico, del que se colocaron sólo los fundamentos, pues no fue acabado hasta seis siglos y medio más tarde.

Los griegos aportaron al cálculo de las proporciones dadas a los menores elementos del templo y a su colocación un sentido notable de la armonía y del equilibrio, que sólo a ellos corresponde. En este momento se constituyeron los dos "órdenes", el dórico y el jónico. El primero, más severo, más puro, más funcional, guarda en la piedra el recuerdo de la madera. Su columna es un pilar sin base, con un capitel muy simple. Encima de la columnata los triglifos representan el avance de las vigas transversales de la nave, y las metopas, los intervalos vacíos que las separan. El orden jónico es más lujoso, más elegante, más ornamentado, como correspondía a una región de civilización más refinada. Su columna, más esbelta, tiene una base y está coronada por un capitel con volutas. Encima de la columnata se alarga un friso cuya superficie se presta a la escultura. En ambos órdenes se establecen unas sutiles relaciones entre el diámetro de la columna y su altura, la hinchazón convexa de su fuste, el número de acanaladuras y los intervalos que separan las columnas. A partir del final del siglo VI, en un templo griego todo está calculado por el arquitecto, completamente dueño de la ciencia de los números y de un código del gusto un poco abstracto.

La escultura. La escultura colabora con la arquitectura en la decoración del templo, que ofrecía al escultor muchas superficies para llenar. Fue una excepción que en Efeso, cuando se tuvo que proceder a la reconstrucción del templo de Artemisa, a cuyos gastos contribuyó Creso, una parte de las columnas fueron historiadas con relieves en su tambor inferior, pero este procedimiento de inspiración oriental no se generalizó. El templo griego no tuvo esculturas más que en lugares bien determinados por su propia estructura. En ambos órdenes en los frontones triangulares encima de las fachadas anterior y posterior más que emplear el relieve se prefirió colocar adosadas al muro estatuas exentas cuya espalda quedaba invisible. Para el resto del templo se usaba el relieve; el orden dórico le ofrecía los rectángulos y el jónico su friso continuo.

Frontones y metopas planteaban al artista delicados problemas en razón de sus dimensiones incómodas. Para los primeros era necesario adaptarse a los ángulos laterales, muy agudos, lo que imponía una composición descendente, con personajes de pie en el centro y pasando progresivamente a otros agachados o rampantes. Para toda la serie de exiguas metopas, había que imaginar y disponer otras tantas pequeñas escenas cubriendo el cuadro de manera uniforme y sin sobrepasarlo. Se pueden seguir los laboriosos tanteos de los escultores, primero inhábiles y después

encontrando en esa misma disciplina las leyes de su inspiración y de su arte.

Por el contrario, para el friso jónico la facilidad era mayor, pues los personajes podían ser multiplicados, aunque convenía repartirlos sin confusiones en función de un tema general, y variar las actitudes y los episodios sin perjudicar la idea de conjunto. La fuente de inspiración fue la pintura de los vasos que también tenía que disponer sus escenas en fajas. En el tercer cuarto del siglo VI, en el "tesoro" edificado en el santuario de Delfos por una ciudad insular enriquecida por sus minas de oro, Sifnos, aparecieron grandes temas mitológicos y heroicos, como la lucha de los dioses y los gigantes o la asamblea de los olímpicos siguiendo las peripecias de un combate ante Troya: este tema perdurará hasta el período helenístico, pero ya en este momento, la variedad, la familiaridad misma -una mano se apoya en la rodilla de Zeus; Apolo se vuelve hacia su hermana Artemisa que le toca la espalda- y el encanto de las actitudes, sin rigidez, y también sin violencia, son dignos del período clásico.

La estatuaria independiente del edificio estaba, asimismo, relacionada con la religión; todos sus temas tenían un valor específicamente religioso y representaban divinidades, oferentes o animales simbólicos. Se inspiró en sus comienzos en el arte oriental, sobre todo egipcio, del que adoptó ciertas convenciones: la falta de habilidad se traducía en la rigidez de las actitudes y en el carácter macizo de las proporciones; pero los progresos fueron también decisivos en este terreno. Al apartarse de las convenciones primitivas nunca se llegó al movimiento violento, al que se oponían la propia idea religiosa y el sentido de la nobleza y de la armonía. El cuerpo, sin embargo, escapó a la ley de la simetría, y, además, el estudio de su anatomía, facilitado por el gusto por la desnudez que imponían los ejercicios gimnásticos, permitió hacer jugar los músculos bajo la piel. En último término, la cara se fue animando poco a poco: la gravedad de los principios de la estatuaria dórica, la afectación amanerada y la sonrisa a veces melindrosa de la estatuaria jónica acabaron por fundirse en la expresión de sentimientos discretos cuya calidad emociona al espectador.

Esta superación, que fue especialmente rápida en la segunda mitad del siglo VI y la primera década del V, está jalonada por muchas obras maestras. Los especialistas discuten su atribución a un determinado grupo y al lugar que en él ocupan. El ardor de estos debates ha contribuido a la fama de muchas de ellas y más todavía el hallazgo de originales -que tan raros son para las obras más célebres de los períodos posteriores-cuando las excavaciones de la Acrópolis de Atenas, de Delfos y de Delos; en esto el vandalismo de los "bárbaros" tuvo felices consecuencias. Constituye un fenómeno emocionante el nacimiento de este gran arte y su conquista de la maestría técnica y del estremeci-

miento de la vida en menos de dos siglos. Las obras interesantes, en ocasiones de alta calidad, son demasiado numerosas para ser pasadas en revista: las leonas enjutas sentadas (*y afirmadas*) sobre sus macizas patas delanteras y alineadas sobre una terraza cerca del lago sagrado de Delos o la esfinge de Delfos colocada por los naxienos en lo alto de una columna de 10 metros, los caballos del friso del tesoro de Sifnos, las metopas del tesoro délfico de Sicyone o las de Selinunte, la estela del hoplita ateniense Aristión, etc.

Nos limitaremos, pues, a recordar brevemente la evolución de los dos tipos de estatuas de las que no es excesivo afirmar, independientemente de sus orígenes, que están, desde entonces y para siempre, identificadas con el propio helenismo. En su oposición algunos han querido encontrar de nuevo el contraste entre lo dórico y lo jónico. De hecho este contraste existe en la escultura: por un lado, una construcción más lógica, más severa e incluso más ruda; por otro más abierta elegancia y más blandura. Sin embargo, incluso descontando las atribuciones dudosas, la separación entre los dos grandes grupos del pueblo griego no existía en absoluto: los artistas viajaban guiados por el azar de los encargos y los santuarios panhelénicos procuraban encuentros y enseñanzas. En realidad estos dos tipos y su esplendor casi paralelo, corresponden al fondo común del helenismo.

Uno es el hombre joven desnudo, el *curos*. No importa si se trata de Apolo, del atleta ideal o de representaciones individuales. Representación griega por su desnudez total, por egiptizantes que sean las primeras representaciones. Se van siguiendo sus perfeccionamientos progresivos al mismo tiempo en el realismo anatómico, la esbeltez física y la delicadeza sentimental. Al principio -por ejemplo, en Delfos, los tiranicidas Cleobis y Bitón, modelos de piedad filial-, el cuerpo es rechoncho, con las espaldas de esportillero, brazos cortos, abdomen y rodillas convencionales, las piernas envaradas y los ojos desorbitados. A continuación todo se anima, se aligera y se afina; los músculos pierden su tosco relieve geométrico y las articulaciones su esquematismo; los ojos van situándose bien en sus órbitas y la sonrisa estereotipada deja paso, en los labios y en la mirada del "Efebo rubio" de Atenas, a una especie de melancolía soñadora.

El otro es la mujer tapada con una túnica que va a parar al tipo de la *coré*. El modelo era antiguo como lo demuestran la enigmática "Dama de Auxerre" o la Hera de Samos, con sus largas vestiduras acanaladas que ya se amoldan a las curvas del pecho y de la espalda. Pero se impone especialmente gracias a la eclosión de las muchachas que, a partir de la mitad del siglo VI, se levantan en la Acrópolis de Atenas, en las que la feminidad se acusa, triunfa a ultranza y después se atempera de discreción púdica. Hay una conquista definitiva, confirmada por una técnica mejorada sin cesar: la

de las formas del cuerpo que marcan con sus redondeces moduladas el largo *peplos* o la corta túnica. Las otras conquistas no se consiguieron sin largos tanteos. En estas estatuas la preocupación por un atavío ostentoso impone la coquetería de los afeites, el colorido farragoso de los tejidos y sus bordados, la disposición compleja de sus pliegues y la riqueza de las joyas. Después se van simplificando: son más sobrias de color y de adorno, las vestiduras se hacen más rectilíneas y lisas; los rizos de la cabellera se desatan y la moda se hace menos afectada de lo que era en Jonia. Lo mismo se puede decir de las caras, en las que los pómulos antes prominentes ahora se suavizan, y la sonrisa, complaciente en exceso, acaba por borrarse para dejar paso a la digna moderación de la "Enfurruñada" (que probablemente no lo está). Una cosa es indiscutible: aunque estas estatuas pretenden representar genéricamente la mujer joven, cada una de ellas tiene su personalidad física y moral.

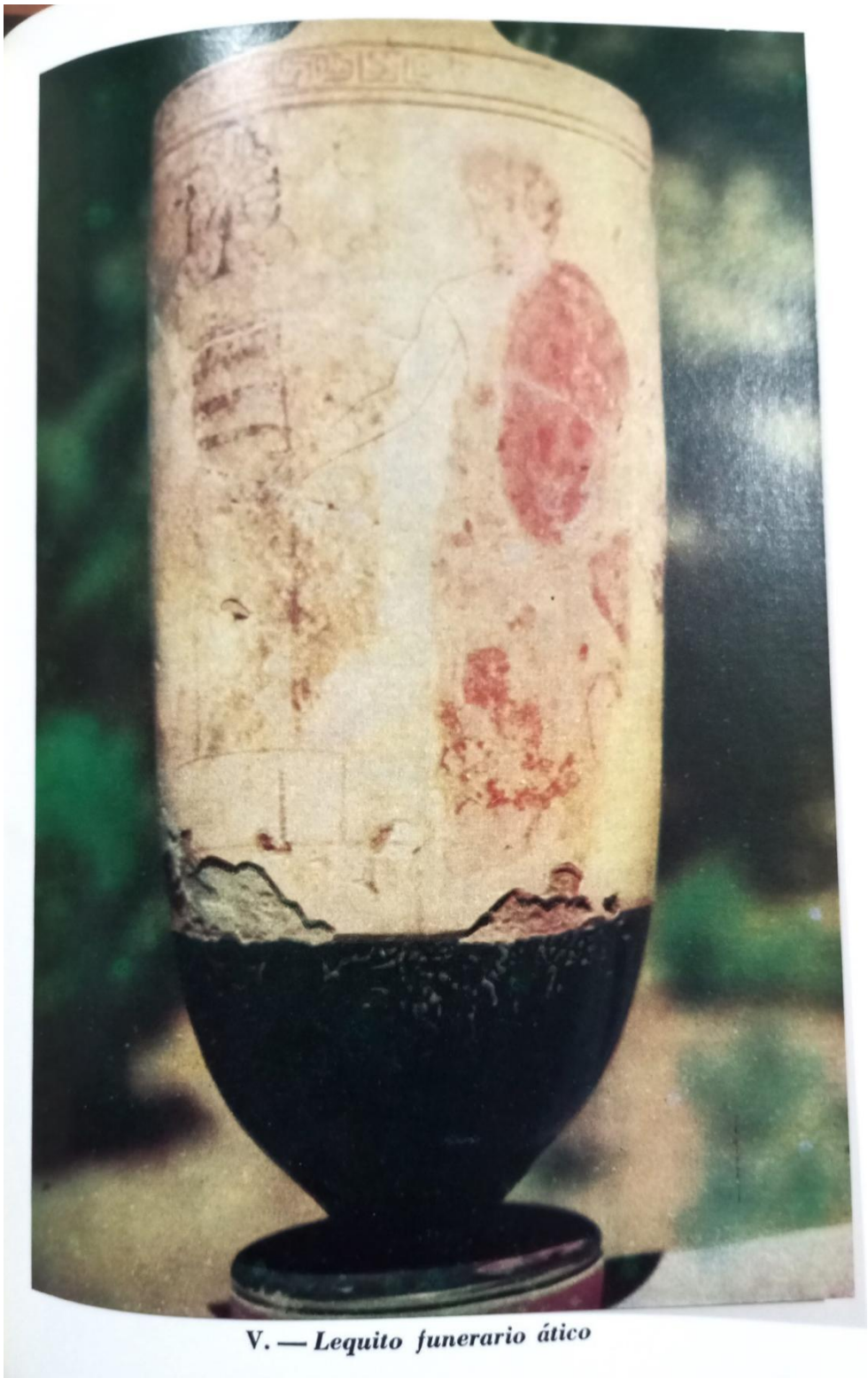
Es posible que el Oriente guiara sus primeros pasos, pero, libertando el cuerpo y el alma de sus *curoi* desnudos y de las *corai*, que sus sucesores se atreverían a desnudar, el escultor griego hacía algo más que perfeccionar las viejas técnicas: como el filósofo y el sabio, obedecía a un ideal que, bajo otros cielos, los hombres habían ignorado.

La cerámica.

La cerámica atestigua la misma evolución importante y decisiva. En realidad, la rapidez con que se transformó la decoración de estos objetos frágiles hechos con un material humilde, parecería un milagro si no se pensara que para ellos, a partir del momento en que se desarrollaron las relaciones marítimas, una viva inquietud comercial se asoció a la inquietud estética. Hacer cosas nuevas, seguir los cambios de gusto e incluso el suscitarlos adelantándolos, se traducía, en caso de éxito, en el aumento de ventas en perjuicio del competidor.

Los siglos IX y VIII ignoraron estas preocupaciones, pues aún se exportaba poco. No obstante, la unidad del mundo griego se señalaba por la comunidad de los principios decorativos: fue el período del "estilo geométrico". Sin relación con la estilización de carácter curvilíneo de los cretenses tardíos y de los micénicos, este estilo evoca de manera irresistible las tapicerías con sus motivos lineales y angulares, combinados de tal forma que ningún lugar quede vacío. Sus obras maestras son los grandes vasos de la necrópolis del Dipylon, en Atenas, en cuya panza, entre ajedrezados, losanges, triángulos, zigzags y cruces gamadas, se desarrollan escenas con múltiples personajes esquematizados por sistema más que por torpeza: seres humanos con las piernas desmesuradas y delgadas, con los talles de avispa y los torsos triangulares y caballos con las patas de langosta gigante y las crines erizadas de estrías.

En el siglo VII se impuso el "estilo orientalizante", contemporáneo de la prosperidad jonia y de los contactos íntimos con un Oriente rico en motivos ornamentales y en representaciones de



V. — *Lequito funerario ático*

animales y de monstruos. Los temas hasta entonces tratados por los cinceladores de oro y de marfil, lo fueron ahora por los pintores sobre arcilla. Se trata de motivos vegetales: lotos entrelazados, granadas, rosetas, espirales y palmetas derivadas de tallos y de flores. Otros temas son los animales, unos imaginarios, como la esfinge, los grifos, quimeras, caballos alados, sirenas; y otros reales, como leones, toros, perros, jabalíes, machos cabríos y ocas. Todos ellos tomados del repertorio con frecuencia terrorífico de Oriente, pero pacificados, mansos, elegantes de línea y de forma, adaptados a la imaginación de un pueblo para el que la vida, por dura que fuese, no tenía nada de horrenda. Entre los animales se fueron deslizando, cada vez más numerosos, los hombres. Los alfareros corintios fueron los más hábiles en hacerlos resaltar sobre la exuberante decoración, en colocarlos en posiciones variadas, en agruparlos en episodios inspirados en la mitología y en rodear con una incisión el contorno de sus siluetas realzadas por manchas y trazos de color rojo o blanco; por este motivo, desde la mitad del siglo VII a la mitad del VI, la cerámica corintia dominó el mercado mediterráneo, en especial el italiano.

La primacía acabó por pasar a Atenas, que la debió a unos artesanos más hábiles, cuidadosos e ingeniosos. El más espectacular de sus primeros éxitos, el "vaso François", se fecha alrededor de 560: sobre 0,60 m. de altura y casi dos metros de circunferencia, están dispuestos en varias franjas más de 250 personajes en plena acción y con una aturdidora variedad. El hallazgo de este vaso en Etruria simboliza la competencia que en dicha fecha Atenas hacía a Corinto. Pero este éxito conseguido con el método corintio se estableció sobre una base aún más sólida cuando, a partir de alrededor de 530, utilizó un nuevo método que, aparte de las especialidades normales, se impuso progresivamente: a las figuras negras destacadas sobre fondo rojo sucedió el empleo del barniz negro para el fondo con reserva de las siluetas en rojo sobre el que otros colores podían precisar con más facilidad los detalles. Al propio tiempo el repertorio se fue humanizando; a las leyendas vinieron a sumarse las escenas familiares, los trabajos y las distracciones de la vida cotidiana en la casa, en la ciudad y en el campo. De esta manera conquistó Atenas una supremacía que tenía que durar todo el período clásico.

Existen vasos sin ninguna clase de decoración que el alfarero ateniense firmó en lugar visible, con legítimo orgullo, y con razón, pues el progreso de la fabricación técnica era notable, tanto por la noble o graciosa armonía de las líneas exteriores como por la calidad de los barnices empleados. Empezando ya por el vaso François, los pintores tampoco dudaban en inscribir sus nombres sobre sus obras del mismo modo que los escultores tomaban la costumbre de hacerlo. Pequeño símbolo

pero rico en sentidos: el artista tenía el sentimiento y expresaba el orgullo de ser libre en su inspiración y en sus métodos, y no sólo el ejecutor de una tradición impuesta. De hecho, desde este momento, se perfilan fuertes personalidades en este arte rápido que exigía observación segura al mismo tiempo que mano rápida. Y no era por simple coincidencia si este artista liberado daba soltura a los movimientos del hombre que representaba e iluminaba su estado anímico por una actitud, un gesto o un rasgo de la cara.

Los centros de irradiación.

El arcaísmo griego abrió, pues, en todos los aspectos, las vías al clasicismo que debía continuarle. Hasta entonces ninguna civilización había llevado a cabo una evolución tan amplia de una manera tan rápida. Además, ninguna había preparado de forma tan completa mediante sus propios adelantos, las conquistas de un porvenir inmediato. En realidad nada estaba todavía acabado, pero todo estaba planteado en sus más mínimos detalles.

No todas las partes del mundo griego contribuyeron por un igual a estas profundas transformaciones, como tampoco todos los sacrificios hechos por ellas fueron iguales. A principios del siglo V, enclavadas en sus valles aislados unidos al exterior sólo por senderos de mulas, quedaban regiones retrasadas y completamente alejadas de las corrientes de las nuevas ideas. Otras, mejor unidas al mundo exterior, más ventajosamente servidas por las circunstancias y los individuos, tuvieron un papel más o menos importante y más o menos continuo. Para acabar, reuniremos alrededor de algunos nombres los datos esparcidos por las páginas precedentes. Este rápido esquema pondrá en evidencia otro aspecto -no menos interesante- del "milagro griego": la multiplicidad de los esfuerzos, es decir, la vitalidad y la cohesión de un pueblo al que ni la fragmentación política ni las rivalidades económicas impedían la unidad moral. En este aspecto hay que señalar la acción personal de los tiranos y, si bien los griegos del período clásico tuvieron la ingratitud de negarla, la deuda contraída por el helenismo con estos antiguos animadores, aún bajo sus formas menos materiales, fue considerable. Pero esta acción no lo explica todo, pues la tiranía no existió en todas las ciudades, y algunas donde perduró no obtuvieron por ello ningún beneficio cultural. Más allá de los individuos, por superiores que fuesen, nos encontramos en presencia de la estrecha comunión de un pueblo.

Los grandes santuarios panhelénicos, Olimpia y Delfos para el conjunto del mundo griego y Delos para los jonios, tuvieron un papel importante. Como se ha visto, ayudaron de manera poderosa a propagar el gusto por el atletismo, la música y la lírica. Existió una moral délfica, cuyas máximas merecieron los elogios de un Sócrates y más de un autor antiguo reconoció en el Apolo pítico a un benefactor de la humanidad. Alrededor de los santuarios se juntaba la piadosa concurrencia de las

ciudades, sus ofrendas y los monumentos de toda clase, estatuas, columnas, altares, "tesoros" en forma de pequeños templos, que edificaban en los recintos sagrados. Éstos empezaron a ser lo que continuaron siendo hasta su destrucción: verdaderos museos donde se confrontaban, no sólo las generosidades, sino también los gustos y los talentos. De este modo, los cultos panhelénicos fueron

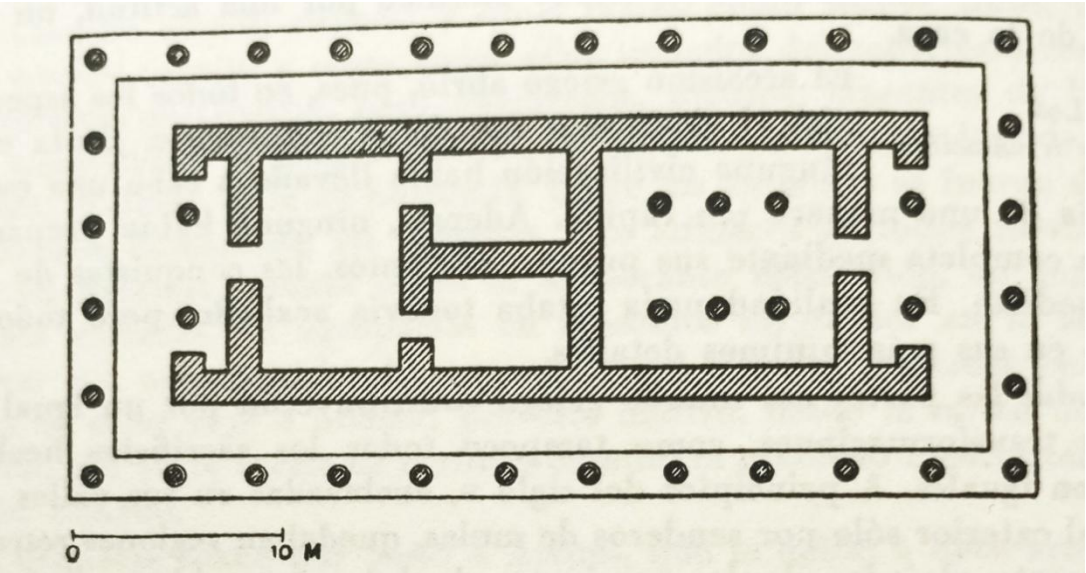


Fig. 27.- El Hecatompedon de la Acrópolis de Atenas

El antiguo templo (muros macizos) medía 100 pies de largo y por ello se explica el nombre de Hecatompedon. Los hijos de Pisístrato lo engrandecieron rodeándolo de una columnata.

una de las causas más eficaces, directa o indirectamente, de los progresos de la arquitectura y de la escultura.

Entre los grupos regionales de ciudades en este período hay que conceder el primer lugar a Jonia. Muchas circunstancias actuaron a su favor, pero en especial la proximidad de Oriente. Fue un crisol en el que los propios jonios vertieron mucho de su manera de ser, y la aleación ardiente que supieron obtener fue utilizada por ellos para usos nuevos.

En el campo artístico, la aportación de las ciudades de Sicilia y de Italia del Sur equilibra la de las ciudades asiáticas. El dórico de su arquitectura y escultura fue tan vivo y puro como el del Peloponeso. Algunas de sus obras, las más características, se encuentran en Posidonia (Paestum), a las puertas de la Campania, y en Selinunte, en la costa meridional de Sicilia. Pero aparte del arte, el Occidente griego comienza apenas, hacia fines del siglo VI, a ampliar su lugar en el helenismo. Llegados de Jonia, se instalan en él los fundadores de sus escuelas filosóficas.

Este éxodo se hace también hacia otros lugares, pues al terminar el período arcaico, los grandes momentos de la Grecia asiática se han esfumado.

Primero la conquista persa, aproximadamente a la mitad del siglo VI, y, después, la represión de la revuelta jónica, a principios del V, provocaron su amodorramiento que duró hasta su despertar con el ruido de las victorias de Alejandro; pero la Grecia balcánica estaba a punto para tomar el relevo.

Por su parte no había quedado inactiva. No es posible citar aquí todas las ciudades, destinadas a continuar siendo siempre muy modestas, incluso a veces a decaer, que habían tenido un papel honroso en el esfuerzo común. A pesar de su reputación peyorativa-y exagerada-los beocios tenían la serie de Apolos del santuario de Apolo Ptoios; tenían también a Píndaro, cuya más antigua *Pythica*, en honor de un gran noble tesalio, data más o menos del año 500. Esparta, cuyo nombre significará pronto rudeza y vida taciturna, aún no se había replegado sobre sí misma antes de la mitad del siglo VI: hasta entonces había acogido a poetas, llamado a orfebres y arquitectos jonios y construido monumentos originales; conservará siempre sus fiestas, animadas por las danzas y los coros. Sicyone y Egina tenían sus broncistas y escultores reputados. Corinto, menos puramente griega en razón de sus relaciones con Oriente -cortesanas sagradas servían a Afrodita en esta ciudad -, había tenido su cerámica. Y éstos no son más que algunos nombres entre muchos otros: Grecia aún no tenía una capital cultural, pues la actividad de Atenas en este aspecto era demasiado reciente. El impulso le había sido dado por la tiranía y la emigración consecutiva al establecimiento de la dominación persa en Asia Menor lo había facilitado y ampliado. Engrandecimiento del viejo templo del Hecatompedon, éxitos de los misterios de Eleusis y ensanchamiento de su sala de iniciaciones, progresos técnicos y expansión de la cerámica, organización de las fiestas de Dionisio con los primeros concursos de tragedias, primeras *corai* de la Acrópolis, fijación del texto de los poemas homéricos: todo esto hay que atribuirlo a Pisístrato y a sus hijos. Después de la expulsión del último de éstos, en 510, la ciudad no frenó el impulso recibido; sólo lo desvió en una dirección más autónoma, menos dócil-en particular en la escultura donde reaparece la severidad de lo dórico- a la facilidad jónica. Pero todos estos signos no toman valor si no se conoce la evolución ulterior. Al final del arcaísmo no se puede aún hablar de la soberanía moral de Atenas.

Para que el helenismo se asiente definitivamente, oponiéndose a las civilizaciones de Oriente, y para que Atenas se convierta en el centro sin rival, será necesaria la crisis de las Guerras Médicas.

(pag 344 en blanco)

LIBRO II

LA CIUDAD GRIEGA Y EL HOMBRE.

LA CIVILIZACIÓN DE LA GRECIA CLÁSICA (SIGLOS V-IV).

Las Guerras Médicas: conflicto entre dos mundos desigualmente comprometidos. El imperio persa, aunque concibiese estas guerras como algo más que simples expediciones coloniales, no puso en juego todas sus fuerzas. Por su parte, los griegos de la península tuvieron clara conciencia de lo trascendental de la lucha. Esquilo no idealiza en exceso cuando, el día de Salamina, hace lanzar la siguiente exhortación: "Hijos de griegos, id; liberad la patria; liberad a vuestros hijos, a vuestras mujeres, los templos de los dioses de vuestros padres, las tumbas de vuestros antepasados; ha llegado el momento de la lucha decisiva."

De todos modos, el conflicto enfrentaba un inmenso imperio a una serie de minúsculas ciudades, cuya alianza, dictada por el peligro, hasta tal punto está falta de raíces profundas que se disuelve al día siguiente de su paradójica victoria. También están frente a frente dos civilizaciones: una se anquilosa, aunque la herida recibida sea sólo superficial; el empuje que animaba a la otra toma mayor vigor aún y acelera su ritmo.

He aquí, pues, la ciudad griega triunfante. ¿Qué uso hizo de su poder?
¿Cuáles son sus relaciones con el hombre? La respuesta teórica no es dudosa: alianza de la ciudad y del hombre para la ayuda y la seguridad mutua en un desarrollo paralelo. Pero el problema reside en saber en qué medida la realidad corresponde al principio.

(pag 346 en blanco).

CAPÍTULO I

LOS MALES INTERNOS DEL HELENISMO TRIUNFANTE

La libertad de acción del helenismo.

Fue el victorioso resultado de las Guerras Médicas lo que permitió el desarrollo de la civilización griega clásica. Para nosotros que nos remontamos de los frutos de la madurez a los primeros brotes que contienen su promesa, la evolución parece normal; pero la victoria de los persas hubiese parado esta evolución. No, por cierto, por la intolerancia deliberada de los sucesores de Ciro, sino por la sola unión de los griegos a un imperio inmenso que gobernaba un dueño extranjero y por las dificultades nacidas espontáneamente de esta situación intolerable para un griego. Para convencerse de ello, basta considerar la suerte de la Grecia asiática durante los casi setenta años que estuvo sometida al imperio persa que la había conquistado hacia la mitad del siglo VI. Hasta entonces hogar ardiente de helenismo, conservó, al principio al menos, en algunas de sus partes, vitalidad y prosperidad. Pero todo se extinguió cuando su revuelta terminó por una represión rigurosa: tendrá que esperar a Alejandro para rehacerse de los golpes recibidos en dicha ocasión. No hay duda en que, vencida en Salamina y en Platea, la Grecia europea hubiese conocido un destino análogo. Habiendo triunfado, ella misma se desgarró en la impaciencia de sus autonomías celosas. ¿Cuántos sobresaltos, cuántos males y cuántas muertes no habría provocado la dominación de un soberano extranjero y lejano?

Al contrario, escapada de la amenaza de servidumbre, Grecia reconstituye, desde el día siguiente a sus victorias decisivas de la segunda guerra médica, la integridad de su dominio étnico. Arranca de la dominación persa la faja de Asia Menor poblada por sus compatriotas. Mantiene a éstos en las factorías de Ponto-Euxino (Mar Negro) y les permite establecer un modus vivendi con los indígenas de Rusia meridional. Apoya las sublevaciones de los jefes egipcios contra el rey persa: el grave fracaso no impide que Egipto viva prácticamente independiente y quede abierto a los comerciantes y a los viajeros griegos. En el Mediterráneo occidental, los griegos de la Grecia propia no intervienen con la fuerza de las armas, pero las colonias esparcidas en el período precedente bastan para mantener, en conjunto, los adversarios a raya. Los tiranos siracusanos rechazan la ofensiva de los semitas de Cartago desde el año 480 y, un poco más tarde, la de los etruscos de Cam-

nia; Marsella puede fundar o renovar factorías en las costas de Galia y de España. En todas partes, el helenismo, si no conquista nuevas posiciones, conserva lo esencial de lo que anteriormente había adquirido, alejando la inmediata amenaza extranjera. En todos los puntos recobra su libertad de movimientos, para evolucionar según la ley de su propio destino.

La libertad e imperialismo.

Es cierto que, a falta de amenaza extranjera, el destino del pueblo griego no estuvo exento de males internos.

Entregados a sí mismos, los griegos olvidaron rápidamente que sus éxitos, en la segunda guerra médica, habían sido debidos a su unión. De entre ellos, los espartanos que, de común acuerdo, habían recibido el mando supremo en la Grecia balcánica, se mostraron poco deseosos o incapaces de sacar provecho en interés de todos de las victorias que, bajo su dirección, se habían conseguido. El impulso audaz, que ellos no quisieron adoptar, fue, en Asia Menor, en Egipto y en el Ponto, obra de los atenienses, que les relevaron después de su desfallecimiento. En Sicilia y en Italia del Sur, por el contrario, Siracusa, después de haber llevado el peso de la lucha decisiva, no defraudó a nadie cuando se trató de proseguirla.

Mas si estas dos ciudades, Atenas y Siracusa, dan el ejemplo de la acción y consagran a ella lo mejor de sus fuerzas, su inclinación aparente a la causa colectiva no es desinteresada. Arrastrando tras sí a las ciudades deseosas de lucha, liberando a las que están sometidas y socorriendo las que están amenazadas por el extranjero, van agrupándolas bajo su dirección y pronto bajo sus órdenes. Levantan verdaderos imperios sobre los cuales su autoridad tiende a acrecentarse sin cesar. Desaparecida la dominación extranjera, fue reemplazada por otra, griega sin duda, pero cada vez más pesada y más difícilmente soportable después de la unificación inicial que con frecuencia fue espontánea.

Por otra parte, lo que Atenas y Siracusa intentaban en amplia escala, muchas ciudades procuraban también realizarlo en su provecho en un plano más modesto. Las luchas de frontera, los odios de vecindad, las envidias llevadas en ocasiones hasta la voluntad de destrucción, no eran nada nuevo en el mundo griego. En muchas ocasiones ni el peligro común había conseguido hacer desaparecer estos sentimientos, y por ello se podrá juzgar lo que tenían que ser estas rivalidades cuando aquél dejó de existir: llegó el momento en que se dio libre curso a las rivalidades implacables.

Todas las ciudades griegas, grandes o pequeñas, persiguen un mismo ideal: la libertad. Aunque cada una lo interpreta a la vez como una total independencia personal, que destroza aquella unión sin la que un amo de otra raza les habría sometido, y como el derecho de ejercer sus rencores y saciar sus

propias ambiciones sobre otras ciudades griegas. Más tarde un historiador griego dirá: "No sé cómo puede ser que los habitantes del Peloponeso, que son entre todos los humanos los más inclinados a una vida apacible y alegre, son los que en el pasado han disfrutado menos de estos bienes, pues siempre estuvieron, como dice Eurípides, "sometidos a los más duros trabajos, siempre con la lanza en la mano". La explicación que me parece más verosímil es que todos sienten la pasión por la supremacía y la independencia y que no cesan de combatirse encarnizadamente por la hegemonía." Esta explicación es válida no sólo para los habitantes del Peloponeso, sino para todos los griegos. Esta doble "pasión por la supremacía y por la independencia", esta voluntad de poseer para sí lo que se rehúsa a los demás, es uno de los caracteres fundamentales de la política de las ciudades griegas y el que marcó más profundamente su civilización en los siglos V y IV.

Su consecuencia inevitable fue la multiplicación y la perennidad de las guerras. Desde principios del siglo V al año 338, Atenas estuvo en guerra durante más de ciento veinte años sobre un total de ciento sesenta y cuatro, o sea más de dos años de cada tres, y no conoció nunca un período de paz cuya duración llegase a los diez años.

El estado de guerra, estado normal.

Ciertamente el de Atenas puede parecer un caso extremo, el de una ciudad que encabezó la lucha contra Persia, que, fundando un imperio, se atrajo las enemistades más diversas y tuvo que reprimir las sublevaciones de sus súbditos.

Pero en todas las ciudades, teniendo en cuenta su relativa importancia política, la tendencia general es idéntica. En general estas guerras no obligan a la ciudad a una tensión feroz de todas sus energías y a una movilización de todos sus recursos humanos y materiales; normalmente no se lucha durante el invierno y el esfuerzo ateniense se limita al armamento y flete, durante algunos meses, de una cincuentena de trirremes. Aun así limitado, este esfuerzo se traduce en la inmovilización y la destrucción, más o menos rápida, del capital considerable que representan estos navíos, la retribución de los millares de hombres que formaban sus tripulaciones y la pérdida de trabajo productivo de los mismos.

Ésta fue una dificultad insuperable en el desarrollo normal de una civilización con la que la naturaleza ya no se había mostrado muy generosa. Los griegos destinaron a la mutua destrucción una buena parte de las fuerzas cuyo libre empleo se habían asegurado. Pagaron así el rescate de una independencia sin la cual no hubieran podido realizar sus virtualidades. Pero este mismo rescate les impidió realizarlas todas, o no tan ampliamente como hubiera sido necesario para dar a la humanidad una lección intelectual y artística más deslumbradora aún que la que le dieron.

La guerra: los métodos y las pérdidas humanas.

Puesto que la guerra tiene un lugar tan importante en la vida de los griegos, es conveniente representarse lo que es, cómo se conduce y cuáles son sus consecuencias.

No pueden exagerarse las pérdidas de vidas humanas que ocasiona la guerra: ningún estado griego hubiera podido dedicarse a ella de manera tan duradera, si estas pérdidas hubiesen alcanzado, para el conjunto de la población de los beligerantes, las proporciones a las que las guerras modernas han podido habituarnos. No se trata sólo de la falta de instrumentos mecánicos de batalla: aunque más lenta, la liquidación a filo de espada o con arma arrojadiza, no es necesariamente imperfecta. Se trata, por una parte, de la concepción y práctica de la batalla y, por otra, de la incapacidad del Estado para alinear todos los medios humanos de que teóricamente dispone.

Hay que hacer una excepción con el combate naval. Los hombres que en él exponen su vida son normalmente más numerosos, porque las tripulaciones, compuestas en especial de remeros sin equipo, se reclutan entre las bajas clases sociales. El navío de guerra corriente es el trirreme, fina embarcación de maniobra fácil, provista en la proa de un espolón de bronce con el que se intenta abordar al adversario. Conseguido esto, se encuentran 200 hombres en el mar, sin botes de salvamento, reducidos a cogerse a los restos flotantes que estas embarcaciones de madera debían ofrecer en abundancia, pero también, cuando no son muertos a golpes de remo, abandonados a su suerte tanto por el vencido que busca la salvación en la huida, como por el vencedor, que se ocupa sólo en recoger a los suyos, muertos o vivos. Si se desencadena un mal viento, llega con frecuencia la catástrofe, incluso para la flota victoriosa cuyos navíos averiados, con los remos rotos y la chusma agotada, ofrecen a los elementos una presa fácil. Por ello el combate naval es mucho más mortífero que la batalla terrestre.

Durante la mayor parte de este período, según el código de creencias religiosas y del honor guerrero que aplica Lacedemonia, el estado militar por excelencia, la batalla terrestre es concebida como un concurso. El choque de dos ejércitos dispuestos en hileras paralelas sobre varias líneas de profundidad, hacía víctimas bastante numerosas a causa del encarnizamiento y el coraje de la lucha, celebrada por los epitafios y los discursos. Pero una vez rota la línea y hundido el orden de batalla, el vencido huye, sin que el vencedor intente perseguirle. Habiendo quedado dueño del campo de batalla tiene deberes más urgentes que el sacar provecho inmediato de su victoria: dar gracias a los dioses que le han dado el éxito y cumplir los últimos deberes con sus muertos. Del mismo modo que el atleta vencedor consagra su corona a la divinidad, el ejército triunfador expresa su agradecimiento por cánticos, un sacrificio y la erección en trofeo de los despojos del enemigo; recoge los cadáveres

de sus propios combatientes y les asegura unos funerales dignos de su fin heroico. Si el adversario es de buena fe, debe inclinarse ante le veredicto y reconocer la derrota solicitando una tregua para recoger sus muertos.

Pero tales métodos son poco eficaces. Los fugitivos buscaban refugio en el más próximo de los puntos fortificados que poseían, reagrupándose y tomando nuevos ánimos, tanto más fácilmente porque los pobres medios técnicos de entonces no permitían forzar los asedios y la menor muralla paraba durante meses a los mejores ejércitos. El sitiador sólo contaba con el hambre o con la traición para entrar en el recinto. Las provisiones de los sitiados se agotan, pero las de los atacantes no tardan en correr la misma suerte; el pillaje de las comarcas vecinas, llevado a cabo en un inevitable desorden, procura pocos alimentos y muchas decepciones. Las enfermedades hacen pronta presa en las tropas acampadas al aire libre. Ante la proximidad de las malas estaciones o la llegada de refuerzos enemigos, hay que desistir del cerco para empezar de nuevo la campaña el año siguiente.

Es fácil concebir que la guerra llevada así no puede ser muy sangrienta. Las raras excepciones, que se hicieron célebres entre los contemporáneos, se explican por circunstancias particulares. Tal, por ejemplo, el desastre sufrido en 413 por los atenienses en Sicilia, debido a que el ejército considerable llevado ante Siracusa no pudo reembarcar. Tal, también, en 371, la derrota de Leuctra donde, obedeciendo al honor nacional que les prohibía huir o rendirse, se hicieron matar 400 ciudadanos espartanos de 700 enrolados y de cerca de 2.000 que entonces subsistían.

Pero ya en Leuctra, y más aún en 424, en Delion, donde mueren mil hoplitas atenienses de 7.000, aparecen cambios profundos en la guerra griega. Éstos se precisan a lo largo del siglo IV y se imponen, sobre todo con Filipo de Macedonia y su hijo Alejandro. El respeto de las convenciones tradicionales desaparece ante el deseo de destrucción y rapidez en la terminación de la contienda. La maniobra ligera se impone en sustitución del choque de dos líneas afrontadas y llega en ocasiones al copo, es decir, a la destrucción en campo abierto de una parte del ejército vencido. La persecución, efectuada de manera rápida por la caballería, aniquila a los fugitivos y les impide rehacerse. La adopción de máquinas poderosas y perfeccionadas, utilizadas primero por Dionisio de Siracusa contra los cartagineses, permitía abrir en las murallas las brechas por donde lanzarse al asalto.

Desde entonces, libradas las batallas con la voluntad, no ya de afirmar la superioridad sobre el enemigo, sino de aniquilar sus fuerzas organizadas, se procura infligir a los vencidos pérdidas mucho mayores que antes: en Queronea, los atenienses, que en número de unos diez mil, no soportan precisamente el peso principal del combate, tienen un millar de muertos y dos mil prisioneros.

Así, si se llegaba a un encuentro decisivo que pusiese a uno de los adversarios a la merced del otro, la guerra se hacía infinitamente más corta: las hostilidades hacía menos de dos años que duraban con Atenas y menos de uno con Tebas cuando, por el éxito rapidísimo de Queronea, Filipo se puso en situación de imponer su ley a toda Grecia. En esta forma, teniéndolo todo en cuenta, una campaña aislada puede ser más sangrienta que la guerra total de la que constituye sólo una parte.

La guerra: su derecho y sus estragos.

No obstante, la guerra provoca ruinas y desastres atroces. Toda la Antigüedad conoció y puso en práctica un derecho que transfería la soberanía total por el solo hecho de la conquista. Cuando los oradores atenienses, discutiendo con Filipo, pretendían distinguir el hecho de la ocupación y el derecho a la posesión legítima, no hacían más que montar una argucia sofística que no engañaba a nadie. Por otra parte, esta distinción, al menos en lo que concierne al territorio, hace muy poco tiempo que está realmente integrada en nuestro moderno derecho internacional. Pero en la Antigüedad la toma de posesión va mucho más allá del territorio propiamente dicho: por el solo hecho de su victoria, el vencedor se convierte en dueño y adquiere la completa disposición de las personas y de los bienes materiales que se encuentra en el país que ocupa. Puede matar y destruir, confiscar, consumir y vender a su guisa. Incendiar y demoler las construcciones, asolar las plantaciones, son todos actos lícitos sin necesidad de invocar ni excusas ni pretextos: es sólo necesario respetar las propiedades sagradas, pues los dioses castigan a los impíos. En cuanto a los seres humanos, está incontestablemente permitido, en teoría, exterminarlos sin distinción de sexo ni de edad. La verdad es que el horror ante un tal asesinato colectivo que no produce ningún provecho hace disuadir de ello. Pero la reducción a la esclavitud es un procedimiento menos anormal, facilitado por la presencia, siguiendo a los ejércitos, de mercaderes que compran el botín, incluso el humano, y aseguran su envío a lugares de venta apropiados. En el fondo, esta operación expresa tan claramente como el asesinato colectivo el derecho integral del vencedor sobre las cosas y los hombres que han caído en su poder.

En la práctica este derecho de guerra se aplica sólo de manera rara en toda su extensión: sus más frecuentes víctimas son las ciudades tomadas al asalto después de una resistencia que ha exasperado a los asaltantes; pero ya hemos visto que éstas no eran muy numerosas. Este derecho, sin embargo, existía y era suficiente que uno de los beligerantes lo usase para que a la primera ocasión, por represalia, su adversario actuase de la misma manera. Queda aún un caso que es de aplicación corriente: el de los prisioneros de guerra cuya suerte ordinaria es la esclavitud, pudiendo sólo por el

restablecimiento de la paz recobrar la libertad, ya por medio de canje de su gobierno o por rescate de los parientes y amigos. Si se piensa que el rescate de cautivos es una costumbre que ha durado bajo formas atenuadas hasta el siglo XVIII, esta concepción parecerá menos sorprendente. Es necesario restablecerla en su amplitud teóricamente ilimitada y prácticamente muy amplia para comprender la extensión de los estragos causados por la guerra en el mundo griego clásico.

El beligerante cuyo territorio queda libre de invasión sufre relativamente poco. Con todo, consigue difícilmente compensar los gastos propios de su ejército y sobre todo el déficit de producción debido a la ausencia de la mano de obra movilizada. Una buena parte del botín tomado al enemigo es fatalmente dilapidado; del resto hay que separar la ofrenda a los dioses, que una preocupación propagandística hizo cada vez más y más importante. Desde un punto de vista financiero, las operaciones se cierran raramente por un balance positivo y habrá que llegar a Alejandro para que la guerra, llevada a un país próspero y contra un gobierno que poseía grandes tesoros, se haga fructífera de verdad. Esparta, durante tanto tiempo victoriosa, nunca reunió riquezas, y sus éxitos sólo le permitieron mantener, sin que trabajasen, los soldados de su ejército permanente que constituían sus ciudadanos. Atenas, triunfadora de la sublevación de Samos, no se rehizo de sus desembolsos a pesar del pago, prolongado durante más de quince años, de una indemnización de guerra. Es verdad que la fuerza le permitió levantar un imperio cuya existencia alimentaba su tesoro y enriquecía su comercio; pero este imperio no duró.

En cambio, los territorios invadidos por el enemigo sufrían terriblemente. Sin mencionar atrocidades particulares y limitándonos a los bienes materiales, se producía el aniquilamiento de las cosechas, la destrucción de los árboles frutales y de todas las construcciones del campo. En lo que se refiere a las ciudades, donde los rurales se apresuraban a refugiarse al abrigo de las fortificaciones, cuando no sufrían un asalto victorioso, tenían que aguantar epidemias y privaciones que diezmaban a la población que en ellas se amontonaba. Y ninguna ciudad griega dejó de ver, un día u otro, que la fortuna de las armas le volvía la espalda. La misma Esparta, durante tanto tiempo orgullosa de llevar siempre la guerra a país extranjero y tener por murallas los pechos de sus ciudadanos, tuvo que sufrir, después de Leuctra, que los tebanos recorriesen, saqueándolos, sus campos, que los ilotas cultivaban para los ciudadanos. El gran drama de Grecia fue el no haber podido asegurar de una manera duradera la existencia tranquila de su población rural a causa de las guerras desencadenadas con tanta frecuencia.

37.—Escena de banquete.

El reclutamiento del ejército: teoría y realidad.

Esa población rural proporcionaba la parte más importante de los efectivos militares al menos en los ejércitos terrestres. Como acabamos de ver, desde el período arcaico la infantería era la reina de las batallas y en esta infantería el soldado-tipo era siempre el hoplita que se reclutaba principalmente entre la clase de los pequeños propietarios que cultivaban por sí mismos su propiedad.

El principio del deber militar del ciudadano e incluso de cualquier residente en el país, como extranjero domiciliado o "meteco", era aplicado y admitido en todas partes. Todo hombre válido era, pues, movilizable: los ejércitos hubiesen podido ser mucho más numerosos que no lo eran de hecho si por la extensión del reclutamiento a todas las clases sociales, el impuesto de sangre también hubiese estado repartido. Pero, en la práctica, esto no ocurría a causa de la fuerza de las tradiciones y también de la insuficiencia de los recursos financieros de las ciudades.

El servicio útil de los hoplitas en la infantería exigía, en efecto, a la vez una educación militar previa y un armamento; y aún más, este armamento era lo bastante pesado para hacer necesaria, y con frecuencia indispensable, la asistencia de un servidor individual, ordinariamente un esclavo, que ayudaba al hoplita a llevar sus armas durante las marchas y le preparaba las comidas.Todo esto exigía un mínimo de riqueza que permitiera al soldado disponer de fondos, pues normalmente la ciudad no le ayudaba. El erario estatal era pobre y además intervenía la rutina que hacía sobrevivir el viejo principio, legado por el Estado aristocrático, según el cual el combatiente debía sufragar los gastos de su equipo y con frecuencia procurarse por sus propios medios el alimento durante la campaña. Fue necesario llegar a varias décadas después de la segunda guerra médica, para que Atenas, la ciudad más democrática, dando un ejemplo que fue seguido muy lentamente, compensase en parte, por el pago de una indemnización cotidiana, los gastos y la falta de ganancias que sufren los soldados. Pero ningún Estado pensó nunca en retribuir a los jóvenes que estaban sometidos a la instrucción militar, ni en contribuir a la adquisición del esclavo-escudero, ni aún, salvo en casos de extremo peligro, a proporcionar su armamento al hoplita. Sólo Esparta había resuelto indirectamente este problema financiero, asegurando a sus ciudadanos la posesión de tierras y el servicio de los ilotas por sus conquistas y por su policía.

Es fácil deducir que el pobre sólo era llamado a servir a su patria como remero en la flota o como soldado de infantería ligera en el ejército, provisto de un armamento rudimentario: no poseía el pequeño capital necesario para adquirir, si no la lanza y la espada, al menos el casco, la coraza, el escudo y las espinilleras que constituían el armamento del hoplita. Por ello la clase de los pequeños

propietarios campesinos, aparte de los estados donde la existencia de una gran ciudad explica la presencia de una burguesía, representaba ordinariamente la clase media que proporciona el mayor contingente de soldados.

Colocados por la realidad frente a esta situación, algunos contemporáneos y en especial los técnicos, la encontraron muy ventajosa, obedeciendo a la idea, entonces generalizada, de que los campesinos propietarios de pequeñas fincas son los mejores soldados. Desde el punto de vista físico, la vida rural endurece los cuerpos, los acostumbra al padecimiento, a las largas marchas y a la falta de comodidades; la práctica de la caza los mantiene ágiles. Moralmente, la posesión de la tierra asocia el interés personal con el general; el que no tiene nada o casi nada a defender lucha menos enérgicamente que el que pone en juego, no sólo su persona y su familia, sino también los bienes que le hacen vivir en la independencia económica y a los que está unido estrechamente por la diaria labor que les consagra. La ley y las costumbres de la guerra, más duras en la práctica para las gentes del campo que para los habitantes de las ciudades, hacen que el campesino se haga cargo en seguida de la trascendencia del conflicto. "La tierra empuja a los agricultores a defender su país con las armas en la mano, porque los frutos que todavía están en el campo se encuentran a disposición del más fuerte... Supongamos que los enemigos invaden el país y hagamos dos grupos con los agricultores y los artesanos; después, pidámosles, separadamente a unos y a otros, si son del parecer de defender el país entero o de abandonar el campo y resguardarse en las fortalezas. En este caso...,los agricultores votarían por la defensa de la tierra y los artesanos decidirían no combatir y quedar inactivos, a lo que ya están acostumbrados, lejos de las fatigas y de los peligros."

Estas afirmaciones, que Jenofonte pone en boca de Sócrates, hacen sonreír al que reflexiona sobre ellas. Cada civilización debe a sus costumbres, a su estado social, a su técnica o a sus concepciones militares, un soldado-tipo que se apresura a oponer a su contrario: el *miles* al *paganus*, el bárbaro al decadente, el caballero a la chusma de los villanos, el aventurero al padre de familia, el perro gruñidor al faldero, el mecánico al obrero en general. Y siempre se justifica esta posición llevándola al terreno moral. Jenofonte se limita a dar una validez lógica a lo que en su época es sólo verdad de hecho: los pequeños propietarios rurales forman la parte esencial de las milicias cívicas que son la mayor parte de los ejércitos griegos. La excepción es Esparta, con sus ciudadanos que, no cultivando la tierra y no practicando ninguna otra profesión, son verdaderos soldados profesionales. Pero su proporción disminuye, hasta llegar a ser ínfima, en los ejércitos llamados "espartanos", en realidad ejércitos peloponésicos formados por los contingentes de las ciudades aliadas y sometidas

38.—El Heraion, en Olimpia.

y formados en su mayor parte por elementos agrarios. Ninguno de los estados griegos pudo llegar a tener nunca un ejército de profesionales, debiendo recurrir a la clase media de sus ciudadanos, es decir, a sus rurales aptos para equiparse y para soportar las fatigas de la campaña y dispuestos a dar su vida por la defensa de sus bienes y de su patria.

De este modo es la clase media campesina la que soporta los mayores sacrificios de vidas humanas. Y la frecuencia de las movilizaciones, causadas por tantas guerras, no pudo dejar de empobrecer a estos pequeños propietarios demasiado mal asegurados para dedicarse a la vez a combatir y a trabajar. En esto también, el intransigente nacionalismo de las ciudades griegas acabó por provocar la ruina del frágil equilibrio económico y social sobre el que reposaba, en los mejores tiempos, su civilización.

Las revoluciones incesantes.

Otro mal inherente al espíritu griego impidió a esta civilización el ofrecer todos sus frutos: la intensidad de las luchas intestinas en las ciudades.

Es cierto que durante la mayor parte del siglo V, la guerra civil no suma sus horrores a los de la guerra con el extranjero. El mundo griego en su conjunto, que en los siglos precedentes había estado tan profundamente desgarrado en el interior de muchas ciudades, conoció entonces, en este aspecto, medio siglo de tranquilidad relativa. Es difícil explicar este intervalo extraño en el momento en que la colonización se había parado y que el ejército mercenario, a la vez remedio preventivo y consecuencia de las graves crisis sociales, es casi inexistente. Quizá, por razones y medios que desconocemos, las bajas clases sociales conocían una suerte menos miserable.

La duración de este intervalo fue corta: un poco antes del último cuarto del siglo V, los conflictos internos reaparecen en las ciudades. La lucha de las dos ideologías políticas, oligarquía y democracia, se encuentra en el origen de esta reaparición. Estas dos tendencias están representadas, simbolizadas y sostenidas por las dos rivales, Atenas y Esparta, que la guerra del Peloponeso levanta una contra otra y que obligan prácticamente a todas las ciudades griegas a tomar partido por una de ellas. Pero como en los siglos precedentes, los conflictos políticos, por su gravedad, por su persistencia, por su generalidad, reflejan conflictos sociales más profundos: oligarcas y demócratas equivalen a ricos y pobres. Estos últimos, por motivos que no sabemos, chocan de nuevo con dificultades para vivir y sueñan con la revolución.

Una vez reaparecida la discordia intestina, lejos de apaciguarse, se fue agravando sin cesar. En el siglo IV, la guerra es casi permanente, no sólo en las fronteras de los Estados, donde por lo general existía desde hacía tiempo, sino en el interior de cada ciudad. Precisamente ocurre que las ciudades que llaman más la atención, Atenas y Esparta, conocen entonces una paz civil más o menos perfecta.

Pero esta paz no debe engañar, pues nace de condiciones muy particulares. Las informaciones referentes a otros Estados son lo bastante numerosas para indicar, al menos, una tendencia general a reconstituir un "clima" de pasiones desencadenadas.

En tiempo normal, los adversarios -que a veces llegaban al exterminio- se exilian mutuamente, y el exilio voluntario o impuesto se acompaña de la confiscación de los bienes de los vencidos y su distribución entre los vencedores o su venta en provecho del tesoro público. Sin embargo, a falta de otro, el apoyo extranjero permite un día u otro a la facción derrotada el recuperar el poder. Cambiado el régimen, los exiliados vueltos a su patria, se resarcen con los bienes de sus adversarios e intentan recuperar sus antiguas propiedades. Esto no es difícil para lo que ha pasado a manos de sus enemigos o que el Estado no ha vendido. ¿Y lo que ha sido vendido, constituido en depósito o en hipoteca, transmitido en dote o en legado? Cada revolución provoca una secuela interminable de procesos y de debates sin fin: faltando capitales para compensar los daños sufridos, la situación se hace inextricable y no presenta otra salida que la fuerza. Una vez desencadenada la guerra civil, se eterniza de manera fatal.

Pobreza, exilio y ejército mercenario.

La ruina amenazaba hasta a los patrimonios más humildes. Las vicisitudes y las consecuencias de la guerra civil endémica multiplican los miserables, excluídos de su patria o incapaces de encontrar en ella su subsistencia y la de sus familias. Se juntan a los arruinados a causa de las destrucciones de los ejércitos extranjeros, y a los que la aspereza natural de la tierra griega reduce a la penuria por poco que la natalidad no sea prudentemente limitada. El pauperismo se extiende sin cesar y sus progresos, a la vez efecto y causa, agravan aún el problema social cuya agudeza exaspera a las facciones rivales. Esperando un milagro o una revolución que los resarcirá, la mayor parte de estos miserables no tiene otro recurso que arriesgar su vida para no morir de hambre.

Reaparecen así los mercenarios, que Grecia había prácticamente desconocido desde principios del siglo VI. Esta reaparición se manifestó durante la guerra del Peloponeso. En las flotas, los subsidios persas le permitieron tomar en los últimos años de ésta, una extensión considerable: pues los remeros, que un suplemento mínimo de salario hacía pasar de los navíos atenienses a los lacedemonios, no son, propiamente hablando, más que mercenarios. En lo que se refiere a los ejércitos de tierra, las fuentes no són tan explícitas, pero el fin de la guerra es seguido a poco por la expedición que lleva los Diez Mil a Babilonia y después a las orillas del Mar Negro, como nos relata el *Anábasis* de Jenofonte. Estos Diez Mil, ciertamente, no eran todos ciudadanos-soldados que

hubiesen perdido el gusto por la vida regular, sino que entre ellos se debían contar un gran contingente de aventureros que la interrupción de las hostilidades había dejado sin empleo.

A continuación, los ejércitos mercenarios se desarrollan de tal manera que para explicar su proliferación hay que pensar en la multiplicidad de fuentes en que se pueden alimentar. Una de ellas es el exilio político y seguramente no la menor. Pero no todos los exiliados son aptos para la profesión militar, que exige ciertas cualidades físicas. Alejandro, entre 334 y 328, enroló a su servicio cerca de 45.000 mercenarios griegos, de los que estableció unos 25.000 en las ciudades que fue fundando. Otros servían en lugares distintos, en Sicilia y en Italia del Sur, por ejemplo. Estas cifras no impidieron que 20.000 exiliados se reunieran en Olimpia en el verano de 324, cuando se esparció la noticia de que un enviado de Alejandro anunciaría allí la orden por la que el rey intimidaba a todas las ciudades a reabrir sus puertas a los expulsados. Se trataba, pues, de una realidad social de importancia grande, una de las plagas de Grecia durante el siglo IV.

La existencia de numerosos mercenarios prestos a ponerse al servicio del que mejor pagase o de aquel cuya reputación permitía esperar mayores generosidades, disciplina soportable, victoria y por consiguiente botín, atestiguaba algo más que unas costumbres políticas brutales y un estado social de inseguridad. Contribuía también a generalizar la guerra, puesto que a falta de hombres, ésta podía hacerse con dinero y también a hacerla todavía más ruinosa a causa de la tendencia natural de los mercenarios a maltratar a los civiles, fuese cual fuese su nacionalidad y condición.

Este estado de cosas mantenía a Grecia en una inagotable discordia intestina. El espíritu de competencia, el Eris divinizado por el poeta Hesíodo, llevaba al odio y éste a las matanzas y a las destrucciones. Es posible que el alma griega le debiese algo de su ardiente ímpetu, pero, precisamente por este hecho, los beneficios de la paz fueron rehusados a los griegos.

No por eso, los griegos, en los siglos V y IV dejaron de llevar a la madurez a su civilización: estas condiciones desfavorables no impidieron su esplendor, si bien precipitaron su decadencia al impedirle estabilizarse.

CAPÍTULO II

IDEAL Y REALIDADES POLÍTICAS

En la base de esta civilización, dándole no sólo su escenario, sino también sus principales caracteres, hay que señalar la importancia de la *polis*, la "ciudad". La civilización griega clásica, en su esencia, es una civilización de la *polis* y su fuerza quedó agotada cuando la ciudad, incapaz de superar las dificultades políticas internas y externas que la acosaban, demostró su impotencia para satisfacer las aspiraciones de sus ciudadanos.

I. LA SOBERANÍA DE LA CIUDAD

La ciudad. La ciudad es necesariamente un Estado de pequeñas dimensiones; por lo demás, para definirla, el territorio cuenta poco. Lo esencial son los ciudadanos, el pueblo, el *demos*. La lengua oficial no dijo nunca "Atenas" o "Lacedemonia", la "república ateniense" o "lacedemonia", sino únicamente "los atenienses", "los lacedemonios", "la ciudad" o "el pueblo de los atenienses", "de los lacedemonios". La concepción griega hace de la ciudad un grupo de ciudadanos moviéndose en unos límites bastante estrechos. Una decena de millares como máximo es aún el ideal de los filósofos del siglo IV (5.040 para Platón) que, de manera expresa o no, reprochan a Atenas por tener más: "No se puede hacer una ciudad con 10 hombres, escribe Aristóteles, pero con 100.000 tampoco hay ciudad." Esta limitación no tiene, evidentemente, otra razón de ser que el deseo de permitir a cada ciudadano el conocer en persona a cada uno de los demás, no sólo en lo físico, sino también en lo moral, en su manera y en sus medios de vida, en sus intereses familiares y en su actividad casi cotidiana.

Este grupo de ciudadanos tiene un centro: la ciudad propiamente dicha. Sus murallas ofrecen en caso de peligro una defensa en la que la ciudadela (*acrópolis*) es el último reducto. En la ciudad se establecen los contactos de todo orden, políticos, económicos e intelectuales; en ella residen las autoridades de la vida colectiva; en ella se encuentran el mercado, las escuelas, los gimnasios, el teatro y los principales templos.

Teóricamente la ciudad es indispensable, pero existen pueblos griegos que no la tienen. En ciertas regiones montañosas y atrasadas de Grecia central u occidental los hombres viven dispersos en viviendas aisladas o en pequeñas aldeas y no tienen más que santuarios campestres alrededor de los cuales se reúnen en ocasión de fiestas que son también ferias. Por este motivo se las considera atrasadas y lo son indiscutiblemente: hacia fines del período clásico apenas algunas empiezan a tener un papel político y militar, sin poder pretender todavía, por pequeña que fuese, una influencia económica o moral.

Pero, incluso en las ciudades más evolucionadas, normalmente y aparte de raras excepciones que se justifican todas por una necesidad de defensa contra la sublevación eventual de poblaciones sometidas, Esparta, por ejemplo, o ciertas ciudades de ultramar, esta aglomeración urbana no es la residencia de todos los ciudadanos: una gran parte de éstos se esparce por el territorio circundante. Lo importante es que, de derecho, la ciudad trata por igual a los ciudadanos que habitan la ciudad y a los que habitan el campo. No sólo deja a las aldeas administrarse de manera autónoma, interviniendo nada más que en los casos de grave dificultad, sino que también hace que cuiden de los cultos locales, excepto si su importancia justifica su elevación a la categoría de cultos del Estado. En este plan de igualdad, los habitantes del campo participan, con el mismo título que los de la ciudad, en el gobierno estatal, disfrutando de derechos políticos y civiles exactamente iguales los unos que los otros. En la práctica se podían hacer sentir algunas diferencias desventajosas para los rurales que no tienen otra causa que su dispersión y alejamiento del centro común, pero no afectaron nunca a la igualdad teórica.

La soberanía exterior de la ciudad.

Por propia definición, la ciudad posee una plena soberanía en tanto que Estado. No reconoce, fuera de ella, ningún principio superior que limite su libertad de acción.

Se declara y proclama griega, no sin orgullo. Pero su pertenencia a un grupo étnico más amplio no le impone más que algunas obligaciones morales, poco eficaces cuando se debaten sus intereses. Únicamente los cultos panhelénicos, poco numerosos, los de Olimpia y Delos en primer lugar, llegan a imponer el respeto hacia ciertas reglas. Su prestigio no siempre es suficiente, y graves incidentes provocan conflictos armados, en los que el derecho religioso nunca llegó a organizar el arbitraje.

El fracaso de Delfos, por ejemplo, es particularmente significativo. Olimpia dependía sólo de una pequeña ciudad peloponésica, Elis, a la que su intrínseca debilidad inclinaba a una política prudente. Al contrario, el santuario délfico era administrado por una asociación de pueblos "que habitaban en las cercanías", lo que se llamaba una anfictionía, de las que en el mundo griego existían varias. La de Delfos era la más célebre y la más prestigiosa, en razón de la reputación de los oráculos

de la Pitonisa, y la más poderosa, gracias a la fuerza militar de que en principio podía disponer el consejo anfictiónico. El juramento hecho por los anfictiones, según una antigua fórmula, al mismo tiempo que les obligaba a defender en común, con todas las fuerzas reunidas, los intereses del dios, prohibía asimismo "destruir ninguna ciudad anfictiónica e interceptar las aguas corrientes, tanto en tiempo de guerra como en tiempo de paz", previendo la guerra preventiva contra el que violara estas prescripciones. Además, el mismo hecho de la reunión, dos veces por año, de los delegados de los pueblos adheridos, invitaba a deliberar sobre los intereses comunes. Formaban en conjunto una estructura cuyo desarrollo hubiera podido llevar muy lejos: hay que pensar en la limitación del derecho de guerra, en el arbitraje supremo de un organismo colectivo e incluso en la unificación progresiva. Pero nada de esto se llevó a cabo. Hubo cuatro "guerras sagradas", una en el siglo V y dos en el IV, que fueron guerras como todas las otras, puesto que cada vez el pretexto religioso disimulaba mal el choque de los intereses políticos. Fueron destruidas ciudades anfictiónicas y se cortó el agua a ciudades sitiadas, sin que nadie protestara. En cuanto al consejo anfictiónico nunca se llegó a ampliar de manera suficiente su organización ni a adaptarlo a la realidad política del mundo griego. De hecho no fue nunca más que un dócil instrumento en manos de la potencia preponderante en Grecia central, los tesalios antes de las Guerras Médicas, Esparta y Tebas más tarde y, por último, el rey macedonio. De esta forma, los gérmenes llenos de esperanzas que existían en Delfos abortaron miserablemente.

Pequeña célula en la que el egoísmo es la ley y la total independencia el ideal, la ciudad no se compromete en tratados internacionales, en la medida en que no estaba obligada por una fuerza superior, más que en lo que cree conforme a sus intereses. Cuando estima que estos intereses se han modificado, los pactos dejan de tener valor, por irrevocables que hayan sido sus términos y solemnes los juramentos que los hubiesen acompañado. Durante mucho tiempo los tratados de paz no fueron más que treguas de duración limitada: en 446, Atenas y Esparta concluyen la paz por treinta años, y, en 421, por cincuenta años, lo que no les impidió recomenzar oficialmente las hostilidades en 431 y 413. En el siglo IV la duración prevista se alarga y se ve aparecer la fórmula "para siempre", tomada de los tratados de alianza y destinada a hacerse corriente: nadie se llamaba a engaño y todos conocían la precariedad de estos compromisos. Era una característica propia de la diplomacia griega, inevitable corolario de la concepción misma de la *polis*.

No obstante, ciertas ciudades eran miembros de confederaciones regionales que, dotadas de órganos políticos permanentes, tienen el carácter de superestados más que de simples sistemas de

alianzas. Dejaremos aparte a las federaciones, aún rudimentarias en esta época, que agrupan a pueblos, como los focenses y los etolios, en los cuales la polis no tiene vitalidad y hasta es desconocida. Pero la confederación beocia, que tiene su gran momento en el siglo V era seguramente otra cosa: se componía de ciudades que no se limitaban a administrar colectivamente sus intereses diplomáticos y militares. Las ciudades beocias poseían instituciones similares y cada una concedía determinados derechos a los ciudadanos de las demás. Realizan entre ellas una unidad que por su propio desarrollo natural hubiese podido llevar a la unificación total: de la liga defensiva a la confederación, de ésta al estado federal y en último término al estado unitario; el progresivo estrechamiento de los lazos orgánicos parece apoyado por la lógica. No hay que silenciar que un caso tan claro como éste es único: en la otra gran unidad geográfica existente en Grecia, en la llanura de Tesalia, los síntomas de una evolución posible hacia la unidad nunca se manifestaron más que de una manera efímera antes de la sumisión del país a Filipo de Macedonia. Pero, por ser único, el caso de Beocia no deja de existir.

En realidad, en vez de establecer un matiz, no hace más que confirmar todo lo que vemos en otras partes. Ciertamente la experiencia beocia fue interrumpida por la fuerza extranjera: la victoria macedónica llevó, si no a la disolución jurídica de la federación, al menos al relajamiento de sus lazos internos, al debilitamiento y aún a la destrucción temporal de la principal de sus ciudades, Tebas, la que la había organizado y que, en la práctica, la dirigía. Pero precisamente el que bastara a Filipo y Alejandro castigar a Tebas para detener una evolución que parecía ya muy adelantada, muestra a las claras que esta evolución era ficticia. Las demás ciudades beocias se habían sometido con desgana al impulso iniciado por Tebas: la federación beocia, si hubiese podido durar, no hubiera sido más que un estado tebano.

En realidad habrá que esperar al período siguiente para que ciertas ciudades, no todas, acaben por consentir, muchas veces a la fuerza, en sacrificar algo de su soberanía teórica, tan suspicazmente defendida hasta entonces, para crear verdaderos estados federales. Este ideal, que la fuerza romana impedirá concretarse de forma duradera, es extraño a la Grecia clásica: surgió del fracaso de la polis y dictado por la necesidad, puesto que se esfuerza como puede en equilibrar a los grandes reinos helenísticos, poniendo fin a las rencillas particularistas.

Ciudad e individuo.

La ciudad es también soberana, en el interior de su territorio, tanto sobre las cosas como sobre los seres. En teoría lo fue siempre desde los orígenes y en todas partes. De hecho, gracias al progreso de la democracia, fue extendiendo sin cesar el campo de acción práctico de su soberanía, pues democracia no significa relajamiento de la autoridad del Estado. Pensar lo contrario, evocando el ejemplo de Esparta, sería un error. En los siglos V y IV,

Esparta tiene por aliadas las ciudades oligárquicas y los oligarcas, en general, admiran sus instituciones; simple oportunismo, o si se quiere, mal menor. Considerando los principios de su organización, Esparta, socialmente y hasta políticamente, es la más perfecta de las democracias griegas: el mismo nombre de *homoioi*, "iguales", con que se califica a sus ciudadanos, lo prueba. La auténtica oligarquía se edificaba sobre otras bases; no hacía depender directamente al ciudadano del Estado, sino que interponía entre ellos cuerpos intermediarios, cuadros sociales jerarquizados, en el interior de los cuales el individuo no era más que un elemento de grupos basados en el nacimiento, sostenidos por la observancia de cultos de filiación real o legendaria y mantenedores vigilantes de las tradiciones ancestrales. Cuando el Estado pretende actuar se encuentra con estos cuerpos intermediarios que con frecuencia son lo bastante fuertes para sojuzgarlo. También la evolución democrática debe hacerse a sus costas. Es cierto que libera al ciudadano, rompiendo las ataduras que lo retienen, pero por su lado la ciudad gana en ello, haciéndose más poderosa y libre para ejercer una soberanía directa e inmediata sobre los individuos aislados. Entonces, pero sólo entonces, acentuando una simpatía nacida anteriormente de la hostilidad que había mostrado a las tiranías, los oligarcas se vuelven hacia Esparta, que nunca conoció estos cuerpos intermediarios y donde el Estado, no habiendo tenido que llevar la lucha contra ellos, puso su poder al servicio del mantenimiento de las tradiciones morales que en otras partes hubiera sido necesario combatir. Pero el apoyo de Esparta se reveló al final como incapaz de parar la evolución general.

La ciudad exige en nombre de los *nomoi*, a la vez "leyes" y "costumbres", escritas u orales, poco importa, principios superiores a las voluntades individuales o a los casos concretos. Las decisiones concernientes a estos últimos no tienen derecho más que a la calificación de "decretos" (*psèphismata*) y se toman precauciones para que no sean contrarios a las leyes. "Viajero, ve a decir a Esparta que hemos muerto por obedecer a sus *nomoi*", proclama en las Termópilas el monumento a Leónidas y a sus compañeros. Y Platón pone en boca de Sócrates, injustamente condenado a muerte, la autoridad de los *nomoi* dispuestos a recordarle, si buscaba la salvación en la fuga, que debía someterse ciegamente a sus propios errores con el fin de evitar el hacerlos morir, del mismo modo que rehusaría matar a su padre y a su madre. La soberanía interior de la *polis* está hecha del prestigio de los *nomoi* y del respeto que inspiran, sin el cual no hay vida colectiva posible.

Es verdad que las "leyes", si bien autorizan las exigencias de la ciudad, las limitan al propio tiempo, pues le obligan a observar ciertas normas, o al menos ciertos procedimientos. El ostracismo, por ejemplo, que con otros nombres y con modalidades diferentes, se encuentra en otras ciudades

además de Atenas, permitía condenar a un ciudadano a un exilio de diez años sin invocar el menor motivo, sin proceso ni discusión, sin acusación ni defensa. Pocas instituciones hacen más ostensible el poder exorbitante de la ciudad sobre sus ciudadanos, puesto que con ella puede castigar, por simple capricho o por aprehensión, a un hombre al que no se atrevía a declarar culpable. El ostracismo no podía ser pronunciado, sin embargo, más que con un procedimiento especial, cuya aplicación reportaba a las eventuales víctimas un mínimo de garantías. Del mismo modo, nuestra mentalidad moderna a veces va más allá que las concepciones griegas: la ciudad, por ejemplo, aunque decrete con frecuencia la confiscación de los bienes de un condenado, ignora la expropiación por causa de utilidad pública. En ocasiones, pues, los *nomoi* actuaban contra la misma ciudad.

Pero teóricamente nada impedía una extensión o una modificación de las leyes, a las que para conferirles mayor autoridad se les daba un carácter religioso o venerable. En la práctica era bien sabido que se trataba de obras humanas, puesto que se nombran sus autores, personajes considerados como históricos, incluso cuando el recuerdo de su vida está lleno de leyendas. También se conoce su carácter de obra humana en que su revisión es factible observando un procedimiento fijado de antemano. En principio, pues, no existe ningún límite a la acción de las leyes que puede extenderse a todos los aspectos, momentos y actos de la vida humana. En Esparta, por ejemplo, se llega al límite haciendo que el ciudadano sirva al Estado de los siete a los sesenta años. En otros lugares es más discreta y los atenienses se enorgullecen de ello. Pero hasta los *nomoi* de Atenas-su última gran revisión, realizada por Clístenes, es de fines del siglo VI, aunque se revisan y añaden otros nuevos con posterioridad - se refieren a mil aspectos tanto de la vida privada como de la colectiva. Fijan los deberes religiosos, fiscales y militares para con la comunidad y las condiciones de matrimonio legítimo, los contratos comerciales y la educación de los niños. Si no llegaron hasta la expropiación de los bienes raíces, fue por manifiesto conservadurismo social, con el fin de evitar el uso revolucionario que de ella se hubiese podido hacer. Su intervención se hubiera podido extender a todos los terrenos que respetó sin chocar con ningún principio fundamental.

¿Por qué no intervinieron en ellos? ¿Ausencia de necesidad urgente, fuerza de la tradición rutinaria, reserva prudente, repugnancia ideológica? Un poco de cada cosa. Evidentemente los doctrinarios antiguos pusieron el acento en una idea que encuentra su más alta y bella expresión en la oración fúnebre que dedica Tucídides a Pericles en 431: los poderes de la ciudad no tenían otra razón de ser que la protección del ciudadano contra la opresión interna o externa; la ciudad imponía

al ciudadano los servicios necesarios a la defensa de su independencia exterior, a cambio de lo cual se esforzaba en permitir y favorecer el pleno desarrollo de su personalidad individual; su fin era el asegurarle a la vez la libertad y la justicia. Tal era, en suma, el ideal del helenismo clásico. ¿Cuántos, sin embargo, incluso de manera oscura, lo percibían? ¿Cuántos estaban dispuestos a sacrificarle todas sus acciones?

Mucho fue que durante un período muy corto y en ciertas ciudades privilegiadas, las circunstancias permitiesen entrever y empezar a realizar esta cooperación milagrosa de la colectividad y del individuo aprovechable a ambos...Por teórico que fuese, este ideal representa una de las más preciosas herencias del helenismo clásico, una de las que, a través de los siglos, manifiestan su más persistente vitalidad.

II. RASGOS GENERALES DE LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA

Ciudad y poder personal.

La organización política de las ciudades es muy variable: su soberanía, sumada a la flexibilidad del espíritu griego y poder personal así como a la diversidad de condiciones históricas, no podía tener otro resultado. No obstante, existían algunos principios comunes a todas, dictados por la experiencia o salidos de las tradiciones del período arcaico.

En principio, la ciudad griega era una república, aunque seguramente la monarquía había existido en todas partes en tiempos remotos. Se la encuentra de nombre en la Grecia estricta bajo la forma de una magistratura, cuyas atribuciones y duración son muy limitadas y cuyo titular es escogido sin tener en cuenta sus orígenes familiares. Atenas ofrece el ejemplo más claro: el rey (*basileus*), simple miembro del colegio anual de diez arcontes, no tiene más que un papel religioso y judicial de poca importancia; como los otros arcontes, era designado por sorteo, según un procedimiento muchas veces modificado a lo largo del siglo V, con el fin de conjurar de manera más eficaz las posibilidades de fraude o de coacción. Una vez más, con sus originalidades, Esparta es una excepción, pues conserva dos reyes viajeros, que se transmitían la herencia dentro de dos familias, los Agíadas y los Euripóntidas, y uno de los cuales tenía necesariamente que ejercer el mando del ejército. Pero también en Esparta la monarquía se debilita. Las normas de la sucesión hereditaria son lo bastante complicadas para que en ocasiones la ciudad sea llamada a escoger entre varios candidatos. Asimismo está establecido el principio de la responsabilidad de los reyes, incluso como jefes del ejército; durante las campañas está organizada una supervisión de sus actos, y temibles precedentes les incitan a someterse prudentemente a las instrucciones de las autoridades ordinarias. Aún en Esparta se está muy lejos, como puede verse, de la monarquía de otros tiempos.

Ésta sólo se mantiene en regiones excéntricas del mundo griego, en contacto con el Oriente monárquico, como Chipre, o en el norte de la península griega, en contacto con las tribus balcánicas bárbaras, como en Epiro, en Macedonia o en Tracia. En Chipre intervienen las influencias orientales y la necesidad de contener la áspera competencia de los semitas fenicios instalados también en la isla. En el Norte intervienen, junto con el alejamiento de la corriente general de la evolución griega, el deseo de protección contra los pillajes de los turbulentos vecinos septentrionales. La monarquía en el mundo griego del siglo V y de la primera mitad del IV, era sólo el régimen de las marcas, de las regiones fronterizas del helenismo. Además hay que hacer notar que, al menos en el norte de la península, estos reyes no reciben ni toman, en sus relaciones con los griegos, el título de *basileus*, que les corresponde y que en los poemas homéricos estaba rodeado de tanto prestigio. Hasta Alejandro, esta palabra no volverá a reaparecer en el vocabulario corriente. Es evidente que por acuerdo unánime la noción de realeza era considerada como extraña al helenismo y como una señal de barbarie.

Más aún que la realeza, la ciudad griega clásica desconocía totalmente la institución de la monarquía. Si nos remontamos al período precedente veremos que ha conocido a veces la tiranía con una generalidad suficiente para pensar que esta forma de gobierno era una etapa casi normal de la evolución política. Pero esta época fue pronto superada. En todos los lugares donde por la situación interna se había impuesto la tiranía, su desaparición era total a fines del siglo VI. En otras partes, por ejemplo en Sicilia y en Italia del Sur, se mantiene aún durante algunas décadas, por las mismas razones que la habían hecho nacer, es decir, a causa del peligro exterior; pero la desaparición de éste provoca su caída. Una vez derrotados los cartagineses en Himera (480) y los etruscos en Cumas (474), el régimen de Deinoménidas está condenado en Siracusa: su fin llega en 466 y, después de un período turbulento, la gran ciudad siciliana conoce de nuevo la soberanía de los *nomoi*. Desde este momento hasta los últimos años del siglo V, la tiranía parece pertenecer al pasado de la civilización griega. Reaparecerá en Siracusa, primero con Dionisio el Viejo, que tomó el poder en 405, explotando la gravedad de la amenaza cartaginesa que había surgido de nuevo. Durante el siglo IV la tiranía va ganando terreno, gracias en especial al peligro militar y accesoriamente a las dificultades internas. Precisamente su reaparición y su extensión son uno de los síntomas de la crisis que sufre entonces la ciudad griega: la concepción clásica de ésta era incompatible con la tiranía.

La *polis* clásica, en efecto, teme al individuo superior, cuyos servicios, cuando existen, se corre el riesgo de pagar finalmente demasiado caros. Le inquieta toda preeminencia individual, pues no

posee un sistema para fijarle unos límites. Ante ese peligro ninguna precaución parece bastante grande ni ninguna sospecha injuriosa. No se inscribe el nombre del general en los exvotos y otros monumentos conmemorativos de las victorias, sino sólo el de la ciudad. "Nadie - afirmará Demóstenes - habría designado con el nombre de Temístocles la victoria naval de Salamina; se la llamaba la de los atenienses. Ni con el nombre de Milcíades la de Maratón, sino la de la ciudad." Ningún hombre público, en ningún caso está seguro del mañana ni escapa a la inspección cuidadosa de sus actividades. Tan respetuoso con la soberanía popular como fue Pericles, tan correctamente como actuó con la Asamblea y sus adversarios no dudaban en hablar de su tiranía, llegando un día en que el pueblo, después de haberle depuesto, le condenó. En lugar de debilitarla, la evolución ulterior no hizo más que acentuar esta tendencia. Sin duda los progresos de la técnica militar, la frecuencia y las dificultades crecientes causadas por las guerras aumentaron la popularidad de los generales vencedores. La guerra del Peloponeso, acabada por la victoria que confirió a Lisandro una reputación y un prestigio sin precedentes, señala en este aspecto un momento decisivo en las costumbres: honores individuales hasta entonces inconcebibles son ya corrientemente concedidos a los generales. Pero cuanto más el entusiasmo popular se desencadena sin freno, más aplastante y más furiosa también se abate sobre el ídolo de la víspera la desgracia provocada por un fracaso o simplemente por una decepción. Los dos héroes de la grandeza tebana, Epaminondas y Pelópidas, la sufrieron como otros. En Atenas la vida de cualquiera que actuase en política no era más que una serie de procesos en los que intervenía como acusador o como defensor: entre los hombres de estado más famosos, fueron raros los que no conocieron la multa o el exilio e incluso la condena capital.

Esto se ha interpretado, en general, como envidia de la masa con respecto al que se distingue. La explicación contiene una parte de verdad: en todos los lugares y en todas las épocas, las masas son versátiles, prontas a abatir a los que ellas mismas parecen haber llevado sobre el pavés nada más que para señalarlos con su desconfianza. Hay que hacer notar, de todas maneras, que este comportamiento no era entonces un monopolio de las ciudades democráticas; se observa también en las ciudades oligárquicas, donde las clases dirigentes recelan fácilmente de aquel de sus miembros que se destaca demasiado. Se ha hablado con frecuencia de la *invidia* democrática, del odio natural de las masas hacia el que sobresale de lo común; esta *invidia* se puede decir que es un sentimiento griego y que se integra en la psicología de la *polis*. En realidad su verdadero origen se debe buscar en la experiencia de las tiranías: servía para poner en guardia contra las popularidades excesivas cuyo beneficiario podía llevar al poder personal y sustituir con su voluntad el reino de los *nomoi*. Esparta

había podido juzgar cuánto le había perjudicado el orgullo autoritario del vencedor de Platea, el regente Pausanias, y Atenas vivía en el temor constante de un nuevo Pisístrato.

La reaparición del poder monárquico y su reintegración en el helenismo auténtico coinciden con el fin de la civilización clásica y ofrecen uno de los más claros criterios de su decadencia y de su abandono.

La asamblea. Estos principios generales en los que coinciden oligarquías y democracias, llevan necesariamente consigo ciertos parecidos en la organización de los poderes públicos. No existe una verdadera ciudad sin tres órganos políticos: asamblea, consejo y magistraturas. Su importancia práctica relativa puede variar, menos a consecuencia de una distribución diferente de las competencias que por razón del espíritu y de las costumbres que dirigen su funcionamiento. En todo caso existen en todas partes. Esta comunidad tenía antecedentes muy remotos: ya en el Estado homérico, el rey (por sí mismo equivalente a los magistrados) no tomaba normalmente ninguna decisión sin recoger el parecer de sus consejeros y, para los asuntos más graves, el de la asamblea. La ulterior evolución hizo aún más sólidas estas viejas instituciones, pues el mejor medio de evitar los excesos de poder personal era el colocar el gobierno bajo la dependencia de órganos colectivos. Las condiciones generales de sus relaciones recíprocas se impusieron por todas partes.

En la base existía la asamblea de ciudadanos que, teóricamente, era soberana. Un detalle ínfimo, pero significativo, deberá llamar la atención de los romanos que tenían otras costumbres: los miembros de una asamblea griega tenían sus sesiones sentados sobre bancos de madera o en una gradería construida en una pendiente del terreno. Cicerón afirmará que frente a la mesa presidencial, la asamblea afirmaba así, simbólicamente, su autoridad superior. Sólo en Esparta se puede imaginar la posibilidad jurídica concedida al consejo y a los reyes de levantar la sesión si la asamblea "decidía en contra". Pero, en esta época, no se hizo nunca uso de ella: en Esparta, como en las ciudades oligárquicas, más que hacer frente a la dificultad se prefería orillarla. En efecto, según el tipo de régimen la Asamblea era más o menos amplia, se reunía con mayor o menor frecuencia y sufría o no las influencias que hacían de su soberanía de derecho otra más o menos efectiva. Quedaba, lo que es mucho, el principio, que no estaba contradicho más que en Esparta por una legislación arcaica. Las diferencias más sensibles se refieren al acceso a la asamblea, al que se ponían condiciones restrictivas variables en las ciudades oligárquicas. Estas ciudades retrasan de manera expresa la edad legal, que las otras fijan por término medio a los veinte años; recurren a discriminaciones censitarias y algunas, incluso, excluyen a los ciudadanos que ejercen, o que hayan ejercido, ciertas profesiones como el ar-

tesanado o el comercio detallista. Se deduce que la psicología de la misma asamblea y el comportamiento de sus miembros varían considerablemente según las ciudades. En principio y en todas partes todos los asistentes poseían en el interior de la asamblea derechos iguales y, en especial, el derecho de hablar. Pero, en las ciudades oligárquicas, el respeto de las jerarquías sociales hizo de este principio una cosa vana, lo que hace legítimo el orgullo con que los atenienses afirman que su democracia está fundada en la *isegoria*, la "igualdad del derecho de palabra", que entre ellos es una realidad.

No obstante, por graves que sean estas diferencias, la existencia generalizada de la asamblea expresa algo más que una analogía superficial. Implica, en efecto, que el derecho a participar en la vida política de la ciudad es un derecho personal que no se delega: la Grecia clásica ignoraba el sistema representativo y no concebía más que el ejercicio directo de la soberanía. A pesar de la poca extensión normal del territorio de la ciudad, el procedimiento era siempre incómodo, llegando a veces a una pura ficción: por ejemplo, para los ciudadanos, los clerucos, que Atenas instala como colonos en Calcidia o en el Helesponto (actuales Dardanelos) a los que mantenía el derecho de tener un puesto en la asamblea. ¿Rutina? Quizá, pero sumándose a ella y justificándola, más el temor y la repugnancia a levantar, entre el ciudadano y el Estado un intermediario inútil para quien la presencia personal no es obstáculo, un intermediario peligroso para la independencia y la soberanía del ciudadano.

Es verdad que en esto la Grecia clásica se parece a muchas sociedades antiguas y en especial a Roma, donde la ausencia de sistema representativo ofrecerá resultados más paradójicos aún. Pero el procedimiento de voto, por diferente que fuese según las ciudades y hasta en una misma ciudad, señala una particularidad característica de los griegos. Las asambleas romanas votaban por grupos en los que el número de ciudadanos era desigual, correspondiendo a cada grupo un solo voto: la igualdad era, pues, una cosa del grupo, no de los ciudadanos individuales. En las asambleas griegas, por el contrario, el voto se hacía siempre por cabezas, basándose en la constante preocupación por la igualdad entre los ciudadanos aislados, en la misma voluntad de salvaguardar su autonomía individual, en el mismo temor a interponer, entre el ciudadano y el Estado, un engranaje capaz de frenar el contacto directo que deben tener recíprocamente el uno sobre el otro.

El consejo. El segundo órgano político común a todas las ciudades griegas, el consejo, puede aparecer aún como más fundamental que la asamblea. Pues esta última, en ciertas oligarquías, no era prácticamente más que un órgano de pura fórmula. Al contrario, el consejo, se reúne en todas partes con frecuencia y si su papel es considerable en las ciudades democráticas, desempeña en las oligarquías una función capital tanto de derecho como de hecho.

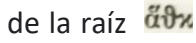
Su misión es vigilar de cerca la actividad de los magistrados, cuidar de la administración corriente y de la ejecución de las decisiones de la asamblea, preparar las reuniones de ésta y, en consecuencia, guiar la política de la ciudad. En los regímenes oligárquicos se le confían, además, amplias atribuciones judiciales, en lo civil y en lo criminal, y la salvaguardia de la moralidad pública y privada. El consejo gusta a las oligarquías que no aminoran su competencia sino que incluso la extienden, precisamente por su carácter de cuerpo deliberante restringido: se encuentra menos sujeto a arrebatos irreflexivos y su reclutamiento puede efectuarse dentro de unos límites sociales más estrictos. En ocasiones sus miembros eran designados de manera vitalicia y para formar parte del consejo se debía reunir unas ciertas condiciones, referentes a la edad, a la riqueza y al nacimiento. De esta forma las influencias sociales y la fuerza de las tradiciones actuaban más fácilmente.

Aunque las democracias rompen estas barreras y se esfuerzan por diversos medios en obtener un consejo que fuese una imagen reducida de la asamblea de ciudadanos, es curioso que sienten la necesidad de corregir, por la existencia y las atribuciones de este cuerpo restringido, los principales riesgos prácticos de la soberanía del demos expresándose por una asamblea efímera e improvisadora. Quedando en funciones un año, el consejo asegura la continuidad de un programa, al mismo tiempo que examina con anticipación las cuestiones a discutir y a solucionar. La realidad impone, como puede verse, indispensables concesiones a la lógica abstracta.

Las magistraturas. Por último, toda ciudad griega tiene sus magistrados. Su número, su nombre, la forma y las condiciones de su designación variaban infinitamente, así como la repartición, entre ellos, de sus atribuciones. Algunas de sus características son comunes a todos los lugares: todos concuerdan para hacer pensar-lo que no es una impresión engañadora- que la magistratura, como tal, era sistemáticamente tenida como sospechosa, y contra ella se acumulaban las precauciones.

En general, los magistrados son sólo anuales y salvo los jefes militares- excepción bien atestiguada en Atenas-no reelegibles, al menos inmediatamente. Incluso para una misma misión su número era múltiple, con una organización colegiada que reparte la autoridad entre muchos titulares. Estos principios prudentes también existieron en Roma, aunque los griegos se mostraron más desconfiados. Los magistrados no podían tomar por su iniciativa más que decisiones de importancia mínima; únicamente las necesidades militares obligan a aumentar la libertad de acción cuando dirigen el ejército; pero para la diplomacia o los asuntos interiores, su papel práctico es el de meros ejecutantes. En todas las ciudades estaban sometidos a una vigilancia, al menos por parte del consejo, cuando no de toda la asamblea. Son siempre responsables de sus actos, a veces dentro del mismo

año del desempeño de su cargo y siempre una vez transcurrido éste, no faltando ejemplos, aún en las ciudades oligárquicas, de las severas penas que se les infligían.

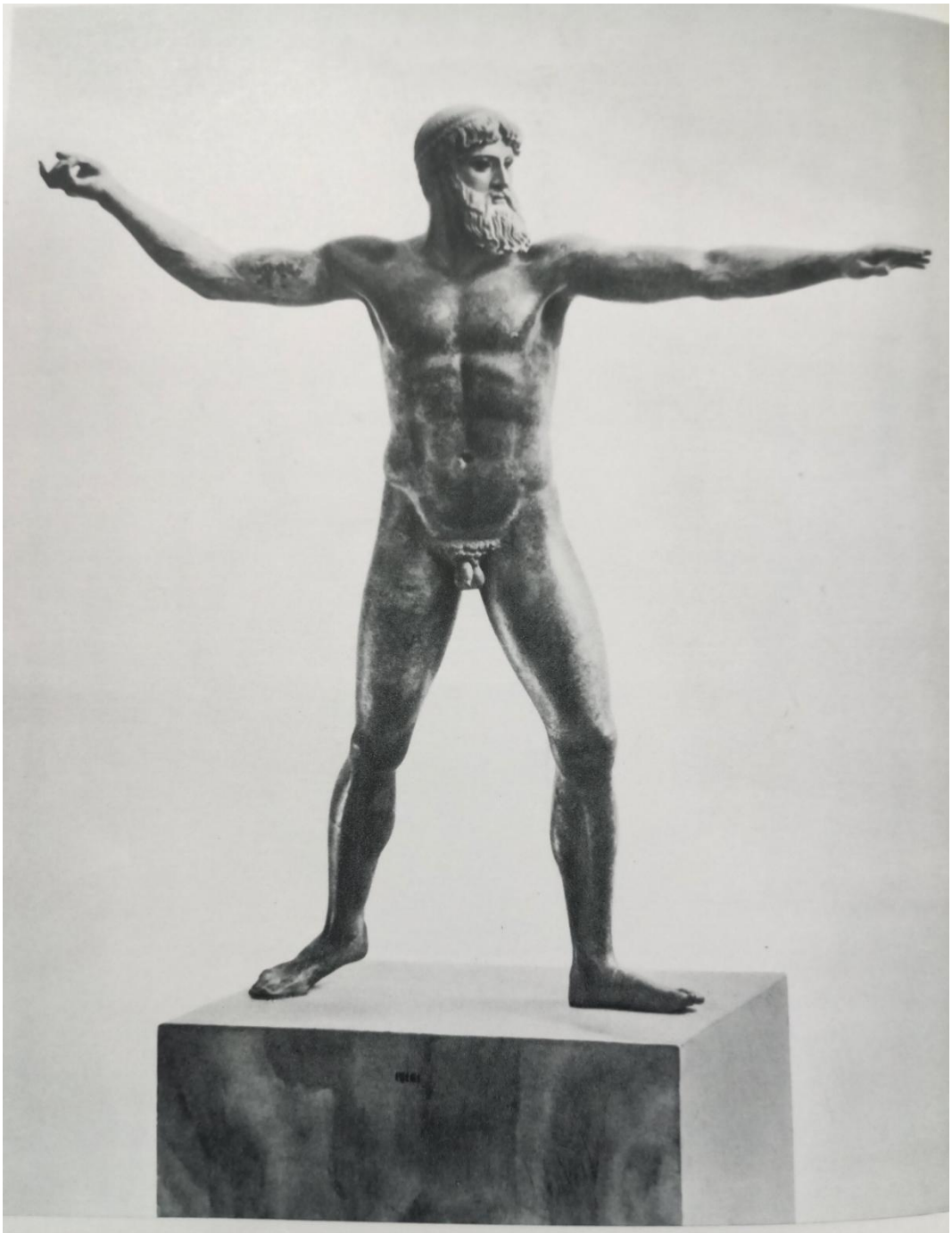
En todo ello hay que ver, más que detalles fortuitos de las instituciones, los claros síntomas de una concepción lógica propia de las ciudades griegas. La plena noción de "magistrado", implicando un poder independiente e inmanente, es romana, no griega, así como el nombre que tenemos que utilizar a falta de otro mejor. Como toda agrupación humana que desee actuar, las ciudades no podían prescindir de los "primeros" - éste es el sentido de la raíz  con la que se forman muchas palabras relativas a las magistraturas -; la guerra y el poder ejecutivo tenían sus exigencias. Pero la ciudad no aceptaba de ninguna manera que estos "primeros" fuesen o se convirtiesen en tiranos y procuraba precaverse contra este riesgo.

Oligarquías: ciudadanos activos y ciudadanos pasivos

Limitándonos a sus grandes líneas, las analogías entre oligarquías y democracias no van más lejos. La mayor parte, ya lo hemos visto en los párrafos que preceden, se explican por la comunidad de un ideal de independencia y de libertad que es, según parece, la principal preocupación de los griegos del período clásico. Independencia y libertad de la ciudad y del ciudadano y, para asegurar a éste y a aquélla la posesión de estos bienes supremos, se procura la unión y apoyo recíproco de la colectividad y del individuo. Para preservar su independencia, la ciudad tiene necesidad de la abnegación total de sus ciudadanos, tanto más eficaz por haberla ofrecido libremente; en compensación, la ciudad se ingenia en favorecer y en salvaguardar su independencia individual.

Las analogías dejan paso a los contrastes y un abismo se abre entre oligarquías y democracias cuando se trata de definir el auténtico ciudadano, aquel cuya moderación, experiencia e intereses parecen suficientes para que no se juzgue imprudente el concederle en su plenitud los derechos políticos. En realidad, es en este punto por donde pasa la línea divisoria entre los dos sistemas.

La democracia rechaza la distinción entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos, basándose en la *isonomía*, la igualdad ante el *nomos*. Naturalmente, Atenas da el ejemplo con un rigor lógico que sufre solamente un mínimo de concesiones a las necesidades de orden especialmente práctico. Era suficiente ser ciudadano para tener acceso y derecho de palabra en la asamblea, para poder formar parte del consejo y ejercer la inmensa mayoría de las magistraturas. Para algunas, las más importantes, subsisten en principio las condiciones de censo; pero desde la mitad del siglo V, caen en desuso para la designación de arcontes. Únicamente los tesoreros debían pertenecer a la clase más



40.—El dios Zeus de Histiaia.

rica, con el fin de ofrecer garantías para el caso de una mala gestión. En cuanto a los estrategas, jefes del ejército y de la flota, que manejaban los asuntos militares y diplomáticos, les era suficiente ser propietarios de bienes raíces en el Ática al propio tiempo que tener un hijo legítimo. Esta última condición prueba que se trata menos de una hipoteca con vistas a un eventual proceso que de asegurar candidatos interesados en la salvaguardia del territorio nacional por la preocupación de una familia y de bienes inmuebles, unos y otros especialmente expuestos en caso de catástrofe militar. Se quieren jefes dispuestos a todo y se evita caer en manos de aventureros sin familia y sin hogar. Tales son algunas importantes excepciones consentidas a la igualdad teórica de todos los ciudadanos. Añadamos que la elección por sorteo es obligada para la designación de los consejeros, de los jueces y de todos los magistrados, excepto los que, por ejemplo los estrategas, tenían una misión que llevaba aparejada la necesidad de unos conocimientos técnicos. Para comprender la aparición de este procedimiento hay que pensar en su justificación religiosa. Para comprender su generalización hay que tener en cuenta el temor a las influencias de dinero o de nacimiento, a la intriga normal y al fraude, que destruirían la igualdad, piedra de toque de la democracia, la conquista más preciosa del *demos*.

Al contrario, las oligarquías distinguen entre los ciudadanos, haciendo intervenir la edad, la propiedad rústica, la riqueza global y el nacimiento, según sistemas extremadamente variados, actuando uno u otro de estos factores o varios a la vez. No existió una oligarquía-tipo, sino oligarquías más o menos cerradas, entre las que algunas pudieron pasar, a los ojos de clasificadores antiguos -el principal de los cuales fue Aristóteles-, por democracias moderadas. No obstante, todas tendían a restringir, en relación con la suma total de ciudadanos, el número de ellos que pueden participar, de hecho, en el gobierno de la ciudad. En el fondo todas sienten la nostalgia de los regímenes arcaicos, en los que los nobles, siendo a la vez los más ricos y los "mejores", ejercían a su alrededor, en virtud de las tradiciones y de las costumbres, una influencia dominante. Las oligarquías se limitaban a hacer las concesiones indispensables a la evolución general. En todos los lugares donde la vida económica se transformó o amplió, debieron reconocer ciertos derechos a la riqueza, incluso mobiliaria. Sólo la pobreza, más o menos extrema, era una tara irremediable, que excluía no sólo de las funciones públicas sino también, con frecuencia, de la asamblea, cuyo papel eficaz era muy reducido. Así se fue formando la equivalencia práctica oligarcas-ricos que, a partir de fines del siglo V, transforma las luchas políticas en rivalidades sociales.

III. LA DEMOCRACIA GRIEGA

Los progresos de la democracia.

Sería un grave error imaginar, en razón de la preeminencia intelectual y artística de la Atenas de Pericles, que la democracia domina en el mundo griego a partir del siglo V. Todavía entonces los regímenes oligárquicos continuaban siendo numerosos y fuertes, predominando ampliamente en la Grecia continental. Pero, aunque la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso y la simpatía activa de Esparta después de su victoria, les valen algunos años de triunfo muy extendido, éste fue de corta duración. La restauración de la democracia en Atenas no se hizo esperar y las primeras dificultades de Esparta, que se enfrenta con la voluntad de independencia de los gobiernos oligárquicos, son suficientes para que las democracias vuelvan a resurgir en todas partes.

Sus progresos son constantes en el siglo IV, que es el siglo del hundimiento de Esparta, vencida en Leuctra en 371 y al propio tiempo el siglo en que la democracia penetra y se extiende por la Grecia continental. Más que de Atenas, la inspiración surge de Tebas que, liberada de la ocupación lacedemonia en 378, se da a sí misma y propaga por toda la Beocia las instituciones democráticas. Después de Leuctra sus ejércitos las introducen en el corazón del Peloponeso, en las regiones montañosas hasta entonces más atrasadas.

Aunque sería equivocado considerarla como sistemáticamente favorable a los oligarcas la intervención macedónica frenó sin duda esta evolución. En su lucha contra las ciudades griegas dirigidas en general por demócratas, es inevitable que Filipo busque la simpatía de los adversarios de éstos; no lo es menos que éstos, como otros tantos griegos, más partidistas que patriotas, acepten sus ofrecimientos y hagan suyos sus triunfos. Pero aún así, y a pesar de este accidente pasajero debido al oportunismo de un diplomático y general eminentemente realista, la solución del conflicto que opone las dos ideologías desde hace siglos, no es nada dudosa al acabar el período clásico. Alejandro establece regímenes democráticos en las ciudades griegas de Asia liberadas por él de la dominación persa y algunos de los rivales que se disputarán su herencia harán objeto de sus obsequiosidades a los demócratas de la propia Grecia. Entonces no quedará otra solución a los oligarcas que acomodarse a lo inevitable e imaginar sistemas más o menos ingeniosos para mantener, detrás de una fachada democrática, una realidad diferente.

¿Cómo explicar este empuje irresistible de la democracia? Las circunstancias de hecho jugaron su papel, y, entre ellas, hay que colocar en principal lugar la decadencia de Esparta. Por otra parte, una simple mirada sobre la evolución que hemos resumido, revela la importancia de la guerra del

Peloponeso. Esta contienda fue famosa por su amplitud y por su duración. En cierto modo prefigura el largo rosario de las guerras del siglo IV que, después de ella y a causa de ella, acaban de asolar, sin exceptuar ninguna, todas las regiones del mundo griego. Estas guerras fueron la causa de la ruptura del equilibrio anterior y de los nuevos trastornos internos de todos los Estados. Liberaron fuerzas latentes que, en tiempos de menos tensión, se ignoraban entre sí y que toman en lo sucesivo conciencia de los servicios rendidos a la ciudad. Dichas guerras arruinaron a la clase media rural cuyo número y solidez se apoyaba en las viejas tradiciones. Hicieron aparecer o agravaron el antagonismo entre ricos y pobres que hasta entonces no había sido más que uno de los aspectos del antagonismo de los dos sistemas opuestos y que a partir de este momento constituye su aspecto principal. Planteado el problema así con toda su agudeza, con sus términos simplificados y despojado de sus elementos morales tradicionales, la solución democrática tenía que triunfar, pues se acomodaba mejor que su rival a las tendencias profundas de la civilización griega clásica. La libertad y la expansión de la personalidad humana postulan la idea de igualdad; la concepción corriente de ciudad, como la de ciudadanos, recomiendan las instituciones políticas que conceden los mismos derechos a todos los miembros del cuerpo cívico. Para evitar eficazmente el triunfo democrático habría sido necesario modificar el mismo ideal de la *polis*, que es lo que, a pesar de la vivacidad de sus ataques, los filósofos del siglo V, en su mayor parte poco afectos a la democracia, no consiguieron al menos por lo que concierne a la gran mayoría de sus contemporáneos.

Los límites del ideal democrático griego.

Pero las democracias griegas no llevaron más allá su lógica y es posible acusarlas de inconsecuencia porque reservaron únicamente para sus ciudadanos unos derechos que se esperaría verles conceder de manera más generosa. Su doctrina parece tener acentos de universalismo. No obstante, su aplicación fue mezquina, pues ni tan sólo se extendió a los hombres que, instalados en el país a veces desde varias generaciones, llevaban en la práctica la vida cotidiana de los ciudadanos. Existe en ello una laguna tan grave en el humanismo del helenismo clásico, tan próximo a nosotros en ciertos aspectos, que no es suficiente el señalar su existencia.

Es exacto que Atenas, modelo de las democracias griegas, no soñó nunca en suprimir la esclavitud. Se limitó a introducir algunas innovaciones jurídicas que, juntándose a una dulcificación de las costumbres-incluso la palabra "filantropía" sería ahora excesiva-, hicieron que la suerte de sus esclavos fuese menos penosa que en otras partes.

También es exacto que con respecto a los extranjeros Atenas manifestó un exclusivismo jurídico cuyos progresos fueron paralelos a los de la democracia. A principios del siglo VI, Solón había

previsto la atribución de la cualidad de ciudadano a los expulsados de otras ciudades, así como a los extranjeros que con sus familias se instalasen en el Ática para vivir y trabajar. Más tarde, Clístenes, al proceder a la reagrupación de los ciudadanos, había aprovechado la ocasión para inscribir como tales a numerosos "metecos", es decir, extranjeros domiciliados. Pero, durante el curso del siglo V, este liberalismo desaparece. Atenas continúa siendo hospitalaria; los metecos son muy numerosos en su territorio y, por su actividad, son indispensables a la prosperidad económica. Mezclados con los ciudadanos, sirven como ellos, en igualdad de profesión y de fortuna, al menos en las ciudades, pues el campo no los atrae debido a que se les rehúsa el derecho a poseer la tierra. Sus hijos reciben la misma educación y en las mismas escuelas que los de los verdaderos ciudadanos. Están sometidos a las mismas obligaciones militares y fiscales que éstos, con la única sobrecarga de una pequeña tasa anual. Son juzgados ante los mismos tribunales y según las mismas leyes. En último término, están estrechamente ligados a la vida religiosa y moral de la ciudad. Pero no pueden intervenir en la vida política de ésta. El único medio de llegar a ello es obteniendo la ciudadanía, favor que Atenas concede entonces raramente. Por lo general esta concesión se hace sólo como recompensa de servicios excepcionales de toda clase; los casos conocidos de concesión colectiva son rarísimos.

Es más paradójico aún ver cómo Atenas adopta tardíamente, y por iniciativa del más prestigioso e intelectualmente el más notable de sus hombres de estado democráticos, una legislación de carácter netamente racista. Durante mucho tiempo -y no era cosa especial de Atenas- el hijo de un padre ciudadano y de una madre extranjera había sido ciudadano: éste había sido el caso de Clístenes, o el de Cimón, el hijo de Milcíades. Pero una ley de 451-450, propuesta por el propio Pericles, restringió la ciudadanía a los hijos nacidos de matrimonio legítimo entre dos cónyuges atenienses. Los otros no pueden serlo más que mediante una concesión individual, pues la ley los considera bastardos o extranjeros. Obtener esta atribución es un difícil asunto: fue necesario que Pericles hubiese perdido los hijos que había tenido de su esposa ateniense para que un decreto concediese la cualidad de ciudadano al hijo que había tenido de la milesia Aspasia.

Democracia e imperialismo.

El mismo Pericles fue el principal creador del imperio ateniense del siglo V, destruido en la guerra del Peloponeso, que los atenienses del siglo IV que lo recordaban con nostalgia quisieron reconstituir. Sería largo y en parte ocioso querer trazar aquí un esquema del imperialismo ateniense. Su dominación despiadada, teñida de hipocresía, usurpaciones constantes de las libertades elementales de los que, incluso bajo el nombre de "aliados", fueron siempre tratados como "súbditos", la cuantía de sus exigencias de todo

orden, etc., forman una serie de rasgos que no pueden ser ni son negados por nadie. Para apartarse de esta idea algunos se fijan en Demóstenes que, en algunos de sus discursos, encontró admirables acentos para esbozar un programa de libre federación de los Estados griegos asociándose con vistas a la defensa común de su independencia. Pero en otros discursos el mismo orador expresa la añoranza por la dominación antes ejercida, lo que hace juzgar como simples expedientes de última hora, dictados por la amenaza creciente de Filipo, los proyectos que proclamaban la igualdad de los participantes en el esfuerzo común. Más numerosos son los historiadores que invocan, a favor de Atenas, los magníficos modelos, intelectuales y artísticos, que dio a la civilización helénica: Atenas "escuela de Grecia", proclamaba ya Pericles, según lo que nos dice Tucídides. Aunque siempre queda que el maestro se hacía pagar muy caro por sus alumnos. Es evidente que si una ciudad griega, en razón de su fuerza, de su prestigio, de los mismos principios que aplicaba en su organización interna, estaba en situación de romper las barreras que fragmentaban en múltiples ciudades el mundo griego y elevar a éste a una unidad política superior, ésta era Atenas. Un hombre actual pensará que poseyendo los medios de poder intentarlo, tenía el deber de hacerlo. No obstante, hay que señalar que la ciudad del Ática falló al intentarlo. Desearíamos un gesto, una prueba, por pequeña que fuese, de generosidad y de franqueza de la ciudad ateniense; pero no se encuentra nada que se pueda tener en cuenta, nada que contrapese el mantenimiento de los metecos en su estatuto inferior, ni que intente corregir la ley de 451-450.

La democracia griega, hija de su tiempo.

Cuando se confronta la democracia griega con nuestras concepciones modernas, nos aparece como una oligarquía de hecho, simplemente menos cerrada que las oligarquías de derecho. Pero estas concepciones modernas no nos proporcionan una medida adecuada. Su inadaptación salta a la vista en lo que se refiere a la esclavitud que todas las sociedades antiguas admitieron como necesidad natural y una realidad fundamental. Por definición el ciudadano debe disfrutar de su libertad personal y no le es posible imaginar al esclavo haciéndose políticamente igual al que continuaría siendo su amo, pensando que una tal monstruosidad trastornaría toda la organización social.

En cuanto a su actitud con los extranjeros, tenemos que resignarnos a tomar a la democracia griega tal como es, con sus mezquindades y su egoísmo. No puede sorprender que las oligarquías pudiesen fácilmente mostrarse más acogedoras: la ciudadanía pasiva contaba poco a sus ojos. Por otra parte, la alta nobleza no quería encerrar en los estrechos límites de la polis ni su sed de acción y de gloria, ni sus ambiciones matrimoniales, ni sus parentescos. Solón, al atraer a los extranjeros,

quería intensificar la actividad económica, y Clístenes, integrar en el cuerpo cívico, al que daba una nueva estructura, a elementos hostiles a la antigua. Cuando la democracia triunfante escapó a la influencia de las grandes familias aristocráticas, cuando la prosperidad económica bien establecida fue suficiente para provocar el aflujo de los metecos, era natural que el comportamiento ateniense se modificase.

Además, y por encima de las consideraciones oportunistas, interviene el ideal mismo de la ciudad. La ciudad griega, hay que recordarlo, no es el territorio, sino la colectividad de los ciudadanos: la integridad de sus fronteras humanas es más importante, por tanto, que la de sus fronteras territoriales. Igualmente la ciudad griega no considera su independencia asegurada más que si se apoya en la dominación: es el egoísmo normal de la ciudad en el plano internacional que, traspuesto en el plano nacional, toma la forma del egoísmo de los ciudadanos. Cuanto más apreciables son las ventajas materiales y morales de la ciudadanía, más hay que velar celosamente sobre el derecho de beneficiarse de ella. Cuantos más extranjeros llegan a la capital del imperio, en el centro comercial del Egeo, al hogar de la vida intelectual y artística, más su fácil admisión al estatuto de ciudadanía sería peligrosa: existiría el riesgo de sumergir la ciudad, de destruir su originalidad, aquello que la hace ella misma y no otra. La fusión en un vasto Estado, del que todos los griegos serían ciudadanos y las ciudades antes soberanas sus aldeas, era un sueño. Si esto, que parece lógico para los que tenemos idea de las amplias unidades nacionales actuales, hubiese surgido en el espíritu de un griego de entonces, se habría tomado por una cosa monstruosa, pues la polis era para ellos la base primigenia, el cuadro natural de toda vida civilizada.

Lejos de contradecirse a sí misma, la democracia griega, que realizaba el ideal clásico extendiendo la igualdad a todos los ciudadanos, se conformaba con él todavía más al limitarla y protegerse contra infiltraciones humanas extranjeras. Tanto por su ley de 451-450, como por su política imperial, Pericles no traicionaba su obra interna: la completaba y creía reforzarla.

CAPÍTULO III

LA VIDA MATERIAL Y SOCIAL

I. LAS SOCIEDADES RURALES

Fragamentada políticamente en múltiples ciudades, la vida económica y social de Grecia ofrece aspectos muy variados. A falta de caminos la circulación se hace sobre todo por mar; pero más de una ciudad está alejada de los puertos, a los que, como a las otras ciudades del interior, le unen malos senderos. Aparte de algunos puntos privilegiados, los hombres y las ideas no se mezclan y los productos no se intercambian más que de una manera muy limitada. El solo elemento de unidad, si a toda costa queremos encontrar uno, sería la preponderancia casi total de la vida rural. La inmensa mayoría de la población griega vive en el campo y de los frutos de la tierra: el desarrollo y la utilidad marítima de algunas ciudades no pueden engañarnos.

Pero esta misma vida rural, a pesar de la identidad de las condiciones generales de suelo y clima, no toma en todos los lugares las mismas formas.

Los grandes propietarios.

Existen regiones donde predomina la gran propiedad. Son aquellas en que la tierra es más fértil, al menos para el cultivo de los cereales, o propicia a los pastos que permiten la cría del ganado mayor, en particular de los caballos: en su conjunto son las llanuras recorridas por un curso de agua casi permanente. Los privilegiados que poseen el suelo son lo bastante ricos para intentar experiencias y aplicar nuevos métodos de cultivo. Gracias a ellos el uso de los abonos y de las praderas artificiales se extiende en el siglo IV, provocando la disminución del barbecho y la extensión de la ganadería. Jenofonte, en la Económica, dibuja el retrato ideal del amo atento, cuyo espíritu se abre a las novedades, que vela inteligentemente por sus intereses, que dirige con mano firme tanto la casa, por intermedio de su mujer, a la que prodiga buenos consejos, como sus tierras, cuya explotación vigila de cerca.

Estos grandes propietarios no trabajan y constituyen la clase superior en el campo e incluso en las ciudades, pues los nobles, en general, tienen sus tierras heredadas de lejanos antepasados. Una vez pasadas en la ciudad las veleidades de la juventud, lo mejor de su existencia se pasa en la vieja

vieja casa familiar situada en el centro de sus fincas. El ideal de la aristocracia arcaica continúa siendo suyo: el gusto por los ejercicios físicos, por la caza, la equitación y la buena comida no les impiden apreciar las poesías de Píndaro ni, hasta en la ruda Macedonia, las tragedias de Eurípides. Hidalgos locales se interesan por la vida de la aldea o de la pequeña comarca en las que su familia es la más eminente y cuyos cultos son, a los ojos de todos, sus cultos patrimoniales. Los más ilustres por su nacimiento, los más ricos, los más atrevidos, o los mejor dotados, juegan además un papel en la vida de la ciudad. Por lo menos su influencia es decisiva en un círculo más cerrado. Los obreros agrícolas que dependen de ellos forman una clientela que les es necesariamente adicta. Pero los campesinos libres de la vecindad, aunque con frecuencia desligados de toda relación jurídica con ellos, también sienten su ascendiente. En ciertas regiones particularmente retrasadas, como Tesalia o Macedonia, se puede casi hablar de señores y vasallos, pues aquéllos, en caso de necesidad, para la guerra exterior o para la civil, efectúan levas de soldados en sus dominios.

La servidumbre. A veces hay algo más que una dependencia económica o una adhesión fiel. En ninguna parte se practica en gran escala la explotación por esclavos agrupados en equipos bajo la vigilancia de un capataz: la utilización de este procedimiento quedará reservada a los capitalistas romanos. Pero, un poco en todas partes, existe la servidumbre, la explotación de hombres ligados a la tierra que no les está permitido abandonar. Tenemos noticias de siervos que, en Tesalia o Cuta por ejemplo, pertenecen al propietario del suelo. Pero el caso mejor conocido es el de los ilotas espartanos, que son siervos estatales.

Sólo el Estado puede manumitir a los ilotas y es él quien, estableciendo su estatuto, los ha fijado a los "lotes" cuyo disfrute, en teoría, sólo concede a sus ciudadanos. Los ilotas forman libremente sus familias y cultivan a su guisa la parte de la finca en que están instalados. No deben al ciudadano que es titular de la misma más que un censo anual pagado en especie, fijado de antemano, y conservan la plena propiedad y la libre disposición del resto de las cosechas.

Económicamente, su suerte parece al menos soportable: a finales del siglo III, seis mil de ellos tendrán peculio suficiente para comprar al Estado su libertad, entregando una cantidad equivalente, en aquel momento, al valor medio de un buen esclavo. Pero aún pesan sobre ellos otras obligaciones: prestar servicios domésticos, cuya naturaleza exacta ignoramos, proporcionar un escudero e incluso infantes con armas ligeras que acompañen al ciudadano en expedición. Sin embargo, parece que su condición está sobre todo agravada por las medidas de policía que Esparta toma contra ellos. La libertad concedida a los jóvenes espartanos, en el momento de la "cryptia", de matar a todo ilota

que circule de noche, es una de ellas; otra es la absoluta prohibición de poseer armas. Quizá temían de un modo especial a los mesenios, reducidos a servidumbre desde el siglo VIII y que se habían sublevado varias veces. Pero después de la restauración de Mesenia como estado independiente por Epaminondas, en 370, la inseguridad persistió y, en la Esparta helenística, los reyes revolucionarios Cleómenes III y Nabis encontraron apoyo en los ilotas. Más aún que el cultivador obligado a pagar un censo que no tenía nada de gravoso, en el ilota debía sufrir el hombre que tomaba conciencia de su dignidad en un mundo en el que progresaba el individualismo.

Los pequeños propietarios

Pero aquellas regiones de grandes propiedades, donde la tierra es cultivada por obreros agrícolas o por siervos, no cubren más que una pequeña parte del territorio griego. Otro régimen agrario predomina netamente: el de la pequeña propiedad explotada por su propietario. La conocemos especialmente en el Ática, predomina en otras partes y constituye el ideal de la gran mayoría de griegos. Los que en los siglos VIII y VII se expatriaban, iban a buscar esta vida en las colonias esparcidas por todas las orillas del Mediterráneo; la misma que más tarde, se irá a buscar a Oriente siguiendo las huellas de Alejandro o el llamamiento de los soberanos helenísticos.

En Atenas la restauración y la salvaguardia de la pequeña propiedad campesina fueron la gran obra del siglo VI. El siglo V es su edad de oro. No se desean extranjeros en el campo porque, como en todas partes, un principio fundamental reserva a los ciudadanos el derecho a la propiedad inmobiliaria. La repartición de la herencia entre los hijos llevó a una gran fragmentación de las fincas. Más de la mitad de los ciudadanos son propietarios, aunque a veces sólo de parcelas ínfimas, dispersas y alejadas de su domicilio verdadero. Esta misma fragmentación y esta misma dispersión se encuentran, con frecuencia, en los bienes del Estado, de las colectividades y de los templos. Fácilmente, pues, el campesino conseguía redondear su propia finca tomando en arriendo las tierras contiguas a la suya que, sin él, quedarían baldías.

Sin embargo, a pesar de su encarnizado trabajo, el campesino no se hace rico. En las regiones montañosas viven pobremente leñadores y carboneros, o pastores que llevan sus rebaños de cabras y ovejas en busca de la escasa hierba. Existen pocas praderas buenas. Incluso en el suelo cultivable, la precocidad de la sequía y del calor estival, la falta de capitales y la rutina, no permiten obtener más que un flojo rendimiento en cereales; el utillaje rudimentario impide las labores profundas; la penuria de abonos, debida a la escasez de ganado, y la imperfección de la técnica, obligan a dejar, como en tiempos de Hesíodo, el suelo en barbecho un año de cada dos, labrando el campo tres veces (primavera, verano y otoño) con el fin de conservar mejor la humedad. Prácticamente el pequeño

agricultor no puede vender granos. Lo que le procura un excedente de producción, y por consiguiente algo de dinero en metálico, son los árboles frutales, higuera, viña y olivo. Capitalizados en sus plantaciones el trabajo de sus antepasados y sus privaciones-pues los cultivos arbustivos tardan en dar su pleno rendimiento-, le proporcionan su renta anual. Pero le falta el dinero para desarrollarla, o simplemente para reconstituirla, cuando la invasión enemiga la ha destruido. Por lo demás, su ambición es producir todo lo que le es indispensable y le cuesta mucho renunciar al cultivo de los cereales. Su tarea es ruda y penosa y en ella se ayuda de su familia, que las condiciones mismas de la vida obligan a restringir: pocos hijos y uno o dos esclavos, puesto que la organización del trabajo no exige más.

De todos modos es amo de sí mismo y saca de su independencia un legítimo orgullo. El régimen democrático le añade la satisfacción de poder contribuir a la gestión de los asuntos de la comunidad, como miembro de la asamblea popular, como jurado o como pequeño magistrado. Estas funciones le tientan, en particular cuando la edad le hace inútil para los trabajos agrícolas: entonces le place, muy de madrugada, guiado por un niño, a la luz de una linterna, seguir los caminos que, atravesando barrancos, llevan a la ciudad, donde las sesiones de la asamblea y del tribunal empiezan en hora temprana. En la plenitud de su vida, encuentra mejor trabajar en sus tierras que perder la jornada para ganar los pocos óbolos del *misthos*. Pero, incluso en los otros regímenes, los que le excluyen de la vida política a causa de su condición social o de la insuficiencia de su fortuna, aquéllos también donde las costumbres le someten a la influencia todopoderosa de los nobles y de los ricos de la vecindad, trabaja la tierra heredada de sus padres y destinada a sus hijos de la manera que quiere y sin recibir órdenes de nadie. En tiempo de guerra, reviste sin protestar, porque se trata de defender a los suyos, su casa, sus árboles y sus cosechas, el armamento de hoplita que ha recibido con la herencia paterna. No obstante y como es natural, su aspiración es la paz, durante la cual lleva una existencia simple y sobria, comiendo la papilla de su cebada, las cebollas de su huerto, la miel de sus colmenas, los higos y las aceitunas de sus árboles; enriqueciendo el menú sólo en los días festivos, en que, en compañía de algunos vecinos amigos, solazándose con una conversación que a veces desciende hasta la grosería, consume un lechón de su corral y un ánfora de vino de sus viñas. Éstas son sus modestas aspiraciones, sus alegrías triviales y sus penas, que Aristófanes rodeó de una poesía fresca como el rocío mañanero y rumorosa como el vuelo de las abejas.

II. EL COMERCIO

La economía compleja: compras y ventas

Aún en los momentos más felices del período clásico, cuando esta vida rural no sufre ni las miserias de la guerra ni de los disturbios civiles, no proporcionó más que una base demasiado estrecha a la economía griega. Por grande que fuese la frugalidad de su población, Grecia no podía alimentarla con sólo sus cosechas, excepción hecha de algunas regiones favorecidas por la naturaleza o de débil densidad humana. De ahí la imperiosa necesidad de importar productos alimenticios: Sicilia, Italia del Sur, Egipto y las orillas septentrionales del Mar Negro son sus abastecedores. Pero con el fin de saldar lo que les compra, Grecia debe venderles. Sus exportaciones son el vino y el aceite, únicos productos agrícolas que proporcionan excedentes disponibles. También les vende los productos de su industria. Este comercio es para ella una necesidad fundamental, impuesta por la "pobreza, su hermana de leche", según la expresión de Heródoto, y produce el desarrollo de una economía muy compleja.

En efecto, el crecimiento de la actividad industrial crea necesidades en materias primas que sólo la importación puede cubrir. Compras y ventas en el exterior exigen una marina que, desde que alcanza una cierta importancia, no encuentra en la vieja Grecia, en cantidad suficiente, los materiales indispensables para su construcción y reparación; pero también esta marina es fuente de provechos, porque permite a los armadores llevar a cabo un papel de intermediarios y de agentes comerciales extendido por todas las orillas del Mediterráneo. En último término, el tráfico multiplicado multiplica a su vez las operaciones de cambio y tras ellas las transferencias de fondos, dando así esplendor al comercio del dinero que se convierte en actividad bancaria.

Los grandes centros económicos: Atenas.

Esta economía diversificada no sustituye a la economía rural más que en puntos muy determinados del mundo griego, en ciertas ciudades y puertos con posiciones geográficas propicias, con los habitantes más emprendedores o más amenazados por la escasez y ayudados asimismo por unas circunstancias políticas favorables.

Existe, en general, durante este período, una evidente tendencia a la concentración. En Sicilia, Siracusa acrecienta la superioridad que ya poseía de antes. En varias ocasiones, el prestigio y las fuerzas militares que le valen sus éxitos sobre Cartago, le permiten crear un imperio que no es sólo político. Destruye o somete otras ciudades, o, al menos, se aprovecha de su destrucción por un tercero. Así mismo una inmigración, a veces espontánea y a veces obligada, facilitada y hasta

impuesta por los tiranos que se muestran generosos en la concesión de la ciudadanía con el fin de destruir la cohesión moral de sus súbditos, aumenta de manera considerable su población. En la Italia meridional, Tarento, sin conseguir una tal fortuna, acaba también por destacarse, ayudada por la decadencia de sus vecinas que se destruyen unas a otras o que resisten peor a la presión de los italiotas. En la misma Grecia los centros de vida económica próspera son menos numerosos que antes. Calcis, Eretria, Egina están decaídas o muertas, asfixiadas por el crecimiento ateniense. Las ciudades griegas de Asia vegetan incluso cuando las hostilidades con el Imperio persa las liberan y cuando Oriente se abre al tráfico de sus comerciantes. Por el contrario, Corinto continúa siendo importante, colocada maravillosamente para los contactos con Italia y Sicilia, donde mantiene cordiales relaciones políticas, intermediaria natural entre el Egeo y el mar occidental cuando el periplo del Peloponeso asusta a los navegantes. Pero la concentración aprovecha especialmente a Atenas, cuyos progresos son casi continuos hasta la expedición de Alejandro y que desempeña, sin disputa, el papel de capital económica del mundo egeo.

La capital del Ática debe sus progresos a su fuerza, a la hegemonía marítima que se le reconoce o que impone después de la segunda guerra médica, al "imperio" que domina hasta su derrota de 405 y después a la "confederación" que funda en 377 y que oficialmente subsiste hasta 338. De sus aliados o súbditos saca subsidios que, directamente o no, con el nombre de "tributo" o "contribución", alimentan su tesoro. En todos los puertos de mar que de ella dependen, recluta marineros para sus navíos y obtiene facilidades comerciales y ventajas jurídicas para sus ciudadanos. El prestigio que le rodea sirve para la difusión de sus gustos y, por tanto, de los productos que fabrica; la flota de guerra constituye un poderoso medio publicitario. Pero si el poder político extiende y favorece el desarrollo de su poder económico, la recíproca no es dudosa. Atenas debe a su prosperidad los medios materiales y humanos que le permiten construir y mantener la flota que hace su fuerza; su preponderancia comercial le pone en situación de ejercer presiones, cortar ciertas fuentes de aprovisionamiento de sus enemigos y aun el practicar con ellos un severo bloqueo. La relación estrecha de lo político y lo económico se ejerce, pues, en ambos sentidos.

Gran importadora de productos alimenticios y de primeras materias, Atenas exporta el vino y el aceite de las tierras del Ática, sus productos fabricados y, sobre todo, sus cerámicas, de las que hoy se encuentran fragmentos desde las costas levantinas de España hasta la Rusia meridional. Con una numerosa flota mercante, que sus escuadras protegen contra los enemigos y contra los piratas, su puerto del Pireo es, como dice Isócrates, "un mercado en medio de Grecia..., donde la superabundancia es tal que los objetos que en otras partes son difíciles de encontrar, aquí se pueden

comprar fácilmente". Por último-para limitarnos a lo esencial-, Atenas exporta sus monedas. La plata producida por las minas del Laurion le permite acuñar en grandes cantidades, con un beneficio apreciable, monedas de ley excelente y de peso escrupuloso, que tienen curso en todas partes y a las que, al menos en su imperio del siglo V, pretende reservar por la fuerza el monopolio de la circulación internacional.

Así, en esa península ática, que la naturaleza no favoreció en nada, llegó a constituirse, gracias a un conjunto de circunstancias humanas excepcionalmente favorables, un centro económico de una complejidad, actividad y prosperidad hasta entonces desconocidas. Pero también de una extrema fragilidad, pues se encuentra a la merced de un desastre naval -Aigospótamos en 405-o del control establecido por un adversario continental- el rey macedonio, un poco más tarde - sobre la ruta de los Estrechos y del Mar Negro cuya libre circulación es indispensable para el abastecimiento de su población urbana.

III. LAS SOCIEDADES URBANAS

Debido a su concentración, el desarrollo de la economía comercial no llegó a hacer disminuir en el conjunto de Grecia la importancia de la economía rural. La vida urbana no se intensificó más que en algunos lugares y en los demás continuó siendo muy modesta.

En efecto, las ciudades en Grecia son innumerables, pero con frecuencia su importancia es ínfima. En caso de invasión proporcionan a los campesinos el abrigo de sus murallas y de su ciudadela. En tiempos de paz no se animan más que en los días de mercado, de asamblea o de fiesta religiosa. Si el santuario principal se encuentra fuera de la ciudad, ésta corre el riesgo de quedar prácticamente olvidada. Éste es el caso de Elis que fue fundada a principios del siglo V y de la que dependía Olimpia, con la que no podía rivalizar en prestigio incluso ni entre sus propios ciudadanos: a finales del siglo III, dice Polibio, existen en ella "familias muy pudientes de las que ningún miembro, desde hacía dos o tres generaciones, no iba a la ciudad para asistir a una asamblea", simplemente porque la justicia se administraba en el campo. Este caso, seguramente extremo, permite imaginar la vida, de ordinario muy adormecida, de la mayor parte de las pequeñas ciudades.

Respecto a las grandes, conocemos en particular dos tipos de vida urbana: el de Esparta y el de Atenas.

La vida en Esparta

Esparta, que tanto sorprendía a los antiguos, les escandalizaba también por su pobre apariencia. Ofrecía muy pocos monumentos a la mirada de sus visitantes, muy escasos, pues a partir del siglo VI fue un país poco hospitalario. En realidad

no respondía a la idea que los griegos tenían de una ciudad. Sin ciudadela y, hasta una fecha muy tardía, sin murallas, formaba más bien una aglomeración de grandes caseríos.

De los siete a los treinta años cumplidos, sus ciudadanos llevaban la vida del soldado, y de los treinta a los sesenta la del reservista constantemente dispuesto a acudir al llamamiento de movilización, obligados además, salvo en el caso de permiso excepcional, a tomar la comida de la tarde en compañía de los que serían sus compañeros de tienda en caso de guerra. Les estaba prohibido todo trabajo lucrativo y toda clase de ocupación que no fuera el entrenamiento físico y militar. El Estado acuñaba sólo monedas de hierro y el verdadero espartano no debía poseer metales preciosos. Los censos pagados en especies por los ilotas de sus fincas rústicas bastaban, en teoría, para mantenerle en la ociosidad a él y a su familia.

El rigor de esta disciplina militar y social multiplicaba, al lado y por debajo de la categoría de los “iguales", es decir, de los únicos ciudadanos perfectos, unas categorías inferiores. En el campo, los ilotas. En la periferia del territorio lacedemonio, los "periecos" que, agrupados en pequeñas ciudades, se dedicaban a la agricultura libre, al artesanado y al comercio. En la misma Esparta, los "inferiores", o sea los ciudadanos degradados, los bastardos, los libertos y otros, cuyo ideal era el ingresar en la clase de los iguales. Pero para esto era necesaria una decisión de las autoridades, y, sobre todo, el disfrute de una propiedad obtenida por herencia o por matrimonio con una heredera rica, puesto que la pobreza condenaba al trabajo y constituía un vicio incompatible con la presencia entre el número de los privilegiados.

Evidentemente, enumerar las consecuencias de un sistema como éste, concebido, con una lógica que no dejaba de tener sus fallos, con el fin de asegurar a Esparta unos soldados entrenados a la perfección, llevaría demasiado lejos. Bastará con evocar los aspectos anormales de la vida familiar: el celibato frecuente y el mantenimiento, en el hogar del hermano mayor, de los demás hermanos privados de tierras y de ilotas; la voluntaria restricción de los nacimientos, que con la "oligantropía" (falta de hombres), provoca, muy poco tiempo después de su victoria en la guerra del Peloponeso, la decadencia de Esparta; el hecho de que los niños fueran arrebatados a sus padres por el Estado que se encargaba de su educación integral; la autoridad ejercida por la mujer en una familia en la que el varón se ausenta con frecuencia y a la que ella asegura o completa la subsistencia con su trabajo.

Añadamos a todo esto la monotonía de los días. En tiempo normal ofrece esta vida sólo las alegrías, viriles pero limitadas, del gimnasio, del campo de maniobra y del refectorio. Incidentalmente puede animarse por una partida de caza cuyo producto da variedad, por la tarde, a la comida del pelotón; también se rompe, en fechas señaladas, por las fiestas religiosas celebradas con escrupulosi-

dad, según los ritos, que su arcaísmo hace extraños, y que regulan la evolución alternada de coros cantando las estrofas de poetas antiguos. Encerrada en sus tradiciones, que conserva orgullosamente, casi sin relaciones con el mundo externo, al que no está unida más que por malos caminos o por el pequeño puerto de Gythium, abierto en un golfo alejado del Egeo, autorizando sólo excepcionalmente a alguno de sus ciudadanos a viajar por el exterior o a un extranjero a vivir en el país, Esparta no puede aportar nada al impulso de la civilización griega.

En Atenas todo era completamente distinto.

Minas y esclavos del Laurión

Sólo una región del Ática conocía un régimen distinto al rural ya descrito: el macizo del Laurión, al sur de la península. En él la explotación de los yacimientos de plomo argentífero provocaba una concentración humana cuya importancia varió según la actividad o la negligencia de la administración y la riqueza o el agotamiento de los filones conocidos.

Como propietario de las concesiones, el Estado ateniense las arrendaba a los explotadores, reservándose el monopolio de la plata obtenida después del tratamiento del mineral. En esta explotación estaban invertidos capitales bastante importantes por los arrendadores que debían abrir las galerías, proporcionar el material y la mano de obra, constituida siempre por esclavos. A veces se formaban asociaciones de arrendadores. Algunos capitalistas, como Nicias que desempeñó un gran papel político en Atenas durante la guerra del Peloponeso, preferían alquilar esclavos mineros a los concesionarios contra el pago de un alquiler cotidiano. Jenofonte, en su tratado *De las Rentas*, propuso reservar esta especulación al Estado que, capaz de invertir cantidades más considerables en la compra de esclavos, se habría asegurado no sólo el producto de su alquiler a los arrendadores de las minas, sino también las correspondientes entradas de dinero acrecentadas por el desarrollo de la explotación que provocaría el crecimiento de la mano de obra; pero este proyecto curioso no fue nunca llevado a la práctica.

En estas condiciones es fácil imaginarse la suerte lamentable de los esclavos mineros. Los concesionarios preocupados exclusivamente del rendimiento inmediato no se preocupaban de su resistencia física, ya que el alquiler estaba calculado con vistas a una rápida amortización. Una técnica defectuosa les hacía trabajar con herramientas rudimentarias, en galerías estrechas, alumbradas por humeantes lámparas de aceite. En el exterior, en medio de un paisaje desolado -el mineral, mezclado con el azufre, con el calor desprende vapores que destruyen la vegetación-, se les encerraba en sórdidos campamentos, sin familia, con el fin de evitar gastos suplementarios de alimentación. La huida era una constante tentación para estos miserables: durante la guerra del Peloponeso, a un

llamamiento de los enemigos, que se instalan en una fortaleza del Ática y quieren arruinar al Estado ateniense, 20.000 esclavos rompen sus cadenas y se lanzan a saquear las feraces campiñas. Más tarde, estallarán aquí nuevas sublevaciones serviles, preámbulo de las que tendrá que reprimir Roma en Sicilia y en Italia del Sur. En la Grecia clásica, sólo la región del Laurión permite evocar unas condiciones sociales comparables a las de ciertas grandes regiones industriales del mundo moderno.

Los esclavos urbanos en Atenas.

En la ciudad, en efecto, si hay esclavos, no están nunca aglomerados en grandes masas.

La mayor parte son esclavos domésticos, muy diseminados. Una casa servida por una veintena de esclavos es considerada, como muy suntuosa. No poseerlos en absoluto es signo de gran miseria. No obstante, un hogar normal no cuenta en general más que con tres o cuatro, que son sobre todo mujeres. Mezclados en la vida familiar, estos esclavos no son maltratados. La presencia casi constante de la esposa en la casa limita ciertos abusos del amo. El cariño recíproco no es raro con la nodriza o el "pedagogo" que ha acompañado al muchacho en sus salidas, velando por su educación moral e intelectual. Se establecen uniones toleradas entre esclavos de un mismo hogar y la madre esclava educa a su hijo que, naturalmente, ignorará la libertad, como sus padres.

La industria y el artesanado utilizan también el trabajo servil. Pero la mayor empresa conocida, una fábrica de armas en tiempos de guerra, no cuenta más que con 120 esclavos. En ningún sitio se advierte una verdadera concentración industrial: la falta de maquinismo no la favorece y en la adquisición de esta mano de obra debían ser invertidos capitales demasiado grandes. El taller-tipo, con frecuencia representado en las pinturas de los vasos, es el del artesano, herrero, fundidor o ceramista, que trabaja al propio tiempo que algunos esclavos. Entre éstos y su amo, la vida cotidiana y el trabajo común, establecen unas relaciones impregnadas de simpatía humana.

Algunos amos van más lejos todavía, inspirados en un interés de lucro personal. Habiendo comprendido que alguno de sus esclavos trabajará con mejor ánimo si es prácticamente libre y saca de su trabajo un beneficio personal, le autorizan a ejercer por su cuenta un oficio o un pequeño comercio, a fundar una familia y a "vivir por su cuenta". Estos privilegiados, bastante numerosos en una ciudad activa como Atenas, deben únicamente pagar una cantidad diaria a su dueño y, administrándose por sí mismos, constituyen un peculio con el resto de sus ganancias.

En estas condiciones la barrera efectiva entre los hombres libres pobres y los esclavos tiene tendencia a desaparecer. Estos últimos, sólo con los cabellos cortados un poco más cortos, no llevan

ningún traje especial y muchos son griegos puros que deben su servidumbre a los azares de la guerra. Observadores quejumbrosos, se quejan de su manera de hablar desenfadada. La ley les protege contra la brutalidad de terceros y no olvida el limitar a cincuenta golpes de látigo los castigos corporales que los propios magistrados pueden hacerles infligir en caso de delito. Si tienen que quejarse de la crueldad de su amo, pueden refugiarse en algunos santuarios y pedir que se les ponga a la venta: en la práctica, si el sacerdote reconoce lo bien fundado de sus agravios, fuerza al amo a consentir en la venta, prolongando la duración del asilo concedido al fugitivo. En este aspecto, Atenas está mucho más adelantada que el resto de las ciudades griegas: las costumbres están en ella más dulcificadas y el derecho refleja sus efectos. De todas maneras, la manumisión continúa siendo rara y excepcionales los éxitos de algunos pocos esclavos, activos e inteligentes, que se crean grandes fortunas en el comercio o en la banca y que obtienen, no sólo de sus amos la libertad, sino también del Estado, al que rinden servicios financieros, la calidad de ciudadanos.

Los metecos.

Desde el punto de vista jurídico la población libre comprende dos categorías de personas: los metecos y los ciudadanos.

Los primeros son extranjeros con residencia en el país. Bajo un nombre u otro -aunque éste es el más usado-, se les encuentra en casi todas las ciudades griegas, a excepción de Esparta, donde se desconfía de ellos, y salvo también en las ciudades muy atrasadas en las que la economía es únicamente rural.

En ninguna parte son, ni en valor absoluto ni en valor relativo, tan numerosos como en Atenas, donde casi se cuenta un meteco por cada dos ciudadanos y muchos más si sólo se tienen en cuenta los hombres. Esto es debido a que la reputación artística e intelectual de la ciudad, así como su actividad económica, atraen a los que se quieren instruir o desean darse a conocer, a los hombres de negocio emprendedores y a las gentes de oficio que quieren abrirse un porvenir.

Son recibidos con una hospitalidad acogedora, sin sentirse humillados por una discriminación injuriosa. Excluidos de los derechos políticos y de la propiedad inmobiliaria, pagando anualmente una módica tasa, están de hecho, por lo demás, asimilados a los ciudadanos soportando las mismas cargas militares y fiscales, disfrutando de grandes facilidades para practicar sus cultos particulares, pero también admitidos a la celebración de las fiestas religiosas oficiales y, por último, protegidos por la ley en sus personas y en sus bienes.

Ejercen las profesiones más variadas, liberales, artesanas y mercantiles. Seguramente no existe un artista, un literato o un sabio de otros lugares de Grecia que no haya pasado una parte más o menos importante de su vida en Atenas. Entre los más célebres oradores del siglo IV cuyas obras

fueron retenidas por los gramáticos alejandrinos como dignos de figurar en la recopilación de los "oradores áticos", muchos que, como Lysias e Iseo, ilustran la elocuencia judicial ateniense, son metecos. Son metecos asimismo, sobre todo en el siglo IV, la mayor parte de los que se dedican a los pequeños oficios y al pequeño comercio al detall, así como muchos de los que dirigen empresas más importantes, marítimas e incluso industriales. El propietario de la fábrica de armas mencionada y de los 120 esclavos que en ella trabajan, no era otro que un siracusano, precisamente el padre del orador Lisias. Así, una amplia parte de la gloria y de la prosperidad de Atenas es obra de los metecos.

Los ciudadanos separados de la actividad económica

Esta situación, en realidad paradójica, puesto que, en el movimiento económico que contribuye tan poderosamente al enriquecimiento y al poderío de Atenas, da a los extranjeros una importancia desproporcionada con su número; se explica seguramente por el monopolio que los ciudadanos disfrutan en otras actividades. En principal lugar, su derecho exclusivo a poseer la propiedad rústica que, salvo obtención por el meteco de un privilegio raramente concedido, les reserva la explotación del suelo y del subsuelo. A continuación, sobre todo, el monopolio de los derechos políticos y, por consiguiente, de las ganancias modestas, pero suficientes para vivir, que los progresos de la democracia proporcionan a los que los ejercen.

por la "mistoforia"

Desde el siglo V, Pericles hizo establecer la "mistoforia", es decir el pago por el Estado de una indemnización diaria, el misthos, a los magistrados, los miembros del consejo, los jurados de los tribunales populares y a los soldados movilizados. Después, a principios del siglo IV, el sistema se hizo extensivo a los que participaban en las sesiones de la asamblea. Se trataba con ello de permitir a los ciudadanos pobres el poder consagrarse, sin quedar por ello reducidos a la miseria, al servicio de la ciudad y participar en la vida pública tan fácilmente como los ciudadanos a los que el tener recursos asegurados evitaba la preocupación cotidiana del presupuesto familiar. Sin embargo, el *misthos* fue siempre bastante reducido e inferior al salario de un buen obrero.

Era, no obstante, suficiente para cubrir las necesidades de una vida sobria. A partir de entonces, como que el número de los beneficiarios era crecido a causa de la multiplicación de las pequeñas magistraturas y de los tribunales -cada año se designaban 6.000 jurados por sorteo-, la "mistoforia" alejó, cada vez más, a los ciudadanos de sus tareas profesionales. Les parecía más simple y más agradable tomar parte en el funcionamiento del Estado que trabajar en sus propios quehaceres. Los adversarios del régimen atacaron vivamente el sistema, en el que veían, con razón, una de las bases fundamentales de la democracia. La parcialidad interesada de estos críticos no debe disimular

una de las consecuencias directas de los *misthoi*: la preponderancia creciente de los metecos en la industria y en el comercio de Atenas.

por la supervivencia de prejuicios arcaicos.

Otras influencias actuaron en el mismo sentido, en particular la supervivencia de prejuicios arcaicos contra el trabajo realizado al servicio y a las órdenes de un cliente, o simplemente a la espera de una clientela eventual. En la oración que Tucídides pone en boca de Pericles, le hace decir: "No hay ninguna vergüenza en proclamar la propia pobreza; pero lo deshonroso es no escapar de ella mediante el trabajo." En este pensamiento hay algo más que un eco de la idea análoga expresada por Hesíodo en *Los trabajos y los días*. En uno y otro caso, en el fondo, lo que se pretende es adoctrinar a una opinión desfavorable al trabajo. De hecho, aunque se nos afirme para la Atenas clásica que la ley castiga al que reprocha a otro su profesión, nos queda constancia de que Demóstenes cree rebajar a su adversario Esquines, recordando que sus padres y él mismo habían sido pobres, ejerciendo humildes oficios. Las antiguas tradiciones que continúan rigiendo las costumbres, se revelan, pues, más fuertes, y la evolución más lenta que la voluntad oficial expresada en los discursos de los dirigentes y en las leyes.

Muchas razones apartan a los griegos de entonces, y apartarán a los del período siguiente, así como a los romanos, de aplicar a la invención y a la construcción de máquinas su ingeniosidad, que era grande, y sus conocimientos científicos que, en más de un caso, habrían sido ampliamente suficientes. Para explicarlo, por lo general se piensa en la existencia de la esclavitud que ofrece a buen precio abundantes máquinas humanas. También hay que tener en cuenta la falta de amplios mercados que, acrecentando la demanda, hubiesen impulsado el aumento de la producción. Pero hay que pensar, además, en el ideal humano heredado de los tiempos pasados que coloca en la base de la verdadera independencia individual la libertad de trabajar libremente para sí mismo, sin preocuparse de mercadear ni de buscar una clientela.

El dedicarse a una actividad remuneradora está visto con malos ojos: los adversarios de los sofistas se indignan al verles pedir una retribución a sus alumnos. Sólo el propietario que dirige la explotación de sus propias fincas escapa a este descrédito. En la ciudad, el noble y el rico viven ociosos sin intentar hacer producir su fortuna. Y el ejemplo que dan es contagioso: los ciudadanos no forman más que una minoría entre las clases trabajadoras de la ciudad y en el terreno de los negocios están superados por los metecos, la pequeña burguesía y el proletariado obrero. Es necesario llegar a la muerte de Pericles y a la confusión causada por la guerra del Peloponeso, que hizo afluir al interior de las murallas a los rurales amenazados y arruinados por la invasión, para que los propietarios de talleres de importancia media desempeñen un papel dirigente en la política ateniense. El curtidor

Cleón es su tipo más característico; pero las burlas crueles que le prodiga Aristófanes expresan el desprecio de los oligarcas y la desconfianza de los campesinos. En el siglo IV, esta clase media, que Cleón representaba, desaparece de nuevo de la escena política. Demóstenes, hijo de un importante industrial que poseía dos talleres, se dio a conocer como abogado, como la mayor parte de los hombres políticos de su tiempo. La época de la pequeña burguesía había pasado de manera rapidísima, pues esta burguesía media no contaba más que con un débil contingente de ciudadanos.

La falta de grandes fortunas.

Así pues, las condiciones morales se aliaban a las condiciones técnicas para limitar el desarrollo de las empresas industriales y comerciales. Y como la explotación agrícola se presta mal a la formación de grandes fortunas, se deduce que éstas eran raras.

En tiempos de Pericles el ateniense más rico es Calias: su fortuna, que proviene sobre todo de las explotaciones mineras, se eleva a 200 talentos (en peso de plata, 1.200.000 francos de 1914). Más tarde, Nicias, que saca un producto anual de una decena de talentos del millar de esclavos que alquila a los concesionarios de las minas del Laurion, pasa por hombre muy rico. Como se ve, ambos se interesan por las industrias mineras, es decir -y no por causas fortuitas-, por la única forma de economía no agrícola que está prohibida a la generalidad de los metecos. Después de los desastres de la guerra del Peloponeso, estas cifras bajan mucho: en el siglo IV, los tres o cuatro atenienses reputados como más ricos no poseen más que una cincuentena de talentos cada uno. Demóstenes, algunos años antes del 350, afirma que "en Atenas existen riquezas iguales, o poco le falta, a las de todas las demás ciudades reunidas". Pero no hay que tomar esta afirmación al pie de la letra. Si puede justificarse es porque toma en consideración la población global de la ciudad, en la que existen muchas familias acomodadas. La pobreza de las bajas clases sociales, que viven al día, es suficiente para crear un vivo contraste entre ellas y los ricos. Pero la acumulación capitalista nunca pasa de ser moderada.

No sabemos si se puede decir lo mismo respecto a las otras ciudades del mundo griego. Los detalles que acerca de ellas conocemos a través de Grecia son rarísimos. A principios del siglo IV, en Siracusa, un banquero, empleando en el negocio 50 talentos, había acaparado todo el hierro, sacando de la operación un beneficio de 100 talentos. Sin duda se trata de una especulación excepcional cuyo éxito se explica por las necesidades creadas por la guerra contra Cartago. Por otra parte, es poco probable que el banquero actuara sólo con sus propios capitales ni que, por consiguiente, obtuviera todos los beneficios. Fuera de Atenas no se es tan liberal con los extranjeros, y el Estado no paga *misthoi* por la participación en las sesiones de los tribunales o de la asamblea: los ciudadanos están

menos apartados de la actividad económica, en la que, al propio tiempo, chocan con una menor competencia de metecos en el mercado.

Pero, excepto Corinto, para la que Heródoto estima necesario afirmar lo contrario- lo que equivale a decir que se trata de una excepción-, la industria y el comercio sufren un descrédito aún mayor que en Atenas.

Como se ve, las enormes fortunas privadas fueron desconocidas por el conjunto del mundo griego clásico; durante mucho tiempo todavía, en este aspecto, el Oriente conservará su monopolio. Heródoto deslumbraba a sus compatriotas contándoles las prodigalidades de aquel lidio que, en 481, reconocía a Jerjes que sólo su capital líquido, sin hablar de sus propiedades rústicas ni de sus esclavos, alcanzaba la cifra de 2.000 talentos de plata y cerca de 4 millones de piezas de oro, o sea, en total más de 100 millones de francos de 1914. Pensando en esos tesoros fabulosos, viendo a los reyes y sátrapas persas pagar elevadas soldadas a los millares de mercenarios que reclutaban, escuchando los relatos de los viajeros acerca de la suntuosidad de los palacios y de las ciudades, los griegos soñaban en Oriente como en un Eldorado. En el siglo IV se forma una corriente de opinión en el sentido de que la conquista de Oriente curaría todos los males sociales y económicos de Grecia, de manera mucho más eficaz que una revolución interna que permitiría el acceso a una riqueza inmediata, pero limitada en sus efectos por la mediocridad relativa de las fortunas que entrarían en el reparto. Este sentimiento contribuye a hacer popular la expedición asiática de Alejandro.

Además esta situación permite comprender uno de los caracteres esenciales de la civilización griega clásica. En la medida en que sus realizaciones implican grandes gastos, están dirigidas por las colectividades y no por los individuos y responden, por tanto, a las necesidades de aquéllas y no a las de éstos.

IV. LAS CIUDADES Y LA VIDA PRIVADA

El Pireo y Atenas. Por lo dicho en el epígrafe anterior se explica la mediocridad general del aspecto de las ciudades, al menos en todo lo que concierne a la vida individual y privada de sus habitantes.

La ciudad más poblada, más grande y más rica es Atenas, completada a 7 kilómetros de distancia por otra ciudad ática, El Pireo. Atenas tiene su recinto amurallado y otro recinto que acaba por rodear toda la península del Acte protege al Pireo. Los "muros largos", "las piernas", unen las dos aglomeraciones y Atenas con el mar. Ninguna otra ciudad de esta época consagró tantos cuidados, esfuerzos y recursos a la unión íntima entre sus centros vitales, así como a su defensa. Atenas

consiguió corregir su posición continental y transformarse en una isla, asociando estrechamente su ejército y su flota con el fin de garantizar su propia seguridad: durante todo el período clásico no tendrá que capitular más que una vez, cediendo al bloqueo y al hambre, después de la destrucción de su flota. La amplitud misma de esta concepción defensiva le da lo que les falta a la mayor parte de las ciudades: el espacio en el interior de sus murallas, indispensable para la comodidad de la población

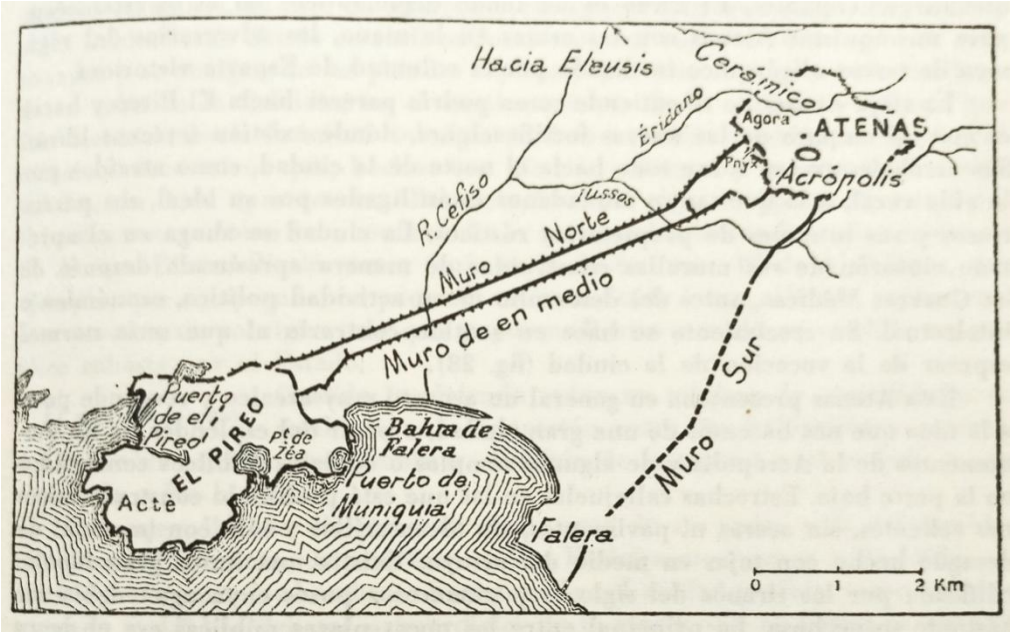


Fig. 28. Atenas y El Pireo en el siglo IV antes de J. C

y en el que en otros casos no se pensaba, por falta de dinero, al construir los recintos. Pero Atenas no supo aprovechar esta ventaja.

En El Pireo no falta sitio. La ciudad es moderna, construida, hacia la mitad del siglo V, siguiendo los principios del urbanismo del momento, según un plano geométrico. Bordea el único puerto comercial del Ática y uno de los tres puertos de guerra con astilleros y arsenales que existen alrededor del Acte. Los depósitos y almacenes, las oficinas de las aduanas y de los cambistas, la Bolsa, están junto a los muelles, en los que los navíos llegados de todos los puertos del Mediterráneo descargan las mercancías más variadas. Detrás se extiende la ciudad propiamente dicha. La mayor parte de la población está compuesta por extranjeros de todas las nacionalidades que hablan todas las lenguas. En ella los marineros buscan y encuentran los placeres que han soñado durante el aisla-

miento y los peligros de las travesías. Los residentes viven del puerto, de los viajeros y del tráfico de mercancías. Pero la gente distinguida no se queda en El Pireo: la multitud es demasiado cosmopolita; allí la gente habla y se preocupa demasiado del dinero y de los negocios. Compuesta su población por extranjeros y por proletarios, ya sean obreros, ya pequeños comerciantes, El Pireo es un feudo democrático: en él se establecen, para reconquistar Atenas con las armas en la mano, los adversarios del régimen de terror oligárquico instituido por la voluntad de Esparta victoriosa.

La vieja Atenas no se extiende como podría parecer hacia El Pireo y hacia el mar, al amparo de las nuevas fortificaciones, donde existían terrenos libres. Sus arrabales crecen sobre todo hacia el norte de la ciudad, como atraídos por la vida rural, a la que tantos ciudadanos están ligados por su ideal, sus parentescos y sus intereses de propietarios rústicos. La ciudad se ahoga en el apretado cinturón de sus murallas construidas de manera apresurada después de las Guerras Médicas, antes del desarrollo de su actividad política, económica e intelectual. Su crecimiento se hace en sentido contrario al que sería normal esperar de la vocación de la ciudad (fig. 28).

Esta Atenas presentaba en general un aspecto muy arcaico y responde poco a la idea que nos hacemos de una gran ciudad, a pesar del esplendor de los monumentos de la Acrópolis y de algunos templos o edificios públicos construidos en la parte baja. Estrechas callejuelas en las que está prohibido construir balcones salientes, sin aceras ni pavimentos, sin alcantarillas y sólo con un canal de desagüe hecho con tejas en medio del arroyo. Existía una única gran fuente, edificada por los tiranos del siglo VI y numerosos pozos cuya agua debía ser bastante sospechosa. La principal entre las pocas plazas públicas era el ágora plantada con plátanos. Alrededor de ella estaba el mercado, o más bien, los mercados, puesto que se trata de calles o de grupos de calles con comercios especializados: barrio de la alimentación, con sus subdivisiones para cada categoría de productos, carne de asno o salazones; barrio de los caballos y de los esclavos; barrios de la cerámica, de los vestidos y del calzado, donde, como en los zocos orientales de nuestros días, el artesano trabaja en su tendezuela bajo la mirada del cliente.

Las viviendas

Jenofonte habla de 10.000 casas a principios del siglo IV, lo cual es mucho para un espacio tan restringido. Los jardines sólo existen en los arrabales, que van engrandeciéndose fuera de las puertas, en medio de las tumbas escalonadas a lo largo de los caminos. Pero la buena sociedad se creía obligada a habitar en la ciudad propiamente dicha. Las casas son en general muy modestas y tienen los muros de tapia, a través de los cuales los ladrones se abren paso con facilidad. Las primeras casas con más de un piso causan sensación en el siglo IV y se construyen con fines especulativos. El piso de las pequeñas habitaciones es de tierra api-

sonada. No existen las más elementales comodidades; el problema de las letrinas queda resuelto por el solo hecho de que nadie se lo plantea.

La única ventaja de las casas de los ricos es que pueden ser más vastas, con habitaciones algo mayores distribuidas alrededor de un patio bordeado de algunas columnas. El lujo no aparece hasta épocas muy avanzadas, limitándolo a las habitaciones donde se reciben forasteros, en cuyo techo se colocan artesonados y se cuelgan de las paredes tapices y pinturas. Las excavaciones llevadas a cabo en la Calcidia, en el emplazamiento de la ciudad de Olinto, que fue destruida hacia la mitad del siglo IV, han señalado también el empleo de mosaicos decorativos que, hechos con piedras oblongas y no con teselas artificiales, sin duda aparecen en ella hacia fines del siglo V. Aparte de este detalle, estas excavaciones han confirmado lo que por los textos literarios sabíamos de Atenas. El mobiliario nunca tenía nada de fastuoso. El de Alcibíades, por ejemplo, que comprende, en pequeño número desde luego, sillones, tapices, camas y vasos, no consigue más que pujas mediocres cuando es vendido en pública subasta por el Estado.

El ama de la casa

Cuando la vivienda reúne un mínimo de comodidades se establece una separación entre las habitaciones reservadas a la vida estrictamente familiar, dominio de la esposa, y el andrón, parte reservada a los hombres.

La mujer, llevada directamente de la casa de su padre a la del marido, sale poco. "El carácter de este sexo - dice Pericles, si creemos a Tucídides- es el obtener entre los hombres el mínimo de celebridad posible, tanto en bien como en mal." Los deberes primordiales de la esposa son el dirigir la marcha interna de la casa, ocuparse de la ropa y vigilar a los niños. Los muchachos se separan de la madre a los siete años y las niñas quedan junto a ella hasta su matrimonio. Si no quiere producir escándalo, la mujer no debe ocuparse de relaciones sociales, preocupaciones intelectuales y a fortiori de las cuestiones políticas. En la epopeya homérica, el poeta no dudaba en hacer presidir por la madre de Nausica los banquetes en casa de Alcínoo. Esta escena no sería concebible en la Grecia clásica. Únicamente se percibe, en las tragedias de Eurípides, en las bufonadas de Aristófanes y en ciertas discusiones filosóficas, que el progreso del individualismo empieza a plantear la cuestión de la personalidad y de la libertad de la mujer. Pero no se trata más que de atrevimientos teóricos, cuyos efectos reales no se harán sentir hasta el período siguiente.

La vida masculina

Toda la vida externa, hasta la compra de los alimentos en el mercado, corresponde al hombre.

Él es el amo de su casa en la medida en que el deseo de tranquilidad doméstica no le hace ceder, como Sócrates, ante una esposa de condición agria o vocinglera. El varón puede

repudiar a su mujer, sin tener que invocar motivo o pretexto y con la única condición de restituir la dote. Puede decidir "no criar" a sus hijos, es decir, abandonarlos, "exponerlos" en la vía pública a los pocos días de su nacimiento: práctica seguida con frecuencia, sobre todo con respecto a las niñas, por razones económicas en un país pobre en el que un fuerte crecimiento demográfico representaba una catástrofe. Sin embargo, la vida en esta casa estrecha, junto a una mujer de espíritu inculto, falto de educación y de contactos sociales, no proporciona al hombre gran distracción. Por ello una buena parte del día lo pasa fuera de casa, en los lugares públicos, donde encuentra a sus conocidos, conversa, se informa, hace amistades y a veces hasta relaciones más íntimas.

En efecto, no faltan en ninguna ciudad cortesanas de toda clase. Las hay ilustres y muy cultivadas. Por ejemplo la milesia Aspasia, a la que rindió homenaje Sócrates por su inteligencia, y de la que Pericles hizo abiertamente su compañera, repudiando a su mujer legítima. A nuestros ojos sólo la disminuyen las relaciones que estableció, después de la muerte de su prestigioso amante, con un negociante de ganado que se había lanzado también a la política. Pero elevar a todas las cortesanas al rango de Aspasia sería idealizar una realidad bastante sórdida. Un discurso de Demóstenes nos introduce en un mundo donde la estafa pura y simple se codea con los más repugnantes regateos: este mundo turbio, donde se reclutaban tañedoras de instrumentos musicales y danzarinas era, con seguridad, el más frecuente.

Además de esto, el amor griego es una realidad surgida de la camaradería guerrera, del espectáculo cotidiano de la desnudez del gimnasio, de un deseo- que no es todo impureza- de proteger y de educar del "erasta", de admirar y de ser iniciado del "eromeno". En una sociedad en la 'que ideal masculino es, a favor de los ocios, el dejar florecer las virtualidades individuales, el desarrollar en un armonioso equilibrio cuerpo y espíritu, el servir a la patria en el consejo y en el campo de batalla; en una sociedad en la que las costumbres, separando los sexos hasta donde las necesidades materiales lo permiten, hacen que los hombres no frecuenten más que a los hombres y les dan el orgullo de los privilegios que se derivan de su virilidad, la moral no puede coincidir con la que han modelado en nosotros una religión y unos principios distintos.

Los más ricos prolongan estas relaciones externas ofreciendo, por la tarde, en su casa, banquetes a sus amigos. En el *andrón*, donde se guarda el mobiliario más lujoso de la casa, el huésped, que no está acompañado por su esposa, hace servir a sus compañeros de cenáculo político o intelectual, de deporte o de libertinaje, manjares refinados y vinos escogidos. Acomodados sobre lechos, servidos por esclavos, amenizados por intermedios de toda clase y en especial por las tocadoras de flauta, de lira, o de cítara a las que la ley fija un salario máximo, los convidados platican

hasta altas horas de la noche a gusto de su fantasía. Buena parte de estas reuniones vespertinas degeneran sin duda en bacanales, en las que más de uno sale descalabrado. Esto no impide creer, si no en la autenticidad al menos en la verosimilitud eventual de los relatos de Jenofonte y de Platón que colocan en el marco jovial de un "banquete", elevados debates de política, de filosofía o de ciencia, en los que participa un Sócrates que, por otra parte, es un notorio enemigo de la embriaguez.

Con frecuencia se ha comparado a la sociedad griega del período clásico con un "club de hombres", carácter que se le puede asignar con amplitud. Es en esencia la sociedad de ciudades con instituciones y costumbres que se resienten no sólo de sus remotos orígenes sino también de la guerra casi permanente. La ciudad sólo puede contar con los hombres para defender su seguridad y salvaguardar su independencia, constantemente amenazadas. Al reservarles el monopolio de los derechos políticos, los encamina hacia una vida privada que, guardándoles de toda sensiblería enervante, conserve en ellos los sentimientos que estima serán provechosos para la vida cívica. Por este camino Esparta va hasta el final, con su disciplina de cuartel y sus comidas en común de todas las tardes. Las otras ciudades griegas no llegan tan lejos: el modelo es demasiado sombrío para promover imitaciones integrales. Pero ninguna ciudad puede, ni quiere, orientarse en un sentido opuesto. Todas se limitan a establecer un compromiso entre este ideal y las aspiraciones del individuo.

CAPITULO IV

EL CLASICISMO ESPIRITUAL Y ESTÉTICO

La desigualdad en el desarrollo cultural.

De acuerdo con las condiciones que llevamos expuestas, el desarrollo de la civilización, en el sentido más amplio de esta palabra, presentó en Grecia diferencias muy sensibles. En este país todo es desigual: la riqueza, la población, los hombres ingeniosos, las actividades económicas, la vida del espíritu, las especulaciones intelectuales, etc. Por último, está desigualmente abierto a las influencias provechosas, o al menos excitantes, ejercidas por otros mundos y otras civilizaciones: el campesino que se nutre de los productos de la tierra no se preocupa por la teología de los sacerdotes de Heliópolis o por la ciencia babilónica, como no se interesa por la exportación de la pez macedónica o del bermellón de Ceos.

Es suficiente pensar en la caricatura, tan hiriente, que Aristófanes hizo de Sócrates en una ciudad donde todos le veían y podían escucharle, para adivinar cuán restringida era la minoría que gustaba de las pláticas del filósofo. Y bien sabido es que éste, cuyas cualidades cívicas nos parecen tan elevadas, fue condenado por un tribunal popular a beber la cicuta: primera e ilustre víctima de la hostilidad de las masas hacia aquéllos a los que no comprenden. En los concursos dramáticos de Atenas, los premios no eran otorgados por el voto de los espectadores, sino por los de un jurado sacado a suerte sobre una lista preparada teniendo en cuenta la competencia individual. Vemos así que el más democrático de los regímenes griegos no se dejaba llevar por ilusiones: se adaptaba espontáneamente a una situación de la que tenía plena conciencia y que dejaba subsistir amplias zonas de sombra en lo que el prestigio de las obras maestras pudiera hacernos creer uniformemente bañado de luz deslumbradora. Una gran parte de Grecia y, en los lugares más favorecidos, una gran parte de la población, no participaba en esta fiesta del alma, del espíritu y de los ojos.

La primacía de Atenas.

El predominio de Atenas en este aspecto es indiscutible. Ciertas declaraciones de oradores atenienses pueden provocar la sonrisa por su ingenuo extremismo, lleno de orgullo cuando no de simple vanidad. En realidad lo que entre ellos

rebasa la medida, es la explotación política que su patriotismo intenta sacar de esta supremacía. Como rebasan también la medida los demasiado numerosos autores modernos que, en nombre de sus éxitos y de su influencia intelectual y artística, justifican el imperialismo de la ciudad de Atenea. Los más encarnizados enemigos de éste no negaban aquélla, es más, le rendían homenaje, al menos tácito, esforzándose en levantar sus propias ciudades al mismo nivel. Pero no podían pasar en silencio que Atenas sacaba de sus aliados o súbditos griegos una buena parte de los recursos económicos que le permitían financiar sus fiestas y sus construcciones. Incluso aquellos atenienses que, por razones de política interna, se oponían a Pericles, le reprochaban la utilización de los tributos de los aliados para “dorar y embellecer la ciudad como a una mujer coqueta, recargándola de piedras preciosas, de estatuas y de templos de mil talentos". Uno de estos templos era el Partenón, con la estatua de Atenea hecha de oro y de marfil, y al evocar ambas obras de arte nos sentimos inclinados a olvidar a los que en realidad aportaron el dinero que costaron. Atenas en ese momento sacaba de su imperio casi la mitad de sus ingresos: sin el tributo para cuya recaudación no dudaba en emplear su escuadra, el Partenón no se habría levantado en la Acrópolis.

A esta explotación fiscal directa se sumaban otros ingresos. Además de su aspecto político, el Imperio ateniense presenta un aspecto económico: su existencia explica el crecimiento de El Pireo, que incluso después del hundimiento del imperio mantiene el avance tomado sobre sus competidores. La actividad de este puerto proporciona los ingresos de la aduana, procura a la industria las primeras materias y la salida de sus productos, aumentando aún los recursos de Atenas. Incluso, desde un punto de vista más amplio, multiplica los contactos humanos atrayendo a los extranjeros y facilitando los desplazamientos de los atenienses. La ciudad siente sus efectos hasta en los aspectos menos materiales.

Hay que conceder también un lugar al milagro: el de las predisposiciones naturales de la mayor parte de este pueblo que los azares de las migraciones y de las fusiones étnicas crearon en esta península, minúsculo apéndice de la Grecia central; también, el de la coexistencia en el hombre, Pericles, que dirigió la ciudad durante los años decisivos en los que el helenismo llegó a su punto culminante, de unas cualidades políticas que lo impusieron a sus conciudadanos y unas eminentes dotes intelectuales. Pero no se debe olvidar el precedente de Mileto en el período anterior: allí también, actividad, economía, riqueza, relaciones de todo orden y en todos sentidos habían coincidido con un esplendor cultural del que el nacimiento de la filosofía jonia constituye sólo la más notable manifestación. Esta repetida coincidencia no puede ser fortuita: como la civilización milesia de de los siglos VII y VI, la civilización ateniense de los si glos V y IV no se disocia, sino que de ellos

saca su savia, de las corrientes diversas que hacían entonces, de la ciudad donde se desarrolló, el centro más activo y más próspero de la vida material en el Mediterráneo oriental.

Tampoco todo lo que en ese momento se atribuye a Atenas, y parece inscribirse en su crédito, es específicamente ateniense. Los extranjeros, metecos o no, tienen un importante papel sobre el que ya hemos llamado la atención y cuya importancia proporcional es a veces muy grande. Sobre todo entre los literatos, los científicos y los pensadores, Atenas atrae y se apropia todo lo que cuenta: después de haber aprendido las lecciones de sus maestros, permanecen allí para formar discípulos, o buscar la consagración ante la minoría que se ha creado o reunido en ella. El "círculo de Pericles", con Aspasia, pero también con el arquitecto Hipódamos de Mileto, con los filósofos y teóricos Damón de Oa, Anaxágoras de Clazómenes, Protágoras de Abdera, Pitocleides de Ceos, con el historiador Heródoto de Halicarnaso, comprende tantos extranjeros como ciudadanos. Naturalmente esta atracción ejercida sobre los espíritus más libres no llega al monopolio y subsisten centros autónomos. Quedan, sin embargo, mucho más estrechamente especializados, restringidos a la continuación de una tradición local o a la acción efímera de un hombre. Isócrates, comparando Grecia con una ciudad, hablaba de "aldeas" rurales y de la "ciudad". Las realidades modernas obligan a transponer esta comparación: centros provinciales eclipsados por la capital hacia la que emigran sus mejores elementos. Atenas, "escuela de Grecia", "Grecia de Grecia", es asimismo su capital espiritual.

I. LA RELIGIÓN

La religión griega no se renueva profundamente durante el período clásico. Continúa siendo lo que era en el período precedente y ninguna de las tendencias que en ella se habían señalado ha desaparecido. Pero su vitalidad es variable, su florecimiento externo muy desigual y su evolución lleva algunas de dichas tendencias fuera del terreno religioso.

La devoción popular.

La devoción popular, la menos conocida porque es la menos espectacular y la más humilde en sus manifestaciones, continúa siendo ardiente, con todo lo que comporta de superstición e incluso de prácticas groseras. Las bajas clases sociales y en particular las rurales satisfacen su necesidad de fe y de protección cumpliendo ciertos ritos, cuyo sentido original les escapa con frecuencia, visitando innumerables santuarios locales con divinidades familiares surgidas de remotas tradiciones, que se conforman con sus modestos exvotos.

Todo esto, muy materializado, destinado a procurar un socorro inmediato en las dificultades cotidianas, a preservar el ganado y la próxima cosecha, a hacer menos penosas y dolorosas las etapas de la humana existencia, desde los dolores de parto hasta los terrores de la muerte. Corresponden estas ideas a espíritus muy simples que continúan sintiendo muy próxima la presencia oscura de fuerzas superiores a las que se puede conjurar o influir con fórmulas que nada tienen que ver con la lógica. Estas recetas las dicta el temor y no la emoción o el sentimiento propiamente religioso. Su arcaísmo, su estilo llano, están hechos para sorprender a cualquiera que no piense que existen zonas de sombra hasta en la más luminosa de las civilizaciones.

En ciertos momentos estas supersticiones conocen un gran éxito que arrastra incluso a las minorías inteligentes a pesar de sus repugnancias. El día de Salamina, explica Plutarco, mientras Temístocles sacrificaba, le fueron llevados tres jóvenes prisioneros persas, sobrinos de Jerjes. Un adivino vio entonces elevarse una llama en medio de las víctimas y oyó estornudar a su derecha. Enseguida ordenó "consagrar", es decir inmolar, los cautivos a Dionisios *Ormestes*, "devorador de carne cruda". Temístocles se resistió al principio, pero la multitud le obligó a obedecer. Sería fácil añadir otros episodios a éste: el asunto de la mutilación de los Hermes, el proceso de los estrategas de las islas Arginusas, la condena a muerte de Sócrates acusado de "no reconocer los dioses de la ciudad y de introducir otras divinidades que son nuevas". Estas explosiones de cólera popular no están animadas de ningún misticismo y se constata así a qué desenfrenos de turbio y salvaje instinto podía abandonarse en momentos de inseguridad el pueblo ateniense, justamente reputado en general por su humanidad y por la elevación filosófica y estética que alcanzaba su religión oficial.

Los cultos panhelénicos.

Los cultos panhelénicos subsisten igualmente, de forma paradójica, en un mundo desgarrado por las guerras intestinas.

Los oráculos, aunque continúan teniendo una numerosa clientela, no están tan acreditados como en otros tiempos. Los Estados los consultan menos o no se dejan impresionar tanto por sus respuestas. Pericles, para reforzar la autoridad de ciertas medidas políticas que pensaba adoptar, pidió y obtuvo el apoyo de Delfos. Pero sacó de ello escaso provecho y se extiende la sospecha de que el oráculo, oportunista, olfateaba los vientos políticos o cedía ante presiones inconfesables. Se le acusa concretamente de corrupción y de sumisión a los poderosos. No se duda en estimar y en declararlo públicamente que después de haber "medizado" antes de Salamina, la Pitonisa "laconiza", "beotiza" o "filipiza". De hecho, en el siglo V la segunda y sobre todo, en el IV, la tercera y cuarta "guerras sagradas", llevadas en nombre del dios contra los "sacrílegos", no son ni

pueden ser comprendidas por los contemporáneos más que como guerras ordinarias, provocadas por los opuestos apetitos de dominación y dando lugar a coaliciones diplomáticas y militares en las que la religión no es más que un pretexto. Incluso Esparta, donde la piedad hacia el Apolo pítico había sido siempre tan viva, por odio a Tebas sostiene a los focidios que, instalados en Delfos, pagan a su ejército de mercenarios con el tesoro del dios, y, cuando Filipo de Macedonia, para combatir a los sacrílegos, hace que sus soldados se coronen con el laurel de Apolo, nadie se engaña ante esta comedia.

Una situación análoga a la de Delfos se produce en los otros santuarios. El de Delos está demasiado infeudado a Atenas para continuar recibiendo el homenaje espontáneo de todos los jonios. Sólo el temor conserva a sus fiestas la apariencia de reuniones internacionales: en realidad su amplitud varía en función del poderío de la ciudad protectora. Los délicos tienen una conciencia tan clara de ello que, aun antes de la victoria de Filipo sobre Atenas, intentan, aunque vanamente, dirigiéndose a Delfos, es decir en la práctica al rey macedonio, obtener la independencia. La propia Olimpia, separada de las grandes vías codiciadas y el más neutral hasta entonces de los santuarios de primera categoría, sufre desde el siglo IV vicisitudes de origen político: Esparta impone por la fuerza la docilidad a la ciudad de la que el santuario depende; después, como el de Delfos, el tesoro de Olimpia es amonedado para hacer la guerra, y las rivalidades se exasperan hasta el punto que se llega a combatir dentro del propio recinto sagrado.

Los grandes juegos. Los cultos panhelénicos, lejos de servir a la pacificación del mundo griego, introducen en él nuevos motivos de discordia: la rivalidad entre los Estados no respeta ya las barreras morales que, aparte de raras y escandalosas excepciones, le constreñían antiguamente.

No obstante, los cultos subsisten. Continúan celebrándose con fasto, y la ardua competencia que suscita la administración de los santuarios prueba, al propio tiempo que la riqueza de sus tesoros, el prestigio que todavía va unido a sus nombres. Las suscripciones afluyen para reconstruir el templo de Delfos, destruido en 373 por un temblor de tierra. La celebración de los grandes juegos se acompaña siempre de treguas sagradas, violadas rara y excepcionalmente. Más que nunca atrae a las multitudes de peregrinos que se saben seguros en los caminos que llevan al santuario. El renombre de los vencedores es mayor, así como los honores que les confieren sus patrias, orgullosas de una gloria que redunda en prestigio para ellas. Los poetas reciben encargos de odas de circunstancias para celebrar estos éxitos. Todavía en 356, como los tiranos del siglo VI o de principio del V y como Alcibíades, que hacían servir para aumentar la reputación las victorias de sus atletas, Filipo de Macedonia se congratula de la noticia de tres acontecimientos que llegan a su conocimiento al mismo

tiempo: la derrota infligida a los ilirios por uno de sus generales, el nacimiento de su hijo Alejandro y la victoria de su tronco de caballos en los juegos olímpicos.

No obstante, la persistencia del prestigio y el crecimiento del fasto no pueden ocultar la realidad: espectadores y competidores se preocupan cada vez menos del dios cuya fiesta tiene por principal episodio los concursos. Éstos se convierten en un espectáculo y dejan, en la práctica, de ser una ceremonia religiosa. Los retóricos aprovechan la presencia de las multitudes para leer o recitar discursos que han venido puliendo día tras día: ninguna ocasión mejor para darse a conocer y para atraer clientes o discípulos. Los organizadores multiplican las pruebas y las diversifican, con el fin de que su fiesta no quede desmerecida en comparación con las demás y para sostener el interés y aumentar el número de los participantes. Los atletas, para perfeccionar su técnica, se someten a un entrenamiento severo: se convierten en profesionales, seguros de reembolsarse en seguida, y con creces, el esfuerzo que hayan hecho.

De esta forma el espíritu de los grandes juegos se transforma. Como en otros tiempos, los griegos toman en ellos conciencia de su comunidad étnica y lingüística y hasta se podría decir nacional, aunque este matiz fue completamente ineficaz. Pero a medida que fue pasando el tiempo, cada vez más, la fiesta religiosa no fue para ellos más que una ocasión y un pretexto de festejos colectivos. El fervor desaparece; el concurso deja de ser la pura ofrenda de un esfuerzo gratuito dedicado a una divinidad que, dando la victoria al mejor, no designa al más rápido o al más fuerte sino al que ella aprecia más. El Apolo de Delfos dispensaba, con la ayuda de máximas de corto alcance en todos los sentidos, un esbozo de enseñanza moral: "Conócete a ti mismo", "No te excedas", etc. El Zeus de Olimpia no se arriesgó nunca a nada parecido y el atletismo que patrocinaba, aunque pudo servir a las cualidades corporales del pueblo griego, se despojó, precisamente en el curso del período clásico, del carácter religioso de que había estado revestido en sus orígenes.

Los misterios de Eleusis.

Este carácter religioso se puede percibir todavía en los santuarios donde alternan fieles de naciones distintas, pero sólo en aquellos donde se otorga una iniciación a los misterios. Su número es bastante considerable, pero sólo uno acrecienta sus fieles sin cesar: el santuario de Eleusis, en el Ática.

El contarse entre los iniciados no es difícil, pues incluso los esclavos son admitidos; sólo quedan excluidos los homicidas y los bárbaros. Conocemos mal sus ceremonias, lo suficiente, sin embargo, para saber que en ellos se mezclaban, con ritos tomados de los cultos agrarios -tres divinidades de la vegetación, Deméter, su hija Coré y Dionisios, estaban asociados en el culto de Eleusis- revelaciones sobre el más allá. Ésta fue una de las causas, considerable y duradera, del éxito

de estos misterios. Los más excelsos espíritus de la Antigüedad estuvieron acordes en hacer su elogio, lo que obliga a suponer que se daba una interpretación simbólica a ciertas representaciones y exhibiciones. La idea de la muerte, eterno tormento del hombre, encontraba en ellas una explicación. Después, el iniciado esperaba sin miedo la hora fatal. "Tres veces felices aquellos mortales", escribió Sófocles, luego imitado por muchos otros, "que, después de haber contemplado estos misterios, marcharán a la mansión de Hades; para los demás todo será sufrimiento." Saber de qué naturaleza podía ser esta revelación, fórmulas mecánicas contra los peligros terroríficos o enseñanza doctrinal propia para satisfacer a una multitud con aptitudes intelectuales infinitamente variadas, constituye uno de los más impenetrables problemas de la religión de la antigüedad griega. Los iniciados se comprometían a guardar silencio y ningún secreto ha sido mejor conservado que éste, que fue confiado, a lo largo de los siglos, a decenas de millares de seres.

Una de las particularidades del culto de Eleusis era el dirigirse al individuo aislado, aparte de toda condición jurídica, de toda influencia familiar o cívica, sólo como lo estaría en el día de su muerte. Los progresos de estos misterios fueron paralelos a los de la democracia ateniense que había triunfado liberando al ciudadano de la opresión de los grupos familiares. Atenas consiguió con Eleusis un éxito excepcional. De un culto protegido por la ciudad y controlado por sus magistrados, y que se celebraba en un santuario de su propiedad, supo hacer un culto panhelénico. Le fue necesario para ello renunciar a algunas de sus pretensiones: fracasó cuando en el siglo V invitó a todos los griegos a consagrar a las diosas de Eleusis, que habían revelado a los hombres los secretos del cultivo del trigo, las primicias, es decir una parte, de sus cosechas. El éxito internacional no se afirmó hasta que la neutralidad política se hizo indiscutible, cuando se hizo general la convicción de que, aunque culto de la ciudad, el de Eleusis no era un culto cívico.

Los cultos cívicos

La religión griega clásica está ligada de manera particularmente íntima a la ciudad. Esta relación contribuye a hacer de la polis el centro de la civilización griega, ya que el desarrollo religioso provoca el de otros aspectos de esta civilización.

La ciudad tiene sus divinidades y sus cultos de todo orden, de todos orígenes, de importancia desigual a sus propios ojos, adoptados en época más o menos reciente y por razones muy variadas. Figuran en lugar principal las divinidades llamadas "poliadas", es decir aquellas reputadas de proteger especialmente la polis, pues la ciudad se proclama suya, considerando su culto como su institución fundamental, la expresión y la garantía de su pacto social. Así, Atenas es la ciudad de Atenea, que con esta advocación es llamada Atenea Polias. No sabemos en qué medida conserva esta Atenea sus-

tancialmente su carácter, pues recibe culto asimismo como Atenea Egarn ("obrera"), Prómachs ("que combate en primera fila"), Niké ("Victoria"), Hygieia ("salud"), etc. Por otra parte los cultos políados se acompañan con el de otras divinidades.

La naturaleza de estas divinidades es de una extrema diversidad. Grandes dioses del Olimpo, especializados o no por un epíteto o advocación, se encuentran al lado de antiguos dioses familiares; héroes asociados a la historia de la ciudad junto a divinidades extranjeras a las que se ha querido despojar de su hostilidad. La lista no se da nunca por cerrada, pues existe el temor de desagradar con ello a alguna potencia sobrenatural, y con suma facilidad es ampliada. Así, no existe un culto, sino unos cultos de la ciudad. Algunos pueden estar relacionados entre sí, de manera más o menos íntima, por el mito o por las circunstancias de su adopción oficial. Pero nada los une a todos en un conjunto orgánico. La decisión de la ciudad los ha yuxtapuesto sin fundirlos; el único rasgo que les es común es la vecindad geográfica en un mismo territorio y los actos - mucho más que las almas de los hombres.

Incluso estos actos varían muchísimo. Fiestas, sacrificios, ofrendas y plegarias, idénticos en esencia, difieren en sus detalles y se organizan en innumerables combinaciones. Además, las prescripciones relativas a cada culto no están fijadas *ne varietur*. Nunca son derogadas formalmente, pero se dejan caer en desuso hasta un renacimiento siempre posible. Al propio tiempo otras se extienden, se diversifican y se enriquecen: para ello es suficiente una decisión dictada por el capricho de la moda o de la popularidad y a veces por la política.

Intolerancia y liberalismo.

Esta fluidez en la lista de los cultos cívicos y en su ritual muestra a las claras que las divinidades políadas no muestran un exclusivismo celoso ni son demasiado estrictas en sus exigencias. El politeísmo facilita la tolerancia. No existe un clero constituido en casta que pudiera estar inclinado a velar por los privilegios de sus dioses. Los cargos sacerdotales forman parte de las funciones públicas ejercidas durante un tiempo limitado por ciudadanos a los que no se exige ningún conocimiento especial y que son designados por un procedimiento de elección o sorteo parecido al que sirve para designar a los magistrados. Incluso, con frecuencia, éstos añaden a sus atribuciones administrativas o políticas ciertas funciones religiosas que cumplen siguiendo las indicaciones de empleados versados en el conocimiento de los ritos y de las fórmulas. Tampoco existe un dogma propiamente dicho, pues los mitos que ocupan su lugar presentan innumerables variantes.

La legislación protege la religión cívica; al menos éste es el caso de Atenas, donde está previsto el crimen de "impiedad", castigado con las más graves penas. Aunque sirva raramente, el arma existe y es terrible. No se duda en usarla cuando el Estado parece en peligro o cuando, más o menos sinceramente, se estima que ciertas prácticas afectan, de manera escandalosa, a las buenas

costumbres: Demóstenes hizo condenar a muerte a una mujer y con ella a toda su familia, bajo la inculpación de magia y embrujamiento. No se puede, pues, atribuir, ni a la democracia ateniense, un espíritu de ideal tolerancia.

Pero hay que señalar también que los cultos extranjeros no están excluidos por este hecho, ni siquiera son sospechosos. Asimilado con facilidad a Zeus, el dios del oasis líbico, Ammón, llegó, por intermedio de Cirene, al continente europeo surgiendo en seguida muchos santuarios suyos en los que muchos griegos de las clases superiores, incluido el espartano Lisandro, no esperaron el ejemplo de Alejandro para consultar los oráculos. A causa de su puerto de El Pireo, al que llegaban marinos, comerciantes y viajeros de todas las naciones, Atenas debió mostrarse particularmente acogedora. En principio dejó que se constituyesen, a título privado, asociaciones que adoraban las divinidades más exóticas, tales como Bendis, venida de Tracia, Isis de Egipto, la Gran Madre de Frigia, Adonis y Astarté de Siria. En ellos los ciudadanos se mezclaron con los extranjeros y con los metecos sin tener que disimular y sin exponerse a ningún reproche. Después, la ciudad admitió la mayor parte de estas divinidades en el culto oficial.

Tanto liberalismo, o más bien permeabilidad, puede sorprender. La ciudad, que tan orgullosa estaba de su independencia política y de la pureza étnica de sus ciudadanos, abría, con sus propias manos, brechas profundas en su originalidad religiosa dejándose contaminar por las religiones de los bárbaros. Platón daba prueba de una mayor lógica al pedir que se proscribieran con severidad los cultos extranjeros. En realidad el Estado griego cedía a una corriente irresistible, como más tarde debería ceder el Estado romano. La mayor parte de los ciudadanos, por poco que se hubiesen desprendido de las supersticiones de la devoción popular, no encontraban en el culto de los dioses propiamente griegos ni el calor ni el entusiasmo que hubiesen satisfecho sus necesidades de emoción íntima. Por esta causa las buscaban en otras partes e imponían al Estado los cultos donde las encontraban.

La minoría selecta, la religión cívica y las fiestas.

En apariencia, la religión cívica se limitaba a los ritos. En un diálogo de Platón, Sócrates hace decir a su interlocutor: "Saber hacer lo que es agradable a los dioses, rogando y sacrificando, es lo piadoso, lo que asegura la salvación de las familias y de las ciudades." La masa de los ciudadanos no veía más lejos. Sólo la filosofía permitía introducir en esta religión mecánica un sentimiento más hondo. En una parte de la minoría selecta, sobre todo en el siglo V -Pericles, tal como lo conocemos, es su más preclaro representante-, la interpretación racional proporciona la solución: sublima la religión de la ciudad con una abstracción espiritual y moral que aunque se eleva a gran altura se mantiene fría. En el siglo IV, al contrario, con

Platón, los mitos sirven de soporte a un misticismo que intenta crear una comunión entre las aspiraciones internas del alma y ciertos principios inmateriales. Pero estas dos tendencias sobrepasan las posibilidades del ciudadano medio.

Sea cual sea la interpretación que se les aporte, los dirigentes de la polis se esfuerzan en dar esplendor a los ritos de la religión cívica. Tucídides hace decir a Pericles: "Hemos recreado al espíritu con sacrificios y juegos periódicos." De hecho se tenían en cuenta las diversiones y el descanso necesarios de la población: los griegos desconocían nuestro domingo, que corona la sucesión de los días de labor. En dichas ceremonias intervenían además otras razones. En primer lugar el deseo de asociar, y por tanto de unir, a todos los miembros de la ciudad en un homenaje colectivo a sus dioses protectores, es decir, en realidad, a la misma ciudad: fundida con un interés egoísta, la religión servía de base al patriotismo. A continuación el deseo de atraer a los aficionados a los espectáculos bellos y reafirmar, entre los extranjeros, el renombre de piedad ferviente de la ciudad, con el fin de afirmar su prestigio y con la secreta ambición de elevar la fiesta municipal al rango de fiesta panhelénica.

Todas las ciudades participaban en este afán de superar a las demás. Hasta Esparta, a la que sus adversarios afeaban la vida triste y monótona – la frase de Pericles citada más arriba se explica, como toda la oración fúnebre de la que es parte, por una comparación implícita y desfavorable al enemigo-, celebraba numerosas fiestas, con procesiones y cantos de coros alternados, de los que sus admiradores alababan la pureza arcaica. Pero Atenas, favorecida por su riqueza y por el gusto refinado de sus dirigentes, favorecida también ante la posteridad por la extensión y el valor de la documentación literaria y artística que nos ha dejado, eclipsó en este terreno a todas sus rivales. Pero dejando aparte las fiestas de Eleusis de las que ya se ha señalado el éxito excepcional, hay que indicar que únicamente la existencia del Imperio griego ha podido dar en forma esporádica un carácter en parte panhelénico a las fiestas más célebres de Atenas. Las ofrendas llevadas a su diosa Atenea por las delegaciones de sus aliados no expresaban en realidad más que el reconocimiento de su fuerza material: ir a rendir homenaje a las divinidades de una ciudad extranjera era evidentemente incompatible con la pasión de independencia que animaba a cada ciudad, por débil que fuese.

Las Panateneas. La gran fiesta de Atenea llevaba el nombre de Panateneas, que recordaba la fundación de la ciudad y la unificación política de todos los atenienses.

Su celebración era anual, pero revestía un carácter más importante cada cuatro años. Su creación remontaba al segundo cuarto del siglo VI, entre Solón y Pisístrato. Los tiranos primero y la democracia a continuación habían puesto orden y diversificado el programa, que duraba nueve días.

Se efectuaban concursos de toda clase. Unos, artísticos: de declamación o de "música", es decir, de canto con acompañamiento instrumental; otros, hípicos o gimnásticos, individuales o por equipos, de fuerza o de agilidad, con pruebas adaptadas a la edad de los concursantes, chiquillos, jóvenes y hombres: carreras a caballo, danza de las armas, *lampadedromía* o carrera de la antorcha. Los vencedores de las competiciones recibían, como premio, ánforas -las famosas ánforas "panateneas", fabricadas y adornadas especialmente para los juegos- llenas del aceite que producían los olivares de la diosa.

El principal episodio de la fiesta no tenía lugar hasta el último día. Era una larga procesión, encabezada por los personajes oficiales y en la que figuraban hasta los metecos. Salía del noroeste de la ciudad y conducía a los templos de la Acrópolis las víctimas y las ofrendas. Entre éstas, la pieza más notable era el *peplos*, destinado a la vieja estatua de Atenea. Había sido tejido y bordado, durante cuatro años, por las hijas de las mejores familias, según unos modelos aprobados por las autoridades, que tenían siempre por tema la lucha de Atenea contra los gigantes. Esta procesión y sus ofrendas constituían el homenaje a la divinidad políada por excelencia, diosa de la ciudad entera y de todos los que en ella viven unidos, participando en un mismo pensamiento de agradecimiento y de esperanza.

Las fiestas de Dionisios y las representaciones teatrales

Si la procesión de las Panateneas, evocada en el friso del Partenón, nos hace sensibles de forma inmediata las relaciones entre la religión y el arte, las fiestas de Dionisios nos conducen al conocimiento del teatro y por él al de la vida literaria.

Durante el invierno y al principio del buen tiempo, cada año, se celebraban varias fiestas dionisíacas. Tenían lugar en el campo, de donde eran originarias, pero también en la ciudad. Fue para una de éstas, las Dionisias urbanas, cuando en el siglo VI se instituyeron las representaciones teatrales que rápidamente se hicieron populares; hasta pequeños barrios a extramuros de la ciudad tuvieron empeño en organizar representaciones de esta clase, lo que indica el gran éxito que tenía este aspecto de la fiesta. Las representaciones consistían en una procesión y, una vez ésta acabada, en la celebración de concursos musicales, trágicos o cómicos. Ciudadanos ricos, los llamados "coregas", costeaban la enseñanza y vestido de los coros de música y baile puestos a la disposición de los autores cuyas obras habían sido seleccionadas por un magistrado. Estos coros defendían en las competiciones la causa de la tribu del corega y la fama de la victoria, después del fallo del jurado, era tanto para el corega como para el autor. Se comprende así el nacimiento y el esplendor, tan rápido, del teatro ateniense.

Evolución de las fiestas.

Organizadas con tanto cuidado por las autoridades, siendo ocasión de tantos dispendios, estas fiestas sobrepasan ampliamente el marco religioso. Conservan de su origen los rasgos fundamentales: los sacrificios, las ofrendas, las procesiones y la forma de los concursos. Estos últimos responden al mismo pensamiento de emulación en el esfuerzo de que se hace homenaje a la divinidad que las pruebas gimnásticas de los juegos panhelénicos. Pero pronto aparecen otros caracteres, unos deseados por la minoría dirigente y otros resultado de una evolución natural, que poco a poco transforman las fiestas. Sus ceremonias sirven de propaganda internacional de la ciudad y refuerzan la cohesión moral del pueblo.Proporcionan a éste asimismo, además de una "distracción", elementos, con frecuencia preciosos, de información intelectual y estética.

Precisamente porque percibían sus felices efectos en este aspecto, los gobernantes de la democracia ateniense procuraron no restringir sus beneficios ofreciéndolos sólo a las clases pudientes. Desde los tiempos de Pericles, los pobres recibían del Estado una indemnización que les permitía adquirir el derecho de entrada al teatro, entonces simple andamiaje que formaba una gradería de madera montada por contratistas, pues el teatro permanente de mármol y de piedra en la ladera sur de la Acrópolis no estuvo acabado hasta finales del siglo IV, cuando el demo de El Pireo ya había construido el suyo. La indemnización "para el espectáculo" (el "teórico") fue aumentando y se pagó en ocasión de fiestas que no ocasionaban ningún dispendio al espectador, sino tan sólo la pérdida del salario del día festejado. Privado de toda justificación seria, el "teórico" se convirtió de hecho en un socorro financiero que, sumado a los misthoi, fomentaba la ociosidad de los ciudadanos, contribuía a apartarlos del trabajo productivo en provecho de los metecos y, al mismo tiempo, consumía una parte, que habría sido muy útil, de los recursos públicos.

Hacia la misma época, en el siglo IV, el número de obras nuevas representadas en ocasión de las fiestas dionisíacas fue disminuyendo y se estableció la costumbre de volver a representar en cada fiesta una obra escogida en el repertorio de los grandes éxitos del siglo V. Esta práctica se justificaba por la baja calidad de las obras recientes; pero no podía contribuir a remediarla. La preocupación de procurar al público, con seguridad, la distracción que éste exigía, reducía de esta manera el concurso a la rivalidad de la presentación en la escena, de los coros y de los actores.

Una evolución paralela aumentaba la importancia del actor en el concurso escénico. Al principio había sido casi nula, pues muchas veces el intérprete era el propio autor. Pero a medida que el número de personajes de la obra aumentaba, se hizo patente todo lo que el talento y la experiencia de los intérpretes podía añadir de interés a la representación, y aún al valor de la obra.

Aparece entonces el actor profesional, como al mismo tiempo aparecía en los juegos el atleta profesional. Los actores pasaron a participar en los concursos y recibieron coronas como los coregas y los autores. Organizados compañías se dedicaron a ir de ciudad en ciudad dando representaciones reguladas según minuciosos contratos. Algunos de estos artistas alcanzaron una popularidad internacional; sus desplazamientos y la relación amistosa que muchas veces establecieron con los dirigentes, les permitieron mezclarse en negociaciones diplomáticas. En todo caso, su reputación, mucho más que la fe, atrajo a las multitudes ávidas de espectáculos de calidad.

Todos estos cambios que marchan paralelos, denuncian la deformación del espíritu que, primitivamente, había animado las fiestas religiosas. Lo que en principio no constituía en ella más que aspectos secundarios o complementarios, fue convirtiéndose en esencial. Su carácter propiamente religioso se borraba ante los aspectos recreativo, estético, moral y político. La religión ya no era más que una ocasión y un pretexto.

II. EL ARTE

Este período es el más hermoso del arte griego, cuyas producciones se cargan de su más amplia significación humana. La extensión general y duradera de sus enseñanzas obliga a ver en él, en este momento, al arte clásico por excelencia. La inteligencia, el sentido de la medida y de la armonía que lo dominan, son propios para satisfacer al hombre de otros tiempos y de otros países, por poco que coloque lo racional por encima de lo sensible. Con todo, este arte está ligado a la *polis*, a su religión, a las condiciones de su vida colectiva, a su concepción del hombre; le está tan unido que pierde su grandeza generalizadora cuando la polis, habiendo sobrepasado su apogeo, empieza su decadencia. Uno de los más atrayentes y admirables aspectos del "milagro griego" es precisamente este paralelismo entre las tendencias estéticas de un grupo humano en un instante de su historia y las aspiraciones permanentes del hombre. Hay que buscar su secreto en el esfuerzo de interpretación y de organización lógica a que los artistas griegos someten lo real para trasponerlo más allá de lo contingente, de lo confuso y de lo pintoresco, a un plano a la vez ideal y verdadero, en el que se pueda alcanzar una belleza que no sea pasajera.

La competencia en el esfuerzo arquitectónico.

Como ya sabemos, la arquitectura se preocupa poco entonces por la vivienda del hombre y en muy pequeña escala de las necesidades civiles de la ciudad. Los trabajos edilicios ejecutados por los tiranos, sus plazas públicas, sus fuentes y sus acueductos no tienen continuación en los regímenes que les suceden y que, en este aspecto, se

limitan a construcciones inmediatamente utilitarias: murallas, arsenales, almacenes públicos, sin ninguna preocupación de carácter ornamental. La ciudad consagra sus recursos a servir y honrar a sus dioses, adornándose con los testimonios de su propia piedad.

Es más, reserva su esfuerzo principal a las mansiones de los dioses, los templos. Las construcciones útiles para la celebración de ceremonias o de fiestas religiosas, sin estar descuidadas por completo, no ocupan más que un segundo plano. El teatro, a pesar de su utilidad para la comodidad de los espectadores, no aparece como edificio permanente antes de principios del siglo IV. En este aspecto, a pesar del éxito de sus Dionisíacas, Atenas se dejó adelantar por muchas otras ciudades.

Es digno de señalarse que los grandes santuarios panhelénicos intentan superar esta actividad de las ciudades y lo consiguen en gran parte. Algunas polis construyen todavía en el interior de los recintos sagrados. La tradición de las edificaciones de los siglos VII y VI es continuada por los "tesoros", como el que los atenienses consagraron en Delfos después de la victoria de Maratón. Pero progresivamente esta moda se atenúa, limitándose a ofrendas más modestas, estatuas y exvotos variados. Empero los administradores de los grandes santuarios suplen esta carencia de las ciudades, emprendiendo ellos mismos las construcciones, gracias a las riquezas propias del dios que los donativos de todas procedencias continúan acrecentando: así, en el *hierón* de Delfos, el templo de Apolo, destruido en 373, pudo ser reconstruido gracias a las generosidades internacionales, aunque no sin una cierta lentitud -unos cuarentra años-, justificada, no obstante, por los disturbios de la tercera guerra sagrada. Los mismos esfuerzos y los mismos resultados se observan allí donde, a diferencia de Delfos controlado por la anfictonía, la administración del santuario pertenece a una ciudad: el aflujo y las piadosas liberalidades de los peregrinos ofrecen los recursos necesarios. Éste es el caso de Olimpia, en la que el gran templo de Zeus se construye poco antes de 450 y los edificios se multiplican en el *Altis*. Es el caso asimismo de la pequeña ciudad de Epidauro en Argólida que, servida por la popularidad creciente de los milagros de su dios sanador, Esculapio, pudo en el siglo IV, con una rapidez notable, arreglar su santuario, levantar su templo, el misterioso edificio circular de su *tholos* y su teatro de 14.000 asientos.

Producen, sin embargo, mayor impresión las ciudades que, desprovistas de un excepcional prestigio religioso, dan entonces el espectáculo de una competencia monumental, que la limitación de sus recursos absorbidos por tantas otras preocupaciones hace verdaderamente emocionante. Claro que la vanidad no está del todo ausente, pero no es suficiente para explicarlo todo, en particular para las ciudades que, alejadas de las grandes corrientes de circulación humana, eran y se

sabían oscuras y destinadas a continuar siéndolo. Hay que conceder un amplio margen a la devoción sincera y al gusto por las cosas bellas. El movimiento había salido, en el período precedente, de regiones casi excéntricas del mundo griego, de Asia Menor y de Occidente, donde la prosperidad económica era mayor. El empobrecimiento ulterior, consecutivo a la amenaza o a la realidad de la presión bárbara, provoca su decaimiento. Inmediatamente después de las Guerras Médicas, la Grecia europea, en éste como en los otros terrenos, se pone en cabeza y, a partir de la mitad del siglo V, Atenas supera a todas sus rivales por la amplitud y el esplendor de su esfuerzo. Además, cuando los atenienses cesan en el esfuerzo en los últimos años de la guerra del Peloponeso, después de haber acabado el Erecteión y el templo de Atenea Niké, la Grecia europea no renuncia a la empresa. A fines del siglo V y a principios del IV, el impulso se ramifica, llegando a pequeñas ciudades, como, por ejemplo, la aldea arcadia de Bassai, al propio tiempo que los progresos de la helenización entre los indígenas hace surgir un rebrote en Asia Menor. En este movimiento de contracción hacia el centro que parecía atraer hacia sí todas las grandes corrientes de la civilización helénica, y después en ese relajamiento que hacía volver el impulso creador hacia células ínfimas y hacia una periferia poco a poco reanimada, es posible ver como un símbolo abreviado de la historia griega.

Tradición y perfección arquitectónicas.

Por variada que sea en su extensión geográfica la actividad arquitectónica, no derivó nunca hacia unas formas regionales esencialmente diferentes.

El templo, en efecto, conserva el aspecto general que le habían dado los siglos anteriores. Su forma no fue abandonada más que en casos muy especiales que, por otra parte, no podemos en la actualidad valorar. Éste es el caso de los *tholoi* de Epidauro y del pequeño santuario de Marmaria, junto al *hierón* délfico, y también del complicado edificio del Erecteion ateniense, destinado a la conservación de las viejas reliquias y de las más antiguas tradiciones religiosas de la ciudad, con su exquisita tribuna-pórtico de las Cariátides, cuyo encanto no puede hacer olvidar su carácter enigmático. Estas excepciones representan adaptaciones a casos específicos y no innovaciones surgidas de una voluntad eficaz de renovación a la que se hubiera opuesto la fuerza de la tradición.

Tampoco cambia el plano de conjunto, que repite siempre, esquemáticamente, una sala rectangular precedida, en sus dos extremidades, por unos pórticos coronados de frontones triangulares. Ni hay solución nueva para el problema del techo que, como en tiempos antiguos, impone la restricción de la anchura entre los muros o el recurso de unas columnas interiores. Estas similitudes esenciales no excluyen las particularidades individuales: presencia o ausencia de una

44.—La Acrópolis de Atenas.

43.—La rada de Salamina.

42.—El templo D. de Agrigento.

separación y altura de las columnas, columnata periférica, dimensiones y disposición del espacio interno, etc. Algunos templos, por las proporciones de sus columnas, la disposición de su entablamento, la repartición de su decoración escultórica, observan estrictamente los principios

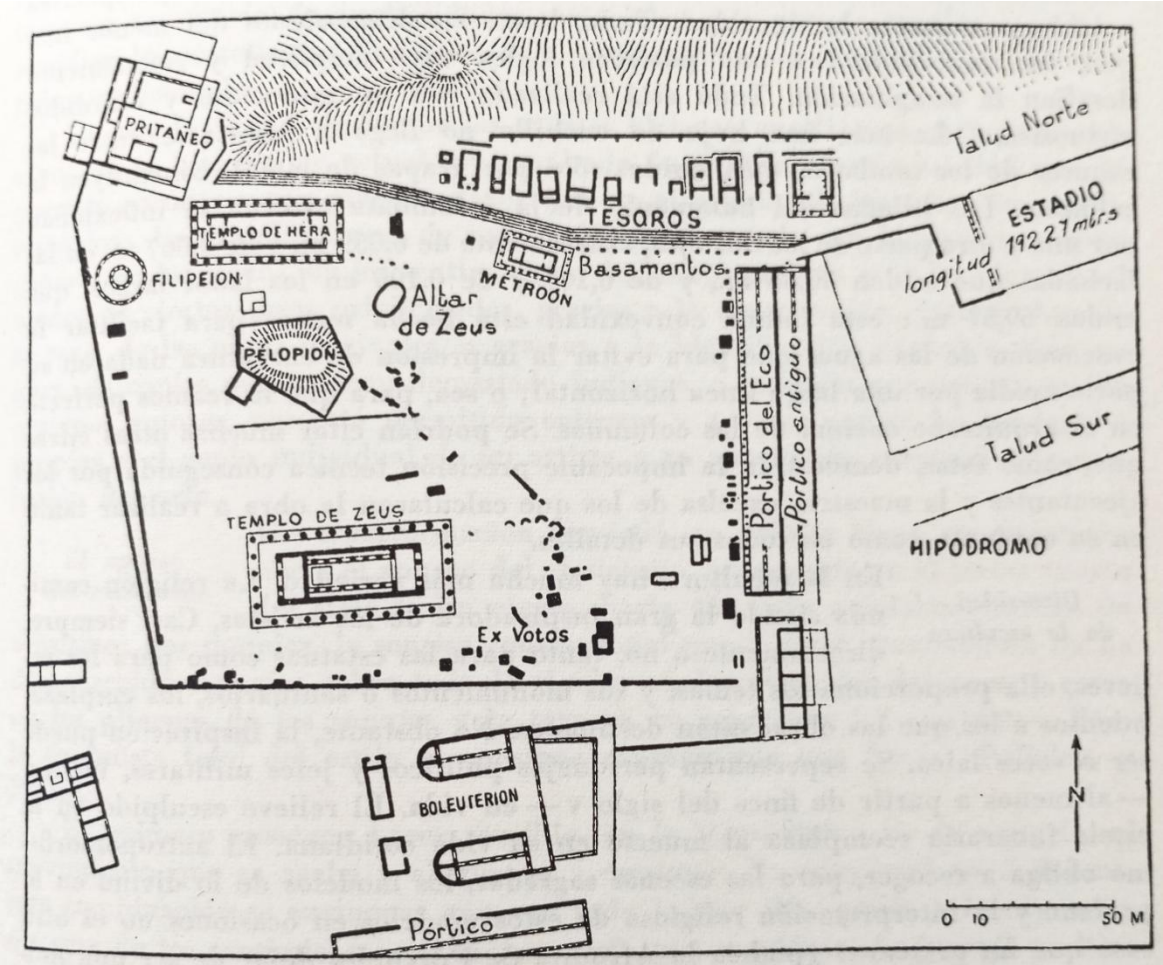


Fig. 29. — Plano del Altis, recinto sagrado de Zeus, en Olimpia, a fines del siglo IV antes de Jesucristo.

de un orden, el dórico o el jónico. Otros, los combinan con éxito creciente, aumentado por la aparición, hacia fines del siglo V, de una nueva columna, la columna "corintia" de exuberante capitel. Pero éstos no son más que simples matices, ninguno de los cuales puede ser considerado como revolucionario.

El verdadero esfuerzo de los arquitectos va hacia la búsqueda de una armonía general y de la perfección en los detalles más sutiles. En este aspecto, si bien hubo otras obras más elegantes en su

delicada belleza que el Partenón de Atenas, ninguna como ella es más racionalmente majestuosa en el equilibrio de las proporciones, más suntuosa en la elección de los admirables mármoles extraídos del Pentélico, más magistral en su talla y en su ajuste, más calculada en la corrección de los errores que podrían provocar la perspectiva o la impresionante luminosidad. Todo, hasta las dimensiones del menor bloque, fue concebido con una potencia lógica cuya amplitud y refinamiento desafían la imaginación. Todo está realizado con un minucioso y aturdidor virtuosismo. La más fina hoja de cuchillo no llega a insertarse entre las ranuras de los tambores que, unidos sólo por grapas de metal, constituyen la columna. Las hiladas del basamento de la columnata externa se inflexionan por una y otra parte de los dos ejes, exactamente de 0,059 m. y de 0,067 m. en las fachadas que miden 30,86 m., y de 0,107 y de 0,109 en los lados largos, que miden 69,51 m.: esta ínfima convexidad está hecha menos para facilitar la evacuación de las aguas que para evitar la impresión de curvatura dada en su parte media por una larga línea horizontal; o sea, para que la veamos perfecta en el arquitrabe encima de las columnas. Se podrían citar muchas otras cifras que, como éstas, demuestran la impecable precisión técnica conseguida por los ejecutantes y la maestría excelsa de los que calcularon la obra a realizar tanto en su conjunto como en todos sus detalles.

Diversidad de la escultura.

En la escultura hay mucha más variedad. La religión continúa siendo la gran inspiradora de los artistas. Casi siempre, directamente o no, tanto para las estatuas como para los relieves, ella proporciona los temas, y sus monumentos o santuarios, los emplazamientos a los que las obras están destinados. No obstante, la inspiración puede ser a veces laica. Se representan personajes políticos y jefes militares, incluso - al menos a partir de fines del siglo V- en vida. El relieve esculpido en la estela funeraria reemplaza al muerto en su vida cotidiana. El antropomorfismo obliga a recoger, para las escenas sagradas, los modelos de lo divino en lo profano y la interpretación religiosa de estos modelos en ocasiones no es otra cosa que un pretexto: ¿podría la Afrodita de Praxiteles dejar de ser una mujer, aunque no fuese la cortesana Friné?

Además, estos temas religiosos por sí mismos presentan una diversidad infinitamente mayor que la de los edificios levantados por los arquitectos. El mito proporciona los episodios tratados con predilección: los trabajos de Hércules, la lucha de los Lápitas y de los Centauros, los combates de las Amazonas, etc., y cien más escogidos entre las numerosas fábulas y divinidades. A ellas hay que añadir además las escenas de la vida religiosa, los sacrificios y sus preparativos, las procesiones y los concursos con toda la variación de sus pruebas y de sus actitudes. Por otra parte, el templo dórico exigía que el escultor decorase sus metopas, el templo jónico su friso y uno y otro los dos fronto-

nes. Por poco que la divinidad a que estaba consagrada encontrase alguna audiencia en los individuos o en las colectividades, toda construcción o recinto sagrado podía acoger y acogía exvotos, estatuas y grupos en cuya realización el bronce rivalizaba con el mármol. Se ofrecían de este modo al escultor todo un repertorio de posibilidades materiales que por su amplitud podían envidiar los arquitectos limitados a la construcción de algunos tipos de edificios tradicionales.

De esta facilidad, de la que los artistas hicieron amplio uso, saca provecho a su vez el historiador actual. Su resultado fue obtener una variedad que le permite encontrar con mayor nitidez que en el estudio de las creencias arquitectónicas, las grandes líneas de una evolución concorde con la transformación general de los gustos, de los sentimientos, de las costumbres y de las ideas. Y al menos en ciertos casos privilegiados, gracias a la conservación, extremadamente rara, de las obras originales, o gracias a la identificación probable, sino segura, de copias que no sean demasiado indignas, o también por precisiones de antiguos autores, nos está permitido entrever y a veces captar las tendencias propias y el genio individual de un artista y su aportación personal a la evolución del arte.

El apogeo del clasicismo.

Esa transformación consistió, en primer lugar, en el ascenso hacia el apogeo del clasicismo, conseguido en el tercer cuarto del siglo V. En efecto, hacia 450, aún quedaban huellas de arcaísmo: por doquier, la sonrisa convencional que aunque atenuándose no ha desaparecido todavía; sobre todo la rigidez en las actitudes del cuerpo como en los pliegues de los ropajes y la torpeza en organizar los conjuntos. Pero la conquista total del estilo se consigue rápidamente con Mirón, Policleto y Fidias.

El primero consigue hacer sensible, en la inmovilidad de la materia, el movimiento que se acaba y el que va a empezar. Ya magistral en sí misma, esta combinación se enriquece aún con todo lo que ella aporta a la expresión discreta de los sentimientos: el menosprecio que manifiesta la juvenil y altiva Atenea que suspendiendo apenas su paso, vuelve la cabeza para mirar con altivo desdén la codicia cazurra y degradante de Marsias, apresurándose a recoger el instrumento imperfecto que ella ha desdeñado; la tensión, moral y física al mismo tiempo, del Discóbolo, deseoso de poner lo mejor de sí mismo en el esfuerzo final al que se preparan todos sus músculos.

Policleto estudia pacientemente el cuerpo masculino; escribe un libro en el que fija el "canon" del mismo, sus proporciones ideales; aplica sus principios a las estatuas de jóvenes atletas, el Doríforo en marcha con su lanza a la espalda, el Diadoumeno que rodea su cabeza con la cinta del vencedor. El rigor de la arquitectura muscular está atemperado por un ritmo viviente, en el que la técnica más

exacta no ha destruido la espontaneidad, y por las repercusiones sutiles del gesto más simple sobre el organismo entero.

El deslumbrante renombre de Fidias no debe hacer olvidar que no conocemos en realidad ninguna obra salida directamente de sus manos. Pero su genio se mide con facilidad por los restos de las esculturas del Partenón, concebidas por él y ejecutadas bajo su dirección. Supo dar a los dioses y diosas una majestad sin igual, a los ropajes una ligereza digna del cuerpo a la vez gracioso y noble que recubrían, y a las caras una gravedad en la que se expresaba el ideal religioso de las minorías selectas. En la Antigüedad se decía que quien había contemplado la monumental estatua de Zeus, colosal ensambladura de placas de oro y de marfil, montada por él sobre un trono de ébano, en el templo de Olimpia, ya nunca podía ser completamente desgraciado. Esta apreciación rendía homenaje a la magnificencia y a la calidad inolvidables de la obra maestra. Pero traducía también la confianza inspirada en las ínfimas criaturas por la serenidad profunda, por la nobleza a la vez todopoderosa y paternal que Fidias había sabido marcar en los rasgos del Olímpico, soberano y dueño de los dioses y de los hombres. Los mármoles del Partenón que representan en los frontones episodios de la leyenda de Atenea, diosa de la ciudad, su milagroso nacimiento, surgiendo completamente armada de la frente de Zeus, el brote del olivo cuando se disputa con Poseidón la posesión del Ática, y que desarrollan, en un friso de 1 metro de altura y 160 de longitud, la procesión de las Panateneas, con más de 400 personajes y de 200 animales, constituyen sin discusión la más alta expresión plástica de la religión cívica con la que los dirigentes intentaban unificar toda la polis en el culto dado a su divinidad protectora.

Éstos son los tres grandes maestros. Alrededor suyo se pueden poner innumerables nombres; pero también innumerables anónimos, empezando por los miembros del taller del Partenón, que realizaron el trabajo proyectado y dirigido por Fidias; innumerables obras cuya simple enumeración podría llenar páginas y más páginas. Lo admirable, que da a la escultura de entonces su carácter clásico, es, juntamente con su perfección técnica, con su maestría de ejecución, su sentido general hecho de moderación y de lógica. En ella nada es violento ni se impone agresivamente a los ojos del espectador: la posición más reposada le permite dar la sensación del movimiento; un gesto apenas insinuado, una leve expresión de la cara, le son suficientes para sugerir los sentimientos más íntimos. En esa escultura nada es fortuito: por su construcción armoniosa, por su equilibrio, revela que el artista ha conseguido la paradoja de trabajar lúcidamente sin renunciar nunca al estremecimiento de la vida. Nada hay en ella de anecdótico ni de pasajero: representa tipos físicos y morales cuyo alcance ideal no depende del momento ni del medio. Y bien se ve que en todo esto concuerda con las aspira-

raciones conscientes de los doctrinarios de la polis, así como con las tendencias oscuras a las que el hombre griego había obedecido dando a la ciudad la forma que presenta en el siglo V. Ésta, también, tenía que ser un organismo moderado, lógicamente proporcionado y ordenado, construido según una ley interna, sometido a la razón y ambicionando elevar a sus ciudadanos hacia una humanidad superior. No fue por un simple azar que Fidias fue a la vez contemporáneo, amigo y algo así como ministro de Bellas Artes de Pericles.

La escultura en el siglo IV.

Sin embargo estas concepciones estéticas derivaban de un ideal demasiado elevado y sin duda también demasiado abstracto, para que pudiese satisfacer de manera duradera. Mientras los hechos se encargaban de mostrar que el ideal de la polis, al propio tiempo lejano y difícil, no realizaba ya la unión moral de los ciudadanos, cansados de sus exigencias o de sus insuficiencias, en la escultura se manifestó una evolución análoga. La nueva expresión artística se propuso responder, desde entonces, a otras aspiraciones humanas que, por estar menos intelectualizadas, no por eso eran menos reales. Sin llegar a ser brutal, el cambio fue rápido.

Durante la guerra del Peloponeso aún se esculpían en Atenas las Cariátides de la tribuna del Erecteion muy fidíacas por su armonía y su gravedad majestuosa. Pero se esculpían asimismo la serie de Victorias que en la balaustrada exterior del pequeño templo de Atenea Niké, encima y a la derecha de la entrada a la Acrópolis, se apresuraron en erigir trofeos o en preparar sacrificios. Entre el friso del Partenón, unido dentro de la diversidad de sus escenas animadas por un pensamiento común que ennoblece todas las caras y todos los gestos, y este friso hecho de episodios yuxtapuestos, sugestivos por su natural familiaridad y su gracia caprichosa, las preocupaciones del artista y de sus auxiliares han tomado seguramente una dirección muy diferente. La divergencia se irá acentuando sin cesar.

Los sentimientos, más humanos y menos religiosos, en los que la razón no controla ya lo patético, se leen más fácilmente en las caras que se osa mostrar torturadas por la pasión sin el contrapeso del razonamiento. Las formas del cuerpo femenino aparecen cada vez más precisas y más sensuales, primero bajo el vestido ligero que el viento aplasta sobre ellas y en seguida en su desnudez triunfante, gracias al cincel de Praxiteles. Este mismo escultor, además, expresa una sensualidad semejante en el estudio del cuerpo elegante, grácil y flexible, casi afeminado, del efebo. Los movimientos se animan y hasta se desenfrenan, como los de la Ménade de Scopas, llena de movimientos y convulsa en un éxtasis frenético, o como los de las Amazonas y de los griegos que, en el friso del Mausoleo de Halicarnaso, atacan y se defienden con un ardor furioso. En todas partes

se afirma un deseo de realismo que, haciéndola más inmediatamente sensible, da a la verdad de la vida un carácter más personal: los púgiles tienen la nariz aplastada, las orejas hinchadas, el tórax poderoso y si Lisipo alarga las piernas de su Apoxiómeno, el atleta que se quita el sudor del cuerpo

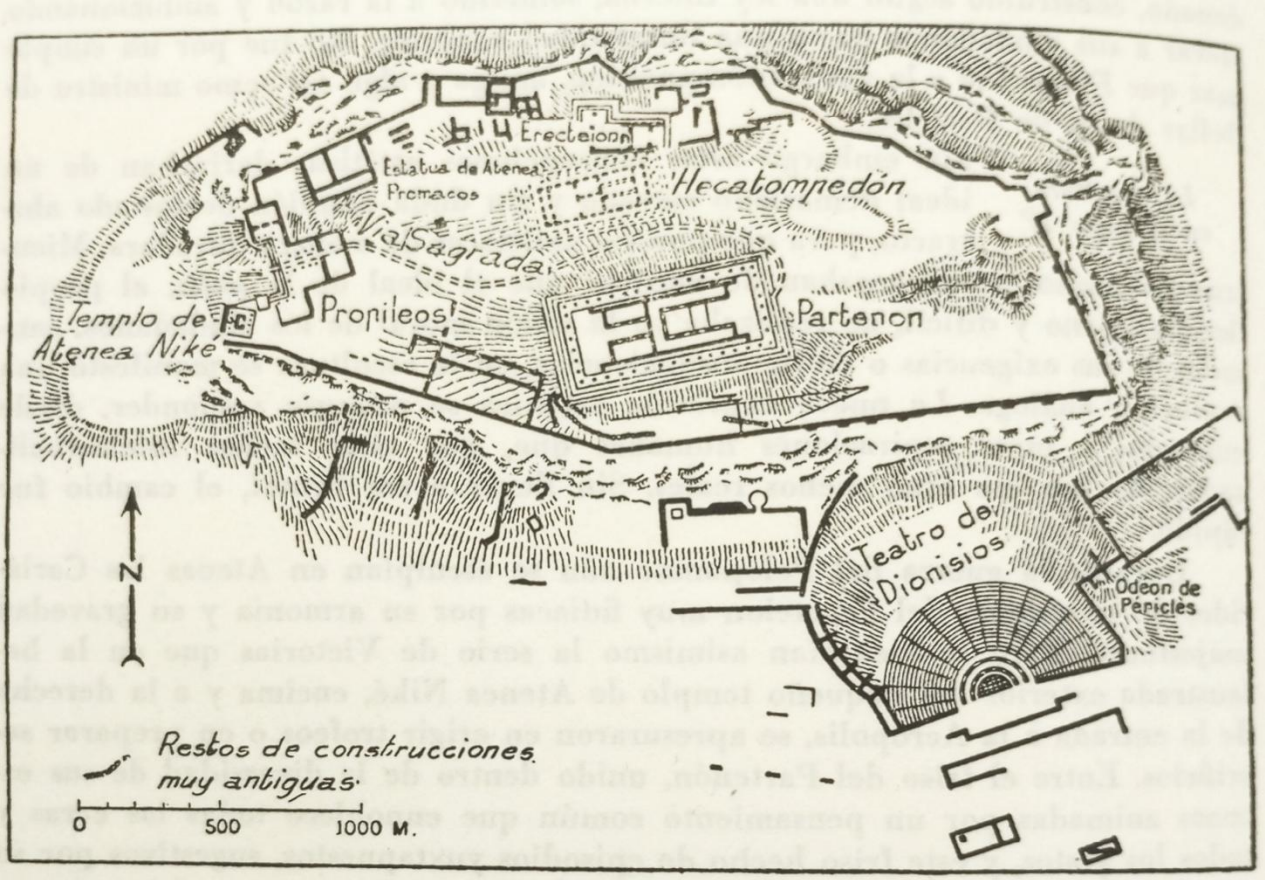


Fig. 30. — La Acrópolis de Atenas a fines del siglo IV antes de J. C.

después del esfuerzo, no duda en representarlo con una cabellera enmarañada, unos ojos inquietos, una boca casi crispada y entreabierta por la respiración que aún no ha vuelto a encontrar su regularidad.

La verdad es que con Lisipo, escultor oficial de Alejandro y de sus compañeros, hacia la mitad de su vida creadora, entramos de pleno en el período siguiente. Pero estas breves indicaciones muestran de manera suficiente que, desde antes de Alejandro, las tendencias que caracterizarán la escultura helenística hacen más que dejarse adivinar: van penetrando cada vez más en un arte que, sin perder nada de su maestría excepcional, se desprende del ideal clásico debido a su inadaptación al movimiento que conduce a los griegos hacia un mundo nuevo.

Las otras artes: pintura, cerámica, terracotas.

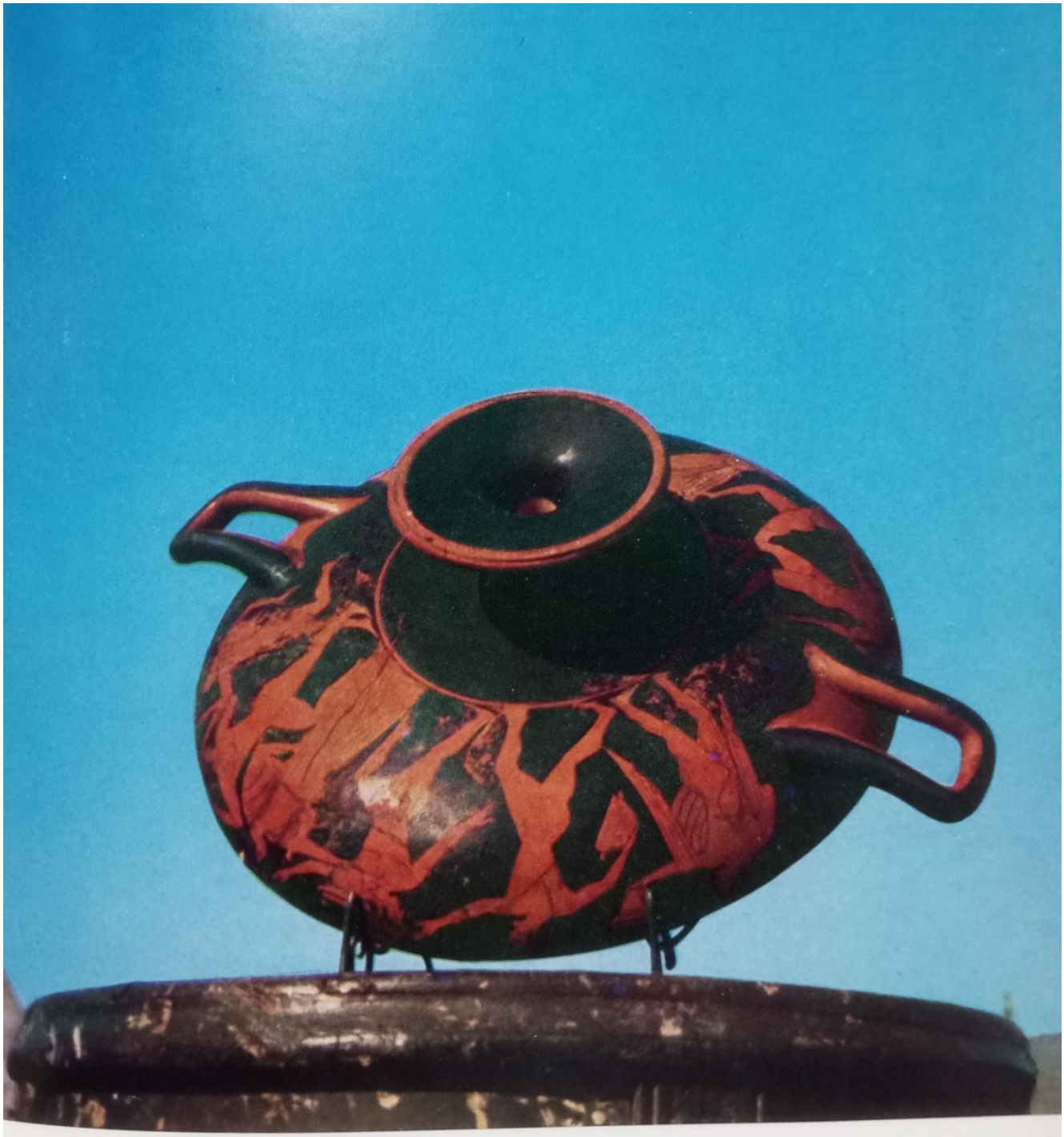
A nuestros ojos las otras artes palidecen ante la arquitectura y la escultura. Sin embargo, es una impresión quizá falsa que proviene ya de nuestra ignorancia, ya de la jerarquía, desconocida por los griegos, que nosotros establecemos entre las actividades destinadas a embellecer la vida individual y colectiva.

Desconocemos la pintura griega, pues ninguna de sus obras ha llegado hasta nosotros. No obstante, sabemos que existía bajo formas muy variadas, desde el gran fresco que decoraba un monumento, en especial un pórtico o un templo, hasta el cuadro de caballete pintado sobre madera. En los Propíleos, la monumental entrada de que se dotó a la Acrópolis de Atenas en tiempos de Pericles, una sala estaba destinada a museo de pintura. Este arte era, pues, muy apreciado y los romanos se mostraron tan codiciosos en el saqueo de sus producciones como en el de bellas estatuas. Los nombres de los más célebres pintores, Polignoto, Zeusis y Parrasio en el siglo V y Apeles en el IV, están citados con grandes elogios, acompañados de anécdotas que atestiguan su éxito: Apeles participó, tanto como Lisipo, del favor de Alejandro. Podemos seguir aproximadamente los progresos de su técnica, a principios del siglo V aún muy rudimentaria y después perfeccionada lentamente: Polignoto ignoraba la perspectiva, así como el juego de las sombras y de los colores degradados, descubrimientos todos de la segunda mitad del siglo V; Apeles fue el primero en hacer amplio uso de los colores a la encáustica, gracias a un procedimiento nuevo que permitía ablandar la cera. Se nos afirma que estas dificultades técnicas estaban compensadas por el virtuosismo de los artistas, la armonía de sus composiciones, su conocimiento de las formas humanas y la intención psicológica. Pero no podemos comprobarlo en sus obras.

Felizmente no ocurre lo mismo con la cerámica, de la que los autores antiguos nos hablan mucho menos, pero cuyas obras han llegado en abundancia hasta nuestros días.

Para ésta, la gran época es el siglo V, en la que, una vez más, Atenas ocupa el primer lugar indiscutido. Ayudaba a ello la amplitud de su comercio, en particular de sus exportaciones de aceite y vino: este transporte de líquidos fue el origen de la industria cerámica. Pero para el indicado fin eran suficientes envases groseros que no implicaban una producción de alta calidad. La existencia de esta cerámica basta facilitaba la aparición de la fina, animando al progreso técnico, suscitando vocaciones entre los numerosos artesanos y aumentando las posibilidades de venta. Así, el interés estético ofrecido por una parte de la producción toma el valor de su índice, demasiado claro y elocuente para que se puedan menospreciar sus enseñanzas.

Atestigua en primer lugar la existencia innata y el desarrollo notable de las dotes artísticas entre ciertos elementos de la clase de los obreros manuales. Algunos de estos artistas sienten con



VI. — *Vaso ático de figuras rojas*

orgullo su producción y firman sus obras. Pero las obras maestras anónimas no faltan y esta modestia deja adivinar, en medio de la masa laboriosa, a unos hombres entregados a la tarea en la que aunaban el afán de la ganancia cotidiana con preocupaciones menos comerciales.

La estimación de estos productos nos muestra, además, el gusto delicado de la clientela que los adquiría. Naturalmente hay que poner en primer lugar el mercado local. La cerámica decorada era de uso corriente, y raros eran los hogares, por humildes que fuesen, que se contentaran con vajillas rústicas y no poseyeran algunas de estas piezas. Puesto que este éxito comercial no afectó a la calidad artística del género es necesario -comparemos con la masa moderna...- que el pueblo ateniense no fuese vulgar: conclusión imperativa que de manera mucho más neta que del estudio de las otras artes, en las que nada prueba a priori que no han servido sólo para satisfacer a una minoría, se desprende del estudio de la cerámica, cuya compra representa el referéndum más amplio y más constante que se pueda imaginar. Sin embargo, la clientela no se limitaba al Ática, sino que desbordaba los límites de Grecia. Desde el período arcaico más de una obra de la cerámica griega se exportaba a países lejanos, Italia central o Crimea, donde en nuestros días ha sido encontrada. En este período ocurre lo mismo; en el siglo V, Atenas distribuía sus productos tanto en el occidente mediterráneo como en las orillas del Mar Negro. En el siglo IV, aunque el mercado de Atenas perdió mucho en Occidente, en el que los talleres de Sicilia y de Italia le hacían la competencia, los jefes de las tribus de Rusia meridional continuaban siendo grandes clientes, y el Museo del Ermitage, en Leningrado, debe a los objetos procedentes de sus tumbas la excepcional riqueza de sus colecciones. El éxito de este arte refinado entre la aristocracia extranjera, única lo bastante rica para adquirir piezas escogidas, aporta una nueva prueba de la expansión del gusto de los griegos, a la vez expresión sutil y práctica de su civilización.

Técnicamente un nuevo procedimiento supera al antiguo desde finales del siglo VI: sobre un fondo general negro, el campo de la escena está exento en rojo y en él unas finas líneas negras indican el dibujo. El procedimiento antiguo de las figuras negras sobre fondo rojo no subsiste más que en vasijas de poca venta, o bien, por respeto a la tradición, en las ánforas que se dan como premio a los vencedores de los concursos de las Panateneas. Hace excepción a la moda imperante otra categoría de vasos: los lequitos, que se depositan en las tumbas, así como algunas copas de lujo, son de fondo blanco con figuras de una policromía siempre discreta en razón de su uso funerario.

Pero la calidad artística de las más bellas obras no proviene de su técnica, sino que tiene por origen su forma, el gálibo puro y elegante de la materia dúctil, y sobre todo la inspiración y la seguri-

dad del dibujo que las decora. Los artistas se sirven de todos los temas: representación del muerto idealizado, leyendas mitológicas y heroicas, escenas de la vida cotidiana. Estas últimas, con frecuencia divertidas, emocionan por su valor de documentos auténticos y su espontaneidad de croquis a la vez rápidos y sugestivos. Para conocer la vida privada de los griegos, los preparativos y la celebración de las bodas, las labores de las mujeres en el gineceo, sus encuentros en la fuente, los ejercicios del gimnasio, los placeres de los banquetes, los trabajos en las escuelas, en los talleres y en el campo, las cerámicas proporcionan una iconografía infinitamente más variada, detallada, instructiva y viviente que la documentación literaria. Hubo en la Atenas de este momento un florecimiento poco común de dibujantes en los que no se sabe qué es lo que excita más la admiración: la fertilidad y la ligereza de imaginación, la agudeza de la observación y la finura, concisión y gracia de la ejecución rapidísima. Se añade a veces, privilegio de los grandes maestros, el poder evocador del trazo exacto que nos revela un estado de alma profundamente sentido y manifestado con delicadeza: alegría del esfuerzo libre y vencedor, dolor postrado de la madre ante el cadáver de su hijo, resignación de la víctima y piedad del que da el golpe mortal, ternura de la despedida en la que se presiente el riesgo de una separación suprema no dulcificada por la certidumbre de vida futura.

Dentro del esplendor del siglo V, los especialistas distinguen épocas y estilos que ponen en relación con la evolución de la escultura y de la pintura. Aquí será suficiente señalar el progresivo recargamiento de la decoración por los motivos estilizados que aparecen desde fines de siglo y que va acentuándose, la complicación del dibujo y el empleo de barnices variados, incluido el dorado. La cerámica del siglo IV no tiene ya la simplicidad del precedente: también en este aspecto el gusto evolucionó. Importa poco que en esta evolución se perdiese o no; de todas maneras, aunque la pintura de vasos está siempre realizada por buenos artesanos, no cuenta ya con artistas excepcionales.

En el escenario de la vida cotidiana, la cerámica, según nuestros conocimientos, es el arte que llegó hasta un punto más elevado. Casi no podemos tener en cuenta a la ebanistería y a la orfebrería. Las monedas presentan algunas piezas de excepcional belleza, en particular algunas de las que fueron acuñadas en Siracusa y llevan el puro perfil de la ninfa Aretusa, mientras que Atenas se mantuvo fiel a los tipos arcaicos con el mochuelo y la cabeza de Atenea. Sólo las estatuillas en tierra cocida merecen una mención explícita. Fabricadas en todas épocas y en diferentes lugares, fue sobre todo en el siglo IV y en Beocia donde se hicieron los ejemplares de mejor calidad. En general les falta la fuerza y la riqueza del sentimiento, pero poseen, en cambio, una elegancia y un encanto seductores.

Junto con las escenas pintadas en los casos, constituyen documentos preciosos por su exactitud, deliciosos por su gracia sencilla y ligera, sobre el vestido y la vida de la mujer - pues en su mayor parte representan mujeres- en la casa o en el exterior.

Estas pequeñas obras maestras de observación precisa, de invención ligera y refinada y de ejecución perfecta nos conducen fuera de Atenas. Es además interesante que el nombre que les ha quedado, el de la pequeña ciudad de Tanagra, lugar de producción de las figurillas más finas y más conseguidas, venga a contradecir la reputación de torpeza que los atenienses se habían complacido en atribuir a los beocios, sus vecinos y muchas veces sus enemigos.

Haciendo un balance total, la contribución de Atenas a las magníficas realizaciones del arte griego clásico es demasiado aplastante en relación a la de las otras ciudades, para que no sea ninguna imprudencia el cerrar esta rápida visión con otro nombre que el suyo.

III. LA VIDA INTELECTUAL

El epíteto "clásico" es rico en sentidos y difícilmente se puede agotar. Es bien cierto que ninguna gran civilización merece ser así calificada si, al esplendor de las producciones artísticas, no suma el de las obras del espíritu y si, por otra parte, no se reconoce en ella una cierta armonía doctrinal entre las tendencias a las que obedecen, en estos dos terrenos, los creadores. Tal es el caso del mundo griego en los siglos V y IV. En él la vida intelectual no es menos brillante que la vida artística: tanto en una como en otra, el legado de los griegos a las generaciones posteriores ha sido de una importancia capital y muchos de los caminos ahora trillados fueron marcados por ellos. En cuanto a la similitud de los ideales no puede sorprender si se piensa en la inteligencia que los artistas pusieron en su arte: en el apogeo del clasicismo el filósofo Anaxágoras, el poeta Sófocles y el historiador Heródoto conocieron a Fidias en el círculo de amigos de Pericles y, más tarde, Sócrates interrogaba a los artistas acerca de su concepto de la belleza. Las preocupaciones que llenaban sus mentes eran muy semejantes. Su evolución sigue la misma curva: al principio se pretendió conocer lógicamente, es decir, organizar según la razón del hombre y la naturaleza, y el valor general de este ideal dio su eficacia prolongada al esfuerzo griego. Más tarde, por el ahondamiento mismo de este conocimiento, se llegó a la convicción de que la razón no lo explica ni lo rige todo y que también otras fuerzas actúan, tan reales y tan dignas de atención.

La filosofía: tradiciones y novedades en el siglo V.

En estas condiciones hay que conceder el primer lugar a la filosofía, a causa de la influencia entonces ejercida por ella sobre las demás actividades intelectuales: raro es el escritor griego en el que no se encuentren las huellas de los pensadores que había conocido leyendo sus obras o incluso siguiendo sus pláticas.

Fieles al sueño ambicioso que había animado a los filósofos del período precedente, los del siglo V prosiguieron en principal lugar la búsqueda de una explicación lógica de la naturaleza de las cosas. Por los métodos empleados, que, a falta de medios de investigación adecuados, recurrían siempre ampliamente a la imaginación cuando no al mito, así como por el carácter de las soluciones que adoptaron, ni Empedocles, ni Anaxágoras, ni Leucipo, ni Demócrito difieren de los jonios. Como éstos, discutían acerca del número y la calidad de los elementos primordiales, de las fuerzas que los combinan y los separan para dar origen al mismo tiempo a las cosas y a su incesante movimiento. Sin entrar en el detalle, poco conocido, de sus hipótesis, será suficiente señalar que en algunas ocasiones su intuición estuvo plenamente acertada. Sabemos, por ejemplo, que Anaxágoras, originario de Jonia pero que vivía en Atenas, se vio procesado en esta ciudad por haber enseñado que el sol era una masa incandescente y, por tanto, haber negado su divinidad. Aún más que esta hipótesis, la de los átomos, imaginada por Leucipo y desarrollada por su discípulo Demócrito, llama la atención por su modernidad. Para ellos, los "átomos" (etimológicamente, los "insecables"), infinitamente pequeños y numerorosos, pero parecidos todos en su constitución, no difieren más que por su tamaño, su forma y su peso; la caída de los más pesados basta para provocar, por los choques y las reacciones entre ellos, una movilidad sin fin de la que nacen las cosas en sus variados aspectos. El sistema tenía que conocer en el futuro una singular fortuna, tanto por la poesía de Lucrecio como por los trabajos de los físicos modernos. No obstante, entonces no era más que uno entre otros muchos, todos igualmente intuitivos y arbitrarios, ya fuesen monistas, dualistas o pluralistas, ya explicasen la organización del movimiento por el antagonismo del amor y del odio, o bien por el *nus* ("inteligencia") dando el impulso inicial, o por simples hechos mecánicos. Todos pecaban por un exceso de confianza en las posibilidades del espíritu humano, entonces inerme ante problemas como los que la filosofía griega desde sus comienzos no tenía temor en afrontar.

En la segunda mitad del siglo V se produjo la revolución, al mismo tiempo intelectual y moral, de los "sofistas". En sí, el nombre, que significa "hombre de saber", no tiene nada de peyorativo; pero la polémica tendenciosa y agria llevada contra ellos, en particular por Platón, les valió una mala repu-

tación que se refleja en el significado corriente que en la actualidad tiene dicha palabra. Por lo demás, escandalizaron a sus contemporáneos, fieles a las ideas heredadas y al buen tono tradicional, por sus audacias y sus éxitos, así como por las grandes ganancias que obtenían de sus enseñanzas, rebajando así, se pensaba, la alta instrucción hasta este momento nunca concebida como actividad comercial: agravios que ahora nos hacen sonreír y que en nada afectan a la eficacia y a la importancia histórica de la acción de los sofistas.

Rebasaban ampliamente el marco de la filosofía, abordando todos los aspectos del saber y aplicándoles el mismo método. Este era revolucionario en su esencia, puesto que, sin ningún cuidado por preocupaciones abstractas, proclamaban que, según la frase de uno de sus más famosos representantes, Protágoras, "el hombre es la medida de todas las cosas". ¿Se trataba para ellos del hombre total y real, es decir, al propio tiempo racional y afectivo, miembro de una colectividad y ser individual? Lo probable es que, por reacción, se fijasen en especial en los aspectos hasta entonces descuidados. Con un desprecio total de las tradiciones y por el ejercicio del espíritu crítico, intentaban plantear el subjetivismo negando la posibilidad de ningún conocimiento objetivo. Este principio llevaba lejos: imposibilidad de afirmar o negar la existencia de los dioses; imposibilidad de considerar la ley, el *nomos* en que se fundaba la *polis*, como algo más que una realidad humana y sometida al capricho de los hombres; imposibilidad de reconocer una verdad y una justicia absolutas superiores y distintas a lo útil. De este modo se sometían todas las cosas a una conmoción radical. Y al propio tiempo los sofistas animaban a sus discípulos a buscar los éxitos por encima de todo: con este fin, aligerando su dialéctica y elaborando las fórmulas hábiles de una retórica, a la enseñanza de la cual se dedicaban la mayor parte con predilección, les daban como ideal, en especial ante los tribunales, el "convertir en la más fuerte la causa más débil".

Para designar la revolución profunda así predicada y realizada, los historiadores alemanes han empleado la expresión *Aufklärung*, la misma que se emplea para designar la revolución de las "luces" del siglo XVIII. Esta comparación se impone tanto por la amplitud como por el sentido general de los dos movimientos. La obra de los sofistas fue tan grande como la de los "filósofos" veintitrés siglos más tarde. Alcanzando directamente la minoría social selecta y, por mediación suya, niveles más amplios de la sociedad, ellos fueron los propagadores de esto que hay que llamar cultura y que hasta el momento había sido monopolio de círculos muy restringidos. Concretamente propagaron el gusto por ciertos problemas y despertaron el interés hacia todos los aspectos de la vida intelectual. Implantaron en la filosofía y en la ciencia el sentido crítico el temor a una abstracción sin freno de una manera tan profunda que ya nunca más se pudo prescindir de ellos. En último lugar hay que seña-

lar que los sofistas se encuentran en el origen de un impulso victorioso del individualismo que no tardaría en transformar la civilización, empezando por hacer tambalear a la misma *polis*.

Aristófanes, en *Las Nubes*, hace de Sócrates un sofista, y el peor a su parecer. Veinticuatro años más tarde, aquel a quien había ridiculizado era condenado a muerte y bebía la copa de cicuta que el verdugo le tendía. Incluso si los errores no son tan graves como los crímenes, ¿qué pensar de los que contribuyen a provocar uno? Hay que estar poseído de una extremada propensión al olvido para reír con la lectura de *Las Nubes*.

Pero a decir verdad, Sócrates no se comprende sin los sofistas: siguiendo sus huellas, se aparta de las especulaciones sobre la materia y el movimiento, que juzga demasiado ambiciosas e inciertas; continuando sus inquietudes, consagra al hombre sus esfuerzos y sus investigaciones. No obstante, se separa de ellos por su comportamiento y por su método. Ateniense - lo que ellos no eran -, modesto e irreprochable ciudadano, no va de ciudad en ciudad reclutando oyentes para sus conferencias. Siguiendo el precepto délfico desea ante todo conocerse a sí mismo, ver claramente en su propio ser, convencerse de la verdad de lo que siente y piensa. Este principio lo enseña con el ejemplo, practicando sin cesar y en todos la "ironía" y la "mayéutica", es decir, interrogando con una fingida ignorancia y haciendo hablar a sus interlocutores de lo que en ellos estaba latente. Se separa igualmente de los sofistas por su doctrina moral y religiosa; cree en la existencia de la divinidad y en su intervención en las cosas humanas; estima que la verdadera felicidad está asociada con el ejercicio de la virtud, que se impondría a todos si todos llegasen a desvanecer las ilusiones vulgares y a eliminar los prejuicios; de esta forma, rechazando el subjetivismo, restaura las nociones del deber y de justicia que se tendía a reemplazar por la de utilidad; una utilidad que le cuesta conocerla para superarla.

Falta toda certidumbre para poder profundizar más en las ideas esenciales de Sócrates. Pero se ve lo suficiente para comprender todo lo que este precursor de la duda metódica y de la introspección, de la moral basada en la razón e incluso de la ética, aporta de nuevo a la vida intelectual griega. Para colmo, el sacrificio de su vida a las leyes de la patria hizo, en virtud del ejemplo, completar y hacer más duraderas sus enseñanzas, a pesar de que no dejara ninguna obra escrita.

La filosofía del siglo IV.

En efecto, la filosofía del siglo IV está dominada por Sócrates, cuyos discípulos, a los que no unía ninguna doctrina establecida, divergieron inspirándose precisamente en el esfuerzo incesante de su maestro hacia una verdad más profunda. Además de la identidad de su ascendencia intelectual, todos presentan

el rasgo común de ser fundadores, o al menos iniciadores, de escuelas llamadas a gozar de amplio y secular prestigio: claro síntoma del interés desvelado ante los problemas filosóficos que acababan de ser planteados de una manera nueva.

Discípulo de Sócrates, Antístenes, que en el gimnasio ateniense de Cynosarges, de donde su escuela tomará el calificativo de "cínica", enseña que el secreto de la felicidad está en el desprecio de las necesidades creadas al hombre por una vida que le aleja de la naturaleza. Este principio pronto condujo a las manifestaciones de Diógenes que divirtieron a los contemporáneos, escandalizando a los conformistas. Sin embargo, hay en ellos algo más que paradoja al propio tiempo altanera y excéntrica: una especie de exasperación de este individualismo constantemente en progresión desde la mitad del siglo V, llevado ahora hasta la protesta abierta contra los usos de la sociedad, contra el encuadramiento que impone e incluso contra la idea de patria, grande o pequeña. En estado natural, el hombre vale sólo por sus cualidades individuales, sin distinción de rango social ni de nacionalidad. Y Diógenes es lógico consigo mismo al forjar, en tiempo de Alejandro, la palabra *cosmopolites* ("ciudadano del mundo"), concepto surgido en el momento de la decadencia y la derrota de la *polis*, cuando los horizontes griegos se amplían desmesuradamente.

Discípulo de Sócrates asimismo, Arístipo, para quien la felicidad proviene de la búsqueda del placer, incluso el sensual, escogido con discernimiento racional y la preocupación de evitar la dominación del hombre por sus pasiones. En el "hedonismo" de Arístipo, Epicuro recogerá en particular esta limitación puesta al relajamiento moral que sus adversarios, en sus críticas, han olvidado con frecuencia.

Por último, discípulo también de Sócrates, Platón, aunque se encuentran en él otras influencias, en especial la del pitagorismo y aunque su originalidad poderosa le lleve mucho más allá que su maestro en sus diálogos en los que, por una ficción piadosa, le concede el principal papel. Ateniense y de noble familia, disgustado por la acción política de su patria, tanto por la acción terrorista de los enemigos de la democracia como por ésta misma, contrariado por su fracaso como consejero de los tiranos de Siracusa, después de diversos viajes, se mantuvo apartado de la vida pública y, hacia los cuarenta años de edad, organizó en las puertas de Atenas, en el jardín del héroe Academos (de donde el nombre Academia), una escuela bajo la forma de comunidad que rendía culto a las musas. De todas las regiones del mundo griego llegaron discípulos y en la escuela incluso estaban representados el Oriente mesopotámico e iranio. Sus libros, obras maestras de sutileza dialéctica, de encanto poético, de flexibilidad graciosa al servicio de un pensamiento que no sacrifica los matices a la firmeza, extendieron y aumentaron sus enseñanzas orales.

Por su variedad, su riqueza y su profundidad, el pensamiento de Platón escapa al resumen.

En primer lugar es evidente su contenido intensamente religioso. El filósofo intenta conciliar la razón con la religiosidad, casi nos atreveríamos a decir con efusión del alma y del corazón: el amor, la tensión ardiente hacia la Belleza suprema, tan cercana al Bien supremo, es a sus ojos una condición de la virtud y su metafísica no está lejos de confundirse con una mística. Incluso es imposible afirmar que su astronomía no confina ya con la astrología. Algunos han visto y han denunciado en él al principal responsable de la "crisis nerviosa" que habría impedido al espíritu griego proseguir el esfuerzo lógico que, hasta entonces, había llevado con tanta energía y éxito. Esta opinión no tiene bastante en cuenta todo lo que, en la época de mayor esplendor del clasicismo, existía ya al lado y fuera del racionalismo de la minoría intelectual, en realidad poco numerosa, ni de la incapacidad en que se encontraba esta minoría, aún antes de Platón, de impedir que creciera impulsivamente la afirmación cada vez más neta de aspiraciones que ella juzgaba menos nobles. Con todo, no es menos cierto que Platón consiguió para estas aspiraciones sus cartas de nobleza.

Su religión nada tiene que ver con la religión tradicional, llena de fábulas que el filósofo considera absurdas. Aunque continúa fiel al politeísmo, lo corrige por una jerarquización que culmina en una divinidad perfecta e infinita, cuya contemplación constituye la más elevada recompensa. Cree en la inmortalidad del alma y en la metempsicosis, corolarios indispensables de su teoría de las Ideas y de su moral. Las Ideas, esencias de las cosas y de los conceptos, entre las cuales la del Bien no es otra que la suprema divinidad, existen en un mundo trascendente, y en el mundo terrestre y sensible el hombre no puede percibir de ellas más que vagos reflejos. Pero antes de encarnarse en él, su alma ha conocido el mundo trascendente y las Ideas. Según su calidad, conserva con más o menos fuerza el recuerdo y la nostalgia de ellas. Depende de sí misma, del amor de que sea capaz, del ardor con que tienda a la virtud, el poder ir desprendiéndose, en el curso de reencarnaciones sucesivas, del mundo de las apariencias con el fin de aproximarse a Dios.

Es imposible por completo intentar presentar aquí los otros grandes aspectos del pensamiento de Platón: su pasión por las ciencias y sobre todo por las matemáticas, su teoría de los números en relación con la de las Ideas, y sus concepciones sociales y políticas. A través de los siglos nos llega en especial el "idealista" para el que la virtud es un impulso hacia la divinidad y que, a las preguntas angustiosas con las que siempre se ha interrogado el hombre, proporciona la respuesta apaciguadora de que el alma, separada del cuerpo imperfecto y sensible, puede encontrar en la muerte, y gracias a ella, la ocasión de elevarse hacia un mundo superior.

Aristóteles, discípulo de Platón, criticó y dejó atrás las doctrinas de su maestro. Para él las

Ideas, inmanentes a las cosas y a los seres, se realizan en la materia, tomando una forma tanto más perfecta según que responda mejor a una causa final. Materia, forma y fin son así tres antecedentes, inseparables aunque de importancia variable por estar jerarquizados, cuyo conocimiento completo exige el estudio. En la marcha hacia la verdad, Aristóteles ya no reserva el papel principal al amor ni a la intuición como Platón, sino a la inducción y a un esfuerzo de abstracción. Ya no identifica a Dios con el bien, sino con la inteligencia pura y, si todo tiende hacia Dios alzándose de grado en grado por la escala de la perfección y de las causas finales, el alma no consigue acercarse a él más que sometiéndose a la razón: corresponde a ésta indicar, entre dos vicios contradictorios, el "justo medio" que es la virtud, una virtud ante todo práctica, puesto que el destino del hombre se realiza sobre la tierra.

Fácilmente se percibe el foso que separa Aristóteles de Platón. Una profunda diferencia de naturaleza, hecha sobre todo de sensibilidad y de imaginación en este último, del sentido de la observación precisa en el primero, les conduce a una esencial diferencia de método y de espíritu. Aristóteles creía que había que partir de la realidad concreta para con un riguroso razonamiento poderse elevar a la más alta abstracción y se dedicó en primer lugar a conocer esta realidad. La escuela que fundó en Atenas, en el gimnasio de Apolo Licaios (el Liceo), en cuyas avenidas daba sus enseñanzas, por lo que sus discípulos fueron llamados los peripatéticos ("los paseantes"), fue durante su vida y ante todo un centro de investigaciones de la máxima extensión y exactitud posibles. En todos los terrenos, ciencias, literatura, moral y política, hizo proceder, o procedió él mismo, a la investigación de los hechos, con el fin de apoyar sobre bases seguras su esfuerzo de inducción y de generalización. Por ello aparece indiscutiblemente como el precursor, en la Antigüedad, de una de las leyes fundamentales del método científico moderno. Pues no se le puede atribuir la responsabilidad del error que, durante tanto tiempo, hizo de su obra la autoridad definitiva en todas las ciencias: el mismo espíritu con que la había animado le hubiera hecho desear que no se dejasen de ampliar y profundizar sus investigaciones.

Con Platón y Aristóteles, cuya influencia debía tener una duración tan prolongada, la filosofía del siglo IV no es en nada inferior a la del V, sino que, al contrario, nunca esta disciplina intelectual había contribuido tanto al esplendor de la civilización griega. Atenas ocupaba en ella un lugar que nunca había tenido. Sócrates, Antístenes y Platón eran ciudadanos atenienses; en Atenas fundaban los maestros extranjeros las escuelas a las que afluían los discípulos. Durante mucho tiempo, Atenas será la capital filosófica del mundo griego.

La ciencia. Desde los orígenes, la filosofía había sido comprendida por los griegos como la ciencia de las ciencias, destinada a sintetizar los resultados en una explicación de conjunto. Sócrates, que sentía poca inclinación hacia ellas, constituye una excepción. Sin embargo, en este tiempo, el movimiento filosófico fue mucho más lejos que el movimiento científico. Este sufrió las consecuencias de su unión con especulaciones más o menos dogmáticas cuando no teológicas: no deja de ser paradójico que la metafísica se constituyese antes que la física, incluso dando a esta palabra el sentido muy amplio de estudio de la naturaleza que podía tener en la época, y fuera necesario esperar a Aristóteles para que se concediera al examen preciso de los hechos sensibles toda la importancia que presentan para la ciencia. Ésta se encontraba también frenada por la falta de un amplio interés para sus aplicaciones prácticas, estado de espíritu que se explica, al menos en gran parte, por el prejuicio desfavorable contra ciertas actividades remuneradoras muy extendido entre la buena sociedad. El utillaje técnico faltó a la ciencia porque faltaba a la industria, a la vez auxiliar y estimulante de aquélla. Careciendo de un método experimental que no llegaba a concebir quizá porque no poseía los medios materiales de llevarlo a la práctica, se tuvo que refugiar en la abstracción o limitarse a la observación y las tendencias dominantes de la filosofía le hicieron preferir el primero de los dos caminos que se le ofrecían.

Es natural, pues, que los progresos más notables se realizaran en el orden de las matemáticas y de sus anejos. La escuela pitagórica, siempre con energías, sobre todo en Italia meridional, a pesar de las dificultades que le valía la hostilidad de una buena parte de la opinión, continuaba fiel a las investigaciones aritméticas y geométricas integradas por su fundador en la doctrina de la secta. Los dos grandes nombres fueron, ambos en el siglo IV, los de Arquitas, un pitagórico puro que gobernó Tarento, su patria, y de su discípulo Eudoxo de Cnido, cuyos trabajos produjeron un adelanto real de los conocimientos matemáticos. Por su parte, Platón, que puso a uno de sus diálogos el nombre del geómetra ateniense Teeteto y que estuvo en relaciones con los pitagóricos tanto en Occidente como en Grecia, por donde se habían esparcido, puso un interés ardiente en estos estudios que colocó en un puesto de honor en su Academia. Además, la Astronomía apasionaba a todos estos matemáticos, que se ingeniaban en forjar hipótesis sobre el sistema de los cuerpos celestes. Ya hemos señalado la idea que Anaxágoras tenía del sol, si bien es verdad que para sugerir la importancia considerable de su masa incandescente, se limitaba a ponderarla "más grande que el Peloponeso"; pero enseñaba asimismo que la luna era análoga a la tierra, ofreciendo como ella valles y montañas en su superficie y recibiendo como ella su luz del sol. Un pitagórico del siglo V hacía girar la tierra y los otros astros

alrededor de un fuego central, pero su concepción, presentada en relación con la teoría de la armonía musical de las esferas no tuvo ningún éxito: Eudoxo se esforzaba en hacer patente por medios complicados la rotación de los astros alrededor de la tierra. Incluso la esfericidad de la tierra encontraba aún contradictores; sin embargo, esta noción, que provenía del pitagorismo, acabó por recoger la adhesión de la mayoría de los sabios, y si la demostración de la inclinación del eje de la tierra sobre el plano de la eclíptica fue obra de un jonio de la escuela de Chios, fueron asimismo Arquitas y Eudoxo quienes determinaron el método que permitía medir las dimensiones de nuestro planeta, si bien fracasaron al intentar su aplicación práctica.

Entre las demás, la única disciplina que merece atención es la medicina. A través de ella se perciben por lo pronto los venturosos efectos del racionalismo clásico al que debe precisamente su nacimiento en tanto que ciencia. La medicina se venía practicando desde siempre, pero bajo la doble forma de recetas empíricas, en general tomadas de Egipto que poseía gran cantidad de ellas, y de prescripciones religiosas cuando no mágicas. Numerosos dioses o héroes con poderes curativos tenían sus santuarios, más o menos famosos, un poco repartidos por todas partes: los de Esculapio, en particular el santuario situado en Epidauro (Argólida), eran los más célebres. En ellos se ejercía la medicina por medio de oráculos: los enfermos se hacían interpretar por los sacerdotes los sueños con que el dios les había favorecido durante una noche pasada bajo el pórtico del templo. Estos sacerdotes no eran unos ignorantes y su experiencia les permitía poner muchas veces a los enfermos en vías de curación. Los métodos también se aprovecharon de estas observaciones prácticas. Se constituyeron escuelas y, a partir de fines del siglo VI, los reyes persas no dejaron de mantener en su corte algunos médicos griegos. Sobre esta base se produjo el esfuerzo lógico del siglo V que en este terreno dio resultados especialmente notables.

Uno de los miembros de la escuela de Crotona, en la Magna Grecia, quizá osó practicar la disección y, en todo caso, reconoció en el cerebro el centro de las sensaciones y del pensamiento. Pero lo más importante es que en la escuela de Cos, una isla del Egeo cercana al Asia Menor, apareció Hipócrates. Pertenecía a la familia de los Asclepíades que, jactándose de ser descendientes del dios, servían su santuario local. Sin embargo, este origen sacerdotal no le impidió crear la verdadera ciencia médica, aplicando a la medicina unos principios exclusivamente racionales. Separó de ella las especulaciones filosóficas y las supersticiones piadosas, proclamó que ninguna enfermedad proviene de causa sobrenatural, incluida la epilepsia, de la que criticó como una impostura debida a charlatanes o a ignorantes del nombre corriente de "mal sagrado" con que era conocida, emprendió,

y recomendó que se prosiguiese el estudio del hombre e incluso del medio natural, del que, por una serie de observaciones hechas en el curso de sus viajes, había reconocido la importancia. Considerarle como padre de la medicina es hacerle una justicia estricta.

No obstante, la firmeza y agudeza que habían animado a este vigoroso espíritu ya no se encuentran en sus sucesores. Además, el racionalismo cesó de ser la tendencia dominante, y la medicina del siglo IV aparece estancada si no en pleno retroceso. Los Asclepíades de Cos se mantuvieron devotamente dentro de la tradición de las enseñanzas magistrales recibidas que eran observadas por ellos como un dogma. Únicamente el empirismo progresó en los santuarios a los que los enfermos acudían cada vez más numerosos en demanda del sueño curativo. Para que la investigación de tipo científico pudiese reanudarse era necesario un nuevo impulso. Como para todas las ciencias de la naturaleza, éste fue dado, en el período siguiente, por el método aristotélico de un Aristóteles que, no obstante, había vuelto al antiguo error que atribuía al corazón el papel que un discípulo de la escuela de Crotona, un siglo antes, ya había reconocido que era el del cerebro.

Que el corazón desposeyese al cerebro y el sentimiento a la razón, podría tener un valor de símbolo y definir con éste, dejando de lado muchos matices, el contraste que opone el siglo IV al siglo, entregado a la lógica, que le había precedido. Quizá ésta no era una actitud errónea en todos los campos, pero sí lo era, y flagrante, en materia científica.

La historia. Cierto que la historia no se convirtió entonces en ciencia, pero, ¿puede serlo en el sentido riguroso de la palabra? Sin embargo, debe a los griegos de la época clásica una conciencia cada vez más clara de sus fines, de sus deberes, de sus principios intelectuales y metódicos; en resumen, de un ideal concebido de tal forma que la coloca en un lugar menos alejado de las disciplinas científicas que de toda otra actividad intelectual.

Como hemos visto, hacia fines del siglo VI, Hecateo de Mileto había afirmado su sentido crítico: "Escribo lo que sigue como lo tengo por verdadero"; aunque por desgracia no podemos juzgar la aplicación que había hecho de este principio. Una cincuentena de años más tarde, Heródoto, un griego de Asia que viajó mucho y vivió en Atenas en el círculo de amigos de Pericles, parece señalar un retroceso. Proclama que su misión se reduce a escribir lo que le han contado: "El que encuentre estas cosas creíbles es libre de aceptar los relatos de los egipcios; en cuanto a mí mismo lo que me propongo a lo largo de mi historia es escribir, como lo he oído, lo que dicen los demás". Las declaraciones de este género que se encuentran en su obra, no deben engañar. En realidad, Heródoto es demasiado fino para no tener un parecer personal, y con frecuencia cede al deseo de darlo a entender y hasta de expresarlo con una ironía sonriente. A lo largo de su historia parece con-

ceder un amplio lugar a la intervención de los dioses en los acontecimientos humanos. Pero el que no se fía de las apariencias también puede captar en estos fragmentos un punto de escepticismo: las mayores ingenuidades de este hombre insaciable, de este narrador lleno de gracia, raramente están exentas de una discreta ironía, más de lo que podría hacer creer una lectura rápida. Su obra seduce por lo pintoresco de sus anotaciones etnológicas, por sus calidades propiamente literarias, por el encanto de sus digresiones, en las que se recrea sin perder nunca el hilo de su relato, por la delicadeza de un lenguaje del que explota los recursos con un candor fingido que a veces engaña y con frecuencia impide gustar todo el refinamiento de su arte. Como historiador tiene el gran mérito de haber percibido y comprendido el sentido profundo de los tres cuartos de siglo cuyo final había visto en su juventud. Fue el primero en comprender el mundo greco-oriental en la unidad que le habían dado los contactos entre las civilizaciones, las migraciones y las empresas de conquista. También fue el primero en abarcar el conjunto de un movimiento histórico, dándose cuenta de su importancia, esforzándose en descubrir sus orígenes, en explicar su nacimiento y en seguir su desarrollo. En efecto, la unidad de su obra se relaciona con el destino del Imperio persa, concebido por él como una tentativa, sin precedente en su escala, de unificación del Oriente y a continuación de dominación universal, llevada con rapidez de victoria en victoria, hasta el fracaso irremediable de las Guerras Médicas. Haber por sí mismo, sin modelo anterior, sin experiencia histórica análoga, sin síntesis ni filosofía previas de la historia, comprendido y presentado como un todo una evolución tan unitaria y al mismo tiempo tan grandiosa, compleja y dramática, he aquí la gloria del que Cicerón llamará con razón el "padre de la historia".

Pasó poco tiempo para que ésta realizase otros progresos considerables, pues Tucídides sobrepasó a Heródoto por su fuerza intelectual, la profundidad de su análisis psicológico y el conocimiento de los resortes de la acción política y militar. Con él el espíritu de la historia cambia por completo. Se dan por acabadas las anécdotas, las leyendas, los pasatiempos, los rencores de Némesis y las amonestaciones de los oráculos. Una vez barridos los pretextos fáciles y las circunstancias fútiles, el Estado y el hombre proporcionan las verdaderas causas, aquél con su fría razón y su egoísmo recalcitrante, éste, individuo o molécula de un ser colectivo, con sus pasiones instintivas: una despiadada perspicacia descubre el encadenamiento de las causas y los efectos. Para colmo, las exigencias del método crítico son planteadas y obedecidas con rigor: "Por lo que se refiere a los hechos, no he creído conveniente explicarlos según el relato de uno cualquiera, ni tampoco según mis impresiones personales, a no ser que yo mismo los hubiese presenciado. Si procedían de testigos he llevado a cabo, sobre cada punto, una encuesta lo más severa posible. Esta busca era penosa porque

estos testigos no daban idénticas explicaciones de los mismos hechos, sino que fluctuaban de una a otra opinión según su simpatía o su memoria." Más tarde la técnica pudo perfeccionarse adquiriendo una mayor precisión; pero el principio que inspira este método y el principal obstáculo que tenía que salvar se encuentran perfectamente definidos en estas breves líneas.

El milagro es que Tucídides conciba y ose aplicar un método tan estricto a acontecimientos contemporáneos, de los que es uno de los actores, o más propiamente, una de las víctimas. Ateniense, llegado a la estrategia durante la guerra del Peloponeso y condenado al exilio para expiar un fracaso militar, intenta comprender esta misma guerra y, al contarla, hacerla comprender a los demás. Desde el principio se da cuenta de que el conflicto pone en litigio el imperialismo de su patria, y aún el imperialismo de la polis griega en su esencia, pero prosigue, con altiva pasión intelectual, el plan que se ha fijado antes de su expulsión. La perspectiva que la cronología y el principio de su vida de hombre habían dado a Heródoto, él la conquista por la imperiosa tensión de su mente.

Pero su ambición sobrepasa ampliamente la preocupación por la verdad relativa a los hechos que expone. Cree "ser útil para cualquiera que desee tener una visión certera de los acontecimientos pasados y de los sucesos parecidos o análogos cuyo retorno provocará el juego de la naturaleza humana", y en este sentido lo considera como "un bien adquirido para la eternidad". Con estas frases expresa una concepción de la historia que aún en nuestros días no ha perdido su validez: la de la historia-laboratorio de experimentos destinados a repetirse, antología de ejemplos y guía de políticos y pensadores. Concepción bien alejada de la que busca sobre todo satisfacer la curiosidad del lector en busca de amenidades pintorescas o de aventuras vividas por otras personas.

Se percibe así la originalidad del programa de Tucídides y su alta calidad lógica conforme a la tendencia del siglo. Sin duda la lógica le conduce a una visión incompleta de la realidad: descuida las cuestiones económicas; su profundidad de abstracción y su resolución tenaz de fijarse en lo permanente restringen con exceso en su obra la parte de lo contingente. Pero nos queda como modelo sin igual de historiador filósofo o más bien psicólogo, esgrimiendo en ciertos aspectos el escalpelo del analista más profundamente y con una mano mucho más segura, que ninguno de sus sucesores de todos los tiempos.

Resultaba difícil mantenerse al nivel de un maestro de esta categoría y la decadencia se hizo notar en el siglo IV. Puesto que en él la historia suscita autores y obras en mayor número que hasta entonces, parece que puede deducirse que interesa a un mayor número de lectores. Pero el gusto e incluso el espíritu han cambiado en la medida en que permite juzgarlo lo poco que conocemos de

estas producciones en la actualidad perdidas o reducidas a fragmentos ínfimos.

En este aspecto, Jenofonte es el más favorecido, pues la nitidez elegante y la gracia de su estilo, al aumentar su reputación, han salvado de la pérdida sus escritos, muy variados. Sin embargo, este autor, que sólo parcialmente es historiador y que cultivó tantos géneros, queda bien lejos de Tucídides, del que ambiciona continuar la empresa interrumpida por la muerte. De estilo lúcido, pero falto de una profunda comprensión de los caracteres y de los acontecimientos, posee el sentido de la vida, atrae e interesa; pero su propensión a moralizar, por otra parte con una moral bastante superficial, hace sonreír y su parcialidad inquieta. Después de él se percibe la influencia dominante de Isócrates, el maestro retórico. Teopompo toma, de la evolución que se cumple bajo sus ojos, una visión suficientemente clara para hacer de Filipo de Macedonia el tema central de una de sus obras; pero los fragmentos que poseemos de la misma muestran que no se ciñe a una composición rigurosa. Y sobre todo, la historia, tal como él y Éforo la practican, se convierte en una rama de la retórica; su estilo busca la ostentación, la pasión, lo patético, y se goza en lo maravilloso: comprobamos el peso de la corriente general. No se librará de ella ni fácil ni rápidamente, a pesar del ejemplo dado por Aristóteles, en éste como en otros campos recopilador metódico de hechos e inspirador, si no siempre autor, de una abundante serie de monografías sobre historia constitucional de las ciudades griegas. Milagrosamente encontrada a finales del siglo XIX la *Constitución de los Atenienses* ha sido la única que ha llegado hasta nosotros. Trabajo rápido sobre un tema difícil que habían, aclarándolo en parte, oscurecido en más de un punto las publicaciones anteriores viciadas por el espíritu partidista, por las supersticiones religiosas o por el orgullo familiar, este libro está lejos de dar prueba de un espíritu crítico infalible. Pero como mínimo, aún sin evocar los servicios que rinde a los historiadores modernos, pudo servir para invitar a los antiguos a desconfiar de una grandilocuencia entonces demasiado admirada y a llenar una necesidad de información precisa. Aristóteles desviaba así la historia hacia la erudición, y aunque sin triunfar decididamente, su impulso será muy sensible en el período siguiente.

La poesía lírica. La poesía no escapa a la regla común. Se puede seguir en ella, en las sucesivas generaciones, una evolución, menos de la forma que del espíritu, rápida y concordante en sus líneas generales y en más de uno de sus puntos culminantes, con la que anima a otros aspectos de la vida artística e intelectual.

Ya brillante en el curso del período precedente, la poesía lírica culmina en la primera mitad del siglo V con Píndaro. Este tebano conservador, cantor al servicio de reyes, de tiranos y de grandes

familias nobles, expresa el ideal de la sociedad aristocrática, penetrado de tradiciones religiosas, encarnado en un tipo de hombre y en un género de vida. En las odas que constituyen lo esencial de su obra, al menos de su obra conocida, celebra a varios vencedores de los concursos hípicos o atléticos; con gran acopio de leyendas, mezcla a sus elogios, los de su familia y de su patria; formula en sentencias inspiradas los principios, a sus ojos verdades eternas que se limita a glosar, de la religión y de la moral de otros tiempos. La magnificencia atrevida de sus imágenes no le impide ser, a principios de un siglo que va a llenarse de novedades de toda clase, un representante del pasado.

Por otra parte es el último gran representante del lirismo griego. Su decadencia, casi podría decirse su desaparición, presenta algo de enigmático. Habría podido sobrevivir, pues con facilidad hubiese encontrado fuentes de inspiración, por ejemplo en la afectividad del individuo poco a poco liberado de los lazos que lo unían al pasado. Sin embargo, no se arriesgó por este camino hasta pasados los tiempos clásicos, quizá porque no encontró hasta entonces, sobre todo en las cortes helenísticas, un nuevo público de aficionados refinados, adecuado para reemplazar el que le había hecho perder la democratización creciente de la ciudad.

El teatro. Por otra parte es imposible no atribuir a esta democratización el éxito, siempre creciente, de la poesía dramática: como que ésta comporta siempre unas partes líricas confiadas al coro, aparece como la heredera y sustituta de la poesía lírica pura que se adaptaba mejor a los gustos de estrechos cenáculos de la alta sociedad. Tampoco puede sorprender que la poesía dramática haya producido sus obras maestras en Atenas, la ciudad ejemplar en su democracia y con la que ninguna otra podía competir en el esplendor de las fiestas religiosas.

Entre estas fiestas, las de Dionisios, que comportaban las representaciones teatrales, se rodeaban de un esplendor especial, que sólo se puede explicar pensando que están enlazadas con la propia concepción de la ciudad democrática. Nada, en efecto, convenía mejor que el teatro, frecuentado por multitudes, incluidos los pobres, pues el Estado reembolsaba a éstos el precio, poco elevado, del derecho de entrada, para reunir a todo un pueblo, agitarlo con los mismos estremecimientos de terror trágico o con las mismas carcajadas, poner ante él, bajo una forma viva y por tanto atrayente, los problemas sobre los cuales podía reflexionar así fuera de la asamblea. En resumen, según el sueño de los hombres de estado democráticos de esta época, "embellecer la vida" elevando los espíritus. Con ello se comprende la amplitud de los sacrificios financieros impuestos por estas fiestas al tesoro público, así como a los ricos ciudadanos encargados de reclutar, vestir y hacer ensayar a los coros. Lo que explica asimismo el éxito y el número creciente de estas representaciones

y también la gloria del teatro ateniense que durante mucho tiempo no tuvo rival y que cumplió un papel análogo al de los monumentos de la Acrópolis del siglo V o al de las escuelas de filosofía y retórica del IV, a causa del centro de irradiación de ideas que era la ciudad de Atenas.

El teatro, producción literaria, depende también de una técnica material. Ésta se fue complicando progresivamente. En el siglo V el teatro era todavía un simple andamiaje de madera levantado para algunos días; en el siglo IV empezó a convertirse en todas partes en un edificio permanente de piedra, e incluso de mármol en algunas de sus partes, pudiendo acoger a millares de espectadores (17.000 en Atenas). Con este fin se acondiciona la pendiente de una colina y las representaciones tienen lugar al aire libre, sin demasiadas comodidades, siendo necesaria una verdadera afición para aguantar, sin ninguna clase de abrigo, sentados en incómodas graderías, diez horas diarias durante tres jornadas consecutivas. En la escena se abre camino el empleo de decoraciones pintadas, lo que, sumado a una maquinaria ingeniosa aunque rudimentaria, crea la ficción ambiental necesaria. El coro que, recitando estrofas rimadas, evoluciona en la orquesta circular al pie de las graderías, constituye siempre el elemento más numeroso - 12 y después 15 para la tragedia y 24 para la comedia - de la compañía. Pero su importancia disminuye, pues el número de actores pasa rápidamente, desde antes de la mitad del siglo V, de uno a tres: con anterioridad simple "respondedor" del coro, el actor se convierte en un personaje frente a los otros; la acción se anima y se hace más directa a causa del choque de las opiniones y la sucesión rápida de las preguntas y las respuestas.

De todas maneras, estos cambios no impiden la persistencia de convenciones ligadas tanto a los orígenes del teatro como a sus condiciones materiales. No sabemos exactamente por qué en el concurso trágico cada autor tenía que presentar tres tragedias, de las que en seguida se dejó de exigir que formaran un todo. Debido a la parte que tenía Dionisios en las representaciones organizadas en ocasión de sus fiestas, el autor tenía que añadir a su trilogía un "drama satírico", consagrado a un episodio de la leyenda del dios. Otro ejemplo: las máscaras llevadas por los actores. En los pueblos más diferentes y en nuestra época aun entre los pueblos primitivos, la máscara es de empleo corriente en las fiestas religiosas y a veces se la sustituye por la aplicación de diversos maquillajes en la cara. Con ello se despersonaliza al actor, se le arranca de la realidad cotidiana y se le eleva al rango de tipo general. Asimismo facilita la ficción que le permite tener dos papeles distintos en la misma obra, o un papel que no es de hombre, el de un dios, de un héroe o de una mujer-pues las costumbres no autorizan la exhibición pública de una mujer. Por último, la máscara aumenta la voz y

la hace más inteligible para un público más amplio. No faltan, pues, razones para justificar este uso, uno entre los muchos que nos causan asombro en nuestros días.

El teatro griego toma todo su sentido bañado en su atmósfera religiosa, moral y hasta política y situado en su cuadro material. Se eleva entonces, sobre todo la tragedia, a un valor universal y eterno.

Los grandes trágicos del siglo V

Nada es más curioso que ver a los grandes poetas trágicos de la Atenas del siglo V, plantear a la conciencia de los espectadores de sus obras los más arduos problemas: gracias a ellos, el teatro toma su parte - sin duda la más importante - en la tarea de educación intelectual y moral que postulaba la concepción pericleana de la democracia. Generalmente toman sus temas de la leyenda mitológica, pero en algunos, sobre todo al principio, se adivina una tendencia a tratar de acontecimientos recientes. Esquilo fue el último en ceder a dicha tendencia, a pesar del triunfo y de la fuerza de transfiguración heroica de sus *Persas*, que evocan, ocho años después del suceso, la batalla de Salamina, en la que él había tomado parte, así como en la de Maratón, en la que su hermano pereció. Esta tendencia, que concordaba menos con el carácter y el espíritu religioso de las representaciones teatrales, no tuvo éxito y desapareció. Por otra parte, el mito, con su abundancia de variantes entre las que el poeta escogía con plena libertad, ofrecía innumerables recursos vivos a una inspiración y a una interpretación muy personales. De hecho, la misma leyenda, por ejemplo la de Orestes, sufrió de mano en mano los más diversos tratamientos y las discusiones que provoca llegan a resultados inconciliables. Tanto como el carácter individual de los poetas, estas diferencias indican la rápida evolución intelectual y moral que marcó las sucesivas generaciones.

El "maratonómaco" Esquilo representa el pasado, la sumisión tradicional a las fuerzas sobrenaturales: ha nacido en Eleusis y una religiosidad arcaica llena su alma. Acepta las antiguas creencias y pone en escena, con una grandeza incomparable, la acción directa, todopoderosa, indiferente a la justicia y a la piedad, de la divinidad sobre el destino humano. Éste va de prueba en prueba, sometido a las maldiciones hereditarias, a la venganza y a la envidia de los dioses. Apenas si encuentra algún alivio en la comprensión que sus desgracias suscitan y que, por otro lado, se revela raramente eficaz. Apenas, también, si algunas veces aparece la idea de explicar el castigo por el orgullo. Pero si Orestes, gracias a la institución del Areópago, obtiene el perdón y puede sacrificar a las Erinias trocadas en Euménides, el titán benefactor de los hombres, Prometeo, conocerá los sufrimientos eternos: lo debe a su osadía de sublevado, pero también a la sentencia despiadada de dioses demasiado superiores al mundo para mostrarse humanos. La enseñanza de Esquilo es de te-

rror y de humildad.

Las cosas cambian ya con Sófocles. Éste no abandona nada de la tradicional religiosidad; pero en sus tragedias deja de reservar el principal papel a los dioses. El destino es el amo del hombre y le impone siempre la sumisión, incluso la humillación ante sus peores rigores. Pero se hace más discreto, menos opresor, al propio tiempo que se abría mucho más ampliamente a la nociones de justicia y de responsabilidad. Además, no es en vano lo que Sófocles escribe en Antígona: "Existen multitud de cosas admirables, pero ninguna lo es más que el hombre." Su psicología se hace más profunda, se matiza desde la violencia apasionada hasta los sentimientos más delicados. En lugar de enfrentarse con rigidez a base de fórmulas preestablecidas, los personajes de Sófocles empiezan a razonar, con el fin de definirse con más flexibilidad y de justificarse. Contemporáneo de Pericles, del que fue colega en la estrategia el año 440, mezcla a su teología una experiencia más variada y más humana, al propio tiempo que transpone a la poesía el arte a la vez majestuoso y simple de un Fidias.

Más diferente aún aparece Eurípides, al que sólo quince años, en realidad una revolución intelectual, la de los sofistas, separan de Sófocles. Si no siempre con violencia, de manera clara pone en duda las antiguas creencias y critica las tradiciones inverosímiles o inmorales. Para él la fábula no es más que un pretexto y la acción para la que proporciona el soporte se reduce al campo de la vida familiar. Una imaginación sorprendentemente fértil, una sensibilidad extraordinariamente aguda en las situaciones más violentas, maravilla y emociona al espectador de estos dramas burgueses y a veces rústicos en que se convierten las tragedias. Ocurre incluso que las gentes más modestas triunfan en nobleza virtuosa sobre los héroes y las heroínas, que, por otra parte, están animados por las pasiones y las debilidades humanas. El cuadro de Electra no es ya el palacio real de Argos, sino el humilde villorrio de la Argólida donde la hija de Agamenón es la esposa de un anónimo campesino, hacia el que se dirige toda la declarada simpatía del poeta. Eurípides hace más. "Eco sonoro", hombre de su tiempo, no deja de incidir en las grandes discusiones de la filosofía y en algunos problemas políticos actuales, aunque sea interrumpiendo una acción apremiante. Y lo hace siempre con una despreocupada sutileza que encantaba a los aficionados más ilustres: sabemos que Sócrates asistía a todas las representaciones de sus obras. Los guardianes de la tradición podían acusarle de escándalo; pero nada respondía mejor a las tendencias nuevas del gusto ateniense que las tragedias de Eurípides.

La "comedia antigua"

Nacida con ocasión de las mismas fiestas dionisíacas que la tragedia, pero teniendo como finalidad hacer reír, la comedia tuvo desde su origen una mayor libertad. Además no es un casi monopolio ateniense, lo que favoreció en ella una mayor

variedad. De hecho hubo en Siracusa, en la primera mitad del siglo V, una comedia "dórica" cuyo principal representante fue Epicarmo, y que, continuada por los "mimos", sacó sus temas de la vida popular y de la observación cotidiana: en este aspecto no dejó de tener efectos sobre la evolución ulterior del género. Pero estas obras están perdidas, como las de los cómicos atenienses contemporáneos: nada puede evitar que la "comedia antigua" sea para nosotros la de Aristófanes, cuya vida cabalga sobre los siglos V y IV.

Su fantasía, su bufonería y hasta su grosería no conocen ningún límite. Con la más perfecta naturalidad narra las historias más obscenas y las cosas más escatológicas. Ridiculiza a los dioses, a los que a veces coloca en situaciones grotescas. Y también, como los cómicos que fustigaron incluso a un Pericles, él se las emprende con hombres vivientes, conocidos, célebres, en caricaturas cuya enjundia no consigue hacer olvidar la atroz injusticia que comete. En el régimen democrático forma en la oposición reaccionaria. En plena guerra nacional predica el pacifismo. Critica a Eurípides y a su audacia impía, aunque no se priva de imitar su sutileza innovadora. No se preocupa por las contradicciones ni por los excesos. Sin embargo, y he aquí el milagro, esta extravagancia desbocada va acompañada de una poesía exquisitamente delicada, de un sentido infinitamente sutil de las bellezas de la naturaleza que se expresa con una maestría excepcional tanto del verbo como del ritmo. Nada mejor que su obra sorprendente permite comprender la flexibilidad del espíritu ateniense y los contrastes que en él chocaban todavía con la movilidad de la vida. Para haber gustado y coronado tales obras es necesario que este pueblo haya estado muy cerca de la tierra y, no obstante, muy refinado, capaz tanto de reír groseramente como de emocionarse al contacto de una sensibilidad depurada, dispuesto a recrearse con las pullas lanzadas contra ideas y contra jefes a los que, hoy como ayer, concedía sus votos: no escéptico ciertamente, pero capaz en días de expansión de acoger todas aquellas contradicciones, que sin llegar a turbarle, sentía hervir en sí mismo.

El teatro en el siglo IV

En el siglo IV el gusto por el teatro es más vivo que nunca. Las edificaciones y las fiestas se multiplican; la popularidad de los actores crece sin medida; la producción no se agota sino que aumenta al surgir nuevos poetas fuera de Atenas. La evolución no es menos considerable.

La tragedia decae irremediablemente. El ejemplo de un poderoso como Dionisio, tirano de Siracusa, que se dedique a ella y obtenga, sin sorpresa, el premio en Atenas el año 367, no es bastante para revigorizarla. El prestigio de las grandes obras del siglo precedente pesa sobre los autores y les obliga a la imitación. El público prefiere las reposiciones, en particular de las obras de Eurípides cuya fama es más grande que nunca: ya algunos atenienses caídos en manos del ene-

migo durante la guerra del Peloponeso habían debido el fin de su esclavitud a su conocimiento de tiradas de versos del poeta; casi un siglo más tarde sus obras serán una de las lecturas preferidas de Alejandro. La ley ateniense impuso que una obra del repertorio fuese representada en ocasión de los concursos trágicos y a este precio lograron una ininterrumpida supervivencia.

Por el contrario, la comedia conservó su vitalidad, pero transformándose profundamente. El lugar que en ella ocupaba la actualidad polémica afectaba de caducidad a las obras antiguas, cuya exuberancia desordenada habría parecido, por otra parte, escandalosa. Era necesario algo nuevo que fue la comedia "media" y, en seguida, la comedia "nueva", que siguieron la línea de Epicarmo y del mismo Eurípides, iniciador del drama burgués. Se inspiraba en la vida social de su época, creando un género nuevo que será examinado más adelante a propósito de Menandro, cuyo nombre, con los de Plauto, de Terencio hasta de Molière, que hacen eco al suyo, es suficiente para evocar su larga descendencia.

Origen y nacimiento de la retórica.

Tanto como el teatro, la elocuencia fue estimada por los griegos de la época clásica y ha proporcionado admirables obras maestras.

Este gusto por el discurso tenía entre ellos títulos de nobleza: corresponde, sin duda, al genio profundo de la raza. El héroe homérico tiene por ideal el mostrarse tan experto en el bien hablar como en el manejo de las armas. Monárquicos o aristocráticos, todos los regímenes antiguos han hecho deliberar a consejos y asambleas. No obstante, estaba reservado a los regímenes democráticos, que hacían más amplia la participación en estos organismos, el hacer estas deliberaciones más decisivas todavía. En ellos se reservaba la soberanía efectiva a la asamblea de todos los ciudadanos. Hacían decidir todos los procesos importantes, públicos o privados, por jurados populares de efectivos siempre elevados al menos a varios centenares de ciudadanos. Así, en las ciudades que en el siglo V habían tomado a Atenas por modelo, toda la vida política y una buena parte de los intereses individuales dependen de los votos consecutivos a justas oratorias. Con razón -y sin intención peyorativa, pues tiene la vista puesta, en primer lugar, en su patria -Demóstenes habla de Estados en los que "la constitución tiene por base los discursos". La importancia de la palabra era tal que no pueden sorprender sus constantes progresos que elevan la elocuencia al rango de un verdadero género literario: el perfeccionamiento artístico va aparejado con el técnico, que acaba por convertirla en retórica.

Durante largo tiempo no podemos juzgar, pues nos faltan datos. Adivinamos que un Temístocles, para llegar a imponerse, poseyó un talento oratorio poco común; pero no publicó nada,

ni nadie tomó nota de sus palabras. En cuanto a Pericles no es posible fiarse de los discursos que Tucídides le atribuye y que son, en realidad, obra del historiador. Los oradores se conformaban entonces con la acción inmediata.

Fue precisamente el deseo de acrecentar la eficacia de esta acción lo que, hacia la mitad del siglo V, en Siracusa, donde el régimen democrático acababa de sustituir a la tiranía, condujo a algunos a ensayar de descubrir y de transmitir el secreto del triunfo. Al principio, los sofistas, muchos llegados de Occidente, empezando por el célebre siciliano Gorgias, fueron profesores de elocuencia y la revolución intelectual de que se hicieron paladines derivó directamente a la enseñanza de la oratoria que ellos se encargaron de llevar de ciudad en ciudad. Su enseñanza no se limitaba a preconizar ciertos perfeccionamientos de estilo o a dar a conocer ciertas fórmulas de composición, sino que pretendía mostrar y mostraba cómo rechazar los argumentos del adversario, cómo presentar una causa bajo el signo más favorable, habituándolos a descubrir el pro y el contra de los razonamientos y de las ideas. El sentido crítico, que todo lo ponía en duda, nació así de las necesidades prácticas de la controversia ante las asambleas y los tribunales populares.

Los atenienses acudieron en gran número a las lecciones de los sofistas y no tardaron en convertirse, desde fines del siglo V, en maestros del nuevo arte. Los primeros discursos publicados por sus autores, deseosos de prolongar su acción y sobre todo de hacerse una reputación, se fechan en esta época: en el siglo IV, Atenas fue tanto la capital de las escuelas de filosofía como de las de retórica.

Profesores y logógrafos en Atenas.

Por primera vez - y el hecho tiene su importancia en la historia de la sociedad y de las costumbres-, estamos en presencia de una actividad intelectual y de una profesión liberal, capaces de proporcionar amplias ganancias a los que las ejercen. La costumbre de retribuir las lecciones del profesor, introducida por los sofistas y estigmatizada por los adversarios de sus doctrinas morales y filosóficas, se hizo fácilmente corriente para la enseñanza de la retórica que proporcionaba a sus alumnos un bagaje útil para hacer triunfar sus procesos privados. Y todavía más. Si bien los principios judiciales prohibían el empleo de abogados, autorizaban el hacerse ayudar por un "synegoro", cuyo discurso era a veces más largo que el de la parte interesada. Y sobre todo autorizaban al pleiteante a hacerse redactar con anterioridad, por un "logógrafo", que se hacía pagar su trabajo como es natural, el discurso declamado a continuación ante el tribunal. De esta forma los oradores profesionales se enriquecían con facilidad una vez habían adquirido algún renombre. Mucho más que por el oro persa o las malversaciones de

que se le acusó, fue por estos medios muy lícitos como Demóstenes reconstituyó la fortuna dilapidada por sus tutores. Pero en la Atenas del siglo IV no fue el único orador que conoció el triunfo material.

Maestros y discípulos concurren desde el extranjero a la ciudad donde la elocuencia ocupa un lugar tan importante. Entre los oradores "áticos" que los alejandrinos conservaron en su "canon", es decir, en su colección de modelos, no faltan los metecos: Lisias, Íseo y Dinarco proceden de Siracusa, de Calcis y de Corinto. Los dos primeros, sobre todo, por la simplicidad y por la sencillez elegante de su estilo, por la agudeza a la vez sabia y natural de su argumentación, son modelos de lo que se llama el "aticismo", en el que una fina observación moral, una gracia espiritual y una flexibilidad desenvuelta consiguen un arte despojado, que siempre seduce y con frecuencia convence. Así, sus obras no sólo son, con los "alegatos civiles" que, auténticos o no, figuran en la antología de los discursos de Demóstenes, testimonios de un interés capital sobre el derecho civil o comercial y sobre las costumbres de la sociedad ateniense. Son también la expresión viviente de un ideal literario que responde, a pesar de la extensión de su clientela, a un gusto muy refinado y seguro.

La retórica-filosofía: Isócrates.

Algunos otros oradores tienen ambiciones más altas y ejercen una influencia más duradera.

Entre ellos, Isócrates obedece a preocupaciones estéticas que le obligan a trabajar ampliamente el menor de los discursos que publica sin pronunciarlo porque no puede o no se atreve hablar en público. Lleva hasta el máximo la búsqueda de la armonía, tanto en la composición general como en cada uno de sus períodos, por el ritmo de sus antítesis y por la proscripción del hiato. Se convierte así en el creador de un género destinado a durar tanto como la Antigüedad: el del discurso ficticio y de adorno. Por su ciencia del equilibrio de los desarrollos y del vaivén de las palabras, quedó como modelo perfecto de los retóricos, cuyo papel intelectual, durante muchos siglos, ha sido considerable.

Para él la forma es esencial y utilizó su elocuencia para actuar sobre los destinos de Grecia. De manera incansable predicó la paz entre los griegos y la guerra común contra el rey persa. Sin duda a nuestros ojos hay mucho fárrago en el arsenal mitológico e histórico en el que toma buena parte de su argumentación; pero todo ello no era letra muerta para sus lectores. Más de un pasaje de sus obras lo revela capaz de exactitud e incluso de penetración en el análisis de los males que aquejaban a la Grecia de su tiempo y de la dirección en la que se podían encontrar los remedios. El primero de los retóricos no es ciertamente un escritor político despreciable, aunque no se pueda ver en él a un gran pensador. Pero no es en este sentido que él se llama a sí mismo "filósofo" y que atribuye a su filosofía, que no es otra que la elocuencia tal como la comprende y la practica, el valor de una

formación intelectual y aún moral. Estima que la palabra es el principal privilegio del hombre y que su uso perfecto es la garantía de un pensamiento, de una virtud y de una civilización igualmente perfectas. Hablar bien lleva necesariamente a pensar bien, obligando a buscar y a pesar las ideas, a precisarlas por la elección de las palabras y a organizarlas lógica y estéticamente. La retórica ofrece, pues, la llave de todas las disciplinas: en realidad se relaciona con todas del mismo modo que reúne en sí todas las cualidades humanas. Por este camino, Isócrates se erige en rival de Platón y se pone en cabeza de una concepción pedagógica que fue corriente durante las civilizaciones griega y romana y cuyas huellas son aún perceptibles en la actualidad. La iniciación en la retórica y su ejercicio prolongado se convirtieron en el coronamiento de una buena educación: no puede sorprender que esta disciplina haya marcado con su huella el espíritu de los hombres a ella sometidos.

La retórica-acción: Demóstenes.

En el siglo IV, la elocuencia griega tiene asimismo sus hombres de acción cívica y de lucha inmediata. Algunos oradores dirigen la política de la ciudad dejando a militares profesionales el cuidado de ejecutarla. No pasaba lo mismo en el siglo precedente, en el que Pericles inspiraba los decretos de la asamblea y dirigía las escuadras: en ambos órdenes de actividad, los progresos técnicos imponían la especialización.

De estos oradores que actuaron directamente por la palabra, sin duda el más grande es Demóstenes. En él se podrá discutir el hombre político y hasta simplemente el hombre, su perspicacia y su honradez. Hay más ligereza y más elegancia en Esquines, y un arte más fácil y más fino en Hipérides. Pero, por encima de todos, él es el maestro. Su elocuencia es acción, vida, lógica y pasión al mismo tiempo. Convence por su fuerza y por su profundidad psicológica; persuade por su habilidad, que nunca traiciona el esfuerzo; seduce por su gravedad matizada con arranques desgarradores. Ante tanta plenitud natural, tanto rigor patético, es inevitable que los lectores modernos tengan tendencia a admitir como buenas las causas que Demóstenes ha defendido: ¿Qué sería, pues, decía ya Esquines, vencido por él, "si hubiéseis oído a la fiera en persona"? En tiempos posteriores ha podido darse el caso de que se calificase de monstruo a un orador; pero seguramente ninguno ha tenido como él el privilegio de emocionar aún, a través de los siglos, a los lectores de nuestros días.

El fin del clasicismo griego.

Lo trágico de su destino contribuye a realzar la grandeza de Demóstenes. Habiendo dirigido la lucha de su patria contra Macedonia, se envenenó para no caer con vida en manos de las tropas de su enemigo. Su muerte se identifica con la ruina de la *polis*, es decir, de la civilización en que la *polis* había sido soporte y marco, la animadora y la beneficiaria. Esta civilización había realizado grandes cosas y había elevado intelec-

tualmente al hombre. Ningún descalabro militar la podía desalojar de los puntos cimeros que había conseguido. ¿Habría podido continuar conservando su fuerza creadora? ¿Habría una Atenas victoriosa continuado enriqueciendo el patrimonio cultural de la humanidad? Atrevido sería el que pretendiera negarlo o afirmarlo. Hay que limitarse a constatar que el siglo IV es menos fecundo que el V y que Atenas está lejos de desarrollar entonces, en la vida normal del mundo griego, el papel dirigente que había ostentado en tiempos precedentes. Filosofía y elocuencia son los únicos terrenos en los que el genio helénico manifiesta su vitalidad en Atenas por obras de primera clase. Es mucho seguramente y sería vano preguntarse si esto equilibra el Partenón y Fidias, los grandes trágicos y Tucídides. La batalla de Queronea, que libra Atenas y toda Grecia a Macedonia, y el fracaso de la sublevación que sigue a la muerte de Alejandro, cierran indiscutiblemente un período de la historia de la civilización; entre estos dos acontecimientos, la conquista de Oriente abre uno nuevo.

LIBRO III

LA MONARQUÍA HELENÍSTICA Y EL HOMBRE.

LA CIVILIZACIÓN HELENÍSTICA (SIGLOS III-1)

La ciudad republicana es vencida y la monarquía triunfa. Nuevos Estados con amplios territorios, con numerosas poblaciones, superan a los pequeños cantones recortados por el relieve y por el mar que con duras penas podían hacer vivir algunas decenas de miles de habitantes. El centro de gravedad del mundo helénico se desplaza hacia el Este. Entre la Grecia europea y Oriente se establece una simbiosis íntima.

Es necesario que la civilización griega se transforme ¿Pero en qué sentido?

La monarquía no encaja con la libertad política: el ciudadano se convierte en súbdito y el palacio real sustituye a la asamblea del pueblo. Además el Oriente pesa sobre el helenismo, con sus multitudes, sus riquezas, sus creaciones colosales, sus atrayentes religiones y todas sus tradiciones que tienden a ahogar al individuo.

Y sin embargo, la civilización helenística realiza el milagro de desarrollarse en el mundo greco-oriental y bajo la protección de las monarquías, continuando al mismo tiempo la tarea de impulsar el desarrollo de la personalidad humana.

(Pag 446 en blanco)

CAPÍTULO I

ALEJANDRO, INICIADOR DE UNA NUEVA CIVILIZACIÓN

ALEJANDRO conquista el Oriente y sin duda en el momento de su muerte se preparaba para conquistar el Occidente: es posible que sólo el imperio universal estuviera a la medida de su alma sobrehumana y de la convicción que le animaba de que en su persona Zeus favorecía e inspiraba a un hijo. Pero, si no es él ni el primero ni el último en alimentar un sueño parecido, jamás ningún conquistador ha hecho sentir su acción de una manera tan duradera, en un espacio geográfico tan amplio, sobre formas de actividad humana tan variadas y, por naturaleza, tan poco sensibles al paso rápido de un caudillo militar. Por las consecuencias, indirectas más que inmediatas, de su conquista es el iniciador de una civilización nueva, cuyo carácter más interesante para nosotros es la ambición ecuménica.

Precariedad del imperio político

Políticamente su imperio se disoció. Algunos de sus lugartenientes consiguieron fundar monarquías separadas y sus hijos tuvieron que renunciar a la esperanza renovada en cada uno de los grandes compañeros del conquistador, de restablecer en su provecho la unidad originaria. Los territorios de estas monarquías estuvieron minados por competidores de toda clase, por las reacciones nacionales de los pueblos indígenas insumisos desde el principio o sublevados contra sus señores y por las aspiraciones incoercibles de las ciudades griegas a recuperar su independencia. La historia de muchas dinastías se acaba en lamentable anarquía por múltiples razones entre las que hay que señalar principalmente las querellas familiares. De esta forma, la disgregación del imperio de Alejandro, comenzada el día siguiente de su muerte, se prosigue de una manera casi ininterrumpida hasta la conquista romana.

Pero este aspecto político de la evolución, tan desolador por su curva general como repulsivo por la confusión progresiva que nos muestra, es engañador. Fijarse solamente en él, es seguir el proceso de una demolición. Y no obstante, este período construye y el sentido real de la construcción que hace surgir de la tierra, pero cuyo coronamiento será superior a sus fuerzas, es el más grandioso que se pueda imaginar.

Ecumenismo de la civilización helenística

La verdadera importancia de la expedición de Alejandro es que da un impulso vigoroso y decisivo a un movimiento que, originado antes que ella, sólo se había podido extender en un radio restringido: la expansión, fuera del viejo mundo griego, de los griegos y de su civilización. Se llama "helenístico" al período que se abre con el triunfo de Macedonia sobre las repúblicas municipales de la vieja Grecia y que produce en seguida la anexión del Imperio persa. Esta denominación está sacada del nombre de "helenistas" que se daba a los orientales helenizados, sobre todo a los judíos. Se refiere, pues, a la conquista moral de los pueblos que habían sido objeto de conquista militar. Por primera vez en la historia pudo parecer que los hombres entraban en el camino de una inmensa comunidad de vida, de costumbres, de gustos y de creencias, a pesar de la multiplicidad de fronteras que rápidamente reaparecieron. Alejandro soñó en esta comunidad; conscientemente o no, espontáneamente o por la fuerza de las cosas, sus sucesores actuaron o permitieron que se actuase en el mismo sentido.

Para Alejandro el helenismo debía proporcionar a esta comunidad sus elementos esenciales. La orientalización, que con tanta acrimonia reprocharon al héroe algunos de sus compañeros, era sólo superficial. Se escandalizaban en particular de su voluntad de fusión étnica, propagada por matrimonios espectaculares y por favores concedidos a los iranios amigos: fuese cual fuese la civilización a la que quería reservar el principal lugar, estas medidas eran indispensables para crear la unidad humana, a falta de la cual toda esperanza de unidad moral era vana. Alejandro, que había tenido por preceptor a Aristóteles, no traicionó al helenismo; se limitó a soltar algún lastre, adaptando a nuevas condiciones lo que estaba demasiado unido a formas políticas que consideraba caducadas: para él los poemas homéricos eran suficientes para mostrar que la monarquía, tanto como la polis, formaba parte de la herencia recibida. Por ello hizo dar una educación griega a los hijos de la nobleza irania destinados, con los mismos derechos que los de la nobleza macedonia, a proporcionar los futuros mandos de su ejército y de su imperio. Sus sucesores, griegos de origen y orgullosos hasta la extinción de sus dinastías de continuar siéndolo, obedecían a las mismas tendencias. No obstante, era fatal que extendiendo desmesuradamente su espacio geográfico, prestándose a contactos múltiples con civilizaciones centenarias, amoldándose a nuevas condiciones, el helenismo evolucionara e incluso se dejara penetrar por influencias extranjeras. De esta forma nació y se desarrolló la civilización helenística, no tan puramente helénica como la civilización griega clásica, también de menos altura y de menor rigor lógico, pero más flexible, más variada, mejor adaptada a una humanidad muy varia, a cuyas necesidades comunes tiene la ambición de responder.

Los resultados No todo fueron triunfos para esta tentativa de unidad moral dirigida por los griegos. Salido de un país demasiado pequeño y poco poblado, el movimiento abarcó de manera desigual, y en su conjunto superficial, a masas demasiado compactas, excesivamente modeladas y apegadas a sus antiguas civilizaciones. Muchas veces éstas subsistieron, aunque sin creaciones importantes, pues habían perdido esta facultad desde hacía más o menos tiempo. Además, privadas de la dirección de sus minorías intelectuales o sociales, desaparecidas o unidas al vencedor, tuvieron que vivir, o más bien vegetar, sobre su fondo arcaico, en la sombra de las clases populares, sobre todo rurales, poco cultivadas, hacia las que los griegos no sintieron ningún interés, no queriendo ver en ellas más que simples reservas de mano de obra preparadas para una provechosa explotación. Pero sin un cambio radical de las viejas sociedades la tentativa estaba condenada al fracaso. Éste se hizo evidente cuando después de algunos siglos de sumisión aparente, las nacionalidades indígenas reaparecieron, con sus lenguas, sus costumbres y sus religiones propias.

Sería, sin embargo, injusto desconocer toda la amplitud grandiosa del esfuerzo y la realidad de algunos éxitos de los griegos. Estos triunfos se advierten en el interior de los territorios sometidos políticamente por los griegos: en ciertas clases sociales, sobre todo en las altas, y en las ciudades, los avances son indiscutibles y tanto más densos cuanto más cerca se encuentran del litoral mediterráneo, por donde se establecen y se mantienen estas relaciones vivificantes. Fuera de este terreno se constatan también otros éxitos debidos a la vecindad y a la atracción natural de una civilización superior. Ciertas dinastías de origen oriental, como la de los Mitridates, en la Capadocia póntica, o la de los Arsácidas, entre los partos, por ejemplo, se vanaglorian de filohelenismo y, de hecho, se helenizan más o menos profundamente. La civilización helenística gana terreno sobre todo hacia Occidente. Con Marsella como punto de partida, empieza a irradiar en la Galia. Gracias a las guerras de Sicilia y al comercio, su influencia se hace sentir en Cartago. Pero donde la conquista moral es más eficaz es en Roma, debido a los contactos de ésta con los griegos de la Italia meridional y después por sus expediciones y conquistas en el Mediterráneo oriental. Esta influencia es tan profunda que Roma, convertida en heredera de los soberanos helenísticos, continuará facilitando, primero sin desearlo y más adelante, bajo el Imperio, deliberadamente, los progresos de esta civilización que en esencia se había asimilado. Merced a este poderoso relevo, el impulso dado por Alejandro se manifestará hasta el alba del Bajo Imperio.

CAPÍTULO II

LA IDEOLOGÍA Y EL GOBIERNO MONÁRQUICOS

SE podría definir la civilización clásica como una civilización de la polis. La civilización helenística, si se le busca una definición general, aparece como una civilización del basileus, una civilización monárquica. Un nuevo cuadro político se ha impuesto a los hombres, por la fuerza sin duda, pero también de acuerdo con la evolución de sus relaciones sociales e incluso de sus concepciones sociales.

I. LAS SUPERVIVENCIAS Y LAS ADAPTACIONES REPUBLICANAS

Decadencia de la "polis"

No es que las ciudades hayan desaparecido o perdido su ambición de vivir independientes y soberanas, que era su razón de ser. En la Grecia propia subsisten, pero decaídas y obligadas a compromisos. Lo que las condena es la exigüidad de sus territorios, de su población y de sus recursos; no están en la escala de las fuerzas a que el ensanchamiento del mundo griego ha dado nacimiento. ¿Cómo podrían luchar, con posibilidades de triunfo, contra los soberanos de los grandes Estados? Su sumisión no es nunca espontánea ni duradera; cuando la ocasión les parece propicia se sublevan y a veces consiguen liberarse, para tener que sufrir en seguida la instalación de guarniciones extranjeras en sus ciudadelas, las exigencias financieras del nuevo señor y a menudo el establecimiento de tiranos que responden de su docilidad.

Las ciudades y la guerra

Desaparecida su fuerza anterior, en valor absoluto y, más aún, en valor relativo, el desplazamiento de las corrientes económicas aminora sus ingresos. Como antes, la guerra, de la que son siempre las víctimas y casi siempre las causas, continúa arruinándolas, pues exige unos medios de acción cada vez más cuantiosos. Aumentan las dimensiones de los navíos de línea y Atenas primero se esfuerza y después renuncia definitivamente a mantener su lugar en esta carrera de armamentos en la que estaba derrotada de antemano. En la guerra terrestre, la técnica hace tales progresos -caballería, máquinas, elefantes y entrenamiento de

entrenamiento de las tropas - que las milicias cívicas no pueden ya, prácticamente, resistir a los ejércitos profesionales. Los macedonios conservan su primacía, que se había afirmado desde la época de Demóstenes y Filipo II. Declinando el patriotismo local y el espíritu de sacrificio en los ciudadanos desengañados por la *polis* en sus aspiraciones y en su deseo de seguridad, hay que recurrir cada vez más, como el siglo IV lo había demostrado, a las tropas mercenarias cuyo costo elevado hace que su número no sea muy crecido. Más que nunca las ciudades deben rodearse de murallas-la propia Esparta se decide a ello-y perfeccionar su armamento defensivo, a pesar de los enormes gastos que esta obligación lleva consigo: la mayor parte de las veces estas precauciones son vanas, pues también se perfeccionan los métodos de guerra y el arte de los sitios, tan rudimentarios hasta entonces.

Los rigores del derecho de guerra no se atenúan para las ciudades sea cual sea la importancia de sus sacrificios financieros y humanos. Una ciudad tomada al asalto queda por completo a la discreción del vencedor. En 335, Alejandro hizo arrasar Tebas, respetando una sola casa, la que había sido del poeta Píndaro. Después de haber transcurrido casi un siglo de prácticas no tan duras, los pillajes sistemáticos, las matanzas y las ventas de poblaciones enteras como esclavos vuelven a empezar antes de finales del siglo III y, por represalias, se multiplican. Peor es el espectáculo en el campo, donde el bandidaje endémico añade sus depredaciones a los horrores de la guerra. Y no es precisamente Roma, preocupada sólo en acabar cuanto antes las expediciones lejanas y en llenar sus arcas, la que puede dar un ejemplo de morigeración. Se limita a aportar, demasiado tarde, una paz enervante que, muy pronto, las rivalidades de sus generales ambiciosos se encargarán de turbar.

Por el hecho de ser desposeídas de la fuerza política primero por Macedonia y después por Roma, las ciudades griegas no adquieren en compensación la prosperidad y la tranquilidad que les hubieran permitido quizá ocupar un lugar en el nacimiento y desarrollo de una civilización a la que ya no imprimen su sello.

Las confederaciones

Algunas de ellas buscaron la salvación en una forma política no nueva en su principio, pero sí en su forma de aplicación más amplia y más flexible.

Desde hacía mucho tiempo, la fusión en un organismo único de pequeños Estados hasta entonces independientes, había permitido la creación de ciudades más pobladas y de más extenso territorio y por tanto menos débiles: Atenas se había beneficiado del "sinecismo" unificando todo el Ática. La única ciudad griega que, durante por lo menos la mitad del período helenístico, representa todavía una potencia real es Rodas. Pero esta misma resulta del sinecismo de tres ciudades que, independientes hasta fines del siglo V , salvo en el culto común al dios Helios, se

repartían el territorio de la isla. Por otra parte la fusión se operó con más precauciones que en Atenas, porque fue en ella más tardía. La misma ciudad de Rodas no existía antes de la unificación, que de esta forma se realizó sin provocar envidia ni dar ventaja a ninguna de las tres ciudades antiguas; además, éstas conservaron en el nuevo Estado más autonomía que la que disfrutaban las aldeas del Ática. Y sin duda el verdadero secreto de la fuerza rodia reside en otra cosa: en la situación de la isla respecto a los grandes caminos de tráfico del Mediterráneo oriental. Rodas debe a su privilegiada geografía la prosperidad de su comercio y sus riquezas que le permiten mantener una flota de guerra con la que tienen que contar los soberanos más poderosos, al mismo tiempo que sostener en Asia Menor la presencia de un ejército que se hacía respetar. El ejemplo de Rodas, cuya creación surgió de la existencia anterior de un culto común, servía para recordar a todos que el sacrificio de las soberanías individuales podía encontrar amplias compensaciones.

Pero no es a causa de este sinecismo que va a parar a una *polis* por donde la asociación es entonces con más frecuencia y más eficazmente practicada. Su éxito, que es real y que se explica por el deseo de organizar una protección mutua, conduce a la creación de Estados compuestos a los que llamaremos simplemente "confederaciones", sin pararnos a examinar el sentido técnico de la palabra que los historiadores y juristas modernos oponen al de "estados federales". En más de un caso sería extremadamente difícil distribuir los Estados compuestos entre estas dos grandes categorías que, aparte de algunos casos extremos, no presentan en la Antigüedad unas características más precisas que en nuestros días. El vocabulario griego no facilitaría este esfuerzo de clasificación, pues para designar a estos Estados emplea la palabra corriente y vaga de *koinon* (plural *koina*) que se aplica a las agrupaciones más variadas, incluso a las cofradías religiosas.

La innovación helenística nada tiene que ver con la aparición de estas confederaciones que existían en Grecia desde hacía mucho tiempo. Por algunos de sus aspectos, las "ligas" de Esparta y de Atenas podrían llevar este nombre. La novedad está en su multiplicación: existen en abundancia, si bien algunas acaban por fusionarse. También constituye una novedad la estricta igualdad que, salvo muy raras excepciones, se llega a establecer entre las ciudades adheridas. En este punto se tuvieron en cuenta las experiencias del pasado. Las agrupaciones anteriores habían reconocido o sufrido la "hegemonía" de una ciudad, e incluso cuando la adhesión había sido decidida voluntariamente con buena fe, las ciudades habían tenido que dolerse siempre de las usurpaciones autoritarias de la ciudad hegemónica, procurando en seguida sacudir el yugo. En la práctica, pues, estas asociaciones no habían hecho más que multiplicar los conflictos y agravar la debilidad general.

En este momento se aplican otros métodos. Ya no hay hegemonías: cada ciudad se siente, y es en verdad, igual a las demás, y sólo se tiene en cuenta -y aún esto no es una regla general-la importancia de su contribución al esfuerzo colectivo.

Esta precaución tiene como consecuencia inevitable que las antiguas ciudades dirigentes no sientan ninguna simpatía hacia estas confederaciones poco dispuestas a reconocerles una categoría privilegiada. El punto de partida de los nuevos Estados se encuentra, por el contrario, en regiones que hasta entonces no habían tenido más que un papel muy modesto en los destinos políticos y morales del mundo helénico. Surgen nuevos pueblos que, como los macedonios antes de Filipo II, han tomado poca parte en la evolución general de la civilización griega. Habían podido mantener mejor que otras su solidaridad gracias a su vida aislada y a la supervivencia de cultos practicados en común; y gracias también a la débil intensidad de la vida urbana que impidió, no que las *poleis* se constituyeran, pero sí que alcanzaran una orgullosa independencia. Debieron asimismo a su aislamiento el no agotar sus fuerzas en estériles luchas y el no tejer a su alrededor una red demasiado cerrada de temores envidiosos.

Tal es, en particular, el caso de los dos pueblos que fueron las células iniciales de las dos grandes confederaciones helenísticas de la vieja Grecia. Instalados en la orilla septentrional del golfo de Corinto y durante mucho tiempo semidesconocidos, los etolios acaban por poner bajo su dependencia toda la Grecia central y una gran parte de la Tesalia. En la otra orilla del mismo golfo, en el Peloponeso, de conformación montañosa y sin un pasado histórico glorioso, surge la confederación aquea que, a principios del siglo II, aprovechando las victorias de Roma, llega a comprender todo el Peloponeso.

Las instituciones federales

Impulsados por los primeros éxitos, estos pueblos traspasan pronto sus fronteras étnicas. Aceptan o imponen la adhesión a ciudades que hasta este momento les eran extrañas. En las mejor estructuradas de estas confederaciones puede ocurrir que los ciudadanos posean dos condiciones, en realidad dos nacionalidades, una local, que precisa su ciudad de origen, y la otra federal, cuyo nombre es el del pueblo fundador de la confederación. Un ciudadano de Farsalia, en Tesalia, continúa siendo "farsálico", pero además se convierte en "etolio", a pesar de la distancia que separa a su patria de la Etolia propiamente dicha. Lo esencial es que esta denominación étnicamente engañosa no traduzca una anexión: en este aspecto el sistema adoptado ofrece garantías bastante serias.

Como es lógico, las ciudades adheridas renuncian a una parte de su independencia. Se administran libremente por principio, pero en la práctica la vida común impone, incluso en este

aspecto, un mínimo de coordinación que en la mayoría de los casos no representa mucho. La verdadera renuncia se refiere a los asuntos exteriores, diplomacia y guerra, que se convierten en monopolio del gobierno central, encargado de arbitrar los eventuales conflictos entre las ciudades adheridas, regular las relaciones con el extranjero y organizar y dirigir el ejército federal. No obstante, ninguna ciudad o coalición de ciudades puede asegurarse la preeminencia en el gobierno central.

Éste está constituido según el modelo del gobierno de una *polis*. Pasaremos de largo sobre los detalles infinitamente variables y con frecuencia inciertos. En la base, detentadora de la soberanía, una asamblea popular abierta a todos los ciudadanos en edad legal: es la misma asamblea de la *polis*, con un mínimo de diferencias técnicas. Sabemos con seguridad que algunas veces el lugar de reunión varía y que se vota por ciudades, no por cabezas, pero faltos de precisiones, no podríamos afirmar que estas medidas, destinadas a garantizar la igualdad de las ciudades, fueran adoptadas en todas partes. La diferencia principal, que es natural si se tiene en cuenta la distancia a recorrer, es que esta asamblea federal se reúne raramente. Sólo están previstas algunas sesiones en épocas fijas, dos o cuatro por año en los casos que conocemos, y, si bien existe la posibilidad de convocar reuniones extraordinarias, no se hace de ella uso frecuente. Ninguna de las confederaciones tiene oficialmente posibilidad de recurrir al sistema representativo, es decir, a una asamblea de diputados: con su tiranía, las costumbres del pasado se oponen a esta solución que debería venir dictada por la extensión del territorio federal.

Se deduce de ello que la soberanía de la asamblea se manifiesta sólo de manera episódica, que su control se relaja y que los otros órganos gubernamentales disfrutan, de hecho, de una libertad de acción mucho más grande que la que tenían antiguamente en la polis democrática. Estos órganos tienen en principio uno o varios consejos de efectivos más o menos numerosos y después magistrados entre los cuales el más importante lleva con frecuencia el título de "estratega". En ciertos casos, la distribución de los puestos del consejo entre las ciudades está fijada por la ley o por la tradición. Incluso en los lugares donde esta precaución no estaba tomada, la designación de los consejeros y magistrados por la asamblea conjuraba todo riesgo de hegemonía.

Es emocionante ver a los griegos, republicanos y deseosos de escapar a la dominación de las grandes monarquías, buscar a tientas un nuevo sistema político que se acomodase a los nuevos tiempos. Entre ellos el derecho civil no era una disciplina bien constituida, como lo fue desde época muy temprana en Roma, pero en cambio el derecho público había solicitado su atención desde hacía mucho tiempo. Eran numerosos los libros, teóricos o históricos, relativos a las instituciones, a veces elaborados por los nombres más célebres. Al redactar por sí mismo, o dirigir la elaboración, de 158

politeiai ("constituciones") de *poleis*, de las que sólo se nos ha conservado la *Constitución de los Atenienses*, Aristóteles no creaba, en absoluto, un género histórico-jurídico nuevo. No obstante, la corriente de la moda durante el período helenístico-que perdurará aún bajo el Imperio Romano-es escribir los *Peri basileias*, tratados "sobre la monarquía", de carácter más filosófico que práctico. Este interés, constante entre los griegos, por la ciencia de las instituciones políticas, explica la variedad de los sistemas adoptados en las confederaciones. Pero, al lado de ingeniosos hallazgos y de sutiles equilibrios, las desconfianzas dictadas por el pasado, las costumbres heredadas de la *polis* y las tradiciones elevadas a la categoría de principios, refrenan la imaginación e impiden ciertos atrevimientos que, sin embargo, estarían enteramente justificados por las novísimas condiciones.

La democracia: apariencias y realidades.

Es digno de señalarse que tanto en las *poleis* helenísticas como en las confederaciones, mientras se mantienen libres, las formas exteriores del régimen son siempre democráticas. Normalmente la ley no pone ninguna condición de censo a la posesión ni al ejercicio de los plenos derechos del ciudadano, en principio, iguales para todos. La asamblea popular es soberana. Elegidos anualmente, los magistrados no son reelegibles inmediatamente, con el fin de evitar las tiranías de hecho y permitir los procesos por delitos cometidos durante su gestión. La Atenas clásica, deseando poder utilizar libremente su competencia militar no había extendido esta norma a sus estrategas; sin embargo, desde este momento, a pesar de la gravedad casi permanente de los peligros exteriores, de la parte técnica cada vez en aumento de la guerra y de la importancia creciente que en ella desempeñan los profesionales, esta rigurosa precaución ya no hace excepciones con los jefes del ejército.

A juzgar por la insistencia teórica que recogen los textos contemporáneos, oficiales o no, existe una "democracia", atestiguada también por las instituciones. A veces en el vocabulario de la época la palabra no significa más que "república", para oponerla a la monarquía, entonces tan frecuente. Pero en más de un caso está tomada en su sentido de otros tiempos, opuesto a "aristocracia". De hecho, todo parece indicar que en la antigua lucha, larga y sangrienta, de las dos ideologías, la democracia, servida por el prestigio de Atenas y la decadencia de Esparta, triunfó definitivamente, como ya desde el siglo IV la evolución permitía preverlo.

Esto no son, sin embargo, más que apariencias: en todos los lugares donde es posible llegar a captar su juego real, estas instituciones no funcionan democráticamente. Incluso allí donde, como en Atenas, existían en el pasado, se suprimieron los *misthoi* que permitían a los ciudadanos pobres consagrar su tiempo al servicio de la política del Estado, como jueces, magistrados, consejeros o

miembros de la asamblea. Desapareciendo de este modo de la realidad democrática, los *misthoi* desaparecen igualmente del ideal democrático oficial. La causa real de esta supresión no es siempre la penuria financiera, pues no se duda en condenarlos por principio, como una institución demagógica y deplorable: hasta se llegan a rechazar las ofertas de capitales importantes hechos con vistas a su restauración o mantenimiento. En estas condiciones, de manera fatal, los hombres de pueblo, obligados al trabajo regular para asegurar su subsistencia y la de sus familias, quedan en la práctica excluidos de los cargos públicos y, con frecuencia, no toman parte en la asamblea, sobre todo en las confederaciones en las que la participación en las sesiones lleva consigo desplazamientos, más costosos por ser más lejanos. Pero éste no es más que el cambio más aparente e importante. Hay muchísimos otros hechos que si bien no todos resultan de cálculos hipócritas, sino simplemente de la evolución general de la sociedad y de las costumbres, convergen todos hacia un estado de cosas indiscutible: democráticos en teoría, estos regímenes republicanos helenísticos, casi en todas partes aseguran el monopolio del poder a una burguesía acomodada y culta, pero hostil a una reforma social que la afectaría en sus intereses.

Como que la crisis social lejos de atenuarse se agrava en relación con la situación económica, la orientación normal de la política interior no facilita en absoluto el apaciguamiento. Entre los descontentos, para los que no existe una solución legal, el espíritu revolucionario se afirma, muchas veces con violencia, y esta tensión constante influye sobre la suerte de Grecia. La amenaza y a veces la realidad, de disturbios sociales, constituye un elemento perturbador suplementario en las relaciones internacionales; hacen nacer o complican las guerras civiles o entre Estados; asimismo dividen y, por consiguiente, debilitan la resistencia contra el extranjero. Explican asimismo, en parte, el fracaso final del movimiento federativo que aparecía poderoso hacia la mitad del siglo III y que, sin embargo, no consiguió salvar la independencia de la vieja Grecia: Roma, particularmente, aprovechó estas profundas discordias.

II. LA IDEOLOGÍA DE LA MONARQUÍA HELENÍSTICA

Los orígenes de la monarquía helenística.

Municipal o federal, el régimen republicano no subsiste más que en una parte ínfima del mundo griego engrandecido por las conquistas de Alejandro: lo que en todos aspectos se impone y caracteriza políticamente al período, es la monarquía.

Aunque ellos mismos en otros tiempos habían conocido la monarquía, los griegos, durante el período clásico, la consideraban como un régimen inferior, bueno para los bárbaros, pero extraño a

la civilización helénica, porque entonces sólo existía en las regiones excéntricas, las marcas de su mundo auténtico. No obstante, desde fines del siglo V, a medida que las guerras apasionaban más y más a la opinión e influían de manera más profunda sobre las estructuras sociales y sobre los hábitos mentales, el individualismo rompía el molde igualitario en el que el ideal de la *polis* encerraba a la comunidad de los ciudadanos. Las multitudes miraban como un héroe al general vencedor, dispuestas por otra parte, a acosarlo en la desgracia al igual como lo ensalzaban en el triunfo: un Alcibíades y un Lisandro, para citar sólo a los más célebres, escapaban ya a la coacción cívica y sus carreras "fuera de serie", simbolizaban al anacronismo de las concepciones clásicas. Además, en el siglo IV, escritores hostiles a la democracia por sus tendencias personales y sensibles a sus defectos, habían empezado a trazar el ideal moral y práctico de un "rey", hombre superior a los demás como gobernante y como jefe militar por su justicia, por su inteligencia y su bondad, y en último término por su relación con la divinidad.

Bruscamente, los hechos habían venido a ilustrar este ideal. Salido de una de las regiones fronterizas de Grecia, un soberano, Filipo II de Macedonia, había triunfado sobre las *poleis*. Su hijo Alejandro había conquistado el Oriente y realizado hazañas que parecían superiores a lar normas humanas. Después de su muerte, la rivalidad de las ambiciones personales se había desencadenado.
¿Cómo volver, sin embargo, al sistema y a las ideas de antes? Por una parte, en efecto, estas ambiciones se apoyaban en la existencia de ejércitos que, por su número, su composición y su organización, nada tenían de común con los ejércitos de las ciudades republicanas. Nadie era capaz de transformar estos ejércitos monárquicos en milicias ciudadanas. Ninguna ciudad hubiera sido suficientemente rica para tomar uno de ellos a su servicio, como tampoco le hubiera podido proporcionar un mando eficaz. Si la ambición de los jefes llevaba a la permanencia de los ejércitos, ésta hacía indispensable la monarquía, a la que, cerrando el círculo, aspiraban los jefes. Por otra parte, la herencia de Alejandro, que ningún griego quería abandonar, comprendía inmensos territorios y pueblos extraños a la civilización griega, habituados a la dominación monárquica, única apta para organizar su explotación. Evidentemente era imposible para una *polis* gobernar Egipto o Babilonia. Además las monarquías helenísticas no salieron de las orientales y proclamaron con orgullo su origen griego. Tomaron sólo préstamos mínimos de la monarquía persa, de la que Alejandro se había presentado como sucesor directo y fue sólo para los indígenas de cada región que hicieron revivir de manera muy sumaria la realeza faraónica o babilónica, desaparecidas hacía ya mucho tiempo. Pero para explicar su instalación y su mantenimiento, el hecho de la dominación griega sobre el Oriente tiene una importancia comparable al de su origen militar.

Extensión y fuerza del hecho monárquico.

El resultado fue la preponderancia de la institución monárquica en todo el mundo helenístico hasta el establecimiento de la soberanía romana. La distribución territorial de este mundo entre las distintas dinastías varió, sobre todo durante la cincuentena de años de inestabilidad que siguieron a la muerte de Alejandro. Si se considera el conjunto del período, el número de monarquías tuvo siempre tendencia a aumentar: no se asiste a una concentración del poder político, sino más bien a su fragmentación, lo que, además, prueba la imperfección de las instituciones monárquicas.

Sería fastidioso intentar aquí una enumeración completa, pero hay que citar las principales. La de los Antigónidas, en Macedonia, es la primera en desaparecer, cuando Roma la destruye en 167. En Asia Menor, los Atálidas toman tardíamente el título de reyes en Pérgamo y la alianza romana les vale, en 188, importantes ganancias territoriales; pero, en 133, el testamento de Atalo III, muerto sin hijos, instituye a Roma heredera de sus bienes. Al principio, los Seléucidas, con el Asia Menor, Siria, Babilonia y el Irán, son los principales sucesores de los reyes persas; no obstante, a partir de principios del siglo II, sus posesiones se restringen con rapidez en provecho de los Atálidas y de los partos, y la monarquía no es más que una sombra cuando, en el año 63, Roma la hace desaparecer. Por último, en Egipto, el poder de los Ptolomeos o Lágidas es el primero que se estabiliza; en el siglo III se extiende ampliamente por el Mediterráneo oriental; limitado después al valle del Nilo, no sobrevive a las otras más que por la gracia de Roma que, hasta después del año 30 en que ocurre la muerte de Cleopatra, no se decide a la franca anexión.

Este breve repaso que deja de lado a Siracusa y a las monarquías secundarias del norte de Grecia, tales como el Epiro con su famoso rey Pirro, o de Asia Menor, como Bitinia y Ponto, da la impresión de una decadencia ininterrumpida, consecutiva a una irremediable debilidad. En el terreno militar, dejando aparte algunas reacciones pasajeras, la impresión es exacta: incluso para asestar, a principios del siglo I, los golpes decisivos que tienen como consecuencia la anexión, Roma no tiene nunca que hacer esfuerzos comparables a los que le impone su lucha contra Cartago. Pero esta decadencia militar permite, al menos, un siglo de grandeza, el III. Y, cuando empieza a producir sus efectos, la civilización helenística ha enraizado en forma bastante profunda para sobrevivir a las derrotas. Al constituirse esta civilización sufrió, pues, la influencia dominante de la monarquía, entonces poderosa y rica, dueña de extensos territorios en los que propaga el helenismo entre los bárbaros: frente a ella, la ciudad no tiene fatalmente más que un papel secundario.

La ideología monárquica .

Cada una de estas monarquías tiene sus rasgos característicos. Entre ellas existen incluso diferencias de principio. El Epiro o Macedonia, es decir, los países donde los pueblos son griegos o ya helenizados, tienen monarquías nacionales, cuyos súbditos son al mismo tiempo ciudadanos miembros de una colectividad: siguiendo una tradición, el rey, jefe y defensor, está al servicio de la comunidad más que ésta al suyo propio. Las demás monarquías, instaladas en Oriente, son personales. Sin duda algunas suceden a reinos indígenas: a veces, raramente, el Seléucida se llama "rey de Babilonia"; de manera normal, el Lágida, por su categoría de faraón recibe los nombres de Horus-Ra, de Rey del Sur y del Norte, Horus de oro, rey del Alto y del Bajo Egipto, hijo de Ra, y se somete, a partir de fines del siglo III, a los ritos de coronación que se celebran en Memfis. Pero esta concepción, muy diferente de la que da al monarca Antigónida el título de "rey de los macedonios", es sólo válida para los indígenas. Los griegos sólo le llaman "rey (basileus) Ptolomeo" o "rey Seleuco" y este calificativo indica el carácter personal de la monarquía, pues la palabra que precede al nombre propio define, evidentemente, una cualidad, no una función. El Estado no tiene existencia propia e independiente, sino que es considerado como una posesión personal del soberano.

Esta concepción, que se extendió, penetrando incluso en las monarquías nacionales, refleja una ideología muy extendida. Prosiguiendo el esfuerzo de los pensadores del siglo IV, los filósofos de todas las escuelas elaboran la teoría monárquica y algunos llegan a la idea de un rey del mundo, único, identificado por los estoicos como el sabio por excelencia. No obstante, sin tener en cuenta las controversias de escuela, ni esta tendencia a la realeza única, contradicha por la pluralidad de monarquía, se puede definir una doctrina media, corriente y común.

El rey es el favorito de la divinidad, sostenido e inspirado por ella. Los dones excepcionales con que está adornado, se manifiestan de manera indiscutible en la victoria que constituye el mejor testimonio de su superioridad: deseada y procurada por la divinidad, afirma en la persona del monarca la posesión de talento militar y la sugestión sobre sus soldados que sienten hacia él una devoción fiel.

Porque el rey es necesariamente - lo que se explica por el ejemplo de Alejandro y por las luchas que siguieron a su muerte - un conductor de ejércitos. Debe tomar el mando de sus tropas en las circunstancias más peligrosas: de catorce reyes seléucidas, diez murieron en el campo de batalla. Además, por la autoridad que emana de su carácter y de su persona, por la admiración que suscita en otros hombres, el rey debe tener amigos, compañeros, soldados que para ayudarle no retrocedan

ante los sacrificios de todo orden y cuya constancia en los peores momentos, aportará precisamente el testimonio de sus excepcionales cualidades.

Rigurosamente aplicada, esta doctrina hubiese convertido en dogma la peor inestabilidad. De hecho legitimó las usurpaciones y la fragmentación de las grandes monarquías. Ciertos rebeldes fundaron sobre su victoria y la aclamación de sus tropas su derecho al título de *basileus*: repetían con ello lo que habían hecho los lugartenientes de Alejandro en el origen de sus dinastías reales. No se tardó mucho, sin embargo, en intentar corregir los riesgos de anarquía inherentes a esta ideología, mediante el principio de legitimidad. Se hizo un esfuerzo en trasponer, en beneficio de la dinastía, la concepción de superior humanidad señalada con el favor divino y se propagaron leyendas sobre la intervención de un dios en el nacimiento de un antepasado. Sin llegar a ser total el éxito fue considerable: descender de una familia de *basileis* se convirtió en un elemento normal de las cualidades personales del *basileus*.

El conjunto de estas cualidades se designa con frecuencia con la palabra *areté* cuya traducción por "virtud" no expresa bien la riqueza de sentidos. La *areté* engloba, en efecto, cualidades de todo orden, militares, políticas, intelectuales y también, como es natural, morales. Postula el valor, la justicia, la razón legislativa y administrativa, al propio tiempo que la fuerza de alma, la bondad, la "filantropía" y la piedad. Unidas al poder y a la riqueza, que están implícitas en la idea monárquica, todas estas cualidades se concretan en los "beneficios" que proporciona el soberano a los miembros de su corte y a sus súbditos. Por definición, pues, según una fraseología oficial que, en curso de formación, no hace más que ampliarse, el rey es *evergetes* ("bienhechor"), *boethos* ("caritativo") y *sôter* ("salvador"). Hay otra palabra asimismo, de sentido amplio e impreciso, que tiene un doble sentido: *eunoia*, "benevolencia", o mejor, buena voluntad y disposición favorable. Se emplea tanto para definir el comportamiento y los sentimientos del rey hacia los otros hombres, amigos, soldados, súbditos y pueblos aliados, como, en sentido inverso, el comportamiento y los sentimientos de estos mismos hombres para con su señor.

Sería superfluo subrayar todo lo que una tal ideología comporta de idealización: los soberanos helenísticos son hombres muchas veces ruines. Pero la propaganda, ayudada por la adulación, no es la única en transfigurarlos de esta forma. Para el humilde súbdito en lucha con las dificultades de la vida y las exacciones de los tiranuelos locales, entre los que los menores no son los funcionarios, el rey representa el recurso supremo, el único en el que poder poner esperanza de justicia y de generosidad. Ya no queda nada, sólo ruinas, del principio fundamental de la civilización griega clásica, edificada sobre el ideal del ciudadano hombre libre, igual a otros hombres libres, encontrando en una comunidad cívica su protección y el mejor marco para su acción y para su desenvolvimiento.

Desde ahora, el hombre levanta, desde abajo, los ojos cargados de gratitud y de esperanza hacia un hombre del que reconoce y admira la superioridad. Ciertamente, el sabio-y a esta conclusión llegaron varias escuelas filosóficas-salvaguarda su libertad, aunque dando a esta palabra un sentido intelectual y sobre todo ético: libertad del espíritu y, con respecto a las pasiones, libertad del alma; en este sentido, el sabio es *basileus*, al menos de sí mismo. Pero examinando la monarquía helenística en todos sus aspectos, vemos que el único hombre verdaderamente libre, el único capaz de alcanzar el pleno desarrollo de su naturaleza de hombre es el soberano.

El derecho y las costumbres monárquicas.

La conclusión práctica de esta ideología es el absolutismo monárquico. El rey tiene naturalmente deberes morales; pero, incluso en una monarquía nacional como la macedónica, nada ni nadie vigila su observancia. Se admite y se empieza a decir cada vez con más frecuencia que el rey es el *nomos empsychos*, la "ley animada", "viviente", fórmula destinada a ser muy usada posteriormente, cuyo sentido más fuerte, equivalente a la forma moderna del "ordeno y mando", está atestiguada por afirmaciones tales como "lo que ha sido mandado por el rey es siempre justo".

El absolutismo va tan lejos que sobrepasa incluso el derecho dinástico, todavía muy dúctil y desprovisto de codificación. La sucesión normal respeta la primogenitura en la línea masculina; pero la elección de monarca puede no ajustarse a ella. Además, aunque la monogamia es la regla y la reina ocupa un rango muy superior al de las concubinas, conocemos casos de bastardos legitimados que fueron preferidos a hijos legítimos. En ocasiones se practica la asociación en la realeza: raramente entre hermanos y entonces aparece impuesta por la fuerza al mayor y con más frecuencia entre padre e hijo, siendo en este caso un artificio destinado a facilitar el traspaso del título regio. Se trata siempre de una corregencia que no provoca distribución territorial definitiva. La fluidez es, pues, el principal carácter de este derecho dinástico en vías de formación lenta y frenada por las intrigas de palacio y las sublevaciones o revoluciones; un derecho dinástico en el que la influencia del derecho familiar griego cede el paso a los intereses de la dinastía y a veces a la simple voluntad real; así, por ejemplo, evita la partición de la herencia.

Más delicado es todavía analizar uno de los más curiosos aspectos de la monarquía helenística: la asociación en el trono del hermano y la hermana, unidos por matrimonio. Sin duda su aparición se explica por circunstancias fortuitas, incomprensibles si no se tienen en cuenta la vida anterior de Arsinoe, su carácter personal y el de Ptolomeo II que, al tomarla como esposa, contravino las costumbres griegas que consideraban incestuoso el matrimonio entre hijos de unos mismos padres. ¿Pero por qué, con raras excepciones, todos los Ptolomeos siguieron este ejemplo?. Es posible que se

deba a la influencia de las costumbres indígenas, favorables a los matrimonios consanguíneos. Sin embargo, la monarquía seléucida también fue afectada por esta costumbre salida de Alejandría: aunque extranjera, la reina seléucida lleva, desde muy temprano, el título oficial de *adelphe*, "hermana", y, a principios del siglo II, un rey hace que efectivamente su hijo tome por esposa una de sus hijas que, habiendo quedado viuda se casa sucesivamente con dos de sus hermanos cuando, a su vez, se convierten en reyes. El azar y las consideraciones diplomáticas impidieron la implantación definitiva y la generalización de estas costumbres fuera de Egipto. Pero, aunque efímero y limitado, el contagio no deja de tener su sentido: la preocupación por la pureza de la sangre y el de la protección contra las eventuales reivindicaciones de parientes extraños a la dinastía, intervenían para violentar las costumbres de la moral helénica. Con ello, una vez más, los reyes se afirmaban hombres diferentes del resto de la humanidad.

Los signos exteriores de la realeza son de una sorprendente discreción. El traje oficial del soberano es siempre el macedónico para la guerra, es decir, botas, capa flotante, casco o sombrero de alas anchas; incluso el color púrpura del manto y del sombrero no constituye un monopolio real, puesto que ciertos cortesanos tienen también derecho a lucirlo. Algunas dinastías tienen insignias propias: los Lágidas, el cetro; los Seleucidas, el anillo grabado con una ancla que se creía regalo de Apolo. Sin embargo, la verdadera insignia usada por todos los *basileis*, tan común que se convierte en equivalente de "realeza", y entra, al igual y en lugar de nuestra palabra "trono", en una serie de locuciones corrientes, es la diadema. Alejandro la tomó de la monarquía persa y todos sus sucesores la utilizaron. Se trata de una cinta blanca, en ocasiones blanca y púrpura, que rodea la cabeza ciñendo los cabellos y que, anudada en la parte posterior, deja flotar dos extremos de la cinta sobre la nuca; no se podría pensar en una insignia menos ostentosa.

Asimismo la persona real no se rodea aún de una etiqueta severa. Más que la influencia del ceremonial oriental, en especial el persa, se constata la persistencia de la simplicidad macedónica: la repugnancia suscitada entre sus compañeros por ciertas tendencias de Alejandro en este aspecto, acabó por imponerse. Si bien, en las ceremonias oficiales, se empieza a colocar una antorcha ante el soberano, no es nada difícil a los extranjeros y a los súbditos el obtener audiencia. Aunque la necesidad diplomática impone que la futura esposa del rey sea de sangre real, que el contrato sea resultado de unas negociaciones y que el matrimonio se celebre con gran boato, ocurre todavía que algunos reyes toman por esposa a hijas de burgueses o incluso de compesinos. No obstante, desde fines del siglo III, los reyes que visten con demasiada sencillez y que se mezclan con la multitud empiezan a producir escándalo.

Es interesante ver cómo se crea en el período helenístico, lentamente, alrededor del hecho reciente e influenciado por las costumbres macedónicas - casi igualitarias a la manera griega - , que es la monarquía, un primer núcleo de tradiciones y de usos, de costumbres jurídicas y de ritos externos. Este núcleo se enriquecerá de manera progresiva, aunque bajo otras influencias que ya no serán helenísticas. Pero se transmitirá de monarquía en monarquía, por el intermedio de Roma, hasta Bizancio y más allá todavía.

III. LAS INSTITUCIONES MONARQUICAS

Es difícil presentar en estas líneas algo que no sea un esquema rápido y general de las instituciones de las monarquías helenísticas. Se opone a ello el desequilibrio en la distribución geográfica de nuestras informaciones: frente a la masa abundante de los papiros egipcios, la Macedonia o inmensas regiones del territorio seléucida, por ejemplo, sólo de manera muy esporádica han dado hallazgos de inscripciones. El número y la gravedad de problemas que no se pueden resolver, y a veces ni plantear, no son los obstáculos más pequeños. Hay que limitarse, pues, a señalar algunos rasgos generales que permitan comprender mejor la monarquía helenística.

El poder real.

Como señor absoluto el rey es el jefe natural del ejército. Es el único legislador: publica sus ordenanzas sobre todas las cuestiones, dirige circulares a los funcionarios y contesta sus preguntas. Es el juez supremo, con una sola excepción: la que representa en la monarquía macedónica, el privilegio tradicionalmente reconocido - pero en la práctica transgredido con frecuencia- a la asamblea del pueblo en armas de juzgar los procesos de alta traición. Sin embargo, en esa época, la justicia se separa mal de la administración, por lo que el soberano recibe innumerables memoriales sobre los asuntos más variados que le dirigen incluso los más humildes de sus súbditos: bien atestiguada en Egipto por los papiros que ponen en presencia de textos que expresan en ocasiones las esperanzas más ingenuas, esta costumbre existe también en otras partes.

Para hacer frente a estas tareas, numerosos monarcas parecen haber tenido, ayudados por la filosofía, el sentido del deber y la conciencia de su dignidad en muy alto grado. "¿Has comprendido bien - decía a su hijo un Antigónida influenciado por el estoicismo- que nuestra realeza es una servidumbre rodeada de honores?" No obstante, aun cumpliendo a conciencia su deber, el rey tiene necesidad de ayuda.

En principio disfruta de una entera libertad en la elección de sus auxiliares y en su predilección; ésta varía según su voluntad sin tener en cuenta la preparación anterior, la jerarquía, ni los años de

servicio: el único criterio es su favor, es decir, la confianza que le merece el escogido.

La corte del rey y la política.

Sin embargo, la reputación del monarca se establece, en gran parte, en función de la calidad y de la moralidad de aquellos a los que él otorga su confianza. En una corte normal el rey debe tener en cuenta tanto la opinión de los soldados, en especial la guardia, como la de los palatinos. Se crean potentes situaciones personales contra las que tiene que luchar y usar de la astucia para destruir: un soberano seléucida, mucho antes de la anarquía final, se ve obligado a conspirar y a organizar una emboscada para hacer asesinar a su primer ministro. El absolutismo tenía, pues, unos límites de hecho, lo que no puede sorprender en razón del lugar que la ideología corriente concede a las cualidades del individuo y al ascendiente que ellas le valen sobre los demás hombres.

Realidad ante todo social, con influencia intelectual y artística considerable, la corte, corolario de la monarquía y, por tanto, innovación helenística, manifiesta así su existencia en el plano político. La intriga, en especial la intriga de alcoba, tiene en ella un papel fatal. No obstante, es raro que este papel sea escandaloso. Incluso haciendo caso a una documentación anecdótica que les es desfavorable, los amantes, bufones y eunucos que llegaron a tener un papel político, fueron un número muy reducido: sólo la monarquía lágida, a partir de fines del siglo II, fue juguete de tales camarillas. Sería inadecuado confundirlas con el caso de las reinas que desde Olimpia, madre de Alejandro, a la gran Cleopatra - pasando por Arsinoe, esposa-hermana de Ptolomeo II, y Cleopatra-Thea, "hija de uno y hermana de dos reyes lágidas", "esposa de tres y madre de cuatro" reyes seléucidas, supieron elevarse al rango de protagonistas en los conflictos de las monarquías helenísticas. El hecho se relaciona con una evolución de la sociedad, en la que la mujer ocupa un lugar mucho más importante que hasta entonces: el florecimiento de individualidades femeninas es mucho más fácil, en la práctica, ya que la existencia de una corte implica un rango oficial para la reina.

También es digno de señalarse que el nacimiento y la riqueza no son elementos determinantes de las situaciones personales que se crean en la corte, aunque no se niega que puedan influir. Los "muchachos reales", originarios de las grandes familias, sirven de pajes y son educados en palacio; la formación que en él reciben y su familiaridad con el joven príncipe, futuro rey, facilitan su acceso a los cargos militares y administrativos, aunque éstos no les están reservados de manera exclusiva. En ninguna monarquía llega a formarse una casta de "grandes". La suerte depende del talento, sin ninguna clase de discriminación fundada en el origen social, geográfico o étnico. El mundo helenístico, sin preocupaciones por las fronteras, constituye una gran unidad humana, en el interior

de la cual los griegos se desplazan fácilmente para ofrecer sus servicios a quien sea: la caución del helenismo es la única indispensable y, al menos para ciertos monarcas, la de la helenización es suficiente. "En mi reino", respondía el Antigónida estoico a un solicitante de elevado linaje, "los honores corresponden a los méritos de cada uno, no a los del padre."

El gobierno central

Más que un jefe de Estado, el *basileus* es, en principio, un hombre eminentemente dotado, capaz de suscitar el entusiasmo. A los auxiliares que emplea para las complicadas tareas de gobierno, se les sitúa, al lado de sus servidores privados, entre los *aulikoi* o "cortesanos". Con frecuencia junto a sus funciones de gobierno ocupan cargos en la corte, o al menos, obtienen un título que los une personalmente con el rey y les permite una relación más familiar con éste. En todas las cortes helenísticas, en efecto, se usan denominaciones áulicas, cuyos precedentes se perciben al propio tiempo en la antigua monarquía macedónica y en la persa, pero que se han ido multiplicando, sufriendo una especie de inflación ceremoniosa a consecuencia del desgaste de los títulos sencillos. Existen "parientes", "padres nutricios", "preceptores", "hermanos de leche", o "condiscípulos" del soberano y para la mayor parte de los casos poseemos la evidencia de que se trata sólo de títulos honoríficos. En especial se encuentran "amigos", organizados en una verdadera gradación jerárquica: simplemente "amigos", después, por encima de ellos, los amigos "honrados", los "primeros", "los primeros y particularmente honrados", etc. El favor regio otorga estos títulos a cambio de servicios de toda clase, con sus insignias correspondientes, entre las que la más corriente es el manto de púrpura. Estos títulos no crean más que vínculos personales entre el que los otorga y los que los reciben, puesto que se puede haber sido "amigo" del padre y no llegarlo a ser de su hijo.

En ocasiones los *aulikoi* son muy numerosos. Algunas expresiones de la fraseología oficial parecen asociarlos al poder real, como también se hace con el ejército. Esto hace pensar en la monarquía colectiva. En realidad un rey se enorgullece del número y la fidelidad de sus "amigos" y de sus soldados, porque no pueden existir mayores pruebas de su personalidad, de su generosidad y de sus "bondades", de lo que vale, en una palabra, teóricamente, su poder de basileus. Es natural que el rey escoja su personal entre los que juzga aptos para ayudarle. Sin que exista un consejo estable ni regularmente constituido, los pareceres son siempre deseables; el rey los escucha de quien quiere y como le conviene. Nada, bien entendido, le obliga a hacerles caso, pero informarse es indispensable: un rey que descuidara esta precaución pasaría por ser el peor de los déspotas.

Escoge, asimismo, entre los *aulikoi* a sus generales, sus embajadores y sus ministros. Esta cla-

sificación lógica no corresponde, sin embargo, a la realidad: una misma persona puede ser primero lo uno y después lo otro; e incluso, depués de haber sido encargado de un mando militar importante, puede, sin desmérito ni desgracia, recibir otro de categoría inferior. No obstante, los asuntos administrativos, si no la guerra y la diplomacia, presentan suficiente complejidad para exigir un mínimo de especialización y de continuidad. Con diferentes nombres se encuentra casi en todas partes un jefe de la cancillería, un jefe de justicia y un prepósito de la hacienda. Ocurre a veces, que entre los grandes personajes se destaca uno, más activo y más hábil, que se designa con una perífrasis vaga, "el que es prepósito de los asuntos", que da su parecer sobre todas las cosas y decide la mayor parte en nombre del soberano: es el consejero principal, el primer ministro, el visir. Pero todos estos equivalentes proporcionados por nuestro moderno vocabulario político traducen muy mal lo que tiene todavía de fluido la organización, tan nueva para los griegos del gobierno central de un vasto territorio.

La administración local.

Conocemos peor la administración local, aunque en este terreno la diversidad entre las monarquías es extrema, porque cada reino debe adaptar sus instituciones y sus métodos a las particularidades de los territorios y de los súbditos que administra.

Tomemos como ejemplo el Egipto lágida, la monarquía mejor conocida. La milenaria división del país en "nomos" fue conservada, con mínimas modificaciones que resultan, por ejemplo, del desarrollo económico y demográfico de una región. En cada nomo se encuentran al principio un nomarca ("jefe del nomo") egipcio y un estratega ("jefe militar") griego; después el nomarca se va borrando detrás del estratega y acaba por desaparecer. La jerarquía inferior comprende los toparcas ("jefes de distrito") y comarcas ("jefes de aldea"). Las preocupaciones fiscales hicieron que desde el principio se colocase junto a cada uno de estos funcionarios un agente que dependía directamente del ministro de la hacienda: es el *grammateus*, o "escriba", con un escalafón que comprende el comogrammata, el topogrammata y el basilicogrammata ("escriba real"), este último correspondiente al escalafón del nomo.

Este cuadro, un poco esquemático, es sólo válido para Egipto, es decir, un país en el que la naturaleza y la historia anterior facilitan la centralización. En las demás monarquías las cosas son diferentes. Prácticamente nada sabemos de Macedonia y muy poco de la monarquía atálida. Los seleucidas, principales sucesores de los reyes persas, conservaron el nombre y, salvo algunos desdoblamientos, la realidad de las antiguas "satrapías". Cada satrapía tiene a su frente un "estratega", si bien desconocemos en absoluto si a su lado existía un "sátrapa" encargado de los

asuntos civiles. Es dudoso que así fuera, pues no se conocen funcionarios que lleven este título en esta época. El territorio de la satrapía se subdivide en distritos, cuyos nombres oficiales parecen diferir según las regiones y, por consiguiente, también las denominaciones de los funcionarios encargados de administrarlas.

Más que llegar a conocer estas nomenclaturas, tan sometidas a controversias y a confesiones de ignorancia, sería interesante llegar a saber cómo funcionó esta administración local. Algunas ideas generales se pueden deducir de los pocos hechos conocidos.

Queda bien manifiesto que, en las monarquías orientales, todos los altos cargos y muchas de las funciones subordinadas estuvieron reservadas a los griegos. Al principio, en regiones mal sometidas, por ejemplo, en Armenia, Capadocia, Bitinia, se tuvieron que tener en cuenta las situaciones locales y admitir o mantener a sátrapas orientales que, provocando finalmente la separación, dieron origen a monarquías secundarias. Pero, en los lugares donde el rey griego se siente seguro como señor, sólo se confía a griegos o a orientales verdaderamente helenizados. El griego es la lengua oficial, lo que descarta a los indígenas ignorantes. Además, un griego tanto por su educación como por la conformación intelectual que le aseguraba su origen, era considerado como un funcionario más metódico y más preciso, más seguro también, porque tenía que sentirse solidario del soberano frente a la masa de los súbditos pertenecientes a otra civilización.

¿Justificaron dichos funcionarios esta confianza? Respecto a la fidelidad política se puede afirmar, a pesar de las excepciones que dieron lugar a usurpaciones. Éstas fueron muy pocas y casi todas monopolio de la monarquía seléucida, cuya extensión territorial era demasiado grande para que fuese siempre posible una estrecha vigilancia. No se puede decir lo mismo en cuanto a la eficacia administrativa. En realidad los griegos al servicio de reyes instalados en Oriente fueron fatalmente demasiado poco numerosos para permitir una selección suficiente. Su honestidad era discutible con frecuencia. Para Asia, las inscripciones, que son sobre todo textos oficiales y honoríficos, podrían hacer creer en una situación idílica. Pero en Egipto los papiros atestiguan una realidad más cotidiana y más modesta; contienen numerosas quejas o reprimendas y hacen conocer indiscutibles estafas y excesos de poder. Una buena administración postula una experiencia, unas tradiciones y un personal que estas flamantes monarquías, establecidas lejos de la tierra materna, no poseían en absoluto.

Necesita asimismo unas comunicaciones fáciles, con el fin de transmitir las órdenes y ejercer una vigilancia eficaz y rápida desde el gobierno central. Pero esta centralización lleva consigo la complejidad y las lentitudes burocráticas. Éstas son evidentes en el Egipto lágida, donde el menor

asunto necesita múltiples informes y correspondencia entre oficina y oficina, de categoría en categoría. En otros lugares, la documentación, menos explícita, pone a veces en presencia de resultados también sorprendentes. Encontrándose en el Asia Menor, en el mes de marzo, el rey seleucida - en el apogeo de su dinastía- toma una importante decisión en favor de la reina que se debe hacer conocer con diligencia a todos los funcionarios interesados; pues bien, la decisión no llega hasta el mes de mayo a los grados inferiores de la administración de una satrapía cercana y hasta julio al oeste de la meseta irania. Se adivina así lo que administraciones tan imperfectas pudieron llegar a ser con la decadencia de las monarquías, y cuando la fuerza de Roma perjudicó al prestigio de los soberanos.

Intermediarios y privilegios locales.

Tampoco y en ninguna época, la autoridad del rey llegó a ser todopoderosa, de manera igual, en todos los lugares. En este aspecto, los lágidas se encuentran - en Egipto, pero no en sus posesiones exteriores- en una situación excepcionalmente favorable; y aún tienen que contar, en un país tan unitario como es el valle del Nilo, con tres ciudades griegas. Los demás soberanos chocan con barreras, hechas de tradiciones respetadas o de concesiones. Éstas son revocables en principio; pero con bastante frecuencia falta la fuerza para revocarlas hasta cuando existe un motivo plausible para hacerlo. Pero, a menos de querer arruinar su reputación, un *basileus* no puede revocar un "beneficio" sin una justificación moral que, por su parte, el beneficiario procurará prudentemente no facilitarle.

Salvo quizá en Macedonia, donde la administración interior es para nosotros muy poco clara, el rey ejerce su autoridad sin límites sobre las gentes más extremas del país, por mediación de sus agentes. Los contemporáneos designan con frecuencia estas regiones con el nombre de *chôra*, es decir, el "campo", o el "país llano", por oposición a las ciudades fortificadas. Pero las zonas del territorio sobre las cuales la autoridad directa del soberano es nula o choca con obstáculos, no se limitan solamente a las ciudades.

Estos obstáculos o dificultades son de orden muy diverso y la importancia relativa de cada categoría varía considerablemente según las condiciones locales. En la periferia, hay reyes vasallos que se limitan a rendir homenaje cuando el monarca se encuentra, con un fuerte ejército, en las inmediatas proximidades: los oficiales se complacen entonces en calificar de "tributo" lo que los vasallos llaman "presente". Existen "dinastas" dueños de territorios excesivamente despoblados y pobres para tener la audacia de ceñir la diadema. Hay templos cuyos dominios rústicos, administrados por la clerecía, constituyen verdaderos estados teocráticos. Existen "pueblos" o tribus indígenas que aplican sus propias leyes y designan sus jefes: el ejemplo mejor conocido lo ofrece el

pueblo judío, con su ley mosaica, su consejo (*sinedrion* en griego, de donde derivará *sanhedrin*) y su sumo sacerdote. Por último, existen las ciudades. Individuos o colectividades, todos estos privilegiados tienden, naturalmente, a la independencia. En la práctica, su actitud para con el rey sólo refleja la relación de las fuerzas en un momento dado. La anarquía interna acecha a las monarquías decadentes y precipita su disgregación.

Por su papel en la civilización helenística, las ciudades merecen mención particular. Existen quizá ciudades indígenas en regiones como Babilonia. Pero las que, gracias a las incripciones, podemos ver vivir, son las ciudades griegas, o como en Fenicia, las helenizadas. Entre ellas las hay antiguas y recientes; no obstante, todas tienen el mismo ideal, del que ningún griego podría renegar: la *polis*. Con su ciudadela, sus murallas, su plaza pública y sus monumentos, las ciudades constituyen personas físicas. Son también personas morales, con una constitución que organiza a sus ciudadanos en colectividad autónoma, es decir, dotada de leyes internas, magistraturas, consejo y asamblea, permitiéndole administrarse a sí misma y administrar el territorio que les está unido.

Esta constitución y las aspiraciones que favorece, plantean el problema de las relaciones entre la ciudad y el soberano. Éste, en efecto, no puede dejar que se establezcan relaciones con el extranjero, siempre enemigo virtual, ni arriesgarse a ver un día cómo se le cierran las puertas de la ciudad o la ciudadela sirviendo de reducto a los rebeldes. El rey necesita garantías. Instalando o retirando una guarnición; aumentando, aligerando o suprimiendo el tributo, concediendo privilegios comerciales o religiosos, dispone de toda una serie matizada de recompensas y de castigos para tratar a cada ciudad según sus merecimientos. Un procedimiento empleado con frecuencia consiste en enviar a la ciudad a un "epístata", es decir, un "prepósito", que, sin que la presencia de tropas sea siempre indispensable, vigila la vida local, interviene en la elección de magistrados y en las decisiones de la asamblea y del consejo, inspira e incluso redacta proyectos de decretos que son ratificados al instante. Un caso diferente, que requiere una vigilancia más estrecha, es el de la ciudad en la cual, o junto a ella, reside el rey; tales son Alejandría para los lágidas y Pérgamo para los atálidas: en ellas unos funcionarios nombrados por el rey toman en sus manos ciertos sectores de la administración y la autonomía se reduce a simples apariencias. Estas ciudades son las principales beneficiarias de las generosidades financieras de los soberanos y de sus afanes constructivos. Pero pagan estos favores con la pérdida de sus libertades, lo que no impide en absoluto, sino muy al contrario, que la cólera popular estalle a veces -ejemplos de Antioquía y Alejandría en el siglo II- en violentos tumultos que pueden llegar a la matanza de los favoritos, a la expulsión de un rey o a la proclamación de otro. A

pesar de la ingeniosidad de los sistemas puestos en marcha, la monarquía helenística no llegó a suprimir la autonomía que la oponía a la *polis*: el frenesí de independencia que anima a ésta no será domado más que por el yugo de Roma, y aún con dificultades.

La riqueza.

Como se ve, son muchas las dificultades que los soberanos deben esforzarse en superar para hacerse obedecer y para asegurarse los dos elementos entonces inseparables de la idea de realeza: riqueza y fuerza militar.

Una buena parte de sus recursos financieros proviene de la explotación de la *chôra*, que es no sólo su posesión directa, sino también su propiedad personal. En todas las monarquías, hasta en la macedónica, la importancia de los bienes reales, fincas rúst. rey hace para recompensar o suscitar la fidelidad y los servicios. Posee esclavos que le permiten la explotación inmediata de estos bienes, bajo la vigilancia de intendentes, aunque el modo de explotación más normal, en especial para las propiedades agrícolas, es el arriendo de la *chôra* impuesto a la población que, aun escapando a la esclavitud, está sometida a obligaciones que dependen de la exclusiva voluntad del rey; todos estos bienes no serían nada sin la mano de obra que les da valor.

A los beneficios de propietario se añaden los de soberano, beneficiario del derecho eminente que le dan la conquista y su calidad de *basileus*. Éstos son principalmente los impuestos. Su variedad es grande, tanto entre las monarquías como en el interior de una misma monarquía, pues para establecerlos cuentan mucho los privilegios locales que el rey debe tener en cuenta. El más corriente entre estos impuestos, heredado del imperio persa, pero que acabó estableciéndose hasta en Macedonia, el más productivo también, es el *phoros*, el "tributo", símbolo de la soberanía reconocida. Se trata de una suma -completada, en las regiones de economía atrasada, por contribuciones en especie- fijada en bloque para cada colectividad, territorio dependiente de un vasallo, pueblo, ciudad privilegiada o aldea de la *chôra*: para entregarla anualmente al tesoro la colectividad es libre de procurársela como crea conveniente y en particular de repartirla a su manera entre sus miembros. La capitación o impuesto por cabeza, las tasas sobre el ganado y los árboles frutales, parecen menos generalizadas porque implican, en efecto, un registro que no todas las monarquías son igualmente capaces de efectuar con regularidad. Los impuestos indirectos, aduanas internas y externas, derechos de mercado y sobre mercancías, gabelas, tasas sobre las rentas, etc., existen también con una abundancia y un rigor variables. Por último, como remache final, la requisa y el trabajo obligado sí son necesarios y aún las "coronas", es decir, las donaciones que se pretende hacer pasar por volunta-

rias y excepcionales y que, de hecho, tienden a ser impuestas periódicamente, en ocasión de un aniversario, de una victoria o en general de un suceso cualquiera propicio a la expresión de la afección de los súbditos hacia su soberano.

En ninguna parte el sistema muestra tanta perfección lógica, ingeniosidad y rigor como en Egipto. En este país se combina de manera notable con tendencias económicas que conducen a una política a la vez mercantilista y dirigida. En posesión de la mayor parte de la tierra del país, el monarca lágida percibe arrendamientos y explota monopolios de hecho o de derecho. La vigilancia minuciosa que ejercen sus agentes sobre los hombres y sus actividades, sobre la producción y la circulación, les hace más fácil y más eficaz la percepción de los impuestos. Éstos están multiplicados por la más fértil y la más sutil de las imaginaciones fiscales que se hayan desplegado en la historia. El sistema llegó a una tal perfección que el tributo, impuesto colectivo, pudo ser reemplazado por impuestos estrictamente personales, contribuciones rústicas o profesionales.

El resultado es la riqueza de los soberanos helenísticos que llenaba de estupor admirativo a los griegos de la vieja Grecia, habituados a los mezquinos presupuestos de sus pequeñas ciudades. Para ellos constituye un incentivo que les hace emigrar para buscar fortuna en las monarquías. Hasta los antigónidas, los menos ricos entre estos reyes -los macedonios no se dejan avasallar-, mantienen una corte tan lujosa que fueron necesarios varios días al vencedor de Pydna para hacer desfilar en Roma su botín en ocasión de su triunfo. Y nada iguala a la reputación, legítima, de los reyes de Oriente, en particular la de los lágidas, cuyos tesoros fabulosos, en el siglo I, hacen soñar a menudo a los ambiciosos y a la plebe de Roma.

Comparables a los ingresos son los gastos. El mantenimiento de los funcionarios y de la corte, la política de munificencia y de mecenazgo, "las donaciones a las ciudades y el culto a los dioses" que son juzgadas como la señal de un "espíritu verdaderamente regio", constituyen la contrapartida inevitable de la riqueza procurada por el poder. Asimismo todo esfuerzo militar que se salga de lo corriente obliga a recurrir a exacciones extraordinarias: creación de una tasa adicional al tributo, como el *galaticón*, instituido para luchar contra los gálatas que habían pasado al Asia Menor y después mantenido, cuando éstos se establecieron definitivamente, para comprar de manera bien precaria su tranquilidad; confiscación de fortunas escandalosas, debidas no obstante al favor regio; pillaje de los tesoros de los templos, lo que acaba por provocar la sublevación de los fieles, como por ejemplo en Susiana y en Judea; inflación de la moneda de cobre en Egipto, etc. Pero nada es suficiente: no tarda en llegar el momento en que, como no sea reduciendo los otros gastos, ninguna monarquía puede mantener un ejército que corresponda a sus necesidades.

La fuerza militar. "El mundo helenístico -dice un historiador moderno- es un mundo militar." La misma ideología del *basileus* reserva a la fuerza un lugar preferente. Asimismo, cada soberano debe ser fuerte tanto para defenderse contra sus vecinos y prevenir sus ataques como para mantener a sus súbditos en la obediencia. Para estos fines las monarquías tienen necesidad de un ejército permanente del que las *poleis* de antes habían podido prescindir. Este ejército está principalmente constituido por la guardia real y por las guarniciones de las diseminadas fortalezas.

La guerra se ha transformado complicándose y poniendo en juego ejércitos cada vez más numerosos: sin que se repita el caso de Alejandro, que llegó a disponer de cien mil hombres, es bastante frecuente agrupar o hacer maniobrar ejércitos de cincuenta mil soldados. Los progresos técnicos prosiguen; para el asedio y la defensa de las fortalezas se utilizan poderosos medios materiales; hacen su aparición las máquinas de guerra en los navíos y en los campos de batalla. Los barcos de guerra aumentan su tonelaje y el número de sus remeros, aunque las escuadras cuentan también con embarcaciones ligeras para las escaramuzas, las sorpresas y los desplazamientos rápidos. Asimismo, los ejércitos de tierra se diversifican en unidades especializadas según las diferentes necesidades: reconocimiento, golpes de mano, diversión, persecución y fuerzas de choque. Disponen de caballería para sacar provecho a las batallas: con frecuencia una sola victoria decide el final de una guerra. Todo soberano que puede mantenerse en relación con regiones donde su captura es posible, posee elefantes domesticados y preparados para su acción en la guerra.

Estos perfeccionamientos e innovaciones resultan de la creación de las grandes monarquías, ya que ellas poseen los medios de aplicarlas. Sin embargo, se agotan en este intento.

Desde luego no les faltan los hombres. El rey tiene derecho a movilizar a sus súbditos, si bien en general nunca lo hace en gran escala, pues el habituarlos o enseñarles de nuevo el oficio de las armas no deja de tener sus peligros. En este aspecto hay que señalar que los orientales tienen sus propios medios de armamento y de combate, cuya inferioridad con respecto a los griegos es manifiesta. Alejandro había empezado a dar a los persas las armas y la educación militar de los macedonios. Esta experiencia había disgustado a los compañeros del héroe, y sus descendientes o no la aplican o nunca lo hacen en grande. Hacia fines del siglo III, un lágida se arriesga a ello, creando una "falange" egipcia: el autor que nos lo relata - de origen griego - añade en seguida que los egipcios, llenos de orgullo por la victoria que habían ayudado a conseguir, se apresuraron a rebelarse. En la práctica no se recurre a los indígenas más que para los cuerpos especializados de infantería ligera o

de caballería, y sólo a título individual y en raras ocasiones se les concede su ingreso en las unidades griegas.

Indiscutiblemente, los mejores soldados, aquellos en los que, como es natural, los soberanos de origen helénico tienen su confianza, continúan siendo los griegos. En primera línea los macedonios, cuyas victorias sobre las ciudades griegas y sobre el imperio persa, afirmaron su prestigio militar. Infantes armados de forma más ligera que los hoplitas del período clásico, su principal formación de combate es la "falange", masa profunda y completa de líneas paralelas, las primeras de las cuales inclinan hacia fuera sus lanzas de cinco metros de longitud. Jinetes con el torso acorazado, los macedonios proporcionan también la caballería pesada que, lanza en ristre, con sus cargas había dado todas sus victorias a Alejandro. Más de una experiencia había probado -al menos esto se creía entonces- que sólo una falange podía vencer a la falange y que la caballería macedónica sólo podía ser vencida por esta misma caballería. Por ello, todo ejército monárquico posee la una y la otra. Para asegurarse la superioridad, es necesario aumentar los efectivos de estos dos cuerpos y, a falta de macedonios, recurrir a los otros griegos. Armados asimismo de forma menos pesada que los hoplitas y, jinetes o infantes, mucho mejor entrenados por ser soldados profesionales, estos griegos forman unidades indispensables para respaldar las unidades macedónicas y proporcionan también los cuerpos especializados en las misiones de reconocimiento y de sorpresa.

El problema es procurarse macedonios y griegos. No se plantea a los antigónidas por estar instalados en Macedonia, pero es de difícil solución para las otras monarquías. Cada una de éstas procuró quedarse con una parte del ejército de Alejandro y sus sucesores inmediatos se dedican a atraer y acoger emigrantes. Dispersándolos o agrupándolos en comunidades, los instalan en tierras que aseguran su subsistencia y la de sus familias. Les permiten conservar su nacionalidad de origen y les dan toda clase de facilidades para asegurar a sus hijos la educación física y militar que los hace aptos para el servicio. Este sistema, en Asia Menor y en Egipto, parece ser aplicado igualmente en beneficio de soldados orientales, en particular de los "persas" que debieron estar ya instalados lejos de la meseta del Irán, antes de la conquista griega. Se trata de una persistencia análoga a la que hace que todavía bajo el Imperio romano se encuentren "macedonios" en Asia. El procedimiento no deja de tener sus ventajas para los reyes helenísticos: les procura a buen precio individuos para los cuerpos más reputados en la jerarquía militar de la época. Las variadas formas de este contrato de servicio militar se combinan con una colonización agrícola muy importante para las monarquías que poseen muchas "tierras del rey", en las que no sobra la mano de obra.

No obstante, después de las turbulencias del medio siglo que sigue a la muerte de Alejandro,

en el que la emigración fuera de la vieja Grecia es numerosa y en el que los ejércitos pasan de diadoco en diadoco, se hace cada vez más difícil para los reyes instalados en Oriente el reclutar de manera fija a griegos y macedonios. Les queda sólo el recurso que usan los lágidas a partir de fines del siglo III - de introducir en las unidades griegas un cierto número de indígenas, con el fin de provocar una amalgama que imbuya a éstos el espíritu de aquellas tropas. Pero siempre se prefiere reclutar mercenarios. Se hace por medios variados, ya llegando a acuerdos, por medio de una diplomacia apoyada en una oportuna generosidad, con un Estado que dispone de un contingente humano excesivo, ya contratando la banda de un *condottiero* o enviando a los lugares apropiados a reclutadores especializados, bien provistos de dinero. Durante mucho tiempo en el cabo Tonare, en el sur de Grecia, y más tarde en Éfeso, en la costa de Asia Menor, existieron mercados donde se reunían los hombres en busca de contrata. Estos mercenarios sirven en unidades especializadas designadas a veces con un nombre étnico. En efecto, ciertos pueblos poseen una especialización y así, aunque inferior a la de los macedónicos, no dejan de ser apreciados. Todo ejército tiene que tener cretenses, arqueros estimados, y tarentinos, jinetes particularmente hábiles, aunque demasiado numerosos para ser todos originarios de Tarento. Debe contar asimismo con unidades de bárbaros, tracios y sobre todo gálatas. Éstos-celtas llegados del norte de los Balcanes e instalados cerca de Macedonia y en el interior de Asia Menor hacia 275-son terribles por su turbulencia, si bien proporcionan guerreros magníficos por sus cualidades físicas, su desprecio de la muerte y su encarnizamiento feroz en el combate.

Los ejércitos de las monarquías helenísticas constituían así organismos muy complejos. Comprenden unidades permanentes: la guardia real y las guarniciones, compuestas en general por mercenarios e instaladas en las fortalezas próximas a las fronteras peligrosas y en las ciudadelas de las ciudades mantenidas en tutela. Pero cuando la guerra amenaza, son necesarios largos meses para poner en pie de guerra las fuerzas que entrarán en campaña. La movilización de los soldados establecidos como colonos, la leva de contingentes indígenas y en especial el reclutamiento de nuevas unidades de mercenarios, exigen en ocasiones dos y tres años. Además, el mantenimiento y armamento de esta gran masa de tropas lleva consigo unas cargas financieras muy pesadas. Cada monarquía debe sostener un servicio de intendencia por rudimentaria que sea, yeguadas para la remonta, depósitos de elefantes y parques para las máquinas. También tiene que pagar a los que luchan por ella; en tiempo ordinario se da más fácilmente tierra que dinero, lo que tiene la ventaja de no afectar al erario y de fijar los hombres a la tierra asegurándose, a continuación, la utilización de los hijos. De todas maneras se plantean graves problemas materiales de solución progresivamente más

difícil por el debilitamiento interno de las monarquías y la creciente anarquía.

Por otra parte, desde el siglo II a. de J. C., la superioridad militar de Roma se afirma de manera estrepitosa. La monarquía macedónica ofrece la mayor resistencia, debiendo este privilegio a la fuerte proporción del elemento macedónico genuino en su ejército y a la facilidad con que moviliza, con gastos mínimos, sus famosos soldados. Pero la propia falange macedónica que ha perdido mucho de la flexibilidad de los tiempos de Filipo y de Alejandro, que se ha hecho demasiado compacta y rígida, incapaz de conservar su cohesión por poco que el terreno presente algunos accidentes, se manifiesta entonces como un instrumento de guerra inferior a la legión romana. En cuanto a las monarquías instaladas en Oriente, disponen de muy pocos elementos macedónicos y griegos. Invocando la influencia de la tierra y del clima, un general romano afirma: "Los macedonios que ocupan Alejandría de Egipto, Seleucia de Babilonia y las demás colonias esparcidas a través del mundo, han degenerado en sirios, partos y egipcios." Hay una parte de verdad en estas afirmaciones despreciativas, pero en el fondo son excesivas. Es mejor constatar simplemente que los soberanos no hicieron más que esfuerzos insuficientes para organizar militarmente a sus reclutas indígenas. En lugar de utilizar como mandos de una amalgama los buenos soldados de que podían disponer, los mantuvieron confinados en unidades especializadas. Su política social, complaciente con el orgullo de casta de los griegos y encaminada a explotar la pasividad de los orientales, fue la norma de su política militar y provocó su fracaso.

IV. EL CULTO DINÁSTICO

El culto dinástico: los orígenes

A nuestro parecer, más que a la religión hay que unir a las instituciones monárquicas el culto dinástico que constituye, con seguridad, una de las innovaciones más curiosas del período helenístico. Tiene un lugar más apropiado entre ellas porque es la consecuencia de la ideología del hombre superior, favorito de la divinidad y mucho más cercano a ella que la generalidad de los mortales; en resumen, ideología monárquica corriente. Es digno de notar, en efecto, que el culto dinástico no se introdujo nunca, bajo ninguna de sus formas, en Macedonia, por consiguiente en la monarquía en la que esta ideología del hombre providencial penetró menos y más lentamente, porque chocaba en ella con otra concepción, la de la monarquía nacional. Una vez más ahí está la diferencia: monarquía personal o monarquía nacional.

Sería tentador buscar la diferencia por otro camino, es decir, constatando que la monarquía

macedónica gobierna un territorio europeo, atribuir el nacimiento y el desarrollo del culto dinástico a unas influencias orientales que no se hubieran hecho sentir al otro lado del Mar Egeo. Pero la explicación no puede admitirse, pues más de un soberano macedonio recibió culto en Europa, pero no en Macedonia, sino en Grecia, en ciudades que podían depender de él políticamente, pero que eran extrañas al reino macedónico propiamente dicho. Y además en el mismo Oriente y tal como funciona, el culto dinástico no tiene precedentes locales. Antes de Alejandro, entre todos los soberanos orientales, sólo el faraón había sido objeto de culto. Este culto tradicional subsiste en las formas más arcaicas, y, como los faraones, los lágidas son hijos de dioses y diosas, pero sólo para los súbditos indígenas. Pero, de manera paralela, al propio tiempo se organiza un culto nuevo en su concepción y en sus formas, que se encuentra también, con idéntica esencia, en las otras monarquías orientales, allí donde el rey había sido, todo lo más, considerado hasta entonces como un intermediario entre los dioses y el pueblo. Así pues, el culto dinástico, que es el verdadero culto helenístico, tiene principalmente, si no exclusivamente, unos orígenes griegos.

Las costumbres griegas le proporcionan una base bastante sólida y ancha para el desarrollo que tomó. Por otra parte esta base es compleja, o más bien, múltiple. En el principio de todo está la idea muy vaga, y por ello prestándose a interpretaciones variadas, del *daimon*, de la *tyché* ("fortuna"), del hálito o del ser divino animando, inspirando y protegiendo a cada individuo. ¿En quién esta parcela de divinidad podía aparecer más poderosa y más digna, que en el *basileus* al que aseguraba éxito y poder? Le sigue a continuación el culto de los muertos rendido por los descendientes y al que, en la práctica, se asociaban amigos y admiradores. En último lugar el culto del "héroe", el gran hombre triunfador de las dificultades sobrehumanas, y en especial el del héroe "fundador" de nuevas ciudades, es decir, creador de una nueva agrupación humana que, rindiéndole culto, le expresa su piedad agradecida y le coloca, después de su muerte, junto a los dioses. ¿Qué héroes más indiscutibles y verdaderos fundadores de ciudades, que los *basileis* helenísticos? La suma de todos estos elementos, combinados quizá con otros, dio lugar al culto dinástico en todas las monarquías instaladas en Oriente.

Se habían producido tentativas, agradables al soberano y animadas por él, para instaurar el culto a Alejandro como dios vivo. En conjunto no habían tenido mucho éxito. Pero era lógico que al día siguiente de la desaparición del conquistador, las resistencias más vigorosas se atenuasen, pues muy por encima de la naturaleza humana corriente se remontaban sus cualidades y sus victorias. En seguida surgió el desacuerdo acerca de su herencia espiritual, e incluso sobre sus despojos humanos. El antiguo jefe de su cancillería, Eumenes, hizo que se levantara en medio del campo la tienda real,

da real, con un altar y un trono sobre el que se depositaron las insignias de la realeza: se pensaba que Alejandro estaría allí, invisible, e inspiraría las deliberaciones que se celebraran en su presencia. El sátrapa de Egipto, el futuro Ptolomeo I, llegó a apoderarse por la fuerza del cadáver de Alejandro y lo transportó al Delta; en Alejandría se edificó un edificio monumental que se convirtió en el centro del culto a Alejandro, impuesto como culto oficial a todos los habitantes de Egipto.

Pero si bien el culto de Alejandro proporciona un precedente, no proporciona un modelo. Incluso en Egipto el culto a la dinastía lágida apareció y se desarrolló sin tener conexión con él.

El culto dinástico: las formas.

Intentar trazar su historia nos llevaría muy lejos y sería, por otra parte, imposible. El propio estudio de las formas que tomó no puede ser llevado tan lejos como sería deseable. No obstante, existe una certeza: la de su extraordinaria y abundante diversidad.

Diversidad en la destinación del culto. Puede dirigirse y se dirige tanto a determinado soberano muerto o al conjunto de los soberanos muertos de la dinastía, como al soberano viviente, o bien, al mismo tiempo que a él, a la reina o a otros miembros de la familia real. En algunos escasos casos hasta las amantes reales y el favorito de un soberano pueden haber recibido honores divinos. Diversidad en el mismo culto. La persona que es objeto del mismo puede estar asociada a una divinidad que varía infinitamente, aunque siempre con una marcada y natural preferencia en favor de Afrodita cuando se trata de una mujer. Pero este estadio de asociación y aun de asimilación son muchas veces superados llegándose a rendir culto a un rey o, en Egipto, a una pareja real deificada personalmente, con adición al nombre personal de uno o varios nombres religiosos, a veces simplemente el de *thèos*, "dios".

Diversidad en las manifestaciones del culto: templo especial o simple altar; estatua adornada con atributos variados o colocada en el templo de otra divinidad; oraciones, sacrificios y ofrendas a intervalos más o menos largos, oficiados por sacerdotes o magistrados de mayor o menor grado; fiestas especiales con ceremonias y concursos, cuya forma y boato difiere según los lugares.

Esta diversidad en las formas se explica por la variedad de fieles, pero también por la libertad que otorga el gobierno al nacimiento de iniciativas que sólo pueden complacerle. Individuos aislados o grupos restringidos rinden culto por medio de ofrendas y dedicaciones modestas. Las ciudades crean cultos municipales - que son la forma más corriente - votando decretos para sufragar gastos a los que se asocian los soberanos contribuyendo a los gastos por donaciones, de ordinario bajo la forma de fundaciones cuyas rentas sirven para asegurar una mayor suntuosidad a las ceremonias. Por

Último, los mismos reyes toman iniciativas, ya en honor de sus antepasados, en el de deudos y amigos o en el suyo propio. Al hacer esto actúan como lo harían simples particulares. La diferencia es que ellos disponen de medios de difusión y de acción de los que los particulares están desprovistos. Disponen de monedas que circulan por todas las manos y para las cuales escogen a su gusto efigies, atributos y leyendas. Tienen recursos para edificar santuarios, retribuir a los servidores que en ellos presten sus servicios e instituir fiestas. Cuentan con "amigos" y que son en principio funcionarios que no dudan en asociarse con entusiasmo a estos cultos privados.

Una dinastía se atuvo a este carácter privado, la de los atálidas, que dio además muestra de una rara discreción, puesto que no dejó divinizar más que a los soberanos muertos. Pero otras monarquías fueron más lejos, tanto más que no existía frontera real entre el hombre privado y el rey, como tampoco existía entre el dominio real y el reino. En Egipto, al culto al soberano como faraón, que continuaba siendo practicado por los indígenas, según los ritos tradicionales, vinieron a sumarse, para todos los habitantes, cultos griegos de cuya celebración, en lengua griega, cuidaba la administración: el culto de Ptolomeo I, los cultos de la serie de parejas reales difuntas y por último el de la pareja reinante, hermano y hermana, unidos por matrimonio y asociados en el poder.

Entre los seléucidas, en el apogeo de su dinastía a fines del siglo III, conocemos, aunque con muchos menos detalles y sin poder afirmar que se mantuvieran posteriormente, el culto de los antepasados, el del rey viviente y el de la reina, organizados por el Estado, con un sumo sacerdote y una gran sacerdotisa en cada satrapía. De este modo, por lo menos los lágidas y los seléucidas superpusieron a una serie de cultos de extraordinaria variedad, un culto de estado uniforme, generalizado a toda la extensión de la monarquía, con circunscripciones calcadas de las provincias administrativas, con un clero especial cuyas jerarquías tenían quizá el encargo de vigilar las clerecías y los cultos locales, con obligaciones impuestas al conjunto de sus súbditos. Esta etapa es la consecuencia final y lógica del sistema: la fidelidad dinástica postula la devoción hacia el soberano reinante.

El culto dinástico: su significado y su alcance

Autores modernos han señalado que en ciertas manifestaciones de veneración hacia el soberano, ha podido existir el sentimiento, muy fuerte en el origen de ciertos pueblos y quizá superviviente o resurgido, de que la vitalidad del rey garantizaba la fecundidad general y, por tanto, el bienestar del reino y de los que lo habitan. La idea se percibe en algunas fórmulas y es muy verosímil, si bien su sinceridad se presta a legítimas sospechas. En el funcionamiento de este tipo de instituciones en las que interviene la adulación a los detentadores del poder, es muy difícil llegar a discernir los sentimientos verda-

deramente sinceros. Y además de todo esto, falta el lazo necesario entre esta idea y la divinización. Con el fin de ser garantía y símbolo, habría bastado al rey ser intermediario sin convertirse en un dios; el ejemplo de más de un país del antiguo Oriente lo demuestra con suficiente claridad.

En realidad el culto dinástico traduce los sentimientos sentidos por los fieles, no en tanto que súbditos sino como hombres. Estos sentimientos comprenden a la vez la básica admiración ante el genio, tan poderoso en todos los aspectos, tan feliz, con tantos méritos concedidos por los dioses a un mortal providencial, y el reconocimiento por los beneficios obtenidos mezclado con la confianza en la obtención de otros en el futuro todavía mayores: en resumen, la misma ideología del *basileus* tal como se expresa en la fraseología oficial, con los sobrenombres de *soter*, "salvador", o *evergetes*, "bienhechor", que tienen inicialmente un valor cultural. Otro calificativo es aún más sintomático: *epiphanes*, el rey es una divinidad "que se manifiesta".

En teoría, la creación de estos cultos y la parte que en ello toman los fieles son actos libres y espontáneos: los sentimientos que acabamos de definir no son los que una autoridad política está en la medida de imponer. Este principio sólo tiene dos excepciones. La primera se refiere a los esclavos reales, que tienen obligación de practicar los cultos privados de su amo, aunque ignoramos si esta prescripción se extendía también a los siervos de las tierras regias. La segunda concierne a los cultos del estado; pero la extensión de sus exigencias con respecto a los súbditos nos escapa: incluso la certeza de obligaciones pecuniarias existe sólo para Egipto. En realidad, la idea de culto dinástico evoca los innumerables cultos municipales en los que no es dudoso -la variedad de formas que tomaron y la dispersión cronológica de su institución bastan para probarlo- que la creación es debida a la decisión de las autoridades de cada ciudad.

Pero junto a la teoría no hay que cerrar los ojos a la evidencia práctica. La espontaneidad de los fieles predispuestos a la adulación o sometidos a una presión que no siempre sería moral, con frecuencia no es más que aparente. Lo mismo se puede decir de las ciudades que siempre tienen necesidad de los favores regios y que comprenden en seguida las sugestiones llegadas de lo alto y hasta se adelantan a ellas. Así, de hecho, el culto dinástico traduce sentimientos con múltiples matices, acerca de los cuales, reducidos como estamos a los documentos oficiales transmitidos por las inscripciones, es imposible discernir la parte exacta de la sinceridad y de la adulación, de la gratitud y del temor.

¿Llevando tan profundamente la huella de las ideas y de la realidad políticas, el culto dinástico expresa alguna vez un verdadero sentimiento religioso? Quizá no conviene negarlo con demasiada

fuerza y más adelante veremos por qué. Con todo, la celebración del culto se reduce en general al cumplimiento de ritos convencionales, con gestos que no tienen más valor que el simbólico. Esto explica también que la extensión del culto dinástico e incluso su generalización en culto del Estado, según nuestros conocimientos, no suscitan resistencia. El paganismo, que no establecía límites precisos entre lo humano, lo sobrehumano y lo divino, creaba en este aspecto un terreno favorable. Existía un pueblo monoteísta, el judío. No obstante, con él se actuó prudentemente y, aunque, a partir de 166, acabó sublevándose contra la monarquía seléucida, el culto real no fue la causa principal de la rebelión, pues no había sido introducido en Jerusalén más que bajo la forma, muy discreta, para nada relacionada con la interpretación religiosa, de una fiesta en ocasión del aniversario del monarca. En ningún otro lugar había producido dificultades, aunque siempre había sido impuesto de manera más directa.

Por otra parte, la práctica del culto, espontánea, sugerida o impuesta, aparece desprovista de eficacia política. Mostrarse sorprendido por ella sería olvidar que los griegos habían desconocido siempre el régimen teocrático, que sus divinidades políadas no intervenían en el gobierno de la ciudad y que los oráculos más reputados habían conocido con frecuencia el fracaso, cuando se salían de una prudente reserva. Es probable que aceptando su divinización o propugnándola, los soberanos se proponían como fin realizar su prestigio personal y atraerse mejor a sus súbditos. Pero al extenderse a todos los monarcas sin excepción, el procedimiento perdió su virtud y quedó sin efectos. Las decisiones más solemnes y las demostraciones más impresionantes no engañaban a nadie. Nunca impidieron a los súbditos sublevarse por poco que sus intereses estuvieran en juego y que las circunstancias del momento pareciesen ofrecer algunas posibilidades de éxito. La perfecta organización del culto en algunos lugares, no frenó la decadencia de ninguna monarquía.

CONCLUSIÓN

Vemos, pues, que la facultad de invención de los griegos no da, en el período helenístico, ningún signo de agotamiento. Mediante la organización y el desarrollo de las confederaciones, intentan salvar la idea republicana. Pero, además, adaptándose a las condiciones nacidas de la conquista, crean algonuevo con la monarquía.

En Oriente, la monarquía combina la ideología del hombre superior con la doctrina jurídica de la legitimidad, es decir, de la posesión patrimonial. Esta teoría constituye una base sólida para el absolutismo de derecho divino y humano al mismo tiempo y para la sucesión hereditaria que evita la

anarquía y permite conjurar los desastres. Fundada sobre el absolutismo, pero también consolidándolo y permitiéndole funcionar, se edifica toda una organización administrativa, financiera y militar, coronada por el culto dinástico, con el fin de asegurar el cumplimiento de las decisiones del rey y de concentrar en las manos de éste las fuerzas materiales y morales de sus territorios: organización más o menos compleja por tener en cuenta las condiciones locales y a veces casi perfecta. El genio griego ha desplegado, en las monarquías, inmensos recursos intelectuales y técnicos.

No obstante, todas ellas fracasaron. En todos los casos, la decadencia empezó a hacerse sentir lo más tarde a principios del siglo II, materializándose en su impotencia para resistir el empuje de Roma. Hubiera sido fácil para ésta hacerlas desaparecer más pronto: sólo los titubeos de los romanos aseguran a tal o cual monarquía un suplemento de vida más o menos largo. Esta decadencia se manifiesta asimismo en otros aspectos de la organización monárquica.

En realidad, por su escaso número los griegos asumieron, frente a las masas humanas que hubiese sido necesario mover y transformar, una labor demasiado gigantesca, sobre todo desde el punto de vista social.

CAPÍTULO III

ECONOMÍAS Y SOCIEDADES

Las condiciones de la vida económica y social no cambiaron menos que las de la vida política. La gran innovación la constituye el ensanchamiento del espacio geográfico abierto a las empresas de los griegos y el contacto establecido, por primera vez en la historia y con tal intimidad, entre economías y sociedades esencialmente diferentes. Éste es el resultado inmediato de la conquista del imperio persa por Alejandro, resultado mantenido durante varios siglos por los sucesores del héroe. Se ha comparado la expedición de Alejandro con el descubrimiento de América que inaugura los tiempos modernos. Aunque no por la novedad, pues el imperio persa no era en absoluto *terra incognita* para los griegos de antes de la conquista, pero sí por la amplitud y, en ciertos aspectos, por la duración de sus consecuencias, son acontecimientos comparables.

I.- LOS DOS MUNDOS

La vieja Grecia

Dos mundos se encuentran desde entonces asociados por la superioridad militar de uno de ellos. En su situación, como en sus necesidades respectivas, difieren profundamente.

En el viejo mundo griego, la vida económica, desde mediados del siglo IV, mostraba signos de decadencia, o al menos, la sociedad se adaptaba mal a la evolución de la misma. Los pequeños propietarios conseguían, cada vez con más dificultad, vivir cultivando sus propias fincas rurales. La competencia entre las ciudades industriales se hacía más áspera, mientras que la demanda exterior disminuía a consecuencia de la aparición de industrias locales, en particular la industria cerámica, en Italia, en Calcidia y en la misma Rusia meridional. Ayudada por las guerras civiles o internacionales, la miseria se acrecentaba y provocaba el aumento de los mercenarios: una proporción creciente de la población libre de la vieja Grecia no encontraba posibilidad de subsistencia en su patria, quedando reducida a arriesgar su vida al servicio de Estados extranjeros, en ocasiones enemigos de los mismos

griegos. Esta crisis no podía solucionarse más que por una revolución social o por la reanudación del movimiento colonizador interrumpido desde hacía dos siglos. El establecimiento de la dominación macedónica sobre las ciudades desgarradas por las luchas intestinas interceptaba el camino a la revolución social. Pero la expedición de Alejandro abría el Oriente a la emigración griega.

El Oriente. Este Oriente era infinitamente diverso. Ofrecía tierras de una fertilidad inaudita, cultivadas de forma notable, desde hacía mucho tiempo, por multitudes laboriosas y activas, habituadas al trabajo dócil bajo las órdenes del amo: Egipto y Babilonia, las dos perlas de la conquista. Otras regiones menos propicias al cultivo intensivo de los cereales, practicaban una agricultura mejor adaptada al clima y a sus débiles recursos hidráulicos, orientándose hacia la arboricultura frutal, sobre todo la de la viña y del olivo: tales las costas mediterráneas del Asia Menor y las de Siria-Fenicia. En los oasis de Siria, en la Persia propiamente dicha y en Bactriana, acerca de los que poseemos poca información, suponemos como mínimo una utilización minuciosa del agua de los manantiales y de los pozos, con vistas a una verdadera horticultura. Pero en medio de estas regiones de explotación agrícola muy evolucionada, subsistían inmensos espacios donde la vida rural continuaba muy rudimentaria y muchas veces reducida a formas pastorales y nómadas.

El mismo contraste se percibía respecto a la producción industrial. Existía una mano de obra muy experimentada, en posesión de técnicas en ciertos aspectos superiores a las de los griegos, que trabajaba en pequeños talleres urbanos que con frecuencia pertenecían a los templos. Pero la mayor parte del Imperio persa se encontraba en un estadio industrial muy atrasado, suficiente sólo para cubrir las pequeñas necesidades de la familia campesina o de la aldea.

El comercio se beneficiaba de algunos caminos que usaban las caravanas y de la unidad lingüística, realizada en este aspecto como en el de la administración en favor del arameo. En algunos puntos concretos el comercio tenía cierta intensidad: por ejemplo, en las orillas del Mediterráneo, aunque los puertos griegos de Asia Menor y los puertos fenicios no se mantenían en la prosperidad de otros tiempos. Pero vastas regiones vivían de una economía casi cerrada, replegadas sobre sí mismas, conociendo apenas la moneda. A excepción de la plata en Egipto, los metales no faltaban en ninguna parte. El rey y algunos sátrapas persas acuñaban moneda; también lo hacían las ciudades comerciales, pero todos en cantidades insuficientes. Se tendía más bien a atesorar los metales preciosos, bajo forma de lingotes, en las ciudadelas de las capitales, y bajo forma de objetos de orfebrería en los palacios, en las viviendas ricas y en los santuarios. Entre estos últimos había algunos cubiertos con tejas de plata y oro. A pesar de la ayuda proporcionada por las monedas griegas, sobre

todo atenienses, que en ocasiones penetraban bastante hacia el interior, la economía monetaria no había triunfado en todas partes, ni hecho sentir sus efectos desarrollando formas de cambio distintas del trueque elemental.

Socialmente la diversidad de los países conquistados por Alejandro no era menor. El oeste de Asia Menor, Siria, Fenicia, Egipto y Babilonia eran regiones en las que la vida urbana, con frecuencia muy antigua, había tenido un brillante esplendor. Sin embargo, declinaba un poco en todas partes y además no presentaba en todos los lugares el mismo aspecto que en Grecia: la clase sacerdotal tenía un papel más importante y la idea de comunidad entre ciudadanos iguales, incluso la misma idea de ciudadanía, no se habían impuesto en absoluto. La estructura social del Imperio persa era diferente por completo. Los hombres estaban agrupados en organismos teocráticos dependiendo de templos, es decir, de su clero o de sus sumos sacerdotes, o bien en tribus con una jerarquía casi feudal de vasallos y de jefes que culminaba en la persona del soberano. Bajo una u otra forma, en la práctica, la servidumbre era el estatuto social de masas numerosas de trabajadores, en particular el de los campesinos que estaban unidos a los predios que cultivaban bajo la vigilancia de intendentes. Hablando de los "bárbaros", los griegos del siglo IV empleaban con predilección la denominación "ilota" u otras derivadas: la comparación no era enteramente arbitraria.

¿Asociación o explotación?

Dos mundos diferentes. ¿Complementarios? Para las necesidades de los griegos, sí. Un amplio espacio se ofrece a su acción, a su emigración, a su colonización, a su técnica de agricultores, de comerciantes, de ingenieros y de funcionarios. En el sentido más material de la palabra, Grecia tiene necesidad de Oriente para seguir viviendo. Siente de manera oscura esta necesidad y aprovecha la ocasión. ¿Y el Oriente? Tiene inmensas posibilidades de evolución y es maleable, posee tierras y recursos naturales que con buena dirección pueden rendir más. Ofrece también sus hombres. Pero aquí radica precisamente en el momento inicial la elección de la que dependerá el porvenir. Los nuevos amos pueden arrastrar a estos hombres a una evolución análoga a la que sus antecesores griegos han recorrido, con el fin de asociarlos al disfrute de los bienes materiales que el esfuerzo común multiplicará. En sentido contrario, pueden intentar limitar el progreso social, reservándose los beneficios de una explotación económica menos amplia sin duda por estar basada en el trabajo de una mano de obra inferior, pero suficiente para la satisfacción de sus necesidades inmediatas.

Los efectos de la experiencia helenística hubieran podido alcanzar unos resultados que sobrepasan lo imaginable, pero sufrieron los efectos de la timidez o del egoísmo de los griegos. En la

medida en que ellos percibieron las dos soluciones y conscientemente escogieron entre ellas - lo que no siempre ocurrió-, optaron más bien por la segunda, que restringía la amplitud de su acción. Sin duda, Alejandro hubiera optado por la otra; al menos esto parecen demostrar las tendencias, que señalan al mismo tiempo su comportamiento personal y sus actos políticos para con los indígenas. Pero la mayor parte de sus compañeros de armas no habían ocultado su desaprobación ante estas tendencias del héroe y, muerto él, sus tentativas de fusión fueron abandonadas. No se volvió a ellas hasta una época tardía, bajo la presión de las circunstancias, en general sin deseo resuelto y en todo caso nunca en la amplia escala que hubiese debido imponer el desequilibrio de las condiciones geográficas y humanas. Esforzándose, por orgullo de su superioridad de helenos, en explotar más que en asociar, los griegos se condenaban a una labor superior a sus fuerzas.

II.- ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN LA ANTIGUA GRECIA

Incluso la propia Grecia no sacó un provecho muy duradero de esta explotación de Oriente.

1.- LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA

El antiguo territorio griego se encuentra ahora fundido en una unidad económica mucho más amplia que antes. El alejamiento y las dificultades de transporte limitan la extensión de esta unidad en dirección hacia el Este. Pero el nuevo espacio helénico engloba como mínimo todo el Mediterráneo oriental con prolongaciones hacia Sicilia, Cartago e incluso la Numidia de Masinisa-, en el que las comunicaciones marítimas son fáciles y en el que se puede constatar, cuando hay datos suficientes, una evolución concordante de los precios. El viejo mundo griego sufre, pues, la competencia de países, si no precisamente "nuevos", sí al menos mejor dotados por la naturaleza, y, en todo caso, provistos de una mano de obra habituada a un nivel de vida muy bajo.

La euforia inicial.

En los comienzos de este período, la economía griega recibe un vigoroso impulso. La misma guerra, alejada de Grecia pero que continúa, enconada, en otros lugares; las necesidades de los ejércitos en marcha, grandes consumidores; la confusión y a veces la parálisis total que los acontecimientos bélicos provocan en la producción y en las corrientes de cambio normales; todo, en suma, favorece un renacimiento temporal de la prosperidad. Los precios de los productos agrícolas e industriales aumentan a causa de la disminución de la oferta, del

crecimiento de la demanda y del aumento de la circulación monetaria provocada por la acuñación de los metales preciosos atesorados hasta entonces en Oriente. Es cierto que los precios presentan fuertes y bruscas oscilaciones. A veces se hace sentir la actuación de atrevidos especuladores: bajo Alejandro, por ejemplo, el sátrapa de Egipto, Cleómenes, acaparando el trigo exportable del valle del Nilo, contribuye al aumento de su precio en todas las orillas del Mar Egeo, con el fin de realizar importantes beneficios. Sin embargo, estas especulaciones no hacen más que acentuar ocasionalmente una tendencia general a la alza. En este aspecto, Grecia, por ser importadora de trigo, sufre una verdadera penuria; si bien éste no es más que el reverso soportable de una situación ventajosa en su conjunto, pues trabaja y produce para mayor número de consumidores bien provistos de dinero. Además de sus ventas, también los soldados y emigrantes ocasionales que regresan a la patria, drenan hacia ella una parte de las riquezas de Oriente. La adquisición de estos capitales estimula la producción.

Éste es el período de euforia que, en la práctica, no se prolonga más allá del 280, es decir, de la estabilización del mundo helenístico. Hacia esta fecha ha tenido tiempo de establecerse un nuevo equilibrio económico, la producción se ha adaptado a las nuevas necesidades y las corrientes comerciales se han regularizado. A partir de esta fecha, la vieja Grecia, en la que las guerras se hacen cada vez más brutales, deja de ser la beneficiaria de la explotación del mundo oriental que la conquista de Alejandro había abierto a las empresas de los griegos.

Después del 280 los precios bajan y esta baja, al menos para los productos agrícolas - únicos que son de naturaleza y calidad permanentes y cuyos precios, por tanto, son susceptibles de comparación-, dura una treintena de años. A partir de la mitad del siglo III, algunos precios suben de nuevo, pero la mayor parte no varían mucho y se conservan bajos. En ninguno de estos casos, Grecia saca un provecho apreciable.

Competencia en la agricultura y la industria.

En efecto, los cereales representan el principal producto cuyo precio no continúa en el bajo nivel momentáneamente alcanzado y es bien sabido que a Grecia le faltan cereales. Los agricultores disponen de pocos sobrantes de sus cosechas para ponerlos en el mercado y así las alzas no les enriquecen, y en cambio perjudican a los ciudadanos. En muchas ciudades el problema de los abastecimientos se plantea de manera aguda. Se encarga de resolverlo, o más bien de atenuarlo, a magistrados y ciudadanos ricos que administrando fondos especiales -recaudados a veces por suscripción-, se esfuerzan en aumentar y regularizar las importaciones y también en hacer vender en los mercados los artículos de primera necesidad a precios asequibles a los humildes. Hacer donación de cargamentos de cereales o facilitarlos a buenos

precios es uno de los procedimientos a que recurren los soberanos deseosos de atraerse una ciudad, pues la generosidad es una de las principales armas de su diplomacia. Los hombres de Estado griegos no aciertan a hacer desaparecer este problema, que por el menor accidente climático o militar puede hacerse angustioso. Para los habitantes de numerosas ciudades la escasez de alimentos esenciales es habitual: un cómico decía, a fines del siglo IV, que en Atenas se pasa hambre y se vive en el aire y de la esperanza.

Mal dotada para la producción de trigo, Grecia lo está mucho mejor para el cultivo de los frutales, entre los que, como siempre, son los más importantes la vid y el olivo. Pero el precio del aceite no se rehace prácticamente después del año 250, y si el del vino parece sufrir un alza, más bien moderada, no se trata de vino producido en la Grecia propiamente dicha. La competencia se hace sentir debido a que estos cultivos arbustivos o los de las plantas oleaginosas anuales, como el sésamo, se desarrollaron y perfeccionaron considerablemente en los países orientales. Los escasos textos de que disponemos atestiguan la calidad de los métodos de explotación agrícola aplicados en la Grecia europea y en las islas. Lo que no puede impedir que la clase de los pequeños propietarios sufra, que no saque un provecho suficiente de las tierras y que se endeude e hipoteque sus bienes, es decir, que a fin de cuentas la gente rica pueda a sus expensas redondear sus dominios. El perfeccionamiento de las técnicas, el uso más frecuente de los forrajes artificiales durante el año de barbecho, el progreso de la ganadería que da al propio tiempo más carne y más abonos, todo ello es obra de propietarios acomodados e inteligentes que disponen de capital. Los demás se extenúan en el intento de imitarles.

La industria no es más próspera. Persisten los antiguos prejuicios y las clases sociales elevadas continúan desinteresándose de estas empresas. No obstante, se encuentran reunidas una serie de condiciones favorables. No faltan los capitales que sería fácil invertir. Con sus masas populosas, por bajo que sea el nivel de vida en que sus amos le mantienen, el Oriente se abre como un mercado de inmensas necesidades. Para introducirse en él con precios que harían la competencia imposible, sería suficiente utilizar, bajo forma de máquinas, las aplicaciones prácticas de los conocimientos científicos de la época. Pero no se intenta este camino y la industria continúa siendo un artesanado: en la Grecia de este período ya no se conocen talleres con 120 obreros como el del padre de Lisias.

Esto hace que no sea sorprendente que la industria griega, como la agricultura, soporte con dificultades la competencia de Oriente. Éste llega a bastarse, a base de acrecentar y perfeccionar su propia producción; el mercado que había parecido fácil se cierra; e incluso para ciertos productos de lujo, consigue exportar a la propia Grecia. La lucha, o más simplemente la supervivencia, sólo es posi-

ble haciendo sacrificios sobre las ganancias hasta entonces consideradas como normales; es decir, que de hecho la condición del artesano o del obrero libre empeora, acercándose a la del obrero esclavo.

La evolución del comercio.

En cuanto al comercio hay que reconocer que tomó un auge muy notable si se considera el conjunto del Mediterráneo oriental, con un movimiento de una intensidad y de una amplitud desconocidos hasta esta época. Este comercio, naturalmente, no todo se hace prescindiendo de la península helénica.

Precisamente se constata en ésta una fuerte descentralización del gran tráfico marítimo que El Pireo había tenido tendencia a atraer exclusivamente hacia sí. Multitud de pequeños puertos, antes reducidos al cabotaje regional, se animan y llegan a mantener relaciones directas con países alejados. No obstante, en valor absoluto y en valor relativo el comercio de la vieja Grecia está en decadencia: exporta menos y ya no desempeña la función de intermediario. Las rutas principales del tráfico marítimo se han desviado de la península. Atraídas hacia el Sur por la importancia económica que ha tomado Egipto, multiplicadas por la actividad nueva de las ciudades griegas de Asia Menor, ya no se orientan hacia lo que, por paradoja geográfica, había sido el corazón del Egeo, sino que de manera más lógica se cruzan en las islas Cícladas.

Descentralización y desvío de las rutas: estos dos hechos se conjugan para provocar la manifiesta decadencia de Atenas. Un viajero que, en el siglo III, recorre la parte central de Grecia, menciona una serie de pequeños puertos, pero no dice una palabra de El Pireo; en Atenas señala numerosos extranjeros, todos turistas y estudiantes. La animación portuaria y comercial parece renacer en el siglo siguiente. La prosperidad ateniense viene atestiguada por la abundante acuñación de monedas, llamadas del "estilo nuevo", porque en ellas la efigie de Atenea ha perdido su arcaísmo tradicional. Un decreto de la anfictionía délfica ordena aceptar en todas partes, sin agio, las tetradracmas atenienses. Sin embargo, este renacimiento de la ciudad que había sido la capital económica del mundo griego clásico queda limitado: las monedas atenienses que habían circulado mucho por Oriente antes de Alejandro, prácticamente han dejado de hacerlo.

Otros puertos ocuparon el lugar que había tenido El Pireo. En primer lugar, Rodas, admirablemente situada al sur del Egeo, en la ruta que es el eje de la cuenca del Mediterráneo oriental, partiendo del Mar Negro al Norte y terminando al Sur, en Siria o en Egipto. Su importancia se afirma a partir de fines del siglo IV. Sus principios habían sido bastante modestos. Exporta su aceite y su vino en ánforas que se descubren ahora en la meseta del Irán y en Cartago; pero sus principales ingresos provienen de los productos de todo el mundo mediterráneo que se depositan en sus

almacenes y que se encarga de distribuir. Los beneficios que en estas operaciones obtienen el Estado y los particulares, les permiten, según el ejemplo dado por Atenas en los siglos V y IV, construir grandiosos monumentos - por ejemplo, el famoso "Coloso", que es la estatua de la divinidad políada, Helios, el "Sol"-, mantener una flota de guerra con la que tienen que contar los más poderosos monarcas, dominar pueblos de los distritos asiáticos cercanos a su isla y extender su influencia sobre las ciudades de la Caria y de la Jonia.

Delos se coloca en uno de los primeros lugares un poco más tarde que Rodas. Isla minúscula, incapaz de alcanzar por sí misma la fuerza material, se encuentra situada en el corazón de las Cícladas y su carácter de isla sagrada hace que las mercancías y los capitales se crean en ella al abrigo de las violencias de la piratería y de la guerra. Sometida en otros tiempos al duro protectorado de Atenas, alcanzó la independencia por la gracia de un diádoco a fines del siglo IV; convertida de nuevo en ateniense en el 167 por obra de Roma, es entonces cuando se convierte en gran centro comercial porque Roma hizo de ella un puerto franco. De todos los países, los negociantes afluyen, en especial asiáticos, egipcios e itálicos. Estos últimos, los más poderosos, la convierten en su principal factoría en Oriente. En ella no venden mucho, pero colocan sus capitales y compran lo que seguidamente exportan hacia Occidente. Delos es en particular un gran mercado de carne humana, en el que, según afirma Estrabón, se llegan a negociar 10.000 esclavos por día. En esta isla se embarcaron, hacia nuevos y miserables destinos, una gran parte de los esclavos de origen griego - prisioneros de guerra y cautivos de los piratas - y oriental que formaron las masas serviles de Sicilia y de Italia.

Se ve por eso que la actividad comercial que subsiste o reaparece en la Grecia balcánica e insular está, cada vez más, dominada por Roma. El despertar de la prosperidad ateniense en el siglo II tiene por causa principal el favor de los gobernantes romanos que ya no temen a una ciudad impotente a la que incluso entregan Delos, haciendo de esta isla la base de sus operaciones financieras en Oriente. Esta política está enfocada contra Rodas a la que Roma quería castigar porque juzgaba insuficiente su fidelidad política. Poco tiempo después de la creación del puerto franco de Delos, un embajador rodio pedía misericordia al Senado anunciando que los ingresos anuales de las aduanas habían descendido de un millón de dracmas a 150.000. Pero no hay duda que el embajador exageraba, aunque es innegable que la decadencia de Rodas continuó. Asimismo por todas partes, según modalidades variables, en fechas más o menos precisas, directa o indirectamente, la acción de Roma produjo los mismos resultados. En 146, Corinto, que hasta esta fecha había conservado su vitalidad, fue saqueada y destruida por el ejército romano victorioso. Se convirtió en una ciudad

cubierta de ruinas hasta la época de César, en que empezó a renacer. A principios del siglo 1, Delos y Atenas fueron también destruidas: la primera, de manera absoluta e irreparable, por los partidarios de Mitridates, que saciaron en ella su odio contra los romanos; la segunda, menos gravemente, por Sila, que castigó así la adhesión de los atenienses a la causa del rey del Ponto.

En estas circunstancias, la evolución económica ha acabado su ciclo: la vieja Grecia ya no vende a los extranjeros más que las lecciones de sus profesores de filosofía o de retórica, y los originales o las réplicas de las obras maestras de su arte de otros tiempos; Atenas y Rodas no son más que ciudades de universidades y museos; Alejandría y los puertos asiáticos negocian directamente con Roma.

2.- LAS CLASES SOCIALES

La burguesía de las ciudades griegas.

La sociedad griega sufre necesariamente las consecuencias de estas condiciones económicas.

Casi en todas partes, las gentes acomodadas parecen existir en mayor número que en el período precedente. El gran historiador Michaël Rostovzeff ha insistido con razón en el desarrollo de lo que él designa con la palabra francesa *bourgeoisie*. En efecto, esta palabra es mejor que la expresión "clase media", porque su etimología llama la atención sobre el carácter ciudadano y, en los diferentes sentidos de la palabra, "urbanizado", de los que pretende definir. Encontramos asimismo esta burguesía en las ciudades de las monarquías orientales, donde su existencia y sus relaciones constituyen hechos quizá más espectaculares; pero se manifiesta y se desarrolla también en las viejas ciudades griegas.

A propósito de esta burguesía no podemos hablar de grandes riquezas. Como en épocas anteriores no se formaron fortunas monstruosas y los "nababs" -hay algunos - se encuentran en otros lugares, o sea, en Oriente. Polibio precisa que el más rico de los griegos de Grecia, a principios del siglo II, posee 200 talentos (1.200.000 francos de 1914), es decir, exactamente lo que había poseído Calias, el ateniense más rico del siglo V. Lo característico de esta clase es simplemente una comodidad honorable, que permite vivir y hacer vivir a la familia según las normas del buen tono, sin lujo estridente, pero tampoco sin grandes preocupaciones por los negocios y con una servidumbre compuesta de algunos esclavos domésticos que bastan para los trabajos de la casa.

¿De dónde proviene, en el origen, este bienestar? Lo desconocemos y sólo nos es posible atribuirlo a los beneficios comerciales y, más raramente, a una fructífera actividad pública o privada

en Oriente. La comedia de la época crea el tipo, que ridiculiza, del fanfarrón, o más bien del *condottiero* que se enorgullece de sus grandes riquezas obtenidas al servicio de los monarcas: desquite de los burgueses contra los ruidosos y arrogantes militares de la guarnición real con frecuencia instalada en la ciudadela. Este rasgo deja adivinar que si se cuenta entre los antecesores a un Pyrgopolinicio, un "vencedor de la ciudad fortificada", se le deja en la penumbra. Tampoco se señala al ascendiente médico, abogado, artista o profesor: sin duda estas profesiones liberales, aunque sean mejor vistas que en épocas anteriores, sólo excepcionalmente enriquecen de forma suficiente para levantar una familia hasta la buena sociedad. Es evidente, sin embargo, que la prosperidad económica del comienzo del período, la llegada a Grecia de los capitales robados o amonedados y el servicio en las administraciones y ejércitos monárquicos, son las principales causas de desarrollo de la burguesía griega. Cuando estas fuentes de riqueza se hicieron más escasas o se agotaron, lo esencial ya estaba hecho: pudieron limitarse a su consolidación. Ésta se operó por la colocación en tierras de los capitales y sólo una parte muy pequeña en empresas comerciales. La burguesía, en general, vivía de las rentas rústicas, ya haciendo explotar sus fincas de forma directa bajo la vigilancia de intendentes, ya alquilándolas.

Raros son, en efecto, los miembros de esta clase acomodada que vivan en el campo. Su residencia normal se encuentra en el núcleo urbano. De hecho son ellos los que dirigen los asuntos de la ciudad, en los que los ciudadanos pobres no tienen más que una intervención episódica. Esta evolución política se explica por la supresión de los *misthoi*, desaparecidos en todas partes, hasta en Atenas: la sola mención de su nombre se ha convertido en una especie de espantajo, el símbolo, en un escritor del siglo II como Polibio, de la demagogia más desenfrenada. Esto no deja de tener su contrapartida: los dirigentes deben mostrarse generosos, suscribir los empréstitos municipales, prestar a los fondos de aprovisionamiento de cereales, soportar, por reparto como en el período precedente o por donación, el peso de ciertos gastos colectivos. Pero algunos textos nos inducen a sospechar que la administración de la ciudad y en especial la de sus propiedades rústicas puede procurarles beneficios como consecuencia de adjudicaciones favorables.

El ideal burgués: la ciudad y la casa.

El ideal burgués influye un poco en todas partes. Los ciudadanos acomodados desean a la vez el bienestar y están orgullosos de su ciudad.

Las poblaciones se transforman materialmente. Por todas partes se construye: fortificaciones modernizadas, templos, teatros, gimnasios, estadios, pórticos, etc. En todos los rincones de Grecia se desarrollan las fiestas antiguas y se instituyen otras nuevas: banque-

tes públicos, concursos, juegos y representaciones teatrales. Estas últimas sobre todo son muy estimadas, lo que explica la construcción de teatros y la organización de compañías de actores profesionales e itinerantes, las llamadas cofradías Dionisíacas, que se trasladan a cualquier ciudad. La primitiva idea religiosa se reduce con frecuencia a un simple pretexto. En realidad, en lo que ponen las ciudades su orgullo es en rivalizar entre sí por sus lujos y por las distracciones que proporcionan a sus ciudadanos. Lo que antes había sido sólo el ideal ateniense, se convierte en ideal común.

A los soberanos helenísticos no les faltan, por tanto, ocasiones de manifestar su generosidad, que siempre oculta un interés militar o diplomático contribuyendo a los gastos suntuarios de una ciudad con envíos de dinero o de obras de arte, poniendo a su servicio equipos de técnicos o tomando a su cargo la construcción de determinados monumentos. Regalan aceite para los gimnasios, en los que los jóvenes lo gastan en gran cantidad. Crean fundaciones piadosas o laicas cuyas rentas se destinan a los fines más variados. Las ciudades -y Polibio se lo reprocha como una falta de "dignidad"- se lo agradecen con decretos laudatorios más o menos pomposos, por la erección de estatuas y a veces incluso por la concesión de honores "divinos". Es uno de los casos frecuentes del intercambio, ya señalado, entre los "beneficios" y el "agradecimiento".

Sin embargo, estas ayudas extranjeras están muy lejos de ser suficientes. Las principales cargas caen sobre los presupuestos de las colectividades, que quedan aplastadas y cuyas dificultades no dejan de tener sus repercusiones políticas y militares. Los ciudadanos ricos tienen que acceder a sacrificarse económicamente, lo que se les recompensa, como a los soberanos, con decretos honoríficos, aceptando este sacrificio por sincera devoción o por vanagloria. Las fundaciones de toda clase, testamentarias o no, se multiplican con las combinaciones más diversas de compra o de arrendamiento inmobiliario, de préstamos perpetuos o temporales apoyados en hipotecas, y por fondos administrados por personas que designa el donante o que elige la ciudad. Se levantan de esta forma complicadísimos sistemas que interesan múltiples aspectos de la vida local, incluso su vida económica, en particular la rural y la bancaria. En las ciudades reputadas por la posesión de un santuario, como Delfos o Delos, el embellecimiento monumental es incesante, el número de fiestas aumenta sin cesar y una buena parte de la población encuentra, en sus preparativos y en el aflujo de peregrinos que provocan, sus medios de existencia. Todo esto, no obstante, es de una extrema fragilidad, encontrándose a la merced de las guerras y de la decadencia económica. La crisis se hace sentir desde fines del siglo II a. de J. C., agravándose en seguida hasta la organización del Imperio romano, que asegura, por algunos siglos, la supervivencia de esta civilización y generaliza sus ideales.

Los ideales burgueses se hacen sentir también en el terreno de la vida privada. Si las ciudades se embellecen, las casas particulares no quedan atrás. No se busca el gran lujo, que la burguesía no tiene medios para mantener; sin embargo, se desea para la comodidad y el placer de la vida familiar, un marco más ancho, más aireado y más amable. En este momento se precisa, no tanto en el interior de las viejas ciudades como en los barrios nuevos, el tipo de casa organizada alrededor de un patio con peristilo: tipo bien estudiado en Delos, que se encuentran en Pompeya, o sea, en la parte de Italia más abierta a las influencias griegas y que influirá asimismo en la *villa* del período imperial. Esta casa se adorna con revestimientos de mármol, pinturas, mosaicos, estatuillas y estatuas. Su mobiliario se diversifica y enriquece, con camas incrustadas de marfil y realzadas con apliques de metales preciosos, con trípodes, lampadarios y piezas de orfebrería. Se hace honor a la buena cocina y ciertos caldos de las islas o de Asia son especialmente apreciados en los banquetes, en los que una ley suntuaria, en Atenas, juzga necesario limitar a treinta el número de comensales.

El ideal burgués: educación y cultura.

Al mismo tiempo que las comodidades materiales, las preocupaciones intelectuales se hacen más amplias. La burguesía helenística blasona de cultura desinteresada: vela por la educación de sus hijos y no se preocupa por los gastos que proporciona. Muchas veces la organiza la ciudad - con frecuencia obligada por fundaciones - o la vigila, aunque raramente sufraga sus gastos. A dicho efecto se designan magistrados especiales. De todas maneras, públicas o privadas, las escuelas se multiplican, así como los gimnasios y, en un plano más elevado, los cursos de retórica y de filosofía dados por profesores cuyas exigencias financieras ya no escandalizan a nadie. A falta de conocimientos profundos, la agilidad de espíritu, o al menos de expresión verbal o escrita, forman parte a partir de ahora del ideal comúnmente admitido.

Hay un cambio más sensible todavía: la educación de las muchachas ya no se deja sólo al cuidado de las madres en el gineceo cerrado a los contactos extrafamiliares. Como sus hermanos, frecuentan las escuelas e incluso los gimnasios: en este punto, Esparta ya no constituye una excepción. De ello se deduce que la vida de las mujeres de la clase acomodada se hace más libre. Son pocas las que se inician en las elevadas especulaciones: no obstante, conocemos muchas poetisas y, en todo caso, que las mujeres hablen de literatura, de filosofía y de arte no aparece ya como privilegio exclusivo de ciertas cortesanas de alto vuelo. Las prohibiciones anteriores van perdiendo su carácter. Las damas de la buena sociedad no participan en los banquetes, pero pueden salir por la población sin ser acompañadas y sus maridos permiten que hablen con otros hombres aunque no

sean sus parientes. Asimismo las costumbres evolucionan en el sentido de una educación refinada: ciertos usos de cortesía tales como el besamanos, datan de esta época.

Las clases sociales bajas.

Nos gustaría conocer de la misma forma la situación y la vida de las clases sociales bajas, pero, como siempre, las informaciones que se poseen sobre ella son mucho menos numerosas. Las suficientes, no obstante, para comprobar que entre ellas y la burguesía el contraste es mucho más acusado que antes. La clase rica consigue un mayor bienestar, que a no tardar influye en su ideal y en su existencia práctica. La clase humilde, por el contrario, o bien continúa llevando la vida anterior, o-y parece que esto es lo más frecuente-ve empeorar sus condiciones materiales.

Los pequeños campesinos y los artesanos sufren a causa de la competencia que les hacen los productos de Oriente. Los salarios tienen tendencia a bajar, como lo muestran las cuentas de la intendencia sagrada de Delos, donde el grabador de inscripciones, por ejemplo, recibe un dracma por 100 y 130 letras hacia fines del siglo IV, y más tarde la misma cantidad por 300 letras sin que la calidad de su trabajo descienda en el intervalo. Incluso dejando aparte los casos extremos de este género, las ganancias no se adaptan a las fluctuaciones del precio de vida. Las de una flautista o de un "servidor" del templo, es decir, de un obrero no calificado, sólo raramente sobrepasan los 120 dracmas por año, completados con 140 ó 150 como indemnización por indumentaria. Pues bien, sólo la alimentación de un hombre adulto cuesta, a base de raciones medias, 150 por año en 281 y, aunque baja a 90 en 250, vuelve a subir a 130 a principios del siglo II; en las mismas fechas, la de una familia normal de cuatro personas representa, respectivamente, 410, 246 y 358 dracmas. En las familias humildes todos tienen que trabajar y, a pesar de los esfuerzos conjugados, la miseria constituye una amenaza constante. Frente a tales cifras, se comprenden fácilmente las preocupaciones que crea a los gobiernos de las ciudades la rareza o el aumento de precio de los cereales en el mercado local.

Se comprende por lo mismo que las riadas de mercenarios que salían de Grecia no se agotaran nunca. Hasta fines del siglo III, es éste un fenómeno social de amplitud considerable, utilizado en gran escala por las monarquías instaladas en Oriente. Si a continuación se atenúa, la principal razón no es la disminución del número de mercenarios disponibles, sino que hay que ver en la consecuencia de la disminución de las ofertas de enganche, ya por el relajamiento de los lazos políticos entre las monarquías y Grecia, ya por la competencia de los mercenarios de origen bárbaro, combatientes menos costosos al propio tiempo que menos economizadores de su sangre, y también principalmente, por el empobrecimiento y debilitamiento de las monarquías. Queda evidente que la conquista del imperio persa por Alejandro, que permitió a tantos griegos emigrar más allá del Mediterráneo, no

pudo curar este mal: sus efectos no pudieron sanear de manera duradera el estado económico y social de Grecia.

Los esclavos

Al historiador moderno se le hace difícil explicar, en un país que ha sufrido una disminución demográfica tan fuerte, la persistencia de la miseria. Seguramente la causa hay que buscarla en las condiciones del mercado de trabajo. En general, la actividad económica declina: la demanda de mano de obra, en consecuencia, disminuye. Pero Delos, de donde proviene lo esencial de nuestra documentación sobre los precios y los salarios, ofrece precisamente una excepción a este respecto: la existencia del santuario de Apolo, la multiplicación de las fiestas y la afluencia de los visitantes por una parte, la actividad comercial por otra, procuraban con facilidad trabajo y recursos a los necesitados que los buscaban. Por eso buscamos otra explicación y se nos ocurre hallarla en el aumento del número de esclavos y en la competencia que los opone, a ellos como a los libertos, a los trabajadores libres.

Sobre este punto también desearíamos datos precisos y, por desgracia, tenemos que contentarnos con simples impresiones.

Lo indiscutible es que, en los mercados de carne humana, la oferta creció en proporciones considerables. Las fuentes de aprovisionamiento se habían ampliado mucho; la guerra y la piratería que continúan enconadas, abastecían a los mercaderes. Y, sin embargo, el precio de los esclavos no parece disminuir, al menos en la última venta al comprador directo: sin cualidades técnicas especiales, un hombre en la plenitud de la vida, un prisionero de guerra, cuesta una media de 500 dracmas. El descenso de compras que parece lógico, no se produjo porque el mercado de distribución se había ampliado tanto como el de aprovisionamiento: Roma e Italia, que no son vendedoras, desde el siglo II antes de Jesucristo, compran en la cuenca oriental del Mediterráneo en cantidades siempre en aumento.

En cuanto a la Grecia propia, sólo se puede afirmar un aumento en el número de esclavos en las regiones del Norte y del Noroeste como consecuencia del desarrollo reciente de la civilización urbana. Para las demás regiones nos faltan datos. Por otra parte, aunque la burguesía, por vivir con más comodidades, posee más esclavos domésticos, el número de éstos no influye en las ganancias de los hombres libres, pues su tarea consiste sólo en hacer los trabajos familiares, emancipando a las mujeres que en otros tiempos los realizaban. La relación de causa y efecto debe ser, pues, más compleja.

No hay duda que debemos considerar la diversa situación en que se hallan el esclavo trabajando por su cuenta y el liberto. Respecto a ambos, las numerosas actas de manumisión transmitidas por las inscripciones de algunos santuarios - alcanzan un millar las procedentes de Delfos

- nos aportan una serie de precisiones. La manumisión individual, no en masa como se efectuará más tarde en Roma, va entrando en las costumbres de los griegos. Esta evolución no representa el aumento del número de esclavos: junto al progreso de un cierto liberalismo, muchas veces atestigua sólo que el dueño hace un negocio dando la libertad al esclavo. Pues es raro que la operación se efectúe sin una contrapartida financiera. Se considera que la divinidad compra el esclavo a su dueño y le da la libertad, garantizando el cumplimiento de las cláusulas del contrato: por ello el texto se guarda tan cuidadosamente en el recinto sagrado.

En realidad todo se basa en el acuerdo previo del amo y del esclavo. Aquél acepta un precio y ciertas condiciones variables según los casos concretos. Pero para poder entregar en seguida la cantidad convenida es necesario que el esclavo haya economizado de su peculio y, para ello, trabajando de manera más o menos libre, haber conservado la disposición de un mínimo de sus ganancias: el procedimiento del esclavo "viviendo por su cuenta", ya practicado en la Atenas clásica, debió generalizarse. Para obligarse y cumplir es preciso que el esclavo esté seguro de encontrar trabajo y clientes una vez libre y disponiendo de la totalidad de sus ganancias. He aquí un ejemplo: un esclavo no paga nada en el momento de la manumisión, pero pagará 100 dracmas por año durante los trece años siguientes. Otro, sin duda ejerciendo un oficio muy remunerador, entrega en el acto 600 dracmas comprometiéndose a un ulterior pago de 2.000, y además hará "todo el trabajo" de su amo, naturalmente en su especialidad y sólo para las necesidades de los familiares directos de su ex-propietario. Estos compromisos son cumplidos en su totalidad, pues las actas no están nunca anuladas. Es más, en algunos casos, después de una decena de años, vemos al liberto manumitiendo a su vez: por tanto ha podido pagar a su amo, hacer vivir a su familia, comprar un esclavo y dejarlo trabajar por su cuenta. Detrás de ello se adivina un duro esfuerzo y muchos años de duras privaciones; el trabajador libre, cuyo esfuerzo no está mantenido por la misma esperanza, sufre por ello las consecuencias de una feroz competencia.

De todas maneras no debemos olvidar que estas informaciones en su mayor parte se refieren sólo a grupos humanos que viven alrededor de los santuarios. En Delfos, los peregrinos, los consultantes del oráculo, los espectadores de las fiestas constituyen una clientela numerosa, obligada a gastar mucho más que en su residencia habitual, favorable al próspero ejercicio de pequeños oficios y de pequeños comercios. Estas condiciones privilegiadas no se extienden al conjunto de Grecia. La explicación de la miseria por la esclavitud, por verosímil y lógica que parezca, no es segura.

Como ya se ha señalado en páginas anteriores, el estancamiento o la decadencia económica que son la causa de la grave situación de las bajas clases sociales, se hubieran conjurado con facilidad

si los griegos hubiesen aprovechado su superioridad científica para perfeccionar las técnicas de su producción, así como su presencia en Oriente para elevar el nivel de vida de la masa de los indígenas, es decir, para aumentar la demanda de los productos de consumo.
No modificando su ideal cultural y desinteresándose de la producción industrial, y aun de la agrícola, la burguesía helenística trabajó contra sí misma.

3.-MALES Y DESÓRDENES SOCIALES

Las consecuencias que se derivan de este estado de cosas son de una gravedad extraordinaria.

La despoblación

La evolución del género de vida y de las costumbres de la burguesía, seguramente habría escandalizado a los contemporáneos de Pericles. Escandalizó también a hombres del mismo período, que, sin ser moralistas profesionales, denunciaron con energía y la hicieron responsable de uno de los grandes males de Grecia: la despoblación. El más célebre de estos escritores es Polibio, que vivió en el siglo II. Describió el mal en una página célebre, con el nombre de *oligantropia*, "falta de hombres", precisando cuál era, según él, la causa: "Se observa en nuestros días en toda Grecia una falta de niños y una *oligantropia* que dejan las ciudades desiertas e improductivas... La causa es manifiesta y el remedio se encuentra en nosotros mismos. Por vanidad, por excesivo amor al dinero y por vileza, los hombres no quieren casarse ni, si lo hacen, criar a sus hijos; cuando más quieren uno o dos, con el fin de dejarlos ricos y educarlos en las blanduras de una vida lánguida. De esta manera el mal escondido, bruscamente, se ha hecho mayor; pues cuando no hay más que uno o dos hijos si llega una guerra o una epidemia y se lleva a uno y otro, fatalmente dejan las casas vacías... Cualquiera sabe que depende de nosotros mismos el poner remedio a esto, cambiando lo que entre nosotros constituye el fin de nuestra emulación, o bien, en su lugar, adoptando leyes que obliguen a criar a los niños venidos al mundo." En ocasiones se ha intentado minimizar la importancia de esta página calificándola de retórica moralizante. Aunque no está falta de ella, no se le puede negar un gran interés.

Nos revela la persistencia de la costumbre de la "exposición" de recién nacidos que hacía estragos en el período anterior. Como entonces los padres rehúsan "criar" especialmente a las niñas. ¿Podemos afirmar que esta costumbre, mucho más grave por sus efectos prácticos que la restricción voluntaria de los nacimientos, se hizo entonces general? Polibio lo afirma de manera implícita; pero las razones que da se refieren sólo a la clase acomodada, lo que constituye el principal vicio de su razonamiento. En realidad, las bajas clases sociales parecen afectadas en el mismo grado que

las superiores. Las actas de manumisión de Delfos no nos dan a conocer ninguna familia numerosa entre las manumitidas. Muchas ciudades tomaron medidas para aumentar el número de sus ciudadanos, admitiendo la entrada de extranjeros en este estatuto privilegiado. Un rey macedonio recomendaba a una ciudad tesalia imitar en este asunto la generosidad de Roma. Ese mismo monarca instaló en su reino a grupos de bárbaros balcánicos y "obligó a todos estos súbditos", sin que sepamos por qué medios, "a procrear hijos y a criarlos". Polibio conocía este precedente cuando aconsejaba la adopción de leyes de este género; pero por lo que se sabe, su consejo y el ejemplo de Filipo V de Macedonia no fueron seguidos en ninguna parte. No es posible negar la despoblación de Grecia en esta época, como tampoco la indiferencia casi general o, en todo caso, la impotencia de los dirigentes frente a una situación que ponía en peligro no sólo la independencia política y militar de sus estados, sino también la vitalidad y la misma existencia de la civilización que constituía su orgullo.

Por el contrario, en el análisis de las causas Polibio no alcanza más que una verdad parcial y no la más importante. No podemos rechazarla porque nos proporciona detalles circunstanciados sobre la "molicie", el gusto por las fiestas y por los banquetes. Aunque es verdad que los detesta, hablando de los beocios de principios del siglo II, afirma: "Las gentes que no tenían hijos, en lugar de dejar sus bienes a sus parientes..., los dejaban para la buena mesa y la borrachera, haciéndolos propiedad común de sus amigos. Muchos de los que tenían descendencia se pusieron a gastar en banquetes la mayor parte de su fortuna, hasta el punto de que muchos beocios se comprometían cada mes para más comidas que días tenía éste." Ésta era la inevitable deformación de una vida de sociedad modelada sobre un ideal de bienestar y de diversiones; difícilmente conciliable con las cargas de una familia numerosa, no podía dejar de hacer sentir su influencia en la sustitución numérica normal de una generación por la siguiente. Y las clases inferiores tenían muchas otras excusas para desligarse de las excesivamente gravosas obligaciones familiares.

Sin detenernos más en los lugares comunes moralizantes, conviene añadir algo a las explicaciones de Polibio.

En primer lugar, Grecia fue el punto de partida de una emigración considerable hacia el Oriente conquistado y administrado por griegos, lo que le privó de elementos jóvenes y emprendedores. Esta emigración seguramente muy fuerte al principio, en seguida se aminoró aunque sin llegar jamás a cortarse y los regresos nunca compensaron las partidas. Olvidar esto sería condenarse a no comprender cómo pudo encontrar su equilibrio una sociedad que “criaba" más niños que niñas; pues es evidente que fueron sobre todo hombres los que partieron como mercenarios, funcionarios, técnicos o colonos.

Tampoco hay que olvidar las crecientes dificultades económicas que Grecia sufrió. La deca-

dencia de la prosperidad agrícola, artesana y comercial perjudicaba incluso a la burguesía. Una vez agotadas las fuentes normales de enriquecimiento, estaba condenada a no aumentar ya sus efectivos si quería mantenerse en su nivel de bienestar y, en la práctica, tampoco podía mantenerse en él, a causa de sus donaciones a las ciudades, más que por una disminución del número de sus miembros, acompañada de la concentración de las fortunas a base de herencias y legados. Pero sobre todo, las gentes humildes, cuyos recursos, cuando no bajaban, no seguían el alza de los precios, no conseguían vivir más que imponiéndose duras privaciones, entre las que la menos inmediatamente dolorosa, y por consiguiente la primera aceptada, se refería a los hijos. La *oligantropia*, al propio tiempo efecto y causa, acentuaba la decadencia de la economía del país, disminuyendo la demanda del mercado regional que era el que podía satisfacer mejor.

Los conflictos sociales

Otro mal, consecuencia más directa todavía de la miseria de los humildes, roe a Grecia: la amenaza de revolución social. Peligro no nuevo, pero, después del apaciguamiento del período clásico, recrudecido con caracteres más terribles.

El viejo programa de los revolucionarios de los siglos VII y VI comportaba dos puntos fundamentales: repartición de las tierras y abolición de las deudas. Este programa vuelve a resurgir tan popular como antes. Las dos ideas apasionan a los campesinos que tuvieron que abandonar sus tierras o a los que, cargados de deudas, temen ser expulsados de ellas, o ser encarcelados por insolvencia. Si los pobres de las ciudades se preocupan un poco menos de las deudas- sólo un poco menos, pues hay que ser bien pobre para no encontrar prestamista-, no quedan indiferentes ante la perspectiva de convertirse en pequeños propietarios.

Al antiguo programa, que no ha perdido nada de su virulencia, vienen ahora a añadirse las reivindicaciones que conciernen a los esclavos, de los que nadie se había preocupado en otros tiempos. Quizá interviene en ello la solidaridad ante la miseria, acentuada por el origen helénico de muchísimos esclavos, antiguos prisioneros de guerra o capturados por los piratas. Probablemente representan una fuerza; al endurecerse la lucha, no causa repugnancia recurrir a ella.

Ellos solos no se atreven a moverse mucho. Esporádicamente se producen sublevaciones bien caracterizadas: en 130 y 103 en Atenas, hacia 130 en Delos. Sin embargo, estas "guerras serviles", limitadas a regiones en las que grandes masas se esclavos se encuentran sometidas a un régimen especialmente duro - Delos, el gran mercado que exporta sin esperanza de regreso hacia el Occidente lejano,y Atenas,con su distrito minero del Laurion en el que las condiciones de trabajo siguen iguales-,

se desarrollan más tardíamente: constituyen sólo un eco de las sublevaciones que estallan en Sicilia y en Asia Menor en 134 y 133. Mucho más graves fueron los movimientos en los que actuaron unidos hombres libres y esclavos, empujados por la solidaridad en la miseria y el odio contra los poderosos: esta unión es una novedad del período helenístico.

Según nuestros conocimientos, estas agitaciones no tuvieron base ideológica. Ciertos filósofos proclamaban la igualdad entre los hombres, pero, a sus ojos, esta igualdad, como por otra parte la libertad de las personas humanas, era cosa más interna que social, o sea, más de la fuerza de alma de cada individuo que del estatuto jurídico en que se encontrase situado: sin dominio de sí mismo, un hombre libre y rico podía ser inferior a un esclavo. Así, estas ideas no inducían a la acción. Asimismo, si ciertos escritores se complacían en urdir utopías, este género literario no tenía trascendencia para las masas. Unos fragmentos de un poeta que vivió en el Peloponeso en el siglo III son los únicos en toda la literatura griega que tienen un acento revolucionario: se dice en ellos que el rico "debe vomitar", "arrojar lo comido"; la repartición de bienes se diviniza y el poeta se pregunta si la divinidad tiene un ojo de topo, ya que se abstiene de arrebatar los bienes al usurero para dárselos al que no puede satisfacer su hambre. No obstante, el autor, Cércidas, tuvo un activo papel diplomático y militar contra la revolución cuando pareció que ésta iba a triunfar, de forma que es difícil ver en él algo más que un simpatizante que se pasó al bando contrario en el momento decisivo. En resumen, la revolución social en Grecia estuvo al mismo tiempo falta de un programa doctrinal y de un jefe espiritual.

En ciertos momentos y en ciertas ciudades encontró sus jefes en la acción misma. Acción con frecuencia desordenada, raramente coherente y mantenida, siempre rota al fin por la resistencia de la burguesía o por la intervención extranjera. Entre los etolios, ciertos hombres políticos de primera fila propusieron leyes acerca de las deudas: tuvieron que exiliarse. En Beocia el ejercicio de la justicia estuvo suspendido durante veinticinco años: anarquía escandalosa, de la que se aprovechaban los deudores. Es indudable que si estuviéramos mejor informados, casi en todas partes podríamos observar la existencia y la agitación de un movimiento si no revolucionario al menos reformador.

La revolución social en Esparta.

La crisis fue muy grave en Esparta, como sabemos por una abundante información. Esta gravedad se explica por las peculiares condiciones de su régimen social.

Por la tradición se recordaba que en un remoto pasado existía una completa igualdad entre los ciudadanos de pleno derecho, los "iguales". Pero su número había disminuido mucho: 9.000 en los orígenes, eran sólo 700 a mediados del siglo III. Este descenso

tenía por causa la voluntaria restricción de los nacimientos, consecuencia indirecta, pero inevitable, de una legislación que prohibía a los ciudadanos toda actividad remuneradora, al propio tiempo que condenaba a la indignidad a todos aquellos cuyos ingresos caían por debajo de un mínimo legal. Provenía también de la mortalidad en los campos de batalla, muy crecida entre los espartanos por encontrarse sometidos a un código del honor militar muy severo. Resultaba, por último, de la relegación a las categorías inferiores de la sociedad de aquellos que, por una razón cualquiera, en particular la pobreza, descuidaban las obligaciones de ciudadano. En ningún otro lugar la *oligantropia* era tan sensible como en Esparta.

Esta evolución catastrófica llevó consigo la decadencia militar, y tuvo asimismo importantes consecuencias de carácter social. Desde hacía mucho tiempo la igualdad, práctica o teórica, ya no existía. Las fortunas, incluyendo en ellas los bienes rústicos, se concentraban en las familias privilegiadas, en especial en las manos de las mujeres, ricas herederas. La formación de esta aristocracia reducida encontraba su contrapartida en el empobrecimiento del resto de la población. Los deudores amenazados de degradación cívica eran numerosos; lo eran asimismo los degradados que soñaban en una redistribución de las tierras que, asegurándoles el medio de llevar la vida del verdadero espartano, les daría derechos para los que no se juzgaban indignos. Su descontento les hacía buscar aliados, cuando no entre los esclavos, poco numerosos en Esparta, sí entre los periecos y los más atrevidos de los ilotas, que aspiraban por su parte a una mejor condición jurídica y moral. La fermentación se manifestó desde principios del siglo IV. Degeneró en desórdenes violentos en la segunda mitad del siglo III.

Al principio los jefes fueron los propios reyes legítimos: Agis IV y, después, Cleómenes III. El primero fracasó muy pronto y fue condenado a muerte. El segundo, político más frío, hábil en dar satisfacción al orgullo nacional, en predicar el interés militar de las reformas y en explotar el prestigio que le valían sus victorias, llevó a cabo un golpe de estado: hizo asesinar a los magistrados y exiló a la oposición. De esta manera pudo anular las deudas, redistribuir las tierras y aumentar el número de ciudadanos. Con el acrecentamiento que esto produjo en los efectivos de su ejército, amplió sus éxitos exteriores y pareció capaz de devolver a Esparta su pasada grandeza, favorecido por la circunstancia de que su principal enemigo en el Peloponeso, la confederación aquea, se hundía minada por el contagio revolucionario. Se hizo necesaria la intervención macedonia para derrotar a Cleómenes y hacerle huir, pero los dirigentes aqueos pagaron muy cara esta ayuda.

Restablecido en Esparta el orden conservador por la presión extranjera, no se hizo esperar de nuevo la crisis que comenzó, más violenta aún, desde los últimos años del siglo III. El principal

Instigador fue Nabis, un hombre de la familia real llegado al poder de forma irregular. Las fuentes, que manifiestan su odio contra él, no ahorran los relatos terroríficos sobre sus crueldades para con los ricos tanto en Esparta como en las poblaciones que cayeron en su poder, como Argos, acerca de sus tratos con los piratas y bandidos de todas las nacionalidades, y a propósito de los favores con que colmó a los menos recomendables de sus acólitos. A través de tanto odio, adivinamos un jefe, feroz sin duda, pero empujado a las brutalidades por la guerra civil y exterior, al propio tiempo que un reformador atrevido que se ocupó, no sólo de las deudas y de las tierras, sino también de los capitales mobiliares y que creó gran número de ciudadanos escogidos entre sus mercenarios, los periecos, los ilotas e incluso los esclavos. Es fácil comprender el escándalo y el furor que estas medidas provocaron en el resto de Grecia y en particular en las zonas vecinas entre los que Polibio, historiador aqueo y conservador, llama los "bien pensantes". En esta ocasión fue Roma la que intervino, aunque sin llegar a provocar la caída de Nabis, pero sí debilitándolo de manera suficiente para quitarle su prestigio. Murió poco después, asesinado, y Esparta dejó de ser el foco revolucionario que fuera durante medio siglo.

Problema social y problemas políticos.

Estos episodios muestran cómo en la práctica se planteó el problema social en la Grecia helenística: nunca aislado en estado puro y siempre embrollado con problemas políticos internos de los que constituye un simple elemento. Pero también de política externa, lo que revela su gravedad, pues el temor al contagio influyó en más de una ocasión en las relaciones internacionales. La confusión existente fue utilizada por las dos grandes potencias - Macedonia y Roma- entonces mezcladas en los asuntos griegos: los reyes macedonios sin una idea preconcebida, sosteniendo aquí una tendencia y allí otra, sólo a la busca de ventajas inmediatas y de aliados; Roma, por el contrario, por medio de su diplomacia y su ejército dependiendo de manera directa de la nobleza senatorial, con una manifiesta antipatía, muchas veces eficaz, para todo lo que pudiese hacer vacilar el orden tradicional, si bien ateniéndose en ocasiones a compromisos dictados por el oportunismo.

La consecuencia fue el desquiciamiento de los dirigentes griegos como clase social. En un determinado momento tuvieron que escoger entre los riesgos de la revolución social y la dominación extranjera. Tal como nos aparece en lo que queda de la obra de Polibio, su drama y el de sus amigos políticos, empezando por su héroe y maestro Filopemén, "el último de los griegos", fue el no poder, a pesar de todos sus esfuerzos, escapar a dicha alternativa. Polibio optó por la sumisión a la irresistible fuerza romana. Finalmente, muchos otros burgueses griegos prescindieron de los intereses de su clase. La desgracia para la independencia de Grecia fue que sus fuerzas de resistencia no actuaron

todas aun mismo tiempo, ni cuando todavía se podía hacer algo: la fragmentación del país en múltiples Estados y sus querellas antiguas o nuevas les llevaron a librar el combate decisivo en forma inconexa. Sólo en 147 y 146, al decidirse para la guerra sin cuartel contra Roma, los jefes aqueos impusieron la moratoria de los créditos, instituyeron socorros para los pobres y liberaron y armaron a 12.000 esclavos. Al obrar así aceptaban soluciones a las que sus predecesores prefirieron en otros tiempos, contra Cleómenes III, el protectorado macedonio y, contra Nabis, el protectorado romano. Sus medidas no encontraron el eco que habrían podido despertar en el momento en que aún existían grandes monarquías capaces de equilibrar la fuerza de Roma.

Ésta, victoriosa de un esfuerzo falto de cohesión y de apoyo exterior, consolidó en todas partes el orden social al propio tiempo que su dominación. Pero tanto la burguesía como las bajas clases sociales tardaron en resignarse: no se advierte una estabilidad en este aspecto hasta la época imperial, cuando el país, si bien debilitado por la despoblación, conoció, con la paz, una administración conveniente y alcanzó el equilibrio económico, completando sus recursos naturales con la explotación del turismo y con la exportación a Occidente de obras de arte y de hombres educados en su cultura, médicos, profesores y artesanos hábiles.

III. LA VIDA ECONÓMICA EN EL ORIENTE HELENÍSTICO

Las condiciones eran muy distintas en las monarquías instaladas en Oriente. Económicamente, sus territorios, más extensos, con horizontes más vastos, ofrecían muchas más riquezas: entre ellas en particular, dos magníficas joyas - Egipto y Babilonia-, dones de una naturaleza generosa, modeladas por milenios de paciente trabajo humano. Socialmente los súbditos formaban grandes masas en las que el individuo contaba poco, habituadas a obedecer con docilidad las órdenes de sus amos, fuesen cuales fuesen sus exigencias. Las bases primarias de la experiencia helenística eran, pues, distintas por completo en Grecia y en Oriente. A esta oposición se unía otra, fundamental, en las condiciones en que la experiencia se desarrolló. Mientras que en Grecia los griegos vivían sin otra aportación humana externa que la de los esclavos, en Oriente sólo constituían, en el conjunto, las clases dirigentes y los mandos. Eran griegos de origen y de civilización los soberanos que además tenían sus miradas fijas en Grecia. Eran griegos también los emigrantes llegados para buscar más allá del Mediterráneo, como cortesanos, funcionarios, técnicos, soldados, colonos o comerciantes, ocasiones de encontrar una prosperidad material que les faltaba en su propio país. La experiencia podía llevar a dos resultados

extremos, opuestos por completo: la simple explotación o la helenización de Oriente. De hecho, uno y otro fueron conseguidos en diferentes lugares, si bien el Oriente se presentaba tan vasto e inmenso y tan diverso que entre estas dos soluciones extremas hallamos muchas experiencias intermedias.

La aportación de los griegos al desarrollo económico de Oriente.

La vieja Grecia estaba poco favorecida por la naturaleza. El Oriente no lo estaba por igual en todas sus regiones: presentaba montañas inhóspitas y regiones desérticas o esteparias. Sin embargo, no le faltaban las tierras mejor dotadas que a los ojos de sus conquistadores le daban figura de Eldorado. Su primera reacción ante tanta riqueza fue el pillaje y el despilfarro. La explotación ordenada vino en seguida, basada en la valorización de las riquezas naturales y en su renovación al ritmo de las estaciones.

En este aspecto no todo era rudimentario. Para ciertas formas de la vida agrícola, en particular para las que utilizaban la irrigación, e incluso para ciertas técnicas artesanas, en especial para la fabricación de productos de lujo, tejidos, orfebrería y vidrios, Oriente podía enseñar a Grecia que no había recuperado su retraso, a pesar de los adelantos realizados durante el período arcaico. No obstante, la balanza le era indiscutiblemente favorable. Los griegos contribuyeron con amplitud a la explotación económica del Oriente.

La dominación de los soberanos helenísticos aportó, si no la paz total, al menos una paz relativa. El Imperio persa ya había sufrido más de una crisis interna, traducida en sublevaciones, guerras y exacciones. En este momento se reprodujeron, agravadas por la rivalidad de los soberanos, sus intrigas, sus expediciones y también por las invasiones de "bárbaros", tales como los galos que, a principios del siglo III, fueron a instalarse en el corazón del Asia Menor, donde su turbulencia se convirtió en una grave preocupación para los pueblos vecinos. No obstante, observada en su conjunto, la seguridad fue mucho mayor que en tiempos antiguos.

Esta paz relativa permitió la feliz actuación de la administración. Sin llegar nunca a ser perfecto, el aparato administrativo griego no tuvo gran trabajo en mostrarse más exacto y técnicamente superior al persa: éste, en la práctica, en los últimos tiempos, había dependido de los sátrapas, señores feudales iranios sobre los cuales la realeza ya no ejercía la vigilancia del principio. En particular, Babilonia y Egipto volvieron a encontrar el orden y la disciplina indispensables para el buen empleo del agua de sus ríos y para la explotación racional de su fertilidad natural.

La primera tarea que se impuso la administración griega fue el crear o restablecer los medios de comunicación. Sin ellos la autoridad del monarca quedaba paralizada; y sin ellos, no podía existir ninguna clase de comercio. Se restauraron los canales, puentes y caminos afectados por la ne-

gligencia y anarquía anteriores. Como para todo lo demás, en este terreno tenemos abundantes datos referentes a Egipto, gracias al uso y a la conservación de los papiros: arreglo de antiguos y apertura de nuevos canales de irrigación; nuevo laboreo de las tierras baldías; aumento de las tierras cultivables, de manera notable en el Fayum; construcción de desembarcaderos, diques, graneros y almacenes; conclusión o reapertura del canal que unía el Delta oriental del Nilo con el golfo de Suez; arreglo y vigilancia de las rutas caravaneras que atravesaban, hasta el Mar Rojo, el desierto arábico; etc.

Esta enumeración, que sería fácil prolongar, muestra con frecuencia que los soberanos se limitaban a restaurar o a proseguir la obra de sus predecesores más o menos lejanos; por ejemplo, en el Fayum el hombre había empezado a ganar tierras para el cultivo bajo dinastías faraónicas muy antiguas. Pero otras veces los griegos innovaban, servidos por la técnica superior de sus ingenieros que encontraban en el país, y en abundancia, la mano de obra y el dinero. La principal de sus creaciones fueron los puertos: multiplicados en todas las costas, protegidos y mejorados por trabajos en ocasiones grandiosos, tomando como ejemplo el muelle construido en Samos en el siglo VI. El éxito más prestigioso en este aspecto fue la creación del puerto, o más bien de los puertos, de Alejandría.

En la punta de la isla de Faros se edificó una torre de una altura de 120 metros, en la cima de la cual se encendía un fuego que se percibía desde más de 50 kilómetros mar adentro: la reputación de este edificio, el primero de su género que se había construido hasta entonces, transformó en nombre común el propio de la isla. Un dique de una longitud de más de 1.200 metros, interrumpido en sus extremos por puentes para dar paso a los navíos, unía la isla a la costa y contribuía a formar dos vastos puertos, arreglados con muelles para facilitar los embarques y desembarques. Por un canal se llegaba a un lago interior y desde éste, por otro, al Nilo. Así, ya antes que los ingenieros romanos, los griegos llevaron a cabo grandes obras que llenaron de admiración al mundo antiguo y le sirvieron de modelos. Reflejan la amplitud extraordinaria del esfuerzo técnico realizado en Oriente por sus nuevos dueños; esfuerzo que no tardó en hacerse sentir sobre la vida económica.

Para la economía, también fue un beneficio, al menos en ciertos aspectos, la instalación en Oriente de emigrantes griegos y la fundación de numerosas ciudades. Estos griegos, en conjunto, proporcionaron directores técnicos para una mejor explotación de los recursos naturales. En cuanto a las ciudades, constituyeron mercados y centros comerciales en regiones que, con frecuencia, hasta entonces no los habían tenido. Su población compró productos agrícolas a las comarcas vecinas, invitadas a producir más por la apertura de esta nueva salida a sus frutos, mientras que los artesanos

urbanos ofrecían a los campesinos el producto de su trabajo. Sobre todo en Asia, más de una región se elevó así a una forma más evolucionada y más activa de vida económica.

Directa o indirectamente, en ocasiones por el solo hecho de su presencia, los griegos introdujeron procedimientos de explotación desconocidos o perfeccionaron los antiguos. Casi en todas partes el cultivo de la viña ganó terreno; el del olivo, imposible en el valle del Nilo, se extendió ampliamente en

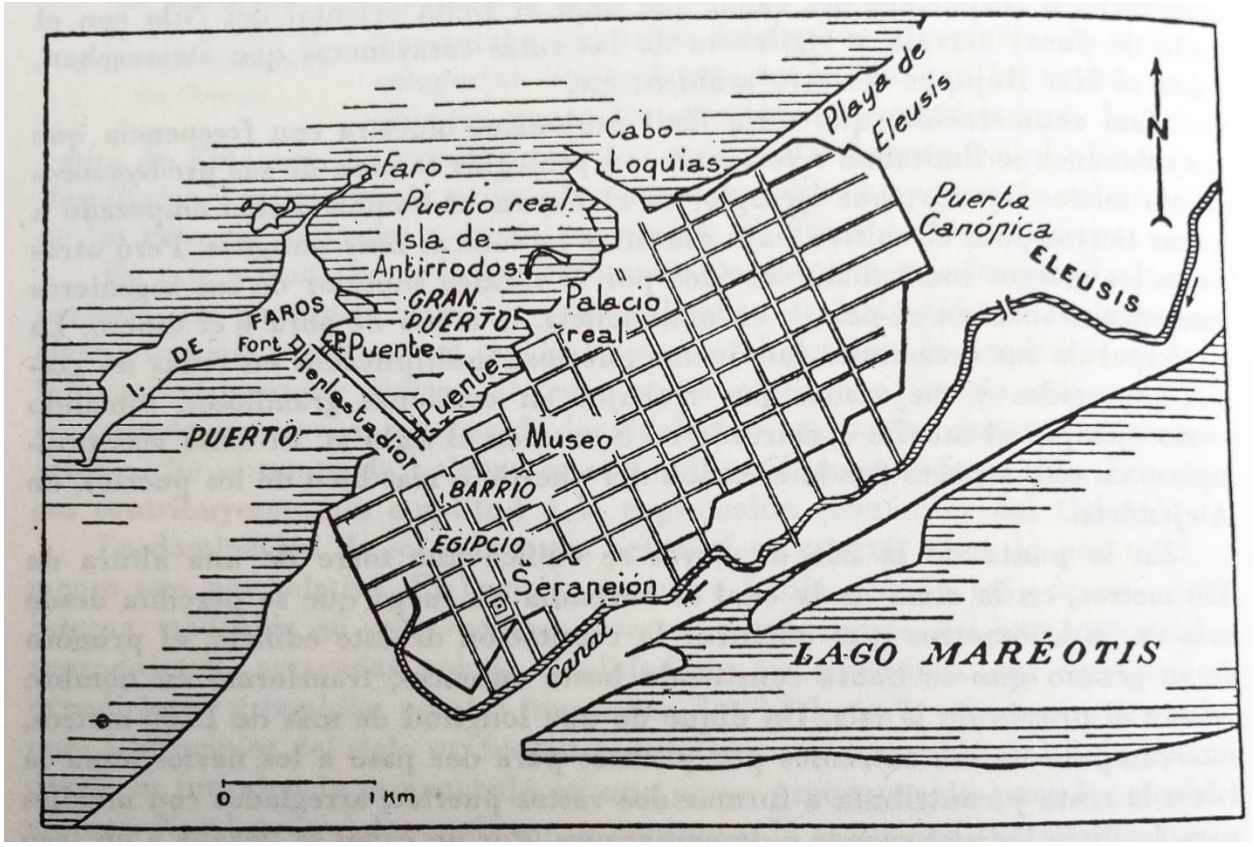


Fig. 31. Alejandría helenística. El recorrido último del canal se desconoce: ignoramos en qué puerto desembocaba.

Asia Menor. Muchos soberanos mostraron un vivo interés por estos asuntos prácticos. En Egipto, la administración plantó árboles y proporcionó a los campesinos, para la siembra, trigo extranjero de la mejor calidad; un rey ordenaba a uno de sus familiares que buscara sistemáticamente el medio de llegar a obtener una segunda cosecha anual; un gran propietario, y al propio tiempo alto funcionario, se hizo traer de Asia Menor carneros de buena raza con pastores especialistas. Un rey atálida elogió, en el macizo forestal de Ida, de donde se sacaban maderas y resinas reputadas, el "pino magnífico", de una altura de 20 metros, con una circunferencia de 7; otro compraba cerdos de talla y peso

excepcionales a precios elevados; un tercero publicaba un *Tratado de los Jardines*, libro consagrado a la botánica y sobre todo a los árboles frutales. Todas las dinastías poseían talleres reales, en los que una multitud de siervos se afanaban en fabricar productos de lujo que se propagaban por las cortes siguiendo la moda. Su comparación con los soberanos ilustrados del siglo XVIII se ha hecho muchas veces: este paralelismo encuentra una de sus mejores justificaciones si se piensa en la atención concedida y en la intervención personal de los propios soberanos en el desarrollo económico de sus Estados.

Pero, por notables que hayan sido en su novedad, variedad e intensidad, estos esfuerzos, la técnica de la acción de lo político sobre lo económico continuaba siendo demasiado rudimentaria para mostrarse eficaz en todos los terrenos. La obra monetaria, por sus resultados prácticos, los superó ampliamente en importancia: a este respecto se podría hablar de una verdadera revolución. El Oriente, antes de Alejandro, usaba pocas monedas, pues los gobiernos las acuñaron en escasas cantidades: en Egipto, incluso no circulaban. Únicamente las relaciones comerciales con Grecia y la soldada de los mercenarios obligaban a su uso, y en este caso las piezas atenienses suplían - mal, como es lógico- al limitado número de monedas locales. Esta escasez era un obstáculo para el desarrollo del comercio y, por lo tanto, de la producción. Esta situación se modificó con Alejandro y sus sucesores, que pusieron en circulación, mediante abundantes acuñaciones, los lingotes acumulados y condenados a la esterilidad en las reservas del rey persa, así como la orfebrería y las tejas de oro y plata de los templos. No se llegó nunca a la unificación de los sistemas monetarios. El sistema ateniense, adoptado en Macedonia antes de Alejandro, tuvo éxito en Asia, mientras que Egipto tuvo su sistema propio. No obstante, como que éste se asimiló a los sistemas fenicio y rodio, las operaciones de contabilidad previas al cambio se simplificaron; tanto más porque en ciertos casos los cálculos eran fáciles. Así, por ejemplo, las ciudades griegas de la costa de Asia Menor, imitadas en ello por los atálidas, acuñaron en gran número las piezas de plata - llamadas "cistoforos" a causa de su tipo de "canastillo" - de 3 dracmas según el sistema ático, que en la práctica equivalían a cuatro dracmas ptolemaicos y a 3 denarios romanos. Aunque también surgieron dificultades. Los lágidas, con el fin de procurarse plata, de la que Egipto estaba desprovisto, se vieron obligados a practicar una política mercantilista. La relación de valor entre los metales acuñados, sobre todo entre el oro y la plata utilizados para las relaciones internacionales, de una parte, y el cobre para el uso local, de la otra, sufrió importantes variaciones. La depreciación de la moneda de cobre fue muy considerable en Egipto, donde con el fin de remediar la pobreza del tesoro, los reyes multiplicaron las emisiones de estas piezas a las que sus súbditos indígenas estaban más habituados: la relación primitiva de 60/1

entre plata y cobre, pasó a partir de 160 a. de. J.C., a ser corrientemente de 400 y hasta de 500/1. A pesar de estas imperfecciones, el resultado de la dominación griega se tradujo en adelantos considerables en este campo. Todo el Oriente pasó a una economía monetaria, cuando hasta entonces en muy vastas regiones se practicaba únicamente una economía natural y de trueque. Es indudable que con ello el comercio recibió un formidable impulso.

La actividad económica: la agricultura y la industria.

Por eso no puede sorprendernos el desarrollo de la vida económica que alcanzó una intensidad hasta entonces desconocida. Nos faltan los datos para trazar un mapa de las producciones agrícolas y tenemos que conformarnos con la fama que deja su rastro en lo que podríamos llamar en lenguaje corriente, o con algunas referencias escritas acerca de las exportaciones. De Egipto sabemos que se impone por la abundancia de productos que saca de su suelo. O más bien, parece imponerse, pues no podemos descuidar nuestra total ignorancia sobre la Bactriana, que debió entonces ser muy productiva, y la casi total acerca de Babilonia, aparte de su riqueza en palmeras y de los altos rendimientos que allí alcanzaba el cultivo del trigo. El reino lágida dispone de grandes cantidades de cereales para la exportación; los únicos productos agrícolas que tiene que importar son, junto a la madera y a las substancias resinosas necesarias a su flota, los productos de lujo tales como los vinos de fama, o el aceite de oliva, más apreciado que el de las plantas cadañeras, como el sésamo y el ricino. Los frutos de Fenicia y de Siria adquirieron un renombre que perduró largos siglos. Las regiones costeras de Asia Menor deben importar trigo pero son vendedoras de vino, aceite y miel, mientras que en el interior la cría de carneros constituye un complemento de la producción agrícola.

Nuestro conocimiento de la industria tampoco es muy grande y queda casi limitado a los productos de lujo destinados a las exportaciones. También Egipto ocupa el primer lugar en este aspecto, por encontrarse en posesión de materias primas de primera calidad y por disponer de una mano de obra muy experimentada: vende papiros-negocio del que casi posee el monopolio-, orfebrería, perfumes, telas finas, cerámica, vidrios y bronces. En muchos de estos artículos Fenicia le hace la competencia, así como Pérgamo con su pergamino, su cerámica imitando el bronce, sus perfumes y los famosos tejidos con mezcla de hilos de oro que salen de los talleres de los atálidas.

Más que las anteriores enumeraciones, la abundancia de la producción oriental nos la mostrará un ejemplo. Después de un temblor de tierra que, hacia 226 a. de J. C., había devastado la ciudad de Rodas, entre todos los Estados helenísticos cundió un movimiento de emulación en la ayuda a favor de la ciudad arruinada. Nos limitaremos a citar las donaciones en especie enviadas en seguida o prometidas para una fecha inmediata por los reyes lágida seleucida. El primero ofreció “un

millón de artabes de trigo, maderas de construcción para 10 pentarremes y 10 trirremes, vigas de pino escuadradas formando un total mínimo de 40.000 codos, 3.000 talentos de estopa, 3.000 piezas de tela para velas y, para la reconstrucción del Coloso, 3.000 talentos de bronce, además de la colaboración de 100 arquitectos y de 350 capataces; además, 12.000 artabes de trigo para los concursos sagrados y los sacrificios y otros 20.000 para la manutención de las tripulaciones de 10 trirremes." Seleuco II, por su parte, envió 10 pentarremes con sus aparejos y 200.000 metretas de trigo, a lo que hay que sumar "maderas, resina y crin formando un total de varias decenas de millares de codos y de varios miles de talentos" (1). Por la importancia material de estas donaciones se adivina la de la producción y de las exportaciones corrientes.

La actividad económica: el comercio.

Lo dicho es suficiente para explicar la existencia de un comercio muy activo que al propio tiempo que se desarrolló cambió de carácter. En efecto, en el Mediterráneo oriental, ni la agricultura ni la industria griega podían competir con sus rivales, a los que hasta entonces sólo les habían faltado los perfeccionamientos técnicos y los dirigentes, que precisamente eran griegos. Oriente, que había sido un antiguo mercado de los productos de la Grecia propia, se cerró porque se bastaba a sí mismo para la mayor parte de sus necesidades; y en ciertos aspectos de la artesanía local mejoró los productos griegos. En último lugar, aprendió a proceder directamente, sin servirse de intermediarios extranjeros, a los intercambios necesarios para dar salida a sus producciones complementarias. El resultado constituyó una verdadera revolución comercial cuya principal víctima fue Atenas.

Aunque sólo sea de cereales, Grecia es siempre importadora; pero exporta menos y su marina ya no monopoliza el tráfico del Egeo. Éste, en gran parte, se hace en sentido Norte-Sur y viceversa, a lo largo de las costas orientales, desde el Mar Negro a Egipto. Los puertos asiáticos salen de una larga decadencia y Rodas, en el cruce de todas las rutas marítimas, se convierte en la gran intermediaria: en uno de los puertos de Alejandría, una isla recibió el nombre de Antirrodos, "frente a Rodas" (fig. 31, pág. 506). Alejandría, en particular, conoce una gran actividad. Al oeste del Delta, protegida por una corriente costera del encenagamiento aluvial, unida por un canal con el gran río que constituye la arteria de todo Egipto, es para éste el puerto único, el lugar donde se efectúa todo el comercio con

(1) Artabes = 39,41 litros. Pentarreme = navío con cinco equipos de remeros. Trirreme =navío con tres equipos de remeros. Codo = 0,45 metros aproximadamente. Talento (unidad de peso) = 26 kilogramos aproximadamente. Metretas = 39,3 litros. Hay que advertir que el texto no es seguro en todos sus puntos y que se puede dudar sobre el sistema metrológico a que Polibio se refiere.

el exterior. Todo lo que entra o sale de Egipto debe pasar por sus muelles; allí termina y desde allí se ramifica la navegación interior, cuya perfección da a Egipto una gran ventaja sobre sus rivales. Alejandro tenía sólo veinticuatro años cuando ordenó la fundación de Alejandría: en esta ocasión, como en muchas otras de su existencia cambió la faz y el destino del mundo en el que desplegaba su acción.

Sin embargo, el Oriente helenístico no queda limitado al Mediterráneo: Alejandro lo ensanchó llevándolo hasta el Turquestán, el Indo y el golfo Pérsico. Conquistas militares frágiles que sus sucesores deberán abandonar en parte. Desde principios del siglo II, las regiones lejanas del norte y el este del Irán están definitivamente perdidas; más tarde, los partos llegados del Turquestán ganan terreno hacia el Sur e, instalándose en Babilonia, aíslan del resto del mundo helenístico a los griegos de la Bactriana. De todas maneras, este retroceso del dominio político no impide que se mantengan las relaciones comerciales.

Por estos caminos llegan al Mediterráneo los productos raros que llenan de suntuosidad la vida de las más altas clases sociales. Hasta cuando provienen del África central, como el marfil y las maderas exóticas, son con más facilidad transportados por el Océano Índico que a través del desierto o por el Sudán. El lejano mundo del Extremo Oriente proporciona también los perfumes y el incienso de Arabia, las perlas del golfo Pérsico, las de la India, más bellas aún, así como los diamantes y las piedras preciosas. Las especias empiezan a ser conocidas y su éxito irá siempre en aumento. El algodón llega en muy pequeñas cantidades. Tampoco llega en gran cantidad la seda, muy superior a la tela mediocre que recibe este nombre, producida por ciertos lugares por un gusano silvestre. El hilo de seda importado es tejido en Tiro o en la isla de Cos, y si maravilla a los refinados ya empieza a escandalizar a los moralistas. El mundo mediterráneo puede ofrecer pocas cosas a cambio. Por lo general, vende sus tejidos coloreados y productos de la industria corriente que nunca llegan muy lejos, aunque tengamos pruebas de la llegada de telas sirias a Mongolia. El déficit se compensa por la exportación de dinero, creándose así una situación que se perpetuará en época romana.

Este comercio es muy provechoso para todos los interesados, en especial para los intermediarios. Existe una áspera competencia para vigilar sus caminos y atraerlo al propio país, con el fin de asegurarse primeras materias de lujo y sacar grandes beneficios de su distribución o de su transformación. Estos caminos son múltiples; el del mar no está en manos de los griegos, pues el descubrimiento de los monzones no se producirá hasta más tarde. En este momento lo dominan los navegantes árabes, y los Ptolomeos se esfuerzan, y lo consiguen en gran parte, en derivar este tráfico

hacia sus puertos escalonadosa lo largo del Mar Rojo, mientras que los Seléucidas cuidan y mejoran el puerto de Alexandreia (más tarde Antiocheia) Charax, al fondo del golfo Pérsico. El camino terrestre que en otros tiempos, por el Turquestán, llegaba al Mar Caspio y, después, por los valles del Cáucaso, al Mar Negro, parece abandonado. La principal ruta de tierra sale de Bactriana y con el concurso de las caravanas del Irán llega a Babilonia. En esta región, una ciudad fundada por los seléucidas, su capital oriental, Seleucia del Tigris, sirve de factoría a todo lo que llega por mar o por tierra. Hacia el Oeste, los caminos divergen de nuevo. Sin embargo, tienen, en general-pues el valle del Tigris y la Alta Mesopotamia son poco utilizados -, un sector común, el valle del Eufrates que remontan en un trayecto más o menos largo. Algunos se separan de él en seguida y, por el desierto donde prosperan las "ciudades caravaneras", llegan directamente a las puertas de Fenicia. Otro deja el Eufrates en el norte de Siria para dirigirse a Antioquía, capital occidental de los seléucidas, y al puerto de Seleucia Pieria. En último lugar, el más largo, por la Cilicia y el centro de Asia Menor, lleva al Mar Egeo, a Mileto y, en especial, a Éfeso. La lucha por el dominio de estos puntos vitales del Mediterráneo oriental es encarnizada. Durante todo el siglo III los lágidas llevan la mejor parte, pues se mantienen en la Siria meridional y en la costa fenicia; incluso durante una treintena de años son dueños de Seleucia Pieria, alcanzando su protectorado toda la faja costera de Asia Menor. Más tarde los seléucidas trastocan la situación y, aunque Roma los expulsa de Asia Menor en provecho de los atálidas, consiguen mantenerse en Siria y Fenicia hasta la anarquía final. Muchas guerras tienen como único propósito abrir o cegar las ventanas de Asia en el Mediterráneo; los soberanos, además de las relaciones directas con la Grecia continental, pretenden dominar con su política la última etapa del tráfico con el Lejano Oriente.

La preponderancia de lo político sobre lo económico: laintervención de los soberanois en la vida económica

Lo dicho en el parágrafo anterior nos señala asimismo un carácter acusado de la vida económica en las monarquías helenísticas. En todos los aspectos, la producción y el comercio reciben un impulso poderoso y conocen un amplio desarrollo. Pero el Estado interviene en todas partes para guiarlo en la línea de sus intereses. Por lo general, éstos son fiscales en el sentido más estricto de la palabra, con la finalidad de aumentar el rendimiento de los impuestos o incluso instituir monopolios en su provecho. Algunas veces son también intereses mercantilistas con el fin de acrecentar la existencia de metales preciosos en el territorio de la monarquía. El aumento de los bienes de consumo no importa a los soberanos más que en relación con las necesidades de los griegos, a los que desean atraer, y se desinteresan de ello en relación con las necesidades de las

masas indígenas. Como a los déspotas ilustrados del siglo XVIII, lo que cuenta a sus ojos son los productos exportables, que es necesario obtener al precio más bajo posible para triunfar de la competencia. Para ello no se piensa en elevar el nivel de vida de las humildes clases rurales que constituyen la gran mayoría de los súbditos; mantenerlos débiles es, al contrario, una condición esencial para mantener el precio de venta bajo. La estrechez de esta concepción, como ya hemos visto, fue la desgracia de la economía griega; lo fue también de la debilidad de la dominación griega en Oriente. Para sus soberanos éste no fue más que un dominio particular, propicio a una explotación en la que, perfeccionando sus métodos, se dedicaron a aumentar el rendimiento con el fin de acrecentar sus medios de acción política. Escasos fueron los que no pensaron en el rendimiento inmediato, preocupándose por el futuro; quizá la única excepción son los seléucidas, pero las derrotas que sufrieron impidieron que el tiempo probase que tenían la razón.

Más que en ninguna otra monarquía, en la de los lágidas era grande la preocupación por el rendimiento inmediato y por el perfeccionamiento de los métodos de producción. Estos reyes instituyeron en Egipto un sistema que hay que definir más bien con la palabra "estatismo" que con la expresión "economía dirigida". Trátase del más mezquino de los "estatismos", ya que sólo se preocupa de perfeccionar los métodos fiscales. Contribuían a ello todas las tradiciones del país, surgidas de las condiciones geográficas mismas que imponían la obligación de vigilar y utilizar hasta el máximo la crecida del Nilo, al propio tiempo causa y efecto de la sumisión disciplinada de los fellahs. De ella, los dos primeros Ptolomeos sacaron provecho con un rigor lógico, una imaginación y una minucia en la reglamentación que podrían sorprendernos a nosotros, que precisamente en materia de estatismo no tenemos mucho de que sorprendernos. Para mejor provecho de su tesoro llegaron a una notable combinación del sistema, la autoridad, la vigilancia, el arriendo, los impuestos y el monopolio.

La mayor parte de la tierra egipcia pertenece al rey directamente y es arrendada por parcelas, con cultivos predeterminados según las órdenes del monarca. Cada año, el "diocete", ministro de Economía, fija en cada circunscripción la superficie que hay que sembrar de trigo, plantas oleaginosas y lino. Los funcionarios reparten las órdenes de siembra entre los agricultores y se aseguran de su ejecución. El Estado da en préstamo los granos para simiente. La cosecha empieza asimismo por una orden y se deposita en lugar público, donde queda bajo la custodia de una guardia responsable formada por elementos de la propia población. El Estado tiene prioridad para separar su parte a un tipo de equivalencia que fija él mismo: restitución de las simientes aumentadas con los intereses,

cobro de los atrasos adeudados al fisco, pago de los impuestos y del arrendamiento. A continuación se levanta el secuestro y el campesino puede disponer de lo que queda..., si no existe un monopolio sobre el producto, lo que no es nada raro. No sobre los cereales, sin duda, pero sí, por ejemplo, sobre el aceite, caso que conocemos muy bien gracias a un papiro que da el texto de una ordenanza de Ptolomeo II. Los granos oleaginosos deben ser vendidos, sin ninguna excepción, a un arrendatario, y está prohibido poseer mortero, prensa u otro instrumento de este género. Todas las operaciones ulteriores a la cosecha, desde el transporte de granos al trujal, hasta la venta del aceite al consumidor, pasando por la molienda y la distribución por los mercados, están sometidos a una serie de arriendos e impuestos, sancionándose con multa la menor falta y, por otra parte, siendo el precio de cada etapa fijado por el Estado, que puede así limitar al mínimo los beneficios de los concesionarios. El resultado es que el aceite de oliva, aunque importado, sería mucho más barato que el aceite local, si el Estado, que controla su importación, no se apresurara a gravar este aceite de lujo con tasas ampliamente compensadoras.

Lo mismo ocurre con el resto del infinito número de monopolios e impuestos. Por ellos comprendemos que toda la vida económica del Egipto lágida depende del rey, que su prosperidad sólo a él aprovecha. Éste puede hacer donaciones - revocables - de fincas rústicas, generalmente de tierras yermas que hay que revalorizar; esta política puede enriquecer a algunos favoritos. Los griegos consiguen con facilidad una existencia acomodada. Pero la gran masa indígena está obligada al trabajo para dar a su amo los medios de mostrarse rico y generoso, mientras que ella no está nunca segura de alcanzar el más modesto mínimo vital.

La perfección de este régimen estatal es seguramente menor en la monarquía atálida, que, por otra parte, cuenta con un fuerte porcentaje de griegos o de orientales helenizados a los que sería difícil aplicar unos métodos tan rigurosos. No obstante, si los medios difieren, la tendencia general es idéntica. El ejemplo lágida es un ideal irrealizable en otro lugar que no sea la vieja tierra de los faraones: los Atálidas intentan-la documentación es mucho menos abundante - imitarlos en la medida de lo posible. Poseen una gran parte del suelo del país y lo hacen explotar por campesinos siervos que desplazan a su capricho; requisan una parte de la cosecha de estos colonos y su fiscalidad es gravosa incluso para las ciudades griegas, a las que llegan a confiscar los bienes de los templos, comprometiéndose a entregarles una subvención anual para el servicio divino; poseen talleres reales donde trabajan esclavos, hombres y mujeres; en último término, disponen de productos, naturales y fabricados, con los que comercian y hacen donativos para apoyar su propaganda y su diplomacia.

Bajo su dominio, las clases sociales humildes no pudieron experimentar otro cambio en su suerte material que una mayor rigidez de la administración más atenta a los intereses inmediatos del soberano y más exacta en exigir el dinero.

Sólo con los Seleucidas encontramos un relajamiento de este programa, si bien no podemos decir que este ideal les fuera extraño. Grandes propietarios como los otros soberanos tienen intendentes que vigilan la explotación de sus dominios por campesinos adscritos a la tierra. Recaudan impuestos que en ciertas regiones, como Babilonia, presuponen un conocimiento detallado de las personas, ganado, árboles y cosechas, y de todos los bienes y rentas. No eluden, pues, el vigilar estrechamente la actividad económica; pero su reino es lo bastante vasto para proporcionarles grandes ingresos sin apurar esta vigilancia hasta el punto en que lo hacen los Lágidas. En la práctica tampoco les sería posible hacerlo: les haría falta un mayor número de técnicos y de funcionarios. Por este motivo se resignan a hacer muchas concesiones, concediendo autonomías a diversos grupos humanos a cambio del pago anual de una suma importante, símbolo de la dependencia. En los mismos dominios regios parece que los pueblos de campesinos no estaban vigilados de cerca ni eran molestados. Todavía lo eran menos las poblaciones dependientes de los príncipes vasallos o de los templos - que poseían la "tierra sagrada"-, o bien las "naciones" indígenas que vivían, como los judíos, según sus leyes o tradiciones. Lo mismo ocurre con las ciudades, griegas o no. Sin duda, puede pasar que las exigencias fiscales se agraven, que el abastecimiento del ejército, por ejemplo, obligue a entregas en especie o que el rey, falto de dinero, pretenda meter mano en el tesoro del templo. Pero esto son excepciones que presentan un carácter muy diferente del que tiene el sistema lágida. En el imperio seléucida no hay nada que someta el trabajo cotidiano de los súbditos a una reglamentación minuciosa destinada a la casi confiscación de sus ganancias.

IV. EL CONTACTO DE LAS DOS SOCIEDADES

Es inevitable que esta diferencia repercuta sobre la vida social. Ésta se puede considerar bajo diferentes ángulos. Pero la principal novedad es la introducción, en mayor o menor proporción, de buen número de griegos entre pueblos extranjeros. Se plantea con ello un problema particularmente importante, el del contacto entre civilizaciones heterogéneas, la asimilación de un grupo humano por otro y las influencias ejercidas recíprocamente. Esto supuesto, los datos de este problema difieren en absoluto según que el soberano favorezca o no el contacto y la asimilación.

La ciudad griega y los indígenas

En realidad, se trata de la ciudad griega. Para atraer y retener en sus tierras a los griegos que les son indispensables, los reyes helenísticos no pueden limitarse a asegurarles ventajas financieras. Un griego no se siente tal si no es como miembro de una ciudad, es decir, no sólo como habitante de una población que posee ciertos monumentos y comodidades materiales, sino como miembro, con el estatuto jurídico más elevado, de una colectividad que se administra a sí misma: a su parecer, únicamente así podrá encontrar la posibilidad de realizar el ideal humano que se encuentra en el meollo de su civilización. Sin insistir de nuevo en el problema que este ideal plantea en la cuestión de las relaciones políticas y administrativas de la ciudad con el poder central, nos importa dilucidar las consecuencias que tiene para la sociedad indígena.

Estas ciudades ponen su empeño en ser y mantenerse democráticas. Sin embargo, lo mismo que en la ciudad democrática por excelencia que era Atenas, los principios de aparente aplicación universal se habían acomodado a la existencia de metecos y de esclavos, asimismo los griegos de las ciudades fundadas en Oriente consideraron como normal la coexistencia, en sus propias ciudades, de habitantes con un estatuto jurídico inferior. En su mayor parte son indígenas dedicados a los trabajos urbanos inferiores y al cultivo de la tierra en el territorio dependiente de la ciudad. A los ojos de los griegos esta inferioridad jurídica se justifica por una inferioridad de civilización, y su orgullo y su interés hallan en ello una satisfacción suficiente para pasar de la idea de civilización a la de raza: por definición los indígenas son inferiores a los griegos y deben servirles como los esclavos sirven a sus amos. Tal es la pura doctrina del período clásico, de la que se encuentra más de una supervivencia práctica en el período helenístico, a pesar de la aparición de ideologías que se oponen a ella.

Pero a pesar de todo no dejaban de establecerse contactos. Entre los griegos, los hombres eran al principio mucho más numerosos que las mujeres, por lo que con frecuencia se autorizaron los matrimonios mixtos. Además, la vida cotidiana impregnaba de helenismo a los orientales que vivían en la ciudad. Los griegos formaban una burguesía que daba el tono y cuya lengua, vestido y costumbres servían de ejemplo. Los indígenas conseguían insinuarse en las asociaciones y hacer admitir a sus hijos en los gimnasios donde se daba la verdadera educación griega. A falta de griegos, en caso de necesidad,

guerra o penuria demográfica, los indígenas más encopetados y helenizados eran oficialmente promovidos al estatuto superior, incluida la ciudadanía. Otros que no reunían estas condiciones eran promovidos a este rango por el favor del monarca que encontraba en ellos excelentes auxiliares.

La existencia y la multiplicación de las ciudades griegas eran, pues, un poderoso factor de

helenización. Pero no siempre beneficiaba los intereses del soberano. La ciudad administraba sus propios asuntos, lo que simplificaba el aparato de la administración del Estado; pero se hacía necesario vigilarla e incluso negociar con ella, lo que retrasaba el cumplimiento de las órdenes. Los grandes gastos que comportaba la edificación de la ciudad nueva, eran soportados al principio por el tesoro regio. Su territorio era separado de los dominios directos del soberano y el tributo anual que tenía que pagar, incluso sin pensar en los favores con que más adelante habría que recompensarla, era siempre inferior a lo que producía anteriormente esta parte del reino. Por último, un indígena helenizado, más pronto o más tarde, se convertía en un griego, lo que le permitía evitar ciertas cargas fiscales y escapar de la servidumbre económica a la que su estatuto anterior le sometía.

Para los soberanos la alternativa era la siguiente: estabilizar los resultados de la conquista de Alejandro favoreciendo la helenización por una urbanización a la griega de su reino, o bien mantener hasta lo posible, en particular limitando la creación de ciudades nuevas, la separación de las dos sociedades con las ventajas que de ello obtenía el tesoro real. Se comprende que no todos optaron por la misma solución y, según lo que hemos visto de sus tendencias económicas, adivinamos lo que fueron las directrices de la política social de las diversas dinastías. De hecho se perciben dos tendencias principales: la de los Lágidas y la de los Seléucidas.

1. LA SOLUCIÓN DE LOS PTOLOMEOS EN EGIPTO

Griegos e indígenas en Egipto: las ciudades

Los Lágidas, como los otros soberanos, atrajeron los griegos a Egipto asegurándoles facilidades de vida y, si se trataba de funcionarios o de soldados, salarios muy elevados. Las relaciones de estos griegos con los indígenas son distintas según éstos vivan en el interior o fuera de las ciudades.

Existen en Egipto algunas ciudades griegas, en las que la autoridad real que les ha dado su estatuto fundacional y que puede modificarlo, se limita a ejercer una cierta vigilancia sobre la administración, autónoma en principio. Alejandría se encuentra "junto a" Egipto y no "en" Egipto. En teoría estas ciudades constituyen enclaves libres, donde los griegos están en su propia patria. Con ellos conviven colonias no griegas: extranjeros de diversas procedencias, en especial judíos llegados con facilidad porque Palestina, hasta fines del siglo III, pertenece a los Lágidas; hay que contar también a los propios indígenas a los que el fundador de Alejandría destinó un barrio al englobar en su recinto la población egipcia de Racotis. En estas ciudades se desarrolla de manera inevitable el

proceso de asimilación. En ellas los elementos no griegos se helenizan con bastante rapidez, a un ritmo tal que desde el principio se procura frenar, no su instalación en la ciudad, pero sí su infiltración en la sociedad griega. Casi toda nuestra información se refiere a Alejandría, donde este peligro es grande a causa de la intensidad del movimiento comercial que multiplica las ocasiones de trabajo libre. Además nos revelan un estado de espíritu. Los matrimonios mixtos entre griegos e indígenas están prohibidos y la población urbana está dividida en categorías diferentes, el paso entre las cuales es objeto de una reglamentación estricta que es difícil eludir. El derecho de "burguesía" propiamente dicho no se confiere sin ciertas precauciones, ni a los griegos de origen. Convertida con rapidez en una de las mayores ciudades del mundo antiguo, Alejandría es también una de las más turbulentas, a causa al mismo tiempo de la presencia de la corte, que favorece los tumultos políticos, y de la rivalidad de los grupos humanos en los que el contacto cotidiano pone en evidencia la diferencia de condiciones jurídicas. En los primeros siglos de nuestra Era, estos disturbios culminaron en los motines antijudíos.

La responsabilidad de esta situación en las ciudades corresponde mucho menos a los gobiernos que a los propios griegos, siempre celosos de sus privilegios. Los reyes, por su parte, se abstienen de aumentar el número de ciudades. En Egipto son tres: Náucratis, la antigua colonia del Delta; Alejandría, fundada por Alejandro, y Ptolemaida, la única fundada por los Lágidas, creación de Ptolomeo I en el Alto Egipto. Esta limitación estaba calculada por los reyes griegos para refrenar la helenización de los indígenas y para no multiplicar, en su reino, los enclaves donde su omnipotencia sufría una disminución. Una vez instalados en las ciudades, sus súbditos escapaban a su poder inmediato. El mantenimiento de la condición jurídica de la gran masa del pueblo egipcio les parecía la condición esencial para la conservación de su estatuto económico: para explotar su territorio rural, los Lágidas tenían necesidad de una mano de obra sometida a estrecha servidumbre.

El campo

Además de los habitantes de las tres ciudades mencionadas hay en Egipto otros griegos; nada les restringe la libertad de residencia y de movimientos. Sin embargo, los monopolios estatales dejan poco lugar a su espíritu de empresa y a sus iniciativas comerciales. En su mayor parte no se han instalado en las regiones rurales de manera espontánea: con diversas misiones han sido instalados por el rey que estima sus superiores dotes técnicas.

En gran número son empleados de la administración, cuya lengua oficial es el griego. Los favoritos obtienen la concesión, en general revocable, de grandes propiedades que confían a intendentes griegos para que las exploten con sus mejores métodos.

Además, los Lágidas practican en amplia escala un sistema de colonización militar en beneficio

no exclusivo, pero sí preferente, de los soldados de origen griego.

Este sistema dispensa al rey de pagar a los soldados en los intervalos entre dos movilizaciones. Presenta además el interés de fijar en Egipto a un buen personal militar. El soldado queda afecto a un cuerpo de tropas y a un jefe determinados. Pero al mismo tiempo es "clerouco", o sea, titular de un "lote" de tierra con cuyo cultivo asegura su subsistencia, la de su familia y la de un caballo si se trata de un jinete. La superficie del lote varía según su grado y la dignidad del cuerpo de que forma parte. Aunque numerosos en especial en ciertas regiones, sobre todo en el Fayum, donde la colonización gana nuevas tierras para el cultivo, estos lotes están muy dispersos, al azar de las promociones y de las vacantes: los cleroucos de una misma unidad raramente son vecinos. En principio, la tierra continúa siendo de propiedad regia y el clerouco es sólo su detentador temporal; cuando muere la administración se hace cargo del lote y puede atribuirlo a quien le parezca. Pero una inevitable evolución conduce con bastante rapidez al desconocimiento de esta situación jurídica. Para el rey la solución más fácil es mantener sobre el lote paterno al hijo del soldado muerto, con la condición de que el mismo se haga soldado. Poco a poco se ve así a los cleroucos disponer de sus tierras por testamento en favor de sus viudas y más tarde hipotecarlas o venderlas a terceros: en la práctica, la "tierra de los cleroucos" acaba por convertirse en propiedad privada.

Por estos sistemas un cierto número de griegos se estableció en las zonas rurales egipcias. Vivían en medio de los indígenas, en contacto tanto más íntimo con éstos por cuanto era imposible construir suficientes casas para esta población nueva. Con el fin de alojarla, el rey usaba de su derecho de requisa: imponía al propietario de una casa el abandono de la mitad de la misma a un clerouco; concesión al principio provisional, convertida poco a poco en definitiva, como la de la tierra. Si bien este estado de cosas producía a veces una verdadera cohabitación, sus características no se prestaban al acercamiento entre las dos razas. En realidad, los egipcios no sentían xenofobia, pero vieron en los cleroucos a intrusos que les desposeían de una parte de sus casas, y su rencor se agravó con los frecuentes choques provocados por la vecindad inmediata. La resignación en los ánimos tardó mucho tiempo en imponerse. Además, los griegos personificaban para ellos una administración quisquillosa y exigente, agravada aún por los excesos de poder de sus representantes directos. Y como que en el campo los indígenas continuaban siendo mucho más numerosos que los extranjeros, su helenización no fue nunca tan amplia como en las ciudades. Por el contrario, fueron con frecuencia los griegos quienes se dejaron conquistar por las costumbres egipcias, más fácilmente aún porque los matrimonios mixtos, prohibidos en las ciudades, habían tenido que ser autorizados fuera de ellas. No

obstante, poco a poco, en las grandes poblaciones y con más frecuencia en las capitales o "metrópolis" de las principales subdivisiones administrativas (los "nomos") apareció una forma de vida casi ciudadana, característica de Egipto: una burguesía que se esforzaba en mantenerse helénica. Gracias a sus asociaciones y a la educación recibida por sus hijos en los gimnasios casi lo conseguía, si bien con muchas adulteraciones.

La monarquía lágida y la sociedad indígena.

No helenizándose, los campesinos no podían sentir ninguna lealtad hacia la dinastía que, con su orgullo de mantenerse griega, rehusaba convertirse en una dinastía nacional. Por pasivos y dóciles que fuesen, su calma dependía sólo de la situación material con que se enfrentaban. Los soberanos tenían conciencia de ello y, de conformidad por otra parte con la ideología monárquica, predicaban la justicia y la honestidad a sus agentes, acogían las quejas de los súbditos y se presentaban como desfacedores de entuertos y dispensadores de bienestar. No obstante, entre la teoría y la práctica existía un foso que la técnica de la administración de entonces no permitía colmar. Todas las vigilancias no impedían ni los abusos de poder de los funcionarios ni los fraudes de los arrendadores de impuestos o de monopolios, unos y otros personalmente responsables de cualquier déficit en la recaudación y, por consiguiente, condenados a la ruina si actuaban con estricta honestidad. Como que el sistema estaba concebido para dejar sólo lo mínimo para vivir a la masa de los indígenas, éstos se encontraban reducidos a una intolerable miseria a causa de los abusos de los funcionarios o de una mala cosecha, ambas cosas inevitables de tiempo en tiempo.

Muy pronto, pues, la máquina empezó a rechinar. Los campesinos egipcios utilizaron, de manera al principio individual y esporádica, después con más frecuencia y colectivamente, el medio de protesta más simple: la huelga. No la simple denegación de trabajar quedándose en casa, puesto que el rey poseía el derecho de requisa y prestación personal, sino bajo la forma de *anachoresis*, el "retiro", es decir, la fuga a un lugar que por sus privilegios quedaba sustraído a la acción de la política, de ordinario un templo. La administración luchó contra esto, restringiendo el derecho de asilo en los santuarios, introduciendo en los contratos de trabajo y de cultivo el juramento de llevar hasta el fin las labores, de "no ir a un templo de dios, ni a un altar real, ni a un lugar de protección, ni a un lugar fortificado". A pesar de ello la resistencia pasiva fue creciendo.

Incluso, hacia fines del siglo III y principios del II se produjeron movimientos revolucionarios en el Alto Egipto y en el Delta. Según Polibio, tuvieron por origen el orgullo de los egipcios, a los que se había cometido la imprudencia de armar e instruir como soldados macedonios para las necesidades de la guerra contra los seléucidas. Estos militares se atribuyeron el mérito de la

victoria y su actitud levantisca seguramente dio la señal para las sublevaciones. Sin embargo, éstas tenían unas causas más profundas: el exceso de cargas de toda clase que pesaban sobre los indígenas.

Algunos de los jefes que encontraron los insurgentes tomaron el título de faraón. Los Lágidas los castigaron duramente. Pero, obtenida la sumisión, muchos reyes practicaron una política de concesiones, en particular con respecto a la clase sacerdotal, a la que devolvieron multitud de privilegios e hicieron generosos donativos. Aumentaron la superficie de los lotes atribuidos a los cleroucos de origen egipcio y favorecieron a los egipcios que estaban dispuestos a helenizarse. A este respecto conocemos algunos casos significativos. Un Nekhtsaphis toma el nombre griego de Marón y luego se le confiere la calidad de "macedonio". Un Dionisios-Petosarapis obtiene el título de "amigo del rey". De todas formas éstas no son más que excepciones. La gran masa no se dejó tentar; quizá incluso no vio en tales concesiones más que una nueva razón para perseverar en el apego a sus tradiciones.

Más tarde, aunque a causa de la debilidad creciente del poder real, conducente a la anarquía administrativa y a la ineficacia de una reglamentación puramente formal, se llegó a relajar la opresión que sufría el fellah, con ello se facilitaron los abusos de los funcionarios. El campesino continuó siendo la víctima. La *anachoresis* persistió, convirtiéndose para los rurales egipcios en una tradición que la propia Roma no consiguió extirpar.

Imposible, pues, negar el fracaso final, en todos los aspectos, tanto políticos, como económicos y sociales, de la dominación griega en Egipto. Mucho antes de cuando lo hizo, Roma hubiera podido recoger este fruto desde mucho tiempo maduro para la conquista. En este caso, lo más grave es el fracaso interno: las dificultades más serias no surgieron a causa de las derrotas infligidas por el enemigo exterior, sino en el interior por la falta de adhesión de los súbditos. Historiadores que sufren la influencia del liberalismo económico han hecho responsable de esta extenuación interna al principio mismo del sistema estatal y de economía dirigida que la monarquía había adoptado como ideal, pero que no pudo imponerse de manera duradera ni a los hombres ni a las cosas. Esta conclusión es excesiva, si se le quiere dar una trascendencia general y permanente, pues el estatismo lágida no podía poseer, y por consiguiente, no puso en obra los medios técnicos, ya fuesen humanos o materiales, indispensables para alcanzar su fin. Se puede mejor acusar a la voluntad de explotación ilimitada y egoísta que presidía la aplicación del sistema. Los Lágidas buscaron solamente acrecentar los recursos inmediatos que sacaban de las tierras y los súbditos conquistados. Asimismo quisieron utilizar estos recursos en beneficio exclusivo del monarca y de su poder, instrumento de su política exterior, en lugar de servirse de ellos con la finalidad de elevar el nivel de vida de los egipcios, es decir, con el fin de asociarlos a los griegos para el mutuo beneficio de unos y otros.

2. LA SOLUCIÓN DE LOS SELÉUCIDAS EN ASIA

La política social de los Seléucidas.

La política social de los Seléucidas no presenta el mismo planteamiento egoísta. Quizá, desde el principio, comprendieron su misión de forma distinta. De esta concepción diferente una circunstancia familiar nos puede proporcionar un indicio simbólico. En Susa, en 324, Alejandro obligó a 80 de sus principales oficiales a tomar esposas iranias, dándoles él mismo el ejemplo. Todos aquellos de los que poseemos noticias rompieron su unión después de la muerte del conquistador, traicionando así la voluntad de fusión que le había animado y volviendo a un exclusivismo étnico que estaba más de acuerdo con las tradiciones griegas. Todos, salvo uno, que precisamente fue Seleuco, fundador de la dinastía a la que correspondió la mayor parte del Asia Anterior. No repudió a la bactriana Apamea y dio su nombre a muchas de las ciudades que fundó, tan numerosas casi como las que bautizó con el nombre de su madre Laodicea. Al hijo que ella le dio, Antíoco, hizo heredero de su reino. A continuación los Seléucidas no desdeñaron el casar sus hijas o tomar ellos mismos esposa en las cortes secundarias de Asia Menor, progresivamente helenizadas pero de origen indígena, en particular en la familia irania de los Mitrídates, señores de la Capadocia póntica. Se trata de matrimonios diplomáticos, pero cuya tendencia contrasta netamente con la preocupación por la pureza de sangre de los Ptolomeos, llevada tan lejos, que para ellos la mejor solución consistía en el matrimonio del rey con su hermana.

Hay que guardarse, sin embargo, de exagerar la trascendencia práctica de esta originalidad. Otros motivos explican la política de los Seléucidas que obedecía menos a un liberalismo preconcebido y determinado por la herencia que a unas necesidades inmediatas. Ellos también querían ser ricos, para ser fuertes; pero la extensión de su reino y el número de sus súbditos, ambos superiores a los de los Ptolomeos, les permiten asegurarse recursos suficientes sin apurar sus exigencias. Por lo demás, y esto es lo esencial, no tienen que tratar como los Lágidas con un solo pueblo indígena, individualizado por su tradicional civilización, obligado a la unidad por la uniformidad de condiciones de vida y por la disciplina que le impone la naturaleza. Nada más heterogéneo que su Estado, con griegos, asiánicos, semitas, iranios, pueblos diversos por la raza, la lengua, la religión, la organización social, el nivel técnico y el género de vida. La fuerza militar y el azar

de las circunstancias agruparon esta diversidad de súbditos bajo el poder de un solo señor. Éste no puede abrigar la esperanza de poder vigilar su vida cotidiana poniendo en pie una administración de engranajes lo bastante complicados y con los funcionarios suficientes, sino que le es necesario recurrir a otros medios. Entre éstos, los actos de los Seléucidas no dejan lugar a dudas sobre cuál es su preferido: la helenización. Para ellos el helenismo no fue sólo una civilización técnicamente superior en el terreno económico y en el militar, sino el único denominador común posible entre sus súbditos.

Los Seléucidas y la multiplicación de las ciudades

Para lograrlo les esperaba una gran tarea. Lejos de temer los efectos de este cambio y de frenarlo como los Ptolomeos, los Seléucidas lo animaron de manera sistemática, a la vez por la creación de ciudades y por su influencia sobre la minoría dirigente de los pueblos indígenas. Sus esfuerzos para urbanizar a la griega su reino son de una amplitud impresionante: sobre este punto también, por las mismas razones pero de manera más brillante y más continua que por los matrimonios mixtos, manifiestan su fidelidad al ejemplo de Alejandro. Sus creaciones más prestigiosas son Antioquía del Orontes, en Siria, y Seleucia del Tigris, en Babilonia. Sería fácil citar muchas otras y la tradición atribuye al menos 59 fundaciones a Seleuco I: 16 Antioquías (del nombre de su padre), 9 Seleucias, 5 Laodiceas, etc. A continuación, el ritmo declina; pero hacia 170, Antíoco IV le imprime un nuevo impulso, que no fue, como se ha dicho, una simple ficción a lo Potemkin.

La monarquía poseyó durante una buena parte del siglo III la costa egea, ya griega o helenizada, del Asia Menor, y pudo así, con más facilidad que la monarquía lágida, encontrar griegos sobre su propio territorio. Deseoso de engrandecer Antioquía de Persia, Antíoco IV obtuvo de Magnesia del Meandro el envío de un grupo de colonos, y esta misma ciudad envió otros para fundar Antioquía de Pisidia. Es cierto que muchas de estas fundaciones no son creaciones *ex nihilo*: en algunas ocasiones se trata de un cambio de nombre o de estatuto, al elevar una ciudad indígena ya existente a la dignidad de ciudad griega. Por simple que fuera esta transformación, comprende siempre la instalación de nuevos habitantes griegos o helenizados que, al recibir en la nueva población la calidad de ciudadanos, pierden su nacionalidad anterior y que, por consiguiente, no accederían al cambio si no encontraran en él unas ventajas materiales, por lo general la propiedad de una finca rústica.

No hay que subestimar, pues, las dificultades de una política aplicada en tan amplia escala. Aun cuando la ciudad no es enteramente nueva -y en ocasiones lo es- sufre algunas renovaciones: no puede existir una *polis* griega sin un núcleo urbano que le sirva de centro, con murallas, ciudadela, plaza, calles, templos y otros edificios públicos; no pueden existir ciudadanos sin casas ni lotes de tierra. Toda esta carga recae sobre el rey, que abandona una parte de sus dominios y soporta los

primeros gastos. No puede sorprendernos que el plan sea simple -un cuadriculado geométrico- de conformidad con los principios del urbanismo helénico desde el siglo V - y las dimensiones de calles y plazas casi uniformes en todas las ciudades: hay que imaginar al servicio de la administración unas oficinas de estudios y servicios de arquitectura, con una tarea muy difícil porque intentaron, y con frecuencia lo consiguieron, adaptar las líneas directrices de los planos uniformes a las condiciones particulares de un determinado lugar. El esfuerzo fue inmenso e inmensos también los gastos llevados a cabo, humanos y financieros, que su amplitud y su duración acarreó.

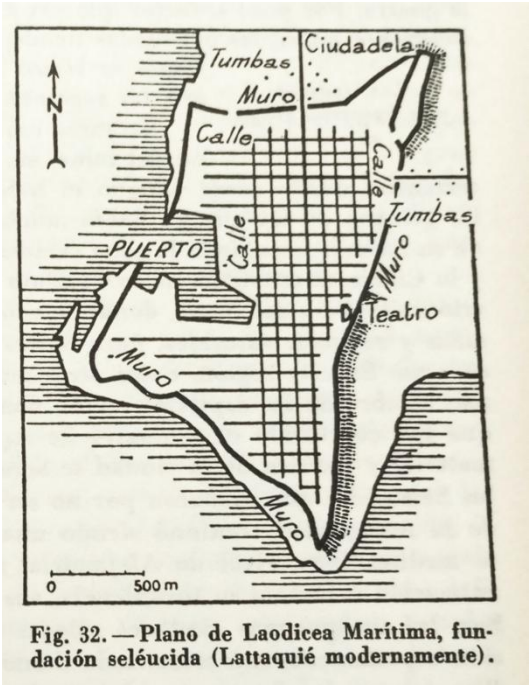


Fig. 32. — Plano de Laodicea Marítima, fundación seléucida (Lattaquié modernamente).

Todavía se aprecia mejor el desinterés de este esfuerzo si se tiene en cuenta que una ciudad, por definición, posee un mínimo de libertades, administrativas cuando no políticas, en el sentido más amplio de la expresión. El rey funda la ciudad en tierras dependientes de su autoridad absoluta y al hacerlo pierde una parte de su soberanía. Sin embargo, esta pérdida no es muy importante. La nueva ciudad, en la que instala una guarnición, constituye un punto de apoyo para resistir una invasión enemiga. La ciudad le paga un tributo; fomenta el desarrollo económico de la región donde se levanta y, en un plazo más o menos largo, los ingresos fiscales lo señalan. Pero queda siempre la disminución de la soberanía, hasta entonces inmediata y obligada a contar desde este momento con un organismo dotado de una condición jurídica superior a la de los súbditos. La administración directa desaparece, y el rey se ve obligado a usar la diplomacia en sus propios dominios. Allí donde le bastaba lanzar una orden para establecer un nuevo impuesto, exigir una prestación o reclutar hombres, le es necesario mostrarse generoso o astuto para salvaguardar su influencia y su prestigio, equilibrar la autonomía dejada a los organismos municipales mediante la vigilancia de un "prepósito", el *epistates*, especular con la lealtad y el temor de los ciudadanos con el fin de obtener su ayuda en caso de guerra

o simplemente evitar su amotinamiento. La multiplicación de las ciudades trastorna la misma estructura de la monarquía. Llevada hasta el límite, la urbanización griega acabaría en una asociación de pequeños Estados autónomos y yuxtapuestos, por encima de los cuales el rey no sería más que el elemento federador, encargado de mantener la unión y dirigir los asuntos comunes, es decir, la diplomacia y la guerra. Por poco seductor que sea *a priori* para un monarca, de manera inconsciente quizá, los Seléucidas tienden hacia este fin.

Las ciudades y la burguesía griega en Asia.

Como es lógico los resultados fueron muy distintos según las regiones.

La tarea era relativamente fácil en la parte occidental del reino, en particular a lo largo de las costas mediterráneas, donde desde antiguo el helenismo tenía profundas raíces y donde los griegos, de los que ya había muchos, se establecían con facilidad. Detrás de su fachada egea, toda la zona occidental de Asia Menor, su costa meridional y la Cilicia se convirtieron en dominio de las ciudades griegas. Lo mismo ocurrió en la Siria del Norte, donde se rebautizaron los nombres de los ríos, montañas y regiones naturales, para darles nombres tomados de la geografía macedonia. En esta región, entre otras muchas ciudades, se edificó Antioquía, la más célebre de las capitales reales, flanqueada por el arrabal de Dafne, en el que fue construido el santuario de Apolo, el dios dinástico. La importancia material y política de la ciudad se acrecentó por las pérdidas de territorio de los Seléucidas que acabaron por no ser más que "reyes de Siria": hasta el fin de la Antigüedad continuó siendo una de las grandes metrópolis del Oriente mediterráneo, rival de Alejandría, reputada por su riqueza y su lujo, su animación e incluso su turbulencia, sus placeres y su libertinaje. Más hacia el Sur, las antiquísimas ciudades griegas prosiguieron y acabaron una helenización espontáneamente comenzada desde antes de Alejandro. En todas estas regiones se puede afirmar que el éxito fue todo lo grande que podía ser, sin olvidar de todas maneras que la obra, inacabada cuando Roma recogió la herencia seléucida, fue continuada con vigor por ella, a la que por consiguiente corresponde una parte del mérito de su total realización.

Tampoco se debe olvidar que el litoral meridional de Asia Menor y el de Fenicia y Palestina estuvieron a principios del período helenístico, durante casi un siglo, en manos de los ptolomeos que ya empezaron a aplicar esta política. El contraste con su comportamiento en Egipto prueba que ningún soberano podía mostrarse hostil a la helenización en aquellos lugares donde la evolución anterior, espontánea, revelaba que sus posibilidades de éxito eran grandes. No obstante, los Seléucidas realizaron también en otros lugares esfuerzos paralelos, lo que demuestra que obedecían a una línea de pensamiento distinta a la de los ptolomeos. Y, sin embargo, en el centro y este de su

Imperio las condiciones eran mucho menos favorables. Para una labor tan gigantesca en un territorio tan extenso les faltaban hombres. A los griegos les repugnaba la idea de alejarse de su mar: la naturaleza y la originalidad compacta de las civilizaciones indígenas aumentaban su sensación de extranjería. A pesar de ello hubo numerosas creaciones en Mesopotamia, en Babilonia, en Susiana y hasta en el corazón del Irán. La que conoció un desarrollo más grandioso fue Seleucia del Tigris, fundada para hacer la competencia a Babilonia, de la que se deportó una parte de la población a la nueva ciudad. Se pensó que Babilonia era demasiado oriental para que fuese posible helenizarla, lo que no impidió que, un siglo y medio más tarde, Antioco IV la transformara también en ciudad griega. Mientras tanto, Seleucia del Tigris se convirtió en un gran centro comercial, emporio del tráfico con Extremo Oriente y una de las ciudades más pobladas del mundo antiguo. En el siglo I de nuestra Era, Plinio el Viejo le atribuye una población de 600.000 habitantes. Su importancia, aunque inferior a Roma, era paralela a la de Antioquía y Alejandría.

La consecuencia social más directa y visible de estos esfuerzos fue la expansión de los griegos por toda la extensión del reino. Su densidad seguía siendo desigual, intensa en unos lugares, en otros, débil, pero no faltaban en ninguna de las regiones sometidas a los Seléucidas. La existencia de individuos aislados e inconexos se observaba asimismo en otros reinos helenísticos; todo el Oriente les estaba abierto y podían viajar, comerciar y convertirse en propietarios como los otros súbditos del rey, con la condición de pagar los impuestos y observar los reglamentos. La originalidad del reino seléucida, lo que le diferenciaba de Egipto, es que los griegos se encontraron en él enseguida organizados en grupos, como ciudadanos de urbes dotadas de una "ley" que definía sus derechos y sus deberes, habitantes de ciudades que poseían templos y gimnasios, indispensables a la afirmación y a la conservación de un helenismo que tenían la seguridad de poder transmitir a sus hijos. Lo que los griegos de las metrópolis de los nomos egipcios adquirieron lenta y difícilmente, los de las ciudades seléucidas lo tuvieron al instante y sin esfuerzo.

Desde el principio fueron burgueses privilegiados a los que la posesión de un lote de tierra aseguraba una existencia sin dificultades. Y este lote no tenían que trabajarlo con sus propias manos, sino haciendo trabajar a esclavos o ayudándose con una mano de obra pagada con salarios ínfimos. Por consiguiente, burgueses casi idénticos, por su nivel y por sus gustos, por su vida colectiva y por su vida privada, a los que en el mismo momento formaban la clase dirigente de la Grecia propia. Éstos eran los modelos imitados y las viejas *polis* griegas las que deseaban ver reflejadas en sus propias ciudades tanto por el lujo de sus construcciones y de sus fiestas como por la reputación de sus escuelas y de sus artistas. Con el apoyo de los reyes o sin él lo consiguieron en más de un caso las

ciudades que se encontraban en las orillas del Mediterráneo. La multiplicación y diseminación por los territorios asiáticos de esta burguesía griega representa una de las grandes novedades del período, un hecho social que, como veremos, tuvo importantes consecuencias para el movimiento intelectual. Según eso, queda manifiesto que por su política de urbanización y por los sacrificios que hicieron para aplicarla, los Seléucidas, si no crearon este hecho social, cuya tendencia se percibía antes que ellos, contribuyeron de manera importante a la amplitud que revistió en sus dominios.

La acción de las ciudades griegas.

Con ello, uno de los objetivos que perseguían, apuntado ya por Alejandro, era la difusión del helenismo. Conquistar a los orientales para su propia civilización les parecía un medio de asegurarse su lealtad. Método dudoso, por otra parte, pues los Seléucidas no podían pretender ser la única familia capaz de proporcionar un *basileus* griego y lo demuestra el que en la Bactriana existieron jefes que llevaron a cabo esfuerzos análogos. Incluso con las ciudades más monárquicas, su capital, Antioquía, por ejemplo, acabaron por tener grandes dificultades políticas. ¿Es posible preguntarse si para más de un representante de la dinastía, los intereses de ésta no fueron sacrificados a los muy superiores del helenismo? Sin duda, ellos estimaron más bien- lo que habría sido verdad si la dinastía se hubiese mantenido fuerte -que dichos intereses coincidían. El enemigo común era el nómada o el montañés turbulento y bandido que rehusaba someterse a una administración regular, dedicarse a un trabajo ordenado y adaptarse a una técnica agrícola superior, poniendo de esta forma obstáculos al interés de todos: el orden y el aumento de la producción y del comercio. Pues bien, en esta lucha contra el insurrecto, la ciudad constituía la mejor arma, no tanto como puesto de vigilancia que como hogar de donde podían irradiar las formas espirituales y de vida a propagar; es decir, como ejemplo e instrumento de conversión.

El número de ciudades creadas o transformadas a la griega hizo del reino seléucida un inmenso campo de experiencias, en el que la conquista moral de los indígenas encontró condiciones mucho más favorables que en el Egipto lágida. Es cierto que nunca la totalidad de los indígenas que habitaban el territorio de una ciudad fueron admitidos a la ciudadanía completa. El distrito rural dependiente de la urbe continuó siendo explotado, por cuenta de los propietarios, en general ciudadanos, por una mano de obra formada por campesinos cuya condición jurídica y práctica no se modificó mucho. Incluso en las ciudades hubo categorías de habitantes y, junto a los ciudadanos de pleno derecho, se encontraban grupos de estatuto jurídico inferior, como los "metecos" y los "periecos". De todas maneras, no conocemos de ninguna ciudad asiática unos reglamentos tan

estrictos y sobre todo un clima psicológico tan hostil al paso de la frontera de una a otra clase como el que existía en Alejandría. La helenización de hecho era inevitable a causa del contacto cotidiano, del mismo espectáculo material de la ciudad y de todo lo que su aspecto monumental implicaba e inculcaba tanto en las costumbres como en el ideal humano. A causa, por último, del mimetismo que obraba en favor de la clase privilegiada que representan los griegos. En esto la evolución era idéntica a la constatada en las tres ciudades de Egipto; pero a diferencia de éstas, la helenización de derecho parece que se podía conseguir sin dificultades después de una o dos generaciones.

En las ciudades se formó, pues, una clase de indígenas helenizados, poco a poco elevados al rango de ciudadanos, es decir, transformados oficialmente en griegos. Esto obligaba a la adopción de un nombre griego, y, a este respecto, prescindiendo de los cambios bruscos, no faltaban diversas modalidades de transición. Se conoce el caso de personas con doble nombre, uno griego y otro semítico. Se constata asimismo una brillante floración de nombres griegos "teóforos", o sea, compuestos con el nombre de una divinidad, procedimiento de formación onomástica hasta entonces muy poco empleado por los griegos, pero con mucha frecuencia por los orientales: la mayor parte de estos nombres no son otra cosa que adaptaciones de nombres semíticos, después de la asimilación de una divinidad oriental a una griega. La helenización postulaba también la adopción del traje, de las costumbres y de la lengua griegas: la constatamos, más o menos profunda y sincera, más o menos extendida a la familia entera y al hogar familiar donde las mujeres, menos influidas por lo griego por mezclarse menos con la vida exterior, conservan y salvaguardan las antiguas tradiciones.

En más de un caso la helenización fue prácticamente total, en particular entre las clases acomodadas, cuyos hijos podían frecuentar las escuelas y gimnasios. Una burguesía de raíz indígena, inexistente antes en Oriente donde la vida urbana quedaba limitada a Fenicia y Babilonia, se creó con mucha más facilidad y en número mucho más crecido que en Egipto. Esta nueva clase consiguió fundirse con la burguesía de origen griego, que en todas partes servía de modelo, porque, por estar mejor organizada, conservaba intacta su civilización. Así se explica la originalidad de la evolución social del reino seléucida: se helenizó en la medida que se urbanizó, es decir, en la medida que se fue creando su propia burguesía.

Los resultados prácticos variaron en función de la densidad de los griegos y de las ciudades, siendo especialmente notables en la parte occidental del reino. Amplias regiones de Asia Menor fueron helenizadas de una manera tan completa que pueblos considerados antes como "bárbaros" acabaron, en la práctica, por no diferenciarse de los griegos: por ejemplo, los carios y los licios en su

totalidad y los frigios y cilicios en su mayor parte. Esta evolución, empezada hacía mucho tiempo, no llegó a completar su ciclo hasta la época de la dominación romana; pero el período seléucida marcó una extraordinaria aceleración de su ritmo. Lo mismo ocurrió a lo largo de las costas siria y fenicia, así como en la isla de Chipre. Aunque de manera muy sólida, en Siria del Norte el helenismo se implantó sólo en las ciudades, mientras que la reaparición ulterior de las lenguas indígenas, bajo el empuje del cristianismo, señala que las zonas rurales estuvieron poco influidas; en estas tierras los campesinos fueron privados de la minoría dirigente que hubiese podido encuadrar la resistencia de su civilización, desde entonces condenada por mucho tiempo a una oscura pasividad.

En las demás regiones, por el contrario, los griegos y las ciudades se encontraban en número mucho más restringido, aislados y esporádicos. En la Mesopotamia Media y Baja no representaban más que islotes rodeados de vastos espacios abandonados a las masas indígenas. Además, Roma no pudo proseguir en esta región la obra de los Seléucidas, puesto que al recoger su herencia, ya estaba dominada por los partos arsácidas, instalados en Babilonia desde 129 a. de J. C. y que más de una vez atacaron las fronteras imperiales en el Eufrates. Así pues, en la práctica, el helenismo sólo prosperó en algunas raras ciudades que, faltas de hombres y de tiempo, no pudieron multiplicarse, por lo que con razón se llamó "el Extremo Oriente seléucida".

En algunas de estas escasas ciudades, debemos señalar la sorprendente y eficaz resistencia de los griegos a una orientalización que debido a su escaso número parece que tenía que ser rápida. La burguesía griega, ayudada sin duda por la burguesía helenizada, defendió y mantuvo durante mucho tiempo su civilización, a pesar de la aplastante superioridad numérica de las poblaciones rurales que conservaron en estas comarcas una buena parte de sus minorías dirigentes tradicionales y a las que las victorias de los partos dieron cuadros políticos no griegos. En una pequeña ciudad como Dura-Europos, en el Eufrates Medio, Roma, que tenía en ella una fortaleza fronteriza, mantuvo durante algún tiempo el helenismo. Más allá, no pudo prestarse ninguna ayuda y, no obstante, algunas inscripciones procedentes de Babilonia y de la antigua Susa, convertida en Seleucia del Eulaios, atestiguan la persistencia del griego y de la organización y costumbres griegas aún mucho tiempo después de que la dominación de los Seléucidas fuera reemplazada por la de los Partos. Por lo demás, estos nuevos soberanos se decían "filohelenos" y, en 53 antes de Jesucristo, el correo que llevaba la cabeza del romano Craso al "rey de reyes", encontró a éste en Armenia en el momento en que una compañía de actores griegos representaba en griego, ante él y sus cortesanos, las *Bacantes* de Eurípides. Este comportamiento, extraño a primera vista en los que con su victoria habían producido

el retorno ofensivo del iranismo vencido por Alejandro, indica la supervivencia de elementos griegos en las ciudades con suficiente prestigio para impresionar a los soberanos, y quizá incluso con suficiente fuerza para que su colaboración fuera deseada. Más se podría decir aún de la Bactriana, remota y privada, por las conquistas de los partos, de todo contacto directo con el resto del mundo griego y que se mantuvo hasta más allá de la Era cristiana como centro de helenismo lo bastante vivaz para llegar a ejercer su influencia hasta las provincias nordoccidentales del mundo indio. Así, hasta allí donde la débil densidad de las ciudades impedía asimilar a los numerosos indígenas, la civilización helénica sobrevivía en las condiciones más paradójicas. Nada prueba mejor la vitalidad de los frágiles establecimientos que, durante dos siglos, con generoso y temerario atrevimiento, los reyes diseminaron en estas tierras alejadas: ¿Qué resultados hubiesen obtenido estando más concentrados, como por ejemplo, restringidos al oeste del Eufrates?

Los indígenas fuera de las ciudades.

Si la fundación de las ciudades griegas constituye el principal esfuerzo de los Seléucidas, no hay que creer que se limitaran a ello, pues procuraron, fuera de ellas, influenciar en ciertos sectores de la sociedad indígena.

En razón de los pueblos que la componían ésta presentaba aspectos muy diversos. En general su estructura no tenía nada de democrática: casi en todas partes sometía a grandes masas de población, privadas de bienestar material y con frecuencia de libertades jurídicas, a la dominación de una minoría privilegiada. El criterio discriminador de esta minoría podía ser el nacimiento: existían principados y aristocracias hereditarias. Podía ser la jerarquía religiosa: se encuentran teocracias en general viciadas por el principio de la herencia. Pero a causa del retraso de la evolución económica, un criterio más exterior, simple e incluso rudimentario, el de la riqueza, coincidía en todos los lugares con uno u otro de los mencionados. En Asia, la monarquía griega encontraba frente a sí a una sociedad indígena más escalonada y desigual que en Egipto, donde, aparte el clero, atacado en sus privilegios por los Lágidas para someterlo a la ley común, el nivel de vida de la población entera era y continuó siendo muy bajo. Esta situación ofrecía a los Seléucidas posibilidades de maniobra y de elección: de manera deliberada, desde el principio, no dedicaron su atención más que a las altas clases sociales.

Pudieron esforzarse en mejorar los pueblos sometidos; proceder a una especie de colonización interior, con el fin de adaptar mejor la densidad demográfica a los recursos locales, pero no hicieron nada. Los únicos casos de colonos indígenas que conocemos tienen otra causa, pues, en general, son de carácter militar. Así, hacia 210, sabemos por un historiador judío que Antíoco III,

47.—Atenea Parthenos.

48.—La Victoria de Samotracia.

como consecuencia de sublevaciones en Lidia y Frigia, dio orden de llevar a estas regiones a 2.000 familias judías de Babilonia que proporcionarían súbditos más afectos y aptos para defender con las armas la unidad del reino. Asimismo, imitando en esto a los reyes persas que habían establecido iranios al oeste de Asia Menor, los Seléucidas crearon "establecimientos". Es ésta una palabra vaga, aplicable sin duda a realidades muy diferentes: quizás colonias militares; quizá, pueblos donde instalaban familias y que en consecuencia quedaban sometidos a una leva regular, etc. Los beneficiarios de estas fundaciones formaban siempre grupos compactos, mientras que los Lágidas dispersaban a sus cleroucos al azar de las vacantes de los lotes individuales. Conocemos grupos de esta clase formados por persas, carducos procedentes de la región del Alto Tigris, gálatas, misenios, etc., aunque no podemos hacer el reparto preciso de las creaciones aqueménidas, seléucidas y atálidas. Conocemos en especial el caso de "establecimientos" macedonios, pues el procedimiento también se empleó en favor de éstos, lo que más tarde produjo a veces el nacimiento de ciudades orgullosas, incluso en tiempos del Imperio romano, de poder ostentar en sus monedas el casco de los compañeros de Alejandro. Esta colonización rural respondía a preocupaciones militares; se trataba a veces de fijar en el territorio del reino a soldados cuya emigración se temía, de facilitar el reclutamiento del ejército, de velar por la seguridad de regiones turbulentas o de las fronteras. Al hacer esto, los monarcas no pensaban en absoluto en mejorar la existencia de sus súbditos más desheredados ni en disminuir su heterogeneidad.

No puede negarse que, bajo su dominación, se prosiguió la unificación lingüística. En amplias zonas del reino donde no triunfaba la helenización, el arameo continuó difundiéndose como en la época persa: en Palestina, por ejemplo, acabó suplantando al hebreo. Sin embargo, la administración real se mantenía extraña a esta evolución, empleando sólo el griego, que únicamente llegó a implantarse en las regiones donde existían muchas ciudades.

La unidad que deseaban los Seléucidas era la unidad en la helenización, pues sólo ella hubiese podido transformar de verdad los hombres y el país. La prueba puede ofrecerla el que, con el fin de helenizar a los indígenas, en muchos lugares actuaron sin servirse de las ciudades. En estas ocasiones se trata siempre de miembros de las clases dirigentes. Así, un texto cuneiforme de 243 a. de J. C. añade al nombre de Anu-uballit, "segundo" de la ciudad de Uruk, en la Baja Babilonia, la precisión "a quien Antíoco, rey de los países, ha dado por otro nombre Nicarco". Cuarenta y dos años más tarde, un homónimo, quizá su descendiente, también portador de un nombre griego, Kefalón, es llamado "el grande de Uruk". Antioco III confía altos cargos militares a indígenas, de los que uno, Mitridates, es además el hijo de su hermana. Cuando a principios del siglo I Palestina se convirtió en

posesión seléucida, los favores regios cayeron sobre los miembros de la aristocracia judía lo bastante hábiles para mostrar que sabían apreciar la superioridad de la civilización que el soberano predicaba. Aunque desigual, según las regiones, es evidente que se ejerció una presión sobre la minoría indígena selecta, más fácil de atraer y más sensible a la tentación de lo que un gobierno monárquico puede ofrecer como recompensa a los que le son fieles.

En realidad, para influenciar a las masas populares, hubiera hecho falta una audacia que los soberanos no tuvieron. En la práctica, no modificaron la condición de los que los griegos llamaban *laoi*, las "muchedumbres", en particular las muchedumbres rurales, los villanos, por oposición a los soldados. La esclavitud, la servidumbre, la dependencia regulada por las costumbres subsistieron sin modificación. Los talleres de los templos conservaron sus obreros y los latifundios rurales sus campesinos hereditariamente ligados a la tierra. Perturbada apenas por la intrusión de algunos griegos que cifraban toda su ambición en hacerse un lugar entre los privilegiados, la antigua jerarquía sobrevivió. Nadie se fijó como fin la liberación de los sometidos que, sin embargo, hubiese sido la primera condición de su conversión al helenismo. Es evidente que para los reyes era mucho más simple mantener las estructuras sociales existentes y limitar su esfuerzo a la conquista moral de los poderosos. La idea de un cambio total, o incluso de simples reformas progresivas, nunca pudo prosperar en las mentes de estos descendientes de nobles familias iranias y macedonias. Y aunque se les hubiese ocurrido habrían tenido que desecharla. Los cuadros administrativos eran aún demasiado rudimentarios para substituir a los cuadros sociales que hubiese sido preciso destruir y la monarquía estaba demasiado amenazada por los peligros exteriores para emprender una tarea interna de tanta magnitud.

Los resultados

Esta política social, que deberíamos calificar de timorata si se pudiera hacer abstracción de las fundaciones de las ciudades griegas, ¿consiguió al menos para los soberanos seléucidas la tranquilidad que deseaban?

Según nuestros conocimientos, no hubo sublevaciones ni agitaciones provocadas por la miseria. Por el contrario, en Egipto se producían y, en el reino atálida, la muerte del último soberano, en 133, fue seguida de disturbios de carácter en parte social, puesto que los esclavos sublevados tuvieron en ellos parte importante. Que esto no ocurriera en la monarquía seléucida tiene fácil explicación. Por una parte, como hemos visto, les era más fácil que a los demás reyes no exagerar las cargas impuestas a sus súbditos. Por otra, la conservación del armazón social tradicional conjuraba toda amenaza de revolución: la connivencia de los señores extranjeros con las clases dominantes daba seguridad a aquéllos y a éstos.

Existieron seguramente dificultades internas planteadas por los indígenas, pero éstas se nos aparecen siempre como reacciones contra los ataques dirigidos contra la religión de determinados pueblos. En este aspecto, nada iguala en celebridad-que exagera la importancia real de los acontecimientos, si se mide ésta a la escala del gran reino - a la sublevación de los judíos, relatada como una epopeya nacional y religiosa por los libros de los Macabeos. Tenerla en cuenta aquí sería dar una idea falsa de ella, pues en vano se buscarían en esta sublevación las causas propiamente sociales. Por sus orígenes, como por su desarrollo, no prueba más que una cosa: en un pueblo dotado de un particularismo tan marcado, en el que se fundían la idea religiosa y la idea nacional y en el que la civilización tradicional formaba parte integrante del orden deseado por Dios, no era suficiente el atraerse una buena parte de la aristocracia dirigente. Por la intimidad de esta conjunción, el caso de los judíos seguramente era excepcional, como lo eran también las brutales torpezas cometidas con ellos por ciertos soberanos seléucidas del siglo II. ¿Pero cómo, en esa época y en Oriente, separar de manera absoluta religión y civilización? La sublevación de los Macabeos subraya el error cometido por los reyes griegos al pensar que daban una base lo bastante sólida a su dominación limitándose a la conversión al helenismo de ciertas minorías sociales. Este hecho se observó asimismo en Siria del Norte, donde el número de ciudades griegas había permitido conquistar la totalidad de estas minorías: en un plazo más o menos largo, la resistencia debía brotar de las masas populares desvinculadas y abandonadas por el helenismo.

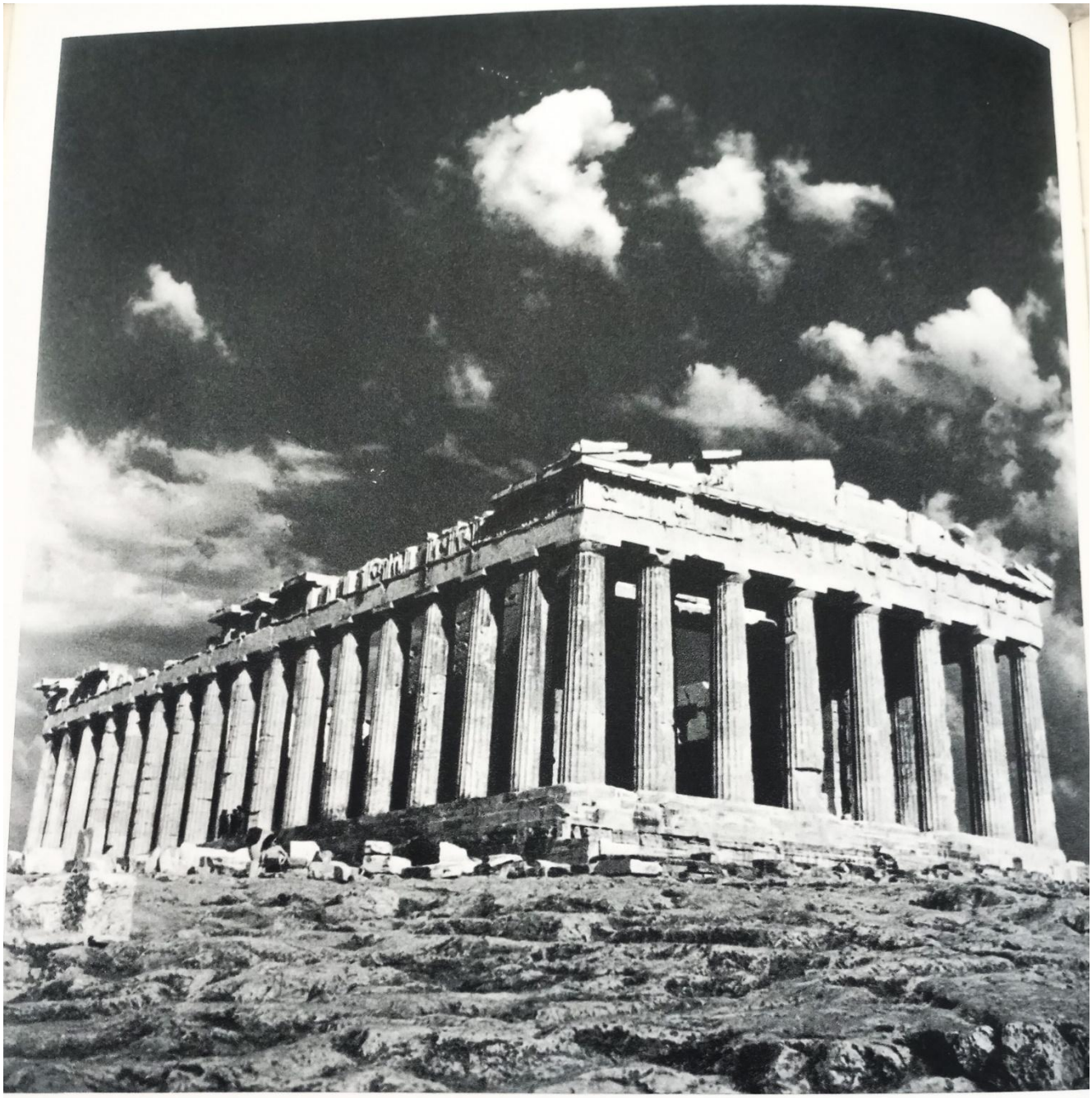
El éxito de esta resistencia en Palestina tampoco debe engañar; no se debió sólo a la energía, admirable, que desplegaron los insurgentes. Éstos recibieron ayuda indirecta de las discordias familiares que minaron la dinastía en su decadencia y colaboración extranjera. En principal lugar la de Roma, favorable a todo lo que pudiese aumentar la debilidad de la monarquía, y también la de los partos, que entonces, en su ofensiva salida de los confines septentrionales del Irán, conquistaron Babilonia. La ruina del reino seléucida, a diferencia del lágida, hay que atribuirla mucho más a las causas externas que a las internas.

En definitiva, quedaba el hecho de que los partos se aprovecharon de la situación social que existía en el Extremo Oriente seléucida. Si los indígenas no se habían sublevado como en Egipto, al menos acogieron con pasividad al enemigo de sus amos griegos que sólo mostraron interés por la aristocracia. Pero la parte de ésta que no residía en las ciudades había adoptado sólo un helenismo de conveniencia, o sea, de fachada. Habiendo conservado su autoridad, los cuadros de la sociedad indígena provocaron el retorno al antiguo estado de cosas: en todas partes y en especial en la meseta

del Irán, los partos se presentaban como los soldados del iranismo y los herederos de los Aqueménidas.

En resumen: su política social procuró a los Seléucidas decepciones tan graves como a los Ptolomeos en Egipto. Como ellos, no se preocuparon en absoluto de elevar el nivel de vida de las clases humildes. Como ellos, asimismo - y ambos casos, por otra parte, están relacionados-, no soñaron en desvelar en ellas el individualismo liberador de la persona humana, concepto fundamental de la civilización helénica. Mientras los Ptolomeos sometían a sus súbditos a la vigilancia rigurosa y a la dirección omnipotente de su administración, los Seléucidas se limitaban a mantenerlos en la dependencia de las aristocracias sacerdotales o laicas. Por diversas que fuesen sus formas y diferentes los beneficiarios, la sujeción producía resultados análogos. Ya hemos visto que la prosperidad económica del mundo helenístico sufrió las consecuencias, sobre todo la de la Grecia propia, que quedó arruinada por la competencia de Oriente y privada del amplio mercado de consumición que estos países deberían haber sido para su industria. Pero en Egipto y en Asia, a excepción de la zona mediterránea, los reyes griegos que por una suma de conservadurismo, incomprensión y egoísmo no intentaron atraerse las capas más pobres de la población indígena, pagaron muy caro este descuido, porque nunca pudieron disipar la hostilidad, siempre latente, de los que les estaban sometidos y sobre cuya fidelidad y trabajo estaba edificado su poder.

45.—La procesión de las Panateneas.



46.—El Partenón.

CAPÍTULO IV

LAS CREENCIAS, LOS GUSTOS Y LAS IDEAS

Si en el terreno político, económico y social, la amplitud y la eficacia de la experiencia helenística quedaron muy por debajo de las posibilidades de lo esbozado por Alejandro, ocurre todo lo contrario en los aspectos morales de la civilización. Es difícil medir y recoger todas las novedades revolucionarias y ricas en porvenir, que esta época agitada aportó en materia de religión, arte y pensamiento. Durante muchos siglos modeló el alma y el espíritu de los hombres según nuevos ideales, mientras que la civilización clásica se había esforzado, consiguiéndolo en lo esencial, en someter esa alma y ese espíritu a la primacía de una razón abstracta. Abrió camino por vías hasta entonces apenas entrevistas.

Helenismo y monarquía.

Como es natural, este impulso se encuentra relacionado con el nuevo orden material que impusieron al mundo griego las circunstancias y la evolución histórica.

Reducido a su definición esencial, el ideal continúa siendo el mismo que en el período anterior: se favorece siempre el florecimiento en el individuo de la mejor y la más entera realización de las felices virtualidades que debe a su naturaleza de hombre. Pero este ideal humanista, cuya concepción y prosecución nos compensa de las mezquindades y las frustraciones de la historia griega, se enriquece en este momento y se desarrolla. Orientándolo según sus propias necesidades, encerrándolo en un marco estrecho, la civilización de la *polis* le fijaba unos límites: los de las leyes fundadas en la razón y, por supuesto, el interés de la comunidad. En el mundo helenístico, desmesuradamente ampliado por la conquista de Oriente, es fatal que estas limitaciones se distiendan y que las obligaciones se relajen; la vigilancia y la dirección ejercidas por un poder más lejano pesan menos sobre el individuo. El desarrollo ya no se refiere solamente a las virtualidades -físicas y sobre todo intelectuales- a las que el razonamiento puede acomodarse, sino que se interesa también en las virtualidades emotivas e irracionales.

En esto, también, la monarquía imprime de manera profunda su huella sobre la civilización de los tiempos nuevos. La ideología en que se funda contribuye a transformar, ampliándolo, el

antiguo humanismo. En efecto, rodea al soberano de un halo- no sabemos si llamarlo nimbo- en el que lo intelectual cede paso a lo místico, y el razonamiento a la confianza en fuerzas sobrenaturales. Gracias a ello, el *basileus* aparece como un modelo, el tipo de hombre dotado de atractivos y de dones, incluido el favor de la divinidad, y dotado por ésta de una libertad y de unos medios de acción que permiten a su personalidad manifestarse en toda su plenitud.

Ciertamente el grado supremo de la realeza, en el amplio sentido de la palabra, no puede ser de hecho accesible a todos; pero la experiencia del medio siglo que siguió a la muerte de Alejandro mostró que no estaba reservado sólo a los hijos de reyes el alcanzarla, y tender hacia un ideal no postula la esperanza seria de llegar a realizarlo. Cierto también que la existencia de monarquías más o menos bien organizadas pone en peligro la libertad del individuo; pero este riesgo sólo incide en la libertad política. Al constatar las tendencias totalitarias de la pequeña *polis*, que se expresan por sus leyes sancionadas con frecuencia, a falta de tribunales, por la opinión pública, es difícil no pensar en una liberación en otros terrenos, empezando por el religioso, en el que las conexiones son innumerables. La más amplia tolerancia se impone a los soberanos que, en la mayor parte de los casos y por definición misma, deben a la conquista el reinar sobre súbditos extranjeros que practican los cultos más diversos. Por lo demás, reconocer una superioridad que parece legítima, no equivale a humillarlos: ¿por qué sería indigno del hombre libre admirar, amar y sacrificarse? De esta manera el hecho monárquico lleva a la concepción de un humanismo más amplio y más variado que el antiguo, de un ideal que, haciendo vibrar mayor número de cuerdas, desvela unas resonancias más amplias, porque no ahoga, en nombre de una razón superior, ciertas aspiraciones profundas de la naturaleza humana.

Además, de manera muy concreta, los monarcas practican el mecenazgo, con el fin de rodear su corte y su reino de una fama que creen más duradera y más noble que la gloria militar o política. Promueven aún más el ahondamiento interno que la extensión del helenismo que hacen gala de defender contra los bárbaros. Por lo general cultivados, con frecuencia incluso muy refinados, se interesan por sus investigaciones y por sus progresos, le ayudan materialmente y honran a los que lo realizan, encontrando una satisfacción íntima en atraerlos junto a sí y en frecuentarlos. Con esta actitud continúan la tradición de la tiranía griega, la misma de la antigua realeza macedonia que había acogido y cubierto de honores a Eurípides en su vejez; siguen asimismo el ejemplo, más reciente aún, de Alejandro, que había llevado consigo o había hecho ir a Asia, junto a él, a escritores, filósofos, artistas y sabios. Ningún verdadero griego excluyó el humanismo de sus preocupaciones, y los monarcas helenísticos, por serlo, contribuyeron de manera deliberada a darle más prestigio, medios

de acción y de acción y fuerza de atracción. Incluso bajo este ángulo, la civilización helenística aparece como una civilización monárquica.

Este patronazgo no deja de tener su contrapartida; pero muchos otros regímenes la conocieron mucho más dura. En éste, los libelistas-poco numerosos, según nuestros conocimientos-sufren el castigo de su insolencia; en cambio, son abundantes los poetas y artistas cortesanos que cultivan la adulación con elegancia. Sin embargo, no se constata una dirección de este coro, por lo que cabe preguntarse en qué medida esta adulación es impuesta o espontánea; tampoco se percibe un cuerpo de doctrina, donde cada aspecto de los movimientos del alma y del espíritu se integraría en la cohesión de un conjunto. La libre diversidad de las inquietudes y de las tentativas personales queda como norma, y gracias a que la acción de los soberanos no pone en peligro su primera condición, el humanismo conoce entonces un notable esplendor.

Descentralización y unidad

Otra relación con las circunstancias temporales se reconoce en la dispersión geográfica de los hogares de la nueva civilización.

La civilización clásica tuvo un centro, si no exclusivo, al menos predominante: Atenas. Esta ciudad conserva algo de su esplendor de tiempos anteriores: todas las dinastías, en un momento u otro de su historia, tienen como un honor el mostrar su "afecto" hacia ella y lo que representa. Pero de la ciudad de Atenea ya no sale el impulso creador. Su prestigio se conserva por su pasado y de la explotación de este pasado por hombres industriosos. Empieza a convertirse en lo que continuará siendo hasta el fin de la Antigüedad: una ciudad a la que acuden los hijos de familias acomodadas para ampliar sus estudios de retórica y de filosofía, a donde los aficionados ricos van a escoger en los talleres de los artistas copias de obras de arte célebres, o productos valorados por su origen. Un viajero del siglo III la define irónicamente como "una escuela para hombres de mármol": la vida audaz le ha abandonado.

En el nuevo mundo una ciudad brilla con singular esplendor: Alejandría, hasta el punto de que en el vocabulario corriente decir "civilización alejandrina" equivale con frecuencia a decir "civilización helenística". La extensión material de la ciudad, la poderosa atracción que ejercen su papel y su prosperidad económicas, la extraordinaria riqueza de sus reyes, el suntuoso refinamiento de su corte, la Biblioteca y el Museo, todo esto le dio un prestigio y un esplendor sin rival en su tiempo. Sin embargo, a pesar de su importancia, su acción no tiene el carácter de dirigente universal que había tenido Atenas en el período precedente.

Existían otras capitales y otras cortes; otras dinastías realizaban esfuerzos comparables y sus éxitos no fueron pequeños. En particular el nombre de Pérgamo se impone a la atención después de

las excavaciones alemanas del siglo XIX. Antioquía e incluso Pella de Macedonia la merecerían también si algunos descubrimientos tan resonantes como los de Pérgamo indujeran a hacer el balance completo de sus aportaciones.

Además, no hay que pensar sólo en las residencias reales. Aparte de ellas, con frecuencia originales, consiguiendo, gracias a una menor dispersión de su esfuerzo, conservar su autonomía en aspectos especializados, están las innumerables ciudades, habitadas y animadas por la burguesía, cuya multiplicación constituye una de los principales hechos sociales del período helenístico, acarreando una novedad que no queda sin consecuencias culturales. La más próspera y la más brillante de estas ciudades es Rodas, en la que la emulación con Atenas, ya existente desde el siglo IV para las escuelas de retóricos, acaba por extenderse también a la actividad artística. Pero de hecho en todas las ciudades hay un prurito de multiplicar los templos, los monumentos y las escuelas. Como para mejor irradiar sus riquezas a los inmensos territorios donde se dispersan sus innumerables células humanas, la civilización griega se descentraliza en una competencia en la que la vanidad, si bien ocupa un lugar importante, no constituye ni el único ni, incluso, el principal resorte.

Lo admirable es que esta rivalidad no destruye la unidad del helenismo. De un extremo a otro del espacio geográfico en que se despliega, presenta, bajo aspectos particulares que no constituyen la regla, idénticos caracteres generales. Del mismo modo que un griego puede viajar y traficar por todas partes, también se siente en su casa en todos los sitios donde convive con otros griegos. La evolución que ya en siglos anteriores tendía a borrar las diferencias regionales en una identidad de cultura, alcanzó ahora un éxito casi total. Entonces, y sólo entonces, se unifica la nación helénica, sobre amplias bases morales. Pero como antaño, tampoco ahora existe políticamente. No obstante, culturalmente constituye una necesidad en razón de la gran mezcla interhelénica que provoca la inmigración a los territorios nuevos, en razón asimismo de la solidaridad nacida entre los griegos al enfrentarse cada día con los representantes de otras civilizaciones. Aunque es el único denominador común de gentes originarias de regiones muy alejadas unas de otras, el helenismo es también el único criterio que los distingue de los que consideran como inferiores. Se unen más para ayudarse y defenderse, pues, a sus ojos, la cultura común justifica sus privilegios.

Pero se podría pensar equivocadamente que esta cultura común, cuya aparición explican su orgullo y su solidaridad frente a los bárbaros, representa sólo un residuo de la civilización clásica de la que se pretende heredera, después de eliminar las particularidades regionales. No recogió esta herencia por completo y consintió en sacrificios que no son simples matices. Como contrapartida

se enriqueció con nuevos descubrimientos gracias a las audacias que le permitían el ensanchamiento de su marco anterior y la multiplicación de sus recursos materiales. Además, por atenta y desconfiada que se muestre con respecto a los contagios, una civilización no vive impunemente en simbiosis con otras: las mutuas influencias se ejercen por la mediación de los niños, de las mujeres, de los servidores, etc. Por último, incluso la dispersión de las minorías selectas de antaño, así como la necesidad de satisfacer las aspiraciones de una burguesía de efectivos considerablemente acrecentados, se muestran como factores de renovación. Es posible que en ciertos lugares el nivel intelectual se resintiese de estas condiciones generales; pero unos valores afectivos hasta entonces ignorados encontraron amplio campo en un humanismo mejor adaptado a la complejidad del hombre.

I. LA RELIGIÓN

Los cultos indígenas.

La dominación griega no acarreó consecuencias graves para los cultos practicados por los indígenas orientales: en su conjunto, los cultos indígenas conservaron su originalidad y su vigor.

En Egipto, en apariencia, todo continuó intacto. El rey vigila estrechamente al clero, con el fin de prevenirse contra su eventual oposición, que teme por su influencia sobre la población. Encarga a sus funcionarios la vigilancia de la administración de los bienes de los templos, no para reducir sus riquezas, sino para tenerlos más sujetos a su dependencia y aún para englobar la "tierra sagrada", es decir, las fincas rústicas de los dioses, en el sistema de economía planificada al que todo el valle del Nilo está sometido. Sin embargo, a partir de fines del siglo III, cuando empiezan las dificultades serias con los indígenas, esta vigilancia cede y la clase sacerdotal, con cuya simpatía hay que contar, recibe nuevas inmunidades, privilegios y donaciones de toda clase. En su calidad de faraones, los Ptolomeos ejercen sus derechos de dioses y de intermediarios entre Egipto y sus divinidades; pero no descuidan ninguno de sus deberes. Se restauran los templos antiguos, se edifican otros nuevos, se graban sobre los muros los bajorrelieves y jeroglíficos tradicionales, y las inscripciones del templo de Horus en Edfú, que datan de esta época, constituyen una de las fuentes de información principales sobre lo que fue, en todas las épocas, el ritual egipcio. La continuidad religiosa estuvo, pues, asegurada o más bien restablecida, puesto que antes de Alejandro la reintegración de Egipto en el Imperio persa estuvo acompañada de violencias, ejercidas incluso contra las divinidades. Alejandro fue el sucesor de un amo detestado y, durante siglos, los emperadores romanos, continuando esta política, dieron a los

fellahs la impresión, conforme con la realidad, de su religión nacional restaurada proseguía su vida inmutable.

Los datos son mucho más escasos para Asia, donde los progresos realizados en ciertas regiones por la helenización significan la aparición de nuevos matices. La autoridad real tampoco fue nunca por tradición tan fuerte en todos los aspectos de la vida del país; en ninguna de sus provincias la administración helenística alcanzaba la perfección de la administración ptolomaica. También en estos lugares Alejandro se mostró respetuoso con las creencias y los ritos, y en Babilonia incluso se presentó bajo la apariencia de un restaurador, reparando las impiedades de los últimos soberanos persas. Sólo, en algunas raras ocasiones, las dificultades exteriores llevaron a algunos de sus sucesores a actos de violencia. En unos pocos casos el rey se apoderó o intentó apoderarse de los tesoros de los templos. Antioco III, que en 210 arrebató impunemente los últimos revestimientos de oro y las tejas de plata de un templo de Ecbatana para poder acuñar monedas, fue muerto en 187 por los montañeses cuando estaba saqueando un templo de Susiana; una veintena de años más tarde, su hijo, Antioco IV, tuvo que batirse en retirada cuando pretendió proceder, también en Susiana, a una operación análoga; las primeras dificultades de los Seléucidas con los judíos fueron a causa de los tesoros del templo de Jerusalén. Pero ésta no fue una política sistemática. La abundante e ininterrumpida documentación del período seléucida que ha liberado la excavación de la antigua ciudad de Uruk, hace más verosímil la hipótesis inversa. Los reyes que no tienen ningún motivo de particular estimación para esta ciudad, hacen que en ella se construyan santuarios y se reparen los ya existentes. Éstos continúan siendo centros económicos, cuya actividad parece beneficiarse de privilegios fiscales. Los sacerdotes continúan viviendo como en otros tiempos; con más abundancia y regularidad que bajo la dominación persa, hacen copiar los antiguos rituales y tener al día los prontuarios de observaciones astronómicas. Indudablemente si la religión local no prospera sino al contrario, la responsabilidad de esta decadencia, cuyas verdaderas causas continúan misteriosas, no incumbe a los reyes griegos. Las exigencias fiscales raramente afectan a la libertad religiosa. No se produce ninguna persecución y, por ejemplo, por peligroso que sea en razón de su fidelidad al régimen derrocado y al espíritu nacional iranio que la amenaza de los partos actualiza, el mazdeísmo se practica con toda libertad en la meseta del Irán: en Persia, algunos aqueménidas, con el título de "guardianes del fuego", por tanto, con una misión religiosa, son mantenidos como jefes locales.

Asimismo, la helenización de los indígenas, allí donde se produce, no plantea de hecho ningún problema delicado, pues esta evolución no postula ninguna conversión en el sentido moderno y religioso de la expresión. Los mismos griegos dan con frecuencia el ejemplo al adoptar di-

vinidades orientales o reconocer en ellas aspectos de las suyas propias, en especial Zeus, identificado con los diversos Ba'ales sirios y fenicios. Extensible a voluntad por definición, la lista de sus dioses se amplía y, en ella, sin esfuerzo, los orientales encuentran los suyos propios. En general, nada esencial es cambiado en los ritos y en las obligaciones impuestas a los fieles. En casi todas partes el proceso evolutivo se desarrolla sin choques.

Helenismo y judaísmo.

La única excepción grave al carácter pacífico, y con frecuencia cordial, de esta vida común, la ofrece Palestina, donde el particular carácter de la Ley religiosa y la autoridad por ella ejercida en todos los momentos y sobre todos los aspectos de la vida judía, hacían la simbiosis especialmente delicada.

Todo marchó bien durante un siglo y medio, bajo la dominación ptolomaica primero y después la seléucida. Los judíos se administraban libremente; el rey, lejos de dificultar el culto del templo, pagaba los gastos de un sacrificio cotidiano celebrado en su nombre, y el clero se beneficiaba con la exención de ciertos impuestos. No obstante, de manera fatal, como consecuencia del contacto con la civilización helénica que progresaba en los territorios vecinos a Palestina, el viejo judaísmo se veía poco a poco penetrado, al menos en su clase aristocrática, a veces sinceramente seducida y siempre deseosa de complacer a los monarcas griegos. La helenización se manifestaba de manera más intensa en los círculos judíos emigrados e instalados en Egipto o en las ciudades asiáticas. Esta evolución también era evidente en la propia Palestina: algunos se tomaban la Ley según sus conveniencias y se decía que incluso descuidaban la circuncisión; en todo caso se vestían y se tocaban a la griega, favorecían la educación griega dada en los gimnasios, es decir, la práctica de los juegos atléticos en una escandalosa desnudez. En resumen, un movimiento helenizante, el de los "helenistas" - palabra que, en el lenguaje de la época, significaba sólo "helenizados”—, se desarrollaba en Jerusalén y provocaba, por reacción, el nacimiento de diversas sectas más o menos ortodoxas, cuya indignación contra todo compromiso no hacía más que aumentar.

Diferentes incidentes provocaron un sangriento conflicto. Un rey seléucida quiso apoderarse del tesoro del templo, y éste fue el episodio del ministro Heliodoro, derribado y expulsado por jinetes celestes. Vino a continuación la acción violentamente represiva y helenizadora del rey Antioco IV que designó un sumo sacerdote sometido a su voluntad y, creyendo haber ganado la partida, dio el nombre de Antioquía a Jerusalén e hizo construir una ciudadela donde instaló una guarnición, profanó el templo con sacrificios sangrientos y por la introducción de una estatua de Zeus Olímpico consagró santuarios locales a divinidades griegas y quiso imponer el consumo de carne de cerdo. Entonces, brotando de las profundidades del pueblo, dirigida a la vez contra el rey y contra los

helenistas, estalló en 166 la sublevación de los Macabeos que, gracias a la debilidad de la monarquía seléucida, consiguió la formación de un Estado judío independiente.

La responsabilidad de esta crisis corresponde mucho menos a la intolerancia de los griegos que a la incompatibilidad de las dos civilizaciones y a la incomprensión recíproca que provocaba en sus partidarios respectivos. Una parte importante correspondió a la torpeza de Antíoco IV, o quizá a su error al juzgar la madurez de la evolución ya realizada y la aceptación que podían encontrar sus órdenes. Pero el mal peor estaba en la atracción que el helenismo ejercía sobre ciertos judíos y en que los dos pueblos no trazaban la misma frontera entre civilización y religión. Los griegos se sentían inclinados a interpretar como barbarie lo que era apego a una fe, y los soberanos como oposición política lo que era resistencia religiosa.

Por lo demás, a pesar de todas las resistencias, la simbiosis no era totalmente estéril, incluso entre los judíos. A fines del siglo II a. de J. C., su estado independiente tuvo que colocar a su frente a un rey; el primero que llevó este título tenía el nombre griego de Aristóbulos: el hecho basta para mostrar que la reacción contra el helenismo inaugurada por la sublevación de los Macabeos había fracasado, al menos en este punto. La literatura judía, que conoció entonces un verdadero renacimiento, sufrió, conservando su carácter religioso, la influencia de la filosofía helénica que se percibe muy especialmente en el *Libro de la Sabiduría*. La redacción de esta obra refleja el conocimiento del platonismo en su concepción de un Dios sin contacto inmediato con el mundo. De esta forma se preparaba, para el período siguiente, la obra de un Filón.

Pero los contactos de esta clase, especialmente sensibles entre los judíos que vivían entre "gentiles", en particular en Alejandría, donde la Biblia fue traducida al griego-según la tradición por los Setenta que la habrían llevado a cabo para Ptolomeo II-, no impedían que la incomprensión persistiera al menos entre la masa. Intransigencia que todavía tenía que provocar nuevos dramas. La adhesión de los judíos a su religión se mantenía gracias a sectas hostiles a toda transgresión de la Ley interpretada al pie de la letra. La exasperación y las revueltas contra los soberanos griegos o helenizados y contra Roma hicieron el resto: a pesar de la presión del helenismo y de los ejércitos extranjeros, la Ley acabó triunfando.

De esta forma, la más diferenciada de las religiones orientales prosiguió su existencia autónoma, con movimientos internos que ninguna intolerancia sistemática o propaganda duradera de los amos griegos hizo nada por crear o por agravar. Salvo para el culto dinástico, que podía repugnar sólo a los judíos, en el Oriente no hubo presiones religiosas de los soberanos y las religiones indígenas continuaron siendo lo que habían sido.

Esplendor exterior de la religión griega.

Las creencias y las prácticas religiosas de los griegos propiamente dichos sufrieron por el contrario, profundos cambios. Nunca la religión griega tradicional, la de las divinidades políadas y del Olimpo, brilló con tanto esplendor externo. Cada fundación de una nueva ciudad en Oriente llevaba consigo la construcción de un templo como mínimo, pues la protección y la cohesión de la nueva comunidad postulaban al menos la existencia de un culto propio de la ciudad. Los donativos afluían a los santuarios célebres: Delfos, Delos, Olimpia veían multiplicarse los exvotos, las estatuas y los altares. Ricos particulares y soberanos, estos últimos por deseos de propaganda, utilizando capitales dejados en préstamo o con la garantía de sus bienes rústicos, creaban fundaciones piadosas cuyos ingresos tenían que servir para ofrendas o fiestas determinadas. Por todas partes, las fiestas aumentaban en número y en suntuosidad, con sacrificios, plegarias, procesiones y juegos atléticos, copiados de los de Olimpia ("isolímpicos") o de Delfos ("isopíticos"), con el fin de asegurarles la misma reputación. Para justificar estas piadosas manifestaciones, se invocaban beneficios y milagros realizados por la divinidad, en especial la salvación que había procurado en una circunstancia grave, o bien, su "epifanía", es decir, su aparición. En estas ocasiones se procuraba obtener el apoyo de un oráculo, sobre todo, el de Delfos, cuya actividad creciente en este aspecto, continuaba siendo el gran regulador de la vida religiosa griega. Después se enviaban embajadas a las ciudades, a las confederaciones y a los soberanos con el fin de que reconociesen privilegios para las fiestas y para el santuario, o, si era posible, para la propia ciudad. El caso mejor conocido es el de Magnesia de Meandro, en Asia, donde numerosas inscripciones nos permiten seguir las gestiones realizadas como consecuencia de las epifanías de Apolo y de la principal divinidad de la ciudad, Artemis Leukophys ("de las cejas blancas"). Catorce años más tarde, nuevas embajadas de Magnesia obtuvieron un éxito brillante: cuatro reyes, cinco confederaciones y más de sesenta ciudades acumularon declaraciones y promesas favorables a la fiesta "isopítica" de la diosa, al mismo tiempo que a la ciudad. Y éste no es más que un ejemplo entre otros muchos.

Su verdadera decadencia.

Parece como si la religión griega, dotada de un impulso renovado por los éxitos políticos de los que la practicaban, suscitase una piedad más ardiente que nunca entre los fieles y realizase, en un unánime concierto de acción de gracias, la conquista moral de un mundo nuevo. Pero este florecimiento de la religión clásica representa sólo un aspecto del desarrollo de la vida urbana, es decir, de un fenómeno general y característico del período helenístico. Este aspecto no es más impresionante que muchos otros; en cambio, es más ficticio. La devoción hacia las divinidades políadas formaba parte de las convenciones de la vida urbana y la emulación espectacular de las ciudades en este aspecto se enfocaba con fines muy para

ellas se trataba de extender su fama, atraer visitantes y peregrinos, favorecer el comercio local, distraer a los habitantes, procurar evitar ciertos ataques mediante el reconocimiento de la "santidad" y del "asilo" de la ciudad, o sea, de hecho, su inmunidad con respecto a violencias de toda clase. Toda esta actividad, en estrecha relación con la hacienda local, no tenía en la práctica nada de común con un verdadero sentimiento religioso. ¿Podía ser de otro modo cuando la propia vida de la ciudad se reducía de ordinario a unas apariencias formales?

Por lo demás, las insuficiencias de la religión clásica se hacían más manifiestas que hasta entonces. Siempre le había perjudicado el no responder a las grandes inquietudes del corazón y del espíritu de los hombres. Sólo aportaba una moral individual rudimentaria, sin referencias a lo justo y a lo injusto, reducida a la acción externa, tomando con frecuencia la forma interesada de un contrato que el fiel concluía con la divinidad. Dejaba sin apoyo y sin esperanza ante la angustia de la muerte. No se relacionaba, o lo hacía mal, con una concepción general del universo, de su esencia y de su organización. A estas deficiencias de siempre se sumaban ahora la certidumbre y el espectáculo de la debilidad de la ciudad, es decir, del principal escenario humano en que se había desarrollado y al que estaba asociada de manera íntima. El patente fracaso político de la ciudad mostraba a todos que los dioses cuya protección se invocaba no podían o no querían asegurar la felicidad y buen gobierno de sus ciudadanos. El hombre tuvo que aprender que la noción de ciudadano no le definía por completo y descuidaba ciertos aspectos de su ser, los mismos que su angustia le hacía más sensibles.

Las relaciones de los dioses olímpicos con las divinidades políadas eran demasiado estrechas para que aquéllos quedasen al abrigo de esta desafección. Si algunos parecían escapar, sobre todo Zeus, era porque su nombre servía para helenizar divinidades orientales. Dionisio constituye una excepción, pues parece que se benefició de una adhesión más espontánea. Los progresos que realizaba su culto, extraordinarios cuando se piensa en la situación secundaria que ocupó en otros tiempos, no respondían sólo a preocupaciones temporales. Es verdad que los Lágidas y los Atálidas le consideraban como su antepasado y la política no estaba del todo ausente de esta devoción que pregonaban hacia él. También su cualidad de dios del teatro le designaba naturalmente para convertirse en patrono de las corporaciones de artistas, cuyo éxito e importancia explica la multiplicación de los espectáculos. Pero existen otras razones, más profundas, para explicar los progresos de su culto. Por su origen tracio, este dios estaba mucho más emparentado con los dioses orientales que los demás dioses griegos, entre los que se había introducido en fecha tardía. Siguiendo

las huellas de Alejandro, la leyenda de sus viajes y de sus conquistas en Asia, antaño muy sumaria, se precisaba y ampliaba, adaptándose mejor aún a las condiciones del mundo helenístico. Por último, el mito de sus "infancias" creaba en torno de él, más que en ningún otro dios, una atmósfera de dulzura tierna y fresca, a propósito para satisfacer la sentimentalidad de esta época. Si, sin aportes nuevos, la religión griega hubiese tenido que sacar de sí misma los medios de su renovación, quizá Dionisio se habría convertido en el dios más importante. En todo caso es el único cuyo culto parece haber provocado algo más que gestos convencionales y vacíos de verdadero sentido religioso por parte de los fieles.

Las novedades religiosas: el culto al rey y a la dinastía.

Pero hubo novedades de interés desigual para la satisfacción de las aspiraciones emotivas de los hombres, que vinieron a ocupar un lugar en la vida religiosa y representaron a veces un real progreso de la fe.

En primer lugar, el culto monárquico y dinástico. Más arriba se ha tratado de sus orígenes griegos, de las formas que tomó de su organización allí donde tuvo por resultado un culto estatal. Por los sentimientos a que correspondía, se ha visto su profunda concordancia con la ideología del *basileus*, es decir, del hombre tan superior al término medio de la humanidad que parecía legítimo asimilarlo a la divinidad de la que poseía el poder. Representaba al mismo tiempo la admiración, el reconocimiento y la solicitud de nuevos factores.

¿Es esto suficiente para hablar de un sentimiento religioso? Negarlo resueltamente y en todos los casos parece excesivo, pues si la evolución ulterior profundizó y complicó nuestra noción de tal sentimiento, es a la idea entonces predominante a la que convendría referirse. Escuchemos el himno, el peán, que un poeta compuso y que se cantó en Atenas en honor de un Antigónida: "Los otros dioses están lejos, o no tienen oídos, o no existen, o no prestan ninguna atención a nuestras necesidades. A ti, te vemos aquí mismo, no en madera o en piedra, sino presente de verdad. A ti imploramos, pues, oh muy amado; así, concédenos la paz, ya que tú eres el dueño." Para nuestro gusto estas frases reflejan un utilitarismo demasiado crudo; pero se encuentran muy acordes con la fe griega, que siempre esperó de sus dioses beneficios directos y tangibles: tuvo que pasar mucho tiempo para que razonamientos de este género pareciesen insuficientes y el contacto con la experiencia religiosa de Oriente actuó precisamente en este sentido. Desde el punto de vista griego, a comienzos del período helenístico, la franqueza de la expresión no alteraba su impacto sobre las multitudes.

No se puede, pues, negar que, en una civilización y para hombres que atribuían al poder, en

tanto que tal, un origen y una naturaleza divinas, el culto dinástico pudiese servir de expresión a una religiosidad al menos tan real como la que se expresaba antaño en los cultos de las divinidades polía-das. Estos últimos eran también oficiales, impuestos, estereotipados y de un ritualismo convencional. A estos defectos, que no tenían nada de inédito, el culto dinástico no añadía más que facilidades para la manifestación de un bajo servilismo y la sumisión más pasiva a las órdenes de un poder más fuerte: diferencia de grado, no de naturaleza. Por consiguiente, hay que interpretarlo como un sustituto de los antiguos cultos, poco eficaces ya para suscitar la fe de la masa de los fieles. Si no enriqueció la vida religiosa con sentimientos originales, le proporcionó al menos unas formas nuevas.

Las novedades religiosas: el culto a la Fortuna

La filosofía helenística, en algunas de sus escuelas, no estuvo desprovista de resonancias religiosas. El éxito de la doctrina de Evémero, que pretendía que los dioses griegos más antiguos, y el propio Zeus, habían vivido como hombres y como soberanos bienhechores, mereciendo así su divinización por sus súbditos agradecidos, ayudó mucho a la aceptación y al florecimiento de los cultos dinásticos. Otras doctrinas iban más lejos todavía en sus especulaciones. El estoicismo, por ejemplo, llegaba a la concepción de un Dios único, creador y señor del universo, del que las divinidades habituales no eran más que aspectos, más fácilmente accesibles a los hombres; de esta forma conseguía conservar los mitos, interpretándolos como alegorías. Pero estas elevadas especulaciones no podían alcanzar ni satisfacer más que a una minoría poco numerosa.

En cuanto a la religión popular, parece haber tomado una sola noción de la filosofía, la de *Tyche*, la "Fortuna". Salió de la escuela peripatética que continuaba las enseñanzas de Aristóteles y tuvo un gran éxito entre los griegos de niveles intelectuales muy distintos. Se concebía una Fortuna general, de la que dependía el destino de toda la Humanidad, que no se reducía ni a un azar absurdo ni a una implacable fatalidad. Se le atribuían caprichos, pero también motivos dictados por una razón por desgracia impenetrable para la inteligencia humana. Aunque no exista ninguna fórmula segura para doblegarla, no está prohibido el invocarla y, menos aún, el reflexionar sobre las causas de las desgracias sufridas y sacar de ello las consecuencias necesarias: en un cierto estadio de su elaboración, la obra histórica de Polibio estuvo dominada por esta filosofía de la Fortuna. Pero, además, en los medios menos cultos, se admitía que existían innumerables Fortunas, una para cada individuo y para cada colectividad. En esto quizá pudo influir la concepción del *Gad* semítico, protector especial de cada ciudad. Fue a causa de la fama considerable conseguida por una estatua de Eutíquides, personificación de la Fortuna de Antioquía, que se estableció la costumbre, de larga

perduración, de personificar a una ciudad bajo el aspecto de una mujer con la cabeza coronada por torres. La devoción era mucho más viva hacia las fortunas más poderosas, en particular las de los soberanos, a las que se rendía culto y por las que se prestaba juramento. En suma, pocos cultos estuvieron más extendidos que esta religión de la Fortuna: seguramente no había otro más apropiado a la experiencia misma de este mundo aventurero, que vio producirse tantas ascensiones bruscas, seguidas de no menos bruscas catástrofes.

Las novedades religiosas: la inquietud y la salvación

En el culto monárquico en la medida en que no era simple adulación, y en el culto a la Fortuna, se reconoce sin dificultad el deseo unánimemente sentido de asegurarse la felicidad, gracias a la protección de poderes superiores. La inquietud aguijoneaba las almas y los hombres buscaban con ansiedad la salvación. Esta aspiración se expresaba con fuerza singular en el sobrenombre de soter, "salvador", dado entonces a tantas divinidades antiguas y nuevas y asimismo a tantos soberanos. Sentirse al abrigo de las amenazas de la vida y de la muerte era la condición primera para ser feliz.

Contra los sufrimientos se invocaba con fervor al dios de la salud, Esculapio. Hacía mucho tiempo que había sido admitido entre los dioses griegos y poseía célebres santuarios como el de Cos, una de las islas del Egeo, o el de Epidauro, en Argólida. A ellos acudían multitudes cada día más numerosas. La fama de su instituto médico-religioso, en el que numerosos discípulos se formaban como médicos, constituía uno de los principales elementos de la prosperidad de Cos, y el Estado además ayudaba al mantenimiento de la escuela mediante subvenciones. En Epidauro se hizo necesario ampliar los edificios donde los enfermos venían a pasar la noche y recogían en los sueños las indicaciones que los sacerdotes interpretaban para guiarlos en el tratamiento de sus enfermedades; numerosos exvotos, acompañados de inscripciones explicativas, atestiguan, hoy todavía, el agradecimiento de los consultantes, que debían a la bondad del dios una curación milagrosa.

Eran dioses misericordiosos y salvadores asimismo los que garantizaban la seguridad del hombre ante los peligros de ultratumba. Lo conseguían por la iniciación del fiel en sus misterios. La civilización griega clásica había conocido esta forma de vida religiosa, que adquirió en el período helenístico un notable desarrollo, en antiguos o nuevos santuarios griegos y orientales. No lejos de Atenas, la auténtica Eleusis conservaba y aún extendía su clientela; pero, una nueva Eleusis había surgido en las proximidades de Alejandría, si bien su actividad era de orden secundario. Por otra parte, las preferencias se inclinaban hacia otros misterios, a causa del carácter más dramático y emotivo de sus ceremonias, tan emotivo que incluso empezaron a circular contra ellos acusaciones

de charlatanismo y de libertinaje. Dionisio, ya presente en Eleusis, tenía sus misterios propios, que dieron origen a numerosas sucursales. Y si estos misterios ya se encontraban en su viejo patrimonio, no por eso los griegos dejaron de participar en otras asociados a cultos orientales, como los de Atis y Cibeles, en Asia Menor, o los de Isis y Osiris, en Egipto.

Conocemos mal el detalle de las ceremonias acerca de las cuales el iniciado tenía que guardar silencio. Según los dioses, los ritos y las fórmulas cambiaban. El fiel encontraba en ellos un mínimo de paz para sus angustias: asistía a la resurrección de un dios muerto y se instruía así en los secretos de la muerte y de la resurrección. Quizá los misterios de Eleusis se conformaban con esto, pero otros llevaban más lejos al iniciado. Después de variadas purificaciones se identificaba con el dios y participaba de su naturaleza divina. Hacía el aprendizaje de estado de alma nuevos para él, el éxtasis y el amor del dios en su sufrimiento, que arrebataban al menos predispuesto a emocionarse. Se enfrentaba con nociones desconocidas en absoluto por los antiguos cultos griegos, por ejemplo, la del pecado y la de la pureza, no sólo física y adquirida por el baño y por el ayuno, sino también moral. Con promesas de un premio inestimable, todo esto enriquecía su vida íntima hasta entonces abandonada a sí misma y a partir de este momento iluminada y sostenida por una nueva espiritualidad. En suma, un conjunto de conquistas que el alma humana ya no consentiría en dejarse arrebatar.

Las novedades religiosas: los cultos orientales y Serapis.

Muchos de estos misterios estaban en relación con divinidades orientales, pero no por ello los griegos los despreciaron. En materia de religión dieron siempre prueba de una acogedora receptividad, sensibles a las lagunas de sus propias creencias y prestos a suplirlas con préstamos tomados a Oriente. Además, cuando acogieron cultos extranjeros se esforzaron en adaptarlos a su manera de ser e incluso los depuraron intelectualizándolos. Éste fue el caso, en el corazón de la Grecia Clásica, en Atenas, del culto de Dionisios. Los que continuaban intactos, con sus caracteres y sus ritos originales, habían podido penetrar en algunas ciudades, en especial en los puertos, pero a veces sólo a título privado: así, el culto de Isis en el Pireo fue tolerado, pero no obtuvo el reconocimiento oficial. En el período helenístico la situación cambió. Los contactos con los dioses orientales se establecían, por la fuerza de las cosas, directamente y en la más amplia escala, tanto si el Estado consentía o no en favorecerlos. Realmente, en ninguna parte el Estado puso obstáculos y los griegos encontraron en ellos ocasión para innumerables adquisiciones espirituales que, con respecto a la tradición clásica, pueden parecer puras y simples traiciones.

Se producían extrañas asociaciones. Hasta Yahvé, tan original e íntimamente ligado a un

pueblo determinado, estuvo amenazado de fusión. En efecto, *hypsistos* ("muy alto") era ya un epíteto de Zeus que se aplicó a un nombre más vago, *Théos* ("dios"), creando así una nueva divinidad, cómodamente conciliable con ciertas doctrinas filosóficas y en la que muchos no dudaron en reconocer al Dios de los judíos. Otros asimilaban éste a Dionisio, bajo su nombre tracio de Sabazios, a cuyo propósito era fácil jugar con palabras como *sabbat* o *sabaot*. Razonamientos análogos hacían hablar de Zeus Damascenos o Zeus Dolicenos, que no eran otros que los Hadads de Damasco o de Doliché. Una tendencia instintiva llevaba al alma griega a buscar y a crear un dios todopoderoso, cuya benevolencia pudiera corresponder a las rogativas de los fieles. Así, si bien de manera confusa, se abrían caminos que podían llevar hasta el monoteísmo.

Los Ptolomeos intentaron dirigir este esfuerzo, al propio tiempo que unir en un culto común a griegos e indígenas. A este efecto, Ptolomeo I, creó un dios nuevo, Serapis, y organizó su culto después de haber consultado, no sólo a un griego, sino a un sacerdote egipcio, Manetón, el mismo que fue encargado de redactar en lengua griega un resumen de la historia de Egipto faraónico. El primer santuario del nuevo dios, o Serapeion, se edificó en Memfis, ciudad puramente egipcia; cuando bajo Ptolomeo II se fundó un Serapeion en Alejandría, fue construido en el barrio indígena de Rhacotis. El mismo nombre del dios no era otro que el del dios de los muertos de Memfis, Osiris-Apis,deformado por los griegos en Osarapis, Sarapis, Serapis. En el santuario de dicha ciudad, su culto era celebrado según los dos rituales por dos cleros y el egipcio era mucho más numeroso que el griego. Sin embargo, la influencia griega se hizo rápidamente preponderante, en especial según parece a causa de la estatua del escultor Briaxis, que creó la representación convencional del dios. En ella estaban fundidos los rasgos o atributos de varios dioses griegos, Zeus en razón de su poder, el dios de la salud Esculapio y el dios de los muertos Hades: un hombre majestuoso pero de cara apacible y piadosa, con la barba abundante y los cabellos rizados, coronado con un cuerno, símbolo de la abundancia, estaba sentado en un trono con un largo bastón en la mano izquierda y poniendo la derecha sobre un perro. Asimismo, si los dioses egipcios Isis y Anubis estaban asociados al dios en el Serapeion de Memfis y si los Apis muertos recibían sepultura en él, también se encontraba una capilla de Dionisios y el santuario estaba precedido de una exedra en la que cinco estatuas de filósofos y cinco de poetas, todos griegos, encuadraban la de Homero. Dios y culto compuestos, por consiguiente, pero fuertemente marcados por un helenismo que no creía renegar por ello de lo que fue y de lo que era aún su grandeza. Por esta causa no puede sorprender que Serapis, en la práctica,

fuese indiferente a los indígenas egipcios. Por el contrario, tuvo una amplia aceptación en los medios griegos, sobre todo por lo que representaba de mejoramiento respecto a las divinidades clásicas. Un poco en todas partes se le consagraron santuarios donde también se celebraban misterios: se conocen en Asia Menor, en Delos, en Tracia y en la propia Grecia. A través de él se preparó la expansión del culto y de los misterios de Isis por todo el Imperio romano.

A pesar de las precauciones tomadas para salvaguardar la parte de los elementos helénicos, la autonomía y la supremacía religiosa del Oriente persistieron de manera indiscutida. Sin hacerles la menor concesión, sus cultos atrajeron fieles griegos, de los que nos han llegado redactados en lengua griega -lo que no era ninguna particularidad, pues, a veces, la usaban los propios indígenas - innumerables testimonios de devoción hacia dioses perfectamente "bárbaros". Por su mediación, éstos ganaron terreno hacia el Oeste, primero las islas, Delos en particular, y después, la propia Grecia. Hasta Babilonia, en la que la antigua religión, limitándose a no perecer, había perdido toda fuerza conquistadora, aportó algo a esta invasión: la astrología y la magia, practicadas por los llamados "caldeos" o "magos", pues estas falsas ciencias se imponían con frecuencia con la ayuda del nombre de Zoroastro. Todas las religiones orientales que más tarde afluirán a Roma y, desde ella, se difundirán por las provincias occidentales del Imperio, empezaron su traslación hacia el Oeste antes de la conquista romana: en éste, como en tantos otros aspectos, la dominación romana no hizo más que ensanchar el campo de la evolución anterior.

Por ello, no parece excesivo hablar, respecto a los griegos, de una revolución religiosa impulsada por las conquistas de Alejandro. Arrancándolos de las obligaciones de la religión cívica, dio libertad en ellos a una sensibilidad y un misticismo latentes, pero hasta entonces rechazados. Instalándolos en un mundo ensanchado del que pudieron sacar enseñanzas, les permitió experiencias que suscitaron su entusiasmo apasionado. Descubrieron al propio tiempo las riquezas materiales y las espirituales de Oriente, que les fascinaron de manera duradera. Pero si el uso de las primeras no exigía ningún aprendizaje, para las otras fue necesario que en su calidad de novicios aceptasen las enseñanzas de sus súbditos. En esta escuela acabaron por tomar conciencia de lo que dejaba sus almas insatisfechas y se despertaron a una nueva piedad, hecha de inquietud y de fervor.

II. EL ARTE

Arte griego y artes indígenas.

En materia artística, aparte de ciertas técnicas, el Oriente no podía aparecer como maestro a los ojos de los griegos, cuya superioridad era manifiesta desde hacía mucho tiempo. Por el contrario, desde antes de Alejandro, el arte griego había ya penetrado en muchos lugares del litoral mediterráneo de Asia e incluso en la corte persa. El arte helenístico fue, pues, sustancialmente un arte griego, tanto por sus ejecutantes como por sus realizaciones. Las artes indígenas sólo conservaron su rivalidad en algunas regiones muy limitadas. Examinando el Oriente en conjunto, vemos que no encontraban en la práctica ocasión para manifestarse: la minoría social que las había podido mantener mediante sus encargos, estaba empobrecida o desnacionalizada e incluso había perdido el gusto por ellas.

Esta decadencia general tuvo muy raras excepciones. Con Uruk, en Babilonia, donde la persistencia de una vida social favorecida por los Seléucidas explica la edificación y la restauración de santuarios del tipo tradicional, la principal excepción la proporciona Egipto. En el valle del Nilo, la voluntad de los soberanos griegos de mantener las tradiciones sociales se expresó con la misma firmeza en el terreno artístico que en los demás. Se construyeron templos egipcios con los muros adornados con las escenas clásicas: sólo ligeros matices, ciertos intentos de armonía en las proporciones dejan adivinar la vecindad o la acción de los griegos obedeciendo a otra estética. El único monumento en que la influencia helénica se afirma de manera sensible, en la representación de personajes vestidos a la griega y en ciertos detalles como la ofrenda de un gallo a la presencia de un niño en los brazos de su madre, es la tumba de Petosiris, un egipcio perteneciente a una familia de sacerdotes. Pero es posible que este monumento sea anterior a la conquista de Alejandro.

La renovación del arte griego

Aunque domina sin discusión, el arte griego sufre, sin embargo, una profunda renovación. Pero no tomó de las artes orientales más de lo que éstas tomaron de él. Sus transformaciones, que la evolución anterior ya hacía presentir, se explican en particular por las condiciones diferentes en las que tuvo que ejercerse su actividad.

La renovación vino del refuerzo que aportó, en ciertas tendencias manifiestas desde fines del período clásico, el gusto de una sensibilidad nueva. El arte se cargó de intenciones espirituales y de emotividad religiosa; sus semblantes y a veces incluso sus paisajes se tiñeron de misticismo. Por otra parte, no todo era de igual calidad en la tendencia al sentimiento de una clientela menos preocupada

que antes por la armonía lógica. La emoción podía derivar hasta la agitación y la violencia, incluso externas. El arte usó de este recurso, no aplicándose exclusivamente a los conflictos y dolores íntimos, sino más bien buscando en lo patético y tumultuoso el medio de expresar la pasión.

Las condiciones materiales de la vida artística habían mejorado mucho. Desde el período clásico las ciudades griegas competían en su ornamentación y embellecimiento. La tendencia persiste acentuándose y numerosas ciudades nuevas de Oriente se lanzaron por el mismo camino de emulación que las de la vieja Grecia. El desarrollo de la burguesía ampliaba también los efectivos de una clientela acomodada, deseosa de lujo y de belleza en su vida privada y pública. La consecuencia fue un acrecentamiento considerable de la demanda que aumentó el número de artistas profesionales haciendo su existencia cotidiana más fácil y con frecuencia incluso próspera. Pero la calidad media de las obras descendió por la creación y la moda de los que se podrían llamar tipos de serie, adoptados a los gustos de una clase social que en adelante fue demasiado numerosa para conservarse como minoría culta y, que nos parece también de serie, pues se la encuentra casi siempre idéntica en toda la extensión del mundo griego.

Es verdad que, al propio tiempo, otra clientela apasionada por la alta cultura y dotada con los medios necesarios, pedía a los artistas la satisfacción de otros gustos más refinados: la clientela de los reyes y de sus cortes. No faltaban el lujo ni el sentido de lo grandioso, uno y otro propicios para realzar la majestad del poder. Pero una educación especialmente cuidada desde que la dinastía tenía estabilidad, y una corte a la que se tenía el cuidado de atraer a aquellos cuya presencia, en razón de su renombre, podía ilustrar a la monarquía, hacían nacer preocupaciones e investigaciones sin paralelo con las que contentaban a las burguesías urbanas. El mecenazgo, también en este caso y con más amplitud que en las ciudades, resolvía todos los problemas materiales de los artistas. Pero les orientaba hacia realizaciones o pomposas o refinadas, que ofrecían asimismo un fuerte contraste con las del período anterior.

1. LA ARQUITECTURA

Los grandes edificios.

La arquitectura habría podido tomar de Oriente el arco, la bóveda y la cúpula, por ejemplo. Aunque sin duda las conoció, las utilizó poco, conservándose sistemáticamente fiel a los procedimientos clásicos que se limitó a perfeccionar. Si el número de monumentos entonces construidos fue considerable, muy pocos presentaron, en su concepción y en su realización, algo inédito. La arquitectura griega creó cosas nuevas agrupando ele-

mentos antiguos con el fin de conseguir conjuntos grandiosos.

Este tradicionalismo llama la atención en el caso del templo, monumento entonces multiplicado en innumerables ejemplares con una prodigalidad que dictaban las convenciones de la piedad oficial. Incluso es de notar que si sus materiales y su ornamentación con frecuencia mostraron ser de una gran riqueza, no se volvió a las grandes dimensiones que el gusto mesurado del período clásico hizo abandonar. Los planos de los grandes templos en que se trabajó, entonces, si bien algunos no fueron acabados antes del siglo II, fueron al menos levantados desde el siglo VI: así, por ejemplo, los del templo de Zeus Olímpico, del que, en Atenas, Pisístrato fue el iniciador. O bien, eran impuestos por la utilización de restos de edificios anteriores, accidentalmente construidos.

Las construcciones que se apartan de la regla son muy raras. La más curiosa, perfectamente conocida por las excavaciones, es el santuario de Dídima, del que Mileto, a partir de Alejandro, emprendió y prosiguió durante siglos la reconstrucción. Su basamento medía 116 metros por 52 en lugar de los 70 por 30 del Partenón. Un verdadero bosque de columnas, repartidas en cinco órdenes, se levantaba ante la puerta Sur de la fachada; una doble hilera de ellas rodeaba el edificio. Por último, en el interior de los muros, veintidós escalones descendentes llevaban a un patio en el que se levantaba un pequeño templo de Apolo. Es imposible no pensar en Oriente en presencia de estas anomalías, en las salas hipóstilas de los templos egipcios y de los *apadanas* persas, y en los patios interiores de diversos santuarios orientales. ¿Pero de cuándo databan estas influencias, puesto que se reconstruía un edificio incendiado? Se conservaron, por ejemplo, las arcaicas estatuas sentadas de los miembros de la familia sacerdotal de los Bránquidas, dispuestas a lo largo de la avenida que llevaba del puerto al templo y cuya disposición se inspiraba en las avenidas egipcias de esfinges y carneros.

Únicamente griego, por el contrario, y sin embargo original, es un tipo nuevo si no de templo, al menos de trabajo arquitectónico de finalidad religiosa: el altar monumental de Zeus Soter, en Pérgamo. Se levantaba cerca de la cima de la ciudad alta, en el interior de un vasto cuadrilátero delimitado por un doble pórtico. Un basamento escalonado levantaba el conjunto, con una escalera majestuosa por el lado de la vía sagrada, dominada por dos alas avanzadas del pórtico. Pero, más que de un edificio, se trataba de la ordenación de un espacio libre: el arquitecto se hacía urbanista.

Este ejemplo muestra que la arquitectura helenística no rechazaba por principio las realizaciones grandiosas, aptas para impresionar los espíritus por sus dimensiones poco frecuentes. Por el contrario, era inevitable que cediese ante esta tendencia, tan conforme con las realidades políticas, geográficas y financieras del momento, cuya escala se había engrandecido des-

mesuradamente. El famoso "coloso" de Rodas fue concebido como una estatua tallada en muchos bloques representando a Helios, el dios Sol, divinidad de la ciudad. Asimismo hay que mencionar la torre de tres pisos, de una altura de 120 metros, edificada por el arquitecto Sostratos de Cnido, a la entrada del puerto de Alejandría y destinada a guiar a los navíos que se dirigían al puerto, mediante el fuego encendido en su cúspide, cuyo resplandor era reflejado a lo lejos mediante espejos (fig. 31, pág. 506).

La casa. Otra tendencia innovadora de la arquitectura helenística se explica también por el acrecentamiento de las posibilidades financieras.

No sabemos casi nada de los palacios reales que esperan el pico de los excavadores. No obstante, parece que no hay que imaginarse edificios majestuosos, sino más bien dispersos en parques con muchos árboles y plantas que siempre encantaron a los soberanos orientales, seguramente suntuosos, pero más propios para la vida cómoda que para la pompa oficial. Las únicas descripciones detalladas que poseemos se refieren a la tienda-pabellón levantado por Ptolomeo II en ocasión de una gran fiesta dinástica y el "talamego", palacio flotante construido para los paseos de Ptolomeo IV y sus familiares por el Nilo: ambas, decoraciones impresionantes e inmensas de la monarquía lágida, pero efímeras y ocasionales, que reemplazan mal el gran palacio que dicha monarquía no quiso hacerse construir, evidentemente porque no hubiera respondido a los gustos de sus soberanos.

En cambio, las excavaciones han devuelto a la luz del día innumerables casas particulares, sobre todo en las ciudades asiáticas, como Mileto y Priene, o insulares, como Delos. Las viviendas estrechas y pobres en las que se amontonaban las familias del pueblo continuaban siendo, como es natural, la mayoría. Sin embargo, a su lado, se formó un nuevo tipo de casa, lo bastante diferenciada para que se haya hecho corriente hablar de la "casa helenística" en oposición a la casa del período

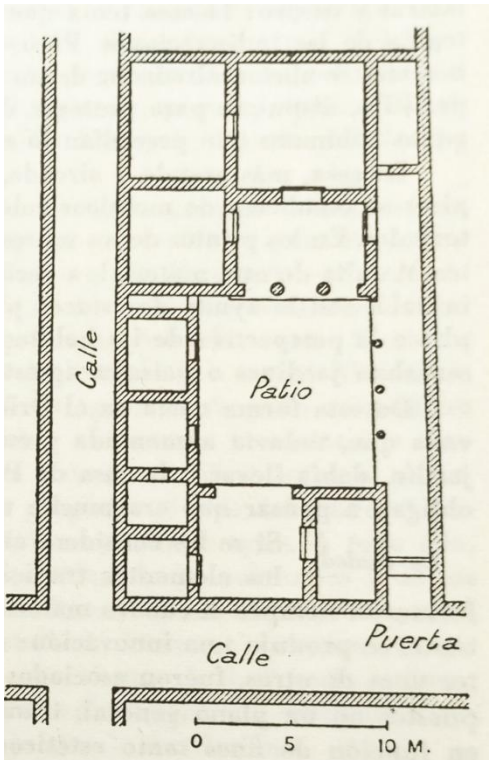


Fig. 33. — Casa helenística en Priene (Laria).

clásico. Su adopción se debe a la burguesía, deseosa de comodidad, si no de lujo, y provista de los medios para alegrar su existencia cotidiana. La casa helenística ocupa una superficie mayor: el espacio estaba menos escatimado que en otros tiempos. No se abrían ventanas al exterior y se entraba en la casa por una única puerta que daba acceso a un corredor lateral y oscuro: la casa tenía que constituir el abrigo de la vida íntima, protegida de las indiscreciones. Pero - y ésta era la gran innovación- las habitaciones se abrían alrededor de un patio central, con frecuencia provisto de un peristilo, dispuesto para proteger de la lluvia o del sol, o como mínimo de algunas columnas que precedían la entrada de la habitación principal.

La casa, más grande y aireada, era objeto de una cuidada decoración. Los pisos se recubrían de mosaicos coloreados, con decoraciones geométricas o historiadas. En los plintos de los muros, los revestimientos de mármol eran frecuentes. A falta de este material, a veces raro, por ejemplo, en el delta del Nilo, se imitaba con la ayuda de estucos pintados. Era frecuente asimismo que se ampliase la perspectiva de las habitaciones mediante pinturas murales que representaban jardines o paisajes agrestes.

De esta forma nacía en el Oriente mediterráneo este tipo de vivienda privada que, todavía aumentada y enriquecida, sumándole a veces un verdadero jardín, debía llevar a la casa de Pompeya, de la que múltiples comparaciones obligan a pensar que era mucho más griega que romana.

La ciudad. Si se les considera aisladamente, ningún cambio serio aparece en los elementos tradicionales - ágora, gimnasio, teatro, etc. formaron siempre el cuadro material de la vida colectiva de los griegos. No obstante, se produjo una innovación: estos elementos, hasta entonces independientes unos de otros, fueron asociados para formar un conjunto, concebidos y dispuestos en un plano general, transformados en partes de un todo organizado en función de fines tanto estéticos como materiales. La principal aportación de la arquitectura helenística fue el concepto de ciudad: parece como si hubiese descubierto su existencia y su unidad como ser material tan irreductible y superior a la simple yuxtaposición de los edificios públicos y de las casas de la ciudad, como lo era desde hacía mucho tiempo como ser moral superior a la simple yuxtaposición de los individuos. Así pudo nacer lo que, desde su origen, se manifestó al mismo tiempo como un arte, una ciencia y una técnica administrativa: el urbanismo.

Con muy pocas excepciones- creaciones bastante tardías como El Pireo u Olinto-, la ciudad-tipo del período clásico estaba construida al azar, sin prever el porvenir, sin preocuparse por otros problemas que los inmediatos. Por el contrario, sólo con algunas excepciones -Delos, por ejemplo-, la ciudad helenística se ordenó según un plano y pudo hacerlo fácilmente, pues en muchas ocasiones se trataba de una ciudad nueva. Su plano geométrico con calles paralelas cortándose en ángulo

recto, preveía su extensión futura y reservaba espacios vacíos a las plazas y a los edificios indispensables al desarrollo de la vida colectiva, distribuyendo los monumentos públicos con vistas a producir efecto y según sus funciones lógicas. Esto no dejaba de producir un tipo de ciudad casi siempre igual. Sin embargo, se tenían en cuenta la topografía aunque sólo fuese para fijar el trazado de la muralla, el emplazamiento de la ciudadela y el del teatro, cuya construcción en la pendiente de una colina reducía mucho los gastos de edificación. Existían, además, preocupaciones colectivas, nuevas en su desarrollo y en su generalización, que el gusto del tiempo obliga a respetar (fig. 32, pág. 523).

Ante todo, preocupaciones de comodidad. Se fijaba para las calles una anchura mayor, unos 10 metros para las principales y unos 6 u 8 para las secundarias. Reglamentos municipales, uno de ellos-el de Pérgamo – conservado en una inscripción, velaban por la limpieza de las vías ciudadanas así como para la observancia de una determinada separación entre las casas. Magistrados y funcionarios especiales, para la organización de los cuales Alejandría sirvió de modelo más tarde, para la Roma de la época de Augusto, aseguraban la aplicación de estos reglamentos, la seguridad nocturna y la protección contra los incendios. Las plazas públicas, anchas y de acceso fácil, estaban rodeadas de pórticos adaptados al clima oriental y propicios al ocio del paseo. Acueductos y canalizaciones procuraban el aprovisionamiento de agua. A todo ello, si la ciudad prosperaba, ayudada por la generosidad de los soberanos y de los ciudadanos ricos, se sumaba el lujo, bajo la forma de monumentos nuevos, templos, gimnasios, altares y sobre todo estatuas de bronce o de mármol cuyo número acababa por ser considerable. Es natural que la burguesía urbana, provista de casas elegantemente decoradas, concediese gran importancia al ornato de su ciudad; en este aspecto también jugaba la emulación.

Además, el urbanismo helenístico obedeció a una nueva preocupación por el efecto de conjunto obtenido por la organización estética del paisaje, por la combinación armoniosa de las perspectivas que engrandecen y prolongan, por la distribución equilibrada de las líneas, de los planos y de las masas que proporcionaba la arquitectura. En este aspecto, dos ciudades, dos residencias reales, parece que fueron obras perfectas. En todo caso sirvieron para fijar a las generaciones de artistas de toda clase, escultores, grabadores y pintores, dos temas de paisaje de fondo. Fueron Alejandría y Pérgamo. La primera (figura 31, pág. 506), construida en terreno llano, ha proporcionado las líneas y las escenas tradicionales del paisaje portuario, familiar a todos los mediterráneos, llegado aquí a la perfección gracias al progreso de los medios técnicos que entonces no podían alcanzar en ningún lugar una escala comparable: los islotes, los muelles, la torre luminosa, los almacenes, la

variedad de los tipos de navío, la actividad de la carga y la descarga, todo esto dominado por la parte superior de las frondas de los parques reales y por los techos de los edificios públicos. Pérgamo,

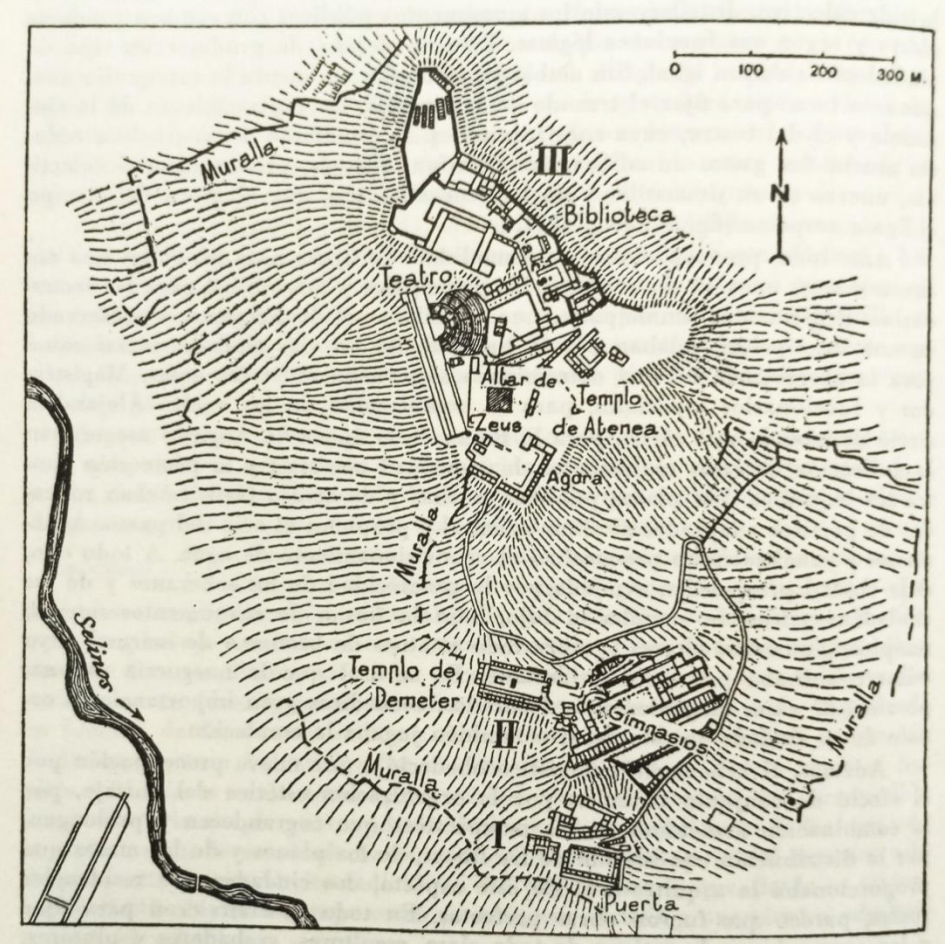


Fig. 34. — Pérgamo helenístico
Tres ciudades se sobreponen; la ciudad baja (I), la ciudad media (II) y la ciudad alta (III). El crecimiento de la ciudad y su descenso hacia el llano, provocaron la construcción sucesiva de recintos amurallados más grandes.

construida sobre la pendiente de de una colina que bajaba hasta una llanura cercana a un río,

extendida según planos escalonados que formaban terrazas horizontales subrayadas por los muros, las columnatas y las techumbres de los gimnasios o de los estadios, coronada por las graderías del teatro y por las columnatas de los templos, proporcionó el paisaje urbano propiamente dicho, construido como el telón de fondo de una decoración teatral, con un sentido perfecto de la grandeza hecha sensible con la evocación impresionante del esfuerzo humano imponiéndose a la naturaleza y culminando en la expresión de su reconocimiento hacia los dioses: lo que en Atenas empezó a ser un ejemplo encima del zócalo escarpado de la Acrópolis, estaba aquí ampliado por la integración del resto de la ciudad en esta piadosa y monumental ofrenda. Había nacido un arte nuevo, al mismo tiempo producto y alimento de una sensibilidad nueva.

2. LAS ARTES PLÁSTICAS

Las condiciones generales

Las condiciones generales que ejercieron su influencia sobre las artes plásticas son muy diferentes de las del período clásico.

El cambio se hace sentir especialmente en las condiciones materiales. La existencia de las grandes monarquías, su política de mecenazgo, el aumento de la riqueza, la emulación entre las colectividades y el gusto por el lujo entre los particulares suscitaban un aumento formidable de los encargos a los artistas. Ciertos datos numéricos, conocidos a causa de los pillajes, son realmente sorprendentes. Polibio afirma que "no había menos de 2.000 estatuas" en Termos, centro religioso y político de la Confederación etolia. El general romano que tomó Ambracia, una ciudad del oeste de Grecia, oscura en los siglos clásicos y secundaria después, fuera del breve momento en que fue residencia del rey Pirro, pudo hacer desfilar en su triunfo 785 estatuas de bronce y 230 de mármol, habiendo abandonado las terracotas, algunas de las cuales habían salido de las manos de Zeuxis. El cortejo triunfal del vencedor de Macedonia, Paulo Emilio, se componía de 250 carros llenos de cuadros, estatuas, tejidos preciosos, vasos de oro, de plata, de bronce y de marfil. Más que nunca, los grandes santuarios panhelénicos: Delfos, Olimpia, Delos, cuya magnificencia han precisado los hallazgos y sus inventarios grabados sobre piedra, o bien una ciudad como Atenas, presentaron el carácter de museos, de exposiciones permanentes, que ya tenían desde hacía mucho tiempo. Todas las otras ciudades las convirtieron en su ideal y muchas llegaron a realizarlo, en particular las residencias reales que se beneficiaron ampliamente de la generosidad de los soberanos y de su competencia en la ostentación.

Según una evolución análoga a la que -como veremos- aprovechó a los intelectuales, la

existencia material de los artistas y su rango en la jerarquía social sufrieron los efectos de este apasionamiento general. Aunque su número creció, las ocasiones de obtener trabajo se multiplicaron para cada uno de ellos. Con mucha más frecuencia ejercieron su talento sobre materias primas raras y preciosas, que aumentaban el valor de sus obras a los ojos de la clientela. El comercio de arte apareció, con sus consecuencias inevitables: producción de réplicas de obras célebres y ganancias para los intermediarios, pero también extensión de los ambientes abiertos a las preocupaciones estéticas, ampliación de los mercados y debilitación de los antiguos prejuicios sociales. Paralelamente al aumento de los recursos de los artistas, la notoriedad, a falta de la gran celebridad, siempre reservada a una minoría restringida, se extendió a nombres más numerosos. En la época precedente, Fidias, familiar de Pericles, representó una excepción; en cambio, en adelante, a imitación de Lisipo, que se reunió con Alejandro en Asia, más de un artista se codeó con los grandes personajes. Las invitaciones de éstos multiplicaron los desplazamientos, que, extendiendo el conocimientos de las obras y de las técnicas, contribuyeron en gran manera a mantener la unidad del arte helenístico.

Este arte, con matices o formas propias en algunos centros, obedeció a tendencias comunes, adecuadas a las aspiraciones de una sociedad cuya evolución material y moral reforzaba la cohesión primitiva en lugar de introducir diferenciaciones. Muchas de estas tendencias empezaron a manifestarse anteriormente, pero ahora triunfan. El realismo del retrato reflejaba el individualismo general, que rehusaba el identificar el hombre con un tipo abstracto. La búsqueda de la emoción, la expresión de sentimientos apasionados, el gusto inclinándose hacia una belleza más sensual o el jugueteo caprichoso se armonizan con el antirracionalismo de la época. La revolución religiosa hizo sentir asimismo sus efectos, reflejando el arte una fe más individual y afectiva, dirigiéndose al alma y a la sensibilidad cuando menos, con fondos que dan paso a interpretaciones místicas. La representación de la naturaleza y de los paisajes corresponde al gusto de los ciudadanos por los amplios horizontes, el agua corriente y las frondas vegetales y expresa al propio tiempo la piedad hacia las grandes fuerzas señoras de la vida terrestre y del más allá.

Junto a estos factores de renovación hay que dejar un lugar a la imitación del pasado. El prestigio de las obras maestras del clasicismo no dejaba indiferentes a los aficionados, sobre todo a los soberanos deseosos de poner su residencia a la altura de las ciudades-museos de la vieja Grecia. Entonces se constituyeron las primeras colecciones sistemáticamente creadas con el empleo de grandes capitales. Pero, a falta de poder quitar los originales a los santuarios y a las ciudades que los poseían, se recurrió a las copias. Su producción creció sin cesar, en especial cuando se abrieron

nuevos mercados, primero en Italia, y después en el Occidente romanizado. Muy pronto, una ciudad como Atenas consagró a los pedidos de esta clase la mayor parte de la actividad de sus talleres y, si podemos en la actualidad intentar imaginarnos la Atenea que Fidias realizó para el Partenón, lo debemos casi únicamente a la réplica que se ha encontrado en Pérgamo. Naturalmente la fidelidad de estas copias no fue absoluta. La técnica de la reproducción, a base de moldes y de meter en puntos, tardó en ser descubierta y el artista satisfacía la moda del momento o refrenaba mal su inspiración personal. Por ello existen tantas obras, la fijación de cuya fecha, incluso aproximada, se presta a dudas y controversias. Por ello también, al menos a partir del siglo II, comienza una fuerte reacción arcaizante que fue acentuándose y que llegó a cristalizar en desprecio con respecto a las tendencias "modernas". Esta evolución, que no constituye un caso único en la historia del arte, estuvo influida por el desarrollo de la erudición, que tuvo asimismo, como veremos, un lugar importante en el movimiento intelectual: ocurrió como si, en estos aspectos en que la civilización clásica había brillado con tanto esplendor, la civilización helenística, sin confianza en ella misma, se entregase a la imitación del pasado que admiraba.

La escultura

Entre el número considerable de escultores helenísticos, pocas individualidades sobresalen que para nosotros, ahora, sean algo más que meros nombres.

El más grande es el de Lisipo; y aún la actividad de este artista había empezado antes de Alejandro. Pero se convirtió en su escultor titular en Asia y supo marcar las estatuas oficiales que esculpió, de una penetración psicológica que su genio salvó de la convención. Esta característica hace creer que el "Hermes Azara" del Louvre, que lleva una inscripción en su pilar que afirma ser un busto de Alejandro y que asocia íntimamente el hombre y el héroe, es una réplica de una obra de Lisipo. Indudablemente, este escultor por su busca del movimiento y del ritmo, por su agudo análisis del carácter y de los sentimientos, acabó por abrir para sus sucesores la vía en la que le habían precedido Praxiteles y Scopas.

Si este último tuvo por discípulo a Briaxis, el autor de la primera estatua de Serapis, Charis, el de la "maravilla del mundo" que fue el coloso de Rodas, y Eutíquides, el del grupo de la Fortuna de Antioquía, fueron discípulos de Lisipo. Únicamente la Fortuna de Antioquía nos es conocida por una réplica que permite apreciar la calidad de su concepción general: la abundancia y la simplicidad de los signos -corona de murallas almenadas, ramo de espigas, joven y vigoroso nadador representando el río Orontes brotando de debajo de las rocas -, la ciencia de los movimientos atestiguada por lo complejo y natural de la postura que levanta el pie derecho sobre la espalda del nadador y la mano derecha que aguanta las espigas a la altura del cuello, mientras que la mano izquierda se apoya en

la roca, en fin, la delicadeza de los matices por los que se expresan a la vez la majestad y el bienestar en una actitud llena de elegancia, la benevolencia y la gravedad en un rostro lleno de reflexiva dulzura.

A continuación, hallamos nombres, pero sin que sea posible atribuirles obras conocidas. Por célebres que sean, como la Venus de Milo o la Victoria de Samotracia, prestigiosa ofrenda dedicada después de una victoria naval de los siglos III ó II- hay demasiadas para precisarla exactamente-, las estatuas están condenadas al anonimato y a una cronología incierta. Innumerables Afroditas, cuya representación no era más que un pretexto para desvelar el cuerpo femenino, pululan por nuestros museos, planteando otros tantos enigmas a nuestros arqueólogos y limitándose a atestiguar el gusto sensual de una clientela refinada mucho más que su fervor religioso. La gracia de los Dionisios niños o jóvenes, la majestad de los Zeus barbudos, la musculatura, poderosa y a veces fatigada, de los Heracles, se destacan entre tantos tipos convencionales impuestos por los modelos gloriosos.

En esta producción exuberante se perciben ciertas tendencias regionales, que se tiene la tendencia de denominar "escuelas". Sin duda, la palabra es excesiva, porque los desplazamientos de los artistas de origen geográfico muy diverso eran frecuentes y porque ninguna escuela llegó a ejercer un monopolio ni allí donde se acostumbra a colocar su centro. No obstante, hay que constatar que algunas de las múltiples tendencias de la escultura helenística se expresaron, según los lugares, en obras o conjuntos particularmente característicos.

Este caso se realiza con toda claridad en Pérgamo, quizá simplemente en razón de las mayores certidumbres en la atribución de las obras que de allí provienen. Grandes aficionados y compradores de piezas famosas de la época anterior, creadores de una ciudad-museo sin rival en el nuevo mundo de entonces, los soberanos atálidas realizaron numerosos encargos, tanto para adornar su capital como para los regalos principescos, útiles para su propaganda, a diversas ciudades griegas de Europa y Asia. En muchas de estas obras hicieron representar sus luchas contra los Gálatas, pueblo celta cuya invasión había devastado el norte de Grecia y que, una vez instalados en las mesetas anatolias, aterrorizaban a los pueblos vecinos con sus turbulencias y bandidajes. No sin algo de complacencia, puesto que la dinastía, después de haberse servido de ellos para extender su poder, no dudó en utilizarlos contra otros griegos, estas luchas fueron interpretadas como las de la civilización contra la barbarie. Ciertas obras escultóricas las conmemoraron directamente, otras las recordaron simbólicamente con la ayuda de escenas mitológicas o históricas. Así, al pie del muro meridional de la Acrópolis de Atenas, algunos grupos representaron no sólo la derrota de los Gálatas por Atalo I, si no

también la de los gigantes por los Olímpicos, la de las Amazonas y los Persas por los Atenienses. Fue asimismo la Gigantomaquia la que proporcionó el tema del gran friso del altar de Pérgamo.

Así se fijó, con un éxito que hizo que se multiplicasen las réplicas durante toda la Antigüedad, el tipo de guerrero galo combatiente, herido, moribundo, o suicidándose después de haber matado a su mujer para no sufrir la esclavitud, terrible en su desnudez, con cabellos alborotados y su ardor feroz, pero emocionante por su valentía en la desgracia; todo muy apto para maravillar a los ciudadanos en el sosiego de su comodidad refinada. La gran obra de este tipo es el friso que, en una longitud de cerca de 130 metros por 2,30 de altura, adornaba el basamento monumental del altar de Zeus, en Pérgamo. La pasión llevada hasta la violencia máxima que anima a los combatientes se expresa en el frenesí de las actitudes, la crispación de las caras y de los músculos tendidos en vigorosos esfuerzos. La virtuosidad inventiva de los artistas se tradujo por la variedad de los tipos humanos o monstruosos, por el inagotable numen que multiplica y diversifica los episodios, por la minucia de los detalles en la representación de las armas e incluso de las telas y de los calzados. Frente a la moderación severa de la escultura clásica, la helenística se expresa con una grandilocuencia aliada a un brutal realismo, en un drama salvaje, físico y moral al mismo tiempo.

No obstante, fue en Rodas donde esta rebusca de lo patético parece que alcanzó, un poco más tarde, su paroxismo. La más célebre de las obras que en esta ciudad se ejecutaron, el grupo de Lacoonte y de sus dos hijos convulsos bajo el abrazo y las mordeduras de las serpientes, que provocó la admiración de Miguel Ángel y de Lessing, pero que la evolución del gusto moderno tilda de violencia melodramática, aparece como la expresión suprema del sufrimiento corporal en un magnífico y sabio estudio anatómico. La escultura helenística tomó, en efecto, la costumbre de tomar de la mitología sus escenas de agonía, el suplicio de Dircé- tema del grupo llamado del "Toro Farnesio"- o la muerte de las Nióbides. Se esforzaba en representar plásticamente los dolores que la tragedia, desde hacía mucho tiempo, venía describiendo, y ningún medio le parecía indigno para despertar en el espectador terror y piedad.

Alejandría fue el centro de un arte de tendencias más variadas. Con frecuencia se disminuye su importancia limitando su producción de calidad a las llamadas artes menores. Es verdad que en ninguna parte escultores y cinceladores desplegaron sobre materias más preciosas-oro, marfil, gemas, ónice - tanta imaginación ingeniosa y habilidad técnica para satisfacer al fasto galante de una clientela más delicada. Pero la gracia refinada, un poco dulzona incluso, de muchas de estas obras bellísimas, a veces estaba rodeada de unas intenciones de orden más superior; se llenaba de una

religiosidad más o menos vaga, naturalista o mística; con una elegante discreción sugería una devoción y una piedad latentes. El defecto, si existe, fue que el virtuosismo magistral de la forma y la malicia de la idea nos hacen pensar más en un juego que en una obra profundamente pensada.

La escultura alejandrina amó el realismo, llevándolo con gusto hasta lo pintoresco en los temas de género y anecdóticos, buscando unas veces complacer, otras hacer reír y otras enternecer. El niño fue para ella un tema predilecto: rollizo, exhibiendo sus nalgas regordetas, símbolo de sana pureza y promesa de fuerza. Trátase de los Dionisios singularmente cuidados, de los amorcillos burlones, del niño luchando con seriedad cómica contra una oca. La tradición del antiguo arte egipcio invitaba a la ironía juguetona, que a veces no retrocedió ante la caricatura: figuras de enanos deformes, bailarines y danzarinas grotescas eran propias para amenizar a los aficionados hartos de belleza académica. La observación aguda se ejerció sobre tipos populares, atletas de baja condición, campesinos, viejos, esclavos y en ello encontró ocasiones de sátira atenuada por un toque de compasión. El bajorrelieve, muy influido por la pintura, cuidó de colocar tanto las escenas mitológicas como las de la vida cotidiana, en un paisaje portuario, urbano o rural. La misma alegoría no se separó por completo de la Naturaleza y se encuentran, junto a niños recreándose en libertad, las plantas de las zonas pantanosas del Delta rodeando al anciano majestuoso que simboliza el Nilo: grupo célebre que contribuyó ampliamente, si no a crear, como la Fortuna de Antioquía lo hizo para las ciudades, al menos a propagar la idea de la personificación de los ríos.

Pintura, cerámica y orfebrería

Como la del período clásico, la gran pintura helenística nos es prácticamente desconocida. Apeles vivía aún en tiempo de Alejandro y ninguno de sus sucesores: Filóxeno, Aecio o Teón, por célebres que fuesen, fue juzgado digno de rivalizar con aquel cuya Afrodita Anadiómena, saliendo de las olas y peinando sus cabellos, continuó siendo durante generaciones la obra maestra inigualada. Para hacernos hoy día una idea de las producciones de este arte, nuestra imaginación tiene que tomar como punto de partida algunos mosaicos o algunos frescos campanienses, sobre todo de Pompeya, evidentemente imitados de modelos realizados en el mundo griego.

Ciertas tendencias manifestadas en la escultura se encuentran también en la pintura, lo que no puede sorprender en razón de la asociación, e incluso de la competencia, de las dos artes en la decoración de los edificios. Así se explica el paralelismo de su evolución, si bien parece que los pintores precedieron a los escultores en la busca de determinados efectos. El sentido del movimiento violento se marca en el mosaico del Museo de Nápoles, que representa el ataque fogoso de Alejandro

contra Darío en medio de la confusión de la batalla de Issos. La mitología proporcionaba abundantes episodios patéticos, tratados con predilección. Pero no descuidaba el colocar los personajes en un paisaje idílico o vaporoso, mientras que un realismo minucioso o una fantasía pintoresca y picante acompañaban la representación de las alegorías. La espiritualidad, la preocupación por la muerte, la filosofía y la literatura dejaban sentir su influencia en la composición de ciertas decoraciones en las que un santuario, una estatua de divinidad, un símbolo animal o vegetal animan la insipidez bucólica; o en la representación de Musas inspiradoras de literatos, de filósofos o de sabios y en la de atributos teatrales o científicos. Incluso para el uso de una clientela media, las estelas funerarias pintadas, de las que se han encontrado muchas en Tesalia, Fenicia y Egipto, podían, por el carácter individual del retrato, salirse de la banalidad convencional. En conjunto, la pintura helenística fue seguramente un gran arte cuyo mejor conocimiento permitiría una mejor comprensión de los demás.

La cerámica pintada, al contrario, sufrió una neta decadencia, como consecuencia de la descentralización de los talleres y de la atracción ejercida por los otros productos de lujo. Atenas perdió su monopolio; numerosos talleres se abrieron por todo el mundo griego, y hasta fuera de él, y todos ellos utilizan una mano de obra menos dotada o menos hábil. Además, la clientela, más rica, prefiere ahora los vasos metálicos que constituyen siempre una importante parte del botín que se exhibe en los desfiles consecutivos a los grandes triunfos del final de las guerras de Oriente. Encima del bronce y de la plata se inscriben escenas en relieve cincelado, y acerca de los temas tratados y de la manera de tratarlos podríamos repetir lo dicho a propósito de la pintura y de la escultura. En este aspecto también, las evocaciones intelectuales, religiosas o fúnebres, a veces hasta macabras, revelan los gustos íntimos de los aficionados refinados. En cuanto a la clientela modesta se contenta con la cerámica de relieves que, imitando los vasos de metal y reproduciendo sus mismas escenas, conoce entonces un éxito que va en aumento. La alfarería deja progresivamente de ser un arte autónomo para convertirse en el substituto barato del metal.

Lo mismo se puede decir respecto a las figuritas. En Beocia y en otras partes, en particular, en Asia, se continúan modelando en arcilla. Pero su finura disminuye y, junto a elegantes burguesas o graciosas muchachas, se fabrican en gran número las estatuillas de carácter anecdótico y en ocasiones caricaturesco. El nivel social de la clientela ha descendido; y la mayor capacidad adquisitiva acrecentó la demanda de objetos construidos en materiales más preciosos.

Por ello se hace indecisa la frontera entre la pequeña escultura y la orfebrería. Moldeados, cincelados, incrustados, los metales, bronce, plata u oro, el marfil, el vidrio, las gemas y los camafeos

solicitan la fantasía y el virtuosismo técnico de artistas al servicio de las más elevadas clases sociales. En esta producción de lujo, y con frecuencia de gran lujo, Alejandría está muy por encima de Pérgamo y de las ciudades de Fenicia. El refinamiento y la suntuosidad de la corte lágida, servida por una riqueza que no encuentra su equivalente en ninguna parte, crean una moda cuyo éxito explica las exportaciones lejanas — se han encontrado vidrios alejandrinos hasta en el Afganistan — y la larga influencia que encontramos todavía en Roma, sobre los gustos de los privilegiados de la fortuna. Hay en esta moda mucho de ostentación, de preciosismo y de barroco; pero también hay a veces un sentimiento delicado, asociado a una cultura intelectual y a una religiosidad que no son superficiales. Este mismo sentimiento delicado se encuentra en el fino rostro, de una ideal pureza, de ciertas reinas ptolomaicas, representadas en algunas piezas de oro, obras maestras de la numismática antigua. Si no en todas, al menos en sus más perfectas obras de arte, esta civilización llegaba a ennoblecer el uso de los bienes materiales que la conquista de Alejandro había puesto a su disposición.

III. LA VIDA INTELECTUAL

Con frecuencia se comete la injusticia de no reconocer la renovación y la intensidad de la vida intelectual en el mundo helenístico. No produjo grandes obras literarias, pero no le faltaron ni el vigor de espíritu ni el atrevimiento de imaginación, hasta tal punto que juzgando el conjunto no se puede hablar de decadencia, sino sólo de orientación diferente del poder creador. Además, en este terreno fue donde la civilización griega se manifestó más claramente asimiladora.

1. LOS INTELECTUALES Y LA NUEVA SOCIEDAD

Las condiciones generales.

La decadencia de la polis no quedó sin consecuencias. No es sorprendente, por ejemplo, que la elocuencia política y judicial desaparezca con el siglo IV, puesto que sólo subsiste una apariencia de las condiciones a las que debía su nacimiento y su esplendor.

En adelante, la monarquía proporcionó un nuevo marco, al que era imposible no acomodarse y que aporta a la vez servidumbres y facilidades. El mecenazgo limita o dirige la libertad del escritor. El absolutismo llega a veces a suprimirla, y conocemos algunos casos en que epigramas demasiado ásperos valieron la muerte de sus autores, acompañada de torturas. Pero, en general, las relaciones

son buenas, aunque con matices muy variados: en los escritores, desde la adulación a la dignidad; en los mecenas, desde la condescendencia a la admiración. Muchas veces los soberanos compiten para atraer junto a sí a un filósofo o a un escritor célebre y, al fin de un banquete, Antioco III da un regalo y el título de "amigo" a un poeta que, negándose a ejercitarse con las armas como los demás convidados, ha recitado unos versos. La corte real constituye de ordinario un medio muy cultivado, en el que la pretensión de elegancia intelectual es sin duda favorable al preciosismo, pero que también sabe apreciar las intenciones más elaboradas y sutiles de fondo y de forma. La delicadeza y la gracia están más en boga que el firme vigor de otros tiempos más apto para la masa más ruda de los ciudadanos. Pero el mal así causado no debe hacer olvidar la amplitud de la ayuda material proporcionada a los literatos y a los sabios, las liberalidades o instituciones que facilitan su vida y sus investigaciones.

Su consecuencia, como en la vida artística, es una clara descentralización. Atenas pierde la hegemonía intelectual ejercida hasta el momento. Continúa como una especie de ciudad universitaria, célebre por sus escuelas de filosofía y de retórica, a las que las familias ricas empiezan a enviar sus hijos para perfeccionar su educación. Un soberano macedonio, Antígono Gonatas, recuerda como un honor lo que debe a sus estancias de adolescente en Atenas y a los maestros de los que recibió lecciones. Pero incluso en este aspecto, Atenas tiene rivales, y la reputación de Rodas, por ejemplo, casi se equilibra con la suya. Atenas sufre, tanto en la investigación científica general como en la mayor parte de las creaciones de orden intelectual y literario, salvo en la filosofía y la comedia, la competencia victoriosa de las grandes capitales monárquicas, más ricas, mejor utilladas y menos excéntricas en el nuevo mundo. En particular Alejandría y Pérgamo, por las colecciones de manuscritos de sus bibliotecas, por las generosidades de sus soberanos, ejercen una mayor atracción y brillan con mayor esplendor: Atenas ya no es "la escuela de Grecia", al menos del mundo griego ampliado.

Otro motivo de cambio es la extensión y la multiplicación de la burguesía o clase media de las ciudades. Esta clase social no alcanza más que excepcionalmente la alta cultura. Se siente poco inclinada a las investigaciones alambicadas que pueden agradar a las clases superiores; pero, al menos, en general, respeta las cosas del espíritu. El griego "medio" de la época clásica estaba representado por el campesino, no ignorante, pero consagrado por necesidad, desde una edad muy temprana, a una vida de preocupaciones y actividades materiales. En adelante, al menos en Oriente, está representado por el ciudadano acomodado, propietario, comerciante o funcionario que, sin estar ocioso, dispone de más tiempo. Esta evolución explica el mejoramiento de la suerte

material y, por consiguiente, la multiplicación de los que se dedican a una actividad intelectual. Ésta no sólo se manifiesta susceptible de alimentar a un hombre, sino que confiere casi automáticamente un mínimo de consideración social.

La alta sociedad o burguesía griega, muy apegada a su civilización, considerada como superior, restringió sus imitaciones de la vida intelectual de Oriente.

Griegos y orientales.

Los griegos, en su conjunto, mostraron por ella muy poca curiosidad, aunque todo parecía favorable para favorecerla, si no para imponerla. A instigación de Ptolomeo I, un sacerdote de Heliópolis reunió lo que se sabía de las dinastías faraónicas y la numeración que estableció sirve todavía a los modernos. Un sacerdote babilonio, Beroso, hizo lo mismo para Caldea, solicitado por el rey seléucida Antíoco I. Sin embargo, sus obras, a juzgar por las fábulas que continuaron circulando entre los griegos, no fueron muy leídas. Aún en el siglo I a. de J. C., después de un contacto prolongado por consiguiente, Alejandro Polihístor, al relatar el pasado de los judíos, no dudó en hacer de Moisés una mujer. Incluso la ciencia oriental, tan avanzada en astronomía, influyó poco en los griegos. Los Lágidas y los Seléucidas adoptaron los calendarios egipcio y babilonio, y el empleo oficial que de ellos hicieron nos permite transponer sus fechas con una precisión perfecta, con tal de que hayan llegado hasta nosotros completas. Pero, aparte de ellos, los griegos continuaron con sus calendarios tradicionales a pesar de su inferioridad. La previsión de los eclipses, corriente en los templos babilónicos, sólo fue conocida por una pequeñísima minoría griega: el 21 de junio del año 168, la desaparición de la Luna aún asustaba al ejército macedonio.

¿Qué decir de la ignorancia obstinada en que se siguió respecto a las cosas de la India? Sin embargo, Alejandro había pasado el Indus, pero tanto él como sus compañeros se limitaron a notar las rarezas superficiales, sin realizar ningún esfuerzo serio de comprensión. Asimilaron a los filósofos cínicos, los que ellos llamaron "gymnosofistas" (los "sabios desnudos"), maravillándose especialmente de la muerte voluntaria de uno de ellos, Cálano, que se ofreció a la hoguera cuando, habiendo seguido al ejército en su regreso a Persia, rehusó escuchar a los médicos griegos en una enfermedad que juzgaba incurable: después de la muerte de Alejandro en Babilonia causó admiración el que hubiese prometido al rey verle de nuevo en esta ciudad. Posteriormente se presentaron nuevas ocasiones. Algunos reyes seléucidas se acercaron hasta las fronteras de la India. Un embajador de Seleuco I, Megástenes, escribió un libro bastante rico en anotaciones precisas y pintorescas del viaje que le había llevado hasta la capital del reino maurya, Pâtaliputra (Patna), a orillas del Ganges, donde pudo ver a los brahmanes. Un rey indio pidió que se le enviase vino, higos y

un filósofo. Otro, Açoka, budista picado de proselitismo, hacia mediados del siglo III, envió misioneros a Antíoco II y Ptolomeo II, e incluso a Antígono Gonatas de Macedonia y a Magas de Cirenaica. Pero estos contactos tuvieron sólo una trascendencia episódica.

Los griegos establecidos en la parte oriental del Irán, a los que su número daba una posición bastante sólida, en Bactriana, estaban mejor situados para conocer la India. Aprovechando la decadencia del Imperio maurya, algunos de sus jefes se crearon pequeños reinos en el Penjab. El más importante de estos soberanos helénicos reinando en país exótico fue, en la primera mitad del siglo II, Menandro. Los textos indios le llaman Milinda, y uno de ellos, las *Preguntas de Milinda*, lo muestra interrogando al sabio Nagasena acerca del budismo. Pero por dichas fechas, el nuevo reino parto, apoderándose del sur del Caspio, cortaba las relaciones de los griegos de Extremo Oriente con sus compatriotas de la vecindad del Mediterráneo. Ya no podía haber transmisión de influencias intelectuales, y la civilización helenística no tomó nada importante de la India porque no llegó a conocerla.

En cuanto al Oriente mediterráneo o mesopotámico, hay que reconocer que su vida intelectual era entonces demasiado mediocre, en general, para ejercer la menor atracción sobre los griegos. Por el contrario, el helenismo atrajo a muchísimos orientales. Esta decadencia y esta asimilación constituyen dos aspectos de un mismo fenómeno social, pues la helenización se producía particularmente en la minoría dirigente indígena, con frecuencia mimada por las dinastías, y también en las poblaciones urbanas que vivían en contacto con la burguesía griega. Sería interminable la lista de los que, siendo de pura raza oriental, hablaron, enseñaron y escribieron en griego hasta el punto de no poder ser distinguidos de los griegos de nacimiento. Los países que ofrecieron menos ejemplos de esta clase fueron Egipto, a causa de la política de segregación étnica concebida y aplicada por los primeros Ptolomeos, y Babilonia, en razón tanto de su alejamiento como de la conquista parta. Pero, en Asia Menor, en Siria, en Fenicia, en Palestina, aún a pesar de los obstáculos de la religión, los nombres abundan. Bastará aquí citar a Zenón, que, originario de Kitión, en la isla de Chipre, salido de un medio muy semítico y no consiguiendo hablar el griego más que de una manera mediocre, fue el fundador, no obstante, de la gran escuela estoica, en la que no se reconoce nada oriental. Otro ejemplo particularmente claro es la necesidad en que se encontraron los judíos de Alejandría de hacer traducir al griego los libros hebraicos de la Biblia; lejos de haber sido emprendida, como lo cuenta la tradición, por los Setenta por mandato expreso de Ptolomeo II, la traducción se hizo en una etapa muy larga y respondía al deseo inevitable de los judíos que, viviendo en una ciudad griega,

perdían el uso de su lengua nacional. Es más, un descubrimiento muy reciente (septiembre de 1952) en una cueva próxima a la orilla occidental del Mar Muerto muestra que incluso en Palestina se usaba a veces la Biblia griega.

En todo el oeste del antiguo Imperio de Alejandro, la helenización intelectual fue, pues, bastante fuerte y los propios griegos son los responsables de su limitación a ciertos grupos sociales. ¿Compensaron estas conquistas intelectuales, las adhesiones obtenidas por las religiones orientales entre los griegos? Seguramente es imposible estimar o enjuiciar estas influencias que, por lo demás, no se excluían por el solo hecho de que se producían en sentido inverso. En el momento de la dominación romana y aún durante todo el Alto Imperio, lo que quedaba del Oriente helenístico era, en realidad, ganado poco a poco por una civilización intelectualmente griega y religiosamente oriental. En este aspecto, pues, el éxito -involuntario- de los griegos no puede ser puesto en duda. Incluso fue más completo que en el terreno artístico, pues subsistían muchas artes indígenas tradicionales gracias al soporte de la religión, mientras que todos los orientales que pensaban o intentaban expresar su pensamiento estaban helenizados. Estas ganancias morales, adquiridas sin violencia ni presión, acrecientan singularmente el activo de la civilización helenística. Es verdad que ya no presenta la pureza de la civilización clásica. Pero ésta ya evolucionaba antes de Alejandro, y el helenismo sufrió un cambio idéntico incluso en la vieja Grecia, donde estaba al abrigo de las contaminaciones orientales.

En resumen, no se debe condenar a la ligera una civilización que obtuvo tales éxitos con los pueblos vencidos y sometidos: el caso es lo bastante raro para que la fuerza de asimilación de que dio pruebas le sea tenida en cuenta.

2.- AL SERVICIO DE LA ACTIVIDAD INTELECTUAL

La unidad intelectual: la "koiné".

Adelantando en Oriente, superando las civilizaciones indígenas y no sufriendo su influencia aparte de algunos préstamos secundarios, no es sorprendente que la vida intelectual helenística conservara una notable unidad. Esta unidad se afirma especialmente por la lengua.

Hasta entonces existía no una lengua griega, sino varios dialectos e incluso varias lenguas escritas. El hecho de que muchos escritores notables fuesen atenienses o hubiesen vivido y escrito en Atenas, no bastaba para hacer de la ática la única lengua literaria: Píndaro escribió en dorio, y Heródoto, a pesar de sus vínculos con Atenas, en jonio. El ático era sólo el más prestigioso de los dialectos "de cultura" del mundo griego. No puede negarse que tenía tendencia a extenderse gracias a su aceptación de ciertas particularidades del jonio, y gracias sobre todo a la importancia del papel jugado por Atenas en la vida política y en la civilización general. Se explica así que, mucho antes de

Alejandro, fuese adoptado por la dinastía macedonia como la lengua del palacio y de la dministración: Alejandro lo habló en su vida oficial y particular, no usando la lengua nacional de sus compatriotas más que por excepción.

De este hecho se deriva que el ático proporcionase lo esencial de la *koiné*, la lengua "común" que se formó espontáneamente en seguida después de la conquista. Respondía a las necesidades inmediatas de un mundo en el que los griegos, sin distinción de origen geográfico, circulaban con libertad y formaban agrupaciones nuevas unidas por su sentimiento de solidaridad frente a los indígenas. Naturalmente esta lengua no fue el ático puro. La influencia del jonio, el dialecto más extendido en el Oriente egeo, se hizo sentir asimismo. La morfología y la sintaxis tuvieron una tendencia constante a simplificarse, eliminando ciertas complicaciones de empleo raro. Es casi seguro que el instrumento lingüístico perdió flexibilidad y ciertos matices delicados, pero contribuyó poderosamente a crear y a mantener, hasta el fin de la Antigüedad – pues fue esta creación helenística lo que Roma transmitió a Bizancio-, la unidad moral e intelectual del mundo griego.

Lengua de las cancillerías y de la administración, la *koiné* fue también el habla común en las ciudades renovadas y en las nuevas. Tanto como la unidad de las costumbres y la similitud del cuadro material creado por las casas y los edificios públicos, esta lengua daba a los griegos emigrados o viajeros la impresión de sentirse en su patria hasta en las fronteras más lejanas. Facilitó la helenización de los orientales, sin llegar a triunfar, en el campo principalmente, sobre los idiomas indígenas que nunca se intentó extirpar. Si las antiguas lenguas nacionales del Oriente asiático desaparecieron -el egipcio sobrevivió-, fue entre las bajas clases sociales, en provecho del arameo. Los progresos de éste continuaron en el interior del reino seléucida, aunque había dejado de ser la lengua de la administración. En Palestina, el hebreo no sobrevivía más que como lengua teológica, mientras que el arameo acababa de convertirse en la lengua del pueblo. Pero la lengua de los Setenta, como la de los Evangelios, es prácticamente la *koiné*; asimismo los romanos aficionados al helenismo aprendieron, hablaron y escribieron la *koiné*.

Llegó a convertirse en la única lengua literaria, aunque no inmediatamente. El mundo griego occidental conservó, aún durante algunos siglos después de Alejandro, el dórico, que Teócrito utilizó no sólo para hacer hablar a los campesinos sicilianos y que fue también la lengua de Arquímedes. Con todo, estos provincialismos arcaizantes desaparecieron de manera progresiva o no se mantuvieron más que artificialmente. En la práctica, todas las esferas cultas usaron la misma lengua y, si esta unidad facilitó los desplazamientos muy frecuentes de los que se dedicaban a una actividad intelectual, aportó también una ayuda considerable a la difusión de la cultura.

La difusión de la cultura.

Esta difusión constituye una de las características principales del período.

El ejemplo venía de muy arriba, pues los reyes y su corte consideraban una vergüenza la ignorancia, porque los dones políticos y militares no bastaban para realizar el ideal del hombre. Hasta en el desencadenamiento de apetitos de poder después de la muerte de Alejandro, esta concepción no fue nunca olvidada: el fundador de la monarquía lágida, Ptolomeo I, se reveló como escritor y redactó una historia de Alejandro bajo la forma de memorias personales, que, perdida por desgracia, fue para los historiadores posteriores una de las fuentes más preciosas referentes a la vida del conquistador y a su expedición. La tradición no se perdió ni en la decadencia de las monarquías: el último rey atálida, que murió en 133, había escrito un tratado de horticultura. Las residencias reales tuvieron el papel de hogar irradiante sobre todas las clases acomodadas y, en particular, sobre la burguesía de las ciudades griegas.

También fue importante el ejemplo dado por las mujeres en las cortes helenísticas. Con frecuencia las reinas se interesaron muy de cerca por la política. Pero, además, a causa de la libertad de conducta que les aseguraban su nacimiento y su rango, tomaron parte en la vida intelectual del palacio, lo que no podían hacer las mujeres de la buena sociedad en la Grecia clásica. En Alejandría, en especial los poetas, les rindieron directo homenaje en sus versos: Teócrito a Arsinoé y Calímaco a Berenice. Alrededor de ellas, sus "casas" tuvieron preocupaciones idénticas, que llegaron hasta círculos más amplios. Así, poco a poco, empezó una verdadera revolución en las costumbres que, hasta entonces, separaban de hecho a las mujeres honestas de las cosas del espíritu. En todas partes, las muchachas empezaron a frecuentar las escuelas, escapando del gineceo, donde su madre se limitaba a enseñarles lo que ella misma había aprendido empíricamente. Algunos casos produjeron escándalo, como, por ejemplo, el de Hiparquia, contradiciendo a sus parientes en su voluntad de casarse con el filósofo cínico Crates, viviendo como él en público, haciéndose invitar como él a banquetes y discutiendo de filosofía y de moral con los asistentes. También Epicuro tuvo mujeres de buena familia entre sus discípulos y la hija de una de ellas, al casarse con un alto oficial seléucida, se convirtió en confidente de una reina. Incluso hubo más de una poetisa, hasta en las ciudades de la vieja Grecia, en Lócrida o en el Peloponeso. El comienzo de la emancipación intelectual de la mujer debe contar mucho en el activo de la civilización helenística.

Dejando de ser el monopolio de un sexo, la cultura dejaba asimismo de ser el monopolio de una minoría restringida. Pues hay que insistir una vez más acerca de la importancia del hecho social

que representaron la multiplicación de la burguesía y la transformación de sus gustos. La clase acomodada se extendió y, ampliando sus horizontes a medida que se intensificaban las relaciones económicas, produjo el despertar de regiones de Grecia atrasadas y hasta entonces casi sin contactos con el exterior. En todas partes, esta clase se dedicó a transmitir a sus hijos, con los privilegios jurídicos del ciudadano griego , una formación intelectual que, a sus ojos, los justificaba.

La educación helenística.

Ésta era la causa de la multiplicación de las escuelas o, más exactamente, la creación de un sistema escolar en el que las colectividades empiezan a interesarse y que dispensa una educación sobre cuyo contenido existe un acuerdo unánime. Esta doble organización es una de las principales aportaciones del período helenístico y, en la práctica, fue valedera hasta el final de los tiempos antiguos.

Hasta entonces, aparte de Creta y sobre todo de Esparta, donde correspondía por entero a la ciudad, la educación era considerada como un asunto privado y la ciudad se limitaba a castigar la inmoralidad de los maestros. Pero incluso cuando no recurría a los preceptos individuales, este sistema, muy caro para las familias, pareció en adelante demasiado incierto. Muchas ciudades crearon magistrados especiales encargados de vigilar las escuelas, incluso privadas, cuyo número aumentó de manera considerable, quedando el uso de los preceptores reservado a las familias excepcionalmente ricas y en la práctica casi sólo a las familias reinantes. Esta evolución atestigua que había aparecido una nueva preocupación. No se pensaba en reconocer los derechos del niño -hombre en potencia-, sobre el desarrollo de sus posibilidades. Pero, por una reacción de defensa natural de una civilización puesta en contacto con otras civilizaciones, orgullosa de su superioridad y encarnizada en su idea de mantenerse incólume, se deseaba mantener al niño en el seno de la comunidad helénica a la que su nacimiento atribuía derechos que ejercer y deberes que cumplir.

De esta forma se explica que los soberanos, en tanto que tales, delegaron este asunto a las ciudades: ninguno de ellos legisló en materia escolar porque la educación interesaba sólo a los griegos y porque, en teoría, la ciudad continuaba siendo el cuadro de la vida de los griegos hasta en el interior de las monarquías. Con bastante frecuencia las ciudades velaron también, o al menos parecieron hacerlo, por la lealtad monárquica de la juventud, favoreciendo la creación y las manifestaciones de asociaciones de "juventud" que rendían homenaje, bajo diversas formas religiosas, al soberano y a su familia. Pero, como todo lo relacionado con el culto dinástico en el marco del municipio, estas instituciones no eran, oficialmente, impuestas por los soberanos. Si la política llegó así a filtrarse en el sistema de educación, nunca llegó a ocupar en él más que un lugar accesorio.

Estas preocupaciones nuevas de la ciudad no llegaron hasta asegurar la gratuidad de la ense-

ñanza para lo que habrían hecho falta recursos que no poseía el presupuesto de la colectividad. De una forma u otra, de todas maneras, la familia se vio libre al menos de una parte de la carga financiera que hasta el momento había soportado sola.

En razón de su carácter militar original, la "efebia" no podía ser más que gratuita. Bien conocida en Atenas, donde sin duda nació, la "efebia" agrupaba a jóvenes de 18 a 20 años para darles una educación militar. La obligación, que no había sido estricta más que durante un corto período de la segunda mitad del siglo IV, había ya desaparecido: a ella sólo se sometían los voluntarios y, por consiguiente, los hijos de las familias acomodadas. El espíritu de la institución se transformó en los tiempos helenísticos. Fue permitido el acceso de los extranjeros. Los ejercicios físicos del gimnasio y los concursos acabaron por suplantar los ejercicios militares. En el siglo II aparecieron las conferencias literarias y filosóficas. La "efebia" se convirtió así, por la edad de los que la frecuentaban, si no por el nivel intelectual que alcanzaba, en una especie de Universidad. Además de Atenas estuvo organizada en otras ciudades y, como en ella, fue gratuita, salvo algunos gastos que el reclutamiento de los efebos en las clases sociales elevadas la costumbre atribuía a éstos.

Un griego no concebía la educación sin entrenamiento físico y éste se realizaba en el gimnasio. Haber pasado por el gimnasio era como una patente de helenismo, del que el individuo podía enorgullecerse durante toda su vida, en particular en Egipto, donde se procuraba excluir de ellos a los indígenas. Pues bien, entonces el gimnasio se convirtió en una institución municipal. Cada aglomeración griega un poco importante tenía como mínimo uno, con frecuencia varios, construido y mantenido a sus costas, vigilado por un magistrado especialista, llamado el "gimnasiarca". En cuanto a la gestión financiera, en especial la provisión de aceite a los atletas, estaba por lo general facilitada por la generosidad de ricos donantes, entre los que figuraban en lugar destacado los soberanos. Dar aceite o constituir una fundación destinada a facilitarlo "al gimnasio" o "a los efebos" fue una de las formas que tomó con frecuencia la costumbre generalizada de las liberalidades a las ciudades, es decir, a los ciudadanos griegos.

Conocemos algunas fundaciones para las escuelas propiamente dichas. Los rodios, por ejemplo, aceptaron-lo que les valió los reproches de Polibio, "vista su riqueza pública y la consideración de que gozaban" - de un rey atálida el donativo de 280 medimnos (cerca de 150.000 hectolitros) de trigo, obligándose a invertir la suma producto de la venta y utilizar los intereses anuales para pagar los maestros. En otras partes los donadores fueron particulares. Estas generosidades daban lugar al nombramiento de los maestros por la colectividad de los ciudadanos,

que poseía asimismo el derecho de destituirlos. El número de estas donaciones, sin embargo, parece que no fue muy elevado y la retribución escolar pagada por los padres no dejó de ser el uso corriente. El esfuerzo impuesto por la generalización y el refuerzo de la educación representó un verdadero sacrificio por parte de las familias: consintiendo en él como consecuencia de las costumbres colectivas - no sin protestas, como se ve en alguna obra de Herondas -, los griegos mostraron la importancia que atribuían a la permanencia de su civilización.

La educación, como hemos dicho, concedía gran importancia al desarrollo corporal asegurado por los ejercicios del gimnasio. Los antiguos concursos gímnicos subsistían y las innumerables fiestas de reciente creación suponían nuevas ocasiones para celebrarlos; en todos ellos figuraban las pruebas especiales para diversas categorías de edad, niños, muchachos, jóvenes, etc. Más que nunca, y cada vez más al margen del utilitarismo militar, el deporte formaba parte integrante de la formación de un griego. Muchos adultos disfrutaban practicándolo.

En el terreno intelectual, por el contrario, las ambiciones nos aparecen en la actualidad bastante limitadas. No se enseñaban, o sólo muy poco, las ciencias.La estimación por la música instrumental y por el canto coral, antaño tan extendida, sufrió una clara decadencia deplorada por los tradicionalistas; si como arte se mantuvo fue debido a que prácticamente estaba en manos de profesionales. Leídos, aprendidos, recitados y copiados sin descanso, como lo atestiguan innumerables hallazgos entre los papiros egipcios, los poemas homéricos continuaban siendo la base de la educación del niño. El estudio de los poetas no se llevaba mucho más allá. Hacia el fin de la escolaridad se empezaba a introducir al alumno en la retórica.

Esta última predominaba netamente en lo que se pueden llamar estudios superiores. Más variados, enseñados por maestros a veces muy famosos, con una especialización más rigurosa de las disciplinas, de todas formas quedaban muy incompletos. Entre las ciencias aplicadas, sólo la medicina atraía a los estudiantes en las escuelas, por otra parte bastante cerradas, fáciles de comparar a congregaciones religiosas, puesto que estaban anexas a los santuarios de Esculapio. Aparte de estas escuelas, la generalidad de los futuros profesionales recibía su aprendizaje de médicos corrientes, pues el ejercicio de esta profesión era libre por completo. Las otras técnicas no eran enseñadas en ninguna parte, en razón del prejuicio arcaico que las condenaba por considerar que conducían a una actividad mercantil. Las ciencias abstractas no estaban representadas más que por las matemáticas y la astronomía. La filosofía tenía más éxito, beneficiándose del prestigio de que gozó durante el período clásico, especialmente hacia su final, con Platón y Aristóteles. Una manía casi general, sin embargo, llevaba las preferencias de la juventud hacia la retórica, ilustrada primero por los sofistas y

enseguida por los oradores de la Atenas del siglo IV, que habían sido también profesores de elocuencia. En razón de la decadencia de la libertad política ya no podía ofrecer grandes servicios prácticos. Pero su éxito era el de la doctrina de Isócrates, para quien la retórica representaba la verdadera filosofía, porque exigía la claridad en las ideas, el manejo del sano razonamiento y la plena posesión del arte de la palabra, privilegio del griego sobre el bárbaro. Enseñaba reglas, casi recetas, en forma teórica, pero también por el estudio de las obras maestras de la elocuencia ática y por ejercicios sobre temas imaginarios, con los que pronto se constituyó un arsenal. Conseguía formar espíritus ágiles, en contacto con las ideas generales, sobre todo en materia de moral, aptos para edificar con arte, pero no sin artificio, una argumentación sobre los temas más variados e incluso, si era necesario, defendiendo las conclusiones más opuestas.

Hoy día esto puede parecer corto y superficial, pero correspondía a un ideal de hombre cultivado, física y mentalmente armado para adaptarse a los trabajos más diversos que la vida pudiese imponerle. Este ideal se mantuvo, sin cambio notable, hasta el fin de la Antigüedad. La civilización helenística tuvo el mérito de establecerlo y de hacerlo accesible edificando un sistema educativo coherente.

Mecenazgo e instituciones

La cultura así difundida no podía ser más que una cultura media y, en definitiva, la cultura ya creada y estabilizada, la herencia de los grandes maestros. El verdadero progreso de investigación intelectual se realizaba en otros medios, por la investigación innovadora conducida por una minoría. Ésta no faltó y encontró en adelante, cerca de las grandes monarquías, apoyos a la vez materiales y morales de un carácter muy nuevo. Dos instituciones célebres, el Museo y la Biblioteca de Alejandría, ilustran esta práctica del mecenazgo real y las facilidades que procuró el esplendor del movimiento intelectual. Pero no fueron únicas en el mundo helenístico.

Por definición, el Museo es un santuario de las Musas, divinidades que era natural que se venerasen entre los intelectuales. Un altar les estaba consagrado en los jardines de la Academia y del Liceo, donde Platón y Aristóteles enseñaban en Atenas. Los amigos, colaboradores y discípulos de estos filósofos formaron asociaciones, cuyo fin oficial era organizar el culto, pero con la finalidad verdadera de asegurar, por la compra y mantenimiento de inmuebles, la permanencia de estas escuelas que eran al propio tiempo institutos de investigación. El Estado ateniense, dirigido hacia fines del siglo II por el filósofo Demetrio Faléreo, que había participado en los trabajos de los sucesores de Aristóteles, facilitó las cosas en el plano jurídico, sin aportar de todas formas su ayuda financiera.

Es probable que Demetrio Faléreo, obligado a exiliarse y habiendo encontrado refugio en Egipto, al lado de Ptolomeo I, sugiriera a éste una fundación, análoga en ciertos aspectos, pero diferente en definitiva. El Museo de Alejandría recibió del soberano un apoyo mucho más amplio; pero, como compensación, dependió por completo de su bienhechor. En lugar de un instituto de filosofía, difundiendo y profundizando una doctrina, fue una reunión de escritores y de sabios designados por el rey, que también nombraba su presidente. Tenían el disfrute de diferentes edificios situados cerca del palacio y destinados a su vida en común y a su trabajo. El tesoro real sufragaba todos los gastos, y los pensionados, sin preocupaciones materiales ni obligación ninguna, podían consagrar su tiempo a las investigaciones. Y de hecho también a sus discusiones, de las que algunos satíricos, quizá envidiosos de su suerte, se chancearon hablando de "el pienso regalado a numerosos escritorcillos y comedores de libracos, que sin parar andaban a la greña en el palomar de las Musas". Y a veces incluso a sus conflictos con la corte que en el siglo II provocaron su dispersión momentánea. La institución subsistía aún en el siglo IV de nuestra Era, ya transformada en Universidad, pues sus miembros enseñaban a discípulos.

En Alejandría, en las proximidades del Museo, otras fundaciones regias facilitaron el trabajo de los sabios: parque zoológico, jardín botánico y sobre todo la Biblioteca. Ésta, creada por Ptolomeo I, igualmente cerca del palacio, acrecentó sin cesar sus colecciones por la compra en todo el mundo griego de los manuscritos en venta y por la organización sistemática de la copia de otros.

El casi-monopolio de Egipto en la producción de papiros facilitaba estas operaciones. En el año 285 contaba con 200.000 "volúmenes", es decir, rollos de papiro, y 700.000 en el año 48 a. de J. C., cuando en tiempo de César un incendio la destruyó parcialmente. Además existían otros 50.000 en una segunda Biblioteca que existía desde el tiempo de Ptolomeo II como anexo del templo de Serapis. El numeroso personal era pagado, y por tanto escogido, por el soberano: poetas como Calímaco y Apolonio de Rodas y sabios como Eratóstenes fueron jefes de la Biblioteca.

Otras dinastías imitaron el ejemplo dado por los primeros Lágidas, pero sus creaciones no presentaron la misma magnificencia. Ninguna fundó otro Museo y cuando el nombre se encuentra en otras partes, en época tardía, bajo el Imperio romano, se trata de establecimientos municipales de enseñanza superior. Mas todas las cortes intentaron atraer mediante ventajas materiales a escritores, filósofos y sabios. Además, algunos soberanos fundaron y mantuvieron bibliotecas. Los Seléucidas tuvieron la suya en Antioquía, su capital siria. La más importante fue la de Pérgamo, sistemáticamente acrecentada por los Atálidas. Aunque el papiro fuera en ella también el material

empleado con más frecuencia, a este respecto no podemos dejar de recordar la piel de Pérgamo, de la que procede el nombre "pergamino", cuya preparación no fue, sin embargo, ni una invención ni un monopolio de Pérgamo. La colección en ella existente contaba con 200.000 volúmenes cuando Antonio la regaló a Cleopatra para compensarla de las pérdidas que había tenido la de Alejandría en el incendio.

El mecenazgo de los poderosos no era cosa nueva: los tiranos del período arcaico ya lo practicaron. Lo nuevo era la forma de comprenderlo y ejercerlo, poniendo a la disposición de sus beneficiarios medios de trabajo y de investigación. El respeto desinteresado por las cosas del espíritu no basta para explicar los sacrificios financieros de los soberanos. Tampoco se puede tener en cuenta la vanagloria que pudiese proporcionar, y el interés político que pudiese tener la orientación dada a los altos estudios no merece ser tenida en cuenta. Ciertamente, algunas investigaciones recibieron un impulso eficaz que no hubiera sido posible sin estas instituciones; nacieron de su existencia e influyeron sobre el conjunto del movimiento intelectual. Pero en sí mismas estas investigaciones eran políticamente neutras y no podían servir ni a la ideología ni al programa monárquicos.

2.- LA CURIOSIDAD INTELECTUAL Y EL ESPÍRITU CIENTÍFICO

La filología y la erudición.

Primordialmente, se trata de lo que hoy día llamamos filología y erudición. Recoger los manuscritos obligaba a ponerlos en orden e invitaba a compararlos, a escoger las mejores versiones y aclarar los textos mediante todo lo que podía facilitar su comprensión. Este trabajo de colocación, de información y de comentario estaba en la línea de los métodos ya aplicados por Aristóteles y sus colaboradores. La creación de las bibliotecas, si bien la hacía más urgente, la simplificaba por otra parte, reuniendo al alcance de la mano una parte del material necesario para la comparación y la documentación. Hombres de primera categoría la emprendieron: unos consagrándole toda su actividad; otros, tales como Calímaco y Eratóstenes, luciéndose igualmente en otros terrenos.

Es evidente que existió una especial dedicación a los poemas homéricos, cuya importancia en la vida escolar y en la cultura general de los griegos había multiplicado las ediciones y las copias muchas veces deficientes y repletas de interpolaciones, haciéndose por lo tanto más aguda la necesidad de aclaraciones. Se realizó un inmenso trabajo, con un ardor, una ciencia y en general un gusto admirables: la exégesis filológica llevaba a la crítica literaria. El nombre de uno de los biblioteca-

rios de Alejandría, Aristarco, en este aspecto es legendario: lo que de su obra desaparecida percibimos en los escolios tardíos, señala en él una extraordinaria sagacidad; este autor planteó problemas sobre los cuales todavía discuten los homerólogos modernos, que no pueden prescindir de sus dudas ni de sus críticas.

Lo mismo se puede decir respecto a los discursos, en razón del interés que suscitaba la retórica. Entonces se constituyeron- en lo que intervino asimismo Aristarco-los "cánones" alejandrinos, es decir, las recopilaciones de autores considerados como modelos y de sus obras consideradas como auténticas. Debemos a los esfuerzos incansables así desplegados, no sólo la preservación y la transmisión de textos no adulterados, sino también de los comentarios que explican la oscuridad de innumerables pasajes. Calímaco sólo redactó 120 "volúmenes", que formaban un catálogo de toda la literatura griega tal como estaba representada en su tiempo en la Biblioteca que dirigía. Daba la biografía de cada escritor y la lista de sus obras, así como informaciones históricas sobre las mismas, y este catálogo fue aumentado por sus sucesores.

Semejantes investigaciones llevaron inevitablemente a estudios teóricos y prácticos sobre la retórica, la gramática, la lexicografía y la cronología. Serían necesarias páginas enteras para enumerar todos los nombres que, a este título, merecerían ser citados. En las noticias que con su paciente labor estos autores acumularon, los escoliastas de los períodos romano y bizantino pudieron tomar indicaciones de valor inapreciable, que en muchas ocasiones mezclaron con notas y errores de su invención. Limitémonos a un nombre, uno de los más grandes, si no de los más conocidos aparte de los especialistas: el de un contemporáneo de Cicerón y de César - pues el impulso dado al principio de los tiempos helenísticos se prolongó durante mucho tiempo -, el alejandrino Dídimo. Este "calcántaro", el "hombre de las entrañas de cobre", como se le llamó a causa de la paciencia que tuvo en devorar libros y en escribirlos, fue el autor de 3.500 "volúmenes" en los que abordaba temas de toda clase que le sugería el constante manejo de los textos. No hay que sonreírse frente a este desenfrenado compilador, intrépido fabricante y utilizador de fichas. Junto a mucha paja en sus obras había sin duda algo de bueno e incluso de excelente. Tres de sus libros estaban consagrados a las *Filípicas* de Demóstenes y el descubrimiento de un papiro dando los pasajes importantes del que contenía el comentario histórico señala, para los problemas de la política exterior de la Atenas del siglo IV, una fecha en la historiografía contemporánea.

Es tradicional agrupar bajo el nombre de “alejandrinos" a estos sabios eruditos. Sus tendencias intelectuales no constituyen todo lo que no menos tradicionalmente se acostumbra a llamar “alejandrinismo”. Además, no todos vivieron en Alejandría de manera duradera y algunos,

incluso, no estuvieron nunca en la ciudad egipcia; se haría una injusticia olvidando que el gran Crates, originario de Mallos, en Cilicia, fue en el siglo I bibliotecario de Pérgamo y familiar de la corte atálida. Pero los equipos de Alejandría fueron ciertamente los más numerosos y los más productivos y por consiguiente los más influyentes. Ellos daban el ejemplo y el tono. Todo ello estaba acompañado de pequeñeces que traicionaban sus rivalidades incluso domésticas. Su cultura excesivamente libresca también tuvo sus inconvenientes. El más grave indudablemente fue que, haciendo de las obras antiguas modelos insuperables a los que sólo se podía imitar, estos eruditos crearon un movimiento destinado poco a poco a triunfar: el de la imitación, o más bien el de la reglamentación, transformando en procedimientos lo que era espontaneidad. Paralizaron así la inspiración original. Con efectos análogos a los que se observaron en el arte, la vida intelectual sufrió la esclerosis resultante de una admiración excesiva a las obras maestras del pasado y que impedía la irrupción innovadora. Sin contar que las mismas grandes obras, rodeadas así de glosas que no todas podían ser de calidad, perdieron su frescor y directo vigor: en perjuicio del fruto que el espíritu podía obtener, la lectura del comentario o del resumen, o mejor de trozos escogidos, fue sustituyendo cada vez más a la del original. Pero estas notas desfavorables no pueden hacer olvidar ni la importancia de los servicios prestados, ni la extraordinaria polivalencia, casi universal, de más de uno de estos investigadores, ni el interés por los métodos ya científicos - trabajo de equipo, empleo de fichas, redacción de obras de referencia; y mejor aún, observación escrupulosa de los hechos, estudio de sus circunstancias anexas y reflexión acerca de ellas para deducir leyes - que perfeccionaron y aplicaron a hechos literarios. Nada de esto excluía en principio el gusto ni la fineza, como lo prueban los mejores entre estos hombres. Así comprendido y practicado, el "alejandrinismo" representó una revolución en la vida intelectual, de la que aún sentimos los efectos. El genio creador de los griegos no murió con su libertad política, ni extinguió su papel de educadores de la Humanidad, incluso para un porvenir lejano.

La historia. Las investigaciones de carácter histórico se vieron singularmente estimuladas a causa de los estrechos lazos que unen la erudición y la historia: ya se apliquen a la filología, a la ciencia o a la historia, las exigencias de la curiosidad intelectual y del espíritu crítico son idénticas. El esfuerzo de los comentaristas para descubrir y aclarar las alusiones de las obras literarias que se enraizan en el tiempo, los llevaba a averiguaciones sobre el pasado. ¿Y cómo comprender una obra sin informarse acerca de la vida, los actos y el ambiente de su autor? Aristóteles y sus discípulos dieron el ejemplo de investigaciones precisas y sistemáticas en todos los aspectos; llegaron a escribir monografías que tenían el aspecto de catálogos de hechos, entre las que,

en materia histórica, la *Constitución de los Atenienses* es el tipo. En el mismo sentido y dentro del mismo espíritu - pues más de uno pertenecía a la escuela peripatética que Aristóteles fundó-, los investigadores fueron numerosos durante todo el período helenístico. Algunos se limitaron a recopilar simples colecciones de documentos, cartas o decretos. Otros se dedicaron a los problemas cronológicos, cuya solución sólo podía darla una sólida base previa. Este ahondamiento técnico no llevaba consigo una especialización mezquina, pues nadie perdía el sentimiento de la complejidad de los fenómenos individuales o colectivos ni de sus causas. Por el contrario, el análisis psicológico progresaba y jamás los estudios de geografía descriptiva, informando sobre las costumbres y las particularidades locales, precisando las distancias y los recursos, alcanzaron un éxito semejante. Por todos los lados las ciencias auxiliares acumulaban materiales para el historiador y facilitaban su propia tarea.

Para interesarse por la historia más o menos científicamente comprendida había algo más que la esfera de los eruditos: un amplio público proporcionado por la burguesía media que con tanta frecuencia hemos evocado. Su extensión multiplicaba los lectores deseosos de informarse y de reflexionar, al propio tiempo que creaba una opinión pública menos separada que en otro tiempo por las fronteras de las ciudades. Practicada desde hacía mucho tiempo, la propaganda política se intensificó y hay que considerar como un homenaje a la capacidad intelectual de los que se trataba de influir el que esta propaganda tomase con frecuencia formas parahistóricas. Así nació, por ejemplo, una nueva moda, la de las memorias presentadas como tales o como relatos de los grandes acontecimientos en los que el autor había participado. La expedición de Alejandro suscitó muchas, en especial las del rey Ptolomeo I. A continuación, otros hombres de estado siguieron el ejemplo: el ateniense Demetrio Faléreo, el rey de Pirro, de Epiro y Arato, el principal dirigente de la Confederación aquea durante el siglo III. Pero, más allá de la amplia audiencia así procurada a la historia política, las preocupaciones culturales de la burguesía coincidieron con las de los eruditos. Perteneciendo a una civilización que se esforzaba en preservar su integridad frente a las civilizaciones orientales, era natural que los griegos concediesen una atención creciente, sin excluir su pasado, a los aspectos de esta civilización que les inspiraban el más grande y legítimo orgullo. De aquí arrancan nuevos acentos en el movimiento histórico de entonces, en especial la aparición y el desarrollo de estudios consagrados a la evolución intelectual o artística. Esto era ir muy lejos, al menos implícitamente: asignar a la historia la misión de recordar y explicar los hechos de la vida del espíritu equivalía a afirmar que esta vida contaba, para un pueblo, tanto como las lucha entre los Estados, y un gran pensador o un gran artista tanto como un político o un jefe del ejército. Así la historia -con

frecuencia es su papel práctico, si no su ideal contribuía a reforzar con una estructura interna el sentimiento nacional, o lo que hacía sus veces, en este caso la unidad de unos hombres a los que acercaba entre sí, por encima de las fronteras, la comunidad de su lengua, de su pensamiento lógico, de su formación intelectual y de sus gustos, en una palabra: su unidad moral.

Así se explica la intensidad del trabajo realizado y la aceptación favorable que encontraron en seguida las curiosidades históricas, condición previa para los progresos de la verdadera historia. Se estuvo lejos de alcanzar la perfección. Las recopilaciones epistolares contuvieron muchos documentos falsos, incluso flagrantes, y la crítica de nuestros días tiene que pronunciarse más de una vez acerca de la dudosa autenticidad de algunos de ellos. Lo mismo ocurría con las colecciones de decretos que no han llegado hasta nosotros y que parece que fueron escasas: se podría reprochar a los eruditos helenísticos el haber recurrido poco a los documentos de archivos, o simplemente a las inscripciones que ponían muchos de ellos en conocimiento del público. Las memorias, por definición, hacían sufrir a los hechos y a sus verdaderas causas una deformación apologética. La retórica, inevitablemente, influyó en los historiadores, y los discursos que continuaron colocando en boca de sus personajes no tuvieron incluso, como en Tucídides, la excusa de presentar una situación de conjunto y los motivos de una decisión. Muchas veces no fueron más que artificiales y vacía voluta ornamental. Por último, la busca del efecto pintoresco o dramático capaz de divertir o de emocionar al lector convirtió muchas veces a la obra histórica en una obra literaria en el peor sentido de la palabra.

El balance global, sin embargo, es ampliamente positivo. Se puso orden en la cronología antigua, buscando los sincronismos entre las listas locales de reyes o de magistrados: Eratóstenes realizó en este aspecto una obra notable y tuvo el mérito de afirmar que antes del comienzo de la lista de vencedores olímpicos, en 776, la historia griega estaba falta de puntos de partida. Se multiplicaron los estudios especializados. A la manera de Atenas, cuya historia suscitaba la existencia de "aticógrafos", Esparta y otros Estados o regiones de Grecia atrajeron a investigadores, curiosos de sus orígenes y de su pasado. Otros redactaron biografías, género nuevo pero muy influido por el elogio oratorio del que había salido. Hubo historiadores del arte, de las diferentes ciencias, de la filosofía y de la literatura: uno de los más curiosos signos de la polivalencia de ciertos hombres de esta época es que uno de los escultores que trabajaron en Pérgamo, Antígono de Caristo (en la isla de Eubea), escribió asimismo una historia del arte y una historia de los principales filósofos después de Aristóteles. Después de todo esto era necesario un ensayo de síntesis, una historia de la civilización, y aquí no podríamos dejar de mencionar el nombre de Dicearco de Mesenia que, bajo el título de

La vida de Grecia, fue el primero en intentarla, sin miedo a remontarse hasta los tiempos más lejanos.

Expresamente hemos mencionado pocos nombres, a pesar de la abundancia de los que conocemos e incluso a despecho de la gloria que rodeó a muchos de ellos durante la Antigüedad. En conjunto, no son más que etiquetas sobre expedientes vacíos o que recogen sólo ínfimos fragmentos en los casos más favorables. Seguramente la obra de la historiografía helenística fue inmensa, pero materialmente demasiado voluminosa y, además, literariamente demasiado mediocre para que las generaciones posteriores nos la transmitieran. Así, se limitaron a saquearla, pues todo lo que se podía hacer para recoger y conservar el recuerdo del pasado, prácticamente fue hecho en esta época. Historiadores, eruditos y lexicógrafos más tardíos se sirvieron sin descanso de lo que se había convertido en un fondo común. Gracias a estos intermediarios, nos servimos todavía hoy de esos datos, y nos damos por satisfechos cuando les ha parecido bien suministrarnos una indicación de origen o entrecomillar una cita.

El azar ha querido, no obstante, que haya sobrevivido una gran parte de la obra de Polibio. Pero este hecho no es el único que obliga a considerar a éste como el mejor historiador de estos tres siglos.

Literariamente, arrastra sin gracia el pesado lastre del estilo oficial de la época, embrollado con palabras abstractas y fórmulas lentas. Moralizó demasiado y según las normas de una moral con poca altura, por otra parte dictadas por concepciones filosóficas que evolucionaron y que no se tomó el trabajo o que no tuvo el tiempo para hacer concordar. Su relato sigue un plan demasiado rígido, año por año, y, establecido un orden geográfico, región por región. Preocupado por la táctica, se complace en contar los pequeños detalles de los golpes de mano. En muchas ocasiones la precisión, de la que estaba tan orgulloso, no es más que apariencia y, a despecho de sus afirmaciones y de su seguridad habitual sobre las fuentes divergentes, no siempre fue impecable e imparcial. Cometió errores, por lo general poco importantes, pero algunas veces graves, por ejemplo, incluso en la geografía de los países que visitó. No pudo disimular no ya su personalidad de patriota, sino incluso la de burgués y hasta de miembro de una facción de la burguesía aquea.

Pero estas imperfecciones no anulan sus cualidades. Su teoría de la historia, que nunca dejó de exponer, de completar, de retocar, es ya científica. Deseaba servirse de todas las fuentes de información, incluyendo el estudio personal del país o incluso del terreno. Quería una historia no sólo exacta y precisa, sino también" pragmática", es decir, capaz de formar el hombre de acción, al que identificaba con el hombre inteligente, resuelto a razonar su acción inmediata y a dar un sentido a una serie de acontecimientos. Se planteó el proplema de las causas y si, durante su vida de escritor y por consiguiente en las diferentes partes de su obra, no llevó la lógica humana hasta prescindir de la

Acción divina -para él la de la Fortuna-, la verdad es que no introdujo a ésta más que como una explicación desesperada, pues la relación íntima, en la cadena de los hechos, entre las causas naturales y sus consecuencias fue objeto de su investigación obstinada. Con una lucidez que no se contentaba con apariencias y que no se dejaba llevar por las polémicas de las propagandas adversas, invitaba a distinguir y distinguía él mismo las causas remotas, las causas próximas y los pretextos. Tuvo el sentido de la evolución de las sociedades y lo llevó hasta una teoría "cíclica", monarquía, aristocracia y democracia, produciéndose fatalmente el paso de una a otra por la corrupción inevitable del uso del poder. Es verdad que no era el inventor de todo esto, pues este hombre culto se inspiraba en varios teóricos y filósofos, sin llegar a un sistema muy coherente. Pero nadie se preocupó con tanta firmeza como él en sacar conclusiones para la práctica de la historia.

Además queda a su favor el haber comprendido, por haber vivido durante los tres primeros cuartos del siglo II, la importancia general de los acontecimientos de que era testigo, a veces incluso actor de segunda categoría y además, el haberlos querido estudiar como un todo. En este aspecto le sirvieron incluso las desgracias de su vida. Obligado a vivir durante diecisiete años deportado en Italia, convertido en familiar de Escipión Emiliano, introducido en las esferas dirigentes de Roma, en esta ciudad no sólo recogió una gran parte de su documentación sino que también reflexionó y relacionó entre sí los hechos en apariencia más dispares. Así comprendió esa verdad que su generación veía realizarse: la unificación del mundo mediterráneo bajo la dominación romana, primero entre 218 y 168, y de manera más completa entre 146 y 133. Percibió la importancia de esta revolución política y militar, que arrancaba a los griegos mucho más que su independencia, en realidad, su misma concepción de mundo y la escala con que lo medían, puesto que le demostraba, mientras que ellos los juzgaban inmensos, la estrechez de los horizontes en que habían vivido y la mezquindad de las realizaciones de todos los conquistadores por ellos conocidos. El Imperio universal en que algunos poderosos habían soñado se levantaba ante los ojos del burgués aqueo al que habían indignado los revolucionarios espartanos y los bandidos etolios. Creyó que sus etapas finales eran inevitables, no pudiendo presentir que los partos arrebatarían a Roma una gran parte de la herencia territorial de Alejandro. Comprendió el encadenamiento de los hechos y se creyó en condiciones para determinar sus causas. Entonces comprendió la tarea de exponer, según su propia definición, "cómo y por efecto de qué régimen jurídico casi toda la tierra habitada fue dominada -acontecimiento sin precedentes- y se convirtió en parte de un Imperio único, el de Roma". Y, sin duda, el mejor homenaje que se debe rendir a Polibio es el reconocer que la realidad no desmintió su grandiosa concepción.

Progreso científico y progreso técnico.

En las nuevas formas de la vida intelectual, filología, erudición e incluso una gran parte del trabajo histórico, se reconoce la influencia del espíritu científico. Este espíritu hacía mucho tiempo que existía; lo nuevo era su intervención, muy rápidamente preponderante, y la aplicación de sus métodos a aquellas materias que si eran antes examinadas lo eran sólo de una forma literaria. Como es natural, continuó inspirando las investigaciones propiamente científicas que fueron proseguidas con ardor y con facilidades aumentadas por la generalización de la curiosidad intelectual y por las liberalidades de los soberanos. En este aspecto, Alejandría, cuyos reyes eran los más ricos y los más generosos, ocupó siempre el primer lugar. En casi todos los terrenos, el matiz peyorativo que implica, en el vocabulario corriente, el nombre de "alejandrinismo" es injusto y concretamente en el científico es por completo inmerecido. El recuerdo de un Eratóstenes debería bastar para borrar la acusación de decadencia lanzada contra el movimiento intelectual que florecía en esta época junto al palacio de los Lágidas. También el hecho de que en Alejandría se practicó por primera vez de manera segura la disección de cadáveres. Para ello eran necesarias una audacia investigadora y un equipo material desconocidos hasta este momento.

Secundadas por condiciones favorables, las investigaciones de los sabios alcanzaron notables progresos. Lo sorprendente es que, como siempre en la Antigüedad, estos progresos científicos tuvieron muy raras aplicaciones prácticas. Preocuparse por éstas continuaba siendo considerado indigno de un sabio. Sólo la medicina escapaba de esta condena, pues haber seguido con ella la misma actitud que con las demás ciencias habría sido demasiado absurdo. Pero un Arquímedes no consentía más que en casos excepcionales en transformarse en ingeniero. Para satisfacer al siracusano Hierón II y como consecuencia de una apuesta, por un sistema de poleas, conseguía botar un navío, o para intentar salvar a Siracusa sitiada imaginaba maravillosas máquinas. Según afirma Plutarco, no juzgaba todo esto más que como "juegos de geometría, que hacía a la manera de pasatiempos". Este estado de espíritu da idea del retraso de las "artes mecánicas", sólo impulsadas por las necesidades de la guerra y condenadas al empirismo. Se construían enormes máquinas; pero la Syracosia gigante, apta para contener más de 3.000 toneladas de flete, asegurando a sus pasajeros grandes comodidades, servida por 600 marineros y 300 soldados, se mostró tan inútil que Hierón II se desprendió de ella regalándola a un Lágida.

Lo cierto es que los resultados de estos tanteos no deben ser menospreciados. Hasta Bizancio, la Antigüedad se limitó a reproducir o a adaptar las realizaciones de la poliorcética helenística. La técnica de las construcciones navales no realizó ningún adelanto entre los romanos; aún es más, muy pronto redujo sus ambiciones al tipo de la trirreme, que es el mismo que ya usaban los griegos en el

siglo V, superado por ellos mismos en el transcurso del IV y especialmente al comienzo del período helenístico. Hay que atribuir esta falta de adelantos al hecho de que Roma, acabadas las guerras de conquista, ya no volvió a enfrentarse con ninguna gran potencia marítima. El Oriente helenístico conoció también extraordinarios progresos en la ordenación de los puertos, sobre todo en Alejandría, donde la torre de Faros no fue más que el elemento más impresionante de un conjunto que durante mucho tiempo no tuvo rival. Más tarde, el alejandrino Heron construyó un teatro de autómatas, con taquilleros y porteros mecánicos; fabricó una "fuente" -igual que la que J. J. Rousseau exhibirá a los campesinos de Saboya- que ya utilizaba la fuerza de vapor. Esto no fueron más que simples diversiones o bien simples trucos que permitían a magos-charlatanes explotar la credulidad pública. Pero también hubo invenciones útiles y utilizadas. El tornillo de Arquímedes servía para el secado de las calas de las embarcaciones y de las tierras egipcias después de la inundación. Se creó el molino de agua, y un poeta invitaba a las mujeres a prolongar su sueño matinal puesto que "las Ninfas" se encargaban del trabajo que hasta entonces les incumbía; pero el empleo de esta máquina admirable no se generalizó mucho. Llama particularmente la atención el poco esfuerzo realizado para procurar aliviar el esfuerzo muscular humano. La célebre hipótesis de Aristóteles, que le parecía irrealizable -"si cada instrumento pudiese realizar su trabajo por una orden o un signo..., si las lanzaderas del telar tejiesen solas y si las cuerdas de la cítara pudiesen tocar solas, los arquitectos prescindirían de los obreros y los amos de los esclavos"-, se consideraba siempre como una utopía en la que nadie soñaba. Lejos de avanzar al mismo paso, ciencia pura y técnica continuaban ignorándose, la primera obstinándose en despreciar a la segunda.

El florecimiento de las ciencias.

Esta indiferencia mantenía en estado rudimentario el material de que disponían los sabios. Privados de instrumentos para medir, de la lente de aumento y del microscopio, debían limitarse a sus sentidos y, sobre todo, a su razonamiento. Los resultados obtenidos son por ello más notables.

El mundo conocido se había ampliado singularmente. Al propio tiempo que Alejandro llegaba más allá del Irán, avanzando por el Turquestán y la India, el marsellés Píteas recorría las costas de la Europa occidental, llegando hasta los estrechos daneses y el extremo norte de las Islas Británicas. Cuando trajo la noticia de lo que había oído acerca del sol de medianoche y el Océano Glacial, la opinión media le calificó de charlatán; pero ciertos sabios sacaron provecho de su relato. A continuación, los navegantes griegos no se aventuraron más por el Lejano Occidente, del que los púnicos instalados en Gades se convirtieron en celosos porteros. Pero los soberanos helenísticos

enviaron más de una misión al Caspio -que, sin embargo, fue explorado de manera incompleta-, hacia la India, Arabia, el Mar Rojo y el Alto Nilo. Muchos de estos viajeros publicaron la narración de sus viajes, con gran alegría del público, que gustaba mucho del exotismo pintoresco. Además, la geografía científica utilizó ampliamente el enriquecimiento de la geografía descriptiva. Si la falta de instrumentos explica el desconocimiento de verdades sólo entrevistas, también hace que tengamos que admirar más la fuerza de intuición que hacía suponerlas.

Así, la observación de las importantes mareas oceánicas planteaba de manera nueva el problema de su causa. Algunos, Píteas por ejemplo, reconocieron que estaban relacionados con la Luna y nadie se atrevió a negarlo. De todas formas, en general, no se descartó la intervención de los vientos, a los que Aristóteles atribuyó el fenómeno. Para aclararlo habría sido necesaria una astronomía más exacta.

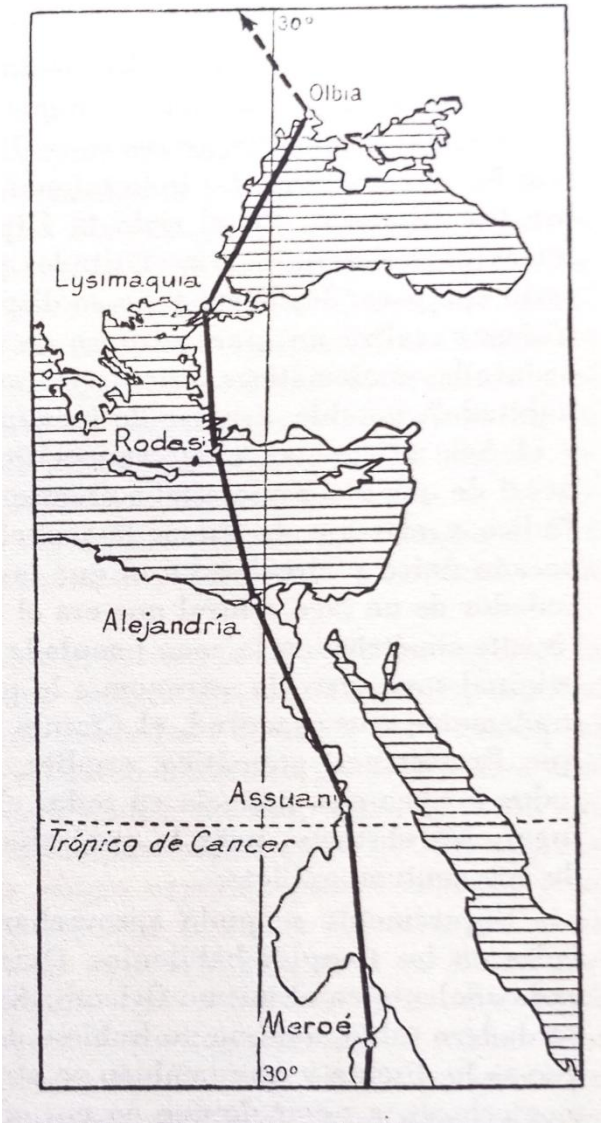


Fig. 35. — El meridiano de Alejandría, según Eratóstenes.

La esfericidad de la Tierra era admitida; la investigación se orientó hacia la averiguación de sus dimensiones. Lo esencial, en este sentido, fue realizado por Eratóstenes, que tuvo el mérito de aplicar el método más simple. Estimando que Syene (Assuan) se encontraba en el mismo meridiano que Alejandría, a 5.000 estadios de distancia, constató que el día del solsticio de verano los rayos solares caían verticalmente sobre aquella ciudad, mientras que en Alejandría se inclinaban en un ángulo que equivalía a la cincuentena del meridiano. Los errores no faltaban: en realidad, Syene se encuentra a unos cincuenta kilómetros al norte del Trópico y Alejandría bastante al oeste del meridiano de Syene; además la distancia que separa las dos ciudades no podía entonces medirse con exactitud. Teniendo como justos los retoques aproximativos

realizados por Eratóstenes a sus datos numéricos, falta todavía saber de qué estadio se servía al obtener un meridiano de 250.000, o, según Estrabón, 252.000 estadios. Con uno de ellos, el error final no hubiese sido por defecto más que de 625 ó 310 kilómetros sobre 40.000, o sea, un error de 1,56 ó 0,77 por 100.

Pero se usaban otros dos estadios y su empleo daría errores mayores. De todas formas, el método es digno de inspirar una admiración sin reservas.

Gracias a estos progresos se realizó un esfuerzo para levantar mapas. Con este fin se recogieron las indicaciones, bastante sumarias, que podían existir sobre las distancias. En el siglo II, Hiparco pensó en las observaciones astronómicas para determinar las latitudes y las longitudes; pero hubiese sido necesario comparar las horas y no se disponía de cronómetros. En el siglo III, Eratóstenes realizó un gran esfuerzo de síntesis que, a base de un sistema de coordenadas matemáticas, estableció un mapa general del *oikoumené*, o "tierra habitada", notable, a pesar de inevitables errores, por las costas mediterráneas y el Asia occidental, muy esquemático para los demás países. La creencia general de que el Caspio estaba abierto por el Norte, el conocimiento del Océano Índico y el viaje de Píteas le parecían confirmar la hipótesis antigua de un océano único y circular, en el que las tierras conocidas formaban un anillo alrededor de un lago central que era el Mediterráneo; suponía, además, otro Continente simétrico en la zona templada meridional. La teoría de las zonas no era original suya, pero la astronomía le permitió trazar por primera vez, y aproximadamente con exactitud, el Círculo Polar, el Trópico y el Ecuador. Se decía que Eratóstenes, gramático, erudito, analista, poeta, escritor y trabajador en todos los campos, merecía en todos ellos el número *beta*, es decir, el segundo lugar. No obstante, para la geografía científica parece estar muy por encima de sus contemporáneos.

Seguramente se pudo aprovechar una parte de las observaciones acumuladas en los templos babilonios. Quizá su interpretación científica ya fue llevada adelante en el mismo Oriente: Kidinnou, el Kidenas de los griegos, era un verdadero sabio, aunque no hubiese descubierto la precesión de los equinoccios que se le discute y que también se atribuye a Hiparco. La obra de los astrónomos griegos, a pesar de que no nos ofrezca una intuición genial, no fue menos considerable. Rechazaron la teoría de las esferas vacías imaginada en el siglo IV por Eudoxo. En el siglo III, Aristarco de Samos propuso un sistema heliocéntrico, que fue expuesto de nuevo, en el siglo II, por un griego de Babilonia, Seleuco: contrariamente a la apariencias y a todas las explicaciones anteriores, la Tierra y los planetas giraban alrededor del Sol. Esta hipótesis era inconciliable con las observaciones permitidas por los medios técnicos del momento. Suscitó la oposición encarnizada de los filósofos - un jefe de la escuela

estoica acusó de sacrilegio al que osaba desplazar el "hogar del universo"- y también de la mayor parte de sabios, tales como Arquímedes e Hiparco. Éste se esforzó en mejorar el sistema geocéntrico, que tenía que convertirse en artículo de fe hasta Copérnico. Nadie con más escrupulosidad ni con más atención se consagró al estudio de los que llamaba "fenómenos" y estableció un catálogo de 800 estrellas fijas. Pero en este punto estaba condenado al error a causa del retraso técnico.

En el terreno de las matemáticas, la geometría -o más bien el álgebra geométrica de los períodos anteriores- fue sistematizada y organizada en un encadenamiento de teoremas por el alejandrino Euclides, cuya obra ha atravesado los siglos. Otros tuvieron más genio inventivo. El más grande, sin duda, fue Arquímedes, un siciliano que se sabe estuvo en Alejandría. Quiso que, sobre su tumba, el escultor recordase lo que él consideraba como su descubrimiento más notable: la relación de 2 a 3 existente entre el volumen de la esfera y el del cilindro circunscrito. Pero en su activo se cuentan muchos otros descubrimientos, matemáticos o físicos, puesto que planteó los principios del cálculo infinitesimal y del cálculo hidrostático. Debemos nombrar asimismo a Apolonios de Pergé (en Pamfilia) que, junto a especulaciones astronómicas, se dedicó al estudio del valor de π y de las secciones cónicas y llevó uno y otro mucho más lejos de Arquímedes.

Apoyadas por el contacto con mundos exóticos y atrayendo en especial la atención de la escuela de Aristóteles, cuyo sucesor directo, Teofrasto, escribió una *Geografía de las plantas* y un tratado sobre las *Causas de las Plantas*, las ciencias naturales, botánica y zoología realizaron bastantes progresos. Los anatomistas osaron, en Alejandría, disecar cadáveres e incluso, según la tradición, criminales vivos. Herófilo consiguió así, diecinueve siglos antes de Harvey, descubrir que las arterias transportaban la sangre expelida por el corazón y no aire como se venía creyendo. Erasístrato volvió a la teoría del aire, no admitiendo la presencia de la sangre más que en caso de fiebre, pero en la red nerviosa percibida por su predecesor distinguió nervios motores y nervios sensitivos. La cirugía se atrevió a realizar operaciones importantes: el mismo Erasístrato llegó a operar el hígado. Dos escuelas medicinales rivales aplicaron en la práctica los métodos de curación y de conservación de la salud predicados por estos sabios. Pero una tercera acabó por eclipsarlas: diciéndose "empírica", descuidando la anatomía y la teoría, se limitaba a la investigación de los remedios que, llevándola a veces a una farmacología interesante, la conducía también a aberraciones próximas a la magia. Ésta tenía un gran éxito entre la masa de los enfermos, cuando su fe inquieta no les llevaba a confiarse a los sueños que enviaban y a los milagros que realizaban los dioses de la salud: Esculapio, Serapis y, en

las ruinas del templo que mil años antes de Jesucristo había hecho construir la reina egipcia Hatschepsut en Deir-el-Bahari, Amenhotep, hijo de Hapu.

En esta desviación, que no fue única, hay que ver algo más que un accidente. El movimiento científico del período helenístico fue seguramente el más vivo, diverso y productivo de toda la Antigüedad. Para la geografía, la astronomía, las matemáticas, la anatomía y la fisiología realizó descubrimientos y edificó doctrinas de los que - incluso de sus errores - tenía que vivir el mundo civilizado durante siglos. Jamás aún el espíritu humano había asociado, y durante mucho tiempo tampoco asociará, de una manera tan íntima, la voluntad de abstracción lógica y la sed de conocimientos vivos, es decir, la sumisión a lo real. Pero la insuficiencia de la técnica limitaba su eficacia, porque de hecho no le permitía recurrir al método experimental y a continuación buscar las aplicaciones prácticas de sus progresos. Éstos no alcanzaban más que una minoría intelectual, más amplia sin duda que en otros tiempos, pero de todas formas restringida. La masa, incluso cultivada, les escapaba, puesto que sus tendencias irracionales, más fuertes entonces que nunca, no eran propicias para hacerle apreciar el rigor del espíritu científico. De aquí la atracción, a la que cedía fácilmente, por la rareza curiosa, pero gratuita y sobre todo por el misterio inexplorable. Así, las ciencias naturales derivaban hacia la descripción de maravillas vegetales, animales o minerales, más o menos auténticas y con frecuencia explicadas por la acción de poderes sobrenaturales. Así, la astronomía derivaba hacia la astrología, a lo que la invitaban ya los precedentes babilonios. Así, también, la medicina derivaba hacia la magia y el milagro. El esplendor propiamente científico desaparecía en provecho de un charlatanismo de baja calidad que ciertamente no contribuía a mantener para sus sucesores el prestigio de que habían legítimamente disfrutado los grandes alejandrinos del siglo III.

4.-ESCUELAS FILOSÓFICAS Y GÉNEROS LITERARIOS

La filosofía. Desde los comienzos la ciencia griega fue inseparable de la filosofía, pero por sus propios progresos tendía cada vez más a constituirse en disciplina autónoma. La estrecha relación se fue aflojando: sólo en sus inicios la escuela de Aristóteles desempeñó el papel de estimulante para ciertas ciencias o más bien ciertos métodos científicos.

Atenas continuó siendo el centro principal de la actividad filosófica. En ella funcionaron, organizadas en pequeñas repúblicas intelectuales que elegían sus "escolarcas", la Academia platónica y el Liceo peripatético fundado por Aristóteles. Asimismo a esta ciudad vino a profesar el fenicio chipriota Zenón, en el ágora, bajo el "pórtico" (*stoa*) que valió a su doctrina y a su secta el ser

llamados "estoicos". Por último, en ella el ateniense Epicuro reunió a sus discípulos en el "jardín" que quedó como nombre de su escuela. No se puede hablar de un monopolio ateniense; cada uno de estos grupos se extendió por el exterior y los hubo que no tuvieron su centro principal en Atenas. Sin embargo, en ningún lugar fueron tan numerosos ni tuvieron tantos discípulos. En ninguna parte recibieron tantos honores. Un rey atálida envió como embajador a Roma, en el año 159, al bibliotecario de Pérgamo, Crates de Mallos, mucho menos conocido como estoico que como erudito, uno de los "corifeos" de la gramática -el otro era Aristarco- según Estrabón. En 155, los atenienses designaron a los jefes de las tres escuelas filosóficas más importantes para discutir su causa con el Senado romano, aunque se trataba de tres extranjeros: el académico Carnéades de Cirene, el peripatético Critolao de Faselis y el estoico Diógenes de Babilonia. Así, sin que el Estado subvencionase las cátedras, Atenas fue la sede en esta época de una Facultad de Filosofía que hasta el fin de la Antigüedad no tuvo rival.

En realidad se trata más de enseñanza que de creación original. Enseñanza tanto más brillante, gustada y reputada que acabó con frecuencia por tomar el aspecto de conferencias en las que las recetas retóricas tenían un importante papel; los filósofos escogidos como embajadores por los atenienses evidentemente en este aspecto eran unos virtuosos. Pero después de un brillante florecimiento a fines del siglo IV y a principios del III, la especulación filosófica perdió mucho de su fecundidad. Queda sólo el ardor inicial, gracias al cual el período helenístico enriqueció ampliamente la herencia que había recibido del período clásico.

Como es lógico, lo enriqueció transformándolo y no es sorprendente encontrar en las tendencias generales de este movimiento, un reflejo de las nuevas condiciones. Algunas escuelas, la escuela cínica y, menos claramente, la escuela estoica, llegaron hasta el "cosmopolitismo", oponiendo el "mundo" a la "ciudad", sacando así la consecuencia de la ampliación de los cuadros políticos. La multiplicidad y la intimidad de los contactos entre pueblos y civilizaciones -más de uno de estos filósofos era de origen oriental aunque escribiese y enseñase en griego-los llevaron asimismo a reconocer, en principio, la fraternidad de los hombres sin distinción de raza o de estatuto jurídico; por otra parte, el principio no fue llevado nunca hasta la aplicación práctica. Sin embargo, lo más notable es que, en esos tiempos turbulentos en que el hombre, individuo descentrado, busca su camino, las investigaciones metafísicas parecen presentar menos atractivos. Lo que se intentó definir fue el ideal del sabio, el secreto de la verdadera felicidad, en una ética moral y práctica más conforme con las preocupaciones de los sofistas y de Sócrates que con las de Platón y Aristóteles.

En efecto, la Academia y el Liceo no tuvieron gran influencia durante este período. Estas escuelas veían llegar muchos alumnos; el papel de la segunda fue grande en el nacimiento y desarrollo de la erudición; pero una y otra, entonces, se confinaron en la enseñanza y en la exégesis de la doctrina de sus fundadores. Lo verdaderamente interesante y con fermentos de novedad se encuentra en otras partes.

La escuela cínica sobrevivió a Diógenes y dos antiguos esclavos, Bión de Boristenes y el sirio Menipo sumaban a su predicación de mendigos errantes la acción de sus escritos, cuya burla virulenta atacaba a humanos y divinos: las "diatribas" del primero y las "sátiras" del segundo fueron origen de un género literario que tuvo un gran éxito, tanto en el mundo griego como, más tarde, en Roma. Pero, detrás de las apariencias exteriores en ruptura violenta con todas las convenciones, detrás de esta afectación de falta de respeto llevada hasta el escándalo deliberado, hubo entre los que no cayeron en el charlatanismo puro y simple, un ideal muy noble de sabiduría y de exaltación de la voluntad, que se simboliza en Heracles, para liberarse de las pasiones y de lo que no es la esencia de la naturaleza humana.

El escepticismo empezó con Pirron, un contemporáneo de Alejandro que siguió al conquistador en su expedición asiática y que recomendaba en principio una regla de vida. Ésta insistía en la indulgencia y en la sumisión a los usos, en el equilibrio del alma, en la lucha liberadora contra las cosas, en la ausencia de turbación (la "ataraxia") y en el sosiego de la vida. Pero esta regla se fundaba en una verdad que, conquistada por la lógica, se convirtió en doctrina. Los escépticos proclamaron que el juicio se equivoca, como las sensaciones. Conviene, pues, suspenderlo y mantenerse callado frente a las querellas de los filósofos, ridiculizados por Timón, que se burlaba de los pensionistas del Museo alejandrino y de la logomaquia de los dogmáticos. Parece que esta severa crítica influyó sobre la Academia; en todo caso sirvió al progreso científico reconociendo más importancia a los hechos que a las teorías y recomendando el observarlos con humildad.

Pero, por la extensión, la amplitud y la duración de su acción sobre medios sociales variados, aparte incluso de las esferas intelectuales, dos doctrinas nuevas triunfaron por encima de las demás.

Por su brillo personal, por el ejemplo heroico que dio en medio de los sufrimientos de la enfermedad, Epicuro fue para sus discípulos el Maestro, del que, en el mundo griego y en Roma, no dejaron de repetir, de meditar y de interpretar las máximas. Si tenía una física y una concepción del mundo, era, según parece, únicamente para liberar al hombre del vano temor de los dioses. No negaba su existencia, pero sí su intervención en las cosas que conciernen a los hombres: la pasividad

en que les hacía vivir excluía lo sobrenatural. Todo dependía del azar, y los cuerpos y las almas no eran más que conjuntos de átomos. En efecto, Epicuro adoptó lo esencial de la teoría atomista de Demócrito de Abdera. La principal innovación que en ella introdujo era la de un movimiento general de los átomos de arriba hacia abajo, impuesto por el peso y diferenciado sólo por ligeras separaciones de la vertical de caída y por el rebote de los átomos encima de los conjuntos ya formados. Según él, la muerte llevaba consigo la disolución de los conjuntos: el más allá, pues, no existe y el terror que inspira debe desvanecerse como el que inspiran los dioses.

Por ello quedaba expedito el camino de la vida que se proponía como fin natural el placer. No obstante, se tenía que saber distinguir el verdadero placer, según un criterio basado en la falta de deseo y de dolor. "No son los placeres de los libertinos los que tenemos en cuenta, sino los que residen en el disfrute de los goces espirituales", declaraba Epicuro. Igual que sus detractores, Horacio, que se denominaba "puerco" de su rebaño, ignoraba impúdicamente una moral que no predicaba ni un refinamiento voluptuoso. El sabio debía vivir "oculto", sin ambición, satisfaciendo los deseos a la vez naturales y necesarios de la manera más simple, puesto que el pan negro y el agua pueden bastar para ello, acumulando las sensaciones gratas destinadas a transformarse, en el recuerdo, en "placer estabilizado" que, al contrario del "placer en movimiento", no provoca el renacimiento del deseo y que, por sí sólo, vence al dolor. Para todo ello abundaban los preceptos y los ejemplos dados por el Maestro, recetas prácticas cuyo conjunto constituía una disciplina llena de delicadeza: su aplicación aseguraba, en la calma de las conversaciones amigables, un refugio precioso y seguro en medio de las turbulencias que agitaban al resto de la Humanidad.

Por el contrario, el estoicismo condenaba el azar, en el que sólo quería ver lo inexplicado. Concebía el mundo como un todo, organizado y movido por una razón divina, partiendo, como Heráclito ya lo hizo en otro tiempo, del fuego primordial. El propio hombre, microcosmo armonizado con el Universo, estaba hecho de un cuerpo penetrado por el alma, aliento ígneo dotado de inteligencia. Este panteísmo coincidía con un optimismo absoluto, puesto que todo correspondía a un encadenamiento racional. Pero el fatalismo no excluía la moral; al contrario, el deber del individuo era "vivir conforme a la naturaleza", es decir, en acuerdo con el orden mismo del mundo, con el fin de tender a la perfección. El hombre se aseguraba la felicidad despreciando todos los bienes, todos los sufrimientos y todos los sentimientos, o sea, obedeciendo a la razón que le permitía practicar la virtud: a este precio, sería rico en la pobreza, libre en la esclavitud, feliz a pesar de la enfermedad, de la tortura e incluso de la muerte.

Era necesario acomodar a la realidad, con sutil casuística, este estricto y orgulloso ideal. Se admitió que en la región intermedia entre el vicio y la virtud, ciertos bienes, tales como la fuerza, la salud, la belleza o la alegría, no eran menospreciables. Por otra parte, a diferencia del epicureísmo, el estoicismo no recomendaba la indiferencia entre los asuntos políticos: se lo impedía la armonía universal y, en nombre de la razón y del deber incitaba a la acción.

De esta forma pudo atraer y conservar adeptos, muchos de los cuales hicieron todo lo posible, en ocasiones con gran nobleza, para no ser indignos de sus convicciones. Igualmente, a diferencia del epicureísmo, el estoicismo no se encerró nunca en una estrecha ortodoxia definida por las enseñanzas de su fundador, Zenón. Después de éste, en el siglo II, otro oriental, Crisipo, natural de Cilicia, merecerá ser llamado "el segundo fundador del Pórtico"; con Panecios de Rodas, en el siglo II, se puede hablar de un "segundo", y más tarde aún, de un nuevo estoicismo. Desde el período helenístico, antes de Catón de Utica, el adversario de César, existieron estoicos ardientemente republicanos, y también hubo, mucho antes del emperador-filósofo Marco Aurelio, un soberano muy influido por las enseñanzas estoicas: el macedonio Antígono Gonatas. Por su gusto para la acción entre los hombres y por esta flexibilidad de interpretación, el Pórtico pudo ejercer una influencia muy amplia: su predicación del esfuerzo racional, voluntario y tenso ocupa un lugar importante en el patrimonio legado por la Antigüedad.

La literatura

Quizá, en conjunto, fue en la literatura en lo que el movimiento intelectual se mostró menos feliz en sus resultados. Es verdad que fue fecundo, variado e ingenioso. También lo es que conocemos mal las obras de esta época, que en su inmensa mayoría hay que dar por perdidas, a pesar de los hallazgos debidos a la papirología, preciosos en lo que se refiere a Calímaco, Herondas y Menandro. Sin embargo, se perciben las tendencias generales y, sin poder negar que la civilización helenística ejerció, en el terreno literario como en tantos otros, una influencia sobre la civilización romana a fines de la República y a comienzos del Imperio, es evidente que esta influencia estuvo falta, al propio tiempo, de duración y de profundidad. Nada comparable a la que ejercieron las artes y la filosofía. Nada comparable tampoco al valor original y a la trascendencia lejana de los progresos y de las conquistas del espíritu científico.

La literatura helenística quiso ser nueva y algunas veces lo consiguió. Se esforzó en ello en todas direcciones, buscando las novedades en el género, el ritmo, el sentimiento o la forma. Precisamente quizá fue demasiado trabajada, demasiado sabia y demasiado delicada. Privada, por las nuevas condiciones de la vida política y social, del contacto con las masas populares, se dirigía a un

público a veces demasiado refinado, en las cortes monárquicas sobre todo. Acechada por la erudición y el preciosismo, no supo defenderse contra ellas.

La prosa. Parece que la decadencia fue mayor para la prosa que para la poesía.

Sin duda, convendría recordar aquí a algunos de los escritores ya nombrados anteriormente. El menos indiferente desde el punto de vista literario -y de hecho es el único cuya obra salvada alcanza una cierta extensión- sería Polibio. Pero, si fue tenido en cuenta, fue por el fondo y no por la forma, que se hacía pesada por las fórmulas y los conceptos abstractos de lo que con justicia se ha llamado la "jerga política" de las cancillerías y de los decretos de la época. Los gramáticos, los eruditos, los sabios y los filósofos no valen la pena de ser tenidos en cuenta en este aspecto. No hubiese perjudicado a sus obras el presentar también calidades literarias; pero no las tuvieron y sus cualidades técnicas nos autorizan a no reprochárselo demasiado.

La elocuencia agonizaba en provecho de la retórica que reducía a recetas teóricas, artificialmente aplicadas a temas ficticios, lo que fueron investigaciones y hallazgos de un arte al servicio de apasionadas convicciones. Se perdió el gusto por la nitidez incisiva y la sencillez que rozaba con la austeridad, propios de un Lisias, el amplio período armonioso de un Isócrates o la fuerza viril de un Demóstenes. Éste era el precio inevitable de la generalización de una cultura media, dispensada por la enseñanza y mal armada contra los efectos brillantes y ficticios, aptos para emocionar y seducir. Desde mediados del siglo III se constituyó la elocuencia llamada "asiática", unas veces enfática, otras deshilvanadas, siempre afectada, con el ritmo de la monótona escansión de las "cláusulas métricas". Más tarde, bajo el Imperio, volvió a la imitación de los grandes modelos clásicos. Pero ya había hecho la admiración de los romanos. Éstos, al menos, cuando iban a Atenas o a Rodas a tomar lecciones de mal gusto, aún podían aplicar sus conocimientos, hacia el final del período republicano de Roma, a verdaderos asuntos políticos y judiciales. Esta posibilidad no existía para sus maestros, cuya facundia no podía florecer más que sobre lo que un teórico del tiempo de Augusto, Dionisio de Halicarnaso, calificará de "simplezas".

Animados quizá por el éxito constante de ciertos escritos de Jenofonte, en particular la *Ciropedia*, algunos autores practicaron un género próximo a la novela. En efecto, es casi una novela el libro de Evemero que imaginaba a un país fabuloso en el que se había conservado el recuerdo de la vida humana y real de los dioses griegos. Casi novelas también, el libro llamado *Maravillas increíbles*, que transportaba a un país donde en invierno las palabras se helaban; los titulados *Hiperbóreos* y *Egipcíacas*, todos ellos obras mal conocidas de autores de segundo orden, cuyos títulos bastan para

indicar las tendencias. Desprovistos quizá de intriga novelesca, recreaban al lector mezclando ficción y realidad, especulando sobre su cansancio de lo cotidiano y su deseo de evasión. Por aquí abrían camino a la verdadera novela, que no tenía que aparecer hasta más tarde. Sin embargo, en el siglo I, un poeta del que no conocemos las poesías, Partenios, llevado cautivo a Roma, compuso en prosa una colección de treinta y seis relatos, *Los sufrimientos de amor*, tomados de varios autores. Para él se trataba de proporcionar a un poeta romano, su protector, temas para elegías. No se trata de Ovidio, y si éste realizó una empresa análoga, el hecho muestra una vez más el éxito que obtuvo entre los escritores latinos una idea literaria helenística. La mayor parte de estos relatos llevaban a un desenlace trágico, y este curioso conjunto, en el que el erotismo tenía amplio espacio, debe ser considerado como un precursor del género novelístico. Principios titubeantes y literariamente mediocres, sin duda, pero los literatos que a ello se arriesgaban no estaban faltos ni del deseo de innovar ni del sentido preciso de lo que podía agradar a un público amplio.

La poesía. La poesía está mejor representada. Aunque poco considerado, hay que señalar un género poético nuevo, o más bien renovado –pues el período arcaico ya lo practicó para la moral y la teología, entonces asociadas a la ciencia-, muy adecuado a los círculos intelectuales en los que el espíritu científico ampliaba casi al infinito su campo: el poema didáctico, consagrado a la exposición de conocimientos científicos. Hubo poemas de este género sobre agronomía que ya se titulaban *Geórgicas*-, sobre medicina, las plantas medicinales, las serpientes venenosas, etc. Pero, entre todas, una obra alcanzó una inmensa reputación y suscitó el entusiasmo de muchas generaciones, incluso en Roma: la que dejó Arato de Soles, en Cilicia. De este filólogo, editor y comentador de Homero, de este estoico, familiar de reyes que se lo disputaron y procuraron en vano retenerle en sus cortes, nos han llegado dos poemas. Uno de ellos es un tratado de meteorología. El otro, precisamente el más célebre, al que debe su gloria, *Los Fenómenos*, describe el sistema celeste interpretándolo según las teorías astronómicas de Eudoxeo, ya anticuadas cuando se escribió el poema en la primera mitad del siglo III. La versificación es hábil, con frecuencia elegante, y algunas digresiones mitológicas, agronómicas o náuticas llaman la atención. Pero nos cansamos en seguida al ver cómo se suceden las constelaciones sin que aparezca jamás, en el escritor, la menor emoción poética que este tema, incluso en un sabio, puede despertar. La admiración unánime que todavía suscitaba, en los primeros siglos de nuestra Era, esta obra fría y seca, es para nosotros una cosa incomprensible.

El esfuerzo y los conocimientos profundos, si bien mitológicos o eruditos, se encuentran en otros poetas, cuya inspiración no se agotó por completo. Se trata de poetas cortesanos o de cenáculo.

Alimentados por teorías estéticas y por lecturas, gustan de la alusión, que a veces se convierte en oscuridad, deseando dejar a los iniciados el placer de captarlas. En este aspecto su caricatura es Licofrón - ¿pero qué Licofrón y en qué época vivió? - cuya *Alexandra*, recopilación de profecías puestas en la boca de la troyana Casandra, proporcionaba ya a los comentadores antiguos, y proporciona aún más a los modernos, una serie continuada de enigmas. Pero, en los mejores, son de admirar su concisión, la gracia refinada y la ingeniosa delicadeza.

El más curioso, seguramente, es Calímaco, bibliotecario en Alejandría, gran filólogo, poeta cortesano hábil en adular a la reina Arsinoe y a su esposo hermano, Ptolomeo Filadelfo, y en cantar "la cabellera de Berenice", pero así mismo autor de himnos, de elegías, de pequeñas epopeyas, de yambos y de epigramas. Era un gran aficionado a los mitos y a los episodios poco conocidos, afanoso por descubrir variantes en la antigua literatura y en las tradiciones locales, relacionándolas con el origen de una ciudad, de una familia o de una ceremonia extraña. "No deseo el camino por el que transitan los pasos de la multitud...; no bebo en la fuente común; todo lo que es público me repugna": éstas eran sus palabras. Pero este buscador de curiosidades era también un teórico del metro, un virtuoso del lenguaje raro y un espíritu de una habilidad infinita. Se le puede considerar poco espontáneo, pues sus hallazgos parecen demasiado hábiles y demasiado pensados; pero maravilla siempre por su flexibilidad, y la expresión alcanza, en las mejor conservadas de sus obras, los *Himnos* dirigidos a las divinidades según un modelo homérico, una emoción religiosa que, no era fingida. Asimismo, si su aliento no era poderoso, sus pequeños poemas tenían a la vez forma y encanto.

Después de una ruptura ruidosa, llenó de sarcasmos a uno de sus discípulos, Apolonio, que, nacido en Alejandría, quiso ser llamado "de Rodas", como muestra de reconocimiento por el asilo encontrado en esta ciudad cuando tuvo que abandonar la corte lágida. La causa del drama fue el poema de las *Argonáuticas*, cuyos 6.000 versos parecían interminables al maestro, que se enorgullecía de despreciar a los "poemas-ríos". En dicho poema, Apolonio contaba el viaje lleno de aventuras de Jasón y sus compañeros, en la nave Argo, hacia la Colquidia en busca del vellocino de oro. Empleando laboriosamente los procedimientos de la epopeya homérica, mezclando continuamente a su relato datos astronómicos, geográficos, medicinales o mágicos, daba muestra de una técnica y de una ciencia igualmente inoportunas. Lo que salva a la obra y le da un aspecto nuevo, que hay que afear a Calímaco el no haber sabido percibir, es el personaje de Medea y la pintura, llevada con una finura de matices entonces completamente original en el análisis psicológico, del nacimiento, luchas, progresos y triunfo final del amor en esta alma al propio tiempo indómita y púdica.

El siracusano Teócrito también residió en Alejandría - por menos tiempo, pues vivió igualmente en Cos- y, si compuso elogios de Ptolomeo II y de Berenice, no dejó de mendigar la protección del amo de su patria, Hierón II. Hasta nosotros no ha llegado con su nombre, aparte algunos epigramas, más que una recopilación de una treintena de fragmentos escogidos, tomados de una obra muy abundante, más variada aún que la de Calímaco, y reunidos bajo el nombre de *Idilios*. Este nombre significa sólo "pequeños poemas" y fue tal el éxito que algunos de ellos obtuvieron su ulterior especificación de "bucólicos". El éxito de sus obras, a juzgar por lo que conocemos, fue bien legítimo. Con ellos, Teócrito no creaba un género nuevo, y si a veces encontramos en él vigor e incluso cierta vis trágica, con más frecuencia consideramos insulsos y sosos sus héroes campestres que encantaban a los refinados ávidos de rusticidad. Pero, junto con un versificador hábil y un dominador de dialectos - dórico, jonio, eolio - cuyo empleo delata el gusto por el artificio, había en él asimismo un admirador sincero de la Naturaleza, un observador sensible a la religiosidad poética que de ella se desprende, capaz de sentir, no sólo su dulzura, sino también su sensualidad y sus brutalidades, y por último capaz de hacerlas sensibles al lector mediante un arte sutil. Pues sería un error creerlo ingenuo. Simplemente, el encanto de sus paisajes, de los que conserva la nostalgia en medio de las ciudades, actúa sobre él de manera demasiado poderosa para no transparentarse en sus versos. Y la convención a la que la mayor parte de sus imitadores llegaron a escapar en escasísimas ocasiones, realza aún por contraste, la intensidad de las sensaciones y de los sentimientos que sus investigaciones de erudito muy preparado no anulaban en absoluto.

En lugar de enumerar muchos otros nombres de hombres y de obras, después de los mencionados, más vale que nos fijemos en un género cuyo éxito, cualidad técnica y naturaleza misma caracterizaban bastante bien la poesía helenística media. Calímaco y Teócrito compusieron epigramas y muchos otros los imitaron. Estas pequeñas obras, derivadas de las inscripciones métricas que, desde hacía mucho tiempo, se grababan sobre las tumbas o los exvotos, exigían una gran destreza para encerrar en algunos versos un sentimiento valedero y que tuviera espontaneidad. El género contaba con un gran público que apreciaba sus hallazgos. Así se hicieron innumerables y de todas clases: eróticos, votivos, funerarios, morales, polémicos, etc. Hubo incluso epigramas descriptivos, consagrados a veces a la realidad más humilde, la de los oficios y de los instrumentos de trabajo, por ejemplo. Con ellos se formaron florilegios, el primero de los cuales, bajo el título de *Corona*, se reunió a fines del siglo II. Mucho más tarde, en Bizancio, la llamada *Antologia palatina* deriva de estos florilegios helenísticos. Es verdad que no constituye una gran obra y su lectura seguida es imposible. Pero, gracias a ella, es siempre agradable evocar el ambiente "alejandrino" con su agilidad verbal y

métrica, su habilidad inventiva, su cultura extensa, su encanto y su espíritu, su delicadeza sensual o enternecida.

El teatro y el mimo.

La filología enseñaba el lugar que el teatro tuvo en la civilización clásica y daba a conocer las obras maestras poéticas a que había dado lugar. Se hizo un esfuerzo para volver a encontrar la inspiración de la gran época, dedicándose a componer tragedias y dramas satíricos. Calímaco se atrevió con ello y otros siete autores adquirieron, entre los especialistas, la suficiente celebridad para que se los agrupase bajo el nombre de "Pléyade". Para empezar todos habían estudiado los modelos antiguos; descubrían sus temas en una mitología que conocían mejor que nadie y también en la historia remota - hubo un *Temístocles*- y en la próxima; ninguno de ellos estaba falto de ingenio. Y no obstante, ninguno consiguió reanimar la tragedia ni animar su forma con una inspiración original. El éxito continuaba siendo para las obras de Eurípides, en todas partes representadas por las asociaciones de "technitas dionisíacos" que, en el edificio monumental que cada ciudad se enorgullecía de poseer, aseguraban en los días de fiesta las representaciones de las obras cuyo éxito iba creciendo sin cesar. Recordemos que, en el año 53 a. de J. C., en la capital de Armenia, Artáxata, para las bodas del hijo del rey de los partos con la hermana del rey armenio, se representaban las Bacantes en presencia de los dos soberanos: éstos, bárbaros, pero "filohelenos", recurrían, pues, al gran trágico y a actores griegos para realzar el esplendor de una fiesta dinástica. Ningún hecho ilustra mejor al propio tiempo la expansión del helenismo, el atractivo de su creación más original que era la tragedia y la concordancia, que persistió durante siglos, entre Eurípides y las generaciones que le siguieron.

Tal como la habían concebido Aristófanes y sus contemporáneos, la comedia, por el contrario, no era susceptible de reestrenos; panfleto lleno de alusiones a la actualidad inmediata, ya no era comprensible más que con la ayuda de glosas eruditas. Además el género estaba condenado por un anacronismo irremediable. Sus violencias polémicas, su fantasía desenfrenada no concordaban ya con el nuevo tono de la buena sociedad refinada por los progresos de la educación y del bienestar. Asimismo, la "comedia antigua" postulaba una democracia consciente de su soberanía y lo bastante liberal para permitir el planteamiento de sus problemas en la escena y la sátira acerba contra los jefes: estas condiciones políticas ya no existían. Para sobrevivir era necesario que la comedia se transformase. Lo consiguió, desde fines del siglo IV, con el ateniense Menandro, directamente conocido hoy por fragmentos bastante abundantes proporcionados por los papiros, mientras que otros autores lo son por la mediación de cómicos latinos, Plauto en particular.

La personalidad de Menandro explica más de una tendencia de su obra. La riqueza que le

aseguró en el Pireo el disfrute de una vida lujosa, sin tener que ceder a las solicitaciones de Ptolomeo I, no fue extraña a su optimismo indulgente. Poseía el sentido de la ironía, matizado a veces por una punta de melancolía. Pero todos los poetas de la "comedia nueva" fueron, ante todo, observadores y pintores de la vida que los rodeaba. ¿Hasta qué punto sus intrigas eran verdaderas? Para juzgarlo, no se debe olvidar que la exposición de los niños se practicaba aún corrientemente y que, en cuanto al desenlace, el autor y el público se preocupaban sólo de que fuese feliz. También tenía que salvaguardar la moral, pues una curiosa pudibundez imponía sus convenciones: nada de "amor griego", aunque - los *Idilios* de Teócrito lo demuestran — fuese admitido como tema literario; nada tampoco de adulterio femenino y, si una muchacha era seducida, al final todo tenía que arreglarse del mejor modo.

Pero, mucho más que la intriga y sus complicaciones artificiales, se tenía en cuenta el estudio de los caracteres y de los tipos sociales. Unos y otros los tomó Menandro de su alrededor, ricos o pobres, amos o esclavos, viejos o jóvenes, cortesanas o madres de familia. Es fácil encontrar, hasta en nuestra comedia del siglo XVIII, los herederos innumerables de los prototipos que él creó: el amante inconstante, el pródigo y el interesado, el explotador de los vicios de los demás, el fanfarrón, el parásito, el esclavo perezoso y el desvergonzado. En él no tenían nada aún de esquemático. Interesándose por todos con una humana simpatía, matizó con delicadeza su psicología, componiendo una galería tan variada y fiel que un comentador antiguo se preguntaba quién – entre él y la Naturaleza - había imitado a quién.

La Italia griega y Sicilia practicaban desde hacía mucho tiempo, y lo conservaron durante siglos, un género de teatro muy distinto, con escenas muy cortas, parodiando a veces la tragedia, sin intriga, violentamente grosero e incluso indecente. Desde el siglo V, algunos, para acercarse más a los espectadores, tomaron sus personajes del bajo pueblo. Fue de estas farsas que surgió en seguida un género literario nuevo, el "mimo", que escrito al principio en prosa acabó por serlo en verso. Hay tres mimos entre los *Idilios* de Teócrito y, sobre todo, un papiro nos ha proporcionado doce de Herondas, cuyo nombre añade a la reputación medicinal de su patria, la isla de Cos, centro de la escuela de Hipócrates, el esplendor del talento poético.

Herondas utilizaba el verso "yámbico cojo" de un satírico del siglo VI. Sin embargo, preocupado sólo por el realismo, no pensaba en moralizar. Sus sainetes, en los que nunca intervienen más de cuatro personajes, hacen hablar en su lenguaje corriente a gentes del pueblo: la madre que hace azotar por el maestro de escuela al picaruelo de su hijo, los clientes del zapatero, la alcahueta despedida sin cólera inútil por una mujer honesta, y cosas peores todavía. Otras tantas escenas

cortas rebosantes de un mundo vulgar, agitado y vocinglero, fotografiado con una exactitud sorprendente. Toda la vida del pueblo de la pequeña burguesía se encuentra presentada en forma muy semejante a la de nuestros días. ¿Estaban destinados a la representación? Más bien a la lectura despreocupada y recreativa, única capaz de hacer gustar las intenciones de la que están llenos estos pasatiempos de un hombre de letras, que prefería a una gran tela la pequeña miniatura en la que podía cuidar todos los detalles.

CONCLUSIÓN

Intenciones y éxitos del movimiento intelectual.

Esta visión de conjunto presenta, naturalmente, muchas lagunas. Pero tantos lugares vacíos, a causa de nuestra ignorancia o de las necesidades de la exposición, no han podido disimular la exuberante riqueza del movimiento intelectual helenístico. Su propia riqueza le impedía la unidad. En realidad, existían muchas contradicciones. Este movimiento admiraba las obras maestras e incluso las tentativas de los siglos clásicos, que imitaba a sabiendas, con método, sin renegar del pasado; pero, deliberadamente también, se separaba de él, llevado por aspiraciones nuevas. Protegido, animado moral y materialmente por una minoría, le era necesario satisfacerla en refinamientos que no eran simple esnobismo; pero se apoyaba asimismo sobre otro hecho, mucho más importante porque era prácticamente la base de todo el sistema helenístico: una amplia cultura que tenía el deber de defender y de difundir. En la cima, llegaba a cenáculos de aficionados a las sutilidades espirituales; pero no podía olvidar, porque en cada generación sacaba de ellas fuerzas nuevas, los escalones inferiores de la pirámide social, esas capas humanas cada vez más numerosas, cada vez más extendidas en el espacio, con unas aptitudes y unos apetitos intelectuales infinitamente variados, desde la enseñanza casi elemental hasta los más elevados conocimientos y hasta los ensayos y los juegos de los iniciados. Todo se le imponía a un tiempo: conservar, buscar lo nuevo y, en el mejor sentido de la palabra, vulgarizar.

Y, sin embargo, la divergencia y el antagonismo aparentes de estas tareas no le paralizaron: en todas partes ensayó y en más de un terreno tuvo éxito. ¿Cómo establecer una clasificación entre valores por naturaleza inconmensurables? Pero si se juzga con nuestra perspectiva, lo más impresionante y lo más eficaz seguramente, y lo más notable también fue su éxito en materia de educación; en este campo, aparte de algunos centros privilegiados, todo estaba por hacer. A pesar de las dificultades de la improvisación, se formaron, en todos los grados, los cuadros pedagógicos; se aseguró así, por el aprendizaje de los mejor dotados, el relevo de los iniciales animadores. Gracias a él,

en cualquier lugar que viviesen, los griegos mantuvieron a un nivel honorable en su conjunto, en algunos lugares incluso eminente, la cultura que constituía su orgullo y que era la razón de su unidad. Es más, esta cultura ganó nuevos elementos étnicos: muy pronto los indígenas helenizados de Asia Menor y de Siria-Fenicia relevaron a la antigua Grecia. De esta forma, los intelectuales del período helenístico salvaron del pasado todo lo que podía ser salvado, acrecentaron la herencia recibida y prepararon su porvenir.

Su porvenir en Oriente, pues fue en la parte mediterránea de las conquistas de Alejandro donde se conservó el helenismo que Bizancio, más tarde, recogió a su vez. Pero también, de manera más notable todavía, su porvenir en Occidente: pues el mundo helenístico, en razón de la indiscutible superioridad de su civilización intelectual y artística, se convirtió en el educador de Roma.

TERCERA PARTE

EL ASIA ORIENTAL

Pag. 602 en blanco.

LIBRO I

El ASIA ORIENTAL DE 1200 A 300 ANTES DE J.C.

Dos países, ambos dotados de poderes igualmente eficaces, pero de mentalidades casi diametralmente opuestas, se repartieron en épocas antiguas la misión de conquistar Asia: la India y la China. Por su configuración geográfica, sus concepciones y su evolución, son lo más diferentes que se pueda imaginar. Sin embargo, prosiguieron sus caminos respectivos conservando el contacto, coincidiendo a veces - como en Indochina-, pero aplicando unos métodos de expansión tan diferentes que es imposible comparar y estudiar de manera simultánea la curva de sus civilizaciones. Para más claridad delimitaremos su campo de acción y examinaremos después de manera alternativa sus características esenciales.

La India tiene un poder civilizador que parece emanar de su propio suelo. Aunque a lo largo de su historia conoció muchos episodios sangrientos, en general, prefiere una penetración pacífica; las similitudes que aparecen entre la India pre-aria y las regiones del Asia sudoriental desde la época prehistórica están apoyadas en época histórica por relaciones comerciales cada vez más desarrolladas, por una emigración muy numerosa que da lugar a mestizajes, por una propaganda religiosa impregnada de respeto y de tolerancia y, por último, por la instauración en "ultramar" de monarquías independientes concebidas a la manera india pero adaptadas al medio en que se fundaban. De esta forma la India penetró- en diversos grados de intensidad- en Birmania, en la mayor parte de Indochina, en las islas indonesias de Sumatra, Java, Bâli e incluso hasta las Célebes y Borneo. Se impuso en particular por el prestigio de su cultura, pero no pudo mantenerse de manera indefinida por la presión de las tradiciones indígenas resurgidas en todas partes.

Muy diferente fue la acción de China: conquista militarmente e impone a los países conquistados sus instituciones, sus costumbres, sus religiones, su lengua y su escritura. Entiende la dominación menos como el resultado de una infiltración que como una invasión total, como la imposición por la fuerza de un conjunto coherente que corresponde a su tradición y al temperamento

de sus habitantes. Los que, seducidos por la fuerza de su protección, quisieron marchar en su estela, no sólo tuvieron que hacer suyas sus querellas, sino que tuvieron que copiar sus instituciones y su cultura.

No obstante, existen territorios donde la India y la China se encontraron y donde sus influencias se mezclaron: Indochina, cuyo nombre compuesto señala de forma suficiente la distribución de las dos zonas de influencia; el Turquestán chino, cuyo destino histórico fue siempre el de simple paso; el Nepal, donde la yuxtaposición de las dos culturas es a veces sorprendente, y el Tibet, en el que los movimientos religiosos y artísticos participan tanto de la una como de la otra. Y en muchas otras regiones más o menos limítrofes que, por poco que se examinen sus características, revelan el ascendiente de una de ellas. El principal factor de estos contactos fue el budismo, que, nacido en la India en el siglo VI a. de J. C., fue uno de los más poderosos medios de expansión india y al que el pueblo chino se convirtió en gran parte en el curso de los siglos que siguen a la Era cristiana.

Durante todo este período, arbitrariamente fijado entre 1200 y 300 antes de Jesucristo, aproximadamente, no hay duda de que los contactos entre el Asia oriental y el Occidente no faltaron. Sin embargo, sus manifestaciones son más difusas y parecen más esporádicas que en el período precedente, durante el cual se pudieron registrar por una parte las afinidades mesopotamias de la "civilización del Indus" y, por otra, las relaciones entre la China prehistórica y protohistórica y la Europa oriental.

CAPÍTULO I

LA INDIA

Particularidades esenciales de la civilización india

EN Occidente quizá no nos damos exacta cuenta de la importancia de la civilización india. En realidad sobre su suelo se han desarrollado dos de las principales religiones del mundo: el brahamanismo y el budismo; y su papel en Asia es comparable al de Grecia en Europa. En relación con las civilizaciones antiguas, de las que forma parte, pues se elaboró en una época que se fija aproximadamente entre 1500 y 800 a. de J. C., presenta la excepción de mantenerse viva aún en nuestros días sin haberse separado desde sus comienzos históricos de las principales características que la definen: "lejos de pertenecer a un pasado superado, como las glorias extintas de Egipto y de Babilonia, la aventura india se prosigue bajo nuestras miradas" (Louis Renou). Esta perennidad se debe a ciertas causas que conviene determinar, sin las cuales no se podría comprender la evolución de la India antigua ni su constante renovación en el curso de los siglos.

Tres rasgos principales definen la India y explican esta perennidad en una cierta medida: su amor a la tradición, que permite una transmisión sin fluctuaciones; su tendencia a la unidad a pesar de la complejidad y la paradoja que son su destino; su gusto por la codificación, el catálogo y la clasificación que hacen que trate como técnicas rituales actividades de órdenes aparentemente muy diversos, pero gracias a los cuales conserva una coherencia básica. Naturalmente estos caracteres no estuvieron tan definidos al principio de la formación de la civilización india; pero de forma insensible se los ve constituirse desde una época muy antigua, evolucionar de manera inevitable en el sentido que se impondrá más tarde e integrarse tan estrechamente con el conjunto de hechos culturales, que es muy difícil hallar su origen y las fases de su evolución.

La tradición tiene en la India una fuerza que un espíritu occidental puede difícilmente concebir. Así, por ejemplo, los textos literarios en los que se basa el conjunto de las concepciones indias se compusieron en una época sin duda muy antigua y fueron transmitidos oralmente durante un período larguísimo antes de ser redactados. Si se pudieron producir ciertas alteraciones, sin duda son del mismo orden que aquellas a las que estamos acostumbrados en el dominio artístico de la

India: es decir, que se manifiestan de manera muy lenta, deformando el tema inicial por medio de variaciones, pero conservando durante milenios la huella del tema inicial.

En cuanto a la tendencia de la India hacia la unidad, se acrecienta a medida que pasa el tiempo. El espíritu indio capta con gran sutileza la multiplicidad universal; lejos de rechazarla o de intentar canalizarla y reducirla, se contenta con constatar sus efectos haciendo con ellos un amplio inventario.

Pero les descubre un vínculo poderoso: el de la unidad divina. Así, interpreta la multiplicidad como otros tantos aspectos de una sola y misma fuente. En el curso de los siglos tiende también a colocar la pluralidad de los fenómenos en unas categorías bien definidas que básicamente son idénticas. Tal es el caso del panteón hindú, cuya innumerable población divina acaba por agruparse alrededor de algunos grandes dioses de los que constituye manifestaciones diferentes. Y estos grandes dioses no son más que los dobles hipostáticos del Ser único.

Esta tendencia a la unidad se apoya en la necesidad de codificar todo el conjunto divino y humano; uno de los casos más típicos es el de las castas, fenómeno social característico de la India, al menos bajo la forma especial que en ella reviste: ya el nombre bajo el cual se la designa, *varna*, "color", indica de forma clara el problema racial que fue la base de esta división jerarquizada y que enfrentaba a conquistadores de tipo blanco con aborígenes de piel oscura. En el curso de la evolución histórica se ve que este principio se aplica al principio a dos categorías de individuos componiendo el sacerdocio y la clase de los guerreros, después a una tercera - la de los "hombres libres"-, en seguida a una cuarta - la de los "agricultores" -, para irse ramificando poco a poco basándose en el oficio o la función y cerrándose de forma progresiva, hasta el punto de arrojar en los "sin-casta", a los que no encontraban lugar en ninguna de ellas en razón de su "impureza" supuesta. Si, en la aurora del vedismo, ningún rigor parece intervenir entre los miembros de las castas nobles, si, más tarde, todavía se toleran las uniones entre miembros de castas diferentes, poco a poco se ve al sistema amplificarse y complacerse en una codificación más vasta que lleva consigo toda la coherencia de las teorías metafísicas y cosmológicas. Muchos otros ejemplos se pueden presentar en todos los terrenos. Se puede citar el de los gestos "parlantes" (*mudrâ*, *hasta*, *âsana*, etcétera) que podría también ilustrar esta clasificación basada en la técnica ritual. Gestos rituales cuando son ejecutados para el sacrificio, también lo son en la danza y en el teatro, en la iconografía divina y en las figuras pintadas o esculpidas. El rito abraza prácticamente todas las actividades del mundo indio; el individuo o el objeto no existe si no poseen un nombre (*nâma*); este nombre los integra en una serie dotada de una función determinada por un aspecto ritual: así, un hombre perteneciente a la casta de los lavanderos

puede muy bien ejercer otro oficio, pero designado por el calificativo de lavandero, es una especie de sacerdote inferior porque teóricamente tiene por misión el lavar los lienzos manchados en el momento de las ceremonias rituales.

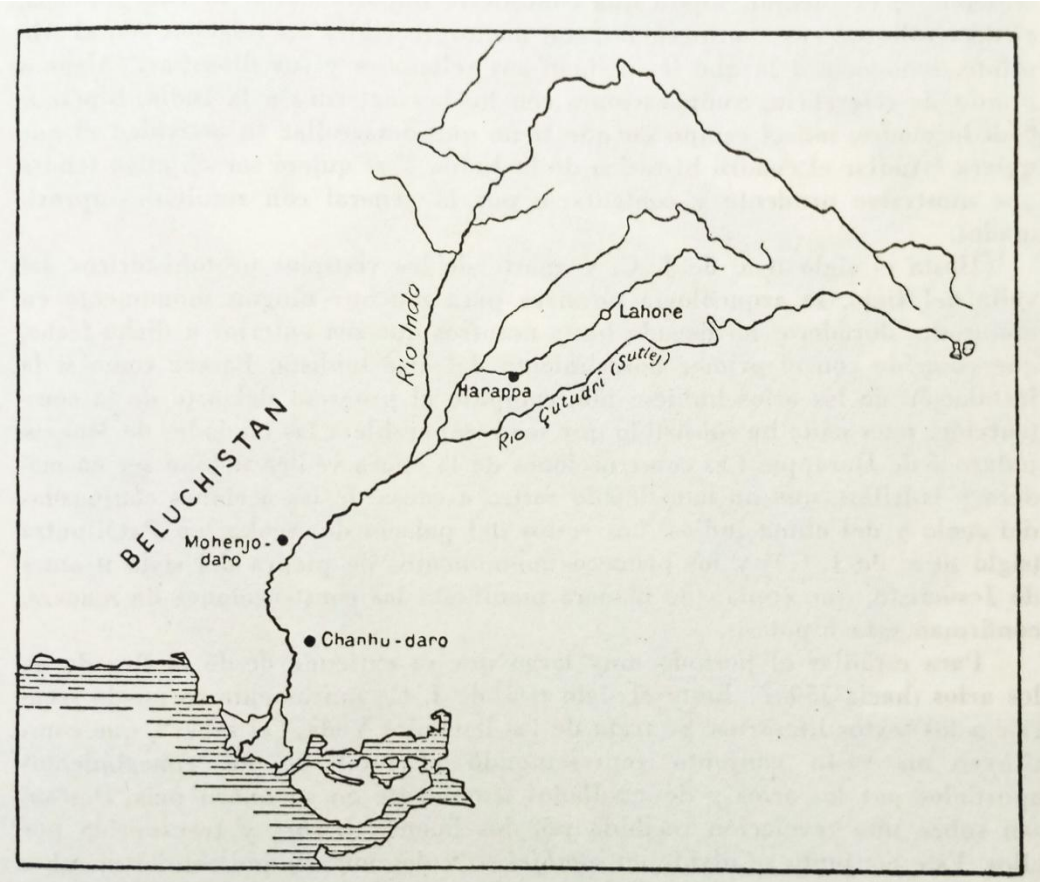


Fig. 36. — La India en los tiempos pre-arios. La civilización hindú.

Se comprende que para los indios era de suma importancia el fijar con gran exactitud todas las reglas concernientes al rito. A este fin se empleó el enorme caudal literario de la India después de la llegada de los Arya hasta la época moderna, y sobre todo los tratados (*çastra*) concernientes a una técnica cualquiera. Sería, pues, vano buscar la explicación de los hechos indios fuera de sus propias interpretaciones tradicionales; todo lo más se puede intentar aplicar a estas interpretaciones un método científico de investigación.

La cronología y las fuentes.

Un obstáculo especialmente delicado se presenta para este estudio: el indio no tiene ninguna noción de la cronología comprendida en el sentido riguroso en que la entiende el occidental. ¿Para qué concederle importancia si la vida humana, el desarrollo de sus contingencias, son menospreciables en relación con el Absoluto, tendencia a la que le inclinan sus religiones y sus filosofías? Algunos puntos de referencia, comparaciones con hechos externos a la India, hipótesis y deducciones, son el campo en que tiene que desarrollar su actividad el que quiera estudiar el cuadro histórico de la India. Y si quiere ser objetivo tendrá que mostrarse prudente y contentarse por lo general con resultados aproximados.

Hasta el siglo II a. de J. C. y aparte de los vestigios protohistóricos del valle del Indo, la arqueología no sirve para mucho: ningún monumento en materiales duraderos ha llegado hasta nosotros que sea anterior a dicha fecha, que coincide con el primer florecimiento del arte budista. Parece como si la instalación de los arios hubiese interrumpido el progreso del arte de la construcción, pues nada ha subsistido que sea comparable a las ciudades de Mohenjo-daro y de Harappa. Las construcciones de la época védica debían ser en madera y ladrillos, que no han dejado rastro a causa de las acciones conjugadas del suelo y del clima indios. Los restos del palacio de Açoka, en Patâliputra (siglo III a. de J. C.), y los primeros monumentos de piedra del siglo II antes de Jesucristo, que copian de manera manifiesta las construcciones de madera, confirman esta hipótesis.

Para estudiar el período muy largo que se extiende desde la llegada de los arios (hacia 1500?) hasta el siglo II a. de J. C., únicamente se puede recurrir a los textos literarios. Se trata de los llamados Veda, "el saber", que constituyen un vasto conjunto representando el total de los conocimientos aportados por los arios y desarrollados lentamente en su nuevo país. Descansan sobre una revelación recibida por los buenos (*rishi*) y transmitida por ellos. Este conjunto se divide en *samhita* o "colecciones", que contienen sobre todo himnos, oraciones y fórmulas rituales; en *brâhmana*, "explicaciones" o comentarios que glosan los *samhitâ*; y, por último, en *upanishad* o "lecciones" de carácter esotérico. Además, existe el Vedânta o suplemento del Veda, cuyo contenido se adapta a la tradición y cuya redacción se continúa incluso en la actualidad.

Es tarea difícil y casi imposible fechar estas diferentes partes del Veda, pues la mayor parte de los textos fueron concebidos y transmitidos oralmente hasta la época relativamente reciente (¿siglo XI de la Era cristiana?). Se está de acuerdo en atribuir la mayor antigüedad a los *samhitâ* y entre ellos al Rigveda compuesto de diez "círculos" (*mandala*), de los que sólo el último parece reciente que los

50.—Vaso trípode Ting.

49.—Anfora Pan Shan, de la época neolítica.

demás. El Yajurveda y el Samaveda siguen numerosos pasajes del Rigveda y son por tanto posteriores a éste. El Atharveda, que contiene fórmulas mágicas, sin duda es uno de los últimos en componerse. Si es verosímil que los más antiguos *samhitâ* remonten a la llegada de los arios, o sea, entre 1500 y 1000 a. de J. C., parece que los *brâhmana* y los *upanishad* debieron nacer entre los siglos X y VI a. de J. C. Les seguirían a continuación los *sûtra* o "aforismos", que forman parte del Vedânta y que se tiene tendencia a colocar entre 400 y 200, aproximadamente, precediendo de poco a los primeros documentos del arte budista. Pero, repitámoslo, estas fechas son sólo hipotéticas.

Las lenguas y las escrituras.

Del mismo modo que la invasión aria recubrió el substrato étnico de la India pre-aria, también impuso su lengua, convertida con bastante rapidez en lengua sacerdotal: el sánscrito. Existe la incógnita de saber cuál era la lengua de las regiones invadidas; una hipótesis relativamente reciente hace pensar que esta lengua debía estar emparentada con el dravídico si no era su propio arquetipo; en efecto, se ha señalado la presencia aún en la actualidad, en el Beluchistán, de un dialecto dravídico, el *brahuî*, en la actualidad rodeado por completo de lenguas indoeuropeas; cortada de su base por la oleada aria, sería un testimonio vivo de una lengua extendida, antes de la invasión de los arios, sobre una gran parte de la Península indostánica.

Los arios importaron el sánscrito, la lengua del Veda, rama india de la gran comunidad lingüística indoeuropea. En los textos más antiguos (Rigveda, etcétera), el sánscrito védico presenta notables semejanzas con la lengua del Avesta iranio, analogías que sobreviven en parte en los demás textos; pero el védico y el avéstico están claramente separados por numerosas innovaciones sánscritas. En este terreno, como en tantos otros, la India incorporó lo nuevo a lo arcaico y aseguró su coexistencia, dando origen a la complejidad con frecuencia desconcertante. La razón es aquella misma que caracteriza toda la civilización hindú; el sánscrito es una "lengua sacerdotal, confinada en la expresión de un pensamiento dirigido, con caracteres mágicos. La forma importa más que el sentido, el sentido literal menos que el esotérico y el vocabulario está sujeto a la notación de un simbolismo complejo" (L. Renou). Debido a esto los ejemplos de arcaísmo son bastante frecuentes y responden a la preocupación de conservar intacta la tradición a pesar de una incesante necesidad de crear.

Sin embargo, con los *brâhmana* el sánscrito clásico aparece más simplificado, asegurado por una sintaxis bien delimitada y con un vocabulario muy preciso. Y con los *upanishad* sin duda se acerca más aún a la lengua hablada. Pero este conjunto así formado se fijó y todavía persiste en la actualidad bajo sus formas antiguas.

Paralelamente al sánscrito se desarrollaron un gran número de lenguas sacerdotales o vulgares, en su mayor parte procedentes del sánscrito, pero enmascarando un fondo local quizá más antiguo.

Fig. 37.—La India brahmánica antes de los Maurya.

El sánscrito se escribe con la ayuda de 49 fonemas que comprenden vocales, diptongos, consonantes y semivocales. Se construye por declinaciones y conjugaciones y entra, por consiguiente, en el marco indoeuropeo oponiéndose por completo a la lengua china, que describiremos más adelante (pág. 639).

Resumen histórico. Parece que fue entre los siglos XVIII y X que se produjo en los confines nordoccidentales de la meseta irania una escisión entre tribus indoeuropeas que anteriormente se habían fijado allí. Estas tribus se designaban a sí mismas con los nombres de *ârya*, *airya* y *ariya*. Su origen es discutido; la tesis más en boga en la actualidad los hace proceder de la parte meridional de Rusia, habiendo llegado al Irán por el Cáucaso. La masa aria que se separó de la rama irania habría penetrado en la India del noroeste por el Waziristán actual o bien por el valle de Kabul. Empezó estableciéndose en el Penjab y seguramente hay que atribuirle la destrucción de las ciudades de la cuenca del Indo, en particular Mohenjo-dâro y Harappâ, cuya desaparición tuvo lugar alrededor del año 1500 a. de J. C.

Según las informaciones contenidas en los más antiguos textos védicos, contemporáneos, según se cree, de la instalación de los arios en la India, su primera ocupación se habría efectuado desde las orillas del Kâbul y del Swât, el Krumu (Kurram), el Gomatî (Gomal) y la región de los Siete-Ríos en el Noroeste, hasta el Sarasvatî (Sarsûti), el Çutudrî (Satlej) y el Yamunâ (Jamna) al Este. Se hace expresa referencia al Himalaya, en el Norte, y los mismos textos mencionan el océano (*samudra*), lo que hace suponer que los arios bajaron por el curso del Indo (Sîndh) hasta la desembocadura colocada en esa época en una latitud más elevada que la actual. La difusión hacia el Este de los arios es todavía en este momento bastante débil, y el Ganges, por ejemplo, está nombrado una sola vez.

En este cuadro geográfico relativamente restringido parece que el avance de los arios se efectuó *manu militari*, y los aborígenes, una vez vencida su resistencia, fueron obligados a aceptar la supremacía de sus vencedores convirtiéndose en sus esclavos, y en caso de no hacerlo así tuvieron que emigrar hacia el Sur o hacia el Este, donde el avance de los arios tenía que alcanzarlos en el curso de los siglos siguientes.

Una vez instalados en la región del Penjab, las tribus arias se habrían agrupado en clanes y más tarde confederado en monarquías; es de creer que esto no dejó de provocâr luchas intestinas. Hacia 800 a. de J. C. (?), el empuje ario hacia el Este se había acentuado tanto que el centro de interés se desplazó del Penjab al Doâb, es decir, a la región que se extiende del Sarasvatî hasta la confluencia del Ganges y del Yamunâ. La conquista de esta región parece haber producido una influencia aria más superficial, pues la masa indígena sólo fue colocada en una casta (*varna*: color) inferior. Desde entonces sin duda ya puede hablarse de reinos arios, entre los cuales el de los Kuru era el más poderoso y el más central; habría conquistado el vecino reino de los Pañcala extendiendo su denominación hacia el Noroeste hasta el valle de Taksaçîlâ (Taxila) y hacia el Sudeste hasta la confluencia del Ganges y del Yamunâ.

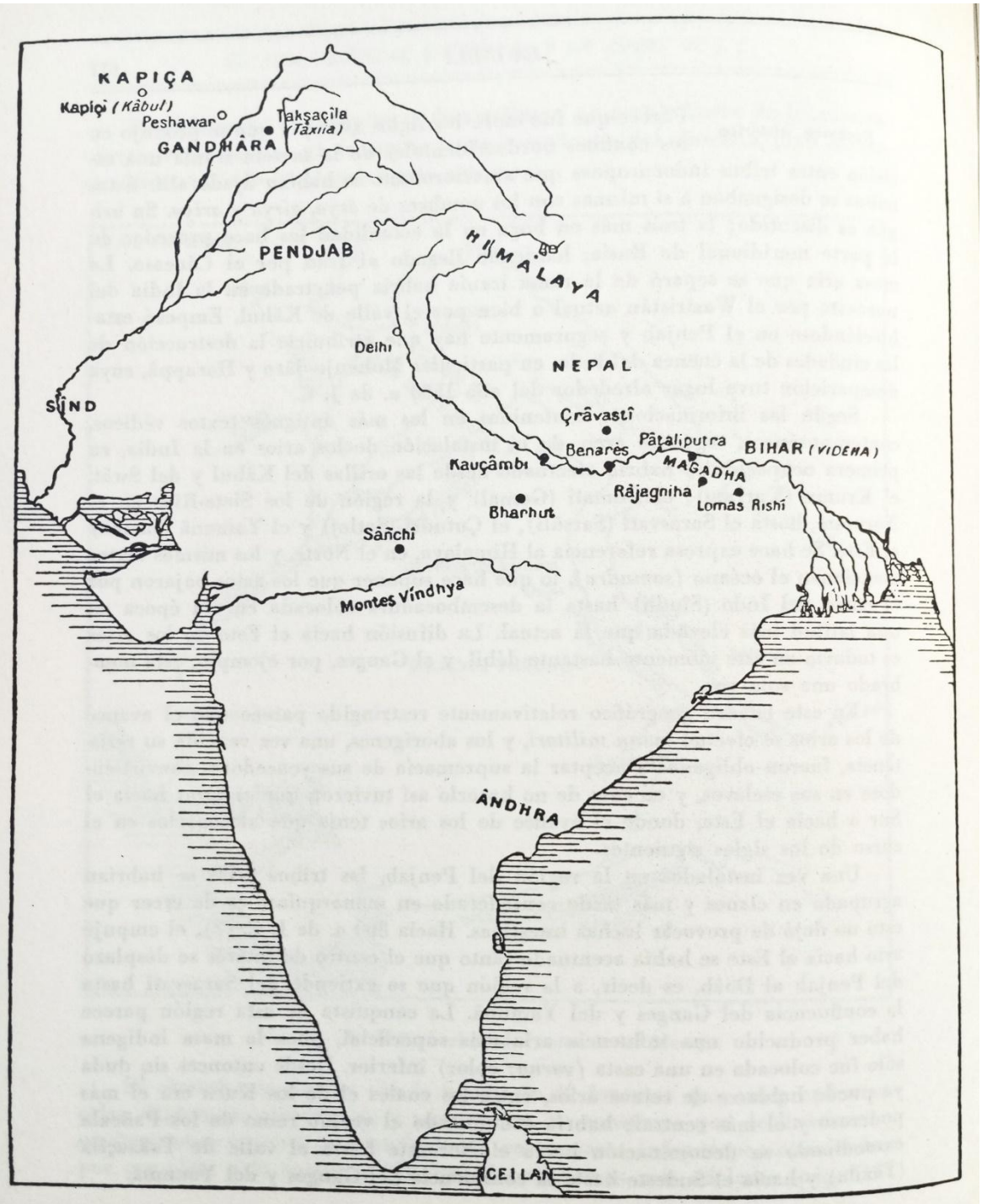


Fig. 38. — La India bajo los Maurya.

Es probable que hacia el siglo VI se inicie el avance hacia Oriente de algunas tribus arias hasta entonces establecidas entre los cursos del Indo y del Ganges. En este momento se fundan una serie de Estados o reinos más o menos estables en la región de Dehli, en la “región de en medio" (Madhadeça), en el Audh (Koçala y Videha), en el Bihar meridional (Magadha); se extienden por el Sur hasta los montes Vindhya y se hacen suyas todas las ciudades importantes, entre las que se pueden citar Kauçambî, en el Yamunâ, y Kâçî (Benarés), en el Varanavatî.

Después del ensayo de hegemonía intentado por el reino de los Kuru (Delhi) en el período precedente, ahora va a probarlo el de Magadha (Bihar meridional). Se presenta como un país de menor influencia aria que las regiones del Oeste y en el que los caracteres aborígenes se conservan con fuerza; por lo demás es considerado por los propios arios como una región medio bárbara. Entre los siglos VI y IV emprende la conquista de la cuenca del Ganges, momento en que la dinastía de los Çiçunâga, llegada de Avantî - es decir, del reino ario más meridional de la época precedente -, arroja a la dinastía de Brihadratha, acerca de la cual no se sabe prácticamente nada. Los Çiçunâga - de los que sólo se conocen los reyes Bimbisara (543-491?) y Ajâtaçatru (491-549?) en razón de su papel en la literatura búdica- se habrían anexionado Bengala, la región de Kâçî (Benarés), el Koçala (Audh) y el Videha (Bihar septentrional). Dominando de esta forma una vasta región cuyo eje era el curso medio e inferior del Ganges, el reino de Magadha trasladó su capital, que era Râjagriha (Bihar septentrional), a Pâtaliputra (Patna) en la confluencia del Sone y del Ganges. Hacia fines del siglo IV a. de J. C., los Çiçunaga fueron reemplazados en el trono de Magadha por los Nanda, de los que se supone que prosiguieron la acción unificadora y de los que se habrían derivado los Maurya que conseguirían fundar hacia 320 el primer Imperio pan-indio.

Mientras que las fronteras orientales de la India aria se organizaban de esta forma e intentaban unirse, las del Oeste sufrían la amenaza de nuevos invasores: el Imperio persa emprendía la conquista de las provincias limítrofes, primero bajo el mando de Ciro (557-529), que se apoderó de Kapiça (región de Kabul), después bajo el de Darío (521-485), que habría conquistado el Gandhara (región de Peshawar), el conjunto del Penjab central hasta el Bias y, por último, el Sîndh. Fue para el noroeste de la India el preludio de un largo período de turbulencias que le mantuvo por mucho tiempo al margen de la vida india propiamente dicha. Pues la dominación persa se prolongó durante casi dos siglos y fue seguida de una nueva invasión: la de los ejércitos de Alejandro el Grande en 326-325, cuyas consecuencias estudiaremos más adelante (véase pág. 669).

Se puede, pues, considerar que la época del reino de Bimbisâra tiene su importancia.

Consagra la unificación de un vasto territorio al Este y una residencia al Oeste a través de la cual van a penetrar de nuevo las influencias iranias como en los tiempos en que los propios arios las importaban. Pero esta época es aún más notable por los acontecimientos de carácter religioso, espiritual y social cuyas consecuencias persistirán durante mucho tiempo. En efecto, la religión védica se transformó de manera profunda bajo la acción cada vez más rígida de los brahmanes; paralelamente una codificación más estricta empieza a cerrar la sociedad en castas; un endurecimiento de la moral, impuesto por los brahmanes, tiende a reformar la libertad de costumbres. En resumen, el conjunto de fenómenos que componen la civilización védica evolucionaron hacia un formalismo que suscitó una serie de "reformas". Las sectas se multiplicaron, proponiendo cada una una modalidad diferente concerniente a la tradición y al sacerdocio, la obtención de la redención, etc. En la época del reino de Bimbisara, dos hombres intervenían en el mismo sentido: Çâkyamuni, que funda el budismo, y el que se designa con el nombre de Mahâvîra, fundador del jainismo. Uno y otro encuentran los espíritus indios preparados para admitir un reajuste del pensamiento en relación con los problemas que se le plantean con una agudeza cada vez mayor. Pero no hay que ver en estas diversas tendencias — ya pertenezcan al antiguo vedismo o a los nuevos sistemas budista o jaimista- una revolución brutal apoyada en una guerra santa; se trata más bien de una ampliación de preocupaciones morales y metafísicas que llevan consigo una necesidad de reglas de vida mejor adaptadas al individuo. Son sin duda estas preocupaciones las que dieron lugar a la redacción de los comentarios (*brâhmana*) y de las lecciones esotéricas (*upanishad*) en adelante sumados a los textos védicos de la época anterior; y los que permitieron a Çâkyamuni encontrar un eco a las leyes de una moral fundada en la caridad para con todos los seres. Hay que representarse este período - que se puede colocar aproximadamente en los siglos V y IV - como un verdadero despertar espiritual, paralelo a las persistentes tentativas de unificación política y con indudables contactos occidentales. Aún habrá que esperar algún tiempo para que se dibuje una oposición real entre las tradiciones védica y budista; esta diferencia no existe aún de una manera profunda, pues el budismo se encuentra sólo en sus primeros balbuceos; no es entonces tanto una religión como una moral y no rechaza el panteón popular y, menos todavía, las formas de vida admitidas por la costumbre. Hasta los primeros siglos de la Era cristiana esta oposición no aparecerá de forma evidente, cuando la redacción de los textos budistas y el florecimiento del arte budista la harán bien visible. Por otra parte esta oposición es más de orden religioso y social que de orden material.

CAPÍTULO II

LA CIVILIZACIÓN INDIA BAJO LOS ARIOS *

En el momento en que penetraron en las provincias del noroeste de la India - entre 1500 y 800 a. de J. C.- los arios encontraron en ellas una población cuyos caracteres étnicos les llamaron la atención sin duda porque eran muy opuestos a los suyos propios. Estos aborígenes tienen la piel oscura y este color (*varna*) hace de ellos seres despreciables a los ojos de los conquistadores de un tipo blanco perfectamente puro. Su nariz aplastada se opone a la aquilina de los arios y además hablan un lenguaje "hostil", es decir, incomprensible. Sus nuevos señores los designan con la expresión general de "dravídicos", pero ellos mismos se nombran con denominaciones extrañas: Aja (cabra), Çighru (rábano silvestre), Dâsa o Dasyu, Pani, etc.; Dâsa parece que fue uno de los más frecuentes y tomó entre los arios el significado degradante de esclavo (femenino: *dasi*). No se sabe si nombres como Cabras o Rábanos aluden a un totemismo y a un vegetalismo ya superados; lo que sí se sabe es que estos dravídicos llevaban una vida de pastores, cazando el búfalo y el león con arcos y flechas, refugiándose en recintos fortificados por atrincheramientos de tierra o por empalizadas. Y, aunque nuestros conocimientos en este aspecto sean muy limitados, sabemos que practicaban un culto fálico.

Según parece, los Dâsa de las llanuras se refugiaron entre los de las montañas y resistieron durante mucho tiempo a los arios, defendiendo sus núcleos de población y sus aldeas fortificadas con gran obstinación. Difíciles de someter, cuando eran capturados se convertían en esclavos y sus mujeres en concubinas. Pero aunque los arios se jactan con frecuencia de haber conquistado por la fuerza el territorio de sus enemigos y hay razones para creerlo parece que la guerra perpetua no fue entre ellos un *modus vivendi*, pues se señalan matrimonios mixtos, que prueban que en este período remoto los conquistadores arios no sintieron aún la necesidad, que se planteará más adelante, de prevenirse contra los peligros del mestizaje.

1. CARACTERES DE LA CIVILIZACIÓN VÉDICA

Los recursos. La principal característica de esta civilización es su vida agrícola basada en la eficacia del sacrificio divino. Los recursos de los aborígenes y de sus conquistadores arios consistían sobre todo en los productos de la caza, de la agricultura y de la ganadería. Además de los

***Nota del editor digital**: La edición castellana del año 1967 dice en este título: “LA CIVILIZACIÓN INDIA ANTERIOR A LOS ARIOS”, lo que constituye un evidente error (sea de traducción o de impresión). El capítulo habla en extenso de la civilización védica creada por los arios a partir de su conquista de la India. La civilización anterior a los arios es la llamada “Civilización del Valle del Indo”, la cual no es tratada en profundidad en esta obra.

arcos y las flechas, los arios utilizaban el hacha de cobre, trampas y fosas para la caza mayor (elefante, león y más tarde el tigre), perros para seguirle la pista, caballos para perseguirla y también redes para capturar aves. En cuanto a la pesca, parece que sólo se desarrolló en la época de los *brâhmana*; por lo demás los ríos y las costas que ocuparon las primeras tribus arias son poco ricas en pescado.

La agricultura es la principal ocupación. El ganado se compone de vacas lecheras, toros y terneros, ovejas y cabras; para guardar los rebaños se utilizan perros de presa y al menos una vez por día, por lo general al mediodía, el pastor cuenta sus reses. Desde el principio, la vaca es un animal muy respetado, puesto que está prohibido matarla y comer su carne; se la ordeña tres veces por día. El buey se utiliza para el transporte y para los trabajos agrícolas. En cuanto a la cabra, se recoge su pelo para tejerlo. El caballo, a veces unido a los rebaños, se utiliza para el cultivo y para las carreras de carros rituales; se emplea como animal de silla, pero no se usa para la guerra. El elefante fue sólo domesticado a partir de la época de los *brâhmana* y se hizo desde entonces un insustituible auxiliar del hombre; todavía no se le utiliza para la guerra. Por último, el gato parece que todavía no estaba domesticado. Se supone que el rebaño era un bien comunal; se encerraba en dehesas cerradas durante el día y por la noche se guardaba en las viviendas.

El cultivo - que se designa con un mismo nombre por los indios y los iranios - se hace con la ayuda del arado de tipo sencillo tirado por dos carneros; si bien en la época de los brâhmana se pretende que en él se pueden uncir hasta 24 bueyes, parece que la verdad es que evolucionó poco en el curso de los siglos siguientes, puesto que las representaciones del siglo II a. de J. C. (las más antiguas que se conocen de este instrumento) nos atestiguan su aspecto rudimentario. Desde tiempos antiguos se riegan con cuidado los campos de labor; los canales de irrigación son abiertos y cuidados por la comunidad y más tarde se completan con depósitos de agua en reserva para las épocas de sequía. A partir de la época brahmánica, habiendo penetrado los arios en las regiones más fértiles del País Medio se aprende a fumigar las tierras y a servirse del limo fluvial y de la acción bienhechora de los monzones.

El primero de los cultivos es el de la cebada (?) (*yava*). Más adelante se aclimatan el arroz y el algodón, que a partir de entonces forma la base principal de los tejidos. A ellos hay que añadir el trigo candeal, los garbanzos, el sésamo, la caña de azúcar, varias clases de legumbres, las flores y los frutos; nada se sabe de cierto acerca del cultivo de estos últimos, pero existe la mención de *Ficus religiosa* Linn. y de *Ficus indica* Roxb.

La alimentación se componía, pues, de granos transformados o no en harina, de leche y de mantequilla, miel, legumbres, frutos y, hasta la época brahmánica, de carne (macho cabrío, carnero,

buey y caballo); en efecto, la carne de animales no fue proscrita más que a partir del momento en que los brahmanes impusieron una reglamentación rígida en este aspecto. Existían asimismo bebidas embriagadoras: el *soma*, hecho con la ayuda de una planta de origen iranio no identificada y empleado para el cumplimiento del sacrificio desde la época védica; y la *surâ*, extraída de varias plantas, bebida por el pueblo y parcialmente prohibida.

El comercio en principio parece poco desarrollado, pero en seguida se hace floreciente; es favorecido por la construcción en común de caminos aptos para el tráfico y en los cuales se edifican albergues para el descanso de los viajeros al final de cada etapa. Por lo demás se ponen en camino con bastante frecuencia, los mendigos y los brahmanes además de los comerciantes. Estos últimos se agrupan en corporaciones; se reúnen para formar caravanas que, recorriendo las pistas y los caminos, unen entre sí las principales ciudades y transportan de una a otra región las muselinas, los brocados, las sedas, los tapices, las drogas, los perfumes, las joyas, las armas y los objetos de metal. Es verosímil que estas caravanas realizasen largos recorridos estableciendo ya una cierta relación con las comarcas limítrofes de la India, en especial con los mercados afghanos e iranios. En las ciudades, el comercio se ejerce desde pequeñas tiendas portátiles y en los bazares. Con cierta frecuencia se cita a ricos mercaderes, lo que prueba la actividad del comercio. También existe el comercio fluvial que utiliza embarcaciones lo bastante grandes para necesitar el empleo de remeros y de un timonel.

El derecho comercial se basa en el trueque, estando en principio la unidad de valor representada por la vaca y por un adorno (*niksha*) en oro o en plata; más tarde se conoce asimismo una especie de baya que sirve igualmente de peso (*krishnala*) y una placa o pieza de oro (*çatamaña*) equivalente a 100 *krishnala*. Se practican el regateo, la deuda y el préstamo; se mencionan mercaderes codiciosos y usureros; por último, las tasas del interés son del 1/6 y del 1/16. El contrato es corriente y se rodea de una especie de ritual. La deuda impagada puede ser causa de un castigo severo: se puede condenar al deudor a la picota o a la esclavitud.

En cuanto a la industria reposa sobre todo en el artesanado rural. Los oficios mencionados son al principio poco numerosos: las mujeres tejen el algodón y los pelos de cabra, cosen, bordan y trenzan esteras; los carreteros fabrican los instrumentos de cultivo, los carromatos y los carros de guerra; los carpinteros tallan la madera, los herreros trabajan el cobre, el bronce o el hierro; los curtidores preparan los cueros y las pieles. Progresivamente se forman corporaciones y hay una tendencia a la especialización según los materiales usados: la madera es utilizada por los carreteros, los carpinteros y los escultores; el hierro, el cobre, el estaño, el plomo, la plata (rara) y el oro (muy

abundante) son son fundidos y trabajados por los herreros, los fundidores y los orfebres; el marfil que entra en la composición de arcos y flechas, también es tratado por especialistas. El utillaje es de madera, cobre o hierro. Existen, además, muchos otros oficios: cesteros, alfareros, tintoreros, pintores, tejedores, etcétera. Los más importantes son los barberos, los astrólogos y los sacerdotes de aldea, pues son indispensables para todos los actos importantes de la vida; los más despreciados son los cazadores, los pescadores, los carniceros y todos aquellos que tienen por tarea el matar animales (sobre todo en los Estados orientales). Finalmente, existen, como es natural, los pastores y los agricultores; y también guardianes y mensajeros. Asimismo se enumera una categoría de oficios ambulantes que sirven de diversión: bailarines, acróbatas, tamborileros, flautistas y actores. Con frecuencia estos oficios son hereditarios y algunos de ellos ocupan toda una población consagrada a una sola industria; pero existen asimismo artesanos ocasionales que son esclavos autorizados a trabajar para liberarse.

Por último, es probable que la guerra fuese también una fuente de ingresos, en especial para la clase de los *rajanya*, más tarde *kshatriya*, que dominan la sociedad védica. En las acciones guerreras van acompañados por artesanos y campesinos, que en seguida serán reemplazados por soldados mercenarios. No tenemos detalles sobre la forma de reparto del botín.

2. LA VIDA SOCIAL

La sociedad

Esta vida rural y agraria descansa sobre una sociedad aldeana de tipo patriarcal que ofrece también rasgos de matriarcado y cuyos actos principales están basados en el sacrificio. Aunque desde el principio las dos clases de los sacerdotes (*brâhmana*) y de los nobles guerreros (*râjanya* o *kshatriya*) fuesen claramente consideradas como dirigentes, no parece que hubiese un gran rigor en la discriminación de la sociedad de principios de la época védica; pero después surge una división más marcada y surgen otras dos clases, la de los "hombres libres" (*vaiçya*) y la de los esclavos (*çudra*). Sin embargo, las castas no están todavía tan estrictamente delimitadas como en el futuro y tampoco son impermeables entre sí; esto es principalmente cierto en los Estados orientales, en los que la influencia aria más superficial y la aparición del budismo aligeran la rigidez típicamente brahmánica.

Las dos clases hereditarias que están al frente de la sociedad - el sacerdocio y la nobleza - están estrechamente unidas y disfrutan de una gran libertad. En efecto, brahmanes y *kshatriya* pueden ejercer un oficio agrícola o comercial, ocuparse de rebaños o de caravanas, esculpir la

madera, etc.; pueden asimismo tomar por esposas a mujeres de casta inferior, incluso las esclavas. Pero, por lo general, los brahmanes se consagran exclusivamente al ritual; su poder se robustece por el hecho de que nadie puede prescindir de ellos, puesto que todo acto importante de la vida individual o de la vida oficial tiene que estar necesariamente acompañado de un sacrificio. Los brahmanes, "hombres de lo sagrado", son los oficiantes permanentes; dirigen el ritual y perciben la mitad de los honorarios, mientras la otra mitad se destina a los oficiantes ocasionales, cada uno especializado en uno o varios actos rituales. En las aldeas, en todos los hogares, desempeñan el papel de un mago-médico. Entre ellos se escoge al capellán (*purohita*) del rey que asume la más alta función sacerdotal; nombrado por el rey, le acompaña en sus desplazamientos e incluso en la guerra, recita oraciones y encantamientos para asegurarle la victoria o el éxito en sus empresas; dirige el culto, preside el ceremonial y percibe gratificaciones. Los brahmanes aldeanos ejercen con frecuencia un oficio que presenta alguna relación con ciertos aspectos rituales, tales como barbero, astrólogo, blanqueador, etc. Paralelamente a ellos existen numerosos ascetas y eremitas que, en los Estados orientales, se encargan de la propaganda del budismo a partir del momento en que empieza a extenderse.

Los *kshatriya* son los nobles guerreros; se ocupan de administración y de política, toman parte en la guerra y son por lo general los propietarios rústicos del país. El rey pertenece a esta clase en la que es escogido en razón de sus derechos hereditarios y dinásticos; es elegido por el pueblo, o al menos aprobado por éste, y no parece haber sido entronizado por los sacerdotes hasta una fecha bastante reciente. Su misión consiste ante todo en proteger a sus súbditos y en mantener a sus costas un cuerpo de sacerdotes para él y para el pueblo. Saca sus ingresos de sus propiedades, que consisten en bosques y "lugares desiertos"; para ello, cobra un tributo en especias por la mediación de concesionarios. Al principio jefe de clan o de tribu, va tomando una importancia cada vez mayor, y realza su poder mediante grandes sacrificios como el del caballo (*açvamedha*) y por una entronización solemne (*râjasûya*); su carácter divino es afirmado desde un principio.

La casta de los hombres libres comprende los cultivadores, los comerciantes y los artesanos; si bien los hay que consiguen poseer una fortuna importante, están, no obstante, obligados a pagar contribuciones y a prestar servicios, sirviendo de granjeros a los *kshatriya*, contribuyendo a su sustento y acompañándolos a la guerra. Los artesanos y los comerciantes están agrupados en corporaciones cuyos jefes son por lo general los amigos de los nobles.

La casta más inferior es la de los esclavos; probablemente, al principio, se incluían en ella los descendientes de los aborígenes sometidos a servidumbre por los arios; se les sumaban los individuos

condenados por deudas, otros condenados a muerte y a los que se conmutaba la pena, los prisioneros de guerra y también algunos hombres que libremente perdían su casta por espíritu de penitencia. El *çudra* es un ser impuro por definición, que puede ser herido o muerto por gusto; el estudio del Veda y el acceso a los sacrificios le están prohibidos, pero puede ocurrir que se enriquezca gracias a su trabajo; entonces le está permitido liberarse. En esta separación tan estricta y en esta dependencia que podía llegar hasta a dar muerte al sometido, es lógico ver un recuerdo de las luchas sin cuartel que libraron los aborígenes con las tribus arias de la época de la conquista.

De esta forma, a pesar de una cierta flexibilidad en el sistema social, existe una notable tendencia a la división de la sociedad por técnicas y por funciones, división basada en las necesidades impuestas por el culto. La armazón típica de la vida social india se encuentra a punto para adquirir todas las características que se desarrollarán en la época siguiente.

El Estado

Esta sociedad descansa sobre un régimen monárquico en el que se equilibran tres poderes: el del rey, el del sacerdocio y el del pueblo. El poder sagrado y la asamblea del pueblo (*samiti*) están colocados bajo la autoridad real, pero no de una manera absoluta. Un cierto número de altos funcionarios están nombrados y reclutados entre los *kshatriya*, y algunas veces entre los *vaiçya*: el jefe del ejército (*senânî*), el jefe de aldea (*gramani*) que se convierte en una especie de virrey, el escudero, heraldo o bardo (*sûta*), el chambelán (*kshattri*), el prefecto (*sthapati*) dotado de poderes judiciales, etc.

La asamblea del pueblo participa en el gobierno; se reúne en una plaza especial, bajo los árboles o bajo un gran cubierto. En ella se agrupan jóvenes y viejos, tribus y aldeas; nombra el consejo de los ancianos y juntas arbitrales que toman las decisiones por unanimidad.

Administrativamente el reino se divide en *grama* (aldea y horda armada), *viç* (clan o departamento) y *jana* (tribu o grupo de departamentos). Pero estas nociones son inestables y acerca de ellas existen pocos detalles en los textos.

El poder ejecutivo es detentado por el rey mientras que una asamblea popular (*sabha*) se ocupa de ciertos juicios. El sistema judicial aún no es muy claro; no se habla de costumbres que más adelante se harán generales, como la exposición de los padres ancianos, el abandono de las muchachas y los colegios de cortesanos; sin embargo, la prostitución ya se practica. El crimen está sometido a penalidades, pero éstas son impuestas y aplicadas por el perjudicado, sin que pueda llegar a castigar con la muerte; el precio de la sangre humana está evaluado en cien vacas por una muerte, pero en la época de los *brâhmana* esta legislación varía según la casta a que pertenezca el muerto. Se mencionan listas de crímenes, sin que se conozca el castigo correspondiente; en ciertos casos el

propio rey infligíaciertos casos el propio rey infligía castigos corporales. El robo, fractura de huesos, el bandidaje y las deudas son muy perseguidos y el robo de ganado es tan frecuente que la búsqueda de las bestias robadas se encarga a verdaderos especialistas.

La familia. La familia es la base de la sociedad védica, estando colocada bajo la autoridad del amo de la casa que debe ejercerla sin crueldad; tiene el derecho de castigar a sus hijos y decide su matrimonio. El nacimiento de niños es preferido al de niñas y se prepara mediante una serie de rituales de carácter mágico. Cuando nace el niño se enciende un fuego especial y se hacen ofrendas de sésamo y de arroz durante diez días; el padre le otorga su aliento; se le baña y después se le dan dos nombres: un nombre corriente y otro secreto que, a veces, sólo se le indica más adelante, en el curso de la ceremonia de iniciación. A la edad de tres años el barbero le corta por primera vez los cabellos, peinándoselos según la costumbre distintiva de su familia; esto da lugar a una ceremonia en el curso de la cual se entierran los cabellos cortados mezclados con hierbas y con boñigas. A los 16 años se repite el mismo ritual para el primer corte de la barba, corte simbólico, pues los hombres del período védico la llevan entera.

A una edad variable según las castas y según las circunstancias, se confía al muchacho a un preceptor. En esta ocasión se desarrolla otra ceremonia, prefigurando la iniciación religiosa e introduciendo al muchacho en una vida nueva; deberá cuidar del fuego doméstico; mendigar la alimentación de su maestro y la suya, dormir sobre el suelo, conservarse casto, observar una rigurosa obediencia y abstenerse de ciertos manjares. Su vida de estudiante estará jalonada por ritos al principio y al fin de las sesiones; su duración no está fijada. Cuando se acaba, el joven se prepara para volver al lado de su familia, se baña, es librado de su voto de estudiante, tira al agua sus vestidos y se viste con ropajes nuevos. Está entonces a punto para contraer matrimonio y para asumir a su vez el papel de dueño de la casa.

En la época védica, el matrimonio se basa en la elección recíproca de los contrayentes atraídos el uno hacia el otro por razones que teóricamente son respetadas. Se ha visto ya que puede ser contraído entre individuos pertenecientes a castas diferentes y no faltan los ejemplos de personalidades que tuvieron una madre de la clase de los esclavos, una *dâsî* o una *çûdra*. Sin embargo, en la época de los *brâhmana* está recomendado escoger al contrayente en su propia casta. La elección de un marido para una muchacha incumbe a su madre, que le aconseja y dirige su embellecimiento con el fin de hacerla más atractiva. El pretendiente debe conciliarse con su futura suegra, pero además debe entregar al padre el precio de compra de su prometida, el *çulka*, que viene a ser unas 100 vacas y un carruaje, sin que se sepa si ello es una costumbre o una forma de contrato.

Los prometidos se ven libremente y con frecuencia. La muchacha lleva suntuosos vestidos para agradar más a su futuro marido; no se duerme hasta después de medianoche esperando que él la visite y no se separan hasta el alba. Por lo demás, todo esto es admitido como una especie de rito prenupcial. Según estas informaciones los matrimonios se contratan entre adultos, por seres en plena juventud y no se señalan todavía - salvo en casos dudosos- los matrimonios de niños, que más tarde serán costumbre.

La monogamia coexiste con la poligamia, que sólo hallamos en las clases dirigentes. La poliandria no se ha señalado, pero es posible que existiese anteriormente, pues se encuentra en ciertos mitos divinos. La unión sexual entre padre e hija, entre hermano y hermana, parece que también fue admitida en una época muy antigua, pero está prohibida por el vedismo, lo mismo que las uniones en tercer o cuarto grado.

El matrimonio da lugar a una serie de ceremonias rituales. La fecha es escogida con todo cuidado siguiendo las indicaciones del astrólogo. Después el prometido envía mensajeros a su futuro suegro, los cuales hacen el elogio del prometido y de su familia y establecen un acuerdo. El prometido es entonces conducido a la vivienda de la muchacha por un cortejo de mujeres jóvenes y en ella es acogido como huésped de calidad. Se le pone en presencia de su prometida, le ofrece algunos regalos rituales (vestido, cerda de puerco espín, espejo) y, después que ella ha verificado una oblación de granos tostados, le acompaña en una vuelta de siete pasos llevándola por la mano y unida a ella por sus vestidos anudados. Esto consagra la toma de posesión de la prometida; el episodio siguiente es el abandono de su propia familia por la muchacha; se la coloca en un carro, encima de un caballo o de un elefante y luego es conducida procesionalmente hasta su nueva casa; va acompañada de un fuego ritual que será el de su hogar. Penetra en la casa sin tocar el umbral de la puerta, se sienta y toma sobre sus rodillas al hijo de una mujer que sólo haya alumbrado a muchachos vivos. Durante los tres días siguientes los esposos deben guardar una perfecta castidad. El cuarto día, realizan oblaciones expiatorias y su vida en común empieza realmente.

Aunque el marido sea teóricamente el amo, el papel de la esposa es importante. Las denominaciones védicas que a ellas se refieren casi todas insisten en su femineidad, en su capacidad de engendrar niños y en su sentido maternal. El matrimonio es la consecuencia natural de su condición y el hogar su lugar definido, pues el marido no podría cumplir el ritual doméstico y cotidiano sin tenerla a su lado; también el sacrificante de los sacrificios solemnes tiene que estar acompañado de su mujer. Si bien ésta juega en ellos un papel más bien negativo, en ciertas ceremonias agrícolas pasa a la categoría de sacrificante si no tiene marido.

Las informaciones que se poseen sobre la condición de la mujer en la época védica son bastante contradictorias; sin embargo, en su conjunto, las muchachas no parece que fuesen maltratadas; antes del matrimonio ayudan a su madre en los trabajos domésticos, llevan el agua del pozo a la casa con la ayuda de jarras que aguantan en equilibrio sobre su cabeza, tejen ropas y las bordan. El estado conyugal es el más deseable, pero si no llegan hasta él, pueden quedarse en la casa de su padre y velar por sus intereses. El hermano es, por definición, el protector de la hermana y se habla con desprecio o compasión de la "muchacha sin hermano"; en efecto, es el hijo quien hereda al padre y perpetúa su autoridad. No obstante, ciertos pasajes aluden a muchachas solteras que quedaron huérfanas a las que se da la propiedad paterna con preferencia a los hijos adoptivos o no legítimos. Las formas de propiedad son mal conocidas; el patrimonio familiar debía estar constituido por las tierras que parecen pertenecer al padre aunque también es posible que fuesen comunales. Se les suman los bienes privados consistentes en ganado, armas y joyas. Ciertas mujeres reciben una educación muy esmerada y la literatura antigua conserva huellas tradicionales de su capacidad intelectual; algunas de ellas se cuentan entre los ascetas (*rishi*) y, en la época de los *upanishad*, entre los teólogos. También puede ocurrir que las muchachas lleven una vida ligera y causen escándalo llevando vestidos rojos; el padre y el hermano vigilan su conducta, pero al parecer la prostitución era bastante corriente.

En cuanto al nuevo matrimonio de la viuda, se admite, si no existen herederos masculinos del primer marido, pero sólo (?) con el hermano del difunto con vistas a asegurar una descendencia a la familia. En un período más remoto, parece que un pariente, un discípulo o incluso un esclavo del difunto podía sustituirle con el fin de dar hijos a la familia en adelante representada por la viuda. Anteriormente al Rigveda, es probable que la viuda sufriese la muerte ritual sobre el cadáver del marido, pues hay trazas de ello; esta costumbre fue abolida en la India védica, aunque fue restablecida a partir de la época brahmánica.

Toda la vida familiar está gobernada por el ritual doméstico. Tiene por centro el fuego (*agni*) que está instalado en la casa en medio de un ruedo de tacos de leña o bien en el exterior; en todo caso es el verdadero dueño de la casa (*garhapatya*). Junto a él se hacen las ofrendas de las que es vehículo; a base de manteca fundida y clarificada (*âjya*), las ofrendas son con más frecuencia vegetales que animales. Los ritos son muy simples y son cumplidos por el amo de la casa, eventualmente por su mujer y a veces por un *brahman*. Un gran número de ofrendas y de oblaciones se realizan en la casa y en lugares diversos (en el umbral, a los pies y a la cabecera de la cama, etc.) y en variadas ocasiones.

Las fases de la vida rural, el paso de las estaciones, la conjuración de las serpientes venenosas, la recepción de los huéspedes de categoría, la ceremonia de la construcción de una casa son otras tantas circunstancias que necesitan la intervención del culto y de las prácticas rituales. Las fiestas agrícolas revisten una importancia particular puesto que de ellas depende la prosperidad de los cultivos y del ganado. Mejor que ninguna otra ilustran la incorporación ininterrumpida de la vida religiosa a la vida cotidiana de los rurales.

Pero existen asimismo ritos más grandiosos y más solemnes en los cuales el sacrificio toma todo su significado y el sacrificante su papel de demiurgo, de intermediario entre los hombres y la divinidad, estableciendo la víctima la relación entre lo profano y lo sagrado. Los ritos solemnes necesitan la presencia de sacerdotes y la utilización de muchos fuegos; existen de diferentes clases, relacionados con la luna nueva, la renovación del año y las primicias agrícolas; otros parecen referirse al rescate de la vida de un hombre por intermedio de un macho cabrío emisario; los más característicos son los que utilizan el soma como vehículo y que en ocasiones duran muchos días. Los más célebres son los *vâjapeya*, cuya finalidad es imprecisa, pero que contiene curiosas prácticas, tales como una carrera de carros, una cucaña y cuyo simbolismo solar es probable; el *râjasûya* o consagración real, de aparición quizá más reciente, en el curso del cual el rey es purificado y entronizado por los sacerdotes y por los representantes del pueblo; el *açvamedha*, sacrificio del caballo, uno de los más onerosos, que consagra un rey victorioso, le confiere la soberanía universal y asegura la prosperidad de la monarquía. Algunos de estos ritos - en particular el *açvamedha* y el *râjasûya* y la construcción del altar del fuego - aluden a sacrificios humanos, si bien se trata de una costumbre que ya había pasado al terreno de lo simbólico en el momento de la redacción de los textos más antiguos.

En cuanto a las diversiones, son muy variadas. Una de las más apreciadas es el juego de los dados, cuyas combinaciones se construyen con preferencia a base de múltiplos de cuatro. Las carreras de carros de caballos gozan de gran predicamento y no todas son rituales. Asimismo existen los bailes, ejecutados tanto por las mujeres como por los hombres y acompañados por el canto y la música. Los instrumentos de música comprenden distintas clases de tambores, arpas (*vînâ*) y flautas. Por último, los bailarines y los actores, los acróbatas, los tamborileros y los flautistas se citan cada vez con más frecuencia a partir de la época de los *brâhmana*.

Al término de la vida llegan los honores de la muerte. Se arregla al muerto y se le transporta en cortejo, ya llevándolo en brazos, ya haciéndolo tirar de un carro al que está atada una rama de árbol que al arrastrar por el suelo borra los pasos de los parientes que preceden al cuerpo. Una vez

llegado al lugar de la cremación, se procede a un último arreglo de las vestiduras del muerto y se le deposita sobre la pira; su viuda se coloca a su lado, pero se la invita a levantarse (mientras que más tarde será quemada sin compasión) y a convertirse en esposa del hermano del difunto. Se colocan al lado del cadáver las insignias de su casta: un arco roto por un *kshatriya* y objetos de culto por un *brahman*. Por último, se acompaña la incineración del difunto por la inmolación de un macho cabrío o de una vaca. El período de luto que sigue a la cremación se traduce en una serie de purificaciones (baño, abstinencia, continencia, etc.). Viene a continuación la recogida de los huesos carbonizados y de las cenizas, que se entierran en una fosa recubierta de tierra y piedras o incluso de un monumento. También este acto es la ocasión de una serie de ritos purificadores. Los difuntos no son olvidados; cotidianamente se les reservan ofrendas y en ciertas ocasiones se les consagra un rito solemne (nacimiento, matrimonio, etc.); todo el ritual funerario comporta una perturbación de los gestos rituales habituales y toma el negro como color dominante.

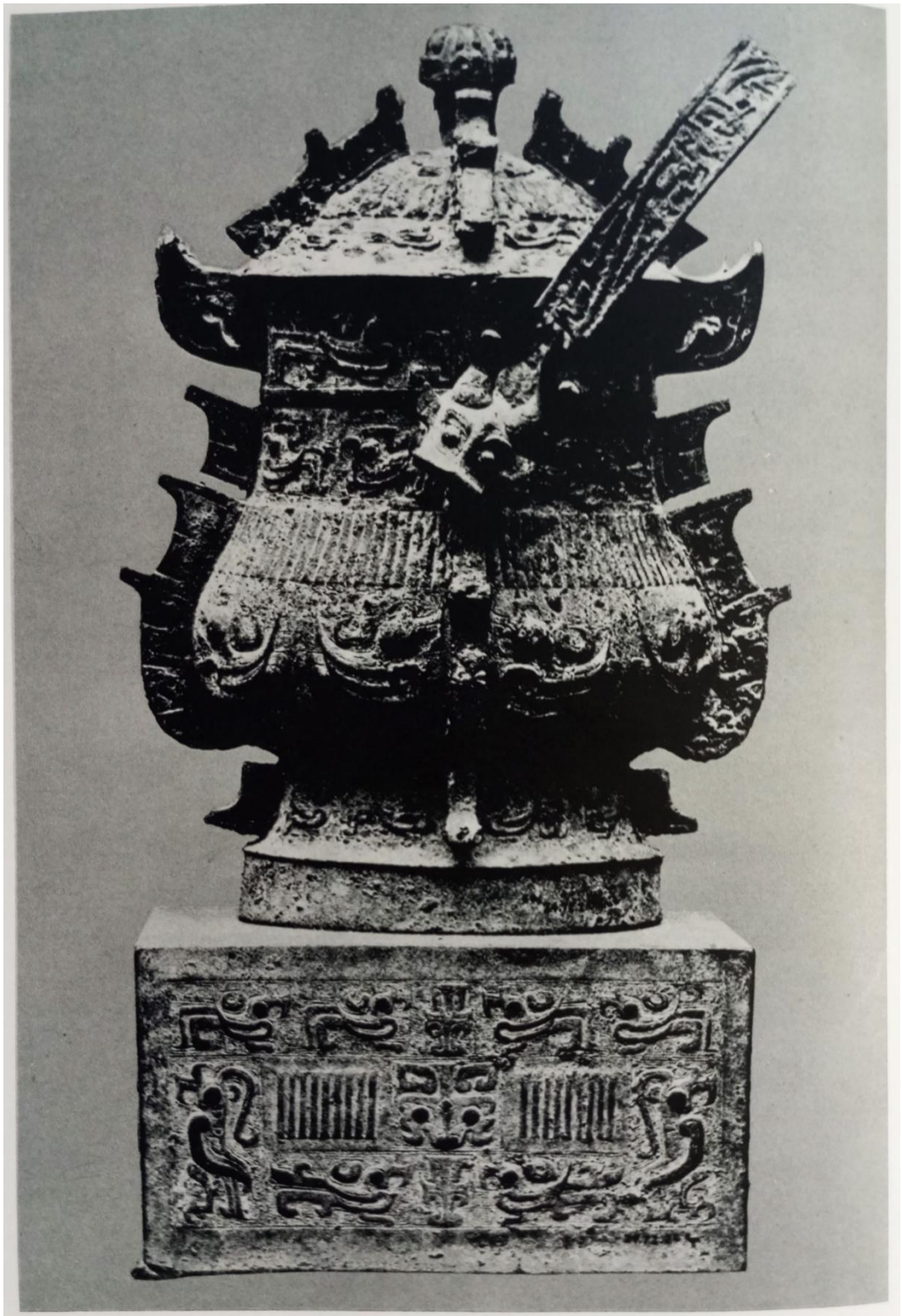
Esta descripción sumaria de la vida social y familiar alude a un código y a unas costumbres que los indoeuropeos poseen en común en un área extremadamente extensa; otras características están más específicamente emparentadas con el Irán. La civilización védica forma parte de un todo que la acerca a la nuestra, si bien ya se muestra muy diferenciada; se percibe a través de los textos que nos han transmitido sus caracteres esenciales una profusión de ritos de sacrificio y mágicos; estos ritos forman en realidad la trama de la vida individual y oficial, y le dan una forma cada vez más estricta, encaminándola hacia un rigorismo y un formalismo que no dejarán de crecer.

3. EL MARCO URBANO Y RURAL

Las ciudades (*pur*) de los Dasa debían consistir en la aglomeración de las viviendas de una familia, agrupadas en el interior de una empalizada; algunas de ellas quizá estaban además defendidas con la ayuda de fosos y de muros de tierra. Parece que los arios no introdujeron cambios profundos, sino que más bien las desarrollaron y agrandaron, incorporándoles, a medida que aumentaba el comercio y que la civilización evolucionaba, un mayor número de casas, barracas y construcciones para uso público y colectivo.

Las construcciones eran bastante rudimentarias si debemos creer los informes que nos dan los textos acerca de la estructura de las habitaciones (*çala*) y de los edificios de culto (*griha*, *agâra*). La edificación da lugar a numerosas operaciones preliminares, tales como la elección del terreno en función de su naturaleza, de su color, de su gusto y de su olor; el día señalado para empezar los

51.—Vaso ritual, de la época Chang.



52.—Bronce de Pao Chi, decorado en relieve.

Trabajos se decide según los cálculos del astrólogo. Una vez elegido el emplazamiento, se delimita en forma de cuadrado o de rectángulo, el suelo es cavado y removido y después limpiado con una especie de escoba (*udûha*); en seguida se le divide de manera que la salida de las aguas se haga de forma natural por el norte de la habitación dormitorio; a dicho efecto se preparan unos regueros; por fin se sitúa la cocina en la parte Nordeste y una sala de reunión en la que hará vida el amo de la casa con los suyos y donde recibirá a los huéspedes.

Entonces empieza la construcción propiamente dicha; en general, no se emplean ni la piedra ni los ladrillos. Primero se abren nueve agujeros (*garta*) de una profundidad que llega a la altura de la rodilla, en los que se fijan nueve pilares (*stambha* o *sthûnâ*) en madera de *udumbara* (*Ficus glomerata Roxb*.); ocho de dichos pilares están colocados empezando por la fachada que se abre al Este y continuando sucesivamente por los lados Sur, Oeste y Norte; el número nueve lleva el nombre de "pilar-rey" (*sthûnârâja*) y es el último que se coloca en el centro (?) de la vivienda. El número de puertas es variable así como su orientación, pero la entrada nunca debe situarse al Oeste; además nunca deben abrirse dos puertas en el mismo eje con el fin de que no se pueda "atravesar la casa con la mirada". Por último se arregla el umbral y se colocan cerraduras en las puertas y ventanas. Las superestructuras están formadas con travesaños de bambú (*vamça*) unidos por una cuerda a los pilares de sostenimiento y están orientados en el sentido Oeste-Este en las viviendas rituales, y en el sentido Sur-Norte en las habitaciones profanas. Las habitaciones están separadas por mamparas (*kudya*) que también pueden servir de tabiques si su parte superior se apoya en los travesaños. Este dispositivo sostiene una techumbre de chamiza que se termina en forma de gavilla (*stûpa*).

El mobiliario debía ser tan simple como la propia casa; consiste sobre todo en asientos, entre los cuales los más humildes son simples cojines de hierba. Los asientos rituales están hechos de bambú y pueden ser para estar sentado o tendido; los más ricos están dorados. Otros, divinos o reales, están hechos de madera y probablemente esculpidos. Pero no existe en ese período la variedad que más adelante será minuciosamente descrita.

Cerca de la vivienda se acondiciona un depósito de agua sostenido sobre cuatro piedras. El ganado (vacas, novillos, bueyes, caballos) puede estar guardado en la casa o en establos anejos, y en ellos se le encierra cada tarde con las crías.

Los edificios rituales siguen esquemas muy parecidos al que acabamos de describir y presentan sólo algunas variantes. Sirven para abrigar en el lugar de los sacrificios al oficiante, su esposa, el personal, el ganado y los objetos litúrgicos. Se citan una *çala* para los asistentes, una

agâra para la cocción de los manjares de observancia, cuya base es la leche, una cabaña para la mujer del sacrificante, pequeñas cabinas para el baño ritual cubiertas por esteras, barracas para libación, una construcción reservada al ritual de los muertos, dos pequeñas salas cuadradas y gemelas destinadas, una a vivienda del oficiante, la otra a lugar de purificación y, por último, un almacén para los carros cerrado por esteras tendidas de pilar a pilar; cerca de este almacén se construye la "sede" (*sadas*), rectangular y cubierta por nueve techos superpuestos.

Una de las principales ceremonias que necesita la erección de un tal conjunto ritual es el sacrificio del caballo (*açvamedha*), ya mencionado, cuyo origen parece remontarse a la estancia de los arios en el Irán y que quizá es aún más antiguo. Reviste una especial solemnidad por el hecho de que sólo puede ofrecerlo el rey, un *kshatriya* que haya recibido la consagración real, un “señor de la tierra”. El terreno comprende dos amplios cercados: el que se desarrolla exteriormente es rectangular; contiene la cabaña del sacrificante, una cabina de baño para él, otra para su esposa, el altar de fuego del señor, el lugar donde se deposita la jarra sacrificial (*ukhâ*), así como el segundo recinto (*mahâvedi*) delimitado por estacas y conteniendo el altar (*agnikshetra*). A lo largo del lado oriental del gran recinto se levantan 21 postes de sacrificio a los que se atan las víctimas escogidas entre los cápridos y los bóvidos. El altar del fuego, como en los otros terrenos de sacrificios, está hecho de ladrillos, y su erección - con frecuencia en forma de pájaro - da lugar a un ritual minucioso, desde la recogida de la arcilla hasta la solemne ceremonia de colocar el fuego en su lugar. Este altar está formado por cinco hiladas de ladrillos (en total 10.800 ladrillos) y contiene en su interior la efigie en oro de un hombre, como lejano recuerdo de un sacrificio humano.

En cuanto a los hombres, van vestidos con lana tejida y con pieles; muy rápidamente se les añaden tejidos de seda, de lino, de cáñamo y de algodón, teñidos en amarillo y en rojo. Llevan joyas de oro en el cuello, en las orejas y en los tobillos; llevan los cabellos ungidos y peinados, las mujeres los trenzan y los hombres los llevan enrollados de diferentes formas. Estos últimos dejan crecer su barba, si bien la navaja es conocida y es corriente utilizarla.

La religión. En las líneas precedentes queda evidente hasta qué punto la vida y la sociedad védicas están gobernadas por la religión, la cual presenta un doble y minucioso conformismo a reglas y costumbres y a prácticas mágicas muy numerosas. Es una religión de una elaborada complejidad bajo la cual son raras las huellas de cultos "primitivos" tales como totemismo, el vegetalismo, el fetichismo o el animismo. Es también un vago panteísmo en el que la divinidad está claramente colocada bajo la dependencia del hombre, pudiendo éste actuar sobre ella ya por el sacrificio, ya por la devoción. Está esencialmente basada en una mitología con un amplio panteón. El

gran señor de los dioses es Indra, que quizá en el origen fue el dios protector de un clan victorioso; su carácter guerrero y vencedor está simbolizado por el toro que le representa; se le añade el de un bebedor de *soma*, lo que le relaciona estrechamente con el sacrificio.

La Aurora es la Hembra mítica; se la representa en forma de vaca con pelaje de color de fuego. El Cielo (*Dyaus*) y la Tierra (*Prithivî*) forman una pareja de esposos; junto a ellos están los dioses solares: Sûrya, Pushân, Višnu, Mitra y Varuna, en los que se pueden reconocer divinidades muy antiguas y cuyos caracteres o nombres están en correlación con los del panteón iranio del Avesta. Es el caso concreto de Mitra y Varuna, este último considerado como guardián del orden, el dios del universo, la fuente de toda vida y de todo bien. En un estadio inferior están los dioses de la tempestad: Rudra y Çiva, cuyas personalidades tendrán tendencia a fusionarse y que pasaron al primer plano bajo los múltiples aspectos de la individualidad de Çiva; los dioses de los vientos, Vâyu, Vâta y los Marut, los de las Aguas y los de los Ríos - a veces simbolizados por una serpiente - aumentan aún esta asamblea divina en la que también hay que incluir las personificaciones del *agni* y del *soma*; este último toma entonces el epíteto de Prajapati, señor de las criaturas, que pronto se convierte en una entidad creadora y protectora de los seres vivos y de todo el mundo. Por último, verdaderas cohortes de genios aéreos completan el panteón de este primer período: los Ribhu, los Asura, los Gandharvas, los Apsaras y los Râkshasa, vestigios de creencias populares y enemigos demoníacos del sacrificio; hasta la actualidad no dejarán nunca de acompañar a los grandes dioses y de mezclarse con todos los mitos indios. Desde el principio su aspecto es antropomorfo e incluso si están descritos bajo formas animales, su comportamiento es comparable al de los hombres.

Es probable que estos personajes y los mitos en que toman parte correspondan a un fondo de creencias indoeuropeas; su relación con concepciones avésticas del Irán es más cierta: así, por ejemplo, se pueden comparar los nombres iranios de Ahura, Mithra, Vâyu y Vrithragna con los nombres indios de Asura, Mitra, Vâyu y Vritrahan; asimismo la planta *haoma* corresponde al soma y buen número de prácticas (culto al fuego, sacrificio del caballo, etc.) se encuentran en ambos sitios. Así, en la medida en que el Irán se relaciona con el substrato europeo y en que la India se relaciona con el Irán, la India aparece de manera clara como el miembro más oriental de la inmensa comunidad euroasiática.

Al lado de estas premisas religiosas que ocupan el lugar principal, las preocupaciones cosmogónicas y escatológicas están infinitamente menos desarrolladas. Enfocando la creación como un hecho indudable, el vedismo no intenta explicarse su génesis; la considera como un acto, un

trabajo de artesano, el resultado de una técnica, la obra de Viçvakarman, arquitecto del universo; las nociones que a ella se refieren son muy variadas y es atribuida también al sacrificio del Purusha, el Ser cósmico y primordial.

En cuanto a la noción del alma, existe ya en los textos más antiguos, si bien bajo una forma bastante embrionaria, y no tomará su desarrollo más que a partir de los *Upanishad*. Su existencia está relacionada con el problema de la muerte; la vida ultraterrena es admitida como natural y tres caminos se abren a los difuntos: se unen a las aguas y a las plantas, o bien viven en paz en un reino dirigido por Yama, el primer muerto, o también, en absoluta soledad. Pero la transmigración (*samsâra*), que es una forma de metempsicosis, parece que todavía no existía como dogma. De hecho las especulaciones que tomarán tanta importancia a partir del siglo VI a. de J. C. aproximadamente no son al principio más que ideas en estado embrionario; la eficacia del sacrificio es mucho más interesante a los ojos de estos rurales que esperan asegurarse por su cumplimiento el éxito de sus cosechas, el beneficio de las lluvias fertilizantes, la conservación de su ganado y todos los signos de la prosperidad agrícola y artesana. Y la suerte de los difuntos seguramente les preocupa menos que la felicidad de los vivientes. De todas maneras se percibe una noción de retribución de los actos más allá del mundo de los vivos: el cielo está reservado a los piadosos, y el infierno, a los enemigos y a los impíos. El juicio se hace con la ayuda de una balanza o con la prueba del fuego y se convierte en tormentos y penas corporales. A los muertos se les llama "padres" (*pitri*) y están asimilados a los dioses menores si han sido quemados y enterrados según el ritual; se ha visto más arriba que se les rinde un culto doméstico y ciertos ritos solemnes.

Las prácticas religiosas están dobladas por prácticas mágicas cuya transmisión oral y secreta debió efectuarse durante largo tiempo antes de su redacción, que no remonta más allá del 600-500 a. de J. C.; esta magia se emplea en todos los actos importantes de la vida: la construcción de la casa, la elección de esposa, la posesión del amor conyugal, la abundancia y la salud del ganado, el éxito en el juego, la prosperidad en el comercio, la victoria en la lucha, etc. Utiliza en particular la fórmula murmurada (*mantra*), las transferencias a objetos o a animales, y por último encantamientos y amuletos que deben garantizar una larga vida, curar o prevenir las enfermedades, alejar las malas influencias, sacudir los enojos y las penas, ganar el amor del ser amado, etcétera. La adivinación se practica con amplitud, utilizando el sueño, los signos astrológicos, los que se pueden discernir en el curso del sacrificio (dirección del humo del fuego, movimientos de la víctima), etc. Se incorporan a la magia ciertos procedimientos ascéticos tales como la vigilancia de la respiración, la provocación del sudor, etc.

En una época que se sitúa aproximadamente en los confines de los siglos VII y VI a. de J. C., se abre paso un nuevo espíritu, o más bien se impone una conciencia más evolucionada. El sacrificio conserva el lugar preponderante y acompaña todo acto importante de la vida individual o colectiva; mantiene el orden universal, constituye el deber principal del ser humano, su deuda para con los dioses, y confiere al sacrificador una supremacía total. Para conservarla, los brahmanes ponen en marcha un cierto número de medios que deben garantizarlos contra una eventual invasión popular y que deben reservarles la exclusividad de las cosas sagradas: se confinan en retiros ascéticos, desarrollan alrededor de su saber una atmósfera esotérica, rodean sus revelaciones de grandes precauciones, permanecen voluntariamente oscuros en algunas de sus enseñanzas y exigen de sus discípulos el secreto para una parte de ellas. Sin embargo, reaccionan contra la doctrina falta de vida del sacrificio y se dedican por primera vez a elaborar teorías metafísicas. Conservando el panteón védico, propagan la concepción de un ser único, lo definen como la única realidad del mundo, como un dios que abraza la totalidad del universo; este ser lleva el nombre de *brahm* (en neutro); de la misma esencia es el alma individual (*âtman*). Esta identidad básica entre el alma universal o *brahm* y el alma individual o *âtman* aparece en las "lecciones esotéricas" o *Upanishad*: “Tú también eres Él", dicen los *Upanishad* al creyente, realizando así un progreso considerable en la evolución filosófica. Esta teoría, basada en la identidad del Yo del mundo con el yo del individuo, determina el resto del razonamiento metafísico y pide las soluciones a los problemas así planteados. ¿Cómo explicar la condición humana y sus miserias si esta identidad es real? Los *Upanishads* atribuyen las desgracias al acto (*karman*); la nececidad de actividad es en efecto el generador de la corporeidad; a su vez la corporeidad engendra el acto, y forma un círculo del que el *âtman* intenta vanamente escapar para alcanzar su estado real, es decir, su fusión con el *brahm*. Este encadenamiento del que no se determina la causa, se afirma por primera vez y ya tiende a sistematizarse: es la transmigración (*samsâra*) que no puede cesar más que por la absorción en el seno de la divinidad (*brahm*). Pero este retorno al *brahm* no puede cumplirse más que después de un cierto número de nacimientos; cada vez que el cuerpo presenta los signos de la muerte, el *âtman* se reencarna inmediatamente, o queda a la expectativa en el mundo lunar, hasta que habiendo agotado la suma de su *karman* pueda al fin realizar la fusión en el *brahman*, lo que es considerado como la redención (*moksha*). He aquí, pues, planteados los principios de lo que constituirá hasta nuestros días la preocupación esencial de la filosofía india. Las consecuencias de esta teoría son inmensas: una vez admitida la división social en castas era lógico no atribuir la misma capacidad de redención a los unos que a los otros; esta desigualdad se explica precisamente por una suma de karman más o menos agotado: si un hombre

nace en la casta de los brahmanes o en la de los *kshatriya* es que su *âtman* ha sufrido ya suficientes nacimientos para disminuir los efectos del *karman* y con ello se aproxima a la redención final. El brahmanismo de esta época intenta, pues, buscar y definir los datos del problema de la transmigración, hacerlos coincidir con un estado social determinado, y no se preocupa de encontrar una solución. En consecuencia, cuanto más bajo está colocado un individuo en la escala social, más vil y despreciable es y más difícilmente se opera en él la anulación del *karman* que le encadena en el ciclo de los nacimientos renovados. Si se evoca el estado desesperado de algunos de estos individuos, se comprende mejor toda la importancia de la reforma que entonces propone el Buda Çâkyamuni. Esta reforma llega en el momento en que ya se dejaban sentir reacciones incluso en el seno del brahmanismo. Para Çâkyamuni, como para sus contemporáneos, el *samsâra* es un problema de primera importancia, pues se refiere no sólo a la suerte del individuo, sino también a toda la estructura social. Buda lo aborda con un sentido de lo humano al propio tiempo profundo y delicado, y se opone así al rigor despiadado de los brahmanes. Para él, el individuo vale menos por su función que por su capacidad personal de caridad, de amor y de compasión; poco le importa el panteón brahmánico: lo deja subsistir entre aquellos a los que enseña; sólo le preocupa el sufrimiento humano y le busca un remedio. Procede por un razonamiento que se apoya sobre dos hechos intolerables a todo ser sensible: el sufrimiento y la muerte. La existencia, dice, lleva consigo el sufrimiento, el sufrimiento nace del deseo insatisfecho, el deseo proviene de la ignorancia espiritual que confunde al ser presentándole lo aparente por lo real. Aboliendo esta ignorancia, se destruye el deseo, y al propio tiempo el sufrimiento. La muerte ya no tiene importancia si no tiene que dar lugar a un nuevo nacimiento, generador del mismo proceso que hay que destruir eslabón por eslabón. Para llegar al fin supremo, el *nirvâna*, en el que todo se ha terminado, hay que seguir un camino equilibrado que no lleva ni a las austeridades exageradas practicadas por ciertos ascetas, ni a los placeres desenfrenados que embrutecen el espíritu; es una "vía media" adaptada a cada uno, exigiendo menos de los laicos que de los religiosos, pero basada en el amor al prójimo, en el abandono de sí mismo y en la compasión para con todos los seres.

Contemporáneo también de esta época innovadora en el terreno filosófico, el fundador del jainismo propone una doctrina que, en comparación con la moral budista, no corresponde tan bien sin duda a las aspiraciones populares. Basada en un panteísmo que comprende toda la naturaleza, la religión del Mahâvîra se apoya principalmente en la no violencia y la prohibición de perjudicar a toda vida, cualquiera que sea su estadio de evolución.

Se ve cómo este período, que puede situarse de manera aproximada en el siglo VI a. de J C., es de una extrema importancia para la comprensión de la civilización india. No sólo la sociedad empieza a estabilizarse en formas que serán ampliadas y en las que se apoyará el ulterior desarrollo, sino que se ven aparecer las propias bases de la filosofía india que dará a la India del futuro su principal carácter. Por último, la aparición del budismo prepara la llegada del período siguiente que será el preludio de una evolución artística y literaria de incalculable importancia en todas las zonas de influencia india, es decir, en casi todo el territorio asiático.

Las Ciencias. Paralelamente a esta evolución filosófica y religiosa, empiezan a desarrollarse los conocimientos más estrictamente científicos, referentes a la astronomía y a las matemáticas. Así pues, mientras el pueblo honra un panteón compuesto en su mayor parte de fuerzas de la naturaleza divinizadas, el "sabio" védico divide el universo entres partes - y se tiene tendencia a reconocer en esta distribución en tres una comunidad de concepciones con el Irán avéstico. En principio, la Tierra, que es discoidal y que se sostiene sobre el océano cósmico. Después, el cielo o atmósfera, en el que residen las nubes, los rayos y los vientos. En último lugar, los cielos superiores, que contienen el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas; el Sol, comparado con una rueda, es el principal actor de esta región; es él quien crea la noche y el día, el crepúsculo, el mes y el año; provoca el soplo de los vientos, mantiene en equilibrio a los astros y hace luminosa la superficie de la Luna; recorre un camino de doce etapas, representadas por doce animales, y que se refleja en la división del año en doce meses o soles. Se trata de nociones manifiestamente superpuestas a una concepción más antigua, pues si bien se habla ya de doce meses solares también existen trece meses lunares. Asimismo el principio del año se fija en el solsticio de invierno, pero también se celebra su principio al comenzar la primavera. En principio, hay tres estaciones, y después, cinco: invierno, primavera, verano, lluvias y otoño; a veces, el invierno se divide en dos y se cuenta una sexta estación que le precede inmediatamente y que está caracterizada por la abundancia del rocío.

La observación del solsticio y de los equinoccios se completa por la de los eclipses de Sol y de Luna, fenómenos que por lo demás son atribuidos a causas míticas; se conocen los eclipses totales y la existencia de 27 planetas a los que se suman el Sol y la Luna. Se conocen los cuatro puntos cardinales señalados con la ayuda del gnomon.

El papel del astrónomo - representado por los eremitas (*rishi*) - es considerable, pues participa en todos los grandes sacrificios: a él corresponde determinar la época propicia en que deben ser realizados y decide también los que se deben ofrecer a cada cambio de estación y a la llegada del

nuevo año, siendo estos últimos los más importantes, en particular el de la primavera, para el cual está prescrito que se debe tomar un baño ritual.

Los conocimientos astronómicos dan lugar a principios geométricos y aritméticos, aunque son difíciles de separar de la hojarasca seudocientífica que los rodea. La terminología de los números está ya muy desarrollada y se conocen una treintena de denominaciones fundamentales; está adoptado el sistema decimal y 100 es el número unitario. Una de las preocupaciones principales parece ser la división en tres partes iguales del número 1000. Pero junto a este sistema basado en los múltiplos de 10, se encuentran otros quizá más antiguos: en especial la unidad de tiempo fundada en la cifra 15 y que fracciona la duración del día en 15/15 (1/15 = *prâna*).

Por último, la botánica también es practicada, pues se encuentra en estrecha correlación con el universo y su conocimiento es indispensable para la preparación de los sacrificios, para la composición de los ensalmos médicos, etcétera. Con toda naturalidad, forma parte de ese amor por la Naturaleza de la que la civilización india nunca se ha desinteresado y que las condiciones de vida rural o ascética no han hecho sino desarrollar. Por ello, desde época antigua, se ve conceder especial importancia a la morfología de los vegetales, árboles y plantas, así como a los ensayos de clasificación; esta última se efectúa más en relación con las teorías cosmológicas y religiosas que desde un punto de vista estrictamente botánico.

CAPÍTULO III

PARTICULARIDADES DE LA CIVILIZACIÓN CHINA ANTIGUA (1)

AL contrario de la India, que tuvo relaciones con Occidente, “la civilización china se desarrolló volviéndose de espaldas al mundo mediterráneo” (Henri Maspero); en efecto, no tuvo con él más que contactos muy indirectos por medio de las poblaciones escíticosiberianas y se orientó deliberadamente hacia el Pacífico, ese mundo completamente diferente del que ha determinado nuestra propia evolución cultural.

En lugar del carácter fluctuante, paradójico y diverso de la India, China presenta una gran cohesión, cimentada con solidez por la identidad étnica de las poblaciones chinas. El armazón feudal y después imperial que le fue característico es también un factor de unidad de cultura y de concepciones, pues impuso de manera duradera un conjunto perfectamente coherente de ideas y de tradiciones.

Estas concepciones están gobernadas por el espíritu chino, que ama la precisión - incluso cuando no tiene por soporte más que los antecedentes míticos -; aprecia el rigor de los pesos y las medidas, de las fechas y de los números, de las distancias y de las teorías científicas; relativamente, su lógica está muy próxima a la de las civilizaciones mediterráneas. Para él, el orden (ideal) es el fundamento de la libertad, el dominio de sí mismo- que corresponde al conocimiento del Universo- permite adquirir un poderío sobre la vida, una sabiduría. Esta sabiduría la obtiene aquel que sabrá llevar a buen término su propio desarrollo, haciéndose libre por un conformismo arcaizante: detrás de una fachada literaria y tradicional, el juego de la libertad del ser puede efectuarse secretamente pero con toda independencia. Nada de mística desenfrenada: dotado de una incredulidad total, sonriente y tolerante, el chino no concede ninguna trascendencia a los dioses, seres abstractos, grotescos y lejanos; a sus ojos las lecciones del pasado, los ejemplos de los Antepasados difuntos tienen mucha mayor importancia. Pues las experiencias hechas en tiempos remotos están llenas de

(1) Este capítulo está en su mayor parte basado en las teorías de Marcel Granet.

un gran valory, en estos precedentes "históricos" y venerables, basa su comportamiento. A causa de esto ama particularmente las biografías y los anales que, a la manera de la *Vida de hombres ilustres*, de Plutarco, le guiarán sean cuales sean su edad, su sexo, su condición y su misión. Con este comportamiento se asegura el mantenerse en la línea que debe seguir para no apartarse del todo de que forma parte. El individuo, afirma, no está aislado, no se separa de la Naturaleza ni de la colectividad humana, y su ideal es el de un buen compañerismo, de una amistad - ambos basados en las convenciones - que mantendrán la paz benevolente, surgida del orden. Su ideal: comprender y entenderse. De este modo puede realizarse el buen acuerdo de los hombres entre sí y con la Naturaleza, de donde deriva el orden bienhechor. Sin embargo, nada de rígido, ni leyes estrictas, ni obligaciones absolutas: lo concreto, pero también lo indeterminado, con el fin de que, detrás de las convenciones, pueda cumplirse el juego de la vida.

La idea de juego preside en efecto toda la actividad humana y universal. En ella descansan los ritos que, sin interrupción, renuevan las fases de la vida colectiva, de la historia y del tiempo. Esto corresponde a la concepción china de la cosmología de la que el mundo humano es un simple calco.

La cosmología se basa en dos premisas fundamentales: el Espacio y el Tiempo; uno y otro divididos en fracciones idénticas a sí mismas. El Espacio, asimilado a la Tierra, está encerrado en un cuadrado cuyas dimensiones son también cuadradas: los campos, las ciudades, el altar del sol, las asambleas, las propiedades regias y todo el Imperio. Este cuadrado está orientado de forma que cada uno de sus lados corresponde a un punto cardinal y a una estación y cada uno está caracterizado por un color determinado: verde al Este (primavera), rojo al Sur (verano), blanco al Oeste (otoño) y negro o amarillo al Norte (invierno). El espacio así delimitado y orientado está dividido en sectores, mientras que las propiedades del rey se encuentran en un centro teórico. Esta concepción regula el conjunto de las reglas sociales y mantiene la cohesión del Imperio en sus diversas partes: en virtud de ritos apropiados, el centro reúne el potencial del espacio total y los sectores periféricos deben ir periódicamente - por intermedio de sus representantes - a "recargarse" de espacio en el espacio intermedio; por esta causa los jefes y los embajadores de las provincias deben acudir cada año a la capital para rendir cuentas de su gestión al rey o al emperador. Según una antigua tradición, cada cinco años el emperador debe llevar a cabo la visita a las provincias y con el fin de adaptar con exactitud el Tiempo al Espacio, procede según el curso del Sol (Este, Sur, Oeste y Norte) y se detiene en cada sector en la estación que se le atribuye.

La concepción del Tiempo es análoga a la del Espacio; de la misma manera que hay que renovar el potencial de espacio, hay que mantener la vida del Tiempo renovándolo; los períodos de

renovación se reparten sobre duraciones desiguales pero que siempre siguen un ciclo parecido: cada reinado necesita la instauración de una nueva era de la que llegará el término y cuya renovación ya está prevista y que marca ritualmente a la vez el cierre del calendario anterior y el principio de uno nuevo que será válido para todo el reinado en curso. Los ritos confieren, pues, al rey o al emperador el poder de animar al Tiempo y al Espacio en provecho de la federación de provincias y de la sociedad. Éstas tienen asimismo una necesidad periódica de renovación sin la cual ninguna institución podría durar. Y la duración, la pervivencia, es el fin natural de todo lo que quiere prolongarse, continuarse, deseo profundo de los chinos.

La capital es no sólo el centro animador del Imperio, sino también la sede única del Espacio y del Tiempo. Está consagrada (según cierta tradición) si posee una "Casa del calendario" (*Ming t'ang*) cuya forma sintetiza la del Universo: compuesta de un basamento cuadrado que representa la Tierra y de un techo de paja semiesférico que representa el cielo, sirve al emperador para las sucesivas inauguraciones de las estaciones y de los meses; para ello, penetra en la cúpula celeste y, ante el oriente adecuado, revestido del color correspondiente, ejecuta los ritos que van a renovar el Tiempo en el centro mismo del Espacio.

Esta noción de centro se encuentra tanto en el Espacio como en el Tiempo; de él se deriva todo el sentido de la jerarquía que tanta importancia tuvo en la China imperial. Pero al propio tiempo existe una noción de alternancia, de oposición, que se refleja hasta en los combates rituales y en las danzas afrontadas, y que corresponde quizá a una tradición más antigua. Esta alternancia es un ritmo hecho de un tiempo fuerte y de otro débil, en correlación con las superficies llenas y las superficies vacías. Habiendo organizado de esta forma su Universo, los chinos introdujeron en el interior de sus cinco divisiones, una jerarquía social, con sus virtudes, sus características, las ocasiones, los lugares, las formas del arte, etc., realizando así una estructura sin falla de las actividades y doblegando a éstas a una clasificación que les pareció perfectamente ordenada; la coherencia de esta clasificación debía asegurar una plena eficacia a todo lo que en ella estaba incluido.

El ritmo que rige el Espacio y el Tiempo encuentra su réplica en la célebre concepción del *Yin* y del *Yang*, reunidos en el *Tao* o Universo, en la que se funda lo esencial de la filosofía china. La definición de estas dos palabras ha dado lugar a numerosas interpretaciones; las nociones que evocan parecen insertarse en un conjunto de representaciones a las que domina la idea del ritmo; pero mientras que los símbolos que las personifican- tomados según parece del terreno astronómico - no aparecen antes del siglo III a. de J. C., se conocen ya estos dos términos dotados de caracteres antitéticos, al menos dos siglos antes, por ejemplo, en el *Che-king*. Parece que no es necesario fijar

unas definiciones demasiado abstractas o demasiado rigurosas, como esquemas de contrarios (el *Yin* = el Norte, la sombra, el frío, la hembra, etc.; el *Yang* =el Sur, los rayos del sol, el calor, el macho, etc.), sino que es mejor dejarles flexibilidad, un "juego", conforme con las maneras de pensar chino. Porque los chinos "no separan el *Yin* y el *Yang* de las realidades sociales de las que estos símbolos evocan el orden rítmico" (Marcel Granet). Se trata menos de dos oposiciones que de una pareja de dos emblemas resumiendo todos los demás, un par de "Rúbricas maestras" que contienen las otras. Esto es lo que les confiere el poder y la autoridad, pues simbolizan en sí la unión de todos los contrastes y la armonía que forma el Universo. Sus caracteres opuestos no los convierten en antagonistas, por el contrario favorecen el cumplimiento de un todo esencialmente diversificado. Relación del Espacio y el Tiempo (que se presenta bajo la forma Ⓢ), el *Yin* y el *Yang* aparecen como los principios del ritmo de las estaciones, base fundamental de toda la vida social. Corresponde al Jefe el accionar su ritmo alternado, poner en movimiento su fuerza concertante y regularizar su doble acción. Rivales, pero también solidarios, el *Yin* y el *Yang* representan naturalmente la oposición y la unión de los sexos, base del orden social y, por tanto, del orden universal. Reflejan, pues, al propio tiempo la oposición de dos unidades y un todo hecho de dos mitades; no se enfrentan más que para completarse, para formar un todo.

Este todo es el *Tao* (la "vía", el "camino"), principio de orden supremamente eficaz, poder regulador, cuya concepción no pertenece en exclusiva a la escuela taoísta, sino que es propia del pensamiento común. Todo se ordena en él como en el Espacio y en el Tiempo: el *Yin* y el *Yang*, "Rúbricas maestras", recubren múltiples combinaciones de subrúbricas clasificadas por grupos de cinco y de seis y descomponiéndose según los cuatro orientes y el cenit: por ejemplo, al Este corresponden la primavera, el color verde, el elemento madera y la quinta nota de música; al centro corresponden el centro de las estaciones, el elemento tierra, la primera nota, etc. Por su agrupamiento, su orden y su submultiplicación, todos estos componentes son solidarios entre sí y confieren al *Tao* su unidad; todas las manifestaciones de la vida, todos los fenómenos de la Naturaleza se encuentran así explicados y motivados; todas las actitudes, los comportamientos, y las mutaciones están en él interpretados. Y es el *Tao* quien da el ritmo de los detalles y del conjunto. Así se obtiene el Orden que rige la actividad mental como la vida del mundo, orden eficaz y total que representa el ideal perfecto de la mentalidad china. Concebido como una vía, como un camino, el *Tao* se encuentra igualmente en conexión con las grandes arterias orientadas que llegan al centro de la capital, es decir, a la Casa del Calendario (*Ming t'ang*) o bien a un poste levantado en la encrucijada

de caminos esenciales, allí donde - al mediodía - nada que se aguante perfectamente derecho pueda dar sombra y donde no se oiga ningún eco. Esta imagen de la Unidad central reabsorbiendo todos los contrastes es, según los mitos, la del Universo en el centro del cual se levanta un árbol maravilloso; el emperador, que se mantiene derecho en el centro del Universo, se confunde con el eje del mundo, y preside la Vía (*Tao*) que une el Cielo y la Tierra. Si en esta concepción se encuentran nociones que ya hemos visto en la India antigua, se puede constatar que la China llegó a ellas por etapas distintas y por un razonamiento mucho más concreto.

En el interior de esta construcción coherente, los chinos multiplicaron las clasificaciones jerárquicas con la ayuda de inventarios y catálogos, en las que los términos de las relaciones desconciertan al espíritu occidental, pero que responden a la idea de la unidad profunda del mundo, y a las solidaridades que en él intervienen; la sutilidad china se aplica a ello con éxito.

Las fuentes. La mayor parte de las informaciones que se pueden obtener acerca de este período antiguo provienen de las inscripciones grabadas sobre hueso, caparazones de tortuga o bronces, o de la literatura clásica y confuciana. Las más antiguas noticias parecen remontar a los siglos XI-X antes de Jesucristo, pero las más valiosas desde el punto de vista histórico corresponden al período entre 772 y 481 a. de J. C.; con frecuencia dan lugar a comentarios, en particular en los siglos I y II; y sobre este fondo, aportando muy pocas novedades, tejerán y destejerán los filósofos y escritores de los siglos siguientes. Los principales libros clásicos (*king*) contienen una gran diversidad de noticias expresadas en diversos estilos: adivinación en el *Libro de las mutaciones (Vi-king)*, discursos políticos, edictos, exposiciones sobre el funcionamiento administrativo en el *Libro de la historia (Chu-king)*, canciones de amor, himnos religiosos, poesía ritual, cantos de fiesta en el *Clásico de la poesía (Che-king)*, crónica histórica en los *Anales (Tchuen ts'ieu*, literalmente: *Las primaveras y los otoños*), etc.

En su conjunto, las fuentes literarias son académicas y solemnes y dejan entrever mal el substrato popular, las reacciones esenciales de la masa. Lo que nos transmiten es el aspecto formal de la civilización, todo lo que caracteriza la aristocracia china, con su refinamiento, su conformismo, su pudor convencional en el que las convenciones desempeñan el papel de reglas. Además de las precisiones históricas de calidad realmente excepcional que se poseen gracias a los *Anales*, se puede desprender del conjunto un cuadro bastante completo de las concepciones y de las tradiciones de los Tcheu. Así vemos aparecer en el Libro de las mutaciones las nociones de *Yin* y de *Yang* componiendo el Universo o *Tao*, así como, en el *Libro de la Historia*, la afirmación de la correspondencia entre el Hombre y el Universo por intermedio de los Elementos, de los Puntos Cardinales, etc. Los ritos, base

de la civilización china, se encuentran en plena elaboración; no estarán redactados hasta el período que va del siglo IV al I a. de J. C. en tres obras principales, el *Rito de los Tcheu (Tcheu li)*, el *Yi li* y el *Li ki*, que son muy posteriores a Confucio pero que derivan de sus enseñanzas.

Toda la época de los Tcheu está dominada por la personalidad (verdadera o legendaria) de Confucio y por la de sus sucesores, como Mencio (Mong tseu), que vivió en la segunda mitad del siglo IV a. de J. C., y Siun K'euang (entre 300 y 230 a. de J. C.). La moral confuciana se desarrolla apoyada en los ritos tendiendo a propagar la paz en la sociedad igual como a los espíritus individuales. Paralelamente se ven aparecer poco a poco las teorías filosóficas del taoísmo que están expuestas en el *Libro del Tao* y del *Tô* (*Lao-tse* o *Tao-tô king*), en el *Tchuang tseu* y el *Lie tseu*, escalonados en los siglos IV y III a. de J. C. Estos diferentes trabajos están flanqueados por una serie de obras doctrinales que pretenden renovar el poder gubernamental mediante un código penal; numerosos escritores de todas las confesiones se adhieren a esta "Escuela de las Leyes", representada en particular por Kong-suen Yang (al que se atribuye el *Chang tseu*), Yin Wen tseu y Han Fei tse.

Con éstas existen algunas otras escuelas: la de Mo ti (entre 480 y 400 antes de Jesucristo), presunto autor del *Mo tseu*, la de los "Lógicos", llamada escuela de los Nombres, la de los Políticos, de los Eclécticos y muchas otras que propusieron reformas, defendieron formas arcaizantes o propagaron revoluciones y que, todas, basan sus teorías en la política y las preocupaciones prácticas mucho más que en concepciones verdaderamente filosóficas.

La historia china se puede reconstruir con la ayuda de toda esta masa literaria, pintada o grabada. Esta reconstitución presenta vacíos, pues utiliza unas fuentes más intelectuales y más aristocráticas de lo que sería necesario; además, no puede apoyarse más que de manera muy parcial en los monumentos y en los objetos.

La lengua y la escritura

La lengua china es monosilábica y se representa por una escritura formada por ideogramas o "caracteres". La lengua hablada es completamente diferente de la escrita, pues se encuentra por completo en dependencia de las modulaciones de las pronunciaciones; fonéticamente muy pobre, es en cambio muy sutil en las aspiraciones y en la utilización de los tonos. Tal como es presenta graves inconvenientes para expresar un pensamiento abstracto con precisión: es un pobre instrumento para la expresión científica, muy imperfecto para el análisis, pero, por el contrario, excelente para la síntesis. Esto explica en cierta medida algunas tendencias de la literatura china, dificultadas por un lado y facilitadas por otro. De todos modos es imposible ignorar las glosas chinas cuando se quiere comprender lo esencial de esta civilización; sin

duda se comprende mejor cuando se sabe, por ejemplo, que es la misma palabra, *wen*, la que designa a la vez la escritura, el dibujo, la literatura y la civilización. A pesar de todas estas dificultades, el chino ha sido durante largo tiempo la lengua de una gran civilización y el instrumento de su expansión en una parte considerable de Asia.

Visión histórica. Desde los tiempos más antiguos -para los que sería difícil señalar fechas- el país chino aparece constituido en dos partes: la de las llanuras cultivadas que explota una sociedad campesina y la de los territorios no roturados en los que viven cazadores seminómadas. Si se evalúa la época de las dinastías más antiguas entre 2000 y 1500 a. de J. C., se pueden atribuir a este período un cierto tipo de cerámicas que presentan relaciones con las de la Rusia meridional y de Siberia. Hacia 1700 (?) una cerámica más evolucionada, encontrada en Ho-nan (Yang-chao y K'in-wang-tchai), señala, por el mejoramiento de su técnica y de su decoración pintada, una cierta evolución de la civilización, si bien ésta continúa en el terreno protohistórico y casi legendario: se cree que pueda ser ésta la época de la dinastía Hia. Viene después la dinastía Chang (entre 1523 y 1028, aproximadamente?), en la aurora de la cual parece situarse una cerámica (llamada de Pan-chan, en el Kan-su) en la que la decoración alcanza una perfección y una belleza no alcanzadas en los lugares que se le pueden comparar: en Ucrania y en Rumania prehistóricas, por ejemplo. Después de otro período localizado en Match-ang, en el Kan-su (hacia el siglo XIV a. de J. C.), bruscamente aparece una capital Chang: Ngan-yang, situada en la parte más septentrional del actual Ho-nan (hacia el siglo XII a. de J. C.), con todas las características de una civilización bastante adelantada: grandes edificaciones, tumbas, huellas de sacrificios, prácticas adivinatorias, objetos de culto, arte del bronce, del jade y del mármol, y también escritura. La arqueología nos ha puesto en presencia de una de las últimas capitales Chang, y las precedentes que deben abarcar un período de tres siglos, aproximadamente, todavía no han podido ser localizadas. De esta forma, sin poder asistir retrospectivamente a la lenta formación de una cultura cada vez más consciente y complicada, se pasa con brusquedad de la simple producción de cerámica prehistórica a la utilización más sabia de materias duras, tales como el mármol, el jade y el hueso, a la técnica del bronce, que reclama un utillaje especial y abre innumerables posibilidades a una iconografía casi por completo zoomorfa que no deja de ser con frecuencia enigmática, pero que denota alusiones mitológicas, y por último a un tipo de escritura pictográfica que dará poco a poco nacimiento al sistema de "caracteres" chinos. Por la belleza y perfección de sus bronces rituales y de sus esculturas en mármol blanco, Ngan-yang representa un verdadero apogeo del arte chino arcaico: en el futuro la calidad estética de los bronces no será nunca igualada, y el bajorrelieve en piedra tardará muchos siglos en ser de nuevo practicado.

Estos descubrimientos concuerdan con la tradición histórica de los chinos, que señalan el fasto y el refinamiento de la corte de los Chang.

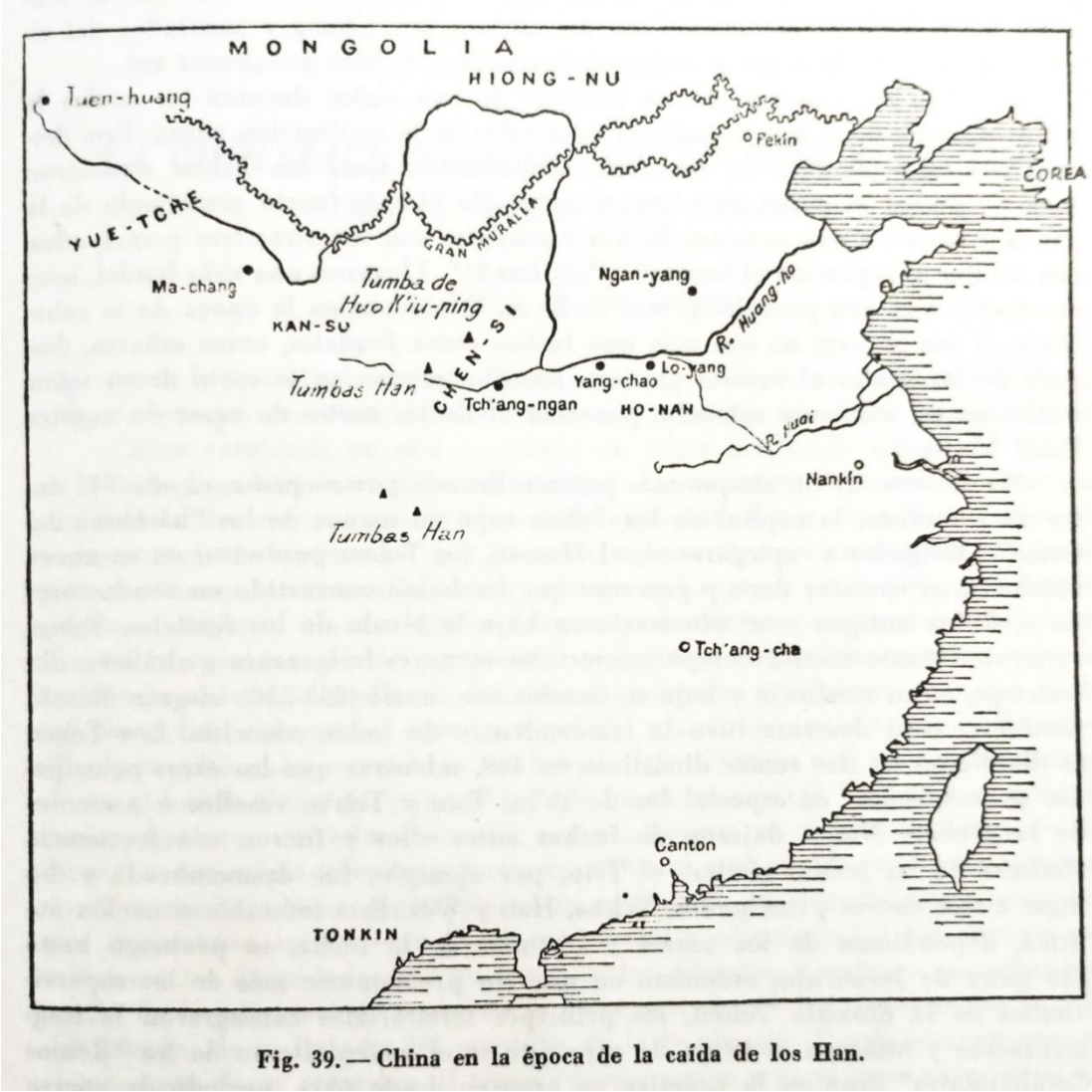


Fig. 39. — China en la época de la caída de los Han.

Pero las noticias históricas no toman alguna consistencia hasta la entronización de los Tcheu. La acción de los colonos chinos, llevando progresivamente su conquista hacia el Norte, el Oeste y el Sur a partir de la Gran Llanura, de donde habían salido, permitió el establecimiento de las familias señoriales. La de los Tcheu, originaria del alto valle del Wei, en el Chen-si (capital: Tch'ang-ngan), llevó la vida feudal propia de la de la época, dirigida a la vez por las exigencias de las explotaciones

agrícolas y por la defensa armada del territorio contra los seminómadas que rodeaban las zonas cultivadas. Fortalecido por esta vida ruda y activa, un representante de la familia de los Tcheu, Wu-wang, aprovechó el debilitamiento del último rey Chang a mediados del siglo XI a. de J. C., le atacó y, habiéndole vencido, se hizo proclamar rey.

Éste fue el comienzo de un período de tres siglos durante los cuales la nueva dinastía tenía que presidir el desarrollo de la civilización china. Este desenvolvimiento no dejó de encontrar dificultades, pues los Tcheu estuvieron lejos de poseer el poder absoluto: fueron sólo el más fuerte principado de la época y tuvieron que sostener luchas constantes con los otros tres principados, con los que se repartían el territorio "civilizado". Llevaron una vida feudal, muy semejante a la que prevaleció más tarde en Occidente en la época de la caballería. Y sus guerras no son más que luchas entre feudales, entre señores, después de las cuales el vasallo glorioso buscaba reposo en la corte de su señor feudal en un ambiente refinado, parecido al de las cortes de amor de nuestra Edad Media.

En el curso de un ataque más potente llevado por sorpresa, el año 771 antes de Jesucristo, la capital de los Tcheu cayó en manos de los "bárbaros del Oeste". Obligados a replegarse en el Ho-nan, los Tcheu perdieron en su nueva residencia el carácter duro y guerrero que les había convertido en conductores de la China antigua y se adormecieron bajo la férula de los feudales. Sobrevivieron durante mucho tiempo convertidos en reyes holgazanes y abúlicos. Sin embargo, en su territorio y bajo su dominación, nació (551-550) el gran filósofo Confucio, cuya doctrina tuvo la trascendencia de todos conocida. Los Tcheu se dividieron en dos ramas dinásticas en 440, mientras que los otros principados se fortalecían, en especial los de Ts'in, Tsin y Tch'u, vasallos o parientes de los Tcheu. Nunca dejaron de luchar entre ellos y fueron con frecuencia víctimas de las luchas civiles: el Tsin, por ejemplo, fue desmembrado y dio lugar a tres nuevos principados, Tchao, Han y Wei. Esta inestable situación política, dependiente de los azares y fortunas de la lucha, se prolongó hasta 335 antes de Jesucristo, momento en que sin preocuparse más de los supervivientes de la dinastía Tcheu, los príncipes territoriales consagraron la fragmentación y tomaron el título de rey: éste es el advenimiento de los "Reinos Combatientes" (que en la práctica ya existían desde 481), período de guerra permanente, llena de traiciones, en la que las masas populares son enroladas como tropas mercenarias. No obstante, en 310, el reino Ts'in empezó a unificar el país en provecho propio y terminó esta labor en 221: "El Imperio chino había sido fundado al propio tiempo que se realizaba la unidad china" (René Grousset).

CAPÍTULO IV

LA CIVILIZACIÓN CHINA EN LA ÉPOCA DE LOS CHANG Y DE LOS TCHEU

1. ÉPOCA DE LOS CHANG

Aunque la cronología de esta época sea imposible de precisar, se han podido recoger un cierto número de detalles que la describen bastante bien. China constituía en este momento un islote civilizado aislado en medio de poblaciones bárbaras. Es verosímil que en ese islote la sociedad estuviese dividida en dos clases como en el período siguiente. En la cima de la jerarquía se encuentra el rey (*wang*), que dirige al mismo tiempo los asuntos religiosos las cuestiones laicas y administrativas; sin embargo, es probable que sus obligaciones religiosas - como en los tiempos prehistóricos - tengan prioridad sobre sus ocupaciones civiles: personaje sagrado, el rey vivía entonces en una residencia aislada, cumpliendo los ritos estacionales y solemnes, que son eficaces por el hecho de que el orden natural del mundo descansa sobre él. Bajo los Chang sucedió quizá como bajo los Tcheu: la residencia real continuó existiendo en el barrio Sudoeste, pero el rey habitó en su capital. Su poder es teóricamente absoluto; de todas maneras, a causa de que su aislamiento sagrado de otros tiempos exigía unos intermediarios entre él y el pueblo, continuó existiendo un armazón político, según el cual sus ministros, grandes oficiales y funcionarios transmitían sus órdenes. A él correspondía ofrecer todos los grandes sacrificios a las divinidades y a los antepasados difuntos, a quienes consulta, por medio de la adivinación, a propósito del resultado de las cosechas, de la cría del ganado, de la llegada del viento o de la lluvia, etc. Puede ocurrir que en el momento de su ascensión al trono ejecute (como será el caso para todos los Tcheu) una especie de extensa danza cantando las victorias mitológicas de sus antepasados.

El rey vive, pues, en un palacio probablemente asentado en la capital; está rodeado de su primer ministro *(k'ing-che)* y de grandes oficiales, encargados de transmitir sus órdenes y mandatos, asegurar la etiqueta en el curso de las grandes ceremonias, constituir y conservar los archivos reales,

ejecutar los ritos y velar por el tesoro real. Este estado mayor administrativo está completado por funcionarios que cuidan del palacio, ejecutan la limpieza y aseguran la vigilancia; un cuerpo de pajes (*chu*) está especialmente destinado al servicio de las mujeres del palacio.

La gran preocupación del rey es el rendimiento de las cosechas; sus inspectores fijan las épocas de siembra y vigilan la recolección. La vida campesina es, sin duda, muy poco diferente de lo que fue bajo las dinastías siguientes - e incluso hasta tiempos modernos. Todo lo más se puede admitir que fue más primitiva: los tres grandes cultivos de cereales, según los terrenos, son el mijo (con panículos y sin panículos), el trigo y el arroz; las tierras cultivadas son protegidas por muros de tierra. Los campesinos habitan cuevas excavadas en los acantilados o en el loess de la región oriental; las casas, si es que son conocidas, no son más que cabañas de ramas y barro que debían resistir muy mal las intemperies. El ganado comprende sobre todo bueyes domésticos, caballos, cerdos y carneros, que sirven también para los sacrificios.

La caza y la guerra parecen ser el normal patrimonio de la aristocracia. El rey consulta las escamas de las tortugas adivinatorias para saber si el viento favorecerá toda empresa de este orden y si cada decisión debe o no ser tomada en el sentido marcado por los acontecimientos. El ejército comprende jinetes, carros de guerra e infantes; según parece, estos últimos reclutados entre los campesinos mientras que los demás son más bien los nobles. Se menciona un cuerpo de ejército de 3.000 hombres y un grupo de caballería dividido en tres escuadrones de 100 unidades cada uno. Las armas son bastante diversas y perfeccionadas; la materia principal es el bronce, pues la piedra y el jade ya sólo se usan para las armas ceremoniales; el hierro no aparecerá hasta el fin de la época de los Tcheu. Se nombran el sable, el arco (que podía lanzar flechas o dardos), la ballesta, el hacha y la alabarda. Los escudos están construidos en cuero.

La caza se efectúa en los matorrales que rodean las tierras cultivadas; se lleva a cabo en invierno bajo la forma de grandes batidas en las que se capturan o matan tigres, panteras, gatos salvajes, leopardos, osos, bueyes salvajes, elefantes, rinocerontes, lobos, jabalíes y zorros; también se cazan animales menos feroces que circulan en bandadas: ciervos y antílopes, monos, liebres, conejos y pájaros.

Si la agricultura ocupa el primer lugar en la vida china, como lo prueban las peticiones y las respuestas inscritas en los caparazones y los huesos adivinatorios, los vestigios arqueológicos que han llegado hasta nosotros atestiguan también la existencia de ciertas técnicas y de ciertos oficios acerca de los cuales no poseemos ninguna otra precisión. Así vemos que se sabe trabajar el hueso y el marfil, extraer y tallar el jade, grabar los caparazones de tortuga, los cuernos de rinoceronte, el hueso, el

marfil, el jade, el bronce, el bambú, fundir y moldear el bronce, pastar, tornear y cocer la cerámica. Asimismo es muy difícil reconstituir las creencias de esta época, a pesar de los ensayos que se hicieron en este sentido desde los tiempos antiguos. No obstante, se puede admitir que las informaciones referentes al cultivo, el arado, los ritos, la música, el calendario, el catastro, etc., son muy verosímiles; de todas maneras tendrán una autenticidad mayor bajo los Tcheu y por ello los estudiaremos más adelante.

2. LA CIVILIZACIÓN CHINA BAJO LOS TCHEU*

El desarrollo de la sociedad bajo los Tcheu, la evolución política y administrativa que se acelera en ciertos principados (el de Ts'in, por ejemplo) a partir de fines del siglo V, hacen bastante arbitrarias las descripciones absolutas. En todo lo que sigue se tiene que comprender que se trata sobre todo de las regiones sometidas directamente a la gestión real, y en ello se reconocerá sin dificultad todo lo que debemos a *La Chine antique*, de Henri Maspero.

Los recursos. La caza y la pesca ya son más distracciones que medios de existencia, pero su producto es lucrativo. Para la caza se utiliza el caballo; las armas son el arco y las flechas de punta metálica, las redes y las trampas. Los animales cazados son muy variados: grulla, faisán, pato, oca salvaje, codorniz, pato mandarín, liebre, tejón, marmota, zorro, gato salvaje, ciervo, corzo, cerdo, rinoceronte, toro, tigre, etc. Es el placer de los nobles y de los señores; la caza de las grandes fieras constituye su deporte favorito; es una distracción brutal, realizada en grupos y terminada por orgías. Para el campesino constituye una prestación obligada que debe cumplir para el mantenimiento de su señor.

La pesca, menos nombrada que la caza, se efectúa con la ayuda de cestos de mimbre, redes grandes y pequeñas; se conocen una docena de peces diferentes que sirven de alimento.

Pero la importancia de la agricultura sobrepasa a las demás actividades. La conquista del suelo, proseguida de manera heroica desde tiempos inmemoriales, no da todavía lugar a especializaciones según las regiones como ocurrió más adelante: cada comarca se esfuerza en producirlo todo. Con el perfeccionamiento de los grupos rurales, los cultivos aumentaron, se talaron los bosques y la roturación - mediante el fuego y el agua-se hizo más intensa. Se utiliza el arado, el escardillo, la hoz, la piqueta en metal y sobre todo la pala. El principio del cultivo es el de los hortelanos, pues los campos son de pequeñas dimensiones y se cultivan como huertos. Las explotaciones se extienden alrededor

*__Nota del editor digital__: la dinastía Tcheu es también llamada Zhou.

de la altura habitada, y los cultivos más preciosos se colocan cercanos a las casas: primero, el huerto propiamente dicho; después, los campos de labor de plantas de consumo frecuente; más lejos, los campos de plantas textiles, en especial el cáñamo; debajo, los de legumbres secas y cereales; por último, en los fondos de regadío, el arroz.

A los cultivos de la época anterior (mijo, trigo, cebada y arroz) se añaden los del sorgo, calabazas, pepinos, habichuelas y guisantes (que se saben conservar secos), el melón y frutos que sirven para la alimentación, a los cuales hay que añadir los de la viña salvaje, la cebolla, el ajo y un cierto número de hierbas utilizadas como condimentos. En los vergeles crecen el moral y una gran variedad de árboles frutales (perales, cerezos, melocotoneros, albaricoquero, membrillo, ciruelos, castaños y azufaifos, entrando el producto de estos tres últimos en las preparaciones culinarias). El moral y el cáñamo por ser una fuente de beneficios, son cuidados con especial atención; se conocen múltiples especies de estos árboles. El moral sirve para la cría de los gusanos de seda cuya cosecha, hecha en otoño, alimenta los trabajos del telar durante todo el invierno. En cuanto al cáñamo, se teje en primavera. Por último, también existe la explotación de ciertos árboles forestales (avellano, álamo, encina, olmo, catalpa, aleurita, lidera, etc.). También se cría ganado, pero no parece haber llegado a constituir grandes rebaños; se reduce a algunos caballos, bueyes y carneros de los que no parece que se sirvieran para el arado, pues todo el trabajo se hacía por el esfuerzo de los brazos humanos, con la ayuda de canastas y de banastas, aunque se conocían perfectamente los carros. Se crían animales de corral y sirven en su mayor parte para la alimentación: cerdos, conejos, gallos, pájaros; hay que añadir a todos ellos el gato, el perro y el ciervo, que parece que estaba domesticado, así como en el Sur también lo estaba el elefante (?).

Como es natural, el rendimiento agrícola es diferente según las regiones, según la riqueza de la tierra, la importancia de la mano de obra y la excelencia de las estaciones; ciertas regiones producen en mayor abundancia el arroz, como el territorio de Tch'u; otras, cereales, como el Ts'in, que, según se dice, puede abastecer a los demás países en tiempos de escasez. La irrigación es uno de los factores esenciales de esta prosperidad y se organiza con todo cuidado.

La propiedad rústica pertenece al señor y es explotada por los cultivadores en beneficio del feudal. Según la tradición china, que sólo refleja, según parece, una situación ideal, los campos habrían sido repartidos entre los cultivadores a razón de un terreno por familia; cubriendo cada uno un *li* cuadrado, los campos (*sseu-t'ien*) están reunidos por grupos de nueve (*tsing*) de los que ocho deben servir al sostenimiento de otras tantas familias; el producto del noveno (*kong t'ien*, dominio

público), colocado en el centro y cultivado en común por las ocho familias, se reserva al rey o al señor a título de impuesto.

Durante el verano, los campesinos habitan sobre el propio terreno de cultivo, en cabañas provisionales; cuando se aproxima la cosecha montan una estrecha vigilancia contra los ladrones, los jabalíes y los pájaros. Es que la recolección tiene la mayor importancia en ese mundo feudal: si es buena, es considerada como un signo de victoria cierta; en el caso contrario, acarrea la miseria y desorganiza el orden del reino; constituye asimismo el botín codiciado por todo ejército vencedor.

Aunque los artesanos y los comerciantes sean todavía poco numerosos, se encuentran en la base de la industria, ya bastante desarrollada, y que, en la época siguiente, hará una competencia ruinosa a la agricultura. El arte de tejer, ejecutado por las mujeres, ocupa uno de los primeros lugares: se fabrican sedas, bordadas o no, telas de cáñamo o de una especie de cuaraguatá y paños de fibras de guisantes trepadores. Se trenzan las ortigas, los juncos, las cañas, la paja y las zarzas; se utiliza el bambú y se trabajan las pieles y los cueros. El trabajo de la madera, del metal, de la arcilla, de la piedra y del jade sirve para la confección de instrumentos para arar, carros, armas (lanzas, mazas, arcos, flechas, escudos, escaleras de combate, etc.), instrumentos de música ya muy numerosos (tambores de varias clases, flautas, laúdes (k'in), campanas, gongs, litofones, xilofones, etc.), así como objetos usuales muy diversos (agujas de cabeza, punzones, tijeras, cucharas, hachas, copas, vasos, trípodes, calderos, marmitas, etc.). El metal utilizado es el bronce; el hierro no aparece hasta el final de la dinastía Tcheu.

La explotación de las salinas y de las minas hace que algunas regiones sean particularmente ricas, como, por ejemplo, los territorios de Tsin y de Ts'in, y el tráfico de metales es activo.

No obstante, el comercio no se desarrolló hasta una época bastante adelantada. Se hacía sobre la base del contrato de compraventa, también del cambio; el beneficio mencionado con frecuencia, debía alcanzar buenos resultados, pues se señala la existencia de ricos mercaderes, amigos de los príncipes feudales, que llevaban una vida lujosa, vestidos de sedas bordadas y circulando en carruajes adornados con jade y oro. Las operaciones se efectúan con la ayuda de una moneda que, bajo los Chang, estaba representada por cauríes (*pei*), después por piezas de hueso, y por último en cobre; su unidad es al principio el *wan* (6 onzas?), y después-bajo los Tcheu orientales-el *kin* (1 onza?), agrupándose este último en lingotes de 20 y 24 onzas (?); hasta fines del siglo V no empiezan a fundirse las primeras monedas (*ts'iuan*) bajo formas diversas (sables, campanas, etc.).

Con el florecimiento del comercio, la creación y conservación de las vías de comunicación se va haciendo la principal preocupación de la administración; por los caminos circulan no sólo las

caravanas comerciales sino también carruajes especialmente reservados al transporte en común. Las vías fluviales no son muy usadas antes de los Reinos Combatientes, y el paso de los ríos se efectúa a nado o por vados. Por estos sistemas, los diferentes principados efectúan intercambios de artículos y primeros materiales, tales como el pescado, la sal, el cobre, el oro, el cuero, el bambú, la madera, el cinabrio y los cereales.

Con el tiempo, con el mejoramiento de las comunicaciones y el desenvolvimiento industrial y artesano, el comercio hizo una peligrosa competencia a la agricultura. Desde el siglo V a. de J. C., se percibe que el mantenimiento del equilibrio entre estas dos actividades preocupa vivamente a los dirigentes de los principados que muestran cada vez más su preocupación por sostener a las poblaciones rurales, por proteger su trabajo y para procurarles los beneficios que les corresponden.

También hay que comprender en la vida económica así descrita a los impuestos, los censos, los beneficios y las pérdidas de la guerra. El impuesto más importante es el de las tierras cultivadas; varía según los lugares y crece conforme se aleja de la capital; por lo general, se paga en especies mientras que los derechos y las tasas cobrados en el mercado lo son en monedas de cobre. Los censos más elevados llegan al 5/20 de la producción, pero sólo un débil porcentaje de ellos llega hasta el tesoro regio a causa de la lentitud de las comunicaciones y del gran número de intermediarios administrativos que existen entre los distritos y la capital. Además, los señores locales perciben directamente algunos tributos, y los derechos de peaje gravan el precio de las mercancías de cambio tales como la moneda, el pescado y la sal. El Estado saca ingresos suplementarios de los bosques, de los pantanos, de las salinas y de las minas, de todo lo cual posee el monopolio. Sin embargo, la economía no proporciona más que un rendimiento inferior al que una vigilancia efectiva podría asegurar y, si bien la vida corriente está cubierta, los gastos excepcionales agotan en seguida el tesoro.

La sociedad. Según parece, bajo los Tcheu occidentales la sociedad no estuvo todavía sometida a una jerarquía complicada, como ocurrirá a medida que el intento de unificar políticamente el país y la centralización del poder se desarrollarán. Dos grandes clases forman la sociedad: abajo, la plebe campesina; arriba, la clase patricia (*che*, nobles hereditarios). Poco a poco estas clases se ramificarán y se estratificarán, empezando en lo más bajo por los esclavos y los cultivadores, después elevándose gradualmente a los artesanos y a los mercaderes, los letrados y los funcionarios, los ministros y lo altos funcionarios, los nobles, los príncipes, hasta llegar al emperador, que corona la pirámide jerárquica.

La base de la sociedad es la plebe. Su organización es completamente opuesta a la de los nobles; viviendo y trabajando en comunidad, los campesinos (*nong*) no tienen ninguna individualidad ni ninguna iniciativa; son simples accesorios del suelo que cultivan y se transmiten con él sin llegar jamás a poseerlo como cosa propia; no tienen ritos (*yi-li*) y sólo observan costumbres (*su*).

Por su trabajo, el campesino está obligado a procurarse lo que le es necesario para vivir con su familia y a vender el exceso en el mercado de la ciudad. Éste es su único contacto con la vida exterior y con la administración; y aún este contacto no se refiere al individuo, sino únicamente al grupo al que pertenece, ya que sólo éste implica una personalidad para la administración. Su vida se rige por las estaciones; en invierno vive en la aldea con su familia, en el cuadro reducido de su vivienda y de su huertecito, consagrándose a los trabajos sedentarios de la casa. En verano, abandona la aldea y se establece con su mujer y sus hijos en los campos de cultivo, llevándose el utillaje necesario, y haciendo un nuevo hogar en una era especialmente arreglada en medio de las tierras; en esta vida al aire libre nada queda del núcleo familiar replegado sobre sí mismo; todo queda condicionado por una existencia comunitaria.

Sin ritos propios, el plebeyo no conoce el matrimonio (*huen*), sino tan sólo la unión (*pen*). Ésta tiene lugar en primavera, siguiendo el consejo oficial del mediador (mei-che), en el momento en que grandes fiestas preceden el establecimiento de los campesinos sobre las tierras cultivables. Unión libre, ratificada si se esperan hijos, y esto seguramente en una ceremonia general.

La otra clase social, la de los patricios, difiere esencialmente de la plebe en dos puntos capitales: cada uno de sus representantes posee unos antepasados y pertenece a un clan. Estos dos hechos llevan consigo una notable serie de diferencias: habiendo sido el antepasado un individuo notable, héroe o emperador, obligatoriamente poseyó la tierra o ejerció un cargo oficial; como tal se le dedica un culto y recibe un nombre de clan. Sus descendientes están, pues, calificados para ser integrados en un clan, rendir culto y ser provistos de un territorio o de una función. Y mientras que el campesino se pierde en un anonimato indiferenciado, el patricio reviste una individualidad precisa conferida por su clan.

Cualquiera que haya sido su origen, los clanes presentan en la época Tcheu las características de un agrupamiento religioso en el interior del cual están rigurosamente prohibidas las relaciones sexuales entre sus miembros; su número parece que fue bastante reducido: probablemente inferior a cien. Cada uno de ellos honraba a un antepasado, que era un dios o un héroe (el dios del mijo, el del Pico del Este, etc.), y algunos grupos de clanes tenían el mismo antepasado. En estos cultos a

los antepasados, que a veces son animales o plantas, como el mijo, hay rasgos de una época muy remota si bien muy desdibujados.

Si el clan establece un agrupamiento religioso de los patricios, el de la familia, de la rama y de la casa es de orden puramente civil y administrativo e interviene como una subdivisión del primero. El jefe de la casa o de la familia es su dueño: él casa o divorcia, acepta o no los hijos, representa en su persona a todos los individuos de su grupo, puede juzgarlos y penarlos directamente sin que intervenga la justicia del Estado y su autoridad se extiende tanto a los miembros de la familia establecidos a su lado como a los que se fijan lejos.

El privilegio más importante de los patricios es el poseer la tierra que pueden tener a título de feudo o de simple propiedad. Pero existe entre ellos una gran variedad de condiciones, ya sean hidalgos (*che*), grandes oficiales (*tai-fu*) o promovidos a cargos administrativos. En teoría existen cinco clases de nobles, correspondientes de manera aproximada a los títulos de duques, marqueses, condes, vizcondes y barones, y el tamaño de sus feudos está en proporción con su título. Sin embargo, según los casos, el patricio es muy rico, provisto de bienes rústicos que dan buenas rentas, o, por el contrario, modesto e incluso pobre, obligado a entrar al servicio de su señor, que le protege y le mantiene a cambio de su obediencia: le sigue a la guerra y se comporta en todo como su cliente, ocupando variados empleos en su casa, tales como escudero, cochero, alabardero, tesorero, cocinero, etc. Otros patricios poco afortunados escogen funciones más independientes (maestros de escuela de pueblo, sacerdotes, magos, adivinos, médicos, etc.), algunos se dedican al comercio y otros se hacen administradores de grandes propiedades. Pero siempre, sea cual sea su situación, continúan aptos para las más elevadas funciones, no confundiéndose nunca con la plebe. Se dice de ellos que están animados de una Virtud (*tao-tô*) que hace la fortuna y el poder de un jefe y que por reflejo - por contagio se podría decir- anima todo el país, naturaleza, animales y personas, los mantiene en la prosperidad, les impide decaer e incluso morir. Todo descansa, pues, sobre el señor y sobre su Virtud, cuyo papel casi mágico es el verdadero fundamento de esa sociedad feudal; es él quien resume todas las actividades y quien las determina por el rito.

La posesión de un feudo, cuya investidura es conferida por el rey, hace del patricio un príncipe o un vasallo que tiene por soberano el rey o un príncipe más poderoso. Esta investidura, conferida con toda solemnidad, da al patricio unos derechos y unos deberes nuevos concernientes a su territorio, sus gentes y su amo.

El propio rey es a la vez el primero de los príncipes, el patricio por excelencia, el Hijo del Cielo, investido por el señor de Lo Alto de la carga eminente de gobernar el conjunto del pueblo al mismo

tiempo que mantener el orden natural del mundo, pues su Virtud es proporcional a su misión. El equilibrio entre sus funciones sagradas y políticas está entonces realizado: cada mes renueva el tiempo en el *Ming-t'ang*, proclama las leyes, concede audiencias, hace administrar justicia, etc. La dignidad real es hereditaria de padres a hijos, siendo considerado como heredero, según la ley, el hijo mayor de la mujer legítima. Esta filiación debió, no obstante, en épocas anteriores, tener en cuenta a las mujeres, porque existe un ceremonial especial para que el hermano del rey difunto o el hijo de su hermana ceda simbólicamente el poder al hijo directo.

El armazón administrativo. Con el desarrollo de los cultivos, del comercio y de las ciudades, la administración se organiza de manera más sólida bajo los Tcheu. Se organiza como una pirámide a cuya cúspide se encuentra el rey representado por su primer ministro (*k'ing-che*), que en la práctica es tan poderoso como él, sobre todo cuando tiene que habérselas con un soberano de carácter débil. Le siguen los tres ministros más importantes, el de agricultura, el de guerra y el de obras públicas. El primero (*sseu-t'u*) es, con toda evidencia, el que presenta mayor interés en ese país esencialmente agrícola y sedentario. Es él quien dirige una administración local que regula con minuciosidad los trabajos de los campos, la distribución de sus productos y, de una manera más general, la misma vida de los campesinos, sus matrimonios, sus fiestas y sus asambleas. El ministro de la guerra (*sseu-ma*) regula todos los asuntos militares, el reclutamiento de tropas, las grandes cacerías, las revistas y la instrucción militar; vigila los arsenales, los carros, los caballos y las yeguadas; representa simbólicamente al Imperio, siendo llevado en triunfo en ocasión de una victoria y poniéndose al frente del luto al ocurrir una derrota. El ministro de trabajos públicos (*sseu-k'ong*) se ocupa del territorio propiamente dicho con exclusión de las tierras de cultivo; hace medir los campos, los reparte, hace construir y reparar los caminos, los canales, los diques, etcétera. Además, todos los artesanos dependen de él.

Por debajo de estos tres ministros otros tres se ocupan de los asuntos personales del rey y de la justicia criminal. El primero vela por la conservación del palacio, por su aprovisionamiento, asegura el buen funcionamiento del servicio y se ocupa del tesoro regio; otro está más particularmente encargado del culto imperial y vigila a los sacerdotes, adivinos, magos, médicos, etc. En cuanto al director de los asuntos criminales, aplica el código penal y distribuye los castigos; éstos van desde la pena de muerte al tatuaje de la cara, pasando por la castración, la amputación de los pies y la ablación de la nariz. No juzga en persona más que en los casos de pena de muerte; por lo demás, cada pena puede ser sustituida por una multa, fijada en mil lingotes de cobre por la vida de un hombre. Estos ministros (que a partir del siglo IV a. de J. C. se designan colectivamente bajo el nom-

bre de "los Seis Ministros", *lieu k'ing*) están rodeados de un gran número de funcionarios y la administración es ya muy complicada.

El séquito real no se limita a estas personas. Comporta además un consejo cuyos miembros están dotados de un título honorífico, pero cuyas funciones no están muy definidas. Por otra parte, los cargos de la Corte son con frecuencia hereditarios y muy envidiados, pues acercan a sus titulares al rey: el oficial de la Mesa (*chan-fu*), los Tesoreros (*ts'iuan-fu*), el Gran Escriba (*t'ai-che*), etcétera. Esta administración no deja de tener sus defectos y el principal es el llamar a los mismos individuos para cargos diferentes y -en el momento del debilitamiento del poder real- el anquilosarse separando cada vez más la realidad y la teoría.

El dominio real está dividido en distritos (*hiang*), que están gobernados por un gran oficial (*tai-fu*); estos distritos, en provincias, departamentos, cantones, ciudades, poblados, respectivamente administrados por funcionarios de graduación decreciente. Reclutados entre los patricios y los nobles locales, estos funcionarios encuadran por completo la vida rural y urbana, realizando los sacrificios regulares, reglamentando el catastro y las ceremonias de la vida individual, vigilando los rendimientos de las cosechas y percibiendo los impuestos. Cada año dan cuenta de su gestión a sus superiores y, en el período intermedio, son objeto de inspecciones por funcionarios que dan cuenta por escrito de su gestión. Están asistidos por una multitud de funcionarios especializados con los que el pueblo está en directa relación: jefes de almacén, cobradores, repartidores, receptores, etc. El papel de los administradores no se limita a la gestión civil del país sino que se desdobla en funciones judiciales en las que están asistidos por magistrados locales y cuando un asunto sobrepasa su competencia se remite a la jurisdicción superior. A esas funciones civiles y judiciales se añade, por último, una misión militar, pues en tiempo de guerra los administradores pasan a depender del ministro de la guerra. Y la organización militar reproduce exactamente la organización civil de la cual, por otra parte, fue siempre el modelo en la antigüedad.

El ejército está compuesto de hombres obligatoriamente proporcionados por cada familia (a razón de uno por familia). Contaba con 12.500 hombres repartidos en 5 regimientos, a su vez divididos en cinco batallones formados por cinco compañías, cada compañía correspondiendo a una pequeña división administrativa territorial. El dominio real posee 5 ejércitos; los vasallos no tienen el derecho de poseer más que tres, dos o uno. Cada ejército comporta además de la Infantería, algunos carros tirados por caballos; el combate se efectúa con el arco y la pica, y las órdenes son dadas por tambores y con los estandartes. La estrategia todavía no existe y no progresará más que a partir

de los Reinos Combatientes, cuando los jinetes serán sustituidos por los carros. Durante ese tiempo el ejército ocupa un gran lugar en la vida del noble; en este período feudal en que las conquistas y las luchas juegan un papel tan importante, la guerra es caballeresca y obedece a las leyes de la ciudad cuyo orden se repite en la disposición del campo y cuya jerarquía administrativa corresponde a la jerarquía militar.

La administración del patrimonio real se repite en forma reducida en cada principado, en cada feudo y en cada baronía. Los reyes Tcheu intentaron agruparlos y unificar su gobierno: dividieron el territorio en nueve provincias (*tcheu*), al frente de cada una de las cuales colocaban un gobernador (*po* o *mu*) que representa la autoridad real, mantiene el orden y administra justicia; este gobernador es, por lo general, un señor local, que es vasallo directo del rey y debe rendirle homenaje en períodos teóricamente regulares, pagarle un ligero tributo en especies constituido en particular por las especialidades de la región y asegurarle su ayuda en tiempos de guerra.

Esta organización está lejos de ser perfecta; los gobernadores, alejados de la vigilancia real, tienen frecuente tendencia a emanciparse, a veces incluso a coaligarse contra el poder central. La unificación sólo podía ser eficaz bajo el mando de un rey autoritario y fuerte, pues el aislamiento de cada provincia, la autonomía de los jefes y la dificultad de las comunicaciones favorecían demasiado las iniciativas privadas haciendo imposible su represión. El gobierno provincial es de directa gestión del príncipe y algunos de ellos imponen leyes cuyo rigor es muy superior al de la gestión real; tal fue, entre otros, el conde Hiao de Ts'in, en el siglo V, que, con la ayuda de su ministro Yang de Wei, instauró un régimen autoritario cuyas reformas pueden ser juzgadas como revolucionarias en relación con la autoridad central. Un poco en todos los lugares de la parte occidental de la China entonces civilizada unas reformas semejantes tienden a modificar la vieja estructura social, a mejorar el rendimiento de la tierra, a distribuir mejor los cargos administrativos y asegurar una mayor regularidad en los recursos. Este movimiento es el preludio de la caída de los Tcheu y de la hegemonía de los Reinos Combatientes.

El clero. El clero está dividido en dos categorías apreciadas de diferentes modos: una está reclutada entre los patricios y compuesta de muchas clases de sacerdotes oficiales, augures, adivinos, intérpretes de los sueños y de los fenómenos naturales, y astrólogos; la otra, despreciada porque por lo general es de origen plebeyo, comprende los brujos y las brujas, que son verdaderos posesos.

El clero oficial está, por lo general, compuesto de familias que conservan celosamente sus especialidades respectivas. Intervienen en todas las ocasiones solemnes; sus miembros están

minuciosamente especializados y su ayuda es indispensable. A ellos corresponde dirigir el ritual de los sacrificios, decir las plegarias que consagran los contratos y los tratados, vigilar las ceremonias funerarias, formular los pronósticos referentes a la guerra, la caza, las cosechas, interpretar los sueños, los signos y las suertes (con la ayuda de caparazones de tortuga, como bajo los Chang). También son ellos quienes explican los oráculos y aconsejan al noble o al rey en las decisiones difíciles.

Este clero -algunos de cuyos cargos pudieron ser hereditarios- está rodeado de una gran cantidad de asistentes inferiores que tienen misiones específicas en el cumplimiento del culto: músicos, escribas, servidores y empleados, dependiendo cada clase de una determinada categoría de sacerdotes.

Aunque indispensables a causa de la naturaleza de sus funciones, los clérigos no forman una clase sacerdotal; si en los pequeños señoríos pueden llegar a tener una cierta independencia, en el patrimonio real están incorporados al ministerio de asuntos religiosos y asimilados a los funcionarios. Por otra parte parece que no estaban obligados a una regla de vida especial, pues nada los distingue de los patricios: son sólo profesionales, que se transmiten su técnica de padres a hijos.

Muy diferentes son los brujos (*hi*) y las brujas (*wu*), que pueden proceder tanto de la plebe como de la aristocracia y cuyo papel depende de la vocación; están asimilados a los simples médiums los médicos, los provocadores de lluvia, los exorcistas, etc. Se ponen en relación con los dioses y los espíritus por los medios de la posesión, y los dioses y los espíritus actúan a través de ellos, hablan por su boca, en el curso de ceremonias de evocación en las que el ritual comporta danzas mímicas y cantos en parte improvisados, ejecutados al son de tambores y de flautas que provocan el trance. Aunque reprobados por el clero oficial (que puede llegar hasta a hacerlos quemar vivos), los brujos juegan un importante papel junto al noble e incluso forman parte de su personal. Su influencia es aún mucho mayor en las poblaciones entre los plebeyos, desprovistos de cultos, y ciertas regiones incluso poseen colegios de hechicería.

La familia campesina.

La vida y la educación eran, como es natural, muy diferentes según las clases de la sociedad, puesto que, como se ha visto, ninguna comparación se puede establecer entre patricios y plebeyos.

El campesino nace de una unión (*pen*), no de un matrimonio (*huen*) como el patricio. Al llegar la primavera de cada año, después de la apertura de la estación de los matrimonios por el rey y antes de la partida a los campos de cultivo, los muchachos y las muchachas salen al campo a cantar juntos, ya en grupos, ya en parejas; se unen a su gusto y pueden verse a voluntad durante la estación de los trabajos campestres. Pero cuando, en invierno, se ordena el regreso a la aldea y cada familia se encierra en su propia vivienda, las parejas son separadas y no pueden verse más que clandestinamen-

te. A la primavera siguiente, las parejas se vuelven a encontrar o cada uno busca nueva compañía. A los 20 años - salvo si la muchacha es madre antes - la joven contrae matrimonio; el hombre a los 30 años. Su unión no es sólo, como se podría creer por lo que antecede, el resultado de una atracción personal, sino sobre todo la necesidad de unir las familias. Parece que estaba prohibido el unirse con un habitante del mismo pueblo; las conversaciones son entabladas y proseguidas por el mediador y la ceremonia tiene lugar en otoño bajo su presidencia; probablemente todas las parejas son unidas al mismo tiempo en el curso de una fiesta colectiva. En este momento la joven abandona la aldea de sus padres para instalarse en la de su esposo y deja de cantar en las fiestas de primavera. La unión es en adelante indisoluble.

Las relaciones entre marido y mujer están cuidadosamente reguladas por las costumbres, actuando numerosos interdictos sexuales en el curso del año. Sus mismas tareas los separan, estableciendo comunidades masculinas y femeninas: los hombres se encargan del cultivo y del ganado, las mujeres de la casa (en la que el hombre entra poco) y del tejido.

Los grados de parentesco están mal definidos y el vocabulario distingue mal a los hijos, los hermanos, los sobrinos y los primos. Entre ellos existe un parentesco global que los une de manera más firme y homogénea. Los miembros de un mismo grupo familiar llevan el mismo luto y comen los alimentos cocidos en el mismo fuego.

La vida de las aldeas está sometida al ritmo estacional. En otoño, como en primavera, las asambleas populares reúnen a hombres y mujeres, que se entregan juntos a juegos y orgías: concurso para desanidar los huevos de las aves migratorias, luchas, persecuciones, danzas y cantos, recolección de plantas salvajes, batallas de flores, justas que enfrentan a muchachos y muchachas en una danza rimada por canciones improvisadas, etc.; banquetes y borracheras cierran estos juegos mientras que por otra parte se efectúan cambios y compras como en una feria.

Cuando se termina el año agrícola y se efectúa el retorno a la aldea, los hombres festejan entre ellos el final de la cosecha; la celebran por torneos de regalos. La estación muerta va a comenzar y es inaugurada por la ceremonia del Gran No, que anuncia el retiro invernal de los humanos y de los animales; en ella sólo participan los hombres; se danza disfrazado de animal, al son de un tambor de arcilla, los exorcistas despliegan su talento, se come y se bebe de firme, se hacen apuestas, por último, se llega a la borrachera, mientras los ancianos presiden la agitación general. La fiesta de los Pa Tcha cierra el período activo que precede inmediatamente al invierno; la celebran los ancianos de la aldea que, vestidos de luto y con los bastones en la mano, invitan a los hombres a empezar el retiro que tiene que preparar la renovación de otro año.

Entre los campesinos el nacimiento está en relación con los ritos del agua; la iniciación del niño se acostumbra a hacer durante las fiestas de primavera. Cada etapa de la vida parece estar simbólicamente relacionada con las estaciones y con las manifestaciones sagradas de la naturaleza.

La vida de los patricios.

Toda la existencia del noble se basa en la necesidad de perpetuar el clan y el culto a su antepasado. Por ello el matrimonio es un acto religioso rodeado de garantías precisas. La poligamia es normal, pero el noble sólo puede contraer matrimonio una vez, tomando en una sola ceremonia a la mujer principal y a las secundarias; estas mujeres no pueden estar nunca escogidas en el clan del marido. El número varía según su condición: 2 si no tiene título, 3 si es gran oficial, 9 si es príncipe y hasta 12 si se trata del rey. Cuando el marido es rico y puede comprarlas, se les añaden un cierto número de concubinas. El papel de mediador lo realiza un pariente o un amigo escogido expresamente y a él corresponde dirigir desde las gestiones preliminares hasta los desposorios. El día del matrimonio el joven va a buscar a la muchacha y hace el simulacro de llevársela en un carro. A su llegada bajo el techo conyugal toman juntos una comida compuesta de tres platos y también tres copas de vino, la última compuesta de las dos mitades de una calabaza cortada: a la ceremonia se la llama el acuerdo de la calabaza (*ho-kin*). Pasan a continuación a la cámara nupcial, donde se desnudan según un ceremonial especial. Al día siguiente el marido presenta a su mujer a sus parientes vivos y muertos; tres meses después de su llegada a la nueva familia, su integración se hace efectiva por su participación ritual en el sacrificio solemne que el esposo ofrece a sus antepasados. Sólo a partir de esta última ceremonia ella ocupa para siempre el lugar de legítima esposa.

El nacimiento de niños, legítimos o no, da lugar a pocos ritos. Pero no todos son dejados con vida: se mata o se expone al que ha nacido en un período considerado nefasto, o el que nace el mismo mes que el padre, los trillizos, etc. Durante sus tres primeros días, el niño, sea cual sea su sexo, es encerrado solo en una habitación y dejado sin cuidados y sin alimentación. Si al cabo de este tiempo el jefe de familia decide aceptarlo, se le lleva a los departamentos reservados a las mujeres y se le da su primera tetada. El padre anuncia entonces oficialmente su nacimiento a los antepasados mediante un sacrificio; hasta tres meses después el niño no le es presentado.

La infancia lleva consigo algunos ritos: el de la tonsura, que le deja sólo un mechón de cabello en la parte superior del cráneo (en forma de cuernos para los muchachos, en forma de cruz para las niñas); el del nombre (*ming*), que le integra en el registro de la familia, le confiere una verdadera existencia y determina su destino.

La educación varía según el sexo. El muchacho es instruido en la escuela del distrito, salvo los

53.—Caballo de bronce

54.—El túmulo de Huo K'iu-ping.

primogénitos que tienen derecho a asistir al colegio real de la capital, así como los mejores alumnos de los distritos. La enseñanza dura desde la edad de 10 años a los 20; comportan las tres virtudes, los ritos y las seis ciencias (danza, música, conducción de un carro, tiro del arco, escritura y cálculo). Los alumnos viven completamente separados del mundo exterior, encerrados en su escuela o en su colegio. El fin de los estudios es el preludio de la imposición del gorro viril (*kuan*), que señala el paso del adolescente a la categoría de adulto: volviendo a su casa para dejarse crecer los cabellos, espera durante dos meses la celebración de esta ceremonia solemne y de carácter iniciador en el curso de la cual se le confiere un nuevo nombre (*tseu*). En cuanto a la muchacha, queda con los niños hasta la edad de 10 años; después se la encierra en el gineceo, donde se le enseña la obediencia, los trabajos femeninos y el papel que deberá tener en las ceremonias religiosas. A los 20 años, antes si es pedida, debe hacer un retiro de tres meses en el templo ancestral y después recibe la aguja de moño (*ki*) al mismo tiempo que un nombre nuevo.

Los deberes y los privilegios del noble son teóricamente los del guerrero; una especie de código de honor gobierna sus actos cualesquiera que sean sus funciones; por encima de todo le está prohibido entrar en conflicto con un antiguo instructor; y uno de sus principales deberes es la venganza familiar, verdadera "vendetta", ante la cual se borra todo interés particular y que incluso se puede ejercer sobre los muertos.

El que recibe la investidura de un feudo toma parte en una ceremonia solemne que es un gran acontecimiento en su vida; recibe entonces de manos del representante del rey - y con un ritual apropiado - un puñado de tierra depositado sobre el altar real; será después el núcleo del altar del dios del Sol en su propio dominio. Sus deberes y sus privilegios no difieren de los de los otros nobles, salvo en lo que concierne al culto que debe rendir a los espíritus de su feudo y la buena administración de las poblaciones que le están sometidas.

La carrera del noble no termina antes de los 70 años y aún es frecuente que después de dicha edad continúe en el servicio hasta su muerte, incluso si ha sufrido la castración o la amputación de los pies, a lo que se le somete para ocupar ciertos cargos *.

El ritual del luto y de los honores funerales de un noble está minuciosamente regulado con el fin de permitir a su alma "superior" (*huen*) convertirse en un antepasado (cf. pág. 662) y asegurarle en su vida celeste las mismas ventajas que tenía en la terrena. Toda su familia debe ocuparse de este asunto después de haberse convencido ritualmente de su muerte. Después de la limpieza fúnebre, en el curso de la cual se coloca en cada orificio del cuerpo un pequeño fragmento de jade, se le reviste de un traje especial (*ming-yi*), y se le expone sobre una cama de lujo al lado de un pendón en el que

***Nota del editor digital**: para ocupar los cargos de eunucos de palacio era necesaria la castración del postulante; la amputación era aplicada sólo por motivos penales.

está inscrito su nombre. Durante esta exposición de duración variable según la categoría-los parientes y los extraños presentan sus pésames a los hijos con vestidos de luto de color blanco. El cadáver es a continuación colocado en un féretro forrado interiormente con seda negra y llevado a una tumba provisional; sus hijos toman entonces el bastón de luto, símbolo de su desaparición. La sepultura definitiva consiste en una pequeña cámara funeraria recubierta de un túmulo y precedida de un pasillo al aire libre pavimentado con losas. Se lleva a ella el féretro envuelto en tela blanca después de un período más o menos largo, según la categoría del difunto; un gran cortejo gritando y lamentándose le acompaña y, al frente del mismo, figura el hechicero; después, el prepósito de las tumbas hace descender a la fosa, junto al féretro, las víctimas destinadas a servir de compañeros y de servidores al muerto. Pues es necesario que pueda vivir normalmente en la región de los muertos, con sus armas, sus objetos familiares, su corte y sus servidores; las víctimas enterradas vivas, cuyo número varía según el rango del difunto, son reemplazadas por sustitutos de paja o de madera en las familias pobres. Cuando el entierro está terminado, el hijo deposita la tableta provisional de su padre en el templo ancestral y le dedica una ofrenda; a continuación, tiene lugar un banquete fúnebre en el que toma parte un representante del muerto (*che*). Entonces se da por acabada la ceremonia.

Si, en su calidad de patricio, el rey lleva una vida privada que no difiere mucho de la de sus súbditos, su existencia está, sin embargo, regulada por sus deberes religiosos y políticos, repartiendo su tiempo entre los sacrificios mensuales, las audiencias solemnes, los juicios y los banquetes. Cada mañana conferencia con sus ministros acerca de los asuntos del Estado, mientras que la reina por su parte administra los asuntos domésticos. La muerte del rey da lugar a un ceremonial más completo que la de un patricio ordinario; poco antes de morir, el rey encarga al Gran Protector (uno de los Tres Duques) la transmisión del poder al hijo primogénito de su esposa legítima. El Gran Protector, en seguida que el rey ha muerto, se ocupa de los preparativos de las honras fúnebres, hace registrar su testamento por el Gran Escriba, aconseja al príncipe heredero sobre la forma de llevar el luto y procede a su entronización. Ésta consistía en la solemne entrega a manos del nuevo soberano de la tableta de jade, que era la insignia regia.

El marco rural y urbano.

Los campesinos habitan cuevas excavadas en el loess, cabañas de ramajes levantadas provisionalmente en los terrenos cultivados o, por último, en invierno, casas agrupadas en caseríos o poblados. Estas casas se construyen con argamasa de barro y paja, probablemente de forma cónica y se cubren con paja; cada una está rodeada de muros o de setos vivos que encierran también los huertos que aseguran la subsistencia en invierno. Con fre-

cuencia, los poblados se agrupan alrededor de la residencia señorial y el conjunto está protegido por un muro de defensas colectivo.

El piso de la casa está hecho con tierra apisonada; el hogar se encuentra rodeado de piedras en la parte central y los humos se evacuan por un agujero de la techumbre. Las únicas aberturas son una puerta y una ventana que se practican en la fachada meridional. El mobiliario consiste esencialmente en una cama rudimentaria, que es el lecho conyugal. A pesar de la simplicidad de esta vivienda, cada una de sus partes tiene su simbolismo y se observa un gran respeto para con ellas.

Cada población de alguna importancia posee una pequeña colina dedicada al dios del sol, una escuela y un mercado; éste es una plaza cuadrada cuyo centro, en principio, debe quedar vacío. Los vendedores están repartidos por sectores según la naturaleza de sus mercancías y están sometidos a la inspección de un jefe de sector que depende del Preboste de los Mercaderes; este último establece los precios y las tasas cuya aplicación vigilan los inspectores, mientras que los policías mantienen el orden.

La ciudad señorial alberga al propietario del feudo, sus mujeres y sus hijos, sus servidores y sus vasallos; también habitan en ella los sacerdotes, los escribas y los guerreros. Forma una aglomeración de superficie pequeña (la propia capital no tiene más de tres kilómetros y medio de circunferencia) cerrada dentro de un recinto colectivo más o menos fortificado en el centro del cual se eleva el recinto más reducido de la vivienda señorial propiamente dicha, que es una pequeña ciudad en medio de la mayor; encierra varios grandes patios provistos cada uno de una puerta monumental, la sala de audiencia flanqueada del templo ancestral y de la colina del dios del sol, y la casa del señor. Alrededor de este recinto interior están dispuestas las viviendas de todos los satélites del señor, desde los consejeros hasta los artesanos. El urbanismo, siguiendo unas normas tradicionales, sin duda, todavía no está muy desarrollado y la organización interna de las ciudades es indudable que dejaba mucho que desear. No obstante, las mayores parecen mejor dispuestas, divididas en barrios y atravesadas por avenidas rectilíneas.

El palacio real no se distingue del castillo señorial más que por su tamaño y por la adjudicación de ciertos edificios complementarios. Como él, está situado en el centro de la capital, que está delimitada por una muga de tierra de forma cuadrada rodeada de un foso; 12 puertas -3 en cada lado- facilitan el acceso, estando la puerta central del Sur reservada al rey. Dividida en tablero por nueve calles de dirección Norte-Sur, cortándose en ángulo recto con otras nueve calles de Este-Oeste, la capital contiene: al Norte, un mercado; al Sur, los ministerios, y al Este y al Oeste, las casas de

los funcionarios y del personal de la Corte. El palacio está construido según el plano del castillo señorial; en su primer patio, el rey administra justicia y recibe sus audiencias; en el segundo, reúne su consejo de ministros, y en él están el altar del dios del sol y del dios de los granos, así como el templo ancestral y el altar del dios del sol de la dinastía vencida por los Tcheu. En el tercer patio, están las habitaciones de recepción y las privadas del rey, las de la reina, su pabellón de audiencias para los asuntos domésticos, los departamentos de las damas y de las concubinas, las salas donde se albergan los eunucos, las mujeres esclavas, otras que sirven de almacenes, de cocinas, etc. Por último, la porción norte del palacio está consagrada a parque.

Este palacio civil fue adoptado por los Tcheu al apoderarse del poder; pero el antiguo palacio sagrado (*Ming-t'ang*) no cayó en desuso. Entre los edificios destinados al culto representa una excepción única. Situado en el sudoeste de las afueras, se compone de un edificio central, cuadrado, formado de dos pisos y cubierto de dos techos de rastrojo superpuestos y encuadrado por otras cuatro construcciones dispuestas cada una en un punto cardinal. El pabellón central está reservado al antepasado dinástico, el rey Wen, al cual el rey sacrifica solemnemente una vez por año. Los otros edificios, pintados, respectivamente, en el color correspondiente a su punto cardinal, sirven para los cultos estacionales en el curso de los cuales el rey inaugura cada período del calendario.

Las otras construcciones sagradas raras veces tienen un carácter permanente, pues el culto siempre se rinde al aire libre. Únicamente el dios del sol, el del cielo y los antepasados poseen altares y templos; los demás no tienen derecho más que a altares temporales. El del dios del sol es un terreno cuadrado; su color varía según la región en que se eleva, mientras que el del palacio real es de cuatro colores, verde al Este, rojo al Sur, blanco al Oeste y negro al Norte. Encima del altar se depositan un árbol y una tableta de piedra, símbolos del dios; junto a él está el foso cuadrado en el que se entierra la víctima del sacrificio. El altar del dios del cielo, situado en el barrio meridional, es una construcción circular de tres pisos; no soporta nada, pues este dios no se representa.

Los templos dedicados a los antepasados están construidos según un mismo tipo en todo el país. Cada residencia señorial contiene uno en la parte oriental de su patio; está delimitado por un recinto que se abre al Sur; este recinto comprende un primer patio en el centro del cual se ata a la víctima antes de su inmolación. Este patio está bordeado al Oeste y al Este por dos edificios; el templo ancestral mismo está colocado en la parte norte del recinto y su puerta se abre al Sur. Es un vasto pabellón sostenido por pilares y provisto de dos escaleras, una al Oeste y otra al Este. En el centro, en el cuadrilátero que forman los pilares, están dispuestas en número impar las pequeñas

capillas, cada una de las cuales contiene la tableta de un antepasado, ocupando el centro la del más antiguo.

Cada casa y cada escuela sirven también de lugares de culto. Todos estos edificios sagrados solamente se hacen aptos para el culto después de una consagración en la que la sangre de la víctima tiene la misión de un líquido de unción. Asimismo, la edificación de una ciudad y la de una casa reclaman un ritual particular, pues cada parte de la construcción, cada disposición del terreno es simbólica e incluso divina y su importancia es considerable. El orden en que se ejecutan los trabajos está minuciosamente regulado, los materiales escogidos por sus cualidades simbólicas; las puertas reciben una atención especial, pues las divinidades que las habitan son poderosas, como también las de los muros.

La religión. La religión de la China antigua está tan codificada y jerarquizada como la sociedad de la que toma ejemplo. El derecho al culto pertenece exclusivamente a los patricios, y los plebeyos sólo se benefician de sus efectos sin participar en él. El culto y el sacrificio tienen ante todo un fin colectivo y no individual: sirven al conjunto de la comunidad o del grupo y para nada al individuo aislado; por tanto, los intereses personales no pueden ser objeto del favor de los dioses, que sólo pueden alcanzar a la colectividad.

Los dioses- innumerables - importan menos que el ritualismo y el conformismo, pues estos últimos deben renovar y mantener el orden universal; por lo demás los dioses no son todopoderosos; en general, personifican todas las fuerzas del mundo físico; otros corresponden a las diferentes partes de la casa, a los trabajos de los campos, a los trabajos femeninos, a las corporaciones y a los animales. A este panteón imponente, aunque de valor reducido, hay que añadir el grupo de los demonios, de los malos espíritus (*kuei*) y de las almas abandonadas (*li*). Por encima de este pueblo divino y demoníaco están el Señor de lo Alto, Chang-ti, dios del Cielo; el Soberano Tierra, Heu-t'u, dios del sol del reino, y los antepasados reales.

El dios del cielo es el señor de todos los dioses y de los hombres, el rey de los muertos, el hacedor de reyes, el administrador y el juez por excelencia; vive en un palacio situado en la Osa Mayor y gobierna por la mediación de acólitos cuya importancia crece bajo los Tcheu. El dios del sol es, ante todo, el dios del territorio; domina a los dioses del sol señoriales y preside las investiduras; vela por la prosperidad del reino, por las cosechas y por todos los acontecimientos que interesan la vida colectiva; se le inmolan los prisioneros de guerra (aunque esta costumbre sanguinaria parece estar en retroceso desde el siglo VII a. de J. C.). Reside en el altar que le está preparado en el recinto del palacio real. Cada feudo posee dos dioses del sol que son jerárquicamente inferiores a Heu-t'u: un

dios del sol privado y un dios del sol común correspondiente al principado; el primero era arrojado y considerado muerto cuando la dinastía cambiaba, pero se continuaba rindiéndole culto.

Los antepasados difuntos son los protectores directos de la familia noble. Su concepción señala las creencias escatológicas de la China antigua: cada hombre está provisto al mismo tiempo de varias almas: una de ellas, el *huen*, se separa inmediatamente del cuerpo después de la muerte y recorre un camino erizado de peligros antes de llegar al cielo, donde toma la categoría a la que tiene derecho, correspondiente a la que tenía en vida. Por su parte, el alma "inferior", el *p'o,* queda con el cadáver; si no se le rinden los honores prescritos corre el riesgo de convertirse en demonio (*kuei*), un alma en pena, que impone el terror a la familia del difunto; si se queda en *p'o* va a vivir a un mundo subterráneo. Los *huen* y los *p'o* llevan en sus dominios respectivos la misma vida que los humanos, conservan su rango e incluso conocen la enfermedad. Pero la suerte de las almas preocupa menos a los Tcheu que la ciencia de hacerlas convertir en antepasados. Un ceremonial bastante simple permite cumplir esta transformación que tiene lugar después de la época de luto, que en principio dura tres años. Durante este período transitorio, una tableta provisional es honrada en la cámara del difunto; al final del luto es llevada al templo ancestral y reemplazada por una tableta definitiva en madera de castaño. A partir de este momento se le hacen ofrendas regulares y se convierte en protector de la familia; su poder, sin embargo, se atenúa en el curso de las generaciones y acaba por ser incluido en el conjunto de los Antepasados a los que ya no se hacen ofrendas personales.

Se trata, pues, de todo un mundo demoníaco y divino que hay que conciliarse; ante todo hay que saber con exactitud cuáles son los dioses y los espíritus con los que se tiene relación según la posición social, el cargo y los deberes; siendo primordial la exactitud de los ritos, de las plegarias y de las fórmulas, se hace indispensable la ayuda de un clero competente.

Aunque variando en sus detalles según la localidad, la divinidad y las circunstancias, el culto consiste esencialmente en ofrendas, en oraciones y en danzas; siempre se le acompaña con música. La naturaleza de las ofrendas es casi siempre sangrienta; la víctima animal difiere según los casos y su color es escogido según la categoría del sacrificante. Las víctimas humanas son frecuentes pero reservadas a ritos especiales: muchachas entregadas a los dioses en matrimonio, prisioneros de guerra ofrecidos al dios del sol y a los antepasados, hechiceros y lisiados para obtener la lluvia en los períodos de sequía pertinaz y personal funerario para acompañar al noble o al rey en su tumba. Estas víctimas unas veces son degolladas, otras quemadas, y también enterradas vivas o ahogadas en el

agua. También se ofrecen vegetales (el mijo), seda, agua, fuego obtenido por reflexión solar en un espejo parabólico, etc. La oración tiene un cierto valor mágico y opera por sí misma si es pronunciada correctamente, en el momento deseado y en las circunstancias precisas. Las danzas son pantomimas sagradas que imitan los acontecimientos que se desea provocar, siguiendo las aventuras mitológicas que deben reproducir los hombres para la buena marcha del mundo. La música sirve de vehículo a las divinidades: las atrae, las transporta y las retiene. En ella se juntan las voces y los instrumentos (laúdes, tambores, flautas, etc.). En ciertos sacrificios, como los de los antepasados, un médium (*che*, cadáver), escogido entre la parentela masculina representa el difunto que habla por su boca y se encarna temporalmente en él. El mismo rito existe en el culto del dios del sol, pues él es también un muerto.

Como es natural, la realización de un sacrificio exige una pureza ritual no sólo para los objetos de culto y las ofrendas sino también para los sacrificantes y los asistentes. Esta pureza se obtiene por ritos purificadores con períodos de observancia más o menos largos.

El curso del año está sembrado con fiestas y ritos en relación unos con el ciclo agrario y otros con el culto de los antepasados. A estas fiestas periódicas se suman las ceremonias ocasionales y todos los ritos usuales determinados por los acontecimientos cotidianos o excepcionales (caza, guerra, entrada en la adolescencia, etc.). Cada una sigue un ritual apropiado, regulado con minuciosidad y que sería nefasto ejecutar en otras ocasiones que aquélla para la cual ha sido establecido. Nefasto no directamente para el individuo, sino para la marcha de las estaciones y el buen orden del mundo; asimismo su ejecución es un deber de primera importancia para aquellos a quienes incumbe el orden universal, es decir, los nobles y por encima de todos el rey. Sólo la muerte de este último puede llevar alguna perturbación en el ciclo habitual de las fiestas, algunas de las cuales se suspenden durante el período de luto.

Evidentemente, el rey es el sacrificante por excelencia; de él y de su virtud depende el buen orden del año agrícola. A él corresponde anunciar el buen tiempo por un gran sacrificio al dios del cielo y a continuación ejecuta los primeros trabajos trazando tres surcos en un campo ritual, gesto repetido a través de todo el reino por los nobles propietarios rústicos. Asimismo el rey abre el período de los matrimonios, y después cada población cumple unos ritos parecidos. Se renueva el fuego; todas las actividades tienen sus ritos de renovación. En el curso del verano los sacrificios se dirigen al dios de las montañas, de los ríos, de las fuentes y de la lluvia; a continuación, tienen lugar las fiestas de la recolección y de clausura de la vida campestre. El período invernal empieza por un gran sacrificio al dios del sol por mediación del antepasado dinástico, el rey Wen; inmediatamente

después el rey va a recibir al invierno en el barrio Norte y proclama la clausura de los campesinos en las aldeas. Se realiza entonces un sacrificio real al dios del sol y a los antepasados y, en último lugar, la fiesta de las mieses, una de las más importantes del año. El ciclo vuelve a empezar en primavera y no sigue el calendario oficial, que adolece aún de defectos considerables, sino que se rige por el curso normal de las estaciones.

En medio de este ciclo se intercalan fiestas fijas, que siguen asimismo las estaciones sin tener en cuenta las variaciones oficiales. Están dedicados especialmente a los antepasados que, por otra parte, reciben un culto cotidiano. Algunas son sólo quinquenales, otras anuales y otras trimestrales. La más importante es el sacrificio real ofrecido a todos los antepasados, empezando por el primero; este sacrificio se acompaña de un banquete y de grandes danzas rituales en las que participan el rey y los hijos de las grandes familias admitidos en el colegio real.

De esta forma, en la China antigua, toda la vida está impregnada de los actos religiosos, cuya orquestación es cuidadosamente regulada, y sin el concurso de los cuales nada podría realizarse con orden y beneficio. Basada en el ritualismo, la religión es fundamentalmente utilitaria y social, adaptándose a la perfección a la jerarquía de la sociedad; pero insensiblemente se produce una evolución que empieza a mediados de la época de los Tcheu, que llevará la religión antigua a resecarse en un formalismo estéril y a dejar paso a un cierto liberalismo entre los chinos influidos por los filósofos y los hombres de letras.

La filosofía

En efecto, el movimiento intelectual se acentúa a partir de la mitad del siglo VI a. de J. C., época en la que aparece un hombre que ha jugado uno de los papeles más considerables en el pensamiento chino: Confucio (K'ong Kie, apellidado Tchong-ni). Pero mientras que los hombres de letras más atrevidos tienden a hacerse escépticos, llegando incluso a negar la existencia de los dioses y de los espíritus, y censurando la barbarie de ciertos ritos, como los sacrificios humanos, Confucio se dedica en sus enseñanzas a mantener la tradición, apoyándose en los libros de la antigüedad, en los ritos y en la política de los tiempos antiguos. Su moral está básicamente destinada a la aristocracia, a permitir el perfecto gobierno del pueblo, partiendo del estudio y el perfeccionamiento moral. No es que este último tenga que aprovechar al que lo adquiera, sino por el contrario al prójimo, para que reine la concordia, base del orden general. Los medios preconizados son tan rituales como los de la técnica sagrada y deben permitir al hombre convertirse en un ser superior para beneficio de la colectividad, o sea, de todo el pueblo. El razonamiento confuciano, sus demostraciones y sus ejemplos se apoyan en la necesidad de imitar a los santos de la antigüedad y alcanzar su Virtud, condición esencial para mantener el orden y la armonía universales.

La escuela de Confucio engendró otro filósofo de envergadura, Mo-Ti o más bien Mo-tseu, que corresponde al siglo V. Con él, la base mitológica palidece ante las especulaciones filosóficas, y la tradición pierde muchas de sus prerrogativas, pues el formalismo de los ritos le disgusta profundamente. La religión, bajo sus enseñanzas, cesa de ser colectiva y social para hacerse francamente individualista; su razonamiento ya no se basa en la autoridad de los santos de la antigüedad sino en la lógica. La teoría de Confucio del altruísmo que tenía un fin colectivo se convierte en Mo-tseu en una teoría del amor universal en el que se confunden por igual todas las clases sociales, todos los individuos. Apoya su método en la sumisión a la voluntad del dios del cielo y en la adoración a los dioses. Esta doctrina, revolucionaria en ciertos aspectos, está conforme con los cambios profundos que se perciben en la misma época en la sociedad. Corresponde además al impulso moral y caritativo que desarrollaban en la India los discípulos de Çâkyamuni, pero que China no conoció hasta mucho más tarde.

Paralelamente a la acción de estos dos grandes maestros, se funda una escuela de metafísicos basada en la obra de los antiguos adivinos. Al mundo sensible contraponen un mundo ideal y exponen en teoría que la técnica adivinatoria permite actuar sobre uno por medio del otro. Por el yin y el yang explican el ritmo binario del año agrícola y de todos los fenómenos con él relacionados. Esta concepción al principio se encierra en el cuadro de una minoría patricia; pero, desde fines del siglo V a. de J. C., la habían adoptado todos los filósofos y progresivamente pasará a las clases menos cultas, siendo en la actualidad todavía uno de los ejes del pensamiento chino.

Poco a poco se forma, pues, una interpretación religiosa y filosófica nueva que tomará cuerpo hacia el siglo IV antes de la Era cristiana, cuando las influencias mediterráneas modificarán la mitología y aportarán unas nociones astrológicas diferentes. Y las dos actitudes, ritualista y filosófica, acabarán por aliarse, sin contradecirse demasiado, según una mentalidad que ha continuado siendo propia de China hasta la época contemporánea.

El arte

Acerca de las construcciones de esta época no podemos tener más que informaciones literarias, pues los materiales empleados -adobes, madera, ladrillos, rastrojo - eran esencialmente perecederos. Los propios edificios funerarios parece que no estaban construidos con materiales más duraderos. De todas formas es el material funerario el que se conoce mejor; se compone en especial de vasos y útiles de bronce, armas y símbolos de jade. Sólo raros objetos representan al hombre; la decoración está casi siempre constituida por elementos animales tratados en una estilización muy particular, a los que se suman animales fantásticos vistos de frente o de perfil. La superficie de los bronces se cincela por completo y las formas animales están

repujadas sobre un fondo estriado de meandros. El simbolismo de esta decoración es desconocido, pero las formas de los vasos se pueden clasificar en categorías bien definidas, correspondiendo cada una al ritual para el que han sido concebidas. Su papel sagrado es indiscutible; el propio rey honraba a vasos de esta clase, entre ellos los famosos trípodes conservados en una de las puertas de la capital. Se distinguen aún bastante mal las fases de la evolución estilística de este arte del bronce que va desde los Chang hasta el final de los Tcheu; sin embargo, se puede notar una lenta transformación del estilo cuyos detalles se van amanerando, se complican y se hacen más pesados, para dar lugar en la época de los Reinos Combatientes a unas formas mucho más simples, con una decoración más parcial, más ligera y más fina que representa de hecho un mayor refinamiento y un gusto más sobrio, pero que significa al mismo tiempo la pérdida de la expresión tumultuosa e inquietante de los monstruos de las épocas de Chang y Tcheu.

LIBRO II

DEL SIGLO IV AL FINAL DEL SIGLO I ANTES DE JESUCRISTO.

Aunque para comodidad en la presentación de los dos primeros volúmenes de la colección se ha procedido a separarlos en el siglo I a. de J. C., hay que señalar que un corte semejante no se podría fácilmente practicar en la historia de las civilizaciones asiáticas. En efecto, tanto para la India como para la China, no se puede hablar de un verdadero cambio en esta época. Se puede incluso decir que es muy difícil distinguir entre el período que precede a esta fecha y el que le sigue. Sin embargo, para acomodarnos al conjunto de la obra, hemos intentado utilizar para esta parte sólo aquellas informaciones que a grosso modo pueden ser anteriores al fin del siglo I a. de J. C. No debemos, no obstante, disimular que esta división no existe históricamente y que hay una unidad continuada para la India hasta cerca del siglo II de la Era cristiana y, para China, hasta la caída de los Han el año 220 después de Jesucristo. Para la buena comprensión del desarrollo de estas dos grandes culturas asiáticas será, pues, necesario, volver a examinar en el segundo volumen algunos aspectos ya contenidos en el presente.

(Pag 668 en blanco)

CAPÍTULO I

EL ASIA ORIENTAL DEL SIGLO IV AL I ANTES DE JESUCRISTO

Si el período precedente está caracterizado por una especie de "planteamiento" de los diversos factores políticos, económicos y religiosos de las grandes regiones civilizadoras de Asia, el período que vamos a estudiar lo está por una extensión cada vez mayor de los intercambios culturales y comerciales, por el establecimiento de poderes mejor centralizados y por el desarrollo de las principales religiones.

La gran crisis que a través de Asia hizo florecer las reformas morales, filosóficas y religiosas, tales como el budismo en la India y el taoísmo en China, ya era cosa del pasado. De simples fermentos del pensamiento, se convirtieron en auténticos lazos entre pueblos dispares; organizan su existencia en relación con el medio en que nacieron e insensiblemente van adaptándose a las tendencias respectivas de las comarcas por donde se extienden. El budismo, en particular, realiza una gran obra misionera en el curso de los siglos que nos interesan.

Desde el punto de vista político, India y China afirman de manera paralela sus tentativas de unificación: la primera, libera su territorio de la ocupación irania y rechaza al propio tiempo la intrusión de Alejandro el Grande en la cuenca del Indo en 326-325, expulsando los "extranjeros" hasta las fronteras indoafganas; habiendo superado ya el largo período de la instalación aria, se encuentra dispuesta a exportar tanto como a recibir y realiza una unidad política bajo la autoridad de la dinastía indígena de los Maurya. Simultáneamente, China sale de los siglos oscuros del feudalismo para implantar, lenta y penosamente, una hegemonía política nacional de la que más tarde surgirán un esplendor comercial y una expansión territorial que serán las primicias de una sorprendente grandeza. Los reinos, en parte contemporáneos, deAçoka, en la India, y de Ts'in Che-huang-ti, en China, representan simultáneamente en ambos grandes países asiáticos un movimiento de unificación y de autonomía hasta entonces desconocido. Numerosos países situados en la periferia de

los dos grandes reinos, o solamente en su zona de intereses, surgen del olvido y empiezan a entrar en el circuito histórico de las influencias: como por ejemplo, Indochina, el Turquestán chino, Corea y, más tarde, Insulindia y el Japón.

Poco a poco las relaciones se intensifican, por una parte entre las diferentes regiones de Asia y por la otra entre Europa y Asia. Estas últimas existían ya anteriormente, como lo indican múltiples indicios; pero se manifiestan con particular insistencia a partir del siglo IV. Después de las monedas del Bósforo de alrededor del año 400 a. de J. C., que fueron encontradas en la región de Ili, los objetos de cambio descubiertos al norte de Ourga por la expedición Kozloff permiten considerar a Mongolia como uno de los puntos de contacto entre Grecia y el Extremo Oriente. Aunque muy incompletas, las pruebas que poseemos ahora de estos intercambios permiten suponer la existencia de una circulación más intensa de lo que generalmente se cree y sobre todo influencias muy lejanas. A las pruebas bien conocidas dadas por los autores clásicos, la arqueología permite sumar cada vez más el ir y venir de las influencias mutuas; éstas dibujan una inextricable red sobre el continente euroasiático, señalando todo un sistema de "choques con rebote" de los que a veces es difícil trazar los exactos recorridos y cuyos puntos finales en muchas ocasiones desconciertan. A veces, puede justificarlas la razón política. Así la China de los Han, intentando utilizar los Yue-tche contra los Hiong-nu (véase pág. 698), entra en contacto con el Occidente por mediación de la Sogdiana y la Bactriana, estableciendo relaciones diplomáticas con esta última hacia el año 114 antes de Jesucristo y llegando entonces al conocimiento de la Persia arsácida y del Oriente romano. Cuando faltan los datos históricos - cosa frecuente - pueden suplirlos las excavaciones, y los objetos vienen a confirmar la realidad del movimiento de influencias. Así, por ejemplo, en los dos extremos del continente euroasiático, un pequeño marfil esculpido en la India y encontrado en Pompeya, o bien las monedas de los Antoninos recientemente descubiertas en Cochinchina, o incluso las cerámicas de Arezzo sacadas a la luz del día cerca de Pondichery, son humildes testimonios de peregrinaciones que se realizaron al azar del comercio, de las guerras o de los viajes.

Se conocen muchas rutas caravaneras por las que debían circular no sólo los objetos sino también las ideas y los relatos. El Asia Superior se revela como un activo lugar de paso, pues al menos la atraviesan tres rutas: una de ellas, pasando por el norte del Mar Negro y del Caspio, alcanzaba la región de Pekín a través de la Mongolia septentrional; otra, rodeaba por el Sur el desierto de Mongolia y alcanzaba el norte de los Montes Celestes. Desde la época de Alejandro Magno también la India comunicaba con el Caspio y el Ponto Euxino por la navegación fluvial y en particular por el curso del Oxus. La más célebre de estas vías, si no la más importante, era la "Ruta de la Seda"

propiamente dicha de la que se empieza a mencionar la existencia hacia fines del siglo II antes de Jesucristo, pero que es verosímil que sea más antigua; jalonada de mercados prósperos, usaba los pasos del actual Afganistán y atravesaba el Turquestán chino en dirección de las fronteras chinas, la más avanzada de las cuales se encontraba entonces en el oasis de Tuen-huang; éste fue, hasta fines de la Edad Media, el punto de tránsito de todos los caminos caravaneros que ponían en comunicación la Bactriana con China. Algunas vías transversales se ramificaban hacia la India, a través de la Bactriana, el Gandhara, el Penjab, etcétera, y llegaban a los puertos de la costa occidental de la India, donde también se hacía el tráfico marítimo con Occidente.

Por mar, las mercancías de Egipto y de Siria alcanzaban los puertos indios de la costa de Malabar, en especial Muziris, la actual Cranganore. Se trataba de un comercio muy activo que tenía que intensificarse en el curso de los siglos siguientes.

Así se explica que objetos muy representativos de su país de origen se pudieron transportar del Mediterráneo a Asia e inversamente; así también los dos grandes países civilizadores, India y China, difundieron a su vez las influencias recibidas, hacia regiones que se encontraban en su órbita política o comercial. Del siglo IV a. de J. C. han llegado hasta nosotros pocos testimonios; indicios suficientes permiten, sin embargo, constatar la existencia de esta difusión que acabamos de evocar: influencias aqueménidas en la India, afectando más a las técnicas que a las formas; aportaciones macedonias y jonias como lo prueban ciertos objetos exhumados en Taxila; monedas del Bósforo encontradas en Mongolia, etc. Éste es el momento en que los Aqueménidas se retiran del territorio de la India, en que Alejandro Magno llega en sus incursiones hasta la cuenca del Indo y en que la India conoce la verdadera unificación política bajo la dominación de los Maurya, fundada hacia 320 antes de Jesucristo, sólo algunos años después del "raid" de Alejandro.

En el siglo III, mientras Roma y Cartago dirimían sus diferencias, la India de los Maurya vivía un período de unificación bajo el gobierno del gran emperador Açoka, que sembró su territorio de edictos morales inspirados por el budismo, al que se había convertido. Para China es un período más sangriento, bajo la dirección de Ts'in Che Huang-ti, que forjaba su unidad política y que, para garantizarla, empezaba la construcción de la Gran Muralla. En el año 206 la dinastía de los Han estaba fundada; a ella corresponderá abrir China a las influencias exteriores y conservar su poderío durante cuatro siglos.

El siglo I antes de la Era cristiana ve desarrollarse los reinos indogriegos de Sogdiana y Bactriana, instaurados después del paso de Alejandro Magno; adelantando en dirección a la India, los indogriegos ocupan entonces el Penjab, mientras que la China de los Han extiende sus conquistas

hasta Corea por el Este, el oasis de Tuen-huang al Oeste y hasta el Tonkin por el Sur. Los pueblos limítrofes de China se ven forzados a moverse, y así los Yue-tche, empujados por los Hiong-nu, llegan a Bactriana, donde transforman las monarquías indogriegas en un Imperio indoescita (alrededor de 130 a. de J. C.); en este momento sirven de intermediarios entre China y Occidente y fueron estos euroasiáticos centrales los que más contribuyeron a extender por Asia los elementos culturales de la antigüedad clásica. Al propio tiempo el sur de la India ve formarse el poderío de los Andhra, que tendrá su período de esplendor entre los siglos II y IV de la Era cristiana y que sufrirá, en forma atenuada, la influencia romana.

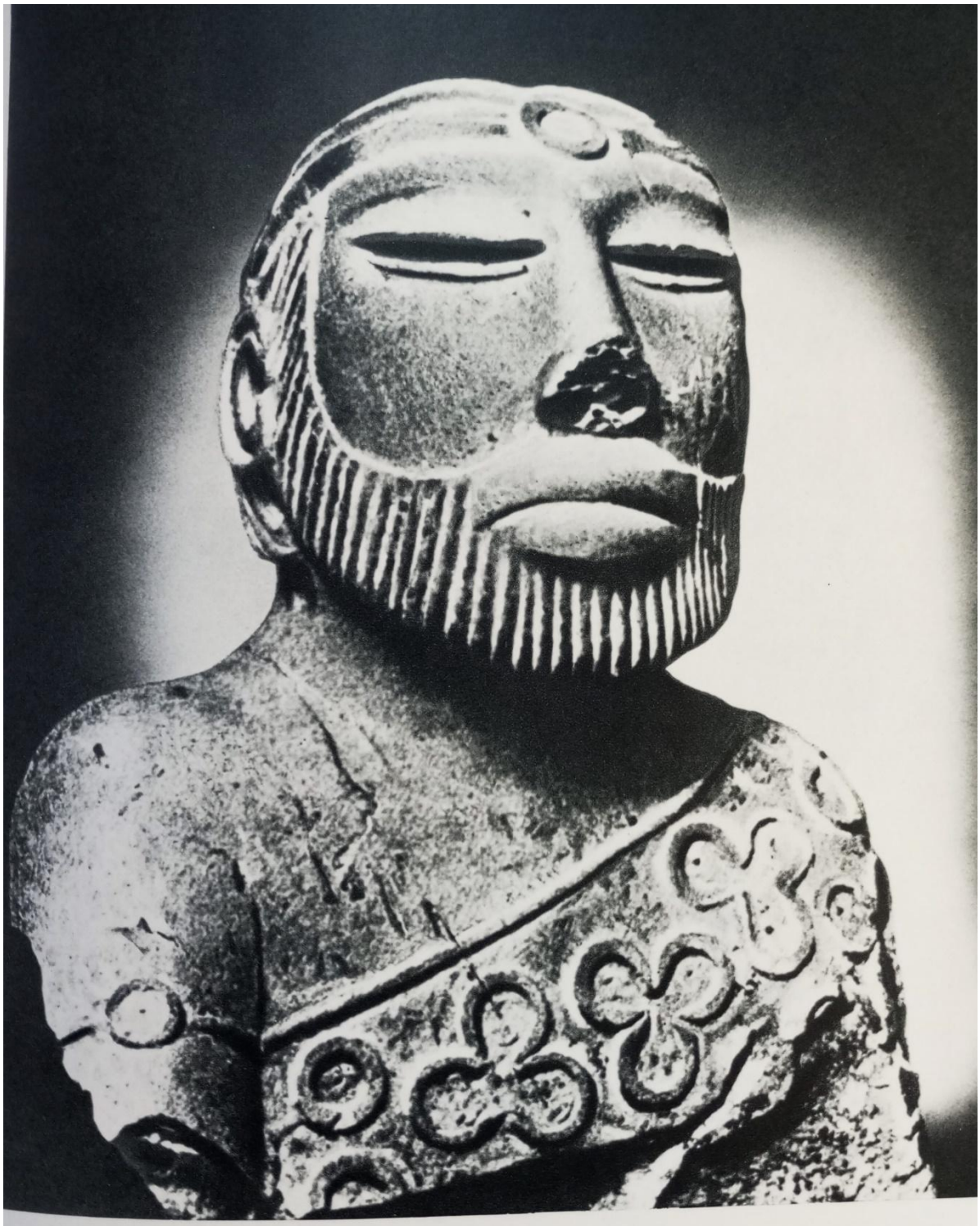
En el siglo I a. de J. C. las relaciones comerciales entre Egipto y la India empiezan a regularizarse, desarrollándose en seguida y alcanzando una amplitud máxima en el siglo siguiente.

De estos contactos se pueden señalar algunas huellas en el terreno del pensamiento y de la ciencia, si bien es difícil asignarles unas fechas precisas. No obstante, parece seguro que los caminos abiertos por el comercio eran también usados por los viajeros "intelectuales". Las influencias del Irán aqueménida sobre la India son bastante importantes, aunque difíciles de precisar a causa del fondo común de sus tradiciones respectivas. En el terreno artístico son más visibles: el palacio de Açoka, en Pâtaliputra, por ejemplo, parece presentar alguna analogía con la sala del trono construida por Darío en Persépolis; su descripción por el autor griego Megástenes concuerda con los vestigios que se han encontrado. Asimismo, las columnas aisladas en las que Açoka hizo grabar algunos de sus edictos recuerdan por sus capiteles acampanados el estilo persepolitano.

A estos indicios de influencias iranias (apoyados por la ocupación del Penjab por el Irán hasta fines del siglo IV a. de J. C.) se suman las huellas de influencias macedonias y jonias, particularmente visibles en Taxila.

Es verosímil que si Asia recibió muchos elementos de Occidente, también diese algo a cambio. Podemos preguntarnos si la ceremonia del trono vacío que se organizó en Cilicia para Alejandro Magno en 318 a. de J. C.- por tanto, cinco años después de su muerte - no estaba inspirada en ciertos elementos indios. Asimismo se ha intentado atribuir a una influencia india alguna característica de la novela griega, de sus concepciones gnósticas, etc.

56.—*La puerta sur del* stûpa *de Sâñchî.*



55.—Busto de hombre de Mohenjo-Daro.

CAPÍTULO II

LA INDIA BAJO LOS MAURYA Y SUS SUCESORES

El impulso dado por los Maurya se prolonga sin hiato bajo sus sucesores inmediatos, los Çunga y los Kânva (final: hacia el año 50 a. de J. C.). Fue un período constructivo, uno de los más ricos de esta civilización, que dejará huellas importantes en la tradición india hasta la época actual. Y si, a partir de los siglos I ó II de la Era cristiana, el centro del poder político se fija fuera del valle del Ganges, en el Norte y en el Noroeste con los Kusana, y en el Sudeste con los Ândhra, lo que fue establecido por los Maurya queda intacto y prepara el florecimiento de la época siguiente que, estará dominada por la fructífera unificación de los Gupta. Éstos (siglos III a V) se proclamarán herederos de los Maurya para robustecer su autoridad.

El hecho más importante es el ensayo de unificación política mediante el cual los Maurya construyeron su Imperio. Todo un sistema autoritario sirve entonces de marco al desarrollo económico del país; las relaciones comerciales de la India con el resto de Asia y con Occidente son establecidas de una forma más regular; el budismo se utiliza como instrumento poderoso para propagar a través del Imperio la ley moral que debe unificarlo, difundiéndose hasta Ceilán y llegando pronto al Asia central y al Extremo Oriente. El arte plástico llega a su máximo esplendor, empleando por primera vez materiales duraderos, la estética de este período servirá de base para el desarrollo posterior. Por último, la redacción de una enorme masa literaria va a proseguirse hasta los siglos siguientes y las costumbres indígenas y sus tendencias profundas acabarán por modificar poco a poco los antecedentes oficiales. Es una época bastante sorprendente en la que se desarrolla una especie de caballería, en la que la cultura es aristocrática, en la que el sincretismo religioso se apoya en la tolerancia y el respeto al creyente y en el que la no-violencia prevalece, en teoría al menos. Y, sin embargo, nada más complejo que la historia política de este momento, pues durante muchos siglos, algunos poderes inestables, movedizos, se instalan en las fronteras del Noroeste y modifican sin cesar el conjunto de conquistas propiamente indias.

La grandeza política de la India empieza con Chandragupta Maurya, conocido por los griegos

con el nombre de Sandrocoto o Sandrogyptos; era un *kshatriya* emparentado quizá con la dinastía de los Nanda, que reinaba entonces en el Magadha y a la que suplantó hacia 313-312 a. de J. C. (según Bhattasali). Anteriormente habría conocido a Alejandro Magno y se habría puesto a la cabeza de la sublevación dirigida contra los prefectos indogriegos del Noroeste. Inmediatamente después de su entronización empezó sus conquistas a través de todo el norte de la India. En 305, obligó a Seleuco Nicator, fundador del reino seléucida, a pactar y sostuvo con él relaciones diplomáticas por mediación del griego Megástanes, que habitó en su capital, Pâtaliputra, de la que dejó una descripción muy interesante. Hasta este momento los griegos no tuvieron noticias de primera mano de la India de los Maurya, cuya organización y cultura fueron para ellos temas de sorpresa y admiración. De esta forma conocieron la división de la sociedad en castas, la supremacía hereditaria de los brahmanes y la de los *çramana* obtenida por mérito personal. A través de sus relatos se mide sin dificultad el período de la civilización de los Maurya con la que Siria y Egipto deseaban continuar en relaciones; por lo demás, más adelante nos ocuparemos de los detalles de esta organización (página 680 y siguientes).

Con el nieto de Chandragupta, Açoka Priyadarçm ("el de la mirada benévola"), la dinastía Maurya alcanza su apogeo, tanto por el desarrollo de su cultura como por la extensión de sus conquistas. Su gobierno (261/4 a 227/6 antes de Jesucristo aproximadamente) empezó con un crimen: hizo asesinar a su hermano mayor con el fin de asegurarse el trono; siguió después una campaña sangrienta en el Kālinŷar; pero, convertido poco después al budismo, Açoka fue un modelo de emperadores; a decir verdad, su figura no tiene igual entre sus contemporáneos. Sus principios, que nos han sido transmitidos por los "edictos del Orden" que hizo grabar por todas partes de su Imperio, muestran un elevado contenido moral y reflejan la fuerte personalidad de su autor; aunque se inspiran en el budismo son básicamente indios, sin distinciones religiosas, basando el orden social, político, moral e incluso cósmico en la persona del rey. Este orden es mantenido por funcionarios, empleados, gobernadores provinciales, etc., encargados de hacer respetar las decisiones del soberano y mantener relaciones con los países limítrofes. El principio de este gobierno-que había empezado por la violencia y el fratricidio - está exclusivamente basado en la no-violencia; se esfuerza en aportar el bienestar a todos, a velar para que los animales no sean molestados, en castigar justamente y en vigilar la salud de los súbditos y su salvación. Si bien Açoka dio una gran publicidad a su conversión al budismo y realizó después grandes peregrinaciones, también protegió las demás sectas como lo atestiguan muchísimas donaciones imperiales hechas a los Âjîvika. Bajo su reinado se debió reunir un gran concilio budista en Pâtaliputra y debió fundarse la Iglesia budista de Ceilán

(hacia 245 a. de J. C.?) que debía, en el curso de los siglos siguientes, servir de metrópoli religiosa a los países indochinos.

Su Imperio englobaba prácticamente todo el Norte y el Noroeste de la India y se extendía por el Sur hasta la región de los Andhra. Mantenía relaciones diplomáticas con Siria, Egipto, Macedonia, Cirenaica y el Epiro o Corinto.

Después de su muerte el Imperio maurya se fue poco a poco fragmentando; el poder central se concentró en el Mâlva y en el Magadha bajo la dirección de los Çunga (176-64 a. de J. C.?, según Filliozat) y después bajo la de los Kânva (64-50?), que quizá reinaron simultáneamente con los últimos Çunga, mientras que en el Noroeste diferentes movimientos modificaban la estructura de los reinos indogriegos y en el Sudeste el poderío de los Andhra se consolidaba. Si bien a propósito de los Çunga y de los Kânva no se puede hablar de una administración tan espectacular como la de Açoka, se puede constatar que mantuvieron una elevada tradición cultural y artística en las regiones que gobernaron. A la época de su dominación se pueden atribuir los bellos relieves budistas de Barhut y de Sânchî. Como sus predecesores mantuvieron también relaciones con el Occidente como lo atestigua, entre otros hechos, la columna levantada hacia el año 100 a. de J. C. (?) cerca de Vidiça por Heliodoro, mensajero del rey Antialkidas.

Durante el siglo aproximado que duró la supremacía de los Çunga y los Kânva, en las regiones del Noroeste tenían lugar unos acontecimientos que tendrían profundas repercusiones sobre el destino de la India. A favor del desmembramiento por los partos del reino seléucida, hacia 250 a. de J. C., se había fundado un reino independiente en Bactriana, dirigido por sátrapas. Esta región estaba constantemente codiciada por los partos, los iranios, los griegos y los escitas, contra los cuales los sátrapas tenían que luchar para mantenerse; pero estos sátrapas, dotados de ambición y de espíritu combativo, intentaban agrandar su territorio a expensas de la India. Realizaron muchas incursiones, conquistando el Grandhara, penetrando hasta el golfo de Cambaye, apoderándose incluso - durante muy poco tiempo de Pâtaliputra, y conservando un reino en el Penjab bajo la dirección del rey Menandro, el héroe de las famosas *Preguntas de Milinda*. Éste murió entre 150 y 145 a. de J. C. (?). Hacia la mismo época, movimientos ocasionados por un empuje de los hunos de la Mongolia interior lanzaron hacia Bactriana una mezcla confusa de seminómadas llegados del Asia central y entre los cuales había un pueblo "escita" designado por los indios con el nombre de Çaka. El reino de Bactriana fue puesto en serio peligro por esta penetración numerosa y caótica: efectivamente, estos emigrantes luchaban entre sí. Por último, el reino fue definitivamente destruido a partir del año 80 a.

de J. C., mientras que los Çaka, bajo la vigilancia de los partos, se instalaban en Cachemira, y más tarde en el valle del Indo y hasta en el Penjab y en el Mâlva.

De esta forma a la influencia griega sucedió una influencia partoescítica profundamente iranizada, con elementos del Asia central. La caída de los Kânva fue debida al empuje conjugado de los partos y los Çaka por el Noroeste y de los Ândhra por el Sur.

1. EL MARCO URBANO Y RURAL

La ciudad-tipo descrita en la literatura es la capital real o imperial. Sus descripciones concuerdan con las representaciones que se pueden ver dispersas en los bajorrelieves y con los vestigios que las excavaciones permiten encontrar. A veces, la capital cubre una superficie extensa, como Pâtaliputra, que, en la confluencia del Ganges y del Sone, se extendía sobre una longitud de 15 kilómetros y una anchura de tres. La capital tiene un aspecto de plaza fortificada, rodeada de fosos llenos de agua en los que florecen los lotos y que sirven también de alcantarillas colectoras. Los muros del recinto están construidos con ladrillos crudos y completados con enormes empalizadas de madera: se han encontrado ejemplos que remontan a la época de los Maurya en Râjagriha. A distancias determinadas se levantan torres de vigía coronadas por almenas en las que se ve la supervivencia de la influencia irania. Muchas puertas monumentales (*gopura*) acceden al interior del reino y, si tenemos que creer a Megástenes, la capital de Açoka estaba provista de 570 torres y 64 puertas. Estas puertas eran un verdadero edificio, estando provistas de una base de ladrillos y soportando dos o tres pisos de madera y de tapial, en los que se arreglaban habitaciones, oficinas de peaje y graneros. Delante de la gopura un puente salva el foso del recinto y llega generalmente a un pórtico (*torana*) formado por dos postes unidos por sus extremos por uno o varios dinteles.

El palacio real o imperial se dice que rivaliza en suntuosidad con los de Susa o de Ecbatana, y realmente los vestigios del palacio de Açoka exhumados en Pâtaliputra presentan analogías con el de Darío en Persépolis. De todas formas la construcción es de inspiración india y sólo los detalles decorativos tales como los capiteles atestiguan una aportación extranjera. El principio mismo de la arquitectura de esta época es el de una estructura de madera; los edificios, que poseen con frecuencia dos pisos, están cubiertos con bóveda en cañón o con cúpula; las aberturas - puertas, ventanas, lumbreras - están formadas por un arco en forma de herradura, al interior del cual van a parar las vigas que sostienen un alero; un sistema de cimbra de madera mantiene esta estructura y descansa sobre dos pilares o dos columnas a los dos lados de la abertura. Los pisos están provistos

de balaustradas formando balcón y se abren sobre las fachadas por galerías hipóstilas. El palacio real está rodeado de un parque poblado de pájaros y adornado con piscinas que sirven para el baño o como viveros. Para garantizar la seguridad del emperador, el palacio está además provisto de laberintos y corredores subterráneos.

Las viviendas aldeanas, como es natural, son mucho más humildes. Se componen de un edificio alargado, de un solo piso construido de adobes; aparentemente las únicas aberturas están constituidas por la puerta y un ojo de buey. Están cubiertas con chamiza, ya por un techo a doble vertiente, ya por una bóveda en cañón. Las puertas del poblado y los edificios que abrigan los establos de los elefantes poseen un techo a doble vertiente provisto de tejas de gran tamaño (cerca de 0,30 X 0,18), mal cocidas y más gruesas en uno de sus extremos.

Otro tipo de habitación es el de los anacoretas. Aisladas en medio del campo o de la selva, son simples cabañas hechas de bambú o de tapia y recubiertas de hojas. Algunas están mejor construidas, probablemente en tapia, con el techo de cúpula coronado por un recipiente destinado a recoger el agua de lluvia.

En cuanto a los santuarios, empiezan sin duda por ser sólo un recinto que contiene un árbol, un poste o una piedra sagrados, y delimitado por una empalizada de madera (*vedikâ*). Los primeros templos debían tener la proporción de una simple celda; cuando la construcción en materiales duraderos empezó a ser practicada, hacia el siglo II a. de J. C., sin duda estuvo precedida por un largo período durante el cual se reproducían fielmente todos los detalles de una construcción en madera. A partir de la misma época se construyeron también relicarios monumentales, llamados *stûpa*, que copian en ladrillo y madera la forma de los *tumuli* más antiguos. Se componen de una cúpula semiesférica maciza, sustentada sobre un basamento de poco espesor y coronada de una pequeña plataforma que soporta uno o varios parasoles. Este monumento está rodeado de una balaustrada interrumpida por una o por cuatro aberturas cada una provista de un pórtico (*torana*). Los ejemplos más bellos de *stûpa* son los de Barhut y de Sâñchî, que remontan a los dos últimos siglos antes de la Era cristiana.

Otro tipo de santuario es aquel cuyo objeto central es un árbol sagrado, en particular el del Bodhgayâ, bajo el cual tuvo lugar la Iluminación del Buda Çâkyamuni. De el no se poseen más que representaciones, pues el santuario actual es mucho más tardío. Como ciertos templos para guardar el fuego de los sacrificios de esta misma época, parece que era de forma circular, con el árbol rodeado de una galería hipóstila coronada por un techo con bóveda de cañón.

De hecho, aparte los *stûpa*, los edificios religiosos están exactamente construidos con los mismos elementos arquitectónicos que las construcciones civiles.

El mobiliario está más perfeccionado que en la época védica; las descripciones le atribuyen una fastuosidad hasta entonces desconocida; pero las categorías que lo componen parecen no haber cambiado mucho: los asientos, tronos, camas y taburetes son lo esencial. La vajilla está descrita con términos que indican su suntuosidad; sus formas son variadas y algunas están reservadas para los usos rituales, como los vasos panzudos (*kumbha*) en cobre, los vasos con pie y cuello (*purna kalaça*), los jarros para agua (*kundika*) y los vasos de agua monásticos (*kamandalu*), todos ellos recipientes que adquieren gran importancia con el budismo. También de uso ritual son las cucharas que se utilizan en el sacrificio brahmánico. Para la bebida se usan botellas o calabazas que se transportan en redecillas-y copas con o sin pie. El grano es cribado sobre harneros (*çurpa*) oblongos y se muele en un gran mortero con una mano de madera; se fabrican pasteles enrollando la pasta sobre una mesa con cuatro pies bajos y con la ayuda de un rodillo. El mobiliario se completa por soportes en cestería, canastos y bandejas; también se pueden añadir candelabros y lámparas, un gran número de cajas y de cofrecillos destinados a contener las especias, los afeites, las joyas, los vestidos y las reliquias, espejos formados por un disco de metal pulimentado fijo a un mango generalmente de marfil. Asimismo hay que mencionar los cazamoscas, los parasoles y los estandartes que acompañan al rey en sus menores desplazamientos y que son empleados en ciertos sacrificios; los parasoles están provistos de una larga asta de bambú en cuyo extremo se apoyan los radios que mantienen el parasol abierto. En cuanto a los estandartes, se componen de un palo formado por varios bastones atados juntos, y coronado en su parte superior por un emblema, sosteniendo una larga banda en la que a veces se representan motivos solares, lunares o estelares. Para su divertimiento se fabrican juegos de dados con frutos secos, madera o marfil. Por último, la música tiene gran importancia, tanto en las procesiones reales, como en los desplazamientos guerreros y en las fiestas del palacio o de los templos. Las orquestas tanto pueden ser femeninas – para acompañar las danzas - como masculinas. Se componen de un gran tambores de formas y de tamaños diversos, tocados con palillos rectos o curvados, llevados a la bandolera o también suspendidos de un collar. Flautas traveseras, caracolas y arpas arqueadas (*vînâ*) daban la melodía, a la que sostenían y daban ritmo los tambores. La arpa arqueada, tocada preferentemente por las mujeres, será aproximadamente hasta el siglo VII el instrumento predilecto de la sociedad noble.

Las armas ocupan un lugar importante en este inventario, que refleja mucho más la vida de los nobles -por tanto, de los guerreros- que la del bajo pueblo. El arma principal es el arco, acompañado de las flechas y del escudo. El arco puede ser de curva única o de doble curva; una vez puesto tenso,

tenso, se levanta a la altura de los hombros y la cuerda es tensada hasta cerca de la oreja. Las flechas, de cabeza triangular, están emplumadas simétricamente o no; se guardan en una aljaba llevada a la espalda y cuya forma no es conocida, pues en las representaciones sólo se ve su parte superior. Las armas blancas comprenden sobre todo el sable o la espada guardada en una vaina recubierta de correhuelas entrecruzadas; el pomo redondeado corona una guarnición poco saliente. Algunas hojas descubiertas, las de cuchillo en particular, parecen estar galbeadas. Asimismo hay que contar en el armamento las lanzas de cabeza simétrica. Como útiles se conocen las hachas enmangadas, las hoces para cortar hierba y, para los buscadores de marfil, una sierra corta. En último lugar, los conductores de elefantes utilizan de ordinario un garfio (*ankuça*) cuyo extremo es puntiagudo y en forma de gancho casi perpendicular al mango. Las representaciones de escudos son bastante raras; son oblongos, ovalados por la parte de arriba, rectilíneos por abajo, y llevan motivos decorativos o correhuelas entrecruzadas en su cara anterior.

El elefante, el caballo y el camello sirven de monturas. El primero es capturado en estado salvaje mediante elefantes ya domesticados y educados para este fin; durante un cierto tiempo se le mantiene quieto atándole la cola a la trompa mediante una cuerda que pasa por el vientre, inmovilizando la trompa con una plaqueta fijada con la ayuda de ataduras. Se adorna al animal con un collar y una especie de corona; se le recubre el dorso con un tapiz con dibujos geométricos, manteniendo fijo mediante una gruesa cuerda que pasa por debajo del vientre; con frecuencia los ángulos del tapiz llevan campanillas. Una larga banda colocada sobre el cuello del elefante sostiene en sus extremos dos campanas que caen a la altura de las rodillas del animal y que suenan cuando éste se mueve.

El caballo lleva un ramal que pasa por el pecho y se prolonga hasta la cola; se le coloca un tapiz encima y, quizá, una correa doble que puede servir para fijar la silla. No se ve ninguna clase de estribo. Algunas veces están representadas una especie de rodilleras en las patas anteriores. La cabeza lleva un ronzal en el que está fijo un plumero análogo a los cazamoscas; dos montantes de brida mantenidos por un frontal y un collar, una muserola y una noseband, especie de doble barbada que pasa por encima de la cara y bajo la barba; un freno atado a las bridas pasa por la boca.

En el Norte, el camello también es montado; para ello una cuerda es atada a una clavija de madera que pasa por la parte superior de las ventanas de la nariz, exactamente tal como se hace en la actualidad.

El caballo y el buey de jiba son usados como animales de tiro. El caballo sirve para tirar carros de dos ruedas cuya forma recuerda la de los carros romanos; a ellos se enganchan dos o cuatro

caballos, a una y otra parte de una vara curvada que soporta un yugo perpendicular; sus colas están cuidadosamente atadas a su flanco mediante una correa; se los conduce mediante bridas y estimulados con la ayuda de un látigo de correa trenzado sujeto a un bastón. En cuanto a los bueyes, que lucen a veces un pesado collar, tiran de carromatos de dos ruedas, cubiertos o no de toldo y provistos de un yugo que descansa encima del cuello de los animales. Las cargas pequeñas son llevadas a hombros por los hombres con la ayuda de una pértiga a cuyo extremos van suspendidas dos redes que se contrapesan.

Entre los medios de transporte también hay que contar las barcas y las naves, de las que se poseen muy raras representaciones. Las barcas tienen la popa levantada y se ven claramente las ataduras de las planchas; parece que eran movidas mediante un largo remo utilizado como timón en la parte posterior y por otro más corto en forma de raqueta de tenis. Algunas embarcaciones de lujo tienen un casco en forma de monstruo (*grifo*) y llevan una especie de pabellón con columnas.

2. LA VIDA SOCIAL

Los recursos

La agricultura es la principal preocupación, pero el comercio y la industria se desarrollaron mucho y constituyen en adelante la base de la prosperidad del reino. El comercio está mejor organizado que antaño, los mercaderes están agrupados en corporaciones, algunos de ellos son agentes regios y su jefe es recibido por el rey. Los comerciantes obedecen a unos reglamentos cuidadosamente establecidos y los precios, los pesos y las medidas están vigilados. También las caravanas están reglamentadas y pagan derechos de aduana y de peaje; se componen de largas hileras de carromatos, siendo dirigidas por guías para atravesar los desiertos y sirviéndose de almadías para el paso de los ríos. Se establece un gran tráfico con los países cercanos, importándose pieles y sederías de Asia central y China, y exportándose muselinas, joyas, armas y especias. Igualmente se desarrolló el comercio marítimo tanto por las vías fluviales como por mar; dependía de la marina del Estado que regulaba la circulación naval, aseguraba las escalas, vigilaba los puertos y protegía las costas contra los piratas. Las industrias de los tejidos y de los metales alimentaban este comercio.

La caza, que para los humildes era un medio de subsistencia, constituía una distracción para los poderosos, revistiendo un aspecto fastuoso para el rey y los nobles que parten para inmensas batidas acompañados de sus mujeres y de sus servidores; precedidos por músicos que llevan gongs y tambores, forman un cortejo, montando a caballo, en elefantes o en carromatos, escoltados por

guardianes armados. En cuanto a la guerra, lucrativa cuando es victoriosa, obedece a reglas cada vez descritas con más cuidado. Está dirigida por los *kshatriya* y por el rey, que es un combatiente más, el primero de todos según definición. El ejército se compone de infantes, un cuerpo de caballería, elefantes y carromatos; las tropas son mercenarias o reclutadas en el momento y algunas están especializadas para los ataques en la montaña o en la selva. El arte de la guerra comporta, entre otras técnicas, la construcción de fortalezas que requieren un gran número de nociones diversas.

Otra fuente de ingresos proviene del impuesto que, calculado según un baremo determinado, sirve para la manutención del rey, de sus ministros, de los funcionarios, del ejército, de las viudas y de los miserables. Este impuesto se suma a los beneficios que el rey obtiene de las propiedades regias, consistentes en terrenos destinados a la agricultura, bosques, minas, manufacturas y prisiones. El impuesto cubre también los abundantes gastos de las obras públicas: caminos, canales de irrigación, estanques, etc. Los otros beneficiarios del impuesto son los brahmanes y, en las regiones budistas, los monjes, que reciben además donativos y ofrendas; el propio rey consagra importantes cantidades- y él es el único que tiene derecho a acuñar moneda - a la construcción de fundaciones religiosas y a conferirles la propiedad de tierras cultivables y el personal necesario para hacerlas productivas. Con frecuencia le imitan los nobles así como los comerciantes ricos, pues se considera obra pía ofrecer grandes sumas al clero.

La sociedad. La sociedad está al mismo tiempo más diversificada y más clasificada que en el pasado, aunque el rigorismo de las castas no sea aún muy preciso y distinto según las regiones y según la religión dominante. En la Corte del rey y en los medios budistas aparecen también un gran número de funciones de las que todavía no se ha hecho mención.

Aunque su poder se encuentre en competencia con el del sacerdocio, el rey es el principal personaje de la escala social; teóricamente es escogido por los nobles y por el pueblo a causa de sus virtudes y de signos particulares, pero en la práctica la transmisión del poder real es con frecuencia hereditaria. Se le consagra solemnemente en compañía de la reina; el acto consiste esencialmente en una aspersión (*abhisheka*) realizada por el oficiante, los brahmanes eminentes, los sacerdotes y los asistentes. Como en el período precedente (y si posee los medios financieros), el rey celebra el sacrificio del caballo (*açvamedha*) que consagra su soberanía. Posee múltiples residencias, incluso en la capital, y en principio no habita dos noches consecutivas en la misma habitación. Se le despierta a hora fija con un concierto; el sacerdote de palacio viene a saludarle; luego escucha a sus ministros y hace justicia. Come después de un masaje y de un baño. Cumplidos sus deberes religiosos, concede

audiencia a sus inspectores y agentes de información. En seguida se divierte con ciertos juegos (tiro del arco, dados, etc.) y pasea por los jardines del palacio, inspeccionando sus elefantes y su caballería. Pero, en todo momento, ya se encuentre en el gineceo, comiendo, en su habitación, en la granja, en carruaje o en su parque, debe ser informado de los asuntos públicos. Y en todas partes el emperador puede tomar una decisión; sus órdenes, incluso verbales, tienen que ser ejecutadas inmediatamente. Por la tarde celebra los ritos de la puesta del sol, se baña, toma su última comida y se retira a sus habitaciones acompañado por los sones de la orquesta privada. Todo lo que concierne a su persona está cuidadosamente vigilado; en el palacio se crían loros, pavos reales y ocas que señalan con sus gritos la presencia de serpientes venenosas, así como mangostas para matarlas; se examinan los instrumentos que sirven para su aseo y su masaje; se inspeccionan los alimentos que toma y los medicamentos que se le prescriben.

Su vida está rodeada de fasto, pero ante todo es un guerrero, actuando en persona tanto en la guerra como en la caza. Sus principales diversiones son viriles y consisten en partidas de caza y en torneos, en juegos diversos en los que le acompañan a veces las mujeres del palacio. No debe ser despótico; rodeado de consejeros, de amigos y de parientes, gobierna el reino teniendo encuenta el parecer de los jefes de corporaciones y los informes de su policía. Su condición regia es puesta en fuerte relieve por los textos: de esencia divina, es el pivote del mundo humano, réplica terrestre de los dioses y en particular del rey de los dioses, Indra, del que reproduce en la tierra las proezas guerreras y los actos de justicia. Está, además, en estrecha relación con el Cosmos, del que repite aquí abajo los movimientos y las particularidades.

El armazón administrativo y político del reino descansa sobre una jerarquía parecida a la de la época védica: los alcaldes de las aldeas, subprefectos, prefectos, gobernadores de provincias, virreyes y ministros. Estos últimos están encargados de dirigir los trabajos públicos, la hacienda y los asuntos interiores, gozando el rey del privilegio de acuñar moneda; varios comisionados, un inspector y un provincial recorren periódicamente (cada tres o cada cinco años) todo el Imperio en viaje de inspección.

Por todas partes se ejerce una estrecha vigilancia imperial: en los gineceos, en las granjas, en los campos e incluso en las comunidades religiosas. Se ejerce mediante inspectores regios que dependen de la autoridad directa del rey y que aplican la justicia según un procedimiento uniforme. La justicia se administra mediante diversos tribunales a los que están afectos jueces especializados encargados de garantizar los derechos y de penalizar las faltas; sin embargo, subsisten los castigos corporales, ordalías, mutilaciones y torturas. En cuanto a la política exterior, se basa en gran parte en las informaciones procuradas por espías y agentes; se aprovechan todos los medios para perjudicar al

enemigo; se mantiene una exacta información sobre sus recursos así como los de los pueblos aliados; se procura fomentar la discordia entre los aliados enemigos y se reconoce a la traición como arma legal.

El estado y la vida de los *kshatriya*, nobles y guerreros, son muy parecidos a los del rey; muchos de ellos ocupan puestos importantes, tales como el de jefe del ejército, cuya toma de posesión recuerda la consagración del rey. Los *kshatriya* gozan de grandes privilegios, pueden sacrificar por sí mismos, estudiar el Veda y deben hacer donaciones a los miembros del sacerdocio.

Los brahmanes son, en muchas ocasiones, considerados como más poderosos y más importantes que los *kshatriya* y que el propio rey. Después de la época védica su poder aún se acrecentó, descansando en gran parte en su conocimiento de la magia que impregna todos los actos de la vida individual y oficial. Se enriquecen mucho a causa de las donaciones continuas que les hacen el rey, los *kshatriya* y los comerciantes. Como dirigente del alto culto, el más eminente entre ellos es el capellán real (*purohita*), que es escogido en razón de su conocimiento profundo del Veda, de la magia, de la mántica y de la política. El papel de los brahmanes en el Estado parece ser considerable, pues se encuentran en la base de su funcionamiento religioso y ritual, penetran en el ambiente íntimo del monarca, le sirven con frecuencia de consejeros y, por último, están rodeados del respeto y del temor de todo el pueblo. Los más respetados son los anacoretas, hombres y mujeres, que acaban sus vidas en los eremitorios, observando un retiro frugal.

El desarrollo del comercio enriquece a una clase de mercaderes que, agrupados en corporaciones, tienen un jefe que les representa ante el rey; algunos pueden ser agentes del monarca. Su prosperidad se manifiesta por lo general por las importantes donaciones hechas a los lugares sagrados. A la misma clase pertenecen los banqueros, cuya fortuna acostumbra a ser considerable. Pero la masa popular está compuesta sobre todo por los cultivadores y por todos los que viven de la ganadería o de la caza, por los obreros y los artesanos, a los que hay que añadir los comediantes, luchadores, cantantes, adivinos y médicos, de los que Megástenes alaba la habilidad y cuyos cuidados se extienden igualmente a los animales. En lo más bajo de la escala social, se encuentran toda clase de funciones, de oficios y de condiciones: los habitantes de la selva y los extranjeros, los cazadores, los cortadores de hierba, los cocheros y los conductores de elefantes, los palafreneros y los escuderos, los portadores y las portadoras de parasoles, de cazamoscas y de estandartes, los soldados y los músicos. Y todo el pequeño pueblo de guardianes de parques, portadores, etcétera.

La vida individual de las castas elevadas se ha codificado, pero básicamente no ha cambiado. Desde esta época esta vida está repartida en cuatro períodos jerarquizados que representan la curva

ideal de la existencia masculina: pasan sucesivamente por los estadios de estudiante (*brahmacarin*), de señor de la casa (*grihastha*), de anacoreta (*ânaprastha*) y de eremita o monje (*samnyâsin*). El *brahmacarin* es de hecho el sucesor del estudiante védico; este período dura como mínimo doce años, puede prolongarse durante cuarenta y ocho e incluso, excepcionalmente, toda la vida. Para ser admitido a convertirse en *brahmacarin* el muchacho debe formular la demanda a su maestro (*guru*), ofreciéndole alimentos y ofrendas destinadas al fuego del sacrificio. EI *guru* realiza entonces una encuesta sobre la familia y el nacimiento del postulante y, si ésta es satisfactoria, lo acoge en su casa, en la que llegan a reunirse cuatro o cinco alumnos. La ceremonia que señala el principio de la educación simboliza al propio tiempo el nacimiento espiritual del *brahmacarin*. Desde entonces, lleva una existencia muy dura con obligaciones muy rigurosas; la regla que obedece está basada en una disciplina del cuerpo y del espíritu, y en un trabajo tanto físico como intelectual; en conjunto, debe una sumisión total a su maestro. Vestido con un solo traje oscuro hecho con una piel de antílope negra, empieza la jornada levantándose antes que su *guru*; adora al sol y consagra su corazón a los dioses y después saluda al maestro; se baña tres veces por día y se nutre, después de su *guru*, con una alimentación severamente prescrita. Siempre de pie durante el día, sentado por la noche, no se protege cuando llueve, no se abriga cuando hace frío y atraviesa los ríos a nado; debe observar una absoluta castidad y cumplir ciertos deberes cotidianos, tales como mendigar para su *guru*, cuidar del fuego de los sacrificios, limpiar la casa, cuidar del ganado y cultivar los campos; acompaña al *guru* en sus desplazamientos y le asiste en las ceremonias rituales. Sus relaciones con el *guru* son las de un hijo con un padre. En fin, está obligado al estudio, que varía según su casta: si es brahman, se le formará para la enseñanza; si es *kshatriya*, aprenderá el manejo del arco y de la espada, las sutilidades del combate y de la guerra, la conducción de un elefante y de un carro, la equitación, el salto y la natación; también se le enseñarán la escritura, la pintura, el arte dramático y la medicina. Brahman, *kshatriya* o *vaiçya* se le enseñará a ser un buen amo de su casa (*grihastha*); de todas formas, deberá aprender de memoria el Veda y ejercitarse en su correcta recitación; los objetos de este estudio son principalmente los textos del *Rigveda*, del *Yajus* y del *Sâman*, la fonética, el ritual, la gramática, el exégesis, la métrica, la astronomía, etc. El método empleado por el guru para enseñarle estas diversas materias es el de un formulario, a base de preguntas y respuestas; este método tiene que conducir al *brahmacarin* o bien a la introspección que debe anular en él todo deseo y dirigirle hacia el *samnyâsa*, o bien a la contemplación que debe suprimir en él la conciencia de la pluralidad y llevarle al *yoga*.

La duración del estadio de *brahmacarin* es variable, si bien en teoría se indican ocho años para un *kshatriya* y cuatro sólo para un brahman. En ningún caso puede terminarse antes de la edad de 16 años. Cuando llega a su fin, el *brahmacarin* toma un baño ritual y cambia de vestidos, al igual que hacía el estudiante védico. Recibe un grado universitario que varía según el grado de sus conocimientos adquiridos en el curso de los años de estudio y, por último, deja a su guru ofreciéndole algunos regalos.

En seguida que deja el estado de *brahmacarin*, el joven vuelve con su familia, en la que se le acoge con todos los honores; entonces es recibido en todas partes y se le declara presto a casarse. Sin embargo, puede prolongar su educación con el fin de convertirse en señor de casa (*grihastha*) perfecto, y para ello seguir las enseñanzas de especialistas famosos y de literatos célebres que sin cesar recorren el país; puede acudir a diversas universidades (*âçrama*), donde se le enseñará el arte y la literatura, la ortopedia, la zoología, la física, la geometría, etc. También puede tomar parte en las discusiones de las academias que se reúnen en las diferentes provincias e incluso en congresos convocados por el rey en el curso de los cuales los cambios de puntos de vista y las discusiones le aportan un suplemento de instrucción acerca de la filosofía y el ritual.

Una vez convertido en *grihastha*, el hombre debe fundar un hogar y contraer matrimonio en su casta; debe ejecutar los ritos privados, vivir de su oficio, dar ejemplo en la piedad y en el dominio de sí mismo. Toda su vida está regulada por las prescripciones rituales, que son innumerables y se refieren a los menores actos de la vida cotidiana y a las menores circunstancias de la existencia. Procura la manutención para su familia, prepara su propia alimentación, acoge a los mendigos, hace ofrendas y cada mañana continúa estudiando los Veda.

Aunque el *grihastha* no sea considerado como tal si no ha tomado mujer, esta última tiene una posición menos privilegiada que en los tiempos védicos. Sin embargo, se la admite en los *âçrama*, en los que recibe una cuidada educación en la que el canto y la danza se juntan con la filosofía. Si participa íntegramente en la vida familiar y si su papel de madre está siempre en primera fila, no por ello está menos sometida al marido y, en defecto de éste, a su hijo primogénito. Aunque profundamente respetada y tomando parte en los ritos cotidianos no participa en los grandes sacrificios. Le está completamente prohibido contraer nuevo matrimonio en caso de viudez, pues el matrimonio es un sacramento inviolable; las mejores esposas son las que se hacen quemar vivas encima de la hoguera crematoria de su marido. A través de la literatura aparecen numerosos tipos de mujeres con frecuencia contradictorios; el más ideal está representado por Sîtâ, esposa de Râma, en

el Ramayana, cuyo amor fiel, belleza, virtudes familiares y pureza constituyen un ejemplo de felicidad conyugal. Pero existen frecuentes alusiones también que presentan a la mujer como esencialmente impura, mala, pendenciera, ligera, falsa, infiel, de espíritu ingobernable; a causa de ellos se recomienda al marido "guardarse de la mujer". De todas formas, se le debe siempre asistencia, incluso si abandona el domicilio marital.

Cuando el hombre siente llegar la vejez, entra en el tercer estadio, el de anacoreta (*vânaprastha*). Entonces se retira al bosque y su esposa puede seguirle o no. Habita un eremitorio, en la cercanía de una fuente, que se compone de chozas de follaje y de algunas construcciones rudimentarias cubiertas de chamiza; una de estas cámaras está reservada al fuego de los sacrificios que el *vânaprastha* ha quitado de su propio hogar al dejarlo. Se viste con una ropa obtenida con corteza cuyo basto tejido se obtenía aún recientemente aplastando entre dos piedras la corteza de ciertos árbolcs (Sterculia urens y Antiaris suddecanea, en particular); lleva la cabellera flotante, se alimenta de frutos y de raíces, acoge sin distinción de castas a todos los huéspedes que pasan por el eremitorio y vive entre los pájaros y los animales del bosque, alimentándolos y cuidándolos. Su ocupación esencial es el procurarse la madera necesaria para la manutención del fuego de los sacrificios; con la leña forma haces y los transporta a su cabaña, alimenta el fuego sobre el que cumple las oblaciones rituales con la ayuda de cucharas de formas y tamaños variados. Debiendo observar una castidad completa, vive como un retorno a su vida de *brahmacarin*, se baña tres veces por día, duerme sobre la tierra, se entrega a la ascesis, estudia y medita el Veda.

Por último, el estado supremo de la vida de un hombre es el de *samnyâsin*, asceta nómada y mendicante, que ocupa la categoría más elevada y más honrada. Practica la confesión pública y posee teóricamente los conocimientos más profundos acerca del Veda, la magia, la medicina y la ascesis.

El acceso al culto de zonas más humildes de la población parece generalizarse lentamente y alcanzará su apogeo en el período siguiente. El culto privado se transforma: el culto del fuego es reemplazado por la *samdhyâ*, consistente en la adoración del sol naciente, en abluciones variadas y en ejercicios respiratorios acompañados de meditación. Las oblaciones vegetales continúan estando en boga.

La alimentación tiene el arroz como base. La carne, consumida en época védica, está ahora prohibida, al menos en los medios budistas: en efecto, los griegos señalan que los indios se abstienen de comerla, y Açoka prohibe al mismo tiempo la muerte ritual de los animales y la matanza de ganado con fines alimenticios. Según los griegos, el elemento esencial de la alimentación es el arroz. Parece que las bebidas fermentadas no estaban prohibidas, pero seguramente quedaban limitadas a

los usos rituales; también en ellas el arroz sirve de base.

Los vestidos y los adornos.

Toda esta multitud, ya enumerada por Megástenes, aparece en los bajorrelieves un poco más tarde. En ellos se observan con facilidad los progresos de la joyería y de los tejidos, representándose una gran diversidad de vestidos y de adornos, según las castas y las funciones. Los tejidos más corrientes son de algodón y de seda; su gran finura ya llamaba la atención de los autores griegos, que alaban la calidad de las muselinas; las sedas son finas y transparentes, dulces y tan ligeras que parecen más palpables que visibles; los colores son innumerables. Las más célebres proceden de China y de Benarés.

El rey y los *kshatriya* van vestidos con dos piezas de tela, una (*uttarîya*) llevada alrededor del cuello y cayendo sobre las espaldas, la otra (*antarîya*) enrollada en las caderas, pasando entre las piernas y subiendo hasta la espalda, a la que está sujeta por un cinturón. En esta época antigua, este vestido inferior es bastante largo, llegando a veces hasta los tobillos y está indicado por pliegues curvos. Los altos funcionarios, los dignatarios y ministros, igual como el rey o el emperador, enrollan alrededor de su cabeza una banda que forma una especie de turbante y que presenta formas muy variadas y muy voluminosas, con una concha enorme llevada encima del cráneo o en uno de sus lados. El rey lleva sandalias en ciertas ocasiones; parece que están hechas con una plancha de cuero o con una placa de madera y provistas de una correa por la que pasa el pie.

Los cocheros, los jinetes, guardias, conductores de elefantes, palafreneros, cazadores, etc., llevan, por lo general, una túnica ajustada, de mangas cortas o largas que guarda a su tórax de las heridas inherentes a sus funciones. Esta túnica, además de su papel funcional indiscutible, puede ser de origen occidental y haber sido adoptada en la India siguiendo el ejemplo del Irán. Va acompañada de una falda que llega a las rodillas y a veces de un *antarîya* corto. Éste es también el traje de los soldados, cuyo torso queda a veces al desnudo, pero con una cuerda arrollada en forma de banda, como la llevaban aún recientemente los Chaprasi. Lo es asimismo, en cierta medida, de los "extranjeros", por lo general, habitantes de las regiones septentrionales y occidentales, donde el clima y la influencia del medio iranio los incitaron a adoptar un traje distinto, o sea, más abrigado; llevan una túnica más larga, bragas, sandalias atadas a las pantorrillas y, a veces, incluso un sombrero cónico que recuerda el tocado "escita".

Un simple taparrabos de tela o de hojas sirve a los campesinos y a los habitantes de la selva; en cuanto a los anacoretas, utilizan pieles de antílopes o tejidos de corteza de árbol (*valkala*). Los

ascetas van desnudos (*digambara*) o sólo provistos de un taparrabos muy reducido. Arrollan sus largos cabellos de diversas formas y, por lo general, conservan la barba. Los monjes mendicantes van vestidos de pingajos cosidos unos a otros en forma de manto; los monjes sedentarios llevan un traje (*kashaya*) teñido de un color rojo-amarillo; van completamente afeitados, incluso la cabeza.

El vestido femenino se compone de un chal y de una falda muy ligera. La cabeza está cubierta por un turbante bastante voluminoso, recogido en forma distinta a la de los hombres, o bien por un velo que recubre casi por completo los cabellos, que caen sobre la espalda; los cabellos son abundantes y largos y se los trenza y anuda entremezclados con guirnaldas de flores. Las mujeres de la selva llevan una especie de diadema de plumas encima de la cabellera cortada a la altura de los hombros. En cuanto a las mujeres de los ascetas, se peinan como sus émulos masculinos.

Los niños van, por lo general, desnudos o llevan un pequeño taparrabos, cuando son muy jóvenes. Muchachos y muchachas son vestidos en seguida según su sexo, de manera parecida a la de los adultos; sin embargo, los muchachos llevan un turbante especial en forma de penacho, como lo llevarán más tarde las representaciones de Bala Krishna.

Estos vestidos están completados con abundantes adornos hechos de oro, de plata, de marfil, de conchas, de cuerno y de piedras coloreadas. Los hombres van tan adornados como las mujeres y pocas diferencias se pueden señalar entre sus joyas. Por lo general, llevan dos collares; uno de ellos, el más próximo al cuello, es circular; el otro, que pasa por debajo, cae en punta sobre el pecho. El primer collar está formado por una decoración floral y va atado a la espalda por dos cordones anudados, terminándose cada uno por una pequeña esfera trabajada; el otro está formado por varias cadenas, que se mantienen unidas mediante barritas de separación; de ellos se han encontrado ejemplos en las excavaciones realizadas en 1950, en Muttrapaleón (región de Pondichery). Existe una gran variedad de collares de ambas clases y algunos de los segundos se asemejan a los que sirven para adornar los búfalos, los camellos y los caballos.

Los hombres llevan brazales, formados con un anillo que soporta una palmeta que se destaca en la parte superior del brazo; igualmente pueden llevar algunos brazaletes compuestos de hileras de perlas que alternan con anillos rayados o estriados. Llevan asimismo colgajos en la oreja de tipo rectangular o en forma de "zueco", cuyo peso hace alargar los lóbulos. Los habitantes de la selva, cuyas orejas tienen un lóbulo muy corto, fijan en la perforación una pieza de hueso, de madera o de marfil. En algunas ocasiones aparecen anillos en las manos masculinas. Respecto a los brazaletes de tobillo son completamente excepcionales.

El adorno femenino apenas es más abundante; además de los objetos citados comporta cinturones para las caderas, collares-cinturones y anillos en los tobillos a veces muy grandes. Con frecuencia, los collares son deslumbrantes, bajando hasta el ombligo y componiéndose de múltiples elementos, algunos de los cuales son indiscutiblemente simbólicos. Los brazaletes y los anillos de tobillo están, por lo general, formados por una especie de espiral que se arrolla sobre la pierna o el brazo. Este "puño" o "calcetín" muchas veces lleva un grueso anillo. En cuanto a los cinturones de caderas están compuestos de hilos de perlas o de elementos de joyería bajo los cuales pasa un cinturón de tela atado por la parte delantera; por delante puede caer un largo faldón formado por hilos de perlas.

Los niños llevan un collar en el que se pueden distinguir una o varias garras de animales, que constituyen un talismán contra las malas influencias.

3. LAS RELIGIONES

El período que aquí nos interesa está caracterizado por dos hechos esenciales: la transformación del vedismo (véase págs. 627 y sigts.), que en adelante se denomina brahmanismo, y la evolución del budismo, del que se fijan los cánones. Además, está caracterizado por la utilización de la escritura cuyos ejemplos fechados más antiguos son las inscripciones lapidarias de Açoka; este hecho debió jugar un papel considerable en la constitución de la enorme masa literaria cuya redacción se efectúa entre el siglo IV a. de J. C. y el II después. Asimismo, las célebres *Leyes de Manu* (*Manavadharmaçâstra*) remontan aproximadamente al siglo I a. de J. C. Correspondientes al budismo, se pueden atribuir al mismo período los textos más antiguos del canon pâli (alrededor del siglo II a. de J. C.) y la fijación de los *Jâtaka* (siglo I de la Era cristiana).

El brahmanismo deriva del vedismo de una manera casi insensible y, sin embargo, difiere de su espíritu. En lugar del ritualismo riguroso del vedismo, se funda en la experiencia mística; el sacrificio es poco a poco reemplazado por un acto de adoración (*pûjâ*), y este acto lleva consigo por una parte una personalización cada vez más definida de las grandes divinidades y por otra parte el culto de las imágenes. El naturalismo védico que hacía adorar las fuerzar de la naturaleza bajo nombres divinos impregna aún los dioses, pero ya no sirve, en conjunto, más que para calificar sus caracteres míticos respectivos. Se añade a ello un gran número de tradiciones populares resucitadas que el vedismo había más o menos descartado. Se asiste al desarrollo de innumerables cultos locales y a la formación de una iconografía cada vez más precisa, clasificándose los dioses por categorías y los mayores tomando aspectos individuales muy marcados. Asimismo las creencias y los ritos son

ordenados en función de la secta. No obstante, ya se manifiesta un espíritu sincretista, poniendo en conexión los dioses menores con los grandes dioses y señalando una tendencia hacia la unidad. Precisamente, ante el hormigueo de los cultos y de las creencias, se hacía necesario un esfuerzo de absorción del fondo popular por la religión oficial: la afirmación de una identidad básica entre los dioses era el único sistema cómodo; por lo demás se encontraba perfectamente en la línea de la mentalidad india.

El panteón conserva, pues, las grandes divinidades védicas y acepta muchas otras, aunque dosificando su importancia. Mientras que muchos dioses védicos pasan a segundo plano, como la Aurora, el Cielo, la Tierra, el Sol, Pushân, Mitra, Varuna, etc., otros se colocan en primer rango: Indra, el rey de los dioses, Višnu, Çiva; el antiguo objeto del sacrificio védico, el neutro *brahm*, se transforma en un dios Brahma cuya personalidad de todas formas no alcanza el grado de "humanización" de los otros grandes dioses. Un dios-héroe, Krishna, personaje principal del poema místico de *Bhagavad-gîtâ*, se convierte en la encarnación mayor de Višnu. A estos dioses principales se suman los dioses védicos nombrados antes y, además, la Luna, los Planetas, las Estrellas, los Regentes del Mundo (*lokapala*), el Fuego (Agni), el Dios de la Muerte (Yama), los de las riquezas (Kubera), del Amor (Kama), de la Guerra (Skanda), el Dios-Elefante (Ganeça), las divinidades femeninas cuya importancia crecerá con el tiempo, un ejército de genios y demonios, tales como los Asura, de origen védico, e incluso avéstico, los Nâga (serpientes), los Yaksha, los Gandharvas (músicos celestes), las Apsaras (danzarinas, esposas de los Gandharva), las divinidades de los poblados y de las enfermedades, etc. También están divinizados los animales-principalmente la vaca, el caballo y las serpientes, las plantas y los árboles, las piedras, las aguas y el océano.

La mitología es compleja y rica en episodios variados, sobre todo lo que concierne a Višnu, pues se le asimilan una serie de divinidades secundarias bajo la forma de "descensos" a la tierra (*âvatara*). Su culto, como el de Çiva, suscitó una sorprendente floración religiosa tanto en los medios populares como en los filosóficos; en la época que aquí nos interesa, su carácter solar es aún bastante aparente. Ya se nota una tendencia a reunirle con Çiva y Brahma en una tríada, la Trimurti, que dominará la religión brahmánica más tardía.

Los dioses viven como los hombres y se les parecen; conservan su aspecto juvenil, pero en estado adulto, salvo Krishna, que también es considerado como un niño. Están dotados de todos los detalles de la belleza y sobrevivirán hasta el fin del mundo actual; se distinguen por el acompañamiento de animales determinados que les sirven de montura (*vâhana*) y por atributos de significado simbólico; como es natural, sus poderes son superiores a los de los hombres, pudiendo crecer o empequeñecerse a voluntad, hacerse invisibles, presentarse simultáneamente en varios

sitios, etc. Están sujetos a los mismos defectos que los hombres y en algunas ocasiones se ven arrastrados por ellos.

A través de los relatos mitológicos y los textos "teológicos" se distingue la doble tendencia que caracteriza la mentalidad india hasta nuestros días: por una parte un panteísmo difuso y por otra un esfuerzo de unificación que se hace perceptible, esfuerzo que conducirá, en las épocas medieval y moderna, a un sincretismo que se podría calificar de monoteísmo. Otro elemento, muy importante, interviene en adelante con una fuerza siempre mayor: la adoración mística; determinada por el movimiento popular que se manifiesta en el *Mahabharata* y por la práctica del *yoga*, esta adoración se dirige a dioses personificados como Višnu y Krishna; toma cuerpo con admirables acentos poéticos, en particular en los 700 y pico de versos de la *Bhagavad-gîtâ* incluida en el *Mahabharata*. Se condensará en la doctrina de la *bahkti*, "participación en la divinidad", que aparece hacia los siglos II - III de la Era cristiana bajo una forma sistemática.

Con respecto a las preocupaciones védicas, tan utilitarias en suma, la vía abierta hacia la metafísica y la especulación por los *Upanishad* y los *Brahmana* orienta, pues, el brahmanismo hacia el teísmo y hacia una experiencia mística cada vez más intensa que serán llevadas al máximo en las épocas ulteriores. El lugar que ocupa la ética es importante: la no-violencia es la base del sistema que implica una moral de la vida y una moral de la casta. Y, aunque las definiciones de divinidad sean variables, se la concibe como omnipontente, produciendo todos los efectos, constituyendo el fin mismo hacia el que debe tender el individuo; este último puede seguir varias vías para alcanzar este fin, conocimiento sagrado, ascesis, adoración o, simplemente, esfuerzo moral e individual. Las relaciones entre el individuo y la divinidad son también definidos de maneras muy diferentes, convirtiéndose el alma en un tema inagotable de discusiones entre las sectas y las escuelas filosóficas: alma-mónada increada, parcela de lo divino encadenada en el cuerpo por el acto y lanzada a la rueda sin fin de las transmigraciones, elemento espiritualizado de la materia, todo ello conceptos que se adaptan por sutiles razonamientos a las cualidades y al papel de la divinidad.

Mientras que la escatología -que cambió poco después del vedismo-representa el elemento popular en contraste con estos temas filosóficos, el problema de la transmigración (*samsara*) planteado por los *Upanishad* domina el brahmanismo, y el papel del acto (*karman*) se convierte en su dogma central. Ya no es, como en la época védica, el acto ritual sino el "acto nacido del pensamiento, de la palabra o del cuerpo" y su efecto; el *karman* es considerado cada vez más como inagotable, impregnando todo el Universo, siguiendo al hombre a través de las innumerables etapas de la

transmigración y a despecho de la muerte. Pues, presente en la concepción, su acumulación da lugar a los nuevos nacimientos, y no se reabsorbe más que a la larga, pudiendo el hombre sólo desembarazarse poco a poco de la suma de *karman* combatiéndolo por la expiación. Esta actitud ha obligado al pensamiento indio a oscilar entre un pesimismo absoluto y una ética del acto. Paralelamente al dogma del *karman*, la creencia en la transmigración se desarrolló y sistematizó; comparada a la rueda de la noria que da vueltas sin fin, es un ciclo infinito de nuevos nacimientos que el hombre debe sufrir para amortiguar su *karman*, pasando a través de los estados de plantas o de rocas, de animales, de mujeres y de hombres según las fluctuaciones que le imponen sus actos buenos o malos y sin que pueda beneficiarse del recuerdo de sus experiencias pasadas.

La redención (*moksha*) varía según los sistemas brahmánicos: ciencia ascética, conocimiento espiritual y amor místico son las vías principales preconizadas para salir de este círculo que se podría calificar de infernal.

Estas nociones, aquí muy esquematizadas, forman el objeto fundamental de las especulaciones brahmánicas. Van acompañadas del uso progresivamente extendido de los ritos colectivos y privados, del poder casi mágico atribuido a la oración y a las letanías, de la pronunciación ritual de las sílabas sagradas, del poder secreto de los gestos (*mudrâ* y *hasta*) y de los signos religiosos. La imagen y el templo van tomando progresiva importancia; probablemente es la época en que sufren una mayor transformación, pasando del árbol y de la piedra hincada al ícono y al edificio; algunas descripciones literarias resucitan el aspecto suntuoso que ya tenían, y el culto, en consecuencia, sufrió los efectos de la transformación. La *pûjâ* u "homenaje" que reemplazó al sacrificio védico se cumple en las habitaciones privadas y en el templo; puede ejecutarse solemnemente, con gran concurrencia de pueblo y de ofrendas, de música y de danzas. Las consagraciones de templos y de ídolos, los sacrificios expiatorios, las menores construcciones, los acontecimientos de la vida colectiva y privada, el sacro regio, la entronización de un jefe, los ritos de hospitalidad, todo lo que constituye la trama de la vida social e individual va acompañado de ritos apropiados.

En este mundo que gira completamente sobre la religión, para el que todo lo que existe encuentra su razón de ser en una regla religiosa y en el que la parte de la ética parece ser más reducida que la de la técnica ritual, en este mundo, el budismo interviene como una reforma social, influyendo en la vida política y en las costumbres mediante su propia moral, su metafísica y su lógica. Sin embargo, no rechaza lo que en el brahmanismo hay de propiamente indio. Pero, contrariamente al brahmanismo, que hace el sistema de castas cada vez más rígido y que glorifica las dos clases dirigentes (brahmanes y *kshatriya*), el budismo antiguo se apoya en las clases inferiores de la

sociedad, sin intentar por ello nivelar las clases sociales "por abajo"; se dedica más bien a disminuir, si no a destruir, la omnipotencia de los brahmanes. Aceptando la realidad de la transmigración y de la existencia de otra vida, fundando su moral en la existencia del *karman* y en el destino al que el individuo está sometido, el budismo antiguo afirma, sin embargo, que no es el cumplimiento perfecto de un ritual lo que romperá el ciclo de los nacimientos, sino la práctica de la virtud que se desprende de la responsabilidad individual. De un solo golpe se derriban el privilegio social del nacimiento y la transmisión de la casta, que son los fundamentos de la sociedad brahmánica; además, el budismo acoge indistintamente a todos los que desean sacudirse la autoridad de los brahmanes y con ello representa una revolución social.

Su moral se apoya en el antagonismo del bien y del mal, y propone como remedio para la transmigración la práctica de la caridad hacia todos los seres, la humildad y el renunciamiento. Además, introduce la noción de redención: sin la intervención de un salvador, los seres continuarían indefinidamente sufriendo las consecuencias de sus actos; este salvador es el Buda Çâkyamuni para el período cósmico actual, y es el futuro Buda Maitreya quien presidirá el próximo período y cuya venida precederá al fin del mundo. A los Buda, el budismo de esta época junta seres esencialmente caritativos, los llamados Bodhisattva, cuyo culto aún es embrionario y está mal fijado, pero que tomarán una importancia cada vez mayor en el transcurso de los siglos. Finalmente, el budismo, por sus propias concepciones, se convierte en una religión universal y utiliza para extenderse todos los recursos de la propaganda religiosa y del proselitismo, desde el ejemplo personal hasta la predicación misional; a pesar de la repugnancia de los medios tradicionalistas, no duda en integrar a las mujeres en sus comunidades religiosas y empieza a recorrer toda la extensión de Asia por medio de sus monjes.

En el curso del período que nos interesa, el budismo se organizó y se consolidó; el hecho de haber sido escogido como religión del Estado por monarcas como Açoka no hizo más que extender su influencia. Pero esto determinó también una transformación de sus concepciones primitivas: apoyado en una organización social jerarquizada, el rey parece como un soberano universal que poco a poco se identifica con Buda y éste va perdiendo progresivamente su carácter de hombre santo para convertirse en rey de reyes (según diversas teorías, entre ellas la de Jean Przyluski). Cada vez más la sociedad budista se incrusta en la sociedad brahmánica.

El arte. El período que estamos estudiando es, en el terreno de la plástica, uno de los más fecundos: en efecto, correspondiendo a la supremacía de los emperadores Maurya y de sus sucesores, se ve por primera vez a la piedra sustituir a los materiales

perecederos; en él se constituyen también los primeros grandes estilos en los que la iconografía budista nace y se modifica lentamente, y en el que las influencias extranjeras están ya integradas en un conjunto de elementos indios.

La tradición, que es uno de los rasgos fundamentales de la India, se manifiesta con rigor en la plástica: los escultores en piedra imitan durante mucho tiempo las menores particularidades del arte de la madera y del marfil que, sin duda, precedió a la utilización de materias más duras. Así se ve a los santuarios excavados en la roca reproducir los ajustes en espiga y en muesca de la carpintería e incluso la presencia de clavos. Y los monumentos conmemorativos (*stûpa*), construidos en ladrillo y madera, repiten la forma semiesférica de los túmulos de tierra. Asimismo, mucho tiempo después de que los iconos tomaran aspecto antropomorfo, se continúan venerando los árboles sagrados, las piedras transformadas en altares o en tronos divinos y se continúan levantando columnas, que substituyen los postes de sacrificios: las fórmulas arcaicas coexisten con las innovaciones durante un tiempo sorprendentemente largo.

Por un fenómeno curioso, pero que se puede explicar por la posición abstracta y seca del brahmanismo, las obras de este período son exclusivamente budistas. Pero se puede decir que más allá del carácter propio del budismo que las impregna de gracia y de dulzura, estas obras son ante todo representaciones clásicas del indianismo, dando una imagen fiel de la vida y del temperamento indios.

Con la evolución del pensamiento y con el desarrollo del budismo, el arte tenía que progresar: ya no pueden satisfacer los edificios reducidos y perecederos ni los ídolos informes; son necesarios iconos que inciten a la oración y santuarios más fastuosos para conservarlos; hay que construir grandes salas para contener a los fieles, cada vez más numerosos, y monasterios para albergar los monjes y monjas, y para enseñar los méritos legendarios de Câkyamuni hay que esculpir relieves descriptivos. Simultáneamente aparecen los santuarios (*chaitya*) excavados en la roca de los acantilados, y los monumentos conmemorativos (*stûpa*) construidos de ladrillo y piedra al aire libre. Sobre estos últimos, en particular, florece la escultura narrativa, que es una de las joyas del arte indio, ilustrando las leyendas budistas con un verbo y una libertad encantadoras.

La arquitectura rupestre, que tiene el mérito - como ya hemos indicado -de haber reproducido con fidelidad íntegra las formas de las obras en madera, alcanza con frecuencia unas imponentes dimensiones. Los santuarios más arcaicos presentan un plano ovalado y están desprovistos de decoración interior; se abren en la pared rocosa por una puerta coronada o no por un arco indio conopial. Los templos más vastos están concebidos según una planta basilical, provistos de una nave central y de dos medias naves laterales bordeadas de pilares semejantes a fustes escuadrados, sin

capitel ni base. Por encima de un largo friso que se desarrolla encima de los pilares, está el techo en bóveda de cañón, cuyas vigas primitivas fueron cuidadosamente copiadas en la bóveda rupestre. Hacia el fondo del santuario, ocupa el lugar del altar una reducción de *stûpa*, llamada *dagoba*; se le tenía que honrar haciendo a su alrededor una circunvalación ritual (*pradakshînâ*). Estas vastas naves podían servir de lugar de reunión y de rezos: por lo general, alejados de los centros de población excavadas en regiones más o menos salvajes, servían a los monjes retirados lejos del mundo y constituían sin duda lugares de peregrinación. Progresivamente, al perfeccionarse la técnica del trabajo de la piedra y hacerse mayor el gusto por la decoración, la ornamentación interna se hizo menos sobria: los pilares descansan sobre una base en forma de vaso y en su parte superior soportan un capitel bulboso decorado con grupos de caballeros y de monturas, y el friso alto se cubre de esculturas así como el *dagoba*. En cuanto a la fachada, se abre cada vez con más amplitud, convirtiéndose en un vasto retablo en el que aparecen los extremos de los fustes que fingen que la sostienen.

Los *stûpa*, de los que los vestigios recogidos en Barhut y los ejemplares todavía *in situ* en Sâñchî (Bhopal) son preciosas muestras, pertenecen a esta misma arquitectura en piedra imitando la madera. La cubierta semiesférica, ejecutada en albañilería, debía estar recubierta de estuco policromado y dorado; la balaustrada que la rodea y las puertas monumentales que se abren en los puntos cardinales son de piedra, y los montantes, travesaños, los pilares y los dinteles están ajustados en espiga y en muesca como si fueran piezas de madera.

Las balaustradas de Barhut y del *stûpa* II de Sâñchî, los pórticos de los *stûpa* I y III de Sâñchî - entre otros - están cubiertos de bajorrelieves cuya iconografía es particularmente instructiva para el estudio de la civilización india de esta época. A la manera de nuestros Primitivos, en efecto, los escultores representaron en ellos leyendas o episodios pseudohistóricos cuyos actores van vestidos y viven a la manera de sus contemporáneos. La habilidad en ellos manifestada es grande y si la perspectiva es todavía ingenua en Barhut, es ya mucho más sabia en Sâñchî I y III. En todas partes se afirma además, y desde el principio, el don animalístico que va a caracterizar al artista indio a todo lo largo de la evolución de su arte; ya sea en los encantadores cuadros de Barhüt que ilustran las vidas anteriores del Buda, en los que los animales son con frecuencia los héroes del relato, o bien en la escultura rupestre, se puede admirar un naturalismo que armoniza con un sentido profundo de las masas, una estilización simple y espontánea que denotan una observación atenta y amorosa de toda la naturaleza.

La estatuaria está representada por grandes estatuas ejecutadas de una sola pieza. Las más ar-

caicas (*yaksha* de Pârkham, etc.) están toscamente trabajadas y se mantienen hieráticamente en una frontalidad no desprovista de majestad. Todos los detalles del vestido y del ornato están reproducidos con cuidado, conforme al deseo de precisión que se puede también observar en la arquitectura.

Hacia los siglos III-II a. de J. C., el arte indio aparece a nuestros ojos como ya completamente constituido y se puede fácilmente imaginar un largo período de gestación previa del que nada se ha conservado a causa del clima. Tal como se presenta en este momento, se le siente lleno de vigor y de promesas para el futuro. Se le nota dispuesto para una evolución cuyo valor consagrarán los siglos siguientes.

CAPÍTULO III

LA CHINA DE LOS TS'IN Y DE LOS HAN

Evolución histórica de China (1)

Después del desmembramiento de los principados salidos de los Tcheu, los "Reinos Combatientes" mantuvieron el país en un estado de guerra permanente (de 335 a 221 a. de J. C., aproximadamente), del que tenía que salir finalmente la unidad del territorio. Tres principados - Tchao, Ts'in y Tch'u - fueron los más importantes. Pero fue el de Ts'in el que, a partir de 311-310, llegó a apoderarse de las posiciones claves del país y el que emprendió a partir de este momento la conquista total del mismo. Fue realizada por el rey de Ts'in, Tcheng, que tomó después el nombre que se hizo famoso de Ts'in Che-huang-ti (246-210). Nacido en 259, no tenía más que 13 años al ser entronizado, pero a partir de la edad de 29 años realizó una tras otra la serie de victorias sobre sus competidores: entre 230 y 221, se consagró a la guerra. Cuando ésta le convirtió en señor de toda China, tomó el título de emperador y se dedicó a su unificación política, social e intelectual.

La obra de Ts'in Che-huang-ti en China corresponde como un eco a la que acababa de realizar en la India el emperador Açoka, sin que existiese, sin embargo, una relación directa entre los dos países. Las condiciones políticas de China necesitaban una acción enérgica con el fin de arrancar los últimos vestigios del feudalismo; para evitar que resucitase, el poder fue estrictamente centralizado y jerarquizado. Para facilitar la aproximación de las provincias entre sí, se impuso un mismo sistema de escritura. Por otra parte, deseoso de mantener en paz su territorio y garantizarlo contra las invasiones que con frecuencia amenazaban el Norte y el Noroeste, el nuevo emperador hizo reunir en una sola línea de defensa los trozos de muralla que los reyes de Ts'in, de Tchao y de Yen habían hecho levantar

(1) Ya hemos señalado que era imposible en la historia de China proceder a un corte cronológico correspondiente a fines del siglo 1 a. de J. C. En efecto, a pesar del intermedio del reinado de Wang Mang, a principios de la era cristiana, la civilización china bajo la dinastía Han se presenta sin fisuras y ofrece un mismo carácter. El relato que sigue se extiende por este motivo hasta el año 220 después de Jesucristo.

antaño a lo largo de sus fronteras. Ésta fue la célebre Gran Muralla, que se extiende sobre una longitud de 3.000 kilómetros y que es una de las más sorprendentes realizaciones de la Humanidad.

Sin embargo, el orden no reinaba en el Imperio más que gracias a la personalidad de Ts'in Che-huang-ti; su muerte, en 210, fue la señal para la sublevación general y una agitación política que arruinaron el país en pocos años. De esta lucha intestina surgió en 206 una nueva dinastía, la de los Han, que debía gobernar China hasta el año 220 de la Era cristiana, con una corta interrupción entre los años 9 y 22 después de Jesucristo. Bajo una aparente flexibilidad, el primer emperador Han intentó restablecer la centralización de Ts'in Che-huang-ti: restauró los principios de la administración, concedió privilegios a ciertos nobles, pero consiguió hacerlos inofensivos. De todas maneras nunca la China de los Han recobró la unidad interna que había establecido y mantenido Ts'in Che-huang-ti; fue sólo una colección de provincias que no convenían en una acción común más que cuando las amenazaba un peligro exterior. Pero este peligro fue frecuente y provino de los "bárbaros", que ejercían una constante presión sobre las marcas septentrionales y occidentales y que llegaban a realizar incursiones por el interior del Imperio. El peligro era mayor porque algunos aventureros no dudaron en apoyarse en estos bárbaros para intentar apoderarse del poder; además, los propios miembros de la dinastía se disputaron el trono. Esto llevó a la dinastía de los Han a continuas conspiraciones y revueltas hasta el año 140 a. de J., momento en que el emperador Wu subió al trono a los 16 años de edad para un reinado de cincuenta y tres, durante el cual prosiguió una lenta política de autocracia (140-87). Empleó medios indirectos, pero despiadados, para anular progresivamente a los nobles y para reemplazarlos por hombres de leyes en su mayor parte plebeyos, con la ayuda de los cuales reforzó la autoridad del poder central. De estas medidas nació una nueva nobleza y la civilización china se desarrolló con un lujo deslumbrante.

Paralelamente a su acción interior, el emperador Wu preparó una campaña contra los Hiong-nu que continuaban amenazando las fronteras del Imperio. Con este fin, envió una misión de información dirigida por Tchang K'ien, quien actuó de 138 a 125, aproximadamente, y llegó hasta el Afganistān; otras expediciones reconocieron la situación política de los países que se encontraban en la ruta comercial-la moderna "ruta de Birmania" - de Cantón a Bengala. Éste fue el preludio de una serie de ataques victoriosos que valieron a los chinos un prestigio de conquistadores. El territorio chino aumentó hacia el Oeste hasta Tuen-huang (que cierra el acceso al Altai) y al Sur hasta Cantón, colonizando el Kan-su, consiguiendo la sumisión del Yun-nan, del norte del Annam y del Fargāna, y neutralizando por algún tiempo a los temibles Hiong-nu.

Aunque la muerte de Wu fue seguida de algunos disturbios, su bisnieto Siuan-ti (73-49 a. de J. C.) prosiguió las conquistas chinas en el Turquestán chino, ocupando los puntos principales de la cuenca del Tarim, y disgregando en Mongolia las hordas de hunos para muchos siglos. Sin embargo, este reinado fue sometido de una crisis tan violenta que casi anuló el poder de los Han; entre 48 a. de J. C. y 9 de la Era cristiana, se sucedieron tres reinados que pusieron de manifiesto la degeneración de la dinastía. Un usurpador, colateral de la familia imperial, Wang-Mang, intentó una reforma apoyándose en las gentes de leyes (9-22), pero, demasiado utópico y víctima de hambres suscitadas por revoluciones campesinas, tuvo que ceder ante el movimiento legitimista. Un pretendiente Han, Lieu Sieu, supo aprovechar las circunstancias y restauró el esplendor de los Han con el nombre de Kuang Wu-ti (25-57).

Llega entonces una nueva era de prestigio colonizador para China: pacificación del Annam-Tonkin (42), dominio de los hunos de la Mongolia interior (48), robustecimiento del protectorado chino en los oasis del Turquestán mediante las campañas victoriosas del general Pan Tch'ao (acabadas el año 94). La ruta hacia Occidente quedaba abierta poniendo a China en comunicación, por relevos seguros, con el Afganistan y la India, el Irán y el Oriente romano, en el que el reinado de Trajano (98-117) llevaba a su máximo la influencia de Roma en Asia. Este camino fue el de la seda, que durante muchos siglos fue la riqueza para los países que lo supieron utilizar. Además, tuvo la mayor trascendencia cultural y religiosa, pues por su mediación el budismo fue introducido en China hacia los años 60 ó 70 después de J. C.

Sin embargo, la dinastía de los Han cayó pronto en una decadencia ya irremediable. A favor de su debilitación, los hunos recomenzaron su ofensiva y muchos poderes rivales se formaron en las provincias. Después de luchas sangrientas - que duraron cerca de setenta y cinco años - la dinastía de los Han fue oficialmente destronada (220) y tres emperadores se hicieron reconocer simultáneamente en Lo-yang, Tch'eng-tu (221) y en Nankín (229); China quedó repartida en tres reinos, y los Hiong-nu invadieron el norte del antiguo Imperio. El poder principal fue el de los Ts'in que se refugió en Nankin (318-589), mientras que, en el Norte, se constituía un reino chino-turco que, bajo el nombre de Wei (398-581), tenía que preparar el advenimiento de una nueva unidad china, la de los T'ang, después del intermedio menos espectacular pero considerable de la dinastía de los Suei (589-618).

El poder imperial.

Con la unificación de China por Ts'in Che-huang-ti, cambios considerables y profundos modifican la sociedad y la situación del soberano. En efecto, bajo los Reinos Combatientes, el feudalismo no había hecho sino crecer y los nobles ganar nuevas prerrogativas, mientras que el poder real se había debilitado y perdió su autoridad. La

autocracia deTs'in Che-huang-ti no podía imponerse más que con medidas draconianas, invirtiendo los valores. Pero, mientras Ts'in Che-huang-ti instauraba a la manera de un tirano una concepción nueva del poder y de la personalidad imperiales, los emperadores Han, sus sucesores reales, hicieron un juego más sutil y más matizado para beneficiarse ellos mismos de las ventajas que procuraba esta concepción. Sus puntos de vista diferían, pero no sus ambiciones; Ts'in Che-huang-ti, en tanto que autócrata, repudiaba los ritos que juzgaba caducos que los antiguos reyes Tcheu cumplían en calidad de Hijos del Cielo. Sin embargo, parece que quiso convencer a sus súbditos de la naturaleza divina de la persona imperial; para ello se rodeó de un misterio total, viviendo en un palacio secreto, invisible para su pueblo; simbólicamente, su palacio reproducía el mundo de los dioses. No se manifestaba más que en ocasiones solemnes, como, por ejemplo, en el curso de la ascensión, hecha con gran pompa, a las montañas sagradas del Imperio.

Por el contrario, los emperadores Han se presentaban como restauradores del orden antiguo; pero conocían demasiado el peligro que representaban para ellos los apetitos y las turbulencias de la nobleza para renunciar a la noción de la naturaleza divina del emperador impuesta por la autocracia. Por esta causa actuaron con habilidad: en lugar de confinar el ritual imperial en el *Ming t'ang* (pág. 651), como bajo los Tcheu, lo extienden a todo el Imperio: los viajes de los emperadores a los cuatro orientes del territorio parecen ser equivalentes a la circulación del Hijo del Cielo en el interior de la Casa del Calendario y renovar, como ella, el Tiempo para todos. Y aunque los caracteres que definirán más tarde de manera inmutable la divinidad del emperador aún no estén todos reunidos, aunque sólo estemos en un período transitorio e incluso preparatorio, lo esencial de la concepción china del personaje imperial ya está dibujado. Estos caracteres se perpetuarán hasta la caída del Imperio en 1912.

Paralelamente se elabora una cierta idea del Estado y se dictan leyes que tienen por fin "reprimir a los malos" y, también, "animar a los buenos".

Y se admite que la acción del Cielo se ejerza con benevolencia sobre el orden del mundo mientras que la del emperador concierne de la misma manera al orden de la sociedad. De hecho, la importancia del emperador es mayor que la del Cielo en tanto que él puede hacer reinar el orden moral: el emperador es el único responsable de este orden y sus virtudes propias son una garantía para la felicidad de todos. El cuerpo de funcionarios representa la conciencia del Imperio. Emperador y administración están destinados a enseñar al pueblo, a dirigirle y a mantenerle en un orden de vida noble.

Los recursos

La administración del Imperio y las reformas tienden hacia un fin principal: mantener el ejército que las guerras contra los bárbaros han hecho indispensable. El ejército ha cambiado mucho desde que, en tiempo de los Reinos Combatientes, estuvo casi exclusivamente constituido por la caballería, cuya ligereza y movilidad respondían mejor que los carros pesados de los Tcheu a los ataques fulminantes de los jinetes hunos. Desde esta época los jinetes chinos van vestidos con traje bárbaro, es decir, con chaquetas cortas y pantalones en lugar de los ropajes molestos de sus antepasados; además, llevan broches y hebillas de metal también copiados de la moda de sus adversarios. Provistos con arcos y flechas combaten a los arqueros bárbaros con las mismas armas. Para asegurarles éxitos constantes una buena parte de la economía imperial está orientada hacia una producción en masa: los fundidores de hierro trabajan para ellos, las yeguadas imperiales se completan con la cría privada, que es estimulada; las grandes propiedades les proporcionan en abundancia la carne de carnero, los forrajes y los granos; las empresas de transportes aseguran, mediante caravanas de centenares de carros, el traslado de los provisionamientos e incluso de la impedimenta de campaña. Por último, una centralización de los recursos en los graneros, los talleres y los arsenales de la capital facilita su abastecimiento en armas y en alimentos, mientras que la construcción de nuevos caminos y de canales activa la circulación a través del Imperio.

Estas necesidades desarrollan considerablemente el cultivo y la ganadería "al por mayor"; las tierras incultas son colonizadas, se crean inmensos dominios que absorben las pequeñas propiedades; las salinas y las forjas prosperan. Se hace necesaria la unificación y, para facilitarla, se impone un sistema único de escritura, de pesos y de medidas. Se constituyen enormes fortunas, en particular entre los abastecedores del ejército, transportistas y propietarios rústicos; la mano de obra necesaria para las grandes empresas se hace cada vez más abundante, pues la ruina de los medianos y pequeños propietarios arroja a la miseria un gran número de campesinos y de artesanos. Se recurre a los esclavos y el propio Estado los recluta entre sus súbditos condenados por alguna contravención.

El Estado se beneficia a su modo de la prosperidad creciente de los más ricos, instituyendo medidas por lo general severas y muchas veces draconianas: persecución judicial, confiscaciones de terreno y de esclavos, impuestos diversos, multas, reabsorben en su provecho una parte de las riquezas ganadas por medios más o menos legales. Se organiza el tesoro público y de él se ocupan grandes financieros reclutados entre la clase de los mercaderes; sus cajas se ven engrosadas por sucesivas reformas fiscales: se alterna la libertad de la acuñación de la moneda con su prohibición y la

moneda ligera sucede a la pesada, y, a cada cambio, las tasas caen sobre los contraventores de lo legislado.

Todo ello consigue formar una nobleza ciudadana, apasionada por el lujo, viviendo en el refinamiento, aprovechando una mano de obra a bajo precio que recluta fácilmente a causa de su propia riqueza. Todo esto prepara las sublevaciones y las reformas cuyas consecuencias deberán asumir los sucesores de los Han.

La sociedad

A favor de las guerras feudales y después de la tiranía ocurrieron profundos cambios en la composición de la sociedad y en la mentalidad social: los aventureros, los nuevos ricos, los colonos y los grandes propietarios apartan del poder a los nobles del antiguo régimen y basan su concepción del mundo en la riqueza, pues la fortuna se convierte en el principal instrumento de éxito. La carrera de muchos nuevos dignatarios comienza con los oficios más humildes: un porquero se convierte en gran consejero; un simple soldado, en marqués; un prisionero, en regente del Imperio. El mérito, la suerte, la gloria militar, las elevadas ganancias se convierten en mejores garantías que el nacimiento y los derechos hereditarios.

La industria, el artesanado y el comercio se benefician del lujo que estos nuevos ricos aman por encima de todo. El palacio imperial da el tono y todos procuran seguirlo, cada uno según sus medios: galas, fiestas, gastos suntuarios, caza y pesca, representaciones teatrales se suceden cada vez con mayor esplendor y lujo, a pesar de las leyes que prohíben tener más de tres invitados por hogar y que obligan al pago de una multa si no son observadas.

Y, sin embargo, el emperador y su administración - bajo los Han - exhortan a todos a un ideal de vida arcaizante y el retorno a la antigua simplicidad. La moral de Estado es estricta y severa: afirmando la autoridad absoluta del padre, condena el adulterio, prohíbe las segundas nupcias a las viudas e impone la castidad en las costumbres. La educación propaga esta moral y tiende a imponer sus efectos en las provincias: las capitales de provincia y los poblados poseen escuelas en las que el programa aplicado en la capital se repite exactamente. La duración de la escolaridad es de nueve años, cada año alternando la categoría de las "ciencias" según las estaciones y terminándose por un examen; se trata de una enseñanza puramente libresca que debe enseñar a los muchachos los ritos, la música, el tiro del arco, la conducción de un carro, la escritura, el cálculo y las reglas de etiqueta; a las muchachas se les enseña a tejer, el corte, la música (el laúd), la poesía y la historia. Ya en esta época se nota la tendencia de los chinos a buscar en los libros clásicos el principio de toda sabiduría, de las virtudes sociales e incluso de la bravura.

Las modalidades de la vida cotidiana han cambiado poco: ritos, nacimiento, matrimonio, funerales, parecen seguir las reglas de antaño. La vida campesina continúa regida por las estaciones y

por las necesidades de los cultivos. La vida del noble repite en pequeño la del emperador: posee esclavos cuyo número está legalmente limitado a 30-y servidores pagados; su palacio guarda sus mujeres, sus criados y todo lo necesario para la vida corriente, desde la tablilla de los antepasados hasta las provisiones. Se levanta pronto, se lava las manos, se enjuaga la boca, se peina y se maquilla la cara de blanco; cada cinco días se lava los cabellos y el cuerpo, y durante esta jornada no se mueve de casa. Se viste según su categoría y toma una ligera comida: recibe entonces a sus hijos, que van a saludarle; después, se entrega al estudio. Su intendente conferencia con él. Más tarde se viste con un traje oficial para el almuerzo y consagra el resto del día a los deberes de su cargo.

La mujer concede más tiempo a su tocado. Habita una habitación especial, y sus esclavas la rodean de cuidados. Cada mañana se peina con cuidado, adornando sus cabellos con largas agujas; posee todo un instrumental de belleza en cofrecillos de laca decorados delicadamente: polvos de arroz llamados polvos bárbaros (cerusa) con los que maquilla su cara, sus hombros y su torso con la ayuda de una borla con pelos de animal; rojo de cinabrio o de cártamo, que extiende en redondo sobre sus mejillas; lunares que distribuye por su cara según la moda; dibuja sus cejas en negro con una larga aguja de madera.

La mujer toma sus comidas en una sala aparte, en compañía de las demás mujeres del palacio. Las comidas se componen de carne de cerdo aderezada con escaloñas o cebollas; se completa con conservas y picadillos, mijo, sorgo y arroz, pero este último no tiene aún la importancia que adquirirá más tarde. Las bebidas fermentadas sacadas del mijo, el agua y el té (sólo al sur del río Azul) acompañan a los alimentos. La carne cruda es con frecuencia cortada en pedacitos delgados, secados y aromatizados al jengibre, o bien macerados en una mezcla de vinagre y cebolla. Los banquetes comprenden cinco platos: un caldo, buey y carnero acompañados de arroz, cerdo con mijo, pescado y caza. Algunos nobles gustan de platos especiales: picadillo de caracoles confitados en vinagre, lechón relleno de acederas, tortuga a la vinagreta, carne de perro, carne cruda aromatizada con jengibre y condimentada con huevos de hormigas conservados en sal.

Los banquetes van acompañados de música y de danzas en las que a veces toman parte los convidados, pero, con más frecuencia, el señor de la casa alquila bailarines profesionales, farsantes y equilibristas.

El cuadro urbano.

Si la capital imperial creció desmesuradamente para contener, como lo impuso la voluntad del emperador, las familias más poderosas del territorio, si se embelleció maravillosamente por los cuidados de Ts'ing Che-huang-ti, las ciudades provinciales no quedaron atrás. El palacio imperial, análogo al de siglos precedentes, con sus patios y sus edificios cuidadosamente orientados, reproduce simbólicamente el universo en el centro del cual vive

el Hombre Único, el emperador, en contacto con la fuerzas del orden universal.

La casa del rico reproduce las partes esenciales del palacio, pero en realidad no es más que la casa campesina un poco modificada. Su patio se abre al Sur; hacia el fondo del mismo se extiende un largo edificio dividido en tres partes: en el centro, la sala de recepción; a derecha e izquierda, las habitaciones y los almacenes de provisiones; varios edificios encuadran el principal: al Este queda la vivienda de los huéspedes; al Oeste, la de los hijos casados; detrás, las habitaciones comunes. El edificio central tiene dos o tres pisos; el jefe de familia habita su ángulo sudoeste, lado honorable y benéfico, en el que se conservan las tablillas de los antepasados; las mujeres poseen una sala de recepción situada, por lo general, encima de la sala central. Esta última está decorada con columnas pintadas de rojo; los muros son de ladrillo, blanqueados con cal y, en las grandes ocasiones, se tapizan de tela. El techo muestra vigas aparentes pintadas y esculpidas, y el suelo está cubierto con alfombras de Cachemira. En el centro de la sala, bajo un baldaquino, se levanta el asiento del jefe de la familia.

El mobiliario es bastante reducido: las camas se componen de una plancha colocada sobre cuatro pies muy cortos; están recubiertas de una estera y ocupan todo el espacio de la habitación. Las personas se acuestan enrolladas en un cubrecama de algodón guateado (de tela entre los pobres); el cojín es de madera y a veces es sostenido por unas hojas de bambú que actúan de muelles y lo hacen menos duro. Algunas esteras sirven de asientos; las mesas son taburetes bajos y largos. Hacia los siglos III-IV aparecen los sillones de cuatro pies cruzados, importados del Oeste. Los otros elementos del mobiliario son las lámparas: candelabros de nueve brazos o bien lámparas de aceite, ingeniosa, simple y portátil; se fabrican en arcilla y en bronce. En una habitación de la casa existe la biblioteca; los libros están compuestos de fichas delgadas de madera montadas sobre dos correas de cuero; una nueva moda hizo adoptar bajo los Han los largos rollos de papel cuya materia acababa de ser inventada; se escribía con estiletes puntiagudos en madera o bien con pinceles y tinta.

En un muro del patio está fijado un cuadrante solar. En el palacio, una clepsidra compuesta de muchos recipientes de cobre da la hora de una manera más científica.

Por último un importante local está reservado a las cocinas. En las casas pobres están en el mismo edificio que la vivienda, pero en la casa noble y en el palacio imperial se encuentran en el subsuelo de la sala de recepción o, preferentemente, en las habitaciones comunes; sin embargo, siempre en la proximidad de un pozo. Comprenden un gran hogar con dos agujeros sobre los que se calientan enormes calderos. Las vituallas están suspendidas en una viga provista de ganchos. La vajilla

es muy variada: cuencos de tamaños diversos, recipientes de fondo circular, morteros, utensilios; se completa con bandejas y pequeñas mesas que se presentan ya preparadas.

Los hombres y las mujeres llevan trajes parecidos. Los hombres, un calzón corto en tela y una camisa corta sin mangas por encima de los cuales se pasa un pantalón corto o largo, una chaqueta y una falda. Las mujeres colocan sobre su busto, por medio de cordones, una pieza de tejido que cubre sus senos y su vientre, pero dejan desnudos sus costados y su espalda; sus vestidos exteriores se parecen a los de los hombres. Éstos llevan además rodilleras de cuero blanco, calcetines de seda sujetos por ligas, borceguíes de cuero y un sombrero que recubre un turbante. Mientras que los trabajadores y la gente del pueblo van vestidos con un traje corto y a veces con un *slip* de tela, los nobles y sus criados llevan un traje largo, los uniformes de la Corte, inspirados en los trajes de las gentes de leyes, recubren los vestidos descritos más arriba y consisten en un ropaje fruncido en la cintura y forrado de tela blanca (*p'ao*), o bien en un vestido suelto que va derecho de las espaldas a los pies (*tchong-tan-yi*). Un cinturón cerrado por un nudo que pasa por una hebilla de metal cincelado estrecha estos trajes por la cintura; el llamado *p'ao,* muy de moda en la época Han, gozará cada vez de mayores preferencias; en cuantoa las hebillas de cinturón, se inspiran directamente en la moda bárbara.

Las letras. Los períodos turbulentos de los Reinos Combatientes, la tiranía y la anarquía que precedió a la restauración de los Han, crearon un clima poco favorable al desarrollo de la literatura. En efecto, Ts'in Che-huang-ti, deseoso de imponer la unidad a China, ordenó autos de fe, en el curso de los cuales fueron destruídos numerosos clásicos (213 a. de J. C.), pero se respetaron las obras técnicas (medicina, advinación, agricultura, etc.). Cuando los Han dicidieron restaurar la literatura china, los libros eran raros y numerosos textos habían desaparecido; los literatos confucianos fueron encargados de la reconstrucción del fondo literario antiguo. Conscientemente o no, estos hombres de letras no hicieron obra puramente científica, sino obra de propaganda: su reconstitución fue tendenciosa y estableció un ideal confuciano oficial que se proclamaba antiguo y que por tanto podía ser impuesto.

Los literatos tomaron una importancia considerable que les habían rehusado Ts'in Che-huang-ti y los primeros Han. Para tener acceso a los cargos administrativos se exigieron exámenes dirigidos por los confucianos; la escritura "moderna" o vulgar (*kin-wen*) - que contribuyó a la properidad del comercio - tuvo que convivir con una escritura sabia (*ku-wen*) que sirvió sólo a los eruditos; las obras "científicas" - con frecuencia apócrifas - fueron cada vez más apreciadas. Pero también abrieron las puertas a las discusiones sin fin, a las disputas de escuelas y a las luchas por la influencia política, pues los literatos confucianos habían identificado su causa con la imperial. Los partidarios del *kimven*, los

del *ku-wen*, y los comentadores (*wei-chu*) de los textos canónicos reconstituídos se enfrentaron con pasión. Al fin triunfaron las escuelas del *ku-wen* (mitad del siglo III de la Era cristiana). Bajo su influencia el confucionismo tomó rango de filosofía oficial y sus adeptos constituyeron una nueva nobleza que se introdujo en el Consejo del emperador y que debía permitir a los literatos intervenir en el gobierno; esta nueva concepción se estableció sobre todo gracias a Tong Tchong-chu (hacia 105 a. de J. C.).

Se asiste después a un florecimiento de las letras chinas: prosistas de talento - por ejemplo Kia Yi (198-166 a. de J. C.), editores (Lieu Hiang, 77-6 a. de J. C.), poetas (Seu-ma Siang-ju, 117 a de J. C.; Yang Hiong, 52 antes de Jesucristo a 18 después de Jesucristo), historiadores y cronistas (Sseu-ma Ts'ien, 145-86 aproximadamente a. de J. C.) fueron la gloria de los Han. La poesía, en especial, conoce una renovación que coloca los cimientos de la poesía china de las épocas siguientes y, entre 196 y 219 después de Jesucristo, se encuentran tratados la mayor parte de los temas que a continuación serán indefinidamente renovados; al propio tiempo se manifiesta una preocupación estética y las "reglas de los tonos" - que más tarde serán obligatorias - hacen su aparición.

Las artes y las técnicas

Esta preocupación estética sumada a las posibilidades de lujo que los acontecimientos habían favorecido se encuentran también en el terreno de las artes. Los bronces de después del período Tcheu conservan los mismos temas animales y obedecen a las mismas leyes de la estilización, pero están animadas de un espíritu distinto: en lugar del relieve acentuado y de las formas brutales y un poco pesadas del arte de los Tcheu ahora nacen las decoraciones planas, en las que alternan las zonas unidas y las superficies llenas de finos meandros en las que el ritmo resulta de la armonía de los llenos y los vacíos, y donde se unen los temas animales con la decoración geométrica. Forman un conjunto de formas tan fuertes y dinámicas como las de antaño pero de una mayor nitidez. Las siluetas de los recipientes son más simples y su contorno es más puro. Una influencia debida a los contactos de los chinos con los bárbaros hunos se manifiesta sobre todo en las fíbulas y en las hebillas de cinturón finamente cinceladas: el conjunto de estas joyas, de los espejos y de la vajilla de bronce señala un gran refinamiento y una real sensibilidad.

Con el desarrollo del comercio chino bajo los Han, con la extensión del imperio y en razón de las relaciones que China sostuvo entonces con Occidente, las influencias extranjeras se multiplican y se notan en múltiples técnicas; sin embargo están asimiladas por completo. El arte de los Han- al menos lo que de él ha llegado hasta nosotros- es más diverso que los que le precedieron: a los

vajilla de bronce, a las piezas de adorno, de carácter tradicional, se juntan la arquitectura funeraria, las esculturas exentas o en bajorrelieve, una numerosa serie de terracotas, los primeros ensayos de la cerámica vidriada, tejidos de seda y lacas decoradas. Estas técnicas marcan grandes progresos en la práctica de las diferentes materias, investigaciones llenas de promesas y un sentido de la riqueza del objeto; así, por ejemplo, el bronce se damasquina de oro y de plata, se incrusta de esmalte, de laca y con piedras preciosas (turquesas, malaquitas, jadeítas). El estilo de los Han se caracteriza por una gran libertad en la estilización y la composición, por una fuga, por una movilidad de las siluetas y de las líneas y por un naturalismo lleno de encanto; este estilo es realmente el reflejo de esta época atractiva en el curso de la cual se funda la unidad china, gracias a la ayuda de una sociedad renovada, ávida de lujo, sensible a la estética, al propio tiempo vigorosa y refinada.

(Pag 708 en blanco)

CONCLUSIÓN GENERAL

A causa del inmenso período que comprende, desde la aparición del hombre sobre la Tierra hasta el comienzo de la Era cristiana, este volumen descuida más de una civilización. Ciertos sacrificios eran inevitables a falta de documentación: sobre vastos continentes, muchos pueblos no podrán ser evocados hasta más tarde, cuando al fin saldrán de la oscuridad para ser alcanzados por las primeras luces de la historia. Una preocupación lógica ha impuesto otros sacrificios momentáneos: ¿Cómo no reservar para una exposición única la historia de Roma y la de los pueblos del Occidente mediterráneo cuya civilización acabó por estar, durante la Antigüedad, calcada de la suya?

Y sin embargo, sucesivamente hemos tenido que pasar revista a una docena de civilizaciones. Otras, además, han tenido que ser examinadas en diversos momentos de su evolución, a veces lo bastante profunda para que no podamos considerarla como un bloque compacto. Seguramente que nunca, en un espacio geográfico tan limitado, el estudio de las civilizaciones presentará, en períodos ulteriores de la historia, un carácter tan acentuado de fraccionamiento y de diversidad. Esta impresión se impone con tanta más fuerza que el punto de partida, a condición de remontar lo suficiente en la prehistoria, era la unidad tanto para los seres físicos como para su vida material y moral. A partir de entonces el progreso de la civilización fue separando a los hombres, invitándolos a edificar nuevas civilizaciones que al desarrollarse se enfrentaban.

A continuación se produjeron contactos e incluso fusiones. Pero, voluntario o impuesto por las simbiosis causadas por las conquistas, este proceso no impidió que se constituyeran tres mundos: el del Próximo Oriente, el de la India y el de China. En el momento en que empieza la Era cristiana, su existencia y su particularismo se afirman desde hace siglos: entre ellos, aparte de las marcas por las que se establecen contactos, que en nada afectan a lo esencial, no hay influencias recíprocas o unilaterales que lleguen hasta lo profundo de cada civilización. Con la creación del Imperio romano los contactos se harán un poco menos raros y menos esporádicos. Pero no dejarán de ser superficiales, restringidos al cambio de materias o de productos de lujo y al envío occidental de embajadas. Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que tomen otro carácter. La heterogeneidad de estos tres mundos se convirtió durante siglos, casi milenios, en un rasgo fundamental de la historia de las civilizaciones.

Aún hay más. Nada de lo que es humano escapa a las vicisitudes temporales ni a la ley del cambio. En el curso del largo período comprendido en este volumen, el mundo indio y el mundo chino sufrieron invasiones y efectuaron expansiones; más tarde conocerán otros flujos y reflujos. Asimismo sus civilizaciones evolucionaron y evolucionarán todavía. Pero, a partir del final del segundo milenio a. de J. C., cuando estuvo acabada la instalación de las tribus arias en la India, la evolución cultural de estos dos mundos se realizó sin mutación brusca, de manera autónoma, bajo la propia acción de fuerzas internas. Ni para el uno ni para el otro existe una "Antigüedad", es decir un gran período histórico cuyo nombre se justifica por la oposición con una "Edad Media" seguida de un "Renacimiento". No hay más que un pricipio. Pues si los siglos anteriores a la Era cristiana se distinguen en ellos de los demás, es sólo porque vieron la formación de la civilización india y de la civilización china, destinadas una y otra a proseguir, hasta una época muy reciente, una vida casi inmutable.

Muy distinto es lo que ocurre en el mundo mediterráneo. En Egipto y en Mesopotamia sobre todo, este mundo tuvo sus civilizaciones que, una vez nacidas casi en compartimientos estancos, vivieron de sí mismas y sobre sí mismas, sin una real aportación del extranjero. También hubo, y en la práctica son las mismas, sus civilizaciones macrobitas. Pero murieron lo más tarde al final de la Antigüedad, sin duda de esclerosis, paralizadas, casi asfixiadas, por civilizaciones más jóvenes, dotadas de más energía innovadora. Éstas habían nacido en otras partes, en épocas más tardías aprovechando las experiencias de las demás, con frecuencia formadas por imitaciones o herencias. Su menor originalidad substancial no impidió su victoria. Pero, a su vez también, conocieron la muerte bajo el asalto de fuerzas exteriores y nuevas.

Así pues, desde la Antigüedad, los mundos extremo-orientales aparecen como los mundos de la estabilidad y de la permanencia; el mundo mediterráneo, cuna del futuro mundo occidental, como el mundo del porvenir y de las revoluciones brutales. Y, en los primeros siglos de la Era cristiana, a los que estará consagrado nuestro próximo volumen, ni el destino de Roma ni el de las tierras asiáticas, podrán atenuar este contraste.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

La existencia de los manuales citados al principio de los párrafos que siguen nos excusa de proporcionar una bibliografía completa. Nos limitamos, pues, a señalar una selección de trabajos, en su mayor parte publicados o traducidos en lengua francesa y algunos en español, útiles para orientar las primeras investigaciones complementarias.

I.- ORIENTE MEDITERRÁNEO Y GRECIA

Indicaciones bibliográficas más detalladas se encontrarán en los volúmenes de la colección "Clio" (París, P. U. F.); t. I, *Les peuples de l'Orient méditerranéen*: 1, L. DELAPORTE, *Le Proche-Orient asiatique* (3.ª ed., 1948); 2, É. DRIOTON y J. VANDIER, *L'Égypte* (3.ª ed., 1952); tomo II, R. COHEN, *La Grèce et l'hellénisation du monde antique* (3.a ed., 1948); t. X, *Histoire de l'art*: 1, P. LAVEDAN, con la colaboración de S. BESQUES, *Antiquité* (1949). La misma colección será útil también con su t. XII, Atlas historique: 1, L. DELAPORTE, É. DRIOTON, A. PIGANIOL Y R. COHEN, *Antiquité* (1937), y su t. XIII, J. DELORME, *Chronologie des civilisations* (1949). P. BOSCH GIMPERA, *Historia de Oriente* (Guatemala, 1947).

Para historias con una mayor unidad se dispone de la colección "Peuples et civilisations, histoire générale", fundada por L. HALPHEN, y Ph. SAGNAC (París, P. U. F.): t. I, P. JOUGUET, J. VANDIER, G. CONTENAU, É. DHORME, A. AYMARD, F. CHAPOUTHIER, R. GROUSSET, *Les premières civilisations* (nueva redacción, 1950); t. II, P. ROUSSEL, con la colaboración de P. CLOCHÉ Y R. GROUSSET, *La Grèce et l'Orient, des guerres médiques à la conquête romaine* (2.ª ed.,1938). Más detallados todavía, los volúmenes de la colección "*Histoire générale*", fundada por G. GLOTZ (París, P. U. F.); *Histoire ancienne*: 1.a parte, *Histoire de l'Orient,* 2 volúmenes por A. MORET (1929-1936); 2.a parte, *Histoire grecque*, t. I, G. GLOTZ con la colaboración de R. COHEN, *Des origines aux guerres médiques* (1925): t. II, por los mismos, *La Grèce au Ve siècle* (1931); t. III, por los mismos, *La Grèce au IVe siècle; la lutte pour l'hégémonie*, 404-336 (1936); t. IV, 1, G. GLOTZ, P. ROUSSEL, R. COHEN, *Alexandre et l'hellénisation du monde antique* (1938).

Para la historia del arte se encuentra una buena recopilación de monumentos en la *Encyclopédie photographique de l'art* (ediciones "Tel"), *Le musée du Louvre*: t. I, *Égypte, Mésopotamie* (1935); t. II, *Mésopotamie* (continuación*), Canaan, Chypre, Grèce* (1936); t. III, *Grèce* (continuación), *Étrurie, Rome* (1938). Exposición de conjunto por Ch. PICARD, *La sculture antique* (París, Laurens): t. I, *Des origines à Phidias* (1923); t. II, *De Phidias à l'ére byzantine* (1926).

PREHISTORIA: G. GOURY, *Précis d'archéologie préhistorique; origine et évolution de l'homme:* t. I, *Époque paléolithique* (París, A. Picard, 2.ª ed., 1948), y *Précis d'archéologie préhistorique. L'homme des cités lacustres* (2 vol., 1931-1932).-H. BREUIL Y R. LANTIER, *Les hommes de la pierre ancienne, paléolithique et mésolithique* (París, Payot, 1951).-J. DÉCHE LETTE, *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*: t. I, *Archéologie préhistorique, âge de la pierre taillée, âge de la pierre polie* (París, A. Picard, 1908); t. II, 1, *L'âge du bronze*; 2, *L'archéologie celtique ou protohistorique; premier âge du fer ou époque de Hallstatt;* 3, *Second âge du fer ou époque de La Tène* (1910-1914, reeditados en 1924-1927 como t. II, III y IV). H.

OBERMAIER, *El hombre fósil* (Madrid, 1925).- MARTÍN ALMAGRO, *Introducción a la Arqueología* (Barcelona, 1941).-H. OBERMAIER, A. GARCÍA BELLIDO Y L. PERICOT. *El hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad* (6.a edición, Madrid, 1957).

EGIPTO Y MESOPOTAMIA: H. FRANKFORT (1948), trad. por J. MARTY y P. KRIEGER, *La royauté et les dieux; intégration de la royauté à la nature dans la religión de l'ancien Proche Orient* (París, Payot, 1951).

EGIPTO: A. MORET, *L'Égypte pharaonique* (París, Plon, 1932): t. II de G. HANOTAUX, *Histoire de la nation égyptienne*.-A. ERMAN, trad. por H. WILD, *L'Égypte des pharaons* (París, Payot, 1952).-A. ERMAN Y H. RANKE, trad. por Ch. MATHIEU, *La civilisation égyptienne* (París, Payot, 1952).-A. MORET, *Le Nil et la civilisation égyptienne* (París, A. Michel, 1926), número 7 de la colección *"L'évolution de l'humanité"* dirigido por H. BERR (de la que existen traducciones en español).-P. MONTET, *Les scènes de la vie privée dans les tombeaux de l'Ancien Empire* (Estrasburgo, Istra, 1925), y *La vie quotidienne en Égypte au temps des Ramsès, XIIIe-XIIe siècles avant J.C*. (París, Hachette, 1946).- Col. *"Mana", Introduction à l'histoire des religions* (París, P. U. F.): t. I, *Les anciennes religions orientales*, I, J. VANDIER, *La religión égyptienne* (2.a ed., 1949).-A. ERMAN (1934), trad. por H. WILD, *La religion des Égyptiens* (París, Payot, 1937).-J. SAINTE FARE GARNOT, *La vie religieuse dans l'ancienne Égypte* (París, P. U. F., 1948), núm. 22 de la colección "*Mythes et religions*". - Ch. DESROCHES-NOBLECOURT, *Le style égyptien* (París, Larousse, 2.a ed., 1946, de la col. *"Arts, styles et techniques")*.-J. VANDIER, *Manuel d'archéologie égyptienne* (París, A. Picard, 2 vol., 1952-1953).

ASIA OCCIDENTAL: G. CONTENAU, *Manuel d'archéologie orientale, depuis les origines jusqu'à l'époque d'Alexandre* (París, A. Picard), t. I-III (1927-1931); t. IV, *Les découveries archéologiques de 1930 à 1939* (1947).- Del mismo, *L'art de l'Asie occidentale ancienne* (París-Bruselas, Van Oest, 1928).-M. RUTTEN, *Arts et styles du Moyen Orient ancien* (París, Larousse, 1950, de la col. *"Arts, styles et techniques"*).

MESOPOTAMIA: L. DELAPORTE, *La Mésopotamie, les civilisations babylonienne et assyrienne* (París, A. Michel, 1923, núm. 8 de la col. *"L'évolution de l'humanité*").- Del mismo, los capítulos acerca del Elam añadidos a la nueva edición de C. HUART, *L'Iran antique* (Élam et Perse) *et la civilisation iranienne* (París, A. Michel, 1943, núm. 24 de la col. "*L'évolution de l'humanité*"): -G. CONTENAU, *Les civilisations anciennes du Proche-Orient* (París, P. U. F., 2.ª ed., 1948, de la col. *"Que sais-je?"*). - Del mismo, *La civilisation d'Assur et de Babylone* (París, Payot, 2.ª ed., 1951), y *La vie quotidienne à Babylone et en Assyrie* (París, Hachette, 1950).- Sir Leonard WOOLLEY, trad. por J. Lévy, *Ur en Chaldée* (París, Payot, 1938).- M. RUTTEN, *Babylone* (París, P. U. F., 1948, de la col. "*Que sais-je?"*).-A. PARROT, *Archéologie mésopotamienne, les étapes* (París, A. Michel, 1946, de la col. "*Sciences d'aujourd'hui*").- R. R. HALL, *La sculpture babylonienne et assyrienne au British Museum* (París-Bruselas Van Oest, 1928).-É. DHORME, *Les religions de Babylonie et d'Assyrie,* en el fasc. 2 del t. I, *Les anciennes religions orientales,* de la col. "*Mana*" (París, P. U. F., 1945).- Ch. VIROLLEAUD, *Légendes de Babylone et de Canaan,* fasc. 1 de la col. *"L'Orient ancien illustré"* (París, A. Maisonneuve, 1949).

ASIA MENOR: L. DELAPORTE, *Les Hittites* (París, A. Michel, 1936, núm. 8 bis de la colección *"L'évolution de l'humanité"*).-G. CONTENAU, *La civilisation des Hittites et des Hurrites du Mitanni* (París, Payot, 2.ª ed., 1948).-R. DUSSAUD, *Les religions des Hittites et des Hurrites*, en el fasc. 2 del t. I, *Les anciennes religions orientales,* de la col. "*Mana*" (P. U. F., 1945). —Del mismo, *Prélydiens, Hittites et Achéens* (París, Geuthner, 1953).

PERSIA: G. HUART y L. DELAPORTE, obra citada anteriormente para Mesopotamia, a la que en la edición de 1952 P. MASSONOURSEL ha añadido una bibliografía completa acerca de la religión irania.-A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian empire, Achaemenid period* (Chicago, The University of Chicago press, 1948).-J. DUCHESNE-GUILLEMIN, *Zoroastre, étude critique avec une traduction commentée des Gâthâ,* núm. 2 de la col. *"Les dieux et les hommes*" (París, G.-P. Maisonneuve, 1950).- *La civilisation iranienne*, obra colectiva de R. GROUSSET, E. BEN-VENISTE, etc. (París, Payot, 1952).-F. SARRE (1922), trad. por P. BUDRY, *L'art de la Perse ancienne* (París, Crès, 1924). EGEOS: G. GLOTZ, *La civilisation égéenne* (París, A. Michel, reedición a cargo de P. DE MARGNE en 1953, núm. 9 de la col. "*L'évolution de l'humanité*").Ch. PITARD, *Les religions préhelléniques*, fasc. 1 del t. II, *Les religions de l'Europe ancienne*, de la col. "*Mana*" (París, P. U. F., 1948).-J. CHARBONNEAUX, *L'art égéen* (París-Bruselas, Van Oest, 1929).

CANAAN, SIRIA E ISRAEL: G. CONTENAU, *La civilisation phénicienne* (París, Payot, 3.a ed., 1949).-R. DUSSAUD, *L'art phénicien au Ile millénaire* (París, Geuthner, 1949).- A. DUPONT-SOMMER, *Les Araméens,* fasc. 2 de la col. "*L'Orient ancien illustré"* (París, A. Maisonneuve, 1949).-R. DUSSAUD, *Les religions... des Phéniciens et des syriens*, en el fasc. 2 del tomo I, *Les anciennes religions orientales*, de la col. "*Mana*" (París, P. U. F., 1945). Ch. VIROL-LEAUD, *Légendes*..., obra ya citada para Mesopotamia.- A. BERTHOLET, *Histoire de la civilisation d'Israël* (París, Payot, 1929). - Ad. Lods, *Israël, des origines au milieu du VIIIe siècle, y Des prophètes à Jésus; les prophètes d'Israël et les débuts du judaïsme* (París, A. Michel, 1930 y 1932, núms. 27 y 28 de la col. "*L'évolution de l'humanité*").

GRECIA: J. HATZFELD, *Histoire de la Grèce ancienne,* reedición a cargo de A. AYMARD (París, Payot, 1950), y *La Grèce et son héritage* (París, ediciones Montaigne, 1945, de la colección "*Les grandes crises de l'histoire*").-A. JARDÉ, *La formation du peuple grec* (París, A. MICHEL, 1923, núm. 10 de la col. "*L'évolution de l'humanité"*).-M. CROISET, *La civilisation de la Grèce antique* (París, Payot, 1932).-G. GLOTZ, *Le travail dans la Grèce antique* (París, Alcan, 1920).-P. CLOCHÉ, *Les classes, les métiers, le trafic*, t. V. de la col. *"La vie publique et privée des anciens Grecs"* (París, Belles-Lettres, 1931).-L. GERNET Y A. BOULANGER, *Le génie grec dans la religion* (París, A. Michel, 1932, núm. 11 de la col. "*L'évolution de l'humanité*").- M. P. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion*, en la col. "*Handbuch der Altertumswis senchaft"* de I. von MUELLER y W. OTTO (Munich, C. H. Beck, 2 vol., 1941 y 1951).-H. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité* (París, Éditions du Seuil, 1948).-A. y M. CROISET, *Histoire de la littérature grecque* (París, de Boccard, 5 vol., 3.a ed., 1910-1921).-L. ROBIN, *La pensée grecque et les origines de l'esprit scientifique* (París, A. Michel, 1923, núm. 13 de la colección "*L'évolution de l'humanité").*- Ch. PICARD, *Manuel d'archéologie grecque. La sculpture* (París, A. Picard): t. I, *Période archaïque* (1935); t. II, *Période classique, Ve siècle* (2 volúmenes, 1939); t. III, *Période classique (IVe siècle*), primera parte (2 vol., 1948).-H. LECHAT, *Sculpture grecque*, álbum comentado (París, Hachette, 1925) y un texto rápido y preciso, *La sculture grecque* (París, Payot, 1927). Ch. DUGAS, *La céramique grecque* (París, Payot, 1924). A. GARCÍA BELLIDO, *Hispania Graeca* (3 vols., Barcelona, 1948).

GRECIA, PERÍODO ARCAICO: J. BURNET (1914), trad. por A. REYMOND, *L'aurore de la philosophie grecque* (París, Payot, 1919).-P.-M. SCHUHL, *Essai sur la formation de la pensé grecque. Introduction historique à une étude de la philosophie platonicienne* (París, P. U. F., 2. ed., 1949).-J. CHARBONNEAUX, *La sculpture grecque archaïque* (París, ediciones de Cluny, 1939).

GRECIA, PERÍODO CLASICO: G. GLOTZ, *La cité grecque* (París, A. Michel, 1928, número 14 de la col. "*L'évolution de l'humanité*").-V. MARTIN, *La vie internationale dans la Grèce des cités* (VIe-IVe siècle avant J.-C.), núm. 21 de las "*Publications de l'Institut universitaire des Hautes Études internationales"* (París-Ginebra, 1940).- Ch. PICARD, *La vie privée dans la Grèce classique* (París, Rieder, 1931), o *La vie dans la Grèce classique* (París, P. U. F., 2.ª ed., 1949, de la col. "*Que sais-je?*").-J. CHARBONNEAUX, *La sculpture grecque classique* (París, Ediciones de Cluny, 2 vol., 1943-1945).

GRECIA, PERÍODO HELENÍSTICO: M. ROSTOVTZEFF, *The social and economic history of the Hellenistic world* (Oxford, Clarendon press, 3 vol., 1941), trad. española por Luis LÓPEZ-BALLESTEROS (Madrid, Espasa-Calpe, 1937).-P. JOUGUET, *L'impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient* (París, A. Michel, 1926, núm. 15 de la col. *"L'évolution de l'humanité"*).-W. W. TARN, trad, por E. J. LÉVY, *La civilisation hellénistique* (París, Payot,, 1936).-E. BIKERMAN, *Institutions des Séleucides,* t. XXVI de la "*Bibliothèque archéologique et historique du Service des Antiquités de Syrie*" (París, Geuthner, 1938).- Cl, PRÉAUX, *L'économie royale des Lagides* (Bruselas, Fondation égyptologique Reine Elisabeth, 1939), y *Les Grecs en Egypte d'après les archives de Zénon* (Bruselas, Office de Publicité, 1947).-P. ROUSSEL, *Delós* (París, Belles-Lettres, 1925).-A.-J. FESTUGIÈRE, *Épicure et ses dieux* (París, P. U. F., 1946, núm. 19 de la col. "*Mythes et religions")*.

II.- ASIA ORIENTAL

RENÉ GROUSSET, J. AUBOYER, J. BUHOT, *L'Asie orientale des origines au XVe siècle*, t. X de *L'Histoire générale*, dir. G. GLOTZ (París, P. U. F., 1941).- J. SION, *L'Asie des moussons*, t. IX, 2.a parte, de la *Géographie universelle* de VIDAL-LABLANCHE Y GALLOIS (París, A. Colin, 1929).

INDIA.-L. BACHHOFER, *Early Indian Sculpture*, 2 vol. (París, 1929).-G. COMBAZ, *L'Inde et l'Orient classique,* Publ. Musée Guimet, Documents d'Art, et d'Archéologie, t. I 2 vol. (París, 1937).-G. COURTILLIER, *Les anciennes civilisations de l'Inde* (París, A. Colin, 1930).- A. FOUCHER, *Beginnings of Buddhist Art* (París, 1917).-A. FOUCHER y Sir J. MARSHALL, *The monuments of Sâñchi,* 3 vol. (Calcuta, 1940).-A. FOUCHER, *La vie du Bouddha* (París, Payot, 1949).-L. DE LA VALLÉE-POUSSIN, *L'Inde au temps des Maurya et des Barbares*, en *Histoire du monde*, t. III (París, de Boccard, 1930).-E. MACKAY, *La civilisation de l'Indus*, trad. A. y H. COLIN-DELAVAUD (París, Payot, 1936).-P. MASSON-OURSEL, H. DE WILLMAN-GRABOWSKA Y STERN, *L'Inde antique et la civilisation indienne* (París, Albin Michel, 1933, vol. 26 de la colección "*L'évolution de l'humanité"*).-L. RENOU, J. FILLIOZAT, P. MEILE, A.-M. ESNOUL Y L. SILBURN, *L'Inde classique,* t. I (París, Payot, 1947-1949).

CHINA. - CREEL, *Naissance de la Chine*, trad. M. CLERC-SALLES (París, Payot, 1937).- M. GRANET, *La civilisation chinoise* (París, Albin Michel, 1929, vol. 25 de la col. "*L'évolution de l'humanité*").-R. GROUSSET, *La Chine et son ar*t (París, Plon, 1951).-B. KARLGREN, *Prehistory of the Chinese*, Bull. of the Museum of Far-Eastern Art. núm. 15 (Estocolmo, 1943). - Del mismo, *La vie privée à l'époque des Han*, *Revue des arts asiatiques*, t. VII (París, 1932).- Del mismo, *Les religions chinoises*. Publ. Musée Guimet, Bibl. de Diffusion, t. LVIII (París, 1950). - Del mismo, *Le taoïsme*, Publ. Musée Guimet, Bibl. de Diffusion, t. LVII (París, 1950). H. MASPERO, *La Chine antique*, t. IV de "*L'Histoire du monde"* (París, de Boccard, 1927).- Del mismo, *Études historiques*, Publ. Musée Guimet, Bibl. de Diffusion, t. LIX (París, 1950).- A. RYGALOFF, *Vie de Confucius* (París, P. U. F., 1946).-A. WALEY, *Trois courants de la pensée chinoise*, trad. G. DENIKER (París, 1949).

TABLAS SINCRÓNICAS

Con frecuencia la cronologia antigua es incierta. En estas tablas sincrónicas ha sido necesario en ocasiones conformarse con indicaciones bastante vagas; y, por otra parte, recurrir a ciertas convenciones:

-* las fechas de los hechos precedidas de un asterisco dependen de la fecha adoptada para el rey de Babilonia Hammurabi; antes se situada su reino alrededor del año 2000; desde hace unos quince años se acentúa la tendencia a bajar la época de su reinado, llegando algunos a proponer el siglo XVII;
- "hacia" indica, para los períodos remotos, un orden de aproximación más que una fecha: la imprecisión puede llegar a uno o dos siglos y a veces un poco más;
-"alrededor" indica una menor imprecisión: entre medio siglo y unos diez años aproximadamente;
-"(?)" indica una fecha con error de muy pocos años.

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
4245-4242	**Epoca** de fijación del calendario egipcio		
Hacia 4000	----------	**Principio** de la civilización en Mesopotamia	
Hacia 3500	----------	----------	**Principios** de la civilización en Susiana
Hacia 3200	**Monarquía** unificada de Egipto		
3200-2600	----------	*__PRIMER__ PERIODO SUMERIO: las ciudades de Lagas, Ur, Uruk, etc luchan unas contra otras: los semitas se infiltran en Babilonia.	
Hacia 3000			
Principios del tercer milenio			
Alrededor 2800-2200	**ANTIGUO** IMPERIO MENFITA		
2750			
2723-2563(?)	**Los reyes** 2º, 3º, 4º de la IV Dinastía, Keops, Kefrén y Mikerinos, construyen las grandes pirámides.		
2600-2400	----------	*__PERIODO__ DE AKKAD (o Agadé); al principio, Sargón funda la monarquía semítica de Akkad, ejerciendo una amplia dominación en toda el Asia anterior; el reino es destruido por una incursión de tribus de la montaña.	
2600	----------	----------	*__Conquista__ del Elam por Sargón de Akkad.
Hacia 2500-1500			
Alrededor 2350-2150	**Anarquía** del primer período intermedio.		
Hacia 2300	----------	*__GUDEA__ reina en Lagas; III dinastía de Ur.	*__Conquista__ de Akkad por los sumerios.
2300-2000	----------	*__SEGUNDO__ PERIODO SUMERIO.	
Alrededor 2150-1680	**IMPERIO** MEDIO TEBANO		
Hacia 2100	----------	*__RUINA__ DEL REINO DE UR.	*__Destrucción__ del reino de Ur por los elamitas.
2100-1900	----------	*Dinastías de Isin y de Larsa con influencia creciente de los semitas del Oeste o Amorritas.	
Hacia 2000	----------	----------	**Instalación** de los indoeuropeos en el Irán.

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	**FECHAS**
				4245-4242
				Hacia 4000
				Hacia 3500
				Hacia 3200
				3200-2600
	Mientras que la civilización neolítica todavía continuará en Grecia, Creta empieza a utilizar el metal.	----------	----------	***Hacia 3000***
Comienzos de las relaciones constantes entre Biblos y Egipto.	----------	----------	----------	***Principios del tercer milenio***
				Alrededor 2800-2200
Fecha tradicional de la fundación de Tiro.	----------	----------	----------	***2750***
				2723-2563(?)
				2600-2400
				2600
		La civilización llamada del Indus (Mohenjo-daro, Harappa). Escritura aún indescifrable.	**Dinastía** de Hia (1989?-1523?).	***Hacia 2500-1500***
				Alrededor 2350-2150
	Esplendor de Troya II	----------	----------	***Hacia 2300***
				2300-2000
				Alrededor 2150-1680
				Hacia 2100
Prosperidad de una colonia de mercaderes asirios en Capadocia.	----------	----------	----------	***2100-1900***
Instalación de los hititas en Anatolia; esplendor de Ugarit en Fenicia, desarrollo de sus relaciones con Mesopotamia y particularmente con el mundo egeo.	**Construcción** de los primeros palacios cretenses.	----------	----------	***Hacia 2000***

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
Alrededor 2000-1785	**XII** Dinastía cuyo faraón más célebre es Senusret III, el Sesostis de los griegos (1887-1850).		
2000 – 1650	----------	**PRIMERA** DINASTÍA BABILÓNICA.	
1900 – 1800			
1840			
Fin del siglo XIX	----------	*__Reinado__ de Hammurabi.	
1800	**Llegada** de los hebreos a Egipto, según la Biblia.		
Alrededor de 1730 – 1580	**Invasión** y dominación de los Hiyksos; 2º período intermedio.		
Alrededor de 1700			
Siglo XVII	----------	**Babilonia** saqueda por los hititas; establecimiento de la dinastía cassista.	
1650			
1580- 1090	**IMPERIO** NUEVO (TEBANO).		
A partir de 1580			
1580 - 1320	**XVIII** Dinastía.		
Hacia 1500			
XV – 1era mitad del XIV	----------	**Influencia** dominante de Egipto sobre Mesopotamia	
1484 -1450 (?)	**Reinado** de Thutmés III, que hace llegar la dominación egipcia hasta el Eufrates.		
A partir de 1483			
Alrededor de 1400	**Éxodo** de los hebreos.		
Alrdedor de1388-1350			

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	**FECHAS**
				Alrededor 2000-1785
				2000 – 1650
Según la Biblia, los hebreos atraviesan Siria-Palestina en dirección a Egipto.	----------	----------	----------	***1900 – 1800***
Los asirios, dueños de Mari a orillas del Eufrates.	----------	----------	----------	***1840***
				Fin del siglo XIX
				1800
				Alrededor de 1730 – 1580
	Aparición de los aqueos en Argólida: destrucción de los primeros palacios cretenses seguida inmediatamente por la reconstrucción de los segundos palacios	----------	----------	***Alrededor de 1700***
Fundación del reino hurrita de Mittani: progresos del imperio hitita.	----------	----------	----------	***Siglo XVII***
				1650
				1580- 1090
				A partir de 1580
				1580 - 1320
Campaña de los faraones del Nuevo Imperio tebano en Cana´an.	**Apogeo** de la talasocracia minoica	**Llegada** de los arios a la cuenca del Indus	**Dinastía** Chang (1523?-1028), llamados Yin a partir de 1300	***Hacia 1500***
				XV – 1era mitad del XIV
				1484 -1450 (?)
Campañas victoriosas de Tutmés III, crea el imperio egipcio de Asia.	----------	----------	----------	***A partir de 1483***
Textos religiosos de Ugarit. Grandes movimientos de pueblos; los hebreos se instalan definitivamente en Palestina; los pueblos del mar se ponen en movimiento; el imperio egipcio va a ser destruido.	**Destrucción** del palacio de Cnosos. **Apogeo** de la civilización micénica y del imperio aqueo.	----------	----------	***Alrededor de 1400***
Reinado del rey hitita Subiluliuma, que extiende su dominación sobre Mitanni y pone pie en Palestina.	----------	----------	----------	***Alrededor de1388-1350***

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
1370 -1352 (?)	**Reinado** de Amenofis IV-Akhenatón: período de El-Amarna.	**Decadencia** del Imperio egipcio en Asia.	
Alrededor de 1320-1200.			
Siglo XIII			
Siglo XIII y XII	----------	**PRIMER** PERÍODO DE ESPLENDOR ASIRIO: hacia 1270, Salmanasar I pasa el Eufrates; de 1260 a 1240, reinado de Tukulti-Ninurta I, que conquista extensos territorios y ocupa Babilonia; hacia 1100, Teglath-Falasar I llega al Mediterráneo por Fenicia.	
2da mitad del siglo XIII			
1298 -1232 (?)	**Reinado** de Ramsés II, vencedor en Kadesh (Palestina), que firmó una alianza con los hititas.		
1278			
A partir de 1230	**Ataques** de los "pueblos del mar"		
Fin de los siglos XIII –XII			
Antes de 1200			
A partir del siglo XII			
Siglos XII y XI			
1175	----------	**Saqueo** de Babilonia por Shutruk-Nakhunté I, rey del Elam	
Fin del siglo XI –principios del X			
Siglos XI – VII			
1027	**Anarquía**: dinastías de los grandes sacerdotes de Amón, líbicas y nubias.		
966(?) - 959 (?)			
Después de 935 (?)			

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	**FECHAS**
Decadencia del imperio egipcio en Asia.	----------	----------	----------	***1370 -1352 (?)***
				Alrededor de 1320-1200.
Tumba de Ahiram en Biblos: existencia del alfabeto fenicio.	----------	----------	----------	***Siglo XIII***
				Siglo XIII y XII
	Fecha que la tradición antigua atribuía a la guerra de Troya.	----------	----------	***2da mitad del siglo XIII***
				1298 -1232 (?)
Después de la lucha de Ramsés II contra los hicsos, hay un reparto de influencia entre faraones y reyes hititas, igualmente amenazados por los movimientos de pueblos del Mediterráneo Oriental.	----------	----------	----------	***1278***
				A partir de 1230
Instalación de los filisteos en las costas de Palestina y de los arameos en Siria.	----------	----------	----------	***Fin de los siglos XIII –XII***
Decadencia del imperio hitita; creación del estado frigio en el centro de Asia Menor.	----------	----------	----------	***Antes de 1200***
	Invasión doria	----------	**Ngan-Yang**, capital en el Ho-nan.	***A partir del siglo XII***
Guerras de Israel contra los filisteos.	----------	----------	----------	***Siglos XII y XI***
				1175
Reinados de David y de Salomón.	----------	----------	----------	***Fin del siglo XI –principios del X.***
Reinado de Hiram de Tiro.				***Siglos XI – VII***
			Dinastía Tcheu (1027-256).	***1027***
			Primeras producciones literarias.	
Construcción del templo de Jerusalén.	----------	----------	----------	***966(?) - 959 (?)***
Separación de los reinos de Israel y Judá	----------	----------	----------	***Después de 935 (?)***

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
Siglos IX y VII	----------	**GRANDES** CONQUISTAS ASIRIAS.	**A partir** del siglo VIII repetidas campañas de los asirios contra el Elam.
900-700			
Hacia 800			
Siglo VIII			
776			
771			
Mediados del siglo VIII y fines del VI			
2da mitad del siglo VIII			
747	----------	**Adopción** del ciclo de diecinueve años para el calendario babilónico.	
721 – 705	----------	**Reinado** de Sargón I de Asiria.	
715	----------	----------	**Principios** del reino medo
710			
Fines del siglo VIII			
Siglo VII			
685(?)			
671	**Conquista** del Bajo Egiopto por el rey asirio Asarhaddom.		
665	**Conquista** del Alto Egipto por el rey Assurbanipal.		
668-626	----------	**Reinado** de Assurbanipal.	
663-625	**XXVI** DINATÍA SAITA.		

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	**FECHAS**
Campañas de los reyes asirios que dominan Armenia, Siria, Fenicia y Palestina.	----------	----------	----------	***Siglos IX y VII***
	Cerámica geométrica	----------	----------	***900-700***
		La influencia aria se extiende hacia el Ganges: principales *Upanishad.*	----------	***Hacia 800***
Profesías de Amós, Osías e Isaías.	----------	----------	----------	***Siglo VIII***
	Comienzos de las listas de vencedores de los concursos de Olimpia.	----------	----------	***776***
			La capital de los Tcheu cae en manos de los bárbaros del Oeste. **Composición** de los *Anales de la primavera y del otoño(Tch´uen ts´ieu*): entre 772 y 481.	***771***
	Colonización griega, fundación de Cumas en la Campania (750), Siracusa (733), Tarento (708), Bizancio (660), Cirene (630), Marsella (600), Naucratis (poco después de 569); Ampurias (hacia 550), etc.	----------	----------	***Mediados del siglo VIII y fines del VI***
	Poemas homéricos.	----------	----------	***2da mitad del siglo VIII***
				747
				721 – 705
Sargón II de Asiria destruye el reino de Israel.	----------	----------	----------	***715***
				710
	Hesíodo.	----------	----------	***Fines del siglo VIII***
Rivalidad de egipcios y babilonios en Palestina; profesías de Jeremías.	**Cerámica** orientalizante; principios de la acuñación de moneda en Grecia.	----------	----------	***Siglo VII***
Con Gyges, instalación de la dinastía de los Mermnades en Lydia; aparecen lass primeras formas de monedas en el Oeste de Asia Menor.	----------	----------	----------	***685(?)***
				671
				665
				668-626
				663-625

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
641	----------	----------	**Toma** y destrucción de Susa por Assurbanipal.
626-539	----------	**MONARQUÍA** NEO-BABILÓNICA.	
621			
614	----------	**Toma** y destrucción de Assur por los Medos.	**Alianza** de los medos y los babilonios contra los asirios.
612	----------	**Toma** y destrucción de Nínive por los medos y los babilonios.	
Fines del siglo VII - principios del VI			
605-562	----------	**Reinado** de Nabucodonosor en Babilonia.	
Siglo VI			
597			
594 (?)			
588			
585			
566			
561 (?) -510			
560 -546 (?)			
559(?)-530	----------	----------	**Ciro**, rey de Persia.
559			
Alrededor 555			
Hacia 553 (?)			
551			
2da mitad del siglo VI			
549-330	----------	----------	**PERÍODO** PERSA.
549	----------	----------	**Conquista** del reino medo por Ciro.
546(?)			

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	**FECHAS**
				641
				626-539
Reforma religiosa de Josías en el reino de Judá y, según la Biblia, promulgación del *Deuteronomio.*	(?) **Leyes** de Dracón en Atenas.	----------	----------	***621***
				614
				612
	Alceo, Safo	----------	----------	***Fines del siglo VII - principios del VI***
				605-562
		La influencia aria se extiende hacia el Este y el Sur: hegemonía de Maghada.	----------	***Siglo VI***
Toma de Jerusalén por Nabucodonosor.	----------	----------	----------	***597***
	Leyes de Solón en Atenas.	----------	----------	***594 (?)***
Destrucción del Templo; "cautividad de Babilonia" y profesías de Ezequiel.	----------	----------	----------	***588***
Guerra y, seguidamente, alianza entre medos y lidios.	**28 de mayo**: eclipse anunciado por Tales de Mileto.	----------	----------	***585***
	Institución de las grandes Panateneas.	----------	----------	***566***
	Tiranía de Pisístrato y sus hijos en Atenas.	----------	----------	***561 (?) -510***
Reinado de Creso en Lidia.	----------	----------	----------	***560-546 (?)***
		Reinado de Ciro, que se ha supuesto conquistó Kápica (Kabul).	----------	***559(?)-530***
		Nacimiento de Buda.	----------	***559***
	Templo de Artemisa, llamado de "Creso", en Éfeso.	----------	----------	***Alrededor 555***
		Coronación de Bimbisara.	----------	***Hacia 553 (?)***
			Nacimiento de Confucio.	***551***
	Decadencia de la cerámica corintia; después de la conquista de Asia Menor por los persas, emigración de artistas e intelectuales (por ejemplo, Jenófanes) hacia Europa.	----------	----------	***2da mitad del siglo VI***
				549-330
				549
Ciro conquista el Asia Menor.	----------	----------	----------	***546 (¿?)***

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
540 (?)			
539 – 331	----------	**DOMINACIÓN PERSA**.	
539	----------	**Ciro** toma Babilonia.	
534			
532 – 522			
Hacia 530	----------	----------	**Muerte** de Ciro en el curso de una expedición al noroeste de Irán.
530- 522	----------	----------	**Reinado** de Cambises.
525 – 332	**DOMINACIÓN PERSA.**		
525	**Conquista** de Egipto por el rey persa Cambises.		
522-486	----------	----------	**Reinado** de Darío I.
519 – 518	**El rey de Persia** Darío I en Egipto; restauración del canal del Nilo al Mar Rojo.		
518	----------	----------	**Inscripción** de Behistún.
507			
Fines del siglo VI – principios del siglo V	----------	----------	**Por orden** de Darío, periplo del cario Skylax de Caryanda.
490			
486 -465 (?)	**A partir** de 486, revuelta de Egipto contra los persas.	----------	**Reinado** de Jerjes I
483			
481			
480			

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	**FECHAS**
		Nacimiento de Jina, fundador de la religión llamada jainismo.	----------	***540 (?)***
				539 – 331
Fin de la "cautividad de Babilonia"	----------	----------	----------	***539***
	Primer concurso trágico de las fiestas de Dionisios en Atenas.	----------	----------	***534***
	Tiranía de Polícrates en Samos; Pitágoras marcha a Italia del sur.	----------	----------	***532 – 522***
	Primeros vasos de figuras rojas; ampliación del templo llamado "Hecatompedón" en Atenas.	----------	----------	***Hacia 530***
				530- 522
				525 – 332
				525
				522-486
				519 – 518
		Conquistas de Darío en el Norte de la India.	----------	***518***
	Leyes de Clístenes en Atenas	----------	----------	***507***
	Actividad intelectual de Heráclito en Éfeso y de Hecateo de Mileto. **Primeras** tragedias de Esquilo y primeras poesías de Píndaro.	----------	----------	***Fines del siglo VI – principios del siglo V***
	Primera guerra médica: la expedición persa contra Atenas es rechazada en Maratón.	----------	----------	***490***
		Reinado de Ajatacatrù.	----------	***486 -465 (?)***
	Atenas empieza a construir una gran flota de guerra.	----------	----------	***483***
			Reinos Combatientes (481- 221).	***481***
	Segunda guerra médica: la invasión de Grecia por el rey Jerjes I es rechazada en Salamina; el mismo día, según la tradición, los cartagineses son derrotados en Himera por el tirano de Siracusa.	----------	**Vida del filósofo** Mo-Tseu (480 – 400 aprox.).	***480***

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
479			
478 (?)			
477			
474			
Hacia 470			
468			
462			
Hacia 460			
456			
451			
Poco después de 450			
448			
447			
446 (?)			
443			
440			

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	**FECHAS**
	Batalla de Platea que arroja a los persas fuera de Grecia. Batalla de Micala que libra a los griegos de Asia de la dominación persa.	----------	(?)**Muerte** de Confucio	***479***
	Creación de la Confederación de Delos, que se transformará en imperio ateniense a favor de la guerra contra los persas y después contra Esparta.	**Muerte** (nirvana) de Buda.	----------	***478 (?)***
	Los etruscos derrotados en Cumas por el tirano de Siracusa.	----------	----------	***477***
	Nacimiento de Sócrates.	----------	----------	***474***
	Sófocles vence a Esquilo en el concurso trágico.	(¿) **Muerte** de Jina.	----------	***Hacia 470***
	Refomas democráticas de Efialto en Atenas; poco después, el asesinato de Efialto deja a Pericles la dirección del movimiento democrático; principios de la guerra de Atenas contra Esparta.	----------	----------	***468***
	Creación del concurso de comedia en Atenas.	----------	----------	***462***
	Primera tragedia de Eurípides.	----------	----------	***Hacia 460***
	Ley sobre el derecho de ciudadanía en Atenas.	----------	----------	***456***
	Paz de Atenas con Persia y más tarde con Esparta.	----------	----------	***451***
	En Olimpia, estatua de Zeuz, por Fidias.	----------	----------	***Poco después de 450***
	Principios de los trabajos en la Acrópolis de Atenas; construcción del Partenón (447-438), de los Propileos (437-432), del Erecteion (435-407), del templo de Atenea Niké (empezado en 420).	----------	----------	***448***
	Estancia de Heródoto en Atenas.	----------	----------	***447***
	Al obtener el ostracismo del jefe de la oposición, Pericles puede disponer del tributo pagado por el imperio para los grandes trabajos por él emprendidos, convirtiéndose en el dirigente iniscutido de Atenas; es reelegido para la estrategia durante catorce años seguidos.	----------	----------	***446 (?)***
			División de los Tcheu.	***443***
				440

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
431			
429			
427			
423			
421 – 413			
415 – 413			
406			
405 – 367			
404			
404 – 371			
404 – 403			
Finales del siglo V – Principios del IV.	----------	----------	**El griego Ctesias,** médico en la corte persa.
Durante el siglo IV			
401 – 400	----------	**Expedición** de los Diez Mil (*Anábasis*).	
399			
394			
387			
380			
377 – 353			
377			

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	**FECHAS**
	Principio de la guerra del Peloponeso que enfrenta Atenas y Esparta con sus respectivos aliados.	----------	----------	***431***
	Muerte de Pericles.	----------	----------	***429***
	Primera comedia de Aristófanes: estancia del retórico Gorgias en Atenas.	----------	----------	***427***
	Exilio de Tucídides, que, refugiado en Tracia, prosigue la redacción de su historia de la guerra del Peloponeso.	----------	----------	***423***
	Suspensión de las hostilidades entre Atenas y Esparta.	----------	----------	***421 – 413***
	Expedición ateniense a Sicilia que Termina por un desastre ante Siracusa.	----------	----------	***415 – 413***
	Muerte de Sófocles y Eurípides.	----------	----------	***406***
	Tiranía de Dionisio el Viejo en Siracusa en guerra contra Cartago; diversos viajes de Platón a Siracusa.	----------	----------	***405 – 367***
	Después del desastre de Agiospotamoi, ruina del imperio ateniense y capitulación de Atenas.	----------	----------	***404***
	Hegemonía de Esparta en Grecia;	----------	----------	***404 – 371***
	Régimen oligárquico de los Treinta; más tarde restablecimiento de la democracia en Atenas.	----------	----------	***404 – 403***
		Gramática de Panini.	----------	***Finales del siglo V – Principios del IV.***
Numerosas sublevaciones de sátrapas contra el rey persa en Asia Menor y en Siria.	----------	**Principio** de la fijación del Mahabhárata.	----------	***Durante el siglo IV***
				401 – 400
	Proceso y muerte de Sócrates.	----------	----------	***399***
	Esparta abandona a los griegos de Asia en manos de los persas.	----------	----------	***394***
	Fundación de la Academia de Platón.	----------	----------	***387***
	Discurso panegírico de Isócrates.	----------	----------	***380***
Mausoleo sátrapa de Caria; después de su muerte, construcción de su tumba monumental, el Mausoleo de Halicarnaso.	----------	----------	----------	***377 – 353***
	Formación de la segunda Confederación ateniense.	----------	----------	***377***

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
371			
367	----------	**Fijación** definitiva del calendario babilónico.	
359			
354			
Hacia 350			
343			
338			
336			
334 – 323	**332- 30 PERIODO GRIEGO.** 332, llegada de Alejandro a Egipto; 331, fundación de Alejandría.	**331– 129: DOMINACIÓN GRIEGA**. 331: victoria de Alejandro frente a Darío III en Árbelas; entrada de Alejandro en Babilonia.	**331: Alejandro** ocupa Susa, Persépolis,Pasargadas, Ecbatana; 330: muerte de Darío III; 330-327: campaña de Alejandro en el Irán.
325	----------	----------	**Alejandro atraviesa** el Irán meridional de Este a Oeste; su almirante Nearco recorre la costa desde el Indo al Golfo Pérsico. Bodas de Susa.
324			
323	**Ptolomeo**, sátrapa de Egipto.	**Muerte** de Alejandro en Babilonia.	
Hacia 322			
321			
313 – 312	----------	**Seleuco**, sátrapa de Babilonia.	
310			

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	FECHAS
	Aplastamiento del ejército espartano en Leuctres por Epaminondas, que, hasta su muerte en 362 asegura la preponderancia de Tebas en Grecia.	----------	----------	**371**
				367
	Comienza el gobierno de Filipo de Macedonia. La guerra contra Atenas empieza poco después y, con una interrupción de 348 a 340, va a durar hasta 338.	----------	----------	**359**
	Primer discurso de Demóstenes ante la asamblea del pueblo de Atenas; la Primera Filípica es de 351.	----------	----------	**354**
			Vida de Mencius (Mong-tseu).	**Hacia 350**
	Aristóteles se convierte en preceptor de Alejandro, que tiene 13 años.	----------	----------	**343**
	Victoria de Filipo en Queronea.	----------	----------	**338**
	Asesinato de Filipo. Alejandro, rey de Macedonia.	----------	----------	**336**
334 – 333: **Desembarco** de Alejandro en Asia Menor; su victoria en Gránico; episodio del nudo gordiano; victorioso en Issos, en Cilicia, Alejandro entra en Siria.	**334: Aristóteles** se instala en Atenas y crea el Liceo.	----------	----------	**334 – 323**
333 – 332: sitio y toma de Tiro por Alejandro..		**Expedición** de Alejandro Magno hasta las orillas del Indo.	----------	**325** **324**
Después del 323, rivalidad de los lugartenientes de Alejandro	**323 -322: después de la muerte** de Alejandro, sublevación en Grecia contra Macedonia; su represión; Demóstenes, perseguido, se envenena.	----------	----------	**323**
		Dinastía de los Maurya (332 – 176).	----------	**Hacia 322**
	Primera comedia de Menandro.	----------	----------	**321**
		Principios del reinado de Chandragupta	----------	**313 – 312**
			Principio de la constitución del reino de los Ts´in.	**310**

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
310 – 306	----------	----------	**El sátrapa de Babilonia** Seleuco conquista el Irán y establece un tratado con el rey indio Chandragupta.
306	**Ptolomeo** toma el título de rey.	**Seleuco** toma el título de rey.	
301			
Finales del siglo IV – principios del III	**Fundación** del museo y de la biblioteca de Alejandría; el sacerdote egipcio Manethón escribe la historia del Egipto faraónico y fija la sucesión de las dinastías.	**El sacerdote** caldeo Beroso escribe la historia de Mesopotamia.	
300 -230			
287 – 212			
285 (¿?) – 246	**Reinado** de Ptolomeo II Filadelfo; al principio del reinado construcción del faro de Alejandría por el arquitecto Sóstratos de Cnido.		
281			
279 – 278			
Hacia 275			
275 - 194			

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	FECHAS
				310 – 306
				306
Arreglo territorial que deja la Siria meridional, o Cele-Siria, al rey **Ptolomeo I de Egipto**.	----------	----------	----------	**301**
Ptolomeo I y su hijo Ptolomeo II establecen su dominación directa o su protectorado sobre casi todas las costas del sur y del oeste de Asia Menor.	**A fines del siglo IV** varios antiguos lugartenientes de Alejandro toman el título de rey; esplendor económico de Rodas, que, en 305-304 sostiene un sitio célebre; Epicuro y Zenón fundan sus escuelas en Atenas.	----------	----------	**Finales del siglo IV – principios del III**
	A principios del siglo III Ptolomeo I adquiere la preponderancia en el mar Egeo.	**Embajada** de Megástenes en Pátaliputra (hacia el 300).	Siun K´uang	**300 -230**
	Vida de Arquímedes.	----------	----------	**287 – 212**
				285 (¿?) – 246
Conquista de la mayor parte de Asia Menor por Seleuco I, que deja Pérgamo en poder del primer rey de la dinastía de los atálidas.	----------	----------	----------	**281**
	Los celtas invaden Macedonia y llegan hasta Delfos.	----------	----------	**279 – 278**
	Estabilización del mundo helenístico con los tres grandes reinos de los lágidas en Egipto, los seléucidas en Asia y los antigónidas en Macedonia; un atálida es ya dueño de Pérgamo; en Grecia, la Confederación etolia es poderosa y la Confederación aquea rehecha hacía poco, empieza sus progresos en el Peloponeso.	----------	----------	**Hacia 275**
	Vida de Eratóstenes.	----------	----------	**275 - 194**

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
Siglo III			
264 – 261 (?)			
259			
250 (?)	----------	----------	**A partir** de 250, principio de la dinastía parta de los arsácidas.
246			
Hacia 245			
227 – 226 (?)			
223			
222			
221			
213			
212 – 205	----------	----------	**Expedición** oriental del rey seléucida Antíoco III.
206			

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	FECHAS
Se rompe la unidad del territorio seléucida en Asia Menor donde se instalan los gálatasy donde consiguen la independencia completa las dinastías de Bitinia, Capadocia, Ponto y Pérgamo; en esta ciudad, Atalo I toma el título de rey hacia 240; en el curso de varias "guerras de Siria" los seléucidas no consiguen arrebatar a los lágidas la Siria meridional.	----------	**Principio** de la fijación del Ramayana	**Composición** presumida del *Tao-tö king* de Lao-tseu, autor más o menos legendario.	**Siglo III**
		Açoka sube al trono.	----------	**264 – 261 (?)**
			Nacimiento de Tcheng (futuro Ts´in Che huang-ti).	**259**
		Conversión de Açoka al budismo; Bactriana se hace independiente con el griego Diodoto I.	----------	**250 (?)**
			Sube al trono Ta´in Che huan-ti (246–210); comienza la construcción de la Gran Muralla.	**246**
		Fundación de la iglesia budista de Ceilán. Muerte de Açoka.	----------	**Hacia 245**
	En 227, reformas del rey Cleómenes en Esparta.	----------	----------	**227 – 226 (?)**
Sube al trono Antíoco II, que restaurará el prestigio seléucida en Asia Menor y arrebatará la Cele-Siria a Ptolomeo V. Este pierde las últimas posesiones egipcias en Asia Menor.	**Fin del siglo III:** decadencia del poderío Lágida, que ya no tiene ningún poder en Grecia y en el mar Egeo.	----------	----------	**223**
	Cleómenes es aplastado por el rey macedonio en Selasia.	----------	----------	**222**
			Dinastía de los Ts´in.	**221**
			Auto de fe de los libros clásicos.	**213**
	Primera guerra "de Macedonia" entre Roma y Filipo V; Roma busca aliados en el mundo griego y envía sus escuadras al mar Egeo.	----------	----------	**212 – 205**
			Dinastía de los Han (206 antes de J.C., a 220 de la era cristiana)	**206**

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
207 -192 **Fin de los siglos III y II** **Siglo II** **200- 196** **Primera mitad del siglo II.** **192 – 189** **189** **187** **176** **172 – 168** **174- 164** **169** **168**	**En Alejandría**, traducción de la Biblia hebrea al griego (los Setenta). ----------	----------	**Muerte de Antíoco** III en el oeste del Irán (187), que tiene como consecuencia el fin de la dominación seléucida en el Irán: instalación de los partos arsácidas e independencia definitiva del reino griego de Bactriana.

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	FECHAS
	Gobierno revolucionario de Nabis en Esparta.	----------	----------	**207 -192**
				Fin de los siglos III y II
		Fijación del Canon Páli; primeras citas del camino de la seda.	**Fijación** de la recensión actual del *Che-king.*	**Siglo II**
	Segunda guerra "de Macedonia"; el romano Tito Quinto Flaminio, vencedor de Filipo V en Cynoscéfalos (197).	----------	----------	**200- 196**
	Construcción del gran altar de Zeuz en Pérgamo.	----------	----------	**Primera mitad del siglo II.**
189: Antíoco III es derrotado por los romanos en Maganesia del Sypilo; el tratado de Apamea arrebata a los seléucidas todo el Asia Menor, que en gran parte queda en manos de los Atálidas.	**Guerra** "etolio-siria": Roma derrota al seléucida Antíoco III en las Termópilas (192) y reduce a vasallazgo a la Confederación etolia; la Confederación aquea, gracias a la ayuda romana, se extiende por el Peloponeso.	----------	----------	**192 – 189**
		Invasión de Demetrios en el Ghandara y en el Pañjáb.	----------	**189**
				187
Poco antes de 176: Heliodoro, visir de Seleuco IV, intenta apoderarse del tesoro del Templo de Jerusalén.	----------	**Pincipio** de los Çunga (176 – 64?)	----------	**176**
	Tercera guerra "de Macedonia" llevada por Roma contra el rey Perseo; en 168, éste es derrotado en Pidna por Paulo Emilio.	**Eucrátides** arrebata la Bactriana y el Kapiça a Demetrios.	----------	**172 – 168**
Reinado de Antíoco IV.	----------	----------	----------	**174- 164**
Acentuación de la política de helenización de Antíoco IV en Palestina; poco después, sublevación de los Macabeos.	----------	----------	----------	**169**
		Menandro en el Pañjáb (hacia el 150 – 145); extiende sus incursiones hasta Pátaliputra.	----------	**168**

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
167 **Después de 164** **148** **146** **145** **140** **133** **Hacia 130** **129** **126** **Hacia 114** **112**	----------	**Hundimiento** de la dominación seléucida: los partos arsácidas arrebatan definitivamente Babilonia a los griegos.	

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y MUNDO HELÉNICO	INDIA	CHINA	FECHAS
Anarquía y decadencia creciente del reino seléucida como consecuencia de luchas dinásticas, del avance de los partos y de los éxitos de los judíos ayudados por la diplomacia romana.	**Destrucción del reino** de Macedonia; castigos violentos de los griegos; deportación de Polibio y de muchos otros griegos a Italia; Delos es entregada a Atenas, con la condición de que quede como puerto franco; esplendor económico de Delos, que se convierte en factoría de comercio itálico en Oriente.	----------	----------	**167** **Después de 164**
	Después de la represión de una sublevación en Macedonia, el país se convierte en provincia romana; el gobernador de esta provincia está encargado de la vigilancia de Grecia.	----------	----------	**148**
	Después de una corta guerra contra la confederación aquea, los romanos destruyen Corinto.	----------	----------	**146**
			Vida del historiador Sseuma Ts´ien (145-86).	**145**
			Sube al trono Wu (140- 87); se extienden las conquistas hacia el Turquestán chino.	**140**
Muerte del último rey atálida, Atalos III, que lega sus bienes al pueblo romano.	----------	----------	----------	**133**
		Los Yue-tche invaden la Bactriana y la someten.	----------	**Hacia 130** **129**
Después de la represión de la revuelta de Aristonicos en el antiguo reino atálida, Roma organiza la provincia de Asia.	----------	----------	----------	**126**
Mithridates, rey del Ponto; en 107, conquista el reino del Bósforo cimerio (estrecho de Kertch, en Crimea).	----------	----------	**Relaciones** diplomáticas con Bactriana.	**Hacia 114** **112**

FECHAS	EGIPTO	MESOPOTAMIA	ELAM (SUSIANA E IRÁN)
104			
Hacia 100			
Siglo I			
88			
88 – 64			
A partir del 80			
73			
70			
64			
63			
53	----------	**Los partos** derrotan en Carrhes al romano Craso, que muere en el combate.	
48	**Asesinato** de Pompeyo ante Pelusa; llegada de César a Alejandría, principio de la "guerra alejandrina", en el curso de la cual la Biblioteca es incendiada.		
47	**Muerte** de Ptolomeo XIV, hermano de Cleopatra.		
42			
31			
30	**Muerte** de Cleopatra. Egipto pasa a ser provincia romana**.**		

CAN´AN, SIRIA Y ANATOLIA	MUNDO EGEO Y HELÉNICO	INDIA	CHINA	FECHAS
Aristóbulos, sumo sacerdote de Jersusalén**,** tomó el título de rey**.**	----------	----------	----------	**104**
		Columna de Heliodoros en Vidiça.	----------	**Hacia 100**
		Las leyes de Manú (*Manavadharma-çastra*.)	----------	**Siglo I**
	A la llamada de Mithridates, matanza general de itálicos en el oeste de Asia Menor y en Delos.	----------	----------	**88**
88-85 y 81- 64: guerras de Roma contra Mithridates.	**Operaciones de Sila** contra las tropas de Mithridatess; sitio y después saqueo de Atenas (87 - 85).	----------	----------	**88 – 64**
		Los çaka bajan hacia el Pañjab y el Malva.	----------	**A partir del 80**
			Sube el trono Siuan-ti (73 -49): nuevas conquistas hacia el oeste.	**73**
		Principios de los Andhra en el Sur; terminación probable del *stupa I* de Sañchi.	----------	**70**
Pompeyo en Siria.	----------	----------	----------	**64**
Toma de Jerusalén por Pompeyo; este reorganiza el Oriente, crea las provincias romanas de Bitinia y de Siria y constituye en Armenia y a lo largo del Éufrates medio una barrera de estados vasallos para protegerse de los partos.	----------	**Principios** de los Kanva (64 – 50 ?).	----------	**63**
				53
	Victoria de César sobre Pompeyo en Farsalia (Tesalia).	----------	----------	**48**
				47
	Victoria de Antonio y del futuro Augusto sobre los republicanos romanos en Filippos (Macedonia).	----------	----------	**42**
	Victoria del futuro Augusto sobre Antonio y Cleopatra en Actium (Epiro).	----------	----------	**31**
		Hacia el 30: principio de los Kushana en el Norte.	----------	**30**

(744: pag en blanco)

INDICE ALFABÉTICO

Abbeville, 40
abhisheka, 681
ABRAHAM, 171, 190
Abu Simbel, 137
Abydos, 122, 126, 141
Academos, 426
AÇOKA, 567, 608, 669, 671, 672, 674, 675, 676, 686, 689, 693, 697
açrama, 685
acrópolis, 359
Acrópolis de Atenas, 337, 338, 342, 394, 399, 408, 409, 417, 418, 419, 436, 557, 560
Acte, 392, 393
agvamedha, 619, 624, 627, 681
Achelense, 38
ADAD, 184
adelphe, 462
ADONIS, 184, 233, 290, 291, 292, 406
Aecio, 562
Afganistan, 249, 564, 671, 698, 699
África, 41, 44, 289
-Central, 510
-del Norte, 40, 289
-Oriental, 38, 40
-Sur, 31, 38
AFRODITA, 326, 343, 477, 560
-ANADIÓMENA, 562
-de PRAXITELES, 414
Agaba, 297
AGAMENÓN, 278, 438
agara, 625, 626
ACÍADAS (reyes), 365
AGIS IV, 501
agni, 623, 628, 690
agnikshetra, 627
ágora, 394
AHIRAM, 291, 292
AHRIMÁN, 252
Ahura, 628
AHURAMAZDA, 243, 244, 245, 251, 252, 253, 254
Aigospótamos, 384
airya, 611
AJA, 615
AJATAÇATRU, 613
Âjîvika, 674
âjya, 623
AKHENATON, véase **AMENOFIS IV**
Akhetatón, 116
'AKKAD, 159, 160, 164, 185, 215, 219
ALCEO, 168, 319, 333
ALCIBÍADES, 292, 395, 402, 457
ALCINOO, 395
ALCMÁN, 238
Alejandría, 62, 87, 288, 462, 469, 477, 490, 505, 506, 509, 510, 516, 517, 524, 525, 527, 536, 541, 546, 548, 553, 555, 561, 564, 565, 567, 570, 574, 575, 576, 577, 578, 583, 584, 585, 587, 595
Alejandría de Egipto, 475
ALEJANDRO, 46, 47, 85, 87, 147, 162, 235, 238, 242, 244, 245, 246, 249, 254, 257, 288, 343, 347, 351, 353, 358, 362, 366, 373, 380, 383, 392, 403, 406, 418, 419, 426, 440, 444, 447, 448, 449, 451, 456, 457, 458, 459, 460, 462, 464, 472, 473-477, 483-486, 488, 494, 507. 510, 516, 517, 521, 522, 524, 526, 529, 530, 534, 535, 538, 539, 544, 549, 550, 552, 558, 559, 562-570, 579, 582, 584, 590, 600, 614, 669, 670, 674
ALEJANDRO POLIHISTOR, 566
Alepo, 293
Alexandreia Charax, 511
ALIYAN BA'AL, 290, 291
Altai, 698
Altamira, 37, 42
Altis, 411, 413
Amanus, 293
Amazonas, 414, 417, 561
Ambracia, 557
AMENEMHET, 113
AMENHOTEP, 108
AMENOFIS, 116
AMENOFIS III, 79, 108, 114, 142, 143
AMENOFIS IV: **AKHENATON**, 66, 67, 79, 80, 95, 111, 114, 115, 116, 117, 130, 143, 144, 150, 299
Amargo (lago), 86
América, 28, 31, 32, 41, 44
AMMÓN, 406
AMÓN, 62, 63, 64, 65, 66, 79, 80, 86, 90, 98.

99, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 134, 144, 145
AMÓN-RA, 63, 112, 113, 114
AMÓS, 303, 305, 306
Ampurias, 37
Amurru, 160
Anábasis de JENOFONTE, 357
anachoresis, 519, 520
ANAHITA, 233, 251
ânaprastha, 684
Anatolia, 230
ANAXÁGORAS de Clazómenes, 400, 422, 423, 429
ANAXIMANDRO, 333
ANAXÍMENES, 333
Andalucía, 42
ANDHRA, 672, 673, 675, 676
andrón, 395, 396
Ankara, 235
ankuça, 679
Annam, 698, 699
antarîya, 687
ANTIALKIDAS, 675
Antiaris suddecanea, 686
Antígona, 438
ANTIGÓNIDAS, 458, 459, 463, 465, 544
ANTÍGONO de Caristo, 580
ANTIGONO GONATAS, 565, 567, 592
ANTÍOCO, 521, 530
ANTÍOCO I, 566
ANTÍOCO II, 567
ANTÍOCO III, 529, 530, 539, 565
ANTÍOCO IV, 522, 525, 539, 540, 541
Antioquía, 469, 511, 524, 525, 526, 537, 545, 559, 575
Antioquía del Orontes, 522
Antioquía de Persia, 522
Antioquía de Pisidia, 522
Antirrhodos, 509
ANTÍSTENES, 426, 528
ANTONINOS, 670
ANTUM, 188
ANU, 188, 189, 190
ANUBIS, 548
Anu-uballit, 530
apadana, 255, 552
APAMEA, 521
APELES, 419, 562
APIS, 104, 105
APOLO, 235, 238, 250, 326, 328, 330, 337, 338, 341, 343, 402, 403, 411, 428, 462, 495, 524, 542, 552.
APOLONIO de Cos, 257
APOLONIO de Perge, 527
APOLONIO de Rodas, 575, 595
Apoxiómeno de Lisipo, 418
'ARAM, 293
APSARAS, 628, 690
AQUILES, 331
Arabia, 86, 155, 285, 297, 510
Aracosia, 253
ASCLEPÍADES, 430, 431
ARATO, 579
ARATO de Soles, 594
ARCA, 297, 301
Areopago, 437
ARES, 326
areté, 460
ARETUSA, 421
Arezzo, 670
Argelia, 38
Arginusas, 401
Argo, 595
Argólida, 266, 269, 278, 279, 282, 411, 430, 438, 546
Argos, 266, 278, 281, 316, 328, 438, 502
Arinna, 232
ARISTARCO, 577, 586, 589
ARÍSTIDES, 324
ARISTIÓN, 338
ARISTIPO, 426
ARISTÓBULOS, 541
ARISTÓFANES, 381, 395, 398, 425, 439, 597
ARISTÓTELES, 359, 372, 427, 428, 429, 431, 434, 448, 455, 545, 573, 574, 576, 578, 579, 580, 584, 585, 587, 588, 589
ariya, 611
Armenia, 181, 467, 528, 597
ARQUÍMEDES, 569, 583, 584, 587
ARQUITAS, 429, 430
ARSÁCIDAS, 449
ARSÍNOE, 461, 464, 570, 595
ARTAJERJES III, 247, 257
Artáxata, 597
ARTEMIS Leukophys, 542
ARTEMISA, 336, 337
Arya, 607, 611
âsana, 606
ESCULAPIO, 411, 430, 546, 548, 573, 587
Asia, 39, 59, 67, 76, 97, 117, 243, 250, 256, 266, 270, 272, 290, 300, 310, 312, 316, 317, 326, 328, 329, 332, 373, 383, 431, 467, 473, 493, 506, 507, 511, 521, 529, 533, 535, 539, 542, 544, 550, 558, 559, 560, 563, 586, 603, 604, 605, 640, 669, 670, 671, 672, 673, 675, 676, 680, 699
Asia Menor, 45, 181, 182, 196, 227, 229, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 244, 249, 257, 265, 267, 271, 272, 281, 283, 294, 295, 310, 316, 317, 320, 323, 326, 333, 343, 347, 348, 412, 430, 452, 458, 468, 471, 473, 474, 484,

488, 499, 504, 505, 507, 508, 511, 521, 522, 524, 527, 530, 547, 567, 600
Asiria, 160, 168, 171, 185, 190, 199, 210, 211, 230, 244, 254, 295
ASMODEO, 308
ASPASIA, 375, 396, 400
AššUR (dios), 190, 199
Aššur (país), 160, 163, 167, 189, 190, 191, 208, 209, 242
AššURBANIPAL, 149, 161, 163, 187, 198, 199, 206, 222
AššURBANIPAL II, 163
ASTARTE, 290, 295, 406
ASURA, 628, 690
ATÁLIDAS, 458, 543
ATALO I, 561
ATALO III, 458
ATARGATIS, 295
Atenas, 278, 292, 313, 317, 318, 322, 323, 324, 325, 326, 331, 340, 343, 348, 349, 352, 353, 354, 356, 359, 361, 363, 364, 365, 367, 368, 369, 370, 371, 373, 374, 375, 376, 380, 383, 384, 386, 387, 388, 389, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 398, 399, 400, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 411, 412, 414, 417, 419, 420, 421, 422, 423, 426, 428, 431, 435, 436, 437, 439, 440, 441, 442, 444, 450, 451, 452, 455, 487, 489, 490, 491, 493, 496, 499, 509, 515, 536, 537, 544, 546, 547, 552, 557, 559, 563, 565, 568, 572, 574, 577, 580, 588, 589, 593
ATENEA, 326, 328, 399, 404, 407, 408, 415, 416, 421, 488, 536, 559
ATENEA NIKE, 404, 412, 417
Atharveda, 609
Ática, 325, 372, 375, 376, 380, 383, 386, 387, 393, 403, 412, 416, 420, 451, 452
ATIS, 233, 236, 238, 547
Atlántico, 39, 40
atman, 630, 631
atón, 114
ATÓN, 66, 114, 115, 116, 117, 130, 134, 152, 299
ATUM, 112
ATUM-RA, 112
Audh, 613
Aufklärung, 424
AUGUSTO, 555, 593
aulikoi, 465
Australia, 27
Avantî, 613
âvatara, 690
Avesta, 251, 252, 609, 628
Azul (río), 703
BA'AL, 233, 290, 295, 301, 540
BA'AL de Harrän, 295
BA'AL HAMMÓN, 291
Baarir, 294
Babilonia, 160, 168, 171, 175, 177, 179, 180, 181, 182, 185, 190, 191, 203, 206, 209, 210, 213, 214, 216, 221, 223, 229, 230, 240, 242, 243, 244, 245, 246, 248, 249, 250, 253, 298, 357, 457, 458, 459, 469, 483, 484, 503, 504, 508, 510, 511, 514, 522, 525, 527, 528, 530, 532, 539, 549, 550, 566, 567, 586, 605
Bacantes, 528
Bactriana, 253, 483, 508, 510, 511, 526, 529, 567, 670, 671, 672, 675
Bala KRISHNA, 688
Balcanes, 45, 266, 474
Baleares, 290
Bali, 603
Báltico, 29, 280
Bañolas, 39
BARHADAD, 293
basileus 314, 322, 365, 366, 450, 459, 460, 461, 462, 465, 468, 470, 472, 476, 479, 526, 535, 544
Bassai, 412
Behistún, 254
Behring (estrecho de), 31, 41, 44
Bélgica, 57
BEL - MARDUK, 190, 245, 250
Beluchistán, 609
Benarés, 613, 687
BENDIS, 406
Bengala, 613, 698
BENHADADS, 293
Beocia, 278, 279, 283, 373, 421, 500, 563
BERENICE, 570, 595, 596
BEROSO, 566
BES, 108
Bet'el, 296
Bhagavad-gîtâ, 690, 691
bhakti, 691
Barhut, 675, 677, 695
Bhattasali, 674
Bhopal, 695
Bias, 613
Biblia, 166, 171, 184, 190, 213, 266, 293, 294 297, 299, 303, 304, 541, 567, 568
Bihar, 613
BILALAMA, 203
BIMBISARA,613, 614
BIÓN de Boristenes, 590
Birmania, 603, 698
Bitinia, 458, 467
BITÓN, 338
Bizancio, 316, 463, 569, 583, 596, 600

BOCCHORIS, 70, 85
Bodhgaya, 677
Bodhisattva, 693
boethos, 460
Boghaz-Keui, 196, 229
Borneo, 603
Borsippa, 199, 214
Bósforo, 316, 670, 671
bourgeoisie, 490
BRAHM, 630, 690
BRAHMA, 690
brahmacarin, 684, 685, 686
brahm, 630, 690
brahmán, 625, 684
brahmana, 608, 609, 614, 616, 618, 620, 621, 624, 691
BRANQUIDAS, 552
BRIAXIS, 548, 559
BRIHADRATHA, 613
BUDA ÇAKYAMUNI, 614, 631, 665, 677, 693, 694
BUDA MAITREYA, 693
budismo, 27
Bukhis, 105
Busiris, 110, 122
Byblos, 85, 109, 271, 272, 286, 288, 290, 291, 292
Cabrerets, 42
Cachemira, 676, 704
Cairo, El, 62, 137
ÇAKA, 675, 676
çala, 625, 626
çâlâ, 625, 626
Calaceite, 28
Calahorra, 28
CÁLANO, 566
Calcedonia, 316
Calcidia, 369, 395, 482
Calcis, 383, 442
Caldea, 199, 566
CALIAS, 391, 490
CALIMACO, 570, 575, 576, 577, 592, 595, 596, 597
Callaecia, 28
Camarés, 277
Cambaye, 675
CAMBISES, 240
Campania, 342, 348
Cana'an, 266, 285, 287, 300, 301
Canarias, 40
Candamo, 42
Cantabria, 42
Cantar de los Cantares, 153, 299
Cantón, 698
Capadocia, 162, 229, 449, 467, 521
Cap Blanc, 42
Caria, 253, 489
Cariátides, 412, 417
Carmelo, 286
CARNÉADES de Cirene, 589
Cárpatos, 28
Carso, 28
Cartago (de África), 289, 290, 347, 382, 391, 449, 458, 485, 488, 671
Casandra, 595
Caspio, 511, 567, 585, 586, 670
Cassitérides (islas), 290
Castillo (cueva de), 42
çastru, 607
çatamaña, 617
CATÓN de Útica, 592
Cáucaso, 29, 45, 181, 182, 280, 511, 611
Ceilán, 673, 674
Célebes, 603
Centauros, 414
Ceos, 398
CÉRCIDAS, 500
Cerdeña, 289
CÉSAR, 577, 592
chaitya, 694
CHAMPOLLION, 129, 268
Chancellade, 40
CHANDRAGUPTA MAURYA, 673
chan-fu, 652
CHANG, 640-644, 647, 654, 666
CHANG-TI, 661
Chang tseu, 639
Chapelle-aux-Saints, 39
Chaprasi, 687
Charax, 511
CHARIS, 559
che, 648, 650, 658, 663
Che-king, 636, 638
Cheik - el-Beled, 143
Chen-si, 642
China, 31, 33, 249, 603, 604, 634, 636, 638, 641, 642, 643, 653, 661, 662, 664, 665, 667, 669, 670, 671, 672, 680, 687, 697, 698, 699, 705, 706, 709
Chios, 323, 430
Chipre, 161, 181, 235, 266, 267, 269, 271, 272, 281, 285, 289, 316, 366, 528, 567
chôra, 468, 470
Chorasmia, 253
chu, 644
Chu-king, 638
Chu-Ku-Tien, 38
CICERÓN, 268, 432, 577

Cícladas, 265, 266, 269, 271, 281, 283, 328, 488, 489
Çiçunaga, 615,
ÇIGHRU, 615
Cilicia, 160, 248, 511, 524, 578, 592, 594, 672
CIMÓN, 324, 375
Cirenaica, 240, 675
Cirene, 406
CIRO, 151, 162, 240, 243, 246, 250, 253, 298, 334, 347, 613
Ciropedia, 245, 593
ÇIVA, 628, 690
Claros, 330
CLEOBIS, 338
CLEÓMENES III, 380, 486, 501, 503
CLEÓN, 324, 391
CLEOPATRA, 458, 464, 575
CLEOPATRA THEA, 464
CLÍSTENES, 324, 364, 375, 377
Cnossos, 266, 268, 269, 270, 275, 276-280
Colquidia, 595
Combarelles, 42
Commagene, 233
Cochinchina, 670
condottiere, 474, 491
CONFUCIO, 639, 642, 664, 665
Constitución de los atenienses, 434, 455, 579
Copais (lago), 279
COPÉRNICO, 587
corai, 339, 343
coré, 338
Coré, 403
Corea, 670, 671
Corinto, 315, 317, 328, 340, 343, 383, 392, 442, 453, 489, 675
Cos (isla), 430, 431, 510, 546, 596, 598
cosmopolites, 426
çramana, 674
Cranganore, 676
CRASO, 528
CRATES, 570, 578, 589
Crau, 28
CRESO, 237, 238, 239, 330, 336
Creta. 86, 265, 266, 268, 271, 272, 273, 274, 276, 278, 279, 280, 282, 283, 322, 571
Crimea, 420
CRISIPO, 592
CRITOLAO de Faselis, 589
Crotona, 430, 431
CTESIAS, 257
çudra, 618, 620, 621
çulka, 621
Cumas, 366
cunei, 196
ÇUNGA, 673, 675
curos, **curoi**, 338, 339
curpa, 678
CIBELES, 233, 236, 239, 547
Çutudri, 611
Cynosarges, 426
Dafne, 524,
DAGÓN, 290
daimôn, 476
DAMA de Auxerre, 338
Damasco, 293, 294, 295, 548
DAMÓN de Oa, 400
Daniel (libro de), 294
Danubio, 242
DARÍO I, 149, 240, 242, 243, 244, 245-250, 251, 253, 254, 320, 323, 330, 334, 563, 613, 672, 676
DASA, 615, 625
dâsî, 615, 621
DASYU, 615
DAVID, 296, 297, 299, 301, 302, 303
DEINOMÉNIDES, 366
Deir el-Bahari, 86, 108, 113, 137, 588
Delfos, 326, 328, 330, 337, 338, 341, 360, 361, 401, 402, 411, 492, 495, 496, 498, 542, 557
Delhi, 613
Delión, 351
Delos, 295, 328, 337, 338, 341, 360, 402, 489, 490, 492, 493, 494, 495, 499, 542, 549, 553. 554, 557
DEMETER, 233, 326, 403
DEMETRIO, **Faléreo**, 574, 575, 579
DEMÓCEDES, **de Crotona**, 257, 334
DEMOCRITO, **de Abdera**, 423, 591
demos, 359, 370, 372
DEMÓSTENES, 367, 376, 390, 391, 396, 405, 440, 442, 443, 451, 577, 593
Denderah, 106
Dendra, 282
Deuteronomio (libro de), 304, 305, 307, 308
Diadumeno, 415
DICEARCO de Mesenia, 581
Didima, 552
DÍDIMO, 577
Didymes, 552
DIDYMO, 577
digambara, 687
Diké, 327
Dinamarca, 41
DINARCO, 442
DIODORO Sículo, 70, 85, 151, 213
DIÓCENES, 426, 590
DIÓCENES de Babilonia, 589
dionisíacas, 411, 492

DIONISIO de Halicarnaso, 593
DIONISIO de Siracusa, 351, 439
DIONISIO el Viejo, 366
DIONISIOS Ormestes, 401
DIONISIOS, 326, 329, 330, 343, 403, 408, 435, 436, 543, 544, 547, 548, 560, 562
DIONISIOS-PETOSARAPIS, 520
DIONYSOS (ver DIONISIOS)
Dípylon de Atenas, 313, 339
Dirce, 561
Discóbolo, 415
Djed, 110
DJOSER, 108, 139
Doâb, 611
Doliché, 233, 270, 295, 548
Dordoña, 42
Doríforo, 415
DRACÓN, 324
DUMUZI, 184
Dunkerque, 57
Dura-Europos, 528
Dur - Šarrukin, 209, 210, 214
Dusseldorf, 38
DYAUS, 628
EA, 190
EBILIL, 219
Ebussus, 290
Ecbatana, 246, 539, 676
Eclesiastés, 541
Económica de JENOFONTE, 378
Edfú, 106, 538
Efebo de Atenas, 338
Efeso, 336, 474, 511
ÉFORO, 434
Egeo, 87, 240, 250, 270, 283, 284, 310, 312, 317, 323, 377, 383, 386, 430, 476, 486, 488, 509, 511, 546
Egina, 317, 343, 383
Egipto, 29, 51-59, 61-67, 70-78, 80-88, 91, 92, 93, 94, 96-106, 108, 109, 110, 112, 113, 114, 116, 117, 118, 119, 120, 124, 125, 127, 130, 131, 137, 141, 146, 147, 149, 152, 153, 154, 155, 157, 159, 160, 162, 178, 179, 182, 186, 188, 213, 218, 224, 227, 230, 240, 244, 245, 246, 250, 253, 261, 266, 271, 272, 284, 285, 286, 288, 291, 295, 297, 300, 301, 323, 333, 334, 347, 348, 382, 406, 430, 457, 458, 459, 462, 463, 466, 467, 468, 471, 473, 477, 478, 479, 483, 484, 486, 488, 503-510, 512, 513, 516-520, 524, 525, 526, 527, 529, 531, 532, 533, 538, 540, 547, 548, 550, 567, 572, 575, 605, 671, 672, 674, 675, 710
'Elam (véase Susiana), 160, 198
el-Amarna, 117, 130, 134, 143, 144, 152
Eldorado, 392, 504
Elea, 334
Electra de SÓFOCLES, 438
Elefantina, 104
Elephas meridionalis, 37
Eleusis, 329, 343, 403, 404, 407, 437, 546, 547
ELÍAS, **profeta**, 303
Elis, 360, 384
ELISEO, profeta, 303
ELOHIM, 300
Emesa, 295
EMPEDOCLES, 423
ENLIL, 189, 190, 191
Enuma Eliš, 199
EPAMINONDAS, 367, 380
EPICARMO, 439, 440
EPICURO, 426, 570, 589, 590, 591
Epidauro, 411, 412, 430, 546
Epipaleolítico, 28
epiphanes, 479
Epiro, 366, 458, 459, 579, 675
epistates, 523
Epopeya de GILGAMES, 199
ERASÍSTRATO, 587
ERATÓSTENES, 575, 576, 580, 583, 585, 586
Erecteon, 412, 417
Eretria, 383
Eridu, 190
ERINIA, 437
Eris, 327, 358
E-sag-il, 191, 213
ESCIPIÓN EMILIANO, 582
Ešnunna, 174, 203, 215
ESOPO, 238
España, 348, 383
Esparta, 322, 326, 332, 343, 353, 354, 355, 356, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 368, 373, 379, 380, 384, 385, 386, 388, 394, 397, 402, 407, 451, 452, 455, 493, 500, 501, 502, 571, 580
ESQUILO, 345, 347
ESQUINES, 390, 443
ESTER, 245
ESTRABÓN, 179, 213, 489, 586, 589
E-temen-an-ki, 191, 213
Etiopía, 253
Etolia, 453
Etruria, 340
Eubea, 317, 318, 580
EUCLIDES, 587
EUDOXO de Cnido, 429, 430, 586, 594
evergetes, 460, 479
Eufrates, 59, 67, 68, 157, 159, 160, 181, 182, 184, 190, 204, 208, 209, 212, 215, 229, 231, 272, 281, 285, 294, 511, 528, 529

EUMENES, 476
EUMÉNIDES, 437
EUMEO, 289
eunoia, 460
EURIPIDES, 349, 379, 395, 438, 339, 440, 528, 535, 597
Europa, 28, 31, 32, 38, 40, 41, 44, 45, 202, 209, 240, 243, 272, 283, 290, 295, 317, 476, 560, 584, 605, 670
EURYPONTIDES, 365
EUTÍQUIDES, 545, 559
EVANS, **Sir** A., 268
EVEMERO, 545, 593
EZEQUIEL, **profeta**, 303, 305, 308
'Eṣion - Gueber, 297
Faistos, 266
Faros, 505
Farsalia, 453
Fayum, 91, 505, 518
Fenicia, 83, 108, 109, 233, 281, 469, 483, 484, 508, 511, 524, 527, 563, 564, 567, 600
Fargāna, 698
Ficus glomerata, 626
Ficus indica, 616
Ficus religiosa, 616
FIDIAS, 415, 416, 417, 422, 437, 444, 558, 559
Filípicas, 577
FILIPO II, 451, 453, 457
FILIPO V de Macedonia, 498
FILIPO de Macedonia, 351, 352, 362, 373, 376, 402, 434, 475
FILÓN, 541
FILOPEMEN, 502
FILÓXENO, 562
Focea, 37, 317
Folsom (**yacimiento** de), 41
Font de Gaume, 42
Fontechevade, 31, 37
Fortuna de Antioquía, 562
Francia, 41
Frigia, 233, 332, 406, 529
FRINE, 414
Gad, 545
Gades, 290, 584
Gadir, 290
Gálatas, 560, 561
galaticón, 471
Galia, 348, 449
Gandhara, 613, 671, 675
GANDHARVAS, 628, 690
GANEÇA, 690
Ganges, 566, 611, 613, 673, 676
garhapatya, 623
garta, 626
Génesis (**libro del**), 199, 293
genos, 313
Gibraltar, 29, 38, 289, 290
GIGES, 236, 237, 320
Gigantes, 561
Gigantomaquia, 561
GILGAMES, 186, 218, 221
Gizeh, 137, 142
Gla, 279
Gomal, 611
Gomatî, 611
gopura, 676
GORDIAS, 235
Gordión, 235
GORGIAS, 441
graffiti, 108
grama, 620
gramanî, 620
grammateus, 466
Gran Madre, 406
Grecia, 45, 91, 238, 240, 254, 262, 266, 267, 268, 269, 271, 278, 279, 280, 282, 284, 311, 317, 318, 321, 322, 328, 335, 342, 343, 347, 348, 352, 353, 357, 358, 360, 361, 362, 365, 369, 373, 374, 376, 378, 382, 383, 384, 387, 391, 392, 395, 398, 399, 400, 429, 430, 442, 444, 445, 448, 450, 452, 453, 456, 457, 458, 471, 474, 476, 482, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 494-500, 502, 503, 504, 507, 509, 525, 533, 547, 549, 550, 557, 558, 560, 565, 568, 570, 571, 580, 600, 605, 670
grifo, 680
griha, 625
grihastha, 684, 685
Grimaldi, 40
Grotte de l'Observatoire, 40
Gubla, 286
GUDEA, 185, 212, 218, 219, 220
Gugu, 236
Guib'a, 296
Guilgal, 296
Gupta, 673
Gurnia, 271, 273
guru, 684, 685
Gythium, 386
HADAD, 185, 233, 270, 290, 295, 548
HADAD-BA'AL, 233
HADES, 404, 548
Hagia Tríada, 274
Halys, 229, 236
Hallstatt, 46

Hamat, 293, 295
HAMMURABI, 160, 165, 169, 172, 173, 174, 175, 177, 178, 182, 183, 185, 190, 198, 199, 204, 205, 206, 215, 245, 300
HAMMURABI, **Código de**, 164, 168, 174, 175, 176, 177, 180, 181, 203
HAN, 642, 667, 670, 671, 697, 699, 700, 702, 704, 705, 706, 707
HAN FEI TSE, 639
haoma, 628
Hapu, 108, 588
Harappa, 29, 608, 611
Ḥarran, 189, 190, 293
hasta, 606, 692
HATOR, 104, 105, 106, 134
HATSCHEPSUT, 65, 86, 90, 108, 113, 137, 143, 588
Hatti, 229
HAZAEL, 293
HECATEO de Mileto, 56, 334, 431
Hecatompedon, 342, 343
HÉCUBA, 235
Helesponto, 369
HELIODORO, 540
HELIODORO, **mensajero**, 675
Heliópolis, 63, 66, 112, 114, 116, 120, 122, 134, 150, 152, 295, 398, 566
HELIOS, 452, 489, 553
HERA de Samos, 338
HERACLITO de Efeso, 334, 591
HERAKLES, 414, 560, 590
HÉRCULES, **leyenda** de, 199
HERIHOR, 80, 86
HERMES, 401
Hermes Azara, 559
Hermópolis, 112, 113
HERÓDOTO, 56, 96, 101, 104, 126, 139, 151, 179, 180, 185, 213, 237, 239, 242, 243, 248, 256, 327, 382, 392, 400, 422, 431, 432, 433, 568
HERÓFILO, 587
HERÓN, 584
HERONDAS, 573, 592, 598
HESÍODO, 312, 315, 327, 329, 332, 358, 380, 390
Heu-T'u, 661, 662
hi, 654
HIA, 640
hiang, 652
HIAO de TS'IN, 653
hierón, 411, 412
HIERON II, 583, 596
Himalaya, 38, 611
Himera, 366
HIONG-NU, 670, 672, 698, 699
HIPARCO, 586, 587
Hiparchias, 570
HIPOCRATES, 257, 430, 598
HIPPODAMOS de Mileto, 209, 400
HIPERIDES, 443
HIRAM de Tiro, 288, 297, 298
Hissarlik, 272
ho-kin, 656
HOMERO, 272, 327, 331, 548, 594
Homo faber, 37
homoioi, 363
Homo Sapiens, 31, 37, 38
Ho-nan, 640, 642
HORACIO, 591
HOREMHEB, 79, 98, 117
HORUS, 63, 106, 109, 110, 111, 112, 120, 125, 127, 128, 143, 459, 539
HORUS-RA, 63, 64, 459
Hou, 69
huen, 649, 654, 657, 662
hypsistos, 548
Ialú, 123
Iberia, 290
Ida, 506
Ili, 670
Iliada, 235, 236, 279, 331
IMHOTEP, 108, 139
Imperio Romano, 55, 109, 154, 288, 455, 473, 575, 709
India, 33, 45, 181, 247, 248, 249, 253, 256, 510, 566, 567, 584, 585, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 615, 617, 623, 628, 632, 634, 638, 665, 667, 669, 670, 671, 672, 673, 674, 675, 687, 694, 697, 699, 709, 710
Índico (**océano**), 510, 586
Indo, 29, 44, 86, 182, 240, 242, 249, 510, 566, 608, 611, 613, 669, 671, 676
Indochina, 603, 604, 670
Indonesia, 31
INDRA, 628, 682, 690
Inglaterra, 41
Insulindia, 670
invidia, 367
IPUR, 69
Irán, 39, 45, 196, 227, 232, 240, 242, 243, 244, 249, 251, 252, 253, 458, 473, 488, 510, 511, 525, 532, 539, 567, 584, 611, 625, 627, 628, 632, 672, 687, 699
ISAÍAS, 303, 305
isegoria, 269
ISEO, 389, 442
Isin, 174

ISIS, 89, 109, 111, 150, 154, 406, 547, 548, 549
Islam, 27, 33
Islas Británicas, 584
ISÓCRATES, 383, 400, 434, 442, 443, 574, 593
isonomía, 371
Israel, 250, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 308
Issos, 563
ISTHAR, 163, 186, 188, 189, 190, 192, 209, 223, 232, 290
ISTHAR de Arbelas, 189
Italia, 234, 317, 318, 334, 383, 420, 429, 449, 482, 489, 493, 495, 559, 582, 598
Italia del Sur, 281, 316, 318, 342, 348, 358, 366, 382, 387
Itaca, 283
JACOB, 293
Jamna, 611
jana, 620
Japón, 27, 670
Jasón, 595
Jâtaka, 689
Java, 38, 60
JENÓFANES de Colofón, 334
JENOFONTE, 245, 355, 357, 378, 386, 394, 397, 434, 593
JEREMÍAS, 303, 305, 308
JERJES, 237, 242, 256, 392, 401
Jerusalén, 250, 296, 297, 298, 301, 302, 304, 480, 539, 540
JESÚS, 294
JONATÁN, 299
Jonia, 239, 253, 317, 326, 330, 333, 334, 339, 342, 423, 489
José, 89
JOSÍAS, 304
Judá, 298, 302, 304
Judea, 471
JÚPITER Dolichenos, 233
ka, 102
Kabul, 611
Kâçî, 613
Kadesh, 67
Kalinyar, 674
KAMA, 690
kamandalu, 678
KANVA, 673, 675, 676
kapeloi, 237
Kapiça, 613
Karawanken, 28
karman, 630, 631, 691, 692, 693
Karnak, 80, 86, 98, 99, 134, 135, 136
Kart-hadašt, 289
kashaya, 688
Kauçambî, 613
KEFALÓN, 530
KEFRÉN, 139, 140, 143
KEOPS, 139
Khorsabad, 209, 211, 213, 214, 215, 218, 220
ki, 657
KIA YI, 706
kibebe, 233
Kisil-Irmak, 299
KIDENAS O KIDINNOU, 586
kin, 647
k'in, 647
king, 638
k'ing-che, 643, 651
K'ing-wang-tchai, 640
kin-wen, 705, 706
Kiš, 160
Kition, 567
Koçala, 613
koiné, 569
koinón, 452
K'ONG KIE, 664
KONG-SOUEN YANG, 639
kong t'ien, 646
Kozloff, 670
Krapina, 39
KRISHNA, 690, 691
krishnala, 617
Krumu, 611
kshattri, 620
kshatriya, 618, 619, 620, 625, 627, 631, 674, 681, 683, 684, 685, 687, 692
kuan, 657
KUANG WU-TI, 699
kubaba, 233
KUBERA, 690
kudurru, 220
kudya, 626
kuei, 661, 662
kumbha, 678
kundikâ, 678
Kurram, 611
kuru, 611
KUSANA, 673
kutha, 189
ku-wen, 705, 706
labrys, 270, 273
Lacedemonia, 350, 359

Lagaš, 160, 172, 173, 181, 185, 189, 191, 220
LAGIDAS, 458, 459, 462, 512, 514, 516, 517, 520, 529, 530, 543, 566, 583
Lampadedromía, 408
LAOCOONTE, 561
LAODICEA, 521, 523
laoi, 531
Lao-tse, 639
Lápitas, 414
Larsa, 187
Lascaux, 37, 42
Las Nubes, 425
La Pileta, 42
La Tére, 46
Laurion (minas de), 384, 386, 387, 391, 499
La vida de Grecia, 58
Leningrado, 420
LEONIDAS, 363
Lessing, 561
LEUCIPO, 423
Leuctra, 351, 353, 373
Levante (España), 42
LEVÍ (tribu de), 300
li, 646, 661
Líbano, 212, 253, 285, 286, 289
Líbano (Anti-Líbano), 286, 293
Libro de la Sabiduría, 219, 541
LICOFRÓN, 595
Lidia, 239, 240, 246, 332, 333, 529
Lie tseu, 639
LIEU HIANG, 706
lieu k'ing, 651
Lieu Sieu, 699
Li ki, 639
LISANDRO, 367, 406, 457
LISIPO, 418, 419, 558, 559
Lituus, 233
Lócrida, 570
lokapala, 690
Los trabajos y los días, 332, 390
Lo-yang, 699
LUCIANO, 291
LUCRECIO, 423
ludu, 236
Luxor, 134, 135
LISIAS, 389, 442, 487, 593
MAAT, 69, 116, 122, 123, 125
MACABEOS, 299, 532, 541
Macedonia, 244, 366, 379, 443, 444, 448, 451, 458, 459, 463, 466, 468, 470, 473, 474, 475, 476, 502, 507, 557, 567, 675
Madhadeça, 613
Magadha, 613, 674, 675
MAGAS de Cirenaica, 567
Magna Grecia, 430
Magnesia del Meandro, 522, 542
Mahabharata, 691
mahâvedi, 627
Mahavira, 614, 631
Malabar, 671
Malia, 266
Mâlva, 675, 676
Mallos, 578, 589
Manavadharmaçâstra, 689
mandala, 609
MANETÓN, 548
mantra, 629
Manzanares, 40
Maratón, 367, 411, 437
MARCO AURELIO, 592
MARDUK, 190, 191, 199, 213
Marey, 276
Mari, 104, 160, 215, 216, 219, 222
maria, 231
marianni, 231
MARIETTE, 143
Marmaria, 412
Mar Muerto, 568
Mar Negro, 248, 272, 317, 323, 347, 357, 382, 384, 420, 488, 509, 511, 670
Marsella, 317, 348, 449
MARSIAS, 415
MARÓN, 520
MARUT, 628
mastaba, 137
Match-ang, 640
MAUER, homínido de, 38
MAURYA, 613, 669, 671, 673, 674, 675, 676, 693
Mausoleo de Halicarnaso, 417
Meandro (río), 317
Medea, 595
Media, 160, 216, 243, 246, 254
Médicas, 240
Mediterráneo, 29, 51, 160, 229, 233, 234, 235, 249, 265, 266, 267, 269, 272, 277, 280, 284, 285, 290, 292, 294, 297, 310, 312, 325, 347, 380, 382, 393, 400, 458, 485, 488, 495, 503,509, 510, 511, 526, 567, 586, 671
Mégara, 317, 332
mégaron, 283, 335
MEGÁSTENES, 566, 672, 674, 676, 683, 687
Megiddo, 67
mei-che, 649
Melkart, 290
Melos, 266, 271
Memfis, 62, 63, 64, 73, 104, 112, 126, 138, 140, 150, 242, 459, 548

MEMNON, 142, 213
Ménade, 417
MENANDRO, 440, 567, 592, 597, 598, 675
MENCIO, 639
Mendes, 105
MENES, 61, 62
MENIPO, 590
MENTUHOTEP, 137
MERIKARE, 79
MERMNADAS (**dinastía**), 236, 237, 239, 317
Mesenia, 380
Mesopotamia, 29, 44, 51, 52, 53, 54, 70, 147, 150, 152, 155, 156, 157, 159, 160, 162, 164, 178, 180, 182, 183, 185, 189, 190, 194, 195, 196, 199, 201, 202, 208, 210, 218, 227, 229, 230, 231, 240, 244, 266, 271, 285, 286, 293, 294, 297, 301, 511, 525, 528, 710
Micenas, 267, 268, 278, 279, 280, 281, 282, 284
MIDAS, 235
mignón, 477
MIGUEL ÁNGEL, 561
MIKERINOS, 139, 140
MILCÍADES, 324, 367, 375,
miles, 355
Mileto, 238, 317, 323, 399, 511, 552, 553
MILINDA, 567
Minet-el-Beida, 281, 285
ming, 656
Ming t'ang, 636, 637, 651, 660, 700
ming-yi, 657
MINOS, 266, 269, 270
MINOTAURO, 269, 273
MIRÓN, 415
misthoi, **misthos**, 381, 389, 390, 391, 409, 455, 456, 491
Mitanni, 229, 234
MITRA, 232, 251, 256, 628, 690
MITRÍDATES, 449, 490, 521, 530
Mitspa, 296
Mneris, 105
Moeris (**lago**), 91, 104
Mohenjo-Daro, 29, 608, 611
MOISÉS, 300, 304, 306, 566
moksha, 630, 692
molk, 291
MOLOCH, 291
Mónaco, 40
Mongolia, 510, 670, 671, 675, 699
MONG TSEU, 639
Monte Argeo, 182
Monte Circeo, 39
Montes Celestes, 670
Mot, 290, 291
Mo TI, 639, 665
Mo TSEU, 639, 665
Moustier, **Le**, 39
mu, 653
mudrâ, 606, 692
murex, 271, 288
Mushku, **Mushkas**, 235, 293, 294
Muttrapaleón, 688
Muziris, 671
NABIS, 380, 501, 502, 503
NABONID, 185
NABU, 214
NABUCODONOSOR, 168, 182, 190, 209, 216, 223, 250, 298
NAGA, 690
NAGASENA, 567
Naks-i-Rustem, 254
nâma, 606
NANDA, 613, 674
Nankín, 699
NARAM-SIN, 164
Náucratis, 87, 317, 517
Naulette, La, 39
NAUSICA, 395
Neandertal, 31, 37, 38, 39, 40
NEARCO, 249
nebi'im, 303
NECAO, 289
NEFERTITI, 144
NEKHTSAPHIS, 520
Nemea, 328
Némesis, 432
Neolítico, 34, 37, 40, 46, 265
Nepal, 604
NERGAL, 189
Ngan-yang, 640
Niaux, 42
NICARCO, 530
NICIAS, 386, 391
niksha, 617
Nilo, 44, 56, 57, 59, 63, 66, 68, 69, 70, 73, 82, 87, 91, 94, 108, 110, 126, 127, 140, 142, 146, 150, 157, 178, 213, 272, 316, 317, 458, 486, 505, 506, 512, 538, 550, 553, 554, 562, 585
Nínive, 163, 167, 189, 199, 206, 209, 216, 222, 240
Nióbides, 561
Nippur, 189, 201, 202
nirvâna, 631
nomoi, **nomos**, 363, 364, 366, 367, 371, 424
nomos empsychos, 461
nong, 649
noseband, 679
nous, 423
Nubia, 67, 73, 76, 80, 83, 86, 88, 114
Numidia de Masinisa, 485

Odisea, 87, 199, 289, 329, 331
oikoumené, 586
oligantropia, 497, 499, 501
Olimpia, 328, 341, 358, 360, 384, 402, 411, 416, 542, 557
OLIMPIAS, 464
Olimpo, 405, 542
Olinto, 395, 554
ORESTES, 437
ORFEO, 329
Orontes (río), 293, 559
OSARAPIS, 548
OSÍAS, profeta, 303, 305
OSIRIS, 63, 89, 109, 113, 120, 123, 125, 128, 134, 142, 547
OSIRIS-APIS, 548
ostraca, 70, 149
Ourga, 670
OVIDIO, 594
Oxus, 670
Pacífico, 44, 634
Paleolítico, 28, 29, 30, 31, 34, 36, 40, 41, 42
Palestina, 67, 266, 290, 294, 295, 298, 300, 516, 524, 530, 532, 540, 567, 568, 569
Panateneas, 328, 407-408, 416, 420
Pan-chan, 640
PANECIOS de Rodas, 592
Panhasios, 419
PANI, 615
PAN TCH'AO, 699
PANCALA, 611
Pañjab, 567, 611, 671, 672, 675, 676
p'ao, 705
Pârkham, 696
Parpalló, 42
Partenios, 594
Partenón, 399, 408, 414, 416, 417, 444, 552, 559
Pasárgadas, 246, 253
PASCUA, LA, 301, 302
Pasiega, La, 42
Pâtaliputra, 566, 608, 613, 672, 674, 675, 676
Pa tcha, 655
Patna (véase Pâtaliputra)
Pactolo (río), 237
PAULO EMILIO, 557
PAUSANIAS, 368
pean, 544
Pebble-culture, 38
Pekín, 27, 38, 670
PELLA de Macedonia, 537
PELÓPIDAS, 367
Peloponeso, 266, 268, 278, 282, 317, 328, 342, 349, 356, 357, 367, 373, 375, 383, 385, 286, 390, 391, 412, 417, 429, 433, 440, 453, 500, 501, 570
pen, 649, 654
Península Ibérica, 289, 290
PENTAUR, poema de, 67
Pentélico, 414
PEPIS I, 142
peplos, 328, 339, 408
per âa, 72
Pérgamo, 458, 469, 508, 537, 552, 555, 556, 559, 560, 561, 564, 565, 575, 576, 578, 580, 589
Peri basileias, 455
PERICLES, 324, 364, 367, 373, 375, 376, 377, 389, 390, 391, 395, 396, 399, 400, 401, 406, 407, 409, 417, 419, 422, 431, 438, 439, 441, 443, 497, 558
Perpiñán, 57
Persas, 437, 561
Persépolis, 246, 249, 254, 255, 256, 672, 676
Persia, 203, 241, 244, 246, 254, 256, 349, 483, 538, 539, 566, 670
Pérsico (golfo), 86, 160, 180, 510, 511
Peshawar, 613
Pesinuonte, 233, 236
PETOSIRIS, 550
Phoros, 470
Pilos de Mesenia, 268
PÍNDARO, 343, 379, 434, 451, 568
Piñar, 39
Pireo, 209, 292, 383, 392, 393, 394, 399, 406, 409, 488, 547, 554, 598
Pirineos, 40
PIRRO, 458, 557, 579
PIRRON, 590
PISISTRATES, 324
PISÍSTRATO, 322, 343, 368, 407, 552
PITÁGORAS, de Samos, 333, 334
PITEAS, 584, 585, 586
Pitecantropo, 37, 38
Pitonisa, 330, 361, 401
pitri, 629
Platea, 347, 368
PLATÓN, 143, 152, 252, 256, 270, 359, 363, 597, 406, 423, 426, 427, 428, 429, 443, 573, 574, 589
PLAUTO, 440, 597
PLINIO el Viejo, 525
PLUTARCO, 109, 401, 583, 635
po, 653
p'o, 662
Poema de la Creación, 190, 199
POLIBIO, 384, 490, 491, 492, 497, 498, 502, 519, 545, 557, 572, 581, 582, 593

POLICLETO, 415
POLIGNOTO, 419
polis, 359, 361, 362, 363, 366, 367, 374, 376, 377, 404, 407, 410, 411, 416, 417, 424, 425, 426, 433, 443, 448, 450, 451, 452, 453, 454, 455, 457, 469, 470, 522, 525, 534, 535, 564
politeiai, 454
Pompeya, 493, 554, 562, 670
Pondichery, 670, 688
Ponto, 348, 458, 490
Ponto-Euxino, 347, 670
Portel, 42
POSEIDÓN, 326, 328, 416
Posidonia, 342
Potemkim, 522
pradakshinâ, 695
PRAJAPATI, 628
prâna, 633
PRAXISTELES, 417, 559
Preguntas de Milinda, 567
Prehistoria, 27, 33, 35
PRÍAMO, 235
Priene, 553
PRITHIVÎ, 628
Procónsul Major, 38
PROMETEO, 437
Propíleos, 419
PROTÁCORAS de Abdera, 400, 424
Proverbios, 299, 306
Próximo Oriente, 29, 44, 45, 49-54, 67, 85, 153, 203, 227, 247, 272, 285, 294, 295, 709
pschent, 62, 64
psèphismata, 363
PTAH, 105, 112
Ptolomaida, 517
PTOLOMEO, 151, 459, 477, 517
PTOLOMEO I, 478, 548, 566, 570, 579, 598
PTOLOMEO II, 461, 464, 513, 541, 548, 553, 567, 575, 596
PTOLOMEO IV, 553
PTOLOMEO FILADELFO, 595
PTOLOMEOS, 69, 85, 96, 113, 458, 510, 512, 521, 567 y **siguientes**
pûjâ, 689, 692
Punt, 67, 86
pur, 625
purna kalaça, 678
purohita, 619, 683
PURUSHA, 629
PUSHÂN, 628, 690
Pydna, 471
PYRCOPOLINICIO, 491
PYTHICA, 343
PYTOCLEIDES de Ceos, 400

Quadaš (oasis), 300
Queronea, 351, 352, 444
Quina, 39
RA, 63, 64, 65, 66, 69, 112, 113, 116, 120, 121, 122, 125, 126, 150, 459
RA-HORUS, 63
Râjagriha, 613, 676
râjanya, 618
rajasûya, 619, 624
RAKSHASA, 628
Râma, 296, 685
Ramayana, 685
RAMMON, 295
RAMSÉS, 64, 80
RAMSÉS II, 55, 63, 64, 66, 67, 90, 99, 105, 136, 137, 143, 144, 292
Rhacotis, 516, 548
RIBHU, 628
Rigveda, 251, 609, 623, 684
rishi, 608, 623, 632
Rodas, 316, 451, 452, 488, 489, 490, 508, 509, 537, 553, 559, 561, 565, 593
Rojo (mar), 67, 86, 289, 297, 505, 511, 585
Roma, 48, 195, 233, 292, 295, 369, 370, 387, 449, 451, 453, 454, 456, 458, 462, 468, 470, 471, 475, 481, 489, 490, 495, 496, 498, 502, 503, 511, 520, 524, 525, 528, 532, 541, 549, 555, 564, 569, 582, 584, 589, 590, 593, 594, 600, 671, 699, 709, 710
Roseta, **piedra de**, 268
Rouffignac, 42
RUDRA, 628
Rumania, 640
Rusia, 347, 383, 420, 482, 611, 640
Saba, 297
sabaot o **sabbat**, 548
SABAZIO, 548
sabhâ, 620
sadas, 627
SAFO, 333
Sakkara, 139
Sais, 62, 85, 141, 149, 245
Sâkchî, 675
Salamina, 256, 318, 345, 347, 367, 401, 437
SALOMÓN, 288, 296, 297, 298, 299, 301
Sâman, 684
Samaria, 298, 302
Samaveda, 609
samdhayâ, 686
samhitâ, 608, 609
samiti, 620

SAMMON-RAMAT, 171
samnyain, 684, 686
Samos, 333, 335, 353, 505
samsara, 629, 630, 631, 691
samudra, 611
SAMUEL, 296
SAMUEL II, 299
Sandia (**yacimiento de**), 41
SANDRAOCOTO, 673
SANDROGYPTOS, 673
Sanchi, 675, 677, 695
Sarasvati, 611
Sardanapalo, 209
Sardes, 237, 238, 239, 240, 246, 253, 317
SARGÓN II, 209, 210, 211, 215, 220, 295, 298
SARGÓN el Viejo, 160, 161, 163, 164
SARGÓNIDAS, 160, 190
Sarsûti, 611
SATÁN, 308
Sátira de los Oficios, 94, 97, 99
Satlej, 611
SAÚL, 296, 299
SCOPAS, 417, 559
SCYLAX de Caria, 249
SCHLIEMANN, 282
sed, 126
Seleucia de Babilonia, 475
Seleucia de Eulaios, 528
Seleucia del Tigris, 511, 522, 525
Seleucia de Pieria, 511
SELEUCIDAS, 299, 458, 459, 462, 511, 512, 516, 521, 566
SELEUCO I, 522, 674
SELEUCO II, 509, 521, 566, 567
SELEUCOE, 586
SELEUCOS Nicator, 674
Selinunte, 335, 338, 342
SEMÍRAMIS, 171
senânî, 620
SENAQUERIB, 209
Serapeion, 548
Serapeum, 104
SERAPIS, 109, 548, 559, 575, 587
serdab, 137, 139, 145
SESOSTRIS III, 143
SETH, 109, 110, 122, 125
ŠAMAS, 164, 174, 188, 189, 203, 204, 300
Sothis (estrella Sirio), 150
SHUTRUK-NAKHUNTE, 203
Sia, 69
Siberia, 44, 640
Sicilia, 281, 289, 292, 317, 318, 320, 322, 335, 342, 348, 351, 358, 366, 382, 383, 387, 420, 449, 485, 489, 500, 598
Sicyone, 338, 343
Sidón, 286, 289
Siete-Ríos, 611
Sifnos, 337, 338
SILA, 490
SIMBAD, 153
SIN, 185, 188, 189, 295
Sinaí, 67, 76, 83, 88, 300
Sinantropo, 37, 38
Sindh, 611, 613
Sión, 297, 302
Sippur, 189
Siracusa, 318, 348, 351, 366, 382, 391, 421, 426, 439, 441, 442, 458, 583
Siria, 67, 83, 108, 114, 155, 160, 181, 212, 233, 250, 285, 287, 292, 293, 294, 295, 406, 458, 483, 484, 488, 508, 511, 522, 524, 528, 532, 567, 600, 671, 674, 675
Sîtâ, 685
SIUAN-TI, 699
SIUN K'OUANG, 639
Siwalick Hills, 38
SKANDA, 690
SÓCRATES, 341, 355, 363, 395, 396, 397, 398, 401, 406, 422, 425, 426, 428, 429, 438, 589
SÓFOCLES, 404, 422, 437
Sogdiana, 253, 670, 671
SOLÓN, 321, 322, 324, 332, 375, 376, 407
soma, 617, 624, 628
Sone (río), 613, 676
SOSASTROS de Cnido, 553
sôter, 460, 479, 546
sseu-k'ong, 651
sseu-ma, 651
SSEU-MA-SIANG-JU, 706
SSEU-MA-TS'IEN, 706
sseu-t'ien, 646
sseu-t'u, 651
stambha, 621
Sterculia urens, 686
sthapati, 620
sthûnâ, 626
sthûnârâja, 626
stûpa, 626, 677, 694, 695
su, 649
Subartu, 160
Sudán, 510
SUEI, 699
Suez, 59, 67, 76, 86, 249, 505
Sumatra, 603
Sumer, 157, 160, 219
surâ, 617
Susa, 198, 203, 243, 244, 246, 247, 253, 254, 255, 256, 521, 528, 676
Susiana, 180, 198, 240, 244, 471, 525, 539
SÛRYA, 628

sûta, 620
sútra, 609
Swanscombe, 37
Swat, 611
Sybaris, 317
Siene, 585
Synedrion, 298, 469
Syracosia, 583
t'ai-che, 652
tai-fu, 650, 652
Taksaçîlâ, 613
TALES de Mileto, 238, 333
TALIÓN, 204
Támesis, 40
TAMMUZ, 184
Tanagra, 422
T'ANG, 699
Tanis, 141
Tao, 636, 637, 638
tao-tô, 650
Tao-tô king, 639
Tarento, 318, 334, 383, 429, 474
Tarim, 699
tartan, 166
Tarteso, 290
tati, 72
Taxila, 671, 672
TCHANG K'IEN, 698
Tch'ang-ngan, 642
TCHAO, 642, 697
TCHENG, 697
Tch'eng-tu, 699
Tcheou, 639, 660
tcheu, 653
TCHEU, 641, 642, 643, 644, 645, 646, 647, 649, 651, 653, 660, 661, 662, 664, 666, 697, 700, 701, 706
Tcheu li, 639
TCHONG-NI, 664
tchong-tan-yi, 705
TCH'U, 642, 646, 697
Tchuang tseu, 639
tchuen ts'ieu, 638
Tebas, 62, 63, 73, 79, 86, 104, 106, 108, 113, 116, 122, 134, 140, 141, 242, 268, 352, 361, 362, 373, 402, 451
Teeteto, 429
Teognis, 319, 332
TECLAT-FALASZAR I, 198
Tello, 220
TEMÍSTOCLES, 324, 367, 401, 440, 597
Tenaro (**cabo**), 474
TEÓCRITO, 569, 570, 595, 596, 598
TEOFRASTO, 587
TEOGONÍA, 332
TEOPOMPO, 434
TERENCIO, 440
Termópilas, 363
Termos, 557
Ternifine-Palikao, 38
Tesalia, 283, 362, 379, 453, 563
TEŠUB, 233, 270
Thecel, 209
TEÓN, 562
theos, 477, 548
Thinis, 62
tholoi, 412
tholos, 411
THOT, 106, 112, 122, 149
Tibet, 38, 604
Tigris, 157, 159, 160, 182, 184, 208, 209, 231, 294, 511, 530
Til-Barsib, 208, 216, 222
TIMÓN, 590
Tirinto, 267, 278, 279, 280, 283, 284
Tiro, 286, 288, 290, 510
Titanes, 329
TONG TCHONG-CHU, 706
Tonkin, 672, 699
Torah, 306, 307
torana, 676, 677
Toro FARNESIO, 561
Torre de BABEL, 213
Tracia, 230, 235, 240, 326, 329, 366, 406, 549
TRAJANO, 699
Transjordania, 297
Tratado de los jardines, 507
TRIMURTI, 690
Trinil, 38
Troya, 142, 236, 267, 272, 283, 284, 337
tseu, 657
TSIN, 642, 647
TS'IN, 642, 645, 646, 647, 697, 699
TS'IN CHE-HUANG-TI, 669, 671, 697, 698, 699, 700, 703, 705
tsing, 646
ts'iuan, 647
ts'iuan-fu, 652
TUCÍDIDES, 269, 315, 364, 376, 390, 395, 407, 432, 433, 434, 441, 444, 580
Tuen-huang, 671, 672, 698
tumuli, 238, 677
Turena, 29
Turquestán, 45, 240, 242, 249, 510, 511, 584, 604, 670, 671, 699
turtanu, 166.
TUT-ANKH-AMON, 117, 146
TUT-ANKH-ATON, 117

TUTMES II, 65
TUTMES III, 59, 67
TYCHE, 476, 545
Ucrania, 640
udûha, 626
udumbara, 626
Ugarit, **Ras-Samra**, 271, 281, 285, 286, 288, 291
ukha, 627
Ucrania, 640
ULISES, 153, 283, 331
upanishad, 608, 609, 614, 623, 629, 630, 691,
'Ur, 160, 174, 180, 181, 185, 186, 189, 190, 203, 207, 213
'Ur de Caldea, 171, 185, 189, 295
Urales, 41
'Ur-Nammu, 203
539, 550
uttarîya, 687
Vafio, 282
vâhana, 690
vaiçya, 618, 620, 684
vâjapeya, 624
valkala, 687
vamça, 626
Van (lago), 160
vânaprastha, 686
Varanâti, 613
varna, 606, 611, 615
VARUNA, 628, 690
VATA, 628
VÂYU, 628
Veda, 608, 609, 620, 682, 684, 685, 686
Vedanta, 608, 609
vedikâ, 677
Venus de Milo, 560
viç, 620
Victoria de Samotracia, 560
VICVAKARMAN, 629
Videha, 613
Vidiça, 675
Vi-king, 638
vînâ, 624, 678
Vindhya, 613
VIŠNU, 628, 690, 691
VRITRAHAN, 628
VRITHRACNA, 628
wang, 643
WANG-MANG, 699
Waziristan, 611
Wei, 642, 699
wei-chu, 706
wen, 640
Wen, 660, 663
wu, 654
Wu, 698, 699
Würm (glaciación), 38, 40
WUWANG, 642
XANTHO, 238, 251
YAHVE, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 547
Yajurveda, 609
Yajus, 684
YAKSHA, 690, 696
YAMA, 629, 690
Yamunâ, 611, 613
Yang, 636, 637, 638, 665
Yang-chao, 640
Yang de Wei, 653
YANG HIONG, 706
yava, 616
Yebail, 286
YEN, 697
Yi li, 639, 649
Yin, 636, 637, 638, 665
YIN WEN TSEU, 639
yoga, 684, 691
YUE-TCHE, 670, 672.
Yun-nan, 698
Zagros, 160, 229, 240, 254
Zenŷirli, 293
ZENÓN, 567, 588, 592
ZEUS, 326, 328, 329, 337, 406, 411, 416, 447, 540, 543, 545, 548, 560, 561
ZEUS Damascenos, 548
ZEUS Dolichenos, 233, 548
ZEUS Olímpico, 328, 336, 403, 540, 552
ZEUS Sôter, 552
ZEUXIS, 419, 557
ZIGURAT, 211, 212, 213, 215, 216
ZOROASTRO, 251, 252, 549

ÍNDICE DE MAPAS Y PLANOS

	Págs.
1. Sinopsis cronológica del desarrollo de los tiempos prehistóricos.----------	36
2. Algunas de las principales estaciones prehistóricas de la Península Ibérica.-------	39
3. Yacimientos arqueológicos del occidente de Europa que han dado nombre a culturas prehistóricas.----------	43
4. Principales estaciones prehistóricas de Les Eyzies----------	45
5. Área de expansión de la economía alimenticia del Oriente Medio, a partir de 6.000 años a. de J. C.----------	47
6. Egipto----------	58
7. Ciudad egipcia del Imperio Medio----------	132
8. Templo solar construído por el rey Neuserre.----------	133
9. La región de Tebas.----------	135
10. Plano del Templo de Khonsu----------	136
11. La región de Memfis----------	138
12. Templo funerario de Kefrén.----------	140
13. Plano del hipogeo de Amenofis II.----------	141
14. Mesopotamia.----------	156
15. Extensión del imperio asirio en tiempos de Aššurbanipal----------	161
16. Plano de Nippur----------	202
17. La ciudad de Aššur poco antes de su destrucción a fines del siglo VII a.d.C-----	208
18. Dur-Šarrukin ("Muro de Sargón"), actualmente Khorsabad.----------	214
19. Babilonia en vísperas de la conquista persa.----------	221
20. Los Imperios de Asia Anterior a mediados del siglo vi antes de J. C.----------	236
21. Extensión del imperio persa a principios del siglo v antes de J. C.----------	241
22. La región de Persépolis----------	255
23. El mundo egeo----------	263
24. El palacio de Tirinto----------	281
25. Canaán y Siria----------	287
26. Templo de Artemisa en Éfeso----------	335
27. El Hecatompedon de la Acrópolis de Atenas----------	342
28. Atenas y El Pireo en el siglo Iv antes de J. C.----------	393
29. Plano del Altis, recinto sagrado de Zeus, en Olimpia .----------	413
30. La Acrópolis de Atenas a fines del siglo Iv antes de J. C.----------	418
31. Alejandría helenística----------	506
32. Plano de Laodicea marítima, fundación seléucida----------	523
33. Casa helenística en Priene (Laria)----------	553
34. Pérgamo helenístico----------	556
35. El meridiano de Alejandría, según Eratóstenes----------	585
37. La India brahmánica antes de los Maurya.----------	607
36. La India en los tiempos pre-arios. La civilización hindú----------	610
38. La India bajo los Maurya----------	612
39. China en la época de la caída de los Han.----------	641

INDICE DE ILUSTRACIONES EN COLOR

I. EL TORO NEGRO DE LASCAUX.
Detalle de la pintura mural situada en la pared izquierda del diverticulo de la cueva de Lascaux.

II. PINTURAS ESQUEMÁTICAS DE LA PILETA.
Detalle de las pinturas murales encontradas en la cueva de La Pileta de la provincia de Málaga. (Foto Eduardo Ripoll Perelló.)

III. MUJERES NOBLES.
Detalle de una pintura en la tumba tebana de Naklit de la XVIII dinastía, hacia 1425 antes de J. C. (Foto Eduardo Ripoll Perelló.)

IV. CARPINTEROS TRABAJANDO.
Detalle de una pintura en la tumba de Nebamon y Ipouky en Tebas. Hacia 1350-1300 antes de J. C.

V. LEQUITO FUNERARIO ÁTICO.
Siglo VI antes de J. C. (Museo Arqueológico de Barcelona. Foto Ramón Dimas.)

VI. VASO ÁTICO DE FIGURAS ROJAS.
Siglos VI-V antes de J. C. (Museo Arqueológico de Barcelona. Roto Ramón Dimas.)

VII. GUERRERO GRIEGO EN BRONCE.
Hacia 450 antes de J. C. Figurilla encontrada en Son Gelabert de Dalt, de Sineu, Mallorca. (Museo Arqueológico de Barcelona. Foto Ramón Dimas.)

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES EN NEGRO

1. Friso de los ciervos negros de Lascaux.
Pintura que adorna la pared derecha de la nave mayor. Gruta de Lascaux (Dordogne).
(Foto Fernand Windels.)
2. Uno de los bisontes de Altamira.
Pintura mural de la Cueva de Altamira, en la provincia de Santander.
(Foto Laborie.)
3. La Dama blanca de Damaraland.
Pintura que adorna un refugio de Tsirab Ravine, Brandberg, Damaraland (África del Sur).
(Cliché Scherz, comunicado por el abbé H. Breuil.)
4. Galería cubierta de Romanyà.
Monumento correspondiente a la cultura de los dólmenes pirenaicos.
(Foto Luis Esteva.)
5. La pirámide escalonada de Sakkara (Egipto). III dinastía.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
6. Las pirámides de Gizeh. IV dinastía.
De derecha a izquierda: pirámides de Khefrén y Keops.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
7. La esfinge de Gizeh.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
8. El viaje del muerto a Abydos.
Bajo relieve de la mastaba de Akhuthotep. V dinastía. Museo del Louvre.
(Foto Archivos fotográficos de Arte e Historia.)
9. Los colosos de Memnón. XVIII dinastía.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
10. Templo funerario de Hatshepsut, en Deir el-Bahari, XVIII dinastía.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
11. El templo de Amenofis III, en Luxor. XVIII dinastía.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
12. El almuerzo de la princesa.
Placa calcárea procedente del palacio del norte, en el-Amarna. XVIII dinastía.
Museo del Cairo.
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
13. La sala hipóstila de Karnak. XIX dinastía.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
14. Templo de Amón, en Karnak. Gran pilón y avenida de esfinges.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)

INDICE DE ILUSTRACIONES EN NEGRO

15. Seti I y la diosa Hathor. Bajo relieve policromado procedente del sepulcro de Seti I en el valle de los Reyes, Tebas. XIX dinastía. Museo del Louvre. (Foto André Vigneau, ed. Tel.)
16. El templo de Seti I en Abydos. XIX dinastía. (Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
17. Los colosos del templo rupestre de Abu-Simbel. XIX dinastía.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
18. Restos del templo funerario de Ramsés III en Medinet-Habre, cerca de Luxor.
(Foto de Eduardo Ripoll Perelló.)
19. El Rameseum, templo funerario de Ramsés II, en Tebas. XIX dinastía.
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
20. Templo de Khonsu, en Karnak. Entrada al recinto (época griega); detrás, los pilones (XX dinastía).
(Foto Boissonnas, ed. Paul Trembley.)
21. Ur-Nanshe, rey de Lagaš, y su familia (hacia 2800 a. J. C.). Museo del Louvre.
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
22. Los sumerios de Lagaš, conducidos por su rey Eannatum, en formación de combate, pisoteando cadáveres (siglo XXVIII a. J. C.). Museo del Louvre
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
23. Cabeza en yeso procedente de Mari.
Se supone que representa un alto funcionario o un rey. Siglo III a. J. C. Altura 0,137 m. Templo de Ischtarat.
24. Pequeña estatuilla de Gudea (hacia 2400 a. J. C.). Museo del Louvre.
(Foto Coppola.)
25. Estela victoriosa de Naram-Sin, rey de Akkad (s. XXVI a. J. C.). Museo del Louvre.
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
26. Código de Hammurabi, rey de Babilonia (hacia 1800 ? a. J. C.). Museo del Louvre.
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
27. El rey Melishipak II pone a su hija bajo la protección de una diosa (hacia 1200 a. J. C.). Museo del Louvre.
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
28. Toro alado de rostro humano procedente del palacio de Sargón II, en Khorsabad (siglo VIII a. J. C.). Museo del Louvre.
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
29. Transporte marítimo. Bajo relieve de alabastro del palacio de Khorsabad (s. VIII a. J. C.). Museo del Louvre. (Foto André Vigneau, ed. Tel.)
30. El rey Aššurbanipal montado en su carro.
Bajo relieve procedente de Nínive (s. VII a. J. C.). Museo del Louvre.
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
31. El "rey-sacerdote" o "príncipe de las flores de lis" en Cnossos, Creta. Relieve en estuco pintado, restaurado (hacia 1600 a. J. C.). (Foto Viollet.)
32. La puerta de las Leonas, en Micenas. (Foto Viollet.)
33. El "tesoro de Atreo", en Micenas. (Foto Boissonnas.)

34. El Parnaso. (Foto Boissonnas.)
35. Al pie de la Acrópolis de Argos. Al fondo, la colina de la Larissa (300 m.); en primer término, la del Aspis (80 m.). (Foto Boissonnas.)
36. La avenida de las Leonas, en Letoon de Delos (s. VII a. J. C.). (Foto Viollet.)
37. Escena de banquete: Herakles en casa de Eurytios. Pintura de una crátera corintia (siglo VI a. J. C.). Museo del Louvre. (Foto Giraudon.)
38. El Heraion, en Olimpia. (Foto Boissonnas.)
39. Atletas olímpicos. Pintura de una ánfora panatenea (s. VI a. J. C.). Museo del Vaticano. (Foto Anderson-Viollet.)
40. El dios Zeus de Histiaia, bronce atribuído a Calamis (hacia 460 a. J. C.). Museo Nacional de Atenas. (Foto Sociedad Arqueológica, Atenas.)
41. Teatro de Epidauro. (Foto Boissonnas.)
42. El Templo D en Agrigento (s. V a. J. C.).
(Foto Viollet.)
43. La rada de Salamina, vista desde el baluarte de Atenea Nike.
(Foto Boissonnas.)
44. La Acrópolis de Atenas.
(Foto Boissonnas.)
45. La procesión de las Panateneas.
Fragmento del friso del Partenón. Museo del Louvre.
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
46. El Partenón (estado actual.)
(Foto Viollet.)
47. Atenea Parthenos.
Medallón ciselado en bronce dorado, inspirado probablemente en la estatua de Fidias del Partenón.
Ático o corintio, de fines del s. V o principios del s. IV a. J. C. Colección Paul Angoulvent.
(Foto Franceschi.)
48. La Victoria de Samotracia.
Tal vez de la escuela de Rodas, hacia 190 a. J. C. (Museo del Louvre.)
(Foto André Vigneau, ed. Tel.)
49. Anfora Pan Shan de la época neolítica.
Diámetro 29 cm. Museum für Völkerkunde, Munich.
50. Vaso trípode Ting.
Procedente de Ngan-Yang. Época Chang (colección particular).
(Foto Musée Guimet.)
51. Vaso ritual en forma de cabeza masculina con casco.
Extremidad de una vara de bronce. Época Chang (colección David-Weill).
(Foto Musée Guimet.)

52. Bronce de Pao Chi decorado en relieve.
Altura con el zócalo 47 cm. Metropolitan Museum, Nueva York.
53. Caballo de bronce.
Altura, 21 cm. W. R. Nelson Gallery, Kansas City.
54. Caballo de piedra y túmulo de Huo K'iu-ping.
Hien-yang, provincia de Chen-si (117 a. J. C.).
(Foto Musée Guimet.)
55. Busto de hombre de Mohenjo-Daro.
Civilización llamada del Indus. Museo de Antigüedades, Nueva Delhi.
(Foto Pléiade.)
56. La puerta sur del stúpa de Sâñchî (India). S. I a. J. C.
(Foto Musée Guimet.)